



Lorenzo Silva

Donde uno cae



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo. Una nota sobre el proyecto (Diez años después)
Precedentes 2001-2008
Tres mil metros en la noche 2009-2010
El sultán desnudo 2010-2011
Nadie al timón 2011-2012
Ladrones de cerezas 2012-2013
Yo no sabía nada 2013-2014
Capitanes nada intrépidos 2014-2015
Palmira blues 2015-2016
Caer con estilo 2016-2017
Maldito selfi 2017-2018
Benjamin en Capri 2018-2019
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

De las consecuencias de la crisis mundial hasta la entrada de VOX al Congreso y el muro de Trump han pasado diez años. Diez años en los que, semana a semana, Lorenzo Silva ha tomado un retazo de realidad y lo ha convertido en ficción literaria para su columna en la edición digital de El Mundo. De estos pequeños cuentos han salido diez ebooks, uno por año, que, bajo el título de Vidas.zip, han ido recogiendo la actualidad de nuestro tiempo y que ahora Destino reúne en un solo volumen.

Hay hechos que todos conocemos: los casos de corrupción, los cambios de gobierno en la Casa Blanca, el 1 de octubre catalán... pero también historias no tan reconocibles, aunque igual de adheridas a la realidad de la época que retratan: la del anciano obligado a jubilarse, la del especulador que ve cómo los inquilinos de sus cinco pisos dejan de pagarle por culpa de la crisis, la de la prostituta que ve en televisión cómo detienen al tipo que la chuleaba... Historias pequeñas y grandes historias sobre un mundo en constante cambio.

DONDE UNO CAE

Lorenzo Silva

Ediciones Destino

Prólogo

Una nota sobre el proyecto (Diez años después)

La verdad no es un cristal que uno pueda guardar en el bolsillo, sino un líquido infinito donde uno cae.

ROBERT MUSIL, *El hombre sin atributos*

Todo empezó, como tantas otras cosas, el 11 de septiembre de 2001. Ese día, y aún bajo la conmoción por el derribo fabuloso y criminal de las Torres Gemelas, me llamó Manuel Llorente, de *El Mundo*, para pedirme una pieza sobre el atentado. Me propuso que hiciera algo diferente: no un artículo de opinión al uso, sino un texto de ficción literaria que se inspirase en lo ocurrido.

Así, en caliente, se escribió el relato *Fijo en la pantalla*, que por su valor como antecedente primero de la serie de ficciones que componen este libro se incluye en su capítulo preliminar. El ejercicio era temerario —tratar de hacer literatura, es decir, de escribir algo que trascendiera— a partir de un hecho tan descomunal y cuando estaba tan reciente. Por eso resolví acercarme a dos historias pequeñas, a la vivencia y las emociones de dos personajes atrapados en medio de la barbarie y que con sus avatares individuales me servían para dar otra dimensión, más asequible y próxima, a un acontecimiento tan relevante y universal. La experiencia resultó fecunda y estimulante. Ese relato viajó después a mi página web, donde lleva ya casi dos décadas, y han sido muchos los lectores que me lo han ponderado a lo largo de este tiempo.

Seis años después, Sonia Aparicio, entonces en elmundo.es, me llamó para pedirme un cuento de Navidad, destinado a un especial que iban a realizar con motivo de las fiestas. Instintivamente, se me ocurrió lo mismo, o algo parecido a lo de 2001: buscar una historia que pudiera ser real, de un personaje que resultara emblemático de otros, para hacer una lectura menos convencional y consabida del tema navideño. Así nació *Campaña de Navidad*, también recogido aquí. Un año más tarde, Sonia volvió a llamarme para pedirme otro cuento, en la línea del anterior, para su especial navideño de 2008. De este modo escribí *Y próspero 2009*, con el que se cierra el capítulo de antecedentes de este volumen, y que ahondaba aún más, si cabe, en el enfoque de sus precursores, al tratar de indagar, a partir de dos personajes de ficción, en el gran fenómeno planetario del momento: la crisis económica global.

Fue a partir de esta tercera experiencia cuando empecé a considerar la posibilidad de escribir de forma regular —la periodicidad semanal me pareció en principio plausible— una serie de

ficciones inspiradas en la realidad inmediata, a partir de hechos noticiosos, en principio, pero también de otros que hubieran pasado inadvertidos, y protagonizados tanto por personajes anónimos o desconocidos como por otros que hubieran alcanzado, por el motivo que fuera, alguna clase de notoriedad. Fui pronto consciente de los riesgos que implicaba una tarea como aquélla. Por un lado, no podía saber a priori si todas las semanas encontraría una historia susceptible de convertirse en ficción literaria. Por otra parte, no estaba seguro de si yo mismo tendría el acierto, el talento y la frescura como para llevar a cabo el proyecto. Entre otras cosas, me movía a la zozobra mi relación más o menos conflictiva con el relato breve, que siempre me había hecho preferir distancias narrativas más largas, y en particular la que representa la novela.

Sobre esta segunda cuestión no me corresponde a mí opinar y no lo haré. Sobre la primera, la experiencia acumulada de más de quinientas semanas —en el momento de pergeñar estas líneas—, me permite afirmar que el problema fue más bien el contrario del que había temido que se me plantearía: acertar a la hora de elegir, cada siete días, sólo una entre las múltiples historias posibles, y suficientemente poderosas, que iba deparando la actualidad.

Debo agradecer la casi instantánea complicidad con que Sonia Aparicio y Fernando Baeta, entonces a cargo de elmundo.es, acogieron mi propuesta de publicar semana a semana estas ficciones, bajo el nada casual nombre de vidas.zip. Me parecía especialmente apropiado que esta apuesta por llevar la literatura a la prensa —tan inusual en España, fuera de los a veces rutinarios relatos de verano— la hiciera un medio digital, señalando así la diferencia que podía aportar respecto de la prensa en papel. Y que de entre todos estos medios aceptara el reto, y lo haya sostenido durante más de una década, uno de los primeros en difusión y audiencia de los que se escriben en castellano o español es un privilegio del que he procurado usar con rigor y con la debida prudencia y por el que hago constar mi gratitud a quienes lo han ido dirigiendo y a todo el equipo de elmundo.es.

No es fácil hacer literatura en caliente sobre hechos reales, en ocasiones dolorosos. Algún problema y más de una incompreensión me ha acarreado el intento: la gente no está habituada a leer textos literarios en los periódicos, los interpreta a veces en sentido demasiado literal y tiende a tomar todo por opiniones del autor, sin distinguir las voces de los personajes. Pero la experiencia fue tan enriquecedora que pronto surgió la idea de recoger año a año, y mientras durase, el fruto de este proyecto en forma de libro.

Para que la idea se convirtiera en realidad conté de nuevo con los cómplices adecuados: mis editores de Destino, Emili Rosales y Silvia Sesé, que abrazaron al vuelo mi sugerencia. Gracias a ellos y a Anna Soldevila, que reemplazó a Silvia, los cuentos publicados durante estos diez años, entre la primavera de 2009 y la de 2019, se fueron reuniendo en otros tantos libros, que pueden leerse como personal y peculiar crónica de cada uno de esos periodos de doce meses, y en los que con no demasiado esfuerzo puede rastrearse la mayor parte de las historias reales que los inspiraron. Por ello, desde el principio, y salvo en algún caso rigurosamente excepcional, prescindimos de un aparato de notas a pie de página que identificara o precisara las circunstancias

del hecho noticioso correspondiente, dejando que cada historia pudiera leerse en su desnudez, y en lo que la memoria o el olvido hicieran de ella. A su autor, la relectura de lo acumulado, año a año y en conjunto, le ha provocado una y otra vez la impresión de un tiempo convulso e incierto, pero bien mirado cuál no lo es, de un modo u otro.

Todos esos libros, los diez que ya suma el proyecto, se editaron inicialmente en soporte electrónico. El gesto, que se me antojó simbólico y coherente con el origen y el medio de partida de estas ficciones, fue idea de Santos Palazzi, a quien le agradezco la más que pertinente sugerencia. El que abre la serie, *Tres mil metros en la noche*, fue el primero de mis libros publicados por un editor que se difundía como un archivo electrónico antes que como un conjunto de páginas encuadernadas. Y quizá debía ser justamente ése, que —como los nueve que le siguen— era fruto de la simbiosis feliz, al menos para quien esto firma, entre literatura y ciberespacio.

Sin embargo, tanto los editores como el autor, por razones que el lector comprenderá sin dificultad, acariciamos desde el inicio de estas publicaciones la idea de que los textos en ellas reunidos vieran un día la luz como libro de papel. Un centenar de ellos, los que tenían el nexo común de su temática criminal, ya aparecieron en ese soporte en el año 2016, bajo el título de *Todo por amor y otros relatos criminales*, que viene a ser la avanzadilla del libro que ahora tienes entre tus manos, y que aprovecha este décimo aniversario para recopilar los primeros 520 —más otros cinco afines— relatos de un proyecto que sigue en marcha e invitar, a quien tenga la curiosidad de leerlos, a hacer el balance de esta década de incesante escritura semanal. También el autor, irremediamente, se ve interpelado a hacer ese balance y preguntarse por la significación última de estas páginas.

Tal vez no haya mejor manera de expresar la idea que alienta en la base de este proyecto que la cita de Svetlana Alexiévich que abre su séptima entrega, *Palmira blues*: «No hace falta inventarse nada. Hay fragmentos de grandes libros en todas partes. En cada persona». Eso es lo que pretenden, con mayor o menor acierto, todas y cada una de las piezas que reúnen estas páginas: buscar esos fragmentos de grandes historias que existen por doquier, y que muchas veces se quedan sin contar, oscurecidos por relatos en apariencia más trascendentes pero mucho menos reveladores y verdaderos. De eso, de la verdad, su búsqueda y su testimonio, trata, lo quiera o no, toda la literatura narrativa, y quizá el arte en todas sus formas, incluidas las más ficticias y artificiosas. De eso, de acertar a apresar fragmentos valiosos y genuinos de la verdad, deriva el valor de cualquier obra de arte, tal y como lo expresó y lo buscaba, denodadamente, el filósofo berlinés Walter Benjamin. Pero la verdad, como escribió el austriaco Robert Musil, no se deja guardar en el bolsillo como una baratija cualquiera: remite a una inmensidad líquida donde caemos, sin alcanzar más que algunas intuiciones borrosas que dependen del lugar azaroso de nuestra caída. De las historias en las que nos vemos envueltos, con las que nos cruzamos, a las que asistimos y, sobre las que posamos nuestra mirada y nuestra escritura. La esperanza de quien se empeñó en atestiguar a través de la palabra las historias aquí recogidas es que alguna de ellas

contenga una intuición válida, que permita atisbar un trozo de ese gran libro que nunca logramos hacer y que es el único que nos concierne y el único que debemos perseguir.

POZOBLANCO-VILADECANS-MADRID-ILLESCAS,

17-20 DE DICIEMBRE DE 2010

16-17 DE JULIO DE 2019

Precedentes

2001-2008

Fijo en la pantalla

—Mira, Sammy, si mandamos este informe así ya podemos irnos buscando empleo. Y te aseguro que no vamos a encontrarlo en un lugar con unas vistas tan estupendas.

Noto que a Samantha le duele mi observación. Por un momento me siento cruel e injusto. A fin de cuentas, ella no tiene la culpa de que los de Frankfurt esperen nuestro informe para antes de las tres y media (hora alemana) ni tampoco de que apenas nos hayan dado un día para prepararlo. Pero esta es la vida que los dos hemos elegido, y no la ayudaré a prosperar si me compadezco de ella o la protejo de los ogros. Tiene que acostumbrarse; el mundo es un lugar jodido.

—Joe, Willi Klein al teléfono —me grita Shauna, desde su mesa.

—Mierda, el que faltaba.

Sopeso si pedirle a Shauna que le dé una excusa al hombre que me persigue. Comprendo que es inútil. Le pido a Samantha:

—Hazle los retoques que te he dicho. Y ándate con mil ojos con los números, que no vamos a tener tiempo para revisarlos.

A mi ayudante le escuece la advertencia, que le deja bien clara mi falta de fe en su meticulosidad. Cojo el teléfono.

—*Guten Tag*, Willi.

—¿Lo tenéis? —me urge la voz con acento alemán, sin perder un segundo para saludarme.

—Un borrador. Lo estamos puliendo.

—Lo necesito ya. Echa lo que tengas al correo electrónico.

—¿Qué hora es ahí?

—Las tres menos cuarto, casi —responde, nervioso.

—Me dijiste antes de las tres y media.

—Esto cambia rápido, Joe, no hace falta que te explique. Si no lo tengo antes de cinco minutos es como si no lo tuviera.

Se supone que me pagan por saber siempre qué hacer y qué decir. Pero, por un momento, siento que el tiempo se detiene y que en ese instante quedo despojado de cualquier capacidad de reacción. Miro al otro lado de la ventana, a esta luminosa mañana de septiembre en Nueva York. Veo los transbordadores que surcan el Hudson, las paredes plateadas de la torre norte. La primera vez que vine a esta oficina del piso 91 y vi la ciudad tendida a mis pies, pensé que iba a trabajar en la cima del mundo. Y me acordé del suburbio polaco de Milwaukee donde nací, y del camino que había recorrido entre medias (mendigando becas, despachando pizzas, hamburguesas, *bagels*, etcétera). Aquel otro Joseph Korzeniowski, el que salió de Cracovia en 1937, con una mano

delante y otra detrás, nunca hubiera imaginado que su nieto ganaría más de cien mil pavos al año antes de cumplir los treinta...

Lo veo antes de oírlo. Una fracción de segundo, infinita, hasta que llega el estruendo. El temblor. Algo acaba de reventar la torre norte. Lo pienso antes de comprenderlo. Luego oigo chillar a Shauna y veo a Samantha, que tropieza con su mesa y no cae de milagro.

—Joe —suenan la voz de Willi en el auricular—. Joe, pero qué c...

No sé si he cortado yo la comunicación o se ha cortado sola. Observo lo que ocurre enfrente, tan cerca. El estallido de fuego y cristal, el humo oscuro. Shauna sigue chillando y a Samantha parece que le hubieran desconectado el cerebro. De otros departamentos llegan gritos. A través de la puerta entreabierta veo cómo algunos se acercan hacia los ventanales, temerosos y a la vez sin poder evitarlo. Hago lo mismo.

—Esos jodidos bastardos —aúlla Shauna—. ¡Lo han hecho, joder, lo han hecho! Como en el 93, pero esta vez lo han conseguido.

Se vuelve hacia mí. Me escruta, furiosa. Noto, en el fuego de sus ojos, que en este momento no reconoce en absoluto mi jefatura sobre ella. Nunca le he sido muy simpático, y siempre ha estado convencida de que me vería caer, como ha visto caer antes a otros chicos listos que pasaron por aquí. Pero ahora no me odia por nada personal. Me odia porque tiene que odiar a alguien.

El espectáculo resulta increíble. La torre norte es una gigantesca antorcha que suelta a borbotones un humo siniestro.

—Tenemos que largarnos, enseguida —vuelve en sí Shauna, y empieza, atropelladamente, a recoger sus pertenencias.

—No nos pongamos nerviosos —digo—. Si es necesario, ya nos darán la orden de evacuación. Las torres son independientes.

Shauna menea la cabeza.

—Estás idiota. ¿Quién te dice que no han puesto otra bomba aquí?

—¿Dos bombas? Ya les habrá costado bastante poner una —razono, no sé si queriendo convencerla a ella o a mí mismo.

—¿Ha sido una bomba? —pregunta Samantha, incrédula.

—Mientras seguís charlando, yo me voy —se despide Shauna.

Samantha y yo la vemos desaparecer en el pasillo. Pasan otras personas, en ambas direcciones. Llevan la mirada extraviada, alguno se asoma, parece que va a preguntar algo, vuelve a irse.

—¿Qué está pasando, Joe? —murmura Samantha.

—No lo sé —confieso.

—¿Qué hacemos?

Shauna ya ha dejado de ser asunto mío, pero comprendo, al mirarla, que Samantha hará lo que yo le diga. Y eso no es precisamente un alivio.

—Quizá Shauna tenga razón —admito—. Habrá que irse, por si acaso.

—¿Y el informe?

El informe. Willi. Lo imagino, en uno de esos grises mediodías de Frankfurt. Con los ojos fijos en la pantalla esperando que le entre el email. Eso, por lo menos, es algo concreto, un terreno que domino.

—Cógelo tal y como está y mándaselo por correo electrónico. Podemos perder quince segundos más.

Mi voz ha sonado firme. Como me gusta hacerla sonar. Haber tomado la decisión, las dos decisiones (mandar el informe deficiente, abandonar luego el despacho), me reconforta.

Samantha se sienta en su ordenador y maniobra con el ratón. Lo hace con rapidez, sin titubeos. De pronto, la veo fruncir la nariz.

—Pasa algo. No conecta.

—Prueba otra vez —le digo, mientras me pongo la chaqueta y cierro mi ordenador.

—Nada, no hay manera.

Ha aparecido de pronto. Un pájaro de acero, virando sobre el río, bañado de sol. Viene deprisa, pero aún sin poder aceptarlo, sin poder creer que es verdad lo que me muestran mis ojos, me doy cuenta de que apunta derecho hacia aquí. No aviso a Samantha, que sigue forcejeando con su ordenador. El avión llega con un rugido, desaparece bajo mis pies, en las entrañas de la torre. Sacude todo.

Corro hacia Samantha. Alguien ha de abrazarla, ahora. Pienso apenas en Willi, al otro lado del mundo. Fijo en la pantalla.

Campaña de Navidad

En el combate entre tú y el mundo, ponte de parte del mundo.

FRANZ KAFKA

Sentado ante su mesa, Jorge miraba absorto el folio en blanco que acababa de depositar sobre ella. Un rotulador azul descansaba junto a él. El resto del tablero estaba completamente despejado. Era así como le gustaba pensar, cuando tenía que inventar algo. Era así, también, como había encontrado sus mejores ideas, las que le habían valido varios premios, su actual puesto de trabajo y el sueldo con el que podía pagar dos hipotecas y la letra de un coche. Después de todo, se dijo una vez más, era un privilegiado: desde hacía meses este era su mantra y se obligaba a recordarlo todos los días, cuando la pena apretaba.

Desde hacía meses, las ideas tardaban algo más en salir. Incluso alguna le salía a medias, como si no estuviera cuajada del todo, o eso le parecía a él. Los demás trataban de tranquilizarlo, lo felicitaban con más énfasis que antes, le decían que iba mejor. Pero la idea que ahora tenía que

sacarse de dentro le resultaba tan difícil que dudaba de su capacidad para salir airoso del reto. Una campaña de Navidad. Para una marca de cava.

Habría hecho antes una media docena de campañas como aquella, sin mayor esfuerzo. Ni el anunciante ni el público esperaban que fuera muy original, casi cualquier cosa les valía: una música emotiva, unas chicas guapas, unos vestidos vistosos, unos fuegos de artificio; ni siquiera hacía falta una historia.

Pero esta vez no podía hacer cualquier cosa y, sobre todo, no podía hacerla con la frialdad de antes. Reparó en que nunca, al crear una campaña navideña, había pensado en todos los que viven con angustia esos días. Nunca había creado la campaña dirigida a quien está lejos de su casa, a quien ya no verá nunca más a su hijo, a quien ha perdido el empleo y no puede comprar lo que le están anunciando, a quien no tiene paz dentro de sí y a nadie puede darla ni pedirla. A él nunca le había gustado mucho la Navidad, y siempre hacía la misma broma cuando se lo afeaban: él respetaba el derecho de otros a celebrarla cuanto quisiesen, lo único que reclamaba era el suyo a no sufrirla. Pero entonces no sabía, realmente, lo que podía ser sufrir la Navidad.

Tomó el rotulador y escribió:

Un hombre solo. Una botella de cava. Una copa a medio llenar. Las burbujas que suben desde el fondo. Un televisor sin sonido. En la pantalla, el reloj de la Puerta del Sol marca las doce y un minuto. El hombre sonríe y alza la copa. Sobre su imagen, el eslogan: TAMPOCO ÉSTA VA A PODER CONTIGO.

Jorge releyó el folio. Tenía que seguir pagando dos hipotecas. Y debía pensar, también, en el anuncio que les gustaría ver a Álex y a Paula. Sus niños. Sacó otro folio y empezó de nuevo:

Una joven vestida de fiesta...

Y próspero 2009

Rufus H. Washington III contempla el atardecer. Recuerda con nostalgia que hasta hace unos pocos meses podía mirarlo desde el porche de su casa. No puede decirse que fuera una buena casa, pero desde luego era bastante mejor que el lugar donde ahora vive. Y además era suya. Bueno, hasta cierto punto. Aunque las escrituras de propiedad estaban a su nombre, sobre ella pesaba una hipoteca que superaba con mucho sus posibilidades económicas.

No siempre había sido así: hasta hace cinco años la casa figuraba en el registro a nombre de otro propietario, John Seymour, al que Rufus mal pagaba el alquiler. Pero un día apareció el vendedor de hipotecas y le ofreció una solución que significaba, o así parecía entonces, el fin de los problemas para Rufus y para su casero: el banco le prestaría el dinero necesario para comprar la casa en la que vivía. Incluso más dinero aún. Porque, como todo el mundo sabía, con el tiempo la casa se iba a revalorizar, y esas expectativas futuras podían convertirse en riqueza inmediata.

La hipoteca podía formalizarse a 40 o 50 años, con lo que sus vencimientos serían muy inferiores a lo que pagaba de alquiler.

Rufus juzgó que aquello era una buena idea, y le asombró que a nadie se le hubiera ocurrido antes. Tomó el préstamo, compró la casa. John Seymour se fue contento con su dinero y Rufus dejó de soportar mensualmente sus molestos recordatorios. Además, para celebrar su súbito cambio de fortuna, y aprovechando el exceso de efectivo que el banco había puesto en sus manos, Rufus se compró un coche nuevo. Un Ford todoterreno de inmenso maletero, lo que siempre había soñado y nunca se había podido permitir.

Rufus suspira, recordando aquellos días de euforia. Luego vinieron las rebajas. La pérdida de su empleo precario. La ejecución fulminante de la hipoteca, al tercer impago, porque a la exigua solvencia de Rufus se unió la vertiginosa pérdida de valor de su casucha y el responsable de cobros del banco comprendió que no había tiempo que perder si quería recuperar algo de lo que habían apostado a aquel caballo perdedor. Ahora a Rufus le toca celebrar la Navidad en el único lugar donde ha encontrado refugio. Una gran explanada de aparcamiento, donde vive en el maletero de su todoterreno, como otros varios cientos de desahuciados. Mientras mira el atardecer a través de los cristales del vehículo, envuelto en sus mantas polares, medita sobre si tiene sentido salir al frío para felicitar a sus vecinos. Qué puede desearles para estos días, o para el 2009 que llama a las puertas. Que las cosas no vayan aún peor.

El excasero de Rufus tampoco es feliz. No sólo vendió la casa de Rufus. Poseía cinco más, todas ellas alquiladas a chusma mal pagadora. De todas se deshizo, con lo que juntó un par de hermosos millones de dólares. Fue a su banquero de toda la vida, que se lo colocó en uno de esos modernos productos financieros de Wall Street. Su capitalito le daba al mes, puntual como un reloj, más de lo que a duras penas les sacaba a sus antiguos inquilinos. Hasta que se descubrió que los activos en que había invertido su fortuna no valían nada, porque estaban materializados en créditos fallidos. Así que esta Navidad también es negra para él. Antes, al menos, tenía seis casas, seis inquilinos y, mal que bien, cuando fallaba uno, pagaba el otro. Ahora está a cero.

Rufus duerme en un maletero. John ya no tiene propiedades. Pero no todo son desastres en esta Nochebuena de 2008. En alguna parte, seguro, hay alguien que ha ganado lo que ellos dos han perdido. Alguien que se dispone a vivir, en medio de la indigencia ajena, un aún más próspero 2009.

Tres mil metros en la noche

2009-2010

Para Noe, compa#era de estas (y tantas otras) perplejidades

Ver lo ínfimo se llama iluminación.

LAO ZI, *Tao Te King*

Tres mil metros en la noche

Chadi reconoció a Hakim. La noche estaba oscura como boca de lobo, pero eso no era impedimento para él. Habría distinguido su olor entre el de otros cien, a cien metros de distancia. Como buen perro, celebró con alborozo la llegada del amo, sacudiendo la cola sin razonar (porque los animales no lo hacen) que el humano mal podría verlo. Sí oiría, en cambio, los gemidos de afecto que el chucho dejó escapar. Aunque vivía allí, en aquel yermo, sometido al trato áspero de las gentes de la tierra, Chadi era propenso a la ternura. De pronto, algo lo estremeció del hocico a la cola. Algo que rasgaba la noche, sin origen ni fin.

Hakim, acompañado por sus tres camaradas, caminaba con paso firme hacia la casa cuando oyó el plañido lastimero del perro. Le reconfortó, como suele pasar con cualquiera de esas sensaciones que le devuelven a uno al hogar. Llevaba todo el día fuera, tratando de transmitirles a los hombres la tensión necesaria, preparándolo todo para la llegada de los infieles. Muchos de los suyos, aunque fervorosos, eran combatientes inexpertos. Hakim, sin embargo, era a sus cuarenta años un guerrero duro como el pedernal. Ya podían prepararse esos mozalbetes yanquis que apenas acababan de cambiar la chaqueta del instituto por la guerrera mimetizada. Allí les esperaba un hombre, que tenía la determinación de luchar hasta la victoria o la muerte. De repente, oyó cómo se quebraba en seco el lloriqueo del perro. Y a la vez, un bufido. Instintivamente, encogió los hombros.

Steve observó a los cuatro individuos en la imagen de la cámara térmica. Caminaban envalentonados, al amparo de la noche negra. No podían imaginar que él, en la cabina de su birreactor cazatanques A-10 Thunderbolt, a tres mil metros de allí, los acababa de fijar en la cruz de tiro de su cañón de 30 milímetros. Uno de ellos llevaba fusil, blanco legítimo. No dudó. Dos ráfagas, 20 rotaciones por ráfaga; en total, 280 proyectiles de carga explosiva e incendiaria PGU-13. El retroceso del arma frenó el avión e hizo temblar la imagen. Esperó, confiado, a que se produjera el impacto. Aunque no lo sabían, esos hombres ya estaban muertos. El mecanismo de puntería calculaba a la perfección la parábola que describirían aquellos casi trescientos cañonazos.

Una milésima de segundo después, mientras Chadi saltaba a un lado y echaba a correr, vino la primera explosión. Y enseguida, las demás. Chadi era un perro y no tenía noción del infierno. Por eso, y porque carecía del don de la palabra, no podría contarle nunca a nadie que lo había visto, aniquilando a su amo.

Hakim no vio nada. Se volatilizó en medio de la furiosa bola de fuego. Alá, misericordioso, le ahorró percatarse de que, con aquel enemigo que veía en la oscuridad y era amo de los cielos, de

nada le había servido su fiera resolución.

Si yo fuera juez

La desgana con que Samuel había estado mirando la tele, desde que se sentara frente a ella con la bandeja de la cena, se trocó en vivo interés cuando la locutora pasó a dar cuenta de aquella noticia. Era, desde luego, una de esas que llaman la atención de cualquiera, del tipo hombre muerde a perro:

—El juez decano de Barcelona, acusado de un delito de violencia doméstica por presuntos malos tratos a su mujer.

Samuel subió el volumen del aparato. Según la información, el juez y su esposa, de profesión notaria, se habían enzarzado en una agria discusión en el domicilio conyugal, apenas cinco meses después de la boda y con motivo de una supuesta infidelidad del marido. La disputa había llegado a las manos y ambos se habían agredido y causado lesiones recíprocas, por lo que cada uno había presentado denuncia contra el otro. Según había trascendido, el fiscal pedía nueve meses de prisión para él y siete para ella, y que se denegaran las órdenes de alejamiento que cada uno había solicitado respecto del otro. Nada se sabía sobre quién se vería obligado a abandonar la vivienda común.

Los labios de Samuel dibujaron una sonrisa amarga. Qué cosas, se dijo, su señoría y la señora notaria, enfrentándose a los mismos problemas que tienen los pobres mortales. En ese momento, en el televisor aparecieron las imágenes del juez acudiendo a los juzgados para prestar declaración. Venía con quien debía de ser su abogado, un comprensible gesto de pocos amigos y menos ganas de ser captado por las cámaras. Sobre su mejilla eran claramente perceptibles los arañazos. Pero a Samuel le llamó más la atención otro detalle: el juez llegaba sin más compañía que su letrado defensor. Libre como un pájaro.

Para Samuel, tres meses atrás, la cosa había sido bien distinta. A él lo condujeron al juzgado dos guardias civiles, esposado, y a su abogado de oficio lo conoció allí, en un pasillo. También él tenía la cara arañada y había denunciado a su agresora. Pero a Samuel, en lugar de dejarle ir, le dijeron que conforme al protocolo de seguridad, y como su novia lo había denunciado también, se quedaría detenido hasta su entrega a la autoridad judicial, mientras ella regresaba sola al piso de ambos.

En vano protestó Samuel, en vano insistió en que comprobaran que las únicas lesiones que ella tenía, algunas magulladuras, eran compatibles con una reacción de defensa por su parte. En vano, en fin, se había contenido durante la bronca, mientras ella le gritaba, arañaba y golpeaba con todo lo que pudo encontrar. Era presunto maltratador y ella, la presunta víctima, hasta que él no demostrara lo contrario. Así lo disponía la ley.

Esa noche, en el calabozo, Samuel pensó que en España la única manera de no acabar detenido si a tu novia le daba un ataque de ira era dejarse sacar los ojos. Pero había otra.

Ser juez.

Adiós, escolta, adiós

Jorge lo vio llegar con la cabeza gacha. En su rostro había una sonrisa, y su mirada perdida en el dibujo del pavimento sugería alguna forma de filosófica resignación. Se lo había oído decir muchas veces, a esos interlocutores que se colaban de vez en cuando en su teléfono móvil, o a los que él convocaba con el mismo aparato, aprovechando el tiempo de los trayectos:

—Esto no es algo que seas. Simplemente, estás. Un día pasará, igual que vino. Me obligo cada mañana a recordarlo.

Jorge no tenía motivos para pensar que el hombre fuera insincero al pronunciar aquellas palabras, tantas veces a lo largo del tiempo que había pasado junto a él (aunque, a decir verdad, cada vez con menos frecuencia). Pero también recordaba otras conversaciones. Por ejemplo, aquellas de los primeros días, en las que a duras penas, cuando saludaba a alguien desde el mullido asiento de cuero, podía reprimir la satisfacción. A Jorge no le era posible verle la cara por el retrovisor (sólo el conductor podía, por el ángulo que formaba el espejo), pero imaginaba su gesto exultante cuando todos, incluidos los viejos amigos, se le dirigían con aquel rutilante tratamiento que le proporcionaba en tan sólo tres sílabas la certidumbre de haber llegado a la cima. Por mucha modestia que intentara exhibir, no podía negar que era un hombre ambicioso que disfrutaba, y no poco, al sentirse en posesión de su tan anhelado como merecido trofeo.

También se acordaba Jorge de las conversaciones de los últimos meses, cuando lejana ya la euforia un poco ingenua de los comienzos, el hombre del asiento de atrás había caído en otra especie de ingenuidad, la de creerse llamado a resolver cuestiones que nadie había resuelto antes, gracias a las singulares cualidades que a él le adornaban y de las que carecían sus predecesores. En cierto momento, Jorge habría jurado, incluso, que se olvidaba de eso que decía siempre, que aquél era un lugar en el que estaba, para dejarse llevar por la ilusión de que se trataba de un destino y una dignidad que le pertenecían.

Y ahora, de repente, ya estaba, o mejor dicho, ya no iba a estar nunca más. Aquélla había sido la última reunión. Ahora lo llevarían de vuelta al despacho, para recoger sus cosas, y a la mañana siguiente ya se apoyarían en su sillón, y en el lugar de privilegio del coche blindado, unas nuevas posaderas. Alguien que también recibiría y haría llamadas que Jorge escucharía, guardándose para sí sus pensamientos. Porque eso, y abrirle y cerrarle la puerta a la autoridad, como acababa de hacer en ese preciso momento, era lo que se esperaba de un escolta.

Un espeso silencio se hizo en el interior del coche cuando estuvieron los tres dentro. El hombre

del asiento trasero pareció regresar de una galaxia muy lejana y preguntó, humilde:

—Jorge, mañana por la mañana, ¿podrían ustedes encargarse de avisarme un taxi para volver a casa?

Era una petición extraña. Pero cómo no apiadarse.

—Faltaría más, señor ministro.

Una mariposa en la teta

Mientras aprovechaba el tibio sol de aquella inesperada tregua en una primavera hosca y lluviosa, Frederic volvió a pensar en aquella polémica. No se le iba de la cabeza desde que había oído la noticia en la radio, a primera hora de la mañana, en medio de su sopor de insomne. Alguien había hablado de retrasar la edad de jubilación hasta los sesenta y siete años y todo el mundo se le había echado encima. Así iba el país como iba. De culo.

Frederic no se había jubilado hasta alcanzar el número que resultaba de invertir el orden de esas dos cifras: setenta y seis años había cumplido en la brecha. Y si por él hubiera sido, aún después de esa edad, y a los ochenta y cuatro que ahora contaban sus huesos, habría seguido madrugando para ir al despacho, y manteniendo sus reuniones, y dirigiendo sus equipos, y tomando aviones que iban al Norte o cruzaban el océano. Pero se le había derrumbado de golpe la salud, postrándolo en aquella silla de ruedas, y había tenido que resignarse a que el destino le colgara las botas.

Ocho años hacía, y Frederic seguía sin aceptarlo. Ahora su mundo acababa en su casa, llena de recuerdos del que ya no era. Desde que había enviudado, sólo tenía la compañía de Marcela, la inmigrante colombiana, asistente para todo, que empujaba su silla rodante por aquella acera de sol del Eixample barcelonés. Sus hijos estaban demasiado ocupados, convertidos en réplicas más o menos afortunadas de él mismo. Como él años atrás, no tenían tiempo para ocuparse de mucho más que sus exigentes carreras o sus ahora apurados negocios. Con Marcela vivía, y de vez en cuando se desahogaba. Ella encajaba en silencio sus filípicas contra la ineptitud (tan evidente, *mare de Déu*) de los imberbes que ahora dirigían todo, desde el gobierno hasta la sucursal bancaria adonde acudía una vez por semana para que le rindieran cuentas de sus dineros. Cómo no iba a hundirse el barco, si al timón ya no había más que grumetes.

Marcela era atenta, cumplidora, respetuosa, pero tenía algo que a Frederic le perturbaba y que no se atrevía a mencionarle. Cuando llegaba el calor, se vestía con blusas que desabrochaba lo suficiente para que se viera el lomo de sus copiosos pechos. Y sobre el izquierdo, tatuada y bien visible, lucía una mariposa azul. No tenía más remedio que admitirlo: leal como se obligaba a ser a la memoria de su difunta Mercè, a Frederic habían llegado a obsesionarle, aquella teta y aquella mariposa. Marcela exhibía la silueta lepidóptera con toda naturalidad, sin darse cuenta (o eso

parecía) de la conmoción que provocaba en el anciano. No podía evitar mirarla, por más que mirarla evitase.

Él, que había sido don Frederic para tanta gente, humilde y principal; él, que había movido millones y había decidido sobre cientos de personas, era ahora un pobre viejo hipnotizado por una mariposa en la teta de aquella sensual inmigrante. Pero eso significaba algo. Que aun con las piernas de plomo seguía vivo, joder. A sus ochenta y cuatro, él no quería estar jubilado. Podía estar impedido por la enfermedad, pero inútil y todo él nunca sería como esos vagos y esos lloricas que imploraban el retiro. Él quería morder las alas de aquella mariposa. Para empezar. Puta silla.

El especulador especulado

Roberto despertó sudoroso. Una noche más, y ya iban unas cuantas, no había podido dormir. Fue al baño y casi sin pensar se metió bajo el chorro de la ducha. Allí, con el agua caliente repicando sobre la tapa de sus atormentados sesos, la conciencia regresó con una nitidez áspera. Recordó lo que le aguardaba en cuanto se hubiera secado y vestido. Como mucho, podía retrasarlo hasta después de exprimirse sus tres naranjas y hacerse su café de todas las mañanas. Tenía que atreverse a encender el ordenador portátil, conectarse y hacer la comprobación. No quería hacerlo, porque temía; pero a la vez deseaba que llegara el momento de descubrir la verdad, por dolorosa que fuera. Ese acicate, la curiosidad, que algunas veces es masoquismo.

Quince minutos después, allí estaba. El café humeaba, le gustaba muy caliente. El zumo de naranja recién exprimido bajaba ya hacia su estómago, haciéndose notar en su tubo digestivo. Lo prefería frío y para eso tenía todas las noches la previsión de meter las tres naranjas en la nevera. Guardaba la dirección web entre los favoritos. La buscó e hizo clic sobre ella con el ratón. La conexión de internet móvil era rápida, cuarenta euros mensuales bien invertidos. Apenas tardó un segundo en cargar la página. Ahora sólo quedaba teclear el número de usuario y la contraseña. Y al cabo de unos pocos segundos, lo sabría.

Titubeó lo justo. Le dio al teclado de prisa y pulsó Intro. La pantalla, implacable, le mostró la cruda, la rehuida, la ineludible realidad. El recibo estaba devuelto. Había llegado, al fin, el momento tan temido. El momento que alguna vez se había insinuado en sus peores pesadillas, y que siempre se le había antojado inimaginable. Aquella mañana acababa de completarse la catástrofe. Su quinto inquilino, siguiendo el ejemplo de los otros cuatro, había impagado el alquiler. Con ello se confirmaba que sus ingresos mensuales quedaban reducidos a cero euros.

Roberto había tenido, según se mirase, buena y mala suerte en la vida. Buena, porque nunca había tenido que dar el callo para ganarse el sustento. Sus padres le habían dejado en herencia tres pisos, además de la casa familiar. Con la renta de su patrimonio inmobiliario, Roberto no sólo

había logrado atender sus necesidades, sino que había emprendido una carrera inversora que le había llevado a adquirir otras dos viviendas, que a su vez había alquilado ventajosamente, en tanto aguardaba la revalorización que le permitiera venderlas con buena ganancia. Pero ahora... Tenía cinco pisos arrendados por gente que había perdido su empleo y no le pagaba, dos hipotecas que se le habían comido ya todos sus ahorros y un futuro negro por delante. Siempre se había dicho que si venían mal dadas siempre podía vender alguno de los pisos, pero esa forma de pensar pertenecía al pasado. Ahora nadie vendía, nadie compraba nada.

Dio por perdidos los dos pisos hipotecados. Pero con eso no liquidaría la deuda, que el banco le seguiría exigiendo, y había que comer. Por primera vez en su vida, Roberto aceptó aquella idea espantosa, inverosímil: tenía que buscar trabajo.

La radio dio entonces la cifra. Cuatro millones de parados.

Abuelita, dime tú

El inspector observó detenidamente a la mujer. Según su documentación, contaba setenta y tres años. Los aparentaba, e incluso alguno más, aunque quizá fuera por el efecto de la sorpresa y el mal trago del encierro, que la habían mermado un poco. Su ropa, de distinguida marca y esmerado corte, se veía arrugada y sin prestancia, como si no estuviera demasiado acostumbrada a lucirla como el género merecía. El trabajo de peluquería que había dado forma y color a sus cabellos aparecía también algo arruinado. Rosario D. P. no se hallaba precisamente en el momento estelar en cuanto a su capacidad de seducción.

Pero tampoco puede decirse que intentara seducir, ni a él ni al resto de los que había pretendido influir con su aspecto. Sólo se trataba de distraer y desorientar, y ahora que el pastel que ocultaba había quedado al descubierto, ya no tenía sentido esforzarse. Por eso estaba así, desvencijada sobre la silla, con la mirada gacha y ausente, y en el semblante un gesto que oscilaba de la indiferencia a la abulia, no exentas de cierta aprensión. El inspector había revisado su historial delictivo. Estaba completamente limpia, nunca antes se había visto en una como aquélla. Por tanto, algo debía de haber en ella de la angustia del neófito, ese temblor frente a la novedad que ya han perdido quienes conocen de otras veces el ritual de la jaula. Con todo, Rosario mantenía el aplomo que a veces brota de la desesperación.

¿Era por eso, porque ya no esperaba nada de la vida, por lo que aquella mujer había aceptado aquel encargo? Con su disfraz de turista acaudalada, alojada en un camarote de primera, había cargado en su equipaje con la mercancía que ahora la sentaba en aquella silla y la ponía bajo la autoridad del inspector. Un puñado de kilos de cocaína de la buena, directamente recibida de Brasil, el nuevo y boyante centro distribuidor intercontinental, para ser repartida por los puertos

donde tocaba el crucero que la llevaba a recorrer el Mediterráneo. Mala pata para ella que el eslabón anterior de la cadena estuviera vigilado.

El inspector le hizo la pregunta:

—Dígame. ¿No tiene usted nietos?

—Sí, ¿por? —La voz de la mujer sonaba extrañamente fría.

—Ese polvo era para fundirles el cerebro a chicos como ellos, que también tienen abuelos. ¿No se lo planteó nunca?

Rosario pensó entonces en sus nietos. Ese puñado de egoístas malcriados, dignos herederos de los dos haraganes que continuaban sangrándola, aunque ya sólo podía repartir una escasa pensión de viudedad.

Recordó cómo Jessi, la pequeña, se había limpiado de la cara el último beso que le había dado, después de apoderarse sin gratitud del huevo Kinder que le llevaba.

—Con mayor motivo —dijo, para desconcierto del inspector.

La esperaban ocho años de cárcel. Deseó que a ningún tontaina compasivo le diera por soltarla por su edad. Allí la pensión iba a cundirle más que en la calle. Y sería toda para ella.

Elogio de la funcionaria

La gestión, en sí misma, ya era bastante desagradable. Solicitar una certificación de divorcio. Tanto como pedir que la autoridad acredite, a todos los que la vieran y entendieran, que el interesado ha errado en una de las decisiones cruciales de la vida. Por eso a Armando, de entrada, le apetecía poco el trámite, pero cuando vio la cola de cincuenta personas que había a las puertas del Registro Civil a las ocho y cuarto de la mañana, cuarenta y cinco minutos antes de que la oficina abriera, se lo llevaron los demonios. Por si aquella multitud fuera poco, dos carteles pegados en la puerta advertían que había una funcionaria de baja y que a las 13.00 se dejaría de atender a quien no hubiera conseguido uno de los 20 números que se repartían en el momento de la apertura. Armando observó a la concurrencia. En un 80 por ciento, inmigrantes. No dejaba de ser lógico, ellos protagonizaban el grueso de los partos, y buena parte de las vicisitudes sobre tutela y custodia de menores, que son el negocio fundamental del Registro Civil. Además de las nacionalizaciones y los trámites a ellas asociados. Seguramente eso explicaba el maltrato administrativo. Bastante tenía, aquella horda de indios, negros y moros, con respirar el aire de la Unión Europea.

Armando supuso (mejor dicho, habría apostado) que aquella oficina tendría un responsable que a las ocho y cuarto distaba de estar incorporado a su puesto de trabajo. Imaginó que a las once (dentro, cómo no, de esas ínfimas cuatro horas de atención al público), los funcionarios saldrían media hora a tomar un café. Y poco a poco se fue envenenando. Cuando a las nueve y cuatro

minutos (ya sólo serían tres horas y cincuenta y seis minutos de atención al público) se abrió por fin la puerta y la cola de sufridos y dóciles administrados se apelonó a la entrada, estaba más que predispueto a montar la de San Quintín.

Pero, entonces, sucedió un milagro. Al otro lado del mostrador sólo había una funcionaria. Cincuenta y muchos años, poca estatura, voz enérgica. En apenas un cuarto de hora liquidó la cola. Clasificó a la gente. Los que venían a hacer un trámite largo, a los que les daba un número. Los que venían a recoger un papel, a los que despachaba en el acto. Los que venían a hacer una gestión corta, a los que también atendía sobre la marcha. A Armando le pasó una breve instancia, donde sólo debía aportar tres datos, y le pidió que la rellenase. Luego se la recogió y le dijo que tendría la certificación en dos días. Armando osó alegar que su nueva vida estaba a 600 kilómetros. La funcionaria le dijo que si se lo acreditaba de algún modo tendría el certificado en dos horas. Sin dar crédito, Armando extrajo su DNI.

Dos horas después, con el certificado en la mano, Armando reparó en la tragedia. Aquella funcionaria no recibía del Estado mayor recompensa que los que con su desidia contribuían (incluidos todos sus jefes, hasta el ministro) a que, en pleno siglo XXI, España tuviera una administración del siglo XIX.

Un momento de integridad

Joaquín se echó hacia atrás en la silla y exhaló un largo suspiro. Llevaba tres horas revisando aquel informe, o mejor dicho revisándole el formato, la tipografía y demás aspectos accesorios del texto para darle una presentación más aparente. Porque en lo que se refería al contenido, bien poco podía aportar, y tampoco se esperaba que lo hiciera. El encargo que había recibido era bien claro: juntar doscientas páginas sobre el asunto en cuestión, con la única ayuda de un becario que era aún más ignorante que él en la materia objeto del estudio, y al que había puesto a cazar en internet todo lo que pudiera servir para engrosar el tocho que debían entregar al día siguiente. Eso era lo verdaderamente importante. Su jefe se lo había explicado así:

—Doscientas páginas, encuadradas en bonito, bien impresas, quince copias. Para el viernes sin falta. Y que todo suene muy técnico, muy documentado, con muchas estadísticas y cosas de ese estilo. Por lo demás, no te preocupes. Las conclusiones son las que ya te he pasado, y no hace falta que tengan nada que ver con lo que cuentes en el mamotreto. No se lo va a leer nadie, sólo es para poder archivarlo y hacer el paripé.

El paripé, como lo llamaba su jefe, tenía precio. Y un buen precio, además. Nada menos que 165.000 euros, que era por lo que les había adjudicado el concurso la Consejería. En cuanto a lo que había detrás de esa decisión de transferirle a un particular semejante suma de dinero público, a cambio de algo que no tenía la menor entidad real, Joaquín albergaba alguna vaga sospecha,

aunque no pensaba arriesgarse a hacer ninguna hipótesis. Su jefe tenía el carné del partido, y el proyecto que iban a respaldar suponía una operación de muchos millones de euros. Alguien estaba a punto de obtener una financiación buena, bonita y barata para algo, que en tiempos de crisis era como maná caído de cielo. Tan sólo hacía falta adjuntar un informe.

Pero a él le tocaba hacerlo, y firmarlo, y de pronto tuvo un prurito. Aquello era demasiado descarado. En el borrador que le había pasado el becario había saltos escandalosos. Para mejorar la ligazón entre dos bloques redactó a toda prisa unos párrafos. Le faltaban un par de datos, y le puso al becario un comentario en el archivo del documento para que los completara. El comentario, que habría de recordar toda su vida, decía así:

Pablo, he metido aquí esto para que no cante tanto que todo esto es un recorta y pega de internet. Rellena lo que falta.

Pablo cumplió el encargo. Lo que se le olvidó fue limpiar del archivo el comentario. Con tan mala fortuna, que meses después el asesor del partido de la oposición que revisó aquel informe, para rebatirlo, lo encontró y lo pasó a todos los periódicos.

Así fue como Joaquín se incorporó a las listas del paro. Y todo, según el resumen que hizo su jefe mientras le daba la carta de despido, por un inoportuno momento de integridad.

Rambla abajo

De pronto, Raúl reparó en que habían pasado veinte años. Había sido allá por el 89, en su primera visita a Barcelona, a la sazón todavía envuelta en la transformación para los Juegos. Fue entonces la primera vez que bajó por las Ramblas, desde la plaza de Cataluña hasta la estatua de Colón. Recordaba cómo, a medida que iba descendiendo, la acera se iba despoblando, hasta que al final apenas quedaban unos cuantos seres oscuros y de aspecto torvo, entre los que revoloteaban algunas busconas de las de antes, mujeres pintarrajeadas de edad indefinida, pero en general más cerca de los cuarenta que de los veinte, y todas, o casi todas, de origen autóctono. La imagen se le había quedado grabada porque había sido una de las veces en que más abruptamente se había sentido fuera de lugar. Él nunca había contratado los servicios de una prostituta, ni se le había pasado por la mente hacerlo, y de pronto se había visto en un paraje en el que ninguna otra cosa parecía que pudiera ir a procurarse.

Ahora Raúl era veinte años más viejo, y la ciudad también. Según decían, esos años le habían sentado bien, a Barcelona. Tras la apoteosis olímpica, se había convertido en un solicitado destino turístico. Enormes cruceros atracaban en su puerto cada día. Y en cuanto a las Ramblas, no era extraño encontrárselas como estaban aquel sábado por la noche. Atestadas de punta a cabo, por una multitud formada principalmente por turistas que discurría más o menos atraída por los

muchos reclamos que se ofrecían a su paso. Tenderetes, mimos y sobre todo, *lateros*. Vendedores de cerveza barata, para consumo de los europeos del norte que allí se aliviaban del oneroso gravamen que en sus tierras de procedencia el fisco imponía a la embriaguez.

De las desaliñadas Ramblas de veinte años atrás, como de la Barcelona de entonces, Raúl guardaba un recuerdo no exento de ternura. Aquel parque temático del ocio étílico que contemplaba ahora le producía una sensación de desasosiego, semejante a la que le embargaba cuando se contemplaba a sí mismo en el espejo. Supuestamente, él también había prosperado y, sin embargo, no era satisfacción lo que mirarse le producía.

Pronto empezó a verlas. Ahora no estaban abajo: iban y venían, en grupitos de dos o tres, muy rápidas y sin detenerse. Incluso hacían al trote el trapicheo con los borrachos británicos a los que esperaban sacarles los euros. Eran muy jóvenes, eran muy negras, casi ninguna era muy alta. Raúl se preguntó de qué país de África vendrían, tan distintas de esas gigantas de ébano que se veían en los parques y los polígonos de Madrid.

Ahora, veinte años después, Raúl sabía ya lo que era pagar por abrazar la carne ajena. De hecho, por eso había ido allí. Pero al ver a aquellas negritas risueñas, casi infantiles, sintió removerse lo que las recias jornaleras a las que estaba habituado no le removían. Se acordó de aquel joven asustadizo, de aquella ciudad vacía y destartalada. Y como veinte años atrás, pero por razones distintas, al llegar a Colón, paró el primer taxi.

Al ladrón

Sara ya nunca iba a olvidarse de aquel examen. Y no porque lo llevara mal preparado, porque sacara una nota muy alta o muy baja, o porque fuera crucial en su carrera como estudiante. De hecho, lo hizo sin apuros, sacó un notable y todavía le quedaban muchos otros antes de enfrentarse a la vida adulta. Pero fue mientras estudiaba para aquel examen cuando vio por vez primera (y deseó que última) cómo mataban a un hombre.

La atrajeron a la ventana los gritos. Voces masculinas, que no entendía, pero que sonaban lo bastante airadas como para llamar la atención. Cuando se asomó, divisó a un hombre que llegaba a la carrera junto a un coche, le pareció que con intención de introducirse en él. Sin embargo, en lugar de hacerlo, se volvió y esgrimió dos cuchillos. Justo entonces llegaron otros hombres, los que lo perseguían. Al ver las armas en sus manos, retrocedieron, pero apenas unos segundos después algo impactó con contundencia en la cabeza del fugitivo y este cayó a tierra, doblando las rodillas y soltando los cuchillos en el mismo acto. Con ademán inseguro quiso comprobar el daño causado por el proyectil. No pudo. Inmediatamente lo alcanzaron otros y entonces Sara pudo distinguir que lo que le estaban arrojando eran adoquines de la obra cercana. El hombre apenas resistió un par de impactos más, antes de caer inconsciente. A partir de ahí, se desató sobre su

cuerpo inerte una lluvia de patadas, mientras la sangre que manaba de su cabeza empezaba a regar el pavimento. Sara llamó a sus padres, para que avisaran a la policía. Su madre la apartó de la ventana, y en ese momento Sara sintió algo bastante contradictorio: el espectáculo era horrendo, iban a matar a aquel hombre, pero le costaba dejar de mirarlo.

Y, en efecto, lo mataron. La policía llegó cuando ya no había nada que hacer. Detuvieron a los homicidas, o a algunos de ellos. Sara leyó que el protagonismo del linchamiento se atribuía a dos magrebíes; los que gritaban en aquel idioma que no entendía, dedujo. El hombre muerto había intentado dar un atraco en unos salones recreativos de los que ellos, y alguna otra gente con mal pronto, eran clientes habituales. Una mala idea, un mal sitio, un mal momento. Los periódicos decían que el difunto era un parado con dos hijos, una hipoteca y sin antecedentes.

Tampoco Juan podría nunca olvidar ese día. La imagen de aquel hombre, con un cuchillo en la mano, buscando nervioso a quien debía ocupar el mostrador de los dineros, es decir, a él, que en ese momento no estaba en su puesto porque había ido al servicio. No podría nunca borrar el instante en que, al percatarse de lo que el otro intentaba, había dado en gritar instintivamente aquellas dos palabras, desatando sobre el infeliz, que no había sabido conformarse a las penalidades del purgatorio, todos los rigores del infierno. Aquellas dos breves, fatídicas palabras, que Juan pronunció ese día por primera y última vez:

—Al ladrón.

Historia de un cúter

Luisa releyó otra vez su informe. Aunque estaba razonablemente segura de lo que afirmaba en él, quería tener también la convicción de que había logrado expresarlo de la forma más precisa. Las palabras técnicas le daban ventaja frente al profano, pero al final tenía que mojarse. Conocía bien, al cabo de quince años de profesión, la mentalidad de quienes iban a leer su escrito. Y sabía, también, que lo que ella sostuviera, si lo hacía con la suficiente rotundidad, podía resultar determinante.

Aquello era rotundo, desde luego. Y lo que estaba en juego, ninguna minucia. Si firmaba aquel informe y lo elevaba a la autoridad judicial, era muy posible que un hombre que estaba en la cárcel saliera libre. Y que una mujer a la que se había tratado como víctima pasara a ser inculpada. Fue consciente de lo que eso suponía: el poder de trocar el destino de dos personas, que el azar había puesto en sus manos. Por haber estado de guardia la noche que aquella mujer se había presentado en comisaría. Por haber examinado sus lesiones y escuchado su insostenible y atolondrada historia. Que su exmarido le había hecho con un cúter aquellas rajitas tan superficiales, tan paralelas y tan pulcramente dibujadas. En medio de un forcejeo, nada menos. Luisa había visto alguna vez la clase de heridas que causaba ese útil en las circunstancias en que

la supuesta víctima describía haberlas recibido. Erráticas, oblicuas, profundas. Frente a un filo así, la carne tiene la misma consistencia que la mantequilla.

Eso decía en su informe. Y que las heridas que presentaba la víctima (de cúter, sí) obedecían a un claro patrón autolesivo. Luisa hizo un esfuerzo para que esta parte, la que iba a hundir a la mentirosa, sonara lo más fría posible. Que no se le pudiera achacar el más mínimo rencor por cómo había intentado tomarle el pelo. A ella, una profesional curtida en mil batallas.

Un cúter. Merecía que le fundieran los plomos por ignorante, además de embustera. Luisa se la representó haciéndose las heridas frente al espejo, con cuidado de no apretar la cuchilla. Sin sospechar que con aquel utensilio estaba escribiendo sobre su piel su propia sentencia, y la absolución del otro.

El cúter. ¿Se habría deshecho de él? Había estado tentada de pedírselo, pero tampoco lo necesitaba para fundamentar su conclusión. Imaginó que lo tendría todavía en su casa. Que sería uno de esos con mango de plástico fosforito que venden en los chinos. Y que en aquel momento estaría en un bote junto a unos cuantos bolígrafos, rotuladores o lápices de colores.

Luisa, como se comprobaría tras la intervención del objeto por orden judicial, acertaba en las dos primeras suposiciones. No así en la tercera. Mientras ella remataba su informe, la falsa agredida tenía el cúter en la mano. Ayudaba a su hijo a recortar un payaso, para un trabajo del cole. No cabía duda: tratándose de cortes sinuosos, iba mucho mejor que las tijeras.

El amor en el contenedor

Ya estaba. Ahora ya no iba a chulearle más. Ahora ya era suya por los siglos de los siglos, y amén. Porque estaba muerta, y porque era él quien le había arrancado la vida. No se merecía menos; el tamaño de la falta, no aceptar que su primer deber era cumplir la voluntad de su hombre, justificaba el castigo.

El engorro, pensó entonces, era que cuando se acaba con una persona queda siempre un residuo indeseable y molesto: el cadáver. Ella ya no era nada, pero allí permanecía, sobre el suelo, ese despojo de carne, huesos y sangre del que había que disponer de alguna forma. Por un momento, la ira le hirvió en las venas. Ella, su ingrata y al fin desechada Carmen, debería haberse volatilizado después de dejar de servirle; después de forzarlo a tomar la medida extrema de liquidarla. Pero no, ahí estaba su carcasa vacía, haciéndole sentir con esos ojos abiertos a la nada que incluso muerta iba a seguir dándole por saco.

Pues no; no iba a salirse con la suya. Sin cuerpo del delito no hay crimen. Sin cadáver no hay asesino, o eso decían siempre en las películas. Y también había visto en la tele lo de aquella chica de Sevilla, a la que habían tirado a la basura o al río, ya no se sabía, y que había desaparecido sin dejar rastro. Allí no había río, pero siempre hay un vertedero. Y lo que el monstruo de la basura

se traga, ya no lo encuentra nadie. Él lo sabía, que había trabajado unos meses en una contrata de recogida de residuos. En teoría había que ir depositando los cargamentos en un polígono previamente señalado, donde luego podían rastrearse los desechos de cada día. En la práctica, cuando el conductor llegaba al vertedero, después de toda la noche rodando por ahí y volcando contenedores en las fauces del camión, estaba tan hasta las pelotas que descargaba donde le salía de ahí mismo.

Para descuartizarla empleó lo primero que tenía a mano. Al principio le costó un poco; nunca había troceado un cuerpo humano y eso siempre da alguna aprensión. Pero en cuanto se fue soltando, dio vía libre a su rabia. Le cortó un par de dedos y se los metió en la boca. Le rajó el tórax y le arrancó los pulmones. La dejó irreconocible, y fue todo un desahogo. Por todas las veces que ella se había hecho la lista. Como cuando le había insinuado que podía acabar como sus dos parejas anteriores, con una orden de alejamiento y a las malas en la cárcel.

Lo que no sabía ella era que él ya le había dado a cuchilladas una lección a otra sabihonda, y que no le iba a dejar la más mínima oportunidad de ponerle una denuncia. Cuando la tuvo metida en cuatro bolsas, y echó cada una en un contenedor diferente, respiró aliviado. Era una pena que el amor acabara así, en el contenedor. Pero no iba a arruinarse la vida por ella.

Todo se fue al carajo por la crisis. Por su culpa la gente rebuscaba ahora en la basura. Así encontraron tres de las bolsas, y de ahí dedujeron lo demás. La muy zorra lo había hecho. Aun después de muerta, se las había arreglado para joderle.

La pasta del enemigo

A Igor le habían dicho que era algo que no debía hacer. En los días siguientes a la acción, lo mejor, según los viejos del lugar (lo que tampoco era decir muy viejos, dicho sea de paso), era abstenerse de encender la tele y leer los periódicos. No iba a encontrar, ni en la una ni en los otros, ninguna información que le sirviera para su principal objetivo, mantenerse sereno y no caer en las redes de los que lo estarían buscando. Pero, desde pequeño, Igor había descubierto que la vida es más interesante si uno no hace siempre lo que le mandan. Así que puso la tele, y la vio. Delante del micrófono, con dos chavales que le sacaban la cabeza, entera y cabreada, desafiante, incluso amenazante, sin derramar una lágrima y atreviéndose a decirle, a él, a Igor, y a sus compañeros, que se prepararan. Que había otros combatientes como su marido abatido. No otros, sino muchos. Y que iban a ir por ellos hasta derrotarlos. Hasta acabar con ellos.

En ese momento, Igor se acordó de algo que había leído un par de años atrás. Un libro sobre los *gudaris* de los 80, aquellos que habían hecho una buena limpia entre *txakurras* y demás enemigos del pueblo. Lo había escrito uno de esos periodistas españoles que se llenaban la boca llamándoles asesinos y enalteciendo a los ejecutados, pero con todo no estaba mal traído y le

había dado a Igor alguna idea sobre cómo eran y cómo funcionaban los que habían sostenido la guerra cuando estaban fuertes, o más fuertes de lo que eran ahora. Mencionaba el periodista a un jefe de comando al que detuvieron los *pikoletos* a sangre y fuego, como era en los tiempos duros el estilo de los de enfrente, y que en el calabozo había estado charlando con el oficial que había dirigido el operativo. Recordaba el jefe *txakurra* que el detenido se le había dirigido de igual a igual, de oficial a oficial, y que después, casi cordial, había acabado por decirle:

—Yo os entiendo. Yo soy un soldado, como tú, y estoy en mi sitio, la primera línea. Si yo fuera español, sería guardia civil.

Al leerlo, Igor pensó que podía ser una invención del periodista, pero siempre le reconcomió la duda. Podía suceder que aquel jefe histórico, que había enviado al otro barrio a un buen número de invasores españoles, hubiera acabado respetándolos. Y esa idea le resultaba desconcertante. Incómoda.

Ahora veía a esa mujer, y sentía que la respetaba. Porque tenía un par, porque era la mujer de un soldado y porque tenía toda la pinta de estar criando otros dos, con los que un día tendría que verse las caras. Y fugazmente, porque éstos eran deslices que rara vez se permitía, una nube oscura cruzó por su mente casi blindada. Un ejército es el temple de sus hombres, y también el de sus mujeres. Las que se quedan en casa y las que visten el uniforme. Por eso a Igor no le gustó nada ver a aquélla, hablándole a él, sin la palabrería de siempre, sólo diciéndole que la tenía enfrente, y que se preparase. No le gustó que le gustara la pasta de la que estaba hecha. La pasta del enemigo.

Una de bomberos

Manuel escuchaba con atención al gran hombre. Con atención y con una pizca de apocamiento. No es que Manuel fuera un tipo lo que se dice propenso a acobardarse, pero en aquella situación era evidente que el gran hombre era el que dominaba el terreno, y él, Manuel, el que se hallaba fuera de lugar. Por aquellos jardines tan bien cuidados, en los que él no se atrevía a pisar sin mirar dónde ponía el pie, el gran hombre paseaba despreocupadamente cuando le daba la gana, fumando y echando la ceniza de la colilla allí donde primero se le ocurría. Entonces el gran hombre reparó en él, o más bien le hicieron que reparase, y se dirigió a Manuel con su voz grave y cálida:

—Y usted, ¿a qué se dedica?

Manuel escogió la forma más breve de responder:

—Soy bombero.

Limitar su respuesta a esas dos únicas palabras le permitió no atascarse. También fue su concisión del agrado del gran hombre, que no estaba allí para escuchar las peroratas de su ocasional invitado, sino sobre todo (y como en cualquier otra circunstancia, intuyó Manuel) para

escucharse a sí mismo. Le bastó este pie para embalsarse a declarar, no tanto para su interlocutor como para la grabadora que registraba sus palabras:

—Mi trabajo tiene mucho de bombero. Sólo que yo tengo fuego todos los días. Varios, en realidad. Apenas apago uno cuando ya se me está encendiendo otro, si no me vienen a pares.

Manuel dudó apenas por un segundo si decir algo. Por ejemplo, que también en su trabajo había problemas todos los días, y días de más de un fuego y hasta de varios a la vez. Pero se dio cuenta de que eso no interesaba al gran hombre, y que a él tampoco le iba a servir de nada. Prefirió asentir mientras le miraba a los ojos. Eran unos ojos que siempre parecían estar buscando algo a lo lejos, pero que, pensó Manuel, quizá algún día habían sido también los de alguien que tenía cerca las cosas perentorias de la vida: la tierra, el plomo y la metralla que deben sortear los que están en la trinchera. No dudaba de que el gran hombre simpatizara con la tropa de a pie, pero estaba claro que ya nunca volvería a entenderla, si alguna vez lo había hecho. Ahora su mundo era el de los generales. Los que resolvían los problemas sobre un mapa, moviendo fichas que eran divisiones, en recorridos de centímetros que eran el sudor y el miedo para ellos invisibles de miles de hombres. El *hobby* de Manuel eran los juegos de estrategia. Pero eso nunca lo supo el gran hombre. Para qué iba a preguntar por las aficiones del bombero.

Al día siguiente, como tantos otros, los dos tuvieron fuego. El gran hombre resolvió: dijo a otro que dijera a otro cómo otros debían apagarlo. Manuel también resolvió: se metió en la casa, enchufó la manguera, respiró el humo fétido de los materiales en combustión, sintió el calor en su piel. Su fuego quemaba, manchaba, y cualquier error al apagarlo comprometía su vida.

Mejor así. Manuel por nada del mundo quería que sus ojos miraran, vacíos, a lo lejos.

Una hermosa coyuntura

El magistrado apoyó la cabeza sobre la almohada. Sabía bien que no se iba a dormir enseguida. Pero sus dificultades para conciliar el sueño no tenían que ver con que algo perturbara su conciencia. De hecho, la tenía muy tranquila. Tanto como pocas veces la había tenido tras dictar una resolución.

Esa era la razón, justamente. Hasta apenas diez minutos antes de meterse en la cama había estado dando forma al auto cuyas frases ahora no se le iban de la cabeza. Las había pulido y repulido al máximo, casi de forma obsesiva, porque le constaba que al día siguiente de que el auto se les notificara a las partes aparecerían citadas en todos los periódicos. De lo que se había sometido a su juicio, y de la necesidad de resolver en el sentido en que lo había hecho, no tenía la más mínima duda. Pero a todo había que darle forma y, en la fuerza de convicción que hubiera logrado desplegar en aquel texto, el magistrado se jugaba en cierto modo toda su carrera, de la

que sin duda era el punto culminante. No es que estuviera nervioso, a ese respecto. Pero no había podido dejar de sentir la responsabilidad.

Cerró los ojos y repasó su vida. Una vida como tantas, en la que había habido aciertos y errores, momentos que recordaba con legítimo orgullo, otros que evocaba con fundada desazón, y algún otro que había preferido borrar sin más de su memoria. Ese momento, esa noche, se le iba a quedar grabado de forma indeleble. Y pasara lo que pasara, le embargaba la confortable certeza de que sería uno de los recuerdos que le seguiría ayudando a mirarse en el espejo por la mañana, incluso cuando todos los demás lo hubieran olvidado, cuando él mismo ya sólo fuera un jubilado despojado de cualquier autoridad.

Por eso, también, iba a tardar en dormirse. Porque era agradable recrearse en la sensación de estar construyendo esa futura representación retrospectiva, y quería llenarla de contenido. En la atmósfera climatizada de su dormitorio, después de haber dado cuerpo escrito a las razones por las que sentaba en el banquillo a aquel hombre poderoso, estiró los miembros y dejó que sus pensamientos fluyeran. Pensó, en especial, en aquellos que habían presumido que por una nimia afinidad ideológica, por una supuesta deuda de gratitud, dejaría de aplicarle al imputado la justicia que según su recto criterio mereciera. Los iba a poner en su sitio, a los que lo habían augurado movidos por la enemistad o la insidia, y también a quienes en ello habían confiado, convencidos de que todos los hombres tienen un precio.

Qué mal tasaban, no sólo su integridad, sino, sobre todo, su inteligencia. Exculpar a un culpable tan notorio, tan inhábil en el disimulo de su falta, y hacerlo contra su conciencia, habría sido un acto muy gravoso. Por el contrario, sentarlo en el banquillo le salía bien barato. El hombre no tenía poder para hacerlo destituir. Como mucho, perdía su favor. El favor de alguien a quien con su decisión arrojaba al despenadero. Ya ves tú.

No se habían dado cuenta, bobos. Hay en la vida coyunturas hermosas. En las que ser honrado, encima, te conviene.

Bomba de infusión

Era un acto sencillo. Elegir entre dos. Sin pensarlo, tenía un 50 por ciento de probabilidades de acierto. Poniendo celo en ello, sólo quedaba el margen mínimo de error que hasta la acción humana más cuidadosa lleva aparejado. Porque siempre puede haber un imprevisto, una discontinuidad, una perturbación, una interferencia fortuita o catastrófica. El más diestro y atento acupuntor puede fallar estrepitosamente, si justo cuando va a clavar la aguja tiembla la tierra. La más aplicada alumna puede fallar en un sencillo test de verdadero o falso si al poner la cruz en la casilla algo la despista y da a la pregunta número 22 la respuesta que pensó a partir del enunciado de la 21.

¿Qué la distrajo? ¿Qué, una vez que esa distracción se produjo, le impidió darse cuenta de que se había distraído y retrotraer aquella maniobra a su principio? ¿O acaso se distrajo sin percatarse de que se había distraído? En las novelas lo llaman ausencias. Todos las tenemos alguna vez. Pero la mayoría de nosotros podemos estropear poca cosa con nuestros lapsus. No tenemos la mala suerte de que en nuestra labor se trate de escoger entre dos opciones que bombean vida o muerte, según se usen, a las entrañas o a la sangre de una criatura desvalida.

Bomba de infusión. Al escoger la que no era, las manos de aquella joven desencadenaron, entre otras para ella indeseadas e indeseables consecuencias, la difusión universal del término, hasta ese momento reservado a los especialistas. Así es la sociedad de la información. La víspera, noventa y nueve de cada cien encuestados en la calle no habrían sabido si se trataba de un artefacto sanitario o de un ingenio de destrucción masiva. Dos días después, cualquier transeúnte podría hacer un croquis. ¿Para bien o para mal?

Para nada, en lo que a aquella joven concernía, o en lo que tocaba al receptor de la infusión errónea y a sus familiares. Para nada, tampoco, en lo que se refería a quienes, siempre de modo teórico, ostentaban alguna responsabilidad superior sobre el suceso. Todo estaba bien: que sin experiencia en neonatos ella pudiera ocuparse de alimentarlos, que nada distinguiera (como sucedía en otros sitios) aquellas dos bombas de tan disímil función, que ante la emergencia de un niño muriéndose en la incubadora contigua, sólo ella estuviera para cubrir lo otro.

Poco después de consumarse la desgracia, tras los primeros balbuceos ambiguos del equipo que sin éxito trató de reanimar al niño, un hombre gallardo salió a decir la verdad. No hubo ocultaciones, no hubo merodeos. Ese hombre, firme el ademán, sereno el gesto, ofreció a todo el mundo la cabeza de la joven, bisoña, distraída o a lo mejor, tan sólo, tímida enfermera, que ante la duda no supo ver que en una UCI de neonatos debía siempre preguntar, incluso cuando la enfermera veterana sudaba la gota gorda sobre otro bebé en parada cardiorrespiratoria.

El hombre gallardo se puso así de perfil ante la tragedia y se sumó al espantado público. Y su jefe. Y la jefa de su jefe. Dicen que la chica, la enfermera, pensó en el suicidio. La vergüenza, como el riesgo, disminuye según se sube en la pirámide.

Ahora o nunca

La idea la tuvo el Jonathan. Y al Álex y a mí nos pareció enseguida una idea de puta madre. El Jonathan dice que la tía es una calentorra y que le va la marcha que no veas. Por eso, dice, se le ocurrió que con ninguna mejor que con ella para pasarnos un buen rato todos juntos. Por lo visto, la piba no sólo está predispuesta, sino que tiene otra cosa a favor: no anda muy sobrada de luces. Vamos, que es un poco retrasada, para entendernos, y piensa el Jonathan que no nos va a costar mucho comerle la cabeza. El Álex dice que son dos características que suelen ir juntas, que las

que son un poco así también tienen la otra parte, lo de ser más abiertas para el rollo sexual. *Fulgor uterino*, dice el Álex que se llama en plan científico, que él lo ha visto en internet. Pero bueno, digo yo, qué más da cómo se llame. Lo que importa es que les gusta el *ñaca-ñaca* más que a las otras.

Aunque, para mí, que a todas les gusta más de lo que dicen. Lo que pasa es que se reprimen o se hacen las estrechas, pero sólo cuando quieren y con quien quieren, que en el fondo todas son iguales, y al final, por mucho que digan que no, les pone hasta lo más bestia que les puedas hacer. Es lo que le dije al Kevin, cuando salió con eso de que a lo mejor era demasiado, los cuatro juntos, o bueno, uno detrás de otro. Como dice Álex, que también lo ha leído en internet: al final, ése es el deseo secreto que tienen todas, y es lo que reconocen en los chats, cuando se confían porque el que habla con ellas no sabe quiénes son, o lo que responden en las encuestas donde también son anónimas.

Pero tampoco hace falta ninguna encuesta. No hay más que mirar los vídeos de internet, la cara que tienen todas las que salen haciendo eso con varios, por mucho que al principio digan que no, y que si les van a hacer daño y todo ese teatro para despistar a los tíos. Luego, cuando al final se lo hacen, bien que disfrutan y piden más y más. Es una cosa que tienen las mujeres, en general, que yo lo sé por el Ríchar, mi hermano mayor: lo de decirte que no cuando lo que te quieren decir es que sí.

Por eso yo no le veo ningún problema. El Jonathan, que es el que ya se la ha tirado, dice que él se las arregla para traerla. Y luego es sólo cuestión de darle caña y ponerla a mil. Seguro que acaba haciendo como las de los vídeos, pidiendo que le demos más. Si trajéramos a otros cuatro, seguro que también tragaba. Vamos, que no veo por qué tenemos que cortarnos.

Y si pasa lo que dice el cenizo del Kevin, que la tía se resiste, pues nosotros seguimos. Y si pasa lo otro que dice, que luego la tía lo cuenta, pues siempre podemos decir que se lo ha inventado, que ella fue la que quiso y se arrepintió luego. Y si resulta que no nos creen, pues mala suerte, pero tampoco se acaba el mundo. Puede que sea un marrón, con los padres y demás, pero basta con aguantar un poco hasta que pase. No nos pueden hacer nada. Ni siquiera a mí, que soy el mayor. Hasta agosto no cumplo los catorce. Es lo que yo digo. Ahora o nunca.

Mi carro me lo robaron

Dieter abrió los ojos trabajosamente y miró la hora en el despertador de la mesilla de noche. Las 7.15. Había dormido bien, gracias al aire acondicionado, cortesía involuntaria del contribuyente. Helmut, su compañero, se había asegurado de que les reservaban un apartamento provisto de climatización. Su experiencia de algún que otro verano como turista en la costa mediterránea

española le había enseñado que más valía no enfrentarse a cuerpo limpio al insufrible calor nocturno.

La verdad es que eran unos apartamentos bastante aparentes, en todos los sentidos. La piscinita, el espacio comunal, incluso la cafetería-restaurante que había en el propio complejo. Un lugar ideal para familias con niños, que constituían la inmensa mayoría de la clientela, y entre las que Dieter y Helmut, con su nada desdeñable envergadura y sus ropas de sport, pero tirando a serias (la inevitable americana, por ejemplo) desentonaban ligeramente. En el breve duermevela que aún podía permitirse (hasta las 7.30, ni un minuto más), Dieter se preguntó qué se imaginarían que eran al verlos, siempre tan arreglados, sin acercarse siquiera a la piscina (bueno, la víspera Dieter se había levantado a las 7 y había hecho unos largos matinales, pero sin testigos) y entrando y saliendo del complejo en aquel impecable Mercedes clase S, oscuro y siempre reluciente.

Las 7.30, ya no podía demorarse más. Se puso en pie y antes de entrar en el baño se acercó a la habitación en la que Helmut seguía roncando. Dio un par de golpes y aulló:

—*Guten Morgen, Herr Schellenberg.*

Helmut dio un salto en la cama. Luego gruñó y finalmente murmuró entre dientes una especie de buenos días.

Tras la ducha reparadora, Dieter se vistió. Al ir a ponerse la camisa, reparó en que estaba algo arrugada. Ni corto ni perezoso, fue a su maleta y extrajo de ella la pequeña plancha de viaje. En su oficio era importante dar buena imagen en todo momento y circunstancia. Sobriedad, solvencia, discreción. Incluso allí, en Alicante, en verano, mientras todos andaban en bermudas y chancletas, incluidos sus compatriotas, que eran quizá los más estafalarios de todos. Helmut había sugerido que debían vestir como ellos, para pasar más inadvertidos, pero eso era incompatible con el cumplimiento de los deberes de su puesto.

Mientras Helmut se aseaba, Dieter bajó a darle un repaso al coche. Tenía para ello un pequeño barreño en el maletero, y un juego de esponjas, bayetas y gamuzas. También el coche era, en cada momento, la imagen de Alemania. Y había que cuidarla.

Por eso el estupor de Dieter no conoció límites cuando vio que el coche no estaba. En un principio pensó que se había equivocado al recordar el lugar donde lo había aparcado. Pero eso era imposible. Estaba seguro. Siempre estaba seguro, de todo lo que concernía a su trabajo y al coche en particular.

Finalmente, Dieter hubo de aceptarlo. Lo inconcebible había sucedido. Sacó su móvil y marcó el número, resignado:

—Señora ministra, nos han robado el coche.

Iban a ser el hazmerreír de todos, allá arriba. Malditos españoles. Se merecían la crisis, la ruina y todo lo que les cayera.

El regusto del deber

X se despertó con las imágenes de la ceremonia de la víspera todavía en la retina. Había sido realmente emocionante. Todo aquel luto en la radiante tarde veraniega: los trajes y vestidos negros de las mujeres, las corbatas negras sobre las camisas blancas de los hombres. El contraste entre la luz y las sombras en su máxima intensidad. Las lágrimas que resbalaban por igual sobre las tiernas mejillas femeninas y sobre la aspereza de las masculinas. Las palabras que expresaban con resolución el hartazgo, la resistencia, el afán de prevalecer sobre la muerte.

Esa tarde, X no había tenido que hacer ningún discurso ni declaración, como otras. Se había limitado a estar, a ocupar su puesto, en las filas y en las fotos. Pero se sentía orgulloso de haber comparecido en la ceremonia. Había que estar allí.

Después de asearse y desayunar, X bajó a la calle para subir a su coche. Dos hombres flanqueaban el portal, un tercero le aguardaba junto a la puerta ya abierta del vehículo. En la acera de enfrente, X imaginó, sin verlo, el dispositivo de contravigilancia. Aquel despliegue revelaba hasta qué punto formaba él mismo parte de aquella contienda, y venía a atestiguar su posición en primera línea de combate. X respiró hondo y cubrió de prisa los pocos metros que separaban el portal de la calzada. Se deslizó en el interior del coche impoluto y blindado y se dejó caer en la superficie suave del asiento de cuero. La climatización y el delicado ambientador propiciaban una atmósfera agradable. Allí, X paladeó el regusto dulce que produce cumplir el deber.

Z despertó también ese día con el recuerdo de la ceremonia fúnebre de la víspera. Había sido terrible y dolorosa. Enviar bajo tierra en una caja a aquellos dos chavales, tan llenos de vida y de confiado futuro apenas unas horas atrás. Para Z había sido, desde luego, un honor portar a hombros uno de los féretros. Pero un honor trufado de impotencia, rabia y desesperación. Firme en su puesto, Z apenas había prestado atención a las palabras que se decían en el acto. Las palabras de siempre, ante la cara compungida de los de siempre, sobre el cadáver aún caliente de los de siempre. Para él, toda esa gente no estaba allí. No estaba en la hora solemne como tampoco estaba en el día a día, en la intemperie del que tiene que salir a la calle con una diana pintada a la espalda, a ofrecer blanco sin protección. Había que soportar el paripé, pero él sólo pensaba en los dos hombres que llevaban en los ataúdes. En el que alzó en peso cuando llegó el momento. En esos kilos que poco antes eran una vida.

Tras desayunar, Z se encaminó a su coche. Solo y cerrado junto a la acera. Sucio, porque con los acontecimientos de los últimos días no había habido tiempo de lavarlo. Resignado a la inutilidad del acto, Z se echó a tierra y le miró los bajos. Cuando se levantó, vio la leyenda que una mano anónima había trazado sobre la mugre, acaso días atrás: *Lávalo, aceituno, que no encoge*. Ni se tomó la molestia de borrarla, pese al desdoro que podía suponer para un coche patrulla. Abrió la puerta y se metió en el ambiente ya recalentado del interior del vehículo. Y allí, solo y meditabundo, saboreó el regusto amargo del deber.

La jeta en la foto

D. P. P. miró de reojo a su forzado compañero. Era un tipo triste, mayor, algo pasado de peso. Según el ojo experto de D. P. P., con más de una decena de antecedentes y alguna estancia en el talego a sus espaldas, alguien que no encajaba en el prototipo del delincuente profesional. No decía nada, ni siquiera alzaba la mirada del suelo. D. P. P. había reparado en que los maderos lo trataban con esa especie de precaución solemne que era normalmente indicativa de un delito grave. A lo mejor un asesino. Y si tenía que apostar, uno de los que se quitan de en medio a la propia parienta. A D. P. P. no le gustaban ni un pelo los que le levantaban la mano a una mujer, aunque por otra parte entendía que había ciertas ocasiones en que a un hombre podían cruzársele los cables y entonces ni el más pintado sabía cómo podía reaccionar.

Por eso, al individuo lúgubre al que se encontraba esposado no lo veía ni con respeto ni con desprecio, sino con un recelo a medio camino que era la actitud que la experiencia de la vida en el borde de fuera de la ley le había enseñado como más propicia para casi toda ocasión.

De pronto, sin embargo, en la mente de D. P. P. se abrió paso una inquietud. Si aquel tipo era un asesino, y si lo era de una mujer, a la entrada del juzgado habría circo. Al pensar en ello, D. P. P. ahogó una maldición. Calculó con dificultad por dónde podían ir. El furgón policial no tenía cristales y así era imposible orientarse. Pero hacía diez minutos que habían salido de comisaría. No podía faltar mucho para llegar. Entonces, con resignación, le habló por primera y última vez a aquel tipo al que el destino, nunca mejor dicho, le había ligado:

—Si no quieres que te saquen la jeta en la foto, súbete así la ropa antes de bajar del furgón. Estamos a punto de llegar.

El hombre le observó con cara de estupor y luego murmuró:

—Sí, tienes razón.

Y se preparó para ocultarse el rostro, imitando a D. P. P. Cinco minutos después, vino el momento. Las voces, el sonido de las cámaras disparándose, el breve recorrido casi a la carrera por la acera, mirando el suelo por encima de la camiseta para no tropezarse y rodar por el suelo como un idiota. Quince segundos casi eternos, en los que D. P. P. se preguntó, como alguna otra vez, por qué en los putos juzgados no hacían aparcamientos subterráneos para evitar aquellas movidas tan absurdas.

Después de tomarle declaración, el juez puso a D. P. P. en libertad. Esta vez era una chorrada, por suerte. Al día siguiente se vio en todos los periódicos, esposado, a aquel tío. Que no había matado a su mujer, sino al novio de la susodicha, y que por lo visto era delincuente de largo historial. Pero claro, pensó D. P. P., no es lo mismo un palo que un muerto. Para comerse eso, por mucha carrera que se lleve, nadie está listo.

Le dio por saco verse así, en todos los periódicos, y encima con los pantalones caídos y los gayumbos asomando. Un par de días después llevaron a unos políticos corruptos ante el juez. Los

trataron como a D. P. P. y al otro, es decir, como a cualquier presunto, y los políticos se quejaron por haber salido esposados en la foto. A D. P. P. le entró la risa. Peor era lo suyo, que ni siquiera era noticia. Si no querían verse retratados con la pulsera puesta, que se hubieran tapado la jeta. Como todos.

Perdida en el paraíso

Edith no se llama Edith, pero eso no importa mucho. Tampoco importa demasiado que diga ser de Sierra Leona, aunque naciera en Nigeria. Es lo que le mandaron que contara, cuando le preguntaran los hombres blancos. También le explicaron por qué: porque en Sierra Leona hay guerra y podía pedir asilo, aunque no hubiera muchas esperanzas de que se lo concedieran. De todos modos, como enseguida descubrió, no iba a necesitar permiso de residencia ni de trabajo en Europa. Nadie se lo ha pedido nunca, en los parques, las esquinas o los polígonos industriales donde lleva tres años prestando sus servicios, desde que la recogieran una fría noche de las aguas del Estrecho.

Edith se acuerda ahora de aquella noche. Del miedo en la oscuridad a la inmensa fuerza del mar. De las luces de la patrullera que interceptó su patera, y de los focos del puerto, donde una voluntaria de la Cruz Roja le dio su bienvenida oficial al Primer Mundo. Recuerda también las horas que pasó en el centro de acogida de inmigrantes de la isla de Las Palomas, donde otra voluntaria le dio de comer y de beber y le dijo que no tuviera miedo, que ya había cruzado, que lo malo había pasado y ya estaba en el paraíso, donde podría permanecer, aunque fuera sin derecho, hasta que el tiempo o alguna circunstancia propicia (¿una nueva regularización masiva, tal vez?) le permitieran obtener el papel que la protegiera de la expulsión.

Ingenua chica aquélla. Porque lo que a Edith le esperaba no era sino el lugar del que había partido, en su más oscura y siniestra expresión: aquel chulo, compatriota suyo, cuyo número de teléfono móvil traía en una bolsita impermeable cosida al interior de su ropa. En cuanto la soltaran, Edith debía llamar a ese número. Y eso hizo, y desde entonces duraba la pesadilla, en la que la única distracción, si así podía llamársele, era dar placer a los hombres blancos que la compraban y poseían sin saber (¿sin querer saber?) lo que realmente estaban pagando.

O lo que era aún peor: servirle de desahogo a aquel canalla de su misma lengua y su misma piel, que antes de usarla, como para crearle una ilusión de algo, se la llevaba de paseo en el reluciente deportivo alemán que había comprado con la sangre de sus esclavas. Pero cuando terminaba todo, él se volvía a poner su ropa cara y la dejaba otra vez en la calle, con el recordatorio del dinero que aún le quedaba por levantar a golpe de cadera para ganarse el derecho a disponer de su propia vida.

Por todo eso, y alguna otra cosa más, hoy Edith está feliz. Lo ha visto dos veces, en las

noticias. Esposado, cabizbajo, entre dos policías de uniforme. Han caído, junto a él, otros cincuenta. Nunca creyó que los polis blancos se preocuparan de averiguar quiénes las explotaban, y mucho menos de investigar dónde se escondían, quiénes eran, cómo movían el dinero y a las pobres desgraciadas que como Edith les servían para ganarlo.

Pero lo han hecho. Han caído todos, al menos todos los que ella conocía. Ahora es libre, como sus compañeras. Libre para perderse en el paraíso. Tiene unos cuantos euros en el bolsillo y sin pensárselo dos veces se ha plantado con su hatillo en la estación de autobuses. Se acerca al mostrador y pregunta:

—¿Cuál es el que lleva más lejos?

El flujo de la mierda

En la pequeña isla, en plena temporada estival, y en un año marcado por la crisis, la noticia no era precisamente la que más convenía que saltara a todos los medios: *un emisario submarino arroja un flujo incontrolado de aguas fecales a escasa distancia de la playa*. La primera idea que se le había ocurrido al asesor de comunicación del gobierno local era negar la noticia. Total, los emisarios submarinos están lo bastante ocultos como para que resulte difícil comprobar cualquier cosa que se diga sobre ellos.

Pero el responsable político que le había venido con el problema, visiblemente cabreado por haber tenido que interrumpir sus vacaciones, le echó sobre la mesa unas fotografías. Sí, eran fotografías subacuáticas. En ellas se veía el fondo marino, una gran masa de agua azul, y en medio y en primer plano, una boca oscura expulsando un potente chorro marrón.

—Lo ha levantado un buceador —dijo el político—. Y ha hecho estas fotos. Tiene una máquina buena y sabe usarla, el cabrón.

—Desde luego, es una contrariedad. Una imagen vale por mil palabras. Y una imagen como esta, quizá por alguna más.

—No, si también sabe hablar, no creas.

Y le tendió un folio impreso. En él, una noticia de agencia, donde se recogían las declaraciones del buceador y fotógrafo: «Llevo meses buceando en medio de la mierda». El asesor, que además de la licenciatura había hecho algunos másteres, admiró la concisión y la eficacia demoledora del titular. No se podía decir más con menos. Y esa palabra tan chungueta. *Meses*.

El asesor de comunicación meditó sobre el problema con la premura que le exigía la incómoda presencia de aquel hombre, que era quien lo había fichado para su puesto de confianza y quien, con las mismas, podía reexpedirlo a las filas de los parados de lujo si no estaba a la altura de sus expectativas.

—Hay que negar lo de los meses. No lo puede probar, salvo que haya hecho y fechado una foto

todos los días.

—¿Cómo dices?

—Hay que decir que ha sido un vertido puntual. Una avería, algo así. Tampoco van a tener forma de comprobarlo.

—¿Y si baja otra vez mañana?

—Hombre, el problema habrá que atajarlo, de todos modos. Lo que podemos minimizar es el impacto informativo.

—Ya, ya, lo están mirando. Bueno, pero cómo le damos un aire positivo. Avería, aguas fecales, hay que contrarrestar.

Entonces el asesor tuvo la idea que andaba buscando. La que iba a convencer a su jefe de que era insustituible.

—Diremos que la avería se ha producido por la alta ocupación hotelera que estamos registrando, y que ha desmentido los malos pronósticos que se hacían a cuenta de la crisis.

El político sonrió, satisfecho. El asesor se revistió de pronto a sus ojos de un aura providencial. Había encontrado un nuevo indicador de prosperidad, digno de ser estudiado por los economistas: el flujo de la mierda en los emisarios submarinos. Aquello sí que era convertir los problemas en oportunidades.

—Llegará lejos, López —le auguró.

El alma de la turba

Mientras aguardaba, Roberto miró las caras de la gente que tenía enfrente. Entre ellas, había de todo. Adolescentes llorosas, mujeres de mediana edad de semblante agrio, hombres exaltados, ancianos de expresión remota. También había chavales nerviosos, hombres y mujeres circunspectos, ancianas inquietas y parlanchinas. Y más tipos que se le escapaban, en medio de la multitud, porque la humana reacción a cualquier coyuntura, aunque predecible y relativamente homogénea en su conjunto, siempre registra excepciones individuales.

Roberto se preguntó cuántos de todos aquellos podían tener un interés personal o una relación directa con el asunto. Y por más que se esforzó, no consiguió encontrar a ninguno, salvo quizá en un grupo de chicos y chicas que eran, posiblemente, los que más ausentes aparecían de la tensa escena que allí se desarrollaba, en espera de que se produjera el ansiado acontecimiento.

Como todos los que generan expectación, este vino precedido de las señales que permitieron a todos aprestarse a desempeñar su papel. Apenas comenzó a oírse en lontananza el aullido de las sirenas, la multitud se removió y en cuestión de segundos se transformó en una masa compacta, en una hidra de cien cabezas que maniobraba al unísono contra el endeble cordón que componían Roberto y sus compañeros. Detestaba ese momento: el de tener que contener con lo más primario

de que dispone el ser humano, la fuerza de sus músculos, una marea animada por una musculatura mayor. Pero le pagaban por eso.

Tenían que mantener despejado un pasillo desde la acera hasta la puerta del edificio, y también los alrededores del sector de la calzada donde estacionaría el coche celular. Y así lo hicieron, aunque para ello tuvieron que emplearse a fondo, rozando en algún momento la frontera entre la simple contención y la presión de signo contrario que sirviera de advertencia a los que trataban de desbordarlos. El momento más delicado llegó cuando el furgón ocupó el sitio previsto y se abrieron sus puertas.

El hombre bajó trastabillando, con un agente a cada lado y la cabeza cubierta por una cazadora. Lo normal. La gente comenzó a insultarlo, a pedir que lo ejecutaran, a amenazar con lincharlo. También lo normal. Roberto imaginó que en su vida corriente se comportaban de otro modo, pero era el momento del circo y en el circo hay que sobreactuar y excederse. Estaba mentalizado para soportarlo. Pero de pronto una mujer, que le había empujado ya tres veces y a la que acababa de devolver a su sitio desplazándola suave pero firmemente con el antebrazo, se le encaró:

—Tú a mí no me tocas, madero de mierda. Que me dejes te digo. ¿Para qué estáis, para proteger a los asesinos y abusar de la gente honrada?

Roberto no le dijo nada. Se la quedó mirando, esforzándose por no oír sus gritos. Pensó en decirle si estaría igual de crecida si en lugar de vérselas con un policía se las viera con cualquier macarrilla en un descampado. Si se mostraría así de agresiva con ese hombre cuya muerte pedía a voces si los dejaran a los dos solos en una habitación. Pero para qué. Siguió conteniéndola y pensó, una vez más, que hay algo que se parece como un huevo a otro huevo al alma del asesino: el alma de la turba.

Los pijoborrokas

Con la regularidad que en él era norma de vida, Ernesto bajó a tirar la basura. Siempre lo hacía a la misma hora, y aunque el pueblo andaba algo alborotado por las fiestas patronales, a las once en punto, ni un minuto antes ni un minuto después, se fue hacia el cubo, anudó la bolsa y cogió las llaves.

La manía del orden la había desarrollado durante una larga vida de trabajo, levantándose siempre a las 6.30 de la mañana y haciendo las sucesivas pausas, desayuno, comida y cena, también a horas fijas. Había aprendido a jalonar así los días para sacar el mejor partido a los espacios de labor que le quedaban en medio, y en los que había tenido que rendir sin desmayo. Ernesto se había ganado a pulso la condición de «productor» que se adjudicaba a los trabajadores en la jerga antigua. Ahora estaba jubilado y ya nada producía, pero conservaba la disciplina porque había descubierto que era buena para el cuerpo y para la mente.

Por eso, no pudo sino ver con cierto desagrado a los chavales que a esas horas se congregaban en torno al que parecía ser su espacio favorito: la explanada del botellón. Ahí se pasaban las noches festivas, empapuzándose de alcohol y turbando el sueño de los vecinos. El suyo, por suerte, no demasiado. Si se acostaba a su hora, y siempre lo hacía, seguía quedándose al instante como un leño. Y más desde que había enviudado y en la cama no había otra cosa que hacer. Ernesto dejó la basura en el contenedor y cuando regresaba hacia su casa observó algo extraño. Empezaban a acudir coches de policía y el griterío de la multitud iba aumentando de volumen. Entre el tumulto y el ruido de las sirenas, acertó a oír algunas imprecaciones. Supuso que alguno había bebido de más y había molestado a la chica de otro, o que el que había bebido de más era el de la chica y se había imaginado que otro la molestaba. Cuesta bien poco que se arme, cuando se impregna en etílico una mente inmadura.

Pero pronto vio que era algo más. El resto del espectáculo lo contempló desde su terraza, como todos los vecinos del edificio. Una verdadera batalla campal entre policías y botelloneros, a la que acabaron acudiendo los antidisturbios después de que los niños (pocos como los que allí había daban tan pleno sentido a esa palabra) incendiaron un vehículo policial.

Ernesto había asistido a otros tumultos, en su juventud. Tampoco entonces había participado en ellos, lo que le había valido la recriminación de alguno. Pero es que Ernesto siempre receló del follón, y más cuando lo promovían aquellos a quienes menos acuciaban los problemas. Siempre tuvo la sensación de que, para esa gente, enfrentarse a los sufridos peones de brega del poder era otra de sus aristocráticas formas de diversión. Y bien que lo habían probado algunos, que empezaron en la barricada para terminar en el consejo de administración y el coche con chófer.

Al día siguiente, escuchó en la radio las declaraciones de uno de los pijoborrokas, como ingeniosamente los llamó un periodista. Daba un motivo para su rebelión: *Es que no nos dejan divertirnos*. Y al oírlo Ernesto pensó que estos niños de ahora eran en algún aspecto mejores que los de su época. Al menos ellos, andando el tiempo, no iban a traicionar ningún ideal.

La humildad de los gigantes

Alberto leyó la noticia en su habitual repaso matinal de la prensa en internet. Venía destacada en todos los portales que frecuentaba. Y no era para menos: resultaba cuando menos llamativo que un cantante se desplomara en pleno concierto, a la cuarta canción, y que hubiera que suspender la actuación y llevarle al hospital. Alberto pensó que el desmayo debía de ser consecuencia del esfuerzo, acaso excesivo, que suponía una gira de esas características, con varios conciertos a la semana, para un anciano septuagenario. Y recordó lo que había leído: que el cantante la había emprendido para hacer algo de caja, en aquellos tiempos en que ya los discos no daban el rendimiento de antes y sólo las actuaciones en vivo generaban ingresos.

También había leído que al infortunado artista le habían esquilado entre unas cuantas mujeres y un contable desleal, que se había aprovechado de su retiro en un monasterio zen, tras uno de sus últimos desaires amorosos, para vaciarle la cuenta corriente. Miró la fotografía del hombre que ilustraba la noticia. Parecía un hombre bondadoso, ingenuo, casi desvalido. Decían que había sido un mujeriego incorregible, un brillante joven poeta, un seductor *dandy* maduro. Pero no pudo evitar tenerle lástima.

Dos días después, estaba prevista una actuación del cantante en su ciudad. La mañana del día en cuestión, surgió en su empresa una emergencia. Dos de sus compañeros recibieron la orden de viajar urgentemente a Londres, donde permanecerían un par de días. Uno de ellos se le acercó con una entrada en la mano. Era para el concierto de esa noche, y ya no la iba a poder aprovechar. Se la ofreció. Alberto preguntó, extrañado:

—Pero, ¿no estaba enfermo? ¿Seguro que podrá darlo?

Su compañero le aseguró que el concierto se mantenía, y le recomendó que aprovechara la oportunidad. Alberto alegó que apenas conocía la música de aquel tipo. «Razón de más», le respondió el otro. Al final, se avino a tomar las entradas.

Nunca lo agradecería bastante. Esa noche, Alberto asistió al concierto de su vida. No sólo por las canciones, cuyo mérito hubo de reconocer, o por los músicos que acompañaban al cantante, de primera fila. Las quince mil personas que llenaban el espacio del concierto tuvieron cumplida demostración de lo que vale un hombre, cuando es en verdad grande.

Durante tres horas y media, aquel viejo artista lo cantó absolutamente todo. Se arrodilló, se levantó, corrió, brincó, hizo reír, llorar y, en suma, mejores a las personas que le escuchaban. A sus setenta y cinco años, derrochó su voz como Alberto jamás se lo había visto hacer a los ídolos veinteañeros que explotaban con displicencia su éxito advenedizo, regateando besos y escatimando repertorio. En algún momento, aquel hombre llegó a cantar sin música, y entonces descubrió que, por encima de todo, aquello que tenía delante era un poeta inmenso, cuya voz profunda, recia y estremecedora, hacía saltar en pedazos cualquier resto de conmiseración que pudiera quedarle a uno por sus desventuras y reveses como humano.

Al final, con el pabellón viniéndose abajo, el poeta dio las gracias a todos los que le habían ayudado, sin olvidar a los cocineros ni a los camioneros. Y se despidió con la humildad de los gigantes, que en adelante le serviría a Alberto para situar, en su punto justo de insignificancia, la soberbia de los enanos.

El viaje de Tamara

A los veinticinco años de edad, y después de seis trabajando, Tamara decidió dejar de soportar los sinsabores que le producía tratar de ganarse la vida en su país de origen y se dejó llevar por

una de las corrientes más poderosas de la globalización: el flujo transfronterizo de personas. A ella no la trasladó una mafia que la estuviera esperando en el lugar de destino para explotarla hasta saldar una astronómica deuda. Tampoco hubo de recurrir a una de esas agencias de viajes sui géneris, especializadas en llevar a la gente de un país a otro sin necesidad de obtener el visado que sería preceptivo con arreglo a las leyes del lugar al que se llega.

Por eso, Tamara no nutrió con su sudor ni su sangre la fortuna de los modernos tratantes de personas, tipos lúcidos que perciben la oportunidad inmensa de negocio que les ofrece un mundo en el que hay muchos sitios donde hace falta gente, otros tantos donde sobra y toda una serie de barreras legales y administrativas que es preciso saltar para verificar el desplazamiento de las masas humanas demandadas y ofertadas.

Tamara disponía de la llave mágica, que en el cuento al que había ido a parar adoptaba la forma de un pasaporte. Gracias a él, podía sin más montarse en el avión y llegar a donde deseaba. A una ciudad donde una nueva vida la esperaba con los brazos abiertos, lejos de la sordidez y la cochambre de su tierra. Y desde luego, la compañera que le había pasado la información, y que ya llevaba allí un tiempo, no la había guiado por mal camino.

Apenas llegó, encontró una infraestructura sencilla pero eficiente, que se ponía a su disposición en condiciones razonables. Por un coste asumible, disfrutaba de instalaciones adecuadas, tanto en términos de higiene como de seguridad. También tenía garantizada una clientela bastante fácil de atender, que le hacía acordarse con espanto de la gente entre la que había tenido que levantarse el jornal allá en su patria. Eran personas de nivel, educadas, incluso muchos de ellos resultaban un punto tímidos. La mayoría, turistas, que eran allí aún más forasteros (y por tanto se sentían más inseguros) que ella misma.

Incluso podía organizarse a su conveniencia los turnos, y tenía unos servicios públicos que ni hubiera podido soñar en su lugar de procedencia. Entre todos ellos, le llamaba la atención la policía. Tipos amables, resolutivos, siempre con voluntad de ayudar, en las contadas ocasiones en que sus pulcros clientes le planteaban algún problema. En la experiencia anterior de Tamara la policía no era más que una plaga, que nunca la había protegido de nada y que no había hecho más que complicarle la vida con acciones absurdas y caprichosas, según les soplara el aire a las arbitrarias e incompetentes autoridades de su país.

Y allí estaba, Tamara, ofreciendo su 1,80 de imponente erotismo transexual en su cómoda y aséptica cabina roja del centro de Ámsterdam. Junto a ella, una decena de paisanas, a la espera del inglés o alemán que picara y les dejara 100 euros por un expeditivo servicio de 20 minutitos. Su familia no terminaba de entenderlo, pero cualquiera que hubiera vivido lo que ella comprendería por qué no pensaba regresar jamás a la sucia calle del país cruel, avaro y tercermundista que había dejado atrás. Ese que, según veía en internet, seguía llamándose España.

El niño del gueto

Su infancia, que al fin y al cabo es la que nos da la manera de mirar las cosas, fue el gueto de Cracovia. Sólo tres palabras, casi eufónicas, tras la que se agazapa el horror. El de no ser nada, no valer nada, estar expuesto a todo y, lo que es peor, haber llegado a aceptarlo. Sus ojos de niño vieron los abusos, la muerte, el dolor mansamente consentidos, de un lado; y la crueldad implacable, insensible a toda plegaria, de otro. Su mente infantil comprendió que para ir al infierno no era necesario morir, bastaba con estar vivo en el lugar y el tiempo equivocados.

Allí donde fue niño, bien podía no haber llegado jamás a ser hombre. Pero los dioses, o Dios, o la simple imperfección de todo lo humano, que también alcanza a la saña del verdugo, le permitieron vivir. Mucho más que eso. Un buen día empezó a hacer experimentos con la luz, con ayuda de la cámara, y descubrió que era bueno. Y también lo descubrieron otros. Y con ese tesón que proporciona la admiración ajena, que en su caso se sumaba a la euforia del superviviente, volcó sus energías en esa tarea y pulverizó los límites que le habían sido impuestos. Los del país en que había nacido, un espacio estrecho y gris en el que su genio y sus proyectos parecían condenados a consumirse.

Y el niño que había estado en las simas del Tártaro llegó a respirar los aires del Olimpo. Hollywood se le ofreció, con su disponibilidad de cortesana antigua, en la que la facilidad se mezcla con la indiferencia. El niño del gueto era listo, y pudo intuir lo segundo, pero decidió aprovechar sin tasa lo primero. Quien es admitido en el Olimpo, entre otras cosas, queda exento de las responsabilidades y prohibiciones que recaen sobre el común. Y era demasiado placentero aprovecharlas, para alguien que había vivido sin que nada (y apenas vivir) le estuviera permitido.

Hubo una tragedia; terrible, sí. Pero que el niño del gueto, que había apurado en sus años más tiernos la visión de las más altas cotas del espanto, estaba preparado para asumir. La encajó y siguió adelante. Y siguió usando, acaso para compensar y terminar de consolarse, de sus prerrogativas de inmortal.

Hasta que llegó aquella noche, aquella niña. Aquella niña confusa, atractiva como mujer, tal vez predispuesta, o tal vez asustada. Le empujaron las sustancias que desembridaban su mente. Le ayudaron a resolver que para los dioses todo era posible, que las dudas entre infancia y madurez, consentimiento e intimidación, eran nimio obstáculo para sus apetitos.

Fue humillante verse preso, motejado de monstruo. Pero el niño del gueto estaba curtido en el arte de prevalecer sobre la adversidad. En cuanto pudo, huyó, y evitó en los años siguientes el escenario de su fechoría y la ley que lo buscaba. Siguió rodando cine, obteniendo reconocimientos, haciéndose rico. Incluso Hollywood, desde lejos, se arrodilló ante él, cuando decidió poner en imágenes el holocausto que fue su infancia.

Ahora, ya septuagenario, y cuando iba a recoger el enésimo premio a una Suiza que creía segura, le ha alcanzado la larga mano de su pasado desliz. Puede que la edad y la fatalidad arruguen al dios. Pero en la soledad de la celda, sometido a las abstrusas disquisiciones de abogados y jueces que ahora decidirán su suerte, el niño del gueto no se da por perdido. Sabe que uno puede estar acabado y salvarse. El final está aún por escribir.

Infiniti

Como cada mañana, Borja subió al tren con el periódico gratuito en la mano. No es que el contenido del anémico diario soliera apasionarle, pero esa mañana lo mantuvo doblado bajo su axila durante un buen rato, resistiéndose con especial pereza a acometer su lectura. Por un momento pensó incluso en dejarlo sobre una de las repisas superiores, como minutos antes se le había pasado por la cabeza la posibilidad de no tomarlo de la mano del repartidor sudamericano que como cada mañana se lo tendía. Pero era inútil. Lo de «ojos que no ven, corazón que no siente» debía de pertenecer a un mundo ya desaparecido. Aunque no lo leyera, la noticia y sus sacudidas lo perseguirían igual. En la radio, en internet, en la televisión, en los corrillos.

Y es que, mal mirado, era muy fuerte.

Resultaba demasiado desagradable acceder a esos momentos en los que algunos personajes, exentos de la habitual necesidad de fingir, se mostraban tal cual eran. Momentos en los que quedaban al descubierto no sólo su doblez y su cinismo blindado, sino también el desprecio hacia todo aquello por lo que decían preocuparse, su frivolidad y su banalidad extremas, su carencia desoladora de escrúpulos y, sobre todo, su escasa inteligencia a la hora de fijar sus honorarios y escoger los cómplices para lanzarse a tumba abierta por la senda de la corrupción.

Quizá no debía dejarse que se publicara aquel material. Era demasiado triste, demasiado decepcionante. Casi mugriento. Repelía oír aquellas conversaciones intervenidas por orden judicial, en las que los supuestos prohombres (y promujeres), esos que tenían sobre sus hombros y en su cabeza la responsabilidad de gestionar los asuntos de todos, se daban como burdos conspiradores a la manipulación y la maledicencia continuas, y como adolescentes compulsivos a traficar con las ventajillas y los caprichos que les reportaban sus maniobras subterráneas.

Al final Borja se rindió y leyó. Era incluso peor de lo que se había imaginado. Acababa de levantarse el secreto del sumario y la inmundicia brotaba a borbotones. Le llamó la atención, aunque no era lo más reprobable en términos penales, la conversación mantenida entre dos de los muñidores de la trama a propósito del antojo de uno de los políticos presuntamente implicados. Un coche, un color, unas llantas, 60.000 euros.

No constaba que se lo hubieran regalado, pero sí que le habían hecho algún favorcillo al adquirirlo, y que la cosa parecía importante para el sujeto en cuestión. Al menos lo suficiente como para que los dos corruptores se esmeraran en ello y creyeran que con su gestión allanarían algún obstáculo o abrirían alguna puerta. Infiniti, era la marca. Qué sarcasmo. Porque aquello no tenía nada que ver con el infinito, sino más bien con todo lo contrario.

Infiniti. Todo el mundo estaría haciendo chistes con ello durante unos cuantos días. Y más teniendo en cuenta que el político había estrellado su juguete después de que finalmente se lo entregaran. Sarcasmo sobre sarcasmo. Pero Borja no podía reírse como los demás. Porque entre

los nombres de aquel sumario estaba el de su padre. Su modelo, su héroe. Para contentarle había entrado en las juventudes del partido. ¿Y ahora?

Infinito. Así era el silencio que respondía a su pregunta.

Mera coincidencia

La mujer miró a la pareja con gesto displicente. Y eso que se suponía que las estrellas Michelin se concedían entre otras cosas por la amabilidad en el trato al cliente. «Voy a ver», dijo, y giró sobre sus talones para emprender un lentísimo avance hacia la cocina, sintiendo sin duda el placer de darles la espalda de forma sostenida a quienes acababan de dirigirse a ella.

Al cabo de un minuto, regresó con el mismo paso solemne y el gesto altivo con que se había separado de ellos. Aguardó hasta llegar a su altura para informarles del resultado de su pesquisa. Ni siquiera abrió la boca. Se limitó a menear la cabeza.

La pareja se encogió de hombros. Bien mirado, hacía un día demasiado hermoso, bajo aquella inusual luz azul del Cantábrico, para apenarse por tan nimio contratiempo. Habían visto el letrero que anunciaba el restaurante del famoso cocinero desde la carretera, y aunque no tenían reserva y sabían que así era improbable encontrar sitio, y más con la muchedumbre de turistas que se apiñaba a la entrada del establecimiento, habían entrado a preguntar por si acaso. Por preguntar, nada se pierde. Ya habría más sitios donde comer en condiciones, y tampoco pasaba nada por perderse aquella experiencia respecto de la que no habían tenido tiempo de crearse la menor expectativa.

De modo que siguieron camino, contemplando el mar encalmado que se extendía infinito a su derecha, disfrutando de aquel sol que reventaba las costuras de las nubes e invitaba sin más a vivir. Pararon en el siguiente pueblo, cuna de un navegante cuya hazaña hoy no recordaba ya casi nadie, pero que en su tiempo había sido descomunal, y sobradamente celebrada en siglos posteriores. Visitaron su monumento, sumido en un desconcertante abandono, y sin prisa buscaron, bajando por las empedradas callejas, el borde del mar. Allí vieron varios restaurantes, donde podrían desquitarse del desplante sufrido en el del célebre chef. En particular les atrajo uno que parecía lo contrario de lo que les había parecido el otro. Tranquilo, nada bullicioso, y más que a propósito para disfrutar de un placentero almuerzo.

Cuando entraron, comprobaron que sólo unas pocas mesas estaban ocupadas. Cuando vieron los platos, decidieron que no tenía nada que envidiarle a ningún otro. Cuando los atendieron, descubrieron que eran compatibles la excelencia culinaria y la amabilidad. Pero aún faltaba lo mejor. Ella se había sentado de espaldas, y él padecía de un astigmatismo para el que se resistía a usar gafas. Por eso no lo vieron enseguida. Al cabo de unos minutos, sin embargo, le dio a él la impresión de reconocer a uno de los comensales de una de las mesas. Se fijó mejor y de pronto no

le cupo ninguna duda. Paladeó un sorbo del frío vino blanco que habían pedido y le dijo a ella, sonriente:

—Mira quién está en esa mesa, cuando puedas.

Ella se volvió discretamente y al principio tampoco lo reconoció. Pero luego miró a su compañero de mesa con los ojos abiertos como platos. Sacudió la cabeza y dijo:

—No me lo puedo creer.

Era el cocinero. Tras habérseles negado la posibilidad de probar en su atestado local la comida preparada por sus subalternos, allí estaban, donde comía él. Alzaron sus copas. No podía ser mejor augurio para la vida que empezaban en común.

La segurata

Nadia entró en el avión ya cojeando. La circunstancia motivó que una azafata le preguntara con curiosidad más bien indiferente qué era lo que le ocurría. Cuando Nadia le dijo que llevaba un par de días con un dolor profundo en la pierna, después de habérsele resentido en el vuelo de ida, la azafata meneó la cabeza, pero no hubo más. Una señora mayor había solicitado su ayuda para subir una pesada maleta al compartimento de equipajes. Se dirigió hacia ella con cara de pocos amigos y la asistió con gesto aún más avinagrado, no sin exigirle que contribuyera, regañarla y recordarle que era responsabilidad suya ser capaz de colocar el equipaje con el que cargaba en cabina. Nadia fue cojeando hasta su asiento en la cola del avión, ya sin que la azafata reparara en sus esfuerzos ni en su rictus sufriente.

El vuelo duraba trece horas. Que para Nadia fue la duración exacta de su martirio. El dolor fue en aumento, apenas le permitió buscar reparación en el sueño, y los relajantes musculares de que se había provisto se revelaron ineficaces para lograr algo más que amodorrarla ligeramente. Por fortuna el avión iba medio vacío, y pudo levantarse de la angosta butaca, concebida más como potro de tortura que como acomodo para un vuelo como aquel, y estirar la pierna medio tumbándose en una fila de tres asientos que estaba desocupada. Pero cada cierto tiempo debía levantarse, traspasada por aquel dolor intenso. Las azafatas la veían ir y venir por el avión con una especie de atención desvaída, que le procuró como máxima deferencia algún vaso de agua y que le permitieran pasear un poco, sin amonestarla como hacían con el resto, cuando la señal de cinturones estaba encendida.

En un momento de aquella interminable noche les pidió ibuprofeno. Pero todo lo que llevaban era paracetamol y aspirinas, que de poco servían para mitigar el tormento de aquella pierna que se hinchaba de forma inquietante.

Al final, el avión aterrizó. Nadia fue cojeando y apretando los dientes hasta la puerta. Al salir, una azafata comentó como quien mirase llover que se la veía muy fastidiada. El sobrecargo le

recomendaba a otra azafata, la más joven, que no volviera a hacer lo que estaba haciendo: sostener al niño pequeño de una de aquellas inmigrantes que ahora llenaban la clase turista, y que viajaba sola, mientras esta sacaba del avión los pertrechos del bebé. Nadia descendió del aparato sin recibir ayuda alguna de aquellos altivos y veteranos tripulantes. Antes de bajar, comprobó que más de la mitad de los asientos de la primera clase conservaban intacta la manta y la almohada. Pero a nadie se le había ocurrido ofrecerle uno para pasar mejor el trago.

Al cruzar el control de pasaportes, el policía, que le vio la cara, le sugirió que se acercara al servicio médico del aeropuerto, que estaba cerca. Allí la miraron y, sin un diagnóstico claro, le pusieron un calmante y le recomendaron acudir a su médico en cuanto pudiera. Así Nadia consiguió llegar hasta el control de seguridad que debía pasar para tomar el siguiente avión. Desde lejos, una guardia de seguridad menuda y vivaracha la vio cojear y se acercó corriendo. La ayudó con los bultos, le abrió la cinta para que cruzara por un arco que estaba ocioso, se ocupó de pasarle todo por el escáner. Luego se ofreció a conseguirle una silla de ruedas para que la llevaran hasta la puerta de embarque. Al fin, después de catorce horas de soledad, se encontraba con un ser humano. Uno que la trataba como tal, estuviera o no incluido en su sueldo. Qué paradoja (o no): una segurata. ¹

La razón de la diferencia

Nadia entró en el ambulatorio cojeando y apoyándose en una muleta. Por si eso no resultaba ya bastante elocuente, llevaba bajo el brazo todas las pruebas y los informes médicos que le había facilitado el facultativo que la había atendido, y que acreditaban tanto la gravedad de su lesión como la necesidad de que le dieran la baja laboral para cinco semanas como mínimo. Eso mismo, obtener la baja, era lo que la llevaba allí.

Como tantos catalanes, Nadia no confiaba la solución de sus problemas de salud al sistema público. Y como sus ingresos no eran precisamente millonarios, el esfuerzo de pagarse una mutua privada, para que tanto ella como su hija tuvieran una atención médica razonable, pesaba y no poco en su economía doméstica. Pero era un dinero que daba por bien pagado, y más cuando, como aquella mañana, tenía ocasión de comprobar cómo funcionaba la cobertura a la que tenía derecho como cotizante de la seguridad social. En el mostrador en el que repartían número para todo a la vez, desde las consultas normales hasta las de urgencias, además de las recetas recurrentes y las bajas laborales, le dieron el número quinientos sesenta.

Había pocas sillas en la sala de espera, y ninguno de los afortunados que habían plantado las posaderas sobre alguna de las disponibles estaba dispuesto a cederla. Así que a Nadia le tocó esperar a pie firme, apoyándose en la muleta cuando podía, sintiendo cómo la pierna se le hinchaba por momentos, y sin que nadie se apiadara de su padecer. Tampoco se lo censuró, a la

multitud de enfermos que allí soportaban como ella una espera tan penosa como desproporcionada. Nadia tenía una amiga en Madrid. Según le contaba su amiga, allí llamabas por teléfono y te daban cita, para el mismo día si llamabas pronto. Llegabas a tu hora, el médico te atendía y te ibas a casa tan ricamente. Pero claro, ya se sabía la razón de la diferencia: que a los de Madrid les daban más dinero, que para eso cortaban el bacalao.

Cuando aún le quedaban un montón de números, salió un administrativo a decir que dos de los tres ordenadores se habían estropeado y que iban a tardar el triple, para que los pacientes tomaran nota y no se quejaran, según dijo en tono de destemplada advertencia. Alguno protestó, pero el resto se dividió en dos grupos, los que se rendían y se iban y los que se quedaron a tragarse la espera que fuera necesaria. Nadia no tenía elección. Necesitaba ese papel, lo único que su médico no podía darle.

Al final, un hombre le tuvo lástima al verla allí de pie y le cambió el número, lo que le permitió ganar treinta puestos. La vio una médico malhumorada, cuyas protestas por exceso de trabajo Nadia, sin poder aguantarse más, cortó en seco recordándole que no le pedía ni esperaba de ella atención alguna, que eso ya se lo pagaba ella misma, sino zanjar aquel simple trámite burocrático que no podía eludir. La médico dejó entonces de rezongar, le firmó el papel y acabó pidiéndole perdón.

Esa noche, mientras digería aún el mal trago del ambulatorio, Nadia vio en la tele cómo la Guardia Civil se llevaba a un puñado de políticos catalanes del gobierno y de la oposición, acusados de limpiarles a varios ayuntamientos decenas de millones de euros para llevárselos a paraísos fiscales. Al día siguiente, el ambulatorio volvería a ser un caos. Nadia se preguntó hasta cuándo colaría aquello de cargárselo a Madrid.

El estupor del pirata

Cuando avistaron la presa, el jefe le pasó los prismáticos y le hizo fijarse en la bandera que llevaba izada. Era roja, con una cruz blanca y un aspa verde entrecruzadas. El jefe se echó a reír, y el joven pirata no entendió dónde estaba el chiste.

—Los barcos de guerra llevan otra —le explicó el jefe—. Roja y amarilla. Parece que los de los cañones y los depredadores no se entienden, ni en eso ni en lo demás. Mejor para nosotros.

El asalto fue sencillo. El pesquero era lento, la tripulación estaba desarmada y, sobre todo, ninguno de los que iban a bordo, ni blanco ni negro, tenía el hambre y la codicia que animaban a los corsarios. Hacerse con el barco fue cuestión de un abrir y cerrar de ojos. Además, tenían la tranquilidad de saber que la flota de guerra de los europeos se hallaba muy lejos, hacia el norte, y que aquel barco que buscando aumentar al máximo el botín se había internado en sus aguas no iba a recibir ningún socorro.

El joven pirata saboreó la sensación de poder que proporcionaba requisar la propiedad ajena. Y la satisfacción que producía apoderarse, de paso, de aquello que los europeos les habían estado arrebatando a ellos antes: las toneladas de pescado que llenaban las bodegas del buque.

El joven pirata se había enrolado por las dos cosas. Por el poder, que en el lugar donde había nacido estaba reservado a los intrépidos y crueles cazadores del mar. Ellos eran los que tenían los buenos coches, los teléfonos móviles, las televisiones por satélite. Los que podían gozar de las mejores muchachas, las menos negras, las más jóvenes, las más apetitosas, que se les iban ofreciendo literalmente por la calle. Qué hombre no ansía ser más que el resto, tanto como el que más. Qué hombre no deja de probar, si puede, la manera que allí donde vive se le ofrece para prosperar. Y allí, estaba claro, no había otra.

Y también se había dado a la piratería por lo otro: porque como el resto de sus compatriotas juzgaba que era justo atacar, secuestrar y robar a quienes arrasaban con las pocas riquezas de su pueblo. A quienes con sus enormes redes y sus potentes barcos barrían de una pasada toda la pesca que ellos podían laboriosamente sacar durante meses, para llevarla a llenar los estómagos ahitos de los europeos. Sin preocuparles en absoluto que con eso se quedaran un poco más vacíos los de los africanos.

El jefe le encargó poco después que siguiera con el esquife al barco capturado. El joven pirata se sintió todavía un poco más poderoso, al mando de otro aprendiz de bucanero y de la pequeña embarcación. Lo malo fue cuando el motor empezó a fallar y se quedaron rezagados. Y, sobre todo, cuando aparecieron el buque de guerra con la bandera roja y amarilla y los infantes de marina que los abordaron y redujeron sobre la marcha.

Ahora estaba en una celda, en una prisión, en la lejana e irreal Europa. Los blancos se afanaban absurdamente por saber su edad, que él mismo desconocía. Dependiendo de si sus huesos estaban más o menos hechos, iban a encarcelarlo o no, le dijo a través de un traductor un blanco que decía ser su abogado y estar allí para ayudarlo. El joven pirata creyó haber ido a parar a una estafalaria pesadilla. Al abrazar aquel oficio había contado vagamente con morir, pero aquello era casi peor. Y entendió por qué los blancos se iban tan lejos de sus casas a robarles la comida a otros. Estaban completamente locos.

El triángulo de los astronautas

Lisa no había tenido más remedio que aceptarlo todo, por humillante que fuese, y vaya si lo era. Las ocho horas de reeducación diaria, los trabajos en beneficio de la comunidad, y lo que más le revolvió el estómago, tener que escribirle a la zorra una carta de sincera y completa disculpa, como precisaba la resolución judicial. Había tenido que avenirse a tragar aquello como mal menor para evitar la cárcel, y ya era muy afortunada porque al final sólo dieran en acusarla de

secuestro frustrado y agresión. Porque ella había ido a matarla, como había sagazmente deducido aquel policía que la había interrogado poco después de detenerla, tras intervenirle un cuchillo de diez pulgadas, una pistola, gomas y bolsas de basura, además del spray irritante con que había rociado a aquella aviadora calientapollas.

Había ido a matarla, desde luego. Había conducido durante catorce horas, sin parar, ni siquiera a orinar, que para eso había tomado la precaución de colocarse antes de subir al coche su aparejo de astronauta ad hoc para afrontar la miseria fisiológica. Y había ido a por ella porque no había otra solución, después de leer los emails que su amado le había escrito a aquella furcia desde el espacio, dándole minuciosa cuenta de cómo la echaba de menos y de cómo pensaba arrojarle sobre ella en cuanto volviera.

A ella, a Lisa, nunca le había escrito esos mensajes tan tórridos. Y menos desde el espacio. Como tampoco le había mandado una foto hecha en la Estación Espacial Internacional con una prenda suya, según probaba otro de los correos que Lisa interceptó. Quizá no había estado bien encender el ordenador de él y acceder a su cuenta de correo, aprovechándose de que aún tenía las llaves de su apartamento y de que conocía la clave de la máquina. Pero eso era una cuestión accesoria. En el amor y en la guerra, todo vale, y más si te atacan a traición.

El caso causó conmoción en la opinión pública, claro. Un triángulo entre astronautas, con una agresión por medio. Como el hecho de que Lisa se liara con el galán del espacio estando todavía casados ambos, y como el detalle de los tres hijos a los que ella había abandonado para ir a escalear a su rival a 1.500 kilómetros de casa. Pero los demás no podían entenderlo.

No sabían lo adorable y excelente que era aquel hombre, en todos los sentidos. No podían comprender lo que ella, Lisa, había sentido al conquistarlo, después de ver desmoronarse un matrimonio infeliz, y cómo la había desgarrado verlo caer en manos de aquella treintañera rapaz, y de la maldita Fuerza Aérea para más escarnio. Lisa, a sus cuarenta y tres años, era una experta y orgullosa piloto de pruebas de la Armada, que había superado diez años de entrenamiento para astronautas y estaba lista para embarcar en su primera misión en el transbordador, algo para lo que la otra aún tenía bastante que demostrar. Esa rata le había quitado a aquel bombón de cuarenta años, el hombre de sus sueños, su macho estelar, el que a ella, a Lisa, le pertenecía por derecho.

En fin, cumpliría con la sentencia. Y se resignaría a no subir ya jamás al transbordador. El incidente había dado al traste con la carrera astronáutica de los tres. Pero eso era lo de menos. Lo que importaba era planificarlo mejor la próxima vez. Y en lugar de utilizar antes el spray, pegarle el tiro directamente. Y por la espalda, a ser posible. Como esa guarra le había golpeado.

Golpe de audiencia

Los datos de audiencia no dejaban lugar a dudas. Desde que se disponía de ellos minuto a minuto,

eran la pauta para elaborar los contenidos del informativo, y no podía ser de otro modo además. En la franja horaria de la noche, la guerra era sin cuartel, porque aquello marcaba la diferencia entre cadenas, el reparto de la tarta publicitaria y, a la postre, los resultados económicos que el gran jefe podía exhibir a final de año.

La cosa estaba más que clara: había sido meter la pieza del joven tenista, que tan sólo hacía unos meses era el ídolo de las masas, el amuleto que servía para reventar el *share* y dejar atrás a la competencia, y los números habían caído en picado. Tan en picado como que los porcentajes correspondían no a miles, ni a decenas de miles, sino a centenares de miles de espectadores.

Era ver en pantalla al ídolo caído, y cientos de miles de personas cambiaban instantáneamente de canal. El redactor de deportes del informativo no pudo reprimir una reflexión amarga. El mismo que en el triunfo había servido para catalizar la pasión de todo el país, aquel que sobre el podio y con el trofeo en la mano encandilaba a todo el mundo, el chaval del que se ponderaba más allá de su talento deportivo su simpatía, su naturalidad, su juventud, etcétera, se convertía con unos pocos reveses en un leproso al que había que expulsar de manera fulminante del luminoso olimpo de plasma donde los ciudadanos abrevaban cada noche su sed de gloria y éxito. En el invitado deprimente al que había que evitar a toda costa, y aun echar con cajas destempladas si por alguna distracción llegaba a colarse en casa. En un paria maloliente al que no podía, siquiera, concedérsele el beneficio exiguo de la compasión, o el más ínfimo aún de la atención fingida.

Y es que eso era lo que tenía el dichoso mando, empuñado en la impunidad del tresillo frente al televisor en el salón de cada cual. Ahí no valían un pimiento las hipocresías ni las zarandajas que podía gastarse la gente en la calle. Y no valían porque no hacían falta, porque era gratis prescindir de ellas, de modo que uno bien podía ahorrarse un esfuerzo al que no tenía ninguna inclinación y abandonarse sin más a sus impulsos. Es decir, razonó el redactor, a su verdadera y más profunda personalidad.

Era probable que si se lo encontraran cara a cara (y tuvieran que mirarle a los ojos entristecidos, esos mismos que no hacía tanto refulgían con el brillo de los elegidos de los dioses) muchos de esos cientos de miles que en cuanto aparecía en la pantalla le daban la espalda se sintieran obligados a improvisar algún gesto, alguna frase de solidaridad o de ánimo. Que incluso se afanaran en recordarle al deportista en mala racha sus pasados éxitos, su juventud, su potencial para remontar la adversidad que ahora lo tenía agarrotado. Pero en la cómoda distancia, la fiebre de otro tiempo se trocaba en indiferencia brutal.

El redactor deseó que el tenista saliera del bache. Y pensó que cuando volviera por sus fueros, si volvía, sería otro. Menos joven, menos simpático, menos natural. Y que tendría derecho a sufrir esa transformación, y aun a tratar al público ingrato con desdén. Mientras tanto, la cosa estaba clara. Por la cuenta que le traía, y hasta nueva orden, no incluiría en el informativo ni una sola pieza más que lo tuviera como protagonista. Y es que él no era mejor y, sobre todo, la audiencia era la audiencia.

Enseñando empatía

Una vez más, Rosario abrió la página web del periódico en busca de noticias con las que ilustrar los conceptos que trataba de inculcarles en clase a los alumnos. De lo que pretendía hablarles esta vez era de la empatía. Una capacidad de la que, le constaba, no andaban demasiado sobrados, y que esperaba, si no transmitirles o contagiarles, cuando menos hacerles comprender.

Disponía, cómo no, de unas cuantas definiciones académicas. Su experiencia era que esas definiciones tenían frente a sus alumnos, quinceañeros resabiados por un lado, e instruidos en la cultura del estímulo inmediato, por otro, una eficacia muy limitada. Por eso prefería construirles definiciones «a medida», más próximas a su forma de ver y sentir y menos vulnerables a su reticencia radical a toda enseñanza solemne, e ilustrárselas a continuación con ejemplos claros y persuasivos.

Había decidido decirles que la empatía era la capacidad de tener en cuenta los sentimientos de otros y de hacerse cargo de su situación, y de obrar y expresarse de manera respetuosa con la sensibilidad ajena. Le parecía una definición lo bastante sencilla y lo bastante completa. Y ya sólo le faltaba encontrar unos cuantos casos prácticos que representaran adecuadamente la teoría. Empezó a navegar y se topó con este titular:

Es que a mí me da cosa gastarme mi dinero en putas.

Leyó la noticia. El titular no era del todo fiel al contenido. Al menos, no en las comillas. Lo que había dicho el secretario de un ayuntamiento, en una conversación que había sido objeto de escucha por orden judicial, era que le costaba gastar lo suyo «*en estas cosas*». Y esas cosas, eran, en efecto, contratar los servicios de las prostitutas de un selecto (si tal adjetivo cabía en este contexto) burdel marbellí. En todo caso, aquella conversación privada era justo lo contrario de lo que andaba buscando. Rosario pensó en todos los sufridos ciudadanos que estarían a punto de pagar los impuestos locales destinados, entre otras cosas, a sufragar los desahogos venéreos que el funcionario municipal no quería financiar con cargo a su cuenta corriente. Poco tenía en cuenta sus sentimientos y su situación aquel truhán.

Siguió leyendo y se tropezó con las declaraciones de un pescador que acababa de salir de un largo secuestro, en el que su barco había tenido la vigilancia constante de un buque de la Armada. Se refería así a la tripulación del buque protector: «Aunque sean militares, tienen un corazón de oro, han estado 50 días velando por nosotros». Rosario releyó. Incluso encontró el vídeo de las declaraciones. La conjunción adversativa estaba ahí. Otro buen ejemplo de empatía, por la otra punta. Y lo inaudito era que el menosprecio hacia la condición ajena que ese *aunque* denotaba se producía hacia la persona de un benefactor, y al tiempo que se manifestaba el beneficio recibido.

El contraejemplo, tan extremo, le dio a Rosario una idea. Pondría a prueba a sus cachorros. Por mucho que les fastidiara, les haría pensar.

Redactó la pregunta que les haría sobre las dos noticias: «Explica, en tu opinión, cuáles son los motivos que empujan a los protagonistas de estas dos noticias a carecer por completo de empatía hacia las personas de cuyos esfuerzos se beneficiaron. Enjuicia: 1. Su valor ético; y 2. Su solidez intelectual».

No les iba a gustar. Nada que les exigiera esfuerzo era por lo común de su agrado. Pero algo, seguro, iban a aprender.

Cariño, Vila, cariño

El brigada Vila cerró el periódico con tristeza. Lo que acababa de leer era la versión de una parte, claro estaba. Una versión en la que pesaba, en mayor o menor medida, el interés propio, que no necesariamente tenía por qué coincidir con la verdad. Y el portavoz de esa versión era un abogado, es decir, alguien que medía cada palabra que decía pensando en la demanda que iba a presentar y en la indemnización que a través de ella pensaba obtener para su cliente. Pero Vila tenía una larga experiencia en escuchar cuentos ajenos. Disponía por tanto de alguna intuición para distinguir lo verosímil de lo inverosímil, lo que encajaba con el contexto y las circunstancias y parecía tener coherencia propia (esa que pese a las paradojas de la vida siempre tiene la verdad) de lo que por muy bien trabado que estuviera adolecía de esa endebles que tiende a ser seña distintiva de la ficción.

Deploró constatar que aquello sonaba creíble. Que al detenido le hubieran insultado de aquel modo. Que le hubieran enseñado las terribles fotos de la niña muerta mientras lo hacían, para tratar de derrumbarlo. Había llegado acusado por un informe médico que hablaba de desgarró vaginal y anal. Y la niña, que además no era hija del hombre, sino de la mujer con la que vivía, tenía tan sólo tres años. Sobre esas premisas, la pretensión del sospechoso de convencerlos de que la niña se había caído de un columpio, corroborada por la madre, hacía pensar en la patraña urdida por el varón perverso y maltratador que la mujer secundaba por tener secuestrado el ánimo. Una vez más, un monstruo masculino sin piedad y sin escrúpulos; una vez más, una mujer a la que había que defender más allá de su voluntad de ser defendida. Y una niña a la que la sociedad debía vengar, ya que su madre parecía reacia a procurarle el desquite.

Vila pensó en sus compañeros. En los que, a todas luces, la habían cagado. Era verdad que con ese informe médico no podían sospechar que la autopsia determinaría horas después que la niña no había sufrido ninguna agresión sexual y que las lesiones que presentaba eran plenamente compatibles con la caída del columpio. Podían, pues, alegar haber sido inducidos a su exceso de celo por una negligencia facultativa imperdonable.

Pero también había fallado algo en su formación. Durante más de veinte años bregando con asesinos, Vila no había insultado a nadie. Tampoco le había sido preciso alzar la voz, ni torturar de ninguna forma. A más de uno lo había acorralado, y había buscado la manera de socavarlo por vías más o menos maliciosas: la ironía, la contradicción, la añagaza, el ridículo. Pero en veinte años, no había necesitado vejar a nadie. Y muchos, así y todo, habían confesado. Y estaba seguro de que aquellos que habían dejado de hacerlo no habrían derrotado por el hecho de que les gritase, insultase o humillase de cualquier modo.

Vila había tenido un buen maestro. El mejor. Aquel curtido suboficial, tanto como empezaba a serlo él mismo, que, cuando le preguntó cuál era su técnica para lograr que los criminales más feroces admitieran sus fechorías, le respondió:

—No olvidar que están solos, que tienen miedo, de la cárcel, y muchos de sí mismos. Darles lo que en momentos como éstos más necesita cualquier ser humano. Cariño, Vila, cariño.

Él no siempre había seguido la regla. Pero nunca se había apartado mucho de ella. Ningún inocente podía denunciarlo.

Todo por amor

Es complicado callar día a día lo que estás pensando. Más complicado, aún, cuando no hacen más que preguntarte sobre el asunto al que le das vueltas y vueltas y te demandan una respuesta que no puede ser más que una mentira. Voy a escribir en este papelito la verdad. No podré guardarla mucho tiempo: después de releerla lo destruiré en trozos muy pequeños y los arrojaré por este asqueroso retrete sin tapa en el que me veo obligada a evacuar mis miserias físicas desde hace cuatro años.

Cuando me preguntan, los abogados, los jueces, los periodistas, lo niego todo. Yo nunca hice nada de todo eso que dicen que hice, yo era otra víctima más a la que esas bestias codiciosas y sanguinarias tenían secuestrada y aniquilada. Es mi única esperanza de salir de aquí en un plazo razonable, de que tengan algún sentido los esfuerzos de mi familia en Francia y las asociaciones que convocan manifestaciones por mi liberación en las calles de París. Incluso de que ese pizpireto presidente que tenemos ahora logre algún día convencer al mexicano de que por razones excepcionales me indulten y me devuelvan a la civilización.

Pero la única razón excepcional que realmente pueden alegar es que yo soy francesa y rubia y tengo los ojos azules y un pasaporte de la UE, que me acredita como miembro de la primera clase del mundo. Si yo tuviera un pasaporte mexicano y fuera una morena renegrada con cara de india, no habría nada que hacer, y nadie lo estaría intentando. Esa es la cruda y completa verdad, y quizá me conviene tenerla presente para no acabar perdiendo del todo las referencias. Dicen que el momento en que te engañas a ti misma es el momento en el que ya todo está irreversiblemente

perdido. Quiero salir de aquí, estoy dispuesta a mentir, tengo derecho, pero voy a procurar no mentirme.

El hecho cierto es que yo estaba allí. Que ayudé a vigilar a los secuestrados mientras duró su cautiverio. Que contribuí a la tortura psicológica que se ejercía sobre ellos para ablandar a sus familias. Que los amenacé, sobre todo a alguna de las secuestradas, por razones que a ambas nos incumbían y que tenían que ver con nuestra común condición femenina, que en ninguna situación, por humillante y extrema que sea (o en éstas, más que en otras), nos privamos de explotar frente a esas mentes simples, y esa fisiología más simple aún, que dictan el curso de las acciones masculinas.

Es verdad, también, que le saqué sangre a ese niño para enviársela a su papá, junto a una oreja que recogieron de no sé qué niño muerto de la calle. Es verdad que supe, cooperé y nunca intenté huir. Habría podido hacerlo sin dificultad. No es que la puerta estuviera abierta. Es que yo tenía la llave.

Sé que si alguien leyera esto me preguntaría. ¿Y por qué? ¿Por qué una chica francesa de buena familia, con estudios, que llegó a México para conocer el país, acabó siendo una secuestradora y torturando a gente indefensa? Siempre hay una elección, un paso que das porque sí, porque quieres, y que te lleva a los otros pasos que antes no habrías querido, pero que con ese paso previo pasas a querer, porque forman parte del paquete. Nunca había sentido con ningún hombre lo que sentí con él. Por eso, para no perderle, tuve que hacerlo todo. Incluso aterrorizar a esa cautiva calentorra que coqueteaba con él. Sí, todo por amor.

No espero que muchos me entiendan. Para los que sí lo entienden, porque sintieron el arrebato, no hay más que decir.²

El gestor de oenegés

Cristian solía leer los periódicos, escuchar las tertulias televisivas y radiofónicas, e incluso seguir los blogs y los foros de internet. Dedicaba a ello sus buenas dos o tres horas todos los días, y las consideraba una parte crucial de su jornada laboral. No en vano, en esos círculos se forjaba, le gustara o no, la percepción pública de las cosas, y ése era un factor de la máxima importancia en su negocio. Cristian era (y así lo avalaba el correspondiente máster) un acreditado y curtido gestor de oenegés.

No podía sino estar preocupado. En cuestión de semanas, se habían sucedido unas cuantas noticias desafortunadas, sobre las que empezaba a elaborarse un discurso más adverso aún. Primero habían sido los tres cooperantes detenidos en Mauritania. A las reacciones de consternación iniciales, habían seguido las suspicacias: organizar una caravana a través del Sáhara, llevando a 40 personas desde Barcelona, ¿era la mejor manera de gastar el dinero

recaudado por la oenegé, incluidas cuantiosas subvenciones públicas, a fin de hacer llegar la ayuda a sus destinatarios? ¿No habrían hecho el mismo servicio, con más rendimiento y menos riesgo, unos contenedores enviados en barco desde Barcelona a Dakar, con un par de cooperantes para recibir y coordinar el reparto en el puerto de destino, aunque los otros 38 se hubieran perdido el viaje y la ocasión de ver atardeceres en el desierto?

Después vino el informe de Amnistía Internacional sobre los centros de menores, la mayoría gestionados por fundaciones y oenegés privadas, que recibían 3.500 euros por chaval y mes y en los que, como también denunciaba el Defensor del Pueblo, los malos tratos, el abandono y la falta de recursos adecuados para encauzar tan delicado material humano eran evidentes.

Y para rematar, y volverlo todo sórdido y alarmante hasta el delirio, la protectora de animales, también subvencionada, donde los perros estaban comidos de parásitos, los cachorros morían de inanición y las ratas campaban a sus anchas por un espacio vital que los animales compartían con discapacitados psíquicos presumiblemente explotados por la entidad benéfica.

Cristian era un profesional consciente, eficaz y sensato. Por eso comprendió que se estaba rebasando el límite. Para él, el asunto estaba claro. La sociedad no quería ocuparse de algunas tareas desagradables, penosas y/o desesperadas. Ahí era donde había surgido el mecanismo de las oenegés, que asumían la función, en algunos casos por altruismo (siempre hay gentes beneméritas), pero en su conjunto como una actividad especializada dentro de la economía de mercado y con arreglo a sus leyes.

Y es que a fin de cuentas se trataba de una actividad desempeñada por personas que obtenían un lucro, ya fuera moral, lúdico o, como era su caso, directamente económico: nunca había consentido trabajar para una organización que no le pagara por sus conocimientos un buen sueldo, y que no recaudara lo suficiente para atender los costes, incluidos los salarios de sus colaboradores.

El tinglado funcionaba siempre que esto no se proclamara mucho. Discreción, tanto en la recogida de beneficios, como en el volumen y la naturaleza de los gastos. Y ahora venían estos aficionados y estos indeseables (y lo que era peor, los indeseables y aficionados) a echar por tierra con sus torpezas el edificio tan laboriosamente levantado por muchos. Cristian pensó en su propia oenegé. No todo en ella resistiría una exposición absoluta a la luz, y menos a la malicia de los tertulianos. Tenía que empezar a pensar, por si acaso, en alguna alternativa. En menudo momento.

Cruce de carreteras

El pronóstico se había cumplido, y las previsiones de Roberto también. Había nevado a primera hora de la mañana en Madrid, y ello había traído el consabido caos circulatorio, agravado por el

colapso de los transportes públicos, igualmente sensibles a las inclemencias meteorológicas. Roberto sabía que, en un día así, no servía seguir los consejos de las autoridades, que se limitaban a recomendar que no se cogiera el coche. Para empezar, él tenía una combinación de transporte público penosa, y ya se había hartado de hacer el primo siguiendo esas recomendaciones para al final llegar una hora tarde y andar teniendo que pedirle justificantes del retraso al jefe de estación.

Por eso, Roberto aplicaba su propio remedio. En días así, se levantaba a las cinco y media y se ponía en marcha antes de las seis. A esa hora la nevada aún no había cuajado y las carreteras estaban vacías. A las seis y veinte estaba sentado en su oficina con el ordenador encendido. Más de hora y media antes de lo que debía, pero era un rato que sacaba para sí, aprovechándolo para leer, ver el periódico y saborear tranquilo un café.

En el periódico, casualidad o no, se encontró con varias historias de carretera. Una, la más chusca de todas, era que el director general de Tráfico había tenido un accidente de moto. Una placa de hielo, decía, y recomendaba tener cuidado con ellas. En fin, si el que debía cuidar de todo no sabía que con nieve no hay que sacar la moto, aviados estábamos. La segunda, amarga y trágica, la muerte de cuatro chicos, tres menores de edad, al chocar frontalmente el coche en que iban, conducido por el único mayor de dieciocho años, con un camión de la basura. A las tres de la madrugada en una carretera secundaria. No había que ser Perry Mason para imaginarse con bastante detalle el resto.

Y la última, verdaderamente desdichada: un guardia civil que había muerto arrollado por una conductora mientras trataba de señalizar el lugar del accidente sufrido por otra. El guardia había estado en Kosovo y Afganistán. Y después de pasar por allí sin un percance, fue a quedarse sobre el asfalto de la A-6.

La suma de estas historias le dejó a Roberto mal cuerpo. La crueldad de la carretera, o la inconsciencia de los que la usaban, o la suma de ambas, podía ser terrible. Pero como eran las ocho en punto, cerró el periódico digital y empezó a trabajar.

A las ocho y veinticinco sonó el teléfono. Era su jefe. Que se había quedado bloqueado por la nieve en su residencia de la sierra. Que no iba a poder ir y que trabajaría desde casa, con su portátil y su Blackberry. Que le pasara las llamadas al móvil.

Roberto escuchó mientras miraba al resto de curritos, que en su mayoría habían logrado llegar a tiempo, o con leves retrasos. Y pensó en decirle a su jefe que ya debería haber contado con que en la sierra podía nevar cuando se compró la casa. O que para qué demonios quería el BMW X5 con tracción a las cuatro ruedas y sistemas de estabilidad de vanguardia, aparte de para fardar en el garaje de los 60.000 euros que costaba y que afrontaba la empresa a través de un costoso *renting* del que Roberto archivaba cada mes las facturas. Pensó en decirle también que por suerte no era un currante, obligado a pedir justificantes para todo, ni un guardia civil que en medio de la nevada tuviera que echarse a la calzada a poner un cono para que la gente no se matara, con la mala suerte de que lo arrollaran a él. Pensó en decirle que era un jeta y un gallina, pero tan sólo dijo:

—Claro, jefe. Que tengas un buen día.

Hijo de nadie

Cuando nací, no tenía una madre, sino tres cosas aproximadamente parecidas a ella. La primera, a la que llamaremos A, era la mujer que lo había organizado todo para que se acabara produciendo mi nacimiento. Debido a su incapacidad biológica para concebir, A dio entrada a mi segunda *cuasimadre*, a la que llamaremos B, y que fue quien donó el óvulo del que salió la mitad de mi ADN. Pero por alguna circunstancia que se me escapa, posiblemente que B no tenía el más mínimo deseo de soportar un embarazo y mucho menos un parto, este cometido le fue asignado a una tercera mujer, a la que me referiré como C. Fue ella la que, después de que el óvulo fuera fecundado, se prestó a alojarlo en su útero para que fuera allí donde se desarrollara y se convirtiera en el niño que finalmente resultaría ser yo.

De todas ellas, la que estaba llamada a figurar legalmente como mi madre era, paradojas de la vida, la que menos roce había tenido conmigo en todo el asunto de mi concepción, gestación y alumbramiento; es decir, A. Su derecho le venía dado por haber tomado la decisión, por haber pagado a las otras dos, a una por su óvulo y a la otra por su útero, y porque en virtud de todo ello las autoridades de mi país le reconocían la preferencia sobre A y B. También, todo hay que decirlo, porque ni A ni B aspiraban a criarme. Todo lo que ansiaban obtener con su intervención en mi surgimiento eran los dólares que A les había comprometido a cambio de sus respectivas prestaciones.

Sobra decir que había un cuarto personaje, al que podemos llamar D, o Z, o directamente Don Nadie. Era el tipo, con toda probabilidad un universitario corto de fondos, que un buen día y sin una idea mejor para sacar pasta, había acudido a hacer una entrega de su material reproductivo al banco de esperma donde se surtió A para fecundar el óvulo de B que había de recibir C. Pero dada su exigua participación en toda la historia, más allá de poner el azul de mis ojos y mi estatura, que al parecer nada tienen que ver con la familia conocida de B, podemos prescindir de él. Al menos, yo he podido hacerlo sin ningún problema durante toda mi existencia, y estoy resuelto a mantenerlo así.

Todo estaba, pues, dispuesto para que yo fuera el hijo de A, una exitosa profesional soltera de cuarenta y cuatro años que me habría mantenido a salvo de estrecheces materiales y me habría dado una buena educación y quién sabe qué más. Pero nuestra relación quedó inédita, porque al recibir la noticia de mi nacimiento sufrió una insuficiencia cardíaca que acabó con su vida.

Ni B ni C estaban por la labor de acompañarme en mi aventura sobre este planeta, y menos en sus primeras fases, marcadas como es costumbre de la especie humana por la ineptitud y la dependencia más absolutas. En cuanto a los herederos de A, prefirieron renunciar a la herencia

antes que cargar conmigo (resultó que como consecuencia de la crisis de 2009 la situación económica de A no era tan saneada como parecía), y así fue como con tres posibles madres, acabé siendo el hijo de nadie.

Pero había nacido en un país civilizado, y las autoridades proveyeron. Acabé teniendo una madre, un padre y unos hermanos, todos adoptivos. Ellos son la gente en que suelo pensar como mi familia. Con todo, no puedo olvidarme de A, la mujer que soñó y costeó una utopía, yo, que al final no sólo fue posible, sino algo más divertida de lo que prometía en sus comienzos.

120.000 euros

Este año, los Reyes han sido generosos conmigo. Y sin necesidad de comprar lotería ni nada de eso. De hecho, este año, quienes la han comprado hicieron el primo, teniendo en cuenta que el 80 por ciento del dinero del primer premio del Niño se lo ha llevado Hacienda. La culpa la tiene un número de esos poco atractivos, el 58.588, que a nadie le gustó mucho en ese pueblo de Cataluña donde lo vendían y que sólo compraron los despistados que no miran demasiado las cifras o los temerarios a los que no les importa bailar con la más fea.

Yo nunca he sido temerario y siempre procuré no andar más despistado de la cuenta, pero en el bombo de la vida me salió un número feo y me ha tocado participar sin elegirlo yo en el baile más desagradable. Un baile, por otra parte, no exento de sadismo, porque el que se ve en alguna ocasión forzado a seguir una mala melodía (o buena, pero con indeseada pareja) como mucho tiene que mantener el esfuerzo durante unos minutos, y a mí, en cambio, me ha tocado estar en danza durante años.

Por eso, supongo que debería sentirme reconfortado por este gesto de Sus Majestades de Oriente. 120.000 eurazos en plena crisis. Más de uno que me oyera decirlo con tan poco entusiasmo se tiraría de los pelos. Alguno de esos cientos de miles que agotado el paro andan con la pobre limosna del subsidio, por ejemplo. O de los que agotado el paro y el subsidio se asoman de vez en cuando a la ventana del piso hipotecado y ven quince o veinte metros más abajo la acera susurrándoles «ven».

Pero lo siento, me cuesta mucho entusiasarme. Y no es que yo no tenga predisposición a la alegría, que si la memoria no me falla, la tengo o la tuve. Pero hay cosas que a uno lo cambian para siempre, y a estas alturas no sé si pesan más las desgracias propiamente dichas o las consecuencias de las desgracias. Y, sobre todo, la forma tenebrosa y cruel de paliarlas que tiene esta maquinaria de la que te guste o no formas parte, por el solo hecho de nacer en un país y ser etiquetado con el documento de identidad que expide la organización que lo regenta.

Fue duro, sí, muy duro, que un inconsciente que estaba haciendo acrobacias con un avión militar encima de mi pueblo (para impresionar a una novia o a un pariente, ya ni lo sé ni lo quiero

saber) lo estampara contra mi casa. Fue terrible, ya se lo imaginan, que en ese momento estuvieran en la casa mi mujer y mi hija, que se volatilizaron en la bola de fuego que produjo el caza al impactar contra mi aún no pagada vivienda.

Pero ha sido casi peor tener que pleitear durante todos estos años contra el Ministerio de Defensa para que reconociera la culpa que le tocaba por haberle puesto esa máquina de matar en las manos a un insensato, y para que reparara el daño, en la medida exigua que permiten la ley y la naturaleza.

Y bueno, después del calvario judicial ya tengo sentencia. 120.000 euros. Eso es lo que valen mi mujer y mi hija. O no, no tanto, porque 48.000 me los dan por la pérdida de mi casa y los recuerdos que contenía. 72.000 euros por ellas, 36.000 cada una. Se supone que debería estarles agradecidos, señorías, por darme lo que otros me regatearon. Pero perdónenme, y también ustedes, sus augustas majestades. Y ustedes, señores parados con o sin subsidio. Perdónenme todos si lo que me sale no es dar las gracias, sino pensar en unos cuantos culos por los que me gustaría meter en gruesos tacos todos esos billetes.

Maldito encuadre

De entrada, el encuadre parecía bastante logrado. El eurodiputado estaba en su despacho, y los despachos del Parlamento Europeo no son moco de pavo (y menos aún, los de un jefe de filas de uno de los grupos de la cámara). Espacio amplio, mobiliario racionalista, y unas tonalidades cromáticas, a esa hora nocturna y con la bien medida iluminación artificial, realmente atractivas.

Repasó todos los elementos. Un trozo de moqueta, el ventanal abierto a la noche, las paredes decoradas con sobria elegancia, el monitor del ordenador con un suave fondo azul marino. Incluso la gran pantalla de plasma, encendida y situada en el lado izquierdo del cuadro, contribuía a reforzar y equilibrar la composición. Era de unas cuarenta pulgadas, con lo que venía a construir en torno al eje central de la imagen una adecuada simetría con el conjunto que formaban la mesa y el ventanal oscuro.

El realizador, desde los estudios centrales de Madrid, dio inmediatamente su aprobación. El cámara que estaba en Estrasburgo conocía el oficio, no como otros. En aquellas conexiones en directo para el informativo nocturno, siempre preparadas sobre la marcha, a veces se encontraba con cagadas de marca mayor, que además ya no cabía rectificar, porque con una sola cámara, y con un plano que debía alternarse con la señal de Madrid y las imágenes de archivo (cuando no disponerse en pantalla partida o en mosaico con ellas) resultaba muy difícil hacer ningún cambio sin que se notara en los ocho o diez minutos que duraba al final la pieza, suponiendo que llegara a tanto.

El realizador dio pues vía libre y el eurodiputado entró en directo. Mientras el conductor del

informativo presentaba la entrevista y le lanzaba la primera pregunta, intercalaron un par de veces el plano del parlamentario escuchando con rostro circunspecto a su interlocutor. El tema era de gran trascendencia, la presidencia semestral española de la Unión Europea y la ratificación de los miembros de la nueva Comisión. Fue entonces cuando el realizador advirtió algo raro en la imagen.

¿Qué era lo que estaba viéndose en la gran pantalla de plasma? Costaba precisarlo, pero era una película. Y lo que en ese momento sucedía en ella era... No podía ser.

Pero sí, era. Lo vio cuando fijaron la imagen en el eurodiputado que respondía ya a la pregunta. Una mujer desnuda y apoyada sobre una mesa recibía por detrás las embestidas de un hombre también desnudo. El rictus facial de la dama, en primer término, transmitía con gran intensidad dramática sus obvias sensaciones en medio de la fogosa faena. Inopinadamente, toda España estaba siendo informada, además de los grandes retos de la Unión Europea, de la programación televisiva que seguían los eurodiputados en sus despachos y con los medios que los ciudadanos les sufragaban para, supuestamente, enfrentar esos retos.

El realizador hizo virguerías. Partió la pantalla (colocando al entrevistado a la izquierda, para que no se viera la ardiente escena de fondo, lo que daba lugar a una composición forzada y lamentable) y dio prioridad a la imagen de archivo y a la señal de Madrid. Pero de vez en cuando no tenía más remedio que intercalar planos completos del entrevistado, y aunque esperaba a que cesara el coito y entrara otra línea de acción de la película, en cuanto le daba entrada volvían los dos amantes al alarde carnal.

Esa noche, el realizador descubrió lo largos que pueden hacerse ocho o nueve minutos. Y lo feo que puede llegar a ser, cuando la necesidad lo descabala, el maldito encuadre.

Chicas de catorce

X es una chica de catorce años de Puerto Príncipe, Haití. A las 18.50 horas del 12 de enero de 2010 estaba en su casa, cuando la tierra empezó a temblar. La sacudida se prolongó durante un minuto eterno, pero X sólo tuvo ocasión de constatar lo interminables que resultaban los dieciocho segundos que tardó en desplomarse su humilde vivienda sobre su cabeza. Los suficientes para que el pánico la sobrecogiera. Pocos, sin embargo, para llegar a razonar que tenía que salir corriendo a la calle antes de que el techo se le viniera encima. Luego pensaría que tampoco debía atormentarse por eso. Incluso si se le hubiera ocurrido, era muy posible que no le hubiera dado tiempo a huir.

Con el desmoronamiento, tras el que la tierra siguió temblando y zarandeando los escombros, X perdió la consciencia. La recuperó no mucho después, a tiempo de percibir desde su prisión de cascotes las dos réplicas del seísmo. Fueron mucho menos brutales que el primer temblor, pero si

acaso eso podía resultar tranquilizador para quienes las estuvieran experimentando en la calle. Para X, sepultada bajo los restos de su casa, tuvieron, cada una, la angustia de un instante terminal.

Sea como fuere, sobrevivió a ambas. Y entonces, lentas y espesas como gusanos de tierra, empezaron a transcurrir las horas. X era fuerte y gozaba de buena salud. Y tenía miedo, mucho miedo, pero no llegaba a traducirlo en ese tipo de elucubraciones existenciales que precipitan la locura de los hombres en los trances desproporcionadamente adversos. Era una chica alegre, que hasta entonces había vivido sin complicaciones, más allá de las inherentes a una miseria que, por habitual para ella desde que tenía memoria, no representaba un peso insoportable. Las horas se convirtieron en días, y ahí fue cuando X empezó a perder la cuenta, con el sueño que la vencía de cuando en cuando, mitigando el hambre, la sed, el dolor, la ansiedad.

Los hombres que la sacaron le proporcionaron el cómputo: ocho días, ocho, había pasado bajo las ruinas. Era la superviviente de más larga duración de toda la catástrofe. Un récord casi inaudito. X sonrió. Los médicos españoles que la reconocieron le dijeron que estaba bien, que se recuperaría pronto. Entonces X supo que era una persona con estrella. Y no lo olvidó.

Z es una chica de catorce años de Zaragoza, España. El 12 de enero a las 18.50 horas de Haití, que para ella eran las 00.50 del día 13, estaba durmiendo en su cama, y nada sintió. Luego, con los años, se empeñaría en recordar que en ese momento algo se enredó en su sueño, una sombra, un estremecimiento. Mientras ella dormía, su madre, subinspectora de policía destinada en la misión de cooperación de la ONU en Haití, quedaba atrapada bajo los escombros del edificio en que se alojaba.

Los equipos de rescate tardaron en encontrarla casi los mismos ocho días que les llevó dar con X. Pero la madre de Z apareció muerta, inconfundible en su uniforme, que había vestido hasta el instante último de su vida, llevando como pocos al extremo el servicio a lo que aquellas ropas representaban.

Los supersticiosos dirían que la diferencia entre la suerte y el infortunio de estas dos chicas de catorce estaba ese fatídico día 13 que era para Z el día 12 de X. Pero Z, a quien tampoco se le escapó la fecha, acabó pensando algo diferente. Tenía toda la vida por delante para demostrar que era digna hija de su madre. Y como X su fortuna, tampoco ella olvidaría el orgullo de haber nacido de una mujer que supo sacrificarse por los desheredados.

Pad, llámadlo iPad

No es que la experiencia le resulte nueva. Gracias a otros lanzamientos, domina la escenografía, y es consciente de los efectos que puede desencadenar. Nada más eficaz que la combinación de secreto y espectáculo. Hasta ese preciso momento, todo lo que debía permanecer oculto ha sido

preservado. Ha habido alguna filtración menor, torpezas de gente que no sabe merecer la confianza que se pueda depositar en ella. Pero, justamente por eso, ninguno de esos potenciales bocazas está al corriente de lo que de veras es esencial que no se sepa antes de tiempo.

Lo que ahora él, solo en el escenario y con su nueva criatura en la mano, se dispone a revelar al mundo en su enésimo y quizá más deslumbrante golpe de consumado prestidigitador.

Sabe que lo están siguiendo desde todas partes del globo. Los expertos en tecnología y los analistas financieros que mañana deberán reevaluar al alza, de eso está seguro, la cotización de la compañía. Pero también multitud de usuarios, los mismos que han respaldado con su entusiasmo (y su bolsillo) sus productos anteriores. Esos que representan, en buena medida, la inteligencia creativa del mundo, con los que ha sabido establecer la más perdurable de las alianzas: la que nace de la seducción, de compartir una mente audaz y la pasión por lo bello.

Por eso, se mantiene fiel a su estilo. Pantalones tejanos. Jersey negro de cuello alto. Su barba canosa, corta. Sus gafas de antiguo empollón que ya no tiene que demostrarle nada a nadie. Cómodo, informal, confiado. La imagen es también el producto. Como trabajador y gestor de equipos es férreo y exigente. Pero ahora que todo está ya hecho, no hay que gastar esfuerzos en ofrecer esa apariencia ortopédica de tantos presuntos líderes. Al revés: debe sugerirle al cliente que ha hecho algo que le proporcionará una experiencia confortable, en el trabajo y en el ocio.

Sale, lo muestra, sonrío. Y su sonrisa se vuelve felina cuando desvela el primero de los secretos que nadie acertó a adivinar. Que si iTablet, que si iSlate... Todos esos nombres le pusieron, y hasta algún competidor se aprestó a utilizarlos en sus torpes ingenios. Pero no, nada tan rebuscado. Una vez más, aprovechará la economía insuperable del inglés. Pad. Llamadlo iPad. No hace falta más. Nadie podrá ya, es evidente, llegar a menos.

Se recrea detallando sus dimensiones, describiendo las características del hardware, contando las virtudes del software ya incorporado y del que podrá incorporar, decenas de miles de aplicaciones ya existentes y las que vendrán en el futuro. Suficiente para apabullar a cualquiera de sus rivales. Pero esto sólo es el principio. Quedan los dos verdaderos bombazos.

El primero: iBooks, la librería del futuro. Antes, una malévolamente alusión a esos *e-readers* prehistóricos y grises que tantos vendían como la sensación de las Navidades. Tras él, la pantalla muestra el más difundido. Y ahora, ved los libros en el iPad... Es como pasar del cine mudo al Technicolor con Dolby Digital y 3D. Y ya he enredado a los cinco grandes editores. Adivinad lo que tardarán en venir con la lengua fuera todos los demás.

Pero si queréis empezar a entender la revolución que estáis presenciando, esperad. Tiene WiFi. Tiene 3G. Tiene flujo de datos ilimitado por 29 dólares al mes y sin contrato. Y lo vamos a vender desde... 499 dólares. Tan sólo diez más que esa castaña antediluviana que acabo de mostraros y que sólo lee libros.

La competidores palidecen. Este Steve es Dios.

Soldado español

El redactor estaba tecleando el texto de aquella información de forma rutinaria. Todo lo rutinario que puede ser el ejercicio de dar cuenta de que una persona ha perdido la vida a muchos miles de kilómetros del lugar donde nació y en la flor de la edad. Pero para bien o para mal, así es el mundo del periodismo: aquél no era el primer muerto en aquellas mismas circunstancias. De hecho, era tan sólo el último de una serie que ya comprendía varias decenas. Pero de pronto, sin saber por qué, el redactor se quedó parado. En medio de todos los detalles comunes y consabidos, que plasmaba en su escrito tal y como lo había hecho en tantas otras ocasiones, hubo uno que le chirrió.

No era nada relativo a la descripción del hecho. Así era como se habían producido muchos de los casos anteriores, y la mecánica de los acontecimientos era tan simple como invariable. Releyó las palabras con que esta vez, como otras, la había descrito: convoy, blindados, mina, explosión, militares, talibanes, enfrentamiento, repeler, agresión, bajas, atacantes, heridas, falleció, apoyo aéreo... No encontró la palabra *atentado*, que él se negaba a utilizar. Desde su punto de vista, el ataque sufrido por unas fuerzas militares de ocupación (por mucho paraguas de resoluciones de la ONU que tuvieran) e infligido por insurgentes arraigados en el terreno y que invocaban su liberación de una manifiesta dominación extranjera (por muy fundamentalistas religiosos que fueran), no era un atentado, ni tampoco terrorismo. El terrorismo, para él, tenía por objetivo civiles indefensos o uniformados cuya presencia duradera acreditase su vínculo con el territorio en que se les atacaba, en condiciones de razonable objetividad. Lo que él estaba contando prefería desde siempre describirlo como *emboscada*, una palabra neutra que se refería a esa técnica de ataque clásica, y propia de la confrontación entre fuerzas armadas asimétricas.

Fue al mirar el retrato de aquel joven latinoamericano de veintiún años cuando dio con lo que de pronto le incomodaba. Se refería a él como «el militar de origen...». Y seguía la nacionalidad que le correspondía por el país en que había venido al mundo.

De repente, al redactor, un treintañero que ya no había hecho la mili (y que habría objetado si hubiera seguido existiendo), aquella acotación le pareció ruin e indigna. En el hombro de la guerrera que llevaba aquel joven se veía una bandera española. La bandera por la que había caído. La de un país que ya no exigía a sus hijos que la juraran y la defendieran, y que encargaba esa labor a jóvenes venidos de lejos; siempre inferiores en todo lo que se propusieran hacer o emprender en la vida civil, y a los que se les cuestionaba hasta el derecho a empadronarse, pero no el de morir por lo que quedaba del país que ese trapo simbolizaba.

Corrigió. Antes de su nombre, en lugar de la cicatera perífrasis, puso simplemente: «el soldado español...». Y en los días siguientes comprobó con íntima satisfacción cómo muchos compañeros de otros medios se adherían a su elección de estilo.

El redactor siempre había tendido a creer que muertos así eran seres ingenuos y equivocados.

Jóvenes alistados a la guerra de otros, pobre carne de cañón utilizada por el Imperio o por sus adláteres forzosos (ya que el Imperio les protege y les exime de llevar en masa a su gente, algún peaje simbólico han de pagar), y que por obnubilación, imprudencia o simple desesperación renunciaban a su propio interés y su propio proyecto.

Pero la cara de aquel soldado le dio que pensar. No se equivoca quien da la vida, sea cual sea la causa, y aun si es dudosa. O al menos, no más que quien, por lo que fuere, la regatea.

Fábula del escorpión

El consejero delegado examinó el informe que le había hecho llegar el director de su departamento de mercado de capitales. Las posiciones que habían tomado días antes se habían revelado sobradamente acertadas. Se habían sustraído a la tormenta, aunque por el volumen de dinero que habían desplazado (no en vano su banco figuraba en el selecto club del *top ten* mundial) más bien correspondía decir que habían contribuido a alimentarla.

Entre ellos, y todos los demás que habían movido todo lo posible de euros a dólares, incluyendo las acciones cotizadas en ambas divisas, después de dejar casi desiertas las subastas de deuda pública de los países más vulnerables de la eurozona, habían desencadenado un verdadero cataclismo. De sus proporciones hablaban bien a las claras esas caras crispadas de varios primeros ministros (alguno de ellos, obligado a jurar por sus ascendientes que no era un moroso). O esa visita atropellada (y en el fondo, tan poco digna) de la vicepresidenta económica española a las oficinas del principal periódico de la *City*, para darle coba y convencer a sus redactores de que dejaran de poner en cuestión la solvencia del reino al que representaba, previa entrega de un PowerPoint descriptivo de todos los ajustes a que se comprometía, moderna versión del propósito de enmienda o del pagaré al portador, expedido a favor de los mercados.

El consejero delegado, como todo el mundo, tenía un pasaporte y ostentaba una ciudadanía. Incluso su banco tenía un domicilio social, por el que le correspondía una nacionalidad. A ellas habían apelado él y sus congéneres un año atrás, cuando estaban a punto de suspender pagos tras quedarse gripado el motor que hacía circular el flujo internacional de capitales. Todo por el desplome de la ficción de precios inmobiliarios que mantenía equilibrados los balances de los bancos que, como el suyo, habían prestado sumas desmedidas a la gente para comprar casas. No se podía dejar caer el sistema financiero del país, y si los gobiernos estaban formados por patriotas, debían pedir a los contribuyentes, pudientes y no tanto, que se rascaran el bolsillo, y en caso necesario emitir deuda, para rescatar a los banqueros.

Ahora que ellos habían recompuesto sus cuentas, las que se habían quedado hechas unos zorros eran las de los gobiernos. Y en fin, en otro mundo quizá alguien les hubiera exigido devolver el favor de alguna forma. Al menos, al consejero delegado, persona recta y no especialmente

desalmada, sus inclinaciones personales le decían que un mínimo sentido moral exigía ser ahora solidarios con su salvador. Pero dirigía un banco, y competía con otros que no iban a andarse con contemplaciones. Fuera cual fuera su ética individual, lo que su responsabilidad ante los accionistas le exigía era sacar el aguijón, como el escorpión de la fábula, e hincarlo en el lomo de la pobre rana que le había ayudado a vadear el río, porque ésa era su naturaleza. Lo más que podía hacer era esperar a que estuvieran lo más cerca posible de la orilla, aunque tampoco mucho, porque entonces los demás escorpiones se le adelantarían y rebañarían la ganancia. Por eso habían clavado el estoque, todos, y el destrozo había sido mayúsculo.

Pero en el fondo, quién quería tener alma de escorpión. Ahora que habían tirado los precios al máximo, era el momento de reposicionarse. Los gobiernos (es decir, los contribuyentes) volverían a esforzarse para salvar a los países tocados. Con su respaldo, el euro repuntaría. Ordenó regresar a la divisa común, recomprándola más barata. El banco, una vez más, seguía ganando.

La espada y el justiciero

Releyó el texto que acababa de componer. Al paladear de nuevo sus propios párrafos, se acordó de aquella vieja dialéctica entre la pluma y la espada, entre las armas y las letras y sus respectivas noblezas y potencias. Cervantes, con su nostalgia de soldado tullido, no había estado demasiado fino al comparar unas y otras. Porque la espada podía ganar la escaramuza, sí, pero era la pluma, a la postre, la que ganaba la Historia.

Unos espadones habían creído que podían atajar el curso libre y soberano de un pueblo para reconducirlo por donde ellos creían que debía transitar. En tamaño alarde de soberbia los guiaba la educación roma y trasnochada que habían recibido en las siniestras escuelas militares donde dieron troquel a sus cerebros, complementada después con la carnicería aventurera de una guerra colonial. Y como si se enfrentaran a aquellos bereberes sanguinarios a los que habían combatido en las montañas norteafricanas, atacaron y redujeron a sus compatriotas disidentes.

Unos a la fosa, otros a la cárcel, y el resto aterrorizados en el cuartel en el que convirtieron al país entero, haciéndolo marchar durante décadas a toque de corneta, desde el alba hasta el atardecer. Saborearon lo que creían su triunfo, repitieron una y otra vez en su rancia propaganda la gloria inventada de sus gestas, se regodearon una y otra vez en la humillación de los vencidos. En el desprecio hacia la pobre debilidad de sus ideas.

Pero ahí estaba él, para enmendar aquel renglón torcido de la Historia. Frente al despliegue de cañones, tanques, aviones, fusiles y ametralladoras con que ellos se habían impuesto en aquella sórdida guerra civil, él no tenía más que la pluma. O para ser más exactos, el ordenador en el que adquiría forma su texto. Pero, detrás de él, había algo con lo que no contaban, ni aquellos difuntos golpistas ni sus herederos vivos: la determinación de un hombre dispuesto a corregir la injusticia.

Y el poder que le atribuían las leyes: nada menos que el de ordenar a otros hacer y deshacer, so pena de incurrir en delito y arriesgar la cárcel. Un poder que había usado con firmeza y audacia una y otra vez, sin rehuir ese momento dulce que consistía en decretar el encierro del malvado, sobre todo cuando era un malvado poderoso que recibía la noticia con cara de incredulidad.

Así pues, firmó el auto. A aquellos miserables no podía encarcelarlos, porque hacía muchos años que criaban malvas. No era la primera vez que se le escapaba el reo. Algún otro se le había escurrido entre las manos, amparado en las trabas a la extradición, dándose a la fuga pura y simple o recurriendo a cualquier argucia procesal. Pero eso no lo desalentaba. A quien no podía encarcelar, le quedaba el recurso de marcarlo como leproso. Un desquite parcial, pero que no dejaba de confortarlo.

Por eso pidió las partidas de defunción de aquellos notorios fallecidos. Para imprimirles, por obra y gracia de esa diligencia rutinaria, el estigma de malhechores, y dejar bien claro que si no se les imponía la pena que les correspondía, era sólo porque la muerte veloz se había adelantado a la lentísima justicia. Pero que esta los había alcanzado, al fin, que para eso ahí estaba él.

Firmó el auto y sintió que a través de él pasaba la reivindicación de toda una nación agraviada. Incluso se le erizó el vello.

Por eso, quizá, le costó tanto entender que meses después lo sentaran en un banquillo por ese auto. Manifiesta incompetencia, ignorancia de las leyes de amnistía, afán desmedido de protagonismo, vulneración del procedimiento. Prevaricación. Todo eso le achacaban. Tras todas esas fruslerías de leguleyos, sintió el filo frío de la espada, que se cobraba, feroz, su venganza.

Maldita luz

Desde que se había desatado el infierno, no sabía en qué ocupar sus horas. A ratos probaba a bajar las persianas, tenderse y cerrar los ojos. A ratos conseguía adormilarse y olvidar. Pero al cabo de unos minutos, despertaba y el infierno seguía allí.

No se consideraba una mala persona. Más bien, si tenía que aventurar un diagnóstico sobre sí propio, tendía a pensar que lo que afeaba su carácter, y le había traído aquel escarnio y aquel descrédito, era más debilidad que vileza. Que ser débil le hubiera conducido a comportarse de un modo vil era otra cosa. O eso quería creer, para rebajar su culpa y su desesperación. En los últimos dos días, desde que saltara la noticia, había pasado mucho tiempo rezando, preguntándole a Dios si la falta era toda suya o si cabía buscar excusa en una naturaleza deficiente que él no había elegido y que era, en fin, designio de su Hacedor.

Pero Dios no le respondía, y lo que leía en cambio eran los cientos de comentarios que la noticia de su desliz suscitaba en las ediciones digitales de los periódicos. Para la mayoría, era un

ser repulsivo sobre el que debía recaer un castigo ejemplar. Los que admitían que pudiera estar enfermo, y que esto movía a ver con cierta comprensión su conducta, eran una franca minoría.

Había en el ejercicio de leer todas esas opiniones, en su mayoría anónimas, una suerte de masoquismo morboso, o tal vez el reconocimiento de que no se fiaba de su propio discernimiento para alcanzar un veredicto consistente. Ningún sistema puede explicarse por entero desde sí mismo, recordó de pronto. Era una formulación matemática, vestigio de otros tiempos y otros afanes; pero aquella dichosa incompletitud de Gödel le pareció iluminadora, y la conclusión que imponía, tan cruda como obvia: podía devanarse los sesos, si quería, que no llegaría a resolver la disyuntiva. Debía dejársela a los demás. Y al olvido... ¿Llegaría alguna vez a borrar de su conciencia aquella foto de sí mismo en calzoncillos, y con ella la certeza de que miles, acaso millones de personas la habían visto y se habían asqueado ante su imagen?

Pero no sólo era la foto, y aquel texto impropio, infame, bochornoso, que en su ceguera había redactado para acompañarla. Estaba el dinero, aquellos miles de euros de la Iglesia y de los necesitados que habían ido a sufragar las depravaciones a que lo empujaban sus apetitos insanos, su incansable demonio íntimo. Tras la suspensión, le esperaba el más espantoso de los túneles. Sólo podía abandonarse a la justicia de su Madre, la misma a la que había ofendido, y aguardar de su misericordia.

Navegando entre aquel océano de inmundicia que le atañía, se tropezó con otra historia. La de una famosa y bella actriz china, que por unos asuntos de amoríos adúlteros, y unos incumplimientos de contratos, estaba siendo linchada en la Red por los cientos de millones de internautas chinos. Mal mirado, lo suyo era aún peor. Cuando menos, eran muchas más las personas que estaban vomitando sobre ella su encono y su desprecio.

Aunque no le consoló, la historia le distrajo. La indagó y llegó a la conclusión de que algo de imprudencia y algo de ligereza podía imputarse a la megaestrella caída. Pero tan desproporcionado era lo que se había desencadenado sobre ella, que movía a compasión. Y el sacerdote réprobo, acordándose de su propio infortunio, sintió que el demonio manejaba gozoso aquella luz amplificadora que caía con furia sobre los infelices, como la actriz o como él mismo, para convertir su fallo en hecatombe.

Aquella maldita luz a la que se habían expuesto ambos, con su torpeza él, con su belleza ella: la devastadora mirada de los otros.

Material de desecho

Vanessa colgó el teléfono con una sensación de incredulidad. Le parecía mentira que al fin hubiera logrado convencerlo, a aquel hombre. Todos sus intentos anteriores se habían estrellado contra la inmovible testarudez del individuo, que a su parquedad de expresión unía una notable

capacidad de ignorar las súplicas ajenas. Bien podía decirlo así: en repetidas ocasiones Vanessa le había suplicado al hombre que reconsiderara su posición. No tenía ningún sentido empeñarse en conservar aquello, con todos los problemas que a ella le causaba, y sin ninguna utilidad para nadie. Pero su interlocutor no atendía a razones, alegando la imprecisa necesidad que pudiera surgirle en el futuro. Con lo que le dejaba bien claro que los problemas actuales que pudiera tener Vanessa a cuenta del asunto le preocupaban mucho menos que los inconvenientes hipotéticos que a él le pudieran alcanzar. En fin, el ser humano: el egoísmo ante todo.

Pero algo le había hecho recapacitar, y Vanessa de pronto cayó en la cuenta. Faltaban dos meses para que se cumpliera el tercer aniversario del contrato. Y, por tanto, para que ella decidiera prorrogarlo tácitamente un año más o, por el contrario, marcharse. Tres años pagando puntualmente una renta que no era desdeñable, sin retrasarse ni un solo día. Su casero tenía otros pisos, y amigos arrendadores. A estas alturas, ya debía de saber lo que valía un inquilino solvente y cumplidor, en estos tiempos en que a la gente se la llevaban por delante con un ERE y le dejaban con poder adquisitivo cero de un día para otro.

Así que era eso. Por eso se había vuelto tan suave, tan colaborador, tan comprensivo, el viejo zorro. En fin, daba igual por lo que fuera. Su problema estaba resuelto, y no iba a esperar más.

Fue a ver al portero y le dijo que tenía por fin permiso de su casero para deshacerse de los muebles viejos que llevaban tres años estorbándole. Le preguntó cómo se hacía, si había un servicio del ayuntamiento o algo, si tardarían mucho en venir.

El portero le sonrió y le dijo:

—Baje sólo una silla. Y démela.

—¿Cómo?

—Haga lo que le digo. Subo con usted y traemos dos.

Aquel hombre le caía bien, y Vanessa le tenía confianza. Así que hizo lo que le decía. Bajaron dos sillas y las sacaron a la calle. Las colocaron sobre la acera y el portero le dijo:

—Ahora a esperar. No tardarán mucho.

Tardaron escasamente cinco minutos. Eran una pareja joven, en una furgoneta blanca. El hombre frenó en seco y bajó precipitadamente del vehículo. La mujer le siguió poco después. Los dos se abalanzaron sobre las sillas. Con parsimonia, el portero les dijo que había más, y si querían llevárselo. El hombre, inquieto, le preguntó dónde estaba el material.

—En el quinto B. Esta es la señora.

Media hora después, a Vanessa la habían librado de todo el mobiliario desvencijado que le habían alquilado con el piso, y que durante tres años había odiado por el sitio que le quitaba y por el estilo que no casaba ni a tiros con sus enseres de diseño. Para ella no era más que basura, un engorro, una pila de material de desecho que se veía obligada a soportar por la cerrazón de un casero cascarrabias que no entendía que eso no le iba a servir ya nunca, que cualquier otro inquilino desearía, como ella, tirarlo.

Para aquellos jóvenes, en cambio, era un tesoro. Para ellos mismos, o para revenderlo a la

gente que estaba tan mal que ya ni podía pagarse los muebles de Ikea. Cómo estaba el patio.

El sexo de los karatecas

La karateca no se encontraba en el lugar más a propósito para reflexionar. O sí, según se mirase. Por una parte, era cierto que podía dedicar a la meditación tanto tiempo como nunca antes. Aparte de entrenar, para no perder la elasticidad, los reflejos y el tono muscular, poca cosa más se podía hacer allí. Pero, por otro lado, sucedía que en aquel sitio lúgubre, impregnado sin remedio de la desolación, la derrota y la rabia de tantos (además de su propia angustia), le resultaba casi imposible lograr que su razonamiento funcionara con una mínima fluidez.

Se sorprendía una y otra vez repitiendo las mismas cavilaciones, o mejor dicho el mismo arranque, porque a medio camino la mente se le espesaba, las ideas se le trababan en una especie de pasta grumosa y volvía a verse como al comienzo. Desorientada, perpleja y, lo que era peor, sin la menor esperanza.

Comprendió relativamente pronto que iba a pasarse allí (o en cualquier otro establecimiento similar) un buen número de años. Pese a todo, su lógica pudo establecer la correspondencia entre los hechos que iban a quedar probados (demasiados testigos, demasiadas veces, durante demasiado tiempo) y una consecuencia legal tan atroz como ineludible. En algún momento, antes de que se le cayera todo encima, había considerado la posibilidad de acabar así. Y de algún modo somero, pero efectivo, había asumido aquella eventualidad como un riesgo cierto y no excesivamente improbable, aunque día a día, como casi todos los humanos, había preferido creer que la suerte la acompañaría.

Pero su cerebro volvía una y otra vez al principio. A aquellos actos concretos, y a la filosofía de vida y el compromiso de perfeccionamiento individual a que obedecían. Y, sobre todo, a cómo los había sentido ella, al margen de lo que dijeran las leyes escritas y aplicadas por hombres y mujeres que desconocían el sacerdocio de las artes marciales, el afán absoluto, genuino y sincero que desde su hipocresía perezosa ellos nunca podrían compartir y mucho menos interpretar como era debido.

Recordó las palabras de su maestro, cuando les recordaba el ejemplo de los guerreros espartanos, que eran instruidos en el arte de la espada por un mentor que los iniciaba también en las lides de la carne encendida por el deseo que sólo se sacia con otro cuerpo. A ella se lo había contado por primera vez cuando apenas tenía doce años y bajo sus músculos fibrosos abultaban y reventaban ya sus primeras formas de mujer. Después le había hecho lo que los veteranos espartanos hacían con los novatos a su cargo, y a ella, que desde que pisó el tatami había aceptado la necesidad de consagrarse por entero a ese camino de autodomínio y proyección exacta de su cuerpo que era el kárate, le había parecido todo bueno y natural, además de placentero.

Por eso, andando el tiempo, y siendo ella ya maestra y guía de otros en su amada disciplina, había realizado con idéntica espontaneidad y decisión el rito de iniciación carnal con otros púberes de ambos sexos. No se le escapaba que eran menores de edad, no ignoraba que la ley lo prohibía y castigaba, pero, en su perspectiva, eso no revelaba sino la miopía de la ley. Era un ejercicio que aumentaba el control del propio cuerpo, una gimnasia a la que el cuerpo estaba destinado tanto como a la lucha, y que no tenía sentido retrasar por tontos y trasnochados remilgos.

Fue al cabo de varios meses cuando en su mente se insinuó una sospecha atroz. La de que el maestro, abusando de la niña disciplinada que un día sus padres le confiaran, había hecho de ella, por inocente, un monstruo aún peor que él mismo.

Golpes de suerte

Se llamaba Urquhart y era un *highlander*. Dos rasgos que acaso lo predestinaban al infortunio. Urquhart se llaman las ruinas que antaño fueran un castillo y que se asoman al lago Ness, dando testimonio de una lejana derrota. La que sufrieron precisamente los *highlanders*, los habitantes de las tierras altas escocesas, en su empeño por repeler y expulsar al invasor inglés, que después de aplastarlos se recreó arrasando sus fortalezas y dejando los escombros como recordatorio del escarmiento.

Nació mucho después de aquella debacle, cuando los *highlanders* ya no eran rebeldes, sino disciplinados soldados de Su Graciosa y usurpadora Majestad. En tal condición le tocó formar parte del contingente británico en el Sudeste asiático, allá por los comienzos de los 40 del siglo XX. Un mal lugar y un mal momento para servir bajo la *Union Jack*. Junto a otras decenas de miles de soldados, acabó en un campo de concentración, y enrolado a la fuerza como peón de brega en la construcción de un puente sobre un río de escueto nombre: Kwai. Con la historia hicieron andando el tiempo una bonita película, pero la realidad tuvo poco de vistosa. Fiebres, latigazos, mutilaciones, violaciones... Los japoneses no dejaron de probar con ellos ninguna canallada que la mente humana pueda concebir para atormentar al semejante. Para colmo, los hacinaban sin comida en agujeros donde terminaban dándose entre ellos casos de canibalismo. Fueron tiempos intolerables, que una y otra vez creyó que no superaría. Que ni siquiera merecería la pena superar.

Vinieron a salvarlo, justamente, las fiebres. Enfermó, como muchos otros, y sus carceleros, contra todo pronóstico, decidieron evacuarlos en lugar de dejarlos morir. Necesitaban esclavos, y había que darles a aquéllos una oportunidad de volver a ser útiles. Los embarcaron con rumbo a Japón. Pero en la travesía vinieron a cruzársele, otra vez, su mala y su buena suerte: tomaron la forma de un certero torpedo disparado por un submarino yanqui, que hundió el buque japonés. La explosión lo despidió hacia arriba como un corcho de champán y cayó al mar, donde tuvo reflejos y vista para encontrar algo a lo que agarrarse.

Un ballenero nipón se encontró al náufrago. La fortuna y la desgracia juntas otra vez: lo salvaron de ahogarse, pero lo condujeron a un campo de concentración en Nagasaki. Y allí estuvo hasta el día en que sintió una extraña deflagración. Por si le faltaba algo, le acababa de caer encima una bomba atómica. Cortesía, de nuevo, del Tío Sam. El concienzudo fuego amigo.

Llegó a la capitulación japonesa, y finalmente regresó a casa. Del bombazo nuclear sacó algo más que un extravagante recuerdo: cáncer de piel y artritis galopante (y dolorosa). Pero medio siglo después seguía vivo, y tuvo que escribir un libro para contarlo. *The Lost Highlander*, o lo que es lo mismo, *El montañés perdido*. Urquhart, en versión humana, evoca la resistencia de esos pertinaces derribos de piedra que se llaman igual. Tras la catástrofe, la persistencia, así sea precaria. La memoria.

Me dedico a contar historias. A veces busco que transmitan una enseñanza, un pensamiento, una emoción, algo. Nunca habría sido capaz de inventar la historia de Urquhart, el *highlander* perdido, machacado, inmortal. Pero tras tropezármela, no puedo olvidarla. No puedo dejar de consignarla, de admirarla, de acariciarla en sus pliegues y sus giros delirantes. Es tan hermosa y tan convincente. Nos revela hasta qué punto la desdicha y la ventura se anudan, nos construyen. A golpes de suerte.

Un poco de estadística

He pensado muchas veces en esa noche. Por alguna razón, tuvo algo distinto de las otras. Entonces no vi el qué. Ahora me hago una idea más precisa. Será verdad que a veces sabemos cosas que no sabemos, que la mente intuye lo que el ojo no ve.

Estaba buena, la verdad. No es que eso fuera un requisito. Otras muchas no lo estaban, o no tanto como para que me hubiera fijado en ellas en caso de encontrármelas en un bar de carretera en el que hubiera sólo un par de tías más. Lo que importaba, con ella como con las otras, era que estaban disponibles. Tan disponibles como cabía desear. Y además, salían gratis. Con esas facilidades, no iba uno a ponerse demasiado exigente.

Irrumpí en su celda de madrugada. La experiencia me decía que era el mejor momento. Algunas se asustaban y empezaban a gritar. En ese caso, corregía el tiro sobre la marcha. Fingía haber entrado a efectuar una inspección sorpresa y tras hacer un poco el paripé dejaba que siguieran durmiendo. No me gustan los escándalos, y no soy de los que se ciegan y se empeñan a toda costa en seguir con lo que han empezado cuando resulta evidente que se han equivocado de objetivo. Soy un tipo cerebral.

Con las otras, con las que al verme entrar se quedaban calladas, seguía con el plan previsto. Me quedaba mirándolas, dejando que comprendieran, y calibrando cuál iba a ser su reacción. Lo

mismo hice con ella, que para mi satisfacción resultó ser no sólo de las que callaban, sino de las que devolvían la mirada fijamente. Tengo que reconocerlo: eso me estimula.

No me anduve con muchos preámbulos. Me desabroché el cinturón, dejé que el pantalón bajara un poco, le señalé la baldosa donde esperaba que hincara las rodillas y esperé a que dedujera por sí sola lo demás. Pero se quedó quieta sobre el catre, como si no captara el mensaje. Le insistí en él con un leve movimiento de barbilla, sin resultado. Entonces la tomé del hombro y tiré de ella hacia abajo. Se sacudió y meneó la cabeza.

Bueno, era otra posibilidad. No me disgustaba. La docilidad es agradable, pero tampoco me amarga tener que ejercitar un poco los músculos. La ayudé a entender la situación con un poco de estadística. Cada año, decenas de miles de reclusos se ven forzados a mantener relaciones no consentidas en las prisiones estadounidenses. De éstos, más del 10 por ciento son violentados por los propios funcionarios. Lleva siendo así desde hace décadas. Y no pasa nada. El sistema lo tolera perfectamente. No hay especial interés en proteger la integridad corporal de los internos. No más allá de lo que sirva para guardar un poco las apariencias. Y yo, le dije, soy todo un experto en ese arte.

La desvestí de cintura para abajo, la tumbé bocabajo sobre la cama y me apliqué a la faena. Con los años, he desarrollado bastante bien la técnica. Sé cómo sujetarlas sin magullarlas, y también protegerme para no dejar huellas. Juraría que con ella no fue distinto, que no cometí ningún error. Soy diestro con las manos, y también con otras cosas, y la operación la completé sin contratiempos. Bueno, quizá me aturullé un poco al salir. Me pareció oír que alguien venía por el corredor, y en la semioscuridad en que sucedía todo, debí de tener un descuido.

Si no, no se explica. Que cuando la muy desgraciada saliera, pudiera tenderme la trampa. Había tenido otras denuncias, e hice como en las anteriores: negarlo todo. Mi palabra contra la suya, pensé. Pero ella tenía algo más. Durante dos años guardó, sin lavar, una prenda íntima impregnada con mi ADN. Y ahora, soy yo el que está dentro. Del trullo, y de la estadística.

El sultán desnudo

2010-2011

Para mi amigo Yusuf García M., con un guiño cómplice

Af  rate a tu sentido del humor. Lo necesitarás todos los días.

T. E. LAWRENCE, *27 Articles*

God save the PIGS

Un trabajo de vacaciones, para sacarse unos eurillos. Así fue como se lo planteó Gerard, pensando además que no le tocaría dar demasiado el callo. A fin de cuentas, se trataba de cubrir el turno de noche y, según su cuñado Manuel, que llevaba años haciéndolo en una gasolinera, a partir de las dos lo único que había que hacer para ganarse el sueldo era no dormirse, o no dormirse demasiado. Su cuñado aprovechaba para leer, y era el lector más formidable que conocía. Lo mismo pensaba hacer Gerard. Antes de tomar el autobús que lo llevaría a Salou, cargó en la mochila con varios libros gruesos. En especial, estaba decidido a zamparse de principio a fin el *Todo Marlowe*, una edición conjunta de todos los cuentos y novelas del detective Philip Marlowe, que su cuñado le había recomendado como lectura estimulante y adictiva. A veces los gustos literarios de Manuel no coincidían con los suyos, pero en lo que tocaba a novela policiaca solía valerle su criterio. En resumen, que Gerard encaró aquella Semana Santa como una inmersión lectora becada por el hotel en cuya recepción sólo tendría que mantenerse despierto durante una decena de noches. Craso error el suyo.

Se lo anunciaron antes de que llegaran. Los dueños del hotel habían garantizado el ciento por ciento de ocupación vendiendo todas las plazas en el mercado británico. Y por azares de las agencias de viajes, todas las habitaciones habían ido a parar a universitarios británicos que habían convocado para esos días una megaorgía de alcohol y sexo en el escenario para ellos propicio (amén de asequible, por la crisis) de la Costa Daurada.

Gerard los vio llegar con espanto. Individuos blancuzcos escupidos desde las áreas metropolitanas de Manchester, Birmingham o Londres (parecía evidente que Oxford y Cambridge no mandaban mucha representación al evento, o si lo hacían no le había tocado a su modesto hotel de tres estrellas). Y las que serían parejas idóneas para la farra que se avecinaba: muchachas perforadas, tatuadas y con tendencia general a ir algo pasadas de carnes, aunque tampoco faltaba el espécimen escuálido en el que se intensificaban los rasgos góticos más o menos comunes a todo el colectivo. Gerard no se consideraba especialmente racista ni clasista (de hecho, mal podía permitírsele, en su condición de nativo y habitante de la periferia barcelonesa), pero no carecía de sentido de la estética, y aquella acumulación abusiva de fealdad lo aturdió. Y éstos eran los cachorros de los que se referían despectivamente al estado cuyo pasaporte portaba Gerard como uno de los PIGS, ingenioso acrónimo con el que se degradaba a todo un país a la categoría de pocilga.

Que como tal debían considerarla aquellos alegres embajadores de Su Graciosa Majestad le quedó bien claro a Gerard en las noches sucesivas. Contra su pronóstico, se las pasó llevando

borrachos y borrachas hasta sus habitaciones, que todos (y todas) eran notoriamente incapaces de localizar. Siempre atento para que no le echaran la pota encima (hasta en tres ocasiones no logró impedirlo), y sin experimentar hacia aquellos fardos de carne femenina macerada en alcohol (pese a la juventud y la efervescencia hormonal que tanto a ellas como a Gerard caracterizaban) ni el menor asomo de pulsión libidinosa. Y eso que varias de ellas le echaron las zarpas al cuello cuando las depositaba en sus camas, con intenciones inconfundibles. Por si la circunstancia no resultaba bastante elocuente, Gerard, para su desgracia, entendía la única lengua que ellas hablaban.

En cuanto a Philip Marlowe, quedó intacto. Otra vez sería.

Banderita tú eres gualda

Fernando desdobló el trapo bicolor. El gesto era algo que venía gestándose en su cabeza desde la noche anterior. Existen muchos motivos para hacer las cosas, pero de todos ellos a Fernando no le cabía ninguna duda de que uno de los más sólidos era la gratitud. Y él iba a hacer aquello, sobre todo, porque estaba agradecido. No podía ocultarse que en la exhibición de aquel símbolo también pesaba un sentimiento de índole más negativa. A lo largo de la Historia es muy posible que a quienes hicieron ondear una bandera los impulsara tanto el propósito de reivindicar lo que esa bandera simbolizaba como el de oponerse a algo contra lo que la misma enseña llamaba al combate. La tricolor francesa contra el estandarte de los Borbones, las Barras y Estrellas contra la Union Jack, la roja con la hoz y el martillo contra la tricolor zarista. Y había sí, en su gesto, un impulso combatiente. Incluso, por qué no, cierto afán de ofender.

Pero Fernando prefirió pensar en lo otro. En que la noche anterior, con el niño a 41 °C de fiebre, el estado cuya bandera se disponía a colgar de su balcón le había proporcionado, a escasos 10 minutos de su casa, la atención y el cuidado que necesitaba tan angustiosamente. En aquel moderno y limpio ambulatorio lo habían atendido con toda amabilidad y sin hacerle otra pregunta que las relacionadas con los síntomas de su criatura. Fernando era un hombre pragmático, del siglo XXI, poco dado a creer en las ensoñaciones románticas que condujeron al surgimiento del sentimiento de nación en el siglo XIX. Para él, una nación se ganaba el derecho a ser querida haciendo algo por su gente.

De modo que colgó la bandera del balcón. Era una pieza bien grande, que pasaba cualquier cosa menos inadvertida. Las dos franjas rojas, desde luego, interpelaban al transeúnte. Pero sobre todo lo hacía la que le daba su personalidad: la franja gualda central, con la arrogancia de su doble anchura. Eso fue lo que causó la sensación, lo que imponía la diferencia y lo que animó a muchos vecinos de Fernando a imitarlo. Otros que también habían acudido a aquel ambulatorio,

donde se les había dado la atención que necesitaban y cuando la necesitaban, al revés de lo que les habría sucedido en el que oficialmente tenían asignado, a veinte kilómetros de carretera.

Cuando un par de días después Asier, de paso por el pueblo, observó aquella demostración rojigualda, tardó en salir de su estupor. No estaba ni mucho menos acostumbrado a ver ese trapo al aire (salvo si acaso, alguna vez, envuelto en llamas). En el pueblo de Asier, esa bandera, aun siendo la del estado que le otorgaba el pasaporte, era un símbolo leproso, que nadie habría tenido el impulso de plantar en la fachada a la vista de todo el mundo. La mirada de Asier se cruzó con la de Fernando, erguido en su balcón con las manos en la barandilla, mirando desafiante a la calle desde detrás de la enseña gigante prendida a los barrotes. Y pensó que vivía en un mundo extraño, trastocado, donde las cosas sólo podían ser naturalmente fuera de su contexto, donde para estar en casa había que cruzar una frontera, donde para querer lo propio había que irse fuera, donde para reconocerse había que alejarse.

Lo mismo, desde otro ángulo, que pensaba Fernando, vecino de Valencia do Minho, Portugal, y con él todos sus paisanos que habían decidido colgar la bandera española de sus balcones para protestar por recibir en un ambulatorio gallego, al otro lado de la vecina frontera, la asistencia médica que el estado portugués les regateaba y complicaba de forma deplorable.

Si hubieran estado más versados en competencias, habrían colgado una bandera blanquiazul. Pero ésa es otra historia.

Nube de ceniza

Un volcán de nombre impronunciable empieza a escupir cenizas. Probablemente no lo hace con ningún propósito en especial; al menos no se tienen noticias de que los volcanes alberguen otro deseo ni más designio que el de liberar por donde puedan la presión que ejercen bajo ellos los materiales que forman el sustrato oculto del planeta. Desde luego, lo que no puede decirse es que un volcán quiera escribir una historia. Pero este volcán islandés, de nombre inverosímil, se convierte de pronto en el autor inapelable de miles de historias imprevistas.

Graham, turista inglés con billete sacado para un vuelo desde Tenerife a Birmingham, es el protagonista de una de ellas. Con la tarjeta de embarque en la mano, se entera de que su avión no saldrá. En ese momento comienza una aventura que se prolonga por espacio de seis días, en los que a su plan inicial de conocer sólo una playa, y los locales de ocio anexos, se suma un periplo accidentado desde Canarias hasta Cádiz, en barco, y desde ahí en autocar a Santander, donde embarca al fin en un navío de la Royal Navy, al estilo Dunkerque. Descubre que España es un país grande, y variado, y la próxima vez decide no limitarse a una playa prefabricada para gente como él.

J. L. es una celebridad, que contempla cómo su envidiable pasaje en primera clase desde una

capital escandinava hasta París se convierte en un trozo de papel tan valioso como un billete del Monopoly. Eso le obliga a buscarse la vida y a entrar en contacto con Harald, un rubicundo taxista vikingo con el que acabará trabando buena amistad, mientras atraviesan Europa a lomos de su Volvo. Acabado el viaje, intercambian números de teléfono. J. L. ha recobrado la noción de lo que es el trato con la gente normal. Y extrañamente, siente que le gusta.

Hans es un padre divorciado residente en Berlín que se encuentra en el aeropuerto de su ciudad con sus dos hijos y sendos billetes para reexpedir a los retoños de vuelta a Múnich con su madre, después de pasar con ellos unos días que se le han hecho insufribles. Cancelado el vuelo, no le queda otra que pegarse una paliza de carretera en su BMW. A la ida, hablando con sus hijos, redescubre algunas cosas cruciales que había olvidado. A la vuelta, solo, se le escapan un par de lágrimas.

José (para los amigos Pepe, y para los enemigos Pepiño) es ministro de un país periférico de Europa. No lleva mucho tiempo en un cargo que nadie le habría augurado en sus tiempos de estudiante frustrado de Derecho. Pero ahí está, y ante el caos continental, se alza sobre sus mocasines y toma los mandos. Convoca videoconferencias, acucia a los expertos, monta de la noche a la mañana un *hub* global para permitir que los viajeros bloqueados en origen alcancen Europa desde América, Asia y África. Acaba logrando una resolución que despeja el colapso y permite que los euros bloqueados por las cenizas islandesas vuelvan a fluir por el sistema de liquidación electrónico de transacciones de las aerolíneas. En su pueblo se empieza a crear la conciencia alucinada de haber dado cuna a un estadista de talla internacional. Se le auguran los más altos destinos.

X es un ciudadano europeo cualquiera. Durante los días en que la nube de cenizas impide volar por Europa, se ahorra una pasta gansa. Los cientos de viajes previstos para mandatarios, sus escoltas, edecanes, chóferes y demás acompañantes, quedan suspendidos, y las estériles reuniones que iban a celebrar acaban en la misma nada que habrían generado de haberse producido de forma presencial y no a través de medios telemáticos. Como dice el viejo refrán, no hay mal que por bien no venga.

Haciendo antifascismo

Lo tengo muy claro. Los fascistas son una gentuza, y unos acojonados integrales. Sólo se hacen los gallitos cuando pueden protegerse detrás de los maderos de mierda, que para eso son los herederos de los grises del tío Paco. Por eso, por la cosa de la nostalgia, cuando los fascistas hacen una de sus manifiestas esmirriadas, más que controlarlos, que ya saben que éstos, como hijos de notario y gente por el estilo que son, no van a romper un plato, se dedican a cuidarlos para que no les pase nada. Bueno, también son muy valientes cuando ellos son quince y agarran a alguien que

va solo, un inmigrante sudaca o así, y le obligan a cantar el *Cara al sol*. Aunque según dicen eso pasaba mucho más antes, porque lo que es ahora ya sólo montan el puto numerito cantante muy de vez en cuando: «Con la camisa nueva que tú bordaste en rojo ayer». En rojo hay que bordarles la camisa, sí. Y de paso los morros y todo lo que se les pueda pillar.

No los soporto, de verdad. A ese subproducto maloliente de esta cochina sociedad burguesa y capitalista. Como dice el Kevin, el gran capital los tiene para usarlos como perros, que fue de lo que usaron en Alemania al hijoputa del Adolfo el del bigote, hasta que el tío se les subió a las barbas y se quedó con la tienda. Lo mismo que el Paco aquí, sólo que el *jodio* gallego era más astuto y más cobarde y no se metió en los marrones que se buscó el chiflado aquel, arreando a la vez contra los americanos, los ingleses y los rusos y la madre que los parió. El enano se hizo el perro de los yanquis y así no lo bajaron del machito. Y luego se murió y lo dejó todo atado. El muy cabrón.

Porque pusieron al Borbón, para que haga los discursos de Navidad y sea muy campechano y para que firmara una Constitución que dice que esto es una democracia y que aquí elige el pueblo; pero siempre que elija que el parásito real siga pegándose la vida padre en sus palacios y al gobierno sólo lleguen unos cagados que nunca les meten mano a los poderes fácticos. Porque al final aquí mandan los mismos que mandaban hace treinta años, y todo lo demás son mandangas y marear la perdiz.

Por eso, como dice Kevin, hay que pasar a la acción. Para que se acabe la propiedad privada, los sueldos de miseria, las hipotecas por las nubes, el robo a manos llenas de los banqueros, las torturas de la policía asesina, la SGAE, etcétera. Por eso hay que estar listo para dar la batalla, cuando se presente la ocasión. Quemarles los putos contenedores y que no puedan reciclar una mierda. Echar abajo los escaparates de las tiendas, apedrear a los maderos, y, sobre todo, inflar a los fascistas, que maricas y todo son los únicos que pueden plantar cara.

A propósito. A ese tío lo conozco. Ese que está ahí sentado, en mitad del vagón. Joder, es el gilipollas del foro. El de la lengua larga. Anda, pero si es un mierda. Y un pichacorta, seguro. Típico del bocazas. Dime cuánto le das al blablablá y te diré cuánto se descojona una tía cuando te bajas los gayumbos.

Bueno, así es la vida, colega. Has ido a montarte en el vagón de metro que no debías. Me acerco a él y le descuelgo una buena yoya. Qué cara de payaso, tendría que verse. No, no te tapes, si van a caerte más, y si te tapas la cara te voy a la barriga, y prepárate que después de los puños vas a probar estas botas tan molonas que tengo, y luego que tu padre el ingeniero de caminos o lo que cojones sea haga gasto del seguro privado ese que tenéis para no ir al médico tercermundista de la roñosa Seguridad Social, como todo hijo de vecino. Sí, grita, sí, llora ahora. Lo siento, mamón, pero te ha tocado. Para que te enteres de lo que es y de lo que vale un verdadero antifascista. Yo.

Una grave irresponsabilidad

Mira que le jodía escribir. Ya desde la *ikastola*, donde además descubrió que nunca tendría buena letra, lo que a la pesadez de tener que ir escogiendo las palabras sumaba el fastidio de obligarse a dibujarlas de forma que alguien más las pudiera entender. Por eso ahora prefería escribir en el ordenador, aunque con el modo de vida que imponía la pertenencia a la organización eso le traía algunos engorros. Si necesitaba trasladar lo escrito a algún papel para entregárselo a alguien, como era el caso con aquel texto que de mala gana iba pergeñando, después había que buscar una impresora. Por fortuna, en cualquier esquina había un cibercafé donde podía apañarse. Aunque eso le generase otra complicación que le daba mucha pereza, tener que cerciorarse de que borraba la caché del navegador del ordenador que tomaba prestado para la ocasión y de que en su disco no quedaba ni rastro de lo que había estado haciendo.

A veces, pensaba que aquello se parecía muy poco a lo que había esperado que fuera. Poca acción, al final; mucho calentamiento de cabeza, con el permanente simulacro de debate interno que sostenían los jefes y que a él le tocaba sostener con sus subordinados; y siempre pendiente de esas rutinas puñeteras para borrar las huellas que pudieran servirles de algo a los perros de presa cuyo aliento siempre sentía en el cogote.

Pero como el ser humano debe ante todo resolver el desafío consistente en aceptar que existen motivos para levantarse cada mañana y creer que el día deparará algo que merezca la pena, o por lo menos que la merezca más que quedarse en la piltra, se había construido un sistema de justificación particular de todas aquellas miserias. A partes iguales, su justificación se componía de la noción del fin supremo (es decir, ese empeño colectivo, glorioso y necesario en que se cifraba el motor de la lucha para todos los que se habían unido a ella) y de la convicción personal de que la única alternativa para él sería una vida más apacible pero todavía más aburrida y gris. No se imaginaba levantándose a las siete para meterse a las ocho en una oficina, una fábrica, una obra o un bar. Y así ocho horas, y al día siguiente vuelta a empezar. Con todo y sus limitaciones, él era libre. Podía pasearse a las once por un parque. Podía quedarse toda la noche mirando en el ordenador una serie de las que se bajaba de la Mula. Por momentos, dejaba de ser una rata y era Dios.

Pero, en fin, a lo que iba. Tenía que terminar de escribir aquello, y no dejar ningún cabo suelto. Los nuevos eran cada vez menos despejados: o les dabas exactamente lo que tenían que decir, o te podían hacer cualquier disparate. Repasó lo que llevaba. Indicaba dónde estaba la bomba, con la suficiente imprecisión como para joder lo más posible, pero indicando la matrícula de la furgoneta para que no dijeran que eran unos asesinos sin escrúpulos. Les avisaba de que era un artefacto bien potente, para que no mareasen la perdiz. Volvió a pensar en el intervalo de tiempo que les daba. Sí, una hora sería lo razonable, por torpes que fueran los maderos, tendrían suficiente. Y bueno, como nunca podía descartarse que saliera un Sandokán a hacer el gilipueñas,

habría que dejarlo bien clarito. Y lo hizo: *Intentar desactivarla sería una grave irresponsabilidad.*

Sonrió, satisfecho. No podía decirse que no fuera un buen profesional de lo suyo. Incluso para las cosas que le repateaban, como tener que escribir esas cinco líneas y pasárselas al chaval que iba a dar el aviso. Menos mal que había gente como él, pendiente de que los atentados salieran como es debido.

La caja negra

Lo peor de estrellar un avión no es que arruines el aparato. A fin de cuentas, las cosas no tienen otro valor que la utilidad que prestan, y cuando uno, por el motivo que sea, malogra una, lo que suele provocar es que sea reemplazada por otra más moderna, mejor resuelta, menos vulnerable al fallo. En ese sentido, estrellar un avión tiene incluso un sentido positivo: contribuye a hacer que el mundo evolucione hacia un mayor bienestar.

Tampoco hay que pensar que lo peor de estrellar un avión son los contratiempos que se causa al pasaje. Éstos pueden ser muy graves y hasta fatídicos, como bien sabemos, pero evitando el sesgo trágico, que nos lleva a otra dimensión de la adversidad (la de lo irreversible), pensemos para nuestra hipótesis en un accidente sin consecuencias mortales; supongamos que el piloto, en el último instante, logra controlar la máquina para impedir que se desintegre al contacto con el suelo. Todos los pasajeros se llevarán un buen susto, algunos saldrán magullados, incluso podemos contemplar que en el choque y la evacuación subsiguiente se llegue a producir alguna fractura. El *shock* psicológico al final será superado por la mayoría, los que salgan del percance con pánico a volar no sufrirán otro perjuicio que el de verse obligados a viajar menos, lo que en algún que otro caso agradecerán ellos mismos y sus familiares más próximos. Y los huesos, salvo que uno tenga una condición física muy deteriorada (en cuyo caso ya estaba cascado antes de que el piloto se zampara el suelo), siempre acaban soldando y recomponiéndose.

En otro orden de cuestiones, tampoco hay que sobrevalorar los efectos de esta clase de incidentes que tienen que ver con la imagen y la reputación comercial. Es verdad que durante unos cuantos días la percepción pública de la aerolínea en cuestión se verá resentida, lo que se traducirá en una momentánea desconfianza, que acaso provoque durante una breve temporada que la gente prefiera volar con otras compañías. Pero al final las aguas volverán a su cauce, porque la memoria de la gente tiene un corto alcance en el tiempo, y porque, salvo en el caso de gestión manifiesta y escandalosamente catastrófica, al final se impondrá la convicción razonable de que las probabilidades de accidente vienen a ser más o menos las mismas vueles donde vueles. Nadie está exento del error, la desdicha o la imprevisión que acaban determinando que las cosas no salgan como debían.

Lo peor de estrellar un avión es que una vez que ha sucedido, se impone la meticulosa reconstrucción de todos los hechos que se concatenaron hasta consumir el indeseable resultado. Para eso está la maldita caja negra, que siempre acaba recobrando algún implacable censor para poder certificar dónde, cuándo y cómo se hizo lo que no había de hacerse, se omitió la diligencia que el arte y el oficio exigían o simplemente se incurrió en la estupidez que condujo a perder el control del vuelo.

Cuando el aparato está arrugado en el suelo, el piloto sabe que ha quedado todo grabado, y que todo lo que no habría tenido ninguna importancia, de haber podido evitar estrellarse, ahora se marcará a fuego en su registro personal, unido a su nombre y a su ejecutoria por los siglos de los siglos, o casi.

Por eso, aquel piloto, después de sustraerse a las tormentas, de haberse mantenido en el aire contra los vientos adversos y hasta de haber hecho creer al pasaje que podía volar acabado el combustible, lloró amargamente al verse caído a tierra. Ahora todo se sabría. Su ignorancia, su temeridad, su chapuza.

Los ricos

Los ricos somos seres esencialmente escurridizos. Y cuando digo ricos me refiero a los ricos de verdad, es decir, a aquellos que poseemos, administramos o ingresamos mucho más dinero del que nos podremos gastar en toda nuestra vida. Algunos de entre nosotros, los más necios, o los que no pueden evitarlo, acaban teniendo una imagen pública, lo que a primera vista podría decirse que dificulta la inasibilidad. Pero ello sólo es en parte cierto, y en cualquier caso no pasa de suponer una complicación de la intendencia cuyo peso es inversamente proporcional a la competencia del rico en cuestión para gestionar sus asuntos. Es decir (porque recuerdo que hablamos de ricos de verdad, y no de esos quieroy no puedo que fingen serlo): para elegir a los sirvientes que se encargan de dicha gestión.

Porque es perfectamente posible, si se saben apretar las tuercas precisas y manejar los resortes adecuados, vivir en un palacio y disfrutar de todas sus obscenas comodidades, sin que este conste siquiera a tu nombre, sino al de una fundación protegida por la ley que te permita, además de convertir en deducibles todos los gastos destinados a tu confort personal, conseguir que algunos de tus ingresos se beneficien de ventajas e incentivos fiscales de toda índole. Y no como hacen los pobres, que lo pagan ellos todo y no pueden hacerse perdonar ni un céntimo de sus impuestos por el agua que beben o por la luz que consumen. Porque no saben apretar esas tuercas, ni tienen la llave que se ajusta a todas ellas. Esa es sólo nuestra, porque sólo a nosotros nos la venden.

Por la misma regla de tres que siempre hay un chico listo al que se paga con unas migajas de tu fortuna, o mejor con dinero ajeno, para que ingenie tales añagazas, es perfectamente posible,

también, pasearte en coches valorados en cien mil euros, o viajar en *jets* privados cuyo valor ni siquiera cabe en la cabeza de los pobres, y declarar a la hacienda pública unos ingresos personales que ni en mil vidas bastarían para sostener tanto boato, sin que ningún inspector que le quiera meter mano al asunto pueda hacer otra cosa que morderse las uñas a la altura de la primera falange.

Todo esto es lo simple, lo de andar por casa. Algo más arduo es, a partir de cierto nivel, y según la coyuntura, arreglárselas para que el grueso del flujo de tu riqueza sortee las zarpas de esos ingenuos recaudadores con el síndrome del bosque de Sherwood. Pero tampoco suponen un escollo insalvable. No suele hacer falta más que gastarse algo más de tu dinero, o desviar un poco más del de otros, para animar al chico listo en cuestión a elaborar las pantallas, las taumaturgias y los zigzagueos necesarios para mantener tu fortuna a salvo de esos pelmazos.

Por eso resulta tan divertido ver gesticular a esta gente cuando les llega el enésimo arrebatado de pretender que, esta vez sí que sí, seamos nosotros los paganos de los platos rotos. Y lo más enternecedor es pensar en quienes se lo creen, en quienes llegan incluso a votar con el recuerdo conmovido de esa gallardía del ceñudo flechero que apunta a las grandes dianas.

No saben que todo es como es porque nosotros (es decir, nuestro personal de servicio) estamos siempre velando para que siga siendo así y no de otra manera, mientras que ellos sólo funcionan a impulsos, que no nos exigen más que puntuales adaptaciones para recomponer nuestra invulnerabilidad.

Lo que nos vamos a reír, contando flechazos en el culo de tantos panolis de medio pelo. Con su ruina, hasta nos saldrán un poco más baratos ciertos lujos. Cosas de la oferta y la demanda.

Por un descuido

—Hola, Manolo.

—Qué pasa, figura.

—Nada, que ya te tengo explorado eso.

—Ah, cojonudo. ¿Y?

—Bueno, se me ha hecho un poco el tonto, pero yo creo que al final va a entrar.

—Muy bien, tú. ¿Y de cuánto estamos hablando?

—Pues a ver. La partida presupuestaria que controla él, por lo que me ha dicho, y después de los recortes, es de unos tres millones. Para guardar las apariencias tendría que darle por lo menos la mitad a otra gente, así que para nosotros podría reservar millón y medio. En números redondos.

—Millón y medio... Joder, eso aprieta mucho las cuentas.

—Ya, ya le he dicho que cuanto más grande el pastel, más margen de maniobra. Pero parece que no puede tirar de más.

—A ver, yo te digo por experiencia. Montando el triángulo con los dos constructores para que paguen la mitad, y teniendo en cuenta que hay que hacer el paripé de que prestamos el servicio, de eso podemos limpiar, afeitando el huevo, setecientos o setecientos cincuenta mil. En el mejor de los casos.

—Hombre, no está mal, creo yo.

—Espera, tú, que luego hay que repartir. ¿Veinticinco para ti, veinticinco para mí y cincuenta para el partido?

—Si más o menos eso es lo que le he planteado, que de lo que sacáramos la mitad iría limpia para el partido.

—¿Y le has explicado cómo?

—Sí, con cierta dificultad, ya que no estábamos hablando de lo que estábamos hablando, tú me entiendes. Pero creo que entendió que la grasa les iría a través del crédito que les abriríais vosotros para los gastos de la campaña.

—Bueno, eso hace unos 180.000 para ti y para mí, que merece la pena el paseo, pero tampoco es para echar cohetes.

—Con la que está cayendo, tampoco es para despreciarlo.

—No, si está bien, pero luego hay que lavarlo, y eso también tiene sus gastos. Pon que al final nos estamos mojando el culo por ciento y poco cada uno.

—A mí ya me hace un apaño.

—Siempre se les puede sisar luego, cuando montemos la campaña. Les dices que vale 100 lo que vale 80 y ya está...

—De eso tú sabes más.

—Pues nada, a por él. Yo voy preparando las ofertas y vistiendo el muñeco.

—Putra madre, tú. Oye, estos teléfonos son seguros, ¿no?

—Sí, nadie los puede relacionar contigo ni conmigo.

—Es que no me haría puta gracia que hubiera un picoletto escuchando y leer esto en los papeles a la vuelta de los meses.

—Tú no lo uses más que para llamarme a mí a este número y estate tranquilo. Buen trabajo, campeón.

Lástima para ellos, pensó el sargento Maroto, mientras forcejeaba con un pistacho que no se quería abrir, que Manolo hubiera cometido el descuido de utilizar aquel móvil al que le estaba llamando el político para darle un recado apresurado a su mujer. Vaya si lo iban a leer en el periódico, a la vuelta de unos meses. Todavía quedaban unos cuantos papeles que rastrear y algunos nudos más que amarrar, pero de eso se encargaba el sargento Maroto. Por sus cojones. Y por la Benemérita, a la que aquel chulo engominado acababa de faltarle al respeto.

Kevin Fajardo admiró el espectáculo del amanecer. Era fascinante ver cómo el sol emergía de entre las montañas, disponiéndose a alumbrar un nuevo día en aquella tierra áspera que no conocía la paz. El puesto en el que prestaba el servicio de centinela daba a una especie de desfiladero, que le hacía pensar siempre en el de las Termópilas. Kevin Fajardo no había conocido la historia por Heródoto, ni siquiera por el celebrado cómic de Frank Miller. Su fuente, como sucedía con la inmensa mayoría de la gente de su generación y de su unidad, era la película *300*, de Zack Snyder. La había visto, junto a todos los que estaban francos de servicio, en el portátil del sargento Sierra, que era un hacha con la Mula y se había traído un disco externo cargado de material para matar el aburrimiento en los ratos libres.

A veces, en medio de la noche, Kevin Fajardo fantaseaba con la posibilidad de que un día los talibanes logran reunir una fuerza considerable y atacaran su posición. Se representaba la situación que eso crearía. Desde que los habían destinado a cubrir aquella línea avanzada, se encontraban repartidos en pequeños destacamentos, que fácilmente podían llegar a verse en inferioridad numérica si el enemigo formaba un contingente con sus elementos diseminados por la zona. Si eso sucedía, debían aprestarse a defender la línea sin contemplar la retirada, impracticable por la condición de los caminos y lo desventajoso del terreno, según les habían aleccionado los oficiales. Exactamente igual que aquellos espartanos obligados a clavar el pie en tierra para resistir las acometidas de la inmensa máquina de guerra de los persas. O bueno, exactamente no. Kevin Fajardo y sus compañeros podían usar las comunicaciones vía satélite para pedir helicópteros y cazabombarderos, que llegarían en minutos, y refuerzos terrestres, que tardarían unas pocas horas. Pero en todo caso habría un tiempo en el que tendrían que cubrir por sus medios su sector. O como le había dicho el sargento Sierra, que además era poeta (condición que le granjeaba no pocas bromas, entre sus iguales), citando a otro poeta antiguo, y al parecer homosexual: les tocaría «fijar y defender unas Termópilas».

La idea era por un lado bastante poco apetecible, pero por otro tenía un aura romántica que lo seducía. Kevin Fajardo imaginaba que los talibanes los ponían a prueba, y la pasaban, y luego volvían a España y contaban en todos los medios cómo había sido la experiencia de defender el pabellón nacional frente a los enemigos de la civilización, la paz y la democracia. Imaginaba las recompensas, el reconocimiento de todo el país.

Pero esa misma mañana, en el desayuno, el sargento lo desengañó. No saldrían en ningún medio, y no habría ninguna recompensa. Sierra, veterano de Irak, aún estaba esperando que le dieran una miserable medalla por haber resistido un asedio de 20 horas en la base de Nayaf, que los medios habían silenciado entonces y apenas habían contado después. Tan sólo al jefe de la base y a unos pocos más les habían llegado las condecoraciones, y de menor entidad que las que habrían sido del caso.

Entre sorbo y sorbo del sintético café de ración, el sargento sentenció, comentando una de las noticias del día:

—La película es muy bonita, pero olvídate, nosotros no estamos en esa, sino en otra. Nuestra

peli se llama 600. O sea, 600.000 del ala para esos mercenarios de lujo por ganar el puto Mundial y poner cara de algo mientras suena el himno, que algunos escuchan, para más recochineo, teniendo otro en la cabeza. A nosotros, que nos zurzan. Y a ti, como te descuides, que te vuelvas a Ecuador.

Todo por la marcha

Doce años de experiencia no le bastaban a Silvia para enfocar la situación. Haber resuelto a lo largo de su carrera no menos de cincuenta homicidios tampoco le ayudaba demasiado en este trance. En la memoria, todos aquellos tristes casos se le aparecían como una borrosa sucesión de desastres en los que no estaban ausentes la locura y el absurdo. Pero en todos ellos existía algún rastro de lógica, esa lógica precaria y deteriorada que por fuerza anida en la mente de alguien que decide quitarle la vida a otro, fuera del perentorio (e infrecuente) estado de necesidad. Sin embargo, en lo que tenía ahora entre las manos, no había nada que ni por asomo pudiera remitir a algún tipo de cálculo o utilidad criminal. Era un disparate, desde la propia resolución de matar hasta la manera de hacerlo.

Tenía ante sí las fotos del cadáver. Siempre le producía una extraña sensación mirarlas, cuando había tenido ocasión, como era el caso, de examinar la escena del crimen. Si se descuidaba, la imagen en dos dimensiones tomaba cuerpo, y recobraba de pronto todas las percepciones de la inspección *in situ*, incluida la más contundente, que era justo la que las fotografías no podían apresar: el olor. Aquella pobre mujer, cosida literalmente a cuchilladas, y tendida sobre un charco de sangre seca, desprendía un aroma tan acre como penetrante, que saludaba al intruso en el lugar de su tragedia como si de la mismísima bofetada de la muerte se tratara. Según su DNI, tenía setenta y nueve años. Al homicida le habían sobrado veinte puñaladas, lo menos.

No es que Silvia no se hubiera encontrado antes con otros cuerpos sometidos a semejante ensañamiento. Pero todos ellos tenían detrás una historia, que en nada se parecía a la que pudiera unir a aquella anciana con su verdugo. Novios despechados, odios incubados durante años o décadas, arrebatos incontrolables de individuos perturbados, violentos o ambas cosas a la vez. Hasta el horror tenía sus leyes, que no ayudaban a disminuirlo, y menos aún a encontrarle una justificación, pero sí, a ella que tenía el oficio de gestionarlo y etiquetarlo, a desarrollar sin más sobresaltos ni más estupores de la cuenta su labor.

Repasó las declaraciones de testigos. No constaba ningún enfrentamiento entre la anciana y su ejecutor. Este no era especialmente agresivo, ni la mujer se distinguía por su mal carácter. Ambos parecían razonablemente integrados en su comunidad, que tampoco era demasiado conflictiva. Repasó, también, las evidencias materiales. La sangre en las ropas de él, las huellas en el cuchillo homicida, abandonado junto al cuerpo. No había ninguna duda: aunque no hubiera ninguna razón,

la había cosido a puñaladas, en torno a las diez de la mañana, hora a la que según su propia declaración, corroborada por testigos, volvía a su casa después de una noche de marcha. Y eso era todo. Que no recordaba nada más, decía el chaval. Que se había metido varias pastillas y por más que se esforzaba no podía acordarse.

Lo tenía en la habitación de al lado. Sonado, estólido, inservible en todos los sentidos. Lo había traído su padre, espantado, con motivo, del estropicio en que había parado su vástago con tan sólo veintitrés años. Había que hacer algo con aquello. Para Silvia, de mente cartesiana y analítica, no podía quedarse así.

Entró en la habitación. Lo miró. Le dijo:

—Vas a tener que acordarte. Como sea. Me la sopla lo que te metieras. Vas a salir del talego con cuarenta años, te quedará una vida. Te va a hacer falta saber quién coño eres. Y para eso no te va a valer limitarte a decir que fue porque venías de marcha.

Ustedes, los funcionarios

Se sabía perdido y era un chulo. Las dos cosas le resultaron evidentes a Rocío a los diez minutos de interrogatorio. Admitía con insolencia todo lo que era notorio: su domicilio, su profesión, su despacho, la titularidad de las acciones de su empresa, etcétera. Pero cuando llegó la primera pregunta que trataba de conectarlo con la trama criminal que había motivado la intervención de la justicia y que lo había traído esposado a aquel despacho, puso su sonrisa más impecable y se limitó a responder, como si le explicara algo a un oyente un poco retardado:

—Yo no tengo nada que ver con eso. Ni tampoco es mi culpa que la policía no sepa hacer su trabajo y se busque atajos estrambóticos. Les pediré responsabilidades por esto.

Rocío llevaba cinco años como juez de instrucción. Eran los suficientes, pese a su juventud, para haber acumulado alguna experiencia acerca de las reacciones de los seres humanos en situaciones apuradas y ante la intimidación del poder. Porque en general, salvo algún que otro tarado, que nunca faltaba, todos percibían enseguida que pese a su frágil apariencia física, con sus apenas cincuenta kilos y su 1,60 escaso, aquella mujer que les interrogaba era el poder. La que tenía a su disposición un papelito membretado y un sello con los que, añadiendo la firma, podía ordenar su eliminación transitoria del mundo de los ciudadanos libres. Aquel tipo no era un tarado, luego también se percataba. Y, sin embargo, optaba por lo que casi nadie en su sano juicio osaba hacer en ese trance: desafiarla.

Ante la pasividad del fiscal, tan atónito como ella misma, se permitió aportarle a aquel individuo un dato de situación:

—Las normas penales admiten interpretaciones. Si colabora es posible ofrecerle la más benigna. Si no lo hace, se expone a que le sea aplicada la más rigurosa. ¿Me entiende usted?

El tipo la miró, sin perder un ápice de su altanería. Aunque le habían quitado la corbata (precaución inútil en su caso, de sobra se veía que se quería demasiado a sí mismo como para ahorcarse con ella), el buen corte de su traje y de su camisa le conferían un aire de elegancia que la barba de dos días, entrecana, tampoco bastaba para abolir. Era un hombre seguro de sí mismo, con recursos y discurso. Volvió a exhibirlo:

—Y luego se quejan de que les hayan recortado el sueldo. No sirven más que para sus pequeñas especulaciones de burócratas, con las que se creen muy importantes, seguramente. Dígame, señorita, ¿cuánto le han bajado a usted la nómina?

Aquello era el colmo. Dudó si pedir a las partes que formularan sus conclusiones sin más demora y despacharlo en ese mismo momento a prisión, para poner a prueba su desenvoltura. Pero por alguna extraña razón escogió seguirle el juego:

—Un 8 por ciento. ¿Lo juzga usted suficiente?

Logró descolocarlo, aunque sólo momentáneamente. Como se pudo comprobar, los cinco o seis segundos que se tomó antes de responder los aprovechó para redondear su impertinencia:

—Pues no, no me parece suficiente. Sobre todo para un oficio que no crea riqueza, sino que la destruye. Yo no tengo nada que ver con esos quinientos kilos del puerto, pero lo cierto es que ese material iba a dar empleo y a aumentar el PIB del país. Y ustedes lo impiden. Sí, no me mire así. Ya sé que esa parte del PIB no la contabilizan ustedes los funcionarios, pero es.

La réplica, cruel, le salió a Rocío del alma:

—Muy bien. Acabemos con esto. Que hoy tengo una cena.

Disciplina de voto

Cuanto más pensaba en ello, más claro estaba: no tenía elección. Hay veces en la vida, al menos si uno pertenece a cierta clase de personas, en las que uno no puede escoger el camino cómodo, y no, como aventuran los inconsistentes o los simples, porque alguien te lo vaya a reprochar o hacer pagar con alguna forma de descrédito público. En rigor, pensó, era muy posible que nadie le censurase escoger la opción contraria. Desde los días en que sus declaraciones y comparencias ante los medios daban lugar a titulares de primera plana habían pasado ya algunos años. Los suficientes para que toda la población de menos de treinta años ignorara su existencia, y para que los mayores de esa edad le hubieran olvidado por completo. No se engañaba acerca de la trascendencia y la persistencia de la notoriedad pública en un mundo que cada semana alumbraba al menos uno o dos astros planetarios de rápida carbonización.

Seguramente lo que iba a hacer, abstenerse de respaldar con su voto a su grupo, iba a hacerle mucho más visible, para mal, que seguir con arreglo al guion consabido la disciplina de voto. Pero tampoco era una tardía vanidad, una llamada de atención reivindicativa de su pasado lustre y

su perdido peso, lo que le empujaba a seguir ese camino. Torpe y vana cosa es hacerse ver y llamar la atención sobre uno cuando de esa significación no va a sacarse ningún rédito. Y estaba claro que de aquello él no iba a extraer la más mínima rentabilidad política. Disgustando a los que ahora eran los suyos, en un gesto que sólo podía ser simpático a los ojos de aquellos para los que era un desertor. Suponiendo que fuera posible que un desertor, haga lo que haga, coseche otra cosa que el desprecio de los que siguieron vistiendo el uniforme y cubriendo el parapeto.

No, no era por no quedar mal, no era por vanidad, no era por cálculo, no era por otra cosa que la conciencia y la vergüenza que habría de sentir ante sí mismo si llevaba la defección de lo que en otro tiempo había sido hasta ese extremo. Quizá otros pudieran. Quizá otros hubieran establecido con el suave sillón del Audi oficial o con el agradable butacón del hemicycle un pacto de hierro capaz de desafiar cualquier contradicción y cualquier escrúpulo. Pero mal que le pesara, y aunque lo iba a pagar, él no.

Llegado el momento, no pudo evitar que a su memoria acudieran imágenes pasadas. Lo habían fotografiado tanto. Con los que entonces eran aún los suyos o en compañía de ese otro, el que lideraba ya entonces el sindicato competidor. Allí seguía, más viejo, menos grueso y más pinturero (curiosa cosa), mientras que por su sillón habían pasado ya otros dos. Quizá se sintiera en la obligación de decir algo, por los viejos tiempos, esos en los que incluso llegaron a convertirlos en dos guiñoles que salían siempre juntos, como Epi y Blas. Por cierto, que siempre le había jodido un poco que el papel de Blas le tocara a él, cuando es sabido que Epi le cae mejor a todo el mundo.

Pero no, el antiguo compañero de fatigas posiblemente no diría nada. Y mucho menos sus excompañeros de sindicato. Su gesto era la extemporánea lealtad del traidor, esa que nadie valoró nunca con el indulto. Se perdona a los enemigos, jamás a los tuyos que se salen del dibujo. A las cuñas de la misma madera.

El presidente de la cámara convocó la votación. Sin dudar, con un íntimo orgullo, apretó el botón que no debía. En el panel luminoso, su bombillita roja lucía solitaria en medio de la mancha verde. Al final, no estaba tan mal. Había desertado dos veces pero, después de todo, seguía siendo leal a sí mismo.

España, foto Google

Repitió el experimento dos o tres veces. Qué gracia, pensó. De repente se le ocurrió la idea. Buscar las veintisiete. Sacó papel, tomó un bolígrafo y fue apuntando, por orden. A medida que avanzaba, una sonrisa se iba dibujando en su rostro. Aquello tenía gracia, sí. Era como sacar, a la vez, el perfil psicológico y sociológico de todo un país, con la muestra estadística más amplia disponible. La información no tenía desperdicio. Una joya, para quien la quisiera manejar. Y sí, la

poseían los dueños de la gran multinacional, pero era accesible a cualquiera, se trataba de un tesoro que no estaba enterrado, sino a la vista.

Una vez que concluyó, leyó la lista. *As*. Badoo. Cinetube. Decathlon. El tiempo. Facebook. Gmail. Hotmail. Infojobs. Juegos. Kinépolis. La Caixa. *Marca*. Nokia. Ñoquis. Orange. Programación TV. Quiniela. Renfe. Series Yonkis. Tuenti. UNED. Vodafone. Wikipedia. Xunta de Galicia. YouTube. Zara.

España, alfabeto Google. O lo que es lo mismo, el resultado que aparecía en primer lugar al introducir cada una de las veintisiete letras del alfabeto en la ventana del buscador de Google España, que se correspondía con la palabra o frase más buscada con la letra en cuestión. La fotografía del país en ese momento. Apuntó debajo la fecha: viernes 26 de junio del año 2010.

Pero quiso calar por debajo de la anécdota, y aunque no era propiamente un profesional, se dijo que debía analizar y filtrar aquella información. En primer lugar, algunos de los resultados tenían cierta trampa: se correspondían con sitios web exitosos, por el servicio online de amplio espectro, y alcance global, que proporcionaban: Badoo, Facebook, Gmail, Hotmail, Tuenti, Wikipedia, YouTube. Estos resultados no daban mucha información sobre el país en particular. Salvo Tuenti, quizá.

Otros resultados tenían que ver con empresas relacionadas directa o indirectamente con la propia red y el acceso a ella: Orange, Nokia, Vodafone. Constató la significativa ausencia de Telefónica, batida por la red social adolescente, o de Movistar, su marca comercial, que sucumbía frente a otro titán.

Aquí empezaba lo bueno, lo genuinamente hispánico: *Marca* y *As*, los únicos dos periódicos que se colaban en el alfabeto de honor. Todo un indicio acerca de lo que realmente interesaba a los españoles: esa fracción ínfima de la realidad ocupada por los modernos gladiadores (en todas sus variantes) y sus vicisitudes. Completaba la pintura el triunfo en la Q de Quiniela. La otra pista crucial sobre los pasatiempos nacionales la daban la C y la S. Cinetube y Series Yonkis: la otra pasión nacional, el pirateo de creaciones audiovisuales, único lenguaje para cuya intelección estaba educada la mayor parte de la población española, que no había sido en cambio aleccionada para tener el menor respeto por el trabajo creativo. Bueno, si acaso pasándose de vez en cuando por caja en Kinépolis, para las pelis en 3D y los videojuegos filmados de Hollywood.

Juegos, El tiempo y Decathlon completaban las preocupaciones espirituales de los españoles. Los Ñoquis ponían la nota gástrica, curiosa. Infojobs daba testimonio del primer problema nacional. La Caixa, Renfe y Zara, formas bien dispares de notoriedad empresarial, daban un mensaje ambiguo sobre el músculo económico español. La Xunta de Galicia mostraba las cualidades estrambóticas que podían distinguir a una administración pública (que su nombre empieza por una letra rara).

Con un suspiro, se detuvo en la única que no había repasado aún: UNED. Quedaba alguien con ganas de salir de la ignorancia, incluso en la madurez. No todo estaba perdido.

Ke\$ha en Hebrón

La patrulla, seis soldados, o lo que es lo mismo, seis jóvenes, porque pertenecen a un país rico y en los países ricos los hombres maduros sólo deciden la necesidad de entrar en combate y arriesgar vidas; del combate y el riesgo dejan que se ocupen, por fuerza o necesidad, los siempre propicios veinteañeros.

Estos seis son soldados de leva. En su país el servicio militar es aún obligatorio. Es su último día de patrulla, la licencia está ya próxima. Van desplegados en dos columnas de a tres, cubriendo todos los sectores de tiro con sus fusiles. La calle está tranquila, desierta más bien. De fondo suena un muecín llamando a la oración. La ciudad es Hebrón, Palestina, tierra de seguidores del Profeta. Para ellos, territorio hostil.

De golpe irrumpe la voz de una mujer, joven también, que empieza a cantar una canción. «*Wake up in the morning / Feeling like P Diddy.*» Una letra equívoca. «*Me despierto por la mañana / Sintiéndome como P Diddy.*» El tal P Diddy es un rapero ya cuarentón; puede ser una alusión maliciosa, desde la insolencia juvenil, a su presumible mal despertar en mañanas de resaca. O puede que la intención sea más malévolamente aún, porque la letra puede leerse también como: «*Me despierto por la mañana / con ganas de mearle a Papi.*» La chica que canta, Kesha Rose Sebert, de California, se hace llamar Ke\$ha y tiene veintitrés años. Según ha declarado en alguna entrevista, ni ella ni (lo que es peor) su madre saben quién es su padre. Hay un vídeo en YouTube en el que tirada en una cama explica cómo se pronuncia su nombre y aclara que se escribe con el símbolo del dólar en vez de la S, para que nadie se llame a engaño. Para que todo el mundo sepa cuáles son sus valores en este mundo de mierda para el que la engendró su no padre y la parió su despistada madre.

Los soldados se quedan parados. Como quien no quiere la cosa, bajan el fusil y se lo cuelgan terciado hacia abajo a la espalda. De pronto, cuando arranca el ritmo de la canción, empiezan a bailar, con una coreografía torpe y cursi, pero notoriamente ensayada. Canta Ke\$ha: «*Don't stop, make it pop / DJ, blow my speakers up / Tonight, I'mma fight / 'Til we see the sunlight / Tik Tok on the clock / But the party don't stop, no.*» Y luego los soldados se marchan, como si tal cosa, a seguir patrullando.

Alguien decide, días después, colgar el vídeo en YouTube. Las imágenes dan la vuelta al mundo. Para los musulmanes, es una afrenta intolerable de los judíos, que se añade a la larga humillación que supone la ocupación de los territorios palestinos. Los jefes de las fuerzas armadas israelíes lo consideran una frivolidad irresponsable, los chavales no están allí para divertirse, ni siquiera en su último día de servicio, sino para matar y morir si es necesario en defensa de la independencia, la integridad y la sagrada seguridad de su país. A mucha gente le hace gracia la ocurrencia, pero los seis jóvenes soldados son expedientados por sus superiores. Se han saltado el reglamento, han causado un escándalo, y tendrán que responder por ello.

Mientras tanto, Ke\$ha sigue viviendo su éxito global. También ella es una combatiente veinteañera en otra guerra, la de las audiencias y las ventas, que otros hombres (y mujeres) maduros manejan para rebañar los dólares en juego. Puede que dure, o puede que no. Y cuando haga algo inconveniente, que lo hará, la descuartizarán en público como a los soldados israelíes. Los hombres (y mujeres) maduros piden su tributo sacrificial de carne joven. Los jóvenes, entretanto, siguen bailando.

«But the party don't stop, no.»

Mr. Scrooge en Rojalandia

Ernesto era absolutamente intransigente al respecto: detestaba el fútbol. Sobre sus motivos para declararse por completo refractario a cualquier emoción positiva relacionada con la persecución de un balón de cuero (o de lo que demonios los hicieran ahora) por veintidós millonarios y un pasmarote con pito habría podido escribir una enciclopedia. Pero bastaba con acordarse de las tardes de domingo que les daba el viejo con el puñetero carrusel deportivo del sonido inconfundible, que siempre le hacía dudar de que su madre lo hubiera tenido realmente con aquel tipo. O de su paso fugaz por los infantiles del equipo de su barrio, donde aquel entrenador medio oligofrénico y psicópata se complacía en torturar a los niños y ridiculizarlos cuando, como era su caso, no asimilaban a la velocidad suficiente las habilidades simiescas en que se basaba aquel juego de descerebrados. O de los cinco años que había tardado en vender su piso al lado del Vicente Calderón, con el regalito quincenal de las hordas de adictos ensuciándolo y atascándolo todo bajo esa indulgencia (o connivencia) municipal que a él nunca se le concedía.

Por eso, cuando llegaban los mundiales, la Eurocopa o lo que fuera, Ernesto depositaba todas sus esperanzas en la acreditada tendencia del equipo nacional a sucumbir en la primera ronda o como mucho llegar a cuartos de final. La ineptitud del futbolista patrio, tan sobrado de arrogancia como falta de temple y acierto en las ocasiones decisivas, abreviaba considerablemente el calvario: del mes largo que duraba el campeonato para los equipos realmente competitivos, a los quince días que como mucho daba la lata la selección española. Había en especial un instante que Ernesto adoraba. Ese a partir del cual se confirmaba una vez más la eliminación de España. Amaba ese silencio que se apoderaba de la calle y de las viviendas de sus vecinos al otro lado de los tabiques. A partir de ahí, el tumulto se apagaba de golpe y volvía la paz. El fastidio, tan aparatoso, desaparecía de la noche a la mañana como si nunca hubiera existido.

Hasta que llegaron ellos. Esa pandilla de mequetrefes. La Roja, como la bautizaron. Tenían planta de ser otros perdedores, los más perdedores de todos. Tan pequeños, tan poca cosa. Lo único que les veía bueno es que no eran tan chulos como algún otro que recordaba. Pero, claro, tampoco se lo podían permitir. Les iban a dar hasta en el carné de identidad. Seguro.

Menos mal que no apostó. Habían tumbado a los alemanes y les habían birlado la Eurocopa. Y ahora ahí estaban. En la final del Mundial previo envío de los teutones a por otra ración de psiquiatra. Ernesto los odiaba. Cuatro semanas largas de martirio, ya. Su única esperanza era que los holandeses los aplastaran, para compensar y resarcirse. Vio, cosa excepcional en él, la primera parte del partido. Se animó: aunque fuera a patadas, los estaban acorralando. Y vio también la segunda, con preocupación: los pequeñajos no se amilanaban. Y la prórroga, con la certeza creciente de que la catástrofe era inevitable. Gol.

Los días que siguieron, Ernesto comprendió que hasta entonces no había sabido de veras hasta dónde podía llegar el delirio balompédico. En un alarde masoquista, se tragó todas las celebraciones. Aguantó los gallos hiperactivos de Bisbal y se quedó hipnotizado con la imagen de Manolo Escobar, venido desde el más allá para cantar *Viva España* con indumentaria rojigualda. No podía ser peor. O sí. Dos días después, una revista del corazón anunciaba la boda de Iker y Sara, los nuevos príncipes del pueblo.

Se la compró. Si el enemigo puede más, únete.

Baja por estrés

Estoy muy agobiado, esa es la pura verdad. Desde hace un par de años, me veo obligado a trabajar entre quince y dieciséis horas al día, sábados y domingos incluidos. Las vacaciones han quedado reducidas a una semana al año, que me tomo por el ultimátum de mi mujer, y no por el descanso que me puedan proporcionar. De hecho, las dos veces he sentido un inmenso alivio, o bueno, todo lo inmenso que puede ser en estas circunstancias, al reintegrarme al trabajo. En la playa seguía igual de agobiado, o más, porque allí no tenía oportunidad de sacar adelante más que una parte del trabajo administrativo, que además tenía que hacer a escondidas de ella. La mayor parte de las veces, sentado en el váter con el portátil. Patético.

A menudo me pregunto, claro, si no podría encontrar otra solución. Si no debería, por ejemplo, rendirme y dejar que todo se fuera al cuerno, y recomponerme después las plumas como buenamente pudiera. Si no debería resignarme a que mi negocio se hunda y a que el banco ejecute las garantías que le di sobre mi casa para obtener la última financiación. En el primer momento todo sería bastante dramático, pero al final las aguas siempre encuentran su cauce. Podría montar algo más modesto, o subemplearme de cualquier cosa, cualquier trabajo penoso que no quiera nadie: no sería difícil encontrar uno que me demandara menos esfuerzo, físico y mental, que mi actividad presente. En cuanto a la casa, bastaría con encontrar alguna infravivienda en alquiler, así fuera a veinte kilómetros, con tal de que hubiera tren de cercanías. Bien mirado, tampoco sería tan malo. Mi mujer se caería de la nube en la que todavía vive, y los niños aprenderían un poco de las dentelladas de la vida, que buena falta les hace. A lo mejor, hasta se desenganchaban del Tuenti.

Pero me cuesta tanto hacerlo, abandonarme de esa manera. Me cuesta tanto admitir que el trabajo de treinta años no ha servido para nada, que no les dejaré, a esos dos parásitos que llevan mi apellido, un negocio y un trabajo que les ayude a dignificarse como personas. Me cuesta por orgullo, desde luego, me cuesta por vergüenza, también, pero además me cuesta por dejar en la estacada a Roberto, mi único empleado superviviente, el que aceptando meses sin sueldo y jornadas como la mía me ayuda a mantener el barco a flote, aunque sea con vías de agua por todas partes. Ha dejado de ser un trabajador y un subordinado para convertirse en un hermano, en un camarada en la misma trinchera bajo la lluvia de obuses. Le daría la mitad de las acciones de la empresa, si no fuera porque hoy sólo representan agujeros y deudas. Cada mes que le abono su sueldo íntegro es un triunfo, el único que me queda, junto al de no terminar de irme al garete y seguir pagando algunas facturas.

Tengo taquicardias, ahogos, pesadillas. Si pudiera, debería ir a pedir una baja. El médico me la daría. Pero si me paro, me hundo. El certificado médico sería el de defunción. Por eso sigo, demostrándome que puedo, que hasta mareado y con el corazón saliéndosele por la boca, cuando no hay más cojones, un ser humano puede con todo. Por eso, al oír que los controladores aéreos están de baja por estrés, porque les han reajustado las condiciones y ahora trabajan algo más y cobran algo menos, no puedo reprimir una sonrisa amarga. Y aprieto los dientes, porque empieza un nuevo día y tengo que seguir arrancando el dinero de debajo de las piedras.

Para mi familia, para Roberto, y para pagar con mis impuestos el derecho de ellos a disfrutar, el tiempo que necesiten, de su reparadora baja por estrés.

El vientre (vacío) del arquitecto

Soy el que imaginó tu casa. Y también el que calculó los metros que debía tener ese corredor del centro comercial por el que te metes cuando te estás meando, para que nadie se chocara contigo cuando vas a buscar alivio. Y el que diseñó el bonito vestíbulo de tu estación de metro, por donde pasas cada mañana y a donde llegas derrotado cada noche. Y el que arañó como pudo, de la avaricia del constructor, esa sala espaciosa y no del todo mal iluminada donde cada día haces tu trabajo.

También, para qué voy a engañarte o a engañarme, soy el responsable de algunas cagadas. De esa puerta que al abrirse demasiado choca con el bidé. De ese absurdo local comercial que te entorpece el camino cada vez que en el aeropuerto te tocan las puertas B, obligándote a sortearlo con una maldición cuando llevas prisa. O de ese techo demasiado bajo de la entreplanta del almacén. Y no lo voy a ocultar: lo del bidé fue un despiste, porque llevaba demasiada tralla encima y andaba demasiado falto de sueño cuando lo hice, y luego no me paré como habría debido a revisar; pero de lo otro me di perfecta cuenta. Vamos, que de hecho lo hice adrede y con toda la

intención. Podría alegar en mi descargo que me obligaron, los cabrones roñosos y codiciosos para los que trabajo, pero en el fondo no es verdad. Nadie te puede obligar a firmar lo que no quieres, a hacer lo que desprecias. Los paredones de todo el mundo guardan restos del ADN de gente que lo demostró del modo más incontestable. Yo consentí, y me toca la vergüenza que a mi falta corresponde.

Quería prosperar, como todos. Y como todos, también, creí que era una inversión de futuro; que después de los malos tiempos, de los abusos, del infraempleo, vendrían para mí los días rutilantes y prósperos de que gozaban ya mis jefes. Mis jefes, que nunca lo eran en teoría, porque jamás me ligó a ellos un contrato laboral. Ni a los arquitectos más viejos que me chuparon la sangre para pagarse sus Rólex y sus Lexus, ni a los constructores rapaces que me rebañaron los hígados y me mostraron que, en comparación, hasta mis colegas veteranos, expertos consumados en la explotación del becario por el hombre, eran monjitas de Teresa de Calcuta. Claro que estos otros tenían que pagar el yate, y alguno andaba ya manoseando catálogos de *jets* privados.

No, nunca tuve contrato. Siempre fui autónomo, obligado a pagarme mis seguros sociales, más todos los otros, por si alguna vez se le caía en la cabeza a alguien algo que hubiera dibujado yo. Con todas las responsabilidades, sin ningún derecho y en la indigencia más absoluta. O bueno, tampoco tanto. Algún mes bueno creo que llegué a levantar, después de descontar todos los gastos (a lo anterior súmese material, gasolina, comidas, etcétera), 1.200 euros limpios. Muchísimo menos, en todo caso, que aquellos que me exprimían. Y lo peor no era que ganara mucho menos que lo que sacaban mis colegas viejos, que a fin de cuentas habían tenido que pasar de un modo u otro mi vía crucis, incluidos los seis años de escuela. Ni siquiera que fuera menos que los constructores, entre los que raro era el que podía resolver una ecuación de primer grado. Lo peor era ver que ganaba la mitad que un peón, la tercera parte que un albañil, la cuarta parte que un encofrador bueno. No es que desprecie esos oficios, y entiendo la ley de la oferta y la demanda. Lo que no entiendo es para qué me dejé los sesos y la piel en mi carrera.

Ahora estoy en paro y vivo en un pisucho viejo y compartido. Cuando me levanto cada mañana, sólo tengo un consuelo: el tipo que lo diseñó era todavía peor arquitecto que yo.

Madura exconejita

Me dices que necesitas un héroe, una historia. Que quieres ser escritor, pero que nunca encuentras qué contar ni a través de quién hacerlo. No tienes imaginación, dices. La página en blanco te resulta un muro infranqueable, te lamentas. Por eso, y porque estás decidido a cambiarlo, porque sientes la necesidad de escribir, o eso crees, y hacer oír tu voz y llegar con ella a esos desconocidos, los lectores, me pides consejo, pistas.

Supuestamente, yo debo de saber de eso. Supuestamente, he descifrado el misterio, ya que he

escrito algún libro y lo ha leído alguien. Pero déjame que te diga: no hay ningún misterio. Es decir, ninguno de los que te imaginas. Yo no he descubierto nada que tú no puedas descubrir, que tú no hayas descubierto ya, aunque aún no lo sepas. Las historias no están escondidas en ningún cofre guardado en una habitación recóndita detrás de siete llaves. Las historias están a la vista, expuestas, a disposición de todo el mundo. No son ellas las que faltan a quienes quieren contarlas. Es a ellas a las que les falta quien las cuente. Quieres una demostración... No me será muy difícil.

Abre ese periódico que tienes encima de la mesa. Sí, ése. Es uno gratuito que acabo de recoger de manos de una joven repartidora que desafiaba el frío de este gélido agosto en Plaza de Mayo. No es nada sesudo. Muchas de las noticias parecen dudosamente recogidas y redactadas por periodistas. Sí, ya sé que este no es tu país, que sus conflictos te parecen extraños y ajenos. Que a veces ni siquiera entiendes muy bien la forma de hablar ni los nombres que les dan a las cosas. Pero no te dejes derrotar tan pronto. Ahí, aunque no lo creas, te esperan tu historia y tu héroe. Uno que puede llevarte al corazón de las tinieblas y a las montañas de la luz. Alguien que puede emocionar a tu lector y también desasosegarlo, angustiarlo, seducirlo. Alguien que custodia entre los pliegues de su historia el sentido y el sinsentido de todo. Me miras como si estuviera loca. No lo estoy.

Ábrelo al azar. Por donde salga. Así.

Sonríes. Tu mueca parece querer decir que he tenido mala suerte: han salido los anuncios por palabras. No lo comprendes. Y esa incompreensión tuya sólo tiene una causa: no quieres ver lo que es evidente, lo que más visible debería resultarte. He tenido mucha suerte, con la página que has escogido; tanta que voy a hacer un alarde. Cerraré los ojos y pondré al azar mi dedo índice sobre la página. Donde caiga. Atento. Ahí está. Léelo tú.

Es uno de los cortos, tan sólo tres palabras y un número de teléfono. *Madura exconejita*. Aquí está. Un pasado, un presente, un futuro. Ahora sólo tienes que imaginar a la conejita. Los veinte años, la codicia de los hombres, el halago de la vanidad, algún momento de condescendencia cuando pasara al lado de una de esas mujeres a las que los ojos masculinos ya no se quedan prendidos. Elige tú, si fue consciente o no de que a ella también le llegaría el día. Elige tú, si eso influyó en cómo vivió aquel tiempo, y de qué modo. Como todos, es el eco de lo que fue.

Su presente: ponle una edad. Piensa qué es madura para ti. Pregúntate qué es madura para mí. Y ahora respóndete: qué es madura para ella, o para sus clientes, que son los destinatarios de su sucinto resumen autobiográfico. Imagina dónde estará ahora, qué hará. Deduce si aún es atractiva. O si no lo es y entonces miente (pues espera cobrar cuando ya nada vale).

Porque un día ya nadie querrá pagar por ella. Y entonces, o antes si es lista, o después si no, dejará de anunciarse.

Piensa, en fin, en su vejez. Con cariño: es tu heroína.

Tacheles, 3 €

Alejandra regresaba a Berlín, 20 años después. Sumados a los veinte que contaba la primera vez, hacían 40. En su vida habían sucedido unas cuantas cosas, buenas y no tan buenas. En el mundo habían pasado algunas otras, malas y aún peores. En Berlín, según pudo ver apenas bajó del avión, eran muchísimas las novedades. De la ciudad efervescente y algo destartada que ella se encontró entonces, tan recientes el derribo del muro y la euforia de la reunificación, a esta urbe que a marchas forzadas se había convertido en la orgullosa capital de Europa. Era inútil que el puesto trataran de disputárselo otras. Risible que quisiera hacerlo la gris, la irrelevante Bruselas. Anacrónico que tratara de postularse la decadente, la usurera Londres. Grotesco que intentara oponérsele la petulante, la caduca París. Impertinente que apostara por desplazarla la polvorienta, la semiderruida Roma. De la arruinada Atenas o la desinflada Madrid, ni era necesario hablar, por más que hubieran sido alguna vez, ambas, el centro del mundo. Era agua demasiado pasada.

Pero Berlín. Todo lo que habían soñado y no habían conseguido aquellos orgullosos príncipes prusianos que edificaron la señorial Unter den Linden. Todo lo que de tan mala manera quiso lograr su ridículo y siniestro émulo del bigote estrecho. Todo eso lo habían logrado los tozudos alemanes sobrevivientes entre los escombros tras la Segunda Guerra Mundial. Los nietos de los soldados derrotados y prisioneros, de las mujeres violadas o prostituidas, por los rusos o los americanos. Desde las fábricas de BMW, Mercedes, Volkswagen o Siemens. Desde las oficinas del Bundesbank, que había redenido el Deutsche Mark como Euro para hacerlo universal. Ahora Europa descansaba sobre ellos, y Europa lo sabía y ellos también. Y Berlín, la reunificada capital, se había vestido en todos esos años como la ocasión requería. Aún estaba en ello. Las obras no paraban. No había más que ver la Postdamer Platz o la Alexanderplatz, irreconocibles, o la Ku'damm y el nuevo barrio de las embajadas; que era el de siempre y adonde volvían ahora (como la soberbia embajada española, uno de los pocos edificios de arquitectura nazi que habían sobrevivido a los bombardeos, gracias a su emplazamiento junto al inocuo Tiergarten). Según leyó Alejandra en un periódico, la región berlinesa crecía al 1,79 por ciento. Más del triple que el resto del país. Y no digamos en comparación con otros, con los perdedores de la crisis. Como su indigente España.

Pero cada cara tiene su cruz. Cuando Alejandra fue a visitar uno de los templos de su memoria berlinesa, donde en aquellos lejanos días de principios de los 90 ella había sido joven y había saboreado las mieles de una ciudad que era joven también, vino la decepción. Llegó de noche, para recuperarlo como lo recordaba. El Tacheles seguía ahí, más pintarrajeado todavía, más astroso, pero en apariencia tan lleno de vida, anarquía y creatividad como siempre. El viejo edificio okupa, antiguo centro comercial de entreguerras, que había sobrevivido a los bombardeos rusos y a la RDA, seguía en pie. Y seguían los artistas, y la escalera con olor a orín. Y el descampado trasero lleno de tenderetes y chiringuitos de copas. Alrededor habían florecido los restaurantes, y una legión de altísimas jóvenes con mínimas faldas y hasta sin ellas se ofrecían al turista. En medio de aquel mercadeo, el Tacheles parecía subsistir. Alejandra hizo amago de entrar

y a la puerta un gorila la detuvo sin la menor cortesía. Le señalaron un cartel, que no había visto: *Eintritt 3 €*.

Se le vinieron encima sus cuarenta años. Oh, Tacheles, tú también.

Amor subvencionado

Carmen no daba crédito. En medio de la crisis, con la que estaba cayendo, cuando el que tenía un puesto de trabajo se aferraba a él con uñas y dientes y había cientos de miles buscándolo hasta debajo de las piedras y desesperándose por no encontrarlo. En esa coyuntura, va su hijo Alejandro y le suelta:

—Carola y yo nos hemos despedido.

Tardó en procesar el significado de aquella frase. Cuando pudo hacerlo, pensó en primer término que Carola podía hacer lo que le viniera en gana, por lo que a ella respectaba. Y que no estaría mal que le viniera en gana desaparecer y dejar a su hijo en paz. Desde que tenía aquella novia, Alejandro se había entontecido de forma considerable, pero no imaginaba que la cosa pudiera llegar a tal extremo. Había aceptado a regañadientes todas las demás pamplinas: desde la forma de vestirse y cortarse el pelo hasta las pulseritas, la meditación, el incienso y todas las demás gilipolces pseudohindúes que aquella majadera le había metido en la cabeza. Pero despedirse... Qué demonios.

—¿Cómo que os habéis despedido?

—Sí, que hemos llegado a un acuerdo con el jefe. Nos vamos, hacemos como que nos ha despedido él y se ahorra la indemnización. Tenemos dos años de paro, nos apañamos. Los dos queremos vivir más a fondo nuestro amor, esta etapa tan bonita que estamos pasando ahora. Aprovechar nuestra juventud.

Carmen sacudió la cabeza. Aprovechar la juventud (con treinta años), vivir su amor... A su hijo le habían vaciado el cerebro y le habían metido en su lugar un tocho de incienso espolvoreado de curry. Todavía atónita, se le representó de pronto el cuadro: aquellos dos parásitos alelados, con todo el día por delante y sin nada más que hacer que esperar a que a fin de mes el Inem les diera la subvención para vivir su amor.

—Pero ¿qué vais a hacer?

—Muchas cosas. Yoga, talleres de artesanía. Carola va a apuntarse a clases de danza y yo a lo mejor también.

Carmen presumía de ser una mujer de su tiempo, y abierta a las novedades. No se tenía precisamente por una persona estrecha de miras o carente de imaginación. Pero representarse a su Alejandro meneando los hombros al estilo Bollywood la puso al borde de la apoplejía. Sin poder contenerse ya, le espetó:

—Pero tú, ¿es que has perdido la cabeza o qué?

Su Alejandro se levantó y mientras tomaba el camino de la puerta, apenas volviéndose a mirarla, le respondió:

—Imaginaba que no lo entenderías. Estás demasiado contaminada por las mentiras y los chantajes de esta sociedad.

Media hora después, mientras se bebía su segunda tila, Carmen se preguntó qué era lo que había hecho mal. Cómo, después de una vida entera dedicada al trabajo para sacar adelante a sus hijos, había podido producir semejante espécimen. Le quedaba el consuelo de que no era el único. Había oído de más gente, que al ponerse crudas las cosas, y bajar los salarios, habían optado sin más por quedarse en el paro y recoger la subvención estatal, en espera de que escampara. ¿Y si no escampaba?, se preguntaba ella. Y, sobre todo, ¿no pensaba ninguno de esos holgazanes en las diez o doce personas que seguían trabajando y financiando con su sudor el subsidio al que ellos alegremente se encomendaban? Carmen sólo tenía una forma de sacudirse la vergüenza: vestirse y acudir un día más a su trabajo de limpiadora, para aliviar a una de esas personas del peso de tener que sufragarle al imbécil de su hijo el embeleso de su amor.

Tres por dos

Ismáil, que no se encuentra en las montañas de Pakistán, sino en un suburbio cualquiera de Europa, no tiene encomendada la estrategia de la organización. Pero le gusta entretenerse, a falta de trabajo y de una misión concreta en la yihad, con consideraciones estratégicas. Y hoy, 26 de agosto de 2010, mientras pasea por las calles del barrio bajo un calor que le recuerda la tierra de sus padres, baraja en su mente dos acontecimientos recientes y sobre ellos se entrega a su pasatiempo favorito.

De entrada, lo que le seduce de su lucha es la desproporción desde la que se plantea. Contra lo que quieren creer los infieles, eso es un estímulo para él y para los suyos. Cuando el poderío del enemigo es tan aplastantemente superior, todo es incentivo para el combatiente. Los poderosos son descuidados y tienden a la melancolía. Los parias son concienzudos y proclives al entusiasmo. Ellos, los infieles, tratan de conservar lo que no pueden sino perder. Ismaíl y los suyos luchan por lo que no pueden sino ganar, con la ayuda de Dios y de las propias contradicciones de sus contrincantes. Ismaíl, como todo buen estratega, sabe que la ventaja psicológica es fundamental.

Véase si no el primero de los dos acontecimientos en que está pensando. Los dos turistas solidarios salvados del secuestro tras un ingente despliegue de esfuerzos por parte de un gobierno europeo, que no ha vacilado en movilizar a toda su inteligencia y su diplomacia y en pagar millones de euros a los secuestradores, hermanos de Ismaíl en la fe, y a los aventureros sin escrúpulos que siempre revolotean por ahí para sacar tajada. Los dos liberados, gente

bienintencionada que viene a encarnar la mala conciencia de Occidente por vivir a todo trapo sobre las costillas de los desgraciados, no le caen ni bien ni mal. Aprecia sus esfuerzos por llevar ayuda a los oprimidos, pero sabe que ahora que están en casa seguirán viviendo como cualquier europeo, parasitando al resto del mundo y beneficiándose de su expolio. El hecho cierto es que, en términos estratégicos, su preservación carecía de valor para los suyos. O incluso tiene valor negativo. Por el dinero y los esfuerzos perdidos en su rescate. Ismaíl sonríe al ver en la televisión los camiones de la ONG, que celebran la liberación haciendo ondear banderas que no son la del gobierno que la ha gestionado. Son débiles, hipócritas, están divididos.

Y, en cambio, el otro acontecimiento. Los dos militares y el perro traidor abatidos por un mártir en la tierra sagrada de Afganistán, donde en mala hora para sus propósitos pusieron los infieles sus sucias pezuñas. Los tres al servicio del mismo gobierno que pagó por los otros dos. Para éstos no ha habido opción al rescate, porque su supresión sí suma a la causa de Alá y resta a la de sus enemigos. Dos combatientes duros y concienciados, de los pocos que tienen los occidentales. Un renegado que les abre la llave para llegar a la mente y quién sabe si al corazón de otros renegados potenciales. La eliminación de los tres es una ganancia estratégica notoria. La gran paradoja es que los infieles, que tanto protegen a elementos inútiles para su lucha, mantengan tan expuestos a éstos, que son los que podrían defenderlos, y a los que es tan fácil golpear como demuestra la sencillez del atentado, cometido con el arma que las propias víctimas suministraron a su verdugo. Los verdaderos estrategas de la organización, los que la alientan desde las arenas del Sáhara y las montañas de Asia Central, no pueden sino recibir la ardiente aprobación de Ismaíl, estratega aficionado.

Tres por dos. Más el mártir. Más el júbilo de Ismaíl.

Proxeneta

Marina todavía tiene grabadas en la retina las imágenes de la noche anterior. La macrorredada se ha saldado con catorce detenciones y con la liberación de decenas de criaturas humanas que, obligadas a prostituirse, casi habían llegado a perder esa condición. Por muchas veces que Marina lo haya vivido, no puede terminar de acostumbrarse. Esa luz extinguida en las pupilas, esas cabezas gachas, esos hombros derrumbados, ese desistimiento de la vida en general. Lo que más la indigna es que los proxenetas se muestran altivos, incluso orgullosos, hasta donde resulta posible con las esposas puestas, mientras que la vergüenza la padecen y la exhiben las víctimas.

Marina sabe que el hábito de la humillación envilece a las personas. Sabe que a partir de cierto punto, el que sufre las vejaciones se convierte en aliado de quien lo veja, en vez de enfrentarse a él. Que a partir de cierto nivel en el descenso, la inercia de la caída es más fuerte y se pierde el deseo de remontar. Que incluso llega un momento en que la costumbre de hundirse se convierte en

una suerte de vicio placentero y adictivo. Lo ha comprobado muchas veces, tiene las pruebas. Ha visto más de una vez a chicas cuyo secuestro y maltrato le consta por multitud de indicios negar repetidamente que nadie estuviera ejerciendo la menor coacción o violencia sobre ellas. Las ha visto declarar una y otra vez que se dedican a esa actividad porque quieren, porque les da dinero y porque disfrutan con ella. Jurárselo una y otra vez, con los ojos secos y muertos.

Pero lo de esta vez la ha dejado especialmente afectada. Después de levantarse y prepararse un café ha encendido el ordenador, ha mirado el correo electrónico y se ha detenido a buscar la palabra en Google. Proxeneta. De pronto, ha reparado en que desconoce la etimología de la palabra que designa a los clientes principales con los que ha de bregar en su trabajo policial. Esos indeseables que lo convierten quizá en el más áspero y desagradable de todos los posibles, frente a la idea preconcebida que lo considera un ramo delictivo de bajo riesgo. Marina sabe bien lo desalmados y peligrosos que pueden ser sus contrincantes. Algún disgusto almacena en su memoria por culpa de uno de esos descuidos que propicia la inexperiencia.

Proxeneta. Para los griegos era el que iba delante de los extranjeros, abriéndoles camino. También el que se dedicaba a protegerlos y ampararlos cuando llegaban a la ciudad. O también el sinónimo de patrón y protector. Protectores de extranjeros. No deja de ser un sarcasmo, para esos individuos que se dedican a explotar como ganado a sus semejantes, amenazándolos a ellos y a sus familias si no se avienen a colaborar.

Pero sí, también esta vez las víctimas eran extranjeras, de Brasil. Como en otras ocasiones, aparte de las amenazas empleaban con ellas las drogas, para mermar su ya exigua voluntad, y los fármacos para aumentar su productividad sexual.

Pero esta vez no eran hormonas femeninas. Marina recordó de pronto la imagen de todas aquellas cajas de Viagra apiladas en el armarito del piso en el que malvivían, como piojos en costura, aquellos desgraciados. Los prostitutas. Los extranjeros a los que en tan mala hora les había salido un protector.

Quizá había sido eso lo que la había impresionado. Quizá, después de todo lo feminista que se consideraba, quedaban en ella restos del machismo atávico. Todavía no podía asimilar que esas miradas desposeídas, sumisas, fueran masculinas.

Encobijado

El protagonista de la historia es un cadáver más. Uno de tantos. Tan insignificante que la noticia de su identificación tan sólo asoma a los diarios locales. Para poder salir de esa categoría y convertirse en noticia nacional, en México, hay que estar acompañado al menos por otros diez o doce cuerpos. Si de llegar a un medio internacional se trata, hace falta reunir varias decenas. Por

menos de eso la masacre del narco ya no constituye noticia, y menos en Sinaloa, donde la tragedia es cotidiana.

Se trata de un *encobijado*, o lo que es lo mismo, un hombre al que después de acribillarlo a tiros lo han envuelto en mantas o cobijas y embalado en ellas con ayuda de cinta aislante como si fuera una alfombra o un fardo de mercancía. Desde fuera, el fardo a duras penas representa corresponder a un ser humano. Las razones para esta diligencia no son otras que favorecer el transporte y prevenir que deje huellas en el portaequipajes del auto o en la trasera del *pick-up* en el que lo hayan trasladado. Retirar la sangre es engorroso, y es difícil hacerlo de forma que no queden rastros de ADN, aunque la policía mexicana no da abasto para reconocer siquiera a los muertos que se le amontonan en los depósitos cada jornada, y mal puede hacer grandes alardes para cruzar sus perfiles genéticos. En caso de que quiera hacerlo, que no siempre ocurre, y menos cuando el muerto lo hace el clan que tiene a sueldo o amenazado al jefe policial.

El encobijado muere no se sabe muy bien dónde. Se le envuelve en gruesas mantas, que impiden que sus fluidos salgan al exterior y que absorben los que dé en segregarse. Luego se le echa al vehículo y se le lleva a un lugar alejado de donde se le torturó y se le quitó la vida y allí ya se le puede tirar tranquilamente. Es un lugar por lo común fuera del paso, en el que tardarán en encontrarlo. Para entonces, como ocurre con el protagonista de nuestra historia, se hallará en tan avanzado estado de descomposición que identificarlo será un desafío investigador en toda regla. Se hará preciso echar mano de la copiosa lista de desaparecidos denunciados, y rezar por que no se trate de uno de esos cuya falta no se denuncia. Tampoco hay demasiada urgencia por identificarlo, porque con ello bien poco se va a resolver. Tan sólo sumar un nombre más, una identidad más, a esa nómina interminable. Uno de tantos, que nadie recordará, cuyo epitafio nadie escribirá, cuya muerte pasará sin testigos ni duelo.

Al cabo de un mes, sin embargo, se le identifica. La noticia de su atribución de identidad, de nuevo, lo es sólo para el diario local. El *Noroeste de Sinaloa*, que tiene una versión en internet. Así es como la noticia, por una casualidad, llega a conocimiento de otra persona que vive a miles de kilómetros de allí, en España. Una persona que escribe y que resulta que se llama exactamente igual que el difunto y que, coincidencias del destino, tiene justamente su misma edad. No es el suyo un nombre común, y aunque la edad sí lo sea, no lo es para morir. Al menos, eso es lo que quiere creer la persona que escribe y aún vive, y que de pronto se tropieza con la desgracia de aquel asesinado homónimo.

Lee despacio la noticia. El muerto presentaba varios impactos de bala. En vida vendía especias y estaba en un centro de rehabilitación. Apareció en un camino, a un kilómetro de la carretera general, envuelto en una manta color café y cubierto «de lozas de asbesto». Siente la necesidad de escribir todos estos detalles, porque de pronto ese muerto ya no es uno más. Lorenzo Silva, español, cuarenta y cuatro años, compone así el obituario de Lorenzo Silva, mexicano, cuarenta y cuatro años. Aunque tampoco sirva para nada.

Factor sorpresa

Imagina que estás de centinela, con todo el equipo auestas, una calurosa mañana de agosto en Qala-i-Naw, Afganistán. Pregúntate, de entrada, por qué lo escribimos así de raro, en lugar de poner Calainou, que es como rezaría en castellano para que suene como debe. Primera señal: estás allí secundando las decisiones de otros, la guerra de otros, la toponimia ajena.

Ahí andas, tan tranquilo (es un decir), cuando de repente oyes unas ráfagas de fusil ametrallador. Incluso puedes decir la marca: AK-47, calibre 7,62. Has aprendido a distinguirlo de tu HK, calibre 5,56. Lo que te indica que son tiros de un mojamé, que es a quienes se les reservan esas armas, más anticuadas. De paso, recuerdas lo que te contaron en la instrucción sobre por qué la OTAN bajó el calibre de los fusiles: con munición más pequeña se causan más heridos y menos muertos. No hay razones humanitarias en la decisión. Un muerto es un combatiente enemigo neutralizado. Un herido, en cambio, implica tres combatientes enemigos fuera de servicio: el herido y los dos que lo tendrán que arrastrar. En fin, tiros de AK-47, o de Kaláshnikov, que es como se llamaba el tipo que lo inventó, o lo inventó a medias, porque según el sargento Peña, fanático de la historia militar, lo copió en parte del MP-44, un arma alemana. Los afganos, deduces, deben de estar haciendo instrucción de tiro.

Pero de pronto oyes un griterío, y lo siguiente que ves es un tipo que viene corriendo desde el interior de la base, a todo lo que le dan las piernas y con el AK en la mano. Ahí es donde algo empieza a no encajar, pero por culpa del factor sorpresa tan sólo aciertas a echarte atrás y ponerte a cubierto. El tipo pasa y mientras te rebasa te apunta y suelta tres tiros al desgaire, que no te dan. Cuando sale a la calle ve que eres lo único que pone en peligro su huida: se planta, apunta mejor y empieza a buscarte la carne con sus balas. Pero ahora tú ya estás preparado, a cubierto y con el arma prevenida. Fijas el blanco y aprietas el gatillo. Lo haces todas las veces que hace falta para que los proyectiles del 5,56 le arranquen la vida a un hombre. A los genios de la OTAN que deciden lo de los calibres quizá no se les ocurrió que a un talibán que está solo y desesperado y te tiene a tiro no basta con herirlo, ni tiene tampoco utilidad alguna.

Llegan dos guardias civiles a la carrera. No se diferencian de ti, salvo en las insignias. En Afganistán no conviene vestir de otro modo que con todo el equipo de combate. Te dicen que el tipo al que acabas de matar acaba de cargarse a dos de sus oficiales, y con la furia que los empuja, lo agarran de las piernas y lo arrastran como un fardo al interior de la base, donde lo sueltan en el primer lugar que les parece a propósito. En España lo dejarían quieto en el sitio donde cayó, para esperar al juez, dibujar la silueta con tiza y todas esas cosas que has visto en las películas, que para eso, a fin de cuentas, son policías. Pero en Afganistán la rutina va de otro modo. En el exterior de la base se empieza a montar un revuelo, los fulanos de los turbantes blancos empiezan a increparos, y ha de venir más gente para montar enseguida un perímetro de

seguridad en torno a la entrada. Mientras tanto, tú tienes que asimilar que acabas de matar a un semejante. Asesino, terrorista, mojamé: humano igual.

Luego se monta la de Dios. Y semanas después, las imágenes de las cámaras de seguridad que grabaron todo circulan por internet. Algunos critican el trato al talibán: que vengan a Calainou a dar clases de retórica, piensas. Y ése es el momento en que esta, lo quieras o no, ya es sin remedio tu guerra.

ATC, realidad real

Y en estas, llega así como quien no quiere la cosa la hora de la verdad. Qué delicioso es el tiempo del aplazamiento. Esos días de tregua y sin apuro que consisten en acariciar la decisión sin tomarla, en imaginar perezosa e impunemente alternativas y recrearse en las diversas líneas que podrían tomar, pero no toman, los acontecimientos. Representarse el edificio de marras aquí o allá, y las consecuencias positivas y negativas de cada escenario, sin tener que verificar las unas ni sufrir las otras. Gracias a los ordenadores, además, en los dossiers se pueden incluir representaciones infográficas de cómo quedaría puesto en este pueblo o puesto en tal otro. Mira que las hacen logradas, los técnicos. Qué bonito sería que pudiera resolverse todo en ese plano del infograma. Podría ponerse en todos los pueblos a la vez, pero sin molestar en ninguno. Una pena, de veras.

Porque la vida, aunque cada vez más, no funciona del todo en la realidad virtual. Detrás de ella hay una materia grosera, que sigue perteneciendo a la realidad real, y de la que depende la otra de forma vergonzante y dramática. En este caso, unos cuantos miles de kilitos de uranio y plutonio y otras sustancias contaminadas por su radiactividad. Uno de cada cinco kilovatios-hora consumidos en hacer las infografías, o en alumbrar la sala donde ha de tomarse la decisión, o en calentar los cafés que les han servido antes de entrar, han salido de esa puñetera mugre nuclear que ahora no quiere nadie. Y menos, quienes por la maldita coyuntura tienen que decidir adónde diablos se manda.

También es mala pata, en medio de la maldita crisis, que bastantes cornadas le ha pegado ya a la popularidad del gabinete que se sienta a decidir el asunto. Qué suerte tuvieron en cambio todos los anteriores, que pudieron marear la perdiz y dejar pasar el cáliz: durante dos décadas. Pero ya no va más. En las piscinas de algunas centrales el combustible atómico gastado ya no cabe por mucho que los ingenieros hayan exprimido al máximo su talento como jugadores de Tetris. Hay que hacer el maldito ATC (Almacén Temporal Centralizado, qué buenas y qué providenciales son las siglas para enmascarar los conceptos) y hay que hacerlo ya, antes que en los alrededores de las centrales empiecen a salir niños con cuatro ojos.

Hay informes técnicos, claro. Incluso una sugerencia, según expone el ministro del ramo. Es su

propuesta. De pronto, llega la temida, la impertinente, la fastidiosa realidad real. La agraciada es una comunidad autónoma con el presidente, de la oposición, en horas bajas por la afición de su administración a rozarse con conseguidores a costa de lo público. Bueno, o más bien porque les han pillado. Lo de poner el almacén de caca radiactiva en territorio de la oposición en principio no está mal. Pero de pronto alguien visualiza las consecuencias, y sugiere que el naufrago político al que tanto está costando echar a pique recibirá con el ATC la antorcha para su cruzada, el salvavidas para no irse al fondo cual Leonardo di Caprio al final de *Titanic*.

A lo mejor, sugiere una voz malévola, hasta recobra la color, esa que le oscila entre gris terroso y verde desde que se empezaron a destapar sus escándalos. La deliberación que sigue se salda con un nuevo aplazamiento; con la prórroga, acaso la última, de la cómoda, la bendita, la adorable realidad virtual.

Esa noche todos ven cómo lo cuenta el telediario, en sus pantallas de 50 pulgadas de las que 10 se iluminan gracias al uranio con el que en las piscinas de las centrales los ingenieros van a tener que seguir jugando al Tetris un poco más.

Barcelona, línea de fuego

Es lo malo que tiene haber cumplido ya demasiados años, piensa Andreu. La imagen, con los contenedores ardiendo en Pau Claris y Via Laietana, lo retrotrae a otras algaradas, las que presencié cuando apenas empezaba a fijar los recuerdos, tanto tiempo atrás. Por esas mismas calles: las carreras, e incluso los tiros. Porque entonces, la revolución iba de veras. Entonces todavía no había caído en manos de quienes no tienen nada mejor que hacer para distraer el aburrimiento y su falta de misión en la vida. Y entonces podían pegarte un tiro, de los de verdad, de los que iban al centro de la caja y te metían en otra.

Ahora, todo resulta tan gratuito, tan vergonzosamente fácil. Los encapuchados (Andreu recuerda a aquellos otros, a cara descubierta y a cuerpo limpio) desafían a unos policías que tienen miedo de usar la fuerza. Tendrían que habérselas visto, estos niñatos, con aquellos guardias, civiles y de Asalto, que tiraban de máuser y no tenían la mala costumbre de fallar los disparos una vez que los obligabas a apretar el gatillo.

Ahora salen en la tele apedreando a la fuerza pública mientras se ríen, pegándoles empujones, replicándoles con una altanería que la cámara televisiva estimula, ante la certeza de que el poli de turno no querrá dejar grabada en vídeo la respuesta contundente que puede llevarle al expediente sancionador. Es un juego de ventajistas y perdedores, de contendientes que responden a exigencia tan desigual. El provocador con derecho a todo, el uniformado con derecho a que le fundan los plomos.

Pero el remate se lo da, por la noche, la intervención de las autoridades. El balance es

bochornoso: sesenta heridos, la mitad policías. Dos decenas de detenidos, a los que poco les pasará. Un coche policial calcinado después de que los revoltosos le arrojaran un cóctel molotov, con los dos agentes dentro. Las quejas de los que mandan sobre los policías, lloriqueando no se sabe qué sobre los jueces que tardan en dictar una orden, da la medida de su autoridad. Con esa gente, el disparate sólo puede ir a peor. No es que Andreu tenga especial predilección por los jueces, pero le gustaría oír alguna advertencia enérgica contra esos que en cuanto hay un poco de bulto aprovechan para convertir la ciudad en campo de batalla. Algún mensaje de respaldo a los que tienen que comerse el marrón. Algún reproche a quienes deciden alterar la vida ciudadana dando cancha a los vándalos. Nada, las mismas vaguedades vacías de siempre.

Así, no es de extrañar que Barcelona se haya convertido en el campo de batalla ideal para los autodenominados antisistema. Allí donde el enemigo es blandito y sus jefes zozobran. Ya lo decía hace más de dos mil años aquel chino, Sun-Tzu: para atacar, siempre el flanco más débil. Andreu recuerda de pronto aquellas imágenes que grabó su retina infantil en julio del 36. Cuando Barcelona era la línea de fuego de una guerra bien distinta, una de verdad. Recuerda aquellos guardias civiles subiendo por la Vía Laietana, o aquellos de Asalto fajándose en el paseo de Gracia. Entonces los revolucionarios, los de verdad, combatían codo a codo con los de los uniformes. Y así ganaron una batalla, aunque al final, qué se le va a hacer, perdieran la guerra.

Será que ha rellenado el vaso de vino después de terminarse el que cada noche se autoriza. Pero al acordarse, a Andreu le entran ganas de que aquella gente pudiera volver ahora, para bajarles los humos a estos imberbes con afición a romper el mobiliario urbano. No iban a durarles ni quince minutos.

Sí, ése es el matiz. Entonces, la vida todavía era de verdad.

Los ojos tristes de Lady Gaga

Max procuraba ser un observador desinteresado de la vida. Con el tiempo había comprobado que era una actitud solitaria y propicia a la incomprensión ajena. El *homo sapiens sapiens* lo que ante todo sabe y sabe es lo que le conviene y buscarse atajos para lograrlo, lo que en muchos ejemplares de la especie perjudica gravemente otro tipo de análisis de la realidad.

Pero Max no. Él procuraba apreciar las cosas al margen de su valor de cambio, en sí mismas. Estaba por ello dispuesto a oponerse a la apreciación mayoritaria, e incluso a sostener visiones que no le eran beneficiosas o cómodas. Del mismo modo, no tenía empacho en suscribir aquello que andaba en boga por el hecho de que gozara de general respaldo, como suelen hacer los esnobes. También es verdad que Max era una persona por completo carente de influencia, por lo que quizá gozaba de una libertad superior a la que pueden tener los llamados creadores de opinión, con un estatus y un público que mantener.

Por eso, entre otras cosas, había asistido con una indiferencia rayana en el estupor al ascenso fulgurante de aquella persona, desconocida universalmente año y medio atrás y ahora en la cúspide de la visibilidad planetaria. Max era inmune a las destrezas videográficas, sus gustos musicales orbitaban más en torno a Bruckner y en punto a la apreciación de encantos corporales años de consumo compulsivo de porno lo habían vuelto escéptico a cualquier anatomía femenina, con la excepción de esa hembra que había notoriamente pactado con el diablo, la italiana conocida como Mónica Bellucci. Que si se miraba bien, venía a ser todo lo contrario que la nueva megadiva.

Pero en el curso de unos pocos días, todo cambió súbitamente. Tuvo una revelación. Ocurrió cuando ella, la omnipresente, tuvo su primer fracaso: esa campaña, promovida con entusiasmo y torpe candor en su Twitter y rematada por una intervención pública, trajeada al viril modo, para derogar la ley que impedía a los homosexuales proclamar su condición en el ejército estadounidense. Se habían reído de ella por su desmaño oratorio, por su indumentaria inapropiada, por lo grotesco de promover la máxima afluencia posible a una maquinaria destinada a matar al prójimo (y frecuentemente aplicada a su fin).

Pero Max, al verla ahí, sola, vencida por los hombres y mujeres severos que la desaprobaban, y a los que había ido a buscar en su terreno, sintió que se hallaba ante una especie de nueva Juana de Arco: una precursora, una heroína capaz de elevarse sobre sus propios errores y alimentar con ellos su leyenda y su gloria. No sólo valía mucho más que todos ellos juntos, sino que había entendido lo que todos ellos aún no entendían.

Max empezó a oír su música, a descifrar sus letras, a buscarle los ojos, tan tristes, en medio del estrépito sonoro y visual de sus videoclips. Acopió sus fotos con vestidos imposibles, navegó por su Twitter y por los de sus fans. Leyó sus declaraciones: «No suelo follar porque siento que me extraen la energía por la vagina». Allí había algo, algo que no tenían ni tendrían esas a las que decían que imitaba: ni la reseca Madonna, ni mucho menos esa ternerilla desorientada de Britney Spears.

Faltaba sólo ver a Bruce Willis, el galán incombustible que podría ser su padre, imitándola con un bistec aposentado en la calva a guisa de peluca orgánica. El viejo Hollywood, la testosterona eterna, le rendía pleitesía a la frágil diosa 2.0. Max lo vivió como una epifanía, como la confirmación de su intuición.

Todas las pantallas lo ratificaban: vivía en el Mundo Gaga.

Apoteosis de la otra

En el fondo, la culpa era suya. Quién demonios le mandaba presentarse en la bocamina cuando se supo que su marido se había quedado enterrado con una treintena de compañeros. Quién le inspiró

la estúpida idea de comunicarse con él por el tubo de marras, en lugar de desentenderse del asunto como cosa que ya ni le iba ni le venía, porque nada tenía allá abajo, a 600 metros bajo la superficie. Así es el amor, mudable y traicionero. Y más el de algunos. Un día te lo expropián para dárselo a cualquiera y más vale que lo asimiles si no quieres quedarte con cara de tonta. Pero ella, ante la embestida del drama, perdió la noción de los acontecimientos y dejó que la guiara el corazón.

El corazón, qué malas pistas da a veces. Porque lo terrible no fue darse allí de bruces con la otra. Ni siquiera que se tratara de una tipa armada del suficiente descaro como para reclamar la prioridad de su derecho de conquista, mientras el mamarracho sepultado, desde abajo, callaba y otorgaba. Aquello había sido sólo el comienzo del desaire, el aperitivo del menú completo de degustación de la humillación que el destino le tenía reservado. Mejor o peor, porque una no es idiota, sabía lo que podía haber y lo encajó como pudo, más bien mal, pero sin perder la dignidad ni los nervios, que una se tiene todavía un respeto.

Quizá era lo que esperaba aquella fulana o con lo que desde abajo contaba secretamente el donjuán subterráneo, comiéndose las uñas y deseando que se hiciera largo el trabajo de la perforadora, para que todo se decantara entre medias. Lo conocía. Era uno de esos hombres con la flexibilidad suficiente como para mantener varias caras, pero sin el coraje de alzar ninguna de ellas y mirar de frente a las consecuencias de sus actos.

Así que no, se mantuvo firme, no perdió la compostura, se quedó esperando, obligándolo a decidir, y a ella a no bajar la guardia. Pero lo que no podía imaginar era cómo se iba a salir de madre el momento del rescate. Se veía venir la víspera y, así y todo, sólo se intuyó una parte de lo que iba a ocurrir. Mil millones de personas viendo el espectáculo. Mucho más que la final del mundial de fútbol o que la toma de posesión de Obama. Aquellos muertos de hambre, enterrados por la avaricia del empresario minero, se convertían de pronto en el centro de la mirada planetaria. Incluido aquel canalla cobarde que tenía por marido. Y aquella sinvergüenza que se lo había levantado, puesta en primera fila, esperando el momento de su triunfo.

Se lo dijo a la primera dama. Se retiraba. Era demasiado rebajarse acceder a forcejear con una cualquiera por un fante como el que iba a escupir el agujero. Así que lo vio por la televisión. Cómo ella lo aguardaba, lo recibía, lo envolvía en sus brazos: el repugnante, vil y asqueroso triunfo del amor.

Verdaderamente, no se podía tener peor suerte. Acababa de pulverizar el récord Guinness de exposición de cuernos, con una marca de dos mil millones de ojos presenciándolos. Costaría mucho que se lo arrebataran, ni así pasaran mil años. Y todo por fijarse en ese desgraciado. Y todo por esa mina zarrapastrosa y mal entibada. Y todo por las puñeteras televisiones. Y por la mierda del Túiter y del Feisbuk, o como se escribiera.

Fue elegante. Declaró que no le deseaba ningún mal. Ni que muriera ni nada de eso. Y además de elegante, al decirlo era sincera. En realidad se conformaba con mucho menos, que es fea cosa

pedir o causar la muerte de alguien. Con dispararle a algún órgano no vital se contentaba. En un pie, por ejemplo.

Eso sí: con un bazuca.

Russell's Secret

Phil abrió con recelo aquel archivo adjunto. Si el nombre no hacía presagiar nada bueno, menos aún el remitente. El mensaje se lo enviaba su cuestionable amigo Frank, con quien mantenía una tan larga como accidentada relación. En cuanto al nombre del archivo, tenía ese aire de catástrofe que después de veinte años en la oficina de comunicación de la Real Fuerza Aérea Canadiense, Phil había aprendido a olfatear: *ElnuevoiconodelaRCAF.jpg*. Además, Phil atesoraba en su memoria incontables ejemplos de la ironía corrosiva de Frank, redactor del diario que más dolores de cabeza le había dado desde que ocupaba aquel puesto.

Ni una sola vez, pudiendo, se había abstenido aquel plumífero de clavarles el agujón. Ya se tratara del ruido de los cazas al despegar de las bases o de los millones de dólares del contribuyente que se iban por el sumidero cuando alguno de ellos se estampaba contra el suelo, Frank siempre encontraba la manera de presentar el asunto del modo más mordaz y desairado para la Fuerza Aérea. De algún modo se las arreglaba para tener la noticia desagradable antes que nadie y aplicarse a su labor de devastación del prestigio de la institución. En este empeño influían sobre Frank a partes iguales, según la conjetura de Phil, esa mala idea connatural a la prensa y un pacifismo que el periodista arrastraba de una juventud hippy atufada de marihuana.

Antes de pinchar sobre el fichero, releyó el mensaje de Frank, donde había un motivo adicional para la inquietud: «Esta vez, creo que tengo el deber moral de permitir que lo veas tú antes de que lo vean millones. ¿Me estoy haciendo viejo? Frank».

Pinchó, al fin. Eran dos fotografías. En las dos aparecía un hombre, con gesto adusto, casi malencarado, inequívocamente militar. Ese gesto que en la milicia acompaña las palabras «queda usted arrestado, preséntese ante el oficial de servicio». Phil conocía aquella cara. Estaba en no pocas fotos que él mismo había suministrado a la prensa dócil, y en las que en el resto de la imagen, convenientemente enfocada y retocada por los fotógrafos militares, se veían otros rostros como el del primer ministro o el de la reina, frente a los que la actitud de aquel hombre venía representada por una tiesa y dentífrica sonrisa servil.

Pero la antipatía del gesto era lo de menos. La cuestión era, y había que ver cómo golpeaba en el contraste, la impropiedad de la indumentaria. En una de las fotos, aquel hombre, el coronel Russell Williams, multicondecorado y con una brillante carrera ante sí, miraba al objetivo con un sostén negro y una braguita de raso granate. En la otra, con un *body* verde. No parecía, por el

perturbador realce que daba a las prendas su piel blanquecina y cubierta de vello pelirrojo, que el reputado oficial tuviera un futuro rutilante como modelo de Victoria's Secret.

En realidad, razonó Phil, si esas fotos estaban en manos de Frank el pobre Russell Williams no tenía ningún futuro en absoluto, y por lo que a él mismo concernía lo que se le avecinaba era una hecatombe que echaría por tierra todas las campañas de imagen que había elaborado a lo largo de dos décadas. «Posibilidades sin límites.» «Somos gente abierta.» «Espacio para tu audacia.» Todos los acartonados eslóganes propagandísticos se volvían lacerantes sobre la imagen del coronel en lencería.

Phil, haciendo gala de esa ingenuidad proverbial ante el desastre, pensó que difícilmente podía sucederle a la Fuerza Aérea nada más desdichado que aquello. Le faltaba saber que parte de aquellas prendas pertenecía a la cabo Comeau, violada, torturada y asesinada por su jefe Williams. La realidad siempre encuentra el atajo más brutal para desbaratar la propaganda.

Midiendo las fuerzas

Son dos fieros terroristas, autores de una temeraria voladura que acabó con la vida de dos personas que muy bien habrían podido ser veinte. También liquidaron una tregua y abrieron el camino a que murieran varias personas más. Ni antes ni después de su detención mostraron arrepentimiento. A los agentes que los detuvieron les opusieron resistencia. Hay imágenes de televisión que muestran su reacción airada y desafiante, para consumo de los simpatizantes de la causa a la que sirven.

En la detención resultaron lesionados. Golpes en el rostro y en las costillas compatibles con puñetazos y patadas. Ahora se juzga a sus captores midiendo si esos puñetazos y patadas que pudieron recibir los dos asesinos convictos estuvieron dentro del rango legalmente tolerable para estos casos. A uno le rompieron una costilla. Parece ser que ello denota una intensidad excesiva para lo que resulta admisible en punto a la neutralización de un detenido que se revuelve contra la autoridad. Siendo la fuerza una magnitud física mensurable, seguramente cabe estipular cuál es la necesaria para fracturar una costilla de consistencia media, y fijar en esa magnitud (x kilopondios) la fuerza máxima que un agente puede desarrollar a la hora de defenderse de un delincuente agresivo. Incluso podría elaborarse una tabla con la cifra correspondiente por edad y sexo. A partir de ahí, tan sólo resta obligar a los agentes a memorizar la tabla, enseñarlos a calcular el impulso antes de soltar el pie o el puño y proceder como convenga en función del sujeto a reducir. Simple.

Este otro hombre era un maltratador. Según el testimonio de su propia familia, durante largos años vejó de palabra y obra a su esposa. Al parecer los maltratos físicos cesaron en un cierto momento, a medida que ambos cónyuges fueron acercándose a la tercera edad. También se

espaciaron las palabras ofensivas y/o amenazantes. Pero un buen día, a raíz de una discrepancia doméstica banal, el hombre se descolgó con tres o cuatro improperios y una vaga amenaza. Que comprendía a los ancianos que mataban a sus mujeres, dijo. Con tal motivo, y no está claro si en medio de la refriega dialéctica, la mujer empuñó un cuchillo que acabó clavado en el cuerpo del marido y expidiéndolo fuera del mundo de los vivos. Calculó mal, argumentó ella.

El jurado que examina el caso no se pone de acuerdo, lo que determina la absolución de la acuchilladora, a la que la justicia termina reputando no sólo involuntaria sino además inimputable, porque no está probado que quisiera acabar con la vida de su marido y alega, sin que se haya desvirtuado, que sólo tomó el cuchillo y se le fue. Un despiste lo tiene cualquiera.

En ambos casos, simplificando mucho, las víctimas eran mala gente, o gente dañina al menos. Si hay que comparar, y si quitar la vida es el daño mayor posible, más en el primero que en el segundo. En ambos casos, y de nuevo simplificando, los agresores eran de los buenos: unos defendían la ley y a los ciudadanos, la otra a sí misma. Y si hay que evaluar sus destrozos, también resulta evidente quién causó más: aun lacerados y ofendidos, los terroristas pueden al menos contarlos.

Todo parece indicar, sin embargo, que unos pagarán un precio por su imprecisión y a la otra el desliz le saldrá gratis. Son las distintas maneras de medir las fuerzas de una justicia que sólo en los cuadros y en las estatuas lleva vendados los ojos. En la realidad, mira de reojo a todas partes, y por eso para ella puede valer menos una muerte gratuita que una herida causada en el fragor de una pelea. Todo resulta perfectamente congruente.

Bunga-bunga

Yasmín había acabado metida en aquel lío por el viejo camino. En un principio la puerta que hay que abrir es ligera y cede sin mucho esfuerzo, y la mente que ha de decidir abrirla o no dista de encontrarse en su momento de mayor resistencia. A esa primera puerta siguen otras, tampoco demasiado difíciles de abrir, sobre todo porque la claridad de la mente de quien va accionando los picaportes no aumenta a medida que se recorre el itinerario. Para cuando llega la primera puerta que de veras cuesta atravesar, la voluntad de la persona ya está tan deshilachada que tiende a obedecer a la voz que desde fuera le propone continuar, antes que a la débil vocecilla que desde algún recóndito rincón de su interior trata de disuadirla. Así llega el momento decisivo, ese en el que desandar el camino sí que exige un esfuerzo ingente. Las puertas que tan fácilmente se abrieron en un sentido pesan toneladas en el sentido inverso. Algunas, simplemente, ya no se pueden descruzar.

La primera vez que se vio en un bunga-bunga, como denominaba el ilustre anfitrión a aquellas fiestas que no festejaban nada, salvo la disponibilidad de carne fresca para los comensales añosos

que la degustaban, le pareció un espectáculo de desasosegante irrealidad. Por el número de chicas por varón, por la tipología de las muchachas (ella, que siempre se había creído arrolladoramente atractiva frente a sus compañeras de cualquier lugar, desde el barrio al instituto, se veía al lado de aquellas tías como una pieza del montón, tirando hacia abajo) y, sobre todo, por el perfil de aquellos hombres que se deleitaban, sin freno, en medio del succulento harén puesto a su disposición.

Según le había contado Nikki, la compañera de origen húngaro que seguramente no se llamaba en realidad así (como tampoco era Yasmín su verdadero nombre), algunos de aquellos tipos llegaban a creer que no costaba nada cepillarse en la piscina a tres chavalas que podrían ser sus nietas. Que ellas iban allí por el morbo del lujo y de rozarse (bueno, más que rozarse) con aquellos machos alfa, ricos y poderosos, y hasta con la secreta esperanza de enamorar a uno de ellos y hacerse un hueco legítimo y confortable en sus vidas. En el colmo del desvarío, le aseguró Nikki, alguno de los abueletes, en quienes se apreciaba el efecto de los rayos UVA y, como todo estaba a la vista, depilaciones estéticas, llegaba a creer que aquellas crías que en su mayoría no llegaban a los veinte años sentían una atracción irresistible por los galanes seniles, por su sabiduría que las compensaba de las torpes urgencias de los sementales menos experimentados.

El que más lo creía, aunque no podía ignorar el flujo de euros que mantenía bien surtida la piscina de cuerpos femeninos jóvenes y apetecibles, era el gran jefe y máximo gozador del asunto. Y no es que eso se lo dijera Nikki: pudo oírlo ella misma, cómo lo declaraba a la prensa, cuando se destapó el invento.

Por eso, cuando la llamó la justicia, cantó de plano y de corrido. Todo. Las menores, la marihuana, el hachís. Las coacciones que le constaba había sufrido alguna de sus compañeras con menos estómago, al enfrentarse al trabajo. Luego leyó en los periódicos que uno de los viejorros las ponía a parir, a ella y a las demás prostitutas deladoras. Que no tenían vergüenza, que habían traicionado el pacto de confidencialidad y respeto entre puta y cliente, que no podían cobrar, tan bien como se les había pagado y luego ir piándolo todo por ahí como descosidas.

Yasmín sonrió. Sólo sentía que, visto lo visto y oído lo oído, una puta de dieciocho años como ella no le debía respeto a nadie.

Una parábola saharauí

Roberto se desayuna una mañana más con las noticias que vienen del Sáhara. En El Aaiún las fuerzas de seguridad marroquíes han repartido estopa para hacer frente a la Intifada lanzada por los saharauis. Roberto desearía ser uno de los que pueden inclinarse sin problemas del lado correcto y llenarse la boca de rotundos adjetivos. No le importaría poder salir a decir que le parece (como de hecho le parece) una vergüenza que se cargue contra mujeres y niños (incluso si

se cree que se los utiliza como escudos) y que los marroquíes pierden toda la credibilidad democrática cuando impiden a la prensa levantar testimonio de lo que están haciendo. También sería mucho más cómodo si Roberto fuera norteamericano o francés. En ese caso, y si tuviera allí el mismo oficio que desempeña en Madrid, le bastaría con mirar a otro lado y recordar que hay intereses nacionales superiores que exigen apoyar a Mohamed VI, aunque la cague, y olvidarse de los saharauis, irrelevantes peones de la Historia.

Pero Roberto no trabaja en el Quai d'Orsay gabacho ni en el Departamento de Estado yanqui. Nació en Murcia y trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en un negociado que debe surtir de argumentos a la ministra para tomar posición en medio del fregado. Roberto cree que España debe pronunciarse, condenar lo que está pasando y exigir que cese, pero de modo que no empeore aún más las cosas y sin desatender sus numerosos intereses en conflicto. Y por más que lo intenta, el joven diplomático no encuentra la solución a su endiablado sudoku.

Las mismas noticias lee Esmeralda en el bar de oficiales de su unidad, en Melilla. Cada vez que se calienta el Sáhara, la temperatura se transmite a la raya de la ciudad española enclavada en el Rif. Esmeralda, veintiséis años, es militar vocacional, y asume los riesgos de su oficio. Siempre que hay una de estas, se pregunta qué pasará si un mal día la calentura sube de más y acaba teniendo que apostarse con su blindado en la raya de Beni-Enzar. Los viejos del lugar le cuentan que no es algo descabellado: que cuando la crisis del Perejil hubo que ir a reforzar las Chafarinas y relevar a los soldados musulmanes, que se negaban a combatir contra sus primos del otro lado de la frontera. En fin, preocuparse de antemano no sirve de nada, se dice Esmeralda. Si llega, habrá que ajustarse las trinchas, clavarse el chaleco antifragmentos y tomar posición, y que sea lo que Dios quiera.

Gustavo se toma su café, una mañana más, en su despacho acristalado en Madrid. Ha leído la prensa y ha dejado un par de comentarios en unos blogs de apoyo al Polisario que sigue y agita con regularidad. Hay que manifestarse contra la embajada, aplicar sanciones a Marruecos, amenazar al moro con que si no deja de cometer atropellos y no entrega el Sáhara, ya, le vamos a bloquear los puertos y si hace falta a darle leña, como cuando lo del islote. Después de escribir todo esto, Gustavo se siente mejor. Él no es un tibio, ni se desentiende de los oprimidos. A él se la pelan los franceses, la CIA, los contubernios con Mohamed. Él es puro, y le canta las cuarenta al lucero del alba. Por internet, o en una manifestación en Madrid ante la policía española.

De él no saldrá ninguna solución que acabe aliviando la suerte de los desterrados a Tinduf, o la de los oprimidos y ahora perseguidos en El Aaiún. Tampoco, por edad, se pondrá un uniforme si se cumplen sus deseos belicosos y llega la leña. Sólo sirve para dar voces. Los actores del drama, mal que le pese a su afán de notoriedad, serán Roberto o Esmeralda. Toda historia, también las amargas, precisa de un héroe a la altura.

Oración por los caídos

José lleva ya muchos meses dándole vueltas a la idea. Al principio surgió explosiva, arrolladora, inmensa: tan aparatosa, que la pudo desechar sin más. Se dijo que era una reacción excesiva, un efecto incontrolado de la desesperación, de la rabia ante aquella fatalidad que de pronto se cebaba con él. Nunca, antes de aquel día en que supo que su empresa se veía obligada a despedirle, se le había pasado por la cabeza nada ni remotamente parecido. Ni siquiera en la adolescencia, cuando dicen que no es extraño que le asalten a uno ese tipo de veleidades.

En los meses inmediatamente posteriores al hecho, logró mantener a raya la tentación. Se apuntó a los cursos del Inem, donde volvía a experimentar una suerte de vida normal, aunque se tratara de un simulacro. Porque en el fondo todos los que estaban allí sabían que el reloj corría implacable en su contra, que aquello, aunque hubiera compañeros, aunque hicieran chistes, salieran a tomar el café y comentaran el lunes la jornada de fútbol, no era un trabajo, con ello no prestaban utilidad a nadie: en lo que durase no dejarían de ser los descalabrados que eran, simplemente se convertirían en los beneficiarios temporales de un analgésico.

Cuando empezó la cuenta atrás hacia el momento de la verdad, o lo que es lo mismo, hacia el paso al subsidio que no le permitiría, ni aun tirando de los ahorros, hacer frente a la letra del coche ni a la hipoteca, José empezó a recibir la visita de la idea pero de otro modo, mucho más insidioso y corrosivo. No le venía, como al principio, en la forma de un desahogo espectacular con el que le echaría en cara al mundo su crueldad y la injusticia que con él había cometido. Más bien empezaba a verlo como una solución, una manera de zanjar esa nube negra que se le había apoderado del pecho y del alma, y que los burdos paliativos que le ofertaban (tuvo que contenerse para no vomitar cuando oyó a aquel tipo al que le estaba grande el traje decir que los parados que hacían cursos estaban trabajando) no hacían sino aumentar y volver cada vez más densa y opresiva.

Lo estuvo reteniendo pensar en Clara y Jorge. Qué iban a pensar de él, como padre. Dejarse llevar por la idea era fallarles, dejar de afrontar su responsabilidad. Pero, poco a poco, eso dejó de servirle para ahuyentarla. En realidad ya les había fallado, y no sabía qué era peor, si obligarles a recordarlo como un vencido que no los había torturado más de la cuenta con el espectáculo de su derrota, o si forzarlos a convivir durante años con su hundimiento y su agonía. Despejando el terreno, les abría, quizá, posibilidades mejores que tener que señalar a lo que quedaba de él cuando les preguntaran qué o quién era su padre.

Esta mañana, José va a colgarse de una farola del barrio. O a arrojarse desde el octavo del que aún no le han desahuciado. Será algo espectacular, como le vino al principio, para escupirles su muerte a la cara a todos los que le han llevado al precipicio y siguen oponiendo al fuego del dragón la nada de su verborrea.

Mañana, entre otros, leerá la noticia en los periódicos su antiguo jefe, Manuel, que agotó su crédito, despidió ya a toda la plantilla y también dispone, a la sazón, de exceso de tiempo libre. En cierto modo, él está peor. Ya no tiene coches, su casa ya está en ejecución (la puso como garantía de los últimos préstamos a la desesperada) y él, como autónomo, no percibe prestación

de desempleo de ningún tipo. La noticia le arrancará una lágrima y una punzada de culpabilidad, aunque él resistió cuanto pudo, como pudo. Pero decidirá vivir. Algún día, se jura, vengará a José. Le dará un empleo a Clara o a Jorge. O a ambos.

El culo de Irina

Arde el paralelo 38. Los generales de Pyongyang, esos que se dejan retratar junto al líder inmarchesible con gorra de cuatro pisos y la pechera cubierta de condecoraciones hasta la altura de la ingle, han ordenado bombardear la isla que de avanzadilla tienen sobre esa línea los vecinos del Sur. Persistencia del surrealismo más anacrónico, en forma de guerra civil (o sea, entre iguales), del comunismo contra el capitalismo (o sea, entre el pasado y el pasado remoto) y de quien tiene armas nucleares propias contra quien las tiene subcontractadas (o sea, entre dementes a título personal y quienes recurrirían a demente interpuesto).

El Tigre Celta se transmuta en siamés gordote que ya ni cazar ratones viejos puede. Todo era un *bluff*. Bueno, todo, todo, no. Allí tiene la sede Google Europe, como algunos otros listillos globales. Para eso pagan sólo el 12,5 por ciento de Impuesto sobre Sociedades, una cifra que se triplicaría si la hubieran puesto en Albacete, un suponer. Pero al calor de su fama de emprendedores astutos, a los irlandeses les entró esa fiebre que arrebató las mentes más templadas. En comparación, el milagro bíblico de la multiplicación de los panes y los peces y la fiebre del oro norteamericana son tenues fenómenos de ensoñación colectiva.

Sí, también ellos, los herederos de Joyce, ese país tan amante de la cultura que no les cobra impuestos a los escritores, sucumbieron a la gran autoengañifa, a esa memez insigne de olvidarse de que las casas valen mucho si hay quien las compre y en último extremo quien las habite, de propio o de alquiler.

Le parece al lector de periódicos que esas dos noticias vienen a ser las principales del día, sobre todo por lo que pueden acabar afectando al país en el que las lee, otro donde se creyeron no algunos, sino todos, que multiplicar adosados como setas, incluso en zonas deshabitadas, empujaría el PIB y el enriquecimiento individual por los siglos de los siglos. Donde los chavales, a los dieciséis, estaban deseando colgar los libros para empuñar la paleta. Una vez se lo oyó resumir a uno de ellos, con frase feliz, hay que reconocerlo, para nombrar una pulsión tan triste: «de la ESO, al yeso».

Ahora están casi todos parados, sin poder pagar las letras del BMW serie 3, que cualquier día de éstos vendrán a retirarles, y algunos empiezan a pensar en estudiar. Pero ya ha caído Irlanda y ahora sólo Portugal nos separa de estar en primera fila para la guadaña. Y lo malo es que la herramienta la empuña Soros, acreditado segador. La cuchilla se acerca, implacable.

También pesa aún en el lector el desastre del Sáhara, pero la noticia ya es demasiado antigua,

más de una semana, como para que al lado de tan apremiantes novedades conserve el estatus: en el fondo, para el grueso no deja de ser una cuestión retórica, mientras que lo de Corea e Irlanda compromete los garbanzos.

Sin embargo, cuando abre las ediciones digitales, el lector de periódicos comprueba que su sensibilidad anda completamente descaminada. En todas ellas, la noticia más leída es que a la novia de Ronaldo, Irina, algún apellido ruso impronunciabile, le han borrado con PhotoShop el ínfimo tanga color carne con que se hizo una sesión de fotos para la revista *GQ*, en cuya portada sale luciendo nalgas contra una rústica pared de Chinchón.

El lector pincha. Hay incluso un vídeo «así se hizo» donde Irina relata en inglés su experiencia de posar leve de indumento. Apenas posee un vocabulario de 80 palabras, que sobre todo son la muletilla *you know*, y lo que dice es acorde a esa angostura léxica. El lector se siente abochornado, desolado, inerte.

Esto va así. La noticia del día es, en fin, el culo de Irina.

La goma de César

Pudo ser una mañana como cualquier otra. O no. Quizá lo que tenía de especial aquella mañana (¿o fue una noche?) era precisamente la presencia de aquella goma de borrar. Una gran goma blanca, virgen aún, con ese olor a goma nueva (¿era de las de nata, de esas que huelen a dulce, o de las normales, de las que tienen ese retroaroma que se le queda a uno pegado al fondo de las fosas nasales y ahí flota, enviando al cerebro profundas sensaciones de bienestar y, a aquellos que ya han cumplido unos años, una ráfaga de nostalgia tan imposible de contener como el sobado latigazo de la magdalena de Proust?).

Lo importante es que en ese momento César, once años, sin padre que se responsabilizara, alejado de su madre desde hacía ya tiempo, y acogido por sus abuelos, debió de pensar que esa maravillosa goma (¿comprada por la abuela en los chinos, en el Carrefour de oferta, en la papelería del barrio?) era una posesión preciosa y estimable que desentonaba, para bien, en su vida despojada de todo lo que cualquier otro niño tenía (unos papás atentos, una casa propia, un futuro visible para los próximos años). Y presa de su aún infantil entusiasmo, quiso dejar constancia de su excepcional felicidad. O como diría un pesimista, del miedo que toda dicha encierra: el de llegar a ser despojados algún día, el de que alguien nos dispute el objeto dichoso.

Por lo uno o por lo otro, o por las dos razones, César llevó a cabo aquel acto en apariencia mínimo, y que el tiempo y una serie de circunstancias absurdas y trágicas iban a volver decisivo y hasta descomunal. Acaso con un clip, acaso con la punta de su tijerita escolar, César marcó con empeño sobre la goma nueva su nombre de pila y las iniciales de sus dos apellidos. A éstos los redujo a la primera letra por economía cinceladora, pero cualquier psicoanalista lo bastante

ocioso y perturbado (el gremio lo posibilita) habría visto, en la escritura plena de su nombre propio y la negación cuasitotal de la parte de su identidad heredada de sus progenitores, un desquite inconsciente por la desatención recibida por parte de ellos.

Una vez consumada la operación, guardó con cuidado la goma en su estuche, en el hueco principal, y la contempló con deleite. Tal vez volvió a olerla, antes o después, y a aspirar aquella fragancia dulce y somera, o más áspera y perdurable. En el estuche la llevó mientras el desgaste diario la iba redondeando, de forma uniforme y regular porque él ya ponía empeño en que fuera así. Y en el estuche estaba, y lo acompañó, cuando sus abuelos se cansaron de la desfachatez de su madre y lo enviaron con ella a la pequeña isla a la que ella había huido, escondiéndose de sus fantasmas y de sus responsabilidades. Su mamá lo presentó al hombre con el que vivía como su sobrino, y le pidió que la secundara en el embuste. César no entendió, pero hizo lo que le pedían. Ahora que al fin tenía madre, no era cosa de exigirle todo y poder llamar a alguien papá o padrastro.

Este hombre, con el que convivió una semana y al que no pudo llamar nunca nada, evoca ahora al niño. Y piensa en su goma de borrar, y en que él necesitaría una bien gorda para desalojar de su vida la huella de esa mujer a la que conoció por internet y a la que hace días se llevó esposada la policía, acusada de haber ahogado a su hijo (en la bañera) y haberlo abandonado en el campo en una vieja maleta con todas sus cosas. Entre ellas, el estuche, y en él la goma con su nombre, que iba a servir a la policía para identificarlo y, tras atar un par de cabos, sacar sus conclusiones.

La goma con la que César, mucho antes de poder sospechar que ése era su propósito, impidió a su madre que lo borrara sin dejar rastro.

La tarjeta al cuello

Fallaron ellos, y hubo de funcionar el resto. Al cronista, y esta vez también testigo y víctima, le parece injusto que de esa noche se los recuerde a ellos, con sus declaraciones desfachatadas, sus excusas increíbles, sus desplantes ensoberbecidos a las personas a las que habían perjudicado y con las que se cruzaron en aquel hotel donde estaban reunidos para hacer el seguimiento de su golpe de mano. Los que deben quedar en la memoria son justamente aquellos a los que no se les presta atención, aquellos que sin reclamar protagonismo, por sueldos mucho más bajos y con digno recurso a aquello que los antiguos llamaban vergüenza, principios o responsabilidad, estuvieron donde había que estar, todo el tiempo que fue preciso.

Los humildes empleados aeroportuarios, por ejemplo, que desde mostradores, controles y demás servicios se afanaron para que las decenas de miles de personas atrapadas pudieran sobrellevar la situación. Algunos de ellos mantenían operativas, permaneciendo al pie del cañón, funciones que carecían de sentido mientras los ordenadores del tráfico persistieran en su actitud.

Desde las pistas hasta la seguridad, pasando por la atención a personas con movilidad reducida. Aun sabiendo que no había perspectivas de que su trabajo fuera necesario, allí continuaban, observando con gesto circunspecto a los pasajeros contrariados, cumpliendo sus turnos, estando ahí.

Otros hubieron de llevar a cabo, con medios previstos para mucha menor carga de trabajo, las tareas que el caos desatado por el plante de los controladores disparó hasta niveles nunca antes vistos: desde la atención de reclamaciones hasta la ordenación del tráfico de pasajeros hacia los taxis y otras vías de evacuación de los aeropuertos convertidos en ratoneras, pasando por el suministro de alimentos a aquellos que, en tránsito o por otras razones, no tenían adónde ir. Por una vez, no tuvieron que sufrir las iras del público, que en general supo valorar su sacrificio. Cuando alguien abandona su puesto, hace más evidente y valioso el mérito de quien aguanta el bombardeo.

O los que cuidaban de los niños que esa tarde viajaban solos, miles, en un largo puente que muchos de ellos aprovechaban para ir junto a su progenitor no custodio, y que se quedaron colgados (y en el aeropuerto de destino, aquel que los esperaba) hasta que se pudiera recomponer, si es que se pudo, la intendencia familiar. El cronista recuerda la mirada de esos niños, con su tarjeta colgada al pecho, y siente el deber de apuntarla por si la imagen llega a quienes decidieron que su disgusto salarial y sus incomodidades laborales (tan relativas en el país de los 4 millones de parados y de millones de mileuristas trabajando a turnos, con penosidad, riesgo y todo lo que se quiera) debían prevalecer sobre los derechos de sus conciudadanos.

Esos niños con la tarjeta al cuello, esa vida corriente y difícil detenida y truncada sin motivo ni legitimidad, con tanta indecencia, son el mejor emblema de lo que pararon con su rabieta los controladores. Y esos empleados que estuvieron con ellos, amparándolos, el tiempo necesario, sin contarlos y sin exigir relevo ni pausa, los verdaderos protagonistas del cuento.

Por suerte, cuando alguien pierde los papeles, son muchos más quienes los encuentran. Por todos ellos, el cronista (y esta vez testigo y víctima) se sintió reivindicado cuando los guardias civiles obligaron a sentarse a los sediciosos ante las pantallas. Y sin ningún ánimo de venganza, por simple justicia, se sentirá igual cuando los fiscales los sienten en el banquillo (suponiendo que eso llegue a ocurrir).

El *sheriff* y los villanos

Solía salir disfrazado de *sheriff*, armado con una pistola de juguete. El detalle tiene su miga, en un hombre que ha rebasado con mucho las cinco décadas de existencia. Para los niños de hoy un *sheriff* es el simpático y bienintencionado Woody de *Toy Story*. Para él, algo a medio camino entre John Wayne y Clint Eastwood, como mucho pasado por el tamiz de Gary Cooper. En cualquier

caso, un tipo que extirpa el mal del mundo con buenas dosis de mala leche y medicina de plomo del calibre 45.

Se tropezó con el mal. Eso no se lo puede discutir nadie. Porque malo es estar trabajando, tan tranquilo, cobrando tu sueldo de albañil, alto o bajo (y en los tiempos de *brick rush*, o fiebre del ladrillo, no estaba nada mal) y de golpe y porrazo dejar de cobrar por el trabajo que has hecho durante todo un mes. Los dueños de la empresa te piden comprensión, que la cosa está muy mala, que nadie paga, nadie fía, nadie compra. Y tú tener que acordarte de cómo hasta ayer mismo los billetes pasaban en manojos por sus manos, y ver el coche que todavía tienen, y saber de las casas que se han hecho en el pueblo y en la playa. Porque tú no sabes (ni tienes que, ni quieres) que el coche están a punto de perderlo en cuanto no paguen un par de letras más, o que las casas están puestas de garantía de un préstamo que no pueden devolver. Tú pones ladrillos, con eso te basta.

Y después del primer mes viene el segundo. Y luego el tercero. Y a continuación el cuarto. Se te infla todo lo inflable y te metes en abogados, que sabes que los salarios van primero, y que te paguen a ti y luego se entiendan con el banco. Y entonces, cuando ya son cinco los meses que se deben, y ante la amenaza de embargo del juzgado, van y te dan el dichoso cheque.

Pero eso no es sino un espejismo más. Porque al llevarlo a la caja de ahorros del pueblo, los dos chupatintas que están allí, con su calefacción y su oficina limpita (tu rencor, que empieza a ser ya trastorno, te impide ver que ellos están tan en el alero como tú), te dicen que el cheque no tiene fondos, que te puedes llevar el papel de vuelta a casa (y hacer con él una pajarita o darle otro uso más acorde a su valor), y te plantan tan frescos en la puerta sin saber que ese papel era la forma de recuperar tu dignidad, de cobrarte tu sudor, de no ir por ahí con la cara de tonto del que se ríen los demás.

Ahí es donde vienen en mala hora a aconsejarte John Wayne y Clint Eastwood, donde al santo Gary Cooper se le funden los plomos y se vuelve como los otros, donde el amable Woody no aparece ni se le espera por ninguna parte, porque es patrimonio legítimo de niños con todas sus necesidades cubiertas en bonitas casas unifamiliares donde sigue entrando cada mes el sueldo de los trabajadores protegidos, y no la paga volátil que toca al paleta por su mugre y su deslome a mayor gloria de la puta burbuja.

Y entonces el *sheriff* sale a la calle, pero no con la pistola de plástico, sino con un escopetón de verdad, de esos que llevan en las dos bocas oscuras el alma rabiosa de la España negra (sí, también aquí, en este recóndito y hermoso rincón de la Garrotxa, *Catalunya* profunda). Y va a por los villanos, que en su cerebro nublado de odio, de derrota y de frustración, son esos dos constructores que (siente, irreparablemente ya) se rieron de su esfuerzo y esos dos privilegiados a sueldo de los vampiros financieros (así los siente él, también irreparablemente) que le escupieron a la cara su insolvencia vestida de cheque sin fondos, de papel mojado, de diploma de paria.

Va por ellos, metódico, furioso, implacable. Y escribe otra historia triste, inútil, absurda. Tampoco los *sheriffs* de película, a menudo, les metían el plomo a los verdaderos villanos.

Don Juan y la Parca

No lo vamos a llamar amor. Aunque quizá sea injusticia escatimarle la palabra. A fin de cuentas, las informaciones que nos han llegado son parciales e incompletas; como todas las informaciones, dicho sea de paso. Pero no es del todo descabellado pensar que una relación así, sostenida a distancia con la mediación de las pantallas, parpadeando las más de las veces en la noche, ese territorio de incertezas y confusiones varias, pudo tener más de impulso antojadizo que de sentimiento profundo; más de ficción sostenida al calor de palabras que nada cuesta escribir, que de esa verdad que traspasa y deja sin habla.

Esto no quiere decir que no fuera intenso. Seguramente que lo fue, y es más que probable que de esa intensidad quedaran, en algún momento, vestigios tan concluyentes como a la postre fatídicos. Después de todo, la vida es con detestable frecuencia un fondo desvaído sobre el que nos pierde el afán de trazar alguna imagen rotunda, un rumor tedioso sobre el que queremos elevar nuestro grito, un frío desamparado y grisáceo contra el que necesitamos desencadenar explosiones e incendios.

Ella prendió fuego al lenguaje para él. Y él, parece plausible, para ella. No les detuvo ni se lo impidió que la lengua que compartían fuera el alemán, más apto para redactar reglamentos y pergeñar metafísicas que para nombrar los calores de la carne y del alma. Pero, por desgracia, tampoco el idioma impidió al marido español de ella descifrar lo que se escribían, al móvil o en los chats que la mujer, logófila e imprudente, guardaba para releer y volver a paladear en los momentos en que no hallaba al otro conectado. El marido leyó, entendió y juró venganza. Hay gente que jura en balde, dispuesta a negociar luego con la realidad y sus escollos. Pero este se mostró coherente. Voló a Berlín, alquiló un coche, compró un cuchillo, se lo clavó al ciberdonjuán teutónico, volvió a Getafe (donde su mujer ya no lo esperaba, protegida por la policía) y acabó en prisión.

Tampoco vamos a llamarle amor a lo que llevó al concejal a aquella casa de su misma calle, en mala hora. Si hubiera sido amor no les habría pagado treinta euros a aquellos rumanos por la mercancía que con su sonrisa siniestra y rapaz le habían ofrecido poco antes. Si hubiera sido amor habría comprendido enseguida que la chica no había cumplido los quince, que la tenían esclavizada, y que bajarse los pantalones para hacerle algo o pedirle que se lo hiciera era compartir la naturaleza de los indeseables que la habían arrancado de las muñecas para ponerla a jugar con cosas que por mucho que la pintarrajearan, por mucho que ella, muerta de miedo, tratara de parecer resabiada y de vuelta, no eran de ningún modo de su edad.

Aquello era lo que era: los treinta euros, la codicia de la juventud ya ida, la facilidad de saciarla con aquella criatura despojada de voluntad, la piel que le hizo olvidarse de todo. El donjuán municipal no podía saber que la chica, española, y escapada de su casa meses atrás, tenía una familia acomodada que la buscaba y que no iba, precisamente, a contemporizar con quienes

habían cerrado tratos sobre ella con el rumano guapo y sin alma que la había seducido, engañado y hecho prisionera.

Cuando lo descubrió, después de que la policía la encontrase, la liberara y encarcelara a los rumanos, amén de interrogarlo e imputarlo a él, no esperó al juicio ni a la vergüenza ni al expediente de expulsión del partido y del grupo municipal. Se expulsó él mismo con ayuda de una soga y un nudo corredizo.

El sino de Don Juan: buscando la miel, dar con la Parca.

Pesebre con mula y Rey Mago

Cintia acaba de dejar atrás la puerta que para ella estuvo cerrada durante los últimos cinco años. Ahora ya está fuera, ya nada la retiene, y mientras la oye cerrarse, regresa a su memoria el momento en que quedó atrapada. El momento en que su vida se torció, un poco antes de que la encerraran allí. Cuando esa joven vestida de verde, seria y recelosa, con la corbata también verde anudada al cuello, la interpeló y le dijo:

—Disculpe, ¿sería tan amable de acompañarme?

Con esas palabras, aunque todavía no se interpusiera entre ella y la libertad ninguna puerta con barrotes, Cintia supo que estaba perdida. La habían advertido de que ése, después de las largas horas de vuelo, cuando ya casi tocabas el fin de la angustiada aventura, era el momento decisivo. Entonces era cuando toda la tensión, todos los nervios y todo el miedo se te podían amontonar en el rostro y dibujar en tus facciones el mensaje que aquellos hombres y mujeres uniformados habían sido entrenados para leer. La mujer encorbatada, quizá demasiado menuda para ser policía, pensó Cintia, lo captó al vuelo. La tomó del brazo, la llevó a una habitación, empezó a hacerle preguntas.

Fue seca, pero correcta. Y luego, cuando Cintia se derrumbó, la recordaba incluso amable y comprensiva. En ese instante, cuando toda su urgencia, perdido ya el envite, era desalojar de su cuerpo aquellas bolas que ponían en riesgo su vida y no iban a depararle ninguna fortuna, Cintia quiso creer que el trago no iba a ser tan terrible, que en aquel país eran razonables y entenderían que ella era una infeliz y no se ensañarían excesivamente con ella. Sabrían distinguirla de los verdaderos malhechores, de los realmente peligrosos. Decían que las cárceles de España eran casi hoteles, en comparación con las que había en el lugar de donde venía. Tenía que ser fuerte, se dijo.

Y lo fue, las primeras semanas. Pero cuando se encontró con la condena de ocho años, el mazazo que no había querido creer que recibiría, ni aun viendo a otras que ya lo habían tenido que encajar, se vino abajo. No podía entenderlo. En su módulo había otra mujer encerrada por narcotráfico. La habían detenido junto a su marido y otro, cuando trataban de meter un barco con

tonelada y media de cocaína. Había tenido un abogado astuto. Estaba condenada a unos meses menos que ella.

Cintia hizo lo que las demás. Se quedó embarazada del primer tipo que se le presentó a propósito. Por buscar en ese calor humano remedio frente al desamparo, pero también para salir tres años del módulo común y poder estar en el de madres, donde la vida se parecía más a la vida de verdad, y no al embrutecimiento sin horizonte del encierro. Pan para hoy y hambre para mañana. Cuando a los tres años le quitaron a la niña para darla en acogida y la devolvieron a donde las otras, estuvo a punto de hundirse del todo en la oscuridad. Muchas noches pasó por su mente la idea fatídica. Todas ellas se aferró a la sonrisa blanca de su Selena para espantarla y seguir contando los días.

Ahora acaba de recibir el mejor regalo de Navidad de toda su vida. Los españoles han cambiado su Código Penal. Alguien vio, al fin, que las cárceles estaban a reventar de incautas como Cintia, condenadas a penas más propias de terroristas. Sólo por pasar coca, que el código antiguo no distinguía entre llevarla por gramos o por toneladas. Cintia ha visto fotos del ministro que ha logrado que se bajen las penas para las pobres mulas como ella. Es gordito, tiene barba. Él es el que la devuelve a casa, a Selena, por Navidad. Su Rey Mago, desde hoy y para los restos.

Memorias de un gaseado

Han sido treinta y cuatro años y puedo contarlo. Supongo que eso es lo que debería prevalecer en mi ánimo ahora, por encima de todo. He sobrevivido. He llegado a conocer este momento. En el que, por fin, ya no me veré obligado a respirar el humo producido por y para el placer de otro. El humo que no sólo me envenena, sino que también detesto desde siempre.

Treinta y cuatro años en la hostelería, se dice pronto. Treinta y cuatro años en los que no he podido nunca aprovechar la ropa del día anterior, condenada a la lavadora o a aventarse en la terraza durante la jornada siguiente, para que las náuseas no me pudieran al ponérmela por la mañana. Quizá hayan sido ya demasiados, me da por pensar. Alguna vez leí por ahí a cuántas cajetillas a la semana equivalían mis nueve a diez horas diarias en medio del humo ajeno. Es probable que la cifra me haga un firme candidato a formar parte de esos 1.400 desgraciados que dicen los médicos que mueren al año por culpa del tabaco sin haberse puesto en la vida un pitillo en la boca. Si no tengo todas las papeletas yo, quién las va a tener.

De todos modos, no es eso lo que más me afecta. A fin de cuentas, lo de la muerte es una cosa remota, hasta que llega, y cuando le da por llegar, de nada valen precauciones. Que me pregunten a mí, con toda la gente a la que he visto pasar por aquí. Al pobre Braulio, siempre midiendo los bocados y tomando manzanillas, para doblarla a los sesenta. Y al cafre del Pepe, a coñac y Ducados desde el alba, y que con ochenta y dos sigue dando por saco.

Que sí, que seguro que si por mi naturaleza yo iba a vivir pongamos ochenta, esto me dejará a lo mejor la cuenta en setenta y ocho. Pero adónde va esa diferencia, cuando nadie además va a certificártela. Hasta aquí he podido librarme, eso es lo que cuenta.

Lo que siempre me pudrió la sangre fue verles las caras, mientras echaban el humo, tantos de ellos sin mirar adónde. Los he visto echárselo a niños, sobre el plato o el café de otro, o hacia arriba, como una especie de arrebato místico que parecía querer decir que estaban alimentando a conciencia la apestosa nube que iba a ser mi sucedáneo de cielo para todo el día, mientras ellos entraban y salían tan frescos. Por no hablar de dónde dejaban el cigarro cuando no lo estaban fumando: esas manos al descuido que colocaban la columna de humo justo debajo de mis narices o de las de otros, o que, cuántas veces, quemaban la chaqueta, la gabardina, la piel del que tenían más cerca.

Pero con todo, los peores, los que más me han hecho sufrir, eran los de los puros. Esos tipos que entraban con la jeta de suficiencia que un habano le pondría hasta a Bob Esponja, y tras una estancia de diez o quince minutos (no digamos si se pasaban en el local dos horas) te dejaban el recuerdo, su abominable y fétido recuerdo, para el resto de la mañana o de la tarde.

Por eso, qué quieren, pasé un rato estupendo el día 1, mientras hacía con el ordenador de casa los cartelitos, dos juegos: uno provisional para plantarlo el 2 a primera hora, y otro para llevarlo a plastificar y dejarlo como definitivo. Cuando preguntó el jefe quién quería hacerlos, me ofrecí voluntario. Y disfruté como nadie se imagina al comentar la jugada con los que al ver los letreros asumieron con resignación su nueva suerte, y no digamos al abroncar y mandar a la puta calle a los que a pesar de ellos y de la ley querían prenderse el pito. Que si los tratan como los nazis a los judíos, dicen. Que si se va a cargar el negocio, lloriquea mi jefe, que no respiraba la mierda.

A este gaseado, lo siento, le cuesta tenerles lástima.

En el recodo final

Es un día de comienzos de año, pero va a ser el último de tu vida. Posiblemente lo imaginaste de cualquier otra manera. En los momentos peores te representaste alguna enfermedad de esas que minan el cuerpo y el alma, y dudaste si te dejarías liquidar por ella o te abreviarías el trámite. En los momentos mejores soñaste para ti una de esas agonías dulces e imperceptibles, como dicen que es la de los que mueren congelados o la de aquellos a quienes el trance sorprende dormidos. En los momentos aprensivos, que también los tuviste, te viste atropellado en la calle, estrellado en un avión, desintegrado por una explosión de gas, carbonizado por un incendio.

Pero no va a ser nada de eso.

Ahora, cuando entiendes cómo va a ser realmente, descubres la esterilidad de todos los pronósticos que damos en hacer sobre nosotros mismos. Quién lo iba a decir. Porque has tenido

una buena vida, repleta de logros y satisfacciones. Una brillante trayectoria profesional, una nada desdeñable notoriedad pública, y a partir de ella, un activismo que te ha cosechado el doble fruto que todo activista, en el fondo, reconoce como la mejor recompensa a sus esfuerzos. Gracias a tus desvelos, lograste por igual ser apreciado por aquellos cuyos derechos defendías y convertirte en blanco del aborrecimiento de aquellos cuyas ideas trasnochadas tratabas de sacudir. En tus momentos de vanidad, que los tuviste, te costaba discernir cuál de esos dos reconocimientos te resultaba más halagador.

No, no fue fácil ser homosexual, y clamar por la visibilidad y la normalidad del colectivo al que perteneces, en uno de esos rancios países de la Europa del Sur, forjados a la vez en el machismo y la hipocresía que beben por igual de las raíces católicas y de los ancestros musulmanes que ahí andan, agazapados en el ADN nacional. No fue fácil hacer todo eso mientras triunfabas como periodista y escritor, y mientras tratabas de llevar adelante tu vida, con sus reveses, sus decepciones, sus pérdidas.

Y todo para acabar aquí, en este hotel de Nueva York, en estos albores de 2011, al lado y a manos de este desconocido. De este niño caprichoso, que apenas estaba naciendo cuando tú empezabas a asimilar la crisis de los cuarenta. De este mozalbete malcriado que te hace objeto de su desprecio, que se jacta de que sólo te utiliza para sus fines (su *carrera*, dice, y tú debes reprimir la carcajada) y que ahora está furioso no sabes muy bien por qué. Tal vez porque te has declarado demasiado cansado para ir a esa tienda exclusiva que quería saquear con ayuda de tu visa platino. De esa que tira de los frutos de toda una vida de trabajo, eso que él ignora y acaso no piensa siquiera en emprender.

Qué hace aquí, en la habitación de tu hotel, amenazándote con el sacacorchos, mientras tú retrocedes, sólo con la toalla del baño arrollada a la cintura. Cómo has llegado a estar a merced de él, de su nulidad, de su inconsciencia, de su escasez en todo. En todo menos en eso que proclaman los tensos músculos de su cuello y de sus brazos. En todo menos en eso que tú no vas a poder superar, y donde vas a perder, ahora sí, la partida.

Lo ves en sus ojos. No se va a detener. No le han provisto de ningún freno. No va a pensar en las consecuencias. Ni siquiera calcula que en el estado de Nueva York se abolió la pena de muerte. Sólo tiene un arma en la mano, una presa a su merced, y la rabia necesaria para cerrar el círculo. Lanza la mano, intentas esquivarla, pero no lo consigues, ya está aquí.

Empieza, definitivo, el dolor.

El sultán desnudo

El sultán llama al gran visir. Bueno, ya no se llaman exactamente así, porque esas palabras pertenecen a un pasado que no gusta evocar. Pongamos que se llaman presidente y jefe del estado

mayor. Son nombres más modernos para enmascarar el mismo concepto. Ese que por alguna pertinaz inercia histórica, sobre cuyas causas existen discrepancias y versiones más o menos malévolas y/o fatalistas, se instaló y perdura en tantas sociedades de tradición musulmana. Un concepto en cuya virtud el poder absoluto lo tiene un individuo que parte sus copiosos réditos con su familia y camarilla, mientras todos los demás quedan reducidos a la condición de mendigos y de súbditos.

El montaje, algo bueno tiene que tener, ha dado lugar a numerosos y muy bonitos cuentos. Como el de Alí Babá, o el de Aladino. Al final, estar gobernados por un malhechor crea escuela, y muchos de los que no comen del pastel se ven convertidos en ladrones o ladronzuelos, y el resto, en buscavidas más o menos tramposos, irregulares o, llegado el caso, violentos.

Pero decíamos que el sultán llama al gran visir. El asunto es un cuento, no tan bonito como esos otros clásicos, y que además se les ha ido de las manos. Tiene que ver, eso sí, con los temas de siempre. Un joven sin posibilidades que acaba convertido en buscavidas. No de los peores, por cierto: todo su delito es vender hortalizas sin la oportuna licencia, lo que en el reino de nuestro sultán es sinónimo de hacerlo sin haberle pagado la mordida al esbirro de turno que lo representa. Hasta ahí, nada grave y nada raro. El esbirro requisita la mercancía y apalea al buscavidas, como manda el protocolo, y si ahí hubiera quedado la cosa, se trataría de una historia de tantas.

Pero he aquí que el buscavidas de turno tiene vocación de escritor trágico y se inventa otro final, mucho más aparatoso. Decide inmolarse prendiéndose fuego. Como su obra no encaja en los cánones del género, produce estupor, que el sultán se ve forzado a atacar (y atajar). Visita al joven moribundo, indemniza a su familia. Pero el chaval muere, y a partir de ahí, empiezan a pasar cosas que no se entienden (o que el sultán no entiende, más bien). Comienzan a surgir por doquier escritores espontáneos que se afanan en escribir una segunda y turbulenta parte del cuento que tan bien resuelto quedaba con la esplendidez del sultán. Se lanzan a la calle, se enfrentan a los esbirros, y el tumulto alcanza tales proporciones que los esbirros recuerdan de pronto que pertenecen al pueblo, y empiezan a flojear en el esfuerzo necesario para imponer el canon narrativo.

Por eso el sultán llama al gran visir. Y le dice que está muy enfadado con los esbirros, y de paso con él, por la poca energía que están poniendo para acabar con la heterodoxia literaria de la población. Y le exige que dé las órdenes pertinentes para que se acabe de una maldita vez el engendro intolerable que está en marcha, y que ninguna Sherezade *comme il faut* le contaría a su amo en una eventual reedición de las mil y una noches.

Pero el gran visir le dice que mire al televisor, donde el sultán tiene sintonizada una televisión extranjera (lo que pone la nacional, la suya, ya se lo sabe: para eso lo prescribe él). En la pantalla, un soldado se saluda besándose efusivamente con un manifestante. Como comentario de texto, el gran visir le espeta:

—Colorín colorado. Eres tú el que se larga.

El sultán toma el avión sumido en la perplejidad. Nadie le explicó que, igual que un niño basta

para delatar a un rey desnudo, un muchacho puede dejar a un sultán en pelota.

No sin mi Megaupload

Sergio es el prototipo de consumidor de cultura español. Lo que quiere decir que tiene acceso ilimitado a cualquier creación ajena, gracias al sistema de oferta universal y gratuita de que disfruta cualquiera que se conecte a la red desde una IP localizada en la piel de toro y restantes territorios hispánicos.

Bueno, del todo gratuita no es. Sergio tiene que pagar cuarenta euros por una banda ancha manifiestamente mejorable, nada que ver, por poner dos ejemplos, con la que disfrutaría en Tokio o Chicago, donde además el acceso le saldría mucho más barato. Claro que si Sergio fuera norteamericano o japonés, no tendría la posibilidad de bajarse con tanta comodidad cualquier película, libro o canción que se le antojase. Y es que no en todas partes existe la misma conciencia sobre la necesidad de proveer sin coste ni límite alguno el combustible necesario para el alimentar el ocio de sus ciudadanos. Y menos en países atrasados, donde todavía no se han desarrollado como en el de Sergio las posibilidades y los derechos que ofrece la sociedad de la información.

Además de lo anterior, Sergio tiene que hacer frente a otro recibo. Si quiere bajar sus adquisiciones a la velocidad adecuada, y no eternizarse ante una barra de progreso que reptaba penosamente ante sus ojos en la pantalla de su ordenador, necesita un acceso *premium* a Megaupload, el sitio de almacenamiento donde el propio Sergio, y un ejército de generosos abastecedores de la demanda cultural, alojan los archivos correspondientes. Los de Megaupload no hacen preguntas sobre si el material en cuestión dispone de autorización por parte de quien lo creó o produjo, lo que resulta especialmente útil para prescindir de ese engorroso, abusivo y arcaico trámite, pero a cambio de su amabilidad piden una módica remuneración que Sergio, como corresponde, satisface religiosamente. La última renovación de su acceso ultrarrápido fue de treinta euros, pero nuestro protagonista los da por bien gastados. No en vano merced a ellos dispone de una panoplia de productos que, con el anticuado y desagradable procedimiento basado en pagarle a quien los pone en el mercado, le supondrían un desembolso muchísimo mayor.

Pero he aquí que Sergio acaba de enterarse de que el gobierno, en connivencia con la oposición y un grupúsculo nacionalista, y bajo la influencia totalitaria de Estados Unidos, empeñados en reintroducir el fascismo capitalista en el tráfico cultural, ha aprobado una ley en virtud de la cual los enlaces que él mismo y otros muchos colocan en diversos espacios de la Red, para acceder al inmenso caudal de deleite alojado en Megaupload, pueden ser bloqueados por un procedimiento que incluso podría ser rápido (aunque todo está por ver).

Sergio no sale de su escándalo. No puede ser que de golpe y porrazo se acabe con ese avance,

que Sergio necesita, quiere y por tanto exige. Podríamos preguntarnos porque no exige otro tanto a la hora de abastecerse de alimentos en el hipermercado, suministrarse de la energía eléctrica que necesita para que su ordenador funcione o del gas que le permite en pleno enero madrileño no morir aterido frente a la pantalla. Pero Sergio, al corriente de todos los pagos correspondientes, no se lo pregunta, porque la diferencia entre la cobertura de una y otra necesidad la marca un poderoso argumento, que Sergio y sus pares repiten como un mantra: *no se pueden poner puertas al campo*.

Sergio no va a quedarse quieto. Acude a la barricada digital armado de furias y venablos. Así, el juego no funciona. Que no espere nadie que se resigna a quedarse sin su Megaupload.

Los parados y los muertos

A Gabriel, que es funcionario del estado, no le afecta ni es probable que vaya a afectarle directamente la noticia que llena hoy las portadas de los periódicos: 223.000 nuevos parados en enero. A no ser que la cosa se deteriore hasta extremos imprevisibles, no contempla figurar en el futuro en esa estadística. Él posee una plaza en propiedad, como se decía antes; es uno de los tres millones y pico de españoles que se sustraen al deterioro del mercado laboral, que ya casi parece una demolición.

Tampoco se engaña, Gabriel. Tantos años de pensar siempre lo peor de todo el mundo, por razón de su oficio, le inclinan a contemplar esos escenarios adversos que otros ni intuyen siquiera. No puede ser que la mitad de los jóvenes estén ya viéndolas venir, que a los pocos que han aprendido algo se los vaya a exportar a Alemania para que contribuyan al desarrollo de un país y una economía de verdad (y no este trampantojo de promotores fulleros y concejales corruptos que es todo lo que da de sí el ingenio hispano), y que las rebajas no acaben llegando a quienes a la postre viven de los impuestos que pagan los otros. Si no empiezan a despedirlos, porque la ley lo impide, lo que Gabriel ya da por descontado es otra rebaja de sueldo. Una más, aparte de la que ya ha sufrido y de la que cada año, hasta nuevo aviso, sabe que va a tocarle en forma de congelación salarial.

Pero la estadística que preocupa hoy a Gabriel, como responsable de una unidad de investigación de homicidios en Madrid, es otra: en ese mismo enero, han alcanzado las diez muertes criminales en la comunidad. Una cada tres días, comenzando el propio día 1, cuando a las siete de la mañana un vecino de Arganda que salió a hacer *jogging* encontró el cadáver de un hombre degollado. El caso estaba fuera de su jurisdicción y no fue a él, sino a sus compañeros beneméritos, a quienes les dieron el Año Nuevo. Pero en los días sucesivos a él y a su gente ya les han caído unos cuantos. Muchas veces lo ha hablado, con los compañeros, a lo largo de los últimos dos años. Las dificultades económicas aumentan exponencialmente la mala leche de la

gente. Antes o después, tendría que notarse el efecto de la crisis en el incremento de la furia asesina entre la población.

¿Ha llegado ya la hora? Con casi cinco millones de parados, las empresas yéndose al garete por docenas, y la nula fe que inspiran los dirigentes, bien cabe temerlo. Gabriel es aficionado a la Historia, y días atrás, viendo un documental de la BBC, le estremeció una cifra: cuando Alemania se echó en brazos de Hitler, uno de los principales factores desencadenantes fue el insoportable desempleo, que alcanzaba una cifra de... cinco millones de personas.

De momento, lo que a él le tocan son asuntos privados. Los ajustes de cuentas de siempre. Las desavenencias conyugales atajadas con el chute de testosterona habitual. Y otras muertes más o menos comunes, de naturaleza a medio camino entre las dos anteriores, como la del homosexual talludo a manos de un chico impetuoso al que en mala hora metiera en su domicilio. Pero también hay ya gente que se mata por nada, porque le han dejado encerrado el coche, o Dios sabe por qué, como el caso de aquel tipo que semanas atrás atacó por la espalda y liquidó a golpes a un anciano de setenta y tres años en un centro comercial.

El fascismo no ha llegado, aún, a la vida pública. Quizá no sea posible, porque son muchos los malos recuerdos asociados a las botas altas y los correaes. Pero ya está en la calle, en forma de ciudadanos enloquecidos. Gabriel sólo tiene un consuelo: si llega la hora de despedir funcionarios, él será de los últimos.

El mago de las finanzas

Pasaba por ser uno de los más listos de la clase, si no el más listo. Se le adjudicó nada menos que un milagro económico de tamaño nacional, que no es moco de pavo. Muchos economistas lían el petate sin haber llegado a producir ni siquiera uno de dimensiones domésticas, así que bien satisfecho podía sentirse él, que ni siquiera había cursado la licenciatura en ciencias económicas. Su sapiencia era casi innata. Personal.

Algunos comentaristas malintencionados trataban de bajarle los humos y los méritos apuntando que no había hecho otra cosa que cabalgar, sin moverse más de la cuenta, el caballo que le había entrenado y alimentado su predecesor. Este, responsable de la economía en un equipo en caída libre, había logrado imponer sus prudentes (y antipáticas) tesis de disciplina y ahorro a un líder que ya maniobraba a la desesperada. Ni en público ni en privado cometía nuestro héroe la mezquindad de negarle el pan y la sal a aquel hombre, solvente técnico (tanto que recobraría la cartera, años después, con otro jefe), pero se rebelaba contra ese ninguneo de sus propias aptitudes. Cierto es que mejor se levanta una casa sobre unos cimientos bien echados, pero el derrumbe es posible en todas las plantas, y las más altas son las más puñeteras de levantar, por la cosa del vértigo.

Para acallar a los escépticos, llegó aquel nombramiento. Poco antes, nuestro mago de las finanzas tuvo un resbalón achacable a su propia inteligencia: cuando el jefe perdió el *oremus* y decidió enrolarse cual entusiasta grumete en una misión improbable y notoriamente fallida, él osó exponer un cálculo de pérdidas y ganancias, más algunas consideraciones estratégicas y éticas, que no abonaban en absoluto aquella decisión. En mala hora dio aquel paso, que acreditaba su pobre conocimiento de la psicología de los tipos adustos, como aquel al que servía. La broma le costó sus posibilidades de suceder al líder, pero (no hay mal que por bien no venga) la frustración la compensó su promoción a la primera línea de las finanzas globales.

Fue su desquite. Frente al propio presidente ingrato (fulminarle así, después de haberle salvado la cara y haberle extendido su cheque más valioso ante el electorado) y frente a quienes comentaban sobre él aquello de *menos lobos, Caperucita*.

Pero lo que son las cosas, a veces nuestras carreras no se detienen allí donde deberían. Porque hay un punto en el que nuestro colofón y el arco que describe nuestra trayectoria son tan apañados como pueden ser, y a partir de ahí, todo es merma y exposición al ridículo. Casi nadie sabe bajarse del tren en ese preciso punto, y ahora, retrospectivamente, comprueba que él tampoco supo. Pero cómo iba a imaginar que el sillón dorado que le ofrecían le llegaba en el peor momento posible. Justo cuando lo que se avecinaba estigmatizaría para siempre a su ocupante como propiciador de la Gran Calamidad.

Era sólo cuestión de tiempo, y el tiempo había pasado. Ahora, ahí lo tenía, convertido en titulares de prensa. La auditoría de su periodo al frente del Fondo Monetario Internacional, en los años previos al derrumbe total del edificio, por echar mano de su metáfora arquitectónica. Ahora iban y descubrían que los obreros no llevaban casco, que la mezcla no se supervisaba bien y se hacía de cualquier forma, y que había caraduras que miraban los planos de aquella manera. Mierda, como en cualquier obra. Lo malo era que esta, la suya, se había ido abajo.

Ya no era el mago de las finanzas nacionales, sino el manazas de la economía global. *Sic transit gloria mundi*.

Ir en la lista

Alberto lo ha sabido hoy. No va a ir en la lista.

Desde que le han dado la noticia, anda cabizbajo, o quizá eso se quede corto. Anda, más bien, como alma en pena. Temía que le colocaran en un puesto demasiado bajo, uno de esos que lo expusieran a no salir elegido, dada la previsible caída en votos de sus siglas en los inminentes comicios. Para eso estaba preparado, habría peleado con uñas y dientes en la campaña, habría tenido al menos la oportunidad de intentarlo. Y si no hubiera salido, siempre quedaba la posibilidad de esperar a que corriera el turno, o de reclamar su derecho a un cargo de confianza

por los servicios prestados, en el supuesto de que su partido lograra, pactando con quien fuera, mantenerse en el gobierno.

Pero ni siquiera va en la lista. Eso quiere decir que acaban de extenderle su acta de defunción política. Que todos estos años entregados a la causa, todas las votaciones en las que levantó la mano cuando le decían, todas las tediosas reuniones en las que apoyó al líder, todos los niños a los que cogió en brazos, todas las manos que estrechó, todas las asociaciones de vecinos y todas las casas regionales que visitó y donde pacientemente aguantó sandeces y peticiones descabelladas, todos sus esfuerzos de mandatario dócil y cumplidor, ya de nada sirven.

En cualquier caso, no puede decir que hayan sido ingratos con él. Durante veinte años estuvo apostando y ganando. No siempre por el mismo, pero todos los que recibieron su apoyo supieron recompensarle. Incluso lo ha intentado el último, hasta el final. No sólo le consta a Alberto, sino a todo el mundo, porque la lucha por la elaboración de las listas ha trascendido y se ha convertido en la comidilla. Los periodistas, esos buitres, han olido la sangre, la bestia herida, el conflicto interno que desgarró al partido que se expone a perder el poder, y han estado encima de la jugada todo el tiempo. Su jefe de filas ha echado el resto, pero es difícil salvar a otros cuando a duras penas puedes salvarte tú. Bastante ha tenido, el pobre, con colarse él en la lista.

Así es el juego, Alberto lo ha visto en ocasiones con otros y ahora le toca padecerlo a él. De un día para otro, sencillamente, no estás ahí. Y de salir en la foto y rebañar el rendimiento del asunto, pasas a esfumarte y a quedarte con una mano delante y otra mano detrás. Y de eso a encanecer de golpe, o a que se te caiga el pelo, o a engordar, o a que te pase todo a la vez, no hay más que un paso. Y con la ruina física viene la otra, el resentimiento, el quedarte anclado en la afrenta, en cualquiera de sus formas. Si te descuidas, puedes acabar yendo a tertulias en las que tus enemigos de ayer te utilicen como ariete contra los que antaño eran los tuyos, y tú darte cuenta y aceptarlo porque supone unos euros a fin de mes o, simplemente, volver a salir en la foto, aunque sea convertido en caricatura de ti mismo.

Alberto medita todas estas cosas con asco, pero también con una pizca de horror. Porque su principal problema, o al menos el más acuciante, es ése. Desde hace veinte años está cobrando del erario público, y ahora que no va en la lista eso se acabó. No tiene ningún lugar al que volver, porque de ninguno salió para embarcarse en aquella aventura. Creyó, estúpido, que él lograría mantener el juego hasta el final. Que a él no iba a pasarle lo que les había pasado a otros. Que su instinto, ese que le había salvado una y otra vez, permitiéndole reconocer en la línea de salida al caballo ganador, nunca dejaría de funcionar.

Pero al fin, le ha fallado. Dentro de cuatro meses estará en el paro. En esa otra lista, maldita, donde ya casi no se cabe.

Una antigualla

La escenografía pretende ser impactante y resulta estrambótica. Uno tarda en entender por qué ese hombre ha elegido lanzar su soflama desde un edificio en ruinas, con un fondo de techumbres derrumbadas y molduras arrancadas de sus marcos. Hasta que el espectador se percata, si dispone de esa información, de que el orador trata de revestirse del prestigio que le depara una antigua heroicidad, o más bien un viejo incidente que él reclama como tal: el bombardeo de su palacio por aviones de combate estadounidenses. Ha decidido acercarse hasta esas ruinas, nunca reconstruidas y desde entonces cuidadosamente evitadas, para echar desde allí su arenga.

Para los olvidadizos, hace hincapié en su discurso en que él, que se enfrentó a los americanos, no va a dejarse intimidar ahora por unos revoltosos. El orador grita mucho y en su gesto se percibe la cólera, en la medida en que lo permite el trabajo de los cirujanos plásticos que a base de rellenos y remiendos le apuntalan el rostro al precio de petrificarle la expresión.

Pero no se da cuenta, quizá no tiene a nadie que se lo diga, de que esa presunta gesta (dejarse bombardear por un país extranjero) es algo ya tan antiguo que muchos de los que le oigan, vía satélite, ni sabrán a qué se está refiriendo. Porque desde hace mucho tiempo los americanos ni se preocupan de él, y son los aliados de esos viejos enemigos, los siempre acomodaticios europeos, quienes lo mantienen en el trono, pagándole a buen precio el petróleo y el gas y tolerándole las chaladuras.

No ha reparado, tal vez, en que hace ya muchos años que su revolución no es más que un esperpento, y él, una caricatura de revolucionario a quien los capitalistas contra los que despotrica compran a precio de saldo. Que tal es satisfacerle los caprichos, a él y a su codiciosa familia, a cambio de todo lo que el país al que sojuzga puede ofrecer: los dichosos hidrocarburos y una barrera de contención para las muchedumbres hambrientas que aprietan al sur del Sáhara. No advierte, en su soberbia y su ofuscación, que cuando le permiten plantar sus *jaimas* en los jardines de las residencias que le ofrecen, y pasearse con su guardia pretoriana de espigadas amazonas, le están tratando como lo que en el fondo es, un empresario de circo tan estúpido como para ofrecer su espectáculo sin cobrar entrada.

El cuento, para ser tan malo y tan burdo, ha visto llegar y morir demasiadas primaveras. El individuo lleva ahí desde 1969, cuando aún no había nacido la inmensa mayoría de la población sobre la que ejerce su despótico dominio. Ha cambiado de siglo, de milenio y hasta podría decirse que de planeta. Es enternecedor observarle gesticular y ver cómo pretende permanecer impune, ahora que la gente ha comprendido que ya no se le puede aguantar más, que toda irrealidad tiene un límite y hace mucho tiempo que ese tipo rebasó los márgenes de lo verosímil.

Su parlamento lleno de amenazas es toda una muestra de la inmensa soledad del tirano, cuando se queda despojado de su única arma efectiva: el miedo. Ahora que no puede blandirlo, o no como hasta ahora, porque hay ciudades en las que ya no ondea su bandera, no le quedan más que las voces y las fanfarronadas. Amenaza con sus policías, mientras deserta su ministro del Interior. Con sus aviones de guerra, mientras los pilotos despegan para aterrizar en Italia sin tirar las bombas.

Remata todo con un puñetazo furioso, y se monta en un cochecito de golf. Lo senil, ya se sabe, linda con lo infantil.

En ese cochecito viaja, inerte ya, una antigualla.

Cuestión de seguridad

La seguridad, se dice Adnan, mientras practica con el cerrojo de su nuevo fusil de asalto HK, es una cosa francamente curiosa. La gente tiende a creer que es cuestión de barreras, por un lado, y de violencia para romperlas, por otro. Pero nada más lejos de la realidad. Cuánta ingenuidad hay en el mundo.

A él le abrió los ojos en Soto del Real aquel atracador veterano, Rogelio, que era hombre de pocas palabras y de mirada huidiza, pero que cuando te clavaba los ojos o abría la boca era para dejar huella. Durante semanas Adnan estuvo dándole la lata y tratando de sonsacarle sus técnicas. Después de acabar en el talego por atracar naves industriales, un ramo sólo medianamente lucrativo y bastante problemático (había sido al tratar de colocar unos instrumentos de precisión, caros pero bastante peculiares, cuando la policía le había cazado el rastro), Adnan ardía en deseos de conocer los secretos del verdadero negocio, ese al que se había dedicado Rogelio: el atraco de bancos.

Nada tan rentable y limpio (se saca el dinero en directo, sin tener que venderle luego mierdas a gente dudosa), pero a la vez, nada tan peligroso. Porque ningún establecimiento cuenta con tantas medidas de seguridad como un banco. Según se decía entre los reclusos, Rogelio no sólo había atracado bancos durante veinte años, sino que había logrado siempre salir de ellos con pasta en abundancia (nada de los cuatro duros que suelen tener las sucursales al alcance) y sin sufrir nunca un rasguño.

Tanto le insistió que un día Rogelio, harto de soportar el asedio, se plantó delante de él, lo miró de frente y le dijo:

—Vamos a ver, chaval, ¿cómo crees tú que se hace?

—No sé, tú eres el experto —le replicó.

—Pues cómo va a ser. Seguro que tú eres otro que ha visto películas y que cree que la cosa está en los cojones y el tamaño de las pipas. Mira, tío, yo atracaba siempre con el seguro de la pistola puesto. Y, por supuesto, contando con alguien dentro. Es la manera de que todo fluya, y de ir a botín seguro. Sólo los imbéciles se la juegan sin saber si en la caja hay chicha.

—¿Alguien de dentro? ¿Y eso cómo se consigue?

—Psicología, chaval. Y paciencia. Mucha paciencia. Siempre hay alguien dentro que es más blando que los cristales blindados o el acero de la caja. Mucho, pero que mucho más blando.

Adnan nunca olvidó aquellas palabras. Y aunque sólo consiguió que aquel español taciturno le

contara cómo había dado uno de sus golpes («el resto lo deduces tú, que para eso tienes esa cacerola sobre los hombros», le dijo) la idea se le quedó bien clavada en los pliegues del cerebro. Esperando la ocasión.

Ahora saborea el triunfo. Lo que acaba de hacer es el más difícil todavía. ¿Cómo conseguir armas de guerra (algo tan líquido como el dinero, como poco, y más en su Kosovo natal) en un país donde está prohibido venderlas? La respuesta que Adnan acaba de darle a esa pregunta es increíble, pero cierta: robándolas de una base militar, de la armería que supuestamente dispone de todos los mecanismos de vigilancia imaginables, incluida una guardia armada hasta los dientes que patrulla el recinto. No hay más que encontrar al tipo vulnerable que se conoce las rutinas, que sabe ese código de seguridad que por pereza no se cambia, y que a lo mejor hasta tiene alguna cuenta pendiente. Como le dijo Rogelio, sólo fue cuestión de paciencia. Una vez conseguido eso, lo demás funciona como la seda. Nada más fácil que metérsela al que no piensa que eso le pueda suceder.

Veinte HK como el que sostiene, y otras tantas pistolas de propina. Oro molido. Rogelio, compañero, qué grande eres.

Spanish Gigoló

María P. acaba de recibir su sentencia. La condenan a 21 meses de prisión y a pagar 15.000 euros de indemnización por la responsabilidad civil derivada de su delito. La abogada le ha explicado lo que significa. Como no tenía condenas previas, esta vez podrá librarse de pisar la cárcel. Pero si reincide, durante el plazo de vigencia de los antecedentes penales que a partir de hoy le corresponden, nada la librarán de conocer alguna instalación del sistema penitenciario español. La abogada se lo advierte con frialdad profesional, tal es su obligación y María P. le agradece a la letrada que sea tan puntillosa. En cierto modo le da pena saber que no podrá seguir con el juego sin exponerse a algo que en modo alguno quiere conocer, pero esto es lo que hay.

Respecto de los dineros, la abogada le recomienda que pague lo antes posible, para no generar intereses ni costas de ejecución. María es dueña de un piso, perfectamente embargable, y meterse en estrategias de ocultación patrimonial, dependiendo de quien la persiga, puede traerle ulteriores quebraderos de cabeza, que además podrían ser penales y empujarla a engrosar la población reclusa, sobre la base de esta condena previa.

María tranquiliza a su abogada. Tiene liquidez. Pagará la indemnización que le han impuesto. En realidad, sólo se trata de devolver lo que anteriormente recaudó. En la vida unas veces se gana y otras se pierde, pero en muchas ocasiones simplemente se empata, y ése es el sustrato de la existencia, no hay que dolerse por ello. Soltará los 15.000 y a otra cosa, mariposa.

La abogada la mira con una expresión que por momentos deja de ser neutra y formal para

adquirir un matiz de complicidad más que notorio. Parece dudar si hacer la pregunta, pero al final, como pasa en tantas coyunturas con los humanos, le puede más la curiosidad. Con malicia ya indisimulada, inquiera:

—¿Cuánto sacaste, tía?

Es María ahora la que duda. Ni le gusta presumir de sus hazañas ni tampoco de su dinero negro, por razones que cualquiera puede comprender. Pero a fin de cuentas es su abogada, y está sometida a eso del secreto profesional, y le cae bien.

—Ciento cuarenta y tantos mil. Pagando a éstos y todo, me quedan limpios 130.000. Por eso te digo que no hay problema.

La abogada abre dos ojos como platos.

—Me dan ganas de hacerlo a mí. ¿Y fue fácil?

De esto a María sí que le gusta jactarse.

—Facilísimo, hasta que empezaron a juntarse los que se cabreaban. Mi experiencia me dice que la tasa es del 10 por ciento. Cuando llegué a 500 primos, vino el problema. Cincuenta tíos contra ti ya tiene su aquel. Pero por suerte te encontré a ti. Quiero agradecerte cómo has logrado reducir los daños.

A la abogada se le escapa una carcajada.

—Ha sido un placer. Lo que me pregunto es cómo se puede ser tan pardillo. Cómo hay tantos pardillos, quiero decir.

María se echó atrás en la silla y suspiró.

—Pues mira, yo creo que es gente con la autoestima pasada de rosca. Dime tú cómo es posible que un tipo fofo, calvo y que no liga, el prototipo de mis víctimas, puede llegar a creer que le han contratado como *escort* masculino para mujeres insatisfechas. Y, sin embargo, los setecientos se lo creyeron. Y adelantaron sin rechistar los 200 euros que les pedía para gestionar sus citas.

Por eso funcionó como un tiro aquel negocio, Spanish Gigoló. Hasta que algunos empezaron a tragarse la vergüenza y a denunciar. Ya se sabe, ninguna fiesta dura para siempre.

Tres antiguallas

Edelmiro es anticuario. Su negocio es bastante tranquilo. Hay días de tres ventas, de dos, de una. Hay también días en que no vende nada. No importa, sabe que la clave está en la paciencia para esperar a quien desea justo eso que a lo mejor él compró tres años antes de que aparezca por la puerta el cliente en cuestión. Le gusta ese ritmo, esa demora, que en cierto modo le salva de un mundo que lo hace (y deshace) todo demasiado deprisa. Le ayuda a sentirse singular, y eso le reconforta.

En el mucho tiempo que le sobra, Edelmiro, más que leer, se estudia el periódico. O mejor

dicho los periódicos. Siempre compra dos, de tendencias opuestas. Le resulta divertido contrastarlos, ver cómo la misma noticia en uno y otro tienen sesgos, a veces, radicalmente antitéticos, tal que si hablaran de dos sucesos diferentes. Le gusta, también, ver las noticias que cada uno de ellos omite y sin embargo da, o resalta, el otro.

En los últimos días, sin embargo, hay tres noticias que vienen en los dos, y aunque no deja de haber sus matices en la presentación de la información, de lo que escriben los corresponsales de uno y de otro se desprenden, más o menos, las mismas impresiones. Que no son en absoluto halagüeñas.

De pronto, se le ha ocurrido a Edelmiro que las tres noticias tienen algo que ver con su negocio. En los tres casos se trata de algo ya antiguo, y lo ocurrido viene justamente a subrayar esa condición, en la peor forma posible. Uno de los primeros aprendizajes que ha de hacer un anticuario consiste en distinguir dos categorías entre las cosas sobre las que ha transcurrido el tiempo. Hay unas, las antigüedades, a las que el paso del tiempo les otorga valor: resultan gratas a la vista y al espíritu, y habrá pues quien pague por ellas. Hay otras, las antiguallas, a las que el correr de los años desacredita de tal modo que sucede lo inverso: su sola vista repugna, y uno pagaría para que dejaran de existir, o por lo menos para no tener que verlas nunca más.

Las tres noticias van de tres antiguallas.

La primera antigualla, esa central japonesa de Fukushima, cuya tecnología se ha revelado suicida al primer *tsunami* gordo que ha tenido que encajar. ¿Nadie se preguntó, cuando la diseñaban tan vulnerable a la pérdida de los depósitos de gasóleo para los generadores de emergencia del sistema de refrigeración, por qué ese fenómeno natural se designa, precisamente, con una palabra japonesa? La hicieron aprisa y jugándose, hace cuarenta años, para alimentar un consumo frenético que ha seguido cubriendo porque no había otra forma de hacerlo. Típico proceso de gestación de la antigualla, siempre hija de la premura.

Segunda antigualla: la UE. Nacida hace sesenta años, parcheada varias veces desde entonces, para ir acoplándose a los vaivenes en el tablero europeo, siempre a remolque de las circunstancias y de perfiles cada vez más amorfos. Hasta llegar a la culminación, encarnada por ese trío calavera (Van Rompuy, Ashton y Durão Barroso) que pasea su impotencia por cumbres y reuniones mientras el sanguinario sátrapa de Trípoli lincha a su pueblo, a apenas un par de cientos de kilómetros de sus costas.

Tercera antigualla: las Naciones Unidas. Un invento de Truman y Stalin para repartirse el poder mundial después de arrasar la Alemania de Hitler y de reducir a cenizas el poderío militar japonés, otorgando estatuto de superpotencia a las ya decadentes Francia y Reino Unido. ¿Puede sorprender a alguien que no hayan arreglado nada en los últimos treinta años, y que también ante su pasividad prosiga el holocausto libio?

Edelmiro lo tiene claro. No daría ni un céntimo por el lote.

El aviador fantasma

Un piloto de caza que se precie no puede dejar de pensar en él, al sobrevolar estas tierras. Y en él piensa Arturo, en la carlinga de su F-18, mientras pasa sobre la vertical de Tobruk. Aquí hizo aquel aviador legendario varios de sus 158 derribos confirmados, que lo convirtieron en el mayor cazador del frente del Oeste en la Segunda Guerra Mundial. Alguno alcanzó cifras mayores a costa de los rusos, en el frente oriental, pero no era lo mismo enfrentarse a sus pobres cazas que a los letales Spitfires y los escurridizos Hurricanes de los británicos, con los que aquel hombre acertó a producir toneladas de chatarra. Hubo un día que envió contra el suelo a diecisiete de ellos. En otra ocasión, se enfrentó casi solo a una formación de quince y echó a tierra a cerca de la mitad, sin sufrir el menor rasguño.

Se llamaba Hans-Joachim Marseille y era el favorito de las mujeres, de la Luftwaffe y hasta de Hitler, que le acabó prendiendo al cuello la Cruz de Caballero con hojas de roble, espadas y diamantes. Y, sin embargo, sus comienzos no fueron nada prometedores. En la batalla de Inglaterra su desempeño fue mediocre, lo derribaron varias veces y muchos días sus jefes ni siquiera le dejaban salir a volar, de lo devastado que lo había dejado la farra nocturna, de la que era un incondicional incorregible. Incluso llegaron a echarlo del ala de combate a la que pertenecía, cuyo responsable no quiso seguir tolerando por más tiempo sus desmanes.

Lo acogieron en otra unidad, y allí tuvo un jefe que se empeñó en encarrilarlo, porque intuía en él cualidades sobresalientes. No logró enmendar su propensión a perder aviones (fueron unos cuantos, entre derribos y aterrizajes forzosos) ni la torpeza con que tomaba tierra y despegaba, que resultaba tan proverbial como sorprendente, en alguien que acumulaba ya unas cuantas horas de vuelo. Pero este desprecio por los aspectos más rutinarios del pilotaje, que delataba acaso su bohemio origen berlinés, lo combinaba con una destreza absoluta en el combate aéreo, donde sus reflejos, su audacia y su vista le daban una ventaja excepcional. Nada era fruto del azar: ejercitaba los músculos de las piernas y los abdominales para resistir mejor el maltrato que la fuerza de la gravedad infligía a su cuerpo en sus abruptas maniobras, y nunca llevaba gafas de sol para acostumbrar sus ojos a la luz extrema y no deslumbrarse nunca. Algo que le vino de perlas cuando lo trasladaron al norte de África y el desierto de Libia se convirtió en el escenario de sus combates.

Aquí, piensa Arturo, sobre estas arenas amarillas, encontró Marseille su destino: su gloria, que lo elevó de su condición de oveja descarriada a la de héroe, y también su final, que fue el que corresponde al guerrero. Un mal día de septiembre de 1942, mientras intentaba saltar de su Messerschmitt Bf109G alcanzado por el enemigo, su cráneo se estrelló contra su propio aparato y allí quedó truncada su historia. Sucedió sobre lo que hoy es Egipto, pero no muy lejos de donde vuela ahora Arturo.

Al pensar en el aviador fantasma, y compararlo consigo mismo, Arturo no puede dejar de sentir

una extraña mezcla de alivio y decepción. Su vida, aunque esté expuesta como lo está la de cualquiera que sobrevuela un país en guerra con un avión armado y órdenes de combatir, no corre ni mucho menos los riesgos que corría Marseille. Al alemán, había decenas de pilotos en el aire tratando de cazarlo; Arturo, en cambio, no ha registrado aún en el radar de su avión ni rastro del enemigo.

También él es, a su modo, un aviador fantasma. A miles de pies de altitud, nadie puede verlo, tan sólo es un rugido lejano en el cielo. Nadie lo recordará, nunca, al sobrevolar Tobruk.

La afrenta de Deraa

El 20 de noviembre de 1917, un oficial británico disfrazado de árabe se infiltró en Deraa para sublevar a los sirios de la ciudad contra la tiranía de los turcos. Se llamaba Thomas Edward Lawrence, aunque la historia, con la ayuda del cine, y en particular, de David Lean y Peter O'Toole, lo recordaría como Lawrence de Arabia. Según su propio, si bien elíptico relato, fue capturado por sus enemigos y esa noche fue violado por el comandante turco de la ciudad, que era un reputado pederasta. La película no se privó de recoger esta afrenta de Deraa, en la que un repulsivo turco de uniforme se queda prendado de la blancura de la piel de Peter O'Toole, allí donde el sol del desierto no ha abrasado el color natural de la tez del temerario militar galés.

Según un tal James Barr, historiador que muchos años después estudió el oscuro episodio, a partir de los propios diarios de Lawrence, en los que significativamente estaba arrancada la parte correspondiente a esa semana de 1917, el héroe de la revuelta árabe planeó ir a Deraa, pero nunca llegó a entrar en la ciudad, sino que permaneció escondido en las ruinas de la fortaleza de Azraq. El incidente sería invención de Lawrence, en parte por su pulsión masoquista, en parte para incitar aún más a los sirios a revolverse contra el Imperio Otomano, a fin de cumplir mejor con el encargo que él había recibido del Imperio Británico, interesado en desplazar a los turcos y hacerse con Oriente Medio y con su riqueza petrolífera, como finalmente ocurrió.

Como buen sirio, y oriundo además de la ciudad en cuestión, X conoce esta historia, la de la afrenta de Deraa, y también las dudas suscitadas al respecto por los historiadores. No puede dejar de acordarse de ella este día de marzo de 2011, casi un siglo después del supuesto incidente, mientras escucha en el Parlamento de Damasco al líder de su partido, el Baaz, y jefe supremo del Estado, negando que exista una revuelta y achacando todo a una conspiración internacional para sembrar el caos en Siria, con la ayuda de una chusma minoritaria. No puede dejar de pensar en ello porque ha sido en Deraa, justamente, a la que él representa en esa cámara, donde se han producido los peores disturbios, donde las fuerzas de seguridad han disparado contra la multitud y donde fuentes oficiosas afirman que en el hospital han entrado cuarenta cadáveres con heridas de arma de fuego, una cifra que las fuentes oficiales reducen a tan sólo dos.

No ha habido ninguna revuelta popular en Deraa, sostiene el régimen, tan sólo un problema de orden público mal gestionado (las autoridades locales han sido convenientemente destituidas, por su incompetencia), y el líder, recalca él mismo ante el auditorio entregado de los parlamentarios, cuenta con el afecto de su pueblo, del que sigue siendo, dice, a la vez hijo y hermano mayor (una extraña combinación, que hace pensar en el origen esencialmente filial de su investidura). Uno de los parlamentarios se levanta y le grita su adhesión, lo que provoca en el líder una sonrisa de complacencia que ya no le abandona durante el resto del acto. Por momentos parece incluso escapársele una risa floja, secundada por sus turiferarios, que lo aclaman y jalean cuando al fin se dirige a la salida, para seguir gobernando un país sometido desde hace décadas al estado de excepción.

X se levanta, y grita y aclama como los demás. Pero él representa a Deraa, tiene familia allí. Él no puede ignorar la realidad de esta nueva afrenta de Deraa. Él sabe, a ciencia cierta, si el bey turco violó al rebelde, o si este se inventó la historia. Si aplaude a despecho de ello, o sobre ese conocimiento y sin ningún remordimiento de conciencia, adivínelo, con su infinita sabiduría, el lector.

Nadie al timón

2011-2012

Para José Luis Sampedro, in memoriam

No hemos aprendido a vivir.

JOSÉ LUIS SAMPEDRO

Amor de padre

Otros, o mejor dicho todos, van a juzgarlo. No puede ser de otro modo, intuye quien ahora mismo lo ve a través de la webcam, junto al cadáver de su novia recién asesinada. La mayoría pensará que es un monstruo, otro varón sin entrañas que se arroga la propiedad sobre una mujer hasta el extremo de arrebatarse la vida y (añadirán algunos, para reforzar el lado macabro y morboso del asunto) exhibir a continuación sus despojos como un trofeo.

Alguno habrá, tal vez, si es que ese detalle llega a trascender, que lo juzgue con menos severidad por el hecho de que ella le hubiera sido infiel y estuviera esperando el hijo de otro hombre, algo que, argumentará quien lo considere en alguna medida una disculpa, trastornaría a cualquier hombre con sentimientos normales.

Pero nada de todo eso es de su incumbencia. A él no le corresponde clavar en su hijo el índice acusador, ni amontonar y forzar contra él los epítetos ofensivos que alberga el diccionario. Tampoco le toca, nunca lo hizo ni va a empezar ahora, buscarle disculpas a su conducta: como ya le dijo su propio padre, esa es la manera en la que uno proporciona a sus hijos la peor de las crianzas; el procedimiento por el que uno se asegura de que jamás será un hombre decente ni de provecho. No es cuestión de excusar sus errores, y menos aún de ayudarlo, si llega el caso, a excusárselos ante sí. Debe ayudarlo a ser consciente de ellos, y a enmendarlos, aunque hay defectos que nos acompañan como el rostro o la voz (y de los que no podemos, por tanto, desprendernos) y errores que una vez cometidos no admiten reparación. Como el que acaba de cometer.

No, él no es fiscal ni abogado defensor, sino su padre, algo para lo que resultan igualmente inservibles las artes de uno y de otro. Lo que a él le toca ahora es protegerlo, ampararlo y, como ha venido haciendo desde que por primera vez usó sus pulmones para lanzar al aire el ruido de su llanto, cuidar de él. Lo ha hecho en muchas ocasiones, todas ellas más fáciles que la de ahora, por difíciles que pudieran parecerle. Ahora, para empezar, y aunque lo esté viendo, se encuentra a miles de kilómetros, en otro país. Para continuar, ha matado a una persona, y amenaza con matar a otra. Y para concluir, en el estado de enajenación en que se encuentra, y si lleva a cabo su amenaza, lo más probable es que a renglón seguido no se le ocurra otra manera de encarar la situación que él mismo habrá creado que matarse o hacerse matar. El padre lo sabe, porque tiene experiencia de la vida. Porque no es el primer hombre al que ve revolverse contra la mujer a la que ama, y porque sabe el cortocircuito absoluto en que eso puede acabar desembocando. Mientras le habla para disuadirlo, mientras se muerde los puños de impotencia, piensa a toda

prisa cómo cumplirá con su deber, cómo ejercerá su responsabilidad paterna en esta cruda tesitura en que el destino, con el auxilio de una doblez femenina y un despropósito masculino, lo coloca.

No hay muchas dudas, a la postre, sobre lo que debe hacer: la incertidumbre que le atenaza es si conseguirá que funcione a tiempo. Sabe dónde está. Puede darle datos precisos a la policía rumana, que a su vez, a través de su enlace permanente en Madrid, se los trasladará a la policía española para que irrumpa en la vivienda de la periferia madrileña donde el horror ha encontrado su morada, antes de que el desastre se haga aún más inmenso e irreparable.

Así, al final, el hijo no mata a nadie más, ni llega a intentar contra sí mismo. El padre, cuando le avisan, respira aliviado. Ha acertado a cuidar del hijo, del único modo posible. Metiéndolo en la cárcel.

Ciudad dormitorio

—Móstoles es la verdadera capital del sur. Los demás municipios son ciudades dormitorio.

El candidato repasa una y otra vez la frase que el dirigente de su partido acaba de arrojarle desde las alturas de su elevada investidura. Es lo que en la guerra llaman fuego amigo. Por un momento, se siente como uno de esos soldados que están pongamos en Afganistán, y que en medio de un combate con los talibanes solicitan apoyo aéreo. El dirigente de su partido es como el piloto del F-18 que despega de un portaaviones en el golfo Pérsico y desde la comodidad de su cabina climatizada suelta un par de bombas de 1.000 libras que en vez de dar a los talibanes sepultan a las tropas propias bajo una lluvia de cascotes.

Hay varios candidatos que se encuentran en su misma situación: Valdemoro, Pinto, Parla, Fuenlabrada, Getafe, Leganés, Alcorcón... Todas estas ciudades acaban de ser despachadas por su incontinente jefe y compañero al averno de los lugares sin identidad, al vertedero de los amasijos de ladrillo sin alma, al muladar de los apartaderos de carne proletaria al final de la jornada. En todas esas ciudades, donde viven miles de personas, a la sazón potenciales y deseados votantes en las próximas elecciones, hay un compañero de partido que en este momento piensa en cómo va a salir a la calle para defender el programa de una formación política que, para elevar a Móstoles, vaya usted a saber por qué, a una inexistente y en todo caso inservible dignidad capitalina, ha decidido despreciar a todas las ciudades colindantes cual si de infames suburbios se tratara.

Ciudad dormitorio. Una denominación que remite a tiempos pasados y, sobre todo, a esa concepción de la vida basada en el arriba y el abajo, en el dentro y el fuera, en el ser y el no ser de las personas y los lugares por razón de su adscripción, o no, a una categoría que deciden quienes desde la jerarquía, social y económica, imponen su orden al resto. Una etiqueta que no puede compadecerse menos con los tiempos 2.0, donde la comunicación, también la política, se basa, o eso les dicen los asesores en todas las reuniones de campaña, en el reconocimiento al

receptor del mensaje de la capacidad de responder y retroalimentarlo, y donde uno ya no es sólo lo que dice, sino lo que se deja decir y la manera en que muestra al destinatario del discurso electoral hasta dónde está dispuesto a atender a sus inquietudes y a construir desde la verdadera empatía una acción de gobierno orientada a la ciudadanía y a sus necesidades.

Blablablá. Así es como se entiende, en eso es en lo que queda toda esta jerigonza, cuando alguien, poniéndose estupendo (y olvidándose de que en los tiempos 2.0 cualquier desatino que uno suelte delante de un micrófono corre como un reguero de pólvora para estallarle delante de las narices en el momento y lugar que menos convenga), decide quedar bien con alguien por la vía de formular un juicio con el que asoma la patita oscura bajo el vellón blanco. El candidato es un tipo con ganas de trabajar y de aportar algo a su ciudad, en la que ha nacido (o no), en la que vive y a la que ha decidido darse, porque sabe que en ella, además de un montón de bandarras, como en todas partes, hay gente que merece la pena y pelea por su futuro. Aunque para su dirigente sólo sea una ciudad dormitorio donde las bestias de tiro, después de la brega, caen en el sopor.

Por un momento, el candidato siente tristeza. Apenas dura un instante. Por suerte, las noticias pasan de moda enseguida. Y alguien, en las filas de enfrente, cometerá en cualquier momento alguna estupidez que compense este desliz. La partida sigue abierta.

Las copas rotas

Juan despliega a sus hombres en las inmediaciones del edificio. Ya saben el piso en el que tienen que entrar y han confirmado que el objetivo se encuentra dentro. Según varios testigos, se acogió a la protección de su casa poco después del crimen y no se le ha visto salir. Por si eso no bastara, hay luz en la ventana, y alguno de los suyos ha visto una silueta que se recortaba en el marco al menos un par de veces. Han averiguado también que vive solo, lo que descarta cualquier daño colateral.

Juan ha asumido la responsabilidad de entrar con los medios que tiene, una decena de agentes uniformados, sin llamar a la unidad especial de intervención. Sólo es un zumbado con un cuchillo, y el inspector cuenta con un par de tipos lo bastante grandes y lo bastante decididos como para convencerlo de que más le vale tirarse al suelo en cuanto se le ordene y dejarse poner las esposas. Con todo, nunca se sabe lo que puede pasar, y menos con esa clase de gente. Los desesperados, y aquél bien puede serlo, incluso desde antes de convertirse en un homicida, son impredecibles. Juan no olvidará aquella primera lección que recibió al respecto, cuando recién salido de la academia fue con un compañero más veterano a disuadir a un suicida que estaba en la azotea de un piso de diez plantas. El compañero tuvo la idea desdichada de decirle que saltase si tenía cojones. Y el suicida, ni corto ni perezoso, emprendió el vuelo.

Pero quiere creer que esta película no se saldrá del guion que ha trazado antes de entrar. Los

criminales repentinos suelen ser también inseguros. Ha podido clavarle el cuchillo en el pecho a un chaval que no se lo esperaba. Cosa muy diferente es lanzarse contra una decena de policías que te apuntan con sus pistolas.

Mientras suben por la escalera, haciendo el mínimo ruido posible, Juan reflexiona sobre la nimiedad trágica de todo aquello. Un lugar de copas. Un par de chavales algo achispados que se enzarzan en una discusión con un desconocido a propósito de la final de la Copa del Rey. Los dos son del Madrid, y quiere el aciago destino que el otro, culé, tenga mal perder. En algún momento la discusión se sale de madre, puede que los madridistas sean demasiado hirientes al celebrar la derrota del eterno rival, o que el barcelonista se burle de la torpeza del jugador blanco que tiró bajo las ruedas del autobús la copa que llevaban casi veinte años sin llevarse a las vitrinas. Alguien se exalta más de la cuenta, insulta o zarandea. Quién sea el primero en hacerlo, ya da igual. Porque resulta que el que está solo saca de pronto un cuchillo de cocina que lleva oculto y se lo clava a uno de los hinchas del equipo contrario. Sobre quién ha cebado la bomba, Juan prefiere no opinar. Tan difícil le parece cargar el mochuelo a quienes excitan los ánimos antes de estos partidos del siglo, como considerarlos totalmente inocentes de lo ocurrido.

Él mismo es del Barça, pero quiere creer que pertenece a otro mundo, a otra realidad distinta que el perturbado capaz de apuñalar a un semejante, a alguien quien apenas acaba de conocer, con motivo tan irrisorio. Pero la vida, tristemente, es así. Mientras unos levantan los trofeos y se llevan la verdadera recompensa, mientras otros encajan la derrota con el consuelo de algún triunfo pasado o la esperanza de uno futuro, y los euros que a fin de mes caen a decenas de miles en su cuenta corriente, siempre hay arrebatados dispuestos a pagar, o lo que es peor, a hacer pagar, las copas rotas.

Como Juan ha previsto, el hombre no opone resistencia. Ha hecho un movimiento estúpido, innecesario, pueril, y ahora le toca perder un trozo largo de vida para pagarlo. Tiene suerte, pese a todo. A su víctima, el amor a los colores le ha costado la vida entera.

Doce balizas

Desde su sala de operaciones, el narco se recrea en el espectáculo maravilloso que le ofrecen las pantallas de sus ocho ordenadores. Doce lucecitas esparcidas por el mapa le señalan las posiciones de todas las patrullas de sus enemigos. Esos doce puntos luminosos, que se corresponden con otras tantas balizas colocadas en once vehículos y una embarcación, son las que marcan la diferencia entre él y todos los demás traficantes que en este mismo momento tratan de pasar alijos desde el otro lado del Estrecho.

Los otros tienen que encomendarse a la fortuna y a lo que pueda delatarles la red de vigilantes improvisados que hayan acertado a desplegar sobre el terreno: una red que sale cara y que no

resulta nunca ciento por ciento fiable, aunque no falten voluntarios en una tierra donde los chavales se han habituado a preferir apostarse con un teléfono móvil en un cruce de carreteras, o en la bocana del puerto, antes que deslomarse por menos de mil euros en un subempleo de los pocos que resultan asequibles a su nula formación.

Pero él está exento de esas incertidumbres. Él sabe. Recuerda el día que se le ocurrió la jugada maestra. Fue a raíz de que cayera uno de sus competidores, cuando trascendió que los picoletos se las habían arreglado para balizarles las semirrápidas y los coches y se habían permitido el alarde de seguir sus movimientos a distancia durante semanas, hasta que organizaron una entrega de gran volumen. Ahí les cayeron encima, para apuntarse una pila de kilos en sus estadísticas y, de propina, despacharlos al talego con la condena más abultada posible. Entonces fue cuando lo pensó: ¿Y si los balizamos nosotros a ellos?

Para un profano en el negocio o para un desconocedor del Estrecho, la pregunta podía sonar disparatada. ¿Cómo demonios iba un delincuente a hacerle a la autoridad lo que la autoridad le hacía al delincuente, con todos los medios, todas las prerrogativas y toda la información de que dispone el aparato estatal? Eso él no lo tenía, desde luego, pero a cambio tenía algo que venía a valer lo mismo: la maña y las estrategias y las cantidades de billetes necesarias para convertir a un servidor público en un enemigo público como otro cualquiera. El factor humano, siempre vulnerable si uno le echa algo de paciencia y una pizca de audacia.

No tardó mucho en encontrar a los dos guardias. Uno era muy joven, aficionado a la vida nocturna y politoxicómano compulsivo. Al otro le descubrió el flanco por el lado del juego y la afición al sexo mercenario, mayor todavía si le salía de balde. No le costó convertirse en su proveedor y persuadirlos de que bien podían prestarle un pequeño servicio, que nadie tenía por qué relacionar con ellos, a cambio de recibir satisfacción ilimitada de sus pulsiones.

Empezó balizando un par de coches, para abrir un espacio de seguridad por donde colar los alijos. Pero su ambición y el atrevimiento de sus peones fue poco a poco a más y acabó por marcarlos todos, además de la patrullera que cubría su sector de operaciones. Así es como ha llegado a tener este control, a convertir el tráfico en algo tan sencillo y seguro que por momentos le parece indecente ganar tanto exponiendo tan poco.

Lo que el narco no sabe es que en ese preciso instante su némesis ha decidido manifestarse ante él. Una a una, las doce lucecitas se van apagando. La tensión se dispara en sus arterias. Tiene una tonelada en camino y ahora no puede dar ninguna instrucción a los tripulantes. De pronto, se ha quedado ciego. Suena un golpe y luego un ruido de botas sobre el piso y la escalera. Tres segundos después irrumpen en la sala dos marcianos armados y le gritan:

—Guardia Civil. Al suelo.

Nada en la vida, piensa, mientras se tira, es nunca tan fácil.

Benita siente en los huesos, una mañana más, el bocado canalla del reuma. Ya es un viejo compañero, que le marca los días con el ritmo antipático de sus idas y venidas. Pero hay maneras y maneras de enfrentarse a él, y desde luego la mejor no es estar haciendo la cola del Inem a las siete de la mañana, junto a toda esta juventud que en los últimos años ha ido cayendo en la batalla de la crisis. Una batalla en la que, por lo que Benita sabe y ve, cuando le toca ir allí, cada mes, a sellar la cartilla del paro, van ganando los malos, y además por goleada.

Y eso que dicen que la pequeña comunidad autónoma en la que vive Benita no es precisamente de las más azotadas por el desempleo. Más duro pega más abajo, donde hay lugares, dicen, en los que más de la mitad de los jóvenes andan a dos velas, con una mano detrás y otra delante, sin oficio ni beneficio ni perspectiva de encontrarlos. No es la primera vez que Benita vive una situación así. Ni siquiera es la primera vez que ve estas colas ante la oficina de empleo. Pero algo le dice que en esta crisis las cosas van peor que nunca, porque al tamaño del problema se une la actitud de la gente. Benita quiere recordar, o será la benevolencia de la memoria, que en otros momentos en que pintaron bastos la gente apretaba más los dientes, peleaba más y le ponía más ilusión y más fe a la lucha por salir adelante.

Claro que eran tiempos de más fe en todos los sentidos, se dice Benita, que nunca fue especialmente religiosa, y no como ahora, en los que el único credo que tiene la gente son los colores de un equipo de fútbol o los de una tarjeta de crédito.

A veces Benita se pregunta si merece la pena pegarse esas colas y esos madrugones y pasar al relente los pinchazos del reuma. De madrugar, no duda: si ha de seguir viniendo, mejor a primera hora, que luego a media mañana no se sabe lo que tardas y se le desbaratan todas las tareas de la cocina y de la casa. Pero no deja de preguntarse, como intuye que se preguntan algunos de sus vecinos de cola, qué hace una señora de sesenta y tres años allí, demandando, teóricamente, un puesto de trabajo que no le va a salir. Vamos, a no ser que exista el hada Campanilla y no tenga nada mejor que hacer, tras pelearse con Peter Pan, que ir a rociarla con un poco de polvo mágico que le quite treinta años, le ponga dos carreras y de paso la haga irresistible a los dos o tres empleadores que en este momento, como mucho, deben de estar buscando a alguien en toda la comunidad autónoma.

Benita, claro está, no es tonta, y además se precia de su sentido práctico. Nunca ha hecho las cosas porque sí. Y en este caso, menos que nunca. Estar inscrita en el Inem se lo exigen, si quiere acogerse al programa público de excursiones y actividades para mujeres mayores pero que todavía no puedan beneficiarse de las ayudas del Imsero. Como ella, están muchas, con los hijos ya criados y fuera de casa, y dispuestas a cualquier cosa menos a quedarse en ella haciéndose viejas y perdiendo los años de vida que tienen por delante, y que, poniéndole ganas y haciendo por conservar la salud, reuma aparte, todavía pueden dar mucho de sí.

Por este motivo, Benita se apuntó al paro, convirtiéndose, aunque eso ella no lo sabe, en la parada número 4.421.313 de las estadísticas. Ya ha hecho media docena de excursiones gratuitas,

amén de otras muchas actividades, pero cada vez que pasa frío en la cola se pregunta si tiene sentido, si no debería rascarse un poco el bolsillo y ahorrarse el mal trago.

Lo que no se pregunta nunca, Benita, es a quién puede interesarle que engrose el cómputo fatídico que mide la ruina del país. Hay preguntas que sólo sirven para incomodar.

Matar al poeta

Puede haber sucedido así, después de todo. Y cabe comprobarlo. La posibilidad, espeluznante, bien lo merece. ¿O quizá lo exige?

El poeta, enfermo, está refugiado en un hospital. Tiene un cáncer de próstata, que desde hace tiempo progresa a costa de su vida. Tiene la edad suficiente como para que no lo haga excesivamente deprisa y no es ese mal la razón de su hospitalización. Al hospital lo han llevado, más que nada, para protegerlo de la melancolía y de los hombres que lo odian y que ahora están al mando de su país. Ha hecho gestiones con un embajador extranjero, para cruzar la frontera y emigrar a donde no esté a merced de quienes le aborrecen. Porque en unos pocos días, los nuevos amos han demostrado que no se andan con medias tintas. Hay un estadio de fútbol lleno de prisioneros, que pronto serán muertos sin paradero o, como dirá el terrible eufemismo: desaparecidos.

Pero a él no lo van a desaparecer. Eso es algo que puede hacerse sólo hasta cierto tamaño, y él, de cuerpo y espíritu, es demasiado grande para poder quedar archivado bajo ese atroz expediente. Para él, si la historia es cierta, y nada lo excluye, está prevista una atrocidad todavía mayor, ingeniada a medida.

Ocurre en un momento de vulnerabilidad. Cuando en medio de la tristeza y de la soledad infinita de la celda hospitalaria, lo ataca el mordisco del dolor. El ángel de la muerte viste de blanco, con bata, y se parapeta tras una añagaza de falso samaritano. Con la indulgente superioridad de su ciencia, desviada hacia un propósito espurio, le habla suavemente y le anuncia:

—Don Pablo, vamos a atajar esos dolores.

Y a partir de aquí, la siniestra especulación. La historia oficial dice que el poeta muere poco después, en el hospital, de resultas de su enfermedad y del abatimiento que le produce ver a su patria deslizarse hacia lo más oscuro de la más oscura noche. La nueva hipótesis, tan alarmante como perturbadora, sostiene que lo que el médico le ha inyectado, en el vientre además, es un veneno que lo ultima limpia y silenciosamente, con la tranquilidad de que nunca habrá autopsia. Nada aconseja hacérsela a un viejo canceroso, al que además se le había echado encima la amargura.

Muchos años después, es el hombre que vio una extraña mancha rojiza en el abdomen del poeta muerto (su chófer, detenido poco después y remitido al estadio del oprobio) el que pide a gritos

que se le desentierre y se busque en lo que queda, que no será más que la osamenta, algún resto del tóxico letal. Para muchos, es un viejo en busca de una notoriedad intempestiva y contagiada por el recuerdo del premio Nobel. Pero las pretensiones no se desacreditan rebajando al hombre que las promueve: son ellas, si acaso, las que dan la medida de lo que ese hombre llega a ser.

La conjetura, o algo más, impone una tétrica simetría: los dos más grandes poetas del siglo en lengua hispana, ultimados por el fascismo rencoroso, en los albores de los movimientos totalitarios que en tiempos diferentes frenaron en seco el progreso de sus pueblos respectivos. Uno, Federico, ante el más torvo y brutal pelotón de ejecutores. El otro, Pablo, bajo la jeringa alevosa de un sanador presuntamente convertido en verdugo.

Aquel médico goza, sí, de presunción de inocencia. Y es posible que todo sea, sí, una suposición calenturienta de un hombre herido por el atropello pasado y aturdido por la vejez presente. Pero el cuento, y la correspondencia tan estremecedora y exacta con la muerte de aquel otro poeta, no deja de tener su lógica y su consistencia. Al fanático, al salvapatrias, le sobra como nadie el poeta. Porque él construye la libertad que fluye más allá de barrotes y decretos. Él proclama, desnudo, la miseria del tirano.

Mayo del 11

Comisaría de Harlem, Nueva York, mediados de mayo de 2011. Una mujer se enfrenta a cinco individuos numerados del 1 al 5, entre los que tiene que identificar al sospechoso de haberla agredido sexualmente. Los detectives que acaban de presentárselos, a través del cristal que impide la visión desde el otro lado, le dicen que se tome su tiempo, y que sólo señale a uno si está completamente segura de que se trata del agresor.

—El número 3 —dice la mujer, al cabo de unos segundos, con un hilo de voz en el que, no obstante, no hay titubeo.

Con esa designación, más la denuncia y el testimonio que ha prestado anteriormente, la mujer, una inmigrante africana con sólo siete años de residencia en Estados Unidos, va a determinar la prisión incondicional y sin fianza del hombre que sostiene el número 3, y que es el máximo dirigente de la institución que imparte directrices financieras al mundo entero.

Dice la mujer que el gran hombre blanco quiso abusar de ella. Que la libido del rico banquero apunte a la desposeída, y que esta, después de plantarle cara, lo denuncie y acabe metiéndolo entre rejas, es una metáfora demasiado poderosa como para pasarla por alto. La juez del distrito de Manhattan que ha de tomar la decisión es consciente de ella, pero valora las pruebas y las circunstancias; en particular, que el acusado fue arrancado *in extremis* del asiento de primera clase del avión en que iba a volar a Francia. Allí lleva décadas huido de la justicia

norteamericana ese director de cine, Polanski. Mala pata para este. Guarde su millón de dólares. Fianza denegada.

Madrid, mediados de mayo de 2011. Mientras el banquero se acostumbra a su celda individual en la prisión de Riker Island, más conocida como La Roca, y la dirección de la prisión lo incluye en el programa para la prevención de suicidios, unos jueces, integrados en la junta electoral provincial, han de tomar una decisión incómoda. En plena campaña electoral, y en vez de atender a los actos organizados por los partidos para vender sus candidatos y sus programas a los votantes, la gente está pendiente de otra cosa, inoportuna y perturbadora: miles de personas ocupan la Puerta del Sol desde hace días, pidiendo una renovación del sistema que se ha probado impotente para remediar una crisis que ha arrojado a un quinto de la población y a la mitad de la juventud al desempleo y a la desesperanza.

Como la juez neoyorquina, también ellos se enfrentan a la posibilidad de una metáfora. Que en este momento prevaleciera la voluntad de un grupo de ciudadanos de desmarcarse, frente a la pretensión de los aparatos de los partidos de monopolizar el debate público y excluir cualquier otra vía de expresión colectiva, sería un signo alarmante de la erosión de los presuntos representantes.

La decisión no es sencilla, desde el punto de vista jurídico. En la raya difusa del ordenamiento donde se dilucida este asunto, siempre cabe argumentar para que la moneda caiga a un lado o al otro. Nadie les va a acusar de prevaricación, o de vulnerar la legalidad, decidan lo que decidan. Después de deliberar, los jueces de Madrid resuelven cargarse la metáfora. Prohíbese la concentración, y sea delito electoral acudir a ella. Que las autoridades y la policía hagan que se cumpla la resolución.

Pero cuando la policía acude al lugar, miles de personas están delinquiendo al unísono. Y como ellas, miles más en las plazas de las más importantes ciudades del resto del país. No son personas violentas, no responden a una etiqueta simple, son lo bastante diversas como para dar que pensar. Y en este punto queda el cuento. Urge hallarle continuación (convinciente).

Haciendo cajas

Manuel sacude la cabeza, desconsolado, y todavía perplejo. Quién le iba a decir que iba a estar así. Haciendo cajas.

Era lo último que entraba en sus previsiones. De algún modo, se había hecho a pensar que aquel despacho, aquella nómina, aquel teléfono móvil y todo lo demás eran suyos, inalienables, imprescriptibles. Que el pueblo no podía dejar de votar a sus siglas, porque estaba en el ADN, en la historia y en el alma de la gente que ellos y nunca otros podían ser sus representantes. Pero ha sucedido. Han votado a los otros. Y ahora Manuel y los suyos tienen que salir, y será uno de los

otros el que ocupe el despacho, reciba la nómina, use el móvil. Manuel repara de pronto en que tendrá que hacer las gestiones, con ellos, para que al menos le dejen conservar el número. Y buscar una tarifa que le convenga, si la hay. Nunca ha pagado un recibo. Su primer móvil, veinte años atrás, ya fue municipal.

Pero lo peor de todo es que Manuel no tiene adónde volver. Nunca ha cobrado de otra cosa que de ser político, y a aquellas alturas del partido no está seguro de valer para nada más. Quizá puede tratar de vender su experiencia como gestor pero, ¿para gestionar qué? Es muy dudoso que las pocas empresas que resisten ante la crisis se fijen en él para encomendarle la incierta tarea de contribuir a su supervivencia. Antes buscarán entre todos los gestores que han ido al paro en los últimos tres años, o mejor, entre la gente nueva que traiga otras ideas, y no las que se han demostrado inservibles. Tampoco puede confiar en la salida habitual del político desahuciado: encontrar algún acomodo en la burocracia del partido, ya directamente, ya en alguna diputación o algún otro apartadero más o menos encubierto. Y es que como él hay cientos, o miles. La burocracia del partido no traga tanto, y menos ahora que se ha reducido drásticamente el territorio en que ejerce su influencia política real.

Ernesto, mientras prepara sus cajas, comparte la tristeza y el estupor de Manuel, pero no su miedo ante el futuro. Antes de saltar a la política, tuvo la precaución de sacarse una oposición y, gracias al estatuto de la función pública, puede acogerse al puesto que nunca llegó a ocupar. La perspectiva le tranquiliza de cara al pago de las facturas (incluida, como en el caso de Manuel, la del móvil que tampoco había sufragado hasta la fecha). Aunque bien mirado, no deja de presentar aspectos inquietantes. Veinte años después, Ernesto recuerda sólo vagamente en qué consistía el trabajo para el que sacó plaza, y calcula de pronto que allí tendrá un jefe, que acaso se complacerá en darle caña al exgobernante, de pronto convertido en subalterno.

María, que igualmente está haciendo cajas, tiene un pensamiento distinto del de sus compañeros. Ella también tenía un trabajo antes de entrar en política, pero era un contrato eventual y perdió todos los derechos cuando dio el paso. Lo hizo porque la convencieron de que el partido necesitaba gente como ella, currante y comprometida, y currando y comprometiéndose ha pasado los últimos ocho años. Ahora irá a la calle, y en lugar de ser una chica soltera de veinticuatro, como cuando dio el salto, es una mujer casada de treinta y dos y con dos hijos. Sus posibilidades en el mercado de trabajo, que no es el de ocho años atrás, sino el de los 5 millones de desempleados, se aproximan vertiginosamente a cero.

Otros han sacado tajada de la política. Ella ha hecho un negocio ruinoso. Pero mientras hace las cajas, entiende que hay una razón. Los han mandado al paro, en definitiva, los que en él se quedaron bajo su mandato. Hay una simetría, que mal que a ella y a otros les pese, viene a ser una forma de justicia.

El internet del expresidente

El expresidente relee el artículo que acaba de escribir. No es el primero que dedica al asunto, pero le da la sensación, mientras recorre los renglones, de que es el que mejor le ha quedado hasta la fecha. Sus argumentos son brillantes. Sus paralelismos, ingeniosos. Sus conclusiones se le antojan irrefutables. Como punto de partida, defiende la obsolescencia de la propiedad intelectual por su incoherencia de fundamento: cómo va a cobrar por haber creado alguien que, nacido en el seno de una civilización, no ha hecho más que deglutir y reprocesar el acervo cultural de dicha civilización. Puede pedir que se le indemnice ese esfuerzo, en tanto lo hace, pero nunca pretender que de forma vitalicia se le atribuya una renta por haberlo realizado. (Aquí, para reforzar su credibilidad, recuerda que él tendría derecho a una pensión vitalicia que no percibe.)

Sobre esta premisa, y frente a quienes postulan que debe introducirse alguna limitación a la descarga no autorizada de contenidos, concluye que la creación intelectual parte de y está orientada a una función social, que toda la cultura debe ponerse al servicio y a disposición de la comunidad sin ser remunerada por ello, porque a ella pertenece. ¿Cómo limitar el flujo incontenible de conocimiento que permite la tecnología, invocando razones egoístas ancladas en el enriquecimiento individual?

Impecable. Progresista. Esclarecedor.

Rematado su texto, mira por la ventana. Hace un bonito día. Algo caluroso, porque tal es el clima de su tierra. Pero en su espacioso despacho la temperatura es óptima. Es lo que tiene ocupar un edificio nuevecito, con equipos de climatización de última generación, tan eficaces como inaudibles.

Plenamente satisfecho de su trabajo, al que ha dedicado buena parte de su apacible mañana, se lo envía a su secretaria, para que se encargue de hacérselo llegar al periódico. Es confortable la sensación de tener a alguien que se ocupe, alguien que se cerciorará de que el email alcanza su destino y, por si eso fuera poco, estará al tanto de traerle el periódico cuando se publique la pieza, para que él la disfrute en letra impresa mientras se toma un café bien caliente. Más confortable aún cuando no tiene que abonar el salario de esa persona, ni los de las demás que le prestan servicio, como el chófer del Audi A8 que ahora le llevará al restaurante donde ha quedado para almorzar.

Meses después, cuando se desvele el coste de todas estas atenciones que recibe, desde los casi dos millones de euros que costó prepararle la oficina, hasta lo que gasta en flores, en lencería o en ser espléndido con los operarios (preservando su peculio particular de cualquier arañazo que esa esplendidez pudiera suponerle) su defensa será que hay una ley que lo respalda, que las cuentas están aprobadas por la cámara, que el coche no se lo compraron, sino que se lo «cedieron», y que si se le retiran todas las prebendas de que goza como expresidente se quedará sin trabajo y sin nómina el personal de una oficina en la que se hace un gasto mínimo, apenas el consumo de internet.

En ningún momento acude a la mente de expresidente, tan dotado para los paralelismos, la idea de que uno no debe ser recompensado por sus esfuerzos pasados, y menos por los que tienen que

ver con catalizar energías que surgen de la comunidad a la que pertenece. Ni por un instante piensa en toda la gente a la que nadie le «cede» un Audi A8 con chófer. En absoluto se siente incómodo por cómo pueda juzgársele al desvelar que, cuando él se descarga cosas, su gratis es total de verdad, porque ni siquiera se paga el internet.

Mal de altura, que se llama.

Jeden das Seine

El joven lee una vez más el rótulo infame: *Jeden das Seine*. O lo que es lo mismo: a cada uno lo suyo. El joven es instruido y sabe de dónde viene la frase y en qué lengua se escribió, hace muchos siglos. No es la suya, ni tampoco la de quienes decidieron, con cinismo insuperable, forjarla y colocarla en aquel letrero a la puerta del horror. En el original, la frase suena así: *suum cuique tribuere*. La tradición clásica la atribuye al jurista romano Ulpiano, quien la incluyó en su definición de *iustitia*, y a quien abochornaría leerla allí, en aquel lugar donde lo último que se pretende es darle a cada hombre lo que se merece. Donde, además, tan clamorosamente brillan por su ausencia las otras dos partes de la definición de Ulpiano: *honeste vivere* y *alterum non laedere*. Vivir rectamente y no dañar a otros.

El sitio que en ese momento abandona el joven, apenas veintidós años, es el campo de trabajos forzados, y de paso de exterminio, de Buchenwald, en Turingia, Alemania. El día es el 11 de abril de 1945. En esa jornada, inolvidable, los prisioneros del campo se han apoderado del armamento de sus guardianes y en perfecta formación salen del recinto para aprestarse a la lucha. Todos ellos están desnutridos, muchos enfermos. Pero marcan el paso con orgullo y están dispuestos a emplear sus últimas fuerzas en liquidar los restos de resistencia que oponen quienes hasta ese preciso día los mantuvieron despojados de su dignidad humana. El joven porta al hombro un *Panzerfaust*, o lo que es lo mismo, un «puño antitanque», que arde en deseos de emplear contra alguno de los pocos blindados que en esos momentos mantiene el enemigo en condiciones de operar. Al pecho luce, con indisimulado orgullo, el triángulo rojo con una S negra que acredita su condición, con arreglo a la clasificación impuesta por sus carceleros: *Rotspanier*. O sea: *rojo español*.

Sesenta y cinco años después, en ese mismo lugar, al muchacho del *Panzerfaust* le enviará un abrazo fraterno un anciano octogenario, al borde ya del último viaje. Para mejor compartir la emoción, para mejor llegarle al alma, lo hará en alemán, la lengua de los carceleros, la de la leyenda infame a la puerta del *lager*. Acreditará, así, que las lenguas son inocentes, porque todas tienen palabras para nombrar todas las cosas y porque todas pueden emplearse con limpieza de corazón. Que no deben pagar, ellas, por la vileza de quienes las retuercen para decir con ellas la mentira, el rencor o la crueldad. En el alemán de los perros de presa que lo encerraron, el octogenario evocará al muchacho que supo resistirlos, y que después del cautiverio tuvo el ánimo

para empuñar el bazuca y no dejar de sostenerlo alzado contra la injusticia, allá donde se la encontrara, incluso si llegaba el caso de encontrársela entre quienes, en algún momento, consideró los suyos.

Jeden das Seine, suum cuique, a cada uno lo suyo. Otros pudieron transigir, olvidar la perentoriedad del mandato de aquel viejo romano, pero él guardaba la memoria de quienes habían manipulado hasta la atrocidad sus palabras. Entre ese día de 1945, y el del siglo futuro en el que se detendría su reloj, el antiguo interno 44.904 se exigió inflexible su observancia. Como a todo combatiente, esa determinación en la lucha le permitió hacer algunos blancos y le abocó a pagar un precio.

El que a él le tocó fue terminar viviendo como extranjero: hallar fuera el reconocimiento que su tierra y de los suyos le regatearon. Murió lejos de donde había nacido, al filo de un verano de incertidumbres, en el que otros jóvenes trataban de recobrar el perdido espíritu de la frase de Ulpiano, apodado el Lapidario. Para él, ya, sonaba de otra manera: *à chacun le sien*.

A vista de helicóptero

El helicóptero sobrevuela la multitud. En su interior, los representantes del pueblo contemplan la masa abigarrada de sus representados. Los policías que pilotan el aparato no pronuncian palabra. Los representantes del pueblo, tampoco. La situación es cuando menos embarazosa. Que no puedan moverse a pie de calle y deban recurrir a utilizar como taxi este aparato adquirido con cargo al contribuyente para otros menesteres, es, se mire por donde se mire, una circunstancia fea y desairada.

Uno de los representantes del pueblo medita sobre lo que está ocurriendo. Cuando le ponen un micrófono delante lo tiene muy claro: para empezar, debe atenerse a un guion, así son las reglas de su oficio; pero además ejerce una responsabilidad pública que le obliga a mostrar autoridad y una determinación sin fisuras. Lo que le toca es por tanto señalar como alborotadores marginales y antisociales a quienes urden y ejecutan maniobras de intimidación como la que en esos momentos mantiene cortados los accesos al Parlamento. Invoca, y lo hace con convicción, el Código Penal, que castiga esas conductas, inequívocamente delictivas, y recuerda la dureza con que las leyes permiten reaccionar contra esa clase de comportamientos. No le tiembla la voz al decir todo esto, porque lo cree de veras, porque tiene la plena conciencia de que esos modos no deben consentirse, que la coacción, incluso pasiva, incluso meramente verbal, es una conducta peligrosa para la convivencia que no tiene el menor hueco en una democracia. Y está persuadido de que eso nadie podrá discutirlo. Al menos, nadie que sea sensato.

Pero ahí arriba, contemplando a vista de helicóptero a la gente, sin ningún micrófono delante, en diálogo silencioso con sus pensamientos, al representante del pueblo lo asalta una súbita

inquietud. La faz de esa movilización, encarnada por energúmenos, o por imberbes irreflexivos que se permiten llamar asesinos a la cara a los policías porque no viven en uno de esos países donde los policías realmente asesinan a los ciudadanos, es fácilmente rebatible. Si sólo estuvieran ellos, podría ordenarse a los antidisturbios que cargaran y los fumigaran como si de una plaga de insectos se tratara. Pero tras esa faz burda y torpe existe un clamor al que le resulta mucho más difícil enfrentarse. Algo que sí le preocupa, y que teme por un instante que llegue un día a adquirir una forma consistente.

Como muchos de su especie, el representante del pueblo es consciente del cúmulo de paradojas y de ficciones en que se asienta el sistema. Las ruedas de molino, las incoherencias, las fallas. No es una persona sin escrúpulos, ni tampoco un necio. No ignora que hay cosas que no pueden defenderse, desde los privilegios desmedidos de que disfrutaban unos mientras se mete tijera a los derechos de otros, hasta las proclamas retóricas que en tantos ámbitos encubren realidades sórdidamente opuestas, con las que es menester convivir porque nadie sabe cómo rectificarlas, o si sabe no puede, o si sabe y puede no quiere.

No desconoce que el edificio es en realidad un castillo de naipes, que se sostiene en buena medida porque cada uno acepta apuntalar el naipe contiguo y porque nadie da el paso de soplar con fuerza. Es bien consciente de que la condición esencial, para no tener que afrontar el bochorno de no tener respuestas, es que nadie haga las preguntas que no deben hacerse.

Mira a la gente, desde su helicóptero que no es suyo ni se compró para llevarle. No teme a los violentos, a los que embisten. Lo que le preocupa es que esa gente haya empezado a decir en voz alta, y no quiera callar más, las preguntas indebidas.

El silencio de la ministra

Nadie ha dicho nada. Nadie ha condenado nada. Nadie les ha pedido perdón. Nadie. Ni a él, ni a su hijo, a quien le fallaron todos esos que cuarenta y ocho horas después callan.

Al principio, eso sí, dieron la noticia. Y quizá ya deba darse por satisfecho con eso, con que al menos el hecho no quedara silenciado. No ha mirado ningún periódico, no sería capaz de leer lo que dicen, pero en uno de los taxis que ha cogido en los dos días anteriores, sin ánimos ni serenidad para conducir, oyó una ráfaga de la noticia en la radio. Una descripción neutra de los hechos: una madre separada ahoga a su hijo con una almohada y luego intenta suicidarse. Y al final, como coletilla, algo que si lo analiza resulta sumamente extraño: «Se desconoce si padecía problemas psiquiátricos». O lo que es lo mismo, una no-noticia. ¿Por qué precisar, en este caso y no en otros, lo que se desconoce, y por qué entre todo lo que se desconoce se selecciona, como colofón de la información, aquello que, ignorándose, podría excusar la conducta? ¿Qué tiene el hecho de que un niño perezca ahogado por su propia madre que merezca esa consideración, la

atenuación hipotética que se deja, sin base alguna, flotando en la mente del radioyente? ¿Por qué no se dice que se desconoce el estado mental de un atracador, de un terrorista suicida, o del adulto que mata a otro tras una discusión de tráfico?

No será porque el hecho sea leve, ni menos aún porque resulte insólito. En un momento de masoquismo, ha hecho la prueba en Google escribiendo las palabras «madre mata hijo». En la primera página ya le salen seis resultados escalofriantes: «Mujer mata a su hijo de cuatro años», «madre mata hijo porque no le dejaba jugar a Farmville», «madre mata hijo por romperle el televisor con la Wii», «mujer asesina a golpes a su bebé al saber que su marido había tenido un hijo con otra mujer», «madre mata a su hijo de dos años con un destornillador», «mujer mata a su bebé y se come partes de su cuerpo». O mejor habrá que decir siete resultados, porque Google también le escupe la noticia de su hijo. Rematada, por cierto, con la indefectible coletilla acerca de eso que no consta respecto de la salud mental de la madre. Nadie especula sobre el sufrimiento del niño, previo al asesinato y en el momento de sufrirlo. Nadie sobre el estado en que se encuentra él, el padre a quien han apagado de golpe la vida.

Hay una ministra que comparece siempre, en caliente y con gran soltura verbal, para condenar otras muertes, sin cuestionarse jamás el estado mental de sus autores. No la ha visto hablar de esta. La ministra suele, en esos otros casos, preguntarse con honda preocupación por los fallos del sistema, que impide proteger a las víctimas. Pregunta más que pertinente, y para la que debería buscarse respuesta, siempre pensó él.

Pero sobre la muerte de su nieto, ni siquiera se pregunta. No parece haber más interrogante (y ése ya lo han formulado de oficio los medios, así que nada hay que añadir) que la presumible demencia absolutoria de la autora. Ni siquiera la llevan a preguntarse nada las cuatro denuncias que él interpuso ante la justicia antes de que se produjera el asesinato, y que de nada sirvieron para proteger al niño de quien finalmente acabaría con él.

Al silencio de la ministra se une el silencio de esa justicia que se inhibió, y ahora, pasado el primer impacto, el silencio de los medios. Porque aquella incertidumbre que cerraba la noticia acaba de quedar resuelta. El psiquiatra forense que ha examinado a la asesina (presunta) ha certificado que su estado mental la hace imputable y que debe ingresar en prisión. Pero esto ya pasa casi inadvertido. Prevalece, al fin, la no-noticia.

Niyireth

Es difícil decir que quiso morir por la bandera que llevaba cosida al uniforme, y que no era la del país donde había nacido. Y, sin embargo, por ella murió, y todos los que, nacidos en el país de esa bandera, ni han muerto ni previsiblemente morirán por ella, al margen de su acuerdo o desacuerdo

con la misión que estaba cumpliendo, deben reconocérselo con gratitud y con un punto de pudor, que muy bien pudiera ser vergüenza.

Pero Niyireth no salió de Pereira, Colombia, y emigró a Gran Canaria, España, para morir por un país que no conocía (más allá de esa sobada condición de Madre Patria y dadora del idioma, que no es poco pero tampoco es tanto como para pedir la vida en pago). Hizo el viaje siguiendo los pasos de su hermana Nelia, quien antes que ella cruzó el océano en busca de un lugar que acabó encontrando bajo el uniforme caqui del ejército español. Niyireth tenía un hijo, Johan, a quien como tantas otras mujeres en su país criaba sola, merced al desentendimiento de algún varón lo bastante fogoso como para rendir en la noche de autos, pero lo bastante olvidadizo como para rehusar que la existencia de una criatura con sus genes supusiera una responsabilidad a la que hacer frente durante un inacabable futuro. Niyireth atravesó el charco y se hizo soldado para que Johan tuviera una vida mejor, aunque ella hubiera de ir a la guerra.

Y a la guerra fue, porque en guerra, aunque muchos millones de sus nacionales no se enteraran (ni quisieran, ni tuvieran que enterarse) estaba el país que la acogió. A Niyireth, pese a ser simple residente, y huésped, no se le ofreció la opción de ignorar el conflicto. Le acabó llegando el turno y la enviaron a donde el fuego, a donde el calor y el frío y el odio y el miedo. Que eso es la guerra y eso ha sido siempre, desde que el hombre es hombre y la mujer es mujer, y también ahora, que la mujer está donde el hombre y tantos hombres donde antes las mujeres.

Niyireth era valiente. Y fuerte. No hay más que mirarle el antebrazo, en una foto que le hicieron al volante del blindado que conducía. Tanto debía serlo, y tan joven, y tan viva, que le encomendaron conducir, ese fatídico día de junio, el vehículo que abría la marcha. El que más números tenía de pisar la mina, que ahora ya no se llama mina, sino IED, *Improvised Explosive Device*, o Artefacto Explosivo Improvisado: la nueva mina del pobre, capaz de reventar los carísimos blindados de los ricos, a fuerza de cebarla con kilos y kilos de explosivo. Niyireth no era rica (apenas 2.000 euros al mes, con el plus de jugarse la vida), pero es sabido que los ricos nunca se ocupan de manejar sus máquinas, siempre le pagan a un pobre para que las maneje y se pille los dedos con ellas, si se da la circunstancia o llega la fatalidad.

Treinta kilos, tenía el IED de Niyireth. El que hizo suyo para siempre, sin querer y de la peor manera posible, entregándole a cambio su ser. Junto a ella, Manuel, un español de pasaporte y también de alma, que en el momento de irse con ella dejó de ser distinto de ella (así fuera artificial y ridícula la diferencia que esos detalles nimios representaban) para hermanarse ambos en el sacrificio. Ni tuvo Niyireth quien estuviera con ella en la vida y la muerte como Manuel, ni Manuel a nadie que estuviera con él como Niyireth. Juntos emprendieron el viaje que los elevó sobre el resto, los que no nos exponemos ni nos sacrificamos.

Cuando el funeral de Niyireth, a Nelia, la hermana, impecablemente uniformada, con sus guantes blancos, su corbata negra y su boina caqui, le entregaron la bandeja rojigualda que cubría el féretro. La bandera de un país donde muchos ya no la sienten. La bandera que a nadie como a ella pertenece.

Autor y apaleado

Ernesto no da crédito a lo que acaba de leer. Se ha impuesto el ejercicio como una especie de penitencia, y puede dar fe de que lo ha sido. Hincarse entre pecho y espalda 28 folios de prosa judicial (y lo que Ernesto no sabe es que la pluma del juez Ruz no es ni mucho menos de las peores de su gremio) es una prueba que resulta todavía más penosa que leer 28 páginas de un mal guion, tormento del que Ernesto es buen conocedor.

Pero, una vez leído el auto por el que se envía a prisión a dos de los fontaneros de la sociedad de gestión a la que le tiene encomendada la recaudación de los derechos de autor que genera su trabajo, detenidos ayer por la Guardia Civil, a Ernesto le parece que infligirse ese martirio ha sido después de todo una idea oportuna. Las verdades amargas han de hacerse visibles, recomienda el poeta, y Ernesto es de los que siempre han creído que, a todos los efectos, más vale saber lo que hay, antes que extender (o, mucho peor, que te extiendan) piadosos velos para preservar tus pupilas de la luz hiriente.

Sin ser abogado, que no lo es (aunque estudiara un par de cursos de Derecho, con desgana absoluta, antes de pelearse con su padre y cambiarse a la escuela de cine), Ernesto puede apreciar hasta qué punto es cutre y chapucera la trama que ha dado con esos dos en la cárcel, y por la que, siempre presuntamente, pero esta presunción empieza a ser demasiado apabullante, se dedicaron a saquear los dineros ajenos. Y todo para ponerse sobresueldos subrepticios a los que ya se creían con derecho (reveladora la petición de uno de ellos de que, si se desmontaba el tinglado que le valía sus propinillas opacas, estas se recuperasen por otro lado) y para detraer millones de euros de los que ya no consta, al menos a Ernesto le entra la duda, si eran beneficiarios finales o simples testaferros, como es regla corriente de administración en las tramas de delincuencia organizada. De esto sí sabe un poco, porque hizo una película sobre el asunto y, puntilloso como es, quiso documentarse como es debido.

Encima de autor, apaleado. De la condición menesterosa que representa lo primero, Ernesto podría escribir una enciclopedia. En la primera parte estarían todos los trabajos que hizo y no le pagaron nunca, desde guiones, tratamientos, sinopsis e informes hasta algún trozo de alguna película como realizador. En la segunda parte estarían todos los trabajos que le pagaron mal, como su primer largometraje, que bien pudo llevarle, entre todas las fases, no menos de cuatro mil horas de trabajo, por las que ingresó, después de impuestos, 20.525 euros, o lo que es lo mismo, 5 eurillos por hora. Un precio (para una labor artística altamente cualificada, y premiada en diversos festivales) al que no conseguiría que nadie viniera a hacerle trabajos de limpieza doméstica, en el supuesto de que su economía diera para ahorrarle el zafarrancho de todos los sábados (que no da).

Y en la tercera parte, estaría todo el dinero, rendimiento y disfrute que su trabajo ha dado a otros, sin que él lo huelga ni se le pida permiso. Como cuando necesitó su propia película para

enviar a un festival, y al no recibir el DVD a tiempo, se metió a bajarla de un sitio donde se anunciaban encuentros, casinos y otros negocios con mucho ánimo de lucro, y en el que él era ya el descargador 2.526. A mayor gloria de cualquier otro.

Sólo faltaba que los que se decían sus defensores, los adalides que con sus ladridos destemplados, entre otras cosas, consiguieron que casi no pudiera decirle a nadie que era autor, le metieran la mano en la cartera para darse todos los gustos que él no puede darse, con la sordidez de los nuevos ricos.

Todos contra él. Menos mal que existe la Guardia Civil.

Ocho euros

Una vida de esfuerzos, años de desvelos para tratar de sacar al hijo adelante, días de promesas y esperanza, el espejismo de paz desde el que aguardaba el último viaje, con el que dejaría al hijo bien colocado, con su piso (de ella) como herencia y garantía de futuro... Todas esas precauciones, todas esas seguridades, saltan de pronto por los aires y se convierten en nada.

O no tan de pronto. La primera señal de alarma fue que al hijo no le salieran las cuentas para la hipoteca, y hubiera que echar mano del patrimonio de ella, ese piso y nada más, para apuntalar la deficiente solvencia del vástago. Luego vinieron los impagos, las ejecuciones en cadena. A la vuelta de unos años, que ahora parecen haber pasado demasiado deprisa, estaban los dos convertidos en insolventes y, poco tiempo después, los dos desahuciados: su hijo de la vivienda en la que había intentado iniciar su aventura autónoma; ella, del piso que era el refugio de su vejez y la dádiva póstuma que le tenía reservada.

El acreedor sin rostro no quiso aflojar. Encarnado en unos abrumados empleados de banca que no eran más que los delegados del invisible dueño del dinero (y que nada podían conceder más allá de estirar mínimamente los vencimientos) exigió lo que se le debía y no consintió en ser indulgente. En vano su hijo primero, y ella después, trataron de arrancarles una tregua, una prórroga, una oportunidad de no caer. En el momento en que les calcularon la probabilidad cierta de convertirse en deudores fallidos, no hubo misericordia para ninguno de los dos.

Ahora ninguno tiene casa, y ella, a sus sesenta y ocho años, no ha encontrado otro camino para cubrir sus necesidades que hacer lo que no hizo antes, vender lo que quizá en otro tiempo habría podido tasar más alto, pero que con las rebajas de la vejez ha de saldar para encontrar comprador. Quizá, piensa en alguna ocasión, ni saldándolo lo vendería ya, de no ser porque entre la clientela también abundan los desesperados, los arruinados, los insolventes, a quienes no les llega para comprar lo que desearían y han de acudir al baratillo que ella regenta.

Por ocho euros vende el servicio, que es ella misma, y la paciencia de pasar por el trago procurando resultar lo más amable y complaciente posible. Por ocho euros le compran el alivio

los que acuden a su oferta, y aunque alguno entra a la transacción (y sale de ella) con el ceño arrugado y la boca torcida, como si sus merecimientos fueran mayores y maldijera segundo a segundo la mala racha que le fuerza a reducir de esa manera su ambición, no faltan los que se muestran agradecidos y satisfechos, e incluso sorprendidos por una atención que supera sus expectativas. Las primeras veces, la repulsión y la vergüenza le impedía reparar en estos matices. Ahora forman parte de su rutina, y captar las diferentes actitudes y talentos de la clientela ha venido a convertirse incluso en un entretenimiento.

Ninguno la trata mal. Hay gente que es más propensa a la rudeza, y gente que es más considerada. Esas cosas, ya se sabe, van en la crianza de cada cual. Pero ninguno se ha mostrado violento o agresivo. Sus canas imponen un respeto.

A ocho euros ha bajado su precio, el precio de todo lo que es y tiene. El futuro, ya ha dejado de tasarlo o de preverlo. Llegará el día en que ni por la mitad de la mitad encuentre quien le compre, pero no es algo en lo que suela ocupar su mente.

Ocho euros. Al frente del banco que se quedó con su casa (y con su vida) hay un hombre que los gana cada treinta segundos. A veces, hay suerte y ella tarda sólo un poco más en ganarlos.

El Marrón

La Organización siempre envía a alguien convincente para encargarse de estas cosas. Y esta vez no iba a ser distinto. El Emisario tiene el don de la palabra y de la persuasión, además de pasar por un experto en el laberinto en el que está metido nuestro hombre. Es, además, un sujeto risueño y cordial, de esos que aprietan el antebrazo cuando te saludan, te interpelan o te despiden. Lo que a nuestro hombre, llamémosle en adelante el Cabeza de Turco, le vale esa mañana tres apretones.

Saludado ha sido, al principio de la reunión; interpelado, justo al llegar al meollo del asunto; y despedido, en todos los sentidos de la palabra, cuando ha quedado claro que acatará las directrices de la Organización, esas que tan amablemente viene a trasladarle el Emisario, y que hará lo que ha de hacer.

Comerse el marrón. O, mejor dicho, El Marrón. Porque aquello, que no pasa de ser una nimiedad, una trapisonda de tantas, desde luego no la peor de la que tiene constancia el Cabeza de Turco, se ha convertido por una serie de carambolas aciagas en la madre de todos los escándalos, y también en el abrupto fin de su carrera en el seno de la Organización. O por lo menos, en su fracción visible. El Emisario le ha asegurado que su sacrificio comportará alguna compensación discreta.

Aunque desea con toda su alma creerlo, el Cabeza de Turco no se engaña. Lo mandan a la nevera, en el mejor de los casos, y ya se verá si se preocupan de que no se quede atrapado dentro,

hasta que un día, transcurrido un tiempo prudencial, alguien se encuentre su cadáver helado y ni siquiera lo reconozca.

Pero es lo que hay y no tiene más vueltas. El Cabeza de Turco se lo debe todo a la Organización. No tiene una alternativa viable de vida, al menos una que le satisfaga, al margen de ella. Y no es tan estúpido, ni tan legionario, como para ensayar la otra reacción posible, negarse en redondo, amenazar con contar lo que sabe, que a lo mejor no es mucho, pero con todos los focos apuntando podría escocer y a todos les consta. Eso sería pan para hoy y hambre para mañana. Nadie aprecia a los traidores. Son como globos pinchados que hacen mucho ruido cuando empiezan a soltar el gas, pero al final acaban de caer al suelo sin que nadie repare en ellos y exhalando el último aliento de manera tan patética como inaudible. No quiere acabar así.

Así que ha de encomendarse a lo que le proponen, esperar lo que realmente estén dispuestos a darle, más allá de lo que ahora le dicen, y firmar el papel por el que se come el Marrón, es decir, por el que acepta, en singular y ante los flashes de los fotógrafos, la culpa que podría corresponder a otros cientos que nunca van a pagar por ella, ni a verla expuesta a la luz, ni en su Organización ni en otras. Es lo mejor, para pasar página cuanto antes y dejar de estar en el ojo del huracán, le dicen.

Y cuando ya ha firmado, cuando pasea por la calle su condición de delincuente confeso, sus antecedentes contra los que ya no vale ni siquiera esa débil membrana de la presunción de inocencia, cuando carga con un certificado de chorizo expedido por él mismo, el Cabeza de Turco se entera de que lo han dejado solo. De que los demás que debían aceptar su autoinmolación como ciudadanos honrados se han resistido y van a presentar batalla, la batalla que a él se le aconsejó que no diera.

El Cabeza de Turco, el comedor del Marrón, necesita esa noche echarse unos cuantos vasos de whisky al colete. No es así como pasa en las películas. En las películas son serios, se atienen al plan, se demuestra una coherencia. Definitivamente, la realidad está llena de burdos, impredecibles aficionados.

Losing Game

Love is a losing game. El amor es un juego perdedor (o una jugada perdedora, o un juego para perder, o un juego de perdedores: el inglés es tan eficaz para sí mismo como puñetero a la hora de traducirlo). Alba escucha esa canción, con la que hace tres años fijó en su memoria recuerdos que paradójicamente son felices y que al volver a oírla regresan en oleadas y la transportan a aquellos luminosos días del verano de 2008.

Pero la circunstancia que la ha llevado a recuperar el disco y reencontrarse con la canción casi perdida (son una inmensidad tres años, en estos tiempos en que cada día trae mil estímulos, cada

año seis o siete megaeestrellas) es cualquier cosa menos dichosa. Al fin ha sucedido. A la chica la han encontrado muerta en su casa de Camden, Londres. Ha ido a apagarse allí donde vino a encenderse, después de cerrar un periplo turbulento y trepidante que la llevó por todo el mundo y casi a todas las conciencias. De los miles de millones de seres humanos que existen, pocos serán, lo sepan o no, los que nunca hayan oído su voz. Los que no hayan salido en los últimos cinco años de alguna aldea donde no haya radio ni nada que se pueda enchufar a la corriente. Si todavía queda alguien con esa libertad.

Alba siente la pérdida como propia. Aunque en estos tres años la olvidara un poco, mientras ella empalmaba novios improbables, borracheras apocalípticas y conciertos desafinados (Alba no es de quienes se recrean con tales percances y, si no puede evitar conocerlos, prefiere mirar discretamente a otro lado), a aquella chica la quería. La veía tan desvalida, tan expuesta.

Pero Alba no quiere sumarse al coro de los que ahora la compadecen. Seguramente son los mismos que en estos días leen con fruición todo lo que publica la prensa del *terminator* noruego cuyo nombre se niega a aprenderse. Los que se sienten impresionados por la proeza despreciable de un cretino que creía tener una teoría para justificar la cacería de un puñado de adolescentes inermes, y que se tomó buen cuidado de alzar las manos con tiempo de sobra cuando llegaron los tiradores del grupo de operaciones especiales. Alba siente no haber estado entre ellos, para empotrarle una bala entre ceja y ceja y desparramar al aire, enredadas en sus sesos, sus 1.500 páginas de ideas absurdas. Ahora que hay que mantenerlo con vida, alguien debería borrarlas de internet y ponerle un bozal para que no incordie con sus ladridos.

Amy podía estar rota por dentro, seguramente desde niña, y pudo romperse todavía más por el camino, pero en sus veintisiete años de dar tumbos acertó a sacar tiempo para grabar un par de docenas de canciones maravillosas, que se escucharán mucho tiempo después de que el bobo noruego se haya apagado en su celda. Canciones que acompañarán los recuerdos y las emociones de millones de personas, que teñirán de belleza instantes, que les regalarán a otros muchos, seguro, el envoltorio para apresar la felicidad que es para Alba aquella canción. *Love is a losing game*. La canción con la que ella, por el contrario, después de muchos años de perder y perder, empezó a ganar en el amor.

La mayoría de los seres humanos, y Alba teme que ella no será una excepción, se mueren sin haber dejado atrás, sin haber creado para que les sobreviva, ni la milésima parte de eso. Quienes ahora expresan su conmiseración por la pobre Amy, situándose por encima de sus roturas, han de olvidar cuán por debajo de ella se encuentran en la capacidad de despertar a los dioses dormidos en el alma de sus semejantes. Allá ellos.

El que merece lástima es el cobarde e ileso noruego. No Amy. Ella dio su batalla y cayó en ella. Como los mejores soldados.

Carácter y personalidad

Malika lee la noticia en la playa. Le llama la atención como no puede ser menos por el hecho de que se trata: la desaparición de una menor fugada, presuntamente, con un chaval marroquí, como lo es la propia Malika. También porque la mirada de la chica, de grandes ojos oscuros (o bueno, eso puede ser un efecto de la foto) le recuerda algunas cosas que no le quedan lejos.

Lee el texto hasta el final. Las circunstancias de la desaparición, el hallazgo del chico, sus declaraciones, la grabación de vídeo que corroboró su testimonio de haberla dejado en una estación de autobuses para que volviera a casa, la final reaparición de la chica, sana y salva. Al término de la pieza se recogen declaraciones sobre la muchacha de personas que dicen conocerla. Aseguran que era una buena estudiante, la más lista de su clase, pero que al llegar a la adolescencia se atolondró un poco. Uno de los entrevistados asegura que es una chica «con mucho carácter, pero sin demasiada personalidad». El binomio, cuando menos original, hace sonreír a Malika. Menos gracia le hace cuando el declarante extrae sus consecuencias al decir que, gracias a esa combinación, «empezó a mezclarse con gitanos y marroquíes». Ya estaba tardando mucho, el bajonazo.

Malika conoce bien a los suyos. Y no tienen que convencerla, a ella precisamente, de lo que en ellos falla algo más a menudo de lo que sería deseable. Sólo ella sabe lo que le ha costado, a sus veintisiete años, llevar la vida que lleva: la de una mujer independiente, que ha estudiado en la universidad, que tiene un buen trabajo y que puede permitirse esa semana de playa solita y sin varón que la pastoree en una playa del Mediterráneo. Y no porque su padre fuera un gañán medieval, como pregona el tópico. Su padre, Mohamed, siempre fue cariñoso, protector y hasta débil con ella, la niña de sus ojos, y la amparó lo que hizo falta para que sacara adelante sus proyectos. Fueron otros elementos de su entorno, masculinos y femeninos, los que hicieron todo lo posible para sabotearlos.

Pero Malika, a estas alturas, también sabe en qué fallan, más de lo que ella querría, los españoles, los franceses, los italianos y hasta los yanquis, que de todos ha conocido. Y sospecha que ningún testigo achacaría sus tratos con ellos a la singular mezcla de un déficit de personalidad y un exceso de carácter.

Aunque en parte, y relaja el ceño al pensarlo, ella misma pueda compartir ese diagnóstico. También ella se recuerda con dieciséis años, y le viene a la memoria un carácter que no se paraba en barras y una personalidad repleta de inseguridades. También ella podría haber administrado mal aquel cóctel, y haber dejado de ser la primera de la clase, como lo fue desde preescolar hasta la universidad, para meterse en algún extravío que acabara de mala manera en una estación de autobuses.

Quizá fue alguna de las veces en que manejó mal el cóctel cuando se vio a solas con uno de esos hombres a los que ahora, tumbada plácidamente en la playa y leyendo el periódico, no podría añorar menos. Y quizá sea en alguna ocasión en que en el futuro se le vaya la mano en la mezcla cuando vuelva a meter la pata de la que huirá como huye ahora, tendida allí en la arena, sin más

tarea en el horizonte que dejar pasar las horas hasta el almuerzo solitario con que se obsequiará en el chiringuito.

Leída la noticia y olvidado el agravio a su origen, Malika mira los ojos oscuros que a su vez la miran desde la página impresa. Confía en que la próxima vez la chica administre mejor su torrente interior. Que prevalezca la personalidad sobre el carácter, y llegue, como ella, a imponerle al mundo su proyecto.

Orguloso de ser español

En el papel de oficio se ve el escudo de España. En el encabezamiento del texto, las dos palabras que representan la decisión definitiva, inapelable: *Tribunal Supremo*. Nuestro hombre, al que en un alarde de originalidad podemos llamar X, nunca imaginó que un asunto suyo mereciera ser examinado y resuelto por tan alta instancia. A fin de cuentas él no es más que un pobre inmigrante, uno de tantos, y en los últimos tiempos, aunque nunca le ha faltado el trabajo que otros no querían, y nunca ha dejado de arrimar el hombro para empujar el país que lo acogió, se siente a menudo como una suerte de huésped molesto.

El abogado que le ha entregado la sentencia lo observa con gesto impenetrable. Antes de ponérsela en las manos, con voz perfectamente neutra, le ha hecho un anuncio ambiguo:

—No se lo va a creer.

X empieza a leer el farragoso texto judicial. Los renglones en los que van detallándose los antecedentes se le juntan unos con otros, y en medio de la impenetrable retórica forense va recobrando jirones sueltos de su historia, esa que ahora toca a su fin. Como le afecta en lo profundo, esa parte la entiende, aunque no todas las palabras le sean familiares. Revive así aquel instante negro: la detención, la comparecencia ante el juzgado, la suerte que en el último momento le permitió demostrar que él no había cometido ningún delito, contra la presunción que casi lo declaraba reo de lesa humanidad y le adjudicaba acciones que jamás habían pasado siquiera por su pensamiento. Volvió a sentir aquel sudor frío, aquella parálisis.

El relato sigue con el incidente al que le condujo aquel episodio, años después, cuando pensando que reunía los requisitos se planteó pedir la nacionalidad española y el ordenador escupió aquellos datos, que él creía que habrían sido borrados una vez archivada la causa contra él. Pero no, las tripas electrónicas guardaban el registro de todos los deslices, incluso los hipotéticos y finalmente descartados por la justicia. Y al antecedente se aferraron los funcionarios que administraban con cuentagotas los pasaportes rojos para negarle a X su dosis de españolidad.

Revive X la frustración, el oprobio, las ganas de ir a buscar a esa mujer funesta a la que había perdido de vista tan pronto como le quitaron las esposas. Pero también el momento posterior, en que, comprendiendo que a la sinrazón sólo puede oponerse una respuesta serena, decidió pelear

por su derecho ante las autoridades del país que rehusaba considerarlo siquiera ciudadano. Todos a su alrededor le decían que lo diera por perdido, que les había dado a los *jabuguitos* la excusa perfecta para no admitirlo en el club, fuera cierta o falsa la acusación.

El abogado lo interrumpe:

—Lea usted el fallo, hombre, que lo veo sufrir.

X lo mira. Su corazón se acelera. Le hace caso.

Ahí está, negro sobre blanco. Los jueces remotos lo declaran inapelablemente español. El abogado le ha gastado una broma pesada. Pero a X ya no le importa nada, ni la broma, ni todo lo demás. Los ojos se le llenan de lágrimas. Lo ha conseguido.

—Como ve, menos mal que se le ocurrió denunciarla y lograr que la condenaran a ella. Otros no lo hacen. De no ser por eso, no sé si le habrían dado el pasaporte. Pero ahí lo tiene.

X no puede dar crédito. Había llegado a aceptar que un percance con una chiflada, aunque la justicia la hubiera certificado a ella como agresora, podía dar al traste con todo. Pero esos jueces invisibles le han devuelto la fe. En este día de agosto de 2011, hay alguien que se enorgullece de ser español.

Ratón, gladiador

Ratón no lo sabe todavía, pero esta noche actúa otra vez. Ya son casi diez años exhibiendo sus habilidades, ya son tres las personas que han abandonado esta vida por enfrentársele (la última, hace apenas unos días). Con ese currículum, la cotización del toro asesino se mantiene alta y el dueño se resiste a jubilarlo. Cada noche que sale a medirse con la turba son diez mil euros, como poco. Ratón no entiende de finanzas: todas sus necesidades, al cabo de tantas temporadas viviendo como un gladiador, se reducen al forraje y el pienso con el que repone las energías que derrocha en la plaza. El margen que le deja a su amo es succulento.

Después del último fallecido, aunque eso tampoco lo sabe, alguien dijo que lo retirarían. Las imágenes de la ejecución dejaron sobrecogidos a los congéneres de la víctima. Con su rapidez habitual, Ratón abatió a su adversario de una cornada certera, en mitad del pecho. Para redondear, le enganchó un muslo: de propina. Un alarde innecesario de casta, porque tan pronto como el infeliz se incorporó, sentado sobre la arena, volvió a desplomarse, fulminado por los efectos del primer pitonazo.

Sin embargo, y también a esto es ajeno Ratón, todas las consideraciones de los humanos, incluido el horror que les produce la muerte de sus semejantes, ceden ante la pulsión suprema, la que mueve el mundo desde que en él mandan los bípedos idiotas que se exponen a su saña. Ratón tiene contrato para varios festejos más, y en todos ellos se le ha apalabrado una abultada

contraprestación a su propietario. No hay ninguna razón para dejar de realizar el jugoso beneficio que eso representa.

Por sorprendente que resulte, ninguna autoridad ha tomado medida alguna para impedir que un homicida acreditado por partida triple vuelva a tener la ocasión de desahogar su instinto y, a nada que le acompañe el acierto, cobrarse una nueva víctima. Ningún juez de instrucción, ningún alcalde, ningún guardia de la porra parece dispuesto a asumir la impopular decisión de privar a la población de una atracción incomparable.

A lo más que llega el escrúpulo municipal es a exigir que se extremen las precauciones en torno a la bestia: que no se permita que nadie la rete bajo los efectos de la embriaguez, o que se limiten sus posibilidades de movimiento y de ataque. Pero cómo privar a la gente de un espectáculo que acaba de revalorizarse tanto, con la última muerte. Y cómo echar a perder la transacción, tan ventajosa para el municipio. El precio del festejo se cerró antes de que la fama de Ratón alcanzara dimensiones nacionales. Si lo quisieran contratar ahora, les saldría, seguro, mucho más caro. A lo peor el precio de sus servicios sube tanto que el año que viene, con la crisis, no pueden permitírselo.

Ajeno a todas estas especulaciones, Ratón medita en su encierro. No sabremos nunca cómo y cuánto recuerda sus propias hazañas. Tampoco sabremos jamás qué sentimientos o expectativas abriga respecto de su futuro, inevitablemente menguante, como lo es el de todos los trozos de carne viviente. Con lo que se puede contar, con lo que cuentan todos, es que cuando lo suelten en la plaza y ante él aparezcan esos muñecos grotescos, retándolo con ademanes torpes, calculará sus bazas y las jugará con la frialdad implacable del que cumple un deber superior. Es posible, si sigue aumentando su cuenta mortífera, que en algún momento alguien tome cartas en el asunto y decida retirarlo. Incluso cabe que se decrete su sacrificio, como si él hubiera buscado esa lid en la que brilló su talento.

Suceda lo que suceda, Ratón, gladiador, morirá como los de su especie: moralmente invicto, altivo en su esclavitud.

La sirena dorada

En la estancia abunda el mármol. Reviste las paredes, los suelos, la escalinata en forma de caracol. El centro lo ocupa un estrambótico sillón en forma de sirena, hecho en un material dorado. Si se trata de oro o de cualquier otra cosa pintada para que lo imite, la foto no permite dilucidarlo. A pocos metros del obscuro y nada práctico mueble, se observa uno mucho más modesto y funcional: un parquecito infantil forrado de tela roja, con patas de madera color abedul. Por su diseño, bien podría estar en el catálogo de Ikea. Lo que hace presumir que en la casa había

un niño, al que, pese haber nacido de una madre singular y estrafalaria, se le apacentaba como a cualquier otro.

La fotografía está tomada en Trípoli, el 24 de agosto de 2011. Una fecha que la capital recordará, seguramente, como la de su liberación del yugo del más chiripitifláutico dictador que vieron los siglos, condición esta que no atenúa, sino más bien acrecienta su ferocidad. Cuando uno sufre la tiranía, viene legitimado para exigirle al tirano una mínima seriedad, no para justificar una conducta que es injustificable, sino para que el drama de ser oprimido transcurra de un modo comprensible. Cuando quien le oprime a uno es un payaso, hay un encarnizamiento en el despotismo que hace intolerable su inhumanidad.

Pero volvamos a la sirena. El fotógrafo de nombre ruso que la ha inmortalizado, con un rebelde sentado sobre ella que hace con la mano el signo de la victoria, ha llevado su arte al extremo de condensar la historia y el presente, y acaso amagar el futuro. La cara de la sirena no es otra que la de Aisha Gadafi, la hija del beduino, nacido antes que su propio país, que a los veintisiete años tomó el poder para llevarlo, supuestamente, por la senda del socialismo y el panarabismo, en primera instancia, y luego por una ruta nueva que vendría definida, valga la licencia poética, por el potaje indigerible que dio en cocer en su llamado Libro Verde, una presunta vía ideológica original de la que salía la Yamahiriya, una república árabe asamblearia y sin dirigentes.

Durante algunos años engañó a más de uno. Luego empezó a no engañar ya a nadie, pero en eso lo bombardearon y supo presentarse como víctima y azote de una tiranía superior a la suya, lo que le concedió un crédito suplementario. Cuando se le gastó, lo renovó haciendo acto de contrición y sometiéndose a aquellos a los que antes había desafiado, y a quienes se ofreció como dique de contención de unos nuevos malvados, los barbudos empeñados en troquelar el mundo a imagen y semejanza de su muy particular lectura de la doctrina de Mahoma.

Pero la sirena con la cara de su hija, hecha de oro o pintada para parecerlo, lo pone todo en su lugar: paparruchas. Una detrás de otra, hasta este momento en que el tirano se ha escurrido como una rata por los subterráneos que mandó construir en su época de rebelde imaginario frente al imperio, y sigue llamando a la lucha a unos mozalbetes que caen frente a las balas de los rebeldes calzados con chanclas o con zapatillas deportivas. Como si su capacidad de hacer el ridículo, y de desencadenar la tragedia en toda su atrocidad, no tuviera límite.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es recordarlo plantando su jaima en todas las capitales del mundo civilizado y democrático, paseándose con sus trajes de fantoche cargados de charreteras por las sedes de las más altas instituciones, montando sus fiestas horteras en el Caribe. El petróleo que mueve nuestra codicia y que le permitió cuatro decenios de payasadas sangrientas pertenece ahora a esos rebeldes que hacen la uve con los dedos. Alguien maniobra ya, seguro, para aprovecharse de ellos.

Tristemente mortal

Al ver la fotografía, Nuria no puede reprimir un gesto de consternación. El titular que la ha llevado a la imagen sugería que mirarla sería un trago difícil, pero no imaginaba que pudiera serlo tanto. El hombre presenta un aspecto terrible. La delgadez linda ya con el mero recubrimiento del esqueleto por la piel. Va vestido de negro, como siempre, Nuria supone que con una camiseta y unas bermudas de ese color. Pero en la foto las dos prendas adquieren una apariencia de continuidad que hace pensar que lleva una túnica corta, hasta un poco más abajo de las rodillas. Lo que se ve de sus piernas es la tibia, el peroné y apenas unos gramos de masa muscular en cada una. El cuello es lo justo para sostenerle la cabeza. Tiene la mirada extraviada, como si ya no estuviera aquí. Se sujeta a su acompañante como un anciano desvalido.

El hombre, sin embargo, tiene sólo cincuenta y seis años, y en febrero cumplirá cincuenta y siete. Si es que, como la imagen que ofrece en absoluto invita a presagiar, llega a sobrevivir a este año 2011.

Siempre es doloroso ver a un ser humano disminuido y menoscabado de esa manera tan atroz por la enfermedad. Lo es incluso si el ser humano en cuestión es alguien que siempre nos cayó antipático, del que guardamos algún agravio o al que odiamos directamente. Sólo las personas sin entrañas pueden sostener el rencor hacia quien aparece vencido ante sus ojos.

Pero a este hombre, Steve Jobs, Nuria le está agradecida. Siente que es, de las celebridades que aparecen en los medios (esa notoriedad pública, justamente, le ha valido esa cruel instantánea arrancada a su intimidad por los *paparazzi*), una de las pocas a quienes les reconoce, desde lo profundo del corazón, el derecho a ser ricas y famosas. Porque Jobs ha hecho mejor, más eficaz, y sobre todo más bella, la vida de millones de personas. Entre las que se encuentra, por cierto, la propia Nuria.

Recuerda ahora cuando se pasó a Mac. Fue a comienzos de 2008. Era un MacBook Air de primera generación. Desde entonces, no ha vuelto a tocar un PC salvo perentoria necesidad y con una sensación de desagrado y descenso en la escala evolutiva. También ha sumado un iPhone, un iPad y un iMac de 27 pulgadas. Todos ellos son herramientas óptimas, que la ayudan inmejorablemente en su tarea como profesional *freelance*.

Pero hay algo más. Se acuerda bien de aquel tiempo, principios de 2008. No pasaba precisamente por un buen momento. Acababan de despedirla, y de resultas de la crisis laboral y económica subsiguiente, rompió con su pareja. Y por si eso fuera poco, en un mes y sin previo aviso, se le murió su padre. Fue entonces, en medio del aturdimiento y el amago de depresión, cuando decidió llevar a cabo algo que había pensado antes, y que muchos le habían sugerido que hiciera: pasarse a Mac. Destinó a ello 1.500 euros de su indemnización por despido. Probablemente, el dinero mejor invertido de toda su vida.

Y no sólo porque tres años después el cacharro siguiera funcionando a la perfección y la batería siguiera durándole lo que duraba de nuevo (no como esos otros portátiles a los que se les degradaba por completo en cinco meses). Sino porque en esos días de 2008, cuando estaba sola, triste y desahuciada (entre otras cosas, tuvo que pasar a compartir piso con dos desconocidas), a

la hora de trabajar se sumergía ese remanso de elegancia y precisión que era su fiel, su plateado, su finísimo Mac. Por dentro se sentía una paria, pero cuando sacaba su portátil, en una cafetería o en un aeropuerto, sentía que todos la envidiaban.

La gente capaz de crear algo así no debería morir.

Las manos de Angie

Nació en Hamburgo, hace medio siglo largo. Por razón de nacimiento podría haber vivido en Occidente, y disfrutar desde el principio de sus libertades y placeres, pero por motivos de religión, vinculados a su padre, pastor protestante, pasó al otro lado del telón de acero, donde su progenitor recibió una parroquia. Allí se formó y llegó a militar en las juventudes del partido único. La grisura de la RDA la contagió de un modo que aún hoy es perceptible en su emotividad contenida y en su mirada de acero. O quizá sea consecuencia de su formación como física.

Sin embargo, como le pasa a todo el mundo (por poner el ejemplo extremo de un compatriota suyo, existe una foto de Heinrich Himmler niño vestido de marinerito), hubo un antes en el que esta mujer no era la canciller de hierro que ahora es, sino algo muy diferente, incluso opuesto. Durante unos años, los que siguieron a la caída del muro, fue «la chica». En particular la chica del entonces canciller Helmut Kohl, que fue quien la puso por primera vez a mandar un ministerio, y que la llamaba cariñosamente de esa guisa, pero al modo germánico, que siempre suena más contundente al oído mediterráneo: *mein Mädchen*.

Han pasado dos décadas de aquello y Merkel, Ángela, *Angie* para sus adeptos, se ha convertido en una mujer poderosa (la más poderosa de la Tierra, según *Forbes*) a la que nadie en su sano juicio y que aprecie su posición osaría llamar «su chica». Va por el mundo con gesto adusto, diciendo lo que no quiere oír nadie: ni los de fuera, respecto de lo que Alemania dará o dejará de dar, ni los alemanes, respecto de lo que ha de pedirles.

La sesión parlamentaria en la que se encuentra corresponde a esa segunda faceta de su vida de aguafiestas. Los alemanes, a primera vista con buen criterio, no quieren seguir pagando las bacanales romanas, las juergas flamencas, la saudade de Lisboa, la cogorza irlandesa y la insoluble tragedia griega. Los alemanes están organizados, formados, son productivos y trabajan mucho: no les ha caído del cielo lo que poseen, más bien tiene que ver con un país donde todos se exigen. Donde cuatro de cada cinco adultos, incluidos ancianos, da el callo para hacer PIB, no como los manirroto periféricos, entre los que tan sólo producen tres de cada cinco y, de esos tres, uno (siendo más bien generosos) sale demasiado a tomar café o dejó el pupitre demasiado pronto como para saber mucho más que hacer la O con un canuto.

Sí, es verdad, y a Angie le fastidia tener eso en mente, más el descalabro electoral que acaba de sufrir en unos comicios regionales el fin de semana pasado. Pero así y todo tiene que subir a la

tribuna a defender que Alemania, la misma que se deshizo dos veces guerreando contra sus vecinos en el siglo XX, la misma a la que se humilló, dividiéndola y menoscabándola de forma sangrante (qué ofensivo es tener que ver a los cada vez más irrelevantes franceses y británicos sentados en ese Consejo de Seguridad del que ellos están excluidos, como un castigo que perdura), y que pese a ello volvió a ponerse en pie y acabó reunificándose y suturando su grieta interior, la Alemania recia y tenaz, ha de seguir tirando del carro en el que pesan, incorregibles, todos esos informales.

Es el destino alemán, es lo que impone el futuro a largo plazo, es lo que dicta el corazón: el corazón de Europa, que late allí, entre el Rin y el Elba, aunque ellos ahora no quieran verlo.

Angie cierra los ojos y junta las manos. Sus uñas son cortas, muy cortas, tanto que sólo el hábito de mordérselas puede explicar su poca longitud. Ya no son las manos de una chica. Son las manos de quien sujeta las riendas. Podría hacerlo mejor. Podría hacerlo peor. La Historia la sentenciará. Y lo sabe.

Para Jordi, de Jennifer

Hola, Jordi, soy Jennifer, de Castefa, y ya hablo catalán.

Igual mejor que tú.

Me explico y les explico a los que me leen, ya que esto es una carta abierta. A ti no te hace falta, ya debes de saber por dónde voy. Más o menos. Días atrás hiciste una gracietita en un mitin o algo parecido en Igualada. Iba sobre las chonis que vivimos en Castefa, nombre vulgar (y en tu boca, condescendiente) para Castelldefels, mi pueblo de la periferia barcelonesa. Y en especial para las que, porque así les apeteció a nuestros padres, que esto, aunque a veces no lo parezca del todo, es un país libre, nos llamamos Jennifer, y que según tú somos como la Juani de Bigas Luna y, cómo no, castellanohablantes. Animaste a los catalanes de pura cepa, los únicos que de veras lo son para ti, a que, en contra de lo que aconseja una canción, nos desposaran. Pero, eso sí, que no pasaran un montón de años y siguiéramos sin hablar catalán. No sé cuánto viene a ser un montón, para mis neuronas de hija de andaluz. ¿10, 20, 30 años?

Verás, Jordi. Yo aún no he cumplido los treinta, de hecho tan sólo tengo veintiséis. Pero he estudiado esa lengua cuya ignorancia me presumes durante veintidós de esos años. En Preescolar. En Primaria. En la ESO. En Bachillerato. En mi grado de Filología Catalana. Y también en el otro, el de Historia. En catalán está escrita mi tesina, sobre los sonetos de Pere Serafí, a quien no sé si habrás leído (voy a suponer que sí, para no caer en la misma falta que tú cometes conmigo), y de cuya pluma salieron dos versos que me parece que vienen muy a propósito. Me permito recordártelos, por si los leíste hace mucho y ya los has olvidado:

La veritat no gosa eixir al món davant los reis, ducs, comtes ni barons.

Antes de que me saques la falta por el artículo («los» en lugar del contemporáneo «els») me apresuro a advertirte, querido Jordi, que si bien se trata de uno de nuestros poetas, nuestra lengua catalana de aquella época, en la que no había normalizadores lingüísticos, cometía con naturalidad estos bastardeos.

Pero vamos a la sustancia, que aunque filóloga, no estoy contaminada por las obsesiones formalistas de muchos de mis colegas. La cosa, Jordi, es que a los condes y barones, como dice Serafi, rara vez se os presenta ante vuestras protegidas narices la verdad del mundo. A la gente común sólo la veis en las películas, de Bigas Luna o de Fassbinder, según lo intelectual que sea cada cual, y por eso decís esas cosas desatinadas que se os escapan por la boquita, y a las que es preciso responder.

Verás, Jordi, soy Jennifer, nací y vivo en Castefa y aunque mi padre nació en Córdoba y sólo he cumplido veintiséis años ya sé catalán. Hice de su estudio una parte de mi vida y, si tu partido no sigue recortando el gasto de enseñanza, quizá algún día instruya en su uso a otras Jenniferes (o Wilsons, o Aíxas) de Castefa, o a alguna Meritxell o algún Boi de Sarrià, a quien, pese a venir de allende el Llobregat, me permitiré corregirle las faltas.

Y para que te conste, y si es posible se lo pases a otros que pudieran compartir tu socarrona visión de las cosas: en tanto que tú representas el pasado, yo, y esos alumnos que tendré, y cuyos padres habrán nacido donde Dios haya dispuesto (y confío por el bien de mi país en que haya variedad), somos quienes representamos y a quienes pertenece el futuro de Cataluña.

O Catalunya, *com vulguis*. Atentamente, Jennifer.

Aquellos ojos claros

Viendo los de ahora, cuesta acordarse de aquellos ojos claros de siete años atrás. Aquellos ojos que brillaban diáfanos mientras su propietario, haciendo esfuerzos para que su voz grave sonara además decidida, daba el primer anuncio en el ejercicio del poder que acababa de estrenar. Por aquellos días aquel hombre todavía abría camino, y el anuncio en cuestión era buena prueba de ello. Nada menos que retirar las tropas de la guerra a la que las había enviado su predecesor, contrariando los deseos y los intereses de los dirigentes de la primera potencia mundial, un hito entonces sin precedentes que levantó ampollas entre sus detractores y estupores entre sus partidarios.

No pocos dijeron entonces, a diestro y siniestro, que aquel tipo era un ingenuo que había cruzado una raya que no podía cruzarse. Que las consecuencias de semejante desbarro serían nefastas. Pero a aquellas alturas, el hombre de los ojos claros todavía veía más lejos que sus críticos. Porque de aquella guerra, en los años sucesivos, sin prisa pero sin pausa, se fueron retirando todos, salvo los que no podían retirarse, dejando sola a la superpotencia. Y porque

quienes mandaban en esta acabaron perdiendo el favor de los suyos en beneficio de un atractivo locutor de color que se declaraba enemigo acérrimo de la aventura y que subió al poder prometiendo que haría, en cuanto fuera posible, qué casualidad, lo mismo que había hecho aquel supuesto ingenuo.

Los mismos ojos claros, y clarividentes, miraban a la cámara y a los de sus conciudadanos cuando su dueño tomó otra decisión radical y para muchos temeraria, legalizar de un plumazo a todos los forasteros que vivían y trabajaban de forma irregular en el país. Algunos, entonces, pronosticaron el Apocalipsis, en forma de flotilla de chalupas infestadas de desharrapados aspirantes a colarse en el paraíso. Pero no hubo tal, siguieron viniendo los que venían, poco más o menos, y a cambio los empresarios que hasta entonces se habían estado ahorrando la seguridad social de los inmigrantes, y gastándose el dinero en vicios, hubieron de allegar esos euros a la caja común, para cubrir una parte del coste de la sanidad y la educación que ya recibían, y no podían dejar de recibir, los que habían venido de fuera y sus familias.

El brillo y la clarividencia le duraron un poco más a aquellos ojos. Pero sólo un poco más. ¿Cómo y cuándo empezaron a apagarse?

Debió de ser en algún momento de 2008, un año que aparentemente resultaría triunfal para él, al volver a batir en las urnas a su rival de mirada opaca y esquiva. En algún instante entre aquel enero y aquel diciembre perdió la conexión con su ángel de la guarda, y sus ojos claros dejaron de ver a lo lejos para no ver ni siquiera lo que tenía ante las narices. Su discurso comenzó a volverse incoherente y confuso, sus frases atrancadas y repetitivas, sus reacciones ciegas y tan voluntariosas, en el mal sentido, que resultaron una y otra vez contraproducentes.

Desde entonces, ha recorrido un vía crucis rayano en lo insoportable. Mientras todo se hundía a su alrededor, y sus colaboradores iban quedando por el camino, cual caballos reventados por un jinete desaprensivo, sus hombros se fueron hundiendo y su mirada apagándose hasta perder casi toda la luz.

Y ahora, esta mañana de septiembre, esos ojos claros tratan de sostener la mirada al mundo y al rival, que saborea su inminente triunfo, en esta sesión parlamentaria que es la última, su acta de defunción como gobernante, su declaración anticipada como mueble enviado al desván de la Historia. Y el del banco de enfrente, con los ojos que siguen siendo opacos y esquivos, pero que alumbra el brillo del triunfo, le arroja como un venablo la sentencia: «Deja usted una herencia envenenada».

Y tras los ojos claros, poco a poco, comienza la melancolía.

El estrategia electoral

En la era de la política 2.0, medita el estrategia electoral, bastan tres años para que un estadista

mítico y rompedor se convierta en un funcionario insolvente. Tampoco hace falta mucho, en términos de contratiempos, para operar la transformación. Apenas unas cuantas escaramuzas presupuestarias mal planteadas con los adversarios políticos, sin que éstos exhiban otro valor que su capacidad de arrastrar los pies y sabotear las iniciativas presidenciales; un par de decisiones revolucionarias que tras pasar por el filtro del legislativo y la burocracia federal quedan descafeinadas (y convenientemente diferidas); y alguna guerra heredada de la que es tan inviable salir como alcanzar una victoria para la que nunca se trazó una estrategia.

Es cierto que el contexto ayuda poco, con una crisis económica global que desluzca y encarece todo lo que un líder pueda dar en intentar para mejorar las condiciones de vida de la población cuyos destinos rige. Y encima el mundo está lleno de gobiernos que permanecen agarrotados o perplejos, cuando no cuentan los días, no demasiados, que los separan de una casi ineludible derrota electoral. Es muy difícil mantener el empleo de hombre de los caramelos cuando en el saco no hay más que pedruscos de sal para repartir a los niños. Así las cosas, a nuestro líder antaño mítico y rompedor nadie termina de echarle una mano para tratar de devolver el mundo a una senda de prosperidad. Mientras tanto, y para empeorarlo todo un poco más, esas suturas imperfectas que se disimulaban al calor de la bonanza están empezando a saltar de forma cruda y alarmante.

En particular, al líder excarismático parece preocuparle mucho últimamente la poca solidez que demuestra el edificio europeo, con sus veintitantos gobiernos jugando al trile los unos con otros y especulando sobre si dejar caer o no al cofrade más débil, o a unos cuantos, puestos a aplicar la ley de Darwin. El estratega electoral, cuyo oficio es analizar los comportamientos y mensajes de los hombres que mandan o aspiran a mandar, advierte sin embargo, en esa insistencia en señalar la torpeza y la negligencia ajena, uno de los síntomas más claros de la decadencia del otrora ágil y certero animal político. El jefe que lloriquea sobre lo mal que se comportan los de la empresa de al lado, y que les carga, escurriendo el bulto, los números rojos de la propia, lo que a la postre acredita es que urge desalojarlo del despacho.

No recuerda cuál fue la última vez que le pareció brillante, o con alguna influencia en los acontecimientos, en lugar de lo que le parece ahora, otro espantapájaros más arrastrado por el torrente. Los oropeles de ayer pesan hoy como chatarra. Desde el premio Nobel de esa paz que es impotente para acercar un ápice allí donde más falta hace (Afganistán, Irak, Palestina), hasta su autoinvestidura como zurcidor del descosido entre Occidente y el islam, con aquellas conferencias tan bonitas convertidas ya en antiguallas con fósil incluido por obra y gracia de la primavera árabe. Por no hablar de su cruzada para reducir las desigualdades en su propio país, que ha quedado en ese cambio que alguien emprende para que todo siga más o menos igual.

Y este, reflexiona el estratega electoral, era hace poco más de tres años el candidato más arrollador que viera el siglo. El que logró, con una campaña modélica, seducir al mundo entero como un nuevo flautista de Hamelin, en su versión afroamericana de ademanes flexibles y voz grave y bien modulada.

Al estratega electoral le toca vender a un tipo con barba, bastante visto ya y de voz mucho menos aparente. Le queda un consuelo: la decepción, cuando llegue, no será tan brutal.

Ser el viento

El futuro Steve Jobs español lee consternado la noticia de la muerte de su antecesor norteamericano, en este triste día de otoño de 2011. Por si no teníamos suficiente, en este mundo sacudido por las catastróficas consecuencias de los manejos de tantos trileros con ínfulas, de tantos destructores de valor y dilapidadores de riquezas y esfuerzos ajenos, se nos muere uno de los pocos que tenían la capacidad de inventar, de sumar, de ensanchar la realidad en lugar de comérsela o parasitarla.

A sus diecinueve años, el futuro Steve Jobs español no tiene posesión más preciada que su Macbook. Es el modelo más barato del portátil de la manzana, bastante por detrás del Macbook Pro que aspira a comprarse cuando logre juntar unos ahorrillos con los subempleos que a su edad puede encontrar. Lee en él la noticia de la muerte del inspirador, y en buena medida creador, de esa máquina que es algo más que una máquina, que es una forma de interactuar con el mundo, de lanzarse a él y de extraer de él lo que necesita para seguir soñando sus sueños. Aunque sólo sea un muchacho, en su cabeza bulle una inteligencia privilegiada y en el pecho le late un corazón valiente y ambicioso. No quiere vivir de sus padres hasta que le salgan canas, como muchos de sus compañeros de universidad. No quiere, como otros, sacar buenas notas en la carrera para entrar en una telefónica o en un banco, aprenderse cuatro sistemas chorras y recaudar apaciblemente su sueldo, garantizado por millones de consumidores más o menos cautivos, hasta el día de su jubilación.

No, el futuro Steve Jobs español quiere desbordar los márgenes de su camino. Quiere adivinar lo que los demás quieren y necesitan antes de que ellos mismos lo sepan, quiere seguir la intuición que le señala una ruta que no es la que dictan los mayores, ni la que programa un político mentiroso o sincero, ni la que le vaticina como aconsejable un gurú lúcido o que no sabe por dónde sopla el aire. Quiere, aunque parezca arrogante y hasta temerario por su parte, ser el viento que sopla y mueve las velas de otros y abre nuevas rutas para la navegación.

Se sabe capaz. Se sabe capaz desde pequeño, cuando comprendía en segundos lo que a sus compañeros les llevaba horas. Cuando tomaba sus decisiones, al margen de la autoridad del momento, ya fuera un profesor, o sus padres, sin los titubeos que tenían sus compañeros o sus hermanos. El día que cumplió dieciocho años les dijo a sus padres que iría a la universidad para completar algunos conocimientos, pero que no sabía si sacaría el título, que él tenía otro camino ya trazado y que si no lo apoyaban se iría de casa y se buscaría la vida como pudiera.

El futuro Steve Jobs español, a qué engañarnos, lo tiene crudo. Lo tiene crudo en un país y

donde medran los que, sin aportarle nada de verdadero valor a la sociedad, se las arreglan para meterles a sus conciudadanos la mano en la cartera. Ya sea desde una concejalía de urbanismo, una contrata, una promotora o un puesto de consejero en una caja de ahorros. Ésos son los que siempre tienen aquí crédito, los que conquistan el título de don Fulano y los que despiertan la envidia del común.

Esos a los que su adorado Jobs despreciaba como gusanos, desde su fortuna milmillonaria, diciendo que la riqueza que poseía le producía hilaridad, vistiendo siempre los mismos vaqueros y el mismo jersey y dedicando sus días a crear algo nuevo por el desafío de encontrarlo, no por un dinero que ganaba, sí, pero ya no necesitaba ni era el menor estímulo para él.

El futuro Steve Jobs español quiere ser también el viento, demostrar que la aventura, el milagro, puede repetirse. Lo primero que tendrá que hacer, para lograrlo, será irse de aquí.

370.000 euros

R. mira el contrato que acaba de pasarle su editor. Por un lado, piensa, es un privilegiado: conoce a otros muchos escritores que como él llevan meses o años con una novela debajo del brazo (cuando no son varias) y que no encuentran dónde publicarla. Y no hablamos de inéditos o noveles, sino de autores con dos, tres o más libros impresos en su haber, incluido algún que otro premio importante. A él no sólo le ofrecen publicársela, sino que además están dispuestos a pagarle por los derechos, y por anticipado. Lo dicho, un privilegiado. Y es que la novela de R. es un buen trabajo (si no lo fuera no estaría en este cuento) y R. un autor curtido y competente: con sus cuatro novelas anteriores cosechó los elogios de la crítica y un premio de prestigio.

Pero, por otro lado, todos esos razonamientos consoladores se estrellan contra la cruda realidad del anticipo que figura en el contrato, y que el editor, honesto, ya le ha anunciado que salvo milagro improbable, tal y como está el mercado, será todo lo que vea por su labor: 4.500 euros. La novela, de entre 400 y 500 páginas (dependerá del cuerpo de letra que le pongan), le llevó tres años de trabajo. Es decir, 1.500 euros por año.

H. es directora de cine, pero, por alguna razón que no tiene que ver con su falta de talento o de compromiso con su oficio (si fuera este el caso, tampoco estaría en este cuento), nunca ha conseguido pasar a jugar en la liga de las estrellas. Hasta la fecha ha logrado rodar tres medimétrajes, en los que ha tirado de la caridad de actores y técnicos y de los ahorrillos que le da su labor alimenticia como ayudante de realización de películas publicitarias. Todos han sido deficitarios, salvo el último, con el que ha ganado premios en tres festivales. Echa cuentas y calcula que ponerlo en pie le costó un año y medio de trabajo, sin contar lo que curró rodando chorradas con modelos estólicas y niños monos para poder financiar la producción. Descontando los gastos, y gracias a que actores y técnicos nunca le van a reclamar sus salarios, porque

trabajaron para ella por pena o por amistad, este primer trabajo rentable de su carrera le ha dado 600 euros limpios. O lo que es lo mismo, 450 euros anuales.

B. es biólogo molecular. Después de dos años de trabajo, en un laboratorio situado a quinientos kilómetros de su ciudad natal, ha realizado una aportación fundamental a un proyecto de investigación en biotecnología. Por hacerlo le han pagado una beca-salario de 830 euros al mes. Descontando el abono transporte, las comidas fuera de casa, los 400 euros del piso-patera en que malvive y su cuota de los recibos comunes de suministros, su trabajo de alta cualificación le ha reportado unos ingresos netos de 200 euros al mes. O lo que es lo mismo, 2.400 anuales.

M. D. es exdirectora general de una caja de ahorros. En los últimos años ha venido desempeñando una gestión altamente discutible, invirtiendo los recursos obtenidos de los confiados depositantes en apuestas inmobiliarias suicidas, destinando sumas desproporcionadas a gastos propios y de sus compañeros de la dirección de la entidad, o dilapidando millones en veleros de competición para el lucimiento y disfrute de personas principales e ilustres que, hasta donde se sabe, no habían depositado en la caja una suma equivalente a dicho gasto, a fin de equilibrar el desembolso y darle una consistencia financiera con arreglo a las reglas de la recta administración. Como resultado de todo ello, la caja ha quebrado y el Banco de España ha debido recapitalizarla y nacionalizarla.

Por su trabajo, M. D. venía cobrando 600.000 euros al año y se ha adjudicado, ahora que no hace nada, una pensión vitalicia de 370.000. Al año. Hasta la muerte.

¿Sorprende que el país de R., H., B. y M. D. vaya de culo?

HH, violador y caníbal

El tipo dice llamarse Henri Haití. HH. El nombre, con ese apellido de país asolado por un terremoto y la inicial repetida, apesta a falso a kilómetros de distancia, pero los dos confiados aventureros alemanes, en su tercer año sabático lejos del estrés de su vida en Europa, eligen creerlo como auténtico. HH se les ofrece como guía, y el hombre, Stefan, se anima a emprender en su compañía una cacería de cabras con arreglo a la costumbre local. Un pasatiempo sin peligro (salvo para las cabras).

Pero he aquí que la caza de cabras no es la única costumbre ancestral de Nuku Hiva, la pequeña isla del archipiélago de las Marquesas adonde Stefan y su pareja, Heike, han ido a parar. Ya lo cuenta Hermann Melville en *Taipei, un edén caníbal*: desde tiempo inmemorial, los lugareños han considerado apropiado merendarse a sus huéspedes. Supuestamente, la práctica está erradicada desde hace muchos años, pero el morbo de la historia sigue vivo y no es improbable que atrajera a Stefan a tan remoto paraje, a muchos miles de kilómetros de su tierra natal.

Allí, en Nuku Hiva, Stefan desapareció. Semanas después hallaron unos huesos y otros restos

humanos chamuscados y unas ropas deshechas. La paradisíaca isla de la Polinesia, por lo que sugerían la desaparición y el macabro hallazgo subsiguiente, seguía albergando gentes que llevaban el sentido de la hospitalidad hasta el incómodo y perturbador extremo de hacerle hueco en el propio estómago a las carnes de sus invitados. Las autoridades del archipiélago lo negaron enérgicamente: los caníbales eran cosa del pasado, y quienes les atribuían la desaparición del alemán, fabuladores de imaginación calenturienta.

Una de estas calenturientas mentes, a juicio de las autoridades, sería la propia Heike, que logró escapar a la suerte de su pareja (ya sea esta la desaparición, su conversión en aporte proteínico para antropófagos clandestinos o ambas cosas consecutivamente), pero no ha salido indemne de la aventura. Según su versión, el artero guía HH regresó solo, le contó que Stefan estaba en peligro y llevándola así a la selva la amarró a un árbol y la violó. Luego la dejó abandonada y se largó sin dejar rastro.

Stefan era un alemán rubio, atlético y de buena alzada. Heike no le va a la zaga, ni en el rubio ni en la longitud de los huesos. De HH circula una foto, un hombre musculoso de rasgos polinesios, pero mirándola se suscita la duda: ¿Es una foto que le hicieron los dos turistas en algún momento, previo a los hechos, y que Heike guardaba en su cámara? ¿O se trata de la imagen de un polinesio cualquiera, teniendo en cuenta que todos ellos vienen a parecerse a ojos de los occidentales?

Pero la verdadera pregunta es la que nos lleva a otra mirada, que es justamente la inversa: ¿Cómo se veían los dos turistas teutónicos a los ojos de HH, que, si Heike no miente y si el ADN de los huesos remite a Stefan, planeó fríamente zamparse a uno y beneficiarse por la fuerza a la otra? ¿Vio en ellos tan sólo a dos incautos susceptibles de proporcionarle material para la digestión y aliviadero para sus ardores masculinos? ¿O tras la crueldad de la doble trampa había algún tipo de cuenta pendiente, el desquite del habitante originario del edén contra los desaprensivos de occidente que han venido a malbaratarlo y convertirlo en pasatiempo trivial para ociosos?

HH, buscado para responder a las acusaciones de violador y caníbal, es el verdadero protagonista de esta historia. Gracias a él (al margen de que pueda o no imputársele lo que quiera que sea que haya ocurrido) se convirtió en tragedia lo que hasta entonces era un simple crucero de entretenimiento. Stefan era un hombre de éxito, satisfecho. Qué celadas nos tiende, la vida.

Tres espantos

La enfermera contempla horrorizada ese cuerpo que conoce bien, ese cuerpo al que ha dispensado más de una vez sus cuidados, ya fuera ponerle un inyectable, realizarle una cura o arrollarle en torno al brazo la banda inflable para tomarle la tensión. Ese mismo cuerpo, al que ella ha tenido

acceso con frecuencia, en la intimidad del acto terapéutico, en la desnudez expuesta de buen grado por quien busca auxilio o alivio, es ahora el objeto de todo lo contrario: el vejamen, los golpes, la violación.

La enfermera lo ve desde su frío país del norte, al que regresó hace años, colmada de regalos y de gratitud por su exclusivo paciente. Hace unos meses, cuando empezaron a difundirse toda suerte de inmundicias sobre él, como que abusaba de las vírgenes que formaban su peculiar guardia de corps, salió en su defensa, aprestándose a negar que ella o sus compañeras, las restantes enfermeras ucranianas que habían formado parte de su equipo médico personal, hubieran sufrido cualquier clase de atropello. Dijo la verdad: que a ellas siempre las había tratado bien, con la cortesía proverbial de los nómadas del desierto.

Le duele como si se lo hicieran a ella ver al hombre, ahora un anciano desorientado, entre la turba que lo golpea, zarandea, arrastra y según le parece, llega a empalarlo. Se asoma a un abismo muy oscuro, que le pesa admitir, pero no tiene otro remedio, que también es el lugar y el alma del ser humano.

A miles de kilómetros de distancia, en el país extranjero en el que está escondida, mira el mismo vídeo la hija del anciano linchado. Acaba de ser madre, y piensa en ese niño recién nacido que un día aprenderá que mientras él tomaba la leche del cálido seno materno, a su abuelo lo asesinaban de la forma más infame concebible, cerciorándose, con la crueldad que sólo a un musulmán podría ocurrírsele, de que la profanación era lo bastante exhaustiva como para vedarle el acceso al paraíso.

La hija piensa que las imágenes quedarán ahí para siempre, y que serán lo que de su abuelo vea alguna vez el niño que duerme inocentemente a su lado. Nunca conocerá la dulzura, la inteligencia, el carisma de su abuelo en la distancia corta, familiar, de la que ella tendrá que hablarle con la esperanza, remota, de que se imponga al vídeo vil del hombre vapuleado, tiroteado, sacrificado como una res sobre la arena del desierto.

Lejos de la hija y de la enfermera, acogido a otro desierto, el de Arabia, un hombre de avanzada edad, aunque trate en vano de disimularlo con el tinte que oscurece sus cabellos, contempla a su vez las imágenes atroces. Lo hace con el corazón en un puño. Nunca quiso demasiado bien a quien antaño fue ese individuo convertido de pronto en eccehomo, incluso recuerda la tensión y distancia que hubo en sus encuentros. Pero un hombre reducido a esa indefensión, a ese aplastamiento a cargo de los otros hombres o quizá de Dios (si hay que atender a los *Al-lahu akbar* que sirven de machacona banda sonora a las sevicias), no puede dejar de excitar la piedad de quien lo contempla.

A este espectador, además, le produce un horror bastante más concreto. No hace mucho vio a otro antiguo colega, amarrado a una camilla en una sala de vistas, y ya suspiró aliviado por haber tenido la diligencia de poner tierra de por medio. Lo del libio, ahora, supera todo lo imaginable. Quisiera creer que eso no pudo, no podría haberle pasado a él. Pero ya nadie sabe.

En su cubil de Arabia, Ben Alí, extirano tunecino, siente el escalofrío. Piensa que el soberbio y

grotesco Muamar el Gadafi ha muerto porque a muchos no interesaba su testimonio. Y le pide a Alá que su silencio en el exilio dorado sirva para aplacar a los enemigos que, en alguna parte, querrían lo mismo para él.

Madre peligrosa

Es justo el tipo de cosas que desearías que nunca llegara hasta tu mesa. Pero a nuestro hombre, alto responsable de los servicios sociales en su comunidad, se le presentan con desdichada frecuencia papeletas como la que ahora le toca. Porque son esa clase de historias, las doblemente chungas (chungo el problema, chungo el remedio) las que más atraen la atención de los medios de comunicación, las que originan noticias y portadas que llegan a leer el presidente y el consejero y las que en suma se traducen en un expediente que aterriza en su mesa para facilitar a sus jefes el argumentario con el que poder salir airoso si un periodista les mete el dedo en el ojo a cuenta del caso.

La historia, desde luego, es suficientemente patética. Mujer de cincuenta años, frustrada por sus dificultades para ser madre, que tras un tratamiento de fertilidad logra al fin alumbrar a una criatura al borde de la edad para ser su abuela. Apenas lo consigue, los servicios sociales se la retiran porque en el posparto aflora un trastorno psicológico de la progenitora que no había sido evaluado previamente, y que según los especialistas determina su inidoneidad para hacerse cargo de la crianza del bebé. Y a partir de ahí, la madre como alma en pena reclamando que le devuelvan al fruto de su vientre, a su esperanza encarnada en una personita con su sangre que es la razón de su vida.

Esa es la cuestión, que decían los malos traductores de Shakespeare, o ése es el dilema, según una versión castellana más ajustada de la interrogante hamletiana. Ser o no ser, en este caso, la pesadilla de una madre, el ogro robaniños que se hará acreedor a la repulsa de una multitud que tan pronto se enternece ante estas historias singulares como permanece sumida en la indiferencia más atroz ante las toneladas de tragedia silenciosa que cada día pasan por las oficinas que dependen del negociado de nuestro hombre. Familias rotas, hombres y mujeres alcoholizados o devastados por la droga hasta límites inimaginables, mujeres y hombres prostituidos y enfermos de cuerpo y de mente, seres sin esperanza, pero también muchos de ellos sin moral, sin respeto hacia sí mismos ni hacia los semejantes y ni siquiera hacia quienes de ellos dependen, y con los que día a día hay que tratar, atenderlos, darles medios para subsistir, evitar que causen más daño del que ya sufrieron a manos de otros o de sí mismos, y aun que no agredan a los funcionarios.

Hay, por supuesto, informes concienzudos que alguien ha hecho con la mejor intención y el mejor criterio que ha podido emplear, que tal vez no sea el más fino posible, pero es el que tiene y no se lo ha formado a la ligera. Hay, en esos informes, la advertencia que compete hacer a sus

autores a partir de la experiencia de tantos niños desatendidos, por no hablar de los varios casos recientes de muertos a manos de sus madres. Hay, en suma, una responsabilidad que alguien debe asumir, que nadie quiere, que ni el consejero ni el presidente quieren que pese sobre sus hombros; por eso le piden a nuestro hombre que se la eche él a la espalda y resuelva y se convierta en diana de los odios, si va por aquí, o en eventual chivo expiatorio, si va por allá.

Los datos, como suelen, no son concluyentes. El trastorno está diagnosticado, el factor de riesgo existe. Pero ¿cuántos cientos, cuántos miles de niños estarán en estos momentos en manos de progenitores tan peligrosos, o mucho más peligrosos para su salud, su integridad física y mental que esta madre añosa que se ha visto singularizada por su edad y su manera inusual de acceder a la maternidad? Mejor no responder.

Nuestro hombre relee el expediente. Decida lo que decida, hará mal. O bien. Porque será, en fin, quien se haga cargo.

La falacia

La falacia fue, al principio de todo, aquel argumento que sostenía que un exitoso empresario, forjador de un imperio mediático, era el más indicado para conducir a un país por la senda de la prosperidad. El mismo que logró de la nada levantar un vasto entramado de empresas que facturaban millones, y sentaban también a millones delante del televisor, era el más adecuado para incrementar la riqueza, la visibilidad y el prestigio de una nación. Él lo decía, sus asesores y propagandistas lo decían, y la mayoría del electorado, una y otra vez, se lo creyó.

Aquella falacia inicial, a medida que iba quedando al descubierto lo que el emperador llevaba bajo la túnica, fue tomando otros derroteros. La siguiente forma que adoptó fue la de las sucesivas leyes que excepcionaban al líder de las consecuencias de sus acciones ilícitas, bien bloqueando la posibilidad de perseguirlas, bien modificando las definiciones de la ilicitud. Cometer un delito y responder de él era un problema de hombres pequeños, de aquellos que no podían revestirse con el aura del gobernante providencial. A quien la ostentaba le bastaba con poner del revés la legalidad, con la aquiescencia de un Parlamento que no hacía aspavientos a ir dándole al ordenamiento jurídico la forma que en cada momento conviniese para que las conductas del jefe, por estrambóticas o escandalosas que fueran, encajaran en su molde como dechados de honorabilidad y rectitud.

La soberanía popular lo absolvía, rezaba la falacia complementaria, sin que nadie considerara oportuno señalar jamás cuántos de los que con su voto salvaban la papeleta presidencial le debían favores previos o posteriores al agraciado.

Pasaron muchos años así, y las falacias proliferaron y se fueron complicando hasta lo inverosímil. Hubo que hacer creer a la gente que un tipo permanentemente preocupado de sus

injertos capilares y de la capa de maquillaje que revestía su máscara (y tiznaba sus pañuelos cuando se limpiaba el sudor que le perlaba la frente) venía a ser, al mismo tiempo, un sagaz estadista. Que alguien que ponía cuernos a otros dirigentes en las cumbres internacionales, alguien que se descolgaba en las comparecencias con chistes banales y nunca manifestaba una sola opinión pertinente o de calado, era quien mejor podía tener en la cabeza los delicados problemas que implica la gobernación.

Al final, cerca ya del apocalipsis, la falacia adquirió perfiles delirantes. Según ella, el hombre idóneo para guiar la nave por un mar ya notoriamente tempestuoso era el mismo ante la puerta de cuyo dormitorio, cada noche, hacían cola diez o doce señoritas pagadas para someterse a los ilimitados e impostergables ardores de su entrepierna, y que luego acudía por la mañana a su despacho con apenas una o dos horas de sueño. El mismo que en las cumbres europeas ponderaba sin recato los traseros de las primeras ministras, sobre los que después se permitía hacer comentarios que le ganaban, por ejemplo, la enemistad íntima de la líder de Alemania, que en cuatro bandazos mal pegados por los mercados de deuda lo tuvo a su merced.

Un 10 de noviembre, con el bono de su país depreciado al nivel de los billetes del Monopoly, la alemana de trasero mediocre pidió su cabeza y la falacia, durante tantos años sostenida, se vino estrepitosamente abajo. Lo peor fue que se les cayera encima a tantos millones de personas, dentro y fuera del país que durante demasiado tiempo se había avenido a soportarlo.

La lección tiene, acaso, otras lecturas. Un país no es una empresa. Los estados necesitan estadistas, no cazadores de beneficios después de impuestos. Alguien que sujete por los cuernos al toro del mercado, en lugar de querer cabalgarlo.

Nadie al timón

Jana es cámara de una cadena de televisión. Está destacada en la corresponsalía ante la Unión Europea, y esa mañana, la del 16 de noviembre de 2011, le toca cubrir el pleno de la Eurocámara. La situación es de emergencia. Doce de los diecisiete países del euro son víctimas de ataques especulativos que han colocado la prima de riesgo de su deuda soberana en subida libre. Varios de ellos ya la tienen degradada al nivel de bonos basura. Dos o tres están a punto. Y la triple A, para algunos de los que la conservan, ya no es más que un transitorio y excepcional gesto de piedad de las agencias de calificación. Lo malo, como ha aprendido Jana, pese a su falta de formación económica específica, es que estas magnitudes, puramente financieras, acaban pasando una factura bien real. Que le pregunten a cualquier griego por lo que le llega en el recibo de la luz.

Ante el Parlamento comparecen los presidentes. Porque no será por falta de ellos por lo que la UE no funciona. Tiene dos, uno de pelo castaño y otro de pelo blanco. Uno con tupé y el otro calvo. Uno de lengua sajona y otro de lengua latina. Uno simpático y expansivo y el otro más soso

que un cocido sin huesos. Los dos elevan sus informes. El del tupé, el latino, insiste con su habitual energía en una serie de conceptos supuestamente fundamentales e irrenunciables que es necesario afrontar de forma impostergable para que la Unión sostenga su cohesión, sus ambiciones, su papel en el mundo, blablablá. El otro, el calvo, se enreda en su habitual dialéctica confusa, de la que resulta bastante difícil extraer alguna conclusión. Jana, por más que lo intenta, y aunque eso sea cosa del redactor, se confiesa incapaz de sacar de la perorata del eurolíder una sola frase que sirva como titular a fin de atraer la atención de los televidentes.

Jana recuerda una foto de cada uno. La que se hizo el del tupé hace ahora de ocho años, como anfitrión en una isla del Atlántico de tres tipos que se confabularon para lanzar una guerra falaz y fallida que acabó costando 100.000 muertos, la mayoría de ellos civiles. Y la que se hizo el calvo para colgarla en su Facebook, durante unas vacaciones, en pantalones cortos, con las huesudas rodillas al aire. La foto que circuló por todos los medios cuando lo nombraron y todo el mundo se preguntó quién demonios era aquel individuo y para averiguarlo, cómo no, lo buscaron en las redes sociales. Un sujeto que auspicia una guerra desastrosa y otro que se exhibe en pantalón corto no podrían presidir ni su escalera. Y ahí están, copresidiendo la que aspira a ser una potencia económica de primer orden. ¿O no será que todo es un paripé, un camelo, una cámara oculta?

Lo que se les suele ocultar a los europeos es que esos discursos se sueltan ante una cámara clamorosamente vacía, con apenas unas decenas de los muchos cientos de eurodiputados elegidos y mantenidos, con generosidad, por los ciudadanos. Jana, desde el remoto gallinero donde está colocada, junto a los demás cámaras de televisión, decide hacer un *travelling* que atestigüe la nada, el timón que no sujeta nadie, y montarlo en la pieza que ilustrará la información. Así es: mientras el barco se hunde, los capitanes no están a bordo y delegan en dos contra maestres sin carisma a quienes ningún marinero, ni el más borracho, escucha ni presta la menor atención.

Jana se sabe demasiado insignificante para arreglar nada. Pero esa noche, cuando se va a dormir, siente que ha cumplido con un deber. Cuando el buque se vaya a pique, nadie podrá decir que no vio el arrecife, la vía de agua, el iceberg. Allí estaba ella, para mostrarlo. Y lo mostró. Una inmensa sala vacía, la metáfora ominosa de un continente sin alma ni agallas.

El alba del líder

El líder abre los ojos al nuevo día, en el que inaugura su condición. Es un día otoñal, como el propio líder, dicho sea de paso, que ya no volverá a tener esa confortable sensación de no haber cruzado aún la raya del medio siglo. Pero en su mente y en su corazón es como si acabara de empezar la primavera.

El día no es muy soleado y el contexto en el que el líder se estrena como tal puede calificarse directamente de tenebroso. Pero el clima que le importa al alma no es el de los meteoros

exteriores, y mucho menos el que marca la suerte de los otros. El tiempo que hace dentro del líder es apacible y radiante. Porque son muchas las responsabilidades, inmensos los desafíos, terribles las preocupaciones: pero había que estar ahí para poder decir que todo eso pesa sobre uno. Y eso, nadie más lo puede decir, de cuarenta y tantos millones de hombres y mujeres que habitan el país y despiertan, a esta hora, a esta misma jornada.

Sólo él.

Al líder, y lo descubre ahora, cuando por fin lo es, cuando siente en las yemas de los dedos el poder de hacer y deshacer, empuñando la pluma que firma las leyes y los decretos (hay otra firma, pero no deja de ser un adorno), le ayuda mucho a situarse y entender su misión todo el tiempo en que no fue el líder: todos los días, y semanas, y meses, y años, en que aspirando a ser, no lo era; las veces que, queriendo prevalecer, fueron otros los que prevalecieron. Le ayuda, sobre todo, el recuerdo de las batallas que perdió ante los suyos y ante los de enfrente. Evoca ahora todos los desplantes y engaños que sufrió a manos de sus rivales, todas las puñaladas que le vinieron de mano amiga.

Su paladar, quemado una y otra vez por la hiel, saborea ahora sin prisa ni ansia las mieles de una victoria que le concede tiempo, que le otorga todo el margen de maniobra; que, reciente apenas de unas horas, empuja al ditirambo, a la zalamería, incluso el baboseo rastrero, a tantos y tantas que antaño se permitieron el lujo de ser con él irónicos, condescendientes, suspicaces, irreverentes, injuriosos o, lisa y llanamente, despectivos. Sí, habrá quien le urja y le empuje a mojarse, a jugársela, a empezar a chamuscar su recién estrenado cabello de ángel. Sí, la situación es de emergencia, él mismo lo ha reconocido en sus discursos. Pero el triunfo le extiende un pagaré a cuatro años, que no está dispuesto a dejar que le impidan administrar.

Lo bueno de sentarse al timón en estas circunstancias es que uno sólo puede remontar el desastre y, si por el peso de la adversidad eso no fuera posible, siempre podrá encogerse de hombros, devengar la pensión, recoger los bártulos y marcharse a casa. También a ese respecto le han dejado el listón lo bastante bajo. Todos sus predecesores se apearon del caballo de la peor manera posible, desacreditados como gobernantes, como ciudadanos y hasta como seres racionales, cuando no en esa triple condición. Se conoce, y asume que puede no llegar a brillar como el más brillante, pero cuenta con que tampoco caerá en los errores del más calamitoso. Pasará a la galería en un promedio razonable. Sus nietos no tendrán que avergonzarse de él y seguramente quedarán bien colocados. El mundo y el futuro le pertenecen.

En cualquier caso, hay que empezar a decidir. Y lo primero que a un líder que de veras lo sea le incumbe es escoger a quiénes se mancharán las manos en su nombre. Nuestro líder lo tiene meridianamente claro. No está acreditado que en tiempos oscuros sean los más preclaros los que desbrocen mejor la jungla. Una inteligencia mediana tiende a derrapar menos. Llamará, de preferencia, a quien estuvo junto a él y se lo dio todo.

Quien se le opuso, y todo se lo negó, ya sabe lo que le toca.

El mecanógrafo

Érase un hombre que nació en Barcelona, frente al mar, se crio en Tánger, sobre el océano, y terminó de afilar su mirada en Aranjuez, junto al Tajo. Érase un hombre que conoció una guerra civil con un bando, y no acabó de gustarle lo que vio, la conoció con el de enfrente, y terminó por gustarle aún menos, y que cuando la guerra civil terminó se consagró al estudio, la lectura y la escritura como forma de construir una patria personal exenta de la sinrazón, la ruindad y la estupidez que aquejaban a esa patria gris que había fuera. Se aplicó a la economía y enseguida fue un maestro que enseñó a muchos a adentrarse en lo más recóndito de esa disciplina, entonces poco conocida y peor practicada entre los suyos. Se aplicó, también, a la literatura, en los ratos robados a lo otro, que le daba su sustento, y si bien su rigor y su empeño enseguida dieron frutos dignos de atenderse, no quiso la fortuna que el reconocimiento le llegara.

Esta es una historia que va de eso, de reconocimientos. Porque aquel escritor que era nuestro hombre, a la vez o acaso por encima del economista en que le reconocían, tardó mucho tiempo en verse acogido. Hubo de esperar a ser sexagenario para que se le proclamara como lo que era, un habitante insigne de la república de las letras. Lo logró cuando puso sobre la mesa algo que impedía, incluso a los más cicateros, negarle ese estatuto: un libro inmenso, voraz, en el que había enterrado muchos años y muchas horas de escritura y reescritura febril, en tiempos en que la falta de ordenadores le imponía una hercúlea labor de mecanógrafo para poner en limpio las correcciones sobre las correcciones. Años más tarde, cuando ya tenía muchos lectores, pero ningún premio nacional (distinción que muchos de esos lectores sentían que merecía y mezquinamente se le hurtaba), bromearía diciendo que él, al que aspiraba en justa lid, era al Premio Nacional de Mecanografía, si daban en instituirlo.

En las tres décadas siguientes, el hombre escribió más libros, que llenaron de sentido y emoción muchas horas de lectura para millones de lectores. Hombres, mujeres, jóvenes a los que se lo recomendaron sus profesores en el instituto, ancianos que en sus páginas hallaron recompensa a una alfabetización negada en su infancia de posguerra y adquirida tardíamente en escuelas de adultos al calor de la nueva democracia. A todos les habló, a todos les dijo, a muchos se los encontró cara a cara.

También, como economista que era, y ahora que tenía una voz pública, empezó a decir que había algo muy absurdo en la marcha del mundo. Algo que denotaba, ya desde la crisis de los 70, que el modelo, basado en el crecimiento infinito y la sumisión de todo a un mercado que reduce al hombre a mercancía, y la economía a finanzas y prestidigitaciones de hábiles banqueros, daba signos de agotamiento, y terminaría por crujir y romperse. Muchos, sobre todo a medida que fue cumpliendo años, y la bonanza económica parecía ilimitada, se rieron de él y aun tuvieron la inelegancia de atribuir a la edad sus desvaríos.

Entretanto, seguían cayendo cada año premios nacionales que invariablemente distinguían a

otros literatos, no exentos de mérito, pero cada vez más jóvenes que nuestro hombre.

Y he aquí que al final el modelo crujió y rompió y quedó a la vista que aquel viejo profesor, aquel literato airado sin pelos en la lengua, había hecho el diagnóstico correcto. Una nueva generación de jóvenes lo convirtió en referente. Y llegó el postergado, el que parecía para él ya negado premio nacional. Tenía el hombre noventa y cuatro años. Hasta esa edad, y más allá, resistió para avergonzar a quienes quisieron hacerle de menos. Su premio vino junto al indulto a un banquero convicto. Nada, en esta vida, es perfecto.

Buscando a Draculaura

Arturo no da crédito a lo que está leyendo. Sobre el cierre metálico de la juguetería, todavía bajado (faltan quince minutos para la hora de apertura), han puesto un letrero:

PARA PODER ATENDER A TODOS NUESTROS CLIENTES LA COMPRA DE ARTÍCULOS MONSTER HIGH ESTÁ
LIMITADA A DOS UNIDADES POR PERSONA Y DÍA

Ante la tienda cerrada se alinean ya quince personas. Arturo ha venido la víspera, con el encargo de su hija Diana de conseguir, para los regalos de Reyes, la muñeca llamada Draculaura, en su versión playera. Diana ya tiene, que Arturo recuerde, otras dos Draculauras, compradas a lo largo de los doce meses cortos que las muñecas Monster High llevan en el mercado. Más otras diez o doce muñecas de la serie, de los diversos personajes que la componen: una zombi, una fantasma, una chica-lobo, una resucitada llamada Frankie Stein... Sin embargo, según se le ha hecho saber, resulta absolutamente perentorio adquirir esa tercera versión de la muñeca vampira, que es la más nueva y exclusiva, o algo así. A Diana, ningún otro regalo de Reyes podrá consolarla de no recibir éste, su máximo objeto de deseo.

El día anterior lo intentó a las dos y cuarto, aprovechando la hora de la comida. Buscó y buscó en los estantes de la juguetería, sin dar con el rincón donde estaban los artículos de la terrorífica serie. Hasta que preguntó a una dependienta y esta, risueña, le señaló tres baldas clamorosamente vacías.

—Ahí estaban, hasta las diez y cuarto de esta mañana.

Y ante su cara de estupor, se avino a explicarle:

—Cada día nos reponen existencias, pero tendrá que estar cuando abramos si quiere conseguir algo. Vuela todo.

Por suerte, Arturo se lleva bien con su jefe y puede negociar escaparse a deshora, en caso de necesidad. Eso le ha permitido plantarse en el centro comercial a las diez menos veinte. Y ya hace

el décimo de la cola. Detrás de él, una treintañera histérica habla por teléfono con quien parece ser su madre:

—Sólo puedo llevarme dos, lo tienen *controlao*, los cabrones. Vente para acá enseguida. Tengo que llevarle las tres a la puta niña, como sea, y esto cada vez va a estar más chungo.

Vagamente, Arturo se acuerda de su infancia. De cuando todavía creía en Melchor, Gaspar y Baltasar (Diana dejó de creer a los seis años, y desde entonces le formula los pedidos, a él, a quien sabe su verdadero deudor, con la exigencia del más despótico jefe de compras). De cuando uno escribía la carta, y año tras año el regalo de arriba de la lista no llegaba (él se compró la bici con dieciocho, con su primer sueldo) y había que contentarse con lo que sus majestades orientales traían en su lugar. Arturo siempre pensó que para ser reyes mandaban muy poco, y para ser magos tenían una mierda de poderes, a juzgar por la distancia, a veces sideral, entre sus deseos y los obsequios reales.

En lo que queda hasta la subida del cierre metálico, Arturo piensa en lo que desde hace tiempo ocupa por encima de todo su mente: la crisis, que también ha alcanzado a su empresa y que le obliga a hacer magia (y esta sí, de la buena) para seguir vendiendo y, sobre todo, cobrar lo que vende no demasiado fuera de plazo. Qué envidia le da el tipo que se sacó del magín esas muñecas monstruosas, que se venden solas y al contado y que los clientes persiguen como una horda de yonquis en busca de su dosis. Ese fulano, sea quien sea, sí que es un monstruo.

Por suerte, Arturo está en forma, es alto y tiene buena vista. Consigue a Draculaura. El año que viene, medita amargamente, peleará por comprar la nueva idea de otro. Siempre que su empresa, amarrada a las viejas ideas, no caiga. Y así va el país.

Cuando nadie mira

El hombre lee el periódico en un bar de Barbate, cerca del puerto. Cuando no está en la mar, se mantiene cerca, porque el miedo de mar adentro, por alguna extraña razón, se convierte en una especie de seguridad cuando se lo mira desde tierra firme, prendido como un recuerdo a la línea del horizonte.

El hombre lee el periódico para olvidar, pero como debería saber, y a lo mejor sabe, para eso es para lo que menos sirve leer las noticias. Porque en el relato de lo que de veras pasa, todo acaba remitiendo a todo, y en especial a todo lo malo que uno lleva dentro y que en ese instante desearía apartar de su mente. El hombre sabe, o debería saber, que para olvidar se inventaron las novelas, el vino, las películas, la tele. Y, sin embargo, como es temprano para beber, como es tarde para que él se convierta en lector (tras una infancia de poca y mala escuela y una juventud dada ya a la fatiga marinera), como las películas han perdido ya casi toda su magia y la tele nunca la tuvo, el hombre va y, aunque es lo último que debería hacer, lee el periódico.

La noticia le quema los ojos. Un hombre que asesinó a su mujer, y que lleva 13 años en la cárcel por ello, ha estado todo este tiempo cobrando su pensión de viudedad. Ahora, en tercer grado y llegada la edad de jubilación, la suma a la suya propia, lo que le proporciona unos ingresos de más de 2.000 euros mensuales. O sea: mientras millones de personas honradas y decentes, que no hicieron otra cosa en toda su vida que trabajar lo mejor que sabían, viven al borde de la indigencia, rebuscando en contenedores de basura o en los desechos de los supermercados, sin esperanza de cobrar una pensión más allá de la mínima y cuando ya estén al borde de la muerte, este tipo se coloca al margen de toda preocupación económica gracias a haberse librado de su mujer por la vía de la violencia criminal.

Lo que el lector de periódicos no termina de entender, porque no es un hombre demasiado instruido y se le escapan algunos matices del texto de la noticia, es si ese cobro de la pensión de viudedad (800 euros al mes, durante 13 años, 156 meses, 124.800 euros, más lo que ingrese en lo que siga viviendo) es el resultado de una negligencia administrativa o de un resquicio legal, es decir, si el asesino cobra porque alguien hizo mal su trabajo o porque la que está mal hecha es la ley.

En cualquiera de los dos casos, lo que se demuestra es la atrocidad que puede llegar a alcanzar una situación sin necesidad de que intervenga un malvado. Basta con que se dé la circunstancia de que nadie mire. Durante 13 años, nadie reparó en el desafuero. Si no hubiera salido a la luz ahora, Dios sabe por qué, habría podido seguir así hasta su consumación.

El hombre, fatalmente, vuela a lomos de esta noticia a la que ahora le aflige el alma. En pocas semanas no tendrá trabajo. Lo han decidido a miles de kilómetros de Barbate unos señores que nunca conocieron su pueblo ni le conocerán a él, ni a sus vecinos, ni saben de las estrecheces de su vida ni del callejón sin salida al que se verán abocados todos en cuanto tenga efecto la decisión. Esos señores, los parlamentarios de Bruselas, han decidido revocar el acuerdo que permite a la familia de nuestro hombre, y a muchas familias más, comer gracias a la pesca. Y lo han decidido porque alguien pensó que para castigar a un país que podrá vender los permisos de pesca a otros, y para apoyar románticamente la causa de un pueblo cuya situación no mejorará por eso un ápice, era una buena idea enviar a la ruina a los desechables súbditos de aquel olvidado puerto del sur.

El hombre se pregunta dónde estaban quienes debían velar por sus intereses. Pero, una vez más, nadie miraba.

El exministrable

Sólo hay algo peor que dejar de ser ministro: dejar de ser ministro sin haber llegado a serlo. Con este pensamiento irónico, frente al espejo del cuarto de baño, el exministrable comienza su

jornada. Se mira el mentón, las mejillas que tendrá que afeitar. Si por él fuera, se dejaría la barba hasta que le colgara como de náufrago, porque así es justamente como se siente. Hoy es el día en que verá (por la tele) jurar a los otros, a los que finalmente sí fueron ungidos por el dedo ministrador, después de estar señalados como candidatos. Pero lo que es peor, también a esos *otros*: los que contra todo pronóstico, con escasos o nulos servicios, incluso, oh ultraje, sin carne del partido, fueron recompensados con la cartera que a él se le negó.

El exministrable, en esta mañana aciaga, evoca, cómo no, todos los servicios que a pecho partido prestó al líder. Todas las veces que se lo pidieron y salió a echarse a los leones, para que lo dejaran hecho unos zorros con sus dentelladas. Todos los elogios encendidos, todas las adhesiones inquebrantables, todas las sonrisas dentífricas, todos los aplausos arrobados, todos los ditirambos inverosímiles, todos los burdos sofismas perpetrados y sostenidos frente a cámara en beneficio de la causa.

Con cierta angustia, y una pizca de autoflagelación, trata de rastrear en su memoria algún otro momento diverso. Alguna vez en que acaso fuera demasiado tibio, o demasiado poco entusiasta. Alguna conspiración que pasó rozándole y con la que, en vez de plantarle cara, ofendido, se avino a coquetear discretamente *por sí*. Algún episodio, así fuera remoto o nimio, en el que tal vez no se comportara exactamente como el líder habría deseado. Sucede con los agravios que quien los causa, tanto si le resultan rentables como si acaban siendo improductivos, tiende a olvidarlos con facilidad. Mientras que el que los sufre, es bien sabido, no sólo los recuerda hasta la consumación de los tiempos, sino que el dolorido recuerdo les va prestando capas que, al modo en que el nácar de la ostra produce la perla a partir del ínfimo guijarro, acaban otorgándole el volumen de un resentimiento que a menudo termina por alcanzar el rango de irrevocable.

En qué se equivocó, dónde falló, cómo produjo la ofensa que le ha costado la cartera antes de poder alzarla ante los fotógrafos. En todo eso piensa el exministrable, por no pensar en los días previos, cuando su nombre salía en todas las quinielas y se veía obligado a repeler a todos los periodistas con una sonrisa que decía *no* anhelando decir *sí*. Cuando estaba a todas horas comprobando con ansiedad la cobertura del móvil. Cuando llegó incluso a pensar en que tendría que ir al sastre a aumentar su provisión de trajes oscuros, camisas blancas y corbatas sobrias. Lo que venía a partir de ahora era cruel. Los que lo habían acosado a preguntas, hasta hacía apenas doce horas, pasarían a prestarle tanta atención como a las lámparas del techo. Lo que hasta entonces había sido la normalidad, incluso una normalidad confortable, se convertiría en una humillación.

Como cuando estaba en la oposición, seguiría llegando solo al congreso. Sin el deslumbrante coche oficial parando a la puerta y el raudo enjambre de escoltas pagado por los contribuyentes bajándose para controlar la vía pública y acreditar que el que ahí viaja es una encarnación del Poder, un elegido de los dioses; un habitante de las esferas celestes donde reina el protocolo, el *full credit*, las vajillas de época, los tapices de la Real Fábrica; un habitual de las cumbres, las cenas de gala en Palacio, las inauguraciones solemnes; un futuro jubilado de postín.

Le tocaba, en lugar de todo eso, ver a otros advenedizos disfrutándolo y seguir picando piedra. Con una sonrisa.

Venecia, 7.00 a.m.

El occidental avanza somnoliento por el pasillo del hotel. Son las siete de la mañana, y los días anteriores, aprovechando que está de vacaciones, ha estirado hasta las ocho o las nueve el tiempo de sueño, desacostumbrando con ello su cuerpo a madrugar. A la entrada del buffet de desayunos le piden su número de habitación. Lo facilita esforzándose para recordar las cifras en italiano y atraviesa el umbral de lo que supone, por la hora, la fecha y el silencio reinante, que será un salón vacío.

Cuál no es su sorpresa cuando se lo encuentra abarrotado. Y cuál no es su estupor, casi su escalofrío, cuando comprueba, después de tres o cuatro ojeadas incrédulas, que todos los comensales, sin una sola excepción, son de origen oriental. No ha visto ninguno en las dos mañanas precedentes, cuando bajaba a desayunar a las ocho y media o las nueve y media. Había llegado incluso a creer que los muchos que se cruzaba por las calles de la ciudad debían de agruparse, por designio de los touroperadores que los traen, en hoteles entre los que no se contaba el suyo. Pero he aquí que están, que no son pocos, y que la razón por las que no los ha visto es porque todos ellos, como un solo hombre, se presentan en el buffet de desayunos a la hora de apertura. Todo un contraste con la negligencia de los occidentales que, lo comprobó el día que menos madrugó, tienden más bien a apiñarse en las proximidades de la hora de cierre.

Todavía un poco sobrecogido, por la extraña uniformidad de la concurrencia y por el silencio absoluto en que desayunan, sin cruzar una palabra entre sí y casi sin mirar otra cosa que la comida que ingieren, el occidental busca uno de los pocos sitios libres, en un conjunto de cuatro mesas del que las otras tres las ocupan unos matrimonios de edad. Se sirve el desayuno, pide tímidamente un café y se apodera de uno de los periódicos que se ofrecen al huésped en una mesita. Observa que ni uno solo de los orientales tiene un periódico junto al plato. Todos se aplican a lo que están haciendo, sin permitirse distracciones.

Pero el occidental necesita, justamente, distraerse de la coyuntura un tanto anómala e inquietante en que se dispone a hacer la primera comida del día. Y se zambulle en el primer artículo que encuentra en la portada del periódico, y que resulta ser una columna de opinión. Es un diario veneciano, y el columnista repasa diversos datos, entre ellos, que los comercios locales han perdido un 18 por ciento de ventas en la campaña navideña respecto del año anterior. El miedo a 2012 de la gente, deduce. Con todo, se felicita de las medidas que está poniendo en marcha el gobierno, en cuya virtud, llega a afirmar, Italia está en el camino de dejar de ser una rareza y una vergüenza en el contexto europeo, y los italianos se disponen a asumir lo que se asume en

cualquier país normal, que una parte de la riqueza individual se ha de destinar a construir un estado que procure el bien común. Algo que, asegura, en Italia brillaba por su ausencia.

El occidental no es italiano, sino de otro país europeo con sus propios problemas, en parte coincidentes, en parte diversos. Pero no puede dejar de asociar esa postración rezagada en que se encuentra Europa con la imagen de todos aquellos orientales madrugadores que, terminado su desayuno, vacían rápidamente la sala. De un momento a otro no quedan más que dos o tres. Lo ha visto al levantar la cabeza del periódico, porque por el ruido resulta imposible distinguir si están o no están allí.

Diez minutos después, mientras camina hacia la piazza San Marco, los ve haciendo ya cola ante las góndolas del Bacino Orseolo. A las 7.50 admira desde la Riva degli Schiavoni la salida del sol, más allá del Lido. El sol naciente, el de los que van por delante: los que, no por azar, mueven ya el mundo.

Habrá *vengancia*

Al perro flaco lo asedian las pulgas y es ahí donde más magra anda la carne donde más pica y escuece la adversidad. Todo perro escuálido tiene su punto más flaco y es posible que el de esta ciudad, o uno de ellos, sea esta barriada donde no-conviven los inmigrantes africanos y los sempiternos autoexiliados interiores de las Españas, los únicos a los que se les aplica de puertas adentro la palabra «etnia», que suena muy aséptica pero es una manera de despacharte léxicamente a las afueras.

A Ramón, vecino del barrio que ni vino de África ni tiene ninguna peculiaridad étnica reseñable, salvo que se entienda por tal (que algunos lo entienden, en la versión de España de la que se trata, Cataluña) haber visto la primera luz allende Despeñaperros, dista mucho de haberle pillado de sorpresa la tormenta que acaba de desatarse. Para sus adentros, a Ramón le gustan igual de poco los morenos y los de la etnia. Le suenan, como a cualquiera, sus idealizaciones románticas: el negrito noble, afligido y esforzado, de un lado, y el gitano gallardo, soñador y artista, de otro. Pero lo que él se cruza a diario no tiene nada que ver con ninguno de esos dos arquetipos. Ni remotamente.

Para él los negros son tipos oscuros (alguno, muy oscuro) que nunca sabe a qué se dedican (alguno, sí, basta con ver cómo arrea a las mujeres jóvenes que viven en el mismo piso) y que le producen un escalofrío cuando pasa a su lado. Y los gitanos, entre otras cosas, son los que andan con coches demasiado grandes y se sacan fajos demasiado gordos de billetes, pero mandan a las mujeres a sacar la compra del súper sin pagarla.

Ramón tiene el discernimiento suficiente para saber que si dijera en voz alta esto que piensa (y por eso no lo dice) se le acusaría de racista repulsivo que toma la parte por el todo. Que tendría

que pedir perdón a todos los senegaleses y calés que honradamente se levantan el sustento de sus familias, sudando como burros en el empeño, y que no descarta que existan. Pero qué le va a hacer: él ya ha perdido la capacidad de verlos, él sólo ve a los otros: él se temía que esto acabara pasando.

El pretexto, como siempre, el más nimio. Un grupo de senegaleses que andaban jugando a fútbol, haciendo más ruido del que a uno del grupo de enfrente le apetecía soportar. A lo mejor un balonazo, luego unas palabras gruesas, posteriormente un zarandeo, o varios, y al final un muerto. Tocó senegalés.

Racistas furiosos entre ellos mismos, tanto o más que lo que pueda serlo él frente a unos y otros, razona Ramón, porque en el ADN de todo humano está la ira contra el que no tiene los mismos rasgos genéticos y la propensión a arremeter contra él cuando de marcar el territorio se trata. Y si el territorio es demasiado angosto, como sucede por el barrio, peor todavía.

Ahora han salido en todas las noticias. Los homicidas están detenidos, los senegaleses andan montando tumultos y volcando contenedores, los Mossos contienen como pueden el estallido, con más miedo en las caras que otra cosa. Los equipos de televisión van y vienen preguntando a los vecinos. A Ramón le han parado, pero tiene cosas mejores que hacer que mentirle a la cámara o, en caso de decir la verdad de lo que siente, buscarse un problema (por ejemplo, ver cómo en alguna tertulia de la tele algún trajeado que no tiene que vivir en un barrio con senegaleses y gitanos le hace objeto de su reproche moral).

Pasa junto a una reportera que en ese momento le acerca el micrófono a un africano. Este sí responde, vehemente:

—Si no hay justicia, habrá *vengancia*.

Ramón se apunta el neologismo. Le parece todo un hallazgo.

Un héroe de nuestro tiempo

Sólo los pobres de espíritu precisan del elogio ajeno. Nuestro héroe tiene resueltos a priori todos sus problemas de autoestima por el expediente más simple y efectivo: lo que él hace, él mismo lo enjuicia, lo celebra y lo exalta si es necesario.

Ahora se sienta en un banquillo y se enfrenta a una petición de varios años de prisión, pero esa nimiedad, que suele acongojar a los pusilánimes, a él sólo le arranca una sonrisa confiada y perenne, y le estimula una ironía que despliega una y otra vez ante el tribunal. Como si se hallara en el bar departiendo con los admiradores, y no frente a tres togados que tienen en sus manos el poder de despacharlo a pasar el tiempo rodeado de tipos torvos en chándal a los que, si ha tenido la muy improbable debilidad de pararse a contemplar la eventualidad, seguramente se cree capacitado para engatusar con su labia infalible.

Qué contraste con el hombre afligido con el que comparte el sitio de los acusados. El hombre que un día lo fue todo, lo tuvo todo (y se apropió una buena parte, según la acusación que ante la sala lo trae) y que, cuando evoca el pasado, con una memoria llena de agujeros, gusta de revivir cómo entonces todo el mundo lo llamaba «presidente». Lo necesita, tal vez, para evadirse de este horrendo trance presente en que lo abuchean a la entrada del juicio.

Para darle donde más duele, los alborotadores se arman con letreros que le recuerdan los cinco millones de parados que sobreviven con tres perras mal contadas, mientras su mujer, en los días dorados, iba a comprar toda clase de caprichos por importe de miles de euros. Cómo ha lamentado esa ligereza de su cónyuge. Allí, en la isla donde todo se acaba sabiendo.

Pero nuestro héroe permanece ajeno a las tribulaciones de su compañero de banquillo. Su estrategia no puede ser más sencilla, ni, a sus propios ojos, más acertada. Él simplemente fue contratado para escribir unos discursos. Como los discursos eran cojonudos, que para eso los escribía él, se los pagaron a precio de oro. Y por el mismo motivo, cuando le tocaba juzgarlos desde su tribuna pública en un periódico, los elogiaba con énfasis. Lo incongruente, piensa él, habría sido lo contrario: ponerles peros cuando había invertido su esfuerzo y su inmenso talento en lograr que fueran excelsos. Que la gente no supiera que el redactor del discurso y su calificador eran la misma persona, o que el dinero público se invirtiera en potenciar la imagen de un líder partidista en su condición de tal, eran reparos en los que sólo mentes pequeñas podían caer. Y llamar la atención sobre la posible contradicción entre el hecho de que él se autodefiniera como referente intelectual de la derecha liberal, y el detalle de que en vez de salir al mercado a ganar sus habichuelas prefiriera meter la cuchara (o más bien el cucharón, hasta 400.000 euros) en el pesebre alimentado por el contribuyente, sin competencia ninguna, no pasa de ser una insidia de chusma malévolas.

Resumiéndolo todo, lo que le hace de él un héroe de nuestro tiempo, es que, al contrario que el pobre tipo que se sienta a su lado, al contrario que todos los pobres tipos que en estos días, en trances análogos, se escudan en el «yo no he sido» y se afanan por negar sus propios actos, él los asume, reconoce y proclama sin vergüenza. Y no entiende el apocamiento de los otros. ¿Es acaso delito invertir unos pocos cientos de miles de euros públicos en autopromoción? De ser así, no habría cárceles bastantes, para encerrar a todos los que, desde el más pequeño municipio al Estado central, se han gastado no ya miles, sino millones de euros del erario en medios públicos o en publicidad en medios privados que a cambio ensalzan o dan respiro al líder.

Es de una lógica aplastante, piensa el héroe. Y sonrío.

Steve Campeador

El editor mira la fecha. Hoy es el día. Diecinueve de enero de 2012. O lo que es lo mismo, la

fecha del Apocalipsis. No ese de los mayas, que a fin de cuentas lo hacían todo a manubrio y sólo los muy asustadizos creen que pudieran acertar algo más que los ciclos de los planetas (y ya les acompañó la fortuna llegando hasta ahí). De lo que se trata es del cumplimiento de otro vaticinio, el que hizo un sujeto al que el editor sí que teme, y no sólo porque tenía a su disposición todo el arsenal tecnológico que los mayas nunca llegaron ni a soñar, sino porque además el condenado sabía usarlo como quizá nadie más supiera.

Lo cuenta la reciente biografía del tipo. Al parecer, lo habló con varias personas que se han avenido a testificar al respecto, pero la vez que se expresó con más contundencia fue ante el magnate de la comunicación Rupert Murdoch. La frase, demoledora, si es que el tal Murdoch tenía buena memoria o no, había terminado de perfilarla él mismo, no dejaba dudas:

—La industria del libro de texto está madura para su destrucción digital.

O lo que es lo mismo, la industria para la que trabaja nuestro editor, de la que ha venido sacando su sustento durante los últimos treinta años y, desde que ocupa su actual puesto de responsabilidad, algo más que su simple sustento. Contempla las vistas de su despacho, que no son tan buenas como las de cualquier jugador del casino financiero que regentan los bancos y sus cómplices (esos mismos a los que ahora ha de mendigar el crédito cuando arrecian las devoluciones y los stocks), pero sí bastante mejores que las que tenía en sus comienzos profesionales. Unas vistas que perderá, como todo lo demás, si resulta que aquel calvo siniestro, como demostró con tantas otras cosas, tenía razón. Y el editor entra aquí en una contradicción desgarradora, porque tanto el ordenador portátil que tiene abierto sobre la mesa como el teléfono móvil que le recuerda su presencia con su peso en el bolsillo de su americana son creaciones del mismo hombre cuya clarividencia ahora teme, y le han prestado un apreciado servicio desde que decidió adquirirlos.

Ha estado leyendo en internet (a través del portátil, precisamente) las últimas noticias, o mejor dicho rumores (es regla de la casa reservar el secreto hasta el gran anuncio público) sobre lo que se va a dar a conocer hoy. El programa con el que cualquiera, por poco que sepa de informática, podrá editar libros que serán inmediatamente legibles en toda suerte de dispositivos, libremente distribuibles e incluso directamente comercializables. Con unos cuantos clics, o unos golpecitos de dedo sobre una pantalla táctil, cualquier idiota podrá reemplazar la compleja máquina industrial y logística que el editor dirige a costa de no pocos sinsabores y quebraderos de cabeza. No se le ocurre una pesadilla mayor, no alcanza a pensar en nadie a quien le apeteciera más estrangular con sus propias manos, convencido de merecer la indulgencia divina y humana para su acción.

Relee las consideraciones en las que el visionario sustentaba su apuesta. El sistema educativo basado en anquilosados libros de texto era un fiasco, algo completamente ineficaz y corrupto, por la connivencia entre editores y autoridades educativas. La tecnología podía liberar el conocimiento y la enseñanza de esas bridas injustas y absurdas. Qué petulante, piensa el editor.

Todos estaban equivocados, salvo él. Lo malo era que el tío, sin haber terminado sus estudios, porque le aburrían, había cambiado el mundo. A lo peor, no iba descaminado

Esta idea reaviva el impulso homicida del editor. La pega es que a Steve Jobs ya no puede matarlo. Como el Cid Campeador, esta última batalla, si la vence, será después de muerto.

Delenda est Megaupload

Al abrir aquella bandeja de correo electrónico, el agente especial X encuentra, al fin, la confirmación de su hipótesis. No es que él la necesitara, porque lleva demasiado tiempo analizando los procedimientos de la organización, y ha profundizado en ella hasta disipar cualquier sombra de duda sobre la lógica económica, esencialmente criminal, que rige su funcionamiento. Por más que digan y hagan, Megaupload está construida sobre el estímulo permanente al trasiego de material ilegítimo, que es el que le ha permitido alcanzar la fabulosa cifra del 4 por ciento del tráfico mundial de la World Wide Web. Quienes lo suben se ven premiados, por diversos mecanismos, y las reclamaciones de los propietarios expoliados se resuelven siempre a posteriori y sin poner en ello especial diligencia, si es que realmente se resuelven.

Porque Megaupload tiene medios de sobra para saber qué es lo que se oculta tras cada uno de sus crípticos enlaces. Y cuando le piden que retire uno que lleva, pongamos por caso, a una copia de *Avatar*, lo hace con la tranquilidad de saber que quedan otros miles activos. Todo esto lo ha comprobado el agente especial X, y a él le basta para saber que se enfrenta a una organización delictiva, a una especie de perista global que actúa como gigantesco receptor del grueso de la propiedad intelectual saqueada a lo largo y ancho del mundo. Pero no se trata de su convicción, porque para bien o para mal (seguramente para bien, admite el propio X) lo importante no es lo que piense o deje de pensar el policía que persigue a los malos.

De lo que se trata es de convencer a un gran jurado, primero, y a un juez neozelandés después. Con algo que a ese gran jurado, y también al juez de Nueva Zelanda, que es el que tendrá que ordenar los registros y las detenciones de los avispados programadores, les permita salir al paso de la marabunta de sofistas que cacarearán diciendo que meterle mano al tinglado es un atentado contra la libertad de expresión en la red, un atropello contra una página inocente que sólo proporciona servicios de almacenamiento en la nube, y que no puede saber ni investigar qué es lo que sube toda la gente. De lo que se trata, también, es de armar una evidencia que permita enfrentarse a la legión de abogados que, con el dinero amasado a costa del talento ajeno, contratarán los receptores, y que abundarán en ese discurso y echarán mano de todas sus triquiñuelas legales. Y ahora, después de meses de perseguirlo, X ya tiene lo que buscaba.

En aquellos emails está todo. El gran jefe regaña a uno de sus subordinados porque la copia

que están sirviendo de la serie de televisión «Dexter» (cuyos productores en modo alguno le han autorizado a ello) tiene mal sonido. En otro mensaje, hablan de cómo optimizar el espacio en los servidores, reduciendo el número de copias que almacenan de cada película, disco o libro, y redirigiendo todos los enlaces a unas pocas o a incluso a una sola, sea o no la que ha subido el usuario. Si a todo esto se suma el dinero que recauda la empresa de sus millones de clientes, y los incentivos dados a sus «proveedores», el delito resulta flagrante e inequívoco: tráfico consciente de propiedad intelectual ajena, con un ánimo de lucro más que consumado y satisfecho.

Lo que le queda al agente especial X y su equipo es preparar la campaña de imagen. Por suerte, Kim Schmitz, el gran jefe, aficionado al lujo hortera, con antecedentes delictivos y la sospechosa costumbre de cambiar de identidad, eso se lo pone a huevo. Bastará con seleccionar las fotos más obscenas, y hacerlas circular adecuadamente. Puede que haya un par de días muy ruidosos, cuando tras cada enlace de Megaupload, en lugar del ansiado archivo, salga el logo del FBI. Pero en una semana la gente lo aceptará.

X lo sabe: la gente es inconstante.

177.470 más

En el país atenazado por la melancolía, la cuenta de enero se cierra y entrega su cifra: 177.470. Las personas en que durante esos primeros 31 días del 2012 aumentó la lista de los desempleados que se registran como tales, que no es necesariamente el censo de los que en realidad lo están, pero sí el de aquellos que disponen de las condiciones legales y la voluntad para acreditar formalmente su situación. En el cómputo total, cada vez falta menos para que el medidor oficial alcance los cinco millones de desplazados del sistema productivo que ya superan los medidores estadísticos. Una cifra que la Historia acredita como pavorosa y capaz de provocar los más abruptos cataclismos: fue con ese número de parados con el que cierto pintor aficionado austriaco recibió la confianza de los alemanes para abocetar con su sangre y la de otros muchos una Europa imaginaria.

Son otros los tiempos, otro el lugar, otros los afanes. Incluso es posible que las aritméticas de allá y entonces y aquí y ahora sean dispares: un parado alemán de enero de 1933 era casi invariablemente un hombre con una mano detrás y otra delante, con niños hambrientos que dependían de él y la nieve del invierno cercándole el alma y traspasándole los huesos. Un parado español de enero de 2012, aparte de vivir, con suerte, en lugares donde la nieve no cae nunca, tiene muchas papeletas de ser un joven sin hijos acogido al techo paterno, con derecho a meter la ropa en la lavadora atendida por la madre y a conectarse por el wifi a la banda ancha que, a costa del recibo abonado por sus progenitores, le surte de Seriesyonkis. Cuyos creadores, en entredicho, podrían invocar en su descargo el servicio prestado al mantenimiento de la paz social del país.

¿Puede este razonamiento consolar, apaciguar o relajar al responsable público que esta mañana de febrero de 2012 ha sacado calentito de los ordenadores el nuevo dato de desempleo? Es posible que no propenda a ponerse muy nervioso, porque 185 diputados valederos para un cuatrienio, y recién asentados en sus escaños, proporcionan un calorcillo en el lomo nada despreciable. Pero en algún momento habrá de razonar que el tiempo no se detiene, que los años caen inexorables sobre esos cachorros instalados en el útero materno más allá de lo que la naturaleza prescribe, y que muchos de ellos, los mejores, no se resignarán a ese arreglo y se desarraigarán de la tierra que no los nutre.

Y cada vez más, quedan los otros. Los que ya no son jóvenes. Los que en muchos casos son padres de familia, con los ahorros comidos, la prestación agotada, y la hipoteca enseñando los dientes por debajo de la puerta. Que ya escatiman en comida, bajando las calorías que ingieren ellos y sus hijos (algún cínico dirá que hay margen, en un país donde esas calorías parten de un promedio excesivo), que dejan de poner la calefacción y que siguen pagando el ADSL porque lo utilizan para mirar los portales de empleo (en realidad, negocios a costa de la angustia del parado, los más de ellos) o para mandar por correo electrónico a todos sus amigos del Facebook y todos sus contactos de Gmail y Hotmail sus currículos, cada vez más maniáticamente detallados y cada vez más abiertos a añadir de cualquier modo, haciendo cualquier cosa y por cualquier precio, la siguiente línea de sus vidas productivas. Para éstos no hay espera que valga. Para éstos, para las decenas de miles en que han aumentado en este enero de 2012, hace tiempo que hiela en el corazón.

Entretanto, los que han de tomar decisiones, en Europa y más abajo, siguen especulando. Uno tiene elecciones dentro de dos meses, el otro dentro de seis, aquél dentro de doce. La gente, asilvestrada ya, se cuele en masa en el metro y bloquea los desahucios. Y los especuladores electorales le sueltan a la policía.

Consortes

X. es la mujer del concejal, o mejor dicho lo fue. No es que se haya divorciado de su marido: sencillamente ocurre que su marido ha dejado de ser concejal. Hace sólo un año (o hace «ya» un año), y X. aún no se hace a la idea. Le cuesta habituarse a no recibir más el agasajo, el respeto, la zalamería que le tocaba por ser la concejal consorte. Consorte, que viene de *consors*, que es «consuerte»: el que corre la misma suerte que otro a que está unido. En los buenos tiempos eso era recoger las mieles, disfrutar del homenaje ajeno. En rigor, y en honor a la verdad, también había otras cosas, no tan dulces. Como las pocas horas entre su marido y ella a solas, y tantos fines de semana machacados por deberes del partido, inauguraciones y actos varios de cortejo al electorado y cuidado del rebaño clientelar.

Pero, a cambio, tenía esa reverencia de todos, y más de un capricho. Durante los dieciséis años que el marido fue concejal, X. se dio el gustazo de escuchar en directo a todos sus músicos favoritos. Todos venían a tocar a las fiestas patronales, para ella, pagados con el dinero del contribuyente. Y con cargo a esos mismos fondos, X. se beneficiaba el acceso a la zona VIP del concierto, al *backstage*, e incluso entraba en el camerino a fotografiarse con sus ídolos. Tiene las fotos con todos ellos enmarcadas en el mueble del salón, lo que ahora es un recordatorio doloroso. Del poder perdido y de que su marido ya no es autoridad sino que está en el paro; de que ya nadie se inclina ante ella sino que todos la miran con una pizca de resentimiento, desquite y conmiseración. Si las fotos las pudieran ver sus otros protagonistas, los músicos, también serían para ellos dolorosas. Ahora el contribuyente está seco, y la mujer del concejal actual ya no puede invitarlos, ni allí ni en ningún otro ayuntamiento, lo que ha llevado a la quiebra el que era antaño un jugoso negocio.

A. es la esposa de un sátrapa árabe. Todavía. Eso quiere decir que sigue casada, y que su cónyuge es aún sátrapa en activo. Pero a duras penas, y a saber por cuánto tiempo más. Ha estallado una revolución, esa cosa antipática (para los sátrapas) que ha traído al mundo árabe el invento diabólico de internet, que permite que la gente sepa y lea cosas aunque en el país casi no se impriman libros, aparte del Corán y el plúmbeo manual político del líder o el partido de turno. De todos modos, A. vive encerrada en una contradicción. Porque como buena representante de la élite local, se ha educado en Occidente, y no sólo accede a internet y lo disfruta, sino que suele (o solía) navegar por la red para buscarse a sí misma, en alguna de las muchas fotos glamurosas que le han hecho como bella esposa y usuaria de alta costura y comprometida impulsora de una ONG para difundir la democracia que su marido le niega a su pueblo.

Desde que los hombres de su compañero de lecho acribillan y bombardean a la población, la sacan menos. Y A. empieza a temer el momento en que, si todo va mal, no la saquen nada. O saquen sus palacios expoliados, o algo todavía peor, como ya les ha pasado a otros sátrapas árabes. Pero eso es lo que le toca, como consorte: correr la suerte del que la elevó al Olimpo.

Z. es la mujer de un hombre que hizo del tráfico de influencias y la evasión fiscal un modo de vida y enriquecimiento. Z., como otras muchas, le sirvió de pantalla a su marido, como accionista y administradora de las sociedades mercantiles que funcionaban como tapaderas de las actividades ilícitas. Z., como mayor de edad y responsable de sus acciones, y copartícipe del entramado societario de su consorte, se enfrentará como él a la persecución de los tribunales de justicia. Se verá en el banquillo, como quien la metió en una aventura que ha salido mal.

O, con suerte, no.

Échale un galgo

José meneaba la cabeza. Después de media hora navegando por internet, y leyendo lo que la gente escribe sobre el asunto, tiene otra vez esa sensación que es justo la que menos le gusta tener. Tras recorrer el consabido repertorio de declaraciones patrioterías, que van desde la soflama hueca hasta la descarga de vitriolo contra el franchute (que vuelve a demostrar su rencor y su sentimiento de inferioridad porque aquí le curramos las orejas a su Napoleón etcétera), lo que a José le asalta es un sentimiento de desarraigo del país en el que vive. Y esto, que a cualquier otro puede resultarle una vivencia más menos rutinaria, incluso un desahogo, a José le hace polvo. Porque él juró la bandera que representa ese país, y la lleva puesta sobre el uniforme, cuando lo viste, aunque suela ir de paisano. Porque él, en su ingenuidad anticuada, se sigue sintiendo español y daría lo que fuera para que eso nunca dejara de ser un orgullo.

Es verdad que los franceses han aprovechado el asunto del dopaje de los deportistas españoles, y en particular la sanción al más famoso ciclista (ganador de su Tour, para mayor escarnio), para regalarse una catarsis a costa del vecino, que es algo que siempre da un gusto especial y reafirma, del modo más bajo y torpe posible, la satisfacción de hallarse en el propio pellejo. Un pellejo, el de los franceses, que como el de cualquiera tiene sus arañazos, sus zurcidos y hasta sus costurones.

Es verdad que el número de los guiñoles ridiculizando a las grandes estrellas del deporte español es mezquino y de mal gusto, y resulta indicativo del malestar de los franceses por lo vacías que se ven sus vitrinas en los últimos tiempos, en múltiples disciplinas deportivas en las que ya les gustaría brillar más.

Pero José sabe, y lo sabe bien, que si los guiñoles gabachos han podido perpetrar ese ejercicio de restauración de la autoestima patria a costa del prójimo es también porque este le ha suministrado la ocasión y los argumentos. No para hacer la grosera imputación que han lanzado esos marionetistas de brocha gorda, pero sí para que la sátira no esté levantada en el vacío. Y José no piensa en ese ciclista en cuya sangre aparecieron trazas infinitesimales, vaya usted a saber por qué, sino en algo bien diferente.

Y es que José ha entregado muchas horas de su vida, en los últimos años, a investigar el uso de sustancias prohibidas entre los deportistas españoles. No porque tenga nada contra ellos; de hecho, José siempre ha sentido pasión por el deporte y algunas de las personas a las que acabó investigando habían sido objeto de su admiración. No, José empezó a trabajar en este caso como en tantos otros, porque le llegó una denuncia. O mejor dicho, varias. A través de ellas José y sus compañeros tuvieron noticia de que algo oscuro sucedía en algunos centros de alto rendimiento en España, donde había deportistas que estaban obteniendo resultados extraños. Resultados que no concordaban con su trayectoria previa, con su edad, con sus marcas anteriores. Y como hace siempre que le llega una denuncia, José investigó.

Lo que encontró, a su pesar, era muy feo. Médicos que guardaban decenas de bolsas de sangre identificadas con nombres estrafalarios: según averiguaron, era una clave, personal de cada deportista, para que al hacerle la autotransfusión dopante no se le pusiera la sangre de otro. A

algunos los identificaron, a otros no. Con eso y otras muchas diligencias, pudieron llevar a algunos ante el juez. Operación Galgo, lo llamaron. Pero al final lo que quedó fue que ellos, los policías, se habían encarnizado con los deportistas.

Ahora el ministro del ramo reconoce ante los medios que tenemos un problema. Y José, escaldado, piensa:

—Sí, ahora échale un galgo, al problema.

La última playa

El ciclista, como tantas mañanas, apura a la vez el agua de su botella y la luz que inunda la playa. Hay días que no se puede creer que semejante regalo de los dioses haya podido sobrevivir allí, a apenas una decena de kilómetros de la plaza de Cataluña y de las Ramblas, por donde a diario avanzan hordas de cruceristas ansiosos por asestarles sus fotografías a los edificios de Gaudí. Es un milagro que se aprecia mejor cuando uno echa un vistazo al resto del litoral y del área metropolitana de Barcelona, alicatados ambos hasta extremos que reducen a los especuladores inmobiliarios de otras ciudades a la condición de aprendices, incluso timoratos, de la rentabilización del territorio.

¿Por qué se salvó el delta del Llobregat de desaparecer bajo una avalancha de ladrillos apilados para acoger al mayor número posible de seres humanos por hectárea? Factores como el cercano aeropuerto de El Prat, que limita la edificabilidad, o la condición de espacio natural protegido de buena parte del territorio, constituyen la razón aparente. La oculta es que durante mucho tiempo la zona, como es común en las áreas deltaicas, fue insalubre para las personas, amén de sufrir la contaminación de todas las industrias que vertían sus desechos al río, en el curso final de su recorrido. Eso la sustrajo a los sucesivos desarrollos urbanísticos del siglo XX, y la llevó hasta el siglo XXI como una rareza de la que nuestro ciclista ha aprendido a disfrutar.

Y es que ese trozo de playa, entre El Prat y Gavà, es lo único que queda intacto del gran arenal que se extiende entre el Besós y el Garraf. La antigua gran playa de Barcelona, sobre cuyas arenas doradas, el ciclista lo piensa a menudo, sostuvo su último combate (el que había de despacharlo a casa, derrotado por un mundo calculador y mezquino, como él nunca supo serlo) aquel Caballero de la Triste Figura que imaginó Cervantes, en la sabiduría de su vejez, para desquitarse del trato desconsiderado que le había dado la vida y ganar justa inmortalidad.

Aquel último combate quijotesco no debió de ocurrir aquí, en lo que hoy es el término municipal de Viladecans (un pueblo del que, dicho sea de paso, se guarda memoria escrita desde el año 1011, por lo que sí pudo ver pasar al caballero) sino más cerca de la capital. Pero al ciclista le gusta pensar, cuando llega a su playa, la última playa virgen, que es la imagen más

exacta que hoy puede obtenerse de cómo sería el escenario de aquella justa imaginaria, no ocurrida cuatrocientos años atrás.

Mientras piensa en estas cosas, una caravana de vehículos llega levantando una nube de polvo al aparcamiento de tierra improvisado a un extremo de la playa. Unos hombres trajeados se bajan de los coches y caminan hasta el arenal. Varios de ellos parecen darle explicaciones a uno de edad más avanzada. Le señalan la playa a izquierda y a derecha, y también hacia los humedales del Remolar, adonde cada primavera acuden los flamencos, para añadir a la estampa de las lagunas, con la montaña de Sant Ramon al fondo, la pincelada rosa de su plumaje. El hombre mayor asiente, complacido. Poco después, todos se montan de nuevo en los coches y se alejan levantando otra nube de polvo, más persistente que la primera.

Al día siguiente el ciclista lee en la prensa que el hombre mayor es el gran magnate americano del juego, y que otros hombres trajeados y sonrientes, que dicen representarle a él (al ciclista), le han ofrecido (al americano) sepultar la playa, el humedal y todo lo demás bajo un complejo de casinos, hoteles y locales de espectáculo, donde ni para los esclavizados trabajadores ni para los aturdidos clientes regirán las leyes del país.

Desde ese día, el ciclista pedalea lanza en ristre. Gigantes y galeotes: hay argumento para un Quijote del siglo XXI.

Francotiradoras

Un día más, Natalia ve marchar exhausta a sus alumnos. Un día más, ha tratado de enseñarles que el mundo es más ancho y profundo que lo que les muestran las pantallas de sus *smartphones*, sustituto ineludible de las videoconsolas portátiles que usaban hasta hace muy poco. Que la vida es algo más que el relato chusco y adelgazado que les llega rebotando como una bola de *pinball* por los pasadizos de las redes sociales. Que hay más conversaciones a su alcance que las banalidades que se cruzan a través del dichoso WhatsApp, con la misma inercia con que años atrás vigilaban las evoluciones de sus Pokémon.

Lo último que hace Natalia es culparlos, a sus alumnos, de la atareada y vana distracción que los absorbe. Sabe que no son ellos quienes la organizan, alimentan y abastecen. Son otras mentes más adultas (al menos a juzgar por el tiempo que llevan funcionando) las que programan, distribuyen y mantienen ese tráfico ingente de naderías en que se consumen las energías de tantos jóvenes y mayores, poniendo a su disposición herramientas cada vez más potentes e invasivas, y fatalmente seductoras por el reclamo de su falsa gratuidad. Porque aquello que uno no paga en euros, en este mundo, Natalia no desiste de hacérselo entender a sus chavales, lo paga en otra moneda, que a nada que uno se descuide acaba contándose en jirones de la propia alma.

Con todo, y aunque los sabe ingenuos y manipulables, Natalia siente la necesidad de

inculcarles la noción de que uno es responsable de lo que le pasa, incluido lo que otros hacen con él. Cuando les dice esto, muchos la miran como si estuviera chiflada. Pero no todos. Si Natalia continúa en la lucha es porque con los años ha aprendido a distinguir, dentro del grupo, a aquellos que tienen dentro de sí la disposición a no dejarse llevar sin más por la corriente, a creer y soñar que otro mundo, más autónomo y propio, es posible. No son muchos, y a menudo lo tienen difícil, porque no gozan precisamente de la simpatía de los compañeros, mínimo es el aliento que reciben del sistema y aun han de esconder sus cualidades para no padecer la represión de quienes, menos dotados que ellos y conscientes en el fondo de su inferioridad, ejercen su despótico liderazgo sobre el grupo.

Para ellos, para los cuatro o cinco que tiene este año, pero también para sacudir a los otros, los que se regodean en su indiferencia absoluta hacia lo que les cuenta, Natalia ha rescatado hoy la historia de las francotiradoras rusas. Y se la ha contado en toda su crudeza. Natalia Kovshova y María Polivanova, se llamaban. Una disparaba y la otra corregía el tiro. Juntas acabaron con más de 300 soldados alemanes. Para su letal cometido eran mejores que los hombres, entre otras cosas porque respiraban mejor y al ser más pequeñas y ligeras podían esconderse en lugares casi inverosímiles. Las dos murieron en agosto de 1942, en Leningrado. Rodeadas por el enemigo, siguieron disparando y haciéndole bajas hasta que agotaron sus municiones. Cuando los alemanes fueron a apresarlas, se volaron en pedazos con granadas de mano, llevándose por delante a sus captores.

Tras contar el desenlace trágico de las dos francotiradoras, Natalia ha saboreado el silencio sepulcral que reinaba en el aula. Incluso los más obtusos estaban impresionados con la hazaña de aquellas mujeres, cuyas fotos miraban incrédulos. Parecían tan poquita cosa, y sin embargo... Eso ha querido transmitirles: no hay enemigo tan poderoso que no se le pueda plantar cara, y a quien no quepa, aun siendo más débil, hacerle daño.

También ella se siente una francotiradora. Sabe que la mayoría se le escapan, que su enemigo es mucho más fuerte que ella. Como su tocaya, escoge sus blancos. Y como ella, inflexible, continuará disparando hasta que se le agote la munición.

El novelista superdotado

El novelista superdotado vive en un pueblecito de Soria y tiene en la actualidad doce años. No es una broma, lo de la edad, ni lo de superdotado una hipérbole. Lo del pueblecito de Soria es simplemente un dato geográfico, que resulta útil para entender la historia. El lugar de un cuento no sólo le sirve de contexto, sino que ayuda a terminar de entenderlo e interpretarlo.

El novelista superdotado se abrió hace unos meses su primer perfil falso de Facebook. Se puso trece años encima, se atribuyó lecturas que en efecto ha realizado (desde Palahniuk a A. M.

Homes, pasando por Stanislav Lem y George R. R. Martin) y varias aficiones que le son ajenas, pero de las que se informó antes por internet (egiptología, numismática y esgrima). En menos de una semana había logrado establecer relaciones sentimentales con dos mujeres, de veintinueve y treinta y cuatro años. El juego le pareció divertido, tanto que le pareció una limitación realizarlo desde un solo perfil y dentro de aquellas coordenadas que le había fijado a su falsa identidad de veinteañero empollón y un poco friqui.

Comoquiera que las lecturas de nuestro novelista superdotado van mucho más allá de las antedichas (la bibliotecaria de su pueblo no sale de su estupor, viendo los libros que se lleva aquel mocoso, cuyos progenitores le consta que jamás han considerado necesario abrir un volumen encuadernado ni leer más que las etiquetas de las cosas o las señales de tráfico), no le costó nada generar otros tres perfiles de Facebook, tan falsos como el primero, pero diferenciados en cuanto a los rasgos de personalidad de sus supuestos e inventados titulares.

Con edades de diecinueve, treinta y un y treinta y nueve años, sus nuevos *alter egos* iban desde el algo primitivo frecuentador de Forocoches, y fanático del Real Madrid, al refinado poeta y pianista y discreto seguidor del Barça de Guardiola, pero más por el estilo y el fútbol desplegado por el ponderado entrenador que por devoción ciega hacia unos colores. Entre medias, tanto en edad como en carácter, nuestro novelista situó a un joven pero ya curtido abogado mercantilista apasionado por los viajes, la música New Age y las novelas de Paulo Coelho. Nada que ver con él: de Coelho nunca ha logrado terminar un libro, apenas soporta el New Age y sólo ha viajado por la provincia de Soria y las que hay entre su pueblo y Salou, lugar habitual de veraneo de su familia.

Para crear a éste su personaje más sofisticado (los otros dos eran pan comido), internet le proveyó del material con que alimentar su credibilidad: recurrió a foros de fans del escritor y de Wim Mertens y Michael Nyman, a National Geographic y a Google Earth. Algo más le costó lo de la abogacía, pero los tres libros de Grisham que llevaba a las espaldas y un par de sitios especializados en noticias jurídicas le permitieron adquirir el bagaje suficiente para, al menos, impresionar a las incautas.

Y vaya si las impresionó. En este momento, el novelista superdotado mantiene relaciones sentimentales simultáneas con doce mujeres, de edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y un años. Ninguna de ellas sospecha que aquel con quien dan rienda suelta a sus fantasías, de quien reciben el calor y la comprensión que su entorno les niega, y a quien refieren con pelos y señales los problemas que tienen con sus egoístas o violentos maridos o novios (o novia, en un caso) es un chaval de doce años que accede a ellas y al mundo con su ADSL, no demasiado bueno ni especialmente rápido, desde un pueblecito de Soria. Lo único que alguna no entiende es que se muestre tan reacio a comprarse una webcam o a hablar con ella por teléfono.

Mientras otros sólo son capaces de escribir una a la vez, el novelista superdotado escribe, y vive, doce novelas al mismo tiempo. A qué esperáis, editores, para encontrarlo y ficharlo.

Robert Bales o la refracción

La prensa del sábado le trae a Roberto el nombre que desde hace días despierta su curiosidad. El nombre y, de propina, la imagen de su titular. Robert Bales. Así es como se llama el sargento norteamericano que esta misma semana asesinó a sangre fría en Kandahar, Afganistán, a 16 civiles afganos, mujeres y niños incluidos. Han esperado, para dar su nombre y mostrar su foto, a tenerlo de vuelta y a salvo en Estados Unidos. Que haya resultado ser tocayo, a Roberto le parece una señal. Más anecdótica que esotérica, porque no es hombre dado a supersticiones ni espiritismos. De eso lo curaron en la facultad de Medicina, hace ya unos cuantos años, mientras abría cadáveres en la clase de Anatomía. Al escaso entusiasmo que le produjo el uso del bisturí se debe su especialización como psiquiatra.

La biografía de Bales es casi de manual. A sus treinta y ocho años, se hallaba en su cuarta misión de combate, después de que le prometieran, al terminar la tercera, que no volvería a jugarse la vida en territorio hostil. En sus misiones anteriores había sufrido dos heridas de cierta gravedad, una en la cabeza, que bien pudo dejarle secuelas cerebrales, y otra en el pie, con amputación parcial. A todo eso súmese el impacto de haber visto caer a varios compañeros, dañados en diverso grado por la insurgencia iraquí o talibán. El último, poco antes de su macabra cacería.

A Roberto le interesa la historia porque en los últimos años se ha especializado en el estrés postraumático de los combatientes retornados de escenarios de conflicto. Tiene varios pacientes, a los que les pesa más su problema en un país que ni siquiera es consciente de haber enviado a nadie a combatir. Los gobiernos que han despachado contingentes a Irak y Afganistán, de izquierdas y derechas, se han esforzado por silenciar los aspectos bélicos de la misión, en dos territorios con una insurgencia recalcitrante. Como le dijo uno de sus pacientes: «En la tele salimos siempre patrullando o repartiendo caramelos a los niños; nunca encajando morteros por la noche en la base, o retirando lo que queda de un vehículo calcinado por un IED del que antes hemos tenido que sacar los restos de un compañero».

Muchas veces ha recordado, escuchándolos, una conferencia que le oyó dar un verano, en Santander, a Carlos Castilla del Pino. En el turno de preguntas, una mujer le sacó la historia de la muerte de su hijo, y vino a afearle que hubiera declarado que en su vida había influido más que le vetaran el acceso a la cátedra por razones políticas. Castilla del Pino respondió que no era cuestión de dolor: el dolor por la muerte de su hijo era máximo, pero lo otro, aparte del dolor, había producido en su vida una refracción, esto es, había desviado su curso de forma irreversible. Lo mismo, piensa Roberto, les ocurre a estos hombres. Lo que ven y viven en esas guerras sin objetivo concreto, que se prolongan años y años (en el caso de Bales, obligándolo a volver una y otra vez), los refracta. Es en sus cuerpos y sus mentes donde se paga, finalmente, el peaje de la

guerra; permaneciendo ajenos a ellos, es como pueden prolongarse *sine die* las campañas desde los despachos.

Dicen que en la base a la que pertenece Bales, de la que ya han salido otros carniceros por iniciativa propia, se había puesto muy caro obtener la baja por estrés postraumático. Escasea la mano de obra para la guerra indefinida, y no es cosa de dejar que merme más de la cuenta por zarandajas psicológicas. Los que dan esas directrices no piensan en esos hombres solos, a miles de kilómetros de casa, devanándose los sesos con un arma en la mano, en la oscuridad de una noche interminable.

El alarde del sargento Bales ha venido a complicar toda la misión afgana. Hasta Obama ha salido a pedir perdón. A Roberto no le extraña lo sucedido. Los refractados tienen ese oscuro potencial: el de convertirse, si se los descuida, en refractores.

Inaugurando Mercadonas

María no sale de su asombro. Su primer día de trabajo en el supermercado le está deparando sorpresa tras sorpresa. Hace un rato irrumpió en la tienda, con todo su séquito de seguridad, edecanes y el enjambre de fotógrafos correspondiente, la hasta entonces para ella remota e inaccesible alcaldesa de la ciudad. María recordó las veces que la había visto en las revistas: en las recepciones reales, gubernamentales o diplomáticas, ataviada con sus mejores galas; o descansando en playas autóctonas y paradisíacas, informal y desenvuelta con el bañador y el pareo. A fuerza de fotos y de imágenes televisivas, se había hecho a considerarla un ser de otra dimensión, esa que sólo se permite a los mortales contemplar desde el templo doméstico consagrado a la gran pantalla LCD o desde ese trono propicio a la meditación trascendental que viene a ser el sillón de la peluquería durante el tiempo necesario para que el tinte se agarre al cabello.

Y de pronto, ahí la tenía, corporeizada ante ella, humilde cajera del Mercadona, aunque en los tiempos que corren el adjetivo empieza a estar de más, porque bien puede considerarse perteneciente a una casta privilegiada, por disponer de un contrato estable en una empresa española que aumenta beneficios cada año. O lo que es lo mismo, que lo tiene algo más complicado para hacer valer el cheque-despido-cuasi-libre que la reciente reforma laboral ha entregado al resto de empresarios.

Por eso tenía ahí a la alcaldesa, haciendo cola para pagar unas compras de pega, ella que desde hace ya décadas, imagina María, cuenta con alguien para que le llene la nevera y le ponga el plato en la mesa; alguien que ya se preocupará, además, de que no se le acabe el limpiacristales, el friegasuelos, el detergente o las pastillas del lavavajillas, por la cuenta que le trae.

Pero ahora que ve venir otro séquito hacia ella, más grande todavía, con más flashes, más

guardaespaldas, más asesores y subalternos, y con el director de la tienda y el director territorial más tensos y obsequiosos si cabe, María comprende que aquello es más serio de lo que creía. La mismísima presidenta se encamina hacia ella con su comprita, para que se la pase por el escáner y le haga la cuenta. ¿Desde cuándo algo tan modesto como un supermercado, uno de tantos, uno cualquiera de los ciento y pico que ya tiene Mercadona en la comunidad, de las decenas que tiene sin salir de la capital, suscita tal movilización institucional, tal despliegue de medios y figurones ansiosos de hacerse la foto? ¿Desde cuándo ella, María, mileurista de angosta suerte, aunque sea mejor que la de otros, se ha convertido en su objeto de deseo, en la «partenaire» soñada para ser immortalizada por los objetivos junto a esas mujeres poderosas que se codean todos los días con la realeza y las celebridades?

De pronto, a María la asalta un estremecimiento. Vienen en tropel a inaugurar un Mercadona porque ya no tienen nada más que inaugurar, ni prevén tenerlo por muchos años. Porque ya no hay un duro en esas arcas que gestionan y que antes volcaban con tanto entusiasmo en obras públicas útiles o suntuarias, en pabellones, museos, líneas férreas, autovías, monumentos, exposiciones. Porque sólo pueden cortar las cintas que haya pagado otro, y poca gente queda en el país, aparte del gran jefe de María, en condiciones de ponerles cintas al corte. Va a ser verdad que esto es el hundimiento, y si la crisis es de ese calibre, llegará el momento en que la gente ya ni al Mercadona pueda ir a comprar, y su sueldecito de poco menos de mil euros sea, a 20 días por año de servicio, una barrera ridícula para impedir la instantánea amortización de su puesto de trabajo.

Mientras le pasa a la presidenta la crema hidratante por el escáner, teme que acabe viniendo la reina a la tienda. Nunca pensó que fuera tan sobrecogedor pasar al papel couché.

Cuota líquida: la voluntad

El defraudador fiscal examina la oferta que acaba de recibir del Gobierno de España. No está mal del todo, puede suponerle un ahorro de hasta el 80 por ciento de los impuestos que habría debido pagar si hubiera tenido a bien declarar los ingresos en su día. Le puede suponer, también, ahorrarse una temporada en el talego, y aunque todo el mundo dice que las cárceles españolas son muy benignas, sobre todo comparadas con otras, al defraudador fiscal no le apetece especialmente disfrutar de ellas.

Dependiendo de su tipología, el defraudador fiscal se pregunta otras cosas. Por ejemplo, si suponemos que es beneficiario de ingresos derivados de actividades en sí mismas delictivas (narcotráfico, tráfico de personas para su explotación laboral o sexual, atraco a mano armada, venta de obras de arte robadas, etcétera, etcétera) en qué medida enseñar el dinero equivale a enseñar el delito previo y por tanto arriesgarse a que se lo calcen por él. Este tipo de defraudador querría enviarle un recado al gobierno: por favor, ya que les hace tanta falta el dinero, completen

las condiciones del trato aclarando que el caudal procedente de actividades criminales que se pase por la lavadora conllevará la bonificación de la pena correspondiente a dichas actividades. Total, perdonada la cárcel prevista para el delito fiscal, ¿por qué no perdonar otras, si servirá para bajar más el déficit?

Sin esa cláusula adicional, ya puede el ministro esperar sentado a que esta gente asome los dineros. Uno no delinque y burla a la poli para caer rellenando una declaración.

Hay otra clase de defraudador fiscal que saca la pasta del crimen y que no es tan asustadizo. Para eso dispone de recursos y organización. A este se le ocurre enseguida que la coyuntura es una buena ocasión para poner a trabajar a toda su red de testaferros. Hasta ahora, los millones que le da la coca, o los cientos de mujeres que mantiene esclavizadas, los lava trabajosamente, con tapaderas diversas que sus abogados le cobran una pasta gansa por urdir y mantener. La amnistía fiscal es una oportunidad de oro para que treinta o cuarenta de sus secuaces digan haber obtenido unos ingresos no declarados y monten con el dinero un montón de negocios que nunca darán un euro gravable (para eso paga a los contables, también), salvo los que le convenga lavar en los años venideros. Donde el ministro ve futuras rentas imponibles derivadas del capital aflorado, él ve nuevas máquinas de lavar los beneficios delictivos futuros, dejando incólume el capital obtenido con los delitos pretéritos, y sin necesidad de esconderlo o apantallararlo como hasta ahora.

Luego están todos los demás. Toda esa gente que no hace factura o que cobra el paro mientras hace chapuzas, todos esos banqueros, duques y demás opulentos (o hijos, nietos y bisnietos de los mismos) titulares de cuentas extranjeras opacas (que siempre abrió el abuelo o el bisabuelo, para protegerse de la Segunda Guerra Mundial, o la Primera, o la de Crimea, ya puestos), todos esos que se hacen pagar una parte fuera, ya que pueden, y que siempre salen de rositas, salvo que alguna vez alguien se vuelva loco y los delate (acontecimiento bastante improbable, y que siempre se resuelve por las buenas). Todos estos ya saben vivir así, ya saben que no pasa nada. A todos estos les ha dicho el ministro que pasado noviembre vendrá el lobo.

Uuuuu.

Queda, por último, el defraudador fiscal futuro. Ese que querrían ser todos los que pagan religiosamente el 20, el 30 o el 50 por ciento que les toca. ¿Podrían pedirle, señor ministro, que les deje defraudar lo de este 2012, ya que los anteriores se les pasaron, y cobrarles luego sólo el 10 por ciento?

Parece que no. Parece que no son lo bastante buenos como para que a ellos se les pida, como a los otros, la voluntad.

Apéndice

Sealed (Sellado)

Pongamos que me llamo Bill. Mi nombre, en otro tiempo, habría quedado grabado en los libros de Historia. Pero en estos que me toca vivir, mejor dejarlo en un seudónimo. Alguien dirá que algo falla en una causa cuando sus héroes se ven forzados al anonimato. Me permitirán que ni respalde ni contradiga esa opinión. Mis preocupaciones son mucho más perentorias.

Me preocupa, por ejemplo, que el helicóptero que llevaba al otro equipo haya dado con la cola en algún obstáculo invisible en la oscuridad de la noche y haya caído donde no debía. Me preocupa que mis compañeros se hallen expuestos al fuego de los de dentro, que ya están sobre aviso por el estrépito del golpe. Me preocupa recomponer el plan de asalto de manera que alcancemos el objetivo, teniendo en cuenta que la mitad del comando parte de unas posiciones que no eran las previstas.

Por suerte, todos estamos entrenados para esto. Para que los acontecimientos se ajusten a la rutina mil veces ensayada y para que se aparten bruscamente y haya que improvisarlo todo de principio a fin. Mientras acudo con mis compañeros a ocupar los puntos asignados, presto oído al tiroteo. Por el ruido de los disparos, que he sido adiestrado para distinguir, son los nuestros los que llevan la voz cantante en el intercambio. Sin dejar de cubrirnos los unos a los otros, progresamos hacia los puntos de irrupción que tenemos previamente marcados. El percance con el helicóptero, que se lo ha puesto más cuesta arriba a los del otro equipo, facilita en cambio nuestra parte. Podemos desplegarlos y entrar en el edificio sin que nadie nos hostilice.

Las sensaciones mientras vamos barriando la casa, habitación a habitación, son las que tenemos mil veces experimentadas e interiorizadas, en los simulacros y en otras operaciones reales. La gente que aparece de pronto en la oscuridad, y que en centésimas de segundo tienes que decidir si es civil indefenso o potencial combatiente. A los niños los descartas por tamaño, a las mujeres por la ropa, a los ancianos por la espalda doblada y por la barba blanca... Pero no vemos ningún anciano. Niños sí, y en abundancia: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Son demasiados. Mientras uno de mi equipo cubre la puerta de la habitación, otro compañero y yo los tumbamos y los maniatamos con las bridas de plástico, igual que a las mujeres que están con ellos. El trabajo se nos amontona, algunos de los niños chillan, pero ambos dominamos la maniobra de inmovilización y los neutralizamos a todos en un par de minutos. Dejamos un hombre de guardia y proseguimos la inspección, con la adrenalina a tope.

Luchar en un espacio cerrado puede ser angustiante, y resulta mucho más difícil que en campo abierto, donde tienes ángulo, tiempo y distancia para apuntar bien. Aquí el enemigo surge de imprevisto y se te viene encima. Como el hombre que nos topamos antes de llegar a la escalera, que nos hace fuego desde una habitación y luego se atrinchera en ella. Lo asediamos hasta que uno de mis compañeros, llamémosle Joe, le acierta en el cráneo. Me acerco a fotografiar su cadáver. Ha caído enredado en el cable de una fuente de alimentación. Bajo su hombro veo una pistola de

agua. Imagino de pronto a los niños jugando con ella, pero no puedo recrearme en la imagen. Necesito mi mente concentrada al ciento por ciento en los siguientes pasos.

Al fondo, al otro lado de la casa, oigo tiros y un alarido femenino. Por cómo suena su voz, diría que uno del otro equipo acaba de disparar contra una mujer. No me pregunto especialmente al respecto, aunque tenemos instrucciones de preservarlas en la medida de lo posible. Me fío a ojos cerrados de mi colega. Algo habrá hecho ella para ganarse lo que ha recibido.

Subimos por la escalera. Hay barricadas cada cuatro escalones, previstas para esta contingencia, deduzco, y que ralentizan la subida. Pero finalmente llegamos arriba y empezamos a peinar la planta superior. Al abrir la puerta de una habitación, encontramos a un hombre maduro, una mujer más joven y una niña de unos doce años. El hombre nos increpa, la mujer se interpone y chilla, la niña hace otro tanto. Juraría que es él, *Gerónimo*, Osama, el objetivo número 1, el más buscado, el premio especial. Les grito que se tiren al suelo, pero no me obedecen. Suenan las armas. La mujer cae malherida, el hombre se revuelve, ya le he dejado vivir demasiado, apunto, tiro. Bum.

Luego la gente se preguntará por qué no me limité a herirle. Por qué le tiré a la cabeza, donde un SEAL nunca da por azar, sino porque es un punto vital siempre expuesto, al que nos es casi imposible no acertarle y que implica la anulación instantánea de toda amenaza que el individuo pueda suponer.

Y se preguntarán más: si tiré a matar para no correr riesgos y para que no los corrieran mis compañeros, o porque esas eran mis instrucciones a priori. Sólo diré que cuando disparé tenía cobertura para ello en las reglas de enfrentamiento que se me dieron. A partir de ahí, que cada cual especule como quiera.

Inmovilizamos a las mujeres, sacamos el cuerpo del dormitorio. Lo fotografiamos y aguardamos confirmación. Es él. Ahora nos toca subirlo al helicóptero, no podemos dejarlo aquí para que lo conviertan en un icono. Su muerte ha de ser clandestina, invisible, opaca para el mundo. Si eso implica negarle a su cadáver y a su familia lo que no se le niega a nadie, se les negará.

De regreso a la base, con el cuerpo aún caliente, pienso sin poder creérmelo que soy el hombre. El que ha sellado para siempre los labios de Bin Laden, que ya no podrán servir para pronunciar amenazas pero tampoco para dar información alguna. ¿Era esta mi misión? Busque cada uno su respuesta.

Ladrones de cerezas

2012-2013

Para Paula, que apareció mientras pasaba todo esto

Esta puerta era sólo para ti. Ahora me voy y la cierro.

FRANZ KAFKA, *El proceso*

El escupitajo de Dimitris

Es un hombre desesperado, de eso cabe poca duda. También un hombre cuyo juicio se encuentra ofuscado, nublado o como se quiera decir. Lo hace evidente el hecho de empuñar un arma de fuego, sin que ningún peligro inminente lo acucie a ello, y más aún lo evidencia el hecho de apuntarla contra sí mismo.

El lugar, la plaza Sintagma de Atenas. Qué dos palabras. *Sintagma* significa *constitución* en griego. Y en casi todos los demás idiomas civilizados del mundo sirve para denominar también el conjunto organizado de palabras en que se subdivide la oración, o lo que es lo mismo, la unidad básica del lenguaje. Sintagma es lo que constituye el estado griego, pero también lo que decimos, y por tanto lo que pensamos. Lo que somos.

Y Atenas... A ella y a los griegos les debemos, todos los humanos occidentales, una forma de mirar y entender el mundo, la estructura sustancial de nuestra interpretación de la realidad. Ha llovido mucho desde entonces (mucha agua y también mucho fuego), pero seguimos enredados entre los átomos que intuyó Demócrito, la energía que con otro nombre vislumbró Aristóteles, y la pugna entre lo permanente que atisbó Parménides y lo movedizo que osó constatar Heráclito. Por no hablar de eso otro que también llamamos en griego, *democracia*, aunque por el camino lo hemos rodeado de una parafernalia que a veces lo desdibuja.

Allí, en la plaza Sintagma de Atenas, es donde Dimitris Jristulas ha decidido usarse a sí mismo para construir un símbolo. Y es posible que lo haga presa de un arrebató, pero no estamos hablando de un jovencito irreflexivo. Dimitris es un jubilado de setenta y siete años, antiguo farmacéutico. No le mueve ningún cóctel de hormonas, ninguna ensoñación improvisada nacida de la inmadurez o la inadaptación a la realidad. Más que adaptado ha estado durante sus casi ocho décadas de vida aprendiendo una profesión, llevando un negocio, ahorrando para la vejez. Y ahora, al llegar a ella, después de haberlo hecho todo en condiciones, o como se le pidió que lo hiciera, se encuentra con la miseria como premio. Mientras tanto, muchos de los insensatos operadores del casino global que han reventado la banca se deleitan contando sus ganancias (en forma de dividendos, bonus o plusvalías), salvadas a tiempo del desastre y que nadie tendrá, Dimitris lo sabe, el coraje de obligarles a reintegrar.

Por todo eso, Dimitris ha escrito una carta. La lleva en el bolsillo. En ella compara a quienes dirigen los asuntos públicos con quienes gobernaron Grecia por cuenta de Hitler y les desea la suerte que corrió Mussolini. Una exageración, dirán los tibios comentaristas que desde hace tres años retransmiten rutinariamente el cataclismo. Pero entre la plebe ofendida y pisoteada no faltará

quien comparta el símil, si es que se trata de señalar a los cooperadores del mal absoluto, ese que invierte los términos, recompensando a los viles y castigando a los honrados.

En ella dice, también, que seguiría a cualquiera que empuñara un Kaláshnikov, pero que a falta de ese precursor no le queda otra que alzar el arma contra sí mismo, porque su dignidad le impide rebuscar su comida en la basura. Dos milenios de Historia para llegar aquí: al dilema entre la basura y el plomo. Nos conviene creer que el fracaso de Dimitris es un accidente individual, que no puede erigirse en el símbolo que él quiere construir con su acción en la plaza Sintagma de Atenas. Urge que nuestros teóricos encuentren maneras de degradar su alarde al derrape de un loco, la pataleta de un débil, el despropósito de un furibundo. No puede ser que Demócrito, Aristóteles, Parménides y Heráclito lleven a un viejo que se pega un tiro para no revolver entre las mondas de fruta de sus conciudadanos.

Dimitris aprieta el gatillo y lanza así su escupitajo. Un escupitajo de sangre, en el rostro de todos nosotros.

Desde el hospital

Desde el hospital, el ciudadano J. C. B. sigue a través de un moderno y extraplano aparato de televisión los acontecimientos de la actualidad. No es un lujo del que dispongan, en el país cuyo pasaporte ostenta, la mayoría de los ciudadanos. Pero sí, con cierta facilidad, los que como él perciben unos ingresos regulares y suficientes para poder hacer frente al seguro médico que permite sortear listas de espera y atascos en ambulatorios, y que exime también de recalar en las habitaciones mucho más espartanas de los hospitales de la red del sistema nacional de salud.

Desde el hospital, donde lo mantiene recluido la recuperación de una inoportuna intervención quirúrgica, el ciudadano J. C. B. sigue la actualidad de su país, o lo que es lo mismo, lo que cada día cae la Bolsa, que le recuerda el viejo refrán chino del agujero, ese que dice que cuando uno se halla en él, y antes de urdir una estrategia, lo que urge es dejar de cavar.

También se informa del revuelo que ha causado la decisión del gobierno de apiñar a los alumnos en las aulas de la enseñanza pública o de arañarles a los jubilados unos eurillos por los medicamentos que hasta ahora tenían gratis. El objetivo: juntar unos diez mil millones de euros para ofrecérselos al Minotauro que vive en el gélido laberinto de Berlín y que se llama Ángela, como los atenienses enviaban al de Creta a sus mejores jóvenes. El tributo es elevado, a este Minotauro no basta con sacrificarle a los jóvenes, sino que también hay que incluir en el lote a los viejos.

Ninguna de las dos medidas le afectan al ciudadano J. C. B. No tiene ya hijos en edad escolar ni es todavía un pensionista, aunque por sus años bien podría permitirse serlo. Lo que no quita para que perciba, y a su modo comparta, la preocupación que los nuevos tijeretazos desencadenan a su

alrededor. Es posible que donde se educan 25 niños puedan educarse 50, y que algunos vejetes abusaran de las recetas rojas, pero siempre que sale a relucir la cuchilla se rebanan brotes y pescuezos inocentes. Al ciudadano J. C. B., por eso y por otras razones más particulares, le disgusta la cuchilla.

Y ahora, para colmo, esto. Una mandataria sudamericana, que se cobija tras una cabellera permanentada y oscura y tres o cuatro toneladas de maquillaje, anuncia con inflamado ardor patriótico la expropiación fulminante y oprobiosa, con desalojo de ejecutivos incluido, de la filial de una multinacional que pasea por el mundo la marca del país del ciudadano J. C. B. Por un lado, nada que objetar. La empresa explota recursos naturales del país sudamericano en cuestión, y todo país es soberano sobre eso. La trampa viene en las cuentas que se hacen sobre la indemnización: permanentada y maquillada, la mandataria no es tonta, y sabe que meterle una buena sisa a la susodicha indemnización desemboca en un largo y penoso arbitraje internacional cuya factura no se presentará al cobro hasta dentro de unos años, y que también podrá marearse y rebajarse en su día. Mientras tanto, las zarpas ya están clavadas en el pastel.

Al ciudadano J. C. B. lo invade la desazón. Solía pasearse por ahí, por el mundo, orgulloso de llevar en el bolsillo el pasaporte que lleva. Era el de un buen país, moderadamente respetado y envidiado. Y ahora es el de un renqueante elefante moribundo al que sobrevuelan los buitres, calculando diferenciales de tipo de interés de la deuda, a la espera del síntoma (el diferencial funesto e insostenible) que anuncie la posibilidad de lanzarse sobre sus costillares y darse un atracón con sus succulentos despojos.

En qué mal momento se le ocurrió ir a hacerse la chiquillada que ha acabado postrándolo en esa habitación de hospital. Por eso, dos días después, cuando le dan el alta, se humilla y reconoce que se ha equivocado. Que no volverá a suceder.

El vacío

Nuestro hombre, aunque consagra su vida profesional al balompié, tiene la costumbre de leer periódicos que no son deportivos y de dedicar algunos instantes de su existencia a analizar la realidad que le rodea y que va más allá de los avatares del balón. Por eso comienza el día enterándose de que Standard & Poors acaba de rebajar otros dos escalones la calificación de la deuda soberana española, empujándola a muy poca distancia ya de la nota que convierte el papel de crédito en papel mojado o, por decirlo de esa manera cruda que tiene la ventaja y el inconveniente de que todo el mundo la entiende, en bonos basura.

No deja de ser lógico, después de conocerse la eliminación de la Champions del Real Madrid y el FC Barcelona. Si fracasan estas dos empresas, las dos únicas con pasaporte español realmente punteras en lo suyo, los dos únicos proyectos empresariales españoles en que se

invierten recursos cuasi ilimitados, tanto privados como públicos (en forma de atención desmedida de cadenas de radio y televisión sostenidas con fondos del contribuyente, recalificaciones urbanísticas cuando conviene y otros auxilios directos e indirectos), queda de manifiesto que el país ya no tiene remedio. Agotado su último cartucho para mantener la autoestima, la salva en la que se apostaba toda la pólvora, no le queda otro futuro que la decadencia absoluta. Dándose mal, la debacle bien podría materializarse con una eliminación de la Roja en cuartos de la Eurocopa, momento en que los de S & P le impondrán a la deuda española la etiqueta de desperdicio y la arrojarán al contenedor donde se apilan los títulos expedidos por griegos, portugueses o irlandeses. Que los dos *atletis* se disputen una copa europea de segundo orden no va a impedirlo.

No es, seguramente, el mejor día para que nuestro hombre haga el anuncio que se dispone a hacer. De hecho, cuando la noticia salta a los medios, el IBEX, empujado además por el último recuento de parados (5,6 millones, más del 50 por ciento de los jóvenes) anda en pleno ejercicio de espeleología en busca de simas nunca antes vistas, mientras la prima de riesgo, por su parte, explora ya más allá de las nubes. Lo que tampoco deja de ser lógico, teniendo en cuenta que mide la diferencia con el bono alemán y que ha sido el Bayern, que no otro, el que le ha doblado las rodillas al Real Madrid ametrallándolo a penaltis sobre el césped del Bernabéu.

Pero esto es lo que hay. Nuestro hombre se siente vacío y ya no puede más. Ha tirado hasta aquí y la cuerda ya no tiene más recorrido. Tras demorarlo todo lo que pudo, ha llegado el momento de explotar, aunque sus muchachos tengan que acudir chorreando diazepam a la final que todavía les queda, la de la Copa que este año no dará el rey, entretenido con sus propios descabros (a perro flaco, ya se sabe). Le duelen sus miradas extraviadas, melancólicas, en algún caso estupefactas. Cómo se puede pasar, así, tan de golpe, de ser el *Dream Team* a convertirse en una peña de desahuciados a quienes no les sale nada a derechas; de hundirles la moral a todos los enemigos a base de regates inverosímiles y *hat-tricks*, a ser quienes, como diría Clint Eastwood, le alegran el día a todo el que se les pone delante.

Por eso, quizá, prefiere expresarlo cargándose todo encima. «Me he vaciado», declara, en un ejercicio de autoinmolación digno del Nazareno que siempre acechó tras sus ojos tristes. Es el último servicio que puede prestarles, a una afición, una ciudad, un equipo y un país a los que no conviene decir, porque sería demasiado doloroso, en medio del vendaval de plomo y fuego que les llueve encima, la fea, honda e inaplazable verdad.

Esa que proclama que más allá del hombre que se echa al hombro la cruz, son todos los demás, los que lo miran caer y lo miraban ganar, los que han arrojado al vacío sus vidas.

El animal

Ramón está viendo la televisión con su familia, mientras almuerzan. Frente a él se sienta su esposa, Lourdes. A su derecha, su hija pequeña, Lucía. Junto a Lourdes, su hija mayor, Arancha, que ya es una adolescente, y con la que en los últimos tiempos tiene más fricciones de las que le gustaría. La última, hace cinco minutos, cuando la chica pretendía sentarse a la mesa con los auriculares del iPod enchufados a las orejas.

Están viendo el telediario. En un momento determinado la locutora pasa a dar cuenta de la última estación del vía crucis de Dominique Strauss-Kahn.

Una participante en una de las orgías que organizaba el político francés ha denunciado que fue objeto de una violación en grupo. A Ramón le resulta comprensiblemente violento escuchar noticias como esta cuando está con su mujer e hijas. No puede evitar mirarlas de reojo, para ver cómo reaccionan. Para tratar de sorprenderles, en un momento de descuido, alguna petición de cuentas a él, único representante en aquella mesa del rapaz y voraz macho de la especie.

Pero Lourdes sorbe abstraída la sopa, demasiado caliente aún, Arancha parece perdida en una galaxia muy lejana, la de su enfado adolescente por no poder oír a Lana del Rey mientras come, y Lucía juega con su Draculaura. La locutora pasa a otra noticia y el portador de cromosomas XY respira aliviado.

Tras esa siguiente noticia, inocua (una matanza en algún lugar situado al Oriente), la locutora pasa a relatar otro asunto espinoso. La prostituta colombiana que denunció a los guardaespaldas del servicio secreto norteamericano que se desplazaron a Cartagena de Indias para proteger a Obama, y distrajeron de manera inconveniente la espera en tanto aterrizaba el gran mandatario, se despacha con todo lujo de detalles sobre el comportamiento de los funcionarios estadounidenses. Que si estaban borrachos como cubas, que si se negaron a pagarle los 190 dólares que le adeudaban por la transacción carnal que cerraron con ella.

Hay que ser idiota, teniendo una responsabilidad oficial, para dejar impagada la cuenta de una puta, piensa Ramón. Con dinero por medio, una mujer así es una tumba, sobre todo si ha asimilado la profesión, con la mezcla de discreción y humillación personal, por definición no fácilmente aireable, que lleva aparejada. Pero si se la despecha, y quizá por ese mismo motivo (la discreción, la humillación), una prostituta se convierte en una cesta llena de bombas. Y lo que es peor, sin la anilla puesta.

—Les está bien empleado, por gilipollas.

La que ha hablado, comprueba horrorizado Ramón, es Arancha. Al instante, Lourdes la corrige, sin mucho énfasis:

—Niña, esa boca.

En el fondo, siente Ramón, Lourdes no desapueba el exabrupto de su hija. Qué narices, lo respalda. Hasta cree ver en sus labios, apenas reprimida, una sonrisa de satisfacción, de solidaridad entre hembras. También con la colombiana vejada y rencorosa que paladea ante las cámaras su venganza.

Ramón sofoca a duras penas algo que en ese momento le devuelve su memoria. Las veces en

que el mismo animal que llevan dentro Strauss-Kahn y los agentes yanquis le ha llevado a él a requerir los servicios de una jornalera del sexo.

Y como ellos, mientras desempeñaba responsabilidades oficiales. Más aún: cargándole la cuenta al contribuyente español, cuyos interventores y Tribunal de Cuentas no han sido instruidos para recelar de facturas de lavandería de 200 dólares, cuando vienen de quienes, como Ramón, laboran en las proximidades del poder.

Por fortuna hace años, de la última vez. Ramón siente un estremecimiento de pánico. Por si alguna de aquellas historias y facturas un mal día vuelve. Y con ella, el animal que allí, sentado a la mesa familiar, a duras penas acierta ahora a encubrir.

Club miseria

Norberto es uno de los españoles que jamás han viajado en el AVE. Y tal y como se le presenta el panorama, no es muy probable que llegue a viajar en él, al menos a corto plazo. Con unos ingresos mensuales de 400 euros, después de perder su trabajo de veinte años en un almacén de maquinaria y agotar la prestación por desempleo, no está en situación de abonar un billete que pasa de los 100 euros en clase turista, única opción que en un momento de esplendor o de ternura con la parienta llegó a plantearse alguna vez. Así que el veloz y confortable tren tan sólo lo ve pasar, desde la ventana de su pisito de Villaverde.

En ese tren viajó al menos una docena de veces, según descubre curioseando por internet en la biblioteca pública del barrio, el señor que preside el Consejo General del Poder Judicial, que Norberto no sabe con mucha exactitud para qué sirve, pero le suena vagamente que gobierna sobre los asuntos de los jueces, sobre todo para archivar las denuncias contra ellos y pedir que no se les moleste cuando la opinión pública carga contra alguno. Norberto descubre, así lo ha confirmado el propio interesado, que esos doce viajes, por supuesto en clase Club (los departamentitos de coste estratosférico que Norberto sabe que hay en la cabeza del tren, y con los que nunca osó siquiera soñar), los ha sufragado él, a escote con los otros muchos millones de españoles que pagan impuestos. Y es que, cuando alguien se mete con él y le dice que desde que vive del subsidio ya no paga impuestos, Norberto siempre responde, tan digno como preciso, que ya los pagó durante veinte años para tener derecho a la limosna que ahora recibe, y los sigue pagando cada vez que compra una lata de *foie-gras* o un kilo de alubias, los alimentos de subsistencia a los que ha redirigido su dieta y en los que, que él sepa, no hay exenciones del IVA para desempleados de larga duración.

A renglón seguido, lee Norberto, el alto preboste judicial quita importancia a los gastos, que aparte de esos doce billetes de AVE clase Club, incluyen facturas de hoteles y restaurantes devengadas en fin de semana, hasta un monto de 6.000 euros, a los que los periodistas, siempre

puñeteros, añaden los 27.000 que costó el desplazamiento y estancia de sus escoltas en esas actividades. Según su frase literal, la suma por la que pretenden sacarle los colores viene a representar una miseria.

La miseria con la que subsisten Norberto y su familia durante todo un año y tres meses, si sólo se cuentan los gastos directos del alto funcionario. La miseria con la que habrán de arreglarse en el próximo lustro, y los dos años siguientes, si se suman los gastos del aparato de seguridad. Por seis fines de semana con un acompañante sobre cuya identidad o vinculación con el servicio público no hay indicación alguna. En tiempo normalmente destinado al ocio del que tampoco logra encontrar Norberto, en los cinco periódicos que lee, qué relación tuvo con actividades tan inexcusablemente asociadas al cargo como para requerir el desplazamiento reiterado y continuo a ese conocido centro neurálgico de la actividad jurídica que lleva por nombre Marbella.

Muchas veces, en los últimos años, Norberto ha pensado si no sería por su falta y por su torpeza por lo que se encontraban, él y su familia, en tan triste situación. Si no debió estudiar más de joven, trabajar mejor de adulto, moverse más como parado. No ha logrado erradicar de su alma el sentimiento de culpa, ni logrará erradicarlo a menos que un día, contra todo pronóstico, encuentre algo que alguien quiera que haga un hombre de cuarenta y seis años con formación básica y una lesión de columna. Pero en momentos como este siente que hay otros para compartir su culpabilidad. Otros que no han estado a la altura de su suerte y de sus oportunidades. Y eso, la verdad, no le consuela.

Montoro for president

La melancolía lo envuelve todo. Esa es la sensación que tiene Raúl, uno de tantos empresarios zarandeados por la crisis, que desde hace un mes necesita pastillas para dormir. La semana pasada, después de postergarlo cuanto pudo, ha tenido que despedir a cinco de sus veinte empleados. Lo que ahora llena su horizonte es la inminente perspectiva de tener que despedir a cinco más. Está en la penúltima línea de resistencia, sabe que el paso siguiente será cerrar el chiringuito y acompañar a sus últimos trabajadores a una excursión por el abismo.

Todo viene de lo que viene, del hundimiento del país a su alrededor. Mientras el país funcionaba, la empresa de Raúl, bien dimensionada, con una plantilla bien escogida, con una fuerza de ventas competente, marchaba viento en popa. Año tras año se ponían objetivos más ambiciosos, y año tras año los cumplían. Por eso empezaron siendo seis, pronto fueron doce y en cuanto quiso darse cuenta tenía a veinte personas empujando. Y de repente, cuando mejor iba todo, cuando más engrasada estaba la máquina y más compenetrado el equipo, todo empezó a irse al carajo. Primero los impagos, luego la bajada de pedidos, por último el cierre del grifo del crédito para un papel que los bancos dejaron de querer, porque en lugar de la promesa de dinero contante

y sonante de antaño pasaba a representar un anuncio de morosidad y de provisiones en sus maltrechos balances.

Fue duro acostumbrarse a la adversidad, fue difícil entender que del esfuerzo y el rigor, propio y de su gente, no brotara otro fruto que el descalabro. Pero así fue, y desde entonces reina la melancolía. En vano ha luchado contra ella. Puede que haya una solución, pero ya no parece estar en su empresa.

Mientras cena en su casa, mirando la tele, Raúl piensa que es un ejercicio de masoquismo clavarse el telediario. Ver cómo se hunde la Bolsa, cómo escala la prima de riesgo, cómo callan y nada ofrecen los que con los votos de la gente ocupan despachos oficiales y viajan en vehículos ídem rodeados de escoltas. De improviso, algo se sale del melancólico guion. Un hombre con gafas, encaramado a una tribuna, hace sonar su voz airada:

—No lo aceptamos como gobierno. Ya está bien. Cuando un país está haciendo lo que hay que hacer para recuperar la credibilidad del país y del euro, merece un respeto.

Raúl da un respingo. Él se cree preparado para llevar una pyme, así lo demostró antes de que le quitaran todas las cartas, pero ignora cómo debe llevarse un país, y menos un país en galopante recesión. Por eso no puede juzgar si las políticas que impulsa ese hombre, el ministro de Hacienda, son acertadas, como sostienen él mismo y sus partidarios, o erróneas, como le imputan sus adversarios de otros partidos. Pero hay algo que le atrae al instante. Ese hombre, Montoro, aunque no parece muy alto ni tiene precisamente un vozarrón, ha osado abandonar la actitud humillada y mendicante. Ha reclamado, exigido, respeto. Incluso diría que en ese mismo acto ha sabido ganárselo, por la convicción y la mala leche que ha puesto sobre la mesa.

Y de pronto Raúl siente que eso es lo que falta. Más tipos con mala leche que salgan a cubierta a enfrentar la tempestad sin achicarse. Como el capitán Nemo mira los relámpagos que caen sobre el Atlántico, en ese pasaje de *20.000 leguas de viaje submarino* que Raúl leyó de joven y se le quedó grabado: «De frente, pareciendo aspirar para sí el alma de la tormenta».

El recuerdo lo sacude y lo espolea. Su *Nautilus* todavía no está del todo hundido. Le toca mirar los relámpagos de frente y contagiarse de la ferocidad de la tormenta para enfrentarse a ella. Ese ministro airado se le antoja de pronto un ejemplo. El que lleva meses esperando sin ver. Montoro *for president*.

Ladrones de cerezas

La noche se hace larga y Francisco se entretiene navegando con su *smartphone*. Va de aquí para allá, sin otro propósito que el de pasar el tiempo. Pero inconscientemente acaba yendo a parar una y otra vez al asunto que le trae a mal traer. Según le cuentan en una página a la que ha ido a recalar en el curso de su errático surféo por la red, lo último que se ha puesto de moda, tras lo del cable

de cobre, es robar las puertas de los coches. Lo ilustra una fotografía. Y Francisco se pregunta cuánto pueden pagar por una puerta de coche, para que al ladrón le compense el esfuerzo. Es igual: cada vez lo harán por menos.

Francisco piensa en los que se dedican a esa clase de robos. Imagina que entre ellos habrá ladrones profesionales, cada vez más acuciados porque, como parásitos naturales de la economía ajena, al menguar esta deben de menguar también sus oportunidades de saqueo y enriquecimiento ilícito. También teme, sin embargo, que haya entre los desvalijadores personas que en otro tiempo tuvieron una forma honrada de ganarse la vida, y que ahora, barridos por el vendaval de pobreza que se ha abatido sobre el país, no ven otra salida que el pillaje para cubrir sus necesidades. Se le ocurre que desmontar una puerta de un coche no es labor al alcance de cualquiera, y le da por pensar en empleados de talleres, un sector que también está pasando lo suyo. La gente ya no lleva los coches a revisiones rutinarias, como antes: sólo si dejan de andar se avienen a darle negocio al taller.

Son las dos de la madrugada y Francisco está en su coche, y no en su casa, porque las cerezas de su huerto están maduras y si las deja sin vigilancia su trabajo de todo el año irá a parar a manos de otros. La voz de alarma sonó noches atrás, cuando los cosechadores nocturnos arrasaron dos huertos cercanos. Por la limpieza del trabajo, y por lo exhaustivo de la recogida, es gente que sabe lo que se hace. Como también sabrán dónde y cómo dar salida a la mercancía. Nadie roba cientos de kilos de cerezas para comérselos, eso está claro. Ahorrándose los intermediarios, y colocando directamente la cosecha al consumidor en algún mercadillo, resulta mucho más rentable, y menos expuesto, que ir arrancando puertas de coches.

A Francisco se le llevan los demonios pensando que, si le roban las cerezas, el ladrón le sacará a su trabajo y a su inversión un rendimiento que él, a través de los mayoristas, no podría nunca sacarle. De hecho, la existencia de los ladrones baja de forma instantánea la rentabilidad de su explotación. Nadie va a recompensarle todas las horas nocturnas de guardia que tendrá que echarse a la espalda. No por hacerlas van a pagarle más por las cerezas.

De pronto, Francisco recuerda su infancia, que ocurrió muy lejos de las tierras del delta del Llobregat que ahora le proporcionan su sustento. En aquellos años cincuenta, ya tan lejanos, y en su Andalucía natal, Francisco se coló más de una noche en el huerto ajeno a robar fruta y hortalizas para aplacar el hambre. Quiere pensar que aquello era diferente, entre otras cosas porque él nunca vació el huerto de otro, arruinándolo, para vender el fruto de su trabajo: se limitaba a tomar para cubrir sus propias necesidades. Pero el recuerdo le hace consciente del paso atrás, del regreso a ese pasado menesteroso y miserable, de la vuelta a la escasez que envilece y lo perturba y lo destruye todo.

Francisco vigila, en la tibia madrugada del delta, al acecho de los ladrones de cerezas que amenazan su huerto. Es lo que toca, después de no haber sabido vigilar a otros ladrones de cerezas. Los que con su imprudencia, cuando no con su avaricia, cuando no con ambas cosas a la

vez, se han llevado el fruto dulce de una prosperidad que tanto había costado construir. Esos que, Francisco lo sabe, salen y saldrán siempre impunes.

El numerito

Soy el que sacó el numerito. Los 24.000. Siempre hay alguien que monta una hoja de cálculo y hace las operaciones y saca, al final, el resultado. Que nunca es redondo, claro, como soléis hacerlo vosotros, movidos por la pereza de vuestras mentes. El número exacto es distinto, empieza por 23 y no por 24 y tiene once cifras, detallando las centenas, decenas y unidades de millar; las centenas, decenas y unidades de euro. Tampoco pretendo que refleje con absoluta exactitud lo que me pidieron que evaluara. Sólo podría ser así si hubiera partido de cifras a su vez exactas y todos los cálculos fueran precisos. Pero parto de cifras contables y en mis operaciones hay hipótesis, proyecciones y estimaciones. Con todo, la hoja de cálculo, que es idiota, arroja al final una cifra clavada. Para eso la programaron.

Veinticuatro mil millones de euros. Mientras os oigo repetirla, me doy cuenta de que la mayoría no sabéis lo que representa. Si os digo que son tres billones novecientos noventa y tantos mil millones de las antiguas pesetas, tampoco os ayudo demasiado: a partir de cierto orden de magnitudes las cifras dejan de representar cantidades para convertirse en fórmulas poéticas. Pero no hace mucho con la mitad de eso se arreglaba el estado durante todo un año. Y ahora mismo, todos juntos no producís más, durante un año entero, que cincuenta veces la riqueza que ese número expresa. Es decir, lo que se os pide es que echéis al agujero, de un solo golpe, el trabajo de todo un año de un millón de vosotros (redondeando de nuevo para acomodarme a la indolencia de vuestras mentes). A cuarenta horas semanales por cincuenta semanas, dos mil millones de horas de vuestro sudor.

Y, sin embargo, siendo importante, no es eso, entender de veras lo que se os pide, lo que más debería preocuparos en este instante en que la bola de nieve rueda ya ladera abajo sin que seáis capaces de reaccionar. Más debería preocuparos saber cómo se ha llegado a obtener esa cifra que todos aceptasteis sin rechistar el primer día que os la dieron, acostumbrados como estáis ya a que cada viernes os decreten la vida y agachar las orejas como quien no sabe ni puede objetar al capataz.

Pero ha pasado una semana entera antes de que alguien ose preguntarse cómo y con qué objeto se ha calculado el numerito fatídico. Antes de que alguien cuestione si los 24.000 millones podrían no ser lo que estrictamente se necesita (¿para qué?) sino un cheque con colchón incorporado para que el banquero pueda descansar a gusto en él, mientras vosotros hacéis los dos mil millones de horas necesarias para ponerlos encima de la mesa. Os han prometido que todo lo que pongáis se os devolverá, así que alguno puede decir que a la larga eso no importa tanto. No

importaría si anduvierais sobrados, y no con el agua al cuello, como andáis. Y no importaría, en fin, si supierais controlar cómo se os devuelve lo que se os toma. Pero la experiencia dice que eso, queridos míos, es lo último que en vuestra infinita distracción y vuestra supina ignorancia de todos estos tejemanejes, combinada con la inagotable avidez y la probada astucia de quien tenéis enfrente, estáis en condiciones de controlar.

En fin, tampoco trato de dar lecciones de sabiduría ni de integridad a nadie, como tampoco aspiro a que mi numerito responda a ninguna realidad. Tan sólo me limité a hacer un cálculo, que refleja lo que quería que reflejara quien me lo encargó. No soy más que un mercenario que no busca la verdad porque tampoco la necesita, ni es su misión hallarla ni predicarla.

Soy, sólo, el que sacó el numerito. A vosotros os toca preguntar, y suponiendo que os lo cuenten, decidir si tenéis que pagar eso. Yo lo saqué. Todos vosotros dejasteis que saliera.

El arquitecto artista

El arquitecto artista arroja sobre la mesa, indignado, el recorte de periódico que acaba de pasarle su asistente. Es de un diario de su tierra, que recoge las declaraciones de un concejal de la oposición acerca de su última obra emblemática (el arquitecto artista, con su talento, no puede hacer ninguna que no lo sea, ni aunque se empeñe). Dice el opositor municipal que la obra, un puente destinado a salvar el río, amén de duplicar su presupuesto inicial, hasta los 62 millones de euros, y de rebasar ampliamente su periodo de construcción, de 16 meses a cuatro años, resulta inseguro para el tráfico. Se recrea el político en un detalle que sabe que los lectores encontrarán sangrante: en la memoria de un puente destinado a paso de coches, bicicletas y peatones, no se incluye, dice, referencia alguna a la normativa relativa a la seguridad en la circulación.

Tampoco se priva de reseñar los honorarios de seis millones de euros que corresponden al arquitecto artista por el proyecto. Dirigida al país de los recortes semanales, los cinco millones y pico de parados y el rescate inminente, la mención de esa cifra, por proyectar un puente que se da a entender que es un completo desastre, equivale a una incitación al linchamiento.

Pensando en los argumentos que tiene para rebatir las afirmaciones del nuevo enemigo que acaba de surgirle (por ejemplo, que el encarecimiento se debe en buena parte al retraso, y que ese retraso tiene otros responsables, como los constructores y la Administración que no libra a tiempo los fondos ni abona con diligencia las certificaciones), el arquitecto artista no deja de percibir que la información duele y daña, y contribuye, sumada a tantas otras, a que su futura cartera de pedidos, ya mermada por la crisis, se vaya reduciendo todavía más por la fama que empieza a arrastrar de abrir agujeros descomunales en el erario público, al tiempo que desatiende la funcionalidad esencial de los edificios e infraestructuras que se le encomiendan.

Hace unos años, se le perdonaba todo. Ya hizo un aeropuerto en el que los que iban a recoger a

los viajeros tenían que pelarse de frío en la calle, una ocurrencia que tuvo pese a que el aeropuerto se emplazara en una zona de clima desapacible, para mejor realzar la sugestión aérea de su edificio, inspirado en las formas estilizadas y libres de una gaviota. Y otro puente que lleva su firma, construido con materiales deslizantes en una ciudad lluviosa, hubo de ser reformado por la alarmante frecuencia con que los ancianos del lugar resbalaban y se dejaban en el traspie el hueso de la cadera, con gran sufrimiento propio y oneroso quebranto para los servicios públicos de salud.

Pero ahora todo es distinto. Se ha abierto la veda. El populacho apunta y dispara contra los antaño intocables. Testas coronadas, banqueros, presidentes con séquito. La plebe que antaño tragaba y tragaba reclama su desquite. La frecuencia con que el arquitecto artista se ve en la picota, el escepticismo que ahora se extiende respecto a la utilidad, la necesidad o el valor de sus edificios singulares, contrasta con la veneración embobada, con el pasmo sumiso, con que años atrás se les reservaban los mejores espacios de todas las ciudades y se inauguraban, sin escatimar en fotografías ni en champán, por prebostes que ese día sacaban pecho hasta reventar los botones de la camisa.

El arquitecto artista evoca esos días con nostalgia y encara con aprensión el futuro. Lo que este breve cuento no dice, porque se necesitaría estar dentro de su cabeza para ello, es si en algún momento entiende por qué a la admiración le sucedió el desafecto, y por qué cada vez costará más a un alcalde convencer a sus vecinos de encargarle uno de sus proyectos emblemáticos. Si por un segundo, en suma, admite haber forzado su suerte.

El pito en el tubo

Esto es una parábola. O no.

Por alguna razón, el hombre creyó que introducir el pene en ese tubo de acero, de tan sólo dos centímetros de diámetro, iba a proporcionarle una experiencia placentera. Si no, no se entiende. Por alguna otra razón, todavía más recóndita, el hombre no pensó en los riesgos, bastante evidentes, que comportaba la decisión de procurarse, del modo descrito, el placer pretendido. Si no, tampoco se entiende que diera el paso de llevar su temeraria idea a la práctica, y después, probablemente abrumado por el sentido del ridículo, aguardara varias horas para ir a urgencias, provocando entretanto la tumefacción del aprisionado miembro y acercándose al punto de causar su pérdida irremisible.

El médico que lo atiende, y que tras escuchar sus confusas explicaciones lo examina y descubre la avería que se le reta a remediar, siente que se encuentra, sin comerlo ni beberlo, ante el más endiablado desafío de toda su carrera. No tiene instrumental para vencer al formidable enemigo que la imprudencia del hombre le ha puesto delante. Sí lo tiene, desde luego, para salvar la

situación prescindiendo del apéndice cautivo, pero no se le oculta que eso, aparte de suponerle al interesado una perdurable merma de su autoestima, es tanto como no resolver nada. Al final, tras mucho devanarse los sesos, decide recurrir a quienes por su profesión más experiencia tienen en liberar trozos diversos de carne humana encarcelados en cepos de metal. Cede el honor del salvamento al cuerpo de bomberos.

El bombero al que se le encomienda el delicado y apremiante rescate dispone, por el contrario, de instrumental sobrado para deshacerse del tubo de acero que para el cirujano representa un obstáculo insalvable. La cuestión es cómo utilizarlo sin llevarse por delante, a la vez, la carne que se trata de liberar. Finalmente, el bombero se acuerda de un pequeño taladro de bricolaje que tiene en casa. Va a buscarlo y sirviéndose de él practica en el cilindro metálico las erosiones precisas para quebrar su resistencia sin dañar a su ya maltrecho inquilino. Debe ajustar al milímetro la maniobra, para no provocar al aterrado propietario heridas ni quemaduras en lo que trata de salvarle. Con paciencia, logra su objetivo. Vence la dureza del tubo sin menoscabar, más de lo que ya lo está por el retraso en la intervención liberadora, el tierno material atrapado en su interior.

Mientras examina el órgano excarcelado y aventura su pronóstico («no lo perderá, no se preocupe») al cirujano le asalta de pronto una idea peregrina. Lo que acaba de ver y vivir, el salvamento del pito encerrado en un tubo por la poca cabeza de su usuario, se le antoja una metáfora de lo que sucede en el país en cuyo sistema público de salud presta servicios. También los cirujanos que tienen tendido en la mesa de operaciones al país se revelan impotentes, con su instrumental y sus conocimientos, para remediar el arduo problema que llevan entre manos.

Un problema que, como el del atolondrado gozador de perversiones cilíndricas, tiene que ver con la poca sensatez del país, que decidió meterse en un tubo demasiado estrecho para que le cupiera algún futuro. Un tubo cuyo acero endureció acumulando derroches aquí, desvergüenzas acá y ladrillos superfluos por doquier. Los gestores del país sólo saben y pueden cortar, cuando lo que hace falta es un bombero que con maña y un fino taladro sea capaz de acabar con el tubo rompiendo sólo donde hace falta y sin llevarse por delante a los que se han quedado encerrados dentro.

Demasiado pedir, piensa, pesimista. Por más que busca, no encuentra entre los aludidos a ningún bombero con el temple y el ingenio del que acaba de ahorrarle tan penosa amputación.

De las Salomón a Roma

Ha sido una semana cuando menos curiosa. La verdad es que en mi oficio casi todas lo son, pero la última se ha salido del cuadro. Lo he visto ir y venir de aquí para allá, de lado a lado del océano, del norte al sur, de la nada a la cima. Qué vida la suya.

Y, de rebote, la mía.

Comenzamos con la reunión del G-20. Todo un ajeteo, y en especial para él, que no habla inglés y que por tanto se ve forzado a mal entenderse, o entenderse con intérprete, con hablantes de las lenguas más variopintas, desde el alemán al chino. Cuando se corre la voz de que no hablas la lengua franca del mundo global, nadie hace esfuerzos y te saludan directamente en su idioma, por indescifrable que resulte. Y él se ve forzado a esa sonrisa entre apurada y bobalicona, que da de su caletre, como del de cualquiera en ese trance, una imagen que no le hace justicia. Nadie es tan tonto como parece cuando no entiende nada de lo que le dice su interlocutor y ha de llevarse lo mejor posible con él.

En México no estuvo muy a gusto: demasiados recados por parte de todo el mundo, desde el emperador de Washington hasta el último de los líderes emergentes, democráticos o no, sobre lo que tiene que hacer o dejar de hacer. Se entiende que le pique: a nadie le gusta ganar unas elecciones por mayoría absoluta para acabar viéndose convertido en el chico de los recados.

Pero lo de Brasil ya fue de traca. Ser presentado ante el auditorio bostezante de una inútil cumbre más de la ONU sobre cambio climático como el ministro de las insignificantes islas Salomón, y que el tipo que mete la gamba (esa gamba que nunca habría metido con Hollande, o con Merkel, o con Monti, o con Cameron, o con alguno de los líderes europeos que realmente cuentan) no la saque hasta que terminas tu parlamento, es toda una humillación. Para tu país y para ti mismo. Y tal y como van las cosas, no estamos para esos zarpazos a la autoestima.

Por suerte, el viernes estaba programado lo de Roma. La foto con los otros tres grandes líderes del euro, en la que además podía hacer valer lo que, para compensar otras desventajas, les saca a los tres: estatura, si no política, sí de talones a coronilla. La foto que empezaba a acreditarlo (y andando se hace camino) como uno de los que están en el ajo, un mandamás de la moneda única, aunque sea, de los cuatro, el que tiene más agujeros en los bolsillos, y al que hay que cosérselos y rellenárselos con el esfuerzo y los dineros de los demás. Dame foto y llámame mendigo, podríamos decir, y su sonrisa, esta vez satisfecha, lo decía. Sobre todo recordando a alguno que, ocupando su mismo despacho, no salía en esa foto. Todo en esta vida es relativo.

Cuando trabajas en lo que yo trabajo, les acabas cogiendo cariño, y por eso te alegran sus alegrías, así sean pequeñas y precedidas de tantos sinsabores. Confieso que me enterneció su gesto de estadista por fin reconocido en lo que vale, admitido en el club al que debe pertenecer por el gran país al que representa, etcétera. También viene a ser una especie de compensación al esfuerzo propio de un servidor: andar dejándote las pestañas vigilando y protegiendo a alguien a quien se toman por el pito del sereno no es tampoco bueno para la propia autoestima del escolta.

Lo feo vino cuando la canciller alemana, después de dejarle engolosinarse con aquel momento de autoafirmación, soltó su perla, como la redomada aguafiestas que es: «Sí, pero el Estado español responde». Lo dijo en alemán, como todo. A ella nadie le reprocha que no hable jamás en inglés y nos aseste, como puñaladas, las palabras ásperas y antipáticas de su idioma. Como esa

del viernes: *Haftung*, que suena a «baja a tierra, pardillo». Ella tiene las llaves de la caja, y eso marca la diferencia.

Y este pobre mío, a seguir sonriendo. La que nos espera.

Nules, o la vergüenza

El vocal del Consejo General del Poder Judicial, antes de que le entreguen el expediente, se entretiene rastreando por la red las informaciones que hay sobre el caso que dentro de no mucho se someterá a su decisión. Un juez de la localidad castellanense de Nules ha pedido el amparo del Consejo, por verse inquietado en su independencia nada menos que por la Audiencia Provincial, que le está presionando, sostiene, para que sobresea la causa que se sigue desde hace una década contra un conspicuo personaje de la provincia, con importantes responsabilidades en su gobernación hasta hace unos pocos años y todavía máximo líder de uno de sus grandes partidos. Un personaje a quien el vocal no conoce en carne mortal, pero de quien es imposible no saber.

A sus inquietantes gafas oscuras azules, con las que al parecer cubre no se sabe muy bien qué deficiencia ocular, y que constituyen su seña de identidad más característica, el notorio imputado une una peculiaridad biográfica notable: es, sin discusión ni rival posibles, el ciudadano español al que más veces le ha tocado la lotería. Circunstancia esta que siempre ha tenido el desparpajo de justificar, como si de la cosa más natural se tratara, en lo mucho que invierte en décimos, despreciando olímpicamente (a fin de cuentas, sabe que habla para un país de baja instrucción matemática) la ínfima probabilidad que tiene el suceso consistente en acertar tantas veces repetidas el gordo, ni aun invirtiendo millones de euros en la tentativa.

Además de eso, el prohombre es célebre por haber decidido invertir muchos millones de euros (éstos sí, comprobados, y puestos por el contribuyente) en la construcción del primer aeropuerto de Europa destinado a la expansión peatonal, instalación pionera y visionaria que, como no podía ser menos, resolvió adornar con un gran monumento dedicado coherentemente a su propia persona. En lo que al vocal del CGPJ le atañe, su relevancia pública proviene especialmente de habersele imputado un delito de cohecho, varios delitos contra la Hacienda Pública y una sospechosa cuadruplicación de su patrimonio en el tiempo que ostentó responsabilidades de gobierno. Todo ello, avalado tanto por la acusación del Ministerio Fiscal como por el informe de la Agencia Tributaria.

Que en el curso de la accidentada instrucción hayan pasado por el competente juzgado de Nules nueve magistrados, con el que ahora pide el amparo, y que después de casi nueve años no se haya logrado superar siquiera la fase de instrucción, es algo que, al vocal no se le escapa, no puede sino producir la indignación ciudadana, en estos tiempos de desahucios, EREs, participaciones

preferentes que acaban en pufo, y demás sevicias infligidas al personal por parte de los que cortan el bacalao.

A él mismo, como jurista, le repugna lo sucedido desde el punto de vista conceptual: nueve años de instrucción, con sucesivos instructores apreciando indicios de delito, y una acusación sostenida de la fiscalía, exigen una apertura de juicio inmediata, para que en ese acto el interesado salga finalmente condenado o por el contrario prevalezca su presunción de inocencia.

En suma, y después de repasar las vidriosas coordenadas que delimitan el problema, el vocal comprende que lo que se va a ventilar en esa votación sobre la petición del juez de Nules de que se le deje trabajar impartiendo justicia, como por otra parte juró hacer, es algo más que una cuestión jurídica. Es una cuestión de principios, de contribuir a que la institución a la que pertenece mantenga una vergüenza mínima o resbale ya de forma incontenible por la pendiente del descrédito absoluto.

Y al tiempo que piensa todo esto, el vocal recuerda cómo llegó ahí. Con los votos de unos políticos a quienes debe el sillón y de quienes aún espera más. Y respira hondo. Qué dilema.

Héroe sin homenaje

Llamémosle el Hijo. También podríamos llamarle el Policía. Son dos condiciones que reúnen los dos hombres (existentes, con sus nombres y apellidos y su propia identidad) que inspiran nuestro cuento. El protagonista es, pues, cualquiera de los dos, no hay por qué elegir a uno u otro. Desde esta tarde, ambos reúnen además otra condición: son huérfanos de padre.

El Hijo (a la vez policía, y huérfano, en adelante se da por sobreentendido) ha abandonado el servicio que normalmente presta para acudir al lugar donde se ha estrellado el helicóptero que pilotaba en solitario su padre. Al borde de la sesentena, y después de servir como piloto militar en tiempos de paz, el padre había colgado el uniforme para hacerse piloto civil embarcado en una peculiar guerra: la que año tras año (ocho campañas llevaba a las espaldas) hay que librar en España contra el fuego que devora en el estío los bosques. O quizá no sea exactamente contra el fuego, la guerra; quizá sea contra algo que lo precede, y que resulta aún más nefasto e insidioso que el fuego mismo.

El Hijo echa mano de toda la experiencia y todo el temple acumulado en su trabajo de policía, tratando con la desgracia y la muerte ajenas, para afrontar sereno, como su padre habría querido, el trance de esta muerte que sin ser la suya le resulta tan propia y próxima. Pero de vez en cuando no puede evitar que la rabia le suba hirviendo por las venas. Ha hablado con alguno de los miembros de las brigadas que, exhaustos, siguen luchando contra el incendio que ya ha devastado miles de hectáreas. Ellos le han dicho que llevaban varios días con el temible 30-30-30. Más de 30 kilómetros por hora de viento de poniente, más de 30 grados de temperatura, menos de 30 por

ciento de humedad relativa en el aire. En esas condiciones, que la catástrofe se desencadenara tan sólo requería una chispa. Y la chispa se produjo. Cómo, le ha dicho sombrío un brigadista, casi viene a ser lo de menos.

Porque hay algo más, aparte del 30-30-30. Unos bosques que en invierno, cuando realmente se previenen los fuegos, no reciben la atención que requieren. Que llegan al verano llenos de follaje seco que viene a cumplir la función de las pastillas de queroseno de las barbacoas. Sólo falta el tonto o el canalla que les arrime una cerilla. Y ése, de la mano del infalible Murphy, siempre llega.

El Hijo está, supongamos, tomando un café en un bar de carretera, no lejos de la presa donde ha desaparecido su padre. Los submarinistas siguen buscando el cuerpo, pero aún no han conseguido localizarlo. Lo hallarán horas después, a 16 metros de profundidad, cerca de la presa. Como en todos los bares de España, hay una televisión encendida. En la pantalla, lejanos e irreales, unos hombres visiblemente borrachos, vestidos con una camiseta roja, alzan una copa y dicen tonterías a una multitud que según el locutor supera el millón de personas y que los jalea enfervorizada mientras abarrota las calles de Madrid.

Ni esos hombres beodos, ni los hombres y mujeres que los vitorean, tienen la menor conciencia (ni seguramente el interés) que les haría falta para saber que un guerrero caído en valeroso combate contra un enemigo de todos se encuentra en este momento desaparecido. Lo que en otro contexto habría sido una noticia (pequeña, el Hijo no se engaña, pero noticia al cabo) hoy no es ni siquiera eso. Todo lo llena el grupo de hombres ahora ebrios, a quienes agasaja el presidente, el rey, incluso las infantitas vestidas con camisetas rojas con nombre a la espalda. El Hijo sabe que ninguna de esas personas homenajeará en modo alguno a su padre muerto.

Pero para eso están los hijos y los cuentos. Para que los héroes sin homenaje oficial tengan quien los honre y recuerde. Honor al guerrero caído. Nada para quienes miraron a otro lado.

Soy un hombre de negro

Soy un hombre de negro. Aunque según mi partida de nacimiento y mi pasaporte mi sexo sea femenino. Me llamáis así, y no me molesta. Soy, en efecto, una de quienes va a vigilaros.

No podréis decir que no os lo habéis ganado, y bien a pulso. Desde que se insinuó en el horizonte la posibilidad de que se me acabara encomendando este trabajo, hace ya algunos meses, he estado muy atenta a la actualidad de vuestro país. Me ayuda mi conocimiento del idioma, que debo a varias estancias entre vosotros. Un verano en un pueblecito extremeño. Varios más en Canarias. Un año de Erasmus en Barcelona. El roce con vosotros, con vuestra comida y vuestro clima (todo mucho más cálido y agradable que la gente distante, la cocina pobre y el tiempo

infame de mi país del norte) me ha enseñado a teneros cariño, pero también a saber de qué pies cojeáis. Sé que se os puede querer fácilmente, pero también que podéis ser temibles.

Leer vuestros periódicos, ver vuestras televisiones y navegar por vuestros foros de internet en estos meses no ha contribuido sino a aumentar esta sensación. Confieso que llevaba unos años desconectada de vuestros asuntos. De hecho, la última vez que estuve por allí teníais un país que parecía tirar y que a su manera despertaba la envidia de todos los demás. Ahora sé que ese espejismo de prosperidad no era más que la manifestación colectiva y algo desproporcionada de una de vuestras habilidades más arraigadas: dar gato por liebre, como vosotros decís.

Lo que habéis hecho no tiene desperdicio. Había algunas cosas que sabía, por una de mis misiones anteriores. Por ejemplo, cómo rebañabais subvenciones agrícolas que acababan financiando cultivos que nadie cosechaba, y en realidad pagando los más diversos caprichos; algunos más o menos inocentes (como la guardería de cotos de caza o de fincas para otros usos de recreo) y otros más perversos y perniciosos. Tampoco diré que en esto fuerais una excepción: donde hay mucho dinero hay mucha picaresca, y el generoso riego de euros de la Política Agrícola Común da lugar a abusos a lo largo y ancho de todo el continente.

Pero lo que está saliendo en estos últimos meses es de veras brutal. Por momentos, me parece estar viendo los efectos de un gigantesco suicidio colectivo, exhaustivamente planeado y ejecutado con determinación digna de mejor causa. Me recuerda una frase que le oí al abuelo de la familia que me acogió en mi primer viaje a España, en aquel pueblecito de Extremadura: «hacerse trampas en el solitario». No os habéis dado cuenta de que cuando el fraude alcanza un grado tan alto y tan generalizado, al final uno se acaba defraudando a sí mismo. No es posible evitar que unos cuantos hagan trampas; pero cuando hacer trampas se convierte en la forma de prosperar comúnmente admitida, como ha llegado a ocurrir entre vosotros, la catástrofe está garantizada.

Vuestros alcaldes saliendo esposados del ayuntamiento, ese duque inventando facturas y apaleando el dinero a paraísos fiscales bajo la pantalla de diversos testaferros, vuestros gobernantes invirtiendo una y otra vez en sospechosas infraestructuras faraónicas que duplican y triplican sus presupuestos de ejecución... Y, redondeándolo todo, esos insensatos que han poblado vuestro sistema financiero sin tener asumido que los gastos deben estar en correlación con los ingresos, que los beneficios no se tienen hasta que se realizan, que no hay activo que no pueda depreciarse cuando su oferta supera a la demanda y que las pérdidas han de registrarse en cuanto se conocen, y no cuando te pilla un extraño y ya no hay más remedio, porque entonces ya nadie se fia de ti.

Pero no os preocupéis. Ahora pagamos nosotros. Ahora somos nosotros los dueños. Y ejerceremos. A partir de ahora, ni decidís ni informáis vosotros. Os liberamos de vosotros mismos.

Tengo una mamandurria

Sí, yo también tengo una mamandurria. Exactamente 426 euros al mes. Gracias a ella, y al comedor de Cáritas y a la Cruz Roja, mi familia y yo disponemos de ropa y comida, pagamos los recibos, recargamos los dos móviles prepago con los que nos apañamos los cuatro... y nada más. Los ahorros que fui haciendo para cubrir mi vejez pagan por ahora la hipoteca y así al menos no nos tenemos que ver en la calle. Pero echo cuentas y unos días me sale que bastarán para amortizar todo el préstamo y otros días me sale que no. Dependerá de cómo vaya el Euribor.

Tengo cincuenta y tres años y soy o fui ingeniero, pero desde hace tres años, cuando la crisis fulminó a mi empresa y mi empresa me fulminó a mí, no encuentro trabajo. No es que no haya visto ninguna oferta, pero en todas prefieren a titulados recién salidos, que son los más adaptables a las condiciones, desde el salario basura hasta la jornada infinita, que el nuevo modelo de relaciones laborales lleva aparejado. En vano he intentado hacerles ver a mis potenciales empleadores que estoy dispuesto a pasar también por ese aro. Me ven las canas, me ven la tripa y acaso calculan que mi salud cardiovascular no es óptima para asumir semejante desafío. Que pase el siguiente.

También he visto que hay ofertas de empleo en el extranjero, pero ahí la juventud pesa todavía más. He pasado dos procesos en los que fui siempre batido por chavales más jóvenes. Entre otros factores, como la ausencia de cargas familiares que los distraigan o los vayan a deprimir con la añoranza del terruño, aquí resulta definitiva la baza de los idiomas. Todos estos han pasado un año de Erasmus en Londres o en Edimburgo o en Manchester. A mí me dieron francés en el colegio y el bachillerato, y el inglés que chapurreo lo he ido aprendiendo a bocados por el camino. Con eso, qué se le va a hacer, no puedo medirme con ellos.

De modo que aquí sigo, y cada día las perspectivas son un poco peores. Con cinco millones ya muy largos de desempleados, toda la obra pública parada y la privada bajo mínimos, mi empleabilidad resulta igual a cero, pero he aquí que esta semana he aprendido que yo soy el problema. Yo, y mi mamandurria.

Que me perdone quien tenga que perdonarme, desde el Dios Todopoderoso que está en lo alto hasta el último de mis conciudadanos para los que represento una carga insufrible, pero no puedo evitar acordarme de lo que sé y he visto, cuando aún estaba en el mundo con un traje y una corbata y un maletín lleno de papeles. Las comilonas pantagruélicas repletas de concejales y politicastos de diputación provincial que inexorablemente se contabilizaban como gasto deducible, disminuyendo la cuota a ingresar de la empresa. O los BMW o los Mercedes en *renting* o *leasing*, que disfrutaban los que dirigían el cotarro y cuyas cuotas también iban a mermar lo que al final del ejercicio se le abonaba al erario público (durante cuatro años, incluso tuve yo uno, aunque el mío era sólo un Citroën grande). Una vez me contaron que en cierta empresa, un banco para más señas, se hacía lo mismo pero con el avión a disposición de la cúpula y con cosas aún más escandalosas. La gente se sorprendería si supiera los impuestos que pagan quienes más dinero mueven. Cómo, año tras año, les llega a salir negativa la declaración.

Nada de eso son mamandurrias, claro. Eso se llama optimización fiscal. Como tampoco lo es

que una diputada y ministra con nueve propiedades inmobiliarias, una de ellas en Madrid, reciba una indemnización por vivienda para que pueda alojarse dignamente en la capital. Mil ochocientos euros, o lo que es lo mismo, la limosna que yo recibo multiplicada por cuatro. Eso, insisto, no es una mamandurria. Eso es una indemnización.

Sí, vengan a por mí. Me lo tengo merecido.

Las barbas del senador

El senador cena tranquilamente, es un decir, mientras ve el telediario. Lo hace en su apartamento alquilado, que es, al final, la solución que le permite optimizar la asignación económica a la que tiene derecho como residente fuera de Madrid. Ha estado todo el día enfrascado en otros asuntos, y es ahora cuando escucha la propuesta que hace el líder de un partido político. Nacionalista y vasco, sí, pero de uno de los partidos que sientan a gente en la Cámara Alta. El Senado, teoriza impertérrito el líder en cuestión, muy bien podría (¿o debería?) desaparecer.

No es el primero que lo sugiere, pero es la primera vez que el senador se lo oye, y con apariencia de decirlo en serio, a alguien que contribuye de un modo u otro a la toma de decisiones y por tanto puede influir en su adopción. De pronto, siente ratificada la intuición que tuvo días atrás, cuando le llegó a su cuenta, rebotado, un mensaje de correo en cadena donde se detallaban todas las prestaciones, dinerarias y en especie, que reciben los parlamentarios, sin omitir las pensiones que devengan en función de los años de escaño ni las dietas de todo tipo que los indemnizan, con holgura, de los gastos más diversos.

Puestas una detrás de otra, todas aquellas gabelas, comprendió entonces, sólo podían provocar escándalo al ciudadano medio de un país donde quien no vive de las migajas del Inem o aterrado por un ERE inminente no ve más que subir la cuenta de las exacciones que el Estado le obliga a afrontar, y bajar la de los beneficios que en otro tiempo consideró sus derechos.

En ese momento, cuando se percató de lo que significaba cada concepto (desde el iPad y el iPhone por la patilla, hasta el acceso a internet personal e ilimitado, cuando a las operadoras de telefonía les dan de baja decenas de miles de líneas cada mes y la gente se apaña cada vez más chupando wifi pública o de los vecinos aún no arruinados), el senador lo vio: él, y todos los que ocupan el caserón de la plaza de la Marina Española, han pasado a estar notoriamente de más. Cuando algo se vuelve tan evidente, cabe resistirse, arrastrar los pies, patear si se quiere. Pero el tiempo, ese lento pero seguro zapador, lo acaba imponiendo.

No es que no haya probado el senador a echar mano, ante sí mismo y frente a su recién nacido dilema moral, de los argumentos de antaño. El Senado sirve para la construcción equilibrada y solidaria de un estado tan complejo como el autonómico, era uno. Un parlamentario debe tener

esas prerrogativas que fuera de contexto pueden ser vistas como privilegios porque no son suyos sino de la ciudadanía a la que representa, era otro.

Qué desmayados suenan ahora, los susodichos argumentos. Es decir, ahora que el estado autonómico se desmorona por los cuatro costados, y desde fuera y desde dentro se lo vigila como si fuera un sistema de cañerías donde son más las pérdidas que el agua disponible para mantener la presión. O ahora que arrecia en la calle el sentimiento de que los parlamentarios, en todos estos años, no han representado a nadie tanto como a las estructuras partitocráticas que los ungen o no como candidatos, con las consecuencias conocidas, resultado natural de la supervisión de unos controladores que no controlan nada, salvo cómo halagan al líder.

El senador dispone aún de otros argumentos en su defensa. Se sabe la lección y puede alegar los logros de la descentralización, o exhibir iniciativas que él mismo ha presentado y defendido en la cámara, lejos de votar sin más. Lo que estaría bien y hasta daría juego, si no se le viniera encima un *tsunami*.

Tantos meses cortando barbas de ciudadanos exigen que empiecen a caer, y de verdad, barbas como las suyas. El senador se sabe en primera línea. La desfachatez política no tiene límites, pero, por si acaso, será cosa de ir buscando una palangana.

Cordón detonante

Lo que llevaba en la cabeza no le dejaba vivir. Lo que llevaba en la cabeza, sólo él lo sabía, y ahora ya no lo sabe nadie. Así es como a veces se resuelve la partida. Es triste, y desalentador, y por eso es una noticia que se arrincona al fondo del periódico y se entierra tan pronto como se ha secado la tinta del titular.

Imaginar lo que un hombre así llevaba en la cabeza, sin embargo, no resulta demasiado difícil, siempre que uno se contente con una aproximación. Esto puede resultar hasta cierto punto humillante, y no sólo para el interesado, sino para todos los que compartimos una naturaleza que resulta tan fácilmente predecible. En cierto modo, los humanos somos máquinas de apurar placer y de soportar dolor. Cuando el primero falta y el segundo sobreabunda, salvo muy raras excepciones, nos descomponemos. Y mal que nos pese, que nos pesa, no hay mucho más.

Exmilitar profesional, con experiencia en varias misiones internacionales. De donde se siguen varias cosas, como que estuvo en lugares donde el odio se había hecho presente y no debió dejar de desplegar algunos indeseables efectos ante su mirada. Alguno pensará que el odio que ve el soldado en la misión internacional es el odio entre otros, y que puede por tanto salir relativamente indemne de la experiencia. Pero el odio, incluso aunque no le esté dirigido, no deja nunca de imprimir un estigma sobre quien lo percibe. Y por muy neutrales que sean, que no siempre lo son, los hombres de uniforme y con armas que llegan a un país bajo la bandera de otro país diferente

nunca dejan de cosechar su ración de repudio. Dicen que el hombre estuvo además en Bosnia. Esa misión donde más de una vez, aunque no se diga, repicaron las balas sobre las planchas de los blindados españoles.

Y después de eso, de andar como forastero indeseado en tierra convulsa, de recibir el fuego, dormir poco, comer mal, y todos los demás excesos y privaciones que forman parte de la vida del soldado, le llegó lo que también suele llegarles a los de su condición: la patada. El momento en que la juventud o la salud no acompañan, y uno, por ineptitud o negligencia, no ha acertado a traducir la experiencia en galones, y alguien le dice que el contrato no se renueva. Y hay que colgar el uniforme de salir a ver mundo con un fusil en la mano, y ponerse las ropas de civil para buscar un barrio donde quedarse a vivir los restos.

Los periódicos, que tampoco se prodigan con la anterior, cuentan bastante poco de esta otra parte. Y lo que cuentan abona la historia consabida, el lugar común, la interpretación vulgar. Casado y con un hijo que se convierte en separado y con un hijo. ¿Fueron las secuelas psicológicas del despido, el posible estrés postraumático por las misiones, la simple convivencia con sus baches y quebradas, o la mezcla de todo junto? Sea como fuere, el remedio («no es bueno que el hombre esté solo») se convierte en tormento añadido («no quiero volver a saber de ti») y el camino se convierte en pendiente, esa que lleva a la depresión y el abandono de cualquier afán por la vida. «No hablaba, era huraño», dirán luego los vecinos, cuando un día de verano, de un verano ardiente e inmisericorde, se encuentra en casa su cadáver.

Ni siquiera habría salido en los periódicos (como suele pasar con los suicidios), de no ser por el procedimiento que escogió. Un procedimiento con el que informaba de paso al mundo acerca de su biografía, ya que sólo estaba al alcance de quien, como él, hubiera tenido acceso a suministros militares. Un procedimiento con el que, además, había de producir un resultado inusual y sobrecogedor, que nunca sabremos si llegó a calcular.

Es posible que sí, que supiera que arrollándose al cuello un cordón detonante y encendiéndolo se decapitaría limpiamente. ¿Por qué? Algo quiso decirnos. Algo que nadie escucha.

Esto no es Marivent

Esto no es Marivent. Nuestro personaje no goza de la brisa y la luz de la bahía de Palma. Ni del frescor oceánico de Sanxenxo, donde el timonel de la nave se alivia del estrés, no sin dejar avisado a la tensa tripulación y el acongojado pasaje, para que no cundan la ira o el pánico, que tiene un reactor Falcon preparado para devolverlo al puesto de mando en cuanto asome por el horizonte la galerna o el iceberg. Nuestro personaje es, justamente, uno de uno de esos a los que no alcanzó el deseo de que pudiera disfrutar del descanso que formuló el veraneante de Sanxenxo, antes de partir a su lugar de relax. Podría ser una de las personas que tiene que estar al pie del

Falcon para hacerlo volar, si toca, o una de las que en la siesta del lunes le pasó la llamada de Obama, otro timonel de barco en apuros. O una de las que estos días hacen horas extras para garantizar la seguridad y el confort de los ilustres inquilinos de Marivent.

Pero esto no es Marivent, ni Sanxenxo, ni la pista de aviación más próxima. Nuestro personaje, digámoslo ya, es uno de esos muchos españoles que no pueden hacer vacaciones.

Podría ser uno de los soldados de la UME o de los brigadistas forestales o de los pilotos de hidroavión o helicóptero que bregan con cualquiera de los muchos fuegos que un puñado de días con temperaturas saharianas, un puñado de meses sin que llueva (sí, el primo tenía razón: el cambio climático es un camelo) y un puñado de años sin que nadie limpie los bosques prenden por las cuatro esquinas de la Península y los dos archipiélagos. Podría ser uno de los agentes de tráfico o empleados de servicios de emergencias que velan a pie de carretera o autovía por si alguno de los que pese a todo viajan (más al pueblo que a otro sitio, este año de estrecheces) se salta las reglas o acaba saliéndose del carril y estampándose contra alguien o algo. Podría ser, también, uno de los que se afanan en un hotel o chiringuito de costa para que esta temporada en la que afloja de forma alarmante el turismo nacional no acabe en descalabro y les permita guardar unos euros para pasar el invierno.

Podría ser igualmente uno cualquiera de los que hacen funcionar los servicios esenciales (hospitales, limpieza, transportes) de las ciudades que este agosto no pierden, como perdían otros, más de la mitad de su población. Una población que se cuece sobre su asfalto y tiene necesidades diarias que no pueden dejarse de atender. O uno de esos policías que rastrear el Facebook del abogado del cártel de Sinaloa que se aloja en el hotel Palace de Madrid, y al que vigilan estrechamente, coordinados con el FBI, para impedir que el *Chapo* Guzmán monte aquí su base europea. El que en ese Facebook encuentra una foto del presunto narco con el nuevo presidente de México y que el viernes, lejos de irse de *finde*, irrumpirá en el lujoso hotel para detenerlo y comenzar un arduo interrogatorio.

Pero no, nuestro personaje no es ninguno de los dichos. Es una cajera de supermercado, que acaso este verano aprovecha, en forma de sustitución, el único trabajo que ha podido echarse a la cara en muchos meses. Que a lo mejor es la única, con el marido en paro y los hijos aún pequeños, o grandes pero en paro también, que mete en casa, con su trabajo en estas semanas tórridas y tan poco propicias para el esfuerzo, el poco dinero con el que han de arreglarse todos. Alguien cuyo día a día, lejos de lujos y placeres, es congruente con esa emergencia nacional ante la que, en cambio, tan incoherente resulta el *dolce far niente* del prócer.

Y en ésas está cuando su supermercado lo asalta una turba dirigida por un orondo alcalde con estola de clérigo y barba de ayatolá. Antes de que la empujen y le expropien la dignidad, so pretexto de ultrajar al capital infame, nuestra cajera medita:

—Éramos pocos y parió la abuela.

Poli chungo

Es domingo por la mañana, mediados de agosto. Hace un calor infernal y López se aburre. Tanto que acaba encendiendo el iPad y curioseando los periódicos. Repasa con desgana las noticias principales de la semana (la isla que sigue ardiendo, las bolsas que suben, la prima que baja, Assange que sigue encerrado en la embajada ecuatoriana, el etarra enfermo que saldrá, parece). Como siempre, deriva hacia las noticias marginales, que son las que están menos sobadas y las que al final, por experiencia lo sabe, más le interesan. O por lo menos, las que más le distraen: justo lo que en este preciso instante le hace falta.

Había oído lo de los policías sudafricanos, pero no había tenido tiempo de ver el vídeo. Se lo enchufa y alucina. Según el texto que ha leído antes de verlo, las autoridades sudafricanas han abierto una investigación sobre lo ocurrido. Y López se pregunta qué demonios hay que investigar, con esas imágenes que reflejan una masacre sin paliativos, tan encarnizada como absurda. El 80 por ciento de los humanos queda paralizado al oír un tiro de verdad. Del 20 por ciento restante, apenas un 10 por ciento (ergo, un 2 por ciento del total) sigue erguido después de verle encajar un tiro a alguien que esté a su lado. Pero los polis sudafricanos, prescindiendo del tiro al aire de advertencia, vacían los cargadores (y alguno aun debió reemplazarlo, para poder seguir disparando) contra esos mineros que en su mayor parte ya caen derribados por la primera andanada. López no es juez, ni siquiera licenciado en Derecho, pero lo que ve le parece un homicidio múltiple, sin apelación ni atenuantes. Con policías como éstos, piensa, los sudafricanos no necesitan delincuentes para salir a la calle atenazados por el terror.

La otra noticia que de manera fatídica llama su atención es la detención, a bordo de un barco que traía varias toneladas de cocaína a Europa, de un sargento de la Guardia Civil que estaba de baja y que presuntamente aprovechaba los días que eso le dejaba libres para pluriemplearse con unos narcos gallegos y ayudarles a meter la mercancía. López lee la noticia con desazón. Los policías sudafricanos le pillan lejos; incluso en su subconsciente, algo racista, las imágenes del vídeo no pasan de ser las de unos negros uniformados acribillando a otros negros sin uniformar. Pero pensar en un compatriota, agente de la autoridad, metido a alijar farla por cuenta de la chusma a la que los ciudadanos le pagan por combatir, le produce una inevitable náusea. López se pregunta qué puede haber en la cabeza de alguien así, alguien que da, y sólo por el cochino dinero, un paso tan contrario a lo que ha sido y es el resto de su vida.

Lo que menos le perturba, al final, es el juramento infringido: sabe que los humanos nacen preparados para decir una cosa y hacer otra bien distinta. Lo que le pasma es la incoherencia vital de dedicarse a una cosa y a la completamente opuesta, a detener a unos malos y lamer el culo de otros por un puñado de euros. Debería estar acostumbrado. No debería alterarse por una historia así. Y menos aún en esta asfixiante mañana de agosto, con el termómetro trepando raudo hacia los cuarenta y sin poder poner el aire acondicionado de la Kangoo camuflada en la que se encuentra.

Y, sin embargo, piensa mientras se saca la camiseta y se queda en calzoncillos, se altera, y no se acostumbra.

Una hora y media después, fresco y recién duchado, sale de la casa el tipo al que estaba esperando. El tipo que le tiene trabajando en este agosto infernal, mientras los ministros se ponen morenos en la playa. López ha lamentado a menudo haberse dejado liar para entrar en Asuntos Internos. Pero alguien tiene que perseguir al poli chungo. Aunque nadie repare en ello, ni se lo agradezca. Aunque le sigan, incluso, bajando el sueldo.

Hipócritas

Hipócritas, que sois todos unos hipócritas. A mí el soponcio ya no me lo quita nadie, pero me quedo a gusto y os lo escupo a la cara: vosotros, los que ahora os cebáis conmigo, no sois más que un hatajo de hipócritas de la peor especie. Y no sé en otras, pero en esta tierra, donde le decimos al pan pan y al vino vino, no se me ocurre una falta que rebaje más al que la comete.

Hipócritas, en primer lugar, mis propios paisanos. Esos que durante un siglo dejaron que el pobre Cristo se estropeará y que en los últimos años pasaban junto a su imagen descolorida y desconchada sin inmutarse siquiera. Esos que no iban nunca a misa y ahora se llaman a la parte, y también esos otros que iban pero que nunca pensaron en poner algún euro más en el cepillo para que alguien que supiera bien (y que siempre cobra, por eso mismo) le devolviera al *Ecce Homo* el lustre que se merecía.

Esos a los que nunca les importó, aunque ahora digan otra cosa, que la pobre anciana se buscara la vida, agarrara las pinturas y tratara de reparar el desaguisado. Que lo hice ahí mismo, delante de sus narices, con la complacencia de todos, el señor cura incluido, que yo juraría que me dio su permiso, aunque ahora ya me entre la duda de todo, con la que han montado para desacreditarme y para hacerme pasar por loca. Claro que a lo mejor esperaban que repintara el Cristo como Velázquez, sin haber ido nunca a donde me enseñaran en condiciones, y ahora se sienten con derecho a juzgar lo que ha salido como si le hubieran hecho el encargo a una restauradora del Museo del Prado.

Igual de hipócritas o más, que ya no sé ni cómo se mide eso, son toda esa gente que ni conoce este pueblo ni ha venido nunca, ni pensaba venir, y a la que se le da un comino no sólo el Cristo, sino todos los que aquí estamos. Toda esa gente que seguro que la mayoría serán ateos, encima, y que hasta la semana pasada ni sabían de ese Cristo despintado que no tenía el más mínimo valor para ellos. Si ni siquiera lo tenían catalogado, como dicen de algo cuando vale, y por eso mismo se había podido echar a perder sin que nadie hiciera nada por evitarlo.

Qué follón han montado, por el error sin maldad de una pobre vieja. De no hacerle ni caso al pueblo, que sólo conocen por el vino, los que les gusta, a salir en todos los telediarios y en todos

los periódicos, de toda España y de todo el mundo. Con la de canallas que hay en este país y en este planeta que se levantan cada mañana con el propósito de hacer daño y que no dejan de hacerlo ni cuando se acuestan. Pero hala, todos contra la vieja de Borja, qué bien viene una cabeza de turco, bien presentadita y bien indefensa, cuando los malos de verdad se nos escapan.

Sólo faltaba esa gentuza de las redes sociales, como las llaman. Mi nieta no quería, pero sé que ella maneja y le he hecho que me lo enseñe. Hasta me he convertido en *tremendin torpic*, o como se diga, en el *Tuíster* ese. *Ecce Mono* lo llaman a mi pobre Cristo, los muy blasfemos. Por algo le vengo yo diciendo a mi nieta que no es bueno que pase tanto tiempo con el ordenador, que en las tripas de esos cacharros está el mismo Satanás, esparciendo azufre y haciéndoselo esparcir a todos los que se dejan atrapar por ellos. En mis tiempos estaba mal visto lo de ser cruel en público con alguien, y no digamos ya con Dios: de esa te llevaban al cuartelillo y salías con una manta de palos. Que, siendo malo, no me parece peor que esto de ahora.

Sólo me queda un consuelo, que yo sé que Él ahí arriba aprecia el amor que se le tiene, y que bien sabe que fue todo lo que me movió a mí a tratar de devolverle los colores. Mis pinceladas serán torpes (no más que las de ese Picasso, por cierto, que a él sí le dejaban pintar a todo el personal desfigurado), pero las empujó la fe. A lo mejor hasta el pintor, que en gloria esté, me las perdona por eso.

Y a los hipócritas, que los zurzan.

Chófer real

El chófer real es funcionario público de un estado que, por endeudarse para invertir en lo que no debía, ha perdido el crédito en los mercados financieros internacionales. Al chófer real primero le han contado eso, lo de la pérdida de crédito y lo de las inversiones desatinadas, y después de mucho machacar con el concepto, de entrada un poco remoto y abstruso, han conseguido que entienda, como el del bar y la vecina de enfrente, lo que significa y lo que acarrea. Luego le han bajado el sueldo, y al año siguiente se lo han congelado pero le han subido el IRPF, con lo que en la práctica se lo han vuelto a bajar. Transcurridos apenas unos meses del segundo año de rebajas, le han quitado además la paga extra de Navidad. Si quiere comprarle un scalextric al niño, este año ya no vale lo de esperar al providencial aguinaldo de diciembre. Tendrá que ir apartando en los meses que quedan.

En algún momento el chófer real se ha preguntado si es justo que para cuadrar las cuentas a todos les bajen por igual. Lo mismo a él, que conduce con cuidado y pericia el automóvil real, y que para poder estar a la altura de su deber, tan relevante para la seguridad de la primera autoridad del estado, pasa muchas horas de servicio, que a todos esos funcionarios que dicen que hay que no pegan ni clavo y que no llegan ni a cumplir, en la práctica, la jornada establecida. O

por no personalizarlo en él, que queda feo, ni poner una referencia demasiado vaga, que puede ser demagógica, si el recorte debe ser el mismo para esos que están en negociados redundantes, muchas veces creados para dar pesebre a compadres o correligionarios y donde no se resuelve ningún verdadero problema, que para los que, con las plantillas sin cubrir y con medios materiales precarios, se las ven y se las desean para apagar los incendios, atender las urgencias hospitalarias o velar por la seguridad de todos.

Sumido en esos pensamientos, que amén de ser desagradables estimulan la disensión con los semejantes y dificultan la unidad que precisa el país para enfrentar una situación tan apurada como la que atraviesa, el chófer real sigue no obstante haciendo cada día como mejor puede su trabajo. Mantiene el automóvil real limpio, para que dé la imagen irreprochable que corresponde; engrasado y entretenido en todos sus puntos vitales, para que en ningún momento inoportuno se vea interrumpido su perfecto funcionamiento; y puntualmente situado allí donde se le requiere que lo sitúe, ya sea en marcha o en estacionamiento. El chófer real es un hombre escrupuloso y consciente de la gravedad de su cometido. No se permite ni la más mínima negligencia.

Por eso, cuando detiene el vehículo, exactamente en el punto estipulado con arreglo a los protocolos de seguridad que comprobó antes de salir esa mañana, le cuesta entender que su pasajero le abronque del modo desabrido en que lo hace. Algo debe de resultarle inconveniente o enojoso, y sus motivos tendrá para ello, pero el chófer real no ha hecho otra cosa que cumplir a rajatabla, como lo hace siempre, las instrucciones recibidas. No logra entender qué es lo que debería haber hecho, en vez de eso, para librarse de sufrir la filípica que (en ese momento no lo saben ni quién se la echa ni el chófer real) están registrando las cámaras, junto con el sonido ambiente de los funcionarios que protestan en las inmediaciones por los sucesivos recortes.

El chófer real, aturdido, no acierta a reaccionar. Su pasajero termina apeándose del vehículo con gestos destemplados que sustituye por una sonrisa cuando llega a la altura de las autoridades que lo aguardan. El chófer real calla, resignado. Piensa que esa tarde, si puede, debe ir a comprar el material escolar del niño. Que el sábado, encima, le multiplican por cinco el IVA.

Los apedreadores

Para que dé comienzo una lapidación sólo se precisa que alguien arroje la primera piedra. Los apedreadores siempre están ahí, agazapados, esperando a que alguien les proporcione un blanco al que resulte legítimo arrearle el cantazo. Por su naturaleza, no son proclives a la acción solitaria: necesitan de la conformación de ese espíritu gregario que está en la base, tan humana como monstruosa, de cualquier linchamiento.

Nuestro primer apedreador es un tipo que un buen día, o una buena noche, se encuentra con un vídeo sin audio en sus manos. No vamos a prejuzgar cómo lo consigue (jueces y guardias civiles

hay aún investigando quién es y cómo ocurrió todo). La cuestión es que en la soledad de su visionado nuestro primer apedreador comprende que tiene en las manos un pedrusco de los gordos, uno de esos que si te atizan en la frente te tumban de espaldas, de culo o de lo que cada uno prefiera decir.

Una mujer, casada, con dos hijos, expuesta en un trance que le resultará tan difícil como incómodo de explicar. Uno de esos trances en que todos los humanos (siempre habrá excepciones, pero son pocas) nos ponemos alguna vez, a solas o con complicidad de otro humano, en el entendimiento de que la cosa sólo es asunto nuestro o de ese otro humano, y que nunca sería algo que ofreciéramos (bueno, también hay excepciones, pero también pocas) a cualquiera y con cualquier pretexto.

Hay un momento en que el apedreador empuña la piedra, la sopesa y, finalmente, la arroja. Es de suponer que cree tener un motivo. O a lo mejor es simplemente un arreón de mala voluntad. O quizá es un desliz, pura inconsciencia. A veces las piedras se tiran así, por no dejarlas caer, sin más, por no desaprovechar, ya que estamos, la posibilidad de darle con ellas a algo.

Tras él, vienen enseguida otros. Primero, los que están más cerca de la apedreada, y se ven reclamados por el ruido sordo, y a la vez morbosamente atrayente, del impacto inicial. La primera piedra genera otras piedrecillas, que apedreadores entusiastas empiezan a lanzar con soltura, con frivolidad, algunos con aire distraído, sin pensarlo casi. El repiqueteo de las piedras trasciende y una multitud de nuevos apedreadores se suma a la horda. Pronto la desdichada queda sepultada bajo una lluvia de pedradas; abrumada por el peso del ataque, se hunde e implora compasión anunciando su retirada de la escena. Entonces hay quien acude a socorrerla: como el Nazareno se interpuso entre la Magdalena y sus perseguidores, nunca falta quien, llegados el caso y el momento, se postula como redentor o redentora.

¿Disuade esto a los apedreadores? En absoluto. Al ver que la apedreada se rehace, los más próximos, esos que hasta ahora tiraban sin empeñarse mucho, se aplican con furia a la tarea, acompañando su ataque de todos los recursos destructivos posibles. Zorra, puta, bruja. La Edad Media, como la de Piedra, siempre está ahí, dentro de nosotros, acechándonos.

En un momento de irreflexión, la apedreada ha dado un paso en falso. Pongamos que incluso es un paso en falso el que puso la piedra en la mano de su primer agresor. Entonces entran otros apedreadores, más sutiles, que arrojan unos guijarros diminutos, pero mucho más cortantes. A lo mejor se lo tiene merecido, a lo mejor no es tan víctima: se saltó esa ordenanza, o se le escapó en medio de la zozobra una mentirijilla torpe. Estos guijarros, lanzados como al descuido, pero tan letales como los otros, terminan de redondear la lapidación. Son, en sutil y oblicuo, como el chiste de Gila: le estaban dando tal paliza al pobre que me metí, y oye, cómo lo dejamos entre todos, hecho un Cristo.

Ser o no ser apedreador. *That is the question.*

El placer de derribar

Algo tienen los 11 de septiembre que los hace propicios al desahogo de quienes disfrutan derribando algo. Osama Bin Laden planeó y llevó a cabo en el de 2001 aquella demolición emblemática que había de quedar como máxima y más atroz expresión de ese arte, y por la que él mismo fue abatido a balazos antes de que transcurriera una década de su hazaña. En cada aniversario, o tal parece que ha de suceder si alguien no lo remedia, aparece alguien dispuesto a emularle. Construir es afán al que se entrega una fracción minoritaria de la Humanidad. El derribo, en cambio, es un deporte que goza de estimación masiva.

Ahí está el de 2012 para demostrarlo. Los occidentales empeñados en tender puentes con el mundo árabe, para lo que asumen primero la necesidad de conocer y entender la mentalidad de quienes lo habitan, son una exigua minoría. Otro tanto puede decirse de quienes desde el mundo árabe propician un entendimiento verdadero con los infieles. Pero basta tocar unos pocos tambores, basta una película estúpida y banal rodada por un descerebrado con exceso de tiempo libre y déficit de escrúpulos, un engendro hecho con actores engañados y doblados a posteriori, para que miles de exaltados asalten embajadas, desborden a la policía, embosquen a los comandos enviados para defender a los diplomáticos y expidan rumbo a Washington varios ataúdes con norteamericanos dentro. Uno de ellos, el embajador en Libia: el hombre que, tras aprender árabe, se esforzó por entender qué ocurría en aquel país, se la jugó para ayudar a los libios en lo que (con razón o sin ella) entendía que era el camino de su liberación y se puso a tiro por ir a Bengasi a inaugurar un centro cultural cuya construcción había impulsado.

Qué placer para muchos ver la foto de su cuerpo sin vida. El placer que nunca les habría proporcionado sumarse a la tarea de tratar de hacer de su país, de su barrio o simplemente de su escalera, un mejor lugar para vivir. El placer que nunca tendrían arrimando el hombro y sus esfuerzos para levantar algo.

El mismo 11 de septiembre, en un país maltrecho, perplejo y estupefacto, cientos de miles de personas se echan a la calle. Hacen ondear una bandera estelada que hasta muy poco antes era marginal, casi extremista. La demostración es un éxito, la más sincera alegría inunda todos sus semblantes. El acto viene a suponer el derribo de un delicado castillo de naipes alzado laboriosamente durante cuatro décadas por muchas personas: el edificio bajo cuyo techo los habitantes del territorio que a partir de ahora simboliza esa bandera compartían esfuerzos y recursos con los de otros territorios limítrofes. Esto es un cuento y quien cuenta ha de ceñirse al relato: por eso nos abstendremos de entrar a juzgar si esa secesión es o no conveniente, justa o razonable. El hecho cierto es que representa la destrucción de algo que una vez se quiso construir. Para erigir otra cosa, mucho mejor y más legítima, dicen los ideólogos del movimiento. Algo que en todo caso es hipotético, frente a la entidad presente y tangible del montón de escombros que acaban de formar.

Hay en el territorio en cuestión voces que siguen defendiendo la salvación del edificio; como en los territorios limítrofes hay quienes tratan de entender el malestar del que surge esa marcha y apuestan por construir nuevas vigas que lo sostengan. Unos y otros son acallados. Frente a las esteladas, en los otros territorios se alza un coro de voces airadas que echan gasolina al incendio. Aseguremos que no quede piedra sobre piedra.

En medio de la bronca, que va subiendo de tono, los habitantes del país maltrecho recobran los bríos; algunos, incluso, la alegría perdida. Para qué perder tiempo reconstruyendo nada, ahora que saboreamos, de nuevo, el turbador placer de derribar.

Mi jeta es suya

Un día un colega fotógrafo me dijo que mi jeta le hacía gracia y que si podía hacerme unas fotos para meter en su book. Total, un colega es un colega, los dos andamos lampando y me pareció que no era cosa de ponerse estupendo. Le dije que sí y, como es natural, no le cobré nada. Luego mi colega subió la foto a un banco online, de esos donde los fotógrafos muertos de hambre como él ponen la tarea por si suena la flauta de que a alguien la haga tilín una foto y decida pillársela por el módico precio de veinte euros. Y he aquí que a alguien le hizo tilín, y que la compró. Lo siguiente que sé es que mi jeta está impresa por millones en la chapa de la campaña de Barack Obama a las presidenciales. Y a mí Barack, ni fu ni fa, pero pienso que igual que él podría haber sido Sarah Palin, o algún grupo de chalados que tuviera veinte euros.

Y la verdad, acojona.

Así que me fui a hablar con otro colega que es abogado, y que anda el pobre sobreviviendo como puede con un despacho en un barrio periférico del Baix Llobregat desde el que se dedica, entre otros asuntos poco lucrativos, a defender casos que tienen que ver con internet, que parece que es de lo poco donde un abogado joven y sin agarraderas puede meterse, estando como está todo el pastel tradicional acaparado por los letrados de toda la vida, esos que tienen despacho en Diagonal o paseo de Gràcia. Y le pregunté qué era lo que podía hacer para defenderme.

Me miró como quien mira a un pardillo, y antes de responderme a la pregunta, me preguntó él, a bocajarro:

—¿Tienes perfil de Facebook?

—Claro, como cualquiera —le dije.

—Pues lo primero que tienes que hacer es borrarlo.

—¿Cómo?

—O eso o meterle a saco todas las opciones de privacidad.

Acto seguido mi colega encendió su ordenador y entró en la página de Facebook. Pinchó eso que no pincha ni Dios, donde pone «Condiciones». Me leyó la 2.1: «Para fotografías y vídeos nos

concedes una licencia no exclusiva, transferible, con derechos de sublicenciar, libre de derechos de autor, aplicable globalmente». Y me lo tradujo: que pueden vender todas mis fotos a quien les dé la gana, en cualquier lugar del mundo, para cualquier uso. Y si no me gusta, me explicó, está la cláusula 16.1: «Resolverás cualquier demanda relacionada con Facebook en un tribunal estatal o federal del estado de Santa Clara, California. Las leyes del estado de California rigen esta declaración, así como cualquier demanda que pudiera surgir entre tú y nosotros».

Para que entendiera lo que esto implicaba, me informo:

—En California también hay abogados cutres, como yo, pero darles los buenos días te costará 5.000 dólares. Aparte del billete de avión. Con esto aseguran que vas a preferir rendirte.

Luego mi amigo, que es un *crack*, me enseñó un apartado donde dice que para los clientes alemanes de Facebook rigen otras condiciones. Me leyó la primera, en alemán, que el tío, aunque le luzca poco, es políglota: «*Ziffer 2 gilt mit der Maßgabe, dass unsere Nutzung dieser Inhalte auf die Verwendung auf oder in Verbindung mit Facebook beschränkt ist*». Traduciendo: que lo de la cláusula 2.1 no vale para todo, sino que está circunscrito a su uso en relación con Facebook. Y tienen, cómo no, otra para la 16.1: «*Ziffer 16.1 wird ersetzt durch: Diese Erklärung unterliegt deutschem Recht*». O sea: que para los alemanes las disputas con Facebook se someten a la ley alemana.

«Ventajas de vivir en un país serio», dijo mi amigo. «Pero tú estás en pelota picada. Y lo de Obama, vamos a verlo, pero tu amigo te vendió bien vendido. De entrada, llamaré a un colega periodista. Aquí, un buen titular pesa más que un juez.»

Catalunya 2035

En momentos como este me pregunto qué hago aquí. Y la respuesta que me doy, desde hace muchos años, es la misma: porque me gusta esta tierra, me gusta su gente, su luz y su mar, y no voy a consentir que la vieja cagada de cuatro aprendices de estadistas, a ambas orillas del Ebro, me arruine ese gusto.

Aquí estoy, con mi nieto, en el estadio que antes se llamaba Cornellà-El Prat, y que desde hace unos lustros se llama Salah ed-Din Arena. Vengo con él a ver una edición del clásico, el partido estelar de la Lliga Mas, que es como se llama, queridos habitantes del pasado que leéis estas líneas, la División de Honor del fútbol catalán. Es el primer choque que veo en directo entre el Barça y el Al-Mansur, que antes de la Gran Afirmació Patriòtica era conocido como Espanyol, luego como Català y que finalmente, tras su compra por el jeque Karim ben Abd al-Karim, arabizó del modo dicho su razón social y el nombre de su coliseo.

No me interesa el fútbol y no siento nada por ninguno de los dos colores, pero mi nieto Gerard es culé hasta el tuétano y un abuelo es un abuelo. Mientras se desarrollan los prolegómenos del

partido (calentamientos y demás miermo sólo apto para hinchas), Gerard, que está tan exaltado como nunca lo he visto, me refiere con todo lujo de detalles los seis goles que la jornada pasada su equipo le infligió al Palamós, y que según él permiten encarar el clásico de esta noche bajo los mejores augurios. No me molestó en aclararle que el Palamós, huérfano de las ventajas que proporcionan la dimensión nacional del Barça o el dinero sarraceno del Al-Mansur, es uno de los equipos *sparring* de la Lliga Mas, cuyos partidos no tienen, para los dos que de veras cuentan, más valor que el de entrenamientos puntuables.

Cuando los dos equipos forman en el césped para escuchar *Els segadors*, como manda la ley, recuerdo ese otro tiempo en que al comienzo de un partido de liga, o en general en las cosas triviales y corrientes de la vida, no le obligaban a uno a administrarse un himno nacional. Pero para algo están en el palco la primera ministra, Meritxell Bru-Tornell, el *Molt Honorable* president de la República, Oriol Pujol, y los tres ministros musulmanes del Govern, Abdelmalik Jufresa, Mustafá Pérez-Larkauí y Farida Driusi, para quienes asistir al partido entre los dos equipos que concentran y encienden las pasiones de la comunidad a la que representan es una obligación pública insoslayable.

Como estoy en un graderío repleto de barcelonistas, oigo a mi alrededor algún cuchicheo que los alude, a los tres ministros morenos. Catalunya, con su 25 por ciento de población musulmana, sostiene oficialmente un discurso integrador y multicultural, con respeto pleno de la religión de cada cual, siempre que se acepte la lengua y el relato histórico de la nación catalana, y sobre todo su autoafirmación frente al común enemigo español (explotador colonial de marroquíes y saharauis al tiempo que oprimía a los catalanes). Pero no falta nunca alguno de los que forman el 10 por ciento de base electoral de Catalunya Nostra, cuyo postulado esencial, apenas encubierto, es la necesidad de apejar a los musulmanes del espacio excesivo que a su juicio han alcanzado en la sociedad catalana. Empeño tan inicuo como absurdo, porque la demografía se impone y la propia Bru-Tornell, antigua feminista radical, sabe que sin los votos musulmanes debería entregar la silla al líder de la oposición, con el que mantiene un encarnizado duelo por atraerlos que aumenta tanto su valor electoral como la rabia de los racistas.

Me acuerdo ahora de aquellos lejanos días de 2012 y 2013, cuando la Gran Afirmació. Recuerdo la Catalunya que se ofrecía entonces como la Tierra Prometida, libre de mugre española, y donde nadie vaticinaba esta reedición de Al-Ándalus que supera la versión *light* que existe en el país vecino (allí, el peso de los musulmanes está mucho más compensado). Como nadie anticipó la durísima negociación para adherirse a la UE, pagando el precio desorbitado que España le puso a la retirada de su veto, o la larga marcha hacia el reingreso en el euro, ese decenio tenebroso de la peseta catalana que causó estragos en empresas y familias. Por no hablar del millón de ciudadanos que optó por conservar el pasaporte rojo, en vez de correr a sacarse con el entusiasmo previsto el *blaugrana*, facilitando con ello a los hijos de la inmigración (muchos, con sus familias numerosas) el papel estelar que hoy tienen en el censo electoral.

Me acuerdo, también, de la ceguera y la arrogancia españolas. Esa negación obtusa del

sentimiento que en Catalunya se había gestado y fraguado, la pachorra de aquel presidente del gobierno tan gracioso, Rajoy (también conocido como el Breve o el Chico de la Troika), que se trocó en espanto cuando el Gran Pare Fundador, Artur Mas, en medio de una crisis que tenía a la gente aturdida, convocó y ganó el referéndum del 13, con una mayoría embriagada de independentismo que batió a la desmovilizada y estupefacta facción españolista de la población.

Fue dura la travesía del desierto para España, el país en cuya capital nací, hasta que al término del largo protectorado germano a alguien se le ocurrió la idea de recoger dos trozos maltrechos de Europa para constituir, con permiso de Berlín y del FMI, la hoy pujante Federación Ibérica. El país cuyo pasaporte ostento, y que logró deslocalizar a Madrid y a Lisboa (con arreglo a su política de solidaridad intraibérica) a la crema del empresariado catalán y buena parte de sus élites profesionales, las que no sentían el patriotismo hasta el extremo de sacrificarle sus carreras. Es el gran tabú nacional, aquí, pero cuando enseñé mi pasaporte o mi DNI ibérico en El Prat noto que más de un empleado y más de un mosso lo miran con envidia.

Y es que ya nadie, salvo los viejos como yo, se acuerda de cómo sucedió todo. Lo que les hacen estudiar a los niños en el colegio, en mi país y en este, es la mitología oficial, que recoge una génesis mucho más gloriosa para ambos. Dentro de unos pocos años ya no quedará nadie que recuerde que una vez estuvimos juntos y que bien habríamos podido seguir así, sumando a nuestros hermanos portugueses, si alguien hubiera tenido más cabeza.

Suena el pitido final y me toca ocuparme de algo mucho más perentorio: consolar a mi nieto. Como viene sucediendo regularmente desde hace diez años, esta noche el Al-Mansur ha hecho una vez más honor a su nombre, que no en vano significa el Victorioso. Volveré a contarle lo de la era Guardiola.

Porque me caéis mal

Un hombre es la suma de sus lecturas. Yo leo *Mein Kampf* y lo que escriben en foros de internet tipos como yo. Lo primero tiene un morbazo que resulta irresistible: tanta brasa con que aquel tío era tan malo que mola descubrir exactamente lo que decía. Es una especie de escupitajo a esta sociedad de mierda que me toca las narices, leer al tipo que ponen siempre como el supervillano. Que otros escuchen a Amaral o se hagan de una ONG contra el hambre y enciendan velitas. Yo leo a Hitler.

Lo de los foros es una pasada porque puedes hacer, hasta hartarte, las dos cosas que más me motivan: la primera, insultar a la basura que no piensa como yo utilizando todos los insultos del diccionario, más los que te sepas inventar; la segunda, descubrir a las almas gemelas, a los que tienen los huevos de llamarle al pan pan y al vino vino, sin dejarse arrinconar por esta dictadura de lo políticamente correcto y toda esa mierda que nos ha traído a donde estamos, al borde del

barranco. Para ser sincero, tampoco es que me importe mucho cómo se puede arreglar, ni es una tarea a la que piense dedicar ni un segundo de mi tiempo. Hay quienes nacen para poner en pie edificios, y supongo que está bien, gracias a eso tengo casa y cuando llueve no me mojo, pero otros somos del gremio contrario. Y lo que más se puede parecer a cumplir nuestra misión en la vida es encontrar algo que echar abajo. Por suerte, candidaturas no faltan.

Cuando decidí pasar a la acción, después de estudiar (para eso está también internet, con sus enlaces infinitos) la vida y la obra de los dos héroes de Columbine, se me amontonaron las posibilidades. La lista de cosas y gente que me gustaría volar es demasiado grande. Desde que tengo uso de razón he ido coleccionando individuos y colectivos que apestan, me repatean y me ofenden la vista. Y el trato en la red con quienes son como yo me ha ratificado en esas fobias y me ha permitido juntar unas cuantas más. Si el cibercolega con el que compartes el odio a los moros, a las pedorras gafapasta progres y a los seguidores de Almodóvar te dice que no puede soportar a los que fuman en pipa, de pronto empiezas a sentir que es verdad, que ahí hay otro grupo de indeseables a los que habías pasado por alto, y a los que sería higiénico, a la par que catártico, gasear.

Pero después de mucho pensarlo, llegué a una conclusión: siguiendo la incomparable enseñanza de los maestros de Columbine, apuntaría mi explosivo contra los universitarios. Esa horda de vagos que vive por la cara en edad de trabajar, de fiesta de la cerveza en fiesta de la cerveza, cuando no se van de *Orgasmus* por ahí para folletear como perros, y que luego, cuando les dan el diploma, te lo restriegan por la cara para hacerte ver lo que ellos son y tú no eres y para que entiendas por qué pueden mirarte por encima del hombro para los restos. Así que decidí que unos cuantos no recogerían el papelito dichoso, y así ya no le restregarían nada a nadie. Me formé en la materia, aproveché mis habilidades para levantar la financiación necesaria (consideré un curro, pero el póquer online se reveló más rápido) e hice mi pedido. La maquinaria (que eso hay que reconocerlo, eficaz es, cuando la engrasas con el dinero que te pide que le suministres) funcionó como un reloj. En la fecha convenida, llegó el cargamento a casa.

Para mi decepción, y mi injusta marginación del olimpo de los superhéroes antisociales, desde el bar de enfrente vigilaba un grupo de maderos y después de meter las cajas en casa entraron ellos.

En fin, tampoco me voy a arrugar, y menos todavía pienso pedir perdón. Lo confesaré todo, y mientras saboreo mi fama me consolaré pensando que por poco no llegué a hacerlo.

Y vosotros, ciudadanos horrorizados que leéis mi historia, no os torturéis buscando un por qué. Iba a mataros porque me caéis mal. Es crimen suficiente. Y nadie puede absolveros.

Malala, soldado

Se llama Malala, se apellida Yusufzai, y está en una cama de hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte. Con sólo catorce años su carne ha probado el calor y el sabor del plomo que escupe el odio, cuando viene, como suele, cargado de ignorancia. Su delito, pretender que la instrucción no sea un privilegio reservado a los varones. Sus enemigos, los que despacharon a unos pistoleros para que la sacaran del autobús escolar y la tirotearan a sangre fría, los hombres que no saben leer un libro sagrado sin anteponerle el filtro de su propia estulticia.

Sólo así, leyendo con una mente inepta, puede alguien creer que unas páginas inspiradas por Dios imponen el desprecio y la postergación de una de sus más bellas y luminosas criaturas.

Y es que en ningún sitio dijo el Profeta que las mujeres debieran ser condenadas a permanecer en la oscuridad del analfabetismo. Y sin embargo está escrito en el Corán que Alá tiene reservado su perdón y gran recompensa a los justos y las justas, y que nunca dejará de premiar las buenas obras, ya sean hombres o mujeres quienes las realizan. Esto sabe quien se acerca sin prejuicios groseros a los textos en los que se funda la fe de los musulmanes, esto sabía Malala y por eso se negó a que la privaran del derecho que su Dios le ha otorgado y que clérigos torpes y arrogantes se atrevieron a discutirle con falacias.

Quizá hayáis sentido la tentación de compadecerla, a Malala, desde la seguridad y la prosperidad de un país que reconoce la igualdad de mujeres y hombres, e incluso castiga a quienes tratan de vulnerarla. Tal vez hayáis llegado a sentir lástima por la niña herida y pisoteada por querer disponer de las mismas oportunidades que sus compatriotas varones, desde un país donde la ley garantiza a todos sus ciudadanos, sin distinción de sexo ni procedencia, el derecho a recibir una enseñanza que les ayude a llegar tan lejos como sus capacidades y su tesón permitan.

Pero no estamos en disposición de tenerle lástima, a Malala. Antes bien debemos envidiarla, por haber acertado a entender, hasta el punto de defenderlo con riesgo para su vida, eso que se les resiste a muchos de nuestros niños y niñas (y de nuestros adultos y adultas) que, teniendo la posibilidad pacífica de acceder al conocimiento, carecen en cambio de la capacidad de valorar el don formidable que eso supone. Ellos y ellas son los dignos y las dignas de lástima, aunque nadie vaya a dispararles. No les abatirá el plomo, ya se ocuparon ellos de abatirse a sí mismos.

Malala tiene que vivir, para que su lección continúe y perdure y podamos hablarles de ella a nuestros niños, a todos esos pequeños príncipes reacios y siempre insatisfechos para los que es un ejemplo insustituible de valor y de lucidez. Malala tiene que vivir para avergonzar a quienes quisieron matarla, a esos pésimos musulmanes que no pueden ni con todas sus armas y su saña homicida vencer la serena fuerza de un corazón que sabe lo que quiere y que no está dispuesto a dejar que le impongan la servidumbre del miedo. Su camino debe continuar para que en su tierra, y en todas las demás donde amenaza la tiniebla del fanatismo, sean más las niñas, las mujeres y los hombres que se nieguen a que el guion de la película lo escriban los más obtusos de la tribu.

Tendemos a creer que los soldados son siempre tipos con uniforme y armados hasta los dientes, pero en esta guerra de la ilustración contra el atraso, de la piedad contra el rencor (que a todos nos incumbe, sea cual sea el Dios al que recemos y aun si no le rezamos a ninguno), Malala es uno

de nuestros mejores y más valiosos soldados. Quizá algún día, ojalá que no lejano, se recuerde y se celebre su coraje en su propia tierra.

Malala, que luchó para que en Pakistán contaran todos, para que el islam dejara de interpretarse como una mordaza que condena a un pueblo a prescindir, neciamente, de la mitad de su gente.

La palanca

Recuerda que esto, como todas las cosas que la suerte te pone (o no) en las manos, no es más que una palanca. No lo olvides, ahora que el premio está en tus manos y te apuntan los fotógrafos. No olvides que una palanca, sola, no es nada.

Con una palanca puede levantarse algo, en primer lugar, si uno tiene ese algo para levantarlo. Y aun si lo tiene, tampoco basta la palanca. Todavía queda otra cosa, un pequeño detalle que lo decide todo. Para que una palanca funcione necesita un punto de apoyo. Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo. Intenta hacer algo sin él y no levantarás una pluma.

En momentos así, como el que vives ahora, es fácil confundirse. Lo harán otros, entre los que te miran, y a nada que un día te distraigas y dejes de recordar lo que ahora estás poniendo por escrito, puedes llegar a confundirte tú mismo. Es fácil, por ejemplo, pensar que lo crucial es esto que la fortuna y el favor o la generosidad de otros te otorgaron, o lo que puedan llegar a otorgarte en el futuro. Pero recuerda a Epicteto y a los estoicos: lo que importa es lo que está en tu mano, lo que de ti depende. Lo que podías hacer e hiciste, y lo que puedas hacer y hagas. Eso es lo que dirá si la palanca funciona o no presta servicio alguno. Peor aún: si trabaja para ti o lo hace en tu contra.

Te han dado la palanca, pero aquí y ahora sólo cuenta lo que trabajaste para tener algo que levantar con ella. Eso que no verá nunca nadie, que nadie imaginará, y acaso a nadie le importa. Los años aprendiendo el oficio, sin ninguna recompensa externa, sin otra respuesta que la zozobra y el miedo de no servir para aquello a lo que aspirabas. Las horas enfrascado en la tarea, las noches sin dormir para dar forma a una frase, los días pensando en qué le falla a ese personaje, sin acertar a descubrirlo, los pasos gastados recorriendo lugares, oliéndolos, apropiándotelos, fijándolos en tu retina, de día y de noche, bajo la luz del verano y en la soledad del invierno, para poder llegar a escribirlos un día como son, o como sientes que tu corazón necesita que sean.

Todo ese esfuerzo es tu punto de apoyo, el que permitirá, si lo haces, que la palanca funcione, y la convertirá, si falta, en una barra inútil, incluso un alarde pernicioso. De él, y de la mirada que hayas aprendido a ejercitar desde el día en que tus ojos se abrieron, depende lo que queda y decide: el cuento que no siendo más clarividente que tus semejantes te atreves a levantar ante

ellos, y que determinará si se te juzga como alguien que reclamaba la atención por algo o como un charlatán más.

Mientras la fiesta te rodea, mientras oyes los parabienes (y las insidias: acéptalas sin irritarte más de la cuenta, que vienen en el paquete), piensa en todo esto que es la verdad y que llegará el momento en que haya de ser pesado y medido. Aprovecha el fugaz instante de atención que se te da, di si quieres tus palabritas, y al decir las sé tú y por ti: no te pongas al servicio de nadie, aunque no puedas evitar que alguno se las apropie u otro se las endose a quien tú no sirves. Tú no eres abanderado ni seguidor de estandarte alguno. Como dice Robe Iniesta (el poeta siempre alumbra) tu ejército no tiene bandera, sólo un corazón.

Y tanto si la apuesta sale bien, y quienes tienen la potestad de decidirlo establecen que merecías que se te prestara la palanca, como si sale mal, y acaban considerándote un torpe usurpador, recuerda lo que aprendiste del viejo Rilke: a tu nombre podrán darle, eso escapa a tu poder, el sentido que se les antoje, pero tú guarda siempre un nombre que usar a solas, uno por el que puedas seguir llamándote a ti mismo y que nadie más sepa. Y con ése, sigue exigiéndote lo que sabes que debes hacer.

Desahuciator

Comienza un día normal. Sobre mi mesa, veinte expedientes. Veinte familias a las que voy a aprobar que se arroje de su casa para que esta aumente el *stock* inmobiliario del banco.

Naturalmente, yo no puedo echarlas con mi sola firma. Ni siquiera puedo tomar la decisión de manera autónoma. Si así fuera, qué se creen, tengo mi corazón, preferiría hacer cualquier otra cosa antes que poner el visto bueno al desahucio. Un visto bueno que significa, en sentido estricto, la autorización para que los abogados del banco emprendan la acción judicial conducente al lanzamiento de la familia afectada. Pero no me engaño: sé cómo funciona la ley hipotecaria, sé que la gente de cuyas casas se trata es insolvente y que no podrá paralizar la acción; entiendo y asumo, por tanto, que con mi firma, aunque sea tras algunos pasos intermedios, estoy poniendo los muebles de estas veinte familias en la calle. Insisto, y quede claro: no lo hago por mi gusto. Tengo jefes, instrucciones, objetivos. Tengo mi propia familia, y mi propia hipoteca. Si dejara de hacer esto que hago todos los días, con un poco de mala suerte, bien podría terminar siendo yo el que, gracias a la firma de otro como yo que no tuvo tantos remilgos, se viera con los suyos a la intemperie.

Dirán ustedes que menudo dilema moral. Dirán algunos que menudo canalla que soy, salvándome a costa de ser cómplice en el hundimiento de mis semejantes. Otros, no espero que sean muchos, acaso me comprendan. Y si les soy sincero, yo mismo no sé muy bien a cuál de los

dos grupos pertenezco. Va por días, y tiene que ver con lo que traen los periódicos, con el humor de mis hijos, con lo bien o mal que haya podido dormir.

Hoy es un día chungo. Dos hombres de cincuenta y tres años han intentado suicidarse antes de que los desahuciaran. Y traduzco para mí: antes de que un agente judicial y unos agentes de policía (pobres, ellos huelen y tocan el marrón) se presentaran en sus domicilios para expulsarlos de ellos, porque hace unos meses alguien como yo firmó un papel como el que me dispongo a firmar nada menos que veinte veces a lo largo de esta mañana. Uno de los dos hombres eligió ahorcarse y logró su objetivo. El otro se defenestró, tras darle un beso a su hijo, y resultó con graves lesiones. Tirarse de cabeza a la calle, aunque pueda resultar más aparatoso, es menos seguro que cortarle el flujo de sangre y de oxígeno al cerebro.

Lo malo, en días así, es saber lo que sé. Que aparte de terrible, e inhumano, es económicamente estúpido aniquilar así a la gente. Que más valdría darles una oportunidad de seguir en su vivienda, cuidándola y manteniéndola, y resarcir en alguna medida, la que puedan, la deuda contraída, en lugar de echarlos a la indigencia, desde la que nada podrán pagar, y sumar otra casa invendible a la pelota de ladrillo que arrastra ya el banco. Que hay en mi empresa gente que ha dejado pufos mil veces mayores por los que no responde, y que dispone de toda la asistencia del contribuyente para no tener jamás que responder de su error. Que lo que esa misma gente anda calculando, y por eso me mandan echar a veinte familias al día, es que cuando la pelota sea demasiado grande alguien, el único que puede, de nuevo el sufrido y generoso contribuyente, se la quitará de encima, le pondrá el contador a cero y hará con el montón de mierda un Frankenstein llamado banco malo al que se apuntalará mientras haga falta y con el que podrán especular para dentro de unos años y revender las casas al doble de lo que les costaron.

En fin, que se entenderá que esta noche, cuando llegue a casa y acueste a mis hijos, no sea capaz de conciliar el sueño. Algo que me gustaría compartir, y perdonen la faena, con todos los que vayan a votar a quienes permiten que siga este disparate.

Vomitorio

Según dicen, hubo una aglomeración en el acceso al vomitorio, justo cuando llegaba el super DJ. Ramón alza las cejas: no en vano proviene de una época sin macrofiestas con vomitorios ni super DJ.

Tampoco es que Ramón sea un octogenario. Apenas media la quinta década de vida, lo que le permite tener una hija de quince años y una comprensible preocupación por la posibilidad de que la sangre de su sangre se vea un día en la que se han visto esas cinco chicas, y que ha enviado a tres de ellas al tanatorio y a otras dos a la UCI del hospital. Una avalancha, unos pasillos demasiado angostos, muchos jóvenes borrachos y con la coordinación perjudicada (aparte de las

tripas, y por idéntico motivo) y pocos empleados de seguridad mal instruidos (si es que habían recibido instrucción alguna) que bracearon con más voluntad que criterio contra la catástrofe. El resultado: cinco vidas y cinco mundos extinguidos. La suerte, la perra suerte, que las puso allí donde nunca deberían haber estado para acabar perdiéndolo todo por nada, bajo la multitud, en el pasillo del vomitorio.

Acontecida la tragedia, comienza el circo. Un ayuntamiento dueño de la sala, una empresa que la alquila para montar una macrofiesta, otra que controla el acceso, un tipo o tipa que tiró una bengala, no se sabe muy bien si antes o después, hay testimonios contradictorios y la policía todavía anda mirando las cintas que grabaron las cámaras de seguridad: más de 1.300 horas de imágenes sincopadas que son el acta notarial del desaguisado. Ramón lee las declaraciones de unos y otros. Como es habitual, nadie ha sido. El ayuntamiento amenaza con personarse en la causa y anuncia que no tolerará una macrofiesta más en sus instalaciones. Ramón se pone en la piel de los padres de las fallecidas y se pregunta: ¿y por qué esta sí? La empresa que controlaba los accesos alega que todo se hizo correctamente y que no había exceso de aforo. Pero una de las heridas, como muchos otros asistentes, era menor de edad y nadie le impidió pasar. Los organizadores, por su parte, se despachan con adjetivos gruesos («execrable») contra el anónimo lanzador de la bengala. Este, comprensiblemente, no comparece ni asume culpa. Pero en algún sitio, de algún modo, alguien lo causó. Informaciones sin confirmar apuntan a la sobreventa incontrolada de localidades. Las imágenes de vídeo muestran un local atestado de carne sudorosa y danzante. Sólo cuando algo sale mal se demuestra a ojos de algunos la importancia de extremar las precauciones. En el juicio, calcula Ramón, alguien comprobará lo poco que, llegado el caso, te cubre un insensato lanzador de bengalas.

Macrofiesta. Super DJ. Botellón. Qué manía la de estos tiempos con los aumentativos, qué ganas tiene cierta gente de computar a los semejantes en grandes números, a efectos de su ordeño simultáneo (35 euros por barba, en esta ocasión), y qué disposición pasmosa tienen otros a dejarse arrastrar al cómputo y formar parte de una multitud. Ramón, que le perdonen las autoridades y los empresarios la desconfianza, lo tiene claro: no piensa encomendar a la cautela administrativa ni al celo empresarial la integridad de su hija. Tratará de disuadirla por la vía del diálogo de la necesidad de aturdirse con alcohol y música pinchada por quien sea junto a una muchedumbre. Y si esto no funciona, recurrirá a esa herramienta paterna, la prohibición, que tantos titulares de la patria potestad parecen haber olvidado. Sólo le quedan tres años, más lo que le permita ejercerla en forma de sucedáneo la convivencia bajo el mismo techo, pero es una misión irrenunciable. Que vayan otros, si gustan y les dejan. A su hija, jamás le dará permiso para pasar por el vomitorio.

La vergüenza

Nuestro personaje es hombre o mujer, eso a estas alturas no importa ni marca la diferencia. Lo que cuenta es que ocupa un despacho desde el que se toman decisiones. El despacho puede estar en un edificio oficial, pero también hallarse en las dependencias de una entidad privada. Nuestro personaje es uno de esos que hasta hace unos pocos días, pudiendo hacer algo para impedir que la gente perdiera su techo, no lo hacía.

Nuestro personaje puede ser uno de esos jueces que aplicaron la ley inicua que condenaba a la exclusión social a los más débiles, por errores que muchas veces no eran suyos, sin cuestionarse en ningún momento si eso era impartir justicia. Podemos encontrarlo, también, en los despachos donde se sientan los diputados del partido del gobierno, y muchos de la oposición, que eran gobierno hace cuatro días y que nunca consideraron, cuando tocaba, que en un país sin crédito y que fabricaba tres mil parados al día el desalojo *manu militari* no podía ser la única solución al impago inmobiliario, tal y como insensible y anacrónicamente seguían contemplando las leyes. Esas que quien tiene un acta de parlamentario contrae la responsabilidad de procurar que se ajusten a la realidad y sirvan para mejor atender las necesidades de sus conciudadanos. Incluso, dejemos que la imaginación vuele un poco, cabe situar al protagonista de nuestro cuento en la última planta de la sede de algún banco, tomando conciencia de la inmundicia que ha cubierto la marca de cuya administración es responsable, y a la que ciudadanos e incluso algún alcalde empiezan a señalar con el dedo acusador.

Podemos igualmente tener a nuestro personaje destinado en una consejería, un ministerio o la presidencia del gobierno, desde donde ha necesitado que los españoles se arrojen al vacío o se ahorquen con una frecuencia insoportable para acabar admitiendo la pertinencia de hacer algo que impida que otros desesperados, entre los cientos de miles de candidatos a la intemperie que se amontonan en las pilas de expedientes de las oficinas judiciales, los imiten y lo avergüencen con su autoinmolación.

Y es que hemos venido a descubrir que la clave era esa, la vergüenza. Quienes nos representan (dicen) y nos dirigen (dicen también) pueden ser calculadores, interesados, estrategas, temerosos, pusilánimes, insensibles, vagos o amigos de la conveniencia. Pero con todo y con eso, cuando se logra avergonzarlos hasta el punto de lo nauseabundo, cuando se les deja sin ningún resquicio para defender que su comportamiento o su inacción se sustraen a la obscenidad y la indignidad, no tienen más remedio que reaccionar y reaccionan. Incluso, llegado el caso, reculan. Y en el extremo, que es lo que ahora ha ocurrido, llegan a movilizarse y a asumir el deber de intervenir con urgencia.

En esas está nuestro personaje, a merced de la vergüenza y rectificando a toda velocidad. Si es juez, instando un cambio de la legislación y tomando medidas para que en las acciones hipotecarias que pasen por su mesa comparezca el rostro humano, hasta hoy ausente. Si es diputado, preocupándose por que salgan adelante mociones de reforma legislativa. Si es banquero, rediseñando la estrategia de gestión de impagados para no acabar apareciendo como un genocida que se dedica a exterminar a los deudores que de buena fe cayeron en la insolvencia (es de sobra

sabido que ningún pícaro se suicida por no poder atender un vencimiento). Si está en el gobierno, poniendo a punto a uña de caballo una reforma que detenga la hemorragia social que hasta anteaer veía fluir con indiferencia.

Creíamos que no teníamos nada, que nadie iba a venir a salvarnos de una hecatombe propiciada por la miopía y la codicia, y gestionada sin salir de esas dos torpes coordinadas, más el miedo, siempre nefasto. Y he aquí que vino a redimirnos la vergüenza.

Mónica, la que ama la soledad

El hombre se sienta ante el papel. No ha encendido el ordenador, no quiere que le distraigan todos los duendes que acechan tras la pantalla para venderle siempre algo, para venderle a él mismo a alguien en cuanto se descuide. Necesita escribir, y necesita decir algo que sea verdadero, que sea oportuno, que combata las sombras, en la poca medida en que la palabra puede combatir las. Qué le va a hacer, si siente que es a ti, Mónica, a quien no conoció, de cuyo paso por la vida y cuyo desvío a la muerte carece de información fidedigna, a quien debe consagrar hoy su escritura.

Es verdad que suceden otras cosas que resultan llamativas. Hubo una huelga general con disputa de cifras y plástico fundido de contenedores (lo primero tan vago y abstracto, lo segundo tan tangible). Alguien dijo que iba a legislar de urgencia para impedir desahucios sangrantes y puso en el *BOE* un real decreto-ley al que enseguida le encontraron los agujeros (lo que tienen las prisas, cuando en su tiempo y sazón nada se hizo). Y para redondear la semana, Israel y Hamás intercambian cohetes y misiles, movilizan reservistas y se aprestan a una enésima guerra que nadie parece capaz de impedir. Dos se pelean, vaya que sí, y hasta sacarse los hígados, cuando nadie quiere o sabe evitar que tengan la ocasión de hacerlo.

Todo importante, todo inquietante y desbaratado, pero nada tan doloroso como ver apagarse por mano propia una vida que todavía estaba en proyecto de llegar a ser, con todas las opciones abiertas. Que todavía se hallaba bajo el cuidado de quienes tenían el deber de ayudarla a lograr que su camino fuera el más largo y ancho que sus cualidades le permitieran recorrer. Quince años, Mónica de nombre, ecuatoriana de origen, española de vecindad.

Es fácil buscar culpables, al calor de la consternación, entre quienes tenían encomendada la responsabilidad de instruir la y protegerla. La primera, cómo no, ella misma: alguien dice que era rara, huraña, inestable. Los segundos, sus padres: dónde andaban, apuntan otros, para no darse cuenta de que había faltado la mitad de los días de octubre a clase. En tercer lugar, los profesores: cómo no vieron, se les imputa, que la chica tenía graves problemas de integración y de convivencia y que era objeto de acoso, según la familia. Por último, sus propios compañeros: cómo rehusaron echarle un cable, cómo dejaron que se sucedieran contra ella menosprecios y

vejaciones; *Mona*, dice también la familia, es como dieron en llamarla (y no precisamente por ponderar su hermosura).

Quién sabe qué pasó en realidad. Desde luego no lo sabe el hombre que mira la página en blanco y busca las palabras. Puede que todo sea cierto a la vez, en alguna medida. Puede que todo sea falso, o peor aún que falso: inexacto, falto de matices y precisiones que exculparán o imputarán a unos, o a otros, o a todos.

En todo caso, la condenada ha sido ella, Mónica. La sentencia, la escribiera quien la escribiera (ella sola, ella y la negligencia de alguien, ella y la crueldad de alguien, todos a un tiempo), fue dictada y cumplida en sus términos. Mónica, «la que ama la soledad» (¿o aquella a quien la soledad ama, incluso en contra de su propia querencia, aquella a la que la soledad se pegó y empujó hasta el borde del precipicio?), pagó por sus faltas y por las nuestras, piensa el hombre que sigue teniendo ante sí una página en blanco, y lo hizo al precio más alto posible. Entretanto pícaro indemne, entretanto criminal impune, la aspereza de la muerte cayó, con frialdad inmisericorde, sobre una muchacha, casi niña, que estaba sola y que por la razón que fuera no acababa de cuadrar con el resto. Puede que para algunos no fuera nadie, que para muchos no hubiera debido estar ahí, o sea aquí; pero aquí estaba, y aquí fue donde se nos perdió.

Ahora hay un juez, un fiscal. El fiscal dice que investigará a fondo, sin prejuicios. El hombre escribe, al fin, en su papel. Sólo una frase: «Averigüad la verdad, por ella y por todos».

Sólo un payaso

Nuestra muerte no forma parte de nuestra vida, sino de la vida de los otros. Son ellos los que la viven, la tasan y le terminan de sacar el sabor. A nosotros, si acaso, se nos deja conocer lo que hay justo antes, la agonía. Hasta donde nos consta.

La muerte del payaso no es ya parte de su biografía, sino de la mía. Ahora que no está, él ya no puede recordar, como yo recuerdo, aquellas tardes de sábado en las que el tiempo se ensanchaba, el blanco y negro de la tele parecía mucho menos gris y en el estómago, junto con la magdalena de la merienda y el colacao, cosquilleaba un calorcillo que a nada que te descuidabas se te subía al corazón. Aunque yo lo cuento, claro, tal y como se veía desde mi lado de la pantalla. Ahora, que soy adulto, sé y razono que en el otro, donde estaba él, ni siquiera era sábado, que todo se había grabado bastante tiempo atrás y que esos sábados en los que yo mojaba mi magdalena en la leche caliente él debía de estar en alguna otra parte, con sus propios hijos, esos que le veían la cara sin el maquillaje, y a quienes él miraba sin la peluca y la narizota de payaso.

La muerte del payaso ilumina retrospectivamente toda la historia. La suya, mucho menos que la mía, que le di forma a mi conciencia viendo sus payasadas. La del individuo, menos que la del país donde ese payaso acertó dibujar una sonrisa en el rostro de los niños, donde logró que en

todos los coches, en el verano, en esas carreteras infames y esos largos viajes a la playa, se cantara *El auto nuevo*. Esa canción que no por casualidad decía: «Vamos de paseo / en un auto feo». Y es que entonces los coches eran bien feos, algunos hasta hacerle daño a la vista, como el Seat 850 o el Renault 8. Y el payaso, a quien le estaba permitido decirlo todo (para eso se caía siempre y le salía mal cuanto intentaba), no se cortaba un pelo a la hora de contar en su canción cómo estaban las cosas.

La muerte del payaso me hace acordarme de una cosa que le debo, y que es tal vez la que más he de agradecerle. De forma innata, siempre me aterraron los payasos. Antes de ver por primera vez su programa, tendría por tanto menos de seis años, me visitó con frecuencia una pesadilla en la que me perdía por un pasadizo subterráneo de aspecto desasosegante (se me ocurre que no habrían debido dejarme entrar en la atracción del Parque Tívoli que simulaba un laberinto). El terror se iba apoderando de mí a medida que abría puertas y tras ellas aparecía siempre otro corredor de techo más bajo y amenazante que el anterior. Al abrir la última puerta, me encontraba con un payaso, pintado de blanco y con la sonrisa muy exagerada con una enorme mancha roja en torno a los labios. El payaso me miraba impassible, sin sonreír, sin llorar, sin la más mínima expresión. Sólo me miraba y yo me despertaba presa del pánico.

Gracias al payaso de la tele, a su voz bondadosa, a su mirada dulce y melancólica, a sus tropiezos y sus canciones, a su Susanita y al ratón, dejé de tenerles miedo a los payasos y dejé de visitar en sueños el laberinto donde me aguardaba, silencioso e inmóvil, aquel heraldo de la oscuridad del mundo (o acaso de mi propia oscuridad). Gracias a la larga camisola roja, a los zapatones, a la visera, al maquillaje cálido y sin estridencias, se borró de aquel pliegue funesto de mi cerebro aquel otro payaso terrorífico con el que jamás pude identificarme, y que cuando vi replicado alguna vez en un circo de verdad me parecía un impostor, alguien que sin ningún derecho trataba de disputarle la gracia a quien para mí, porque así lo habían decidido mi capricho infantil y el miedo que le tenía al otro, era el payaso por antonomasia.

Sólo era eso, un payaso, pero me trajo la alegría de los sábados, la paz de las noches. Ahora él ya no está, y en la tele vuelven a salir payasos fatídicos que nos invitan a vivir en sus feos laberintos. Vuelve, Miliki, reencárnate en lo que puedas. Necesitamos, urgentemente, una sonrisa que nos defienda.

Llega la guadaña

Jesús se creía a salvo. Veía a la gente caer a su alrededor, víctima de una suerte de bombardeo selectivo que se llevaba a miles por delante pero en cambio lo respetaba a él y también a los suyos. No es que no hubieran sufrido ni un rasguño: las cosas ya no estaban como para salir del todo indemnes. Pero perder sólo un poquito, en tiempos en que tantos lo pierden todo, viene a ser

una forma de enriquecerse. Jesús lo veía cuando iba con sus hijos de vacaciones, o a comer a un restaurante. La bajada del negocio había abaratado muchas cosas, en una medida que compensaba de sobra la reducción de renta que habían experimentado él y los suyos, debida sobre todo a los incrementos impositivos. Que no dejaba de doler, pero dolía menos al comprobar que a otros, además de subirles los impuestos, les bajaban el sueldo o les limpiaban por la cara la paga extra.

Hasta hoy. Mientras lee el periódico, tratando de buscarle las vueltas a la oscura noticia, Jesús siente un escalofrío. Su propia seguridad la cifraba en su condición de pensionista, y en las reiteradas promesas de todos los partidos, incluido el que está en el gobierno, de que el mantenimiento del poder adquisitivo de las pensiones, garantizado por ley, era un dogma intocable. Tan intocable, acaba de comprobar, como aconsejara la inminencia de algún proceso electoral en el que cualquier acción en su contra pudiera costar unos cuantos votos. Ahora que no hay elecciones en el horizonte, el gobierno ha sacado la guadaña y de un limpio decretazo (lo que una ley dice, un decreto-ley lo borra) le ha metido el primer viaje. En lugar del aumento del IPC, su pensión, que es de las de más de 1.000 euros, va a verse incrementada sólo en un 1 por ciento. Alguno dirá que no es para quejarse tanto, cuando lo que a otros les toca es el recorte puro y duro. Pero Jesús no en vano peina canas. Sabe que en ciertas cosas de la vida, movimientos en apariencia poco trascendentes, desde el punto de vista cuantitativo, son cualitativamente cruciales. Lo que la medida significa es que las pensiones ya no son sagradas. Desvanecida su aura de intangibilidad, rota su membrana protectora, la tijera puede seguir actuando. Y actuará.

Para colmo, lo que les aguarda a sus hijos ya no es esa buena nómina segura de la que han venido disfrutando hasta aquí. Siempre se ha sentido orgulloso cuando le preguntaban y respondía que los dos estaban colocados en Iberia y notaba la envidia en la mirada del interlocutor. Una compañía de toda la vida, famosa por sus altos sueldos, con los colores de la bandera nacional pintada en los aviones, un buque insignia insumergible, una fortaleza inexpugnable, y todas las metáforas por un estilo que a uno se le pudieran ocurrir. Cuando se empezó a hablar de ERE, hace unas semanas, Jesús se preocupó, pero confió en que la medida al final se redujera al mínimo posible y en que sus hijos se librarían. Estaban bien considerados, eran buenos profesionales, al final se impondría la cordura.

Acaba de leer una carta abierta en la que el presidente de la compañía, un tipo muy repeinado y sonriente, dice sin que se le mueva la gomina que la empresa pierde un millón de euros al día y que está en riesgo de desaparecer. Y Jesús todavía se halla bajo los efectos del *shock* que le ha causado la forma de expresarse del hombre que parece decidir sobre el puesto de trabajo de sus hijos, el hombre que se supone que ha de inspirar confianza a los inversores, clientes y trabajadores, y que casi acaba de darle la extremaunción a la entidad que preside.

Jesús piensa que esto le pilla demasiado mayor. Desearía poder entender qué está pasando, pero no lo entiende. Tan sólo siente que todo lo que él y los de su edad se dejaron la piel por levantar se ha vuelto, de pronto, como la casita de paja del cerdito del cuento. Y que el lobo tiene unos pulmones temibles.

Rolls y lingotes

A Juan le aplicaron hace tiempo el tratamiento de marras: trabajar más y ganar menos. Para ser más exactos, trabaja sobre un 30 por ciento más y cobra un 30 por ciento menos. Una amarga simetría. Pasado el cabreo inicial, Juan trató de consolarse pensando que eran malos tiempos para todos, y que dentro de lo malo, y aun mermada, seguía cobrando una nómina.

Ahora descubre que el hombre preclaro que expuso por primera vez, en toda su crudeza, la nueva filosofía laboral, escondía lingotes de oro en casa y solía desplazarse en un Rolls-Royce valorado en medio millón de euros. También se cuenta que habiéndose declarado insolvente, para no hacer frente a su responsabilidad civil como fallido gestor empresarial, ocultaba varios millones de euros en cuentas bancarias y propiedades inmobiliarias repartidas por todo el mundo. Desde hace dos días está en la cárcel, a la espera de reunir los treinta millones de euros que el juez le ha impuesto como fianza para eludir la prisión provisional. Parece que al verse entre rejas le ha dado algún ataque de ansiedad que lo ha llevado a la enfermería. Daniel no celebra este sufrimiento del magnate caído, aunque sus bajos instintos, que los tiene como cualquiera, le inviten a alegrarse de que el impulsor e ideólogo de un estilo de gestión que sumió en la ansiedad a miles de personas pruebe una ración de su propia medicina. No, no va a permitirse esa mezquindad, aunque tampoco va a ceder a la tentación de compadecerle. Juan se teme, y algún precedente hay, que el insolvente logrará reunir de un modo u otro, con el auxilio de este amigo o de aquel compadre, los treinta millones en que está tasada su libertad. Son otros los que se chupan la celda en espera de juicio; otros a los que no les permiten comprarse el pase de salida o les ponen un precio que, aun siendo mucho más bajo, nunca podrán satisfacer.

Rolls y lingotes. Que tanta palabrería, tanto discurso rimbombante sobre competitividad y eficiencia, sobre reorganización del sistema productivo y racionalización del mercado laboral, tanto pontificar desde una posición presuntamente respetable y efectivamente respetada, y Juan puede dar fe de todo ello, terminen en algo tan grosero, tan hortera, tan ofensivo como poner el culo en el asiento de cuero de un Rolls y juntar oro para eludir al fisco y a los acreedores, se antoja el broche esperpéntico y tragicómico de esta descomposición sin freno en que ha parado el milagro económico español. Juan no es sociólogo, ni economista, ni mucho menos juez. Pero lo que durante los años locos vio desde su puesto de trabajo le ha dado un olfato especial para la sociología, la economía y la justicia práctica. Fueron unos cuantos los ágapes que le tocó atender, en su condición de supervisor de una empresa de hostelería, en los que el tipo que hoy duerme en el talego y otros muchos, igualmente opulentos y respetados, que por entonces le jaleaban, se reunían para impartirles a todos lecciones sobre cómo debían hacerse las cosas. De tanto oírlos, Juan se aprendió sus mantras, memorizó sus propuestas, se empachó con sus teorías. Una burda pantalla para encubrir la picaresca de siempre, el rapaz instinto básico de un país con el hambre y la ignorancia impresos en el ADN, por muchos euros que el crédito insensato derramara sobre sus

aprendices de brujo. El hambre y la ignorancia que te llevan a procurarte un Rolls y unos lingotes de oro, para que te calmen con su lujo y su cálido resplandor el pánico a la mugre y a la intemperie que sigue agazapado en lo más recóndito de tus genes.

Juan, que les ha dado de comer tantas veces, nunca pudo sentarse y hablar con ellos. Si pudiera hacerlo les diría que el hombre encarcelado los retrata del peor modo posible. Y que nunca olviden que ellos lo eligieron, y lo sostuvieron ahí.

Glock 9 mm

Soy una Glock 17 de calibre 9 mm. O una Glock 19, del mismo calibre. La diferencia es que en el primer caso tengo diecisiete disparos en mi cargador y en el segundo quince. Mi seguro es automático, para disparar no hay más que apretar el gatillo; eso sí, con un poco más de fuerza que los gatillos de otras pistolas. Mi armazón es de polímero, en lugar de la metálica típica de otras armas; y aunque mi corredera y mi cañón sí sean de metal, resulto mucho más ligera que mis competidoras.

Por estas razones y algunas más, soy el arma elegida por muchos cuerpos policiales, por muchos usuarios legítimos de armas para autodefensa y por muchos delincuentes que necesitan una herramienta ligera y siempre lista para actuar. Dispararme es más fácil que disparar con otras pistolas más pesadas o aparatosas: estoy bastante bien compensada y en mis versiones más compactas la sensación es sólo un poco más violenta que disparar con una pistola de juguete. Mi cañón, relativamente corto, impide hacer demasiada puntería a larga distancia, salvo que mi usuario sea un tirador avezado y me conozca mucho. Pero en el corto alcance resulto razonablemente eficaz y lo bastante letal: una bala de calibre 9 mm, bien puesta, es más que suficiente para enviar a alguien al otro barrio.

Sí, lo sé, soy un trasto antipático, o por lo menos lo es mi función. Estoy diseñada y preparada para que los humanos se hagan daño unos a otros, pero también soy inocente, en el fondo. Puesta en las manos adecuadas, es decir, en manos de un humano con conciencia y consideración hacia sus semejantes, soy un recurso para resolver situaciones difíciles y bien usada sirvo para hacerlo causando el mal menor. Un usuario entrenado, sereno y respetuoso del prójimo, puede utilizarme para neutralizar a un agresor sin necesidad de matarlo. Mi manejabilidad le da margen para sacarme y apuntar con ese propósito.

Ahora bien, esta mañana de diciembre el humano que me empuña, después de robarme de casa de su madre, está muy lejos de hallarse sereno y de ser respetuoso de sus semejantes. En esas condiciones, su entrenamiento, sea este el que sea, deja de ser un factor positivo para convertirse en una baza temible. Lleva otras dos armas, un rifle y una pistola Sig Sauer: el primero va a serle de utilidad escasa aquí donde entramos, porque es demasiado largo y embarazoso para moverse y

apuntar en un espacio cerrado. Y la otra, siendo un arma también eficaz, no tiene la velocidad ni la facilidad de manejo que tengo yo.

Por eso me temo, en cuanto me saca y le veo las intenciones, que voy a ser yo quien corra con el grueso de la faena. Cuando reparo en los objetivos, el horror estremece el metal y el polímero que me componen. Va a usarme para cazar al mayor número posible; son pequeños, son muchos, están asustados e inquietos, pero mi rapidez y ligereza le servirán para ir buscándolos y abatiéndolos a bocajarro. Sólo soy una máquina y no puedo oponerme. En cuanto su dedo haga en mi gatillo la presión prescrita por mi fabricante, dispararé, y la bala hará su trabajo, allí donde él la apunte.

La pregunta, cuando todo acabe, será por qué, en lugar de estar en otras manos, he acabado en las de este muchacho peleado con el mundo, que al contrario que los millones de muchachos peleados con el mundo que hay en la mayoría de los países desarrollados, y que tendrían muy pocas probabilidades de llegar a empuñarme, no ha tenido más que sacarme del armario de su madre, donde aguardo, como en los armarios de tantas otras madres y tantos otros padres, a que alguien me haga servir para lo que no sirvo, ni debería servir, ni quiero servir tampoco.

Esa es la pregunta, señor presidente. No me llore, ahora.

No sabes lo que es el amor

Que las tres hermanas Gonyalons se hubieran agenciado tres maridos tan desparejos no pasaba de ser en el día a día una simple anécdota. Es lo que tiene el estilo de vida contemporáneo: los que tienen empleo, demasiado atareados; los que están en el paro, replegados sobre sí mismos y con pocas ocasiones para el encuentro familiar. Pero al llegar la Navidad aquella disparidad adoptaba tintes de tragedia, con algún ribete apocalíptico.

Aquella Navidad de 2012, pensaba Adrián, el marido de la hermana del medio, era probablemente la menos propicia para reunirlos a todos. Si por lo común, en años anteriores, ya saltaban las chispas entre Genís, el marido de la hermana mayor, y Gonzalo, el consorte de la pequeña de las Gonyalons, con las noticias que había deparado el año, y en especial las últimas semanas, la batalla campal estaba servida. Que Genís debiera toda su carrera política (y todo su recorrido laboral, dicho sea de paso) a la militancia en un partido nacionalista, era a efectos de la paz familiar una adversidad sólo comparable al hecho de que Gonzalo hubiera sido hasta ese mismo año empleado de mantenimiento de la plaza de toros de Barcelona, empresa cuyo futuro, de por sí poco prometedor, había truncado definitivamente una ley promulgada por el Parlament catalán con los votos, entre otros, de la fuerza política en la que militaba Genís.

Todo aconsejaba, sobre estas premisas, abortar la siempre accidentada y desalentadora cena de Nochebuena que, inasequible al desaliento, preparaba con toda su destreza culinaria, que no era

poca, y todo su amor, que no le andaba a la zaga a su habilidad como cocinera, la madre de las Gonyalons.

Y, sin embargo, era justo a la cena adonde se dirigía Adrián, junto a Mireia, su esposa, embargados ambos por una sensación de catástrofe. Cómo iban a dejar de reunirse justo este año, que además del año del fin del mundo maya (otra paparrucha con la que cuatro listos se habían forrado vendiendo morralla pseudocientífica) y del principio de la emancipación nacional impulsada por el *president* Mas y el *no-president* Junqueras (no necesariamente en ese orden), había sido también el del fallecimiento del señor Gonyalons, y por tanto el primero de viudedad de su abnegada compañera de fatigas. Las tres hermanas, contrariando el extendido tópico de las rencillas materno-filiales, albergaban hacia la madre un amor incondicional, y los tres cuñados, defraudando también la burda suposición según la cual la suegra viene a ser lo más parecido a un dolor de muelas, tenían todos los motivos para profesarle a aquella mujer prudente y generosa el respeto y el cariño que de corazón sentían hacia ella, sentimiento este que representaba su única unanimidad.

Los primeros compases de la velada transcurrieron de forma alentadora. Habríase dicho que todos hubieran reflexionado sobre lo delicado de la coyuntura, en particular en lo referido al momento emocional por el que atravesaba la viuda de Gonyalons en la primera Nochebuena sin su esposo. O eso, o que las hermanas Gonyalons se habían empleado a fondo previniendo, persuadiendo o amenazando, cada una en la medida de sus posibilidades, a sus respectivos cónyuges. Adrián podía dar fe de la parte que le tocaba. Antes de salir de casa, Mireia, con tono seco y admirable economía verbal, le había dado este aviso:

—Por una vez, Adri, no me seas irónico.

Ese era el papel que a él le tocaba, dentro de la refriega en que tendía a convertirse la conjunción de cuñados: incapaz de endosar las frecuentes invectivas de Genís contra la miseria, el atraso y la crueldad congénita del carácter español, para lo que le incapacitaba la inscripción de su nacimiento en el registro civil de Albacete, y nada proclive a compartir el Santiago y cierra España con pasodoble de fondo que era la letanía constante de Gonzalo, exceso que le vedaban tanto su desagrado ante el maltrato animal como la lectura de Montaigne, su reacción consistía en burlarse de ambos sutilmente, pero no lo bastante como para que no lo acabaran advirtiéndolo. La intervención de Adrián, llegados a este punto, equivalía a regar un incendio con un chorro combinado de gasolina y alcohol de 96 °C.

La cena transcurrió sin embargo entre alabanzas a la cocinera y conversaciones neutras e intrascendentes, la mayor parte de ellas referidas a los niños, a quienes se les dejó erigirse, con la apertura de regalos al pie del árbol, en el centro de la celebración, lugar legítimo que usualmente les arrebatava la reyerta entre sus progenitores. Todo parecía deslizarse hacia un inopinado y casi increíble final feliz cuando en la tele salió Raphael. Al verlo, Genís, bajando la guardia por efecto del cava, rezongó:

—Hasta cuándo seguiréis dando la lata con ese franquista.

Gonzalo saltó como un resorte:

—Hasta que reconozcáis que los Manel duermen a las ovejas.

No hizo falta mucho más. Cuarenta y cinco minutos más tarde, después de una bronca con ataque de nervios incluido de la señora viuda de Gonyalons, los defensores de las opuestas esencias patrias se retiraron y quedaron Adrián y Mireia, designados al efecto por la circunstancia de no haber procreado, a cargo de la anciana y afligida señora, a la que Mireia acostó y le suministró un Orfidal para que pudiera conciliar el sueño.

A eso de las tres, conduciendo hacia casa, Adrián puso en el CD del coche a Billie Holiday. Tenía su último disco, *Lady in Satin*, el que grabó al borde ya de la muerte, con una voz macerada en ginebra. Sonó *You Don't Know What Love Is*:

*Until you've flipped your heart and you have lost
You don't know what love is.*

Hasta que no te da un vuelco el corazón y pierdes, no sabes lo que es el amor. Adrián pensó que eso era, quizá, lo que necesitaban esos dos enconados colectivos a los que representaban sus cuñados: que el corazón se les volcara y perder lo que cada uno representaba para el otro. Le pareció una idea ingeniosa, pero se mordió la lengua antes de compartirla con Mireia, que viajaba con el ceño fruncido en el asiento del copiloto.

De pronto, ella le dijo:

—Gracias por no haberlo empeorado esta noche.

Asintió en silencio, pendiente de la conducción. Era algo a la vez feo y triste, que cosas así se sentaran a la mesa de una familia para convertir una posible felicidad en aquella fatídica mala baba que no paraba de fluir. Y lo peor era que no había remedio, que no parecía haber forma de luchar contra ello. O sí, quizá había una. No lo pensó mucho y lo puso en palabras:

—¿Sabes lo que creo? Que deberíamos tomar medidas.

—¿Qué medidas? —preguntó Mireia.

Adrián puso un gesto pícaro.

—¿Te acuerdas de la última palabra de *Eyes Wide Shut*?

Mireia lo miró, recelosa. Se acordaba, claro.

—Pues esa —dijo él.

Y aquella Nochebuena, Adrián, de Albacete, y Mireia, de Sant Joan Despí, protestaron a su modo, y sin salir de su cama, contra la maldición idiota que le había caído a su familia.

Una bella persona

A Inma no se le van de la cabeza esas palabras: «Una bella persona». Es lo que su tía Amparo le

dijo, hace unos días, cuando le presentó a David, la pareja con la que convive desde hace un mes y que en este momento ronca apaciblemente a su lado. Al oírla, sintió como una ratificación de los sentimientos que David le inspira: la tía Amparo siempre se las dio de psicóloga, de calar a la gente de un vistazo, e Inma había visto cómo acertaba más de una vez. Pero hace unas horas, leyendo el periódico, se ha vuelto a encontrar la expresión en un contexto muy diferente, que es el que en este justo instante le impide dormir.

Lo mismo pensaron, contaba el diario, los familiares de la niña de dieciséis meses que apareció muerta anteayer, respecto del amigo de la madre al que ahora mismo tiene detenido la Guardia Civil y sobre el que pesa una acusación de secuestro y asesinato de la pequeña. «Nos tenía a todos camelados», reconocía uno de ellos. El detenido, a quien la madre de la niña había conocido en un chat de internet, se presentó ante la familia, compuesta de gente humilde, como una especie de ángel benefactor. «Siempre tenía para cada uno de nosotros una palabra agradable, aquello que sabía que a cada cual le gustaba oír», recordaba otro familiar. No sólo le había ofrecido a la mujer que le había abierto la puerta de su casa y de su vida un brazo en el que apoyarse y un hombro en el que aliviarse de la soledad: también se había echado a la espalda la misión de contentar a todos los que la rodeaban. Lo malo es que nada de aquello era real: como se supo a raíz del secuestro y muerte de la niña, aquel ángel de la guarda tenía tras de sí un largo historial de estafas y violencia, comenzando por la que él mismo había sufrido en su infancia.

Y ahora que David duerme a su lado, Inma no puede evitar preguntarse qué es lo que sabe realmente de él. No puede dejar de pensar en el hecho de que tan pronto, apenas a la semana de estar chateando, se mostrara dispuesto a viajar desde Zaragoza hasta Granada, a mudarse a su casa y a ayudarla con sus dos hijos, de tres y seis años, de los que el padre jamás se preocupa, ni siquiera de pagar la pensión que le impuso el juez. De pronto, le parece sospechosa la historia que le contó sobre cómo se gana la vida, y por qué le es indiferente vivir aquí o allá: es verdad que se pasa muchas horas al día ante el ordenador, pero jamás le ha observado, por no molestarle, y no sabe si realmente está haciendo esos trabajos de maquetador *freelance* de los que dice que saca sus ingresos o cualquier otra cosa. Y, sobre todo, se estremece al pensar en su propio comportamiento, que hasta ahora le había parecido natural, un poco impulsivo quizá, pero legítimo en una mujer que, tras verse tan clamorosamente defraudada en su primera apuesta, merece una segunda oportunidad. Nunca se le pasó por la cabeza que David fuera otra cosa que lo que aparenta desde que lo conoció: un hombre dulce y respetuoso que el cielo le envía para resarcirla de su fracaso.

En la oscuridad de su dormitorio, escuchando los ronquidos del compañero que de repente no sabe quién es, ni si debe seguir confiando en él, Inma vuelve a sentir el miedo que ya conoce, el que la atenazó en todas las noches de los meses previos a la ruptura con el padre de sus hijos. ¿Y si resulta que ese hombre no es el aliado, el ángel, y que la bella persona, detrás de todas sus atenciones y zalamerías, oculta al más inmundo de los sapos, el peligro del que debió saber proteger a los suyos y al que, en cambio, se entregó como una perfecta incauta?

Inma cierra los ojos. No puede permitirse el error. No a estas alturas, con él ya dentro de su casa y de su cama. Como una niña chica, aprieta los párpados deseando que pase este mal sueño. Y que mañana, cuando despierte, el ángel siga allí.

Bonzo

Laura se sienta frente a la tele y, una vez que ya se ha acomodado con la bandeja de la cena, descubre que la tiene sin sonido. Así la dejó la noche anterior, cuando el sueño la rindió en el sofá después de un turno demoledor en el hospital donde trabaja como médico residente. Ahora, mientras mira sin hambre la tortilla francesa y la ensalada que acaba de prepararse, siente demasiada pereza como para levantarse a buscar el mando a distancia. Resignada, se dispone a cenar ante las imágenes mudas. Total, para lo que suelen contar, qué más le da.

Su cabeza está en otra parte. Si la jornada anterior fue dura, la de hoy no le ha ido a la zaga. Ayer se les murió un paciente, varón, de cincuenta y siete años, con quemaduras en el 80 por ciento de su cuerpo. Hoy se les ha ido otro, un poco mayor, sesenta y tres años, con el 75 por ciento quemado. El primero, según cuentan, se prendió fuego él mismo, agobiado por la falta de trabajo y recursos. El segundo, al que hallaron ardiendo debajo de un puente, se teme que obrase por los mismos motivos, aunque la policía investiga aún. Para Laura, que los ha atendido a los dos, no hay diferencias, sean cuales fueran las causas del percance. Los ha conocido, a ambos, como dos trozos de carne sufriente, y con sus compañeros le ha tocado la frustración de no poder salvarlos. Con ese grado de quemadura, habrían necesitado un milagro. Y los milagros, al menos últimamente, no están por ocurrir.

¿Qué puede haber en la mente de un hombre para tomar la decisión de quemarse a lo bonzo? Un nivel de desesperación, imagina Laura, que ella nunca ha conocido, ni espera llegar a conocer. Los suicidas pasan por débiles, por cobardes, pero quien se prende fuego lleva a dudar de ese lugar común. Hacen falta narices para infligirse el sufrimiento atroz que produce el fuego, y del que Laura, en la unidad de quemados del hospital Virgen del Rocío de Sevilla, sabe bien. ¿Qué pasa para que dos hombres, en apenas cuarenta y ocho horas, tomen el mismo y espantoso camino? ¿Y qué efecto produce en quienes los ven arder? Quemándose vivo, un hombre desencadenó en Túnez una revolución. Haciendo lo mismo, y por duplicado, los dos hombres a los que Laura acaba de ver morir apenas han obtenido un espacio de tercera, que pronto se olvidará, en alguna página par de la sección de sucesos de los periódicos.

En la tele aparece ahora un hombre mayor, bien vestido, que dialoga con otro hombre también mayor y bien vestido en un suntuoso despacho. Laura los conoce, como casi todo el mundo. Incluso ha visto algún anuncio del programa y sabe de qué va la cosa, aunque no lo oiga: el primer hombre cumple setenta y cinco años y el segundo lo entrevista para festejar el aniversario. Decir

que lo entrevista acaso sea una licencia poética: Laura no necesita ponerle voz a la tele para darse cuenta de que ninguna pregunta coloca al entrevistado en el más mínimo aprieto. Tampoco siente ninguna curiosidad por lo que puedan estar diciendo, que no sospecha que guarde relación alguna con esa realidad de carne chamuscada que tan reciente tiene aún en la retina. El espectáculo le produce una desazón casi física. Aparta la bandeja a un lado y se levanta a buscar el mando. Lo toma y zapea.

En otro canal, aparece la imagen de un también proveyecto ex-político, luego metido a banquero, que sacó a Bolsa la entidad que presidía, fundiendo en el viaje los ahorros de miles de incautos. Según los rótulos, acaban de nombrarle consejero de una compañía surgida de un antiguo monopolio estatal. Aprovechando que tiene el mando en la mano, Laura apaga la tele.

Así va esta feria: unos se queman a lo bonzo, otros cumplen años y suman poltronas. Laura es joven, sabe idiomas, tiene ofertas. Una de dos: o la rabia que siente acierta a convertirse en algo que cambie las cosas, o acabará ejerciendo en otro país.

Too much love

La curiosidad puede más que ella. Desde que accedió a la condición de magistrada de la Audiencia Provincial y actúa como ponente de sentencias, Elena se comprometió ante sí misma a no leer jamás las noticias de periódico relativas a los casos que pudiera tocarle juzgar. No quiere que lo que escriben los periodistas, siempre respondiendo a intereses, ya políticos (desacreditar al rival), empresariales (vender más periódicos, subir audiencia) o personales (ganar algún premio que decore el currículum), le influya a la hora de tomar una decisión que sólo debe fundarse en Derecho y en las pruebas, legalmente obtenidas y declaradas pertinentes, que obren en el sumario. La magistrada piensa que debe transitar por los asuntos que se le encomiendan como el caballo que tira de una calesa, con la vista lateral neutralizada por unos parches y la mirada siempre fija en el recto objetivo, que en su caso es ni más ni menos que hacer justicia.

Pero es que en este caso, ha de admitirlo, la tentación es demasiado poderosa. Acaban de comentarle que los mensajes de correo electrónico aportados a la causa por uno de los imputados los ha publicado toda la prensa (a la que, presume Elena, ya se ocupó el abogado del imputado en cuestión de distribuirlos previamente). A fin de cuentas, alega para permitirse el vergonzante acto de chismorreos, son documentos que acabarán obrando en los autos que le entreguen para juzgar, cuando concluya la instrucción, y nada malo hace, ni siquiera llegará a infringir sus propias reglas, si se limita a leerlos prescindiendo de cualquier glosa o comentario que pueda deslizar el periodista de turno. De modo que enciende su iPad y teclea en Google tres palabras clave. Los resultados no tardan en llegar, por decenas. Ya está en todas partes, es un pastel demasiado suculento como para dejarlo pasar.

Pincha el primer enlace que le sale y ahí los tiene. No los firman los principales actores del drama, sino que circulan entre los peones o subalternos. Justo allí donde, a Elena le consta por otras tramas criminales, más crudamente suele quedar expuesta la incómoda verdad. Enseguida llega a los mensajes que morbosamente le tienta leer, los intercambiados entre uno de los peones y una rubia princesa, en realidad plebeya aristocratizada por matrimonio y despojada de su alteza por el divorcio. Pero quien tuvo retuvo, y quien aprendió a vestir de alta costura, aun si nació envuelta en harapos, ya no desaprende jamás: el único problema es hallar financiación para el guardarropa, lo que nunca parece haber sido una dificultad para la interesada.

En la prosa del corresponsal de la princesa, Elena detecta varias de las torpezas que más la decepcionan cuando las percibe en cualquier varón. Antes que magistrada, Elena es mujer, ha tenido su gancho y sus pretendientes, y nada le ha resultado nunca menos seductor que el exceso de transparencia y de confianza que denotan esas pocas líneas. Además, tiene una teoría algo cruel: cuando una mujer no está al alcance de un hombre, sea por rango, fortuna o intelecto, nada hay más deplorable que los balbuceos con los que el varón en cuestión pretende atraer esa atención que naturalmente no le está predestinada.

A esto, súmesele un uso cuando menos poco delicado de la lengua inglesa, que no es la de ninguno de los dos, pero en la que ambos se entienden. *Much love*, se despide en uno de los mensajes el desafortunado galán. O lo que es lo mismo, «mucho cariño» o «mucho amor», fórmula que debió hacer que la princesa enarcara las cejas hasta más arriba de su flequillo.

Too much love, es decir, demasiado amor, piensa mecánicamente Elena. Demasiado para ponerlo por escrito, y sobre todo, demasiado para que floreciera, de sarao en sarao, con cargo a los impuestos de los ciudadanos. Llegada a este punto, Elena se reprime. No debe adelantar juicios. Todo a su tiempo.

SOS ladillas

La noticia resulta alarmante: la extensión de la depilación brasileña pone en peligro de extinción a las ladillas. Alarmante para las ladillas, naturalmente. En la vida todo depende del color del cristal con que se la mire, y desde dónde se la mire.

Por ejemplo, Rubén, mientras descubre el pintoresco titular en su iPad, anda más alarmado por otras cosas. La que más mosqueado le tiene, con mucho, es la situación en que va a quedar su anciana madre, en el pueblo castellano-manchego donde nació y del que no hay forma de arrancarla, porque sería arrancarle la vida. A sus ochenta y tres años, cuando le dé un arrechucho (o un *apechusque*, como dice ella), ya no tendrá un centro de urgencias sanitarias al que acudir en su pueblo. La supresión acordada por el gobierno autonómico de ese y otros centros de urgencias rurales la obligará a hacer un trayecto de 40 kilómetros por una carretera que dista de ser una

autopista. La responsable de la decisión dice que no tardará más de quince minutos. Será en un Lamborghini conducido por Michael Schumacher. Pero la madre de Rubén ni tiene un Lamborghini ni la pericia automovilística de Schumacher. Por no tener, la buena señora, qué imprevisora ella, no tiene ni carné de conducir.

En fin, su madre, ya se da cuenta, pertenece al tipo de ciudadanos en el que nunca piensan los políticos que suman trienios con prebendas y chófer. Tampoco saben que todo lo que puede hacer su madre es llamarle a él, a 200 kilómetros, o a otros vecinos que tendrán que estrenarse como conductores *amateur* de ambulancia. O esperar a la ambulancia oficial, o al helicóptero, que vaya usted a saber cuándo llegan. Si es que queda alguno después del próximo recorte. Como dice su madre: «Como la cosa venga seria, hijo mío, hazte a la idea de que tu madre la rosca». Se lo ha dicho riéndose, pero Rubén, de fondo, le nota la angustia y el miedo.

Lo indignante para Rubén es tener todas estas cosas en la cabeza mientras ve por la tele la jeta de un tipo que era senador y que según un banco suizo tenía 22 millones en cuenta. Creía que los suizos nunca lo cantarían, escudados en su inveterado secreto bancario; pero eso era antes de que Bin Laden echara abajo las Torres Gemelas y la CIA descubriera que los de las barbas guardaban la pasta en Suiza. Ese día, aunque el señor de los 22 kilos negros no se hubiera enterado, se fundió como un cubito de hielo en una plancha el sigilo bancario helvético. Un juez pregunta, y el banquero suizo, por su bien, responde. Y un juez preguntó y los suizos han respondido. La escapatoria del imputado, que los millones han pasado por una amnistía fiscal posterior, sugiere a Rubén, con su madre en mente y en su tercer año de reducción de sueldo, la idea de buscarse un AK-47.

Pero no acaba ahí. Al día siguiente, circula la noticia de que en un partido nada marginal pasaban sobres en negro. Rubén, que en su juventud tuvo afición a hacer versos y gusto por las metáforas, se acuerda de las ladillas y de pronto ve el símil. La disminución de la pelambrea inguinal complica la supervivencia del insidioso parásito, del mismo modo que el nuevo orden global y la crisis económica, que clarea el follaje legal y económico en que antes prosperaba, expone a una dolorosa luz al parásito del presupuesto, a ese que amparado en unas siglas se enchufaba al erario público para chupar sin tasa y se las arreglaba para no tener que declarar lo que obligaba a declarar a otros.

Cunde el pánico entre las ladillas. Alguien grita sálvese quien pueda. Que no cuenten con la compasión de Rubén. Está dispuesto a gozar viéndolas extinguirse, una por una.

O primo o golfo

Amy Martin se dispone a redactar su pieza póstuma. O quizá sea más apropiado decir su pieza suicida. Porque con ella se inmolará la exitosa criatura ficticia que fue, ardiendo en la llama de

una confesión. La confesión de una incómoda verdad.

Le guste o no, ha llegado el momento de hacerlo. Se la está confundiendo con quien no es, con quien jamás fue ni puso letra a sus cotizados artículos de 3.000 euros. El desdichado imán de todas las iras es el director de la fundación que la auspició, el que publicó sus variopintas reflexiones pagándole por ellas veinte o treinta veces más de lo que suele cobrar cualquier articulista. Si Amy Martin no aparece, deduce la airada plebe, será que es él. Considerando que Amy llegó a cobrar 60.000 euros de una fundación nutrida principalmente con subvenciones públicas, ergo con los impuestos de los ciudadanos, la imputación es letal.

Amy, por alguna razón que pertenece al reducto inaccesible de su conciencia, no puede permitirlo. Antes de que el hombre pase a la historia como un miserable impostor, les suministrará a quienes piden su cabeza una interpretación alternativa: le hará quedar, pura y simplemente, como un pobre incauto.

Así le va dando forma a su narración: tras declarar su nombre verdadero, el de la persona de carne y hueso que movía la mano y la mente ilusorias de Amy Martin, cuenta cómo lo urdió todo, la imaginaria analista norteamericana con información y opinión sobre cualquier cosa y el circuito de facturación que le servía para mantenerse oculta. El que compraba los artículos no podía sospechar que Amy era ella, la persona con quien hasta hacía muy poco había compartido su vida. Al escribir esto, no deja de imaginar la reacción de sus lectores: muchos lo considerarán rocambolesco, increíble, esperpéntico. Sembrará en muchas mentes la duda de si se trata de una confesión verdadera o de una pieza de ficción, la última de la audaz Amy Martin.

Ha de correr el riesgo. El hombre al que desea proteger, llegados a este punto, no tiene otra salida: si no es un golfo, como le califican los que hasta hace unos días eran los suyos, sólo puede ser un primo. La dicotomía se ha convertido casi en metáfora que resume el país: o golfo que se aprovecha, o primo al que se la clavan; en la comedia española no se reparten papeles intermedios. Y puestos a elegir entre males, Amy decide enviar con su fina prosa al ya exdirector de la fundación al pelotón de los timados.

Hay que reconocer que en su canto de cisne, despojada al fin del seudónimo, la articulista exhibe las prendas que debieron de seducir a quienes la leyeron enmascarada. Mérito que no se priva de recordar y ponderar ella misma con una fórmula impersonal: los artículos de Amy Martin, desde el principio, «gustaron». Su alegato alcanza incluso alturas líricas cuando explica que el ensañamiento de que es objeto quien la contrataba y pagaba tan generosamente viene a ser la reacción de una «sociedad herida». Aunque la belleza de la imagen quizá le hace pasar por alto que la herida de la sociedad en cuestión algo tiene que ver, precisamente, con la falta de esos euros que en otros tiempos se dilapidaron en menesteres tan dudosos como remunerar a una articulista inventada.

Concluido su relato, Amy Martin lo relee y lo corrige con esmero. No es cosa de ofrecer en este acto terminal, en este baño de verdad en el que se consume, el desaliño que no mostró jamás cuando sostenía su lucrativa ficción. Una ficción, por cierto, que da que pensar en el papanatismo

de un país cuyas supuestas mentes pensantes están dispuestas a conceder crédito a alguien, perfectamente desconocido y sin ningún mérito previo demostrado, por el solo hecho de tener un nombre extranjero.

Con su testamento, Amy nos propina una amarga lección: hay muchos más primos, y golfos, de los que salen en la foto.

Sobrereros

No sabemos quiénes han sido. Rectifiquemos: nunca lo sabremos. En el mejor de los casos, la justicia logrará identificar a algunos de los que cayeron en la tentación de tomar el sobre, y aun entre éstos habrá quienes se libren de ser señalados, por razones diversas. Que si prescribió, que si no alcanza la cuantía del delito fiscal, que si su palabra contra la mía, que si ahí no se mira, señor inspector, señor policía o señor juez, por la cuenta que le trae y el futuro de su carrera. A los que hay que sumar a todos aquellos que acertaron a hacerlo sin dejar rastro.

Todos ellos, desde el primero al último, en cambio, saben muy bien quiénes son, cuánto cogieron, cuánto evadieron, en cuánto nos defraudaron a los que confiábamos en ellos para que velaran por nuestros asuntos. Lo saben y lo callarán, desde el primero al último, porque quien pone la mano para tomar un sobre que no debe recibir suele carecer del valor para reconocerlo espontáneamente y arrostrar la vergüenza que implica ese hecho para quien se postuló ante los demás como servidor público. La única excepción serán aquellos, si los hay, a los que la justicia ofrezca algún trato benigno, a cambio de señalar a otros que cometieron el mismo pecado. Como se hace con los miembros de cualquier organización delictiva. Aunque la figura del arrepentido, curiosamente, se estila bastante poco en estos casos. Será que en el fondo todos se creen con derecho a mojar.

No podemos afirmar, mientras no tengamos más pruebas, unas pruebas que (insistamos, aunque duela) en muchos casos jamás obtendremos, que lo hizo esta o que lo hizo aquél. Aunque el escándalo y el coraje que sentimos nos obligue a mordernos la lengua para no disparar a diestro y siniestro, no podemos dejarnos arrastrar por la presunción de que los corruptos campan por doquier, ni siquiera proclamar que lo son aquellos a los que señala tal testimonio o constan en tales papeles. La justicia impone un sistema de garantías, del que se deriva la paradoja de amparar lealmente incluso a quienes nos fueron desleales.

Nos engañamos si creemos que están aquí y no allá, si dejamos que los focos nos deslumbren. Fuimos tan negligentes, y algunos fueron tan descarados, que están en muchos lugares, incluso entre quienes debían defendernos de esta infección. Reducirlos a la política, no digamos a unas siglas, es burda ingenuidad. Sobres se dieron y tomaron (¿se dan y se toman aún, con el morbo añadido del riesgo?) entre funcionarios de todo pelaje y administración, sin excluir a quienes

tienen por misión perseguir a los delincuentes. Es lo malo de las conductas «no ejemplares», cuando la no ejemplaridad se instala por arriba. Que se propaga hacia abajo como una onda sísmica.

Es triste admitirlo, pero son demasiados para pillarlos a todos. Muchos se nos van a escapar. Pensemos en uno de éstos, uno de los que jamás tendrán que responder por haber promulgado en su beneficio y en nuestro quebranto la ley del embudo. Imaginémoslo ahora, leyendo el periódico, mirando las caras de los que sí se han visto expuestos a la luz, pensando en la suerte que tiene de que la suya no sea una más. Pensemos en él con todas nuestras fuerzas, para que la justicia a la que va a escapar le golpee simbólicamente, para que la impunidad de que va a disfrutar sea una vergüenza, una deuda que contrae con todos los que pagaron sus impuestos, con todos los que se labraron el camino con esfuerzo y sin atajos, para todos los que no buscaron salir adelante con la trampa a costa de los demás, que es la trampa a costa de los que menos pueden.

Alguien ha dado en denominarlos *sobrecogedores*. Un adjetivo que les viene grande, porque tiene también un bello significado. Mejor sobrerros. Porque sobran. Siempre sobraron.

Ada y el ujier

Tengo un buen trabajo. Buen sueldo, puesto garantizado, no implica gran esfuerzo físico ni un horario excesivo. El problema, no hay nada perfecto, es que me aburre. Mucho.

Tanto me aburre, que en cuanto esta mujer empieza a hablar tengo que recurrir a todo mi entrenamiento, que no es poco, para mantener incólumes los músculos faciales y no dar un respingo. Lo sorprendente del caso es que de su boca no sale el revoltijo habitual de lugares comunes y medias verdades. Dice cosas distintas, ciertas y enteras. Empieza lamentando, con naturalidad, que no se hayan atendido sus peticiones de fijar la comparecencia a una hora menos tardía, ya que no vive en Madrid y eso la obligará a pernoctar, es decir, a tener más gastos. Y mientras lo dice mira a los parlamentarios para que entiendan el trasfondo: para mí el coste del hotel no es irrelevante, como para vosotros, o como para la gente a la que soléis traer aquí; verbigracia, el representante de la banca que me ha precedido. A vosotros os lo paga el contribuyente, los otros disponen de bolsillos bien profundos. Yo sólo tengo el mío, que no lo es, y el de una plataforma ciudadana que tampoco puede tirar cohetes.

Simpatizo con ella al instante por ese acto de franqueza, tan infrecuente en un país donde gusta tanto el dinero, que se ha extendido un peculiar pudor a la hora de reconocer su falta. También me gusta su nombre: Ada. Me recuerda a mi admirado Nabokov, y su *Ada o el ardor*. Sí, no se extrañen, los ujieres podemos ser personas leídas. Aprobamos una oposición dura, y luego son muchas horas escuchando naderías: ayuda mucho tener un arsenal de lecturas para reflexionar sobre ellas, incluso rememorar pasajes, mientras uno soporta discursos plúmbeos.

Pero cuando ya me gana por completo es en el momento en que reconoce que ha estado a punto de lanzarle un zapato al compareciente que la ha precedido, y que ha venido a exponer las bondades del sistema que arroja a la calle, tras entraparlas de por vida, a las personas a las que esta mujer representa. No lo ha hecho, explica, por el solo motivo de que eso le habría impedido hablar a continuación. Y de pronto la imagino, poniéndose en pie y cercenando de un zapatazo el blablablá inerte y acartonado del portavoz bancario. Habría sido el acontecimiento más sensacional registrado en esta casa desde la entrada de aquel tipo con tricornio, bigote y pistola, de infausta memoria. Yo, que no llegué a vivir aquello, habría tenido por fin alguna aventura memorable que contarles a mis nietos.

Lo confieso: desde ese instante tiene toda mi atención. Y me rinde a sus pies cuando llega al meollo de su discurso y, con un verbo contagiado de la claridad de las ideas que lo sustentan, razona que lo que aquí ha habido es una estafa colectiva, la generación de un espejismo en multitud de personas desprevenidas, que creyeron de buena fe lo que gente más avisada les dijo. De un lado, quienes según ellos mismos sabían de finanzas, y bajo cuyas argumentaciones tóxicas se emboscó un enjambre de jugadores de ventaja listos para pillar el dinero y echar a correr. De otro, los mismísimos poderes públicos, desde el último alcalde, enfebrecido por recalificar todo lo recalificable para recaudar impuestos sobre las obras y financiar sus quimeras municipales (o su plan de pensiones, en el peor de los casos), hasta toda la ristra de ministros de Hacienda que empujaron a la ciudadanía a comprarse casas con la desgravación en el impuesto sobre la renta. Todos, cual aciagos flautistas de Hamelin, atrajeron a la pobre gente a la fosa del ladrillo. Y ahora, cuando la gente está ahí abajo atrapada, van y les echan paletadas encima.

La veo irse y sueño con que un día, antes de que me jubile, voces como la suya sean aquí la regla y no la excepción.

Encontrarás asteroides

Por el espacio viaja un hermoso planeta azul. Sus habitantes tienen días buenos, malos y regulares, pero están vivos, lo que representa un enorme privilegio en un universo atestado de materia inerte. Ahora bien, de vez en cuando al planeta azul pasan rozándolo unos pedruscos siniestros, los asteroides. En su forma más insignificante, llegan a impactar contra el planeta sin estorbar su curso ni el de la vida de quienes lo pueblan. Pero hay asteroides que no son insignificantes, ni mucho menos. De hecho, tienen la masa suficiente para representar una amenaza de catástrofe. No abundan, ni es común que se le acerquen demasiado, pero cada cierto tiempo uno de ellos se estampa contra su superficie y el resultado es un estropicio fenomenal.

Roberto, físico y astrónomo treintañero, improvisa este relato para explicarle a su sobrinilla de cinco años qué es eso de lo que hablan en las noticias. Para no preocuparla, el cuento termina

diciendo que esos asteroides tremendos sólo chocan contra la Tierra una vez cada X millones de años, y que todavía no han pasado los suficientes desde que nos arreó el último, por lo que puede estar bien tranquila. Al darle esta tranquilidad con un ciento por ciento de probabilidad, Roberto sabe que le miente a su sobrinilla, pero nada le autoriza a sembrar en su mente esa angustia prematura. Ya llegará a la edad en que deba entender, y asumir, que en el curso de los planetas, como en el de las personas, siempre puede atravesarse el desastre ineludible.

Es lo que tiene la fortuna, que está expuesta a perderse. Y entre las personas, son las más afortunadas, piensa Roberto al calor de otras noticias del telediario, quienes más deben temer el choque con el asteroide. Sobre todo si en la gestión de su fortuna no han andado lo bastante prudentes, o si han incurrido en alguna distracción grave. En ese caso, el funesto accidente incrementa su probabilidad, y si la imprudencia o la distracción fueron muchas, puede llegar a convertirse en certidumbre. Pueden contar con que, antes o después, encontrarán asteroides.

Medita sobre ello mientras escucha las declaraciones de los políticos supuestamente implicados en un asunto de espionaje, ya sea como peticionarios de seguimientos y escuchas ilegales o como víctimas de éstos. Tanto los primeros, como aquellos entre los segundos que sean conscientes de que alguna vez estuvieron fuera de juego, encarnan en sus personas, en estos días, el pánico al choque con el asteroide. A algunos de ellos, probablemente, les dará y acaso los tumbará la pedrada. Otros se librarán, pero no perderán el temor a que algún día su aerolito fatídico acabe encontrándolos y truncándoles el camino.

Otro ejemplo es el de ese hombre que sabe demasiado y que va a declarar una buena parte, acaso mezclada con mentiras (pero esas habrá que desenredarlas), en un juzgado de una capital insular. Quienes un mal día decidieron, en vez de conformarse con lo recibido o trabajar por una humilde mantención, jugar su ventaja de cuna, posición y relaciones en pos de un cuantioso botín, han de soportar ahora el sinvivir de ver la piedra sideral avanzando contra ellos en rumbo de colisión. Basta con verle la cara, y leer los emails que suelta en cada andanada, para darse cuenta de que aquí nos hallamos ante un asteroide de grueso calibre, uno de esos que cuando golpea de lleno lo deja todo para el arrastre y cambia el paradigma de vida en el planeta.

No es la primera vez que sucede, ni será la última. También los dinosaurios, piensa Roberto, debieron de creer, en los tiempos en que pisoteaban, engullían o trizaban con sus dientes todo lo que era más pequeño que ellos, que eso siempre continuaría siendo así. Hasta que algo vino para vengar a sus víctimas.

Chocaron con su asteroide.

Palma el duque

Esta vez, no hay declaraciones. Mientras lo observo, pienso que no trae consigo ni el hilo de voz

con el que hizo las que le grabaron hace un año, cuando todavía no se conocían sus correos electrónicos con macizas ciclistas, esas erecciones letales para el prestigio de su ducado y los sospechosos envíos de su número de cuenta bancaria a germánicas princesas.

Chispea agua y nieve sobre esta rampa del juzgado de Palma de Mallorca, donde me toca andar de plantón para proporcionarle a este hombre demudado y abatido el servicio de seguridad de nivel 2 que por su rango todavía conserva. Otros doscientos compañeros, de uniforme y de paisano, más los refuerzos de la policía municipal que se ocupan de controlar los accesos a la zona, comparten la tarea. No sé, en este momento, qué amenazas sobre la persona del duque se consideran probables y justifican por tanto semejante nivel de protección policial. No parece que vaya a atentar contra él ningún enemigo del país: quien desee algún mal para este nunca convertirá en mártir a quien vivo, libre y generando titulares representa un menoscabo permanente para las más altas instituciones patrias.

Por tanto, sospecho que estamos para hacer frente a esos ciudadanos que se manifiestan, convenientemente alejados por el perímetro de seguridad que hemos dispuesto, y que le insultan o reclaman la presencia de su esposa como imputada. Es decir, para proteger al duque de aquellos que costean su aparato de seguridad, como antes costearon los privilegios inherentes a su ducado y, a lo que parece, los negocios complementarios que estimó necesario emprender para mejorar su estatus más allá de lo que su dignidad nobiliaria ya le otorgaba. Mentiría si dijera que es la labor que más me gusta hacer como policía, o si pretendiera sostener que el gasto que implica traernos y tenernos aquí, en tiempos de rebajas de todo, no estaría mejor empleado en prevenir y combatir algún otro delito más grave y alarmante que aquellos de los que el duque pueda ser objeto. Pero esto es lo que hay y, me guste o no, de estar aquí, amparándole, depende que siga cobrando un sueldo fijo y digno que vale su peso en oro en los tiempos del ERE y los infrasueldos esclavistas.

Los periodistas que no han obtenido esta vez la trémula declaración del Duque aguardan inquietos a las novedades que salgan del juzgado. Pronto corre la voz de que el excelentísimo imputado trae una declaración escrita, cuyo contenido principal es asegurar que nada de lo que hizo lo hizo con consentimiento, y sí contra el criterio, de la Casa a la que lo vinculó su matrimonio. Cuando me entero, aunque sólo soy una policía de la unidad de intervención a la que nunca le preguntarán su opinión, tengo la sensación de que a este hombre le ha llegado el momento de la verdad. Su suerte está echada: después de saborear las mieles y los placeres, ahora está solo y entregado a la mugre y el escarnio. Es posible que las consecuencias que le toque arrostrar sean bastante más benignas que las que recaerían sobre cualquier otro que en su lugar no ostentara ese ducado, por muy desacreditado que haya quedado como titular de esa distinción, vinculada a una ciudad que ha renegado de él. Pero está claro: tras haber intentado salvarse de la quema, el duque ha venido esta vez a palmarla, si así lo exigen las circunstancias.

Insisto en que no me pagan por pensar, o al menos no por pensar en la gestión de los asuntos públicos. Y aun así, lo que está pasando ahí dentro, en el juzgado, me suscita una reflexión inesperada. Puede que el sacrificio de ese hombre le dignifique, frente a los errores que pudiera

cometer; la cuestión es si con él se refuerza o se debilita la causa por la que se está sacrificando. Por suerte, sólo soy un peón en esta partida. Porque tengo mis dudas.

Bye, bye Twitter

Hasta aquí hemos llegado. Después de sobrellevar durante meses sus inconveniencias y despropósitos, esta notoria usuaria de la red social de microblogging más famosa decide de una vez y sin vuelta atrás que ha llegado el momento de apearse.

Es una pena, porque disponer de un medio escueto, ágil y flexible para lanzar mensajes y recibir el *feedback* de sus destinatarios era extremadamente útil para su labor. Cuando alguien, como ella, trabaja de cara a los demás y tiene necesidad de conocer el impacto que sus propuestas producen en el público, resulta sugestiva y tentadora la posibilidad de eliminar intermediarios y poder expresarse y escuchar de forma directa a los demás. Para coincidir o para discrepar: la protagonista de nuestra historia ya no es una adolescente y asume que en el mundo hay tanta gente dispuesta a compartir tus pensamientos y tus entusiasmos como a pensar de forma por completo divergente y a entusiasmarse justo por lo que tú desechas.

La cuestión nunca fue ni es esa. La ya extuitera, incluso, está dispuesta a admitir que más allá del refuerzo incuestionable para su autoestima que pudieran suponer quienes se le dirigían para respaldarla (y que a nadie le amarga ni le sobra, por ejemplo al iniciar un lunes de pendiente especialmente abrupta), la mayor utilidad que le proporcionaba Twitter era el acceso inmediato a las manifestaciones de todos aquellos discrepantes de su criterio que le mostraban su disconformidad con alguna envidia y desde el conocimiento de causa. Cuando uno vive de poner a punto argumentos para exponerlos al escrutinio y la crítica públicos, necesita tener algo más que el siempre benévolo juicio de los allegados o los partidarios, que a veces resultan no serlo o conducirse con una indolencia totalmente contraproducente para ayudar a construir algo que pueda someterse a semejante prueba.

Lo malo es que en Twitter se embosca gente sin rostro ni nombre (o con un huevo o un avatar por faz y cualquier patochada como seudónimo, que viene a ser lo mismo) que se permite y aun se complace en hacer todo aquello que no osaría hacer cara a cara. Cuando uno va por la calle corre un riesgo limitado de que un transeúnte se pare y le increpe, venga o no a cuento. Son pocas las personas con los arrestos o el desequilibrio precisos para desencadenar esa situación violenta, y no digamos ya para sostenerle los ojos al destinatario de su imprecación. Sin embargo, escondidos tras el parapeto de una seudoidentidad tuitera, la muestra se amplía a todos aquellos que, albergando algún mal sentimiento, y no teniendo el valor para arrojarlo en directo, sí pueden asumir, y asumen gustosos, el mínimo esfuerzo y el ínfimo riesgo de escribir 140 caracteres ofensivos.

Y es que al final, ahí está la clave: en el riesgo. Los seres humanos asumimos responsabilidades y nos atenemos a ellas por el riesgo, en ocasiones grave, que implica desatenderlas, mucho más que por los principios que puedan respaldarlas como justas y necesarias. La experiencia lo demuestra, por más que nos gustara o que intentemos creer otra cosa. Eliminando por completo el riesgo para el ofensor, y trasladándolo a la víctima, sin tomar ninguna medida eficaz para amparar a la segunda y disuadir al primero, la red social se convierte en una especie de club absurdo donde al entrar uno asume que allí se junta gente que con o sin motivo puede romper una botella en la cabeza mientras el dueño, cuyo negocio consiste tan sólo en sumar parroquianos, no mueve un dedo para impedirlo.

Hasta hoy, la usuaria corrió ese riesgo, y lo padeció, de forma más o menos desairada, en repetidas ocasiones. Pero todo tiene sus límites. Los avatares los cruzaron y nada se les opuso. Con bajas así, nadie lo dude, es el club el que se devalúa.

Chávez, año 14

La velada se desarrolla en el otoño del año 1998 en un apartamento de la parte alta de Caracas. La anfitriona, una acaudalada mecenas, ha reunido en torno a sí a un florido grupo de intelectuales venezolanos y extranjeros, a los que agasaja con motivo de la feria internacional del libro de la capital. Las espectaculares vistas de la ciudad que se disfrutan desde la terraza, la brisa que descende del Monte Ávila, que ampara Caracas como un inmenso guardaespaldas, las viandas exquisitamente cocinadas y representativas de la gastronomía del país, no bastan para disipar el ambiente funerario que se respira en la reunión. Lo que iba a ser una ocasión para el lucimiento de los organizadores y un regalo para los visitantes ha quedado trastocado por culpa de las elecciones que acaban de celebrarse, y en las que el Movimiento Quinta República, acaudillado por un exteniente coronel golpista, Hugo Chávez Frías, ha obtenido su primera e inapelable victoria, de las muchas que ha de encadenar.

Los venezolanos congregados en el apartamento, sito en un edificio que dispone de una apabullante seguridad garantizada por guardas provistos de armas largas, pertenecen casi sin excepción a la clase social contra la que Chávez ha hecho campaña, y para la que la victoria del exmilitar representa un revés de tintes casi apocalípticos. Flota en el aire la sensación de que esta vez sí toca a su fin el régimen bipartidista que ha resistido durante décadas, el que sobrevivió incluso a aquella feroz revuelta que dio en llamarse el «caracazo», cuando los miles de desheredados que habitan los cerros que circundan la ciudad bajaron en tromba y se recurrió al ejército para poner las cosas en su sitio, al precio de unos centenares de muertos nunca bien contados.

El desaliento empuja a los presentes a refugiarse en el ron de excelente calidad que, entre otras

bebidas alcohólicas, ameniza la reunión. La impregnación ética suelta las lenguas y uno de los escritores venezolanos le cuchichea a un español:

—Sí, ahora lloran. Lo que nadie recuerda es que esto ha sido una cleptocracia, que es lo que ha alimentado a la vez la miseria de la gente y la predisposición a votar a un salvapatrias.

El español le pregunta entonces al venezolano si en su opinión Chávez puede representar una promesa de mejora. A lo que el venezolano, bastante cocido ya, se encoge de hombros.

—Por poder... Es difícil empeorarles la vida a los de los ranchitos de los cerros. Pero prueba a leer lo que escribe ese hombre cuando le dan un trozo de periódico. Es un iluminado.

En los catorce años siguientes el español recuerda con frecuencia aquella velada agónica del régimen liquidado por la República Bolivariana de Chávez. Escucha al pintoresco líder siempre que tiene ocasión, y también busca sus textos en la red. Chapoteando entre sus epítetos grandilocuentes, no tiene más remedio que reconocerle algo de razón a aquel ebrio juntaletas. Ahora bien, lo cierto es que Chávez gana elección tras elección, cosa que tampoco es de extrañar: con su gestión populista de la riqueza petrolífera logra reducir la pobreza, extender la alfabetización y mejorar la salud de la población más desfavorecida, esa que en 1998 lo aupó desde el ostracismo a la presidencia.

En la primavera de 2012, el español regresa a Caracas. La ciudad sigue siendo destartada y violenta, incluso esto último un poco más que antes: en 2011 Venezuela ha registrado casi 20.000 homicidios, más que Méjico (donde el narco ha elevado su pulso con el estado al rango de guerra civil). La mayoría de esos homicidios, según le dicen, sigue debiéndose al uso de armas de fuego, cuyo mercado negro, le cuentan, continúa estando en manos de quienes ya le dijeron que lo regentaban catorce años atrás: elementos corruptos de las fuerzas policiales.

Sin embargo, aquí y allá, en cuanto uno se fija mejor, se advierten mejoras. Hay muchas viviendas sociales en construcción (a ritmo poco diligente, todo hay que decirlo) y los alrededores de la plaza Bolívar, epicentro de la imagería bolivariana, se ven cuidadosamente restaurados. Sorprende el metro, rápido, limpio y moderno, con material rodante de última generación fabricado en España. Este detalle, y algún otro, prueba que los tiras y aflojas entre Chávez y los sucesivos gobiernos españoles no han impedido una sustanciosa cooperación económica.

La otra gran diferencia es la omnipresencia del líder, ya enfermo y en esos días en tratamiento en Cuba, pero cuya efigie campea en carteles que cubren fachadas enteras de casi todos los edificios representativos, empezando por el de PDVSA, la omnipotente petrolera estatal de la que depende todo. Ese culto a la personalidad, acompañado de eslóganes rimbombantes y serviles, contrasta sin embargo con un hecho que el viajero constata una y otra vez. Venezuela parece, sí, un país mucho más cerrado que en su primera visita: los libros extranjeros, por ejemplo, escasean, y tienen un coste desaforado y prohibitivo para el ciudadano medio, condenado a leer los panfletos propagandísticos que se despachan a precio irrisorio. Pero eso no es óbice para que por la calle, en los locales públicos, en los taxis, numerosos caraqueños despotriquen con verdadera saña del

comandante-presidente, que resulta ser tan idolatrado por los suyos como repudiado por los que en el año 14 de su caudillaje, y no hallándose entre los beneficiados por sus dádivas, ya no pueden soportar más su retórica machacona y ubicua.

Esa sensación, la de un país dividido en dos, la de un líder tan persuasivo como irritante, es la que recuerda el viajero en vísperas de la primavera de 2013, cuando un Chávez muerto y embalsamado cede paso a un presidente que carece de su carisma. Y siente que, extinguido su artífice, aquello de cuyo nacimiento fue testigo ya no podrá volver a ser lo mismo.

Robin Juez

Hay en esta historia un momento de soledad que nadie ha contado. Un momento que probablemente transcurre en la intimidad de un hogar barcelonés, quizá de madrugada, o a primera hora de la mañana. Nuestro juez es uno de esos que se llevan el trabajo a casa y además coincide que tiene niños pequeños. Eso le obliga a trabajar en los momentos más insospechados, o lo que es lo mismo, cuando sus hijos duermen. Elijamos, si no le parece mal al lector, la hora nocturna, que lo del juez que veía amanecer ya está cogido y además es de otro cuento.

En el silencio de su vivienda, el juez repasa en la pantalla de su ordenador un texto al que termina de dar forma con el celo y la audacia que le caracterizan. Muchos otros jueces podrían haberlo escrito, porque todo lo que en él argumenta se basa en las leyes vigentes y, como reza el viejo principio procesal, *iura novit curia* (en román paladino: «los jueces conocen la ley»). El caso, sin embargo, es que ha sido él, y será él quien lo eleve y haga que se pronuncie al respecto un tribunal superior.

La ley que invoca tiene, ciertamente, una peculiaridad: no se trata de la ley de su país, que es a la que tantos jueces se han plegado sin considerar la posibilidad de hacer lo que él está haciendo. Lo que esgrime es una ley europea; y aunque se supone que debe prevalecer sobre la nacional, hay que tomarse el trabajo de contrastarla con esta y de exponer la contradicción existente entre ambas de forma razonada, para que sea un tribunal europeo con sede en Luxemburgo el que confirme esa interpretación. Un lío en el que otros togados no han querido meterse por razones sobre las que es lícito especular. Pudo ser que no tuvieran el tiempo o la claridad de ideas o el conocimiento de la legislación europea necesarios para formular la cuestión. Pudo no resultarles apetecible, o prioritario, o lo bastante fundado. Pudo contribuir a la inhibición de alguno que otro, en fin, el hecho de que suponía buscarse más trabajo por el que no iban a pagarle más a fin de mes.

Nuestro juez, en efecto, no va a tener ningún tipo de contraprestación adicional por echarse a la espalda esa tarea. Pero al ver cómo en España a los deudores se los desahucia en virtud de contratos abusivos, que pisotean los derechos que como consumidores tienen reconocidos por la Unión Europea, y al constatar el absurdo de que sólo se les permita alegar ese abuso cuando ya

nada tiene remedio y han sido privados de su techo, algo se le ha removido dentro y se ha sentido moralmente obligado a redactar ese escrito que ahora releo, en el silencio de la madrugada. Quizá porque sus principios, una vez hecho ese razonamiento, le impedirían sentirse cómodo bajo una toga con puñetas y escarapela al pecho si dejara de hacer lo que está haciendo.

Aun a sabiendas de que lo del viejo arquero del bosque de Sherwood no pasa de ser una leyenda en la que la proverbial autocomplacencia y el no menos inveterado narcisismo británicos brillan de forma sospechosa, es irresistible echar mano de la imagen y pergeñar con ella una metáfora. Mientras una legión de jueces se aplican mecánicamente a desposeer a los pobres para dar a los opulentos, este juez solo en la madrugada está tensando la cuerda de su arco y apuntando una flecha para procurar que por una vez pase lo contrario: que los desheredados tengan una baza ganadora para jugarla ante los poderosos.

Esto se escribe a toro pasado y ya sabemos que la flecha dio en la diana y que al juez se le celebra como héroe. Pero lo que cuenta es ese instante, cuando la flecha aún está sujeta entre su pulgar y su índice, cuando cabe tanto el acierto como el fracaso y el arquero, pese a todo, contiene el aliento, afirma el puño en el arco y deja, en fin, que la saeta busque su destino.

El vil peón

El soldado mira al prisionero. El prisionero mira al soldado. En ese cruce de miradas, que apenas dura una fracción de segundo, queda sellado el destino de ambos. Un rudimentario artefacto para la grabación de vídeo registra el feroz ritual por el que uno y otro se convierten en lo que serán en adelante.

Sucede en el momento en que el soldado estrella por primera vez la puntera de su bota de color árido contra el costillar del prisionero: ahí es donde se convierte para siempre en un torturador, en alguien que aprovechó la inferioridad de un semejante para vulnerar su voluntad. Bastaría con esa patada primera, pero el soldado no se priva de descargarle muchas más, mientras el prisionero gime, grita y se ovilla en el suelo. Así es como cruza la raya que lo envilece, y la raya fatídica quedaría igualmente cruzada aunque no hubiera nadie grabando la escena. La vileza, como el heroísmo, es un avatar personal, intransferible e independiente de si llega a ser, o no, conocido y juzgado por otros.

En cuanto al prisionero, viene a suceder algo semejante. Desde el mismo instante en que la bota del hombre que lo tiene a su merced percute en su costado, queda reducido a la condición de víctima. Sometido a la voluntad ajena y a una violencia a la que no puede responder, sufre una humillación a la que nunca podrá sustraerse. Aunque pase el tiempo, aunque llegue a creer que pudo olvidarlo, aunque nadie guarde el vídeo que otro soldado graba y comenta divertido mientras lo patean.

Ese intercambio que los une para siempre, esa mutación brusca que los transforma a ambos, obra el efecto de borrar el contexto, los antecedentes de uno y de otro. Desde el momento en que la bota militar golpea en cuerpo inerme, deja de importar si el que recibe los golpes empuñó o no las armas, si empuñándolas lo hizo con una buena razón o con una discutible, si llegó o no a hacer fuego y con ese fuego causó o no daño a alguien. Un hombre en el suelo al que pisotean es un oprobio que interpela a cualquier ser humano que tenga noticia de él.

Otro tanto ocurre con el soldado: cuando veja a quien está indefenso, deja de contar cómo haya combatido hasta allí. A cada patada borra las circunstancias que habrían podido servirle como coartada o como atenuante: que lo enviaran a una misión de paz que se ha convertido sin previo aviso en una guerra; que haya visto a sus compañeros heridos, muertos y hasta profanados después de morir (las tres cosas han sucedido); que aun así haya hecho esfuerzos ímprobos por disparar sólo sobre combatientes y por causar el mínimo daño posible a los civiles. Incluso el hecho de que los soldados de otros países presentes en el conflicto se hayan conducido con muchos menos miramientos, frente a combatientes y paisanos y frente a los prisioneros mismos (como también es el caso), se vuelve anecdótico. Lo que a partir de ahí pesará por encima de todo es que, pudiendo no torturar, torturó. El vídeo que le graban mientras desahoga su cólera con el prisionero tiene el valor terrible de registrar el hecho en un presente perpetuo, en toda su crudeza y desnudez.

Diez años después, cuando el vídeo se filtre y sea visto por todos, nada de todo aquello que rodeó los hechos estará sobre la mesa. La información del público es incompleta, su atención dispersa, su memoria escasa. No habrá más que lo que muestran las imágenes, y ellas dictarán sin más la sentencia.

Por no preguntarse, nadie se preguntará cómo y cuánto respondió quien puso a ese soldado en la situación de odiar a su prisionero. Nadie se parará a pensar si la impunidad del que decidió permite cargar el reproche sobre el peón al que se le fue el pie. Para eso están los peones, para pagar los platos rotos, en la guerra, en la paz, y en el relato negligente que escribimos de ambas.

Alguien que abofetee a Kim

El poder a veces se hereda, lo que no suele ser buena cosa. Si personas que han llegado a él por méritos propios no es raro que acaben perdiendo los papeles, y con ellos cuantos merecimientos pudieran exhibir para ejercerlo, qué no puede suceder cuando la batuta está en manos de un imberbe cuyo principal título para sacudirla en el aire es que su papá se la pasó.

Los monarcas prudentes solían imponer a sus vástagos, y sobre todo a aquellos que podían heredarles el cetro, las suficientes pruebas y penalidades como para que el día en que se les hiciera entrega de su premio tuvieran alguna posibilidad de no gastarlo como unos perfectos insensatos. Cuentan que a los príncipes y princesas de Rusia los hacían dormir en catres de

campana, para que no se reblandecieran más de la cuenta. Lo que, a juzgar por cómo terminó la dinastía, no fue garantía de que salieran más juiciosos, o más queridos por el pueblo.

Que algo se ha descuidado gravemente en la educación de este príncipe, salta a la vista. Sólo ese descuido puede explicar que haya llegado a desentenderse hasta tal punto de la suerte que corran sus súbditos, que sea tan insensible a sus penalidades y que mantenga como prioridad absoluta una absurda agenda que nadie quiere y que no conduce a ninguna parte.

Pero el príncipe, emperrado en su quimera y sordo y ciego a las necesidades del pueblo que lo sustenta, sigue adelante empujado por unos genes que, para qué vamos a engañarnos, tampoco son como para tirar cohetes (o misiles). En su genealogía se alinean los déspotas, beneficiarios tan voraces como caprichosos del sudor de gentes a las que sólo ven como carne con la que alimentar una muchedumbre que los aclame en la plaza.

Cuando el príncipe llega a ese grado de idiotez congénita, fracasada su educación y prisionero de una naturaleza refractaria al aprendizaje, la única posibilidad que queda para devolverlo a la razón es que haya alguien que se la juegue e, ignorando sus órdenes inicuas y delirantes, lo abofetee como el niño malcriado que es. Del mismo modo en que el enano Tyrion Lannister, cuya sola existencia justifica tragarse toda la serie «Juego de Tronos», le cruza la cara, jugándose la vida, al adolescente imbécil que resulta ser su sobrino y que lleva una corona en la cabeza.

Los norcoreanos están muertos de hambre y en estado de guerra desde este fin de semana porque en todo Pyongyang no parece haber nadie capaz de abofetear a Kim Jong-un, como tampoco lo hubo para hacer lo propio con su progenitor, el no menos estafalario Kim Jong-il. Adónde conduzca el esperpento es cuestión que se verá y que sólo cabe esperar que no dé en salpicar a demasiados inocentes, para lo que será preciso que otros pongan en la balanza el sentido común que falta bajo ese pelo cortado a tazón y bajo las palanganas invertidas que usan como gorra los generales que grotescamente lo rodean.

No es, sin embargo, el único príncipe desconectado de la realidad y falto de unos cachetes. Los hay más calamitosos y sanguinarios que él, véase el exoculista Al-Ássad, que ha sumido a Siria en una guerra civil que ya dura dos años y cuenta sus víctimas por decenas de miles. Y lo más alarmante es que esa misma desconexión, desde que en 2008 se le fundieron los plomos a la economía occidental, se aprecia entre otra clase de líderes, en teoría designados por las urnas, pero que en la práctica se comportan como miembros de una casta que ejerciera su poder sobre una población destinada a obedecerles y a la que sólo deben rendir cuentas si les apetece.

Mientras perseveran en su sordera y su ceguera, tan principescas, muchos ciudadanos empiezan a sentir lo mismo. Que hace falta que alguien los abofetee. Pronto. Como a Kim.

Soy fiscal

Soy fiscal. Así dicho, suena como el *Soy minero* de Antonio Molina y, como ocurre en casi todas las profesiones, a veces en esta se trata de bajar a la mina y picar y palear carbón.

Otra cosa que sucede con todas las profesiones es que se suele opinar sobre ellas sin conocerlas en profundidad, cosa que sólo quienes las desempeñan están en situación de conseguir, y ocurre también que esta noción somera con frecuencia despeña al opinador por el precipicio del cliché, la simpleza o incluso la calumnia. Para saber y juzgar hay que sudar la camiseta, y a todos nos da demasiada pereza mojar otra que la nuestra.

Por eso no censuro a mis conciudadanos que creen que un fiscal es una especie de máquina de acusar, con razón o sin ella y siempre implacable. Error que, dejando al margen las muchas funciones que desempeñan los fiscales fuera del proceso penal (es decir, donde nadie resulta acusado de nada), ignora también la obligación de actuar conforme al principio de legalidad y en defensa del interés público, lo que implica, justamente, no acusar cuando se entiende que con arreglo a Derecho no hay delito y velar por algo más que enjaular a quien se pone a tiro.

Dicho todo lo anterior, no cabe duda que el dilema que en este momento no puedo evitar considerar es un marrón de antología, de esos que uno no quiere afrontar ni con la razón de su parte. La coyuntura es que una persona muy principal, tanto como para estar en la primera fila del escaparate institucional del Estado, se ve imputada por un juez de instrucción. A la imputada en cuestión hay gente que le tiene más ganas que a una cantimplora tras cruzar el Kalahari, y otra que está dispuesta a defenderla a todo trance. Entre éstos, más gente principal.

El público puede leer el auto de imputación como si fuera una novela, y disfrutarlo o padecerlo según corresponda a sus ideas e intereses, pero el fiscal debe, tras leerlo, adoptar una posición. Tiene dos opciones, pero ambas se parecen bastante a una especie de lecho de Procusto, que, aunque ya nadie sabe de mitología (menos mal que existe Google), venía a ser una cama que a nadie se ajustaba y que provocaba un quebranto considerable a quienes por su infortunio se veían acostados en ella.

Si el fiscal sigue al juez, y no se opone a la imputación o incluso la secunda, tendrá que hacer frente a una serie de sinsabores, de esos que las personas principales saben desencadenar sobre aquellos que les complican la vida, y que bien pueden pasar por ponerle en el apuro de tener unas palabras con su superior jerárquico, porque ése es otro detalle que atañe a los fiscales: lejos de la independencia de los jueces, responden ante un jefe que imparte instrucciones. Si por el contrario recurre la imputación y pide que se exonere a la persona principal de rendir cuentas, se expone a ser tildado de esbirro que hace al poderoso el servicio que nunca haría a un imputado del común. A eso, y a toda suerte de ironías y suspicacias que pueden llegar a ser aún más dolorosas para un profesional con pundonor.

Pero de nada sirve lamentarse. Hay que retratarse y en un caso así el retrato además ha de ser instantáneo. El fiscal que soy sabe que nunca, tome el camino que tome, será juzgado con indulgencia, quizá por ese recio estereotipo del fiscal como alguien que nunca muestra piedad.

Nadie pensará que lo que hizo se lo dictó sólo su interpretación de la ley y de las circunstancias del caso, sino su arrogancia o su vasallaje, según actúe.

Soy fiscal, pero por fortuna no soy ninguno de los que han de dar las instrucciones ni el que ha de firmar en este caso. Sólo lo veo en las noticias y, francamente, después de este análisis al que me era imposible sustraerme, tengo que decir que a ninguno de mis pobres compañeros le arriendo aquí la ganancia.

Yo no sabía nada

2013-2014

Para Joaquín Palacios y José Caro, que sí que saben

Acusar a los demás de los infortunios propios es un signo de falta de educación.

EPICTETO

El socorrista de Harvard

Los usuarios de la piscina universitaria de Harvard nadan bajo la atenta mirada de un joven moreno de cabellera ensortijada. Ninguno de ellos imagina que es el mismo tipo que un día de éstos, a sangre fría, volará en pedazos a un niño junto al que depositará una mochila con una olla cargada de tornillos.

Es un socorrista pulcro y puntual: sus jefes no tienen ninguna queja de él. Aparte de llegar a su hora, está pendiente de la piscina donde chapotean los estudiantes en cuya seguridad se cifra la responsabilidad por la que le pagan sus dólares. Si no fuera porque es de origen checheno, pasado por Daguestán, y porque se llama de una forma casi impronunciable, Dzijokhar, se diría que es el perfecto trabajador americano. Incluso tiene la nacionalidad: no en vano se ha educado en el país, cuyos resortes controla y hace funcionar con su sonrisa ancha, que hasta podría llegar a parecer algo bobalicona.

Pero por las noches (y si fuera tan frívolo como otros socorristas, bien podría estar haciéndolo ahí mismo, junto a la piscina, con su *smartphone*) se dedica a escribir en una red social rusa mensajes escalofriantes: que el mundo lo salvarán el amor y los fusilamientos masivos, pero especialmente estos últimos; o que mientras otros le creen bueno y tonto él sueña con los intestinos de quien así le ve colgando de la lámpara del techo.

Cuando sea identificado, junto a su hermano Tamerlán, como autor de los atentados del maratón de Boston, las primeras noticias pondrán el acento en que es el hermano pequeño y en que ha sido manipulado por el otro. Por algo el mayor le saca siete años, cuelga vídeos yihadistas en YouTube y una vez le declaró a un fotógrafo que lo retrató para un reportaje que era un musulmán tan devoto que jamás mostraba el torso ante mujeres (aunque la investigación sacará a la luz una foto desmentidora) y que no tenía amigos entre los americanos porque no los comprendía. Además, será Tamerlán el que muera en enfrentamiento con las fuerzas policiales, mientras el hermano pequeño huye y acaba escondiéndose como una rata asustada en una lancha varada en el jardín trasero de una vivienda. Un escondrijo muy poco honorable para un muyahidín. De él, de forma ominosa, lo extraerán vivo los agentes de la unidad antiterrorista.

Es posible que ese hurraño Tamerlán erigido en embajador del odio (y tocayo de aquel soberano de Oriente que hace siglos recibió a un embajador llegado de Occidente con muy distinta encomienda, el castellano Ruy González de Clavijo) fuera quien bucease en las páginas de internet que explican cómo convertir ollas en metralla. Tipos así representan, sin duda, un peligro suficientemente sobrecogedor. Y, sin embargo, más peligroso e inquietante es el socorrista sonriente que ve nadar a los afortunados estudiantes de Harvard mientras para sus adentros sueña

con sus intestinos colgados del trampolín, pongamos por caso. Porque esa mente joven, permeable a los absurdos y las atrocidades, adiestrada en la doblez perfecta, y desprovista por entero de las consideraciones que llevan a ver a un ser humano como algo más que un contenedor de vísceras esparcibles, ese chico que sonrío beatíficamente mientras suena en su mente una melodía de deflagraciones y alaridos, es el arma letal definitiva.

El socorrista de Harvard, menuda metáfora diabólica ha acabado urdiendo y perpetrando el enemigo. Mientras buscáis yihadistas hoscos e inadaptados, aquel que va a golpearos se disfraza de cuidador de vuestras más felices criaturas, se arma con una sonrisa y una fingida obediencia y sueña vuestra muerte sin remordimientos. Y lo que es peor: después de soñarla una y otra vez, la lleva a cabo.

Ha caído vivo. Qué interrogatorio, para el que le toque.

Bienaventurados los pijos

Para mi desgracia, soy uno de los seis millones doscientos mil parados. Esa cifra, que nos acredita como el más pujante colectivo de la sociedad española, acabamos de alcanzarla, pero ya hace año y medio largo que yo formo parte del club. Y lo que me queda. Sin embargo, desde hace unos días, abrigo una esperanza.

Por más que me empeñaba, no veía la luz al final del túnel, hasta el momento en el que alguien, responsable público, ha venido a iluminarme: nuestra salvación, la mía y la de los incontables parias que como yo hemos quedado en la cuneta de esta autopista por la que antes circulábamos ufanos y despreocupados, se halla en la capacidad de los pijos para mantener su nivel de vida y de consumo.

Desde que cuento con esta información, estoy mucho más animado. He pasado a desentenderme del decrecimiento del PIB, la prima de riesgo, los datos de la EPA o el déficit público. De todas esas calamidades saldremos, siempre y cuando los pijos, esa minoría benemérita y providencial de la población, sigan necesitando darse toda clase de caprichos, que son los que a los que no somos pijos nos aportarán un empleo y un sueldo que nos permita comernos dignamente (esto es, sin acudir a mendigarlos a los comedores sociales) unos macarrones boloñesa o un bocata de *foie-gras*. Y si somos lo bastante diligentes y solícitos a la hora de propiciar que los pijos colmen debidamente sus antojos, incluso es posible que se nos conceda el lujo de comernos de vez en cuando alguna paella y todo.

No se trata de perseguir la justicia social, el reparto del trabajo y de los beneficios que este produce, ni ninguna de esas antiguallas marxistas. Ni siquiera es cuestión de buscar la asignación más eficiente de recursos, minimizar costes o rentabilizarlos, como pretende el capitalismo más simplista. La verdadera tierra prometida, el norte supremo de nuestros desvelos, la empresa que

puede procurarnos el pleno empleo, la felicidad y la satisfacción de nuestras modestas apetencias, es que toda la población se juramente para que los pijos accedan, en las condiciones más ventajosas y atractivas para ellos, a todo aquello que su pijaerío les demanda que posean, hagan o disfruten.

Bienaventurados los pijos, porque de ellos es el reino terreno, que a falta de prueba concluyente acerca del otro no está mal para consolarse. Y bienaventurados quienes les sirven, porque de ellos serán las succulentas migajas que caigan al sacudir sus manteles.

Conforme pienso esto (y me ilusiono, porque los pijos mueven el mundo, y si hallamos la forma de agradecerles no dejarán de correspondernos y de moverlo en nuestro provecho) me asalta una oscura sospecha. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? Es decir: ¿qué vino antes, la pobreza que nos obliga a malvendernos para poder producir al más bajo precio posible los bienes y los servicios que, tras la hecatombe, sólo los pijos pueden comprar, o el deseo de los pijos de adquirir por menos precio aquello que desean y que antes de la catástrofe no les servíamos en las condiciones en que ellos hubieran deseado ser servidos?

Mi sombría incertidumbre no me aparta, empero, del recto camino. Sea una u otra la interpretación, la ruta me ha sido señalada y me atenderé a ese conocimiento. Quiero especializarme en producir algo que guste y apetezca singularmente a los pijos, que son quienes pueden salvarme de los comedores y de los servicios sociales donde cada mendigo ha de disputarle el mendrugo al anterior.

No aspiro en absoluto a convertirme yo mismo en pijo, aunque tentaciones tuve (y alguna ocasión, incluso). Pijos que leáis esto, dadme alguna pista, os lo ruego. ¿Qué queréis, qué necesitáis? Pondré todo mi empeño en proporcionároslo. Por mi propio bien.

Antimilitaristas como nosotros

Advertencia: lo que sigue es un relato autobiográfico. A veces, excepcionalmente, uno no sólo puede, sino que debe permitirse la licencia de contar desde lo que es, siente y piensa.

Mi abuelo materno era policía. Más en concreto, guardia de Seguridad, que era como se llamaba entonces al cuerpo de policía uniformada. El 14 de abril de 1931 estaba de servicio en la Dirección General de Seguridad, lo que hoy es la sede de la Comunidad de Madrid, en la Puerta del Sol. Un oficial les ordenó, a él y a sus compañeros, que disolvieran al gentío que se empezaba a congregarse en la plaza para lo que sería la multitudinaria proclamación de la II República. Mi abuelo y sus compañeros se negaron y le dijeron al oficial que saliera él a disolverlos. Cinco años después, mientras prestaba servicio en la cárcel Modelo (a las órdenes de esa misma república, en la que creía), vio venir a unas partidas de individuos armados que la vaciaron para fusilar a los reclusos en Paracuellos. Nunca olvidaría aquella noche, ni la impotencia que sintió al no poder

hacer cumplir la ley y salvar a esos hombres que habían sido condenados a prisión y no a morir. Siguió prestando servicio en el Madrid sitiado, donde tuvo que andar cazando a los desertores que abandonaban el frente para ir a hacer de matones en la capital. Una vez encontró a un sacerdote escondido, y tras hacer como que lo detenía, lo dejó ir. Años después, cuando ya lo habían expulsado del cuerpo por haberse quedado del lado de los que perdieron la guerra, se lo encontró por Madrid, vivo y vestido con ropas de clérigo. Le había salvado la vida.

Mi abuelo paterno fue militar de infantería. Hizo la guerra de África, donde se las arregló para no morir y ayudar a que no murieran los reclutas que pusieron a sus órdenes. En 1931, le tocó defender un convento de Málaga, y a las monjas que lo ocupaban, de quienes querían prenderles fuego. Emplazó dos ametralladoras y les hizo ver a los de enfrente que para meterles mano a las monjas tendrían que pasar por encima de él. Aquel convento se salvó de la quema. Tres años después, se libró por pelos de que unos milicianos de la FAI lo pasearan por el solo delito de ser militar. Pudo eludirlos y entendió que debía ocultarse, pero no se unió a la rebelión. Conocía a Franco de sus tiempos en Marruecos, y no era un líder por el que sintiera aprecio. Después de la guerra, tras ser sometido a una breve estancia en un campo de concentración, para depurarlo, se reincorporó a su oficio, pero nunca fue esbirro de nadie. Incluso estuvo a punto de perderlo todo por oponerse a las corruptelas de algún jefe.

Su hijo, mi padre, fue militar de Aviación. A través de él, y de su propia conducta, me llegaron la enseñanza y el ejemplo de mis dos abuelos, dos hombres de uniforme, íntegros y cumplidores de su deber. Un ejemplo de dignidad, honradez y servicio; una enseñanza donde la defensa de la justicia, los derechos de las personas y la libertad de pensamiento eran parte irrenunciable. Durante décadas me ha tocado vivir en un país antimilitarista, que presumía en mí, a causa de mi estirpe, cualidades y principios opuestos a los que me fueron inculcados. No me arredré por eso, porque mis antepasados me enseñaron también a no tener miedo. Y cuando se me ocurrió escribir una serie de novelas policiacas, escogí que mis personajes fueran guardias civiles. Uniformados como mis ancestros.

Me tocó soportar no poca incompreensión, no pocos prejuicios y recelos. Hoy, los tres colectivos más apreciados por los españoles son, por este orden, guardias civiles, policías y militares. A mí no me extraña. Los conozco desde niño. Ojalá hubiera más como ellos, y menos de esos que dándose las de servidores del pueblo, y aun de revolucionarios, proclaman los más bellos ideales para perseguir, ya en la poltrona, los más sórdidos intereses.

Jocelyn

Se llama Jocelyn, tiene seis años y es hija del lobo feroz y de la niña risueña que un mal día se perdió en el bosque. Cada uno, en el momento de nacer, recibe un primer paquete de problemas, el

que tiene que ver con aquellos cuyos apellidos y genes porta. Normalmente son problemas de mala o escasa solución, pero el caso es que hay que arrastrarlos, y que incluso rehuirlos y poner tierra de por medio es una forma de llevártelos contigo. En contrapartida, junto al fardo de dificultades, uno recibe una mochila de la que puede servirse, mejor o peor, para enfrentarse a la existencia: la que contiene la suma de cualidades, virtudes y afinidades profundas que encierran los que te dan el ser. Con lo uno y con lo otro, más las experiencias que van sucediéndose, cada cual acaba construyéndose una identidad, con la que anda por la vida, se mira en el espejo y se duerme cada noche.

Mucha gente no está contenta con las dificultades, las ventajas o la identidad que le trajeron sus orígenes. Alguna, por el contrario, está muy ufana de quién es y de dónde viene. Pero con carácter general todos nos dolemos razonablemente de ser los que somos, porque intuimos que habría posibilidades mejores, y estamos medianamente conformes y orgullosos de no ser otro, porque siempre se puede empeorar y la familiaridad, por lo menos, le proporciona a uno un terreno donde apoyarse.

Ahora bien, pensemos en Jocelyn. Los problemas que le tocaron en suerte por ser hija de su padre no son esas inconveniencias o incomprensiones que para otros acarrea la relación paterno-filial. Jocelyn tiene una papeleta que va mucho más allá: es la hija del monstruo, del ogro infame que arrebató la sonrisa a la niña del bosque, que la violentó y aterrorizó, y que en algún momento, probablemente, aterrorizó a la pobre Jocelyn; el que acabó con la vida de sus hermanos y hermanas antes de que pudiera siquiera iniciarse y el que en vez de un hogar y la luz del día dispuso para ella, para que allí abriera sus ojos, una prisión y la más oscura y sórdida de las tinieblas.

Ventajas, tiene ciertamente pocas, pero de alguna dispone: nadie es tan desventurado que no sea dueño de alguna ventura. Para empezar, Jocelyn goza de la rara fortuna de la supervivencia, en una casa preparada para la degradación, el languidecimiento y la muerte. Y cuenta con una madre-niña tan fuerte como para vivir, darle la vida y preservársela, de la que ha sacado por añadidura el gesto sonriente. Que haya quien te ampare y te enseñe a sonreír es mucho más de lo que algunos niños tendrán nunca.

Y dicho esto, ¿qué identidad, a partir de su nacimiento y su primera infancia, le corresponde asumir en adelante a Jocelyn? ¿Cómo conciliar en un solo espíritu, en un solo carácter, en una sola mirada sobre las cosas, esa dualidad atroz? Por sus venas corre la sangre de la bestia; mientras otras niñas pueden en mitad de la noche pensar en su padre como el guerrero de bruñida armadura que acudirá a interponerse entre ellas y el dragón, Jocelyn sabe que su padre es el dragón y que no hay caballero que vaya a acudir jamás a espantarle el miedo. Y a la vez es ella misma, Jocelyn, la hija de la niña dulce y valiente, heredera natural y legítima de su ternura y de la luz que atrajo sobre ella las fauces deformes y voraces del apenas hombre.

Hay padres y madres que no saben serlo, y de los que antes o después sus hijos se despegan, pero el despegó aquí no basta. ¿Cómo se hace para erradicar, de aquello que uno es, el código

recibido que uno es desde antes del principio? Aunque no es una tarea cualquiera, Jocelyn ha salido viva del infierno. Hay que concederle, y desearle, la oportunidad de librarse de la ofensa que la hizo existir.

Adiós a mis 47 concubinas

Lo de las concubinas es una vieja costumbre china que prohibió Mao y que los nuevos jefes del país reconvertido al capitalismo comunista (sea eso lo que sea) han recuperado con entusiasmo digno de mejor causa. Y es que, a diferencia del concubinato tradicional, que se permitían algunos hombres acaudalados con cargo a su propio peculio, el del alto funcionario del PCCh se mantiene con las mordidas financiadas con yuanes del erario público y recaudadas en contra de los intereses de sus compatriotas. Alguno pierde las referencias y los límites, y a partir de ahí pasa lo que pasa. La codicia puede ser malísima.

Ya se vio en el caso de Xu Maiyong, vicealcalde de Hangzhou, al que se le descubrieron en 2011 varias decenas de concubinas, para las que necesitó recaudar, entre sobornos y malversaciones, más de cuarenta millones de euros. Lo purgó al estilo chino: lo fusilaron y le cobraron a su familia las balas.

Más recientemente, a otro le pillaron nada menos que pagándole piso y tren de vida (no precisamente modesto, las concubinas tienen sus aspiraciones, ya que tragan lo que tragan) a 47 señoritas. La cifra resulta escalofriante, porque de un tiempo a esta parte las concubinas se han vuelto peligrosas: exorbitantes peticiones de alimentos, millonarias demandas de paternidad o denuncias por corrupción de sus protectores o exprotectores son sólo algunas de las formas que adopta su despecho. Si tener a una sola mujer con ese potencial devastador sobre la cabeza de uno ya debe de resultar estresante, imagínese lo que puede representar multiplicar la eventual pesadilla por 47, y tratar de mantenerlas a todas lo bastante contentas y controladas como para evitar que alguna de ellas desencadene el infierno.

Imaginemos al hombre, administrando, para empezar, semejante *stock* de inmuebles, ya sea en propiedad o en alquiler. Concedamos que cada concubina se encarga de la decoración, pero multiplíquese por 47 la problemática derivada de las comunidades de propietarios, los contratos de suministros y demás avatares domésticos. Siempre queda la solución de encargarle todo a un subalterno, claro está, pero eso es tener un incómodo testigo de cargo más el día del posible juicio, y si además se le da información sobre todas y cada una de ellas, el subalterno en cuestión se convierte en otra espada de Damocles, y bien afilada, que sumar a la colección que ya ameniza los insomnios.

Luego está la cosa de organizar la agenda. Uno tiende a suponer que muchas concubinas no echan de menos los ardores de su guerrero, si no se decide a prodigarlos, pero para que la

acumulación tenga sentido, para que ninguna empiece a pensar cosas raras y, en fin, para satisfacer a las que estén enamoradas (la estadística de los grandes números, aplicada a humanos, posibilita casi cualquier rareza), hay que cumplir con todas y cada una con una frecuencia mínima. Teniendo en cuenta que los mantenedores de estos harenes suelen andar por encima de la cincuentena, el esfuerzo, titánico, deja los bunga-bunga de Berlusconi en pasatiempo erótico para jubilados asténicos. El presupuesto mensual de Viagra debe irse a un buen pico.

Y encima de todo el derroche mental y físico que representa la gestión de las concubinas, al alto funcionario deben quedarle tiempo y energías para hacer como que se encarga de los asuntos públicos que tiene encomendados y, sobre todo, para urdir y llevar a cabo sus planes para saquear la hacienda. A veces dejarse sobornar no requiere mucho esfuerzo, te lo dan hecho, pero otras muchas hay que preparar laboriosamente la jugada.

Con este panorama, tampoco debe de ser tan malo que te descubran, aunque te fusilen. Decir adiós a 47 concubinas, y a tales quebraderos de cabeza, debe de ser todo un alivio.

El dragón y la princesa

En los cuentos las princesas se enfrentan a veces a temibles enemigos, que quieren despojarlas de los reinos que les están destinados, o deshonrarlas, o comérselas. Puede tratarse de una perversa madrastra, de un sórdido pretendiente o de una fiera o un dragón. Quizá ninguna metáfora tan abrupta, a la hora de urdir una narración, como la del dragón y la princesa. Un argentino que indagaba oscuridades, Ernesto Sabato, tituló justo así, *El dragón y la princesa*, una parte de una de sus novelas más hondas e inquietantes. Un norteamericano más reciente, George R. R. Martin, dio en imaginar que una de sus heroínas fuera una princesa defendida por un trío de dragones, que la convierten, hábil paradoja, en un personaje terrible y devastador. A la princesa de este cuento también le ha tocado su dragón particular. En su caso, no en calidad de defensor que la haga más poderosa y respetada por sus adversarios, sino en el papel más clásico: el del antagonista temible dispuesto a privarla de su privilegio, arrebatarle su reputación y devorarla por los pies. Al menos en sentido figurado, es muy posible que ella así empiece a sentirlo, y algunos de sus valedores, que como a cualquier princesa no le faltan, han empezado a denunciarlo como tal.

El dragón de este cuento no echa fuego ni puede volar para atacar a la princesa desde lo alto. De hecho, da la sensación contraria: que la princesa se sitúa, por ahora, en alturas inasequibles al dragón, y que dispone de recursos para sofocar cualquier tiento flamígero que su oponente dé en lanzar contra ella. Pero las espadas están en alto, y cada día que pasa la determinación del dragón parece más fuera de duda. Empezó con un merodeo furtivo, luego amagó un golpe, ahora ya acecha implacable.

Bajo su toga de juez, que nunca se le ve puesta, pero que está ahí, flotando invisible sobre sus

informales americanas de cuero, el dragón de esta princesa juega sus cartas sin prisa ni titubeos. A estas alturas del duelo, son ya unos cuantos los caballeros que han acudido a interponerse entre sus fauces y la principesca presa. Lanza en ristre, caracolean con sus caballos haciéndole ver que tendrá que emplearse a fondo para apartarlos y no acabar como, llegados a este punto, suelen acabar tantos dragones: convertidos en trofeo del que se alimentarán tanto la leyenda de la princesa como la hoja de servicios del caballero o caballeros que logren hacerle morder el polvo. No son caballeros de pacotilla, ni están desprovistos de destrezas. De hecho, en los primeros tanteos han logrado pararlo en seco con la acción combinada de sus escudos y de las armas que esgrimen.

Hay, sin embargo, un detalle significativo que diferencia a este cuento de otros en los que se enfrentan princesas y dragones. En la mayoría de éstos, la desventaja del dragón, por muy poderoso y formidable que sea, es que nadie simpatiza con él: todos observan el combate deseando que todo se resuelva a favor de la causa de la princesa; incluso si el caballero que defiende su honor es el más desmañado y turbio de los hombres. Aquí, en cambio, buena parte del público (y quizá sea porque el dragón no es tan fuerte, o porque se le amontonan los que buscan su derrota) asiste al torneo con la secreta, lejana pero ardiente esperanza de que los caballeros que defienden a la princesa acaben hechos carbonilla y esta quede sola ante su destino, encarnado en las pupilas inmisericordes de su contrincante.

En qué medida este apoyo, que a los dragones suele negarse, le servirá al de este cuento para llevarlo al improbable desenlace de imponerse a la princesa y a sus leales campeones, es en este momento cuestión incierta (en el mejor de los casos). Con todo, nuestro dragón ya logró algo memorable: gracias a él, temblaron los cimientos del cuento consabido. Y aún siguen temblando.

Engañada

Soy una mujer engañada. Pero no se precipiten a sacar conclusiones. A lo que me refiero no es a que mi marido se dedique a buscar cobijo bajo otras sábanas. De eso no tengo indicio, hasta la fecha, ni tampoco tendría el menor interés en proclamarlo ante nadie, si así fuera. En lo que mi marido me engañó, sépalo todo el mundo, es en el modo en que se las arreglaba para traer a casa el dinero con el que cubríamos nuestras necesidades. Yo que creía compartir mi vida con alguien dotado de un olfato increíble para los negocios, con alguien tan carismático que lograba que muchas personas nos invitasen y obsequiasen sin pedir nada a cambio, y he aquí que de repente he descubierto que a lo que de veras se dedicaba era a malversar fondos públicos, a estafar y a aceptar toda clase de sobornos.

Nunca lo hubiera imaginado. Soy la primera víctima de un manipulador que logró, traicionando mi confianza, llevarme a creer que todo era al contrario de como he comprendido que es. Es lo

que pasa cuando estás enamorada, y el amor te ciega y quieres ver siempre a la persona que lo suscita a la mejor luz posible. Alguna vez, no voy a negarlo, llegaron a mis oídos rumores que ponían en duda su honestidad. Sin embargo, no hacían mella en mí, porque la ceguera que le tenía me llevaba a achacarlos sistemáticamente a las envidias y enemistades que le granjeaba su desenvoltura, su brillantez, su éxito social. Los que lo criticaban, los que hacían circular sospechas sobre él eran, pensaba yo, unos mediocres y unos perdedores que no podían soportar la mano que tenía mi marido para ganarse la vida y para seducir a todo el mundo; resentidos que a falta de otro desquite se entregaban al vil pasatiempo de la calumnia.

Ahora, dolorosamente, se me ha caído la venda de los ojos. No le deseo a nadie esta forma de tropezarse con la verdad. Es muy desagradable verte mezclada en un procedimiento judicial y que alguno de esos abogados de lengua viperina la emprenda contra ti, queriendo meterte en el mismo paquete, ya sea para embrollar lo más posible, para ponerle más nervioso a él o simplemente para grabarse dos muescas en la culata del revólver. De la noche a la mañana, sin comerlo ni beberlo, te ves obligada a responder sobre enjuagues, rapiñas y fraudes de los que no tienes ni idea, pero de los que todos te creen culpable por la sola razón de compartir el colchón con quien los maquinó.

Descubres de pronto cuánta mala baba, cuántas ganas de hacer daño al prójimo y cuánta crueldad hay en el mundo.

Alguien va y encuentra unos papeles que firmaste, uno cualquiera de esos que él te pasaba y que tú garabateabas sin leerlos porque te decía que era lo que le había recomendado el asesor para pagar menos impuestos, o por cualquier otro motivo en el que nunca viste malicia alguna. O de repente salen las facturas de algo que te regaló, o que dijo que te regalaba, y que en realidad no había pagado él, sino alguno de los tipos turbios con los que andaba en tratos para llevar a cabo sus fechorías. Y nadie piensa ni por un momento que tú eres una víctima más; sólo interpretan que tú eras cómplice de todas las maniobras y todos dan por hecho que conspirabas con él para beneficiarte.

¿Qué culpa tengo yo de que me convenciera de que sus trucos para evadir impuestos eran astucias legales? ¿Qué hice mal creyendo que ese coche de lujo, esos viajes por el mundo, esas comidas de postín, ese servicio doméstico, aunque no pudiera explicarse nuestra capacidad de pagarlos con su solo sueldo y no me contara en particular de dónde salían los fondos, tenían otra fuente de financiación que era perfectamente lícita?

¿Acaso una puede estar en todo? ¿Acaso soy yo la guardiana de mi marido? Cuánta injusticia. Cuánta maldad.

Oprimiendo a Cataluña

En estos días, por culpa de un titular de periódico, me he acordado bastante de esos años, entre finales de los ochenta y 1992, en que estuve oprimiendo a Cataluña. Al menos, según los historiadores convocados por la Generalitat para recapitular los últimos tres siglos, eso es lo que ha estado haciendo España, ininterrumpidamente, desde 1714 hasta ahora mismo. Comoquiera que en esos años yo trabajaba para la administración estatal, y se me mandó ocuparme de asuntos catalanes, deduzco que lo que estuve haciendo fue eso mismo, oprimir, que es lo que mis jefes, de acuerdo con la inflexible política española respecto del atribulado nordeste peninsular, debieron de encargarme.

Sin embargo, es posible que mi memoria me engañe, yo no lo recuerdo exactamente así. Lo que recuerdo es otra historia, que parece que ninguno de esos historiadores ha considerado oportuno rescatar para enriquecer su simposio de desquite frente a la barbarie hispánica. Una que tiene que ver, ya van a ver qué tema más aburrido, con autovías de circunvalación. Por aquellos años, Barcelona no contaba con ninguna que fuera digna de ese nombre. Para poder celebrar unas olimpiadas, que era el empeño que en ese momento ilusionaba a la ciudad, y a Cataluña y (que me perdonen por recobrar este dato disonante) a España entera, era necesario construirlas, en especial en la franja litoral, junto a los espacios olímpicos. Pero ni Barcelona ni Cataluña tenían dinero para abarcar tanto, y fue el Estado español el que lo puso. Y a algunos que a la sazón trabajábamos para él nos tocó ocuparnos de esa multimillonaria inversión destinada a aplastar, ultrajar y menoscabar a Cataluña, que como esos doctos historiadores señalan, es misión principal de España.

Perdóneseme, de verdad, que al recuperar esos recuerdos sienta algo muy distinto de este relato debidamente oficializado y subvencionado. Que me vengan a la cabeza las imágenes de todas aquellas horas de trabajo para tratar de sacar adelante una obra endiablada y costosa, que conviviera con la ciudad, con el puerto y con la montaña de Montjuïc sin estorbar y sin que resultara perjudicada la fluidez que se pretendía aportar al tráfico. No diré que aquello nos quedara impecable, no hay más que ver los atascos que veinte años después se producen en cuanto hay un accidente, pero era poco el margen del que disponíamos (cada metro de ancho eran millones y millones en expropiaciones y obras de acondicionamiento y pavimentación). Mucho peor sería la cosa si no se dispusiera de lo que entonces se hizo.

Por cierto, que no soy historiador, pero más de una tarde, mirando la silueta de Montjuïc, me acordé de algo que leí por entonces: los cientos y cientos de inmigrantes andaluces, extremeños o castellanos que en otros tiempos vivieron allí, en barracas y cuevas abiertas en la montaña. Españoles que se dedicaban, como los historiadores oficiales del tricentenario se encargarán de recordar puntualmente, a oprimir y humillar a Cataluña trabajando jornadas infinitas por jornales de miseria, levantando esos edificios tan bonitos del Eixample o haciendo funcionar la industria textil, acaso en la cercana fábrica de La Seda.

Me quedé por allí hasta el mismo 92, y eso me dio la oportunidad de ver actuar a otros muchos opresores españoles. Como los miles de policías y guardias civiles que echaron más horas que la

estatua de Colón, y ninguna retribuida, para garantizar la seguridad de los que en esos días visitaban la ciudad, y que lograron que los juegos transcurrieran sin el más mínimo percance, aunque por aquel entonces todavía operaba ETA, con el apoyo de algunos catalanes que debían de haber olvidado lo que pasó con algunos paisanos suyos en un Hipercor.

En fin, qué puñetera es la memoria.

Todo tuyo, Barack

Hola, Barack. Escribo en mi ordenador y voy a mandar esto por correo electrónico. Te saludo porque sé que tienes mi IP y que puedes entrar y salir libremente de mi cuenta de correo, sin los problemas que yo mismo tengo cuando se me olvida la contraseña. A veces, por ese prurito tonto de la seguridad, elijo una tan rara que tengo que recuperar el acceso dando el nombre de mi mascota. Que tú ya sabes que se llama Buzz, en homenaje al personaje de *Toy Story*, mi película favorita, como a ti también te consta: sabes las veces que me he metido en YouTube a mirar escenas o las búsquedas que hice sobre ella en Google.

Por esta promiscuidad contigo y con tus espías, con chapa de agente secreto o simple carné de contratista, que ya intuía desde hace algún tiempo, pero que ahora ya sé que me expone a tu escrutinio en cada cosa que hago, me permito saludarte y contarte que en estos días he pensado muy a menudo en ti, y en todo lo que hemos compartido a lo largo de los últimos años. Te confieso que en algún momento, mientras repasaba la lista de las cosas que forman nuestra historia común, he sentido un escalofrío. Otras veces, he llegado a sentir vergüenza: quizá si hubiera sido más consciente de que estabas ahí habría tenido más cuidado con alguno de mis movimientos, de los que, para qué voy a intentar engañarte o engañarme, no me siento del todo orgulloso. Ya sabes, tú mejor que nadie, que los seres humanos tenemos nuestras debilidades, y el que esté libre de vicios o de patinazos que tire la primera piedra. Aunque también he encontrado al bucear en mi memoria otras acciones con las que espero haber podido compensar mis deslices. La verdad, pensar que conoces ciertos méritos que contraje discretamente, y sin el menor afán de ser recompensado por ellos, me produce un regustillo de placer. Te imagino examinando mis pasos y asintiendo complacido, al comprobar que no todos fueron tan torpes. Y no te puedes imaginar cómo refuerza eso mi autoestima.

Te prometo que ahora, que ya no me cabe ninguna duda de que estás ahí, me esforzaré para que mi desempeño sea irreprochable y no te dé el menor motivo de sospecha o disgusto. Incluso, si alguno de tus agentes tiene a bien decirme dónde y cómo puedo hacerlo, me ofrezco a poner en tu conocimiento cualquier comportamiento irregular, inapropiado o dudoso del que tenga noticia. Ya sé que, si yo lo sé, tú lo habrás podido saber antes, pero lo digo sólo por echarte una mano para el caso de que no te haya dado tiempo a localizarlo, que eso de estar supervisando las actividades de

todos los habitantes del planeta debe de ser agotador y tal vez haya momentos en que te satures, o que pase algo raro y te pille mirando lo que hace otro. Qué sé yo.

Y no te preocupes, Barack, porque algunos europeos se ofendan por el hecho de que les hayas dado a entender que la Cuarta Enmienda que protege la intimidad de los ciudadanos norteamericanos no los protege a ellos, y que por eso no les tienes los miramientos que sí les debes a tus compatriotas. Yo entiendo perfectamente que el mundo es como es y que me toca el lado estrecho del embudo. Tú tienes tus razones para no reconocernos a los ciudadanos de otros países los derechos fundamentales que tienen los del tuyo, y el que no lo acepte es un resentido que no debe de hacerte perder el sueño ni el tiempo.

No me queda más que desearte fuerza, salud y paciencia para ocuparte de los desvaríos de todos nosotros. Y que sepas que, si bien me molestaría que cualquier otro tuviera acceso indiscriminado a mi intimidad, contigo (y con quienes tú dispongas) estoy muy tranquilo. Tú tienes un certificado de garantía del que otros carecen. Para eso eres premio Nobel de la Paz.

La hora del sacrificio

X, responsable provincial del partido, sacude la cabeza. No puede ser que la vicepresidenta haya dicho lo que cree haber escuchado: «Nos ha llegado la hora del sacrificio a los políticos».

La jefa sigue desgranando sus argumentos, ante el grupo de responsables provinciales, y todo lo que sale de su boca parece respaldar la terrorífica afirmación. Al responsable provincial X, a quien le cuesta mantener la concentración y seguir lo que está diciendo la vicepresidenta, le asalta de pronto una duda sobrecogedora: ¿el «sacrificio de los políticos» puede llegar a significar lo mismo que significa el término cuando se aplica a los ciudadanos? Es decir, ¿de veras alguien prevé para ellos, incluidos los que acaban de ganar elecciones y calientan poltronas protegidas por una mayoría absoluta, recortes y ajustes como los que le toca sufrir a la gente del común? X recuerda espantado las rescisiones de contratos a interinos, los miles de becas canceladas sin previo aviso ni explicación o los salarios con rebajas del 30 por ciento (o más) que han pasado a remunerar el trabajo de tantísimos de quienes todavía lo conservan. ¿Quiere decir la vicepresidenta que ese tipo de cosas atroces pueden pasarles ahora a ellos, a los que le esperan en la agrupación provincial para que les cuente el contenido de la reunión, a él mismo que se ha partido los cuernos por sus siglas, en el entendimiento y la creencia de que en política, como en los Marines, y salvo que uno cayera en desgracia, no se dejaba jamás a nadie atrás?

No puede ser, o no oyó bien o no lo está entendiendo. Lo que la víspera dijo la vicepresidenta, ante los periodistas y a la salida del consejo de ministros, era completamente lógico y tranquilizador. Para empezar, no hay mejor manera de despistar que presentar un tocho de informe, de esos que no se lee nadie. Si después uno da una bonita cifra que nadie podrá verificar jamás, y

explica que es el resultado de decenas de medidas, muchas de ellas referidas a organismos abstrusos o marginales, en su mayoría competencia de otros, a quienes se les pasa elegantemente la pelota, he ahí la cortina de humo perfecta; el «cambiemos algo para que todo siga igual». O en el peor de los casos, vamos a librarnos de lo que no nos importa, y a los que sobren, aprovechando que desde hace años no se contrata a nadie, se los utiliza para cubrir bajas en otros sitios.

En un par de años, todos recolocados y aquí paz y después gloria. Lo que cuenta es que el titular ya está dado y vendido a los electores. Que los sobrantes sirvan de algo o no en los puestos que se les destine a cubrir sabe X que no tiene mayor importancia. Cuando en su ayuntamiento se eliminaron los servicios funerarios, recolocó a los sepultureros como auxiliares de biblioteca. Y nadie se ha quejado por recibir su *Harry Potter* o sus *50 sombras* de las mismas manos que antes echaban paladas en la fosa.

Por eso, la rueda de prensa le había dejado satisfecho: un paripé más, para echarle carnaza a la ciudadanía indignada, y de paso malquistarla con alguna autonomía desafecta que se negaría a hacer los ahorros propuestos por el gobierno. Pero ahora, de pronto, la mirada febril de la vicepresidenta le hace correr un escalofrío por el espinazo. A veces, aunque no es frecuente, hay en política gente a la que se le ocurre hacer algo que no estaba en el guion. Gente con ganas de pasar a la Historia, y a la que los usos y los protocolos establecidos le dan igual. ¿Y si la jefa es una de esas personas? ¿Y si lo que ha dicho va en serio, y dentro de nada él se ve obligado a mirar a militantes leales a la cara y decirles: «fulanito, de verdad que lo siento»?

No, no puede ser. El responsable se niega a creer tal cosa.

Fouché en Soto del Real

Aventura Stefan Zweig que quizá el más fascinante de todos los animales políticos que dio la Revolución francesa fue Joseph Fouché. Antiguo profesor de un colegio de frailes, y de humildes orígenes, tras officiar como revolucionario, significándose en uno de los más violentos episodios protagonizados por la Convención, el escarmiento infligido a la reaccionaria ciudad de Lyon (hazaña por la que sería conocido como *El ametrallador de Lyon*, debido al procedimiento de eliminación de contrarrevolucionarios consistente en apiñarlos, atarlos y dispararles un cañonazo), fue ministro de policía sucesivamente con el Directorio, el Consulado, el Imperio y aún siguió ejerciendo el cargo con la restauración borbónica al servicio de Luis XVIII. No fue óbice para esto, por increíble que pueda parecer, visto desde nuestros días, que hubiera votado a favor de la ejecución de Luis XVI, descabezado en la guillotina como el simple ciudadano Luis Capeto.

Siempre de forma sibilina, se enfrentó a Robespierre y fue este el que acabó en la guillotina;

hizo lo propio con Napoleón, en diversos momentos, y aunque en alguna ocasión el corso lo destituyó y desterró, porque Bonaparte era demasiado Bonaparte para aguantar díscolos, cuando el emperador partió al exilio definitivo Fouché se quedó en el ministerio con la bendición de la nuevamente restaurada monarquía. Incluso desposó a una condesa de rancio abolengo (él era duque de Otranto, pero por designación napoleónica) en una ceremonia religiosa que siguió arrodillado y sin pestañear, él, que apenas veinte años atrás había hecho derribar todas las cruces de Lyon a mazazos. Según decían, el secreto de su supervivencia era doble.

En primer lugar, y al calor de sus cargos provinciales y de los que ocupó en el gobierno central, se había asegurado de convertirse en millonario, detrayendo los fondos de ese manantial clásico para tantas fortunas que son los suministros públicos deficientemente fiscalizados. Con esos fondos podía comprar toda clase de voluntades, además de conservar en todo momento una eficaz red de espías. En segundo lugar, y desde su sillón de ministro de la policía, por donde pasaban todas las informaciones sensibles y las miserias de todo el mundo, se había provisto de un formidable arsenal de papeles comprometedores, con los que intimidaba al más pintado. Cuando alguien quería acabar con Fouché, lo primero que debía sopesar era qué podía Fouché tener sobre él en sus archivos, y en qué medida podía salir a la luz si el todopoderoso ministro se veía contrariado en algo. Gracias a ese doble seguro de vida, Fouché se las arreglaba para salir una y otra vez airoso.

Incluso jugó su baza con Napoleón, aunque a punto estuvo de costarle el pescuezo, por lo que su mujer decidió hacerle entrega al emperador de todos los papeles comprometedores sobre él y su familia, que nunca vieron la luz. Más allá de este episodio, sus papeles y sus millones siempre impidieron que Fouché cayera demasiado en desgracia, incluso cuando la ola le era contraria, cosa que sucedía muy rara vez, porque ya se las arreglaba para estar, siempre que podía, del lado del vencedor.

Al final de su vida, sin embargo, Fouché hizo algo que sus biógrafos no terminan de comprender. Desterrado en Trieste, enfermo y abatido, antes de morir se deshizo de los papeles con los que tanto había amenazado y desistió de dejar a la posteridad sus memorias, que todos esperaban llenas de revelaciones.

En Soto del Real duerme ahora un millonario que iba por ahí como Fouché, armado con unos papeles. La duda es si, como el duque de Otranto, desistirá de jugarlos o si, después de todas sus añagazas, no tendrá ni siquiera ese postrer gesto de dignidad.

Salvar al soldado Snowden

El soldado Snowden ha quedado atrapado tras las líneas enemigas. En un aeropuerto ruso, nada menos. En tiempos de la Guerra Fría, esto habría tenido otro sentido, muy distinto: un héroe

yanqui retenido por los comunistas. En los tiempos actuales, los de la Guerra contra el Mal, que viene a ser algo parecido a la ducha escocesa, frío y calor alternos (hoy damos ayuda humanitaria, mañana mandamos un dron armado con misiles Hellfire para abrasar todo lo que haya vivo en una aldea), Snowden es un autoproclamado patriota americano, considerado por su gobierno como traidor, al que el ruso Putin quiere sacarse de encima, salvo que se avenga, le ha dado a entender, a dejar de atacar a Estados Unidos.

Para entenderlo casi hace falta un mapa.

Ahora bien, que la situación sea surrealista y que todos los papeles estén trastocados o confundidos no merma el drama. Snowden es, en efecto, un soldado: incluso pagó en su día el peaje de partirse las dos piernas por querer serlo, que es más de lo que muchos de los chupatintas que lo han declarado proscrito, con el presidente a la cabeza, pueden decir: como mucho, alguna vez se habrán cortado con un folio. Y atrapado está en ese limbo de la zona de tránsitos del aeropuerto moscovita de Sheremétievo, del que, o bien parte hacia un destino en el que previamente se le haya asegurado la inmunidad, o pasará a ese otro limbo que ya han probado los talibanes guantanameros y su predecesor el soldado Manning, y donde todos los derechos constitucionales se convierten en teorías improbables. A merced de esas mismas fuerzas oscuras contra las que quiso alzarse y luchar.

Su historia, desde luego, es extraña y no deja de ofrecer algún pie a quienes lo consideran un espía, enemigo de su propio país, que se ha inventado esa cruzada en defensa de los derechos de los norteamericanos contra los abusos gubernamentales para lanzar una cortina de humo sobre sus verdaderos propósitos. Sin embargo, esa interpretación no es muy coherente con su sacrificio anterior, ni con la soledad cósmica en que se halla en la terminal aeroportuaria. Si hubiera espiado por cuenta de alguien, en el pack suele ir la ayuda pertinente para salir de los atolladeros a los que el espionaje pueda conducir. Y ninguna potencia de las que verdaderamente lo son (ni los chinos, ni los rusos) ha hecho otra cosa que ponerse de perfil y aguardar a que pasara de ella el cáliz que representa el exsoldado y excontratista de la CIA Edward Snowden. El tipo que se molestó en juntar pruebas de lo que cualquier usuario de las grandes herramientas sociales y de comunicación de internet debía como poco sospechar: que tales megacentrales de almacenaje de intimidades sólo podían funcionar con alguna suerte de arreglo con el gobierno norteamericano para cederle su potencial.

Hay gente que se manifiesta por él en Berlín. Desde la embajada ecuatoriana en Londres, otro conspicuo atrapado, Julian Assange, se solidariza y le da el apoyo de su organización Wikileaks. La exespía rusa Anna Chapman le ofrece casarse con él. A los efectos que a Snowden le interesan, salir de la ratonera de Sheremétievo para ir a algún lugar donde no tenga que vestir un mono naranja, se trata de ofrecimientos tan eficaces como pudiera serlo una invitación a participar en la próxima edición de Gran Hermano. Para salvar al soldado Snowden del agujero en que lo enterrarán aquellos contra los que combate por la causa de los derechos humanos, lo que se necesita es alguien que le ponga la pasarela que lo saque de Moscú.

Si esto fuera una película de Hollywood, aparecería Tom Hanks, con su limpia e inapelable mirada azul. La realidad tiene menos presupuesto, y al *casting* se han presentado Evo Morales, Daniel Ortega y Nicolás Maduro. En fin, es lo que hay.

Hombre al agua

Luis embarcó un día lejano, hace ya muchos años. Se incorporó a la tripulación como suelen quienes no tienen experiencia ni edad: como simple grumete. Lo pusieron a trabajar con un viejo marinero, que le enseñó a realizar algunas tareas poco visibles, pero imprescindibles para la flotación del barco. No se trataba de un trabajo fácil, de hecho implicaba remangarse y descender a profundidades de las bodegas hasta las que no bajaba nadie más. Pero Luis tenía madera, y la determinación que hacía falta para afrontarlo. Se hizo con el puesto, se ganó la confianza de sus superiores y en esos menesteres fue pasando la vida. Cumplió años, decenios, incluso acabó peinando canas.

El viejo marinero que le había adiestrado en el oficio de mantener a flote la nave, al ver que había alguien perfectamente capaz de sustituirle, acabó jubilándose. El tipo que en ese momento ocupaba el camarote del capitán (un habitáculo cuyos inquilinos van y vienen, supuestamente deciden adónde va el barco y unas veces lo llevan a puerto y otras a pique) era de esos que tienden a complicarse lo justo. Como había visto que Luis tenía maña para la tarea, le encomendó la responsabilidad.

Para entonces Luis era un tipo curtido y templado, familiarizado con los gajes y las durezas de su cometido, por lo que aceptó el cargo sin inmutarse. Cuando le anunciaron que como premio a sus servicios le iban a poner galones (senador, le dijeron) se lo tomó igual: sin dar rienda suelta al entusiasmo.

Él era así. Se enfrascaba en su tarea, que cumplía con rigor y pulcritud (y que de hecho venía a convertirle en el único hombre realmente indispensable a bordo); sin pretender caerle bien a nadie y sin esperar que nadie le ayudara con los embolados que cada día le tocaba torear. La paga, sin ser mala, podía ser mejor, pero Luis no era de esos que esperan que otro les reconozca o retribuya en lo que valen. Había forjado su carácter en la autosuficiencia y, al tiempo que hacía lo que se esperaba de él, se cuidaba de procurarse por sus propios medios la recompensa que sus desvelos merecían. Quizá no todos pudieran entender ni aprobar los métodos que empleaba, pero Luis estaba tranquilo: los demás no tenían ni la menor idea de lo que sucedía en el fondo de las bodegas, quien allí moraba tenía su propio código y no experimentaba ninguna necesidad de responder de él ante otros. Y menos ante aquellos que nunca habían bajado hasta allí.

Un día hubo un accidente y Luis acabó en el agua. Primero el capitán mandó que le arrojaran un salvavidas, y el primer oficial, complaciendo a su superior, le echó el mejor que tenían. Agarrado

a él, Luis pidió que lo izaran, pero por alguna extraña razón que tenía que ver con ciertos cálculos de capitán, lo dejaron ahí, en el agua, unido al buque por un cabo con el que lo remolcaron durante un tiempo. Más adelante, alguien descubrió algo de los manejos ocultos de Luis, y aunque eso no cambió inmediatamente la situación (el barco seguía remolcándolo, agarrado al salvavidas) poco después los acontecimientos se precipitaron. Primero el capitán ordenó retirarle el salvavidas, dejándole como única ayuda el cabo al que se aferró con todas sus fuerzas. Luego el capitán mandó cortar el cabo, lo que acabó con la paciencia de Luis, que se revolvió, furioso y ofendido.

Y así llegamos al alucinante momento actual de la historia. Desde el agua, nadando ferozmente para seguir a flote, Luis amenaza y pide el respeto debido por sus servicios. Desde cubierta, sus antiguos compañeros han empezado a cañonearle. Lo más desconcertante del caso es que, antes de caer al agua, Luis cogió, y mantiene a buen recaudo, el cuaderno de bitácora. Qué espera el capitán poder hacer sin él, queda en el misterio.

Impasible el ademán

Se han filtrado unos papeles, cuyo contenido es ominoso. De momento sólo son fotocopias, pero algunos de los apuntes que en ellas constan han sido reconocidos por sus perceptores como indicativos de cobros efectivamente realizados, en las fechas que allí se consignan. Esas confirmaciones podrían sugerir que otros apuntes, impresentables, son también ciertos.

No pasa nada. Nunca pasa nada. De momento esos papeles no tienen autor, aquel a quien se atribuyen no los reconoce, no son más que fotocopias, bien podrían ser una fabricación a posteriori. Lo impresentable no lo es tanto si puede diluirse con todas estas objeciones su supuesta veracidad. Basta con hacer una comparecencia a puerta cerrada, sin preguntas y retransmitida en una pantalla de plasma a los periodistas acreditados. En dicha comparecencia se niega todo, «salvo alguna cosa» que se corresponde con lo que los interesados ya han admitido, y aquí paz y después gloria. Es verdad que eso de responder en formato bidimensional y a la cuestión que uno mismo se formula, en vez de exponerse a las de otros, queda un poco chusco. Es verdad que los periodistas así ninguneados, burlados y reducidos a la condición de telespectadores montan en cólera, y que la dichosa pantalla de plasma se convierte en el chiste estrella de todos los humoristas durante las semanas y los meses siguientes.

Pero no pasa nada. Nunca pasa nada. No hay más que resistir el chaparrón y seguir adelante como si tal cosa. Siempre se acaban cansando. «El tiempo y yo contra dos», que decía Felipe II. Y si además del tiempo uno cuenta en su favor con una mayoría absoluta, poco pueden unas quejas y un puñado de gags.

Pasan los meses. Alguien entra en la cárcel y a partir de ahí empiezan a torcerse las cosas. Aparecen los papeles auténticos y quien hasta entonces negaba su autoría la asume. Se filtran

mensajes de texto que le vinculan con el que en su día, desde la pantalla de plasma, rechazó tener nada que ver con el asunto. La jauría vuelve al ataque con bríos renovados, declara inservibles las explicaciones previas y exige otras acordes con los nuevos hechos. Sobre todo, con el más aparatoso: el hombre que hasta ahora callaba, y con el que no habían llegado a volarse del todo los puentes, se ha puesto a vomitar datos y acusaciones, lo que en veinticuatro horas le ha privado de los abogados que le defendían a expensas de aquellos a quienes ahora señala con el dedo. Ya no hay miramientos entre uno y otros: él los acusa de tramposos, ellos lo llaman delincuente y presidiario.

El viraje, desde luego, resulta llamativo; a cualquiera podría pesarle, además, el hecho de que el soplón sea alguien que durante tres décadas movió los entresijos del tinglado contra el que dirige ahora su denuncia. Pero no hay que ponerse nervioso. El truco es permanecer impasible y no retratarse más de la cuenta. Basta con aprovechar la primera ocasión en que no haya más remedio que decir algo, por ejemplo la visita de un homólogo polaco, para leer una declaración elaborada al efecto donde se eluden los pormenores y se carga el énfasis en un abstracto y nada comprometedor rechazo del chantaje como estrategia.

Otra vez se suben los perros de presa por las paredes. Ladran, ridiculizan, anuncian mociones de censura. No pasa nada. Nunca pasa nada. Las vacaciones están ahí encima, los chistes se gastan. Y ninguna moción prospera desde la minoría.

Sin embargo, esta vez el cálculo falla. Los espectadores cuyo criterio determina la función, los todopoderosos mercados, representados por sus apóstoles en la Tierra, los bancos de inversión, arrugan el entrecejo. Habrá que salir y explicar algo.

Y es que nunca pasa nada. Hasta que pasa.

Deseo de ser otro

Este hombre desearía ser cualquier otro hombre. Desde que su reloj se paró, a las 20.40 de un 24 de julio, se encuentra en la peor compañía que un ser humano puede imaginar: la de sí mismo, cuando uno ha fallado y el fallo no tiene remedio.

Este hombre desearía ser, por ejemplo, cualquiera de los vecinos del lugar de Angrois que en cuanto se percataron de lo sucedido corrieron a auxiliar a las víctimas, les llevaron mantas, abrieron sus casas de par en par a los servicios de emergencia. Nadie quiere que ocurra algo así, nadie lo quiere justamente donde vive, pero quién no desearía estar en disposición de recordar, una vez que la tragedia le alcanza, que estuvo allí, a pie firme, contribuyendo a aliviar el dolor de las víctimas y poniendo para ayudarlas lo poco que tenía, sin escatimar nada.

Tampoco le importaría ser cualquiera de los bomberos, policías municipales y nacionales o guardias civiles que acudieron al lugar del accidente y a los que el mismo ministro que a él le

atribuye indicios racionales de delito felicita como héroes de la jornada. Puestos a elegir, le gustaría ser ese guardia civil que ha salido en el periódico y que estuvo consolando a una mujer atrapada bajo un vagón durante el tiempo que tardaron en liberarla, que luego encontró a su hija quinceañera herida en el accidente y finalmente acudió a la UCI para visitar a la mujer y decirle que la chica estaba bien y recibir su gratitud inextinguible.

Y qué decir de los médicos, enfermeras, auxiliares, conductores de ambulancia, que en las horas inmediatas al descarrilamiento lograron arrancar de las garras de la muerte a decenas de personas. Cuánto desearía, en vez de recordar lo que tiene que recordar (y desde donde tiene que recordarlo), sentir el agotamiento tras las horas de trabajo a destajo de todos esos profesionales admirables, incluidos los que estaban de vacaciones y volvieron de ellas, o los que estaban en paro y después de arrimar el hombro debieron regresar a la zozobra de la falta de nómina. Cómo desearía estar en su lugar, mirando desde un sillón en el salón de la casa acaso hipotecada, acaso a punto de dejar de ser suya, los telediarios que reproducen la tragedia.

¿Puede alguien albergar alguna duda de que él, de haberse encontrado en el lugar de cualquiera de todas esas personas, vistiendo el uniforme u ostentando la responsabilidad correspondiente, no se habría fajado por las víctimas? Y aunque no puede imaginarse investido de las más altas dignidades del Estado, tampoco le haría ascos a ser el rey, o el príncipe, que en compañía de sus regias consortes fueron a ver a los dolientes para consolarlos y recibir sus aplausos. Si una corona adornase o pudiera adornar en un futuro su cabeza, no habría hecho menos esfuerzo, ni menos sincero, por paliar el dolor de la gente. Habría confortado a todas las víctimas, una por una.

Pero él es quien es. El que tuvo la distracción fatal. O al menos, el que no puede cargársela a otro. Él iba en la cabina. Él debía haber puesto el tren a 80. Él omitió hacerlo. Él, en la desesperación del momento, se achacó la culpa del desastre. Está grabado, publicado, lo han repetido hasta la saciedad.

Tampoco es improbable que haya deseado ser alguna de las personas que, teniendo alguna responsabilidad en el funcionamiento del tren y de la vía, se han podido permitir cargarle a él la mortandad. Sin más, antes de investigar si falló algo más que la atención que él debió haber puesto, y sin pensar ni por un segundo que no es muy elegante que el capitán de un barco entregue a ninguno de sus marineros, ni siquiera al timonel.

El maquinista desearía ser otro porque sobre nadie más parece recaer la carga de 78 muertos. Porque a nadie le importa su dolor o el de su familia. Porque al señalado como culpable y a los suyos se les niega, siempre, el derecho a ser compadecidos.

Varas de medir

Supongamos que te llamas Marcia, o Gladys, o Jacqueline, y provienes de alguno de esos países

de Sudamérica a cuyos nacionales les exigen visado para entrar en España. Alguien te ofrece un puñado de dólares por jugártela pasando unos cuantos cientos de gramos de cocaína en bolas alojadas en tus intestinos. Como ese día no estás precisamente iluminada por la Providencia, vas y aceptas. El primer escollo que hay que resolver es el del visado, pero de eso ya se ocupan los que te hacen el encargo y van a utilizar tu cuerpo como contenedor de droga. Con los papeles arreglados, pues, embarcas en el avión y te dispones a afrontar el vuelo más penoso y funesto de tu vida.

Tras disfrutar de las delicias de la clase turista durante las diez horas largas de rigor, toca descender del avión y enfrentarse a la gran prueba: el escrutinio de los guardias que observan con atención la salida del pasaje buscando justo tu cara, la de la persona que va pálida, sudorosa y a punto de desmayarse. Te ubican enseguida y te piden que salgas de la fila. En ese momento te derrumbas y te entra el pánico. Sabes que llevas en las entrañas una bomba de relojería, lo cantas todo y pasas aún unas horas de angustia hasta que te deshaces del cargamento mortal. Te llevan ante el juez y del juez a la cárcel, sin fianza. No tienes arraigo en el país, tu riesgo de fuga es alto, etcétera.

En espera de juicio pasas los meses siguientes, hasta que te cae tu condena: si eres una Marcia, una Gladys o una Jacqueline a la que juzgaron a comienzos del siglo XXI, puedes llegar a comerte siete u ocho años de prisión, día por día. Si tu viaje lo haces en este 2013, han suavizado la ley, pero los años de cárcel no te los quita nadie. Los cumplirás del primer día al último, y una vez pagada tu condena te devolverán a tu país.

Supongamos en cambio que eres un José, Manuel o Daniel que después de la jubilación decides pasar a Marruecos. Si vas a vivir de modo permanente necesitarás un permiso de residencia, pero si vas y vienes, entras y sales, con llevar tu pasaporte español en regla te vale: como ciudadano de país pudiente, nadie, salvo algún gobierno maniático, tiene el mal gusto de exigirte un visado. Cruzas la frontera sin más, buscas una casa donde instalarte y allí te dedicas a lo que constituye el objetivo de tu viaje, y que no es ni más ni menos que levantar niños desvalidos para abusar de ellos. Coincide que hay un montón de niños desvalidos disponibles y que te entregas a la tarea con entusiasmo, lo que pronto eleva a una decena la nómina de tus víctimas.

Pero he aquí que te pillan, te interrogan y desafortunadamente te imputan todos y cada uno de los delitos, con el respaldo de los vídeos que tú mismo grabaste mientras cometías los abusos. De lo que se desprende una abultada condena de treinta años que empiezas a cumplir en las nada benignas ni hospitalarias cárceles marroquíes. Parece que la suerte te ha abandonado y vas a pudrirte en el agujero al que has ido a parar, donde purgarás con largueza todas tus culpas. Sin embargo, tú dispones de bazas que la reclusa anterior no puede ni soñar.

Por arte de birlibirloque, debido a las buenas relaciones entre los dos monarcas, el que ocupa el trono de tu país y el que se sienta en el de Marruecos, te hacen objeto de una gracia real que te pone limpio de polvo y paja en la calle. Sin necesidad de depositar fianza alguna, sin tener que

acreditar tu rehabilitación, nada. Tú eres uno de los afortunados para los que existen los Reyes Magos, que no son esos en que creen los niños, sino los que pueden convertir a un presidiario en un hombre libre.

Mientras tanto, Marcia, o Gladys, o Jacqueline, siguen apurando su condena. Sin que nadie, en el pudiente país que las tiene encerradas, piense ni por un momento en indultarlas.

Facebookiller

Para empezar, tienes que estar un poco tarado. Sólo esa condición explica que hayas llegado a tal extremo en el vicio de exhibir lo que la sensatez aconseja ocultar. Ya lo dijo el gran filósofo del siglo XXI Luis Bárcenas, cuando le preguntaron por qué no había dicho nada a Hacienda de sus millones en Suiza: «Por sentido común». También dijo más cosas, y las que le quedan por decir, pero eso es de otro cuento y debe ser relatado en otra ocasión.

Los protagonistas de este, además de esa tara del exhibicionismo, se las han arreglado en el camino de la vida para sumar unas cuantas más, de incierta genealogía. En algún caso, muy incierta: verbigracia, qué estropicio hay que sufrir en la cabeza para hacerse neonazi en Rusia, después de que los inolvidables tanques de Adolfo le pasaran a tu país por encima y enviaran al último viaje a veinte millones de compatriotas. Como decía el torero, hay gente para todo y, si quieres una prueba, mírales la jeta y el porte a estas criaturas mientras posan para su Facebook. El lugar donde como buenos tarados quieren dejar constancia de su hazaña, fiados a una impunidad y mostrando una arrogancia que en ningún tiempo ni lugar, por más que haya indicios que sugieran lo contrario, resulta aconsejable. Puede que Putin sea homófobo, que las leyes de tu país sean benévolas con tu vicio, pero torturar hasta la muerte a un ser humano es proeza que no conviene fotografiar. Que el futuro es muy largo, te persigue siempre, y te alcanza siempre en el momento de la condena y la muerte.

La pregunta es por qué sienten la pulsión de retransmitirle al mundo su sórdido espectáculo. La misma pregunta que cabe hacerse con este otro hombre que resuelve asesinar a su mujer y aprovechar también el socorrido escarapate de Zuckerberg para promocionar con alcance planetario su alarde vengativo. Cabe conjeturar que a miles de kilómetros de distancia unos y otro, los neonazis rusos y el parricida norteamericano, son subproductos especialmente degradados de esa cultura de la autoproyección que, basada en la ilusoria condición de personaje público que potencialmente está al alcance de cualquier internauta, lleva a competir por la atención ajena (y lejana) de maneras cada vez más descabelladas. Unos y otro responden al reto que les lanza la red, la de redes y la social por antonomasia, por más que insista en predicar al usuario, no se sabe con qué sinceridad, que el artilugio sólo es apto para hablarse con sus parientes y amigos:

proyéctate al mundo, sé alguien, logra que todos hablen de ti, conviértete en *trending topic*, explota y hazte global.

Bien, no cabe duda de que lo han conseguido. La máquina ha funcionado. Todos hemos visto sus caras. Todos conocemos su historia. Todos los despreciamos, aborrecemos, etcétera. Pero desde sus fotos, que congelan el siniestro instante socializado, ellos sonríen, impertérritos. Famosos, relevantes, globales.

En otra época, sin esas herramientas, no habrían pasado de ser pasto de un suelto de página par en una gacetilla local. Tanto gasto, tanta crueldad, tanta abyección, para no conseguir ir más allá de la liga de la comarca. Ahora juegan en la Champions. Con Jack el Destripador, el Carnicero de Milwaukee o el Vampiro de Düsseldorf. Bueno, al menos es así por unas horas. Ya se está gestando el próximo *trending topic*, y hay millones de tarados urdiendo o ejecutando burradas para adjudicárselo.

A estos *facebookillers*, la red social les proporciona una plataforma de producción para *snuff movies* de bajo presupuesto y alcance mundial, que acumulan de forma fulgurante millones de espectadores. Cabe preguntarse si sus accionistas no van a pedirle nunca a quien la gestiona que tome alguna medida para que su dinero no sirva para darles alas y altavoz a las miserias de esta gentuza. Seguro que hay un algoritmo para evitarlo.

Yo no sabía nada

Es lo que pasa cuando te cita un juez como testigo: que hay que decir algo, y que ese algo no puede ser una mentira, porque como imputado te sale gratis, pero al llamado a prestar testimonio sin imputación de por medio se le exige decir verdad. Si uno larga una trola, certificada por secretario judicial, y a posteriori se demuestra que lo fue, vienen curvas y de las malas.

Una desairada coyuntura, para quien acude al llamamiento sin posibilidad de rebatir indicios que ya obran en el sumario y sin que le quepa, por razones superiores, agachar la testuz y corroborarlos. Lo malo de los interrogatorios judiciales es que tienden a ir al detalle que le hace a uno más frágil, y si su señoría es aplicado, y este lo parece, pregunta teniendo en la cabeza todos los folios de la instrucción, mientras que el testigo sólo cuenta con lo que devuelve una memoria menguada por los años y por los vanos de su conciencia. Hay cosas que se recuerdan todas revueltas, imposibles de discernir. Y otras que en su día se prefirió vivir por encima, sin implicarse mucho, reservando la mente y las energías para tareas más gratificantes y vistosas.

Lo más antipático de acudir a cantar la lección ante los togados es que nunca le preguntan a uno por los temas que se sabe de carrerilla y le encantaría recitar, sino por esas oscuras páginas de los apéndices del temario, esas a las que nadie presta atención y que, si alguien llega a leerlas, son las primeras que desaloja de la memoria para ocupar en otros menesteres las neuronas.

En cualquier caso, no se puede desatender la citación del juez. Es más, conviene hacer ver que se acude de buena gana y mejor disposición a colaborar con la justicia, aunque en ese momento uno prefiriera ir a que le sacaran una muela y que de la faena se encargara un chimpancé con un destornillador. Toca hacer el paseíllo a la puerta del juzgado, que uno lleva con el mayor aplomo posible, sugiriendo que va porque es su deseo y que nada tiene que ver con el que lo hace como sospechoso, pero que en lo externo apenas se distingue del paseíllo de los presuntos. Luego hay que sentarse delante del magistrado y tener algo que responder a las preguntas que irá formulando.

Llegados a este instante, el del horroroso dilema, es el momento de desenfundar el arma que uno trae para enfrentar este marrón. No es de gran calibre, y al testigo le tiembla el pulso al empuñarla, pero no tiene más remedio: hay que sacarla a la primera pregunta, y mantenerla ahí durante todas las que vengan detrás, sin dejar que el recelo con que será acogida merme el ánimo ni la resolución de aferrarse a ella hasta el final. El arma del testigo se resume en cuatro palabras:

«Yo no sabía nada». Y viene cargada con una única munición: «Quien se ocupaba era él». Él, naturalmente, es el caído, el amortizado, el cortafuegos. Que quien así testifica fuera el jefe del inculcado, el responsable de la gestión, por encima del habitante del córner al que se despejan todos los balones, ha de presentarse como una coincidencia irrelevante. Buenos estaríamos si uno hubiera de responder de todos los desatinos y todas las infidelidades de que pueden ser capaces quienes trabajan por debajo de uno en el organigrama. Cada palo ha de aguantar su vela y donde haya un marinero que nadie le pida nunca cuentas al patrón.

La pregunta que le surge al respetable, tras la declaración, es si con esa finta el testigo ha acertado a decir la verdad y eludir la mentira que en este caso resultaría punible. Eso sólo él lo sabe a ciencia cierta, porque sólo él sabe lo que no sabía. Pero no le hace falta no haber mentido: basta con que no pueda demostrarse que sabía algo. La estrategia, aunque parezca chapucera, es la mejor que le cabe, dentro de las circunstancias.

Que con ello quede desacreditado como jefe es un mal inevitable y menor. Escurrir el bulto es, ya, el deporte nacional.

Al pie de la ladera

Se llamaba Moritz, era alemán, espigado, veintiún años. Debía de ser inteligente, uno de los más inteligentes de su clase, porque a otros no les dejan estar ahí, de becarios en la división de banca de inversiones de uno de los primeros bancos del mundo, percibiendo por la becariedad no la limosna o la palmada que en otras latitudes suele llevar aparejada, sino la contundente cifra de 2.700 libras esterlinas equivalentes a 3.215 euros.

Y algo más. Poniendo esa pica en la City, Moritz emprendía el ascenso de su *ochomil* particular. Siempre se empieza por poco, en categoría y sueldo, pero si uno muestra que vale, año

tras año, ambos conceptos inician una progresión geométrica que puede hacerte millonario a los treinta y mandarín de las finanzas, con ambos pies y la cuenta corriente fuera del mundo real, antes de doblar la esquina de las cuatro décadas. Antes de los cincuenta, si uno aguanta y es de veras un superdotado en el arte de traficar con el dinero de los demás, bien puede suceder que el único límite sea ya el cielo. En esa hipótesis lujuriosa, Moritz podría haber juntado un apartamento tamaño frontón en la Gran Manzana, otro equivalente en Londres, una mansión en la campiña inglesa y el casoplón que hubiera querido, para epatar a los vecinos, en su Alemania natal, con un Bugatti o un Rolls a la puerta de cada uno de ellos y chófer al volante. O lo que sea que se necesite dentro de treinta años para hacerles ver a los demás que habitas en otra galaxia, muy lejana de la pista polvorienta por la que ellos se arrastran para cosechar un microsuelo a final de mes. Como Messi, pero sin el coñazo de que en cada esquina te pare un pelma a hacerse una foto contigo.

Sin embargo, ah, sin embargo. Resulta que no todos los cuerpos ni todas las mentes están programados de fábrica para pagar el peaje que el alpinista debe asumir en su ascensión al Valhalla de los especuladores financieros. No es suficiente tener buena cabeza para aprenderse las triquiñuelas esotéricas con las que el dinero deja de ser el fruto del trabajo (o del pillaje, qué más da) de otro para convertirse en una sustancia infinitamente moldeable, transmisible y teletransportable de uno a otro punto del planeta; de la *commodity* X a los bonos emitidos por Y, de los futuros sobre las acciones de Z a las cuotas participativas sobre los derechos de cualquier índole a los que quepa atribuir valor económico y señalarles cotización, oficial u oficiosa. No basta con manejar todas estas nociones en el límite, allí donde se convierten en pura magia o en puro cuento, según la fe del que lo enjuicia, en esa zona oscura donde el bien se funde con el mal, los bancos quiebran y los países entran en *default*.

De hecho, al pobre Moritz apenas le dio tiempo a atisbar en la distancia todas esas naves ardiendo más allá de Orión. Era un androide Nexus con algunas piezas descompuestas, con una fecha de caducidad muy anterior a la de su teórico diseño; lo malo es que él no lo sabía y se aplicó a la tarea como el resto de los becarios. Por eso, aquel verano fatídico, mientras otros jóvenes alemanes de su edad, los que estaban condenados a llevar una vida gris con un salario de mierda durante las seis décadas de vida que les restaban de promedio (con veranos en Magaluf o Benidorm en lugar de cazar elefantes en Zimbabue o llevarse a los ligues a un islote de Vanuatu), se daban a la cerveza y la molicie, él empalmaba jornadas de veintiuna horas sin pestañear, escrutando los arcanos que llenaban su pantalla y urdiendo para sus jefes las kilométricas hojas de Excel que decretan la TIR de un negocio y el ser o no ser de los humanos invisibles que se afanan ciegamente al otro lado de las luminosas cifras.

Y de pronto, el juego viró y fue el no ser del propio Moritz. Su corazón reventó. Nadie le había dicho, seguramente, que por cada alpinista que pisa cima hay unos cuantos que quedan al pie de la ladera.

El amor según Kim

La historia tiene todos los mimbres para resultar increíble, lo que en ese estrafalario lugar de la Tierra que responde al nombre de Corea del Norte puede ser un argumento en favor de su verosimilitud. Los hechos vienen envueltos en el aura neblinosa que impregna todo lo ocurrido dentro de las herméticamente cerradas fronteras del país asiático, pero, ateniéndonos al relato de una de las fuentes más próximas a la noticia, el *South China Morning Post*, la cantante norcoreana Hyon Song-woi y once compañeros de su conjunto musical, la orquesta Unhasu, habrían sido ajusticiados por el delito de grabar vídeos pornográficos con destino a su venta. Alguno de esos vídeos, supuestamente, habría llegado a ser distribuido en el mercado chino.

Éstos son los hechos, en su escueta y desconcertante desnudez. Pero, como suele suceder con todas las historias, la gracia (la maldita gracia, en este caso) está en las circunstancias, en los detalles y en lo que, sin contarse, se deja entrever.

Las circunstancias son que Hyon Song-woi fue hace diez años la novia del supremo líder norcoreano, Kim Yong-un, quien a la sazón no era aún supremo líder, sino hijo de su papá el supremo líder anterior. Este no vio con buenos ojos el noviazgo y lo abortó, lo que llevó al matrimonio de Hyon con un soldado (se desconoce de qué graduación) y de Kim con otra cantante de la misma orquesta, Ri Soi-ju. Llegados a este punto uno experimenta la primera punzada de perplejidad: para qué tanto empeño en impedir la relación del chaval con una cantante si el resultado había de ser el matrimonio con otra del mismo grupo. Y la perplejidad da paso al estupor cuando se añade el detalle de que, según los rumores del lugar, Kim y Hyon, pese a su doble enlace con otra gente, siguieron manteniendo su relación.

Los detalles, según refleja la prensa china con espeluznante frialdad, comienzan con el procedimiento de ejecución: Hyon y sus compañeros de orquesta y filmaciones cayeron abatidos por disparos de armas automáticas. Continúan con el público asistente a la ceremonia: las familias de los ejecutados. Y culminan con un epílogo digno de pasar a los anales de la crueldad humana: el envío de los familiares, aún con el ametrallamiento de los suyos reciente en la retina, a campos de concentración.

Aunque lo realmente jugoso es lo otro, lo que las informaciones no cuentan pero la imaginación calenturienta de quien escucha la historia no puede evitar representarse y rellenar. ¿Cómo debía de sentirse Hyon en los momentos dulces, cuando disponía del inconmensurable privilegio de ser objeto de los favores del hijo del supremo líder, poco menos que un semidiós a ojos de sus compatriotas? ¿Cómo fue el tránsito de semejante distinción a la condición de esposa de un militar de rango desconocido? Y si los rumores son ciertos, ¿cómo vivió la doble vida, la esquizofrenia de ser al mismo tiempo la consorte de un don nadie y la reina secreta del lecho del dueño de su país y de la vida, la hacienda y la mente de todos sus compatriotas?

Y lo más intrigante viene a partir de aquí. ¿Cuándo, cómo y por qué vio Kim los vídeos? ¿Qué

fue lo que le vio hacer en la grabación a su exnovia o aún amante? ¿Por qué le llevó, lo que quiera que viera, a mandar ejecutar no a Hyon y pongamos uno o dos de los miembros de la orquesta, sino nada menos que a once?

Las respuestas a todas esas preguntas son necesariamente perturbadoras y, si la historia es cierta, como su carácter delirante parece sugerir (tratándose de quien se trata), viene a completar el conocimiento de un lugar donde, según informaciones recientes, buena parte de la población es adicta a la metanfetamina de fabricación casera. Cuando el surrealismo es de tal calibre, y se encuentra tan arraigado en el sistema, resulta hasta cierto punto comprensible que uno decida unirse a él.

Rotas las ilusiones

José vuelve a menear la cabeza. Como todos los españoles, ha sentido como un jarro de agua fría la decisión de los miembros del COI de entregarle los Juegos Olímpicos de 2020 a la ciudad japonesa de Tokio. Como todos los españoles, y a pesar de todos los pesares, se había hecho ilusiones. Unas ilusiones que ayer se volatilizaron con esos miserables 26 votos.

Ahora se escrutan las razones del fracaso. Algunos mencionan la poca oportunidad del enfrentamiento estival con los británicos a cuenta de la perdida roca de Gibraltar, y su hipotética repercusión en la votación, a través de la influencia que Gran Bretaña conserva en los países de la Commonwealth y que ya le dio los juegos de 2012 batiendo precisamente a Madrid. Justo lo contrario de lo que ocurre con España y sus excolonias, con las que se agrupa en ese paripé de las cumbres iberoamericanas pero sin gozar, en muchas de ellas, del más mínimo ascendiente.

Otros aluden a la calamitosa situación económica de la capital, atenazada por una deuda que le obligaba a presentar un proyecto basado en un concepto tan poco atractivo para los oligarcas del COI como es la austeridad. De la exigua capacidad de seducción que ese enfoque ejerce sobre los mandamases olímpicos dio buena cuenta la insidiosa intervención del capitán general de la Policía Municipal de Mónaco, Alberto Grimaldi, a quien por los méritos contraídos debería prohibírsele la entrada en Madrid por los siglos de los siglos, incluidos todos sus descendientes y aun en el supuesto de boda real.

Algunos, más malévolos, mencionan las dificultades con el inglés (y con la prosodia, en general) de los portavoces de la candidatura madrileña, comenzando por esa alcaldesa cuyo carisma electivo proviene de una circunstancia matrimonial seguida de un corrimiento de sillas y que nunca se vio en el trance de tener que ganar unos comicios. Y es verdad que ni ella ni los restantes paladines oficiales del proyecto madrileño de 2020, desde un príncipe demasiado forzado a hacer méritos para elevar el crédito dinástico hasta un presidente del gobierno del que

sólo hablan los periódicos del mundo para empujarle a comparecer ante el Parlamento contra su voluntad, supusieron un aliento firme a las aspiraciones olímpicas de la ciudad del Manzanares.

No falta, tampoco, quien alude al deterioro generalizado de la llamada «marca España», que se expresa, entre otros tintes de lustre y grandeza, en una sensación general de insolvencia económica, descontento popular creciente y corrupción política. Haber logrado que Bárcenas fuera casi tan famoso como Gasol, y que las cifras del fichaje de Bale fueran leídas desde fuera en términos de cuántos parados españoles podrían quedar atendidos con esos cien millones de euros, no podía jugar a favor de prender en 2020 la antorcha en mitad de la meseta.

Llegado aquí, José se pregunta si con tantos puntos en contra no fue una especie de alucinación colectiva creerse favoritos. Porque no es nada de esto, que lee en la prensa, lo que él tiene en mente, ante todo, como debilidad de la candidatura de Madrid. Razones personales mandan: José es uno de los investigadores que trabajaron en la operación policial que llevó a la detención de célebres deportistas acusados de dopaje, y que se saldó, básicamente, con disculpas a los imputados y el linchamiento, incluso judicial, de los agentes que se habían limitado a investigar las diversas y coincidentes denuncias que habían recibido. También hubo, cómo no, preguntas incómodas al respecto en la asamblea del COI. De aquellos polvos, estos lodos.

De todos modos, piensa José, las olimpiadas dependen del capricho de cien señores. Rotas las ilusiones puestas en ellos, Madrid vuelve a ser dueña de su destino. A espabilarse.

Una novela epistolar

Querido Mariano:

Te escribo francamente a mi pesar para recordarte que desde hace un año ya no estoy en tratos contigo, sino con una gente algo menos comprensiva que no me permite templar gaitas ni amontonar eufemismos como fue mi costumbre a fin de posponer y enfriar los problemas que a ambos nos conciernen.

He pasado este año como buenamente he podido, más mal que bien, para qué voy a engañarte, pero las cosas se complican, los acontecimientos se precipitan y sobre todo me han dicho que o te escribo para apremiarte o voy a empezar a tener dificultades que no van a gustarme. Sabes que no es mi talante apretar las tuercas, que preferiría marear esto algún tiempo más hasta que escampe y podamos retomar esa sana forma de no entendernos y de ir cada uno por su lado que tan ensayada tenemos y que consiste en decirles tú a los tuyos lo que quieren escuchar, yo a los míos otro tanto, e ir haciendo camino con algo que cada uno pueda interpretar como le plazca y que no termine de comprometer ni de obligar a desdecirse a ninguno de los dos. Vamos, lo que ha venido siendo el consenso de la Transición.

Pero no va más. Me veo obligado a pedirte que te rindas, te apes de todas las posiciones que

has mantenido, te saltes todos tus reglamentos y todas las promesas que hiciste a los tuyos y me entregues sin ninguna condición todas tus armas y bagajes para que yo pueda quedar bien con los míos y para que queden salvaguardados y satisfechos los deseos y sentimientos de los míos a costa de los deseos y sentimientos de los tuyos.

Atentamente, Artur.

Querido Artur:

Acuso recibo de tu atenta carta, que he leído con sumo interés y con la disposición de siempre a escuchar lo que tienes que decirme, así como a entablar sobre las cuestiones que nos atañen el más abierto diálogo. Un diálogo que te planteo sin esas urgencias que muestras en tu carta, porque tenemos todo el tiempo del mundo, y más teniendo en cuenta que las cosas para mí están bien como están y el reloj, como se desprende de tus juiciosas palabras, corre principalmente en tu contra.

Como sabes, no estamos, ni los míos ni yo, en el momento más boyante. He tenido que saltarme otras promesas que hice, me veo obligado a secundar decisiones que me vienen dadas de fuera y tengo algunos asuntos domésticos a medio resolver, lo que me aconseja extremar la cautela a la hora de abrir nuevos frentes, y más si suponen, como lo que me pides, asomarse a lo desconocido y montar un lío de campeonato. En tiempos de tribulación, más vale no hacer mudanza. Bueno, en general, más vale no hacer mudanza salvo que sea estrictamente imprescindible, porque lo de mudar exige esfuerzo y acción y, como dice el Tao, sólo aquel que no hace puede ganar el Universo.

Por tanto, te ofrezco mi más sincera disposición a hablar sobre todo y no darte nada de lo que me pides, sino lo que a mí me parece que puedo hacer por ti (con el esfuerzo limitado que estoy dispuesto a dedicarle a tu petición) y que no tiene nada que ver con lo que tú quieres ni con lo que tu gente te reclama. Para llegar a este punto completamente insatisfactorio para ti y para los tuyos tenemos, como te digo, todo el tiempo del mundo, y no dudes que contarás con mi apoyo para rendirte, volver al redil y ponerte enfrente de esos de los que ahora dependes.

Cordialmente, Mariano.

El ministro y el desamor

Una de las cosas que molan de ser ministro, aparte del chófer, los escoltas, el iPhone gratis y demás gabelas inherentes al cargo, es lo de ir a inaugurar cosas. A veces cortas una cinta, a veces no, pero siempre te colocan en el mejor sitio y puedes salir en la foto con una sonrisa satisfecha, como el benefactor que hace posible que lo que sea suceda o exista, aunque a fin de cuentas sean

los impuestos de los ciudadanos y el trabajo de los funcionarios o de los contratistas lo que permite llevar a cabo la obra, el acontecimiento o el servicio en cuestión.

Por eso debe de resultar muy frustrante que te digan que es mejor que suspendas el acto inaugural, a fin de evitar altercados que personas levantiscas y disconformes con tu gestión podrían provocar si la inauguración se lleva a cabo y que la policía no se siente con medios o con ánimos para sofocar por la fuerza. Sobre todo cuando tú estás convencido de que las medidas que suscitan el descontento de esas personas son justamente las que se necesitan, las que van a procurar que un sistema que lleva décadas fracasando empiece a remontar el vuelo y a ofrecer resultados dignos de los esfuerzos y los recursos que en él se invierten. Después de tantos meses predicando en el desierto, reiterando una y otra vez tus impecables argumentos (cuando menos, a ti te lo parecen, y todo lo que te oponen, gimoteos corporativos y objeciones buenistas e irresponsables), resulta que eres tú a quien se le presenta como el problema que hay que erradicar, por la vía de la coacción y de la algarada.

Y cuando a duras penas te has recuperado de este desaire, de esta denegación de respeto y cariño en una de esas ocasiones en que por lo común el prócer ministerial puede sentir algún agasajo que le compense de los quebraderos de cabeza del cargo, resulta que te vas a hacer otra de las cosas que fardan de ser miembro del gobierno, darle un premio a un artista destacado, y este, en lugar de sonreírte y darte las gracias con la efusividad que merece tu gesto de acudir a distinguirlo, va y te echa un chorro de padre y muy señor mío, por los mismos motivos que llevaron a los otros a sabotear tu inauguración de la víspera y por otros agravios que al parecer le afectan y que tú no supiste, dice, impedir como en justicia deberías haberlos impedido. Se queja de que el fruto de su creación esté gravado con impuestos leoninos, y de que el gobierno al que perteneces no haga nada para defender a su gremio de los expolios que sufre.

Una vez más, te toca poner cara de haba, sonreír como mejor puedes y pasar el chaparrón que te ha caído delante de las cámaras, procurando no perder la compostura. Cómo vas a explicarle, delante de toda esa gente, algo tan obvio como que los impuestos los pone el ministro de Hacienda, y que necio es un ministro de otro ramo, el suyo o el que sea, que osa ponerse en el camino del que reparte los dineros. Y en cuanto a su otra queja, tiras de oportunidad y le haces ver que justo en esos días tu gobierno, asumiendo un coste político notorio, ha aprobado medidas legislativas para ofrecer la protección que el plañidero artista demanda para sus derechos y los de sus colegas.

Si esperabas que eso le llevara a reflexionar y a darte una mínima señal de gratitud, o a que el público diera en mostrar alguna indulgencia, pronto comprendes que vas listo. Los asistentes le aplauden a él a rabiar, y a ti te ofrecen su desdén.

En el coche oficial, de vuelta a casa, no tienes más remedio que hacerte una incómoda pregunta: ¿Será que después de todo no estoy acertando a ser un buen ministro? ¿O será, como creo, que me toca decidir sobre los asuntos de personas atolondradas, que permanecen cerradas a toda razón? Bonita disyuntiva.

De la plata, mi papá

El delito que se le imputa está castigado con penas de hasta cinco años de prisión, pero los policías no lo llevan bajo custodia, como a otros que arriesgan penas menores, sino que lo escoltan en medio de la muchedumbre que lo aclama a la entrada del juzgado. Por si alguien lo dudaba, es un héroe. Que haya tratado de hurtar al fisco al menos 14 millones de euros, 2.325 millones de las antiguas pesetas, más de cien veces la cuantía a partir de la que uno es delincuente fiscal, viene a parecerles a los allí congregados una menudencia sin ningún interés.

—No me importa si roba, yo soy del Barça —declara un chaval a uno de los periodistas que cubren el acontecimiento.

Tiene el observador la tentación de ponerse en la piel de los policías, y en particular de la curtida *sotsinspectora* de los Mossos d'Esquadra que camina circunspecta a su lado, mientras el astro sonrío como si en vez de acudir a responder ante la justicia por una infracción de sus deberes como ciudadano fuera a recibir algún tipo de distinción por su ya varias veces laureada destreza a la hora de manejar un balón con los pies. Y uno se pregunta qué pesará más en ella: si el pensamiento de que al día siguiente aparecerá fotografiada al lado de Messi (sin necesidad de pedírselo, como todos los hinchas que suelen asediarse con ese propósito), o la perplejidad que no podrá dejar de experimentar una servidora de la ley, habituada a que aquellos que se la saltan sean abucheados (e increpados, e incluso vejados por el populacho que los espera en situaciones análogas), al comprobar cómo en este caso lo que cosecha el sujeto en cuestión es una estrepitosa sinfonía de vítores y un baño de fervor popular.

Yendo más allá en la especulación, qué pasará por la mente de esa funcionaria, a la que desde hace un par de años le birlan las pagas extras y le mantienen congelado el sueldo, y que sabe por su trabajo cómo pueden llegar a amontonarse los pacientes en los pasillos de las urgencias a las que alguna vez le toca llevar a alguien, cuando a la pregunta de su señoría respecto de la razón por la que la estrella del balompié pagaba menos de la mitad de los impuestos que le habrían correspondido por sus ingresos multimillonarios, este va y responde, olímpicamente:

—De la plata se ocupa mi papá.

Veintiséis añitos, veintiséis, cuenta la criatura. Llegó hace ocho a la mayoría de edad, es padre de familia, pero declina, como nadie podría, obligaciones que le incumben. Si librarse de la responsabilidad tributaria resulta tan sencillo como decir que uno no se ocupa de ello, ¿qué hace nadie condenado por delito fiscal en España? ¿Podemos todos buscarnos a alguien que responda de nuestras obligaciones? ¿Alguien que se ocupe y nos exima de entender cosas tan elementales como que ser una de las personas mejor pagadas del país y a la vez una de las que se benefician de un tipo impositivo más bajo no es normal?

Pero no pasa nada. Tras su pasmosa aportación a la teoría de las responsabilidades y obligaciones (eso que todos tenemos desde los dieciocho, pero que por Messi conserva su papá),

el héroe abandona el juzgado, no sin antes firmar autógrafos a las funcionarias judiciales que se los solicitan. De nuevo en la cabeza de la veterana policía: ¿observará el gesto como algo natural y comprensible, o como una frivolidad intolerable que viene a dejar a la altura de una peña de forofos la administración de justicia para la que trabaja? ¿Es costumbre de las funcionarias coleccionar dedicatorias de aquellos que pasan por el juzgado?

Concluida la diligencia, hay que escoltar otra vez al ilustre imputado (que ha comparecido prácticamente cuando ha querido, varios meses después de que se destapara la tostada de su ingente defraudación) hasta su vehículo. Vuelve, en definitiva, a tener a la policía a su servicio. Y así se sigue escribiendo la Historia.

Ojos negros en Lampedusa

Si uno ha visto esos ojos, no los olvida jamás. En ellos, incluso en los de aquellos que lograron cruzar, hay un abismo del que no puede imaginarse el fondo, cuando uno no ha vivido lo que vivieron sus propietarios. Son ojos oscuros, casi negros, y miran de frente y en un silencio tozudo, como no queriendo contar lo que han visto. Porque nadie puede remediarlo, y porque de nada sirve hablarle del dolor a quien no lo padeció en carne propia, a quien no conoce de primera mano su dentellada.

A quien hoy trata de asimilar lo ocurrido en la isla italiana de Lampedusa esos ojos negros y sin esperanza le miraron años atrás en una pequeña isla española, Las Palomas, frente a la punta meridional de Tarifa. Era una luminosa mañana de verano, después de una madrugada serena que varias pateras habían aprovechado para cruzar la raya del oprobio; esa invisible y fatídica espina dorsal que recorre y divide en dos el Mediterráneo. Esa vez hubo suerte; las aguas del Estrecho no estaban sedientas de muerte y todos pasaron sanos y salvos al otro lado. En las salas del centro de acogida de inmigrantes de Las Palomas se apiñaban una veintena de mujeres y otros tantos varones. También había media docena de niños pequeños.

Todos tenían esos ojos y esa mirada, incluso los más inocentes; pero ninguno como la mujer que con un bebé en brazos, sentada sobre una colchoneta en el suelo y vencida contra una pared, escuchaba a aquel blanco que en inglés trataba de confortarla haciéndole ver que lo peor había pasado. Ella y su hijo habían sobrevivido al peligro de la travesía y ahora, ya del otro lado, no tenían nada que temer, le dijo. La expulsión que le notificarían en cuanto le denegaran el asilo político que prácticamente todos pedían, diciéndose provenientes de Sierra Leona o cualquier otro país en guerra, no era más que un papel, una mera diligencia administrativa que no iba a mandarla de vuelta a África, una vez que había logrado poner pie en Europa.

Aquella mujer no sonrió, no dijo absolutamente nada, no perdió ni por un instante la mirada densa e insondable. Con el tiempo, el blanco entendió que lo que esa mujer había dejado atrás,

durante el camino en el que, entre otras cosas, había concebido a su hijo, era una herida irreparable. Y que lo que le esperaba en España, en manos de alguna mafia, posiblemente organizada por compatriotas, pero bien engrasada con el dinero que se gastan con regularidad honrados ciudadanos españoles, no era mejor. Muchas veces se ha acordado de aquella mujer (y de su hijo), el europeo que trató tan vanamente de consolarla aquella mañana en la isla de Las Palomas. Dónde estarán ahora. Qué probabilidades hay de que ella haya vuelto a sonreír.

No tiene orillas el espanto de Lampedusa, que avergüenza al mundo pero sobre todo avergüenza a la Europa que cruzó en otro tiempo a África con consignas civilizadoras y protectoras, que encomendó aquella tarea a capataces pertrechados con una pasmosa soltura para olvidarse de aquellos hermosos principios y que ahora deja ahogarse a sus puertas a quienes desean compartir los beneficios de esa superior civilización que en su día les vendieron. Trescientas vidas borradas de un solo golpe, ante la mirada de un continente agarrotado entre sus declaraciones ampulosas y sus acciones cada vez más angostas, representan una catástrofe que no se deja delimitar.

De todo el horror, sin embargo, emergen esos ojos. Los recuerda un miembro de los equipos de salvamento, de una mujer que se le escurrió y que ya exhausta se fue al fondo sin dejar de mirarle con esa pesadumbre resignada e infinita. De Las Palomas a Lampedusa el Mediterráneo es una fosa a la que una y otra vez se precipitan esos ojos negros y mudos, y donde con cada uno de ellos se hunde sin remedio nuestra decencia.

Contra el cáncer, ERE

Supóngase un país de cuyas facultades de Medicina sale cada año un número nada desdeñable de titulados con un nivel medio de formación tirando a alto (no en vano han sido seleccionados en origen, entre los expedientes más brillantes del Bachillerato, y se les ha sometido a una formación exigente). Supóngase que a no pocos de esos titulados se les presenta la oportunidad de dedicarse a la investigación de alto nivel, en terrenos fronterizos como la lucha contra el cáncer, desde centros de otros países que sistemáticamente los reclaman y a la postre los abducen. Supóngase que alguien decide que debe ofrecerse a esos titulados brillantes la posibilidad de investigar sin salir de su país, y de contribuir con ello a la formación de músculo nacional en el ámbito de la innovación en Medicina. En particular, en el desarrollo de nuevas terapias contra el cáncer, para lo que se decide constituir un centro y dotarlo de recursos.

Hasta aquí, el relato progresa con arreglo al sentido común. Comoquiera que se dispone en ese momento de financiación, y que aparece alguien lo bastante cualificado que acepta encabezar el proyecto, el centro se pone en marcha. Comienza a funcionar, contrata investigadores, abre líneas de trabajo, empieza a avanzar en ellas y a ofrecer resultados que obtienen reconocimiento

internacional. Todo parece encaminarse en una dirección satisfactoria cuando una sombra se atraviesa en el camino. A partir de este punto, difieren, como suele suceder, las versiones: los éxitos suscitan unanimidad, en la interpretación y en la reivindicación, pero los tropiezos generan discordia a la hora de atribuirlos y más aún a la de correr con sus consecuencias. Hay quien dice que ese cualificado director gestiona mal los recursos; hay quien sostiene, en cambio, que no se allegan al proyecto los que serían necesarios; y tampoco falta la versión ecléctica que contempla como compatibles ambas disfunciones.

Sea como fuere, las cuentas del centro se desajustan y sobreviene, por añadidura, una situación de emergencia de las finanzas públicas que obliga a la contención general del gasto. El resultado práctico de todo ello es que se llega a la solución de hacer un ERE para librarse de setenta de aquellos investigadores a los que años atrás se concluyó que era menester retener a fin de aprovechar su gran potencial. Por razones de espacio, haremos abstracción de las setenta historias individuales truncadas por esa decisión, que en el ánimo de sus protagonistas, y respecto del país que en su día les ofreció apostar por él, en lugar de hacerlo por otros, no debe de inducir precisamente una corriente de gratitud.

Lo que no está de más es contextualizar esos setenta despidos, para lo que la referencia inevitable, guste o no, es el saco general del gasto público, y en particular, de dónde se detrae y de dónde no, respecto de lo que se gastaba antes de que sobreviniera la emergencia fiscal que impide renovar el contrato a los investigadores. Nada que objetar si el término de referencia es la educación: también en ese sector de la acción pública se han producido reducciones, incluso drásticas, de la fuerza laboral. Otro tanto cabe decir de la vertiente asistencial del gasto sanitario: se han cerrado servicios hospitalarios y se ha despedido a personal de todas las categorías. Lo mismo sucede con policías, bomberos... No se ha despedido a ninguno, pero no se han repuesto las bajas vegetativas, lo que también reduce la plantilla.

Ahora bien, si miramos el censo de asesores, el de escoltas de figurones, o las estructuras administrativas redundantes que ofrecen oportuno cobijo laboral a la militancia más fiel, el cuadro es muy diferente. Ahí la reducción, ni está, ni se la espera.

Suponiendo todas estas cosas, cabe preguntarse si al frente del tinglado hay alguien que conserve el sentido común.

El pirata vanidoso

Ser un reputado pirata, haber ganado millones de dólares con la actividad corsaria y andar libre para disfrutarlos es un privilegio maravilloso, y más en un país en el que la mayoría de la gente vive en la miseria. Lo grande del caso es que para gozar de semejante impunidad al pirata le haya bastado con prometerles a las autoridades (llamémoslas así) de su país que con el respaldo de tan

sustancioso fondo de pensiones ha decidido jubilarse de su lucrativa faena. Que a partir de ahí a uno le ofrezcan hacer una película sobre su vida, para edificación y ejemplo de las generaciones venideras, viene a ser el colmo de la satisfacción.

Eso debe de pensar Mohamed Abdi Hassán, alias *Bocazas* (verídico), cuando su socio Mohamed Tilceey le cuenta que le ha cerrado en Nueva York un acuerdo con la productora, y que esta lo quiere como asesor del proyecto cinematográfico que se prepara sobre sus correrías. Debe ser toda una superproducción, para contar como es debido sus mayores proezas: el apresamiento de aquel carguero ucraniano repleto de armas, o la captura del megapetrolero saudí con el que le pegó un empujón considerable al saldo de sus cuentas corrientes. No puede permitir que los del cine, que nada saben de su peligroso oficio, deformen como en ellos es costumbre una historia tan extraordinaria. Aunque el cheque que le han puesto encima de la mesa no es algo que impresione especialmente a un hombre rico como él, contribuirá a la producción con su *know-how* insustituible (así lo han calificado los que impulsan la película, y no andan descaminados), a fin de procurar que el resultado sea fiel a la realidad de los hechos. Digamos que al pirata Abdi Hassán, más que la presuntuosidad o la codicia, le mueve en esta ocasión su amor a la verdad. Aunque esa noche, el inconsciente tiene estas cosas, se sueña a sí mismo adentrándose en la alfombra roja, del brazo de alguna despampanante modelo, para asistir a la *première* de la película en algún festival de primera categoría. Berlín, Cannes, por qué no Venecia.

Con el mejor humor y bajo los más favorables auspicios embarca en el vuelo que ha de llevarlo desde Nairobi a Bruselas, para la primera toma de contacto con los cineastas. El pirata viaja en primera y a nadie le choca que lo haga: viste ropa de buen corte, que al tipo bien plantado que es le sienta de maravilla. El dinero enseguida te acostumbra a disfrutar de lo que es bueno, y también a no soportar lo que no lo es. Aunque la biografía de Abdi Hassán recoge momentos sensiblemente menos boyantes, en los que tenía que ponerse encima cualquier cosa que se presentara a propósito, ha perdido el hábito y ahora su piel repele cualquier cosa que no sea el mejor algodón.

Disfruta en el aire del agasajo que su dinero sirve para proporcionarle, mientras comenta la jugada con su amigo, compinche y tocayo. Imagina cómo va a impresionar a los blancos con el relato pormenorizado de sus hazañas. Por fin, el aparato toca la tierra de la verde Europa. Armado con la mejor de sus sonrisas, baja del avión y se dirige al control de pasaportes, pero he aquí que le tienen preparado un control individual.

—Policía. Está usted detenido.

Los policías belgas que lo esposan y se lo llevan no habrían podido resistirle la mirada si se encontraran sobre la cubierta de un barco en el Índico. Pero, por mucho que le pese, ahora está en su terreno y el que está fregado es él. Ha caído de la forma más idiota, cegado por su vanidad. Los blancos debieron de aprenderlo con Bin Laden, el supervillano que se distraía viéndose a sí mismo en sus vídeos amenazantes. Lo que en realidad quieren los proscritos del siglo XXI es convertirse en una *celebrity*, acabe como acabe la película. Lo de ser engañado por los belgas es

un poco humillante, pero al menos tendrá abogado y le escribirán mejor final que a Osama, reducido a pienso para peces.

La obligación de saber

El ministro y el embajador se buscan la mirada. Se supone que el segundo ha venido a explicarse y que el primero va a pedirle explicaciones. Pero a veces las cosas no son exactamente lo que se supone o parecen, y el ministro lo sabe. Pese a todo, no le queda otra que representar su papel y, tras exponer los términos de su descontento, demanda al embajador una respuesta.

Al embajador se lo han puesto fácil. La víspera, una jefa suya, desde Washington, ha impartido al mundo la doctrina, que a él no le corresponde sino reiterar con su tono más cortés:

—Tenemos la obligación de saber lo que pasa en el mundo, para poder proteger más eficazmente a nuestros ciudadanos.

El ministro no es un necio; serlo no le habría impedido quizá llegar a ser ministro, pero sí le habría puesto bastante difícil mantenerse en una silla como esa, más o menos indemne, durante los veintitantos meses que lleva paseando la cartera. De modo que le busca las vueltas al habilidoso embajador:

—No es por eso por lo que le he preguntado.

El embajador tampoco estaría donde se halla si fuera un panoli. Para representar a la primera potencia del mundo hace falta una buena cartera o una buena cabeza, y no es raro que ambas circunstancias coincidan, como ocurre en su caso.

—Quizá deba matizar la frase —admite—. Digamos que tenemos la *penosa* obligación de saber *todo* lo que pasa en el mundo, para proteger más eficazmente a nuestros ciudadanos.

Al ministro no se le escapa el modo en que el embajador ha recalcado, al pronunciarlas, las palabras «penosa» y «todo». Su olfato le hace detectar la densa carga de plomo que con ese soniquete han adquirido ambos vocablos. La media sonrisa que ha asomado al rostro del embajador, hasta entonces congelada en una mueca de diplomática circunspección, no le resulta menos reveladora. Pero muy pobre ministro sería si se dejara amilanar a las primeras de cambio. Así que decide apretar la tuerca:

—Señor embajador, no estoy del todo seguro de entenderle. ¿Le importaría ser un poco más específico?

Al embajador tampoco le tiembla el pulso en las situaciones de tensión. Es posible que su temple no iguale al del ministro, de hecho le parece en ese momento que su interlocutor tiene un par de narices, para citarlo tan de frente. Su ventaja, que compensa de sobra cualquier diferencia de carácter, está en el calibre del revólver que puede empuñar, y que guarda con el del arma con

que cuenta el ministro, por dar una idea aproximada, la misma proporción que hay entre un obús del 155 y una escopeta de balines.

—¿Cuánto de específico quiere que sea?

Ahí ya no cabe duda. Va a pasar de la insinuación a la enunciación. El ministro es curioso, y tiene un punto frívolo. Así que decide dejarse llevar y probarle al otro el desparpajo:

—Tanto como pueda. No sea usted vergonzoso.

En ese momento, todo hay que decirlo, el embajador prefiere no sostenerle la mirada al ministro. No hay por qué abusar. Las palabras, con todo, fluyen inequívocas de sus labios:

—Voy a responder a su pregunta, a la primera —le aclara—. No sólo lo escuchamos todo, sino que lo tenemos todo grabado. No sé si me entiende, y si se hace cargo de lo que quiero decir cuando digo grabado y cuando digo todo. El caso es que, igual que se filtraron otros datos contra nuestra voluntad, también puede filtrarse, y nadie podrá probar que fue porque quisimos, cualquiera de las cosas que se dijeron por ese teléfono.

El ministro inspira hondo y replica, hierático:

—Me veo obligado a expresarle mi más enérgica protesta.

—Así la trasladaré a mis superiores —asiente el embajador.

Y ambos se miran, de nuevo. Y ahí queda todo.

Una cuestión de dignidad

El ahora recluso siempre dispuso de recursos sobrados para evitar depender de los servicios públicos. Sanidad privada, enseñanza igualmente privada para sus hijos, etcétera. Se habituó a disfrutar de ese estatus y de esas atenciones que sólo el dinero puede pagar. Tanto se acostumbró que acabó disponiendo de fincas valoradas en decenas de millones de euros, lujosos apartamentos en Manhattan y un Rolls-Royce para que lo llevaran. Pero he aquí que al recluso, que bordeó a menudo por la parte de fuera las reglas y las leyes (siempre presuntamente, aún está pendiente de juicio), dejó de sonreírle la fortuna y lo derribó una quiebra que dejó a la vista sus vergüenzas mercantiles. Una de las resultas fue el embargo de todos sus bienes, y la otra su puesta a disposición del servicio público penitenciario cuyas atenciones viene recibiendo desde hace meses con escaso entusiasmo.

Y es que, como acaba de plantearle al juez que mandó embargarle todo lo que se le pudo pillar, incluida la pensión de jubilación que percibe, lo que la prisión le ofrece con cargo al contribuyente, en términos de alimento y aseo, no le resulta suficiente, razón por la que precisa que se le libere una parte de lo trabado, a fin de poder adquirir aquello que le falta para sentirse en posesión de su dignidad personal. Un problema idéntico al que padecen muchos miles de reclusos insolventes, dicho sea de paso, pero que quizá no alcanzan el refinamiento del antaño

acaudalado presidiario, ni pueden echar mano de una pensión como la suya, la máxima que ofrece el sistema.

Pongámonos en el pellejo del juez que mantiene el embargo, con el que, en definitiva, sólo se podrá atender una parte mínima de las deudas impagadas que dejó el que en sus tiempos pasaba por exitoso y hábil empresario. Por un lado ha de garantizar los derechos de aquellos a quienes estafó; por otro, no puede llevar sus decisiones al extremo de atentar contra la dignidad personal del encarcelado, que no por haber perdido el de la libertad ha de verse privado del resto de sus derechos fundamentales.

Sabe su señoría, sin embargo, que en este caso se ventila algo más. El recluso al que no le basta con la dotación de aseo y provisiones de boca con que han de conformarse otros internos es uno de los pocos de su clase y condición que tras realizar una gestión trapacera y desaprensiva que ha causado grave daño a la sociedad ha ido a parar entre rejas. Cómo se gestione su caso, y dónde se fijen los parámetros de su dignidad, será interpretado por la opinión pública como un indicador de la real y efectiva igualdad entre los ciudadanos, especialmente entre aquellos que deciden que la ley no va con ellos y se entregan, con ventaja y lucro, al torcido pasatiempo de vulnerarla.

Sabe su señoría, además, que los ciudadanos tienen la creciente sensación de que sólo los desgraciados, y aquellos de los antaño poderosos que por algún error o tropiezo (como fallarle a alguien más poderoso aún) caen en desgracia, se ven sometidos al principio de que quien la hace la paga. Una sensación que no redundaría precisamente en beneficio de la credibilidad del sistema, y menos aún contribuye a incrementar el crédito de quienes como él visten la toga negra de impartir justicia.

No es una decisión fácil. Si admite la petición y le concede la posibilidad de mejorar su vida en prisión, alguien hará la pregunta: ¿por qué a los demás delincuentes no se les otorga una comprensión semejante, sustrayendo a la responsabilidad civil derivada de sus delitos aquello que necesiten para proveerse de lo que consideren necesario para mantener su dignidad?

Si la deniega, amén del temor de incurrir en un encarnizamiento que no sería justicia, sino otra cosa, puede abonar una idea a la que no le apetece contribuir: que al magnate caído se le tritura porque ya ni pincha ni corta ni importa a nadie.

La vida por delante

Han sido veintitantos años. Al final, no muchos menos de los treinta que unos jueces quisieron imponerle y que otros jueces, en la lejana Estrasburgo, han decidido invalidar. Por causa de esta segunda resolución, y por los años de más respecto de lo que le correspondía según los segundos jueces, se le reconocerá una indemnización. No la cobrará jamás: quedará requisada para atender

las indemnizaciones que él mismo (o ella misma) debe a las víctimas de sus pasadas acciones. Es de suponer que sentirá esta requisa como una estafa, que burla su derecho a ser reparado (o reparada) por el exceso penitenciario. No considerará, seguramente, la estafa que sufren las personas a las que él (o ella) no indemnizará jamás. O, para ser más exactos, los contribuyentes, que hubieron de indemnizarlas en su lugar.

Atraviesa el umbral de la prisión como hombre (o mujer) libre. Es probable que después de veintitantos años casi no dé crédito. Cuando le impusieron la sentencia, sonaba a toda una vida. Pero el tiempo pasa, incluso entre cuatro paredes, incluso tan lejos de casa como estuvo todos estos años. Ha llegado al final del túnel y ahí está la calle, poder pasar al lado de cualquier policía sin disimular ni acelerársele el corazón, entrar o salir por un aeropuerto, con su nombre y sus papeles, sin que puedan causarle la menor molestia ni ponerle objeción alguna.

Entró con treinta y ahora tiene cincuenta y tantos. O entró con veinte y ahora media la cuarentena. O entró con cuarenta y ahora anda empezando la tercera edad. Pero aun en este caso queda tiempo por delante. La esperanza de vida se ha extendido, respecto de la que había cuando ingresó en prisión. Con suerte, pueden quedarle veinte, treinta, hasta cincuenta años de respirar el aire en libertad. Hasta medio siglo, los que sean más jóvenes y resulten más longevos, para convivir con su familia, conocer a nietos y bisnietos, contarles las antiguas batallas con esa pizca de autoelogio incontrolable y ese secreto punto de pudor, acaso de vergüenza por lo que se calla o se maquilla, con que todos los abuelos expurgan la memoria para los suyos.

En este momento, en que los fotógrafos le salen al paso para inmortalizar su salida y el gesto con que salta a la libertad (les miden el arco de la sonrisa, y alguno la ensancha y algún otro, con una súbita conciencia que brota sin que pueda evitarla, decide contenerla), es posible que apenas entrevea, borrosamente, toda esa vida que le queda por delante. El brusco cambio que va de ser un paria encerrado a regresar al lugar donde muchos te consideran un héroe, donde con la boca pequeña, por las circunstancias y las tácticas del momento, pero con convicción indesmayable, se celebran tus hazañas y se admira tu sacrificio. Hay a quien ya le han declarado persona non grata en su pueblo natal, pero el interno (o la interna) que deja de serlo en este otoño de 2013 sabe que eso no será la regla y que incluso allí donde suceda existirá una compensación. Y todo, pura y simplemente, porque el tiempo pasó y unos jueces lejanos resolvieron.

No se le exige arrepentimiento. No ha de lamentar, en modo alguno, el dolor, la mortandad, las heridas irreparables que provocó. Por eso puede ir a un plató de televisión, al día siguiente o tres días después, para contar su experiencia, quejarse de lo mal que se lo han hecho pasar en la cárcel, protestar por haber sido extirpado/a de una sociedad en la que se sentía integrado/a, y no dedicar ni un recuerdo a las personas a las que intentó o logró desmembrar, atenazar entre hierros, aplastar entre escombros. Su ideal sigue impidiéndole experimentar el horror.

Tiene la vida por delante, en este día luminoso de 2013. Treinta años atrás, reclusas para siempre en otro siglo, las vidas que ya no pudieron ser más lo (la) contemplan en silencio.

Apostolos, capitán

Por espacio de once años, Apostolos Mangouras ha sido un hombre acechado por la espada de Damocles de un proceso judicial. Y no un proceso cualquiera: nada menos que el juicio por una de las mayores catástrofes medioambientales de la Historia, de la que le cupo el dudoso honor de ser acusado por tener el mando del buque cuyo hundimiento la provocó. Durante tres meses, incluso, Apostolos, un marino sexagenario y baqueteado en mil travesías, tuvo la oportunidad de conocer la prisión.

Once años después, esos meses de prisión los da por buenos una sentencia que, sin embargo, le exime de responsabilidad criminal sobre el desastre que tiñó de negro cientos de kilómetros de la costa del país cuyos tribunales le juzgan. Aunque no le encuentran culpable de ese inmenso desagraviado (porque según el criterio de los jueces no es posible probar que hubiera podido evitarlo y que por negligencia dejara de hacerlo), sí consideran penalmente reprochable el hecho de que, habiendo recibido la orden de conducir su barco hacia mar abierto, durante tres horas se negara a cumplirla. Por ese solo motivo, le imponen nueve meses de prisión que el viejo capitán griego, al final de su octava década, encaja impertérrito. Los seis que le restan no va a cumplirlos, por muchas razones, comenzando por su edad.

Es posible que, al verse condenado, Apostolos sienta que la vida es una humorista bastante retorcida. Después de más de una década en la picota por su presunta imprudencia al aceptar mandar un barco más apto para la chatarra que para navegar cargado de sustancias contaminantes, he aquí que la ley lo censura por aquello que en su sentimiento hizo mejor. Sabía que conducir aquel barco herido a alta mar, donde las olas iban a ser más recias e implacables, era llevarlo a una muerte segura. Si se resistió a hacerlo fue, en definitiva, por atenerse a aquel mandamiento que para el capitán de un buque dejó escrito Joseph Conrad en *El espejo del mar*: «Tu barco es una criatura sensible, a cuyas particularidades debes atender, si aspiras a atravesar con honor para ti y para él los vaivenes de su vida».

Es posible, también, que experimente el final de este juicio como la consumación de una gigantesca farsa, en la que ha desempeñado el papel más desairado, desde el mismo momento en que el barco inició sus zozobras y él, con valentía y pundonor, se aferró a su cubierta resuelto a no ignorar esa otra regla que incumbe a los capitanes: ser el último en abandonarlo. Puede que eso no rece con los lechuguinos que mandan en el puente de los cruceros de recreo, entre los que se registra el ominoso caso de alguno que fue el primero en saltar a los botes, pero Apostolos era un capitán de verdad, de un barco de verdad. Por eso siguió sobre él, hasta el final, y por eso se comió el marrón.

En otro tiempo lo llamaban cabeza de turco. La expresión tiene su origen en la antigua costumbre cristiana de cortar cabezas de sarracenos, clavarlas en una pica y utilizar el trofeo para el desahogo de todas sus imprecaciones. En la Europa del siglo XXI quizá habría que cambiarla

por «cabeza de griego». Igual que sus compatriotas han tragado toda la medicina de caballo para la crisis de la Unión Europea, a Apostolos le tocó en su día ser villano y preso y ahora recibe la única ración de rejas que sus señorías pronuncian, mandan y firman en su tardía sentencia.

Fascina la expresión de Apostolos mientras acata su destino, el que queda a sus espaldas y el poco que pueda quedarle por delante. Esa cabeza de griego que nos distrae de los armadores, aseguradores y evaluadores de riesgos que sacaron tajada a costa del barco hundido y se lavaron las manos, de los políticos que ayudaron a hundirlo y ni están ni se los espera, tiene la única dignidad de este cuento: la que toca a los perdedores.

La caja B

Todos tenemos una caja B, es hasta cierto punto inevitable. Siglos de tradición católica y de perdón de los pecados nos han hecho de esta pasta, y el trabajo que el sacramento de la penitencia empezó lo ha venido a rematar el moderno descreimiento. Entre los que no creen, y los que creen que Dios les perdonará todo, siempre acaba llegando ese momento de debilidad en que uno piensa: «Bah, si escondo este euro, nadie lo sabrá».

Que cada cual examine su itinerario y se atreva a proclamar, sin que le tiemble la voz ni le cruja nada dentro, que siempre hizo todo bien, que todo lo expuso lealmente al escrutinio del fisco, hasta el último céntimo de euro o de peseta. Cuando no fue ese trabajillo juvenil que uno cobraba en rama, o ese donativo, esa gratificación o esa ganancia de adulto que pasaron por debajo de la mesa, fue alguna factura sin IVA, o algún ingreso computable que podía olvidarse y se olvidó, o algún gasto deducible que quizá no lo era tanto pero que igual se dedujo.

Así es como funciona: uno se relaja, tiene la sensación de que nadie ve ni vigila y entonces, casi como una seta del bosque, aparece la caja B. A algunos la cosa se les va de las manos y acaban necesitando una caja fuerte en casa y rezando para que ninguna banda de albanokosovares sospeche que la tienen y les monte un asalto con rehenes. Y de cuando en cuando, aprovechando que los gobiernos son débiles y relajan sus principios a falta de liquidez, acaban llevando los billetes a la providencial lavadora de una amnistía fiscal, que siempre tiene otro nombre oficial mucho más abstracto: regularización o gravamen extraordinario o cualquier otro oblicuo hallazgo de neolengua.

Hasta aquí, la normalidad. Dentro de ella, no obstante, cada cual tiene asumido que el riesgo aumenta en proporción al tamaño de la caja B que se va acumulando, y que, si el cofre de los dineros opacos queda de cualquier modo a la vista (verbigracia: ese Porsche que uno no se pudo comprar con los ingresos declarados), podrá venir el hombre del saco de Hacienda y tocará purgar la falta con cuota, intereses de demora y sanción. No es que suceda demasiado a menudo (para lo que podría suceder), pero si a uno le toca la china y ha dejado algún flanco descubierto,

ya sabe que lo que le aguarda nunca es la generosa absolución del confesonario, sino la implacable justicia del Antiguo Testamento a la que se sujeta la Agencia Tributaria.

La conjetura que ahora está encima de la mesa de un juez, cada vez con menos levedad de indicio y más consistencia de prueba, es sin embargo algo completamente excepcional. ¿Qué ocurre, cómo ha de enjuiciarse la caja B si quienes la crean (y en ella meten y de ella sacan) son, precisamente, aquellos que se postulan para la responsabilidad de velar por que los demás no se abandonen al vicio de hurtar los dineros a la lupa administrativa y escamotearles a las arcas públicas sus recursos?

Más allá de lo que las leyes le impongan resolver a ese juez, las reglas generales parecen, en este contexto, insuficientes. La prescripción que tantas veces libra al simple particular, o la falta de cuantía que sitúan la trapacería por debajo del umbral del delito, son aquí excusas que se antojan escasas para una conducta que, si se confirma, vendría a invertir, dramáticamente, la lógica misma del sistema. Cómo exigir al ciudadano que observe los preceptos que sus líderes menosprecian. Cómo impartirle órdenes, imponerle sacrificios, llamarlo a la grandeza de espíritu para responder a los grandes desafíos, si el que eso postula se saltó las reglas y fue torticero y mezquino.

El problema de la caja B, como es sabido, no es que exista, sino que llegue a ser demasiado aparatosa y no quepa ocultarla. Ahí es donde empiezan las curvas. Ahí es donde estamos.

A negro

Siempre hay alguien echando las cuentas, aunque suele ser una persona discreta, en este caso algún funcionario anónimo de un oscuro negociado de la administración autonómica valenciana. Alguien tiene en sus manos todas las cifras y puede aquilatar a la luz de ellas cada uno de los acontecimientos.

El día que el ente público radiotelevisivo de la comunidad se va a negro, en su fracción visible, y al silencio, en la audible, para este funcionario no termina la historia, como lo hace para los periodistas que lloran por la pérdida de sus puestos de trabajo. Él va a seguir cobrando la nómina a fin de mes (siempre hace falta alguien que lleve las cuentas, sobre todo en la catástrofe). Y la tele y la radio se cierran, sí, pero lo que para él cuenta, la deuda, sigue ahí. Hay que amortizarla y, en tanto no se amortice por completo, seguir abonando a los acreedores los intereses correspondientes. Muerto el ente, responde la Generalitat.

Mil millones, en números redondos. De euros. Ciento sesenta y seis mil millones de las ya casi olvidadas pesetas, que de vez en cuando deberíamos recordar para tomarles la verdadera medida a las cosas y a los desastres. El difunto ente público no generará ni un euro más, aparte de los que se saquen subastando sus inmuebles y vendiendo sus equipos como ganga o chatarra, y que apenas

servirán, después de todo, para cubrir una parte de las indemnizaciones que deberá percibir la plantilla.

Muerto el perro, se acabó la rabia, dicen quienes han tomado la decisión, y en este caso es tristemente cierto, al menos en el sentido de que la rabia ya no va a ir a más. Tampoco se podrá ya ensayar ninguna apuesta que permitiera no darlo todo por perdido; ni todo el dinero, ni todo lo que esa inversión podría haber proporcionado a quienes la sufragaron con sus impuestos, los valencianos, en términos de servicio público. Si alguien hubiera querido alguna vez gestionar ese ente como tal.

Todo resbala ya por el sumidero, camino de las cañerías de la Historia y del ingente cementerio de proyectos y promesas de la política, esa peculiar actividad humana que tan pronto decide agigantar algo hasta que no se tiene más en pie como reducirlo a la nada de un día para otro y sin contemplaciones. En el paquete, cientos de personas que se ven expuestas a una suerte de Gólgota en directo, avergonzadas por su pasada connivencia con quienes ahora las despachan al vertedero del paro, por su sumisión que algunos les afean para rebajar la compasión que puedan inspirar. Entre ellos hay, seguramente, enchufados y ocupantes de puestos redundantes o suntuarios que nunca debieron dotarse; pero también profesionales que accedieron a su puesto por mérito y capacidad y que estaban en condiciones y en situación de realizar una labor valiosa, si no imprescindible. A fin de cuentas, imprescindible no hay nadie: tampoco en los despachos desde los que se ha decidido su inmolación y cuyos inquilinos seguirán recibiendo puntualmente la transferencia a fin de mes.

El anónimo contable público sabe bien cuántos son y a cuánto asciende la carga corriente de quienes, pudiendo correr la misma suerte de los trabajadores radiotelevisivos, se beneficiarán en cambio de la indulgencia gubernamental y seguirán pesando sobre las espaldas del contribuyente. Y sabe más cosas. Por ejemplo, las decenas de millones de euros que lastran las cuentas de la Generalitat, en forma de garantías prestadas a equipos de fútbol que siguen jugando todos los fines de semana. O el desembolso que se hizo para levantar esos aparatosos edificios blancos que se descascarillan junto al Turia y que siguen abriéndose y funcionando: otros mil millones, largos.

Y así, de mil en mil, hace su cuenta imposible. Su consuelo es que siempre ha de quedar alguien para apagar la luz.

Bienvenidos a la nueva era

El intruso, no puede dejar de sentirse así, asiste impresionado al derroche de energía del cantante, que después de hora y media larga de actuación aporrea con furia el enorme tambor situado en mitad del escenario. No quiere, pero recuerda lo que ha vivido esa misma mañana, en la carrera de San Jerónimo. El contraste es demasiado rotundo. Y más bien desolador.

Porque su lugar, el del intruso, es más aquél que este: más el viejo casón que defienden los dos leones fundidos con el metal de los cañones capturados a los moros en la guerra de 1859 que este nuevo Palacio de Vistalegre edificado sobre la antigua plaza de toros carabanchelera, donde en la noche del 6 de diciembre de 2013 ofrecen su primer concierto en España los músicos de Imagine Dragons, un conjunto de Las Vegas del que hace un año nadie había oído hablar y que de repente llena a reventar un espacio con capacidad para varios miles de espectadores.

Ante la locura absoluta del auditorio, gente muy joven en su inmensa mayoría (el promedio no pasará de los veinte años), el cantante ataca ahora el estribillo de su gran éxito, *Radioactive*, que la banda interpreta con dispendio brutal de vatios de luz y sonido: *I'm waking up, / I feel it in my bones, / enough to make my systems blow / Welcome to the new age, to the new age...*

El intruso, al contrario que sus jefes, esos para los que trabaja en la cámara, entiende bien el inglés y puede descifrar el mensaje: «Estoy despertando, / lo siento en mis huesos, / tanto que hace saltar mis sistemas. / Bienvenidos a la nueva era, a la nueva era». Recién cumplidos los cuarenta, se encuentra en medio de aquel delirio juvenil como carabina de su hija adolescente, que disfruta de su canción favorita con absoluta fruición. Y no puede, de nuevo, evitar que le vengan a la mente los actos de la mañana, esa feble celebración de los 35 años desde la aprobación de la Constitución en referéndum, con unos proponiendo su somera reforma, otros arrastrando los pies frente a esa propuesta, y el resto simplemente ausentes, un grupo este último que es el que más crece en los últimos años. El contraste con este entusiasmo desbordado, con esta entrega sin reservas al oscuro e inquietante himno de los Dragons, resulta excesivo.

Debe de ser eso, que una nueva era ha llegado, que hay gente despertando a una nueva e intensa forma de ver el mundo, a una conciencia arrolladora y desbordante, y que allá en la carrera de San Jerónimo, donde celebran aniversarios como si fueran sepelios, no se han enterado todavía. El intruso ve a su hija saltar a su lado y de pronto, y por primera vez en su vida, se siente infinitamente viejo e inservible, casi amortizado.

Pero lo que le espera al final lo deja totalmente perplejo. Como propina a sus arrebatados fans, los Imagine Dragons ofrecen dos bises, y al final del segundo, enlazado con la melodía, interpretan el himno de España, la venerable *Marcha Real*, mientras uno de ellos hace ondear la bandera rojigualda con verdadero ahínco. La imagen le parece, definitivamente, el acabose. Nunca le ha sonado esa música, compuesta en honor de una monarquía lejos de sus mejores horas, con tanta fuerza como lo hace en las guitarras de esos muchachos de Las Vegas, Nevada. Nunca ha visto a ningún español demostrar esa pasión con la que el músico norteamericano agita el trapo bicolor. Nadie ha debido de decirles que venían a tocar a un país donde, al contrario de lo que sucede en casi todos los demás, la ostentación de los símbolos nacionales siempre provoca disenso y es aconsejable mostrarlos con el perfil más bajo posible.

Sin embargo, los miles de jóvenes españoles que abarrotan el Palacio de Vistalegre rugen a los acordes de una música a la que muchos de ellos, normalmente, serían indiferentes. Está claro: la partitura necesita, con urgencia, nuevos intérpretes.

Emails de destrucción masiva

Nuestro hombre no tiene nombre, ni rostro, ni una tarjeta que permita imaginar a qué se dedica. Vive alejado de los focos. Su oficio consiste en prevenir riesgos y, a ser posible, neutralizarlos. La verdad, no se aburre. Si le hubiera tocado desempeñar el mismo puesto en Noruega, o en Nueva Zelanda, su vida sería apacible y tediosa, más propia de un balneario. El destino, cruel, le ha deparado ocuparse de la gestión de riesgos para quienes ostentan la responsabilidad del gobierno de cierto país suroccidental de la Unión Europea. Y así vive. Sin vivir en sí.

Para muestra, este viernes: uno de tantos. Por la mañana, a un observador desprevenido, o mal informado sobre la realidad del país en cuestión, podría haberle parecido que el mayor peligro de la jornada venía de la voluntad, expresada por la mayoría del Parlamento de una comunidad autónoma, de emprender el camino hacia la independencia y romper el orden constitucional cuestionando su piedra angular: la titularidad de la soberanía. El lanzamiento formal del proceso encaminado a dicha meta se ha escenificado la víspera con la solemnidad y la contundencia de una comparecencia conjunta en el Parlamento autonómico de los líderes de las cuatro formaciones secesionistas.

A cualquiera que no supiera nada, le habría impresionado. Lo que no es en absoluto su caso. Él sabe quiénes son, qué pueden y en última instancia qué pretenden y a qué aspiran, en realidad y en lo profundo de sus pensamientos y sus conciencias, algunos de los que se retratan en esa foto. Y sabe que, siendo un problema, y no intrascendente, tiene tiempo para afrontarlo (o lo que es lo mismo: marearlo, desgastarlo, dejarlo pudrirse mientras quienes lanzan el órdago desde la cuerda floja empiezan a sentir calambres en las pantorrillas y a perder el equilibrio). No lo desprecia, porque en su gremio no son bienvenidos los necios, pero dista de ser hoy su problema prioritario y perentorio.

Ahora que este viernes de diciembre fenece, lo que ocupa a nuestro gestor de riesgos (anónimo, acaso imaginario; o no) es el explosivo material que lleva un par de días apareciendo en los medios y que promete inundarlos durante el inminente fin de semana. Todos los emails, ahora convertidos en armas de destrucción masiva, que a lo largo de varios años redactó cierto banquero con diligencia digna de mejor afán, y con la indiscreción propia de aquellos que ignoran que lo que se teclea en un ordenador con destino a un servidor puede acabar siendo un bumerán empuñado por la mano más hostil. Un banquero de demasiadas conexiones con el poder, demasiada fortuna personal, en tiempos de indigencia colectiva, y demasiada distancia entre su opulencia presente y el magro patrimonio con que accediera a la condición de magnate de las finanzas, merced al aval de esas conexiones políticas que nunca dejó de cuidar.

La exposición descarnada del personaje (con todos los aderezos imaginables: escopetero reiteradamente invitado a poco convenientes monterías y fotografiado con animales abatidos por su mano, donoso inversor con dineros ajenos, mordaz criticador de próceres de signo contrario y

propio) no puede ser más nociva en momentos en que, más allá de desafíos más o menos folclóricos a la unidad nacional, lo que está sobre el tapete es la credibilidad entera del tinglado, ante una ciudadanía desafecta, zaherida y esquilmada, que demasiado mansa se mantiene.

Hasta aquí, al banquero se le ha dispensado un amparo tan eficaz como penoso, considerando el agujero que acabó revelándose en la entidad que dirigía, con grave quebranto para el erario e inversores. Que el lunes siga gozando de esa protección, o se convierta en pieza sacrificable, es la disyuntiva que el gestor de riesgos se ve obligado a sopesar. Sin acritud: una vez más, y como es su deber, aconsejará lo que menos pese y cueste.

Chivato a mi pesar

Uno es un ladrón profesional y procura robar con arreglo a lo que mandan los cánones, sin romper ni revolver más de lo necesario, limitándose a lo que puede colocarse a buen precio al perista correspondiente y respetando a la víctima. Por ejemplo: uno sólo se lleva lo que tiene un valor sentimental si su valor económico es demasiado alto para ignorarlo: las joyas buenas no se perdonan, pero cualquier otro objeto del que uno tiene la sospecha de que al dueño le dolerá perderlo, sin que pueda sacársele buen rendimiento en el mercado, se deja donde está.

Sin embargo, una noche, mientras desvalija la casa que ha elegido, tras estudiar las costumbres del dueño y calcular que tendrá tiempo de sobra para rematar la faena, uno encuentra algo que pone en entredicho las reglas a las que hasta entonces se atenia. Resulta evidente que para quien allí vive aquello tiene un valor enorme, tanto como el pesar que le producirá que caiga en otras manos. También está claro que no puede venderlo, ni por todo el oro del mundo. Y a pesar de eso uno lo mira y remira y, ahogando una maldición, termina echándolo al saco.

No es lo que más pesa de lo que carga, pero mientras se da a la fuga, uno tiene la sensación de que no lleva otra cosa a las espaldas. Quizá si se hubiera limitado a tomar la videocámara y sacar la cinta antes de darle al botón del *play*. Qué estúpida y absurda idea le llevó a fisgar lo grabado en una cinta sin apenas valor por sí misma, con la mala fortuna de descubrir que el contenido de la grabación equivalía a un cheque canjeable por la ruina absoluta de un ser humano. Que, antes y por encima de eso, recogía en crudo y con iluminación deficiente un acto abyecto del que habría preferido no llegar a ser jamás testigo.

Ahora tiene un dilema, que como los griegos sabían y muchos ignoran al emplear la palabreja, no es propiamente una disyuntiva entre dos caminos difíciles de tomar, sino la falsa posibilidad de elegir entre algo que no es admisible y algo que a uno, por chungo que sea, no le queda más remedio que hacer. Pocas cosas pueden ser para uno, con ese oficio, más desagradables e improcedentes, con carácter general, que servirle en bandeja un éxito a la policía. Si alguno de sus

colegas se enterase de lo que está sopesando, más de uno le despacharía la etiqueta más odiosa para quien eligió vivir al otro lado de la raya: soplón, chivato, confite, o como se le quiera llamar.

Ahora bien: toda regla tiene sus excepciones, y si aquella situación no es una, no se le ocurre que pueda haber otra. Si vieran lo que él ha visto, los que quisieran ponerle a parir por entregar a alguien a la pasma se lo pensarían dos veces. Es, a fin de cuentas, la ley que vio más de una vez aplicar en el talego: los que le hacen daño a un adulto, incluso a una mujer, pueden encontrar mejor o peor la indulgencia de la canalla carcelaria; quien le toca un pelo a una niña, o a un niño, está listo, y más le vale que nunca llegue a saberse. Todo recluso tiene fuera algún niño o alguna niña (si no es un hijo, o hija, un sobrino o sobrina) al que no puede soportar imaginar que le pase nada.

Así que saca la cinta de la videocámara y, junto a las otras dos, que se cerciora antes de que contienen la misma basura, las deja debajo de un coche aparcado en la calle. Luego busca una cabina, que desde que todo el mundo tiene móvil cuesta un huevo y la yema del otro encontrarla, y agarrando el auricular con un kleenex y sin acercárselo mucho, no vaya a ser que luego los maderos manden a uno de esos que sacan el ADN hasta del aliento, marca el 091 y les avisa de dónde encontrarán el paquete y les indica dónde robó la porquería que contiene.

Días después, lee que han detenido al pederasta. No puede evitar avergonzarse algo, cuando vende al perista la cámara.

645 euros

Seiscientos cuarenta y cinco euros. En eso queda situado el salario mínimo para 2014, año de la recuperación. Eso es lo que vale el mes del trabajador español de infantería: los veintipico días laborables a ocho horas cada uno, más las extras que haya que hacer, al arbitrio del jefe, para no verse colocado en la rampa de lanzamiento de un despido cada vez más barato y flexible.

El trabajador español de infantería era antes una especie rara, más bien residual: el salario mínimo venía a ser una especie de tope inferior que servía más como referencia, a efectos de otros cálculos, que para estipular la nómina de nadie. En los últimos años de devaluación acelerada, en cambio, el salario mínimo se ha acercado de forma vertiginosa al salario medio, sobre todo para determinados colectivos laborales singularmente inermes. Desde los que acceden por primera vez al mercado de trabajo, y no están en condiciones de exigir nada, aparte del favor que se les hace al contratarlos, hasta los que conservan el puesto en alguna empresa sobre la que planea o pueda hacerse planear la sombra del ERE. En casos más expuestos aún, que existen, los 645 euros operan, incluso, como tope máximo. Para eso está el ardid de contratar a alguien a tiempo parcial, por el porcentaje correspondiente de la cifra de marras, y hacerle luego trabajar cuarenta horas a

la semana. O ya puestos, cincuenta. Todo depende del miedo del trabajador en cuestión y de la elasticidad moral de quien le emplea a la hora de bajar costes.

Al trabajador español de infantería, al que también podríamos llamar asalariado mínimo, le acaban de confirmar que sus emolumentos para el año 2014, esto es, sus opciones de compartir la prosperidad que se avecina y alumbra ya al final del túnel, según aseguran los máximos mandatarios, se congelan en los mismos 645 euros en que se le tasaba el año anterior. Es de imaginar el natural alborozo y la honda gratitud con que el asalariado mínimo recibe la noticia de que su indigencia, salvo que la inflación real sea cero (cosa muy improbable, incluso si logran hacerle decir ese número al IPC), acaba de agravarse.

Alborozo y gratitud que resultan sin duda potenciados en el caso de que el asalariado mínimo tenga el hábito de leer periódicos. Dado su poder adquisitivo, supondremos que lo hace por internet, chupando el wifi de algún vecino o aprovechando la conexión gratuita de la biblioteca pública. Así se habrá enterado de las retribuciones de decenas o cientos de miles de euros que perciben expolíticos de todos los partidos, incluido alguno de pasado revolucionario, por aconsejar quince o veinte horas al año a quienes dirigen compañías sobre cuyas áreas de negocio los mencionados expolíticos alguna vez legislaron o ejercieron autoridad. Por esa misma vía tendrá conocimiento de los honorarios, contados en cientos de miles o en millones de euros, que percibieron arquitectos contratados para alzar monumentos a la soberbia que cualquier vendaval desbarata y que a la fecha presente rinden una utilidad mínima o imaginaria, mientras exigen costosos y muy reales gastos de mantenimiento. Y habrá leído, también, que hubo banqueros, sentados por dedo afín en la poltrona de entidades financieras luego quebradas, que pasaron por esa vía de tener un sueldecillo apañado a contar en millones de euros su patrimonio y poder darse caprichos de pachá. No uno ni dos, ni siquiera tres o cuatro. Y de todos los colores.

Imaginemos al trabajador español de infantería, al sufrido y congelado asalariado mínimo, en estas fechas entrañables, contando sus perras para regalar algo a sus seres queridos. Imaginémoslo en el lugar donde viva, sin duda acogido a la caridad de alguien, sus jubilados padres quizá. Y perdonémosle que no bendiga a todos esos que se ríen de él desde los periódicos.

1.500 años

La aritmética es una disciplina muy útil. Permite hacerse ideas generales a partir de datos particulares. El tipo que toma el micrófono en Durango (o el que le escribió el papel que lee) lo sabe bien. Así que multiplica por 70, que con una calculadora tampoco es tan difícil, y le salen 1.500 años de prisión: el supuesto tributo que han pagado él y sus compañeros, expresidarios excarcelados sin arrepentirse gracias al funcionamiento del Estado de Derecho que nunca quisieron acatar, por la defensa con las armas de lo que quiera que creyeran defender.

El cálculo y el razonamiento que en él se apoya, siendo socorridos e impactantes, y seguramente reafirmadores para quienes piensan como él, presentan sin embargo alguna contraindicación que, de haber sido sopesada con anterioridad, quizá habría llevado a desecharlos. Digamos que, en la vida y en la política, como en la guerra y el ajedrez, no conviene hacer movimientos que puedan ser replicados fácil y ventajosamente por el oponente. Y menos aún cuando esta réplica puede poner en evidencia, por absurda y ridícula, la maniobra en cuestión.

En primer lugar, uno puede reclamar haber sido gravado, en su patrimonio o en su tiempo, cuando la exacción se le practica a cambio de nada y porque sí, como sucede con los impuestos en cualquiera de sus formas o el servicio militar obligatorio. Cuando uno ha provocado, con su esfuerzo y con sus acciones deliberadas, el presupuesto del que la exacción es simple contrapartida, no hablamos de tributo, sino del pago de una deuda. Teniendo en cuenta que entre los setenta del escenario suman más de 300 vidas arrebatadas, mayormente a traición y con ensañamiento, bien puede estipularse que han recibido una ventajosa condonación.

No tienen más que mirar cuál había sido la deuda que se les habría exigido, con intereses y recargos, de haber hecho en otro lugar lo que hicieron. Ni siquiera han de recurrir a la imaginación: para eso tienen a algún compañero en Francia liquidando la pifia con arreglo a la tarifa que se aplica por allí.

Pero es que el propio enfoque aritmético del asunto resulta contraproducente. Son demasiadas las cuentas que puede hacer la parte a la que se dirige la protesta del portavoz, y demasiado adversas a la legitimidad y consistencia de sus demandas. Podría hacerse, por ejemplo, la cuenta de todo lo que esos setenta supuestos damnificados adeudan a todos los damnificados ciertos y cuantificados que padecieron las consecuencias de su estrategia de construcción patriótica. Una deuda sólo parcialmente liquidada, y de la que apenas satisfarán la parte mínima equivalente a la indemnización que se les debe por haberse alargado su prisión contra la doctrina del tribunal garante de los derechos humanos que ellos les negaron a sus víctimas.

Y si de años se habla, también podría hacerse otra cuenta, la de lo que los peticionarios les arrebataron a sus víctimas directas. Trescientos muertos, a una media de edad de poco más de treinta años, en un país donde la esperanza de vida se acerca a los ochenta. Sólo con eso, ya salen 15.000 años de vida reducidos a la nada más absoluta, a cambio de esos 1.500 que, limitados y todo, no dejaron de ser de existencia bien aprovechada para dedicarlos a actividades redentoras de pena. Si se cuenta el millar de muertos causados a aquellos ante quienes el portavoz se alza como cobrador, salen cerca de 50.000 años de expolio total. Y podrían sumarse los años de invalidez, de viudez, de orfandad... Para qué seguir. Sería cómico, si no fuera trágico.

Un ministro dijo la víspera que el acto iba a ser un aquelarre, y se criticó con dureza al juez que no quiso prohibirla. Quizá su señoría anduvo más avisado que nadie: nada los desacredita más que dejar que expongan sus grotescas aritméticas.

Burgos *revolution*

Un español cualquiera enfrenta el insomnio. Durante un rato ha estado viendo la televisión y en ella ha aparecido un juez proclamando que el sistema está completamente podrido, que el país se está saldando de mala manera y que los responsables de la corrupción y de la ruina, esas dos primas cercanas, están amañándolo todo para salir de rositas. El juez investigó a un exbanquero, le intervino el correo electrónico y leyéndolo sacó petróleo acerca de cómo se manejaba el dinero y se tomaban decisiones estratégicas en una entidad financiera que acabó exigiendo un rescate multimillonario y, de rebote, la puesta en almoneda del país y de los derechos de sus habitantes.

El juez, que envió al exbanquero a prisión preventiva, está encausado por tal motivo, y el español cualquiera se pregunta si se halla ante un hombre acorralado que trata de salvarse como puede de un error que cometió, que es como lo presentan sus adversarios, o si por su boca estará diciéndose la gran y ominosa verdad que muchos intuyen, que alguna voz musita y a veces grita la calle, pero nadie acierta, en fin, a hacer valer.

Si lo que el juez dice fuera cierto, el español cualquiera piensa que se habría llegado a una terrible disyuntiva: o la ciudadanía acata ser burlada, estafada y despojada, por incapacidad para impedirlo, o de lo contrario, si no acepta pasar por ahí, busca una forma efectiva de revolverse contra quien, siempre según ese relato, le habría enajenado la soberanía. No hay tercera vía, tal y como se plantea el conflicto: limitarse a seguir tuiteando el descontento equivale a resignarse a que sus causas permanezcan intactas. Los tuits, al final, no mueven otra cosa que la facturación de las operadoras telefónicas.

En el silencio de la madrugada, el español cualquiera sopesa el delicado concepto que se ha colado en su pensamiento: revolución. En el pasado, no cabe duda, las revoluciones tuvieron sentido e incluso éxito. Algunas de ellas se veneran como fundacionales de Estados de primer orden: desde Estados Unidos (que llaman *Revolution* a su lucha por la independencia) hasta la República Francesa. Pero hoy, cuesta imaginarlas. Y menos en España, un país que hizo tantas y al que tan mal le salieron, con más sangre que logros. La mansedumbre del español se alimenta de su pereza y del miedo genético a la algarada estéril y a su posterior represión, a los que se suma la distracción característica del hiperinformado ciudadano occidental.

Sin poder dormir, el español cualquiera acaba curioseando, por debilidad, lo que se cuece en ese Twitter que tanto contribuye a la dispersión y la inercia. Y ve que en Burgos, por segunda noche consecutiva, los vecinos del barrio de Gamonal se han echado a la calle para plantar cara a la policía. Fotos de contenedores ardiendo, cargas. Los vecinos protestan, dicen los medios, porque no quieren que una calle del barrio se convierta en bulevar. Ocho años atrás ya pararon de esa forma, al parecer, un aparcamiento subterráneo. Así leído, parece una pataleta, una reacción desproporcionada. Busca un poco más y encuentra una octavilla de los manifestantes: lo que les indigna es que la operación tiene un coste de veinte millones de euros y que hay responsables

políticos que van a lucrarse, dicen, con una obra que no atiende a ningún interés público perentorio.

La noche anterior ya hubo incidentes, con un saldo de diecisiete detenidos y una decena de policías heridos. Y el español cualquiera vuelve a dudar. La Primavera Árabe comenzó con la protesta de un vendedor ambulante. ¿Son esos fuegos de Burgos un primer atisbo de revolución de la España adormecida?

El insomnio, ya se sabe, desdibuja a menudo las cosas.

Quitarnos el miedo

Ningún banco tiene dinero para atender la petición simultánea de todos sus acreedores, ningún ejército puede repeler a la suma de todos los demás ejércitos puestos de acuerdo para atacar, ningún gobierno tiene policías para contener la ira de todos los ciudadanos del país que administra. El mundo no se va al carajo a cada momento y por todas y cada una de sus costuras gracias a un frágil equilibrio entre el miedo y la confianza. Entre aquello que la gente teme, y aquello en lo que confía, se establece un delicado sistema de contrapesos que sostiene la normalidad. Si falla, sucede la bancarrota. O la guerra. O la revolución.

Unos vecinos se echan a la calle en Burgos para paralizar un proyecto del ayuntamiento que no ha contado con sus necesidades ni sus anhelos, pero sí cuenta con el dinero de sus impuestos. El alcalde, que tiene mayoría absoluta, se enroca en sus posiciones y solicita que le envíen antidisturbios. Los antidisturbios llegan, pero la bronca no va a menos sino a más. Las imágenes de las revueltas nocturnas de Gamonal, que es como se llama el barrio de los díscolos, empiezan a circular y empiezan a comentarse. Algunos comentaristas subrayan su posible valor simbólico, la señal de un descontento más profundo y general que encierra esa movilización por razones aparentemente nimias y particulares. Otros comentaristas, más escépticos o menos deseosos de dar pábulo a la insumisión popular, rechazan como ingenuas esas especulaciones. Alguno llega incluso a mostrarse cáustico y despectivo: qué idiotez, hablar de revolución a propósito de algo tan ruin y burgués como defender el sitio para el coche.

Es lo que suele ocurrir con los comentaristas: los hay para todos los gustos, y al fin y a la postre ni unos ni otros mueven molino, por más que alguno se crea investido con la portavocía de la voluntad popular o, en el lado opuesto, con la excelencia intelectual necesaria para ridiculizar y poner en su sitio los devaneos obtusos de la plebe. Al final, importa sólo lo que ocurre: los hechos. Y las voces que más dicen son las que acaso menos pretenden decir, pero se hallan más cerca de la jugada.

Y lo que ocurre es que con la reiteración y la proyección cada vez mayor de los disturbios alguien se pone nervioso en los niveles superiores del organigrama del partido del alcalde, y que

primero lo llaman a capítulo para convencerle de que suspenda de momento la obra controvertida, cosa que el alcalde termina por hacer a regañadientes. Y luego, cuando la presión popular y la oposición reclaman la paralización definitiva de la obra y la cancelación del proyecto, y el alcalde vuelve a echar mano de su mayoría absoluta para negarse, sus superiores, en vez de apoyarle, vuelven a doblarle el brazo. Y es que las manifestaciones que empezaron en el barrio de Burgos se extienden ya por todas las capitales del país.

No era la revolución de octubre, seguramente. Pero tampoco cabe ya decir (y es una lástima, en lo tocante a los comentaristas ingeniosos y sarcásticos) que lo de Gamonal no ha sido nada. En medio del estupor, alguien pregunta a una vecina del barrio, una comentarista de a pie, anónima y sin tribuna ni púlpito que la eleve sobre nadie. Y la vecina, en una sola frase, cartografía el abismo pavoroso que acaba de abrirse bajo los pies de alguno que creía pisar suelo firme: «Nos han quitado tanto, que han acabado por quitarnos el miedo». He ahí el quid del asunto.

Puede que esa vecina anónima, sin ninguna pretensión retórica o doctrinal, haya formulado un recio principio de filosofía política para estos convulsos albores del siglo XXI: a la ciudadanía puede quitársele cuanto convenga, según la coyuntura y los compromisos del gobernante, con el límite de no despojarla del miedo que oficia como oportuno contrapeso del déficit de confianza.

Nora y el jubilado

Esta es una historia de monstruos. De los de verdad. Por eso no sale ningún tipo con colmillos que va por ahí de noche chupando sangre, ninguno que se vuelva lobo con la luna llena o al que hayan infundido vida a partir de un cadáver. Todos esos monstruos inventados, al final, regocijan y distraen más que asustan. Esto va de monstruos que no regocijan ni distraen nada, por un lado, y que no tienen pinta de monstruo, por otro. Por eso mismo resultan más inquietantes y aterradores.

En esta historia, cómo no, hay también una niña perdida en el bosque. Sus padres le pusieron Nora, un nombre sencillo, hermoso y evocador. Un nombre que no merecía verse asociado con monstruos. Pero así son este tipo de historias, las verdaderamente terroríficas: vienen a sucederles justo a aquellos seres que menos deberían haberse vistos sometidos al dolor y el espanto; a los que todos querríamos saber siempre y en toda circunstancia preservados frente a la crueldad del mundo.

Suele pasar con las niñas que se pierden en el bosque: a ellas se acercan seres de la espesura que no necesariamente quieren su bien. En el caso de Nora, todo comenzó en los albores de su adolescencia, cuando lejos de la protectora mirada paterna se cruzó con alguno de estos furtivos depredadores. Cuentan que primero fue una mujer con la que coincidía en un parque; luego, un hombre al que aquella mujer la llevó. De la mano de ambos conoció lo que iba a servir para arrojarla a las fauces de los monstruos. En cierto modo puede decirse que ellos eran los

exploradores que la acecharon y atrajeron al rincón oscuro donde caería sobre ella la jauría. Por su mediación se inició en esas sustancias que arrebatan la voluntad, gracias al espejismo de ampliar y allanar su campo de acción. Gracias a ellos, también, descubrió y aprendió a concebir la posibilidad de obtener dinero (entre otras cosas, para seguir accediendo a las sustancias adictivas) mediante la triste transacción de entregar su cuerpo y su intimidad a desconocidos dispuestos a pagar por ello.

En la mayoría de los relatos de esta amarga historia, la mujer que hizo la captación y el hombre que la corrompió vienen a ocupar la cúspide de la partida monstruosa. Y es verdad que quien abre la caja del horror, quien tiene y usa la llave de la puerta tras la que empieza todo, tiene una responsabilidad tan principal como escalofriante. En torno a ellos puede hacerse la pregunta más perturbadora y atroz: si nunca hubiera ido a aquel parque, donde iba a encontrarse con la mujer, si esta a su vez no la hubiese puesto en contacto con el hombre, ¿la historia habría tenido otro curso, la niña habría encontrado el camino de vuelta a casa y nada de lo infame habría sucedido?

Es posible, y con eso, después de que la jauría arrastrara a la degradación y a la muerte a la niña, tendrán que vivir ambos. Sin embargo, ahí están, también, todos los que se cruzaron con ella, la supieron al instante una niña perdida (no podía ser de otro modo: la edad, las circunstancias la delataban) y pese a ello se saciaron en ella y contribuyeron, moneda a moneda, mordisco a mordisco, a precipitar su final. Eran hombres que la reclamaban una y otra vez. Hombres jóvenes y mayores, autóctonos y forasteros. Uno de ellos, cuentan, era un jubilado. El único ante el que la niña perdida, que para entonces ya lo estaba profundamente, tuvo al parecer conciencia del abismo al que la estaban conduciendo los monstruos con que trataba.

Quizá nada se antoja tan horrible como imaginar ese momento, en que la vida joven y prometedora se ve arrimada al precipicio por una vida ya cumplida, que ha podido desarrollar su singladura hasta ese puerto seguro de la jubilación. Ese acto redondea la monstruosidad de esta historia: donde los niños son consumidos como mercancía por quienes deberían haberlos amparado.

Pepe, el sumergido

Se llama Pepe (o María, que no es cosa de discriminar por sexo, ni para lo bueno ni para lo malo) y su dinero es negro. Sumando todos los Pepes (y todas las Marías) se llega en la España de 2014, esa que está a punto de recuperarse, a la cuarta parte del PIB que nos queda después del pinchazo de la burbuja. En algunos lugares de la piel de toro, a casi la tercera parte. Y en esto no hay hecho diferencial ni *seny* que valga: la desapegada Cataluña se sitúa, con un veinticuatro y pico por ciento, en la rigurosa media nacional. Pepe, el sumergido (y María, la sumergida), son el testimonio de un país a medio hacer, a medio civilizar. Un país donde el dinero se mueve

ignorando olímpicamente las reglas es un país condenado a no terminar jamás de salir adelante. Un lugar donde los pobres serán cada vez más pobres, porque quien no tiene, hay que recordar la obviedad, se educa, se cura y es sólo hasta donde se recaudan impuestos para sostenerlo.

Hay una cuota de Pepes que no se puede evitar y que determina que en ningún lugar del mundo la economía sumergida sea cero. Pensemos en el Pepe que se dedica al narcotráfico, o a la trata de personas, o en el que cobra por pegarle a alguien una paliza o, en el extremo, por desalojarlo prematura y violentamente de este mundo. Se apruebe o no su *modus vivendi*, y pocos podrán aprobarlo, se entiende que no puede extender factura ni declararle al final de año a Hacienda cuánto ha ingresado por su actividad.

Otros Pepes escapan al reproche porque su necesidad es tan angustiosa que ni aun escamoteándole al Estado su contribución logran llegar a fin de mes. En la España de 2014 (esa que está a punto de recuperarse) son muchos los que apenas consiguen que les abonen por sus esfuerzos mensuales unos pocos (y en algún caso muy pocos) centenares de euros. Con eso, cómo va a esperarse que coticen como autónomos, o que se preocupen de cargar el IVA en las chapuzas y de ingresarlo a fin de trimestre. Incluso, aunque eso ya depende de las tragaderas de cada cual, se llegará a entender que cobren los 400 euros del subsidio mientras a hurtadillas hacen sus apaños. La menesterosidad es una de las madres más eficaces de la deshonestidad, y quizá la única que encuentra alguna indulgencia.

En el límite, quien sin posibilidad legítima de subsistencia se echa al monte tiene esa coartada que los juristas llaman estado de necesidad. Arrojar a un náufrago de un bote salvavidas es en condiciones normales un delito y además una canallada. Si el bote no podía aguantar ya su peso, la ley lo excusa y la gente lo olvida.

El verdadero problema es cuando Pepe, el sumergido, tiene otra opción. Se trata de ese Pepe, por ejemplo, que facturando millones decide pasar algunos de ellos por un paraíso fiscal, donde no se lo va a pillar la Hacienda de su país. O ese otro que, habiendo aceptado un sueldo público, con el compromiso ante sus conciudadanos que ello implica, pone el cazo para que le caiga dinero privado, en rama o en sobre, que al final acaba de forma indirecta pagando el contribuyente. Un país que siga manteniendo un número elevado de estos Pepes, con su enorme potencial ennegrecedor de la riqueza que pasa por sus manos, tiene una disfunción seria, potencialmente letal.

Ahora bien, sería cómodo quedarse ahí. El estropicio, no nos engañemos, lo redondean los millones de Pepes que, sin ser narcos, ni miserables, ni millonarios, ni corruptos, deciden dejar de asumir lo que podrían, aunque no les convenga. Ese Pepe es como el costalero del trono de Semana Santa que agacha el hombro. Sus treinta o cuarenta kilos caen inexorablemente sobre los tontos que siguen alzando. Si son demasiados los costaleros que escurren el bulto, el trono se va al suelo. Y así andamos, con la Virgen en el suelo y, lo que son las cosas, sin dejar de reírle la gracia a Pepe.

Lo que no tiene gracia

Lo que no tiene gracia, de entrada, es ocupar el lugar que uno ocupa en el mundo por su vínculo con una institución que halla su fundamento en la ejemplaridad y tener que acudir al juzgado a rendir cuentas sobre fondos torticeramente percibidos, improcedentemente gastados e indebidamente deducidos de los impuestos que debieron ingresarse en las arcas públicas. No tiene gracia para todos los que con sus propios impuestos contribuyen al sostenimiento de la institución en cuestión, pero menos aún para aquella que teniendo con ella una relación tan estrecha ha de comparecer en público en tan desairado e indeseable trance.

También es de lo más desgraciado que todo suceda, justamente, en un juzgado de esa Palma de Mallorca de la que la compareciente ostenta el título de duquesa, por haber sido en primera instancia en la isla donde se detectó el saqueo de fondos públicos del que traen causa las diligencias judiciales.

Es una desgracia para los palmesanos, cuyo consistorio ha acordado retirarles a la compareciente y a su consorte el nombre de la vía pública que ambos tenían dedicada, y que ahora la población, de manera informal, prefiere consagrar al juez instructor que con notorio y notable desgaste personal se ha impuesto el deber de llegar al fondo del asunto sin pararse en barras y sin privarse de apuntar a la duquesa. Pero tampoco esta, a poco recia que sea su conciencia, y no hay motivo para suponérsela inferior a la de cualquier otro, debe de sentir otra cosa que bochorno, tras perder el afecto del que en otro tiempo era objeto por algo tan sórdido (y al cabo, tan vulgar) como la distracción de dinero de todos para financiar atenciones y antojos privados, de los que han dado puntual noticia todos los periódicos.

No tiene gracia, por otra parte, venir a cantar todo aquello de lo que uno disfrutó, sin coste ni contrapartida verdadera, en unos momentos en los que casi todos los que la ven llegar por televisión son más pobres de lo que eran hace unos años. Ciudadanos que para poder atender sus obligaciones, incluidas las tributarias que a la compareciente se le imputa eludir, han debido reducir, en algún caso dramáticamente, su nivel de consumo y lo que pueden adquirir con un salario que a nadie se le satisface de otro modo que entregando a cambio un esfuerzo creciente.

No puede esperarse que todos esos ciudadanos sean indulgentes con viajes de recreo, clases de salsa, deuedés y libros infantiles, entre otros gastos particulares, sufragados con cargo a unos euros procedentes del erario público que aflúan al hogar de la duquesa sin que hubiera que trabajar por ellos, desviados del recto propósito al que estaban destinados con arreglo a su consignación presupuestaria.

Y lo que quizá tenga menos gracia es que esas partidas de dinero de todos que acabaron yendo a cubrir necesidades tan privadas se gastaran y despachasen sin pestañear, en tanto que se van acumulando los servicios públicos, desde la educación a la sanidad, pasando por la justicia, en

los que se mide con lupa la aportación estatal y cada vez se le exige más al usuario y contribuyente que afloje la mosca si desea recurrir a ellos.

Todo esto, y alguna otra cosa más, es lo que quienes la ven bajar del coche, amparada por el dispositivo de seguridad del que ninguno de ellos gozaría jamás en un apuro semejante, piensan y sienten que no tiene gracia en absoluto. La propia compareciente, que no puede no ser consciente de ello, forzosamente ha de sentir el peso y la gravedad de lo que representa este momento, para alguien que está donde está por ser quien es. Y no sólo para ella, sino para todos los que comparten con ella los beneficios, honores y privilegios reservados a su real condición.

El misterio, insondable, es qué encuentra en el fondo de su mente para compensarlo y entrar al juzgado sonriendo.

Hombres en la valla

La escena se repite, semejante a sí misma, desde que el hombre es hombre. Un grupo de seres humanos maniobra al amparo de las sombras para sorprender a otro grupo de seres humanos. Los segundos se parapetan tras una valla: podría ser una trinchera, una muralla, una empalizada, un foso o cualquier otro de los ingenios con los que los hombres han intentado, a lo largo de la Historia, impedir el paso de otros hombres. Los otros, los que quieren pasar, tienen, como sus millones de predecesores en esa vieja tentativa, una estrategia para sorprenderlos.

Lo de menos, en ese instante en que el asalto es inminente, cuando los que aspiran a traspasar la barrera ya saben que no hay marcha atrás, y los que la forman y defienden ven a sus oponentes echárseles encima, es la razón por la que unos y otros han asumido su papel. Son tantas las posibilidades, tan dispares los motivos que llevan a alguien a querer forzar la resistencia de otro, y a este a mantenerla con la determinación de no ceder... Muchos de los que se lanzaron un día contra las líneas enemigas lo hicieron por codicia u odio, algunos por miedo y otros porque no les dejaron más remedio que hacerlo. Y entre quienes alguna vez se aprestaron a defender una posición también hubo de todo: por amor a lo propio, por orgullo, o por recelo ante lo que representaban los hombres que venían de una tierra desconocida y aspiraban a hacerse un hueco en la suya.

En ese momento de medirse las fuerzas, no obstante, las razones quedan a un lado. Los hombres que quieren pasar esta noche lo hacen empujados por la desesperación. Los que se les oponen y defienden la valla, en cambio, están ahí por motivos menos perentorios. Se atienen a unos reglamentos y unas leyes que establecen competencias, delimitan territorios y estipulan procedimientos: todo bastante abstracto e impersonal, pálidos argumentos frente al imperativo categórico que enardece y espolea a los asaltantes, superiores además en número. Y, sin embargo, a la hora del choque, cuando se decide la suerte de unos y otros, el duelo los vuelve a todos

igualmente primarios. La adrenalina de la confrontación física, la pulsión de vencer, el pundonor y la rabia se sobreponen a toda otra consideración.

Luego se harán relatos que tratarán de endulzar la actuación de unos y otros. Pero los asaltantes quieren forzar el perímetro defensivo, y no se andarán con medias tintas: extremarán los riesgos, la violencia, la añagaza, cualquier baza que les permita el triunfo que los mueve, pasar al otro lado. Así ha sido siempre y así lo admiten desde siempre las leyes de la guerra. Y los defensores, acatado el deber de preservar la línea, y sabedores de que quienes tienen enfrente van a echar el resto, harán por cortarles el paso, sin apenas tiempo de reacción y desde su inferioridad numérica, con todo lo que tienen. La alternativa no se contempla, porque no es otra que dejarse desbordar, lo que, amén de la indeseable humillación, invitaría a que otros vinieran a desbordarlos la noche siguiente, y todas las sucesivas.

Los asaltantes se echan al agua, tratando de desbaratar por el empuje de la masa atacante y el peligro en que ellos mismos se ponen (la mayoría no sabe nadar, y depende de flotadores precarios) la defensa de los hombres de la valla. Éstos echan mano de sus armas: disparan pelotas de goma, botes de humo, salvas de fogeo. Alguno de ellos, noches atrás, bien puede haber estado a punto de morir atropellado: con ese recuerdo, y sin un protocolo que permita racionalizar la avalancha, ha de enfrentarse a cientos de hombres que se le vienen encima. Los acontecimientos, en algún momento, se descontrolan.

En medio del caos, mueren hombres. Alguna ley, parece evidente, no se observa escrupulosamente. Todo lo juzgará, luego, alguien que nunca asaltó ni defendió una valla, en mitad de la noche.

Mientras tanto, en Kiev

Ser zar ya no es lo que era. En otro tiempo, no sólo tenías a tu merced la vida y hacienda de todos los desharrapados extendidos por todas las estepas de todas las Rusias, sino que contabas con la lealtad ciega de los feroces cosacos ucranianos. Ahora, en la funesta era de Twitter y Facebook, esos dos inventos de los bárbaros transoceánicos, uno intenta montar unas Olimpiadas que realcen de veras su poderío ante el mundo, que es lo que farda de ser zar, empeñando además un pastón en el evento, y primero no dejan de tocarte las narices a cuenta de los homosexuales, esa ralea tan poco rusa que oficialmente has decretado que en tus dominios no existe. Y como fin de fiesta, en vísperas de la clausura de los juegos, van y te levantan a los ucranianos: esos de quienes siempre echaron mano los zares para imponerse a las hordas asiáticas y siberianas. Un soponcio en toda regla.

Son de imaginar las maldiciones (proferidas además en ruso, ese idioma cuyo repertorio de palabrotas sólo lo iguala la lengua de Cervantes) que habrán debido escuchar en este último fin de

semana de febrero las paredes de los aposentos donde el zar se retira a descansar de la titánica tarea de mantener sometido ese imperio que va del Báltico al Pacífico. Lo que estaba programado era una sucesión de actos de felicitación a los esquiadores, patinadores y otros héroes sobre hielo rusos por la cosecha de medallas tan cuidadosamente preparada, sin reparar en gastos. Todo para que el zar pudiera comparecer una y otra vez ante el pueblo como símbolo de la grandeza y la pujanza de la nación, esto es, como modelo y referente de todos esos triunfadores criados bajo su ala magna y propicia. Los deportistas estaban haciendo los deberes, ganando, y he aquí que de pronto todos los esfuerzos, todos los triunfos, no sirven absolutamente para nada.

Y es que, mientras tanto, en Kiev...

No puede sorprenderle lo sucedido, o no completamente. Hace semanas, meses, años incluso que una parte de la población ucraniana y un buen puñado de líderes opositores conspiran para emanciparse de su férreo control. Para ello han contado con la termita de siempre, esa Unión Europea que con sus embelecos y como quien no quiere la cosa ha ido arañando terreno hacia el este hasta plantarse a orillas del Don. Lo que no consiguió el vehemente Adolfo con sus *Panzerdivisionen*, que a fin de cuentas hicieron el viaje de ida y vuelta en un abrir y cerrar de ojos, dejándose todas las cadenas y todas las tuercas por el camino, lo está consiguiendo esa nueva Alemania sin armas que se rodea de un enjambre de países satélites, todos revueltos bajo esa bandera azul como de no romper nunca un plato.

Sin embargo, el zar había reforzado a su delegado en Kiev, otorgándole su respaldo ilimitado para ejercer mano dura sobre los disidentes. Y donde no llegaban las fuerzas de sus leales sobre el terreno, no dudó en complementarlos: así acudieron, según cuentan, los francotiradores que empezaron a batir la plaza donde se manifestaban los díscolos, para bajarles los humos y la moral con sus plomazos letales. Debería haber funcionado: los europeos enredan, ya se sabe, pero no se comprometen nunca.

La variable imprevista han sido los descendientes de esos cosacos fieros y contumaces. Plantados en la plaza, han vendido su pellejo tan caro como para hacer flaquear al delegado del zar y, sobre todo, a quienes asumían la siempre infame tarea de disparar a sus compatriotas. Y el sábado 22 de febrero de 2014, cuando se conmemoran los 75 años de la muerte de Antonio Machado, que verá por la tarde la captura del *Chapo* Guzmán, y que en esa afligida península del suroeste europeo vive la resaca de la chiripitifláutica entrega de cuatro hierros por unos encapuchados, Kiev se queda sin guarnición y los levantiscos se la apropian.

Atentos, a partir de ahora, a la cólera del zar.

Stieg Larsson, detective

Como no le conocí, puedo imaginarle con más libertad que quienes sí guardan en su memoria el

recuerdo de la persona que realmente fue. Sin embargo, sé de él lo suficiente como para que mi imaginación no pueda volar de cualquier manera.

He conocido a la mujer con la que compartió su vida y he paseado con ella por los parques de Estocolmo. Incluso he tomado con ella un *capuccino* en el café Frapino, de Långsholmgatan, en su isla de Södermalm, donde según ella me contó solían ir juntos, los domingos, antes de acercarse, cuando hacía buen tiempo, a leer el periódico al cercano Pårsunds Parken.

También he conocido a quienes trabajaban con él en la revista *Expo*, el instrumento de su cruzada contra el fascismo latente en la sociedad sueca, y me he tomado un café de la cafetera de la redacción. La misma donde sufrió el infarto que acabó con su vida, después de años de mal sueño, mala alimentación, demasiados cigarrillos y demasiado café (una buena parte, vertido de esa misma cafetera), con la ayuda inestimable de una escalera que fatalmente subió a pie porque ese día falló el ascensor.

He hablado, en fin, con quien fue su mejor amigo y mecenas de la revista y de otras de sus causas perdidas. Con él he cenado en el restaurante sirio donde a menudo compartieron mesa ambos y he ido al que según su testimonio era su lugar preferido para acabar la jornada: el Södra Teatern, desde cuya azotea se ve todo Estocolmo. Allí, en la terraza del teatro, hay en verano un bar al aire libre, donde Stieg, según su amigo, gustaba de relajarse y comentar los acontecimientos del día.

Como mi imaginación es libre, pero no del todo, es allí, en lo alto del Södra Teatern, donde me imagino a Stieg Larsson, en el momento en que comprendió, o creyó comprender, que tenía pruebas de quién había cometido el más importante y famoso crimen del siglo XX en su país: el asesinato del ex primer ministro Olof Palme. No sé cómo reunió aquellas pruebas, dónde fisgó, qué cabos ató y qué conjeturas, acaso imprudentes o gratuitas, como dirán sus detractores, acaso demasiado inconvenientes para que las autoridades de su país las admitan, como preferirán creer sus lectores, le sirvieron para sostener que había desvelado el enigma que la justicia sueca era incapaz de resolver. Lo que sé es que debió de haber un momento en que se sintió lo bastante seguro como para hacer un paquete con ellas y enviárselo a la policía, a esa misma sede de Kungsholmsgatan de la que tanto entran y salen los personajes de sus célebres novelas.

La sensación que en ese momento debió de embargarle sólo me la imagino asociada a esa terraza, pero no en verano, repleta de gente y con la música sonando, sino en invierno, cubierta de nieve, silenciosa y solitaria, que fue como la conocí. El detective aficionado ante la ciudad que ha terminado por hacer suya, aun habiendo nacido mucho más al norte, y que frente a millones de lectores logrará hacer más suya aún, después de su muerte. Solo, pobre, siempre estresado, con la doble vida de periodista combativo y novelista semiclandestino, y sin embargo pletórico, orgulloso de haber desentrañado, o de creer que ha desentrañado, que viene a ser lo mismo, por fin el oscuro enigma.

¿Era ese enigma, o mejor dicho su resolución, el final previsto para esa serie de nada menos de diez novelas de la que, según propia confesión, esperaba sacar su plan de pensiones y que al final

quedó en tres novelas y pico y en una herencia tan succulenta como controvertida? Ese, como otros misterios, se lo llevó con él a la tumba. Ahora que él no está y los periódicos de su país sacan a la luz la historia, el fiscal encargado del caso se apresura a decir que el hombre al que apuntan sus sospechas, un exmilitar sueco que fue mercenario en África y al que Larsson vincula con el régimen sudafricano del *apartheid*, enemistado con Palme por la ferocidad con que este siempre denunció sus infames políticas, está por completo libre de cargos.

¿Desbarraba el reportero obsesionado con el ADN racista de la sociedad sueca? ¿Se presta el fiscal a una conspiración impulsada desde las cloacas del estado escandinavo para impedir que salga a la luz la verdad del caso? Habrá quien apueste por lo primero y también quien otorgue crédito a la segunda hipótesis, y no parece que vaya a quedar disipada en breve la duda.

Sobre la nieve que tapiza la azotea del Södra Teatern, el fantasma del detective, ya sin ninguna prisa, aguarda con su sonrisa de eterno adolescente la resolución final del caso.

El hombre del rickshaw

Una crisis sacude el mundo a cuenta de una península en el mar Negro cuyo nombre no es la primera vez que adquiere resonancias bélicas y cuya posesión parece ser capaz de romper el equilibrio entre las potencias que dominan el planeta. Los líderes mundiales, interpelados por el desafío, toman medidas y adoptan posiciones. El que asienta sus reales sobre el antiguo trono de los zares mueve sus peones armados para asegurar lo que en su interpretación le pertenece y han intentado arrebatarle. El que ocupa el despacho en el que se sentó Abraham Lincoln, el mismo que cada semana envía drones a batir objetivos ínfimos en montañas de Oriente, antes de mostrarse bailando música *funky* en su residencia, sabe que al sucesor de los zares, en cambio, no puede atacarle sin asumir costes inasumibles y busca en el abanico de las sanciones no militares el modo de marcar su poderío y su territorio. En Europa, donde no hay líderes, un confuso cacareo apenas estorba el duelo entre ambos.

Uno debería escribir sobre estos hombres que conducen el mundo, que abren noticieros de radio y televisión y ocupan las portadas de los periódicos. Pero ninguno de ellos, llegados a este punto, posee la menor capacidad de seducción: ni el que manda los soldados, quitándoles las insignias, ni el que no se atreve a mandarlos, son mucho más que lo que tienen detrás.

Pensando en ellos se abre de pronto paso la imagen de otro conductor, entrevisto una mañana de este invierno en una polvorienta calle de Calcuta. Una imagen captada al vuelo, en el barrio donde tuvo su casa Rabindranath Tagore y donde, en el mismo sitio, un museo recuerda al poeta bengalí. Un hombre que apenas tiene nada detrás: tan sólo su rickshaw, el carruaje de dos ruedas del que tira por las calles de la ciudad, extrayendo de la fuerza de sus brazos y sus piernas la tracción que en otros vehículos proporcionan motores o bestias de tiro. Una costumbre ancestral,

para muchos infamante, que el gobierno indio prohibió pero que en la capital de Bengala sigue siendo para algunos, sin otro recurso para la subsistencia, el penoso oficio del que obtienen unas pocas decenas de euros al mes.

En la imagen el hombre está quieto, cediendo el paso al tráfico que discurre por la calle a la que va a incorporarse. Va calzado, lo que no es precisamente la regla entre los conductores de rickshaw: muchos de ellos siguen pateando el polvo y el asfalto con los pies descalzos. Va vestido con ropa humilde, pero digna: una camisa limpia y un pañuelo a cuadros rojos y negros, puesto en la cabeza a guisa de turbante, le otorgan incluso una suerte de gallardía en su indigencia. Lo más probable es que, como el resto de conductores de rickshaw, no tenga nada más que lo que se ve. Por las noches, como el resto, dormirá acurrucado bajo su carruaje, incluso en la época de las lluvias, cuando el cielo se abre y el agua inunda literalmente las calles. No puede conducir más que su pobre vehículo de dos ruedas hacia donde le pida el cliente que lo lleve, regateando entre los coches, furgonetas, camiones y autobuses que se amontonan hasta ocupar el último centímetro cuadrado de las calles de Calcuta.

Y, sin embargo, en ese hombre a la intemperie que sujeta erguido su rickshaw, aunque ya hace mucho que dejó atrás la juventud, se muestra la humanidad en una calidad superior a la de esos otros hombres que dan en disputarse penínsulas por gente interpuesta. Los grandes hombres acaban llegando, fatalmente, al momento en que su soberbia aprovecha sin gloria la ventaja que la situación les concede. O a la encrucijada donde la impotencia de los recursos que manejan los despoja del aura de que se revestían y que cae como una máscara.

El conductor de rickshaw, lo poco que es, lo es de verdad, por sí y sin engaños ni vanidad. Como dijo el poeta de Bengala: «La verdad conquista / en su corazón bañado / en su propia luz».

El experto fiscal

Como experto fiscal, hay cosas que, aunque debieran, ya no alcanzan a sorprenderle. No le sorprende, por ejemplo, que ciertos personajes que anidan en el mundo del fútbol, donde se mueven tantos millones oscuros y fáciles, acaben con algunos de ellos prendidos entre los dedos y desviados a su cuenta de un paraíso fiscal o de la siempre propicia y discreta Suiza. Unos recurren a lo que dan en llamar ingeniería tributaria, siempre respaldada por el informe de un asesor que defiende la legalidad o, cuando menos, la no vulneración de la normativa fiscal por la estrategia de optimización de que se trata. Otros, lisa y llanamente, ocultan la pasta y cruzan los dedos en la confianza de que nunca los pillarán ni habrán de rendir cuentas.

Luego, eso sí, hay maneras de reaccionar. Al experto fiscal tampoco le sorprenden: conoce su país y algún otro, y el distinto peso que la ley tiene según dentro de qué fronteras se aplique. Por eso, sabe que en Alemania, cuando a un ídolo futbolístico, y a la vez presidente del club más

laureado y pujante del lugar, le cazan con unos millones depositados en cajas fuertes helvéticas y previamente escamoteados a la hacienda germana, lo normal es que le caigan encima todas las consecuencias legales, léase tres años y medio de cárcel, y que abrumado por el bochorno extremo que eso le supone ante sus conciudadanos, la leyenda del fútbol en cuestión rompa a llorar, pida perdón y termine acatando su destino como parte de su vergüenza.

En cambio, sabe que en España, cuando se descubre una distracción fiscal en relación con los ingresos de una estrella del fútbol, lo normal es que ni esta ni los dirigentes implicados sientan el menor remordimiento ni formulen la más leve disculpa: hicieron lo que les dijeron que podían hacer, sin recelar en ningún momento de la posible irregularidad de una estrategia que les permitía ahorrarse lo que ningún otro contribuyente se ahorra. En parte, quizá haya que disculparles: están en un país que se inventa, con plena cobertura legal, ficciones tributarias para que ciertas estrellas paguen, por sus millonarios ingresos, tipos impositivos que no llegan a la mitad de los que padecen asalariados que simplemente ganan un sueldo.

Que cuando vayan al juzgado a declarar por sus fechorías fiscales los aclame la multitud y las funcionarias les pidan autógrafos, o que haya fieros periodistas que denuncien que pedirles que paguen lo que deben obedece a persecuciones espurias contra tal club desde tal ciudad, es otra cosa. El experto no termina de verlo ni medio normal, aunque haya aprendido a no asombrarse por ello.

Al experto fiscal de esta historia, uno de los muchos que trabajan para la Agencia Tributaria, no le han pedido su opinión sobre la reforma del sistema fiscal cuyo peso seguirá recayendo sobre las espaldas de todos aquellos que, no siendo estrellas del fútbol ni teniendo otras posibilidades de optimización análogas a las que esos elegidos aprovechan, palman a saco y a tocateja, en cada nómina y cada factura, el grueso del IRPF y el IVA. Para el rediseño se ha preferido confiar en profesores y catedráticos que, deseosos de estar a la altura del reto, han respondido con 460 páginas llenas de innovaciones teóricas, tan sugerentes como reclasificar unos cuantos bienes y servicios del 10 por ciento al 21 por ciento de IVA o como hacerle tributar a cada españolito al que aún no han desahuciado de su piso por la renta presunta y etérea consistente en seguir viviendo donde vive mientras no le echen.

Si le hubieran preguntado a él, habría dado otras pistas. Por ejemplo, atacar el fraude y las técnicas de elusión a los que tantos pudientes se acogen, sin que haya una respuesta firme del Estado cuyos derechos se burlan. Un primer paso podría ser conseguir, ley en mano, que los defraudadores lloraran y se arrepintieran, como en Alemania, en lugar de tener siempre una excusa y cosechar ovaciones.

Los infiltrados y los nuestros

«Cada vez tengo menos claro si soy de los nuestros.» Mientras las cifras de manifestantes y heridos se cruzan en el fragor de la noche, mientras unos retratan a policías cargando y otros a policías heridos, mientras unos llaman a los de enfrente fascistas y otros se despachan contra sus adversarios asimilándolos a Stalin y el gulag, alguien tuitea esas diez palabras. Y otro alguien, al otro lado de la noche, siente que le identifican.

Es posible, en esta España convulsa, precarizada, fracturada y deshilachada, que quien lanza al éter electrónico la frase y quien al otro lado la recoge como suya sean personas situadas en posiciones ideológicas opuestas. Es perfectamente concebible que alguien de orientación conservadora sienta horror ante el tic autoritario e intolerante que cada vez más adquieren las manifestaciones de muchos de los suyos. Es igualmente plausible que alguien que se considere progresista observe con espanto a quienes so pretexto de izquierdismo lanzan consignas a favor de terroristas y tiranos o arrasan el mobiliario urbano cuyos restos tendrán que recoger unos trabajadores y se repondrán con cargo a los impuestos que en su mayor parte, en España como en tantos lugares del mundo, pagan también los trabajadores.

Mientras tanto, en ese mismo Madrid en el que la acción vandálica, no por anunciada menos incuestionable, sucede a una inmensa e innegable demostración cívica que desbordó las expectativas de las autoridades (sin que los interpelados por uno y otro hecho, abonados a la sordera crónica, hagan el menor propósito de enmienda), agoniza públicamente un hombre. Un tipo que asumió el papel de albañil paciente y sufrido, en un país de impetuosos y alegres dinamiteros. Un tipo que se propuso que quienes llevaban doscientos años zanjando épocas a tiro limpio lograran cerrar una etapa y abrir otra sin más arma que la palabra y sin otra confrontación que la de las ideas. Trabajaba sin planos, y sin la predisposición del resto de la cuadrilla. El resultado, cómo no, fue una chapuza, y le acabó costando el empleo. Pero se salió con la suya: tiró un edificio y levantó otro sin que se produjera la riña tumultuaria que era la costumbre del lugar.

En su tiempo sufrió escarnio y vilipendio, y acabó quedándose solo, abandonado por los suyos, despreciado por sus oponentes, y hasta malquerido por quien con su ayuda apuntaló una corona en un país donde pocos querían reyes. En esta noche confusa y decepcionante, son en cambio muchos los que lo evocan con gratitud y afecto, por haber asumido ese papel desairado que nadie habría querido para sí y por desempeñarlo hasta el final, que no podía ser otro que el sacrificio. Quizá quienes mejor lo entienden y más añoran su figura y su labor son esos que de pronto, a un lado u otro, tienen dificultades para sentirse de los suyos. También ese hombre, en cierto momento, hubo de sentir que no era de la misma pasta ni tenía el mismo propósito que aquellos con los que había compartido credo. Y ello le llevó al extremo de aceptar convertirse en su peor enemigo.

Circula, en esta noche de versiones contrapuestas, una que defiende que la violencia que una vez más ha incendiado las calles de Madrid proviene de infiltrados por quienes tienen interés en que todo se desmande, y que vendrían a ser justo los contrarios a las posiciones que los agresores fingen defender. Esta dicotomía desasosegante, entre quienes reconocemos como iguales genuinos, y quienes hacen ondear nuestras banderas y esgrimen nuestras ideas para perseguir con modos que

nunca nos representarán lo que jamás perseguiríamos, se erige en símbolo de cómo se desdibujan las cosas en un país sin albañiles en el que los dinamiteros, una vez más, campan a sus anchas. Donde los infiltrados, acaso, empiezan a ser más que los nuestros.

Es un 737

La conversación tiene la gravedad que requiere la emergencia. Los dos interlocutores son por lo demás metódicos: uno se cerciora de que emite el mensaje con claridad y el otro confirma, a su vez, que lo que ha entendido es correcto. De la adecuada emisión y recepción del aviso depende que se tomen las medidas idóneas, en situaciones en que cualquier movimiento en falso, cualquier instante perdido, puede tener consecuencias desastrosas para alguien. Los dos suenan serenos, a la par que concentrados. Son profesionales curtidos, se nota.

En un momento de la conversación, uno de ellos, respondiendo a la pregunta del otro, facilita un detalle preciso. Se trata de identificar un avión que flota en el mar, y que en pocos minutos se irá a pique. El detalle en cuestión es relevante, porque ayuda a determinar el tamaño del aparato, y por consiguiente, el número de vidas que están en peligro. La voz del que informa suena con absoluta convicción. Tanta, que se diría que aporta la información sobre la base de una verificación directa:

—Es un 737.

Al otro lado de la línea se toma oportuna nota. Un 737, o lo que es lo mismo, un Boeing 737, es un avión cuyo pasaje, dependiendo a su vez de la versión del modelo, puede oscilar entre los 104 pasajeros del 737-100 y los 215 del 737-900ER, en su configuración de máxima densidad. En números redondos, entre 100 y 200 náufragos que rescatar. Aun en el mejor de los casos, se trata de una emergencia de categoría máxima. El informante suministra un detalle adicional, igualmente preciso:

—Es de la compañía TUI.

O lo que es lo mismo, un turoperador alemán. Lo que significa que en la operación de rescate habrá que prever dificultades idiomáticas y que no estará de más contar con intérpretes.

Confirmada y ratificada la información por el aeropuerto, se activa el protocolo correspondiente. Lo que sucede, y eso no lo sabe quien desde el 112 recibe el aviso y pone en alerta a todos los equipos, e incluso, con diligencia inusual, lo anuncia en el perfil de Twitter de la central de emergencias, es que la persona que le ha asegurado categóricamente que se trata de un 737 no lo ha visto en absoluto. Ha confiado en lo que a su vez le ha dicho alguien, y le han confirmado desde el aire unos pilotos que sobrevuelan la zona y que aseveran que, en efecto, hay un 737 flotando en el agua. Sólo a posteriori se consulta a los controladores aéreos, a los que no les falta ningún avión en las pantallas, ni del modelo Boeing 737 ni de ningún otro.

Y lo cierto es que nadie ha podido ver, aunque alguno ha debido imaginarlo, o soñarlo (o póngase el verbo indicativo de ficción que proceda), un Boeing 737 de la compañía TUI, porque lo que flota en el agua es un barco-grúa del que tira un remolcador, y cuya silueta recuerda vagamente (muy vagamente, de hecho, si uno se fija con cierta atención) a un aeroplano.

Que el hecho sea falso y no esté comprobado con una mínima fehaciencia no impide que una variedad de personas lo afirmen taxativamente, poniendo en marcha una cadena que lleva, incluso, a la movilización de un dispositivo de emergencia. Una inexactitud flagrante, convenientemente repicada y amplificadas por los medios de una sociedad hipercomunicada, y formada por personas dispersas que conceden credibilidad a hechos someramente percibidos y apenas examinados sobre la marcha, produce, a partir de un espejismo, un efecto que es real.

Cuántas veces no nos habrá sucedido, y nos sucederá en el futuro. Cuántos 737, que tantos dan por tales, no esconderán en realidad un barco-grúa, testigo ominoso de nuestra distracción.

Noticia del horror

Lees que las mafias nigerianas de la prostitución actúan en España, que utilizan el vudú para despojar de su voluntad a las esclavas sexuales y que castigan con extrema crueldad cualquier desobediencia a sus férreas reglas. Una testigo protegida cuenta la sórdida mecánica de la explotación: la deuda de 50.000 euros que contrae con la mafia cada mujer que llega a Europa; las violaciones sistemáticas; cómo les arrebatan al nacer a los niños que conciben fruto de ellas y los venden, por 400 euros, a otras mujeres que los usan como salvoconducto para alcanzar Europa y a las que luego se los quitan para seguir extorsionando a las madres. De nada sirve que la policía española y los trabajadores de Cruz Roja y ONG les informen que pueden ayudarlas si osan denunciar la explotación de la que son víctimas. El pánico, la despersonalización, el lavado de cerebro se lo impide.

Lees todo esto, la noticia del horror concebido y minuciosamente ejercido por unos seres humanos sobre otros seres humanos, y recuerdas... Hace aproximadamente una década, en la isla de Las Palomas, al sur del sur, en Tarifa. La historia la has evocado alguna vez, pero nunca completa. Aquella mujer de piel negra, con un niño en brazos, llegó una luminosa mañana de agosto al puerto, tras rescatar un barco de Salvamento Marítimo la patera en la que viajaba, junto a otra veintena de inmigrantes irregulares. La mayoría eran subsaharianos, salvo una mujer marroquí que mostraba una singular arrogancia y rechazaba que los periodistas que cubrían su llegada al puerto le hicieran fotografías. Aquella mujer de piel negra, como las otras tres subsaharianas que venían en el lote, se dejaba en cambio fotografiar sin oponer la menor resistencia. Como sus tres compatriotas, mostraba una actitud distinta de la de sus compañeros varones, que celebraban alborozados haber puesto el pie en tierra europea. Aquellas cuatro

mujeres permanecían silenciosas, circunspectas. Por alguna razón, lo que para los otros era una alegría desbordante, para ellas representaba todo lo contrario: algo sombrío y hostil.

Pudiste hablar con ella, en aquella sala que les tenían reservada a las mujeres y a los niños en el centro de acogida de inmigrantes de Las Palomas, donde se les daba ropa limpia y seca y se los alojaba en las horas inmediatas a su llegada. Guiado por alguna estúpida compasión, o por un deseo no menos ingenuo de ser útil, trataste de hacerle ver que había tenido la suerte de sobrevivir a la travesía, que estaba en Europa y que su bebé tendría atención. La mujer te miró como si estuviera escuchando hablar a un marciano en una lengua absurda para ella, aunque comprobaste que entendía el inglés. La mirada de sus ojos oscurísimos, que jamás olvidarás, rezumaba amargura; tras ellos se ocultaba una desesperación irremediable. No quieres deducir a posteriori que la expresión ausente con que sostenía al bebé obedecía a que era el hijo de otra, alquilado a la mafia como pasaporte. Prefieres creer que simplemente estaba cansada, aturdida, y abrumada por el lóbrego futuro que, ahora eres consciente de lo que entonces no acertaste a adivinar, le estaba reservado.

Han pasado diez años y no sabes si estará viva o estará muerta, dónde andará y qué hará ese niño que ahora tiene más o menos la edad de uno de los tuyos. Sólo esperas que ella, después de acudir a la cita ineludible con el representante de la mafia en territorio español, después de dejarse explotar durante quién sabe cuánto tiempo, no se haya convertido en una de esas veteranas que, dicen, acaban haciendo a su vez de controladoras y explotadoras de sus compatriotas recién llegadas.

Sientes la necesidad de compartir este recuerdo y escribirlo, junto a tanta infamia, por si llega a alguno de los hombres que acuden a los polígonos a aprovecharse de estas mujeres. Por si alguno de ellos lo lee y entiende, de una vez, lo que está ayudando a sostener.

Irrecuperable

La escena no deja lugar a dudas, por lo que conviene relatarla sin comentarios ni aditamentos. Una mujer llega a su portal. Un hombre desconocido se le une y sube con ella en el ascensor. No sabemos, las informaciones no lo dicen, si aprieta el botón de un piso superior, aunque esto parece lo más probable. La mujer, confiada, al llegar a su piso baja y se dirige a su puerta. El hombre la sigue, la empuja dentro de su domicilio y trata de acorralarla. A partir de aquí, está muy claro cuál es el plan. Está muy claro, sobre todo, porque el hombre, en la cincuentena, es el conocido en otro tiempo como *el violador del estilete*. Cuenta en su haber con medio centenar de agresiones sexuales y ha pasado tres décadas en prisión, hasta su reciente liberación en virtud de la sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos que invalidó la llamada «doctrina Parot».

El problema del violador, como el de tantos malhechores, es no recordar que si para las buenas

acciones se cumple que lo que pueda salir mal, saldrá mal, el pronóstico no es menos cierto para las acciones perversas. Resulta que en el piso, que el agresor supone vacío, se encuentra el hijo de la víctima, que es además lo bastante grande como para hacerle dudar de su capacidad de reducirlo, lo que tampoco es decir, necesariamente, que lo sea mucho. Quien elige de preferencia atacar por sorpresa a objetivos más débiles no suele tener el valor para enfrentarse a quien represente una mínima amenaza. Visto el obstáculo, el violador decide sobre la marcha abortar la operación y darse a la fuga. Tarde. Su *modus operandi*, que le llevó a compartir un rato con la víctima en circunstancias de relativa proximidad física, facilita que, al serle mostradas a la mujer las fotografías de la base de datos de violadores, lo reconozca sin la menor dificultad.

Poco después, el violador del estilete vuelve a caminar con unas esposas puestas y un policía a cada lado, ocultando su cara de los objetivos de los fotógrafos. En sus primeras detenciones era un joven con flequillo a un lado; en esta última, un hombre maduro de generosa alopecia, pero sigue en las mismas: los treinta años de reclusión, en los que es de suponer que algún intento de rehabilitación, mejor o peor encaminado, se habrá hecho con él, no han servido para impedir que apenas ha vuelto a tener oportunidad reincida en su vieja fijación y en dejarse llevar por ella para arruinarle la vida a un semejante. Su mirada huidiza, que acaba tapando con las manos, es una interpelación incómoda e ineludible. ¿Qué puede hacerse con estos seres que ni aun después de haberse dejado media vida en una celda aciertan a razonar que han de abstenerse de volver a las andadas?

Hay quien lo tiene muy fácil: cadena perpetua. Hay quien lo tiene más fácil aún: eliminación física del sujeto o eliminación física o química del órgano con el que consume el delito y a cuya patológica satisfacción atiende la conducta delictiva. En el extremo contrario, quienes defienden que saldada la cuenta representada por la condena de privación de libertad, y que en este caso no es por cierto benigna (quien piense que treinta años son pocos, pruebe a pasar sólo un mes preso), el delincuente ha de ser un hombre libre y con sus derechos restituidos, incluso para volver a usar mal de esos derechos y esa libertad. Quizá en medio se sitúe quien, sin ser proclive a defender el encarnizamiento penitenciario, es mujer o tiene hijas que pueden llegar a sufrir la incapacidad de estos individuos para superar su ansia de arrebatar por la fuerza lo que no se les da de grado.

El criminal irrecuperable que es el del estilete dejará de ser un problema durante un tiempo, pero hay muchos más. Todos, de acuerdo con la ley, tienen derecho a la segunda oportunidad; sin embargo, cuesta aceptar que el precio deba pagarlo la mujer que no tenga un hijo o un defensor que aparezca a tiempo para socorrerla.

Apéndice

El día en que morí

Ese día yo iba a cometer un crimen. Todo estaba arreglado previamente: la víctima elegida, la ocasión buscada, el precio pactado. Sí, siempre hay un precio. De un tiempo a esta parte, será cosa de las películas, las novelas o los programas televisivos que explotan hasta la náusea los despojos de esos crímenes mediáticos, casi siempre con niña o muchacha en el papel de víctima, se ha extendido por ahí la idea del crimen gratuito, ese que brota de una pasión incontrolable o de un oscuro arrebató del alma. Lo que no deja de ser una pampolina: todos los criminales, cuando actuamos, lo hacemos para ganar algo. Que ese algo sea razonable, o se lo parezca a quien no comete el crimen, es otra consideración que nada tiene que ver con el asunto. El que aprieta el gatillo, en ese justo instante, siente que obtiene un beneficio. Y ese día, lo aseguro, yo no iba a ser menos.

Llevaba semanas planeándolo. Mi acción me exigía trasladarme desde una ciudad de la periferia de Madrid hasta otra situada en la costa cuyo nombre no daré para no ofrecer más pistas de las imprescindibles. Había estado estudiando las posibilidades y en un principio me decanté, por discreción y economía, por la opción ferroviaria. Un tren de cercanías hasta Atocha y otro de larga distancia hasta mi destino. Incluso llegué a mirar los horarios, para ver la forma de combinarlos. Mi intención era no llegar demasiado tarde pero, si era posible, tampoco madrugar en exceso. El día en que vas a enfrentarte a un acto tan comprometido como el que yo me proponía conviene estar descansado. Sin embargo, prácticamente a última hora, y por este mismo motivo, cambié de idea. Decidí que era mejor viajar en mi coche la víspera, y dormir ya en el lugar donde iba a perpetrar la acción. Gracias a eso puedo estar hoy aquí, contándolo.

Sí, de no haberse producido este súbito cambio de planes, yo debería haber estado bajándome en los andenes de la estación de Atocha Cercanías el 11 de marzo de 2004, más o menos a la hora en que empezaron a explotar las bombas. Incluso he pensado alguna vez que la población mundial habría mejorado en su composición si, en lugar de alguno de esos 192 inocentes, los explosivos depositados en las mochilas se me hubieran llevado por delante a mí, que de tantas cosas soy culpable. Pero el hecho cierto es que el 11 de marzo de 2004, sobre las siete y media de la mañana, después de un sueño reparador en un hotel cómodo y poco llamativo, no me encontraba en la estación, sino a cientos de kilómetros de allí, saboreando un café con leche y tomándome unas tostadas con aceite, mientras pensaba en los detalles del crimen que me disponía a cometer. Desayunaba en un bar, como todos los bares españoles presidido por un gran aparato de televisión. No recuerdo muy bien qué hora sería cuando empezaron a aparecer las noticias. Una explosión, otra. Un tren, otro. En El Pozo, en Santa Eugenia, en Atocha, unos metros antes. Y luego aquellas imágenes, que resultaban tan horribles como hipnóticas.

Confieso que fui incapaz de moverme de aquel taburete. Yo, un criminal curtido, convencido hasta ese momento de mi condición y, si no de su bondad, sí de la necesidad justificable, ante mí mismo, del papel que había elegido en la vida. Yo, que tantas veces había tomado sobre la marcha

o tras meditarla la decisión de dañar o asustar a otra persona, sin arrepentirme ni conmovirme jamás, de pronto, al ver la devastación causada en la vida de tanta gente por alguien como yo, alguien que seguramente creía tener razones para dinamitar a sus semejantes, y que sin duda sentía, como yo había sentido tantas veces, que ganaba algo con ello, tuve la sensación de que algo se rajaba de parte a parte dentro de mí. Y por más que quise, fui literalmente incapaz de despegarme durante horas de aquella pantalla.

Quienes decidieron sembrar de muerte aquellos trenes, sin otra mira que la destrucción indiscriminada, procuraron sin quererlo un bien colateral. La víctima con la que esa mañana yo estaba determinado a encontrarme no me conoció jamás, y se libró de lo que le habría deparado nuestro encuentro. Y no sólo ella: también todas las que en estos diez años, de no haberse truncado de aquella forma mi predisposición a agredir a otros, me habrían conocido y habrían lamentado que me cruzara en sus vidas. Aun antes de saber lo que ahora sé, y que quizá explique misteriosamente lo que entonces me sucedió (lo contaré al final del cuento, tengan paciencia), en los días y meses sucesivos me admiró que hubiera personas, en el propio país donde había acontecido aquello, y fueran cuales fueran sus motivaciones, que conservaran la capacidad de urdir y cometer crímenes, y especialmente homicidios. Qué clase de cabeza podía contemplar, sin sufrir un colapso absoluto e instantáneo, la posibilidad de atentar contra otra persona, con la coartada que fuera, después de haber asistido a semejante orgía de muerte y desolación, semejante reducción al absurdo de las ideas y los cálculos que llevan a un ser humano a creerse autorizado a disponer de la vida de otro ser humano.

Regresé a Madrid esa misma tarde, conduciendo muy despacio. Diría que no pasé de cien por hora, y diría también que muchos de los que me encontré en la autovía avanzaban presos de una ralentización semejante. Recuerdo los meses que siguieron, donde incluso hubo una boda real, sin que la ciudad saliera de aquel estado de *shock*, de la especie de letargo que sobrevino tras la conmoción que le había reventado el corazón, esa estación en la que todas las mañanas se cruzaban cientos de miles de sus habitantes. Fueron los meses que destiné a buscarme otra forma de vivir, y no estoy tratando de decir que me volviera bueno, o mejor de lo que era: sencillamente había perdido la aptitud para mi oficio, y si este hubiera estado regulado por las leyes habría podido pedirle una pensión de incapacidad a la Seguridad Social. Como no era el caso, hube de buscarme otra manera de estar en el mundo y ganarme la vida. Hasta hoy.

Sin embargo, la historia no se agota aquí. Varios años después descubrí algo que me sobrecogió y dotó de un extraño sentido a la transformación instantánea que en mi interior produjo aquel suceso. Por razones que no son del caso, regresé a mi viejo barrio, me reencontré con algunos conocidos de mi juventud y uno de ellos fue quien me dio la noticia: el 11 de marzo de 2004, en uno de aquellos trenes, viajaba un antiguo compañero de instituto. Lo recordaba de forma imprecisa: un chaval de aspecto bonachón, sociable, que nunca daba problemas. De pronto, me acordé de que habíamos llegado a jugar al fútbol en el mismo equipo, y de cómo me dio, más de una vez, un pase de gol.

Entonces lo supe, y entendí lo que había sucedido conmigo aquel 11 de marzo, mientras me disponía a cometer un crimen a cientos de kilómetros de Madrid. Aquella masacre se llevó por delante al criminal que yo era, y me cargó con el deber, que al principio me desconcertó, y que ahora que lo sé todo acepto, de reemplazar, en lo que me quede y en lo que me sea posible, al tipo decente que fue mi compañero de instituto. A aquel pobre ciudadano que nunca hizo daño a nadie y que esa mañana no tuvo la suerte, como yo, de cambiar de planes y abstenerse de tomar el tren donde alguien, por motivos que debían de parecerle suficientes, y con la sensación de estar ganando algo, había preparado todo para alcanzar el logro más estúpido e imperdonable al que puede aspirar, mientras esté en condiciones de evitarlo, un ser vivo que piensa: impedir que otro ser vivo y pensante siga recorriendo el camino que ante él se abre en el mundo.

Este relato, por supuesto, es una ficción, pero también quiere servir, desde esa condición, como homenaje a mi compañero del I.B. (hoy I.E.S.) «García Morato» Juan Alberto Alonso Rodríguez, fallecido el 11 de marzo de 2004 en un tren de cercanías de Madrid.

Capitanes nada intrépidos

2014-2015

Para Pablo, que va a hacerse lector, algún día

Capitanes nada intrépidos

Se llama Lee Joon-seok y dice estar muy avergonzado, después de que el transbordador del que era capitán, el *Sewol*, se hundiera llevándose consigo a trescientos de sus cuatrocientos pasajeros, en su mayoría jóvenes alumnos de secundaria que iban de excursión a la turística isla Jeju. La vergüenza puede referirse, en primera instancia, a la maniobra que causó el naufragio, y que aún no está claro si fue un viraje demasiado brusco que provocó un corrimiento de carga y la escora del barco o una desviación del rumbo que lo estrelló contra un arrecife. No es, desde luego, el broche de oro a una larga carrera de marino, que a sus sesenta y ocho años y con este percance llega verosímelmente a su fin.

Sin embargo, hay una vergüenza mayor, y es que, para desdicha de Lee, el accidente acontece en la era de las innumerables cámaras, donde la probabilidad de que las faltas de uno queden registradas en vídeo y puedan a partir de ahí exhibirse ante el mundo llega a alcanzar niveles insoportables. Así es como al día siguiente del desastre salta a internet, y llega a todos los lugares del planeta, la imagen del capitán lanzándose a un bote salvavidas pocos minutos después de ordenar la evacuación del barco. O lo que es lo mismo: cuando aún hay cientos de personas, en su inmensa mayoría chicos y chicas menores de edad, atrapadas en el ya condenado *Sewol*, circunstancia esta de la que el curtido marino Lee no puede no ser consciente, debido a su conocimiento del buque y de la disposición del pasaje.

Para más ignominia, ha dejado al timón a una joven e inexperta oficial de sólo veintiséis años. Dónde ha quedado aquello de que el capitán es el último en abandonar el barco. Dónde, en fin, la consideración tradicionalmente debida a niños y mujeres.

No es el de Lee Joon-seok un caso único o aislado. No hace mucho que otro capitán, de apellido italiano, se apresuró a abandonar nave y pasaje para ponerse a salvo mientras aquellos de los que era responsable perecían por culpa de su negligencia. Hay que retroceder unos cuantos años para encontrarse en un naufragio sonado con un capitán que acata su deber y su destino de ser el último en abandonar el barco perdido: aquel hombre, también sexagenario, como Lee, no llevaba a bordo gente, sino toneladas de hidrocarburos que intentó hasta el final trasladar a donde se pudiera controlar el daño que causarían. No le dejaron, el barco soltó su carga venenosa y lo sentaron en el banquillo, pero nadie pudo afearle una conducta cobarde.

Y es que, puestos a responder de un error, mejor hacerlo desde la dignidad de haberse expuesto a sus consecuencias como el que más, y no como el que menos; incluso si ello impone que la responsabilidad se asuma desde el fondo del océano. Los viejos códigos servían para eso, para que los hombres que tenían algún pudor evitaran verse expuestos a la vergüenza de vivir habiendo

provocado y no habiendo hecho todo lo posible para evitar la pérdida de otros. Nada de eso reparaba el daño causado, ni evitaba los naufragios ni la tragedia de las vidas perdidas, pero al menos ahorra la vejación de las víctimas y otorgaba al que falló la gallardía de pagar el primero por su fallo.

Hablamos, naturalmente y como los hechos demuestran a diario, de otro tiempo, otras gentes y otro carácter. Ahora lo que nos toca es esto: capitanes que titubean cuando se declara la emergencia, que se niegan a darla por cierta, como niños que cierran los ojos para que deje de existir aquello que les asusta, hasta que es demasiado tarde para reaccionar y entonces corren como liebres a los botes salvavidas, se arrojan dentro y le dan sin más la espalda al barco que se hunde lleno de gente que había confiado en ellos. Dónde fueron a parar esos capitanes que cuando metían la pata, al menos, sabían ser intrépidos.

Pa' nada

Tener la obligación legal de pagar algo más de seiscientos euros de sueldo, como mínimo, a un millón de ciudadanos que «no valen pa' nada». He ahí el aparatoso contrasentido denunciado, con inusual desparpajo, por la dirigente empresarial. El propósito de semejante denuncia, dado que nadie está en la cabeza de otro, permanece en la oscuridad más espesa, a menos que la interesada decida explicarlo, y ante el revuelo que ha producido puede uno recelar de que cualquier explicación no sea sino un modo de justificarse.

Los intérpretes de sus palabras que prefieran ser indulgentes con ella le atribuirán un sentido económico, incluso social: es imposible que deje de estar en el desempleo aquel cuyo salario, por imperativo legal, debe situarse por encima de su valor como trabajador, esto es, de lo que puede aportar a quien le emplea. Los muchos que en la España de hoy no sentirán simpatía por la dirigente empresarial, y menos aún por el tono y el talante de su declaración, le adjudicarán como única intención abaratar aún más ese factor de producción cuyos precios el estamento al que representa, con la ayuda inestimable de la crisis, ya ha tirado por los suelos en los últimos años.

Quizá no fuera mal ejercicio, para la dirigente y para todos, ponerse en los zapatos de uno cualquiera de los integrantes de ese millón de malditos, que viene a coincidir, grosso modo, con los que no lograron culminar la ESO y en los años locos de la burbuja no hicieron mayor esfuerzo por subsanarlo, atraídos por los emolumentos generosos de ciertos trabajos sin cualificación y cegados por la posibilidad de financiar cualquier capricho o necesidad presentando la nómina correspondiente. Y si nuestro español que «no vale pa' nada», pese a no haber aprobado la secundaria obligatoria, ha logrado desarrollar a partir de la experiencia de la vida y de su inteligencia natural, amén de la información públicamente accesible, una mínima capacidad de análisis, bien podrá replicarle a la representante de los empresarios que fue en definitiva su

propio colectivo el que en esos años de alucinación general distorsionó el precio de las aptitudes de los trabajadores, primando hasta el delirio las que ahora han perdido todo valor y penalizando, en cambio, las que roto el espejismo se alzan como únicas susceptibles de propiciar una regeneración del tejido económico y productivo. Las que, por tanto, resultan en este contexto valiosas y retribuibles más allá de los seiscientos euros de marras.

Tiene este español o española, desde su desempleo de larga duración sin subsidio ni perspectiva, algún derecho a indignarse por la desfachatez, amén de la desconsideración, con que la dirigente empresarial le niega hoy sus opciones y su misma valía como individuo, ciudadano y trabajador. Pero el asunto presenta otra vertiente, espinosa, que por su propio bien y el de los suyos, los que no nacieron con paracaídas, no debería pasar por alto.

Porque es probable, incluso bastante probable, que ese español o española haya dispuesto de una oportunidad de aprender a la que en su día decidió no sacarle todo el partido, y que ahora lo expone al desprecio de quienes lo observan desde una cómoda posición de ventaja. Es igualmente probable, incluso muy probable, que tenga un vecino o vecina que en esa misma tesitura, y con las mismas oportunidades, decidió formarse y hoy, parado o con empleo, no puede, por virtud de su esfuerzo y sacrificio, ser objeto de tal desdén.

No iría mal la lección si ese español o española, que para quienes deciden «no vale pa' nada», le inculcara a su hijo o hija la necesidad de aprovechar lo que él o ella, dejándose aturdir por el señuelo del dinero efímero, dio en desperdiciar, para que el día de mañana nadie pueda devaluarlos y no les quede más argumento que la rabia para oponer al menosprecio. No achacar a otro el mal propio, enseñaba el sabio Epicteto, es el signo primero de la educación.

Me desaforo

Nuestro personaje tiene un acta de diputado. En principio, es un papel que se obtiene a cambio de unos votos y que traslada al beneficiario el mandato de representar a los votantes, en función de los compromisos recogidos en un programa electoral. Eso, al menos, es lo que dice la teoría, porque la práctica introduce multitud de matices que trastocan esas premisas.

Por ejemplo, en lo que se refiere a los compromisos programáticos. Es costumbre más que extendida apartarse de ellos, siempre que pueda alegarse que las circunstancias en que debe cumplirse el mandato difieren de las que fueron tenidas en cuenta para formular las promesas electorales. Alguien suspicaz podrá decir que uno es responsable tanto de lo que promete como de errar en su pronóstico acerca de las circunstancias en que habrá de llevar a cabo lo prometido, pero a casi nadie extraña ya que se diga blanco donde se dijo negro. Y aquellos a los que les extraña se van a quedar igual: no existe ningún cauce para pedir responsabilidades por incumplimientos de programa; todo lo que uno tiene es la posibilidad de votar a la próxima a otro,

pero, dentro del mandato en cuestión, burlar la voluntad de las urnas es un comportamiento que resulta impune.

Luego están quienes, como nuestro personaje, se sirven principalmente del acta de diputado para gestionar con ventaja sus relaciones con la justicia. Y es que, junto al papel que lo certifica a uno como representante del pueblo, viene una suerte de salvoconducto denominada «aforamiento», que determina que en caso de resultar sospechoso de una conducta delictiva uno no pueda ser imputado por el juez natural, sino que han de hacerlo unos jueces de más jerarquía, con menos medios para impulsar las instrucciones y menos hábito de instruir, lo que facilita enviar las causas a una especie de limbo donde duermen meses y años, mientras el afectado reorganiza sus cosas, se ocupa de sus asuntos públicos y privados y, ya puestos, estira los emolumentos que merced a su cargo le satisface el contribuyente.

Nuestro personaje, como tantos otros, ha aprovechado este recurso para comprar tiempo, el que llevan los trámites de imputación de un aforado y los recursos que su abogado va interponiendo contra todos y cada uno de dichos trámites. En esencia, se trata de pedir una y otra vez que se invalide o se archive la causa, lo que sirve para sondear al tribunal sobre su predisposición frente al caso y en definitiva ayuda a retrasar cualquier resolución que implique un coste político irremediable. Mientras todo está abierto, y recurrido, siempre queda la opción de apelar a la presunción de inocencia y la falta de pronunciamiento definitivo de la justicia, para asentar bien los reales en el sillón y seguir defendiendo con uñas y dientes el derecho a ocuparlo y con él todas las prebendas aparejadas a su titularidad.

Este interludio llega a su fin cuando el tribunal ante el que nuestro personaje está aforado empieza a dar señales reiteradas de que se inclina por imputarlo. Entonces viene el truco supremo, la gran prestidigitación: me desaforo. O lo que es lo mismo, devuelvo mi acta de diputado, pierdo con ello el aforamiento y he aquí que ese tribunal que ya me tenía en el punto de mira me pierde de pronto como presa, en beneficio de otro de menor rango que lo primero que necesitará será un tiempo ingente para poder familiarizarse con el contenido de los miles de folios de los autos.

Con un poco de suerte, el proceso se alargará uno o dos años más. Uno o dos años en los que, aun despertando las sospechas de muchos, por tan obscena astucia, nuestro imputado personaje podrá seguir removiendo plácidamente la olla pública, sin que nadie vaya a obligarlo a responder de sus actos. Y así, de ardid en ardid, es como se va ganando el desafecto de la ciudadanía.

Nobody's girl

Lo que tiene ver la televisión. La enciendes y te llegan imágenes impresionantes. Como la de la primera dama norteamericana sosteniendo un letrero con la leyenda #BRINGBACKOURGIRLS. La

mirada sobrecoge, pone en ella toda el alma, desafiando a la cámara. La han imitado muchos y muchas, entre ellos algún político y alguna política del país que te acoge, es un decir.

Hay quien ve la televisión para distraer el tedio, para desconectar de los problemas del día; hay a quien incluso le interesa o le divierte de veras. Tú, cuando te dejan verla, la pones para que tu mente se quede en blanco, para que tu memoria se borre, para que todo lo que has visto, todo lo que ves, todo lo que verás en la vida real quede sepultado bajo el alud de imágenes de mentira. No buscas que te emocionen, te conmuevan ni te sacudan. No buscas esas fotos con su mensaje que apela a la conciencia de seres que, te consta, y debería constarles a quienes sostienen los letreros con el reclamo, carecen de semejante cosa.

Buscas tonterías que te hagan olvidar, historias lejanas en las que embarcarte para no sentirte dentro de la tuya. Si alguna vez te cautivan las tragedias, es porque te llegan desde el otro lado del mundo, desde lugares donde nunca estarás, lo que te permite vivirlas con una emoción saludable y remota. Da igual si se trata de un terremoto en el sudeste asiático o de la muerte de una estrella del cine. Con esos desastres que no te incumben, puedes quedarte mirando extasiada la tele, y hasta dejar resbalar por la mejilla una lágrima que te relaja y reconforta.

Pero esas fotos, y antes de ellas el vídeo del chiflado ese de la boina y el AK-47, el autodenominado emir del grupo Boko Haram, los terroristas islámicos que han secuestrado a las chicas cuya devolución reclaman las celebridades, tienen que ver con algo que te produce un desasosiego insoportable. Y la imagen de esas personas sujetando el letrero no contribuye a mitigarlo. Menos aún el discurso que se marca la que más ha hecho para convertir en tendencia el gesto, cuando dice que ella y Barack están horrorizados al pensar que a sus dos hijas pudiera pasarles algo semejante a lo que les ha pasado a las infortunadas adolescentes nigerianas. La escuchas y meneas la cabeza. Eso nunca les pasará a esas dos niñas, del mismo modo que nunca brotará una lechuga en Marte. Son fenómenos incompatibles con el lugar, con la propia naturaleza de las cosas.

Tú sabes cómo es la naturaleza de esas cosas. Sabes lo que es estar expuesta a que te arrebaten en plena adolescencia la voluntad y el futuro. Sabes cómo llegan esos hombres, cómo te reducen, cómo te despersonalizan, cómo te expiden como mercancía al lugar donde serás rentabilizada. Si alguien quiere detalles, puedes contar lo que es atravesar el desierto a pie, teniendo por el camino que plegarte a los deseos de todos los intermediarios que te llevan hasta el borde del mar que te mira con los ojos de todos los que siendo como tú, y yendo a donde tú, no pasaron y se ahogaron en sus aguas. Cómo se siente uno sobre una barca mísera atravesando de noche las aguas con todos esos ojos clavados en ti. El frío, el miedo, el olor del gasóleo y de esos hombres con los que te apretujas para no irte al agua.

Puedes contar un universo de sufrimiento, desde que pusiste el pie en la otra orilla, la orilla donde estás ahora, y te sometiste, qué remedio, a la vida que ahora llevas, sin que nadie venga en tu socorro. Sí vienen cada día a por ti, pero con otras intenciones, los hombres que pagan por tenerte en ese polígono o esa cuneta o esa esquina céntrica de Madrid, de Barcelona, de tantas

otras ciudades de esa Europa en la que vives desde hace años y donde no votarás el día 25 de mayo. A ti, ya nadie pide que te devuelvan a casa. Tú ya no eres de nadie. *Nobody's girl*.

Tuiteator

Pónganse en mi lugar. Me dedico, por orden superior, a perseguir a los descerebrados que con un móvil, una conexión a internet y una cuenta de Twitter se dedican a vejar, vilipendiar y amenazar al prójimo, así como a exhortar a matar a alguien o a celebrar las muertes que ya se han producido. Desempeñar esta labor en España le impone a uno una carga de trabajo tan ingente que hasta ahora veníamos haciendo la vista gorda, salvo denuncia del ofendido y en casos especialmente graves y sangrantes. Ni tiene horas el año ni habría celdas suficientes para localizar y encarcelar a todos los que alguna vez, cobijados bajo un avatar, dan en escribir barbaridades intolerables y delictivas contra quienes por lo que sea les molestan.

Aunque mis jefes son lentos de reflejos, y las instancias fiscales y judiciales competentes, reacias a proceder contra estas conductas que se registran masivamente y a diario, siempre acaba llegando la gota que colma el vaso, y en particular la que hace rebosar el de aquellos que dan las órdenes. Primero alguien celebra la ejecución de alguna víctima del terrorismo, luego alguien festeja la muerte en accidente de helicóptero de cuatro personas por el solo hecho de que vistieran un uniforme. Se procede contra ellos, por la indignidad manifiesta de sus actos y la afrenta que suponen para personas que sufren. Sin embargo, el verdadero replanteamiento llega cuando se produce el asesinato de una gobernante en ejercicio y la red se llena de exabruptos de quienes la odiaban, ya fuera a título personal o como miembro de su partido. Es entonces cuando se tocan los tambores y se sale al paso de una situación que lleva años produciéndose. Con ese argumento y sobre esa muerte se abre la veda del *tuiteator*. Y como siempre, hay varios necios a los que les toca la china.

Desde este puesto he visto ya muchas cosas. El mundo del delito cibernético está poblado por seres capaces de la máxima sordidez, de la máxima sofisticación técnica y también de la más extrema simpleza y la más clamorosa ignorancia de todas las huellas que dejan nuestras fechorías en la red. Rastrear a esta gente que ahora tengo como objetivo es ampliar la muestra de sordidez y estupidez hasta el infinito, y no puedo ocultar que mientras localizo sus direcciones IP y levanto sus caretas me pregunto si no habrá una cierta arbitrariedad en ir por este o aquél cuando hay decenas de miles como ellos, en un país donde la educación, la capacidad de diálogo y el sentido común se hallan bajo mínimos. O si lo que se espera de mí, y todo para lo que acabaré sirviendo, es reprimir a aquellos que en cada momento enojen a quienes mandan, mientras que sobre los desmanes de otros, que bien pueden ser sus correligionarios, ni se me incita a actuar ni se legislará para proporcionarme recursos y atajar sus abusos.

Como sucede con todos los delitos, se me ocurre que la mejor manera de luchar contra este es prevenirlo, y que estipular unas reglas mínimas, que todo el mundo tuviera claras y fueran iguales para todos, sería la mejor opción. Internet es como una autopista: más valdría aclarar a quienes circulan por ella que si vas por ahí acogotando a los demás vendrá por ti una patrulla de tráfico, seas quien seas y sea cual sea tu coartada ideológica para avasallar a quien no tiene por qué sufrir tu atropello.

Pero no. Esperamos a que pasen cosas y cuando son demasiado gordas o perjudican a según quién, soltamos a los perros. Llevo horas repasando perfiles, sacando pantallazos de disparates sin cuento, en su mayor parte redactados con sintaxis pésima y escritas con ortografía aleatoria. Se trata de decidir quién es el más bestia entre los bestias, y mi sensación es parecida a la de arar el mar. No faltan entre mis clientes, por cierto, personas presuntamente instruidas. La civilización cuesta extenderla, pero la barbarie es altamente contagiosa.

Tenés todo, y tenés nada

Sabes, hijo, que no considero que el fútbol sea importante, o desde luego no tan importante como parecen creer todas esas personas, incluidos jefes de estado y de gobierno, que le dedican un entusiasmo tan sincero e intenso como no ponen en otras cuestiones, a lo mejor más dignas de su atención y entrega. Sin embargo, en cualquier aspecto de la vida, por insignificante que sea, te aguarda una lección. Y cualquier hombre, por poco que esperes de él, puede ser el maestro que te la imparta.

Fíjate, por ejemplo, en ese hombre de negro que comparece ante los periodistas, después de haber perdido en el minuto 93 una copa de Europa que lo habría catapultado a la gloria. Fíjate, en primer lugar, en cómo admite que su equipo falló en la segunda parte, en la que el rival lo arrinconó hasta hacerle encajar ese gol lacerante y demoledor en el tiempo de descuento.

Primera lección: no responsabilices de tus fracasos, jamás, a otro antes que a ti mismo. Ni siquiera aunque tengas pretextos. No cargues contra los árbitros, aunque te parecieran adversos; no despotriques contra el rival, aunque la fortuna haya estado de su parte; no mires al cielo para quejarte de que en el momento decisivo no inclinara la balanza de tu lado sino del contrario. Siempre pudiste hacer más, hacerlo mejor. Hazte dueño de tus derrotas, porque ellas, algún día, servirán para hacerte dueño de tus triunfos; si es que está en tu mano, tu condición y finalmente tu suerte llegar a alcanzarlos.

Es amargo, sí, tenerlo todo en la mano y al instante siguiente ver ese todo en manos de otro y las tuyas aferrando solamente el vacío. El hombre de negro, con el golpe recién encajado, lo resume a la perfección: «Tenés todo, y tenés nada». Merece la pena que lo recuerdes, así, con su giro porteño, porque probablemente es la frase más trascendente y significativa de la noche.

Mucho más trascendente y significativa, desde luego, que las declaraciones de los vencedores, que no aciertan a salir, tampoco hay que reprochárselo mucho, de los lugares comunes. Todo lo que un día creas poseer, todo lo que sientas que es tuyo, no es más que una ilusión que en cualquier momento se lleva el viento. Lo único que será tuyo de veras es el modo en que lo tengas, mientras te toque llevarlo, y la forma en que lo pierdas, ese día que más temprano o más tarde, puedes estar seguro, acabará llegándote, tal y como el hombre de negro dice, sin transición ni previo aviso. Y entonces, afróntalo con serenidad. Un hombre es la contención que sabe aplicar a sus emociones.

Toma ejemplo del hombre que reconoce la amargura de haber perdido, mientras reivindica el orgullo de haber luchado, incluso cuando las fuerzas ya no estaban con los suyos y los oponentes eran superiores. Que te venzan, pero nunca te rindan.

Y hablando de emociones y vencedores, tampoco dejes que te alteren las exhibiciones que puedan hacer quienes entre ellos no sepan contener las suyas, incluso quienes den en caer en la arrogancia. Piensa que quien se quita la camiseta para lucirse, aunque en ese acto pierda la elegancia en la victoria, hizo un esfuerzo y logró algo que tú no supiste impedir. Ofenderte por ello es mezquindad y síntoma de un resentimiento en el que no debes caer: el estilo consiste, también, en saber convivir con los excesos de los demás, sin hallar pie en ellos para los excesos propios.

En esta noche de mayo de 2014, algunos han llenado un poco más sus ya repletas vitrinas. Otros, cierto es que no han conseguido nada que poner en ellas, pero han sido dignos perdedores.

No es plato de gusto la amargura, y menos la derrota, pero sazónada así, no mengua sino que hace crecer. Siento que pierdas esta oportunidad, por ser madridista y esta noche vencedor. Con todo el cariño de tu padre, enhorabuena por esa merecida Décima.

Derecho a defenderse de la policía

El entrevistado obedece a un nombre que da que pensar, por el oxímoron con que puede confundirse: Pau Guerra. Pau es Pablo en catalán, pero también significa «paz». No es sin embargo la paz ni su búsqueda, ni remotamente, lo que mueve el discurso de Pau. En su condición de representante del grupo okupa recién desalojado de un edificio de titularidad municipal, comparece en un espacio radiofónico para defender las acciones de protesta emprendidas por los suyos a fin de revertir la decisión de la autoridad de derribar el edificio del que se habían apoderado. Acciones que ya llevan incendiando varias noches las calles de la ciudad, y que han provocado la destrucción de mobiliario urbano, heridas diversas a policías y manifestantes y unos cuantos detenidos.

El entrevistador, consciente de lo que le interesa a su audiencia y de que hay pronunciamientos

que sirven para retratar a un personaje, le arroja el guante en forma de pregunta:

—¿Condena usted los actos de violencia de anoche?

El entrevistador es un periodista curtido y hábil, y sabe que la pregunta debe ofrecer pocos resquicios, para que el personaje se defina respondiéndola. Está habituado a entrevistar a políticos, expertos en el arte de contestar con vaguedades y naderías interminables las cuestiones incómodas. El periodista no espera que le respondan de otra forma, porque no puede pedirse peras al olmo y porque sus habituales interlocutores tienen una sensación de impunidad que los disuade de esforzarse para afrontar el reto. Lo que sí logra una buena pregunta, si además se repite con firmeza, es que las excusas y los circunloquios que provoca resulten cada vez más endebles, lo que deja en evidencia que el que la esquivo tiene algo que no puede justificar.

La táctica, sin embargo, fracasa estrepitosamente en este caso. Sin alterarse, el interpelado responde lo que sigue:

—No, no voy a condenarlo. La gente tiene derecho a defenderse de la violencia de un sistema que la desahucia y que la apalea sin preguntar. Tiene derecho a defenderse de la policía.

El entrevistador no sale de su estupor: no sólo le ha respondido, con una claridad insólita, sino que su respuesta bordea la incitación al delito. Por si acaso, se detiene a repetirle la cuestión por dos veces, y siempre halla la misma respuesta:

—La gente tiene derecho a defenderse de la policía.

El portavoz no se rinde, ni se arruga. Otros contertulios presentes en los estudios repudian que se considere justificado el destrozo del patrimonio de todos que llevan a cabo los vándalos, incluso ponen en duda que aquella postura de respaldo de la violencia sea representativa del grueso de los vecinos del barrio. El portavoz, sin embargo, se mantiene impertérrito.

Derecho a defenderse de la policía. Esto es: derecho a agredir a los agentes, a estorbar con barricadas y otros elementos desmontables sus movimientos e incluso a someterlos a pequeñas emboscadas. Tiene el portavoz dado a tal audacia verbal suerte de vivir donde vive. Hay pocos lugares en el mundo donde una manifestación de esa índole no tenga consecuencias.

La pregunta que su contumacia deja en el aire no es, sin embargo, qué corresponde hacer con él. Lo significativo no es que alguien diga algo así en un medio público, sino que lo haga con la convicción de que habrá entre la audiencia personas, y no pocas, que lo vean justificado. La convivencia es un sistema de cuerdas elásticas, de las que se puede tirar y se tira, hasta el punto de ruptura. El problema es cuando alguien estira más allá. Lo que el portavoz dice, y muchos le compran, es que quienes tenían responsabilidades han estirado y roto cuerdas, que legitiman que ellos las rompan ahora. Lo que hay sobre la mesa, en fin, es algo más que un problema de comunicación.

La segunda muerte de Azaña

El observador circula entre el gentío congregado en la Puerta del Sol en la tarde del día de la abdicación real. Banderas republicanas por doquier: se las divisa colgadas de las marquesinas y las estatuas (incluida la ecuestre de Carlos III, para mayor escarnio de la dinastía reinante), prendidas a mástiles que alguien agita, anudadas como capas al cuello de sus portadores. Entre los concurrentes, que pueden rondar dos o tres millares, el cálculo escapa a las aptitudes del observador, predominan los jóvenes: son muchos los que apenas pasan de los veinte años. En el aire flota un pegajoso olor a hachís. No dirá que en toda la plaza, pero en más de un corro, y más de tres, puede asegurar haberlo percibido. También se fija en la estrella roja que algunas de las tricolores usadas como capas lucen en su centro.

Dos relevantes diferencias con aquel 14 de abril que vivió, en esta misma plaza, la proclamación de la república que plausiblemente no conocerá esta tarde su tercera reedición. Nadie mostraba entonces estrellas rojas, y duda mucho que nadie, entre aquellos españoles enfervorecidos de 1931, acudiera drogado a cambiar el curso de la Historia. El observador pudo hablar con un testigo de los hechos: su abuelo materno, a la sazón guardia de Seguridad y de servicio en la actual sede de la Comunidad de Madrid, que era entonces el edificio de Gobernación. Aquellos republicanos venían tan sobrios y decididos que cuando un oficial pidió al abuelo y a los otros guardias que salieran a disolverlo, le respondieron que los disolviera él.

Piensa el observador en las pocas posibilidades reales que a corto plazo tiene el regreso de la república a la que el abuelo sirvió lealmente (tan lealmente que le costó el empleo), y que él mismo considera la forma idónea de gobierno; más idónea, desde luego, que otorgar la jefatura del Estado a quienes a lo largo de los siglos se van alineando en una determinada estirpe. Quienes a ella se oponen no son pocos, ni desdeñables, están organizados y además tienen una mayoría en el Parlamento con mandato todavía vigente por un año y pico. Y entre quienes la piden, como también ocurriera entre quienes acabaron manejando aquella república, segunda de las españolas y de tan desdichado final, hay, en cambio, quienes más que propiciarla o defenderla ayudan a hacerla inviable.

Que le pregunten, dondequiera que esté, a don Manuel Azaña y Díaz, su último presidente, y una de las cabezas más lúcidas que ha dado un país que es más proclive a generar seres que usan la testa para embestir al contrario. El mismo que pedía paz, piedad y perdón cuando ya nadie le oía, ni siquiera entre los suyos, y a quien no se ha reconocido en debida forma su legado, como jefe del Estado legítimo y democráticamente elegido y como pensador e intelectual. Un solo instituto de enseñanza secundaria llevaba su nombre en toda España, en la vecina ciudad de Getafe, y el pretérito es pertinente porque un año antes de que el centro cumpliera treinta, aprovechando su unificación con otro, la Consejería, desoyendo la petición del claustro y el consejo escolar, decidió quitárselo al último presidente de la república para dárselo al ya muy sobradamente homenajeadó Marcelino Menéndez y Pelayo. De nada sirvieron las peticiones y protestas de profesores y demás miembros de la comunidad educativa. Azaña fue erradicado, borrado, muerto por segunda vez.

El observador ha sabido hace poco la historia, de labios de los profesores. Viendo esta desmayada marea tricolor, y sin poder contar con la república que de ella no parece que vaya a salir, piensa en la posibilidad de pedirle al nuevo rey que considere interceder para reparar el agravio a su digno predecesor en la más alta magistratura del Estado. Cree que si él, sintiéndose republicano, respeta la monarquía que otros quieren y sostienen, no menos respeto le debe, esta España que hoy es reino, a quien en su día encabezó más que decorosamente la república que fue. Sería, Majestad, un gesto de elegancia.

El último servicio

Lo dice en algún lugar T. E. Lawrence: no existe nada más estimulante que los comienzos. El momento en que algo empieza a ser está lleno de energía y lleva en volandas a quien lo protagoniza. Sin embargo, de lo que aquí se trata es justo de lo contrario: de ese instante en el que todo acaba, en el que ya nada volverá a ser como era. Cuando uno incluso deja de ser quien es, para cederle a otro el lugar donde uno estuvo; ese que casi llegó a creer que le pertenecía. Es una coyuntura lóbrega, inhóspita, en la que es uno, nadie más hay, quien ha de tirar a duras penas de sí.

En la misma semana la viven dos hombres, nacidos en el mismo país, al que ambos representan. Uno la atraviesa en el hemicycleo donde tantas veces brilló como orador, y a cuya tribuna ha de subir para prestar un último servicio. Se trata de una faena que quizá nadie querría afrontar entre sus correligionarios, y que seguramente nadie podría llevar a término como lo hace él. Expone sus motivos con la claridad y la serenidad que le caracterizan, incluso llega a exhibir esa brillantez oratoria y argumental que mueven a quien le escucha a olvidar que es un líder concluido, un estadista terminal; que los días en que de sus labios salían promesas de futuro tocaron ya a su fin.

Lo que defiende suscita el entusiasmo de pocos o de nadie, diríase que ni siquiera el suyo. No está el horno para que la gente se eche a la calle enfervorizada a aclamar a un nuevo rey, que es el asunto del que se trata, y menos puede esperar el orador que abunden los monárquicos entre quienes lo eligieron con su voto. Pese a todo, acepta el deber de defender el pacto que en su día se hizo, y que honró durante décadas: corona a cambio de democracia. Sabe que muchos no lo entenderán, pero tiene la convicción de que denunciar ese contrato, justo ahora, es una imprudencia, y se aplica con firmeza a defender su validez. Se inmola de pie, fiel a sus ideas y a su estilo, sin haber tenido la oportunidad que acaso mereció y habría aprovechado mejor que algún otro. Se llama Alfredo y ya nunca será presidente.

El otro vive su instante agónico sobre el césped de un estadio lejano, bajo una tromba de agua que recuerda la lluvia que caía sobre el androide moribundo de *Blade Runner*, o la que según Onetti caerá siempre sobre la lápida donde se extingue su prosa, en ese último capítulo de *Cuando*

ya no importe. Las manos que han levantado tantas copas en señal de victoria se agitan inútilmente en el aire en pos de los balones envenenados que le disparan dos cañoneros neerlandeses sedientos de gol y de venganza. Cinco veces, cinco, ha de agacharse a recoger la pelota del fondo de la red. Una de ellas, para mayor inri, se la han robado aprovechando una torpeza, y mientras el goleador exhibe su júbilo por la diana, el hombre cuya estrella se apaga permanece postrado de hinojos sobre el campo de su desdicha.

Toda comparación es odiosa, amén de impertinente, y los dos personajes pertenecen a mundos muy dispares, pero al verle así, hundido y anonadado, se echa de menos algo más de entereza: que se alce en la debacle como el otro, y afronte erguido la sentencia. Tal vez tenga que ver con la distinta conciencia con que uno y otro se enfrentan al trance: mientras que el primero sabe y acepta que todo acabó, y que no le resta más que componer una buena estampa fúnebre (con su ironía característica, se permitirá incluso agradecer lo bien que le entierran), al segundo el hundimiento le pilla de improviso, empeñado como estaba en prolongar sus días triunfales. Su último servicio se salda con un descalabro que tiene la amargura de la claudicación. Se llama Iker, y lo ha sido todo, pero el mañana le pide ya paso.

Injusto sería quedarse con ese rictus final, del uno como del otro. Ambos tuvieron, y se les deben, sus días de plenitud. Todo lo humano pasa y queda, como pasaron y quedarán ellos.

Profundidad de campo

Soy, Majestad, uno de tantos. En este día en que los focos os persiguen, soy lo que el excepcional escritor marroquí en lengua española Ahmed Ararou, de Casablanca, define en su relato *Amé...Rick* como «eterno habitante de la profundidad del campo». Con esa expresión él se refiere a los lugareños que aparecían como simple trasfondo en la célebre película de Michael Curtiz que lleva el mismo nombre que su ciudad, y en los que jamás se fijaba la cámara, demasiado atareada en desvelar los gestos de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. Era comprensible, medita Ararou amargamente en su relato, doliéndose de paso de su fascinación por el filme; como acaso lo sea que él, por no tener pasaporte español y escribir en una lengua que no goza del beneficio de la oficialidad en su país, apenas tenga lectores.

Es comprensible, Majestad, que las cámaras anden en este días pendientes de cada gesto de las personas importantes, comenzando por el protagonista absoluto del acto, esta proclamación que comporta una enorme movilización de medios y de atención concentrados, esencialmente, en un único rostro y un único nombre, ese Felipe VI que hoy irrumpen en la Historia.

Sin embargo, aquí estoy, aquí estamos. Soy, ya digo, uno de tantos. Lo que hago en particular no resulta relevante. Puedo ser uno de los hombres de uniforme que desfilan, cubren la carrera a intervalos cortos (quizá demasiado cortos) o vigilan cada movimiento extraño desde las azoteas

donde tienen listos sus fusiles de francotirador. Puedo ser, también, uno de los policías que, con uniforme o sin él, cumplen disciplinadamente las órdenes rigurosas (quizá demasiado rigurosas) que ha impartido el gobierno para impedir cualquier alharaca republicana que pueda perturbar el paso del cortejo real.

Pero no sólo de uniformados y policías está poblada la profundidad de campo en este día. Bien podría ser uno de los muchos periodistas o técnicos de radio o televisión que han de trabajar en esta jornada, festiva en Madrid, para hacer llegar la noticia de la proclamación a todos los rincones del país y del globo. O uno de los operarios que han montado las vallas, el estrado elevado allí donde suele estar la tribuna de los oradores en el Congreso o los tapices y alfombras dispuestos al paso de vuestra Majestad, y que apenas terminen los actos tendrán que retirar todo a toda prisa para devolver cada cosa a su estado originario. O uno de los que hoy están de guardia en los servicios de emergencia, sanitarios, control del tráfico rodado y aéreo, preparados para solventar cualquier incidencia que pueda presentarse, del modo que menos perturbe la celebración que hoy es el centro de todas las miradas, la foto que nada puede estropear.

Soy, en fin, uno de los que hoy están trabajando para que en la memoria del porvenir quede grabada esta jornada sin que nada la empañe, como ya le pasó a algún ancestro de quien hoy recibe la corona, en alguna ocasión análoga. Ha citado vuestra Majestad en su discurso a Cervantes, que por boca de su hidalgo equipara el ser al hacer. Y a Espriu, que escribió aquello de *«mai no ha de morir tot un poble per un home sol»*, esto es, no ha de morir un pueblo en beneficio de un solo hombre. Soy uno de esos que sólo son lo que hacen, porque con nada más pueden contar; uno de esos que forman el pueblo que ni puede ni quiere ser sacrificado a intereses individuales. Y algo más: soy uno de esos que ya no confían en quienes rodean a vuestra Majestad en todos los actos y besamanos de esta jornada y siguen escribiendo los decretos que a partir de mañana firmaréis; uno que ahí, desde la profundidad de campo, se siente incluso cada día más republicano, aunque eso no le impida cumplir con su deber y no se haya sumado, todavía, al coro de los que vociferan contra todo.

No me olvidéis: aunque no se me distinga, estoy ahí.

Pudo pasarle a cualquiera

Lo van a comprender perfectamente si les explico la situación. Hay quien hace aspavientos como si lo que hice fuera la cosa más disparatada del mundo, y si me pongo en sus zapatos, sin tener en cuenta todas las circunstancias, lo puedo entender. Habrá quien piense que soy un descerebrado, un anormal. Que algo así sólo lo puede hacer un tarado, pero les aseguro que no es el caso, que soy un tipo normal y corriente, y que lo que me ha hecho famoso podría haberles ocurrido a cualquiera de ustedes, si se dedicaran, claro está, al mismo oficio que yo.

El caso es que de pronto caí en la cuenta de que seguro que tenía avisos de Facebook pendientes. Sobre todo, y en vista de la hora, que venía a ser la misma en la que mi novia suele desconectarse, me preocupó que hubiera estado publicando fotografías, vídeos y citas de esas que tanto le obsesiona compartir, y que es mi obligación número uno, si no quiero que se cabree conmigo, comentar lo más pronto posible y en los términos más entusiastas, previo clic, absolutamente preceptivo, en el botón de *me gusta*.

Quizá alguno de ustedes sepa de qué estoy hablando. Alguno que haya recibido una de esas llamadas destempladas, en la que tras la pregunta sobre por qué uno no ha comentado y hecho el clic correspondiente en una o varias publicaciones, viene la otra: dónde demonios y con quién estás ahora mismo. Mi novia tiene muy mal genio y hace ese momento telefónico especialmente desagradable, así que en cuanto vi aquel ordenador encendido y comprobé que el wifi estaba igualmente operativo, no me lo pensé dos veces: me senté y accedí a mi perfil. Por fortuna. Mi novia había hecho seis publicaciones en la última hora y todavía estaba en línea. Aún podía cumplir.

De modo que cumplí, con la lengua fuera. Dar los seis *me gusta* fue sencillo, pero comentar las dos fotos, la canción, el vídeo y las dos citas de Paulo Coelho que había colgado, sin que diera la impresión de que me quitaba rutinariamente el trámite de encima, ya era otro cantar. Lo hice como pude, con la dificultad añadida de que al verme conectado mi novia me abrió el chat y mientras escribía mis peloteos tenía que atenderla e improvisar las mentiras que me sirvieran para encubrir dónde estaba realmente y convencerla de que estaba donde ella creía, sin despertar sus sospechas. La verdad, un estrés, que sumado al del trabajo me descentró bastante. Por suerte ella tenía sueño y no alargó demasiado el chat. En cuanto se desconectó, ya que tenía abierto el perfil, miré las demás notificaciones. Había un par de mensajes de los colegas, uno estaba hecho polvo y, francamente, me supo mal no escribirle algo para animarle. También tenía un mensaje de una antigua compañera de instituto que desde hace unas semanas anda tonteando, y que está demasiado buena como para ignorar la oportunidad y observar una fidelidad absoluta. Esa noche tenía ganas de guerra, y yo la guerra, qué se le va a hacer, no la rehúyo.

Total, que cuando quise darme cuenta ya llevaba veinticinco minutos dale que te pego, y en mi trabajo no conviene alargar tanto las distracciones. Encima me entraron ganas de ir al baño, tan fuertes que no podía aguantarlas. Me despedí como pude de la chica, pero para comprobar que no se enfadara dejé abierto el perfil, con intención de mirarlo después de mear, por si había escrito algo después que sonara a recriminación y que conviniera suavizar para no echar a perder futuras posibilidades.

En fin, que en ésas estaba, en el baño, cuando de pronto oí un ruido sospechoso, y apenas terminé salí pitando, sin acordarme de cómo había dejado el ordenador. El resto ya lo saben: el dueño de la casa lo vio al llegar y con la foto de mi perfil me identificaron y detuvieron al día siguiente por el robo. Pero no me digan, ahora que lo saben todo, que no es algo que habría podido pasarle a cualquiera.

Habemus Califam

Hasta este viernes se hacía llamar Abu Bakr al Bagdadi. Desde que ese día apareció en el púlpito («minbar», según la nomenclatura usada entre los musulmanes) de la Gran Mezquita de Mosul, rigurosamente vestido de negro, para dirigir la oración, es el autodenominado califa Ibrahim. El líder del Estado Islámico o IS, en sus siglas en inglés, antiguo ISIS, cuando acumulaba en el nombre la referencia a Irak y Siria. Que uno y otra hayan quedado amortizados como señas de identidad particular deja bien claro que lo que se ponía de largo en el acto de marras es algo que va más allá de las fronteras, ya sean naturales o dibujadas por la mano de Occidente, como ocurre con las que delimitan hoy esos dos Estados, fruto de una oscura componenda franco-británica de la que pronto se cumplirá un siglo.

Al Bagdadi, o Ibrahim, se designa a sí mismo califa y reclama la obediencia de todos los musulmanes que crean en la yihad, a los que señala la obligación de acudir al territorio del califato para ponerse a sus órdenes. Los destinatarios de esa llamada están repartidos a lo largo y ancho del mundo, y lo peor del caso es que van a acudir. Mejor dicho: ya han acudido y siguen acudiendo. Desde Francia, España, Gran Bretaña, incluso Estados Unidos de América. Esa misma semana lo decía uno de ellos, británico de origen, en un vídeo difundido en redes yihadistas: la guerra santa es la cura contra la depresión. No se trata de una *boutade*, ni mucho menos. Identificar un enemigo irreconciliable, y concentrar todas las energías en combatirlo, dispara la adrenalina y procura la catarsis. Esa que tantos musulmanes, desde los países donde nacieron o aquellos a los que emigraron, ellos o sus ancestros, necesitan y buscan.

Uno ve a Al Bagdadi, flamante califa, con esa barba oscura y esas ropas tétricas predicando el odio y la conquista del mundo para someterlo a la ley del islam y tiene la tentación inmediata de achacarle a la fe que esgrime los males que la existencia de ese tipo, y de su organización armada, han causado y causarán. A esa cómoda inercia, lo confiese o no, se abandona la mayoría de los ciudadanos occidentales, que ha descubierto en la ecuación entre islam y fanatismo una sencilla herramienta para interpretar el mundo convulso en que nos toca vivir. Tan sencilla, habrá que anotar, como inútil y hasta contraproducente, si se tiene en cuenta que los musulmanes son ya 1.200 millones de personas, y subiendo de manera rápida y sostenida.

Quienes conocen que dentro de la cultura islámica hay variedad de sensibilidades, y que no todas pasan por el exterminio del infiel, aun sin poder dejar de constatar que el Corán da algún pie para las pretensiones del califa Ibrahim (como la Biblia, dicho sea de paso, justifica antiguas matanzas y sirvió de argumento para no pocas consumadas tras su redacción), no pueden por menos que pensar cómo ha llegado este hombre a presentarse ante el mundo con tales ambiciones. Y lo que es todavía peor: a hacerlo pisando firme el terreno conquistado por sus milicianos, frente a los que huyen ejércitos mejor pertrechados y apoyados por la mayor superpotencia mundial.

Más que el libro sagrado que invoca, más que su carisma o que la fe de sus seguidores, Al

Bagdadi se apoya en un inabarcable memorial de agravios. Desde aquellos acuerdos Sykes-Picot que repartieron Oriente Medio en 1916, hasta los ataques de los drones que volatilizan casas y aldeas con niños dentro, pasando por ese pasaporte europeo que es papel mojado en el bolsillo de aquellos cuyo nombre los señala como creyentes en Alá (salvo que jueguen al fútbol). Con esos mimbres de resentimiento, y una mínima habilidad para manipular la frustración ajena, se puede hacer mucho. Sin ir más lejos, un califa.

Donde los escorpiones

A más de cinco mil kilómetros de los suyos. Rodeados de arena y montañas. Más allá de las alambradas que rematan los merlones que hacen las funciones de muros de la base, los contempla un país difícil, de tierra áspera y habitantes que no lo son menos.

Entre éstos, los hay que les están agradecidos, por haberles llevado cosas tales como la escolarización, los ordenadores, la posibilidad de salir de un mundo angosto de oportunidades tasadas, casi nulas para la mayoría. En especial, las mujeres que pudieron dejar de mirar la vida desde detrás de un enrejado de tela sobre sus ojos, o las que incluso tuvieron la ocasión antes inconcebible de salir a estudiar, inglés o informática. O las que en el hospital de la base recibieron atención médica para salvarlas de las mutilaciones o el abandono infligidos por hombres que se comportaban como sus propietarios.

Otros, en cambio, sólo ven en ellos a los invasores a quienes nadie llamó, y a quienes deben hostigar y expulsar. No suelen hacerse visibles, al menos no en las inmediaciones de la base, bien protegida, pero están ahí y los unos y los otros son conscientes de sus presencias a ambos lados de la alambrada. Es como un duelo silencioso, que de vez en cuando interrumpe el fraseo de un mortero o un cohete, seguido por el de las sirenas de la alarma y los helicópteros de vigilancia que despegan para localizar el ataque. No hacen mucho daño, ni pasa a menudo: la última vez fue cuando las últimas elecciones, aprovechando la luna llena. Vuelve a haber luna llena en estos días, y al trepar a la escalera que lleva a alguno de los puestos elevados sobre el resto de edificios y ver esa luna flotando sobre la base, desleída en el polvo que flota en el aire, es inevitable recordarlo.

Los que viven aquí, donde los escorpiones, el animal que no hace mucho infestaba los terrenos donde se alza la base y que campea en su escudo, son sobre todo hombres, pero también hay un buen número de mujeres. Norteamericanos, italianos, lituanos, ucranianos, eslovenos, además de españoles. Entre estos últimos hay sanitarios, controladores aéreos, especialistas en transmisiones, logística, automóviles, bomberos, personal de vigilancia, guardias civiles, intérpretes, empleados civiles de la contrata que presta los servicios de la base. Hombres y mujeres (no muchas) en la cincuentena. Hombres y mujeres (algunas más) de cuarenta y tantos. De

treinta y tantos y veintitantos. De veintipocos. Padres, madres, con los hijos criados o con bebés de apenas un año. En la cola del comedor escuchas a una de las madres contando la conversación que tuvo anoche por Skype con su niño pequeño, que apenas entiende dónde está.

Es su trabajo, lo asumen, sus familias también, de mejor o peor grado, y la base está bien preparada para pasar en ella los dos, cuatro o seis meses, dependiendo de los destinos, que estarán en ella. Convivir con ellos, en sus mismas condiciones, no es penoso ni atroz. La comida es digna, el agua fresca ilimitada, hay tiendas, internet gratuito, teléfono, aire acondicionado en los contenedores donde se duerme, en cuartos para cuatro donde sólo se alojan dos. Pero no deja de ser Afganistán. Ese país del que nadie se acuerda ya en España, pero que los suyos tienen muy presente. Y no deja de ser una interrupción de la convivencia, que cada uno sobrelleva como puede. En el hospital hay un calendario norteamericano en homenaje a los soldados destinados en misiones en el exterior que ruega a quien lo lea, en inglés: «Recemos para que los matrimonios se fortalezcan».

Alguno de ellos ha venido aquí tres, cuatro, cinco veces. A más de cinco mil kilómetros de casa, diez horas de vuelo con la escala en Estambul. A Herat, donde doscientos y pico españoles, lo recuerden o no sus compatriotas, siguen dando la cara.

Nazanín, que significa hermosa

A. nació en Irán, y no quiere (al igual que prefiere que no escribamos su nombre completo) que digamos cuándo. Profesa la fe bahai, lo que acaso, ella no entra en detalles al respecto, influyó para que acabara abandonando el país donde los ayatolás impusieron el islam chií como ley y forma de vida única. Fue a parar a un lugar de la costa española, donde un día le llegó una oferta de trabajo: se necesitaban intérpretes de dari, la lengua de la misma familia que el farsi, la suya, que se habla en el oeste de Afganistán. A. respondió a la oferta y desde hace cerca de una década trabaja allí, en el occidente afgano. Ha estado en Qala-i-Now, en la provincia de Badghis, donde fue testigo de la muerte de dos guardias civiles y un intérprete, compañero y amigo suyo, a manos del chófer de un coronel afgano que se revolvió contra ellos por orden de los talibanes. Desde que se cerró la base española en Badghis, presta sus servicios en la base de Herat.

Ella lleva años en Afganistán, pero trabaja junto a militares que vienen sólo por unos meses. Está siempre cambiando de jefes y de compañeros de fatigas. Los españoles que recalán por la base se quejan de que es un lugar cerrado, un microcosmos que con el tiempo llega a resultar algo asfixiante para muchos de ellos, sin salir nunca de allí y sin tener más contacto con el exterior que el trato con los trabajadores afganos, todos hombres, que entran a diario en la base para prestar servicios auxiliares: desde la limpieza a la lavandería, pasando por la atención de la biblioteca o de las tiendas de ropa y recuerdos que se encuentran dentro del recinto. Esa reclusión lleva a

algunos a bromear con la posibilidad de que una cadena de televisión rodara un *reality* en la base. Los más se entregan a hacer ejercicio, al amanecer o al atardecer; según reza el chiste del lugar, de allí puedes salir de dos formas: hecho un toro o hecho una vaca.

En cambio, A., en las horas de asueto, se pasea por la base con semblante dulce y abstraído. Su trabajo le proporciona otra posibilidad, bien diferente, de contacto con lo de fuera. Es la intérprete del ROLE-2, el hospital de campaña que atienden los médicos españoles de la base. A donde llegan, por ejemplo, los heridos en los combates que en estos momentos se desarrollan en Shindand, al sur de Herat: en su mayoría, militares o policías afganos, para los que A. es mucho más que una intérprete. Movida por su fe, trata de apaciguarlos en su desgracia y de reconciliarlos con su suerte. A quienes han perdido un dedo, les hace ver que aún les quedan otros. A quien perdió la mano, que conserva otra con la que podrá valerse. A quien quedó severamente mutilado, o ciego, que aún tiene la vida y que, como dice una expresión local, su sombra sigue, pese a todo, cobijando a los suyos. En ella, esos hombres tristes y rotos hallan a alguien que, aparte de hablarles en su lengua, les da esperanza.

Sólo una vez se sintió impotente para ofrecer consuelo. Fue cuando trajeron a Nazanín, una joven que se presentó en el hospital con una grave enfermedad que requería intervención quirúrgica inmediata. La acompañaba su primo, que no era quien con arreglo a la ley podía prestar el consentimiento: tal prerrogativa correspondía al padre que la había poco menos que ignorado, incluso cuando el mal comenzaba ya a amenazar su vida. En la búsqueda de la autorización se perdieron días preciosos, y para cuando se pudo plantear meterla en el quirófano, el estado de la chica ya no permitía esperar que fuera a sobrevivir. A. estuvo con ella sabiendo que se moriría, le acariciaba la mano («el contacto con la piel hace mucho y los médicos siempre llevan guantes», explica) y le decía que pasara lo que pasara, no olvidase que Dios siempre estaría con ella. No podía decirle nada más.

Al final, Nazanín murió. Con lágrimas en los ojos, A. explica que su nombre significa hermosa, y que en sus últimos días, recuperada de su deshidratación gracias al suero intravenoso, despedía luz. Murió por la desidia del hombre que la engendró y que sólo la usaba como criada. Si hubiera nacido en otro lugar, habría podido vivir. Después de escucharle esta historia, uno entiende por qué A. camina absorta por la base, al atardecer.

La carta de Jordi

Jordi vuelve a releer la carta. No es una carta cualquiera: en cierto modo, y Jordi es bien consciente, se trata del broche que cerrará su biografía, tan nutrida en acontecimientos, tan portentosa en no pocos detalles y a la que, sin embargo, lo que escriba en esa carta dará un sesgo distinto y definitivo.

Y es que, poca broma, se trata de una confesión. Jordi ha estado ocultando algo a todo el mundo, algo que en esta etapa final de su vida las circunstancias le obligan a revelar. Así lo exigen razones de fuerza mayor, las más inapelables para un padre: el bienestar y la tranquilidad de los hijos, a los que el secreto de Jordi amenaza con perjudicar de manera irreversible. O eso es lo que Jordi se ha propuesto hacer creer a todo el mundo: que nada les es imputable a sus vástagos y que todo, absolutamente todo el peso ominoso del secreto desvelado debe recaer sobre sus ancianos hombros. En qué medida especula Jordi con la idea de que su avanzada edad, amén de sus servicios al país, hará que la falta sea en él tan impune como no sería en ellos, en qué medida, en definitiva, está faltando a la verdad en su perjuicio y en beneficio de los suyos, es cuestión que queda sepultada en las profundidades de su conciencia, a menos que alguien, y alguien hay intentándolo, recabe suficientes pruebas en contrario.

No lo sabemos, pero sospechamos que la carta no la ha escrito Jordi en solitario. Por el cariz del asunto, es más que probable que haya contado con asistencia letrada, para no decir ni más ni menos de lo que convenga a su posición en los procedimientos administrativos y judiciales en curso y los que previsiblemente desencadenará su confesión. No es descartable, tampoco, la intervención del resto de la familia, o la de algunos de sus miembros más significados: a fin de cuentas, lo que la carta cuenta pesará en lo sucesivo sobre el apellido que todos portan, y también se trata de sus propias responsabilidades individuales, que se aliviarán o agravarán en función de lo escrito.

Y, sin embargo, esta última relectura le corresponde a él y sólo a él, porque en esas líneas dolorosas y avergonzadas está componiendo el trazo final de su autorretrato; en los colores con que lo pintan los adjetivos que escoja, en la forma en que aquellos que los lean los interpreten, se despachará quién fue y quién ya nunca, por más que lo intentara en el pasado, podrá ser.

Lo que a Jordi le toca reconocer públicamente es que durante treinta y cuatro años escurrió el bulto en una obligación que él mismo imponía a sus conciudadanos, y de la que se benefició largamente como asalariado con cargo al erario público. Mientras gastaba los fondos de todos, eludía la contribución que a él mismo, con arreglo a las leyes, le tocaba por razón de su patrimonio. Un patrimonio que escondió de forma torticera e injustificable, salvándose a sí mismo de la quema en la que otros, los que costeaban sus emolumentos, ardían dejándose hasta el 56 por ciento de lo que ganaban con su esfuerzo, su talento o simplemente su fortuna. Mientras denunciaba que a sus compatriotas se les hurtaba lo que les correspondía, era él mismo quien les sisaba, en sus cuentas personales, lo que habría debido aportar.

Lo desairado de la cosa es que Jordi no confiesa esto, ahora en las postrimerías de su vida, *motu proprio*. Si lo hace es porque la policía, y para más escarnio la del país al que acusaba de rapacidad frente a sus conciudadanos, lo acosa y acosa a los suyos con pruebas cada vez más incómodas y persuasivas de esos ahorros indebidos contra las espaldas del contribuyente.

La explicación que en su misiva ofrece Jordi es extraña, asombrosamente conveniente, y no puede dejar de darse cuenta. Lo que queda en el misterio es si con esa explicación, y sus tardías

disculpas, cree que quienes deben, y la Historia, van a absolverlo.

Para nadie

Lo ocurrido tan sólo le deja al hijo una respuesta racional: soltar contra la pared un puñetazo con el que se rompe varios huesos de la mano. Como consecuencia, luego aparecerá con el brazo escayolado en las fotos que le hagan los periodistas. No está en absoluto de más, esa imagen. A veces el lenguaje no verbal es el único que puede decir, cabalmente, las cosas que deben decirse.

Y es que su madre, la mujer que con sólo cuatro décadas sobre las espaldas ha desfilado al cementerio por obra y gracia de un tipo que decidió probar un cuchillo en su garganta, le dio a la justicia todas las oportunidades para defenderla. No sólo denunció las amenazas del asesino, sino que pudo ofrecer prueba cumplida del acoso obsesivo a que estaba siendo sometida por un hombre con el que cometió el error de amistarse y del que puso tierra de por medio en cuanto se olió lo que allí había. Cientos de llamadas a su teléfono móvil. Seguimientos y esperas al acecho entre las sombras de la noche. En una de aquéllas, justamente, lo detuvo la Guardia Civil. La justicia respondió al reto echando mano del protocolo: juicio rápido, orden de alejamiento de 500 metros, unos días de arresto domiciliario.

Pero el tipo siguió con el acoso: «Si no eres para mí, no serás para nadie». La misma frase necia, siniestra y manida con la que tantos cientos de descerebrados anticipan su voluntad de tomar en sus manos lo que menos puede pertenecerles: la vida de otro ser humano, invocando el solo y estrafalario título consistente en que el ser humano en cuestión tuviera la imprudencia, por la razón que fuera, de no ignorarlos cuando sus respectivos caminos se cruzaron. La madre pudo exhibir y exhibió todas aquellas llamadas. De nada sirvió.

Al final, cumplido el arresto, el individuo se deslizó hasta donde estaba su víctima y cumplió su amenaza. Nada se interpuso en su camino, aparte de un papel judicial que trazaba un imaginario círculo de 500 metros de radio en torno a la difunta. Una defensa poderosa frente a un ser dotado de raciocinio. Una nadería para quien despojado de ese incómodo peso sólo tiene la venganza entre pared y pared del cráneo. Los periódicos contarán luego que el agresor es marroquí, era más joven que ella y reside ilegalmente en España, donde trabaja ocasional y cabe inferir que clandestinamente en los invernaderos almerienses. Datos que abren el melón de las responsabilidades. La culpa es de quienes dejan entrar a quienes provienen de sociedades atrasadas y no respetan nuestros valores, dirán algunos, tirando por la calle del medio. La culpa es de quienes se ahorran costes laborales empleando en condiciones irregulares a quienes no pueden acceder legalmente a un contrato de trabajo, interpretarán otros, dejándose llevar por el prurito de la conciencia social.

Pero no: la culpa es de un hombre que no adquirió por el camino las herramientas para que su

cerebro se impusiera a sus tripas, allí donde estas señalaban el camino del despeñadero propio y ajeno. Y el motivo es irrelevante, porque tipos así siempre habrá, entre los sarracenos y entre los cofrades de la Virgen Santísima, y lo que tocaba era ponerle un dique que no se le puso. Lo inmediato es cargar la culpa de esa omisión a ese juez o esos guardias que no supieron proteger a la mujer. Y tanto uno como otros ya estarán preparándose, porque alguien fisgará en lo que hicieron o dejaron de hacer para dirimir a posteriori si tomaron las medidas que debían y podían o fallaron.

La investigación arrojará el resultado que sea, pero en definitiva tampoco estará ahí la cuestión. Lo que toca es preguntarse por qué se consume una muerte anunciada, mientras la justicia dilapida a diario sus recursos en causas ficticias o irrelevantes. Y la única respuesta posible ya está dada: un puñetazo en la pared.

El pañol de las velas

Uno de los riesgos de los negocios de distribución es que uno sabe de dónde y cómo viene lo que vende, pero no siempre controla a dónde y cómo lo llevan quienes lo compran. El riesgo aumenta si lo que se distribuye es una sustancia ilegal, en cuyo caso la torpeza del cliente puede dar al traste con todo el negocio. Los tres marineros lo han descubierto, para su mal, cuando el error ya no tiene remedio. El precio por el que colocaron veinte kilos de cocaína a aquellos narcotraficantes neoyorquinos ha acabado siendo el más ruinoso que nunca negociaron: a cambio de unos miles de dólares, se les ha hundido la tienda. Quién iba a imaginar que a aquellos pardillos iba a cazarlos la policía estadounidense mientras transportaban el cargamento en un taxi. Quién podía sospechar que ante los polis los tipos cantasen que la droga se la habían vendido unos marineros españoles.

Hasta ese momento, la tapadera de su negocio era inmejorable. Un buque de la Armada, y no cualquiera, sino nada menos que el buque-escuela, en el que se embarcan los guardiamarinas, futuros oficiales y almirantes, para vérselas con la mar y familiarizarse con la navegación en estado puro. Un hermoso y blanco barco de vela, que pasea por todo el mundo el pabellón español, uniendo a su misión docente las funciones de representación del país y de la Armada cuyos futuros mandos adiestra. Un barco que dondequiera que va suscita admiración y simpatía, y que tiene en su ruta habitual un puerto colombiano, el de Cartagena de Indias, donde poco cuesta cargar la mercancía ilegal. No hay más que aprovechar las salidas que a los marineros les dan permiso para hacer durante los días que el buque permanece atracado allí. Volver con unos cuantos kilos de droga disimulados entre la ropa de cada una de esas salidas, y repetirlas hasta juntar ciento y pico, es pan comido. Nadie registra a la marinería cuando se reintegra al buque, nada justifica semejante desconfianza para con unos miembros de la tripulación.

El soplo de la policía norteamericana a la Guardia Civil se produce mientras el barco surca el Atlántico de regreso a casa. Y cuando fondea frente a las costas gallegas se presentan en el barco los guardias para detener a los marineros-trafficantes. En vano los agentes registran el barco, en busca de los kilos de cocaína que fundadamente sospechan que los narcomarineros han traído consigo para distribuir en Europa, aparte de los veinte kilos despachados en la escala neoyorquina. Es una semana más tarde cuando perros adiestrados, husmeando a fondo el buque, dan con el grueso de la droga, los 127 kilos que restan. Para ocultarla, los marineros han recurrido al casi inaccesible pañol de proa donde se guardan las velas del barco. Un lugar recóndito y maloliente al que sólo acceden ellos, los que cargan con el trabajo sucio bajo cubierta, mientras sobre esta se desarrolla la formación de los alumnos, las visitas de autoridades, en fin, toda la brillante representación de cara a la galería de la que el barco es escenario una y otra vez expuesto a cámaras y focos.

No hay mejor tapadera, ya lo escribió Poe, que recurrir a aquella que está a la vista de todos. La sofisticación que han añadido los astutos marineros es buscar ese pañol de las velas, ese espacio invisible, oscuro y ominoso que se oculta bajo la estampa deslumbrante del vistoso velero blanco, y donde han maniobrado a placer, mientras todos se fijaban en lo de arriba: los uniformes immaculados, las velas desplegadas al viento, los actos protocolarios, los discursos, las relaciones públicas.

En Cartagena de Indias, donde alguno de esos discursos recordaría, seguro, al gran Blas de Lezo, que derrotó gracias a los mosquitos a una escuadra inglesa superior, ellos cargaban coca en el pañol de las velas. Siempre hay un lugar así, donde alguien se afana en algo sórdido, mientras todos atienden a otra cosa.

Siri lo sabe

Resulta que acabas de cargarte a tu colega, después de drogarlo. No tenías más solución que hacerlo, te había quitado a la chica y saberle con ella se había convertido en una pesadilla. Ya no tienes pesadilla pero ahora tienes un cadáver, del que hay que deshacerse. Dónde. Cómo. He ahí las preguntas. Tienes dieciocho años y no demasiadas luces, así que buscas ayuda. No es asunto que pueda preguntársele a cualquiera, porque cualquiera no discurre esa clase de cosas y porque de cualquiera uno no puede fiarse. De pronto, una idea providencial se abre paso en tu cerebro.

—Seguro que Siri lo sabe.

El problema es que tienes un iPhone 4, que no cuenta con ese asistente digital virtual presente en las versiones superiores del teléfono de Apple. Pero eres un chaval con recursos, para eso te has educado con la electrónica entre los dedos: no hay más que hacer una búsqueda en Facebook, seguro que la cuestión se le ha presentado a alguien antes y ha compartido generosamente la

ciencia que Siri le ha proporcionado. Pones las palabras clave, «Siri», «esconder», «compañero». Y aparece en forma de captura de pantalla la imagen de cómo Siri responde a la demanda «necesito esconder a mi compañero de habitación». El astuto asistente digital ofrece cuatro juiciosas alternativas: «pantanos, embalses, fundiciones, vertederos». La razón por la que finalmente el cadáver de tu amigo lo encuentran en un bosque es compleja e inescrutable: pongamos que te pones nervioso mientras buscas algo de lo que Siri recomienda, o que de camino a alguno de esos sitios, localizado previamente en la App de mapas de tu teléfono, ves el bosque y decides abreviar el asunto en lugar de arriesgarte más kilómetros a que te intercepte la policía.

Una vez localizado el cuerpo, a los investigadores no les cuesta demasiado dar contigo y deducir el móvil que tuviste para el crimen. A partir de ahí, te someten a interrogatorio y aguantas lo que era previsible que aguantaras: casi nada. Les basta preguntarte por tus movimientos de aquel día y cotejarlos con los del teléfono que como el pardillo que eres llevabas encima, encendido y emitiendo y recibiendo, para cazar tu primera contradicción. Te requisan el iPhone y le sacan toda la caché donde se registra su historial de navegación. Así es como dan con la captura de pantalla de Siri, que dos años después de los hechos, durante el juicio, se filtrará y dará la vuelta al mundo, convirtiéndote en pasto de chistes en las redes sociales. En un principio la noticia circula de manera inexacta: suponen a tu teléfono dotado de Siri y te describen a ti formulándole directamente la pregunta. La imagen es tan chusca como poderosa: el asesino, con el cadáver aún caliente a su lado, hablándole a su teléfono, en busca de ayuda para encubrir su fechoría. No fue así, ni siquiera podrá dilucidarse si hiciste la consulta en Facebook antes o después del crimen, pero para muchos, así quedarás.

Que la policía de Gainesville, Florida, una vez desatado el rumor viral, trate con diligencia y profesionalidad de poner las cosas en su sitio, dando la versión precisa de lo que se encontró en tu teléfono y de los hechos que eso permite presumir, será inútil salvo por el prurito de rigor de algunos medios. Como te descuides, acabarás inspirando alguna película en la que el criminal, consumado el delito, saque su iPhone y le pregunte a Siri, que seguro que sabe lo que conviene hacer. O lo que es peor: que alguien, después de cometer un crimen de verdad, desenfunde el *smartphone* en busca de consejo.

Por si acaso, no estará de más que el fabricante no ponga a disposición de los usuarios un Siri encriptado e inaccesible a una eventual investigación, ahora que ya sabemos de esta nueva adición a la incommensurable historia de las malas ideas.

Grabemos un vídeo

Como de todos los hechos que no protagonizamos o sufrimos, de estos dos lo único que tenemos son versiones. Ambas, eso sí, respaldadas por una autoridad, lo que tendrá peso para quienes

concedan crédito a la autoridad correspondiente. Nunca faltará, suele pasar, quien halle motivos para negárselo.

Ambos suceden en la misma semana de agosto, bajo el calor propio de este mes en el hemisferio norte. Uno, en Málaga, en el extremo sur de Europa. Otro, en el extremo occidental de Asia, en algún lugar del desierto que se extiende entre Siria e Irak. Son dos hechos dispares, muy dispares a decir verdad. Algo, sin embargo, tienen en común. Los dos van a dar lugar a la instrucción de diligencias penales. Y en los dos hubo alguien que en un momento dijo o pensó lo mismo: «Grabemos un vídeo».

Las imágenes de uno de ellos dan la vuelta al mundo. Son casi profesionales, desde luego no se han dejado nada al azar. Un hombre vestido de naranja, con el cráneo afeitado, de rodillas y las manos atadas a la espalda junto a un hombre totalmente vestido de negro, el rostro cubierto casi por completo y un cuchillo en la mano. Las dos figuras se recortan con dolorosa nitidez sobre el horizonte deslumbrado del desierto, en una composición tan macabra como poderosa: el naranja y el negro, sobre el amarillo del terreno, combinan como un fogonazo. A lo que se añade la locución: tanto el hombre arrodillado como el que lo sujeta recitan un texto presumiblemente aprendido, en inglés, cuyas palabras, dichas en ambos casos con toda determinación, están pensadas para intimidar y herir. «Desearía no ser americano», llega a declarar el prisionero, y quienes se lo hacen decir saben cuánto va a escocer esa frase en el auditorio al que va destinada.

Lo que sigue, para colmar la atrocidad y el ensañamiento con la víctima, es la decapitación del hombre de naranja por el hombre de negro. Días después, el presidente de su país dará el vídeo como auténtico y endurecerá su política. En cuanto al hombre de negro, reconocen su acento británico y se desata su caza. Cuando logren identificarlo, que lo identificarán, ya sabe lo que le espera, apenas se coloque en la mira de un avión no tripulado o de un miembro de una unidad de operaciones especiales. Y nadie le pedirá cuentas a quien apriete el gatillo.

El otro vídeo sólo lo ve un reducido grupo de espectadores. Lo ha tomado alguien con su teléfono móvil mientras se producía una relación sexual en grupo. Cabe presumir que su calidad, su encuadre y su locución serán muy inferiores, por no hablar de la luz, ya que se graba de noche. Sin embargo, y en otro sentido, resulta igualmente decisivo: gracias a él, amén de otras pruebas documentales y testificales, una juez descarta que cinco jóvenes que han sido privados de libertad por una denuncia de violación sean autores de dicho delito y ordena que se les deje marchar sin cargos. Lo que pone a la denunciante, dicho sea de paso, en el disparadero de una imputación penal para responder por haber achacado a cinco personas, con grave perjuicio, un delito que a partir de la grabación se reputa inexistente.

Hubo un tiempo en que los vídeos eran un material escaso, y normalmente producido por quienes no participaban en los hechos que en ellos se registraban. Ahora, en este preciso segundo, están grabándose millones de ellos, por personas que deciden que la toma del vídeo forme parte sustancial de la vivencia de tal o cual acontecimiento, que tiene más sentido (o sólo lo tiene) si queda así capturado. Hay quien sabe usarlo como herramienta de propaganda; hay quien parece

imprudente por grabar según qué cosas. Pero puede suceder que el propagandista escriba con su vídeo su condena y que el imprudente encuentre en él su salvación. Así de raro es el mundo.

Referéndum subjuntivo

Es la pega de cerrar con otros pactos que no significan para ti lo mismo que significan para ellos, y dejar deliberadamente ahí el equívoco y no disiparlo nunca: que tarde o temprano se acerca el momento de cumplir y, ante la imposibilidad evidente de hacer lo que nunca estuviste en posición de hacer, hay que hablar de la perspectiva del asunto y resulta imposible emplear el modo indicativo. Lo que antes o después huele a chamusquina.

Ya puedes tener mucha práctica en decir las cosas sin decirlas, o en decirlas de manera que no parezca que las estás diciendo, lo que no deja de ser otra cara de la misma moneda. Ni el más consumado perito en las dobleces del lenguaje puede evitar la zozobra cuando los hechos se aproximan, con su fastidiosa costumbre de resolverse en clave binaria: lo que muere no sobrevive, quien pierde no gana, el que se abstiene no hace. Al menos en esta realidad en la que has de responder de tus compromisos, no es posible que algo sea ello mismo y su contrario, o ello mismo y su contrario según cómo, ante quién y para qué, que sería lo deseable, y ahorraría muchos problemas.

Para colmo, siempre hay imprevistos, o eventualidades que quizá uno debió prever pero no tuvo en cuenta, que es en muchas ocasiones lo que representan los sucesos sorprendidos. No contaste con que el tictac final sonaría con el acompañamiento del derrumbe de la gran mentira del padre fundador de la franquicia que te sostiene, exponiéndola no sólo al escarnio y las pullas del enemigo, sino al escrúpulo y la reticencia de la otra parte del pacto, obligada a deglutir y digerir el sapo, peor o mejor, en aras de impedir que se desmorone el compromiso que para ella obliga a una cosa y para ti, en fin, a otra.

Se aproxima la fecha del gran Hecho, del hito crucial al que van encaminados todos los pasos de los últimos meses y años: el Referéndum. Esa consulta-aldabonazo que aquellos con quienes pactaste entienden cincelada en el futuro a todo trance, que tus oponentes sólo admiten proyectada en el aire de los espejismos y que tú asumiste para el caso, ciento por ciento improbable, de que los segundos se avinieran, sin oponer resistencia y abdicando de sus intereses y principios, a permitir y favorecer la agenda de los primeros. Que es tanto como decir que la fijaste, con fecha, pregunta y toda la costosa parafernalia de comités consultivos y preparatorios, contando con la posibilidad de que el agua flotara por encima del aceite.

Llega el momento de echar ambos en la probeta y el resultado del experimento sólo puede ser el ya sabido. Pero he aquí que aún quedan días para la fecha que desvelará que el consentimiento se prestó sobre bases dispares, el día en que quienes te apoyaron a lo largo del camino, en el

entendimiento de otra cosa, se proclamarán traicionados. Son días ásperos, esquinados, incómodos, que uno, y se comprende, desearía que pasaran cuanto antes. Pero pasan despacio y hay que dar la cara y sostener, hasta el final, el más ingrato de los esfuerzos: hacer como si.

Ante la imposibilidad de callar, llega la apoteosis del modo subjuntivo. «Disponerlo todo para el caso de que la consulta pudiera tener lugar.» «No contemplamos otro escenario que el de que se vote.» «Que el referéndum se celebre ya sólo depende de que el gobierno quiera.» Y a medida que se van acumulando los subjuntivos sobre la mesa, a tu socio, dispuesto a alzar las barricadas y a conjugar los verbos de modo bien distinto (se celebrará, se votará, vaya si tendrá lugar), se le va agriando el gesto, y al sujeto que vela ese subjuntivo, y que no tiene la menor intención de deshacerlo, se le apunta, por más que quiera reprimirla, una sonrisa en las comisuras. Aquí está, siempre llega, el momento de la verdad. Cuando todo, al margen de lo que se jugara a creer que sería, será forzosamente lo que es.

No a la guerra

No es lo mismo heredar una guerra que declararla. Si la guerra la declaró otro, y no se ha conseguido terminarla, o librarse de ella de algún modo, siempre cabe proponerle a la gente alguna excusa: no podemos salirnos de cualquier forma, tenemos compromisos contraídos, tampoco resulta tan cara ni es ya tan violenta como era... Lo malo es cuando uno, después de llegar a líder de un país, se encuentra con la papeleta de tener que dar el pistoletazo de salida de una guerra nueva. Pero hay un escenario aún peor: cuando esa guerra es en el sitio al que están asociados los peores fantasmas en la memoria colectiva, porque hace años alguien decidió apuntarse allí a otra hazaña bélica en la que todo salió mal, y de la que al fin y a la postre viene la necesidad de volver a empuñar las armas para remediarlo.

Es, seguramente, la decisión más grave que le compete a un gobernante. Decirles a los hombres en armas que tienes a tus órdenes que pongan rumbo a un teatro de operaciones, usen esas armas y desencadenen lo que viene después. Y es que las armas, inevitablemente, le acabarán haciendo daño a alguien, y alguno de los que mandes acaso vuelva en una caja. Y te tocará darles a sus deudos una medalla y una bandera doblada para que reemplacen al padre o madre, esposo o esposa que se quedaron allí, en el lejano país al que tú decidiste enviarlos. Quizá no haya decisión más difícil de justificar. Para algunos, muchos compatriotas tuyos, no está justificada nunca; para otros, en cambio, ya lo sabes, se justifica con excesiva alegría; pero, en todo caso, no es lo mismo debatirlo en el bar que estampar la propia firma en el papel oficial que desata la tormenta de fuego, y vivir el resto de tus días recordando que lo hiciste.

Está bien tener la posibilidad de reunirte con líderes mundiales, para debatir sobre las cuestiones que afectan al planeta, escuchar en vivo a los principales actores y ser escuchado.

Contribuye a la autoestima, y para un hombre público no deja de ser una consagración. Lo que ya no resulta tan reconfortante es que los líderes mundiales te pongan sobre el tapete justamente eso: oye, tenemos una guerra nueva y queremos que te sumes al fregado. Uno ha hecho lo posible por agradecerles, por ser buen aliado y socio, siempre que ha habido ocasión. Uno no ha podido sonreír más en las fotos conjuntas, no ha podido ser más solidario en las declaraciones de toda índole. Pero, vaya por Dios, ahora van y te piden que en pleno año electoral envíes combatientes a soltar pepinazos y jugarse la vida a miles de kilómetros. Aunque no fuera en Irak, cuyo solo nombre te pone los pelos de punta. O aunque sólo se trate de poner armas y aviones de combate, sin que ninguna bota de ningún soldado pise el terreno.

Uf, qué pereza.

Alguien puede señalar, ciertamente, una paradoja. Decir que no a una guerra para salvar a niños y mujeres que están siendo inequívocamente exterminados, para enfrentarse a un grupo terrorista que capta igual de inequívocamente combatientes en tu territorio y que, también sin rebozo, lo reclama como suyo; cuando en su día se pusieron tropas y se pegaron tiros, en el mismo lugar, en apoyo de una invasión cuyos motivos, inicialmente oscuros y discutibles, y mucho más ajenos a los intereses del país, se acabaron demostrando falaces.

Es un dilema, que decides abordar del modo en que te has habituado a encarar las encrucijadas. Resumiendo: preferiría no hacerlo, así que ya veremos qué es lo que pasa y entonces ya diremos; estoy con vosotros, pero de momento mejor no contéis conmigo. No es agradable percibir el gesto de decepción que ponen los líderes de la coalición al ver tu titubeo, tu nadar y guardar la ropa.

Tu indecisión que, hoy por hoy, es un no a la guerra.

Las voces del atolladero

Más o menos, esta es la conversación:

—Te jorobas, pero eres español. Esa es la ley.

—Te jorobas tú, Cataluña no es España y nunca lo ha sido.

—No hablaba de territorios, hablaba de personas. Los territorios ni sienten ni padecen, quienes se aferran a ellos para construir una identidad excluyente viven en el siglo XIX.

—Somos una nación, y siempre lo hemos sido, aunque nunca nos hayáis dejado, por vuestra envidia, por vuestra inferioridad, por vuestra intolerancia, por vuestra tendencia innata al despotismo. Vuestro problema es que esto es el siglo XXI, esto es Europa, y ahí no vale vuestra patria trasnochada. No podéis seguir poniéndole vuestras cadenas a un pueblo que sale a la calle y le demuestra al mundo que tiene voluntad de ser.

—Qué cadenas ni qué niño muerto. Pujol no venía encadenado a firmar contrato tras contrato a Madrid, sacando siempre buena tajada de unos y de otros. Que luego no repartiera bien, o se

quedara en compañía de sus hijos lo que ahora tiene en todos los paraísos fiscales cercanos y remotos, es vuestro problema. Por no hablar de todo lo que ya habíais sacado antes.

—¿Qué hemos sacado de llevaros a cuestras? Compartiendo con vuestros vagos la riqueza que vosotros no habéis sabido nunca generar, acribillados a impuestos y peajes para que el dinero se lo regale Madrid a los que no producen, después de quedarse un buen trozo del pastel, y mandando aquí las migajas, para que no nos baste y vivamos con el agua al cuello.

—En esa contabilidad os faltan algunas partidas: el coste enorme que tuvo para el país proteger vuestra industria textil en el XIX, las inversiones en industria e infraestructuras que se hicieron en Cataluña antes que en ningún sitio de España, con apoyo de ese perverso Madrid, incluso de Franco, para que los hambrientos de las demás regiones de España no tuvieran más remedio que emigrar a serviros de mano de obra barata, hacinada en infames cuchitriles suburbanos, y aumentar la plusvalía y el tamaño de las mansiones de la burguesía catalana. O ese 92 que os puso en el mapa, con el riego de dinero de todos los contribuyentes españoles, que nunca agradecisteis.

—Mira, la Historia ya da igual, claro que tenemos una lengua, unas instituciones propias, una personalidad desde hace siglos. Y claro que Castilla, esa mendiga altanera y resentida, se ha aprovechado de nosotros y nos ha vejado una y otra vez. Pero ahora lo que cuenta es que vuestro barco se hunde, no funciona, no nos sirve, y los catalanes no nos vamos a ir a pique con él, queremos navegar solos y eso es inapelable. Tenéis miedo a poner las urnas porque os hemos demostrado en la calle lo que somos, que somos más y no ganaríais un referéndum.

—Lo que habéis demostrado en la calle es una asombrosa semejanza con los norcoreanos, la respuesta de miles de borregos que machacados por la crisis han preferido creer el cuento del paraíso independentista, porque les han lavado el cerebro manipulando la Historia, las cifras, los datos que a cualquiera le permiten entender que la independencia es una ruina.

—Dejadnos votar, decid lo que tengáis que decir y que el pueblo catalán decida libre y soberanamente su destino.

—El pueblo catalán no puede decidir el destino de todos los españoles a su conveniencia, o a la de unos políticos corruptos que tienen demasiada prisa por tapar sus miserias.

—Políticos corruptos los españoles, que ya ni pueden exponerse a la voluntad del pueblo, por eso España es un fracaso y por eso los catalanes no queremos tener que ver con ella.

—No podéis votar como a vosotros os dé la gana.

—No podéis impedirnos que votemos.

Y así sucesivamente. Así es como suena, el atolladero.

Desventaja táctica

Los que pierden un referéndum tienden a achacar el descalabro a factores externos que al final mediatizaron la decisión de los votantes. El recurso es tanto más perentorio cuanto más vehementes y esenciales hayan sido los argumentos que en su día se esgrimieron a favor de la postura propia. Y aunque es reacción de perdedor, no por ello carece de manera sistemática de fundamento. Libres, completamente libres, hay muy pocas personas, y lo son pocas de las decisiones que se ponen en sus manos.

Lo que a partir de ahí se haga ya tiene que ver con el talante de cada uno: algunos, presentada la excusa, son pese a todo congruentes con la realidad que se impuso y se apean de lo pretendido o incluso dimiten; otros cavan tras la excusa una trinchera, levantan sobre ella un parapeto y siguen a lo suyo, inasequibles al mensaje que vino a mermarles la munición con que disparaban.

Pero no son estas consideraciones las que interesan a nuestro protagonista. Aunque su salario lo paga una parte, y aunque también se ha dedicado a darle forma a toda clase de argumentos parciales e interesados, le han contratado, excepcionalmente, para tratar de diagnosticar la razón última por la que tienden a fracasar las tentativas de trocear un país desarrollado para darle entidad propia a uno de los trozos, sobre la base de su identidad diferencial. Quebec, la más pertinaz, acabó en hartazgo, despachados sus independentistas al baúl de los pelmazos. En Escocia, tras forzar una épica consulta, el independentismo ha ardido en una hermosa hoguera, tras la que, como ocurre con todas las hogueras, hermosas o no, la principal tarea que le queda es ocuparse del amargo inventario de las cenizas.

Ha hecho una lista de todo lo que se ha dicho de este último revés, amén de la socorrida apelación a esos poderes fácticos que arredran a los votantes. Alguno de los que tienen otra independencia en la agenda ha cargado el resultado en el haber de la ejemplaridad democrática y el respeto a los pueblos del gobierno británico, frente al despotismo de otros. Baza como poco discutible, si se considera que el Reino Unido, formado tras sangrientas campañas militares culminadas a comienzos del siglo XVIII, apenas empieza a recorrer un camino autonomista (siempre vigilado: cuatro suspensiones de la autonomía norirlandesa), cuando en otros lugares el proceso autonómico, iniciado ya en 1931, lleva décadas en pleno funcionamiento. Por no hablar del cacofónico popurrí de plañidos y amenazas desatado tan pronto como las encuestas sacudieron la fe del primer ministro Cameron en la victoria que ya daba por descontada.

No, la clave tiene que estar en alguna otra parte: ¿por qué en sólo tres siglos, con una historia que en un periodo tres veces más largo fue de enconada resistencia a los codiciosos ingleses, los escoceses han rehusado dejar de ser británicos, la identidad que consagra su pertenencia al mismo club que ellos?

De pronto, esa pregunta le arroja una luz: en esta contienda, que en el fondo lo es, aunque sea incruenta, existe una desventaja táctica para uno de los contendientes. La independencia es una maniobra de exclusión: no sólo se trata de extirpar la condición de británico al escocés, sino que conduce a descartar al escocés que se siga sintiendo británico. Sólo los muy convencidos (o adoctrinados, o arrebatados por la ola) están dispuestos a dejar de un día para otro de ser lo que

han sido, imponiendo a sus compatriotas reacios esa misma renuncia so pena de convertirse en ciudadanos inoportunos o ineptos. Para ser sólo escocés, se requiere dejar de ser británico. Seguir siendo británico, en cambio, no impide a nadie seguir siendo escocés. Ser británico no fue del todo malo. Ser sólo escocés es, hoy, un enigma.

Dejando a un lado miedos, manipulaciones, conservadurismos y demás juicios de valor: atacar ladera abajo es más fácil que atacar ladera arriba; siempre lo fue, pero lo es más cuando el que va cuesta abajo lleva hechos y el que sube, hipótesis, y cuando unos y otras se confrontan de forma descarnada.

Ahora a nuestro analista le toca afinar sus conclusiones. Es peliagudo decir a alguien lo que no quiere oír; también lo contrario, si uno es prudente. Hay ventajas tácticas que mal manejadas se zanján en derrota, y desventajas tácticas que un hábil general logró superar. Decida el soberano lector, en fin, cuál es la bandera que enarbola quien contrató al analista.

Y adivine, si le place, lo que le dice en cada caso.

Dejar algo

La comparecencia confirma, al fin, el presentimiento. Desde el momento en que apareció en el mismo escenario para jurar y asumir el cargo, casi tres años atrás, la escena de la derrota y la renuncia estaba ya escrita. Sólo quien no le quiere bien a uno, o no le quiere a uno ningún bien, le encomienda en España, entre todos los ministerios posibles, el de Justicia. El día que el gran jefe hizo la adjudicación y él acató lo que le caía en suerte, selló su destino de mártir y réprobo. Justicia es el negociado de los proyectos inaplazables que llevan aplazados más de un siglo, de los problemas sangrantes que día tras día manan a borbotones, de la irrenunciable imparcialidad que una y otra vez se ve empañada por toda clase de sospechas y la sombra demasiado alargada de los premios al servicio de una u otra parte.

Y por si todo eso no fuera ya bastante marrón, el aborto.

Un hombre inteligente como él, al margen de sus propios principios (tan respetables como los de cualquier otra persona que en conciencia se interroga y se responde acerca de una cuestión moral), tenía que saber que desde el punto de vista estrictamente práctico y logístico la maniobra era endiablada. La lógica del derecho penal, en una perspectiva histórica, no favorece volver a penalizar lo que ya fue despenalizado: el principio de intervención mínima, que como buen jurista conoce, determina que el proceso de criminalización atienda más a tipificar nuevas conductas lesivas de los derechos e intereses legítimos que a volver a meter en el catálogo de delitos lo que un día salió de él y la ciudadanía se habituó a considerar no punible. Cabe preguntarse si esa misma reflexión, como el jurista que también es, no se la hizo el jefe, y si al entregarle ese fruto envenenado no era consciente del efecto, como la madrastra de Blancanieves.

En cualquier caso, el hombre emprendió su vía crucis. Ya fuera la falta de fe, la dificultad intrínseca del desafío o un exceso de confianza en su propia capacidad de ir más allá de lo que la teoría proponía como factible, su ejecutoria como ministro se traduce en desastre: ningún logro, más allá del odioso de cobrarle a la gente por pedir justicia, de forma casi disuasoria, y una gavilla de proyectos de reforma discutibles, discutidos y que se arrastraron penosamente por la legislatura sin acabar de llegar a puerto. Una hoja de servicios que lo convierte en uno de los ministros peor valorados de todo el gabinete, y en uno de los ministros de Justicia con más papeletas para caer en un olvido que será, después de todo, piadoso. Lo que hizo mejor, no interferir en la medida que algunos esperaban en los procedimientos judiciales que apuntaban a la corrupción de los de su propia clase, es mérito poco visible, y algo que ante los suyos, los que ahora tan poco lamentan su caída, gira más bien como fechoría.

Cuesta creer que un político de su talla, en su etapa ministerial, que tanto se hizo esperar, deje tan poco. Porque de todos los que se han sentado en un sillón con mando quizá haya pocos más conscientes de que el servicio público implica el desafío de, al marcharse, dejar algo que justifique haber disfrutado de todas las prerrogativas que el poder trae aparejadas, desde el iPhone por la cara hasta el chófer y el trato de excelentísimo.

En la hora del amargo, casi incomprensible adiós, le queda el consuelo de haber sido antes que ministro otras cosas. Aunque en esas otras responsabilidades no dejara de equivocarse, como cualquiera, allí sí acertó a dejar algo. Un Metrosur que hizo que la periferia menos pudiente de Madrid dejara de ser territorio invertebrado (y de paso, empezara a votar a sus siglas, servicio tan formidable como poco agradecido por los suyos). Un Madrid Río que devolvió a su ciudad el corazón que especuladores rufianes le habían arrebatado.

¿Poca cosa, para todo lo que podría haber sido? De otros, de más alta investidura, quedará mucho menos.

Hasta el último céntimo

Juan vuelve a tragar saliva. La entrevista no está yendo nada bien. Desde que cruzó el umbral y vio a aquel hombre, se le hizo evidente que le esperaban con la guadaña bien afilada. Ya llevan veinte minutos de conversación y hasta aquí, invariablemente, han transcurrido en su perjuicio. En ese momento el funcionario de la Agencia Tributaria le señala las facturas del teléfono móvil y menea la cabeza con aire desaprobatorio:

—No hay manera de discernir si esto es un gasto real de la actividad o es un gasto particular. No ha justificado debidamente las llamadas que obedecen a su quehacer profesional.

Juan pone cara de chiquillo pillado en falta. ¿Acaso tiene que justificarlas, una por una? ¿Tiene algún sentido que le pidan semejante burocracia cuando tiene una línea con tarifa plana y 4 gigas

de internet, que desde luego utiliza para su trabajo (para llamar a casa alguna vez, o para mandarse whatsapps con su mujer, no necesitaría tanto) y por la que paga cincuenta euros al mes? ¿Es lógico que el funcionario pierda su tiempo, y se lo haga perder a él (el rato que se pasa en la administración se lo roba al trabajo, y él sólo cobra si trabaja), para acabar restándole seiscientos euros de gasto deducible y cargarle doscientos más de impuestos? Pero el funcionario, imperturbable, prosigue con su criba:

—Lo mismo le digo de todos estos gastos de gasolina. Usted me dice que son de viajes de trabajo, pero yo aquí no tengo manera de saberlo. Y estos tiques de aparcamiento, igual.

Entonces Juan intenta explicárselo otra vez, trata de hacerle entender en qué consiste su trabajo y cómo se gana la vida. Ya quisiera él poder quedarse en casa y no hablar con nadie, pero los servicios que presta le exigen interactuar con mucha gente, entre clientes, proveedores y otros profesionales: gente con la que está todo el día hablando por teléfono, o a la que a veces ha de ir a ver a su oficina, o con la que queda en el centro para reuniones o almuerzos de trabajo, y la manera más rápida, eficiente y económica de desplazarse, la que le permite multiplicar al máximo sus gestiones, es utilizar su propio vehículo y aparcarlo cerca de donde suceden las reuniones. Gracias a eso puede tener la actividad que tiene y facturar lo que factura.

No le sirve de nada. Tampoco llamar la atención al funcionario sobre la cantidad total que ha cargado como gasto deducible por uno y otro concepto, invitándole a evaluar si ese monto, y el porcentaje que representa sobre sus ingresos, no bastan para acreditar su razonabilidad, y para despejar la sospecha que le plantea.

—Hablando de comidas —aprovecha al vuelo el funcionario—. Aquí tiene usted doce facturas, la mayoría en su propio lugar de residencia, por un importe total de más de quinientos euros. Tampoco las considero justificadas. Si tiene que viajar, pase, pero en todo caso tendría que acreditarme qué gestión fue a hacer. Si no, ¿cómo sé yo que no estaba por ahí de vacaciones?

Juan no da crédito, son doce comidas en un año, la que más con tres comensales y 65 euros de importe. Tiene la conciencia tranquila, ninguna fue de recreo ni particular, pero ¿acaso ha de hacer que le firmen la factura los clientes, o adjuntar una fotografía en la que aparezca comiendo con ellos y el DNI de cada uno para poder demostrar que era un almuerzo de trabajo? ¿No vale con su palabra y con la moderación del gasto?

Y así, media hora más. Cuando sale de la administración, Juan se lleva la lista de todos los gastos derivados de su actividad profesional que la Agencia Tributaria, tras fiscalizárselos rigurosamente, no le permitirá deducirse. Calcula la liquidación, los intereses de demora, ¿habrá de sumarle una sanción?

Luego, en el telediario de la noche, se entera de que señores que se sentaban en el consejo de una entidad financiera luego rescatada llegaron a pulirse hasta 500.000 euros en gastos personales, incluidas retiradas de efectivo, sin tributar nunca por ello, y alguno dice que con la aquiescencia de Hacienda. Al menos, no es la Agencia Tributaria la que los ha pillado, y aunque ahora dicen que los investigarán, los ejercicios afectados en su mayoría han prescrito. Y de pronto

Juan lo entiende: para que esos señores se libren de pagar sus impuestos, y para rellenar el agujero que con su saqueo le hicieron a la entidad que administraban en su propio beneficio, los contribuyentes como él han de ser examinados y desplumados hasta el último céntimo.

El minero millonario

Imagina, si puedes, si quieres, si después de convivir con tu impresentable secreto quién sabe durante cuantos años te resta un ápice de empatía real hacia el prójimo, la cara de gilipollas que se nos queda a todos después de saber lo de tu millón y pico de dinero negro lavado en la amnistía fiscal de Montoro.

Imagina la cara de los que militaron durante décadas en el sindicato minero del que eras cabeza visible, los que cantaron a coro contigo *La Internacional*, los que te escucharon dar consignas, gritos y demás contra el capital opresor y a favor de los trabajadores oprimidos. Los que te creían cuando te anudabas el pañuelo rojo al cuello, cuando te ponías la camiseta roja, cuando los mirabas desde debajo de banderas también rojas, en un alarde de rojez total que, aparte de todas las modalidades textiles, desplegaste en pegatinas, pancartas, carteles; despertando en ellos el entusiasmo (la ilusión, el espejismo, la vil mentira) de que tenían un líder que se partía el pecho por ellos contra el enemigo y que anteponía sus derechos a todo lo demás.

Imagina la cara de todos los contribuyentes que sin parapetarse en banderas ni camisetas ni pañuelos rojos se pasaron por caja religiosamente año tras año, pagando unos impuestos que incluso estaban por encima de su capacidad económica: presumir que puede contribuir quien arrastra una hipoteca desproporcionada a sus ingresos, quien sólo percibe sueldo a ratos o quien acampa en las inmediaciones del salario mínimo, acaso sea mucho presumir. Pero no por eso quienes en tal circunstancia viven se ven exentos de aflojar la mosca, de sufrir retenciones o de encontrarse con el cargo correspondiente en todas y cada una de sus facturas, que apoquinan sin rechistar.

Imagina a todos los trabajadores públicos, no sólo a los que cotizan a tu sindicato, que veían en ti un defensor del Estado de bienestar y de la necesidad de mantener unas instituciones públicas fuertes que sirvieran de contrapeso a los intereses particulares, a la especulación puramente financiera, a la voracidad empresarial. Sí, si uno repasa tus discursos, eras muy partidario; pero el examen de tu situación tributaria, tan inoportunamente aflorada en este epílogo de tu vida, demuestra que lo eras con la maravillosa facilidad con que se defiende algo que va a expensas de otro, algo cuyo logro depende de un sacrificio que se espera de los demás y que a uno no va a alcanzarle.

Imagina a todos los trabajadores que han confiado su defensa a gente como tú, en la esperanza de que haya alguien que les sostenga el pulso a sus empleadores, en quienes anida la natural

propensión a regatearles los derechos, que para ellos son costes y mermas del beneficio después de impuestos. Imagina las sospechas que se abren paso en su mente, cuando el que asumía ese apostolado, ese servicio en apariencia penoso, se las ha arreglado simultáneamente para amasar una suma que sobrepasa la ganancia acumulada en muchas vidas de trabajo. ¿De dónde salió, quién lo puso, a cambio de qué? Seguramente tendrás ya una historia, pero piénsatela bien. No sólo porque ya van unas cuantas patrañas patrimoniales y la gente ha empezado a cabrearse con ellas, sino porque en alguien con tu perfil, esto huele todavía peor que en un banquero o un *Molt Honorable*.

Imagina, en fin, la cara que se le pone a uno cualquiera de esos contra los que arremetiste en huelgas y manifestaciones, uno cualquiera de los que tuvieron que tirar de escudo para protegerse de proyectiles o soportar que se los llamara perros y cosas aún peores en movilizaciones por ti impulsadas. Hay alguna foto en la que se te ve encarándote con uno y aullándole a un palmo.

Quién le iba a decir que a la vuelta de los años descubriría que estaba soportando los berridos de un millonario.

La batalla de Teresa

Conviene comenzar las historias por el principio. Cuando más alta era la carga del virus en el cuerpo del misionero, Teresa estaba allí. Recogiendo, limpiando, bregando con el cadáver. En toda guerra hay destinos y destinos. El de Teresa, asumido voluntariamente, era el peor de todos. Como los zapadores que se arrojan contra las alambradas para abrir camino antes del asalto. Como la primera oleada de desembarco, que pone pie en la playa cuando el peligro es máximo y menores las posibilidades de salir con bien. Como los paracaidistas que se tiran de noche tras las líneas enemigas. Un destino sólo apto para los valientes, para gente que sabe darse. Para una porción muy pequeña de la gente, cuando se trata además de darse voluntario.

Teresa apostó, se apostó, y salió dañada. Sobre el percance circulan las más diversas teorías, ninguna aún concluyente. Hubo quien quiso cargarle el muerto a la propia damnificada; es un expediente ventajoso, cuando la señalada por la culpa corre la peor suerte y termina no estando ahí para defenderse u ofrecer otra versión. Quizá quien lo hizo, o alguno de los que lo hicieron, en algún momento, calculó que ése sería el desenlace. Desde otros sectores se propuso una teoría alternativa: Teresa salió a jugársela sin la cobertura adecuada para la magnitud de la amenaza, igual que a veces algunos soldados, cuando se lanzan contra el enemigo, se encuentran con que el general, o alguien en algún lugar de la cadena de mando, erró en la preparación artillera y los de enfrente siguen tirando como diablos.

Se halle donde se halle la verdad, en cualquiera de los dos extremos o en algún punto intermedio, llegó para Teresa el momento más temido para cualquier soldado, en el que prueba su

temple y su valor: el de enfrentarse cara a cara con la muerte. Un trance en el que el soldado, cualquier ser humano en realidad, está a la postre solo. Un trance que demanda de uno toda la atención, toda la energía que atesora su cuerpo y su mente. Venturosamente, en este caso. Mientras se especulaba sobre ella y menudeaban habladurías, inoperancias y hasta bajezas de quienes se jactan de moverse en las alturas, Teresa, ajena a todo ello, hubo de concentrarse en la batalla, sin otro apoyo que sus propios recursos y otros soldados que como ella se arrimaban al toro y al virus para ayudarla a tener una oportunidad. Pero ante la ausencia de remedios contrastados, lo crucial era ella: esa mujer sola frente al enemigo letal, sus propias defensas, el vigor natural de su organismo, su propia capacidad de resistir y prevalecer.

Mientras fuera de la habitación aislada algunos que nunca pisan el frente se enredaban en florilegios verbales, que es lo que justifica y distrae a quien vive en la tediosa calma de la retaguardia, la verdadera batalla, la que merece ser recordada y contada, y en este caso, al menos, se recordará y se contará, era la que estaba dando sola esta mujer, con los dientes apretados y el aliento escaso, dejándose literalmente el pellejo en ella. Son muchos, a lo largo de la Historia, los soldados que aguantaron a pie firme lo inaguantable y no tuvieron jamás quien reparara en ello y propusiera sus nombres para tener en el relato de lo acontecido un espacio, como el que generosamente suelen usufructuar los generales desde sus resguardadas salas de mapas. A ella, en cambio, va a ser imposible omitirla. Y ahora, que por primera vez los análisis revelan que el virus puede haber perdido la batalla, se pone cuesta arriba eso de despacharla sin más, en el mismo lote, como víctima y causante de su propio infortunio.

Cuando los soldados de primera línea que sobreviven al combate vuelven a casa, se encuentran con lo que desde allí no supieron. Y a menudo, al conocerlo, sienten vergüenza y decepción. Quizá llegue a sentir las Teresa, pero también le toca el orgullo de haber dado la cara, de poder enfrentarle la mirada a cualquiera y, sobre todo, a aquellos que osaron usarla como parapeto.

Nicolás, autorretratista

Los más dados al anglicismo lo llaman *selfie*, pero de toda la vida de Dios eso de representarse en imagen a uno mismo viene siendo autorretratarse. Y como otros muchos conceptos ligados a la experiencia humana, resulta profundamente paradójico, porque lo que a menudo cuenta del autorretrato es aquello que excede la identidad del autorretratado: lo que se ve al fondo, como el color del cielo sobre la cabeza, el monumento o el paisaje o, en los más de los casos, quién acompaña al artista.

En la mayoría de las personas, y más desde la aparición de los llamados teléfonos inteligentes, capaces de fotografiar y retransmitir la imagen al instante, el autorretrato es una manía improductiva y hasta peligrosa, como pueden atestiguar ya unos cuantos barrancos y acantilados.

Sin embargo, en manos de Nicolás, nuestro Nicolás, el tenaz y revelador niño de nuestro cuento, el autorretrato ha llegado a elevarse a la categoría de arte más que rentable, hasta convertirse en constitutivo de una posición en la vida y en testimonio de un tiempo, un lugar y, para qué engañarnos, un inmenso disparate.

Fue tan sencillo como ir buscando personajes poderosos, asaltarlos en un momento de debilidad, vanidad o inadvertencia (tan numerosos, mucho más de lo que se cree, en los grandes hombres) e inmortalizarse junto a ellos. Un autorretrato llevó a otro, escalando siempre peldaños en la pirámide social. Pronto, muy pronto, Nicolás tuvo en su Facebook una colección lo bastante nutrida como para poder exhibirle a casi cualquiera, o al menos a casi cualquiera de quienes le interesaban, una pose favorecedora junto a alguien situado por encima del nivel que ocupaba en la jerarquía social, política o institucional quien veía la foto. Logrado ese efecto, sólo se trataba de aplicarse a conseguir aquello que el sujeto en cuestión pudiera procurarle.

Dinero, contactos, mansiones desocupadas, reservados de clubes selectos, incluso coches policiales camuflados para que le sirvieran al pequeño Nicolás de escolta y le proporcionaran el empaque que su carita de niño recién salido de una teleserie del Disney Channel hacía tan improbable. Con el desparpajo ya muy crecido, Nicolás se ganó de veras la confianza de algunos de sus compañeros de autorretrato, a quienes les ofreció y al cabo les hizo pequeñas gestiones tan útiles (para él) como actualizarles a los prohombres analfabetos tecnológicos las aplicaciones o el sistema operativo del iPhone, inexorablemente de última generación, que gracias al contribuyente o al consumidor llevaban entre los dedos; coyuntura favorable para vaciarles la agenda de contactos y acceder a los números más inaccesibles.

Dicen que así llegó a llamarle al móvil al jefe del Estado, con cuyo sucesor logró ser retratado con motivo de la coronación a la que no asistieron miles de personas más relevantes que él, y si le hubieran dado un poco más de tiempo (o, por decirlo todo, si no se le hubiera ido la pinza por culpa de la facilidad con que se las arreglaba para que sucedieran cosas insólitas e impensables), a saber junto a quién habría podido llegar a figurar, y en las proximidades de qué alturas celestes se habría proclamado ante cuántos incautos. Sin embargo, algo le faltaba, quizá el amor de su princesa, que respondía por culpa de la maldad y la simpleza humanas a un apelativo de dudoso gusto, la Pechotes, y que le concedía desde niño su simpatía, pero no aquello que el pequeño Nicolás, añorado y todo, más anhelaba.

Tal vez fue eso lo que le llevó a aumentar riesgos y, según cuentan, a verse forzado a devolver un dinero estafado bajo la conminación de la pistola del primo, hasta que llegó el final de la escapada y la policía le echó el guante y le cortó el rollo. Con todo, el cuento de Nicolás, versión española del siglo XXI de *El traje nuevo del emperador*, tiene su mérito. Porque aquí el niño, en vez de gritarla al punto como el de la versión original, calló la desnudez moral del sistema para aprovecharla en beneficio propio, interpretando con astucia lo que daba de sí un país donde ir de parte de fulano permite atajar caminos, gozar de privilegios y saltarse leyes. Con eso, y sus impagables autorretratos, dejó en pelota picada a muchos de los que le acompañan en esa galería,

por los siglos de los siglos, y que gracias a su mano para elegirlos se autorretrataron, a su vez, como partícipes de una mascarada burda y patética, a la que urge ir poniéndole fin.

Los cazachorizos

Tengo una mala noticia para ti. Quizá andes con la mosca tras la oreja después de ver desfilar hacia el juzgado a media docena de alcaldes, un enjambre de asesores y varios presuntos conseguidores y pagadores de mordidas. Quizá te haya asaltado alguna inquietud mientras veías las noticias y te acordabas de tus propios enjuagues, tus propios dineros ocultos en Suiza o en otros zulos financieros; de todas tus conversaciones, todas las comunicaciones donde tal vez no fuiste tan discreto como habrías debido ser. La mala noticia que te traigo es que, en efecto, tienes algún motivo para sentirte intranquilo. Ignoro las alturas desde las que maniobraste en perjuicio del desprevenido contribuyente, las agarraderas con que cuentas, tus ases en la manga. Y, sin embargo, puede que nada de eso vaya a librarte.

Algo ha cambiado, en estos años. Para empezar, a los suizos los convencieron los yanquis de no ser tan herméticos, sobre todo cuando hay sospechas de blanqueo, que lo mismo puede ser dinero de un narco, de un traficante de personas o de un barbudo que financia atentados con cualquiera de esas u otras actividades delictivas. Ahora los suizos, si el dinero lo ven demasiado negro, cantan y te dejan a los pies de los caballos. Que se lo pregunten a Luis, vecino de Soto del Real, o a Paco, recién alojado en Estremera. Y es que hay otra novedad: cuando llega el soplo, la maquinaria que antes funcionaba a medias, o incluso se gripaba con gente como tú, ahora se pone en marcha: cada vez hay más jueces que agarran el toro, se lo echan a la cara y cuando quieres darte cuenta tienes a los de verde llamando a la puerta de casa para llevarte a reflexionar durante 72 horas a los mismos calabozos infectos donde encierran a los quinquis.

Hacia falta que esos jueces dieran un paso al frente y se atrevieran, pero he aquí que en estos momentos en que tú y los tuyos cada vez pesáis menos, y pesa más el cabreo del personal por vuestros desmanes, los togados lo tienen más fácil para enfilaros: a fin de cuentas, no dejan de atenerse a la norma que dice que las leyes han de interpretarse con arreglo a la realidad social del tiempo en que han de ser aplicadas. Una realidad que ha decretado que sobráis, que debéis ser acorralados y hasta fumigados, para que todos los demás podamos seguir adelante.

También hace falta que haya gente con oficio y afán de perseguiros entre quienes han de ser los ojos, los oídos y los brazos de esos jueces, o lo que es lo mismo: los policías. Y también aquí os ha dejado de sonreír la suerte. Antes faltaban medios y cualificación, de eso habéis vivido todos estos años, pero ahora hay un buen puñado de gente joven y con ganas que además sabe de lo que se trae entre manos. Se ha puesto muy caro ser guardia civil, y los chavales que lo logran, muchos de ellos con carreras que no pueden ejercer fuera (salvo emigrando o pasando por las horcas del

contrato basura), están encantados de utilizar sus conocimientos jurídicos y financieros para desmontar vuestros tinglados. Los dirige gente que os tiene calados, después de levantaros unas cuantas porquerías, y que es capaz de orientarlos para que no se pierdan en abstracciones y acierten a conseguir pruebas concretas con las que ponerlos ante un tribunal.

A partir de ahora, cuando apoyes la cabeza en la almohada, piensa en estos cazachorizos: en un chico o una chica de poco más o poco menos de treinta años, que echa las horas que haga falta, que tal vez tenga ya en su ordenador el rastro de tus mierdas, y que se aplica a desentrañarlas con la pasión que le produce destapar fechorías. Más aún cuando siente que representa a los muchos conciudadanos, miles de su propia generación, a los que vuestros sucios manejos han enviado a la cuneta.

Quizá no te atrape nunca, porque sois demasiados, porque no les llega información de todo y porque tal vez alguien, inquieto por lo que está pasando, manobre para que no tengan todas las herramientas y su trabajo no dé todo el fruto que podría. Pero están ahí, buscándote, y si dan contigo y un juez les respalda, ya has visto lo que te espera. Con que eso sirva para que en adelante tú y los de tu especie andéis un poco menos sueltos, los cazachorizos ya nos habrán prestado un enorme servicio.

Esquivando las urnas

No deja de tener su aquel que dos señores a los que en este momento no les conviene exponerse a unas urnas de verdad, de las de metacrilato, con censo y recuento fetén y resultado vinculante, se enfrenten a cuenta de unas urnas de cartón listas para ser llenadas por un censo de afectos a la causa, y cuyos votos contará un ejército de voluntarios que sólo están dispuestos a certificar un resultado preestablecido y determinado desde el origen de los tiempos por el alma de un pueblo, el mandato de una tierra y otros imperativos categóricos e irrefutables.

Esa es la cuestión. Tanto al *president* que desafía como al presidente desafiado les vendría pésimamente someterse al veredicto fiable y contrastable de un cuerpo electoral que, según demasiados sondeos ya, y por razones diversas, les ha vuelto la espalda. Bien es cierto que ambos tienen vigente un contrato con los electores que aún no ha expirado y que les permite eludir por el momento la cita con las urnas. Sin embargo, tanto uno como otro se ven presos de unas circunstancias que hacen cada día más necesario el pronunciamiento de la ciudadanía.

Sería tan higiénico. En el territorio donde hoy se colocan con dudosa legalidad y más que probable desobediencia a los tribunales unas urnas de cartón, proceder en cambio al despliegue incontestable de las urnas buenas; las que ese *president* que se ha escondido tras las ambigüedades y los voluntarios de un simulacro participativo tiene en sus manos la potestad de

poner en los colegios sin que ninguna autoridad y ningún juez puedan impedirselo, echando mano de sus atribuciones nítidamente otorgadas por la legislación vigente.

Y lo mismo en el ámbito de decisión del presidente que se aferra a su mandato y que frente a las fintas del *president* se limita a poner en danza a los jueces, la fiscalía y en última instancia los policías. En vez de tanto fárrago de recursos e impugnaciones, amarrándose como timonel bajo la galerna al mástil de una mayoría absoluta con fecha de caducidad y una constitución que los tiempos piden a gritos reescribir bajo nuevos parámetros, poner sobre la mesa una oferta inteligente y valiente, también sobre el futuro del pueblo convocado hoy a una consulta de cartón, y someterla francamente a los ciudadanos. Y que éstos decidan, y callen ante su voz al fin expresada en voto válido los intérpretes, siempre interesados, de su silencio.

Sería tan higiénico, tan clarificador, que es de temer que no pasará; al menos no mientras los dos emplazados por la situación irrespirable de la que ambos son copartícipes puedan demorarlo. Uno insistirá en exigir como condición para convocar elecciones que se le regale en los pasillos de las negociaciones previas el liderazgo que sabe que nunca le darían las urnas. El otro, aterrado por lo que los periódicos ponen día sí y día también sobre su mesa de desayuno (y ahora ya en inglés, para colmo de males), se resistirá hasta el último minuto a someterse al juicio de los ciudadanos, a los que, con ayuda del olvido, el miedo y alguna prestidigitación estadística y macroeconómica, intentará convencer de que le salven los muebles para seguir dejando que el asunto se pudra durante cuatro años más.

Ni uno ni otro parecen haberse enterado de todo lo que se consume (y se consuma) mientras ambos se aplican a ganar tiempo para sus respectivas hojas de servicio como presuntos estadistas. O eso, o son dos visionarios cuya lucidez y perspicacia sobrepasa en mucho a las de sus contemporáneos, que no pueden sino lamentar como estropicio lo que ellos parecen en cambio interpretar como una magna obra por la que la posteridad habrá de honrar su memoria.

Ellos sabrán. Cada día que pasa, resulta más difícil de creer que la Historia vaya a mostrarse piadosa con dos líderes que, en un trance tan decisivo, optaron por esquivar las urnas.

A por ella

El delito que ha cometido es el más imperdonable. Mostrar tibieza individual en trance de exaltación colectiva. Lo que de ella se esperaba era que, convocada por los tambores y timbales de la tribu, se precipitara a prestar su consentimiento a cuanto le fuera requerido en aras de la causa superior. En su caso, y para que su falta resulte más execrable, tampoco se le pidió tanto. Sólo tenía que entregar las llaves de las que es depositaria, y que abren la puerta de algo que no le pertenece. Algo que, al fin y al cabo, es propiedad de todos: un centro de enseñanza.

El problema, y lo que la ha arrojado a la reprobación pública, está en la manera en que se

entiende esa propiedad del común. Mientras que los arrebatados por el sentimiento imperante dan por sentado que cualquier propiedad comunitaria les pertenece y debe ser puesta a su disposición, en su condición de representantes naturales del espíritu del pueblo (tan inasible como incuestionable), la mujer réproba tiene una idea diferente. Como directora del centro y funcionaria pública, considera que no debe someterse a fuerzas esotéricas ni a sus representantes, por más que hayan llegado a instalarse, incluso, entre quienes administran a la sazón el poder institucional en su país.

Y es que he aquí que la desleal funcionaria (desleal al espíritu del pueblo, se entiende) tiene la desfachatez de creer que, a la hora de permitir el uso de esa propiedad que no es suya, sino de todos, a lo que debe atenerse es a las órdenes cursadas por conducto reglamentario, de acuerdo con las leyes vigentes y las decisiones de los jueces que las aplican. Prefiere entender que es por ese cauce, y no por la vía alternativa de las manifestaciones callejeras, los caudillajes autoproclamados y otras exhibiciones pasionales, como viene a pronunciarse la voluntad popular en un Estado de derecho.

Por eso, en lugar de plégarse a las instrucciones verbales que recibe por teléfono de su superior, le solicita que le curse una orden por escrito, y le hace saber que en ausencia de tal orden, y siendo su criterio que la entrega de las llaves para una consulta informal a la población no tiene nada que ver con el servicio público que presta el centro, se niega a darlas. Su superior le insiste en el requerimiento, y pone en ello toda la convicción que el caso demanda, pero no lleva dicha convicción hasta el extremo de redactar un oficio, firmarlo y enviárselo, así sea por fax o email. Lo que quiere decir que su compromiso con lo que le ordena es máximo; es decir, el máximo hasta el que pueda llegar sin incurrir en ninguna responsabilidad y descargarla toda sobre los hombros de la funcionaria a la que requiere.

Como consecuencia, la directora persiste en su negativa y el día de autos el centro no se abre ni está disponible para la consulta informal. Ante la molestia que eso les supone, los airados partidarios del pronunciamiento independentista empiezan a difundir el hecho en las redes sociales. Primero es el nombre del centro, pero, por si eso no resultara suficiente, la culpable de semejante delito de lesa nación no tarda en ser señalada con nombre y apellidos. Con esa facilidad que tienen las redes para hacer circular el vitriolo y la bilis, comienzan a menudear contra ella los denuestos y las amenazas. A por ella. Sólo una indeseable ha podido hacer esa elección: entre dejarse llevar por el afán impostergable del pueblo y atenerse a los límites que las leyes le imponen como funcionaria, dar prioridad a los segundos.

Nuestra protagonista no se arredra por ello, y a los mensajes insultantes que acaban llegando a su buzón de correo (difundido por a saber quién) contesta puntual y educadamente, haciendo ver a sus injuriadores que se ha limitado a cumplir con su deber, de un modo que nadie ha tenido el coraje de corregirle por escrito. Algunos recapacitan; otros, los más, ya la han sentenciado y les da igual.

Lo llaman triunfo, fiesta de la democracia.

El rejón

Lo malo de la pureza es que no cabe tenerla parcialmente, ni es bajo ninguna circunstancia un valor negociable. Uno es puro o no lo es, no cabe serlo a medias. Y uno acredita la pureza con sus hechos o no cabe luego argucia que lo subsane.

Los hechos son, en este caso, el acceso a una beca que asciende a la bonita cifra de 1.825 euros al mes. Para entendernos y situarnos: tres veces el importe bajo el que según recientes estadísticas se sitúa el salario de un tercio de los españoles que tienen empleo. A cambio, se exigen unos trabajos de investigación universitaria para los que se estipula una dedicación de 40 horas semanales, y para garantizar esta y velar por la correcta asignación del dinero público que financia la beca, se establece un régimen de incompatibilidades que remite al vigente para los empleados al servicio de las administraciones públicas. En resumen: imposibilidad de realizar trabajos privados remunerados que incidan en el mismo ámbito que los retribuidos por los fondos públicos en cuestión, y posibilidad de desarrollar los que no estén en ese supuesto, siempre previa declaración de compatibilidad. Lo primero es discutible en cada caso, a la luz de sus circunstancias. Lo segundo, no. Si uno cobra por algo y no cuenta con la previa declaración de compatibilidad, está saltándose las reglas.

Esa es la razón por la que aquellos que no quieren esconder nada rechazan a veces percibir sueldos públicos, en la medida en que les impide o dificulta su actividad privada previa, a la que por la razón que sea no están en disposición de renunciar.

Los hechos son, también, que la beca se percibe mediando los buenos oficios de un correligionario del becario. No es ilícito, en principio, pero hace planear la sombra de la pertenencia a una cofradía política como mérito para acceder a un beneficio sufragado por el contribuyente. Nada que no suceda una y otra vez, pero volvamos al principio: estábamos en los dominios de la pureza, de quienes eran diferentes de lo que hasta aquí hubo. Y otro hecho es que durante los meses en que percibe la beca, el becario, además de algunas actividades remuneradas, se dedica con intensidad públicamente notoria a una empresa tan absorbente como ajena al objeto de su investigación: nada menos que promover y fundar un nuevo partido político.

Así las cosas, y puestos como la ley prescribe a presumir siempre la buena fe y la inocencia, hay que esperar que el becario pueda acreditar que obtuvo esa previa declaración de compatibilidad, en tiempo y forma y a cargo de la autoridad universitaria competente (no le valdría, por ejemplo, la dispensa informal de su compañero de partido). No menos le incumbe demostrar que cumplió con su tarea, por la que mensualmente se le gratificaba con una largueza que muchos funcionarios por oposición desconocen.

En tanto se demoren o se omitan esas justificaciones, se abrirá inevitablemente paso entre la ciudadanía la sospecha de que ese dinero cargado al contribuyente no representaba unos honorarios percibidos en buena lid, sino, y dicho en términos castizos, el rejón (presunto) que

alguien le clavó al erario público valiéndose de su titulación y de una amistad providencial. O lo que es lo mismo, lo que tantos desaprensivos, cuya denuncia ha servido de legítimo banderín de enganche para incrementar el peso en las urnas del partido al que el becario pertenece, han hecho durante décadas. Lo que conduce de nuevo a la pregunta: ¿esta era la pureza prometida?

Con los apuros del becario, a cuenta de este inoportuno asunto, se frotan las manos los amenazados por la nueva fuerza política. Ahora bien, tampoco pueden venirse muy arriba, porque en cualquiera de sus armarios hay basura a espuestas, y no será con una irregularidad, modesta al fin y al cabo, como la desactiven. Entretanto, el interesado afronta su dilema: a falta de otra salida, ¿puede recurrir a excusas propias de viejos políticos? El dilema, ya se sabe, sólo suele admitir una respuesta válida.

El regalo de mamá

Interpelada a justificar por qué fue sorprendida junto a su hermana con más de 20.000 euros en efectivo cruzando una frontera, la interesada, que ocupa un puesto de responsabilidad pública, se descuelga con esta explicación, que asume que cualquiera entenderá: era un dinero regalado por su madre, que tiene «residencia oficial» [*sic*] en el país pirenaico del que salía cuando fue interceptada.

Que el país en cuestión, debido a su baja imposición, tenga el carácter de paraíso fiscal, o que en él se hayan ocultado desde hace décadas ingresos al erario al que está obligada a cotizar la responsable pública en cuestión (y que, dicho sea de paso, le abona mensualmente su sueldo), no son argumentos por los que quepa sin más recelar de la limpieza con que se obtuvo y se donó, según su propia versión, la suma controvertida. A eso hay que añadir el hecho de que nuestra protagonista, como puntualiza en su alegato, se declaró portadora de tan sólo 9.500 euros, lo que la sitúa, individualmente, por debajo del umbral fijado para que el acarreo monetario hubiera supuesto una infracción, y que se encuentra en 10.000 euros.

Ahora bien, siendo todo eso cierto, quien ofrece estas excusas en la carta con la que presenta su renuncia, a fin de tratar de convencer a quienes la leen de que está siendo objeto de una cacería, y de que son las personas malévolas que la promueven quienes la empujan a abandonar el cargo, para no verse expuesta en su ejercicio a presiones perniciosas para su actuación y para la institución a la que pertenece, bien podría preguntarse si no hay nada en lo conocido que objetivamente ponga en entredicho su idoneidad para dedicarse a lo que se dedica, nada menos que gobernar el poder del Estado constituido por quienes se dedican diariamente a juzgar a los demás.

Y es que el hecho de que la madre tenga «oficialmente» fijada su residencia en un país tan ventajoso a efectos de pagar impuestos, sin ser ilegal ni en sí mismo determinante de ninguna

irregularidad, tampoco invita a no hacerse ninguna pregunta acerca del concepto, origen o destino de los euros que con tanta largueza distribuye entre sus descendientes, y que son bastantes más de la propina que podría considerarse conforme al uso habitual. Por otra parte, y asumiendo que en efecto se trataba del donativo que la beneficiaria expresa, cabe preguntarse qué impedimento había para que ella y su hermana, en vez de asumir la arriesgada condición de transportistas de dinero en efectivo (que en el caso de la hermana además se sumaba, por razón de la cuantía, a la de infractora de la normativa aplicable al caso), sugirieran a su progenitora que acudiera a su banco y ordenara una transferencia a las cuentas bancarias respectivas de ambas en su país, cuyas entidades financieras están perfectamente conectadas con las de aquel donde reside la donante.

¿Qué razones podían hacer aconsejable que la generosa madre asumiera el riesgo de sacar todos esos billetes de su banco, y cargara a sus hijas con el de transportarlos cruzando el control policial en el que finalmente fueron sorprendidas? ¿Qué inconveniente causaba la transferencia, o puesto de otro modo, qué ventajas aportaba el traslado de dinero? ¿Qué consideración llevó a una persona con un cargo expuesto por su naturaleza a un escrutinio riguroso a asumir un comportamiento tan poco común y tan incómodo de explicar?

Esas, le guste o no, son las preguntas que se hacen todos los ciudadanos de a pie, paganos de su sueldo, acerca del hecho que ha motivado su caída. Esas, le guste o no, son las que nadie puede entender que ella no se haga y que, a fuerza de no hacérselas, se presente a sí misma como una víctima ultrajada. De esa incomprensión recíproca están hechos los lodos en que naufraga el sistema. Y no se vislumbra el momento en que se resuelva.

Ciudadanos de segunda

El ciudadano B trabaja en la industria cultural. Pónganle el oficio que prefieran: músico, actor, electricista o iluminador de cine o teatro, escenógrafo, realizador, guionista, fotógrafo, editor, impresor, librero, corrector de pruebas, escritor. Desde hace años asiste, impotente, al saqueo impune del fruto de su esfuerzo. Lo de menos es que la gente lo copie sin permiso: hasta cierto punto esa práctica, inevitable, forma parte del riesgo inherente a la producción cultural desde que todo puede digitalizarse. Lo sangrante es que haya sujetos que han montado verdaderos emporios, portales con miles de visitas que reportan jugosos beneficios vía publicidad, vinculándolos a servicios de telefonía o por pago por tráfico, sobre la única base de la copia y distribución no autorizadas de contenidos culturales ajenos. Competidores imbatibles, que arrasan el mercado en el que antes el ciudadano B y otros como él obtenían la remuneración a su trabajo.

Frente a este expolio, el ciudadano B y sus semejantes están completamente inermes, hasta la fecha. Salvo en ciertos casos que casi son de laboratorio, no puede recabar, por ejemplo, la protección de la policía. De hecho, si al ciudadano B o a alguno como él se le ocurre protestar en

público por el perjuicio que sufre, no faltará quien reclame su derecho a disfrutar inmediata y gratuitamente, sin más, de lo que el ciudadano B haya producido la tarde anterior. Acceso a la cultura, lo llaman, y es un superderecho fundamental que en la práctica arrolla como un bulldózer los derechos que el ciudadano B pueda tener sobre los resultados de su trabajo, protegidos por una ley que no pasa de ser una declaración de intenciones sin valor efectivo.

No está de más apuntar que el ciudadano B cotiza a la Seguridad Social y paga puntualmente sus impuestos. Al producto que genera se le aplica hasta un 21 por ciento de IVA. A las rentas que pese a todo es capaz de obtener, un IRPF de hasta el 56 por ciento.

El ciudadano B observa, con envidia creciente, el muy distinto trato que recibe otra industria, seguramente por tener mayores merecimientos que aquella para la que él trabaja. Es una industria cuyos derechos y retribuciones nadie discute, aunque no son por cierto modestos. Los usuarios abonan a tocateja lo que les piden, que no es por cierto poco, y no hay nadie que reclame un derecho fundamental a acceder gratis al espectáculo regentado por dicha industria.

En los últimos tiempos, por otra parte, se ha puesto de manifiesto el grave peligro que tal espectáculo crea, como consecuencia de la naturaleza violenta de no pocos de sus seguidores. Para conjurarlo, esta otra industria, pese a que bien podría asumir ese coste generado por ella misma, y hacerle frente con servicios privados de seguridad, sí dispone de acceso casi ilimitado a los servicios de las fuerzas policiales. De hecho, esta semana, después de una riña tumultuaria donde uno de esos violentos murió a manos de agresores fanáticos de un equipo rival, se ha redoblado el contingente policial destinado a proteger sus estadios, incluso los aeropuertos adonde llegan sus trabajadores estelares. El ciudadano B no puede dejar de anotar la paradoja: mientras a los suyos nadie les defiende del destrozo que diariamente les causan unos intrusos, a éstos se les proporciona blindaje policial frente al mal por ellos mismos alentado y consentido, al haber dado a los violentos toda clase ventajas y trato de favor.

Para mayor escarnio, y según informaciones que son del dominio público, esta industria dista mucho de estar al corriente de sus obligaciones tributarias y frente a la Seguridad Social. Y en cuanto al IRPF de sus trabajadores, los hay con sueldos millonarios (mucho más altos que el más alto que pueda cobrar alguien por un trabajo de creación) que sólo pagan el 25 por ciento.

Pero esto a nadie escandaliza, nadie cree que exista en ello la menor injusticia. Eso sí, por primera vez la policía ha actuado contra uno de esos emporios de explotación lucrativa de creaciones ajenas, y las redes arden con gente que se enfurece por ello.

El ciudadano B, si lo dudaba, ya sabe por qué le hemos llamado B: en el país donde vive, es un ciudadano de segunda.

Historias del pasado

Al cabo de tres años (o veinte, según se mire), ha demostrado que lo de resumir asuntos en una expresión que le convenga no es lo suyo. Llamar «hilillos de plastilina» a un trágico vertido de fuel en el Atlántico, «alguna cosa» a una multitud de evidencias de comportamientos políticamente indeseables o «un lío» a cualquier problema que exceda su apetencia de análisis o negociación, son sólo algunos de sus más célebres hallazgos verbales. Faltaba, sin embargo, que encontrara una forma de conjurar su gran caballo de batalla, la crisis económica que ha marcado su mandato. Y ha dado con ella: «ya es historia del pasado».

Los que le esperan con la navaja afilada se han lanzado a degüello. Pleonasma, es la crítica más inmediata, en tanto que lo histórico siempre remite a tiempos pretéritos. Insulto, le afean los más, a los millones de españoles para los que hacer cábalas para llegar no a final del mes, sino al final del día, sigue siendo la moneda corriente, sabiendo que hay otros, los que partían de mejor posición cuando empezaron los mandobles de la política económica dirigida por el autor de la frase, a quienes estos tres años han fortalecido en su solvencia y su fortuna. Es lo que tiende a suceder cuando lo recortas y devalúas todo, incluida la gente: que a quienes tienen protección frente a la cuchilla luego les cunde más lo que tienen. El resultado, bien presente: campeones mundiales en el crecimiento de la desigualdad.

Esta segunda objeción es tan amarga como ardua de repeler, pero la primera quizá deba revisarse. Porque la historia, en el sentido de recuento formal a posteriori de lo sucedido, siempre remite al pasado, pero en el sentido más común de simple relato de algo, admite su continuidad en el presente. En esta segunda acepción, hay historias concluidas (la guerra de Troya, verbigracia) e historias todavía en curso cuando nuestro hombre pronuncia su frase (la Liga 2014-2015). Tomada en este segundo sentido, no es siempre redundante confinar en el pasado una historia, es justamente subrayar su conclusión.

Lo malo (esto es lo funesto de las frases de este hombre, que siempre admiten, incluso cuando uno se empeña en salvarlas, una lectura en su contra) es que sin darse cuenta ha acuñado una fórmula para referirse a lo contrario de lo que pretendía decir: esto es, a todo lo que perdura más allá de su momento, a todo lo que desde el pasado nos incomoda en el presente y nos hace anhelar un cambio, una catarsis y a algunos, cada vez más, lo que sea que rompa la fastidiosa persistencia de algunas cosas.

La misma semana en que suelta su perla resulta pródiga en «historias del pasado». Lo son esas torturas de la CIA desveladas por un comité del Senado sobre las que Barack Obama quiere correr la cortina e invita a sus compatriotas a dejar atrás. Lo son esos cientos de miles de euros (más de un millón, de hecho) que alguien cobró de un ayuntamiento donde se sentaban su padre y su hermana, ahora tambaleante candidata a una presidencia, que bracea como puede para exculparse en el *prime time* televisivo del sábado. Lo es, compitiendo con ella en ese mismo *prime time*, aquello que hizo famosa a la chica de denigrante apodo cuya entrevista sirve para recordar las pasmosas andanzas de un locuaz seguidor veinteañero. Lo son los manejos que en el primer partido de la oposición parlamentaria socavan el terreno bajo los pies del nuevo líder,

al que tiene cada día más notoriamente enfilado una lideresa alternativa cuyos máximos merecimientos están ligados a la vieja guardia de la formación.

Y lo es, cada vez más, el autor de la frase, tozudamente aferrado a una Constitución que exhibe como garante y propiciadora de progreso, libertades y derechos, que lo ha sido y lo es, pero que a la vez también, y así la perciben cada vez más ciudadanos, perpetúa ineficiencias, rigideces y blindajes para él y los suyos. Ser o no ser una «historia del pasado», he ahí el dilema. Y le empieza a acuciar.

Jinetes en el cielo

Seguramente, no todo lo hizo bien. Al ciudadano al que ahora le sorprende su partida le vienen a la memoria todas las discusiones en que se vio envuelto, por decir que le parecía un fiscal general diferente de los anteriores, mejor. Unos le echaban en cara que no le hubiera picado espuelas al fiscal balear para que disparase a matar contra la hija del rey. Otros se oponían señalándolo como el sicario del gobierno que se querelló contra esos apóstoles del *dret a decidir* que desde despachos de la Generalitat habían cooperado con una consulta suspendida por un tribunal (competente para ello, por lo demás).

En algo erraría, no hay humano que no yerre, pero no le parece al ciudadano que ya empieza a echarle de menos que ninguna de esas dos actuaciones fueran indignas ni prevaricadoras. El fiscal que decidió no acusar a una infanta sí le ha metido mano a su patrimonio, pide veinte años de trullo para su marido (en esto, no parece muy inclinado a contentarla), muestra en todo momento una convicción propia y razona profusamente sus decisiones. Que al ciudadano, como a otros miles, no le parezcan acertadas, y desee mayor ejemplaridad y la exigencia de una más rigurosa responsabilidad a quien se lucró con manejos basados en su posición en la línea sucesoria a la Corona, no quiere decir que el fiscal general tenga el deber de corregir a su subordinado, so pena de ser considerado cortesano o ineficaz.

Tampoco es necesariamente un baldón, ni cabe explicarlo sólo como la obediencia perruna del fiscal general al gobierno que lo ungió, el hecho de que, tras meditarla y debatirla en el Consejo Fiscal, decida presentar una querrela contra quienes, desde las instituciones y la máxima representación del Estado en una comunidad autónoma, hicieron oídos sordos a una decisión judicial emanada de los tribunales de ese Estado y allegaron a su celebración el dinero público que falta para pagar medicinas y servicios sociales perentorios a los ciudadanos. Cabrá cuestionar que haya una desobediencia, con arreglo al criterio que cada cual elija respecto de lo específica que debe ser la prohibición judicial de algo para entenderse penalmente relevante el acto de ignorarla; pero que siquiera fuera en el terreno de los indicios podría darse una malversación punible parece difícil de rebatir. Que en el trasfondo haya, innegablemente, una cuestión política,

es asunto que a los políticos incumbe, no a un fiscal general cuya actuación está sometida al principio de legalidad.

Olvidan muchos de los que le criticaron, aunque los rumores desatados con su dimisión vendrán a refrescárselo, que este fiscal general supuestamente al servicio del gobierno ha respaldado una y otra vez a los fiscales que bajo su dirección procedían contra miembros del partido a la sazón en el ejecutivo. Altos cargos de esa fuerza política, antiguos y presentes parlamentarios, personas que han ostentado presidencias autonómicas, y como colofón, una partida de concejales y alcaldes de una de las *joyas de la corona*, la Comunidad de Madrid. Todos ellos han caído, imputados y alguno incluso encarcelado, porque ha cargado contra ellos un fiscal anticorrupción, sin que jamás lo desautorizara su jefe. Antes al contrario: se ocupó de reforzar esa fiscalía especializada y reclamó una y otra vez reformas en las leyes penales y procesales para poder proceder con mayor celeridad y contundencia contra los amigos de meter la mano en la caja de todos. Llegó a decir en las Cortes, ante sus señorías, que lo que había actualmente parecía más bien estar encaminado a encubrir y a la postre absolver a los corruptos que a darles su merecido.

Los años matan las ingenuidades, y alimentan las suspicacias. Nuestro ciudadano ya tiene unos cuantos, y teme que sea este celo indeseado lo que haya devuelto al exfiscal general al sitio del que vino, para seguir contando, desengañado, jinetes en el cielo.

El club del chándal

Por comodidad y mimetismo, es el atuendo carcelario por excelencia. En este año que apura sus últimas jornadas se lo han enfundado personas que nunca habríamos creído que llegaran a formar parte de la población reclusa. Algunos que se han resistido con uñas y dientes, dejando incluso a varios jueces de instrucción por el camino, finalmente han tenido que rendirse a la evidencia y sustituir la ropa hecha a medida por esa indumentaria igualadora, que se lleva por delante todo el empaque del prohombre, por muy bien constituido que esté, y todo el *glamour* de la diva, por incomparables que sean su fama y su gloria.

Una vez que les ha sucedido, a juzgar por las imágenes furtivas que de ellos tenemos, o por los testimonios que nos llegan desde dentro de la prisión, se amoldan relativamente pronto a la novedad y se acompañan a las rutinas penitenciarias, que no hay mejor manera de pasar el tiempo largo y sin objeto que pautarlo de algún modo, y en ese empeño toda ayuda es bienvenida. Los que conservan alguna influencia, que son todos los que no han caído en desgracia absoluta por arremeter contra quienes antaño fueron los suyos (para entendernos, un tal Luis), se afanan en obtener ventajillas buscándole los resquicios al reglamento. Permisos, terceros grados, etcétera.

Pero la vigilancia sobre ellos es estrecha, todo se sabe, y no tardan en verse devueltos a la celda y a los días inútiles en chándal y deportivas.

No es de buena crianza alegrarse del mal de nadie, ni siquiera el de aquellos a quienes la justicia, otorgándoles todas las garantías para su defensa (y en muchos casos, alguna más), ha sentenciado como convictos de delitos contra sus conciudadanos. Nada hay pues que celebrar, pero tampoco cabe ignorar que muchos, empezando por las innumerables víctimas de la debacle a la que estas personas contribuyeron, administrando deslealmente los caudales públicos o impagando sus impuestos, necesitaban algo que viniera a redimirlos de la sensación de que sólo el pringado que la hace la paga, y a darles alguna fe en que la justicia también alcanza al mangante poderoso.

Como colofón, un juez de Palma de Mallorca, en vísperas de Navidad, presenta la candidatura al club del chándal de otro buen puñado de insignes imputados. Quiere el capricho de la opinión pública que la que más atención recibe sea la que menos pena arriesga, de acuerdo con el auto de apertura del juicio oral. Es en cierto sentido humillante que algún otro, que gozó de altas investiduras y se expone a una condena mucho más severa, pase completamente inadvertido. Y llega a ser cruel que el consorte de la ilustre procesada, para el que la fiscalía pide nada menos que veinte años (que viene a ser lo mismo que aniquilarlo), pase en el paquete sin especial aspaviento por parte de nadie, como si ya se diera por hecho que su comportamiento merece que se le quiebre el espinazo y se le entierre en vida. No hace tanto que se le recibía en todas partes con todos los honores, como deportista, duque y yerno ejemplar. Así de tornadiza es la fortuna de los hombres, incluso cuando todo parecía bien amarrado.

Al mirar al juez, se ve a alguien que a todas luces siente que ha cumplido con su deber y ha realizado su misión, la que le imponía el espíritu de unas leyes que no nacieron para procurar impunidades a nadie, sino para que las responsabilidades sean exigidas, con más rigor a quienes de más ventajas gozaron para burlarlas y defraudar a sus compatriotas. Está por ver en qué parará todo: ahora el caso escapa de sus manos y los abogados mejor pagados maniobran para echarle abajo la instrucción. No parece probable que la imputada de sangre real acabe vistiendo el chándal ominoso, pero cuesta imaginar cómo lo eludirá su cónyuge. Al menos, ahí están las imágenes olímpicas para probarlo, le cae bastante mejor de lo que les cae a otros.

La vida cruda

Es uno de esos acontecimientos que hacen callar todos los discursos, salvo los de aquellos que son lo bastante frívolos o lo bastante insensatos como para seguir opinando cuando la vida, con toda su crudeza, nos conmina a guardar silencio.

He aquí la imagen más elemental y terrible: la lucha sin cuartel entre dos hombres, y estalla de

pronto, casi sin previo aviso, en el entorno banal y cotidiano de un andén de cercanías. Uno de los hombres tiene una placa que le da autoridad y la ejerce; el otro, desde la desesperación, el rencor o la simple irreflexión, decide ignorarla e insultar al policía. Eso desencadena el forcejeo, en el que quien tiene la autoridad busca imponerla sobre el que ha decidido despreciarla. Pero, a falta de placa, el insumiso dispone de la fuerza de sus brazos, que decide usar sin contemplaciones. Agarra al policía y tira de él hacia la vía, por la que en ese preciso instante se acerca un convoy haciendo chirriar sus frenos. Lo que en ese momento pasa por la mente del enardecido inmigrante es un enigma, para quienes asisten horrorizados al incidente. ¿Acaso calcula que tendrá fuerza suficiente para arrojar al policía a la vía y luego zafarse de él y esquivar el tren? ¿Acaso cree que el policía reculará y eso le permitirá a él saltar sin estorbos y evitar al tren igualmente?

El hecho es que, fueran cuales fuesen sus cálculos, el tren los alcanza a los dos, el policía muere en el acto y al inmigrante le salvan la vida in extremis y lo despachan a la UCI donde tendrá que pelear a cara de perro por salir adelante. Una vida queda sobre las vías a tan sólo veintiocho años de comenzar, sin que haya un motivo que alcance a explicar tan desproporcionada pérdida. Otra queda deshecha, aun en el caso de que los médicos logren salvarla. El inmigrante, que arrastraba algunos antecedentes menores, es ahora un homicida al que, si vive, le espera la cárcel durante una larga temporada. Quienes ven las imágenes se preguntan cómo pudo desatarse semejante desastre con un detonante tan insignificante como una simple identificación.

Y es aquí, ante esta pregunta, tan vidriosa como ineludible, cuando algunos pierden una inmejorable ocasión para callarse. Lo que ha sucedido es tan extremo, tan devastador y tan definitivo que lo último que aconseja la inteligencia es apresurar las sobadas interpretaciones habituales, pero hay quien no percibe las señales ni aun cuando son tan clamorosas y evidentes. Así que alguno decide culpar de lo ocurrido al excesivo celo policial en el control de los inmigrantes, como si fuera justo que a un agente que sólo desempeñaba su labor se le haga pagar con la muerte las molestias que las identificaciones suponen para quienes van indocumentados. Tampoco falta quien de la tragedia saca una baza para respaldar una política de más mano dura con la inmigración, como si la reacción desmedida y violenta de un inmigrante autorizara la violencia preventiva por parte de la policía contra cualquiera que no tenga los papeles en regla.

A veces hay que dejar que el agua corra, sin quererla traer al propio molino, porque lo que dice la corriente es mucho más trascendente y misterioso que la opinión o la idea que cada cual tenga de las cosas. El dolor por el muerto, el horror por el homicidio absurdo, son todo lo que como humanos podemos permitirnos. Eso y la sensación de que en esa pelea a muerte sobre un andén de cercanías aflora algo profundo y desdichado, algo que no logramos erradicar de nuestra naturaleza, y que ningún ingenioso comentarista, ningún propagandista de ninguna causa, va a aquilatar en toda su cruel y amarga significación.

Tenemos un policía menos, o lo que es lo mismo, alguien menos para defendernos y jugarse la vida por nosotros. Y un homicida más, o lo que es lo mismo, un argumento más para recelar de esta condición que a la postre todos compartimos.

Je suis Ahmed

Se llamaba Ahmed y está muerto. Lo que puede decirse para compensar lo anterior es que murió por algo. Lo hizo mientras trataba de proteger y defender a sus conciudadanos de un ataque criminal. Es posible que aquellos a quienes protegía no terminaran de gustarle. Entre otras cosas, hacían chistes con el profeta de la religión que Ahmed profesaba y llamaban imbéciles a sus seguidores o, para ser más exactos, a una parte de ellos. También coincide que aquellos a quienes se enfrentó, y que lo mataron, invocaban el nombre de su Dios y decían desagraviar al profeta. Ninguna de estas circunstancias, que habrían podido confundir a una mente ofuscada, disuadieron a Ahmed, ni siquiera le hicieron dudar, de ponerse ahí, en medio, donde el fuego y el plomo de los asesinos acabarían con su vida.

Ellos se llamaban Said y Chérif y están también muertos. Sin embargo, Said y Chérif murieron por nada, para nada, en la misma nada en que decidieron convertirse cuando abrieron la puerta de sus mentes a las voces que los incitaban a la reivindicación de su fe por el odio y la muerte, cerrándola a todo lo demás. Cuando, en vez de ideas, sentimientos o esperanzas, aceptaron que sus cabezas pasaran a contener una oscuridad negra que otros manipulaban y que los condenaba a matar y morir. Los Said y Chérif primero se manchan las manos de sangre ajena y luego acaban abatidos, liquidados como perros rabiosos y untados en la sangre propia, mientras en algún lugar tipos de mente y corazón mugrientos siguen sobando y predicando los detritos ideológicos producidos desde hace siglos por doctrinarios igualmente mugrientos, a fin de que otros Said y otros Chérif, infectados por ellos, acepten empuñar las armas para seguir matándose y matando a quienes no comparten su vacío y su miedo.

Said y Chérif, puede ser y hay que decirlo, no lo tuvieron fácil. Se les ofreció una ciudadanía, una educación, una sanidad, etcétera, pero al mismo tiempo, por llamarse Said y Chérif, por vivir en su barrio y por todo lo que eso invisiblemente atraía sobre ellos, les ponía las cosas más difíciles que al resto. Las estadísticas son frías y mienten, pero no del todo: el desempleo entre los musulmanes franceses es mayor que entre los no musulmanes, y franceses hay que apartan con un mohín el currículum de quien se presenta con rostro y nombre de sarraceno. A eso, súmese la tendencia que todo humano tiene, en medio de los apuros, a volverse hacia quien se ofrece como redentor, como restituidor del orgullo perdido, y máxime cuando quien eso hace reivindica la idea de «los nuestros» frente a «los otros».

Sin embargo, Said y Chérif, como cualquiera que nazca de mujer, como Ahmed y como las chicas musulmanas que acudirán con su hiyab a las manifestaciones para alzar en una mano un libro de uno de los dibujantes asesinados y en otra una vela en señal de duelo, portaban en su cráneo un cerebro capaz de ver más allá de todo eso, de escoger y seguir otro camino. Sus muertes, las de ambos y las que causaron, les corresponden por derecho propio, sin que les valgan excusas, como no valdrán a quienes decidan seguirlos en su dimisión como seres inteligentes para

rebajarse a sicarios del rencor. Sobre sus lápidas y sus rostros sólo los dimitidos como ellos podrán (pero ni siquiera perderán mucho tiempo en ello, hay que seguir haciendo rodar los engranajes del vacío) poner algún tinte de gloria. Para el resto, sus nombres y sus rasgos son ya ceniza amarga e inútil.

Por eso mismo, porque el fanatismo acecha, y no sólo bajo la religión de Said y Chérif, no sólo bajo las religiones, sino incluso entre quienes dicen repudiarlo, conviene repetirlo: se llamaba Ahmed, está muerto y murió por algo. Para hacernos ver que el odio es opcional, incluso si uno nace musulmán. Para avergonzar a quien despotrica contra los Ahmed y no se juega, como se jugó él, la vida.

La patera de la muerte

Es, posiblemente, la historia más terrible de las muchas historias terribles que nos han llegado en los últimos tiempos. Los personajes, medio centenar de inmigrantes hacinados en una patera. La localización, algún punto indeterminado del Mediterráneo, entre Nador y Almería. El momento: una fría noche de diciembre, con mala mar y los nervios de los pasajeros de la embarcación (muchos de ellos no saben nadar) a flor de piel.

Como se ve, quien quisiera representar esta tragedia, en el teatro o incluso en el cine, no necesitaría un gran presupuesto. Es un espacio reducido, aislado frente a la furia de los elementos, y la acción se desarrolla en un breve intervalo de tiempo. El que media entre el instante en que el mar empieza a amenazar la supervivencia de los precarios navegantes y el desenlace fatídico. Para imaginar la sensación de lo que puede ser enfrentar la cólera del mar en un barco de pequeño porte, el telespectador puede echar mano, por su verismo, de algunas secuencias de «Vikingos», la serie de MGM que reconstruye las vicisitudes de los audaces escandinavos en sus incursiones en la costa inglesa.

Hay, sin embargo, una diferencia: los vikingos son marinos avezados y temerarios, saben mantener la calma y creen en el destino, que los entregará a la muerte cuando sea su hora, no antes. Tienen la fundada esperanza de que su pericia como navegantes y constructores de barcos los salvará de la tempestad. Los que viajan en la patera, en cambio, carecen en su mayoría de conocimientos náuticos, muchos nunca se habían hecho a la mar, y varios son mujeres y niños sobrecogidos por el miedo. Un miedo alimentado por las miles de almas que cobijan las aguas del Estrecho: los miles que quisieron pasar y nunca lo lograron. La secuencia, de rodarse, sería bien distinta.

Es en ese estado de ánimo, colindante con el pánico, donde un pastor nigeriano, que viaja en la patera, se arrodilla y comienza a rezar para pedirle a su Dios que les eche un cable. Parece ser que algunos de sus compatriotas, de su mismo credo, lo secundan. Y entonces viene la mano de la

fatalidad, encarnada por unos cameruneses que interpretan que los rezos del pastor están atrayendo sobre la barca la desgracia. Las olas se elevan hasta los cuatro metros, y los que achacan al pastor el infortunio actúan expeditivamente, arrojándolo por la borda, y con él a varios compatriotas suyos. En medio de la refriega que se desencadena a bordo, y en la que los cameruneses utilizan como armas tabloncillos arrancados de la propia barca, desaparecen otros pasajeros, incluidos ocho bebés. De cincuenta que salieron de Nador, tan sólo llegarán veintinueve. Los otros veintiuno se sumarán al tributo que África le ofrenda al Mare Nostrum.

Los localizan a 20 kilómetros de las costas almerienses del cabo de Gata, los rescatan y los llevan a puerto. Y es ahí, aunque los inmigrantes no se atreven a hablar ni a denunciar, cuando el miedo señala a los homicidas. Nadie quiere mezclarse con ellos, lo que hace que los policías sospechen que algo están ocultando. Luego vienen los interrogatorios, con las dificultades que imponen el idioma y el pavor de los supervivientes, a los que incluso les han robado los pocos euros que llevaban. Al final, la oscura verdad se abre paso, y quienes empujaron a una muerte segura a hermanos humanos indefensos se ven en la tesitura de tener que responder por ello ante unos jueces europeos.

No es necesario que una historia ofrezca una enseñanza, pero esta nos la ofrece. Y no una, sino varias. Que los hombres tienen dificultades innatas para entender y aceptar las creencias de otros. Que también entre los desheredados anida y obra la maldad, y aun el mal absoluto. Una niña de tres años, única superviviente infantil de esta catástrofe, lo ha podido comprobar en primera persona.

Ojalá acierte a hallar la manera de olvidarlo.

Sentido común

Lo ve salir desafiante y entero, como era antes de entrar. Cuando los periodistas lo rodean, no los evita, ni calla: con esa socarronería que le caracteriza, el exrecluso le dice a quien él y todos los demás saben que ha hecho caso y ha sido fuerte. En su desfachatez, el tipo tiene destellos de talento. Quien ahora le ve a través del televisor recuerda cuando a la pregunta sobre el origen de su fortuna, presuntamente delictivo, respondió que la había acumulado gracias a su «buen hacer». O lo que dijo para justificar la ocultación de su patrimonio en Suiza: sin que haber cobrado durante décadas del erario público le perturbara lo más mínimo, explicó que eludía sus impuestos, esos que otros soportaban para pagarle, «por sentido común».

Ha pasado diecinueve meses en la cárcel, pero viéndole diríase que es un hombre convencido de que hizo lo que debía hacer, como cualquiera en su lugar habría hecho, y que, más allá del percance de ese año y medio de prisión preventiva, nada grave o nada más ha de pasarle. Por un lado, tiene en su mano, o cree tener, cartas que puede jugar en su defensa; por otro, alegra y parece

creer que no fue más que un partícipe en un juego en el que todos metieron baza. Como si lo encontrado por la justicia no fuera una trama antisocial y delictiva, sino la manera corriente y comúnmente aceptada de actuar.

Rechazado por los suyos como está, el exrecluso no deja de ser representante de la vieja guardia política del régimen, uno de esos a quienes los años y aun las décadas en el poder nublaron la visión acerca de lo que podía y no podía hacerse a costa del esfuerzo de los contribuyentes. Lo que a nuestro observador le preocupa es que haya quienes, postulándose como regeneradores, pueden llegar a exponer sin rubor planteamientos análogos.

También lo ve en la televisión. En un programa en directo, visiblemente nervioso y envarado, comparece un paladín de la renovación del sistema para explicar un asuntillo personal que ha aflorado y que tiene que ver con sus cuentas con Hacienda. Por lo visto, prestó algunos servicios como asesor que luego facturó a través de una sociedad mercantil, tributando por ello por el impuesto sobre Sociedades y no por el IRPF. La diferencia es que satisfizo unos impuestos efectivos de en torno al 20 por ciento, mientras que por IRPF le habría tocado pagar más del doble.

En mitad de sus explicaciones, el líder en entredicho desliza que interponer sociedades en actividades profesionales personales es una fórmula extendida y perfectamente válida, y que esa sociedad también factura los derechos de autor de un libro que ha escrito, y que ha despachado varias ediciones. Ese es el momento en el que el telespectador de este cuento da un respingo: él, profesor universitario como quien habla en televisión, también ha publicado algunos libros, cuyos derechos, más bien modestos, ha incluido en su IRPF religiosamente. Como resultado, y al sumarse a sus restantes ingresos, la broma le ha costado bastante más del 20 por ciento en que el astuto líder sitúa su carga fiscal merced al artificio societario. Coincide que el programa de su partido se basa en la reivindicación de lo público, e incluso amenaza con subidas de impuestos. Ahora se entiende mejor. Poco puede preocuparle que suba el IRPF a quien desvía sus ingresos por otro cauce, librándose de la escala progresiva de ese tributo. Eso piensa, con cara de tonto, quien ha afrontado el gravamen a cuerpo limpio.

En los días siguientes lee con atención todo lo que se escribe sobre el tema: hay quien dice que el truco es legal (a lo que se adhieren los seguidores del líder cuestionado, convertidos súbitamente a la apología de la ingeniería fiscal); pero los más de los expertos dicen que es discutible y algunos aclaran que según y como puede ser sin más un fraude. Esta opinión mayoritaria le hace sentirse algo menos idiota, pero no alivia su desazón: ni con los que ya están ni con los que vienen cabrá librarse de la lacra. Esa que asume que tomar atajos y acabar haciendo lo contrario de lo que uno proclama, ya sea ilegal o legalmente, es puro y simple sentido común.

Hartos de triquiñuelas

No se trata de un revolucionario, precisamente. El tipo que tuitea que la televisión pública española abre sus informativos con «irrelevantes actos» de dos partidos, mientras ignora la masiva convocatoria de un tercero que llena las calles de Madrid, es el corresponsal del *Financial Times*. Un periodista serio que trabaja para un medio circunspecto, y nada proclive al entusiasmo ante quienes representan, de un modo u otro, la oposición al *lobby* financiero que marca, más que otros actores, el destino de Europa.

Lo que su tuit denuncia es aquello de lo que muchos, y no sólo él, ya están hartos. Que frente a la realidad y sus requerimientos, tan graves como inapelables, la única respuesta sea recurrir a triquiñuelas, ese expediente propio de truhanes que carecen de gallardía para afrontar lo que la vida les pone delante. Los ejemplos son tantos que la enumeración sería infinita. Lo de ningunear una noticia relevante tapándola bajo dos manifiestas insignificancias sólo es la última treta de una larguísima serie.

Antes de ella vinieron las que se hacen con las cifras, una y otra vez, escondiendo las que no interesan (por ejemplo, que en tres años de gobierno el número de ciudadanos con empleo ha disminuido en más de medio millón) y magnificando aquellas otras que sirven para sacar pecho al que gobierna. O las que se hicieron con las pensiones, llamando revalorización a subidas que representaban un euro al mes. O las que tuvieron como protagonista una reforma fiscal que se presentaba como una rebaja y que para muchos contribuyentes deja las cosas peor que tres años atrás, cuando quienes se proclaman aliviadores de impuestos dieron en subirlos contra sus promesas.

Por no hablar de despachar un sumario judicial en el que caen en ristra tesoreros y exsenadores como el arrebato rapaz de un solo individuo, por sí y ante sí y sin que nadie se enterase, y cuando la cosa se vuelve incontenible, inmanejable y casi irrespirable, dejar de exponerse al escrutinio público e inventar la esperpéntica solución de la comparecencia bidimensional en pantalla de plasma y circuito cerrado ante periodistas pasmados a quienes se priva de cualquier posible interlocución.

Si nos vamos aún más atrás, y ampliamos el alcance, la galería de despropósitos se enriquece con expresidentes autonómicos que escurren el bulto como doncellas ofendidas cuando en sus gobiernos se desviaban euros a porrillo, con decenas de cargos públicos imputados, alegando que ellos no sabían qué pasaba dos escalones por debajo en su organigrama. O con ese otro, antaño *Molt Honorable*, y progenitor de una familia numerosa donde todos los hijos son millonarios, que desempolva oportunamente, para explicar su inexplicable patrimonio, un testamento fantasmagórico de cuyo objeto sólo podría dar razón y noticia exacta un factótum no menos oportunamente fallecido.

Aparte de la pobreza, la desigual distribución de la riqueza y la deshonestidad en el manejo de los asuntos públicos, a la ciudadanía que lleva años protestando y echándose a la calle le indigna el recurso sistemático a la triquiñuela para rehuir las explicaciones que son debidas, para convertir lo negro en blanco, dar gato por liebre y no afrontar jamás las responsabilidades.

Muchos de esos ciudadanos están entre los que llenan las calles de Madrid en este sábado de enero, para arropar a quienes se postulan como redentores y regeneradores del sistema.

No son los únicos, pero son, hoy por hoy, los más exitosos y quienes tienen más opciones. Invocan el ejemplo griego, donde viejos políticos trabados por sus fechorías y sofismas se han visto desalojados por un partido nuevo. Contraen en el envite una gran responsabilidad. Cúdense de la poderosa tentación de defraudarla con triquiñuelas: ni para tratar de salvar sus errores personales, ni de engatusar a los electores. No les serán perdonadas.

Mentalidad débil

No es un gurú de esos que hacen temblar a los mercados con sus predicciones, ni de esos otros que arrastran a millones de creyentes con sus prédicas, ni de los que sientan cátedra en una de esas prestigiosas universidades a las que los millonarios envían a sus hijos. Es una joven de poco más de veinte años que desde hace dos cursa un doctorado informal en una de las escuelas más chungas de la vida, la que un puñado de iluminados ha montado en un agujero que antes era una ciudad a la que aún llaman Kobane, en la frontera entre Turquía y Siria.

Y, sin embargo, cuando el periodista le pregunta por las razones de su lucha, es decir, por qué pudiendo no hacerlo se ha alistado voluntaria para enfrentarse, AK-47 en mano, contra los barbudos sanguinarios que quieren apoderarse de la tierra de sus ancestros, la chica, una de las bravas guerrilleras kurdas que forman las YPJ (acrónimo en su lengua de Unidades Femeninas de Protección), se descuelga con un alegato acerca de la necesidad de reivindicar en combate la dignidad de las mujeres que remata con esta sentencia sobrecogedora y lapidaria:

—Una sociedad con mentalidad masculina es una sociedad débil. La mujer es necesaria en todos los estamentos.

Mucha miga, en tan pocas palabras. Y su declaración resulta más sustanciosa si uno piensa que estas mujeres armadas han contribuido a expulsar de Kobane a los temibles matarifes de la yihad, esos mismos que reducen a sus mujeres a la condición de criadas o esclavas sexuales y quieren instaurar, allí donde no existía, la mutilación genital contra la que estas guerreras luchan con la misma furia que contra el invasor. Buena prueba de que pueden más quienes no ningunean a la mujer.

Coincidencia o no, en la misma semana, a unos cuantos miles de kilómetros de Kobane, un señor condenado por delitos graves, entre los que se incluye el soborno de funcionarios, y que alega su honorabilidad para que le concedan el indulto, se encuentra con que el tribunal que le juzgó se opone a que se le exonere de la cárcel y le recuerda la dudosa compatibilidad entre ser honorable y cometer delitos, insigne muestra de pensamiento débil que merece un lugar en los anales de la desfachatez.

Casi al mismo tiempo, en el mismo país, otro señor que días atrás se jactaba de tener sus cuentas en orden y sus impuestos en regla se apresura a liquidar e ingresar la cuota tributaria que eludió en su día mediante una artimaña, y lo hace a toda prisa para poder decir que se adelantó a la notificación que, habiendo trascendido públicamente su astucia, Hacienda intenta por todos los medios practicarle sin éxito. La debilidad de sus argumentos la redondea uno de los suyos, señor también, al decir que su compañero es un ejemplo por someter de modo voluntario sus rentas al régimen fiscal más desventajoso posible.

Y como no hay dos sin tres, en esos mismos días se publica un viejo correo electrónico donde un tercer señor, uno de los corresponsables del hundimiento de una caja de ahorros, le escribía a su jefe, otro señor, como comentario a la gratificación extraordinaria que acaban de autoconcederse: «Disfrutemos, por si algún día llegan las vacas flacas». De tan débil justificación para adjudicarse los dineros de la entidad habrán de responder ahora ambos, ante las vacas flacas (o flaquísimas) que han llegado y arden en deseos de pedirles cuentas por sus pasadas ingeniosidades.

Esta sarta de inconsistencias masculinas parece darle la razón a la sentenciosa guerrera de Kobane, a quien no se imagina uno tratando de sostener pamplinas semejantes. Como tampoco se imagina a ninguno de ellos con los dientes apretados, plantando cara a los muyahidines de la bandera negra. Por eso, algún día, ya lo verán, harán con ellas una película. Y con ellos no.

50 sombras del súper

La cola del súper, segundo viernes de febrero. Como quien no quiere la cosa, brota la conversación entre quienes esperan para pagar su compra. O lo que es lo mismo, entre desconocidos cuya charla no deja de tener cierto interés sociológico. Enseguida derivan hacia un asunto que en cuanto alguien lo menciona atrae toda la atención y provoca las intervenciones de quienes hasta ese momento guardaban prudente o desganado silencio. No parece gratuito interpretar, por la desbordante y unánime pasión que despierta, que viene a ser el tema del momento.

¿De qué podría tratarse?

Resulta que esa misma semana una negociación in extremis impulsada por unos sombríos Hollande y Merkel ha impedido, así sólo sea momentáneamente, la escalada del conflicto ucraniano hasta alcanzar el rango de guerra generalizada. Por muy poco se ha evitado o aplazado (el tiempo dirá) un enfrentamiento bélico de grandes proporciones en suelo europeo, con reedición del duelo entre Occidente y Rusia y que habría afectado gravemente a todo el continente donde se encuentra el súper de nuestro cuento. Bien podría ser esa, por qué no, la razón por la que los ciudadanos reunidos en la cola se lanzan a debatir.

Resulta, también, que desde hace un par de semanas las instituciones que gobiernan el continente se hallan enfrascadas en arduas discusiones a propósito de uno de sus socios. Hasta unas recientes elecciones, a dicho socio se le decía lo que tenía que hacer y quienes estaban al frente de su gobierno obedecían sin rechistar, para no perder el crédito que iba aparejado a las instrucciones. Ahora resulta que las urnas han puesto en el gobierno a otros, que para empezar provocando y dando la nota acuden sin corbata a reuniones donde todos la utilizan. Traen estos descorbatados la idea de no consentirlo todo a cambio del crédito; proponen analizar cómo reconducir la financiación, en condiciones y cuantías que sus ciudadanos puedan soportar. Considerando que el país donde está el súper tiene varias elecciones en el horizonte de este año, y que ha prestado 26.000 millones al que ahora pone toda su deuda en cuestión, también podría ser el tema que ocupa a los que forman la cola.

Ocurre, por otra parte, que las primeras elecciones que van a celebrarse serán para designar a quien ha de presidir la comunidad autónoma en la que el súper radica. No es cualquier cosa: desde el gobierno de una comunidad se resuelven muchos de los problemas y se satisfacen muchas necesidades básicas de los ciudadanos que en ella residen, desde la educación a la salud. Pues bien, a menos de tres meses de esas elecciones, ninguna de las fuerzas que concurren con ciertas opciones de ejercer influencia en el gobierno tiene candidato. Una lo tuvo pero se le fue del partido de un día para otro, otra también lo tenía pero en este caso fue el partido el que de un día para otro decidió quitárselo de encima, otro es nuevo y está aún en ello y el último, actualmente en el gobierno, depende de un líder que no tiene por costumbre precipitarse a la hora de tomar decisiones. En suma, dentro de tres meses les gobernará alguien que aún no saben quién es, ni qué propone. La cosa, desde luego, se las trae.

Sin embargo, no es nada de esto lo que acapara las conversaciones de la ciudadanía, el asunto que despierta sus fervores. Viene a ratificarlo la cajera, terciando en el vivo debate:

—Me han dicho que es muy *light*, mucho más que el libro, que tampoco se ve gran cosa, no se vayan a creer.

—Mujer, es que si quieres ver, busca porno en internet.

He aquí el tema: este fin de semana se estrena la película de *50 sombras de Grey*. Frente a eso, todo lo demás palidece.

Mala práctica

La escena es potente porque sucede entre dos banqueros y, gracias al testimonio de uno de ellos, podemos conocer lo que se dicen con franqueza. Normalmente no nos es posible acceder a lo que los banqueros piensan en realidad: hemos de conformarnos con lo que nos cuentan, en gran medida

divergente, a fin de no perder el crédito que les concedemos, con el que a su vez ellos nos conceden crédito a nosotros con un margen de beneficio.

No habríamos debido saber nada, y nada habríamos sabido, posiblemente, si las cosas no hubieran rodado tan mal como para que el tinglado se viniera abajo atrapando a un montón de incautos (el primero de ellos, el contribuyente español, que sin poder auxiliarse a sí mismo en tantos aspectos ha debido acudir en socorro del banco), y si algunos de esos incautos, representados por paladines perseverantes e incisivos, no se hubieran empeñado en sacar y exponer a la luz toda la inmundicia de la historia.

Uno de los banqueros le ofrece al otro, siempre según el testimonio de este, una tarjeta de crédito negra para su uso ilimitado y descontrolado: «Úsala para lo que quieras». Quizá sea pertinente anotar que ambos ejecutivos ya están extraordinariamente bien retribuidos por las horas que le dedican al banco. Y tal vez no sobre consignar, tampoco, que el que hace el ofrecimiento es una persona acaudalada por su origen familiar, que además dispone del generoso paracaídas en forma de megapensión que deriva de su condición de exparlamentario, exministro y exdirector gerente del FMI. Vamos, lo que viene a ser una cierta capacidad de enfrentar los gastos corrientes (o de cualquier tipo) que exhorta a su compañero a cargar a la tarjeta opaca. Al fin y a la postre: sobre quienes confían su dinero al banco.

El banquero que recibe el ofrecimiento, aunque no tiene el riñón tan bien cubierto, declina servirse de tan tentadora ventaja y se permite indicarle al otro, que a la sazón es su jefe: «Esto es una mala práctica». O al menos, nuevamente, eso declara ante el juez que en retrospectiva trata de averiguar el uso de esas tarjetas, con las que un puñado de avispados hicieron suyos quince millones de euros que les habían confiado otros. Enseguida, el otro banquero niega la veracidad de la escena. Él no le dio ninguna tarjeta a nadie, así como el testigo lo refiere, y menos aún lo hizo con la indicación que le imputa. Bien, hasta aquí es la palabra de uno contra la del otro, y los amigos de cada cual, como ya dijo el jurisconsulto Bártolo de Sassoferrato, preferirán inclinarse por el partido de quien les es más próximo.

Lo malo es que en la vida, además de las palabras, vamos produciendo hechos. Y los hechos son que el banquero que dice haber rechazado la tarjeta y haber advertido de la mala praxis que representaba es uno de los pocos miembros del consejo de la entidad que no ha cargado ni un céntimo en la cuenta *black*. Y los hechos son, también, que no sólo la mayoría de los consejeros quemaron el plástico con donaire en asuntos personales y nada relacionados con el banco (de lo que parece desprenderse que alguien les había dicho lo que el testigo le dice al juez que el otro le dijo), sino que el banquero señalado como inductor del dispendio fue uno de sus usuarios más conspicuos: invirtiendo los fondos de los depositantes en alcohol, artículos de lujo y otras partidas de dudosa recuperación, amén de efectuar sistemáticas extracciones de dinero en rama, hasta el límite máximo diario y con destino ignoto, de los cajeros automáticos.

Y es que, a estas alturas, no cabe duda de que poner en manos de alguien una tarjeta que detrae recursos de otros sin control es una mala práctica, pero lo que es una práctica pésima es tratar de

sostener, a deshora, algo que no se compadece con lo que uno, cuando era el momento, hizo y consintió.

Nínive y los barbudos

Ahí está, sola ante el peligro. Ahí, las efigies de sus dioses, los escritos de sus hombres, los más antiguos que conservamos desde que alguien imaginó que la realidad podía apresarse en palabras y legarse a la posteridad, fijándolas a una superficie que las sujetase. Piedras que han dado testimonio ininterrumpido de aquel afán hasta el día de hoy, esta jornada oscura en la que unos barbudos acuden armados con sus mazos, sus taladros, sus radiales, su gasolina y sus antorchas para arrojar lo que esos ancestros fueron al pozo negro del olvido.

Nínive, fundada según la leyenda por Nimrod, bisnieto de Noé; capital del Imperio asirio, que se extendía desde Egipto hasta el golfo Pérsico. Nínive, donde ya hace ya cuatro milenios había un templo en honor de Ishtar, la diosa de la guerra y de la fecundidad, de la estirpe de la sumeria Inanna y antecesora de la fenicia Astarté. Nínive, engrandecida por Senaquerib y por Assurbanipal, vencida y barrida de la Historia por los medos, y cuyos vestigios, excavados con paciencia y delicadeza, dicen quiénes fuimos, antes de ser lo que somos. O mejor dicho, decían, hasta que los tétricos bárbaros barbados, en su infinita ignorancia, decidieron hacerlos callar para siempre.

Nínive, esa pieza insustituible de nuestro ser y de nuestra memoria, indefensa frente a las zarpas de aquellos que, incapaces de hallar en los versículos de un libro sagrado otra cosa que la confirmación siniestra de su ceguera y de su impotencia, concluyen que todo lo que fue antes, o fue distinto, puede y debe ser suprimido. Y que así nada estorbe al tenebroso designio del que se autoproclaman portadores, para desdicha de quienes caen bajo su despotismo cimentado en mutilaciones, fuegos y vídeos.

Estremece pensarlo, pero quienes se escandalizan ante las imágenes de las estatuas derribadas y hechas añicos, quienes se tiran de los cabellos a la vista de la hoguera que consume manuscritos únicos de valor incalculable, deben recordar en este momento que desde hace nueve meses miles de seres humanos se ven sometidos al dictado de estos adictos a la devastación y a la muerte. Hombres, mujeres y niños que cada mañana han de levantarse con la llamada de los muecines que convocan al miedo, antes que a la oración. Hombres, mujeres y niños que han de acatar la más delirante de las disciplinas, so pena de ser sometidos a castigos atroces por cualquier nimiedad.

Habrà que recordar, también, que la gran ciudad próxima a las ruinas de Nínive, y donde hasta hoy se guardaban sus tesoros, Mosul, cayó casi sin resistencia, ante la embestida de una banda de apenas trescientos yihadistas, que la atacaron con la determinación que les otorga su fe exasperada y la seguridad que tenían de que una tropa desmoralizada de combatientes mal pagados, al

servicio de un estado corrompido y disfuncional, no iba a presentarles una batalla digna de ese nombre. Y así fue: salieron despavoridos, abandonando su material de guerra venido desde el otro lado del Atlántico, en manos de quienes ahora lo usan para imponer el terror entre el Tigris y el Éufrates.

El vacío que han llenado con sus banderas negras, como tantos otros vacíos, no salió de la nada. Fueron necesarios muchos millones de dólares, y varias decenas de miles de muertes, para crearlo y ponerlo a su disposición. Si fue un error, como propone la interpretación más benigna, o si hubo y hay algún cálculo, como sugiere la más escalofriante, es cuestión que no será dilucidada inmediatamente. Lo que sí apremia (y acaso es una pena, después de todo, que algunos se percaten al ver las estatuas troceadas en el suelo) es librar del yugo a quienes lo padecen sin esperanza. A los hijos y nietos de Nínive, abandonados del mundo, como sus dioses y sus libros milenarios.

El Dedo

Sucede en uno de los momentos más memorables de *Toy Story*, ante las miradas estupefactas de Buzz Lightyear y de su compañero de aventuras, el *sheriff* Woody. Ambos, por los azares de su trepidante peripecia, acaban dentro de una máquina repleta de marcianos de tres ojos, que aguardan a que el gancho que pende sobre ellos (y que, ellos no lo saben, acciona cualquiera que meta una moneda en la máquina) descienda y escoja a uno. Para los marcianos, el Gancho (la reverencia con que lo dicen lleva a imaginar la mayúscula) es el que manda y decide quién se va y quién se queda. Cuando un niño de aspecto siniestro echa una moneda y logra apresar a Buzz, Woody tira de sus pies para impedir que se lo lleve. Los marcianos se revuelven contra él, por osar oponerse a la voluntad todopoderosa del Gancho, y Woody trata de zafarse de ellos, mientras los tilda de fanáticos, pero al final no hay manera y el artilugio se lleva a los dos.

Hablamos, aunque alguno crea que es una simple película para niños, de uno de los guiones más perfectos de la historia del cine. Josh Whedon, Andrew Stanton, Joel Cohen y Andrew Sokolow, los tipos que le dieron forma, sobre una idea de John Lasseter, Pete Docter, Joe Ranft y el ya mencionado Stanton, afinaron como pocas veces lo ha hecho un guionista, y en su texto no hay puntada sin hilo. La escena de los marcianos y el Gancho desvela la comodidad de la sumisión, de renunciar a ejercer la propia voluntad para acatar una voluntad superior que no se cuestiona, y que otorga su recompensa a los dóciles y descarga en cambio su castigo sobre los indómitos. La misma idea que, de otro modo y con otras metáforas, sostiene el provocador Michel Houellebecq en su más reciente novela, cuyo título, *Soumission*, ya proclama la dejación del propio ser en manos ajenas.

Igual que los marcianos de la máquina, en las últimas semanas una legión de hipotéticos y entonces aún no confirmados candidatos ha estado aguardando con unción la decisión del líder.

Mansamente apiñados en la olla de la incertidumbre, se han estado cociendo en la salsa de su impaciencia, mientras el decisor omnipotente se daba su tiempo para resolver sobre qué cabeza había de recaer su designio. Pensemos en cualquiera de ellos, sabedor de que más allá de sus merecimientos o de lo que pueda esperar la ciudadanía, el criterio único y máximo que rige la designación de candidatos es lo que el Gancho, o mejor dicho, en este caso, el Dedo, juzgue por sí y ante sí. Pensemos en los muchos que, postulándose, se quedan a dos velas y, desde su ingrato sitio entre los desdeñados, ven cómo es otro marciano el que, exultante, resulta elevado hasta los carteles electorales que dentro de nada decorarán calles y márgenes de autovía.

Ahora que el Dedo ha elegido, se produce el contraste: los que han recibido su favor y se dejan retratar en esos carteles con una sonrisa tan arrobada como la del marciano atrapado por el Gancho; y los que no siendo favorecidos, se tragan su enfado para mostrarse al público como leales militantes que no tienen la menor intención de desquitarse y que siguen a disposición del partido, aunque desde el momento en que supieron que el Dedo se inclinaba por otro se los llevaron los demonios. Más vale disimular: no todo está perdido si uno no lo echa a perder.

Sin embargo, toda regla tiene su excepción. Y es que entre nuestros marcianos agraciados hay una, rubia y rumbosa, que ni se somete al Gancho (es decir, al Dedo), ni cree inexorable su poder. Al final, quien lo maneja es un tipo que anda con las monedas tasadas y que no tiene tan dominado como pretende, al menos en lo que a ella toca, el proceso de selección. Así, con ese desparpajo temerario, la díscola consigue que el Dedo renuncie a su soberanía absoluta y la elija a ella, incluso sin querer elegirla.

Da que pensar. ¿Tendrá esto del Dedo los días contados?

Quien hace un cesto...

En la misma semana, la historia es objeto de un programa televisivo de máxima audiencia, una pregunta parlamentaria y un libro que se distribuye en todas las librerías. Esos tres relatos suscitan una enorme atención: tanta que un ministro, tras rechazar con cajas destempladas la interpelación de la diputada que lleva el asunto al Parlamento, rectifica, pide disculpas y anuncia que se modificará el protocolo aplicable a casos como el denunciado, para evitar percances similares en el futuro.

La historia, en síntesis, es que una oficial del ejército denuncia a su superior por abuso de autoridad y trato degradante, materializado, entre otras conductas impropias, en una caricia e insinuaciones de cariz sexual y una agresión física en el aparcamiento del acuartelamiento. Tras instruirse el correspondiente procedimiento judicial, la denuncia se traduce en una condena de dos años y diez meses para el denunciado, confirmada por el Tribunal Supremo, que declara probados los hechos. Con posterioridad a su denuncia, a la oficial se la acusa de una falsificación

documental en la que los jueces no hallan delito, probándose en cambio la conducta falsificadora de terceras personas sobre el documento que era objeto de la acusación. Esta y otras maniobras, denuncia a su vez la oficial, constituyen un acoso que desemboca en su baja por enfermedad y su petición de baja definitiva por pérdida de aptitudes psicofísicas, como consecuencia de las secuelas psicológicas de los hechos.

Así expuesta, y con el respaldo de la autoridad judicial, que admite su denuncia y archiva en cambio las presentadas contra ella, el asunto parece tener pocas vueltas. Eso es lo que traslada al espectador el programa televisivo, lo que cuenta el libro y lo que, de resultas del rifirrafe parlamentario entre la habilidosa diputada y el airado ministro, saca en claro la ciudadanía.

Sin embargo, de todas las historias existe siempre otra versión. Y es en Twitter, ese medio donde la síntesis manda, con la tiranía de los 140 caracteres, donde un tuitero de apodo indescifrable le escribe al marido de la oficial este lacónico relato: «Ándate con ojo, que quien hace un cesto, hace un ciento». Por la respuesta del marido, en la misma red social, sabemos que el tuitero es un jefe del ejército, al que acusa de haber encubierto en su día la conducta condenada en firme por la justicia. Este, en defensa propia y respaldo de su versión, enlaza al voto particular de uno de los magistrados de la sala del Supremo que revisó el caso, discrepante con el parecer de la mayoría y partidario de absolver al jefe condenado, por falta de pruebas.

La verdad judicial ha quedado establecida, y uno puede sin más dejarse llevar por ella. Es más, cabría llamar maltratador, abusador de autoridad y acosador al condenado sin exponerse a acciones legales por su parte, ya que estas tres conductas le han sido atribuidas por los jueces competentes. Ahora bien, ni la presunción de inocencia ni la culpabilidad ya sentenciada impiden a cada cual formarse en conciencia su convicción, y la curiosidad incita a leer ese voto particular, pese a su alambicada escritura, propia de la jerigonza leguleya, y conocer así un quinto relato alternativo de los hechos. Lo que allí se encuentra permite reconstruir todo el contexto del caso, y sacar algunas conclusiones sobre el mal del que en este incidente se trata.

En resumen, aduce el magistrado que a la oficial debió habersele practicado un examen psiquiátrico que descartara su trastorno de la personalidad, potencialmente desvirtuador del testimonio incriminatorio que sostuvo con firmeza durante todo el juicio. Y que los testimonios de terceros que corroboraron sus denuncias no son válidos por no ser precisos y exhaustivos respecto a la descripción de los concretos tocamientos, porque los oficiales que testificaron tenían miedo de la denunciante, o porque el sargento que vio cómo era agredida estaba a 30 metros. En cualquier caso, no consta que dicho sargento fuera corto de vista.

Leyendo este relato, y pensando que alguien pueda considerarlo alivio de lo sucedido, o razón cumplida para desacreditar a la denunciante, no queda ninguna duda: sea cual sea la verdad de este caso, que sólo los implicados saben a ciencia cierta, hace bien el ministro urgiendo a su equipo a modificar el protocolo que debe seguirse en casos de acoso sexual dentro de las fuerzas armadas.

Objetivo alcanzado

Cartago desierta, las tiendas de *souvenirs* con las persianas bajadas, los zocos sin un comprador... Las imágenes certifican a la vez una siniestra victoria y una amarga derrota. No ha sido demasiado difícil. Ha bastado con encontrar a un puñado de jóvenes sin esperanza y sin recursos intelectuales para poder cuestionar la exhortación al homicidio y al martirio como forma de reivindicarse ante los demás. Proveerles de municiones y unos fusiles AK-47, el arma de los pobres, disponible por millares en el mercado negro africano. Señalarles un par de objetivos mal protegidos (o mal protegibles). Y animarles a dar el golpe sin preocuparse de lo que venga después. Para eso está la promesa del paraíso, que estos militantes proclives a ser persuadidos anteponen a la inminencia de las balas de las fuerzas especiales que los acribillarán y los enviarán camino de la morgue.

Y *voilà*, con tan bajo coste, helo ahí, un golpe asestado en el corazón al enemigo. Desde la orilla norte del Mediterráneo toda la información sobre el ataque se centra en los veinte turistas asesinados, interpretándolo como un desquite contra Occidente, contra los cruzados a los que el califato anima a castigar por su impiedad y por todos los agravios y afrentas infligidos a través de los siglos, desde la primera expedición cristiana que puso proa a Palestina hasta los bombardeos cuyos cráteres aún humean en Raqqa o en Mosul. Los países que han tenido la mala fortuna de que alguno de sus ciudadanos se viera señalado por la lotería mortal ponen el acento en el perfil de los fallecidos, las razones por las que se hallaban a la hora fatídica en el museo maldito, el azar funesto que muy bien habrían podido evitar si no se hubieran prestado a hacer ese crucero, o a bajarse del barco.

Es la costumbre de Europa, erigirse en centro de todas las historias, y en este caso, concedámoslo, no le falta motivo: quien cae merece siempre piedad y exige memoria, y no cabe duda de que la muerte de occidentales es un tanto que quien decide el ataque busca con ahínco, por el valor que apuntárselo tiene para enardecer a los suyos y para intimidar a los de enfrente.

Sin embargo, si ése fuera el objetivo principal, bien podría haberse buscado en cualquier otro sitio. Sin ir más lejos, allí donde más abundan los europeos: la propia Europa, donde ya se ha demostrado, y más de una vez, que puede golpearse también. La elección de Túnez, el país de mayoría musulmana donde no sólo comenzó la primavera árabe, sino también donde más pasos se han dado hacia la instauración de una democracia desligada de postulados teocráticos, inclina a pensar que los turistas eran un objetivo secundario, que han tenido la desgracia de caer por encontrarse justo allí donde interesaba hacer daño de veras.

Quizá haya que empezar a modificar el relato, frente a la simplificada y convencional división del campo de batalla entre islam y Occidente. Lo que se está ventilando es también una guerra civil entre musulmanes, a varias bandas y con multitud de frentes: de un lado los suníes contra los chiíes, herencia de un conflicto ancestral que los últimos choques en los dos países donde más coexisten, Irak y Siria, han exacerbado hasta el delirio; de otro, los partidarios de la regresión a

los orígenes, del retroceso al islam puro, léase medieval, frente a los musulmanes abiertos a la ilustración y al desarrollo de una racionalización análoga a la que transitó Europa, tras padecer la inquisición y sus atroces guerras de religión; eso sí, con sus propios perfiles, que no tienen por qué ser idénticos a los que tomaron quienes partieron de otra fe y se alejaron de otro dogmatismo.

Túnez, donde la vieja Cartago, es en este siglo XXI la que más y mejor encarna esta causa de las luces en el islam. Contra esas luces partieron las balas disparadas en el museo del Bardo.

Andreas y la avería

Cuando trascendió, poco después de conocerse la tragedia, que el avión siniestrado tenía un cuarto de siglo de antigüedad y volaba en una aerolínea de bajo coste, la inveterada propensión humana a tomar el rábano por las hojas llevó a muchos a especular con una avería mecánica y con la instrucción que habrían recibido o no los pilotos para solventarla. Durante horas, las televisiones se llenaron de peritos disertando acerca de la vulnerabilidad de los sistemas de pilotaje asistidos por ordenador, falibles como todo, pero que estadísticamente vienen demostrando, con decenas de miles de aeronaves que despegan y aterrizan sin percances a diario, una seguridad superior a la que proporcionaba el viejo vuelo artesanal. Qué lejos estaban esos peritos, en el curso de tales elucubraciones, del cariz de los desperfectos que iba a revelar el brutal choque del curtido A-320 de GermanWings contra un frío paredón de los Alpes.

Ya en esas primeras horas, en un país del sur de Europa, cuyo pasaporte portaban por cierto cincuenta de los fallecidos, saltaban las alarmas por una avería manifestada a través de las redes sociales y que no tenía nada que ver con la mecánica de ningún artefacto, sino con la solidez ética e intelectual del país: la hicieron patente, de una parte, los que protestaban airadamente, y con grosero desprecio a las víctimas, por el aplazamiento de un programa televisivo de gran audiencia e ínfimo contenido cuyo hueco en la parrilla ocuparon las noticias sobre el accidente, demorando su horario normal de emisión; de otra parte, los que se felicitaban de que entre los muertos no hubiera verdaderos connacionales, por partir el avión, subrayaban, de una región embarcada a la sazón en un proceso secesionista.

Esta última presunción se reveló infundada: una cosa es de dónde sale el avión y otra de dónde procede el pasaje, en el que resultó haber gente de todas las regiones del país. Y el hecho de que la vileza fuera eco de un despropósito similar, meses atrás, cuando un patán ignorante situado en la trinchera contraria de esa ofuscada querrela celebró que se estrellara un helicóptero con cuatro militares del país al que no quería pertenecer a bordo, no contribuía sino a atestiguar la desoladora magnitud del destrozo propiciado por otros.

En defensa del avión injustamente imputado vino a salir quien menos se esperaba, alguien que a ojos de la gente no tiene por lo común atribuida la labor de defender a nadie: un fiscal francés,

que ante el examen de la caja negra del aparato se vio en la obligación moral de ser sincero y poner sobre la mesa la incómoda verdad. El avión funcionó perfectamente, de hecho no hizo más que obedecer con lealtad la orden que le dio el copiloto, solo en la cabina, al realizar la maniobra de descenso y apuntar el morro a la cordillera para desintegrarlo contra ella.

Después del patinazo anterior, era un buen momento para no precipitarse, pero de nuevo a la hidra opinante de millones de cabezas le pudo la impaciencia y empezaron a llamar de todo al homicida, sin pararse a recabar los antecedentes de otros accidentes similares, las razones en ellos presentes y lo que el sentido común sugiere acerca de quien yendo en cabina, con los mandos en la mano, y viendo lo que se viene encima, a él antes que al resto, se mantiene firme en el rumbo de colisión.

No había que ser demasiado sagaz para colegir que al joven piloto, acaso demasiado joven para confiarle ciento cincuenta vidas, algo le sucedía que le apartaba del colectivo de las personas sanas. Antecedentes depresivos, rasgos psicopáticos, y el sueño obsesivo de llegar un día a ser comandante de vuelos trasatlánticos de Lufthansa (la élite del pilotaje, mucho mejor remunerada que la clase proletaria del bajo coste de corto radio); un sueño que sus problemas de salud, certificados ya en sendas bajas firmadas por dos facultativos diferentes, ponían cada día más lejos de su alcance. Un cóctel explosivo que sería demasiado fácil resumir en la afirmación de que la avería estaba en él y sólo en él, en el presunto asesino suicida Andreas. Alcanza bastante más lejos, y desde luego nada tiene que ver con la máquina a la que en un primer momento apuntaron todos los dedos acusadores.

Cuando en la encrucijada de una catástrofe hay un factor humano tan deficiente, tan expuesto y tan mortífero, son otros muchos humanos, en otros eslabones de la cadena, los que han fallado en sus diligencias y decisiones. Ahora viene la amarga y penosa labor de rectificarlas. He aquí la deuda con las víctimas, a las que ya nada que se haga podrá devolver sus vidas.

Dionisos y la yihad

—*Passeport, s'il vous plaît.*

Es justo en ese momento cuando el visitante que pretende acceder al museo Bardo se da cuenta de que se ha olvidado el pasaporte en el hotel. Una negligencia imperdonable, porque le constan las medidas excepcionales de seguridad que a raíz del atentado del 18 de marzo están vigentes en Túnez, entre las que se incluye la identificación de cualquier persona que pretenda acceder a un lugar sensible. Y nada más sensible que el museo que fue escenario de la tragedia. Temiéndose ya que eso le impedirá el paso, reconoce que no trae el pasaporte consigo y ofrece en su lugar su DNI. Al ver el documento de identidad español, el policía, armado con un fusil de asalto, sonrío y asiente.

—*Ça va.*

Mientras su compañero toma los datos, el policía aparta el fusil y se inclina a hacerle una carantoña a la niña de poco más de dos años que junto a su mujer y otra niña mayor acompañan al visitante. Apenas acuden turistas a ver el Bardo, y mucho menos niños de tan corta edad. La niña responde al gesto del policía con una sonrisa que termina de ablandar al agente, y más cuando le suelta lo único que ha aprendido en francés:

—*Bonjour!*

—*Ah, bonjour* —responde el policía.

Tras atravesar el control de seguridad que filtra a todas las personas que acceden al recinto (a los vehículos se les impide la entrada), el visitante y su familia cubren el trecho que queda hasta el edificio del museo propiamente dicho. En la puerta, a un lado, montañas de flores al pie de la lápida que recuerda por su nombre, apellidos y nacionalidad a cada una de las víctimas del ataque yihadista; al otro, más flores aún bajo las banderas de los países que perdieron a alguno de sus ciudadanos en la matanza. Cuelgan todas unidas, comenzando por la tunecina.

El museo está prácticamente desierto. Las empleadas, en las que aún se advierte la impresión de lo sucedido, muestran una gratitud más que palpable hacia quienes se atreven a desafiar la amenaza de los fundamentalistas y se ofrecen solícitas para darles todas las indicaciones necesarias. El Bardo es un edificio inmenso, de tres plantas, y en todas sus salas hay vestigios de la ingente riqueza cultural que las diversas civilizaciones que pasaron por esta tierra dejaron para la posteridad. Los mosaicos son tantos y tan ricos que las paredes, por lo demás amplísimas, no bastan para mostrarlos todos. Muchos cubren los pasillos o el pavimento de las salas, sin que nada impida pisarlos. En realidad, para esa función fueron hechos, en su mayoría.

Sorprende tanto la profusión del patrimonio histórico y artístico acumulado como la escasa protección. Muchos museos del mundo darían lo que fuera por albergar alguna de sus piezas, que rodearían de las mayores medidas de seguridad. En el Bardo, el mosaico que retrata a Virgilio y las musas, una joya única, cuelga sin más en un corredor donde nadie vigila.

Son salas y salas llenas de obras singulares, pero la imagen que se quedará grabada en el visitante le aguarda en la sala de Hércules y Dionisos, y más en concreto en la vitrina que protege a este último. A media altura, un impacto de bala lo perturba todo, a la vez que atestigua que alguien, acaso mientras miraba la estatua del dios griego, fue objetivo del fuego homicida.

Es todo un símbolo: la divinidad que representa el culto a la vida y sus goces, con el balazo de quienes sostienen el culto a la muerte. Lo que Dionisos encarna, la libertad y la alegría de vivir, está amenazado, y Túnez es hoy donde se libra la batalla contra sus enemigos. Es triste, además de injusto, verlo tan solo como Dionisos, tras su cristal astillado por las balas de la yihad.

El tipo se llama Yuan y es un fiero. Un *crack*. Un monstruo. Vamos, que casi no hay palabras para describir lo que es.

Podríamos no haberlo sabido, pero la fortuna es caprichosa y a Yuan, un joven varón chino residente en la ciudad de Changsha, en la provincia de Hunán, le salió al paso y le alcanzó de lleno en forma de un accidente de tráfico. A veces, ya lo experimentó Fleming con la penicilina, el conocimiento es fruto del azar. Y es que fue a raíz del percance viario de Yuan como se destapó el pastel que celoso y laboriosamente ocultaba. Al tener noticia del suceso, y de que el bueno de Yuan estaba en el hospital como consecuencia de las lesiones sufridas, empezaron a presentarse allí, una por una, las 17 jóvenes con las que mantenía simultánea y solapadamente relaciones sentimentales, y también de otra índole, con el aprovechamiento necesario para que una de ellas hubiera concebido un hijo con sus genes.

Se conocían casos de jefes chinos corruptos que con el fruto de su rapiña mantenían múltiples amantes, en número de hasta varias decenas, lo que ya sugería que la abnegación y la productividad que suele atribuirse a quienes ostentan esa nacionalidad no se limitaba al trabajo. Ahora bien, hay que reconocer que cuando uno es un jefe corrupto, y dispone de la liquidez que esa condición lleva aparejada, cuenta con una baza nada desdeñable: el dinero que puede invertir en cada amante y la reparación que por vía pecuniaria puede darle para hacerle olvidar cualquier eventual desatención. Sin contar con las tareas y los detalles que la holgura económica permite subcontratar a terceros, desde comprar regalos en cada ocasión señalada hasta reservar un lugar donde perpetrar una cena romántica.

Sin embargo, el caso de Yuan desborda todo lo conocido hasta ahora porque, por lo que de él se sabe, no sólo no es un hombre acaudalado, sino que lo insostenible de su tren de vida le impelía a sacarles a algunas de las mujeres a las que había engatusado lo que se gastaba con otras. Para hacer eso, drenarle el efectivo a la mujer cortejada, que implica un mínimo de esfuerzo y despliegue seductor, y poder mantener a la vez otros dieciséis cortejos simultáneos, es necesaria una energía mental, y cabe suponer que también de otra naturaleza, que coloca a este don Yuan de Changsha en un lugar de excepción dentro de la larga y variada tradición del donjuanismo universal.

Secretamente, o no, todos los que tienen conocimiento de su historia se regocijan imaginando ese momento apocalíptico: cuando se persona en las urgencias del hospital la primera novia, y luego la segunda, y luego la tercera, y luego la cuarta... Y así sucesivamente. No sabemos si Yuan está consciente o no; a efectos de imaginarlo concedámosle que no, o que lo está pero los médicos no permiten pasar a ninguna de sus enamoradas, que empiezan a congregarse en la sala de espera, y a desvelarse unas a otras lo que allí está ocurriendo. No debe de tardar mucho en establecerse entre ellas esa solidaridad que surge de manera natural entre las víctimas, ya sea de una infidelidad o de cualquier otra clase de juego ventajista. Con el arrebató de la indignación, se cuentan unas a otras de qué forma las tenía engañadas el herido, cuya reputación ante ellas (o

quizá habría que decir la suma de sus diecisiete reputaciones) estalla en mil pedazos que ni toda su labia ni todos sus esfuerzos lograrán recomponer.

Podemos imaginar, y muchos celebrarán, el vacío inmenso que se hará en la vida de Yuan cuando salga del hospital y no tenga que multiplicarse para atender sus diecisiete romances. La cuestión, con todo, es lo que durará ese vacío. Lo difícil es engañar a las primeras diecisiete. Para engañar a las siguientes le bastará con cambiar de ciudad. Y en lo sucesivo, ir más atento al volante.

Palmira blues

2015-2016

Para ti, lector que, pudiendo no hacerlo, decides sostener al autor

No hace falta inventarse nada. Hay fragmentos de grandes libros en todas partes. En cada persona.

SVETLANA ALEXIÉVICH, *Los muchachos de zinc*

Un mal rato

Este hombre está pasando un mal rato. A la salida de su casa, conducido por los agentes que provistos de un mandamiento judicial han entrado en ella para detenerle, le aguarda un enjambre de cámaras que inmortaliza con fruición el ominoso momento. Luego habrá mil especulaciones, algunas de ellas culpando a sus compañeros de partido, ahora en el gobierno, de darle el soplo de la acción policial a la prensa para utilizarlo a él, que un día fuera ministro y vicepresidente estrella de otro gobierno anterior, como chivo expiatorio de responsabilidades que abarcan un perímetro más amplio. Quién sabe, aunque no hay que irse tan lejos: cuántas veces, y desde cuántos despachos, a veces muy próximos a las diligencias, se han filtrado actuaciones similares para que quedaran oportunamente filmadas.

Sea como fuere, nuestro hombre va cualquier cosa menos contento: posee la inteligencia suficiente (incluso alguna más) para percatarse al instante del símbolo y el icono en que se está convirtiendo. Por si pudiera quedarle alguna duda, cuando se inclina para entrar en el vehículo, uno de los agentes le asienta la mano en el occipucio, como haría con cualquier quinquí. Ve la cámara que apunta, dispara y le inflige la foto de gracia, y no puede dejar de darse cuenta de que la suerte está echada y su epitafio grabado en términos virtualmente irrevocables.

El mal rato se prolonga siete horas. Siete. Número cabalístico, para redondear el símbolo, ese símbolo que no querría pero lleva camino de encarnar. Requisan la documentación de su casa y de la oficina en su presencia y, consumado el pillaje de los papeles comprometedores, lo sueltan para que rumie lo que van a concluir los jueces sobre ellos después de que los agentes los desbrocen; cuál será la decisión que sobre esa conclusión pronuncien, manden y firmen en resolución dictada en nombre del rey. En el mandamiento con el que han violado la intimidad de su domicilio se le imputan delitos fiscales, de blanqueo de capitales y de alzamiento de bienes. Alguno podrá estar prescrito, pero no es fácil que lo estén todos. Y son demasiados. Demasiados como para que nuestro hombre no se acuerde de esa comparecencia en cierto Parlamento en la que un diputado le preguntó si tenía miedo y, cuando él, flamenco y torero como es, le preguntó a su vez si se refería a si tenía miedo de él, le aclaró que el miedo del que le hablaba era del miedo a perderlo todo. Dándose mal, la partida judicial en la que está envuelto, y que se suma a otras, bien podría apuntar a ese desenlace.

Puede que se pregunte por qué. Quizá no quiera recordar, o él lo vea de otra forma, que tuvo las riendas de la economía de su país, y que, ejerciendo como mago, y empeñado en meterle el turbo al PIB, ayudó a cebar una burbuja inmobiliaria que deparó años de crecimiento y empleo explosivos para acabar estallando salvajemente en las narices de muchos. Que luego le dieron la

batuta de la economía mundial, con rango de jefe de estado, y que fue bajo su mandato cuando terminó de consumarse el derrumbe de un sistema financiero basado en ficciones titulizadas con ladrillos ruinosos como activo subyacente. Que a su vuelta a su país, y como premio, pilotó la formación de un falso gigante bancario que enterró, de nuevo bajo una pila de inmuebles sin valor, las ilusiones y los ahorros de cientos de miles de personas. La suma de esos tres desastres que llevan de uno u otro modo su firma le ha puesto a los pies de los caballos. Aunque no sea de eso de lo que le acusa el juez que ha bendecido que le allanen la casa y el despacho y lo traten como a un chorizo.

Va a tener unos días para pensar en ellos: en los muchos que festejan el mal rato que ha pasado, y los que vengán, porque lo identifican a él con su propio Mal Rato. Con mayúscula.

Seso oral

Son curiosas las etimologías. Por ejemplo, «asesoramiento», derivada de «asesor», que a su vez proviene del latín, «assessor», la persona que se sentaba junto al juez y le aconsejaba para mejor sentenciar los casos que se le sometían. El nombre procede del verbo «assidere», que significa «asistir» o «ayudar», y que a su vez se forma sumando el prefijo «ad» al verbo «sidere», «sentarse».

O por ejemplo, «seso», del latín «sensus», que significa tanto «sentido», en la vertiente de la pura percepción, como «juicio», en lo que respecta al análisis y la reflexión sobre lo percibido, y con la que se relacionan palabras como senectud o senador.

Una palabra parece contener la otra, en castellano, pero en realidad no es más que una coincidencia fonética, al provenir una de la pérdida de la consonante nasal y la otra de la habitual conversión de la ese doble en ese sencilla. Y, sin embargo, esa homofonía viene a resultar simbólica. Incluso propicia un juego de palabras: quien asesora debe tener seso, porque es ese bagaje de la perspicacia el que permite contribuir a fundar un juicio y por tanto ayudar a quien ha de tomar cualquier decisión.

Viene al pelo esta caprichosa relación entre seso y asesoramiento para dar cuenta de la conducta de un par de senadores (en el viejo sentido de padres de la patria), a quienes se presume en tal calidad bien dotados de «sensus» y a quienes una investigación de hipotéticos blanqueos y cohechos de otra autoría desvela como bien remunerados asesores de una empresa constructora. A dicha compañía aportaron su juicio y percepción de ciertos alambicados asuntos, mientras recibían del contribuyente sus emolumentos como parlamentarios y se les suponía dedicados a las cosas del común, antes que a sustentar o a promover particulares empeños, labor esta en la que, sin prejuzgar otros aspectos, no podía no pesar de alguna manera su condición de representantes públicos muy próximos a la autoridad.

Las sumas son suculentas, de cinco cifras la percibida por uno de ellos y de seis la que correspondió al otro. Comoquiera que ambos siguen cobrando con cargo al erario público, y no en escasa cuantía, la revelación causa un revuelo que los enfrenta a la necesidad de ofrecer a la ciudadanía una justificación. Uno de ellos opta por transitar una peliaguda cuerda floja: la que separa lo ético de lo legal. Admite, con cierto bochorno, que haber sido tan sustanciosamente retribuido por servir a fines privados mientras estaba desempeñando un cargo público puede no obedecer a la ética más acrisolada, pero no supone ilícito alguno, en tanto que la cámara le había autorizado la compatibilidad.

El otro, que afronta un reproche social mayor, debido a que sus ganancias quintuplican las de su compañero, en pago por un asesoramiento del que no consta ningún documento soporte, se revuelve con fiereza y asegura que se trata de la actividad normal de su despacho. Que puso en su tarea de consejero, que también era compatible de acuerdo con el permiso concedido por la cámara, enormes energías que compensan la no redacción de un documento que reflejara los consejos prestados. Volviendo a las etimologías del principio, prestó su «sensus» como «assessor», del mismo modo en que lo hacían quienes aconsejaban a los antiguos magistrados romanos, en procesos a menudo orales y en los que también regía la oralidad para asistir al juzgador.

El problema, que ahora debe dilucidarse, es el crédito que tiene, hoy día, esta suerte de (llamémoslo así) «seso oral». Quien paga sumas tan abultadas suele pedir algo que refleje el servicio, a fin de justificar su realización ante el fisco y sus accionistas. También quien asesora tiene interés en dejar constancia de lo que hizo, para no levantar suspicacias. ¿Por qué aquí no hubo nada? Inocente presunto, mientras no se pruebe lo contrario, acaso no anduvo del todo sensato, el sesudo asesor.

La hora del trigo

Suele suceder. Hay un momento para la urdimbre, para la prospectiva, para el discurso y finalmente para la prédica. Son coyunturas interesantes, donde una inteligencia bien afilada y un ego consistente encuentran ocasión para la exhibición y para darse el deleite que produce seducir y convencer a otros. No digamos, ya, el que causa ver cómo el adversario, tras la inicial incredulidad, incluso el desdén, va perdiendo pie y resbalando lenta o precipitadamente hacia la alarma, el desplante o el temblor de rodillas y los primeros traspies y torpezas. De todas estas etapas, con una creciente sensación de triunfo y autorrealización, disfruta el ingenioso ideólogo-estratega como de la oportunidad para la que se preparó desde más allá de donde le alcanza la memoria.

Sin embargo, ah, sin embargo.

Es en el momento en que todo empieza a ir bien, en el que la nave llega a su velocidad de crucero y poco a poco, día a día, la va incrementando hasta alcanzar esas cotas por las que nadie habría apostado ni en sus peores o mejores sueños (dependiendo del soñador en cuestión), cuando comienza soterradamente el desastre. Con sus más rutilantes logros, alcanzados por lo común a través de personas interpuestas, porque tal es la condición de quienes tienen mayor inspiración para ingeniar y maquinan transformaciones, se empiezan a sentar las bases de su declive e irremediable caída. No es sólo que quienes supieron ver y urdir lo que entonces no existía no suelen ser compatibles con toda la mugre que en cada momento existe, y con la que más pronto que tarde hay que transar, so pena de condenarse al deshabitado limbo de la pureza; también es que no disfrutan de ese ajuste como si lo hacen quienes, con menos aspiraciones generales, han afinado mucho mejor el mecanismo de las aspiraciones particulares, que son las que a la postre conducen a ser y contar en toda circunstancia, y no sólo cuando todo se tambalea.

Y si encima uno ha tenido un desliz, algo que pueda utilizarse en su contra, la amargura del instante se ve redoblada por la inapelable crudeza de la refutación y la imposibilidad de seguir adelante. Durante un tiempo, como para disimular, es posible que los camaradas que secretamente han comenzado a tomar distancia hagan como que te amparan, como que te cubren en la flaqueza. Incluso pueden llegar a sostener cosas inverosímiles, como lo es recurrir al argumentario con el que se pertrecha el enemigo, y que una y otra vez se señaló como ejemplo de infamia, trapacería y deshonestidad. Al final, todo se olvida, nada compromete para siempre a quien sabe nadar y guardar la ropa. Pero sí a ti.

Desde ese momento, aunque el desenlace se produzca más tarde, aunque halle otro pretexto, incluso aunque se niegue la discrepancia que ha fisurado el asiento del ideólogo-estratega en la organización que en buena medida salió de su magín, la historia está escrita y es sólo cuestión de tiempo que empiece a cumplirse en sus propios e implacables términos. Una vez que surge tu flanco débil, estás listo, y para comprender cómo eso te socava a ti como no socava a otros, mejor adaptados a la pervivencia en este entorno de doble lenguaje permanente, basta con mirar alrededor y constatar a quiénes sus errores no les extienden factura, o desde luego no la que te acaba extendiendo a ti.

Acaba llegando el momento en el que eres tú, voluntariamente y dando el paso ante todos, quien se administra por propia mano la cicuta. No hay que leer este instante en términos morales, tal y como hábilmente propuso (y logró vender) el más listo de los griegos para la exégesis de su personal tránsito. Es, sólo, la naturaleza de las cosas. Algunos valen para predicar, pero sobran, aparatosamente, cuando toca dar trigo.

No sin mi subvención

Soy uno de ellos. Como muchos de mis compañeros, empecé a entrenar de muy pequeño, en campos municipales puestos a disposición de los equipos infantiles de mi ciudad natal, campos construidos y mantenidos con dinero del contribuyente, en terrenos de titularidad pública. En mi ciudad, como en otras muchas, había además subvenciones para favorecer el llamado fútbol de base; de hecho, era más el dinero que se dedicaba a esta finalidad que el destinado, por poner un ejemplo cualquiera, a pagar el personal, el mantenimiento y la renovación de los fondos de las bibliotecas públicas. En fin, en mi barrio, con varias pistas deportivas, ni siquiera había biblioteca pública.

Como era bueno, fui subiendo de categoría, jugaba en equipos cada vez mejores y acabó llegando el momento en el que pude incorporarme a los juveniles de un club importante. Así fue como pasé a jugar en sus categorías inferiores y a entrenar en los campos de que disponía este club. Estaban en parcelas ventajosamente recalificadas en su día, con menos cargas urbanísticas de las que recaen sobre cualquier otro propietario de terrenos; incluso algún campo estaba en terrenos públicos, dados en usufructo al club en condiciones igualmente benignas.

Era lo que los gobernantes creían, más que conveniente, obligado, para apoyar una actividad que daba lustre y renombre a la ciudad y alegraba la vida de los aficionados. Por esa misma razón, un avisado presidente de aquel club logró que el ayuntamiento y la comunidad autónoma comprometieran anualmente fondos para subvencionar esos equipos inferiores, que además extendían el hábito del ejercicio físico entre la chiquillería de la ciudad y, con un poco de suerte, como la que hubo conmigo, contribuirían a que en el futuro una estrella del balompié nacida allí pasara por el mundo el nombre de la ciudad y la comunidad que tan generosamente prestaban su respaldo al club.

Con aquella camiseta debuté en la primera categoría del fútbol nacional, enfrentándome a los jugadores de otros equipos que habían disfrutado de ventajas análogas para formar su cantera, y que amén de todo eso se beneficiaban de avales prestados por administraciones públicas y cajas de ahorros y de una comprensión infinita por parte de Hacienda y de la Seguridad Social, en vez de los embargos fulminantes que caían sobre cualquier otro de sus deudores. Para redondear, resultaban agraciados, como mi club, con sustanciosas sumas en derechos televisivos por los que pujaban, contribuyendo a subir los precios, televisiones públicas en trance de quiebra que cada año recibían aportaciones presupuestarias para poder cuadrar sus cuentas. De nuevo, siempre ahí, al quite para ayudarme, el contribuyente.

Merced a esa asistencia financiera estatal, en todos los eslabones de la cadena que lleva a la producción y mantenimiento de un futbolista de élite, he podido cobrar y cobro un salario anual de siete dígitos, lo que arroja una paga semanal de cinco cifras. Durante los últimos años, por una parte de ese dinero, denominado convenientemente «derechos de imagen», y percibido a través de una sociedad mercantil de la que soy el único dueño, me las he apañado para soportar un tipo impositivo efectivo más bajo que los contribuyentes que ganan en un año lo que yo gano de lunes a domingo. Pero he aquí que un ejército de malvados inspectores de Hacienda se ha movilizado

para inspeccionarnos a mí y a mis pares y aplicarnos una puñeta que llaman «valoración de operaciones vinculadas», y que me lleva a tributar como cualquiera que gane lo que yo, nada menos que la mitad de la pasta, en números redondos. Un verdadero atropello.

Por lo cual, hago huelga y os conmino, a todos: Si queréis fútbol, dejadme pagar menos. Seguid subvencionándome.

Yo, ceramista

Aunque lleve años dándoselo todo, aunque no sea el único que cree desempeñarla, resulta que mi profesión no existe. Lo descubrí el día que tomé la decisión de entregarme a ella y acudí a darme de alta, como cualquier otro profesional, en el Impuesto sobre Actividades Económicas. Entre sus muchos y pormenorizados epígrafes, aprobados por un Real Decreto (esto es, nada que cueste mucho modificar: cada año se firman miles), me dijo el funcionario que me atendió que no existía ninguno relativo a lo que yo me proponía hacer. La solución a la que se había llegado era aplicar por analogía el epígrafe 861, referido, entre otros, a ceramistas y artesanos. Desde ese día mi tarea se confunde para Hacienda con la de moldear barro. Como metáfora no está mal, y vaya por delante mi respeto por quien lleva a cabo esa labor, o cualquier otra, con dignidad y competencia.

La cosa es que yo no moldeo barro. Escribo libros.

El problema de ejercer una profesión inexistente para la autoridad tributaria es que una y otra vez, a la hora de aplicarle las leyes fiscales, se producen quebrantos y disfunciones. Así como un fontanero puede deducirse sin problema los metros de tubería que compra, o la gasolina que gasta para ir de una chapuza a otra, el escritor lo tiene mucho más crudo. No estando siquiera su oficio contemplado entre las actividades económicas reconocidas, mal puede contar con que se le acepte que tanto en la redacción de un libro (tarea que puede llevar años, y pesquisas y diligencias sin cuento) como en su defensa posterior en un país que no se distingue por su voracidad lectora (empeño que consume muchas de sus horas y le empuja a hacer decenas de miles de kilómetros al año) existe una variedad de costes necesarios para obtener los ingresos. Costes que, con arreglo a lo que las propias leyes fiscales contemplan como principio general, bien pueden tener la consideración de gastos deducibles.

Por eso, cuando al literato le revisa la Agencia Tributaria las cuentas, y a menos que haya aceptado que su actividad vive del aire y se haya limitado a desgravarse la amortización de la herramienta de escritura (antaño la máquina, hoy el ordenador), la mesa sobre la que escribe y alguna otra obviedad de ese estilo, le aguarda la inexorable rectificación de sus bases imponibles. Así, descubrirá, verbigracia, que no puede hablar por teléfono móvil (con sus editores, su agente, o cualquiera de las muchas personas con las que interactúa en su trabajo), ni hacer en su coche un viaje profesional y considerar como gasto la gasolina; ni siquiera tratar como tal la luz que

permite que alumbre su flexo o se encienda el ordenador, o la conexión a internet que usa a diario para documentarse. Yo, que me tengo por escritor, ceramista a ojos de la Agencia Tributaria, no lo digo porque me lo hayan contado. Lo digo porque lo han visto mis ojos; no son naves ardiendo más allá de Orión, pero a quien en conciencia no creía estar haciendo nada incorrecto no deja de desconcertarle.

También he visto cómo se dejaba de aplicar, de golpe y porrazo, la única norma que en la legislación fiscal atendía a mi actividad, permitiendo atenuar la progresividad de la imposición en el caso de derechos de autor percibidos como anticipo a cuenta de obras que luego se vendían en varios ejercicios. Y ello, pese a haberla aplicado en ejercicios anteriores con la bendición expresa de Hacienda y haberlo confirmado con inspectores que hasta se remitieron a resoluciones de la Dirección General de Tributos para avalarla. Sin embargo, nunca, hasta hoy, he juzgado oportuno escribir públicamente al respecto. Y aunque alguna vez sopesé recurrir, siempre tuve previsto el eventual gasto (lo que tiene haber sido asesor fiscal en otra vida) y he ingresado sin rechistar las liquidaciones complementarias, que sumadas a lo ya liquidado por mí, a un tipo de hasta el 52 por ciento, arrojan a favor de las arcas públicas, a lo largo de la década larga que he entregado por entero a escribir, un montante de siete cifras al que no llega, ni de lejos, lo que pude ahorrar para mi familia.

He preferido hacerlo así, y no quejarme nunca. Y la verdad, después de ver cómo despellejan a algunos compañeros escritores, ceramistas para Hacienda, por haber tenido la osadía de exponer públicamente sus cuitas tributarias, veo que hice bien. Aunque me conste que hay empresas que se desgravan *rentings* de coches de lujo, o el coste de amortizar aviones y aeródromos de uso privado, con la bendición de Hacienda o de los tribunales. Aunque sepa que quienes nos gobiernan se regalan viajes, iPhones, tabletas y se indemnizan a sí mismos por gastos de alojamiento en ciudades en las que poseen varios inmuebles. Aunque la ley haya permitido durante años a los millonarios del balón, que centuplican mis ingresos, pagar menos de la mitad por eso llamado artificialmente «derechos de imagen».

Porque nadie podrá decirme, como a otros, que no arrimé el hombro lo que me tocaba. Y porque, cuando alguien, como tiende a suceder en mi país balompedófilo y culturofóbico, me acuse de vivir de la dádiva o del subsidio, me permitiré sonreír de oreja a oreja. Y dicho lo anterior (porque a nadie puede impedirse decir lo que cree que es razonable o deja de serlo), que quien en cada momento gobierne, con el voto de la ciudadanía, decida lo que es justo que este contribuyente pague o deje de pagar.

Y a eso, como buen ceramista, me seguiré ateniendo.

Palmira blues

Este es un cuento de fantasmas. Como el de aquel cuento de Oscar Wilde, ambos son oriundos de las islas Británicas. Uno murió hace casi noventa años. De la muerte del otro acaban de cumplirse ocho decenios. Se llamaban Mark y Thomas Edward, pero casi todo el mundo tiende a mencionarlos por sus apellidos: Sykes y Lawrence.

El fantasma de ambos sobrevuela en estos días las tierras situadas al norte de la península Arábiga, que ambos conocieron en distinto grado. Sykes estuvo allí poco más que como turista, de lo que le salió un libro, *La última herencia del Califa*, en el que atestiguaba la agonía del Imperio otomano y describía a los árabes como un conjunto de tribus sin cohesión. Con ese bagaje, y aunque ni siquiera hablaba árabe, el gobierno británico lo llamó en 1915 como asesor para asuntos de Oriente Medio.

Lawrence, en cambio, había desarrollado varias campañas arqueológicas en Siria, había aprendido a hablar el árabe con fluidez y en 1916 estaba en Yedda, tratando de convencer al jerife Hussein, emir de La Meca, de que se alzara contra los turcos, cosa que logró, además de dirigir de facto la campaña. Al frente de un ejército beduino, cuyo jefe nominal era uno de los hijos de Hussein, Feisal, conquistó en primer término el estratégico puerto de Akaba, en el mar Rojo, cortó el ferrocarril de Medina y acabó entrando en Damasco y apuntillando a los turcos.

Lawrence había aprendido, y mostró sobre el terreno, que los árabes, si bien indisciplinados y propensos a las rencillas, tenían, contra lo que Sykes afirmaba, la incipiente conciencia de ser una nación. Y, desde su puesto, instó a sus jefes a favorecer, tras el derrumbe del Imperio turco, la formación de esa nación bajo un gobierno dirigido por la familia del emir de La Meca.

Sus consejos, basados en un conocimiento directo del terreno, llegaron demasiado tarde. Ya habían fraguado intereses y componendas para los que esa nación árabe era un escollo y un incordio que bajo ningún concepto se podía consentir. Por un lado, estaba el petróleo, que empezaba a ser un activo estratégico a cuyo control no podían renunciar en modo alguno las potencias occidentales; por otro, el arreglo al que Sykes había llegado con el francés Picot para el reparto de Oriente Medio con la principal potencia aliada de Gran Bretaña en la guerra mundial. Un reparto que se había basado en los consejos que Sykes, con su somero conocimiento de la materia, había dado al gobierno británico.

La escena tuvo lugar el 16 de diciembre de 1915, pronto hará cien años, en el número 10 de Downing Street. Allí estaban el primer ministro, Asquith, los ministros de la Guerra y Armamento, Kitchener y Lloyd George, y el lord del Almirantazgo, un tipo llamado Winston Churchill, de justa fama posterior. Ante ese auditorio, y preguntado sobre cómo podía repartirse Oriente Medio con los franceses, Sykes no dudó. Pidió un mapa y trazó una raya desde la A de Acre hasta la K de Kirkuk. Esa línea, dibujada sobre la marcha con el dedo por un indocumentado, acabó siendo la frontera entre Irak y Siria, con una rectificación de última hora que impuso el astuto Lloyd George, para entonces primer ministro, al reclamar y obtener del francés Clemenceau la región de Mosul, donde había grandes reservas de crudo.

Cuando vio consumarse el atropello, Lawrence se cortocircuitó y acabó alistándose en la RAF

como soldado raso, con una identidad falsa bajo la que desapareció del mundo. Entretanto, Sykes, tras estudiar el problema un poco mejor, se retractó de lo hecho con su asesoramiento: «Mi acuerdo con Picot es contrario al espíritu de los tiempos», llegó a escribir. De nada sirvió.

En mayo de 2015, un siglo después de la chapuza, un ejército de árabes fanatizados ha conquistado la histórica Palmira y borrado el último puesto fronterizo de esa línea artificial.

Dondequiera que estén, Sykes y Lawrence no podrán por menos que menear la cabeza amargamente, al ver cumplida en forma de pesadilla la historia que ambos, al fin, coincidieron en que era necesario escribir de un modo más constructivo.

Organización criminal

Las cuentas pueden hacerse de muchas maneras. De hecho, cada cual tiende a hacer las cuentas como más le conviene. Pero luego viene la realidad y hace las cuentas como le place a ella, que es lo que en fin vale, y a todas las especulaciones que hayan podido preceder a su crudo cálculo les pasa lo que a las cuentas de la lechera: que acaban hechas añicos por los suelos.

Uno, por ejemplo, puede empeñarse en que ha ganado unas elecciones porque le sacó unos miles de votos al segundo, pero si el hecho es que a uno prefirieron no votarle más del doble de los que le votaron, y si resulta que uno no puede pactar con nadie, y los de enfrente en cambio encuentran la manera de componerse entre ellos, lo que de eso resulta es que uno ha perdido.

Y ahora que empezamos a entender que hemos perdido, aunque creyéramos que esos votos de ventaja nos permitían sacar pecho, ahora que incluso el líder ha tenido que rebobinar su mensaje conformista del día siguiente al descalabro, lo que toca es acatar el escenario que determina la mayoría y preguntarse por qué ha sucedido lo que ha sucedido; y a partir de ahí, qué es lo que puede hacerse para contener el derrumbe, reducir los daños y tratar de remontar en el futuro. Los que se niegan a aceptarlo van quedando cada vez más en evidencia, como defensores de una posición estafalaria, frente a los que se rinden a lo que es obvio y se resignan a dar un paso atrás y dejar que otros sean quienes enderecen el rumbo. Y en éstas estamos cuando, sin darnos tiempo para enfriar los ánimos y la mente, empiezan a suceder cosas. Cosas que se parecen a un cataclismo.

Llega el jueves y un juez, el tercero por el que pasa la causa de la presunta financiación irregular de nuestro partido, no sólo respalda las imputaciones gravísimas que ya plantearon los dos primeros, sino que se despacha con un auto demoledor por el que encausa a todos los que manejaban los dineros dentro de la casa, señala al propio partido como responsable subsidiario de los perjuicios causados a la Hacienda pública y enumera contra los señalados por la instrucción una serie de cargos entre los que se encuentra, nada más y nada menos, el de organización criminal. No está calificando de tal al partido, como de forma malévola deducirán

nuestros adversarios, pero está diciendo, así sea indiciariamente, que eso se cobijó bajo su techo. ¿Cabe imaginar un golpe más terrible? ¿En algún lugar del mundo tendría la menor posibilidad de futuro el equipo dirigente de una organización sobre la que recayera semejante oprobio?

Parecería que la situación no puede empeorar, pero sí, sí que puede. El viernes, otro juez ordena irrumpir en el domicilio de un delegado del gobierno, figura destacada del partido en su comunidad autónoma, acusado de múltiples delitos de cohecho, y los policías que nominalmente estaban a las órdenes de dicho delegado le ponen las esposas. Cabría buscar formas más o menos piadosas de describir lo ocurrido, pero la más incómoda, que ya se encargarán de publicitar los rivales, es que se ha nombrado a un presunto delincuente para mandar a la policía, a la que se ha obligado a pasar el bochorno de detener a su jefe.

Y lo malo es que llueve sobre mojado, y que existen razones para temer un futuro en el que inevitablemente aflorará todavía más inmundicia. Y en este punto es cuando algunos o muchos de los leales y honrados militantes comprendemos al fin lo que no puede demorarse más. Eso que hemos estado resistiéndonos a pedir, para no favorecer a quienes tenemos enfrente. Si hasta aquí sentíamos que cerrar filas tras el líder era la manera de defender el partido, hoy las esperanzas de salvarlo pasan por dejar solo al líder ante el desastre ocurrido bajo su dirección.

Y poco a poco, cada vez más alto, empezamos a decirlo.

Feria del Libro

Aunque parezca mentira, hay quien cree que puede lograrse sin esfuerzo. Que basta con echar en el puchero cualquier cosa y el resultado imprimirlo, encuadernarlo y firmarlo. Hay señales que bien pueden despistar, desde luego: como esos chavales que ponen su efigie y su nombre, acreditados sólo por YouTube, en la cubierta de un volumen sin ningún contenido reseñable que despachan por cientos, con aire entre remoto y displicente, a una multitud de adolescentes febriles. Y este es sólo un caso, entre otros muchos, de libro de ocasión. Pero lo que aquí y en esta feria se ventila, al final, no es esto. Ni remotamente.

También te dan que pensar quienes acuden al encuentro trayendo bajo el brazo lo que hicieron sin encomendarse a nadie más que a sí mismos, quienes ponen por encima de todo a la musa que viene a visitarlos a su torre de marfil y esperan que la muchedumbre acuda a reverenciar su ensimismamiento. A veces ocurre que el ensimismado posee verdadero talento, incluso genio, o dispone de un potente aparato de propaganda. O, por qué no, cuenta con ambas bazas a la vez. La atención que se les dispensa a quienes de tales palancas se sirven turba y ofusca a quienes desprovistos de ellas esperan lo mismo y se ven mirando la nada ante sí y aprendiendo la amarga lección: en este negocio, en esta empresa, en esta aventura, llámalo como mejor te parezca, nadie

os debe nada a ti ni a tu singularidad. Se trata de poner en las manos de otro algo que le diga y le cuente y que haga mejores sus horas y sus días. Esto, amigo, no va de ti.

Y, sobre todo, lo que aquí ocurre nada tiene que ver con esas prisas que caracterizan al habitante del digitalizado siglo XXI: no hay ninguna *app* que te permita resolver el asunto cargándola en tu *smartphone* por 4,99 euros, aunque no falten gurús y mercachifles que traten de convencer de ello a los ingenuos, con el propósito acaso de seguir fomentando la idea de que lo creado puede ser copiado y apropiado por cualquiera, ya que es tan leve y tan somero el camino que puede conducir a la creación.

No, tú nunca podrás verlo así, quizá porque son ya veinte los años, veintiuna las ferias, que llevas viniendo a este parque a encontrarte con esta gente cálida y generosa que da sentido a tantas horas delante de un texto que siempre, en más o en menos, y a despecho de la experiencia y de los trucos acumulados, se resiste a ser escrito. Recuerdas los años primeros, cuando eran tan pocos y esporádicos que dudabas de tu presencia en la feria, porque una cosa era que tu cuerpo ocupara un espacio en una caseta y otra que eso fuera perceptible y tuviera un sentido. También los años de en medio, cuando poco a poco comenzó a aparecer ese lector que ya sabía a qué venía, que te conocía sin conocerte e incluso apretaba el libro contra sí, antes y después de firmárselo. A medida que iban aumentando los títulos que tenías sobre la mesa, y los kilómetros recorridos de colegio en colegio, de biblioteca en biblioteca, de feria en feria, esos lectores se hicieron más y más diversos: en su edad, en sus ideas, en sus procedencias, en lo que buscaban y encontraban en tus escritos. De algunos, con la repetición, empezaste a quedarte con las caras, incluso aprendiste a esperarlos y a saber que no fallarían. Los hay que llevan sin fallar diecisiete, dieciocho años.

Ahora, y es una de las bendiciones que jamás esperaste, y que seguramente no mereces (ésas son las bendiciones que hay que desear, los regalos que la vida te da sin estar en condiciones de exigirselos), llegan a hacer cola bajo el sol y a tenerte tres horas sin parar de estampar tu caligrafía deplorable en las páginas de libros que escribiste hace dos meses o hace veinte años, cuando todo aún era nada, cuando apenas firmabas a nadie.

El reto, nunca lo olvides, es que dentro de veinte años sigan ahí, sintiendo que es suyo lo que entonces puedas escribir.

De Sol a Cibeles

Es posible, muy posible de hecho, que fueras uno de los que hace cuatro años, poco más o menos, despachaban aquello de Sol como el alarde de una pandilla de colgados y perroflautas que el tiempo se llevaría sin dejar rastro. Uno de los que en lugar de fijarse en lemas nunca antes vistos en una pancarta (como aquel que decía, escuetamente, «lee más») y que revelaban algo diferente,

cargaron sobre sus consignas más utópicas, anacrónicas o manidas para reducir aquel movimiento al perfil inofensivo de *déjà-vu* del izquierdismo más burdo y trasnochado.

La interpretación que te tocaba sostener era que aquello no pasaba de ser flor de un día, una amalgama amorfa de antisistemas irredentos, viejos despistados y niños ociosos ansiosos de tuitear revoluciones con el iPhone, y a la que sólo la atención excesiva y caprichosa de los medios otorgaba alguna entidad. Las elecciones que justo por aquel entonces se celebraron, y que dieron todo el poder a los de siempre, e incluso reforzaron la posición institucional de los más conservadores, eran la prueba del nueve. La bulla en la calle quedaba ahogada bajo el silencioso veredicto de las urnas, que en adelante permitía presentar a los alborotadores como enemigos de la democracia, como simples organizadores de algaradas que se arrogaban un peso superior al que les correspondía, a tenor del voto de los ciudadanos que seguían apostando por los representantes del sistema.

Con ese diagnóstico, y la facilidad del rodillo que aquellas mayorías, absolutas o apoyadas en socios favorables, daban a los tuyos para decidir en las cámaras y los municipios, cediste a la tentación de relajarte y de creerte a pies juntillas tu propio cuento. Durante cuatro años te dejaste llevar por la inercia, sin pensar que en esta función todo es eventual y de prestado.

Ocupado como estabas con tus cosas, no concediste mayor importancia a todos los desbarros y escándalos, del pasado y del presente, que entretanto iban aflorando: la experiencia te invitaba a confiar en que el paso del tiempo acabaría enterrándolos, por una parte; y por otra, seguías viendo demasiado inconsistentes a los herederos de aquel mensaje nacido en Sol en la primavera de 2011. Frente a sus demagogias baratas y sus proclamas folclóricas, y pese a las expectativas nacidas de unas elecciones europeas cuyos resultados tenían contrastada propensión a lo estafalario, había un gobierno haciendo lo que había que hacer: contentar a los acreedores y equilibrar las cuentas.

No podía pasar nada, y sin embargo he aquí que ha pasado. Los números que llevan un cuarto de siglo saliendo a los tuyos dejan de salir y ponen en bandeja el poder a quienes se pasaron cuatro años al otro lado de las barricadas. Tu jefa se resiste con uñas y dientes a aceptar su desalojo, hasta llega a negar legitimidad a quienes pueden formar la mayoría que a ella le resulta impracticable y propone los más pasmosos pactos para impedirles agarrar el bastón de mando. Todo en balde: ahora ese bastón lo sujeta una alcaldesa aupada, entre otros, por los perroflautas utópicos que hace cuatro años te parecían tan de chiste.

De sentarse sobre el pavimento de Sol, hasta colocar en el sillón del palacio de Cibeles a una candidata que los representa y que se convierte en portavoz de muchas de sus demandas. Una exjuez que empieza diciendo que quiere menos discursos (eso que no escucha nadie, y que a casi nadie mueve a recapacitar) y más conversaciones, y que está dispuesta a sostenerlas aun con aquellos que no la votaron ni la votarán, y a quienes se apresura a aclarar que nada tienen que temer de ella.

La ves sentada ahí, la escuchas hablar, y piensas en lo que tardará en cagarla, en mostrar la

insolvencia de su proyecto. Por lo pronto, lleva en su lista un concejal que tuitea chistes antisemitas. Dándole con saña en ese talón de Aquiles, y en otros que saldrán a la luz, no debe de costar mucho dejarla en evidencia. Hoy por hoy, este es todo tu triunfo. A partir de este momento, dejas de ser un cargo de libre designación municipal, nada mal remunerado, para pasar a convertirte en un parado más. Y como tú, cientos, o miles, en muchos otros ayuntamientos.

Va a ser verdad. Que no se ganó. Que se perdió. Las elecciones. Madrid. Donde se gana y se pierde todo lo demás.

Hipercor, 28 años después

Era una tarde de junio. El centro comercial estaba lleno de gente. En su aparcamiento había un Ford Sierra. El maletero del Ford Sierra estaba lleno de amonal. Poco después de las cuatro de la tarde de aquel 19 de junio, el temporizador detonó la carga. Murieron 21 personas, entre ellas varios niños. La mayoría de las víctimas eran mujeres. Otras 45 resultaron heridas.

El centro comercial se llamaba Hipercor y estaba situado en la avenida Meridiana de Barcelona. Corría el año 1987, y existía todavía una organización llamada Herri Batasuna. En un comunicado que difundió tras la matanza, dicha organización lamentó el bombazo de manera impersonal, como si fuera una desgracia caída del cielo. Las únicas responsabilidades concretas que encontró en el hecho, y se detuvo a señalar, fueron las que en su criterio correspondían a la policía y a la empresa propietaria del centro comercial por no desalojarlo a tiempo, y causar con ello una mortandad que en realidad perseguía finalidades propagandísticas. Visto en retrospectiva, resulta alucinante, pero en aquellos días era normal escucharles a sus portavoces cosas como aquella: si alguno de ellos hubiera sostenido que el Sol da vueltas a la Tierra o que los conejos cazan lobos a nadie le habría producido mayor asombro. Tal era la marca de la casa.

Por aquellos años existía en la comunidad agredida por este nada delicado procedimiento del coche-bomba una entidad llamada la *Crida a la solidaritat en defensa de la llengua, la cultura i la nació catalanes* (en denominación abreviada, la Crida). En teoría, defendía el catalán frente a la amenaza de la lengua española. La práctica llevó a que se le imputara alentar una variedad de actos de afirmación independentista, incluidos algunos con tipificación penal: lanzamiento de cócteles molotov, robo de banderas, daños, vivas a terroristas. Por alguno de ellos llegó a condenarse a algún dirigente. Hubo un cierto escándalo cuando se publicó que subvenciones dadas por la Generalitat, y destinadas en teoría a otros menesteres, habrían acabado yendo a parar a cuentas corrientes de responsables de la organización.

Según los diarios barceloneses de la época (esta es la fuente que tenemos, con todas sus limitaciones), tras lo de Hipercor, la Crida «coincidió» con el comunicado de Herri Batasuna. Sucede además que con posterioridad, y según informes policiales, llegó a ofrecerle su apoyo

para la campaña de las elecciones al Parlamento Europeo. Por aquellos años era portavoz un ciudadano de apellido Sànchez (versión catalanizada del muy castellano «hijo de Sancho») que, dicho sea de paso, y también según los diarios de entonces, manejaba una de las cuentas bancarias adonde fueron a parar subvenciones dudosamente justificadas.

Han pasado veintiocho años, y este solsticio de verano de 2015 es buen momento para recordar a esas 21 personas a las que se les cortó atrocemente el camino, en su madurez o en plena infancia. También la indignidad con que algunos rehusaron atribuir la conducta a quienes pusieron el explosivo en un lugar donde sólo podía hacer un daño indiscriminado, para cargarlo en la cuenta de quienes gestionaron como pudieron la deficiente información suministrada por los verdugos, en una de tantas ocasiones en que se amenazaba de bomba por aquellos oscuros días.

Igualmente es momento a propósito para recordar a todos aquellos que, ya fuera suscribiendo ese comunicado, ya ayudando a cosechar votos, vinieran a convalidar de un modo u otro tal alarde de insensibilidad. El tiempo pasa, los muertos quedan atrás, pero los vivos continúan. Aquel portavoz Sànchez, que desde la Crida combatía entonces la castellanidad que desprende su apellido, sigue en la brecha, como líder de la influyente asociación que impulsa la declaración de independencia.

Y es que, a veces, la Historia retorna de manera inoportuna.

Sun Tzu en el Éufrates

Érase una vez un impetuoso líder mundial que no había leído, o si alguna vez lo leyó se le había olvidado, *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Quizá por eso no pudo tener en cuenta los sabios consejos del viejo general chino, y en particular este: «Por lo general, en la guerra es preferible preservar un país que destruirlo». En la ignorancia de tan juiciosa advertencia, el líder mundial decidió resolver unas cuentas que tenía con un líder no mundial, y de paso alcanzar algunos objetivos añadidos, aplastando primero su ejército, sin privarse para ello de arrasar poblaciones e infraestructuras, y desmantelando después por completo el país en que este segundo líder ejercía su tiranía. No sólo envió al paro a los soldados vencidos, sino también a los policías y todos los funcionarios, sobre los que hizo recaer el estigma de haber servido a su adversario. El resultado no se hizo esperar: por el país desmantelado se extendió el caos, y al calor del caos medraron toda clase de aventureros y malhechores.

Cuando se encontró con el desaguisado, el líder mundial no se alteró. Para eso comandaba una coalición internacional que tenía una absoluta superioridad militar sobre el terreno. Reprimió con dureza a insurgentes y maleantes y llenó las prisiones de detenidos. En estas cárceles fueron a dar con sus huesos, entre otros, un buen número de rebeldes que combatían en el nombre de Dios (o lo que es lo mismo: de su idea de Dios); individuos fanatizados a quienes la prisión no disuadía, ni

mucho menos, sino que suministraba una ración de rabia suplementaria para proseguir la lucha. Uno de ellos, a quien sus captores consideraban un preso de confianza, porque no armaba alboroto, recibió permiso para ir a otras cárceles a aplacar a los levantiscos. Permiso que el preso aprovechó, y de qué modo.

En lugar de convencerlos de que se sometieran al poder de los invasores, lo que el preso de supuesta confianza hizo fue el inventario de todos los insumisos, a quienes exhortaba a fingir docilidad para, una vez liberados, reunirse, organizarse y lanzarse contra el enemigo en pos de un desquite en toda regla. La empresa parecía quimérica, pero logró llevarla a cabo. Hasta tal punto que se hizo con un buen pedazo del país en cuestión y con otro del país colindante, según la raya más bien arbitraria dibujada por unos extranjeros un siglo atrás. En ese empeño, consecuencias de ignorar la sabiduría china, contó con la complicidad de muchos de aquellos militares derrotados y despedidos, cuya competencia en las cosas de guerrear le permitió formar un ejército que se enfrentaba con éxito a las unidades improvisadas y desmoralizadas que después de la retirada de la coalición quedaron sobre el terreno para defenderlo. Cuando sus aguerridas huestes capturaron la segunda ciudad del país, el antiguo preso, investido de un liderazgo indiscutido, se proclamó califa.

El territorio de su califato es impreciso y discontinuo, apenas vertebrado por un río, el Éufrates, que vio nacer y morir a tantas civilizaciones. Desde que proclamó su Estado, el califa se las ha de ver con una poderosa coalición internacional, que lo busca sin tregua y que bombardea a diario sus posiciones, aunque no logra desalojarlo. Como cualquier jefe militar, necesita aducir victorias frente a los suyos, reto difícil cuando se está en inferioridad. Así y todo, se las ha ingeniado para apuntarse sus tantos. Por ejemplo, capturando viejas ruinas desprotegidas que para él no valen nada y a las que el enemigo es peculiarmente sensible. Y de otro modo, más sutil y atroz: infiltrando tras sus líneas agentes que golpean al unísono sin que quepa detenerlos, porque salen de la nada y atacan sin contemplaciones.

Dice Sun Tzu: «Sutil hasta el punto de no tener forma, inescrutable hasta el punto de ser inaudible». Diríase que a orillas del Éufrates sí que lo leen. Cuidado con subestimarlos.

Tristezas de Varufakis

La historia es larga, espesa, embrollada, y hasta sus últimos detalles y consecuencias pocos la entienden. Incluso entre quienes la cuentan o en los últimos días no dejan de comentarla en toda suerte de tribunas y tertulias. Todo viene de muy atrás, quién sabe si de los lejanos días del siglo XIX en que los griegos conquistaron su independencia de los turcos, desde los que su Estado nunca ha terminado de funcionar y se han reiterado los episodios de impago de sus deudas. Por el camino, otros muchos han metido la mano y la cuchara, entre los que en épocas recientes hay que

contar a los gobernantes de izquierda y derecha que se alternaron en el poder desde la caída de la dictadura militar en 1974 y a los bancos, no precisamente griegos, y muchos de ellos alemanes, que prestaron más de la cuenta y a los que hubo que socorrer so capa de estar rescatando a Grecia.

En estos días pasionales y apasionados, los griegos salen a la calle a clamar contra los acreedores que los esquilman y los ahogan y la Europa que los ningunea, y en los medios europeos se alzan voces que afean a los griegos su afición al dinero negro, la engañifa contable y la indisciplina que les lleva a gastar lo que no tienen y de ahí al abismo que ahora miran. El gobierno griego, dirigido por un nacionalista de corte marxista, pone todo en manos de las urnas en un referéndum expreso en el que será el soberano pueblo de Grecia el que emita un veredicto. En el lado de enfrente se propone, no sin cierto sarcasmo, un referéndum en los demás países del Eurogrupo para ver si se sigue limosneando a una gente que muerde la mano que le da de comer.

Y así sucesivamente, en una comedia, o tragedia, en la que, sea quien sea el que tenga la razón, o incluso si ambas partes la comparten o ninguno la tiene, la evidencia que cristalinamente se impone es el precipitado y defectuoso diseño del euro y la debilidad de Europa como potencia política y económica.

Y es que ése es el dilema: si la ortodoxia económica obliga a sacrificar a uno de los nuestros, tenemos un problema político, una falta escandalosa de credibilidad como espacio común de solidaridad y proyecto de futuro. Si la solución política implica ignorar trapacerías y tretas sin cuento, como sugieren los críticos de Grecia, el euro jamás tendrá la deseada solidez.

En medio de todas estas turbulencias, mientras el primer ministro griego se multiplica en mensajes a la nación exhortando a plantarse ante Europa y los acreedores, y los dirigentes del Eurogrupo sostienen con perfil bajo un adusto «hasta aquí hemos llegado, vosotros veréis», hay un hombre que guarda relativo silencio. Es un hombre que no pasa fácilmente inadvertido, y en otros momentos se ha mostrado expansivo y lenguaraz. Profesor de economía, experto en la teoría de juegos, ha sido durante meses el negociador griego, y de sus declaraciones públicas se desprende que trataba de llevar a la práctica la teoría sobre cómo desatracar un problema jugando las propias bazas en función de lo que puede jugar el contrincante. Quizá no siempre, pero así pueden leerse sus invitaciones a crear espacios donde nadie se vea entre la espada y la pared. En vísperas del referéndum se le ve taciturno, con la sonrisa, antaño tan dentífrica, desmayada y desvaída. Una cámara de televisión lo sorprende aparcando su moto en medio de una multitud que lo aclama y de la que se zafa con un gesto de contenida amargura.

Apenas ha abierto la boca para decir que el lunes siguiente al referéndum, si vence la opción contraria a la que defiende su gobierno, ya no será ministro de Economía. Esta semana ha vivido cómo lo echaban de una reunión de ministros en Bruselas para seguir debatiendo sin él. Pero quizá la causa de su abatimiento sea más profunda. Quizá ha percibido que los socios europeos, después de años poniendo remedios y cortafuegos que neutralicen los efectos de una reacción incontrolada, están dispuestos a dejar caer a su país. Y sabe lo que eso implica.

Su cargo está ahora en manos de sus conciudadanos. Viéndolo, no parece seguro que desee que

lo confirmen en él.

28 (la historia más triste)

La historia más triste sucede por dos veces en la misma jornada y en la misma comunidad y provincia: Barcelona, Cataluña. Pese a la duplicación, pasa relativamente inadvertida. Son otras las cosas que ocupan al mundo y a Europa (si los griegos acabarán saliendo o no del euro, por ejemplo), otras las que acaparan los titulares de los diarios españoles (si Mariano realmente está renovando su partido o se ha limitado a ponerle un logo desafortunado y como portavoces a dos simpáticos locutores treintañeros) y también otras las que marcan la actualidad en Cataluña (si a Artur finalmente sus socios-enemigos David y Oriol le dejarán ir en la lista soberanista que ha de cruzar el mar Rojo rumbo al Canán de la independencia próspera y feliz).

Sin embargo, la historia más triste sucede, y por dos veces, y debería ser atendida, porque lo que se reitera significa algo, y lo que esta reiteración pueda significar sobrecoge y espanta a partes iguales. La historia más triste, algunos lo saben, es que los padres sobrevivan a los hijos. Pero tiene una variante espeluznante, por fortuna mucho menos frecuente: que los padres sobrevivan a sus hijos después de ser quienes los matan.

Primero sucede en Nou Barris, un barrio popular de la capital, donde dos padres jovencísimos, apenas en la veintena, deciden el domingo por la noche llamar a una ambulancia para su hijo de 28 días. Cuando los médicos lo examinan, descubren que tiene el fémur fracturado, varias costillas rotas y otras lesiones que evidencian maltrato, especialmente cuando las padece una criatura indefensa de cuatro semanas. Como consecuencia de la intervención médica, los padres acaban detenidos por los Mossos d'Esquadra. Cuatro días después, el jueves 9 de julio, el bebé muere en la UCI pediátrica del hospital Vall d'Hebron a consecuencia de las heridas infligidas por los dos jóvenes, casi niños para los estándares actuales, que le dieron, vaya usted a saber con qué conciencia y qué voluntariedad, la vida y el ser.

En la noche de ese jueves fatídico, un matrimonio mucho mayor, en este caso en torno a la sesentena, él empleado de banca prejubilado, ella enfermera aún en activo, toma una atroz decisión: la de acabar con la vida de su hija de veintiocho años, discapacitada psíquica. Para que nadie malinterprete lo que se disponen a hacer en una carretera local, dentro del término municipal de Pontons, en el Alt Penedès, dejan una nota a su otro hijo y llaman a la comisaría para avisar de sus propósitos. Con la escopeta del padre, que dispone de licencia de armas como cazador, acaban con la vida de su hija y posteriormente se dan muerte los dos progenitores. La escopeta aparece sobre él, lo que permite deducir que se quitó el último la vida, después de acabar con la de su esposa. En Les Cabanyes, el pequeño municipio de donde eran vecinos, no entienden qué pudo pasar por la cabeza de estas dos personas, muy implicadas en iniciativas

sociales del pueblo, para llegar a dar tan dramático paso. La lógica sólo ofrece una respuesta para tres vidas tajadas de golpe, tras tres décadas de esfuerzo paternal: un ataque de desesperación.

Veintiocho días, veintiocho años; una imprudencia brutal, una decisión premeditada y no menos brutal. En ambos casos, quizá, personas enfrentadas a una responsabilidad que había llegado a exceder sus capacidades: en un caso por inmadurez, en otro por desgaste, por desaliento, quién sabe por qué.

Hablan del club de los 27, por todos los cantantes famosos que murieron a esa edad, y antes de cumplir el vigésimo octavo año de vida (Janis Joplin, Kurt Cobain, Jim Morrison, Amy Winehouse). Este otro club de los 28, formado en Barcelona, Cataluña, España, en las veinticuatro horas funestas del 9 de julio de 2015, tiene quizá menos *glamour*. Pero ese bebé, esa mujer joven, esos padres, nos interpelan. No pueden pasar inadvertidos.

Con normalidad

Lo que me propongo, muy resumidamente, es quebrar y deshacer el país cuya primera magistratura ostentas. A tales efectos, es mi intención ignorar la Constitución y las leyes que ya desde niño juraste guardar y hacer guardar, esa misma que las Fuerzas Armadas cuya jefatura también ejerces tienen como misión esencial defender. El resultado final de mi plan es que varios millones de tus compatriotas, todos los que según las encuestas, incluidas las más optimistas para mis propósitos, no apoyarán mi maniobra, quedarán convertidos en extranjeros en la tierra que en muchos casos les vio nacer, y en la que todos, de una u otra manera, vienen llevando su vida y sus afanes.

Pero eso sí, con normalidad. Por eso, ya que me convocas a palacio, acudo al encuentro armado con una sonrisa y eludo a los periodistas que quieren pedirme explicaciones embarazosas sobre nuestra entrevista. Como ha dicho previamente mi recién estrenada portavoz, para que quede clara la idea, esta cita se enmarca en la normalidad institucional, y todo lo que me sacan los reporteros malévolos es que vengo en son de paz. Hace ya bastantes meses, quizá años, que la lógica de las acciones y los argumentos no es mi principal preocupación. De ahí que pueda permitirme con toda soltura alentar un proceso que tiene como principal argumento que el desgajamiento de tu país representará para los míos la liberación de la cochambre que tú y los tuyos encarnáis; o que una y otra vez manifieste, de forma expresa o tácita, la superioridad de mi proyecto nacional respecto de la chapuza infame que ha sido, es y será el que tú encabezas, y luego me pueda plantar aquí a decir que no pasa nada, que todo es sin ninguna acritud.

Que os cueste entenderlo, a ti y a los que creen en ese país disfuncional del que eres jefe del Estado, no es sino una muestra de vuestro cerrilismo y de vuestra incapacidad democrática; la misma que os impide comprender que la manera de decidir el lugar de un pueblo, en el mundo y en su entorno, se resuelva a golpe de manifestaciones coloristas y se acabe traduciendo en una lista

donde se enmascaran las siglas. Una lista donde el número uno va disfrazado de número cuatro pero con el mango de la sartén en la mano, que para eso tiene la llave de convocar o no las elecciones (llave otorgada por esa ley y esa Constitución vuestra, justamente) y la juega para doblarle el brazo a quien no querría ir con él pero se ve compuesto y sin juguete si se niega.

Eso mismo, la falta de visión, lleva a los tuyos a censurar la táctica consistente en engañar y eludir vuestros controles legales mediante la astucia de hacer lo que nosotros queremos hacer pero llamándolo de otra manera en las normas y los actos administrativos que podríais impugnarnos, o ignorando sin más las resoluciones de vuestros tribunales y dejando que por la vía de hecho se vayan abriendo paso nuestros intereses. Tampoco es ajena a vuestra poca agudeza democrática la perplejidad en que parece sumiros el hecho de que planteemos unas elecciones para elegir un gobierno que no se propone gobernar, sino disolver cuanto antes el Parlamento y volver a llamar a las urnas.

En definitiva, no habéis alcanzado a comprender jamás que lo que queremos y necesitamos es arrogarnos todos los derechos y que os hagáis cargo de nuestras deudas (de las que según nuestro relato nos habéis causado vosotros, o sea, también todas), y a partir de ahí iniciar una singladura libre, veloz y feliz mientras os contemplamos zozobrar por el lado de babor. Y que antes de hundiros, como algún día puede suceder, dada vuestra ineptitud, no dejéis de colaborar para que nos acepten en todos los clubes en los que nos interesa seguir, desde el euro y la UE hasta la Liga BBVA, donde el Barça desea competir. No os debería costar tanto asumirlo, cuando todo lo planteamos desde la democracia, la cordialidad y, sobre todo, la normalidad.

El arte de tocarse los huevos

Ahora que lo sabemos todos, es casi inevitable retrotraerse al momento en el que lo supo el primero. Qué pensaría ese o esa guardia civil que escuchaba el teléfono pinchado cuando el héroe de este cuento soltó la frase que lo retratará para siempre:

—Prepárame pasta, que me voy de vacaciones.

Tampoco hay que ser demasiado imaginativo. Pensaría lo mismo que pensamos todos los contribuyentes que lo averiguamos bajo el calor canicular de este fin de semana de julio. El tipo que recibe el pedimento no pone la pasta que el pedigüeño, diputado autonómico y exalcalde para más señas, le reclama para poder hacer frente a sus gastos de recreo, dado que, según su propia confesión, se funde todo lo que gana. Esa pasta, previamente sisada de contratos públicos adjudicados a precios indebidos, gracias a la connivencia con, entre otros, el manirroto parlamentario, la ponemos todos y cada uno de los que abonamos los múltiples impuestos que gravan nuestra existencia. El albañil o el administrativo o el ingeniero que entrega al fisco una parte de su jornal; el ciudadano o ciudadana que palma el 21 por ciento de IVA sobre casi todas

sus facturas, lo mismo si tiene capacidad contributiva como si no; la viuda que no llega a fin de mes pero tiene que apartar para pagar el IBI de su piso.

Cuando el diputado le dice al seguidor que le prepare la pasta, en realidad nos interpela a todos los que día a día, con el sudor de la frente o el desgaste de nuestras meninges, llenamos la hucha de donde el que lo compró saca los euros para pagar su mordida. Nos pide, y sin oírlo ni ser conscientes de ello le concedemos la petición, que le alleguemos la pasta que necesita para sus vicios, tras fundirse la que cobra por representarnos.

Por representarnos... Valga la licencia poética.

Y es que en la misma conversación desliza otra perla con la que terminará de grabar su nombre, no precisamente en letras de oro, en los anales de la democracia hispana y planetaria:

—Aquí estoy, tocándome los huevos, que para eso me hice diputado.

Con sólo tres palabras, nuestro héroe ha culminado una proeza homérica: la de echar abajo el discurso levantado durante décadas por cientos (o miles) de candidatos y diputados electos. Las promesas de todos ellos de dejarse la piel por sus conciudadanos, la retórica sobre la importancia de la labor legislativa, la solemnidad con que se dicen portavoces del pueblo o padres de la patria quienes ocupan un escaño, el aura que en razón de esa condición los reviste y lleva a otorgarles tratamiento de señoría, aforamientos, dietas, prebendas y honores sin cuento.

Todo ese blablablá, gracias a la intimidad y la franqueza de una conversación que no debía ser escuchada, y menos aún grabada, y menos aún difundida a los cuatro vientos, queda refutado por la contundente descripción del trabajo del diputado como el arte de tocarse los huevos. Ahora vendrán sus pares, empezando por los que fueron elegidos bajo sus mismas siglas, a rasgarse las vestiduras, hacer toda clase de aspavientos y marcar toda la distancia posible con el indeseable, al que le negarán incluso la mención de su nombre y apellidos para degradarle a la más ominosa categoría concebible: la de «ese señor».

De nada servirá. Los secretos lo son, solamente, hasta que el primer bocazas los echa al aire. O los cuenta por un teléfono que sólo un necio, con lo que está cayendo, no se imagina que haya podido ser intervenido. Ahora ya está dicho, y también escuchado. Ahora ya nadie puede borrar que un patán semejante se permitió jactarse de tocarse los huevos mientras teóricamente nos representaba y en realidad se aplicaba a robarnos.

Fallo del sistema. No bastará con ponerle un parche.

La plaga y el enjambre

Nuestro protagonista sabe inglés, pero no tanto como para terciar en la discusión filológica planteada tras el uso por parte del primer ministro británico Cameron de la palabra «swarm» para referirse a los inmigrantes que se apiñan en Calais para intentar pasar a Gran Bretaña por el

Eurotúnel. No puede rebatir, por tanto, a quienes insisten en que la palabra significa simplemente «enjambre», y que suele aplicarse a personas, cuando se trata de muchas, sin mayor connotación negativa, del mismo modo que aquí hablaríamos de una «nube de gente». Tampoco sabe si los que aseguran que la palabra viene a girar en el inglés coloquial como sinónimo de «plaga» lo hacen con fundamento o tan sólo se dejan mover por la malevolencia y las ganas de dejar mal a quien ha dado en emplear ese vocablo. Lo que consta es que en origen la palabreja sirve para aludir a insectos, detalle que dicho sea de paso han repudiado no pocos británicos, que algo sabrán de su propia lengua, y su uso no deja de resultar muy revelador.

Nuestro protagonista, que sigue las informaciones de Calais con interés, ve en televisión las imágenes de los inmigrantes sorteando a los gendarmes franceses y saltando por alguno de los múltiples coladeros que les ofrecen los casi treinta kilómetros de valla que protegen precariamente la entrada al túnel. Ante esas imágenes, no podrá reprimir una sonrisa, al pensar en la ínfima dificultad que esa vallita, erizada de espinos y todo, opone a la ingente desesperación de quienes quieren atravesarla.

También ve en la tele las portadas de la prensa británica, en las que ante el problema creado (que se les cuele gente, por un lado, pero también que los tumultos que se forman y los muertos que de vez en cuando se producen por electrocución o arrollamiento ocasionen demoras en el túnel) se propone una solución eminentemente humanitaria: que se envíe al ejército a taponar el agujero. Provisto, se entiende, de lo que el ejército tiene para realizar tareas de ese jaez, que no son precisamente ramos de flores para recibir a quienes logren alcanzar la isla.

Cameron, que no precisa de momento si pondrá tanques o no a la salida del túnel, dice sin despeinarse que hay que evitar que ese enjambre, o esa plaga, esos seres humanos que zumban como insectos alrededor de la miel, al fin y al cabo, se infiltren en su país, que goza de unas envidiables tasas de crecimiento y empleo y que, recalca, es un lugar increíble para vivir. Dicho en plata: que esos desgraciados que vienen empujados por el hambre o la guerra, o por la guerra y el hambre, por hambres y guerras en las que el Reino Unido, antigua potencia colonial y hoy potencia con presencia económica y militar internacional, alguna tecla pudo tocar, deben quedarse al otro lado del túnel, cargando su peso sobre las espaldas de esos socios europeos que lo son, y eso no se discute, para todo lo que reporte ventajas, pero no está tan claro que lo sean para cualquier asunto que pueda resultar de algún modo oneroso para los intereses británicos.

A esos efectos, antes de irse de vacaciones, mantiene una conversación telefónica con el presidente francés, al que le ofrece incluso ayuda financiera para poner diques en origen a la marea marrón que se cierne sobre la isla. Pero si eso no funciona, que nadie descarte que acabe recurriéndose al drástico remedio que la prensa propone; y si los soldados se despliegan, y a alguno, es un suponer, se le escapa algún tiro que le dé a un inmigrante, que nadie cuente con que le pidan cuentas, ni sus jueces, ni los funcionarios bruseleses que tan probos y férreos se muestran con las deficiencias del control de fronteras más al sur.

A nuestro protagonista jamás se le pasaría por la cabeza llamar plaga, ni enjambre, a los

inmigrantes. Jamás, ni aunque lo agredieran, abriría fuego contra ellos. Pero no trabaja en Gran Bretaña, sino en Melilla. Por eso, y por mucho menos, estuvo imputado. Imagine el lector lo que pasa ahora por su cabeza.

Quien salva una vida

Corren tiempos de certezas y desprecios. Es difícil precisar qué viene antes: si la capacidad de despreciar a los semejantes, que predispone al dogmatismo, o la aptitud para creer a pies juntillas, que trae como consecuencia la soltura para repudiar a quienes no suscriben el credo incuestionable o, como fomentan muchos de los credos en circulación, a todos aquellos que pertenecen al colectivo o los colectivos contra quienes se afirma la fe.

Dondequiera que uno pose la mirada, se encuentra con esa saña que impregna por igual la plegaria (en todas sus formas, también las laicas basadas en banderas, himnos o ensoñaciones patrióticas más o menos fundadas) como el denuedo, el estigma o el ataque físico (con y sin armas) del que se hace objeto al otro: al disidente, al infiel, al forastero, al fuera de sitio.

Incluso diríase que la mayoría de las creencias, y la mayoría de las conciencias grupales que mueven el mundo, demuestran especialmente su vigor en el ataque a los que no satisfacen los requisitos para la pertenencia: los que rezan a quien no se debe, los que carecen de un visado en regla, los que no se apuntan a la convicción que el grupo en cuestión estipula que prevalece sobre cualquier otra consideración, individual o general. Pensar por uno mismo, salirse del rebaño, de la movilización, equivale automáticamente a integrar el bando enemigo, y el enemigo es un ser deleznable con el que no hay que andarse con miramientos. Se le hace sentir su exclusión, el aborrecimiento sin cuartel que su sola existencia suscita en la grey que lo enfrenta.

Por eso, y porque es bien sabido que más vale lo que más escasea, lo que en este agosto canicular acontece en la muy maltratada Palestina tiene un valor incalculable. Sabemos de ello porque, como suele suceder en la era del *homo smartphonensis* (aunque en este caso se trata de un fotoperiodista), hay alguien que registra la imagen con su cámara. En la fotografía se ve a una aterrorizada policía israelí, bastante poco protegida, dicho sea de paso (sin chaleco, sin casco, apenas armada), flanqueada por dos civiles palestinos que alzan los brazos para protegerla de la lluvia de pedradas que sus compatriotas y correligionarios juzgan procedente desencadenar sobre una judía que se les ha puesto providencialmente a tiro. Quien no tiene en la memoria guardado el agravio de un policía o un soldado israelí, se nutre con el relato de los sufridos por otros; y si eso no fuera bastante, todos tienen quien les predique, casi a diario, que ellos son los depositarios de la verdadera fe y los de enfrente perros sarnosos que deben ser expulsados y exterminados. La sucia perra judía, vestida con el más odiado uniforme, no merece compasión.

Pero he aquí que esos dos hombres se la prestan, y van y se interponen entre ella y las piedras,

lo que a juzgar por el cariz que tomaban las cosas, y lo caldeados que están los ánimos en estas fechas, probablemente equivale a salvarle la vida. Hay una frase del Talmud que todo el mundo sabe gracias al cine, lo que al menos certifica su utilidad como difusor de la cultura menos frecuentada por la mayoría: «aquel que salva una vida, salva el mundo entero». Nos la propone Spielberg para enaltecer a ese ambiguo Oskar Schindler que salvó de la cámara de gas a los hebreos que antes había usado como mano de obra esclava, y quizá proceda recordarla para estos dos palestinos, que con su gesto suscitan la bendita duda de si ellos, los de la media luna, y los de la estrella de David, están verdaderamente abocados a aborrecerse y matarse entre sí por los siglos de los siglos.

En ese instante que inmortaliza el fotógrafo, esos hombres que amparan a una mujer salvan al mundo, y aunque el Talmud no lo diga, lo primero que salvan es a sí mismos y a la comunidad a la que pertenecen. La piedad no redime al que la recibe, sino al que la otorga. Esto, hermanos, hemos olvidado.

Un hombre así

Un hombre así, aunque todavía vayan a tardar unos meses en juzgarlo, soporta a duras penas la etiqueta de presunto. No es sólo su historial (condenado por sentencia firme a prisión por secuestrar a una pareja anterior), no es sólo que las dos chicas desaparecieran justo cuando una de ellas había de ir a casa de él para recoger algunos enseres personales, no es sólo que el sujeto hubiera comprado previamente la cal que cubría la fosa en la que aparecieron los dos cadáveres. No es sólo, tampoco, que coincidiendo con la desaparición de las chicas se diera a la fuga y atravesara media Europa para reunirse con un colega rumano al que conoció en la cárcel, y junto al que fue detenido.

Es cada una de esas cosas y la suma de todas, más algunas otras que han ido desvelándose en sólo unos pocos días, y las que cabe prever que se desvelarán en el inmediato futuro.

Un hombre así, capaz de asesinar con premeditación (puntualicémoslo, aunque nos cueste: presuntamente) a la mujer que consintió relacionarse con él pese a su historial de maltratador, de meter en el mismo paquete homicida a la amiga que fue a acompañar a su exnovia a esa recogida fatal y de deshacerse de ambas enterrándolas en cal viva en un lugar apartado, con la intención inequívoca de que sus parientes jamás tuvieran el mínimo consuelo de que les fueran devueltos sus restos, un hombre así, que demuestra la inhumanidad más absoluta, no será probablemente condenado a la pena máxima, porque sólo fueron dos las asesinadas, porque ninguna tenía menos de dieciséis años y porque parece, a juzgar por los primeros indicios, que tuvo la precaución de no abusar de ninguna de ellas antes de matarlas. No sabemos muy bien para qué sirve la pena máxima, llamada desde el 1 de julio «prisión permanente revisable», pero no deja de resultar

amargamente sarcástico que el legislador que la introdujo, con fines ejemplarizantes, dejara una rendija del tamaño suficiente como para que por ella se colara este monstruo.

Un hombre así, capaz como se ha demostrado de delinquir gravemente contra la libertad y la vida de al menos tres mujeres, ha podido hacerlo sin que se lo impidieran las leyes y los instrumentos desplegados para proteger a las víctimas de violencia de género, que a diario despachan órdenes que restringen los derechos de miles de personas que no han demostrado (y eso es un hecho que no debe manipularse para procurar impunidades pero tampoco deja de resultar incómodo) la pertinaz compulsión destructiva que él ha exhibido. Y ese fracaso interpela a quienes legislan y a quienes aplican la ley, pero también a todos los que viven en la sociedad que no supo proteger a esas mujeres.

Un hombre así, admitámoslo, aunque pese y escueza, dice poco de cómo estamos educando a nuestros niños y hombres, en la medida en que esa educación haya podido darle pie, y alguna sospecha podemos tener de que se lo dio, a no considerar a tres mujeres como seres humanos libres sino como objetos sobre los que desahogar sus sórdidas frustraciones. Y también, por otra parte, atestigua que a nuestras niñas y mujeres no acertamos a proporcionarles la información y el sistema de alertas que les permita evitar, cuando aún no forma parte de sus vidas, que un individuo semejante se meta en ellas para truncarlas.

Un hombre así, que ahora lloriquea para que no le extraditen desde Rumanía alegando que los parientes ucranianos de una de las fallecidas amenazan su triste vida, y que redondea con ello el desprecio unánime que va arrastrar sobre su cabeza durante el resto de sus días, también tiene padre y madre; acaso los más desdichados del mundo, después de los que perdieron a sus hijas por su funesta mano. La madre no ha querido dejar ningún lugar a dudas: «Le deseo lo peor a ese cabrón».

Un hombre así, en fin, pronto volverá a estar a cargo de un centro penitenciario. Y qué demonios van a hacer con él.

La suerte de Ayoub

Si Ayoub hubiera tenido más suerte, o digamos una suerte diferente, sería muy otra la historia que estaríamos contando. En ella habría posiblemente un reguero de cadáveres, y el suyo sería con toda probabilidad el que cerrase la cuenta. Nadie normal consideraría una fortuna formar parte de una lista de difuntos, pero Ayoub, adoctrinado en una mezquita radical española y entrenado en Siria por los secuaces del califa de la bandera negra, tiene toda la pinta de haberse postulado para mártir. Quien embarca en un tren de alta velocidad francés con un fusil de asalto y trescientas balas, y decide además utilizarlo contra los pasajeros, debe contar con que más pronto que tarde se presentarán unos tipos bien entrenados con la instrucción de abatirlo.

Con lo que no contaba Ayoub, seguramente, era con que en el vagón en cuyo baño decidió montar su fusil hubiera un veterano de Afganistán familiarizado con el ruido que hace el AK-47 al encajarle el cargador y tirarle del cerrojo, lo que le puso sobre aviso antes de que saliera a cometer su matanza, y menos aún con que junto a ese veterano hubiera otro y un entrenador de rugby con ciertas nociones de cómo placar e inmovilizar a una persona. La acción combinada de los tres conseguiría reducir a un herido de bala y otro por arma blanca el pírrico balance de su pretendida escabechina a la mayor gloria del califato.

Es posible que Ayoub, un chaval de tantos nacido en Tetuán, que sin apenas expectativas de futuro emigró al otro lado del Estrecho, enredado una temporada en el menudeo de droga antes de entregarse a la catarsis de la fe integrista, e instruido vaya usted a saber cuánto y cómo en su paso por Siria, tampoco resultara ser el guerrero más efectivo y letal. Con todo, contando con el factor sorpresa y con la ventaja del arma, no cabe duda de que a la hora de la verdad ha resultado ser un cenizo para la causa. En vez de uno de sus siniestros éxitos, el califa suma un fiasco, y el amargo sabor de la satisfacción del enemigo.

Dicen que Napoleón, el tipo que mandó como nadie en el país de donde procede el tren que registra el frustrado ataque, solía preguntar a los coroneles en quienes veía posibles generales si tenían suerte, para confirmar o descartar el ascenso. A su manera, el lobo solitario de la yihad se convierte en una mezcla de soldado y general. Como el soldado, empuña el fusil en primera línea; como el general, decide el instante y el espacio del ataque y se da a sí mismo la orden de asalto. Quizá quienes despachan a estos meteoritos para golpear al infiel en el corazón de su retaguardia empiecen de pronto a preguntarse si se trata de gente con suerte o de infelices tan notorios como Ayoub.

Ahora, en manos de la policía, sin víctimas mortales ni martirio que echarse al currículum, Ayoub pretende ser un ladrón que se encontró la ferretería bélica en un parque y decidió robar en un sitio tan poco propicio como un tren a trescientos kilómetros por hora y perfectamente controlado a lo largo de todo su itinerario por sistemas que alertan de cualquier incidencia. No parece que en el entrenamiento básico que el califato ofrece a sus ejecutores haya un capítulo dedicado a urdir patrañas convincentes para no delatar a quienes suministran las armas y las órdenes. Quizá porque nadie espera que el muyahidín acabe así, en el suelo, maniatado y molido a golpes por aquellos a quienes trataba de matar. De nuevo, el factor imprevisto, el gafe de Ayoub.

Ahora, previsiblemente, lo juzgarán y le corresponderá una larga condena de cárcel que tendrá que cumplir muy lejos de su Tetuán natal y de Algeciras, donde aún viven sus padres. Toda una reprogramación, para alguien que en el momento que empuñó el kaláshnikov debió de creerse en tiempo de descuento. La suerte de Ayoub, también, es que al revés que tantos inmolados, él tendrá tiempo para recapacitar. A ver qué se le ocurre.

En el lado climatizado del mundo, la vergüenza tiene forma de paralelepípedo metálico abandonado y repleto de cadáveres. Ya recurrió a la metáfora David Simon, el creador de *The Wire*, la serie que más ha hecho por despojar a la caja tonta del adjetivo que otros muchos le sostienen a pulso día a día y noche a noche. En la segunda temporada, el oprobio lo detona un contenedor cargado de mujeres muertas, que pone al descubierto con qué clase de iniquidad están cooperando los dirigentes de un sindicato portuario, en su desviado afán de velar por el bienestar y la nómina de sus afiliados, sin preocuparse de mucho más.

La realidad imita a la ficción, pero a lo bestia. Por eso lo que ha aparecido en Hungría son nada menos que 71 cadáveres, y en un espacio mucho más reducido que un contenedor de transporte marítimo. Los periódicos lo llaman camión frigorífico, pero las fotos desvelan que se trata apenas de una camioneta con un cajón adosado, en el que produce espanto pensar cómo pudieron hacinarse siete decenas de personas, que a la espera de las autopsias resulta evidente que no tenían oxígeno bastante para sobrevivir a un viaje que durase más de una hora.

Setenta y una personas: 59 hombres, 8 mujeres y 4 niños, uno de ellos de dos años. Todos muertos, tirados en una cuneta, descomponiéndose y fermentando bajo el calor de agosto, hasta deshacerse en un caldo nauseabundo. Entre sus restos ha aparecido algún pasaporte sirio, lo que permite reconstruir el resto del cuento. Personas que huían de la guerra, en un país dibujado por dos europeos (el francés Picot y el británico Sykes) hace un siglo justo, y desdibujado ahora por un conflicto a cuya génesis, como a otros factores que lo han hecho devastador (la descomposición del vecino Irak, otro país cuyos contornos pactaron esos mismos europeos), Europa no ha sido ajena, aunque una vez desatado el horror haya sido incapaz de aportar solución alguna para contenerlo, paliarlo y menos todavía hacerlo cesar.

Se sabe que los sirios escapan a cientos de miles desde hace meses. Y desde hace meses llegan como pueden a Europa, su única posibilidad de refugio. Se sabe cómo viajan quienes no tienen pasaporte que les abra fronteras. Se sabe de quienes se cruzan en su camino para hacerles sortear los obstáculos que encuentra el paria apátrida, y se sabe de su falta de escrúpulos, de medida y hasta de juicio, cuando los ciega la codicia. Frente a todo ello, esa Europa que encierra a sus líderes a negociar durante fines de semana enteros, cuando se trata de ajustar alguna tuerca suelta del sacro sistema financiero, no ha encontrado razones para afrontar el drama que llamaba a sus puertas y que no podía dejar de llamar, porque Siria ya es poco más que un despojo, una escombrera humeante en la que se atrinchera un tirano y por la que campan a sus anchas los más crueles entre los crueles, aquellos que creen que así ganan el paraíso.

Los que huyen son muchos, pero representan apenas una gota en el gran océano de la población europea. Europa podría y seguramente debería (por la Historia, por la cercanía, porque no hay otra) acogerlos; pero hasta ahora, llevada por la inercia, ha preferido repelerlos como ratas en sus fronteras, para que sean los traficantes que cargan mercancía humana en camiones frigoríficos los que les hagan la ruta y les asignen país de destino. En las reuniones y negociaciones que se mantuvieron para tratar el asunto, nadie debió acertar a poner sobre la mesa razones que

persuadieran a quienes participaban en ellas de que había que hacer algo más que quedarse de brazos cruzados.

Ahora ya las tienen, las tenemos, las razones. Setenta y una razones. Piensen en la más tierna de ellas. Tan sólo dos años: una edad para la que en Europa tenemos legislado, hasta el más mínimo detalle, cómo debe ir el niño asegurado en el coche. Y ahora, piensen como iría esa criatura en el camión. Frigorífico.

Aylan y nosotros

Cuando se difunde la fotografía, un imbécil (nunca falta un imbécil) deduce que es el momento de hacer una broma. Comparte a través de Twitter la imagen del niño tendido en la playa, con el rostro enterrado en la arena barrida por la ola, y escribe debajo, queriendo hacer gracia: «Buscando a Nemo». Esta reacción dictada por la estupidez más supina, que logra el mismo efecto que la peor abyección, representa acaso el escalón más bajo de la gama humana a la hora de responder frente a la tragedia insufrible de esa vida truncada sobre la arena, de ese cuerpecito inerte que un hombre ha de levantar y trasladar con toda la dignidad y toda la delicadeza de que es capaz. Uno imagina que hasta el final de sus días el hombre que lo recoge tendrá pesadillas en las que el mar devolverá a la orilla a aquel niño ahogado, Aylan, de Kobane, en el Kurdistán sirio, para que él tenga que acercarse, inclinarse y alzarlo una y otra vez.

Hay otras muchas reacciones, de muy diversa altura, tanto moral como de miras. Los hay que aprovechan para criticar la demagogia que según ellos supone publicar la foto, para tratar de provocar la mala conciencia de Europa (el niño se ahogó cuando su familia intentaba llegar a una isla griega) frente a un drama del que en su opinión Europa no es responsable y con el que no puede hacerse cargo, so pena de destruir el bienestar de los europeos, conquistado con tantos esfuerzos, al dictado de un buenismo superficial y oportunista. Alguno apostilla que de todos esos refugiados sirios que llaman a las puertas de Europa se deberían hacer cargo las petromonarquías del Golfo, que para eso son sus hermanos musulmanes. Y quien lo lee se pregunta de qué hay que tener hechos los entresijos para que eso sea lo primero que se le ocurre a uno al ver a un niño muerto.

Los hay, también, en el extremo contrario, que arrojan todas las culpas sobre la Europa insolidaria y colonialista, que ha explotado históricamente a todos los demás pueblos, que ha enredado de manera imprudente en los comienzos de la guerra civil siria, que secundó a Bush en su torpe aventura iraquí, engendradora del Estado Islámico del que huyen los refugiados de Kobane, y que ahora tiene que pagar los platos rotos sin rechistar y purgar todas sus infamias haciéndose cargo del éxodo.

Como decía André Gide, unos y otros pueden consolarse, queriendo tener razón, de no tener

otra cosa. Porque en efecto no es Europa la única culpable, ni la única llamada a asumir una responsabilidad sobre la catástrofe; y también en efecto es Europa, si se pretende aún defensora de la justicia y de los derechos humanos, la que debe dar un paso al frente sin esperar a que lo hagan quienes no lo van a hacer nunca, y menos que nadie esos países de cartón piedra troquelados hace cien años por unos codiciosos jugadores de ventaja para mejor repartirse el petróleo que seguimos quemando en nuestros coches.

Siendo ciertas ambas cosas, detenerse ahora en ellas elude lo principal. Quizá para apreciarlo sea mejor mirar otra foto de Aylan, que ha circulado menos que la de la playa. La foto en la que aparece junto a su hermano, sonriente y lleno de vida. Al mirarla, al ver la inocencia luminosa de esa criatura sacrificada, uno comprende que el mensaje que Aylan porta, y que nos interpela a todos, es el del cordero: el mismo que hace dos mil años unos hebreos heterodoxos encarnaron en un hombre que moría en la cruz. Aylan no es el cordero que quita el pecado del mundo, porque en el mundo hay demasiado pecado para que pueda con él un solo niño; pero sí será el que despierte la dormida conciencia y la cicatera piedad del mundo. Ante su luz extinguida, sólo cabe inclinar la cabeza y dejar de marear la perdiz.

Se le recordará, a Aylan, como el niño que abolió el cálculo de los hombres mezquinos. De todos y cada uno de nosotros.

Ser o no ser (español)

Decía Vallejo que hay golpes en la vida que nos encogen y enmudecen. Heraldos negros, los llamó. Esto no llega a ser tan dramático, pero tiene su punto. Hay momentos en la vida que nos retratan, nos exponen y nos dejan como no querríamos. No son como aquellos heraldos negros de Vallejo, que nos remiten al fin de cualquier esperanza, pero en cierto sentido cumplen su propia misión terminal. Acaban algo, para mal o para bien.

Este momento acaece delante de las cámaras de una vieja y respetada cadena de televisión. BBC, la llaman. Se trata de una entrevista que uno de sus más incisivos periodistas le practica al candidato de cierto movimiento de emancipación nacional de un país meridional cuyas vicisitudes políticas no suelen hallarse en el foco del público y los profesionales de esa cadena, pero que resulta de pronto llamativo porque no se liberan naciones todos los días, y porque el Reino Unido de la Gran Bretaña también tiene alguna que otra nación incómoda en su propio seno.

La entrevista llega al punto al que no podía terminar no llegando, y esta acotación es relevante para enjuiciar la labor de los asesores y del propio candidato en la preparación de la entrevista. Pregunta el periodista si han pensado que ser un nuevo país implica dejar de pertenecer a y verse amparado por el país que se abandona, y en particular, dejar de formar parte de los clubes donde se está presente por razón de la pertenencia a él y de la red de convenciones internacionales por él

suscritas; y más en particular, de la Unión Europea, organización multinacional articulada en torno a un sistema de tratados entre los estados miembros, que son quienes determinan, o no, la admisión de nuevos países como integrantes. No lo precisa tanto, pero es la idea que subyace, y que el candidato, hombre presuntamente bien formado y con experiencia internacional, debe saber.

La respuesta no tarda en llegar, por lo que no cabe descartar que fuera la que traía preparada al efecto. Europa no puede expulsar de su seno a 7,5 millones de personas, que además tienen el pasaporte del país del que hasta ahora son súbditos. El periodista adopta ese gesto de estupor que con tanta elegancia y aplomo bordan los británicos. Nadie ha hablado de expulsión de personas, sino de la no admisión inmediata de un país que con arreglo a la lógica del derecho internacional debe recorrer todo el camino de nuevo. Y lo que seguramente entiende aún menos el incisivo británico es que alguien niegue con contundencia su condición de algo, en este caso español, para al instante siguiente reclamarla como forma de quedar amparado frente a un resultado adverso.

El periodista debe de tener aún en mente lo vivido en su propio país, donde se planteó el debate de la posible separación de una de las naciones que lo forman, que de hecho se unieron en su día para formarlo, tras siglos de existencia independiente, y en el que como primer argumento se puso encima de la mesa, según demanda la naturaleza de las cosas, la pérdida del pasaporte británico para quienes optaran por ser ciudadanos de un país diferente.

Quizá no sepa, por otra parte, que el candidato está invocando un artículo de la vigente Constitución española, que dispone que no puede privarse a un español de origen de su nacionalidad. Tal vez, si añadiera este elemento a su análisis, se vería todavía más estupefacto al inglés. Lo que el tipo ha ido allí a decirle es que no acepta y piensa ignorar una Constitución que en cambio deberá quedar congelada para mantenerle, a los efectos que a él le apetezca y convenga, la condición de la que reniega. Y lo dice sin despeinarse, que para eso luce lustrosa calvicie.

Lo que al final suceda, épico, trágico o todo a la vez, el tiempo lo dirá. Sólo los ignorantes de vano entendimiento arriesgan pronósticos. Pero este es el momento en que la historia deja de ser seria. En que, salga como salga, un moderno Shakespeare no tendría más remedio que darle forma de comedia. Bufo.

Matrimonio, sí

Sin estar dentro de su cabeza, es difícil asegurar hasta qué punto, pero uno apuesta que cuando se tramitó la ley que ahora le permite casarse con el hombre al que ama desde su juventud, Javier pasó más de un mal rato. Como cualquiera en su situación, debió de encajar con algo más que disgusto los discursos que siempre estuvieron ahí, pero que entonces se recrudecieron, incluida la intervención de catedráticos en sede parlamentaria, para sostener que lo suyo sería en el peor de

los casos un vicio y en el mejor una enfermedad mental indigna del amparo y la protección legal que implica una institución como el matrimonio. Si bien el espíritu de los tiempos impedía su persecución como delito (lo que no dejaba de ser un avance, en un país en el que funcionó durante siglos un activo tribunal eclesiástico que arrojaba a la hoguera secular a los de su condición), no había razón para que la ley reconociera como si tal cosa lo que, se pusieran como se pusieran, era una conducta aberrante.

También debió de pasar lo suyo con los alrededores del debate: desde quienes alegaban que alguien como él era un transmisor de modos de vida monstruosos al que no podía confiársele la crianza de una criatura, hasta los que se enzarzaban en disquisiciones etimológicas sobre la palabra «matrimonio», y su origen en el vocablo latino «mater», para descartar la posibilidad de que se aplicara ese término a la unión de dos personas de las que ninguna podía incurrir en esa maternidad a la que según los puristas estaba inexorablemente orientada la institución. Una objeción pintoresca si se aplicaba al caso de dos mujeres, en el que la posibilidad de ser madre se daba por partida doble, lo que según ese argumento venía a ser matrimonio al cuadrado.

En este frente lingüístico, menos banal de lo que pudiera parecer, los detractores de aquella ley contaron, Javier lo recuerda, con el respaldo de la Real Academia Española, que incluso después de que la ley apareciera en el *Boletín Oficial del Estado*, consagrando la existencia en la sociedad española del matrimonio como unión legal de personas sin importar su sexo, rehusó incluir en su diccionario la acepción correspondiente al caso en que ambas fueran mujeres o ambos hombres.

Y aquí el narrador de este cuento se permite una irrupción para recordar la noche en que discutió aquello con un académico, por lo demás hombre afable, inteligente y de los menos atrabiliarios de la docta casa, y escuchó con estupor los argumentos que permitían a los guardianes de la lengua considerarse por encima de la ley y la realidad de su país para negar un sentido que estaba en la calle y en el mundo y estaba para quedarse, como el tiempo había de demostrar. Por lo que aquel académico insinuó, había que esperar a que el nuevo sentido fuera de veras irreversible, esto es, alguno contemplaba la posibilidad de que algún tribunal anulara o algún gobierno derogara la ley.

Diez años después, con la ley refrendada por los tribunales, sin que ningún gobierno se haya atrevido a derogarla, y con la nueva acepción de la palabra admitida incluso en el diccionario de la Real Academia Española (tan rauda en cambio para recoger menudencias como selfi o grafiti), Javier se casa.

Lo que son las cosas: en la ceremonia comparece la plana mayor de su partido, algunas de cuyas más destacadas figuras subrayan el logro que supone el matrimonio ampliado a cualquiera que se ame al margen de su sexo. Su partido, el mismo que llevó a las Cortes a aquel catedrático a decir que los homosexuales eran unos anormales, el mismo que impugnó la ley, el mismo que se atascó en latines para ponerle barrera y dejar extramuros de la ley, entre otras, a su historia de amor.

Mientras los ve bailar la conga en la fiesta, al ritmo del *YMCA* de los Village People, es fácil imaginar lo que pensará. Que nunca es tarde si la dicha es buena, y que a quien comete un error de tales proporciones le queda siempre, aunque le lleve años entenderlo, la dignidad de bajarse del carro y rectificar.

Aquel otro 27 de septiembre

En realidad no sabemos si ocurrió en la noche del jueves 26 o en la madrugada del viernes 27 de septiembre de 1940. Lo que sabemos es que fue en la mañana del día 27 cuando el cuerpo sin vida de Walter Benjamin fue descubierto en una habitación del *hostal Francia* del pueblo gerundense de Portbou. Allí se había recogido la noche anterior, tras cruzar la frontera española sin permiso del gobierno de Vichy, por lo que se le hizo saber que no se le permitía la entrada y que sería devuelto al país donde lo aguardaba la Gestapo con las peores intenciones.

Walter Benjamin era uno de los mejores, acaso el más lúcido de los alemanes de su tiempo. Sin embargo, para aquellos que lo esperaban en Francia, no era ni siquiera digno de hacerse llamar alemán. Los méritos que a ojos de sus enemigos había hecho para verse despojado de esa condición eran múltiples: desde su estirpe judía hasta sus veleidades marxistas, aunque estas las ejerciera desde una posición personal y heterodoxa. De hecho, quizá este rasgo de carácter, su individualismo, era el que más repugnaba a quienes de haberlo capturado lo habrían expedido a un campo de exterminio. Merced a esa insobornable lealtad a sí mismo había roto con su maestro Wyneken en los días de la Gran Guerra, a raíz de la exhortación que su antaño admirado guía hiciera a la juventud alemana para alistarse y alimentar la picadora de carne a mayor gloria de una concepción de la patria superior a la dignidad de cada persona. Bajo esa misma premisa, había osado mofarse de aquel histrión austriaco que supeditaba a todos los alemanes a la grandeza de un Reich eterno e irrefutable, del que se creía profeta y conductor.

Mala época escogió Benjamin para postular la inexistencia tanto de conocimientos verdaderos como de verdades conocidas. Malos tiempos, también, para escribir y creer, y defender donde fuera preciso, que no hay dogmas ciertos, sino interpretaciones; que cada uno era libre y soberano para intentar la suya, desde su vivencia y su circunstancia; y que sólo los auténticos artistas (no los estadistas pomposos, ni tampoco los iluminados redentores de pueblos) eran capaces con el fruto personal de su arte de preservar contra el tiempo pedazos preciosos de la verdad.

Dicen que Walter Benjamin tomó aquella noche la decisión de quitarse la vida, antes de que las autoridades españolas (caiga sobre nosotros esa vergüenza ilimitada) le entregaran a los hombres bestiales y alienados que odiaban ciegamente todo lo que él representaba: el coraje de pensar por uno mismo, de no dejarse arrastrar por el rebaño, de aceptar la soledad de quienes sirven a la

trémula verdad antes que la aturdida compañía en que a menudo se juntan quienes se entregan a una mistificación que se pretende incuestionable y más grande que ellos.

Vengo en su homenaje a Portbou en la tarde del sábado 26 de septiembre de 2015, víspera del domingo en que, además de celebrarse un enrarecido plebiscito sobre una realidad nacional supuestamente irrealizada e inexorable, se cumplen 75 años del día en que lo hallaron en aquella habitación, abrazado a la maleta donde llevaba sus últimos escritos, hoy perdidos. Agasajado por la luz, el cielo azul y el mar en calma de este hermoso pueblecito mediterráneo, catalán y (todavía hoy) español, me acerco a visitar el cementerio donde reposan sus huesos (revueltos con muchos otros, en la fosa común). Este lugar donde al final, porque así de caprichosos son los caminos del destino, el judío perseguido encontró la paz, la memoria y la gratitud de quienes, alentados por sus palabras imperecederas, venimos a rendirle tributo y a contarle que su recuerdo y su obra sobreviven a la miseria moral, la crueldad y la sinrazón de sus verdugos.

Ojalá se le leyera más. Su pensamiento ilumina, en tiempos que vuelven a ser (ay) de intransigencia, fiebre y fractura.

Rodrigo y los guardias

La fortuna, que en otro tiempo le fuera tan propicia, parece definitivamente haberle abandonado. El cerco sobre sus personas de confianza se estrecha y alguna, según todos los indicios y lo que se filtra a los medios, no aguanta la presión. A saber lo que ha podido revelar después de un par de días de calabozo, en manos de unos guardias civiles que, Rodrigo se va percatando, saben qué y cómo hay que preguntar a quienes participan en tinglados encaminados a enmascarar ganancias oscuras y a escatimarle al fisco la parte que se le debe de toda renta.

Lo que pasará por esa cabeza privilegiada, a la que le fuera encomendada sucesivamente la alta dirección de las finanzas nacionales e internacionales y luego la de una de las primeras entidades de crédito del país, mientras acude en una sombría tarde de octubre a la comandancia de la Guardia Civil de Madrid para dar unas explicaciones que muy difícilmente detendrán la locomotora que ya avanza desbocada contra él. Forma parte de su infortunio que el juez que instruye la causa sienta más en el cogote el aliento de una ciudadanía asqueada, o el de todos los arruinados por la quiebra de la entidad financiera que Rodrigo dirigió, que el del partido al amparo de cuyas siglas desarrolló su fulgurante trayectoria, y que, por más que quisiera preservarle, apura sus últimos días de gobierno con mayoría absoluta.

Ese juez, más motivado por tanto para arrollarle que para tenerle en alguna consideración, dispone además de las armas más devastadoras: una Agencia Tributaria de la que él fuera en tiempos gran jefe, y cuyos funcionarios le tienen todas las ganas que puedan tenerse a quien, presuntamente, eludía lo que les tocaba recaudar y exigirles a otros; y esos hombres pertinaces y

circunspectos, los guardias, a quienes su espíritu y vocación comprometen a dejarse la piel en persecución de aquello que los jueces les encomienden en su función de hacer justicia.

Lo dice su cara, cuando entra y también cuando sale de las dependencias policiales, varias horas después, sin avenirse a hacer declaraciones. Lejos quedan esos luminosos días estivales en que se arrojaba al mar desde la popa de un yate, aunque no hayan pasado más que unas pocas semanas. La vida, que como bien sabe Rodrigo puede ser de una dulzura infinita, le ofrece ahora un tazón de la más amarga hiel. Y siendo ya lo bastante mala su coyuntura, todavía es susceptible de ir a peor.

Quiere su desdicha que las imágenes de su gesto esquivo y malencarado saliendo de declarar se alternen en el telediario con las de unos compañeros de quienes acaban de interrogarle, que son noticia por razones muy distintas. Un grupo de guardias que posan junto al ministro del ramo y los padres de una niña asesinada dieciocho años atrás, con motivo de la captura, tras esos mismos dieciocho años de tenaz trabajo de investigación, del más que probable autor del crimen. La cara desencajada y hasta algo torva del exmago de las finanzas contrasta, para mal, con el rostro conmovido, incluso en más de un caso surcado por las lágrimas, de esos veteranos guardias, que al cabo de ingentes horas de pesquisas han logrado dar a una familia el único consuelo que puede tenerse después de que te asesinen a un hijo.

Lo malo es que alguien haga cálculos, para dejarle todavía en peor lugar. Y como Murphy siempre está al quite, helos aquí: por esos dieciocho años de denodado trabajo policial, en el que además resolvieron otros muchos crímenes, cada uno de esos guardias percibió un sueldo inferior al que Rodrigo se embolsó en un par de meses de los que pasó al frente de la entidad que hundió, y que, según las acusaciones que ahora pesan sobre él, saqueaba además, siempre presuntamente, a través de mordidas en los contratos de publicidad y del uso de tarjetas opacas.

El dios abandonó a Rodrigo. Quién va a tenerle piedad.

El regreso de Ahmed

Las nieves del tiempo platearon sus sienes, despejaron su frente y le nublaron la vista obligándolo a usar anteojos. No son poca cosa, dieciocho años, y más cuando empezaste a contar con treinta y cuatro. En su regreso al lugar que abandonó hace algo más de década y media, Ahmed parece otro hombre, mucho menos impetuoso, seguramente, que el que un día partió.

Hace dieciocho años de aquello, que sí, son bastantes, pero al fin y a la postre no han acertado a ser suficientes. No lo han sido, sobre todo, para que quienes entonces le conocieron le hayan olvidado, y por eso, en el momento en que se les presentaron unos hombres con placa preguntando por él, hicieron memoria y para mal de Ahmed se acordaron de todo lo que no iba a favorecerle. A más de mil kilómetros de distancia, en su seguro retiro francés, Ahmed seguía con su vida, y

muy posiblemente con alguna amnesia más o menos voluntaria acerca de lo que no le convenía que se supiera, mientras quienes le trataron dieciocho años atrás exhumaban de algún pliegue de su cerebro hechos, momentos, actitudes que habían de ayudar a quienes intentaban vincularlo con cierto acto ominoso a persuadirse cada vez más de su culpabilidad.

No fueron suficientes esos dieciocho años, tampoco, para que los que le buscaban sin saber su rostro, ni su nombre, ni su edad ni su aspecto, desmayaran en un empeño que cien veces pareció condenado a parar en fracaso. Esos hombres, y a lo largo de los años también alguna mujer, a los que Ahmed esperaba no tener que conocer nunca, vivían con el horizonte que marcaba otro plazo, el de los veinte años en que se volvería inútil cualquier averiguación que pudieran hacer respecto de la autoría de los hechos, merced a una ley que pone a las responsabilidades, incluso a las peores de todas, una fecha de caducidad.

Ha querido la mala suerte de Ahmed que, a menos de dos años de la fecha liberadora, los afanes de sus perseguidores (que bien podían haber sido otros, menos tenaces, más resignados), el avance de la ciencia (que descifra la programación de la que todos somos portadores y que nos vincula fatídicamente a nuestros ancestros y a quienes comparten nuestros orígenes), y acaso alguna contribución de la fortuna (que siempre puede impedir lo que parece forzoso y propiciar lo que parecía imposible), se conjuren para acabar trayéndolo de vuelta a encontrarse con lo que un día creyó dejar atrás. Con esa funesta noche en que cruzó su camino con el de una niña de dieciséis años, en la que quedó el rastro que al cabo de los años había de pronunciar su nombre. Funesta, sobre todo, para ella, para quien fue la última; y ahora para él, que aterriza en el Madrid del que huyó para comenzar una etapa de su vida que nadie querría comenzar ni vivir.

Quizá por eso, cuando asoma del avión, su gesto es el de un hombre encogido, perdido, arrollado. Defrauda con su poca envergadura y con su mirada brumosa la expectativa que más de uno se hizo respecto del presunto autor de lo que se le imputa: una muerte a sangre fría y con ensañamiento, de una criatura a quien cualquiera con entrañas habría querido preservar.

Después de todo, Ahmed no es más que un desdichado que regresa al lugar en el que enterró para siempre su destino, aunque durante todo este tiempo creyera haberse sustraído a las consecuencias de lo ocurrido entonces. Un fugitivo que con su vuelta, prisionero y aniquilado, sirve de alivio a quienes hace dieciocho años perdieron lo que querían, de recompensa a los que le buscaron y de advertencia a quienes hayan podido o puedan en el futuro dar en arrebatarse a alguien lo que no es suyo ni les asiste ningún derecho a apropiarse por la fuerza. Acaso no quepa peor manera de volver al lugar de donde uno fue.

Aquella chica tendría hoy treinta y cuatro años. Los mismos que él tenía cuando ocurrió. La coincidencia, cuando menos, da que pensar.

En Lesbos, sin nombre

Estos niños, son varios, ya ni siquiera serán conocidos por su nombre. Arrojados por el mar a las playas de Lesbos, la isla de Safo, la poeta, los recogen inertes del agua y alguien está ahí para fotografiarlos. Para que avergüence a quien corresponda (si le queda algún pudor) la imagen de sus pequeñas vidas truncadas por la ferocidad de la barbarie y la cobardía de los intereses, con la inestimable colaboración de los criminales que siempre acechan ahí donde la falta de ley promete una ganancia.

No se beneficiarán de la atención que recibió Aylan, el niño también ahogado pero con derecho a nombre, ya que no a seguir viviendo. El niño cuyo cuerpecito vencido removi6 conciencias y por un momento pareció que iba a empujar a hacer algo a quienes podían y debían. Es verdad que la foto que nos lo arrojó a la cara era singularmente potente, y que las que les hacen a estos otros niños de Lesbos, además de su condición serial (ya se sabe: lo repetido acaba por no percibirse) no presentan tan buena composición y resultan tener mucha menos contundencia.

El *homo tuiterus* es así: va elevando a gran velocidad su umbral de tolerancia, y le niega a lo que percibe como reiterado el beneficio de la viralidad. Con lo que los niños ahogados de Lesbos pasan por el *timeline* casi sin pena ni gloria, a la sombra de cualquier *it girl* que protagonice una extravagancia ruidosa, de cualquier gladiador balompédico que padezca un esguince inoportuno, sin que se les conceda más que una fugaz presencia en las líneas inferiores de la columna del *trending topic*.

Es acaso buen momento para ponderar lo que a la postre supuso la exhibición de la imagen de aquel otro niño que les precedió. Ya se ha visto que distó de ser un toque de atención suficiente para impedir que el vergonzoso desenlace se reproduzca. Tampoco sirvió para propiciar una respuesta unánime de los interpelados por su tragedia a la vez mínima e inmensa. De hecho, el único resultado apreciable, a estas alturas, es que en los cielos de su tierra ha aumentado en volumen y diversidad el enjambre de drones y cazabombarderos que sin mucho orden ni concierto dejan caer su carga de explosivo sobre objetivos que no siempre la inteligencia les señala de manera certera. Más de uno, dicho sea de paso, y aunque de eso no haya fotos, se habrá encargado de hacer aumentar la cuenta de niños despojados de su futuro. También, gracias al ahínco y la falta de remilgos de quien da las órdenes a la última bandada de pájaros que se ha unido a la fiesta, quien en su día fue señalado como tirano y el cáncer que había que extirpar se da un respiro y recupera terreno.

Los niños que el mar escupe a las playas de Lesbos nos certifican, una vez más, que no somos dignos portadores del título de *homo sapiens sapiens* que nos legaron nuestros ancestros. No nos caracterizamos por tomar conciencia de los problemas, y menos aún por ingeniar para ellos soluciones idóneas y eficaces. Más bien nos distingue la capacidad de adormecer la conciencia con nuestra infinita capacidad de distracción, y la fatídica tendencia a hacer con lo que nos perturba y nos degrada justo aquello que asegura que proliferará en lugar de menguar.

Ni los que miran a otro lado, ni los que como reacción, tan amarga como inútil, insisten en reclamar atención y en reclamarles un nombre a estos niños ignorados de Lesbos, impedirán que

cualquier otro día, mañana o dentro de una semana, alguien vuelva a sacar del agua a un niño cuya vida no debió arriesgarse en una travesía sin garantías y sin casi esperanza. Que vuelva a haber una cámara que nos ponga sobre la mesa del desayuno la imagen que más proclama nuestro fracaso como humanos. Y que después de un par de retuiteos cada vez más desgastados, después de algún artículo cada vez menos leído, todo siga como siempre, pendientes de cualquier fruslería que nos aturda.

Desvalijapatrias

La clave estaba en que alguien encontrara un hilito del que tirar. En eso y en que, una vez hallado, tirase con el cuidado y la paciencia suficientes para sacar, sin romperlo, todo lo que estaba unido a él. Quizá pensaste que no sucedería nunca, o que, si sucedía, les faltaría el cuidado, o la paciencia, y el problema quedaría en una anécdota sin demasiado peligro. En algo que podría aislarse y llegado el caso olvidarse, como todo lo que no conviene.

Pero he aquí que encontraron el hilito, he aquí que tiraron y lo hicieron con método y tomándose el tiempo y el tiento que el hallazgo y su potencial exigían. Sabían lo que buscaban. Tenían la determinación de sacarlo a la luz y exponerlo, para tu descrédito y tu desgracia. Sobre los motivos de esa determinación puedes ahora especular todo lo que quieras, incluso puedes hacer que otros especulen; pero cuando uno desentierra un dinosaurio lo de menos es cómo, cuánto y cuándo pudo o quiso cavar: lo que importa es la osamenta, el armatoste monstruoso que nos lanza un mensaje que resulta imposible de desatender.

Lo han hecho, y lo que es peor, lo han hecho respaldados por un juez, al que se las han tenido que arreglar antes para persuadir de que había materia para tomar decisiones que no se toman a la ligera. Intervenir sobre derechos fundamentales no es una broma, sino una medida excepcional de la que aquel que la dicta ha de estar preparado para responder en las condiciones más adversas: alguno que no lo estuvo ya ha tenido que devolver la toga con puñetas y la pluma de firmar y sentenciar. Si encima se trata de intervenir derechos fundamentales de alguien que ostenta un poder, con todo lo que lleva consigo, se impone medir aún más el paso. Y si quien tiene el poder lo hace en nombre de una idea superior, ya hay que estar absolutamente seguro.

Y aquí llegamos al meollo de este cuento, que era, también, tu principal protección. Has acertado a envolverte en símbolos a los que has atribuido cual taumaturgo el valor de encarnar algo que está por encima de quien quiera juzgarte. Te has consustanciado con ellos hasta el extremo de equiparar cualquier revés que te alcance a un revés que se pretende infligir a esa entidad indiscutible, y que para escapar a cualquier escrutinio toma siempre nombres que apabullan: nación, patria, pueblo... Bienes supremos de los que te las arreglas para erigirte en intérprete caracterizado y providencial salvador frente a todos sus enemigos, reales o imaginarios.

Lo de menos, a efectos del cuento, es la nación en cuestión, y el símbolo con el que te embozas. Para su mal, todos los pueblos encuentran a algún salvapatrias de tu especie, los hay para servirse de cualquiera de las banderas que en el mundo ondean y consumir así su prestidigitación.

Sin embargo, algo ha salido lo bastante mal como para que el tinglado se desmorone, y tu reacción deja mucho que desear. Al ver venir el peligro, te atropellaste y cometiste errores. Y antes de verlo venir, por el contrario, fuiste excesivamente confiado: no supiste hacer un buen inventario de dónde podía estar toda la información comprometedora, ni tomaste la precaución de eliminarla de forma sistemática. El resultado es que ambas cosas, tus torpezas y tus rastros no borrados, le dan ahora munición al enemigo, y que este ha ordenado abrir fuego a discreción.

Como resultado de esta cadena de infortunios, hoy te ves examinando la jugada desde tu celda (o desde la preocupación, más o menos inminente, de acabar en una). Y de pronto el sortilegio en el que hasta aquí confiabas para librarte del oprobio se revela insuficiente. Tus vergüenzas se muestran por extenso a la luz; haría falta un trapo demasiado grande para taparlas.

Es difícil pasar, así de golpe, de redentor a desvalijapatrias. Tendrás que irte acostumbrando a no dar demasiada pena.

Un favor

Los dos jueces han aparecido una y otra vez, a lo largo de sus respectivas trayectorias profesionales, en actitud de notoria proximidad con la fuerza política bajo cuyas siglas se ampararon los presuntos corruptos. Hasta tal punto llegaron a ampararse que en el juicio para el que los dos jueces resultan designados no sólo se ventila la responsabilidad criminal de las personas imputadas, sino también la responsabilidad civil de la fuerza política a la que pertenecían. El modo en que esta se ve afectada por el procedimiento penal es por tanto doble y evidente.

Sin embargo, y pese a ser requeridos para ello por alguna de las partes, ninguno de los dos considera necesario abstenerse de entender del pleito y dejar que en esta ocasión hagan justicia otros magistrados a los que nadie pueda afearles ninguna clase de cercanía con la materia que han de enjuiciar. Desde fuera, resulta difícil comprender cómo alguien sobre el que se plantea, algo más que razonablemente, una sospecha de parcialidad, más allá de su posible convicción personal de estar exento de ella, persevera en exigir a todo trance para sí la prerrogativa de ser quien sentencie el asunto en cuestión. Mucho más fácil, notablemente más cómodo y mejor visto sería, ante la menor suspicacia, dar un paso atrás y pasarle a otro el marrón de tener que soportar una vista larga y desagradable y redactar luego una sentencia que será leída con lupa y de seguro recurrida.

¿Qué extraordinario sentido del deber, o en su defecto, qué formidable convicción de poder

establecer la verdad y aplicar la ley como ninguno de los demás jueces podrá hacerlo, pesan en el ánimo de los magistrados bajo sospecha para resistirse como gatos panza arriba a salirse del caso y exponerse, como la ley prescribe, a que sean sus compañeros los que los aparten?

Así las cosas, el incidente de recusación sigue inexorablemente sus pasos y llega el día en que se reúne la sala en pleno para decidir qué se hace con la espinosa cuestión planteada en torno a sus compañeros. Debe de ser un momento interesante: un debate en el que se midan las palabras y en el que más de uno prefiera, por si acaso, no abrir la boca y limitarse a votar. Es de suponer que algunos serán amigos de los afectados, y también que algunos otros los considerarán rivales, o simplemente no les serán simpáticos. Pasa en todas las oficinas; las de un tribunal de justicia también están habitadas por humanos y no son una excepción. No cabe descartar que haya magistrados que hagan abstracción de sus filias y fobias y examinen la decisión a la luz fría de los hechos, la ley y la jurisprudencia. Pero también los habrá que sientan el deber de salir en defensa y socorro del amigo, y quienes saboreen con delectación la oportunidad de dar en la cresta a quien por la razón que sea nunca tragan.

Todas esas pulsiones individuales se traducen en dos votaciones que determinan el apartamiento de los dos jueces controvertidos de la causa que aspiraban a juzgar. El resultado de la votación no es igual en los dos casos: en uno se toma la decisión por la mínima, en el otro por aplastante mayoría. En cierto modo, los dos quedan desautorizados, pero uno de ellos bastante más que el otro. Siempre es un desaire que te expulsen del juego al que querías jugar, pero más cuando te echan con el aplauso, o cuando menos la aquiescencia casi unánime de la grada.

La noticia debe de resultarles, pues, desagradable. También es posible que los líderes de la fuerza política comprometida en el proceso sientan que los hados se ponen en su contra. Con el tiempo, sin embargo, es posible que lo razonen de otra manera. Los jueces que impidieron impartir justicia a quien no tenía el crédito suficiente para ello les han hecho un favor. A los dos apartados, en primer término, y luego a quien se ve expuesto a la sentencia. Y ante todo, un servicio al país que la aguarda.

Alunizando voy

A los trece años, según cuentan las crónicas, sus padres perdieron el control. Pasó a manos de los centros de menores, que tampoco pudieron con él. Las drogas ayudaron a exacerbar su agresividad y ahora, con veintiún años, es un conductor temerario, casi suicida. Le basta con un minuto para forzar y arrancar un Seat Ibiza, el vehículo que prefiere para sus fechorías. A todo lo que le da el motor busca un escaparate que pueda reventar y tras el que haya un botín de rápida y fácil venta. Nada de tiendas de lujo, como los aluniceros que utilizan vehículos de alta gama y muchos caballos, BMW o similares. Sus Ibiza robados le sirven de perlas para echar abajo, por ejemplo,

los vidrios de tiendas de telefonía o estancos. Sobre todo los móviles tienen buena salida. Siempre hay alguien dispuesto a comprarlos por menos de lo que cuestan sin preguntar de dónde vienen.

Actúa con determinación, sin dejar huellas y sin que las cámaras de seguridad registren nunca su rostro. Pero la policía, en este caso los Mossos d'Esquadra, que son a quienes toca velar por la seguridad en Barcelona, donde nació y opera, le siguen de cerca los pasos y montan dispositivos para cazarle in fraganti. En lo que va de año, ya le han detenido 28 veces. Otras tantas, tras ser puesto a disposición judicial y tomársele declaración, queda en libertad a la espera de juicio. Sus delitos, simples robos con fuerza, no se consideran tan graves como para decretar contra él prisión provisional. Es incontrolable, y además de conducir poniendo en riesgo la vida de los demás, se muestra bastante violento cuando le detienen, pero no ha llegado a producir ningún resultado de los que habrían podido llevarle a ir a parar entre rejas. No ha lesionado gravemente ni ha terminado con la vida de ningún conductor, peatón o agente. Por ahora.

Este regalito llega, una vez más, a la mesa de un juez. Los policías que se lo traen le cuentan sus antecedentes, le informan de su carácter, le hacen ver que se trata de un delincuente sin remedio, de un alunizador compulsivo, que tan pronto como salga a la calle buscará a sus colegas, agarrará otro Ibiza ajeno y lo estampará contra un cristal para quitarle a alguien la mercancía con la que se gana la vida, sin más propósito que venderla y seguir exento de la maldición bíblica de trabajar, que ni va con él ni está dispuesto a consentir que jamás llegue a afectarle.

Su señoría se las ve con la decisión que le toca tomar. Cabe poca duda de que el ser humano que tiene delante es un infeliz, un tipo devastado por una vida sin frenos, acaso también por su propio carácter, carne de cañón de la que dudosamente podrá hacerse nunca un ciudadano. Y, sin embargo, la ley que administra no puede fundarse en esas consideraciones. Mientras era menor de edad, ordenaba protegerle y ampararle. Ahora que ha doblado la esquina de la responsabilidad penal plena, consagra su presunción de inocencia, mientras no recaiga sobre él una condena que el juez de instrucción no puede imponerle. Y aun cuando esta pese sobre él, dispone que ha de dársele la oportunidad de reinsertarse en la sociedad contra la que una y otra vez ha arremetido al volante de un coche que no era suyo.

La prisión provisional, que sí puede acordar el juez, es una medida excepcional, que la ley, de nuevo, dice que no se puede aplicar a la gente así como así. El imputado no va a borrar ninguna prueba del delito: todas están ahí, lo pillaron en el acto. Tampoco va a huir al extranjero, lo prueban todas las demás detenciones, tras las que ha continuado como si nada, reventando escaparates de su ciudad. Y, sin embargo, algo le dice al juez que ese chico no puede seguir así, creyéndose que está por encima del bien y del mal y exponiendo absurdamente al prójimo.

Lo manda encerrar. Pero la historia no ha terminado. Desde su celda, a buen seguro, el chaval ya imagina el próximo alunizaje.

La guerra viaja a París

Ni corto ni perezoso, cuando se entera de lo ocurrido en París, el oftalmólogo que probablemente ha contribuido a que más ojos se cierren en toda la Historia cree llegada la ocasión de excretar una frase lapidaria y presuntamente oportuna:

—Ahora ya saben en Francia lo que se vive en Siria.

En Siria, puestos a decirlo todo, lo que se vive es ligeramente distinto. Por ejemplo, y para que el lector se haga una idea: un grupo de hombres armados entra en una casa, en busca de alguien a quien no encuentran. Encuentran, eso sí, a su familia. Hombres, mujeres, ancianos, niños. Los exterminan a todos, pero antes de acabar con la última, una niña, el que manda el grupo le dice a uno de sus hombres que la viole. El así interpelado, incapaz de llevar a ese extremo el horror, se arroja a los pies de su jefe, implorándole que no le obligue a hacer tal cosa. El jefe, pateándole, insiste, y el hombre arrodillado se revuelve contra él, movimiento que el jefe ataja descerrajándole un tiro. Acto seguido, le dice a otro hombre que viole a la niña. Este, que tiene más apego a su pellejo, cumple sin más la orden.

Esta edificante historia se la relató a la periodista y escritora Samar Yazbek, que la reproduce en su libro *La frontera*, un desertor del ejército que dirige con mano de hierro, contra su propia población, el oftalmólogo aficionado a los paralelismos. El desertor, un soldado de aquel escuadrón de la muerte, después de aquello no pudo más y en la primera ocasión se escapó para unirse a las filas de un grupo opositor al régimen. Pero la imagen del hombre muerto por no querer envilecerse hasta el último extremo (que, dicho sea de paso, era su mejor amigo) y los gritos de aquella niña, mientras abusaba de ella otro hombre conminado a hacerlo para no morir, no se van de su mente.

Después de que una partida de tipos resueltos a matar y a morir siembre el terror en París, no es la del cínico Al Asad la única interpretación de urgencia. Las reacciones se suceden, desde quien achaca el desastre al buenismo que impide plantar cara a los yihadistas, hasta quien culpa al belicismo de las Azores, pasando por las consabidas acusaciones al islam como religión incompatible con la civilización y portadora de un germen de barbarie persistente e incurable. Y siendo esos factores, junto a algún otro, parte del problema, ni lo agotan, ni es de su imputación caricaturizada de donde puede esperarse que salga una solución que permita reducirlo y, menos aún, resolverlo.

También se abren apasionadas discusiones sobre si se puede llamar a lo ocurrido «guerra» (como implícitamente se percibe tras el diagnóstico del todavía presidente sirio), o si entrar en esa terminología es hacerles el juego a quienes sólo son una banda de criminales terroristas. Y criminales son, pero el presidente francés no usa la palabra «guerra» de manera gratuita. La técnica de ataque es puramente bélica (propia de una guerra asimétrica, esto es, con sus peculiaridades, pero guerra al cabo), y quienes la dirigen, a muchos miles de kilómetros de

Francia, son militares de formación y vocación, y lo que buscan, usando la carne de cañón de los musulmanes franceses que se les unen, no es sino asestar un golpe doloroso en la retaguardia y mermarle la moral al enemigo que envía contra ellos aviones de combate.

Que dispongan de esa mano de obra suicida con pasaporte francés da para meditar. Que tengan avezados oficiales iraquíes, formados en las mejores academias de occidente, y un territorio donde entrenar a sus comandos, es un regalo de quien destruyó Irak y no lo supo reconstruir, y de quien, enfrentado al clamor de libertad de su pueblo, decidió aplastarlo con bandas de liquidadores, armas químicas y bombas de racimo. Sí, ese que ahora celebra que Francia conozca el dolor. Ese con el que hay quien dice que es preciso contar para solucionar el problema.

Los WhatsApps de la yihad

Cuenta su madre que en los últimos tiempos lo criticaba todo y que se pasaba los días pendiente del Facebook y del WhatsApp. En la red social de Zuckerberg había anunciado su deseo de irse a Siria. Lo que hiciera por WhatsApp lo sabrán sus contactos, pero después de morir despedazada junto al cerebro de los atentados del 13-N, en un piso de Saint-Denis, no parece descabellado presumir que esa pudiera ser, entre otras, su vía de contacto con quien la embarcó en el delirio de la yihad.

La historia de Hasna, francomarroquí de veintiocho años, empezó a escribirse en una familia rota y un barrio sin demasiadas esperanzas. Al llegar a la adolescencia empezó a dar tumbos, tropezó con las drogas y comenzó su itinerario caótico. Cuentan que le gustaba el rap y salir de fiesta, que llevaba un sombrero de *cowboy* y según su propia progenitora andaba a menudo en compañías dudosas. A alguno puede parecerle incomprensible que una chica así acabara convirtiéndose en una entusiasta de la yihad. Pero si se piensa un poco resulta coherente, casi de cajón. No es, ni muchísimo menos, el primer viaje registrado del desparrame al fundamentalismo, islámico o de cualquier otro signo.

Después de probar las variadas formas de nihilismo que ofrece la civilización occidental, Hasna encontró en la yihad el tope de la gama. La droga más dura, la melodía más *heavy*. Por eso, seguramente, pasó de salir vestida para matar a enfundarse un hiyab y poco después un niqab, y casi sin solución de continuidad (y desde luego sin tiempo para aprender el Corán, más allá de los rudimentos esquemáticos que justifican el rencor homicida contra el infiel) a colaborar con los soldados del califato en su programa de venganza y terror contra el cruzado francés. Contra sus compatriotas y conciudadanos, en definitiva.

Aunque esta última consideración, inobjetable si nos atenemos al pasaporte que obraba en poder de Hasna y le permitía atravesar sin contratiempos casi todas las fronteras del mundo, nos

precipita inmediatamente a la zozobra: ¿era en verdad Hasna una francesa como las demás, es decir, como cualquiera que se llame Mireille y tenga los ojos azules y el pelo pajizo?

Según las leyes y según los principios de la República, sí, por supuesto, sin ninguna duda. Si bajamos de los principios y las leyes a la calle, allí por donde Hasna caminaba y calculaba sus posibilidades, la cuestión resulta mucho más vidriosa. Las Hasnas no sólo suelen crecer en barriadas y circunstancias muy diferentes de las Mireilles, sino que están más expuestas a la intemperie y los contratiempos y, se quiera o no, se les ofrecen menos y peores oportunidades. También es más fácil que sus familias se rompan, momento en el que echan de menos, ellas y sus madres, a esos abuelos que están a dos mil kilómetros y que no podrán ofrecerles el apoyo con el que las Mireilles sí cuentan. Esas niñas solas, en barrios periféricos de los que sus madres han de salir temprano para ir a trabajar y a los que regresan tarde y extenuadas, es mucho más probable que se pierdan en el primer cruce escabroso que encuentren en su camino.

Lo de menos, en este momento, es dilucidar si, como alguno propone, Hasna estaba abocada a su macabro final o dispuso de la opción de ser una persona normal que no hubiera de morir con veintiocho años en medio de una deflagración. Al final, cada cual hace sus elecciones y seguro que junto a Hasna crecieron niñas no mucho más afortunadas que no terminarán como ella.

Ahora que Hasna ya no es más que otra historia triste para la larga colección de los seres humanos malogrados, la pregunta es cómo esa atracción por la nada absoluta prende en quienes se crían entre nosotros. Quizá sea demasiado fácil pensar que todo el mal viene de lejanos barbudos. La pregunta es por qué a la francesa Hasna podían motivarla esos siniestros WhatsApps de la yihad.

Kant en campaña

Johann Gottfried von Herder, que lo tuvo como profesor, dio escribir sobre él esta frase memorable: «Ninguna cábala, ninguna secta, ninguna ventaja, ninguna aspiración a la fama tenía para él un estímulo en comparación con la ampliación y la iluminación de la verdad». Arthur Schopenhauer, que sometió a crítica su metafísica, no dejó por ello de admirar su conocimiento claro y sereno, la reflexión y la habilidad con que desmontó «pieza por pieza toda la maquinaria de nuestra capacidad cognoscitiva», sacando a la filosofía occidental de la tosquedad y el sueño dogmático en que había vivido sumida antes de él.

Vivió en la ciudad de Königsberg, entonces Prusia y ahora Rusia (donde la conocen como Kaliningrado). Se llamaba Immanuel Kant y a él se debe la mayor revolución filosófica de la modernidad, la proeza descomunal de someter a crítica a la razón humana en todas sus facetas, desde la ética hasta la metafísica, revelando los límites de nuestro conocimiento y nuestros juicios. Es posible que le sorprendiera saber que dos siglos después de su muerte se convertiría

en protagonista de una precampaña electoral en ese soleado y exótico país del sur de Europa llamado España, en su época tan ferozmente atrasado que vivía sometido a la inercia de una dinastía decadente y a duras penas había sido capaz de acoger algunas de las ideas de la Ilustración.

Kant era consciente de las dificultades que su filosofía planteaba: solía decir que había llegado con un siglo de adelanto. Schopenhauer afirmaba que su estilo poseía «la impronta de un espíritu superior, de una genuina y firme originalidad, de una capacidad de pensar totalmente extraordinaria», lo que para él se traducía en una «resplandeciente aridez». Con esta fórmula oponía la complejidad del pensador de Königsberg a la de su odiado Hegel, contra cuya prosa lanzó en su obra culminante, *El mundo como voluntad y representación*, esta andanada mortal: «La mayor desfachatez a la hora de servir auténticos absurdos, ensartando palabras vanas y delirantes, como hasta entonces sólo se habían escuchado en los manicomios, culminó finalmente en Hegel y fue el instrumento de la más burda mistificación que jamás existió, con un éxito que le parecerá increíble a la posteridad y perdurará como un monumento a la necedad alemana». La aridez expositiva de Kant, por el contrario, provenía para Schopenhauer de la sabiduría y la lucidez superior.

Sobre estas premisas, quizá deba juzgarse con indulgencia que dos jóvenes políticos de la España del siglo XXI, que no se distingue precisamente por invitar a menudo a sus habitantes a la degustación de arideces filosóficas, queden en evidencia al traer a colación el pensamiento kantiano: el uno citando un más que improbable título de Kant, resultante de embarullar la ética con la metafísica; y el otro, reconociéndolo como influencia crucial en su visión del mundo pero declarándose incapaz de citar un libro debido a su pluma que haya leído. A Kant apenas se le entendió en su época, se le malinterpretó a menudo después, y las más ilustres cabezas pensantes, enfrentadas a sus páginas, hubieron de admitir que ofrecían una lectura inhóspita.

«Todo hombre acaba siendo el sofista de su ilusión juvenil», escribe Kant en uno de sus libros más breves y menos herméticos, *Los sueños de un visionario*. A estos nuevos líderes, hijos de su tiempo y su lugar, donde impera el desprecio hacia las humanidades en todas sus formas y las finanzas y la tecnología se aúpan a la cima de todos los saberes, se les acusa de haber elevado sus someras nociones kantianas, adquiridas de segunda mano en tiempos de bachillerato o universidad, y apenas luego profundizadas, a la fingida categoría de bagaje personal.

Otra posibilidad sería anotar a los dos candidatos el mérito de traer a Kant a la campaña, por imprecisos y torpes que sean sus recuerdos de él. Mientras tanto, otros hablan de fútbol.

B, la memoria inoportuna

Su testimonio estaba destinado a quedar sepultado en unos autos, con vistas a un juicio, todavía no

celebrado, en el que ya se encargarían los abogados de desvirtuarlo, minimizarlo o dar por prescritas las acusaciones más sensibles. Es lo que tiene la justicia, que es lenta, selectiva y al final, de todo el papeleo de la instrucción, queda en pie lo que queda. Por eso, cuando en su comparecencia ante el juez instructor el extesorero, a la sazón en prisión provisional, dio la campanada y acusó a toda la cúpula de su partido de recibir sobresueldos con cargo a una caja B procedente de donativos irregulares, alguien pensó que no había más que aguantar el chaparrón, hasta que el tiempo pasara y lo redujera todo a un puñado de folios amarillentos. Entretanto, el extesorero, antaño exhortado a mostrar fortaleza, pasó de ser «ese señor» a convertirse en «ese delincuente», un leproso cuya fulminante degradación era el mejor cordón sanitario.

Sin embargo, he aquí que alguien tuvo una extraña idea: convertir las actas de aquel interrogatorio en una inusual pieza dramática. Sin mayor aderezo ni afeite, las preguntas de juez, fiscal y letrados, y las respuestas del extesorero, dieron en transformarse en una tragicomedia tomada del natural. Cómica, por el ingenio y el aplomo del protagonista; trágica, por la sombra tenebrosa que su desarrollo proyectaba sobre el país del que eran ciudadanos la inmensa mayoría de sus espectadores.

Puestos a rizar el rizo, a alguien se le ocurre ir más allá: llevar ese experimento dramático al cine, haciendo de aquel perturbador interrogatorio el argumento de una película donde todo lo dicho quede registrado para la memoria de las generaciones presentes y futuras. Y aquí es donde sobreviene el problema. En manos de un director consciente del material que tiene a su disposición (las actas literales del interrogatorio, que nadie podrá nunca impugnar por difamatorias) y de dos actores, los encargados de encarnar al altivo extesorero y al atónito juez, no menos conscientes de vérselas con el papel de sus vidas, la película se convierte en un inmisericorde ejercicio de demolición.

Todo, desde luego, está en función de la credibilidad que se dé a las acusaciones del interrogado, pero la naturalidad con que este describe su propia operativa, presuntamente corrupta, sin cargar las tintas en ninguna de sus respuestas, incluso resistiéndose a ratificar alguna que otra sospecha interesada de las acusaciones personadas en la causa, inclina a considerarlas plausibles. El actor que le da vida en la pantalla, mimetizado con él en gestos, voz e indumentaria, no tiene más que poner sus armas interpretativas al servicio de un personaje cuajado y vibrante, al que ni todos los desprecios, ni la prisión de la que viene y a la que volverá en cuanto acabe la sesión, restan un ápice de su fuerza. Él, el delincuente, se está comiendo el marrón, mientras que los aludidos en sus papeles escurren el bulto y se escudan en que nunca se les va a poder probar nada.

Su alarde encuentra el contrapunto ideal en ese juez que levanta las alfombras y no puede creer que tapen todo lo que el interrogado va desgranando y certificándole, la mayoría de las ocasiones, eso sí, como único testigo. El actor que hace de su señoría borda el pasmo y el temor de que todo sea verdad.

La película, vaya usted a saber por qué, apenas encuentra cines donde estrenarse. Ello no

impide que muchas personas la vean y, sobre todo, no impide que esté ahí, como una memoria feroz e inquietante de lo dicho; eso que nunca habrían podido ser unos folios archivados entre los legajos de un juzgado.

Feroz, inquietante e inoportuna. Casualidad o no, en la campaña que se inicia meses después se aúpa a los carteles electorales, contra todo pronóstico, una joven candidata. Una mujer cuyo nombre nunca pronunció el extesorero al hacer el recuento de quienes cobraban los sobresueldos ominosos.

Todo legal

Eres un votante cualquiera que trata de resolver a quién acabará dándole su papeleta dentro de apenas unos días. No cuentas con la ventaja de ser militante de nada, ni tampoco la de aborrecer o admirar sin reservas a alguno de los que compiten por tu voto: ni por feo ni por guapo, ni por tonto ni por listo, ni por infame ni por noble, te parece que ningún candidato deba ser objeto de arrobo o vituperio. No eres de abrir fuego así como así, ni tampoco de abrazarte al primero que promete algo. Lo que te aboca a ser lo más incómodo en campaña: un indeciso.

Tienes tus ideas, quién no. Percibes las debilidades de unos y de otros, están demasiado a la vista. Y no dejas de apreciar las cualidades que cualquiera posee; no sigues dogmas que te lleven a quemar por hereje a nadie. Para decidir con motivo, para no ser irresponsable en el ejercicio de ese derecho que durante tan largas décadas no tuvieron tus mayores, les escuchas, tratas de comparar sus propuestas, hasta te lees los programas que tienes la sospecha de que ellos no redactan, acaso no leyeron enteros y es muy probable que ninguno, así gane, vaya a cumplir.

Entretanto, he aquí que ocurren cosas. Más bien antipáticas. Se descubre que dos diputados gubernamentales, uno de ellos se presenta para volver a serlo, combinaban su obligación de defender el bien público en la cámara, en representación de los ciudadanos, con labores de comisionista privado muy bien retribuidas, a través de sociedades mercantiles interpuestas. Sus honorarios mensuales multiplicaban varias veces los ingresos de la mayoría de los contribuyentes. Al requerirles para que expliquen esa actividad y sus réditos, los interesados, sin dejar de reconocerlos, afirman que todo era plenamente legal.

Pasan los días y, a causa del escándalo que en la opinión pública provoca que un servidor público se entregue al lucro particular, en actividades que, ya sean legales o no, pueden claramente interferir con su tarea al servicio de la ciudadanía, les abren expediente y a uno de ellos le piden que deje la candidatura. Ahí queda todo: nadie quiere, en época de elecciones, tomar decisiones que presupongan la admisión de una falta en uno de los suyos, y de un error de la organización al designar para un puesto a quien resulta que no habría debido estar ahí.

Poco después, un ataque arrasa la embajada de tu país en un país notoriamente peligroso.

Mueren dos policías, aunque las primeras noticias son confusas. Primero el gobierno niega que el ataque fuera contra la embajada, luego lo admite, a regañadientes, pero rechaza que la sede diplomática estuviera expuesta a riesgos indebidos por falta de medidas de seguridad. Mientras escuchas a los responsables aseverar que todo estaba en orden y que ninguna negligencia puede achacárseles, ves las fotografías de la embajada devastada. Lees informaciones que coinciden, todas, en señalar que el inmueble carecía de condiciones para su protección y que se hallaba en un barrio conflictivo e inseguro. Cuentan que hay testimonios de policías que se han salvado del ataque y que confirman esa tesis. Que dicen haber tenido que atrincherarse en el búnker de la embajada, bajo un ataque prolongado durante horas, hasta que acudieron fuerzas norteamericanas a sacarlos de allí. Y, sin embargo, los portavoces oficiales siguen cargando la tragedia a una desgracia inevitable.

No eres de los que en trance apurado para su país propenden a arremeter contra su propio gobierno. Pero esa contumacia en descargarse de responsabilidad, ese «todo estaba en orden» que las ruinas desmienten, como desmiente la irritación popular hacia los diputados comisionistas la validez de ese «todo legal» con el que quieren justificar su conducta, llega a ofenderte.

No es sólo el contraste, tan feo, entre quien se lucra desde el escaño y quien muere en primera línea; es la frivolidad con la que se elude el fallo. Desde hoy, estás algo menos indeciso.

Un minuto tarde

A fin de cuentas, sólo eran dos de nosotros. Dos hombres de uniforme, para más inri. Dos que se presentaron voluntarios para estar allí, y a quienes les iba en el sueldo el riesgo. Hay quien dice que si no querían exponerse se podían haber buscado otro trabajo, y que nunca hay luto por el albañil que se cae del andamio. Algún otro anota que murieron por apuntarse a un destino que les reportaba un jugoso suplemento salarial.

Qué barata compran y venden algunos la vida de otros.

Sin embargo, faltaba algo más. En un país sin cohesión, sin ideales comunes, sin fe y sin identidad cultural alguna, lo que queda para reunir a la gente es ese rito que cada fin de semana se oficia en las únicas catedrales que llenan el aforo: los estadios de fútbol. Es allí donde hace unas semanas se guardó un solemne minuto de silencio por las víctimas ajenas, en este caso las de París, que son las únicas respecto de las que puede convocarse y alcanzarse unanimidad. Por eso todo el mundo pudo ponerse de acuerdo en exhibir desde su perfil de redes sociales la bandera de la República Francesa. Pero igual que nadie aspira a que se produzca una movilización semejante en torno a la bandera propia, que siempre hay razones para discutir, cuestionar o aun menospreciar, transcurre la jornada de Liga y en ningún estadio se guarda silencio por los dos policías españoles abatidos en Kabul.

En los alrededores de los estadios, a pie de campo, velando como siempre para que los energúmenos que suelen mezclarse en esa clase de espectáculos no provoquen ninguna desgracia, cientos o miles de compañeros de los dos fallecidos prestan servicio como cualquier otro fin de semana. Un servicio del que se benefician, a costa del conjunto de los ciudadanos y merced al esfuerzo y la diligencia de los funcionarios policiales, quienes administran y explotan el pingüe negocio (este sí que lo es) del fútbol profesional. Un servicio que se presta como siempre y sin queja, pese a que la organización que agrupa a esos opulentos empresarios deportivos haya decidido ignorar olímpicamente el dolor que sin remedio embarga a quienes les protegen.

Avanza la semana y un avión trae de vuelta los féretros con los restos de los dos policías caídos. Un funeral de Estado reconoce su sacrificio, con presencia de los monarcas, el presidente, ministros y líderes políticos reunidos por una vez en torno a un duelo común. El acto tiene todo lo que la ocasión requiere: se les imponen condecoraciones póstumas, se conforta a sus familias. Sin embargo, se trata de un acto institucional, y aunque hay gente que se agolpa en torno al complejo policial donde se celebran las exequias, no pasa de ser la respuesta insoslayable, desde el Estado, a la muerte de aquellos que estaban a su servicio. El reconocimiento de toda la sociedad sigue pendiente.

Quiere el calendario que esa tarde y las siguientes vuelva a haber fútbol. Algunas voces se alzan pidiendo a los gestores de la próspera industria deportiva una rectificación, un gesto de consideración hacia los dos muertos hasta entonces ignorados. La respuesta, pese a la emoción aún reciente del funeral, no es inmediata. Parece haber ciertas dudas sobre la conveniencia de imponer en todos los campos un minuto de silencio, quizá hay alguien a quien se teme molestar, alguien cuya susceptibilidad pesa más que la compasión hacia unas familias rotas.

Tras algún tira y afloja, sin poder evitar dar la sensación de que se les ha doblado el brazo, los responsables del fútbol se avienen al fin a decretar el minuto de silencio, que se cumple en todos los campos, pero no en todos se da en respetar. Hay estadios donde el minuto queda en la mitad, y el silencio arruinado por cuchicheos, silbidos y murmullos de desaprobación.

El minuto llega tarde y mal. Dentro de unos meses sacarán su selección y esperarán el apoyo de todos. Cómo no.

La soledad del palacio

No es el primero que se ve solo entre esos regios muros. Sin retroceder mucho en el tiempo, fue allí mismo donde conoció la soledad de la derrota su propio bisabuelo, aquel triste día de la primavera de 1931 en el que ni en el distrito de Palacio sacaron mayoría sus seguidores. También allí, cada uno a su manera, vivieron la soledad de la incomprensión quienes en calidad de

presidentes de la República le sucedieron en la jefatura del Estado. Es un sitio imponente, pero también rezuma amargura.

Es ahí, en el salón del trono del viejo palacio de Oriente, testigo de la poca gloria y los muchos sinsabores de su dinastía, donde el monarca elige comparecer, solo en la inmensa estancia, para lanzar un mensaje de Navidad que es el primero en el que puede leerse de veras su impronta, sin que la sombra demasiado reciente de su predecesor se proyecte sobre sus palabras y las haga menos convincentes, como si las pronunciara alguien que aún no ha hecho del todo méritos para dirigirse al país.

Su figura solitaria expresa también, de forma gráfica, la coyuntura en que se halla un rey al que a la sazón sólo fiscaliza un gobierno en funciones, y que en sus actos no cuenta, por tanto, con el respaldo de un presidente respaldado a su vez por una mayoría suficiente en las cámaras. En la práctica, el país carece de cabeza visible en el poder ejecutivo, y esa orfandad alcanza a todos; también, o de modo especial, a quien sin refrendo de las urnas está siempre ahí, por descender de quien desciende.

La herencia que ha recibido, y que las últimas elecciones, tan inoportunamente cercanas a la Navidad, han traducido en cifras, no es desde luego la más halagüeña posible. Quizá nunca antes pudieron atribuirse más votos quienes cuestionan el orden en el que descansa su trono, y son ellos los que tienden a ampliar su representación, mientras aquellos que lo sostienen sin ninguna reserva envejecen y menguan día a día en número. Han sido muchos años de imprudencias, de desbarros, de oscuros e inmorales juegos de ventaja perpetrados bajo la cobertura del sistema que él ahora encarna y que no tiene más remedio que reivindicar. En nadie puede apoyarse esta noche: quienes estarían llamados a hacerlo andan demasiado ocupados en intentar sobrevivir.

El monarca, condenado a la defensa cerrada de un edificio que cruje y tiembla, ha sido educado, eso nadie se lo discute, en el sentido del deber, y a cumplir su deber se aplica con ahínco. El escenario, justamente, pretende reforzar el mensaje, la llamada a recobrar el orgullo de ser parte de ese edificio ahora maltrecho. Invoca la pasada grandeza, al tiempo que levanta acta de las dificultades e incluso atestigua, sin cargar mucho la suerte, alguna de las deficiencias. Frente a ellas, apela al diálogo, a la rectitud, al rigor, a la unidad para volver a ser grandes en un futuro que hoy por hoy se presenta incierto y lleno de asechanzas. Son palabras que a cualquiera habrían de sonarle bien, aunque la sintaxis y la retórica del discurso encallan aquí y allá, como si inconscientemente reconociera su anacronismo, la escasa fe que en muchos de quienes le escuchan acertará a suscitar.

Y, sin embargo, está ahí porque cuatro décadas atrás hombres imperfectos y contradictorios, como todos, pero también lúcidos y conscientes de que el país llevaba demasiadas oportunidades malgastadas, se avinieron a tejer en torno a la corona un pacto hecho de las renunciaciones particulares de cada uno y la ambición común y generosa de todos. Un pacto con sus fallos y sus inconsistencias, pero que durante años lució como el mejor de los posibles, y supo proporcionar a la monarquía, en uno de los países menos monárquicos de Europa, un suelo firme.

Antes del próximo discurso navideño han de pasar algunas cosas: quizá no todas buenas, quizá no todas malas. Tendrá tiempo para meditar quiénes, y cómo, dilapidaron aquel pacto.

El anticapitalista en su laberinto

Aunque te pilla lejos, en el mismísimo corazón de la bestia, ese Madrid con resonancias de Mordor hacia el que se dirigen todos los reproches y diatribas de los de su especie, acabamos de estrenar año y es momento para probar cosas nuevas, como tratar de hacer un ejercicio de empatía con él o ella: con ese o esa anticapitalista independentista que ha de decidir de qué lado se inclina su corazón en esta hora suprema en que, a falta de sólo una semana para la caducidad del *procés* independizador, se dirime si se inviste para pilotarlo a un líder indeseado.

La empatía es un ejercicio recomendable y, una vez que se adquiere el hábito, no tan difícil como parece a primera vista, por muy distante que uno se halle de la postura con la que se trata de identificarse. Por ejemplo: puede entenderse que alguien sea independentista. Puede entenderse en general: es un sentimiento que convoca resonancias de libertad, de sacudirse yugos; algo que, por inconcreto que sea el yugo en cuestión, siempre motiva y estimula a quien tiene afán de ser y vivir por sí y no al dictado ajeno. Puede entenderse más aún cuando la aspiración toma como estribo una cultura, una lengua, una forma de decir y de decirse y, en última instancia, de estar en el mundo.

Y puede entenderse mejor todavía, en fin, cuando la emancipación implica, así sea en términos teóricos, el extrañamiento de una historia repleta de frustraciones y la desconexión de un presente, como el español, lleno de sapos y culebras a medio digerir, sin que en el horizonte se dibuje la silueta de ningún artífice capacitado para superar el trance, sino la enésima y cutre versión de la arremetida de los *hunos* contra los *hotros*: esa turbamulta de corazón helado que cantaba el poeta hace ya más de un siglo. Podría discutirse sobre cómo a nuestro hombre o nuestra mujer se los ha aleccionado acerca de esa historia común, y de la propia de su nación irredenta, pero tampoco alteraría sustancialmente su descontento ni la tentación de evadirse.

Lejos de ti, por tanto, la funesta arrogancia de despachar el sentimiento independentista como arbitrario, aunque en tu balanza pesen más otras cosas y no puedas suscribirlo. Y cumplida esa parte, queda la otra: la anticapitalista. Tampoco tienes que hacerte excesiva violencia para ponerte en los zapatos de quienes se sublevan contra un estado de cosas que permite medrar aún más a los poderosos, coloca en desventaja creciente a los más débiles y tan sólo procura la justicia en la angosta medida en que lo consiente el máximo reparto de dividendos al accionista y la optimización del beneficio después de impuestos. Oponerse a la especulación, los excesos del consumismo, la devastación del medio ambiente... Basta pensar en ello un rato para experimentar un deseo ardiente de salir a la calle a gritar contra el desafuero, a clamar contra esas heladas

aguas del cálculo egoísta en que, Marx *dixit*, nos sumió el viejo capitalismo del XIX y nos ha encharcado los pulmones el cibercapitalismo del XXI.

El problema te viene cuando tratas de asumir a la vez ambas cosas, y traducirlas en el respaldo a un proyecto político y un timonel que proceden de las mismas siglas bajo las que se consumó un proceso de depauperación feroz de los servicios públicos, en claro beneficio de toda clase de corporaciones privadas, mientras la saga de su fundador acarrea millones de euros a Andorra, en una de las más fulgurantes y asombrosas acumulaciones básicas de capital de que se tiene noticia.

Dicen en los mentideros, y en la era de internet todo sale a la luz, que si el proyecto se viene abajo, y si, como es de prever en semejante circunstancia, al inversor andorrano lo acorralan los implacables sabuesos y jueces mesetarios, tirará de la manta y pondrá al descubierto toda la podredumbre del sistema, desde los Pirineos hasta Tarifa, de Cap de Creus a Finisterre.

Y ahora, te figuras ser ese anticapitalista en el laberinto independentista y tratas de resistirte a propiciar la catarsis y de apoyar la pervivencia de una carcomida casta dominante.

Y por más que lo intentas, no lo consigues.

Iñaki, en su hora

Yo, que tantos hombres he sido, me veo ahora siendo aquel que a nadie le gustaría ser. Así, parafraseando el lamento que Borges le imaginó a un poético Heráclito, podría expresarse, si alguien quisiera prestarle atención, el exjugador de balonmano, el exdeportista olímpico, el exalumno de empresariales y de ESADE, el ejecutivo de una entidad sin ánimo de lucro, el exconseguidor, el exyerno modelo, el excuñado, el exduque (de Palma y emPalmado) y en estos momentos inminente ocupante, durante varios meses, de un lugar en el banquillo de los acusados ante la Audiencia Provincial de Palma de Mallorca.

Qué contraste, tan abrupto como cruel, con los tiempos en los que todo parecía sonreírle. Los de los éxitos deportivos y la juventud magnética y dicharachera que lo hacía popular a los ojos de todos los que se cruzaban con él. Los del acceso, por vía de infanta, al reservado espacio de los elegidos, esos que en su sitio de preeminencia esperan a que sean otros los que desfilen para estrecharles la mano y doblar la cerviz (ellos) o perpetrar una precipitada y a menudo torpe genuflexión (ellas). Aquellos años de ser el centro de la reunión, con prodigalidad de honores, agasajos y escoltas, que en teoría velan por la seguridad pero a la postre te llevan de aquí para allá en una burbuja de atención que te salvaguarda del roce con los demás mortales. De las mil y una servidumbres, de los frecuentes e incómodos peajes que sobre cualquier otro recaen por el mero hecho de vivir en sociedad.

Todo eso (salvo una escolta residual que vela más por su esposa) voló; con el cariño, la gloria,

el ducado y la riqueza acumulada al calor de aquellos hados propicios que hoy sólo son sombras en su memoria. En la hora de su caída, Iñaki, en otro tiempo don Iñaki, está solo y ni siquiera se le concede el derecho de ser el protagonista de su propio descalabro, aunque sean nada menos que diecinueve y medio los años de prisión que le pide el fiscal. En el trance de su enjuiciamiento acude como comparsa de aquella a la que debió buena parte de su fortuna pretérita y ahora debe su manutención diaria: la hermana e hija de rey que teniendo muchas menos, acaso muy pocas probabilidades de resultar condenada a una pena que en todo caso sería muy inferior, es el centro, la estrella absoluta e indiscutible de esta segunda parte tenebrosa del cuento. A ella apuntarán todos los fotógrafos, de lo que a ella le suceda se ocuparán con preferencia todos los cronistas; con su alivio, si sale absuelta, o su condena, si los jueces no le son benignos, se escribirán los titulares.

Dicen que el exduque acude resignado a un juicio del que se ve con muy pocas posibilidades de no salir despachado a un centro penitenciario, aunque pueda concedérsele la prórroga del tiempo que tarde en resolverse el recurso que se presentará con toda seguridad contra la sentencia. Dicen que en su mente, atormentada por el infortunio, ya se ve como algo más que ese acusado algo borroso al lado de la infanta: como el interno al que, esta vez sí, se le dará el derecho de representar el papel central del drama que suceda en la celda que le adjudiquen.

Llega la hora de su juicio y ni siquiera lo suyo, así sea como consorte, se halla en el epicentro de la actualidad. Esa Cataluña que acogió sus días dorados, como una especie de signo de lo funesto de los tiempos, emprende el mismo día que a él van a empezar a juzgarlo un viaje más allá del horizonte, rumbo a un mar desconocido donde él no tendría cabida ni aunque hubiera conservado aquella dignidad de la que se le despojó. Lo que pesa sobre él es la aplazada purga de viejas faltas; el presente convoca a otros afanes, otras inquietudes, otras ilusiones.

En esta hora, sin que excuse las ventajas de que gozó ni las astucias de que pudo valerse, Iñaki se perfila como uno de esos desdichados que la pagan. Por los que nunca la pagarán.

La cagada de Sean

Cuenta Sean que lo que él quería era hacer llegar al lector un mensaje acerca del fracaso y la inutilidad de la guerra contra las drogas, a fin de reabrir el debate público sobre esa campaña que ha costado miles de millones de dólares al contribuyente norteamericano, ha enviado a cientos de miles de estadounidenses a prisión y al fin y al cabo no ha logrado impedir que el consumo de drogas aumente y las organizaciones que la distribuyen y comercializan sean más, y cada vez más poderosas.

Sean es un actor famoso, con fama de chico destemplado, aunque ya es más destemplado que chico. En la larga entrada de su artículo-reportaje, esa pieza de supuesto periodismo que escribe

con la supuesta finalidad de invitar a sus compatriotas a salir de su error, y que en los primeros párrafos es un notorio viaje al fin de su ego, se explaya acerca de los riesgos que una y otra vez ha corrido y que en esta ocasión se dispone a correr de nuevo para hablar cara a cara con el prófugo más perseguido, el narcolíder más legendario: Joaquín *el Chapo* Guzmán.

Relata el viaje que le lleva desde Los Ángeles hasta el claro de la selva donde al fin se produce el encuentro; una sucesión de medios de transporte que tienen como finalidad dar esquinazo a quienes pudieran seguirles y por los que Sean va pasando en compañía de su mediadora para llegar al hombre, una actriz llamada Kate, que tiene fascinado a Guzmán. Se asombra Sean de que en el tramo final, cuando van en un todoterreno por una carretera precaria, los pare un control del ejército que al ver a su conductor, un hijo del gran capo, les deja pasar sin más. Sean no sabe que su viaje lo están siguiendo, paso a paso, quienes quieren atrapar al fugitivo, y que él y la actriz están sirviendo de rastreadores involuntarios para dar con su paradero.

Cuando se halla al fin ante él, Sean memoriza detalles, gestos y palabras para acabar produciendo un relato en el que, pese a las salvedades que tratan de conjurar cualquier posible simpatía hacia lo que el capo es y representa, lo muestra revestido de un aura que no puede sino complacer, por señorial y sugerente, al hombre cuyos actos dice reprobar. Desde cómo se comporta con la dama o con quienes sirven la cena hasta la elegancia de su guardia pretoriana, cualquier cosa menos gansteril.

Narra también cómo logra pactar con él una entrevista que habrá de realizarse una semana después y que al fin se acaba convirtiendo en un vídeo en el que Guzmán posa para la cámara mientras responde al cuestionario enviado por Sean, leído por uno de sus hombres. Las respuestas, reveladoras de un discurso algo elemental, desmontan un tanto el mito, pero Sean tira de pluma y de prosa alambicada para tratar de vender al lector la gran historia que él, y sólo él, ha sido capaz de obtener.

Un par de meses después, el Chapo cae en manos de un comando de la Marina mexicana que lo caza en el alcantarillado por el que trataba de huir. Se cuenta que los tratos del fugitivo con los actores, en su obsesión por ver su historia convertida en película, fueron decisivos para ubicarlo y acabar capturándolo, en una ciudad a la que se cree que se trasladó para poder volver a verse con la mujer que había logrado encandilarlo.

Sean dice dudar de esa versión, quizá tratando de alejar de sí la responsabilidad por la cagada que supondría haber sido el cebo para la detención. Se atribuye, en cambio, otra: la de no haber logrado, con su artículo, la concienciación que pretendía. La cagada de Sean, sin embargo, estaba en el planteamiento: en haberse dejado deslumbrar por quien no representa algo mejor que la hipocresía que denuncia en su país y su gobierno; en haber creído que era el periodista que conseguía la exclusiva que todos soñaban, cuando no pasaba de ser, al final, ese incauto indocumentado al que utilizaban tanto unos como otros.

La jauría

La estrategia y la idiosincrasia de la jauría se basan en la identificación de una presa. Entre todas las posibles, la presa que la jauría prefiere siempre, y desarrolla un olfato infalible para detectar, es la más débil, lenta o desvalida. La que menos opciones tiene de enfrentarla o de escaparse, la que más margen ofrece a la jauría para desahogar la saña que la cimenta.

La jauría se forma enseguida, en cualquier sitio, diríase que por generación espontánea. Dondequiera que haya un ser susceptible de ser humillado, maltratado, vejado, devorado, se organiza en torno a él una jauría que se aplica con entusiasmo y meticulosidad a cumplir la tarea. De manera natural distribuye los papeles, y cada uno de sus miembros realiza con soltura la labor que la jauría le asigna. Este le pisa los talones, estos otros le cortan la huida por el flanco, aquél lo derriba y el de más allá, o más acá, le arrea un zarpazo o le clava la dentellada.

La jauría se conoce a posteriori: el testimonio primero de su existencia es el despojo de la presa, lo que queda de ella cuando la jauría consigue acorralarla y exterminarla. También es luego cuando se averigua quién podía llegar a ser qué en la jauría: si bien nunca falta en ella algún individuo con afición y predisposición a la crueldad, la mayoría de los que acaban ejerciéndola se impregnan de ella por una suerte de contagio, por ese afán social que a todos, lo queramos o no, nos convoca al lado de nuestros congéneres, y nos dice que más vale estar del lado de la manada que del lado del infeliz a quien la manada atormenta.

El puesto en la jauría, no pocas veces, viene determinado por el miedo y la inconsistencia de quien lo asume; alardear al ocuparlo de inclemencia o ferocidad es un modo de espantar el fantasma de la presa que uno también podría haber sido.

La jauría, al buscar a quienes menos pueden defenderse, pone en ocasiones en su punto de mira a los que están hechos de mejor pasta. A los más generosos, a los más sensibles, a los de mejores y más delicados sentimientos. Y no es extraño que esos espíritus, que no son capaces de engendrar ni anticipar la malicia, se vean ante el acoso de la jauría tan abrumados que en lugar de plantarle cara, o de tratar de escapar de ella, depongan toda resistencia y se entreguen, allanándole el triunfo.

Puede suceder que en un caso de éstos la presa, antes de doblar el cuello y dejarse abatir, arroje a los pies de quienes con ella acaban su lamento; su vergüenza y su disculpa por no haber sabido ser más fuerte, por no haber encontrado la manera de afirmarse ante la jauría para escapar a su oscuro destino. En el colmo de la paradoja, muy bien puede ocurrir que la presa asuma la responsabilidad de su propia aniquilación, exonerando a la jauría, y por tanto a cada uno de los que la formaban, de un desenlace que precipita y se echa a la espalda con una confesión de impotencia, de ineptitud, de no ser digno de seguir.

Es en este momento cuando se hace el silencio. Un silencio mineral y definitivo. Un silencio que nos interpela a todos.

Queda ahí, registrado de forma imborrable en el gemido terminal de su víctima, el testimonio de lo que fue y lo que hizo la jauría, que hasta entonces pudo arreglárselas para ser invisible, inaudible e inodora. Se alza de pronto, sin que nada ni nadie pueda evitarlo, el hedor, el estruendo, el fognazo siniestro que desvela el horror, la miseria, la cobardía y la suciedad que mancha a la jauría y a quien formó parte, por sus hechos u omisiones, de su empresa de hostigamiento y destrucción.

A la manifestación apocalíptica de la jauría y de su vileza sobreviene el estupor; tampoco faltan las preguntas a destiempo, ni quienes pretenden arrogarse una envergadura moral superior para abominar de ella y pedir cuentas de sus desmanes.

Pero la jauría somos todos. Es nuestra indiferencia.

Tranquilamente en casa

Cuando la Guardia Civil viene por ti, a otro pueden caberle dudas acerca de si la acción policial está justificada o no. A ti, en cambio, no te caben. Tú sabes positivamente si eres culpable o no lo eres; si en realidad participaste en una trama de malversación de dinero público, que no otra cosa es percibir mordidas y destinarlas al lucro propio o a la financiación del partido, o si se trata de un malentendido, un infundio, una calumnia, lo que fuere.

Cuando vienen a tu casa para sacarte detenida, y exponerte con ello al Gólgota mediático en el que se suceden las fotos en portada, las declaraciones vitriólicas, los artículos hirientes, las viñetas demoledoras, las sátiras feroces en *prime time* y, cosa de los nuevos tiempos, el linchamiento en todas las redes sociales inventadas y por inventar, tú sabes si has dado algún pie con tus acciones o con tus omisiones a que se te arroje a semejante martirio; o si por el contrario eres una víctima como en su día lo fue aquel nazareno, sometido a las espinas, los vergajazos, los clavos y hasta la lanzada final para expiar las faltas de otros.

Desde esa conciencia, te enfrentas a tus captores primero, y a su señoría después. Desde la inocencia o desde la doblez, eso sólo tú lo sabes, rechazas las acusaciones y proclamas que estás siendo objeto de un atropello, que sólo a causa de la venganza o la maledicencia se puede entender que tú, que durante tantos años fuiste y ejerciste autoridad, que hiciste sentir a muchos el miedo de enfrentarse al poder que representabas, te veas ahora así, desvalida, prisionera, traída y llevada por otros que te sacan y te meten en el asiento trasero de un coche como si fueras una vulgar delincuente; momento en que quiere tu infortunio que un fotógrafo atento y avisado immortalice tu expresión de pánico, de estar perdida, de no saber qué está pasando ni por qué.

Sin embargo, habrá que decirlo otra vez, tú sabes. No sólo lo que tú hiciste, sino también lo que hicieron muchos otros. Los que asentían a cuanto decías cuando movías los hilos, porque les constaba que detrás de tus palabras había siempre una voluntad que no convenía contrariar. Los

que en algún momento no se plegaron, y corrieron por ello la suerte que quien manda asigna a quien no acata las órdenes. Y por último, pero no lo menos importante, también sabes qué hizo quien te daba a ti las instrucciones, en cuyo cumplimiento, fiel o no, hiciste lo que hiciste: legal o ilegal, íntegro o delictivo, claro o dudoso. Ante todo, que es vicio extendido pero no por ello disculpable, no vamos a privarte de tu presunción de inocencia; no se trata de establecer, ni aquí ni ahora, el alcance ni el cariz de tus acciones, ni de las de esas otras personas que tenías por encima o por debajo. Tan sólo esto es incuestionable: tú sabes. De ti. De quien estaba más abajo en el organigrama. De quien estaba más arriba.

La mano derecha; eso eras tú. Lo dicen ahora en todos los periódicos porque durante años se dijo en todas partes. Tal era el título que te precedía cuando tratabas con cualquiera, o al menos lo que cualquiera, por la cuenta que le traía, procuraba tener presente cuando trataba contigo. La mano derecha; antaño un título de prestigio, y ahora, de repente, un baldón que no sólo te echan encima tus enemigos, como ya se da por descontado, sino que también es posible que en pocas horas o pocos días te echen encima también los tuyos, a quienes, si todo va por mal camino, les interesará descalificarte como una ayudante desleal.

Tú sabes, también, si lo fuiste o no, esto es, si te atuviste sin más a lo que se te pedía, y lo que se te pedía era lícito siempre, o si alguna vez no lo fue o no fuiste leal tú. Junto a todo lo demás has de arrastrar la carga de ese exacto conocimiento, en el trance de tu detención.

Seas inocente o no, en definitiva, hay algo que ha de resultarte doloroso por encima de todo. Mientras tú recorres tu vía crucis, la persona a quien servías está, o eso dicen, tranquilamente en casa.

Una sátira idiota

En 1935, al cómico alemán Werner Finck, estrella de uno de los más conocidos cabarets berlineses, el Catacomb, le sucedió al fin lo que llevaba tiempo esperando: vino por él la Gestapo y se lo llevó a su siniestra sede de la Prinz-Albrecht-Strasse. Allí, antes de meterle en el calabozo, un SS de enorme estatura le preguntó si llevaba encima algún arma. A lo que Finck, sin achicarse, le dijo, risueño: «¿Por qué, acaso necesito una?».

Finck se dedicaba a la sátira, y no dejó de practicarla bajo un poder que no conocía la humanidad ni respetaba la libertad de expresarse. Lo pagó con una estancia en el campo de concentración de Esterwegen, donde apenas lo internaron se las arregló para organizar una función destinada a aliviarles la pesadumbre a sus compañeros de encierro. En el monólogo que preparó para la ocasión, el cómico incluyó estas palabras: «Puede que os sorprenda lo optimistas y alegres que estamos. En fin, camaradas, tenemos buenas razones. Hace ya tiempo que dejamos

Berlín. Pero cada vez que actuábamos allí, nos sentíamos angustiados. Temíamos que nos enviaran a los campos de concentración. Ahora el miedo ha desaparecido. Ya estamos aquí».

Finck tenía gracia, no sólo porque su talento y su descaro le permitían ingeniar buenos chistes y lanzarlos incluso a los pies de quienes eran incompatibles con el humor, sino también, y sobre todo, porque con ellos se enfrentaba a quienes representaban el mal de su tiempo. Incluso cuando los hacía a partir del sufrimiento, concurría en él la circunstancia que los hacía legítimos y hasta necesarios: conocía en primera persona el dolor del que se alimentaba su sátira. Era como víctima de él, y con la mirada y la sensibilidad que eso le proporcionaba, como osaba hacer bromas a partir de una tragedia que era la suya.

Ochenta años después, delante de unos niños que celebran el carnaval en las calles de Madrid, unos titiriteros hacen el alarde de convertir en objeto de chanza, de un solo plumazo, el espanto causado por dos organizaciones de asesinos que cargan en su cuenta miles de muertes inocentes. Unos cuantos cientos, dicho sea de paso, en la misma ciudad donde celebran su función, y en la que en diversos momentos golpearon, con saña y desprecio de la vida ajena, las dos bandas así festejadas.

Creen los titiriteros gozar (entre otras salvedades e impunidades de las que confían en beneficiarse por ser quienes son, pensar lo que piensan o estar a sueldo de las autoridades consistoriales) de la coartada que ofrece la sátira, que creen bula para mofarse, entre otros posibles interpelados por su chiste, de viudas, huérfanos y madres y padres que hubieron de sobrevivir a sus hijos. Piensan, tal vez, que son parte del noble gremio y la digna estirpe que contó entre los suyos a payasos tan valientes como Werner Finck. Se consideran, en tal calidad, autorizados a pisar por donde nadie pisa, como si fueran de mejor condición que el resto. No se dan cuenta de que les falta algo indispensable. Lo mismo, por cierto, que le faltó a un aturdido concejal antes de ponerse a tuitear chistes del Holocausto: haber sufrido en sus carnes el horror del que osan reírse.

Tras la valla del campo de concentración de Esterwegen, el fantasma de Finck seguro que no ríe al ver a los titiriteros que agreden a los niños bajo el torpe auspicio municipal. Aquello nada tiene que ver con el oficio de quien sabe dar a las hieles y las asperezas de la existencia la vuelta que sirve para que la risa se enfrente al miedo y a las asechanzas de los canallas.

Tienen la mala suerte los titiriteros de que alguien que los ve y se ofende los denuncie, y de que haya leyes que amparan a las víctimas del terror y que un juez les aplica con rigor excesivo, enviándoles a prisión. Que tampoco en eso quieran ser como Finck. Saldrán enseguida, no corren por fortuna peligro alguno. Tan sólo pagan fugazmente por hacer una sátira idiota, desalmada y, como tal, superflua.

El martirio de Romano

El 10 de agosto se celebra la festividad de San Lorenzo, un diácono romano cuyo martirio, según la tradición, sucedió en una parrilla. En la calurosa noche del 10 de agosto de 2003, en Fuengirola, dio comienzo el martirio de otro Romano, pero en este caso de nombre, y de nacionalidad holandesa, cuando alguien que no era él, pero que para su desgracia se le parecía, asaltó y forzó a tres mujeres en tan sólo dos horas. Aunque la manera en que la policía llegó hasta él, y empezó a enseñarle su rostro a testigos y víctimas que lo reconocieron, no es más que un detalle procedimental, alguien habrá en alguna parte que ahora, doce años y medio después, y cuando se ha probado de manera incontrovertible que el ADN hallado en una de las mujeres es de un ciudadano británico, se estará preguntando por qué y cómo dio en arrojar la sombra de la sospecha sobre este holandés que nunca llegó a tocarla.

Incómoda pregunta, para quienes ahora están obligados a formularla. En primer lugar, porque fue la propia investigación la que partió de la premisa de que las tres agresiones, por *modus operandi* y cercanía en el tiempo, habían sido cometidas por la misma persona, circunstancia que llevó a colgarle a Romano todas ellas, tras reconocerle un testigo como el agresor en uno de los casos, y que ahora conduce, a tenor de la misma lógica, a desvincularle de los tres delitos, por quedar probado que no fue el autor de uno de ellos. En segundo lugar, porque con ese reconocimiento, y la convicción de estar ante el culpable, se influyó a las víctimas para que vieran en Romano a su violador, como al final hicieron. Y en tercer lugar, y sobre todo, porque Romano se ha comido doce años de cárcel: más de cuatro mil días despojado de libertad, con los barrotes por todo horizonte, forzado a cambiar cada tanto de prisión para no correr la dura suerte que a los violadores les aguarda en el entorno penitenciario.

A la salida de la última de las prisiones que lo acogieron en su periplo, por orden de la misma justicia que lo recluyó, Romano recuerda lo que significa la privación de libertad, una lección útil para quienes propenden a banalizarla. Entró con treinta años y sale con cuarenta y dos; tenía una niña pequeña, que ahora es prácticamente una mujer y cuya infancia se ha perdido de principio a fin; su madre murió y no pudo acompañarla ni aliviarla en sus últimos días; por no hablar de lo que permanecer encarcelado doce años representa para alguien en términos de la posibilidad de retomar o desarrollar algún tipo de oficio o carrera profesional. Ahora lo ponen en la calle, advierte, con 33 euros y tres mudas de ropa. Todo un capital, con el que podrá salir a comerse el mundo.

La prisión, su testimonio lo indica, se demuestra en todos los aspectos más atroz e implacable para quien es inocente: por negarse a hacer cursillos de rehabilitación para violadores, que no necesitaba, a Romano se le denegó la posibilidad de obtener permisos penitenciarios, lo que significa que apuró su condena día por día, sin la tregua de que habría podido disfrutar si en realidad hubiera violado a alguien. Se comprende, así, que diga que hubo momentos en que pensó en rendirse y acabar.

Sale este hombre condenado por la inexactitud, por el celo mal entendido, por la prisa o la necesidad de señalar un culpable, y proclama el robo de vida que ha sufrido, y que la exigua

indemnización que para estos casos prevén las leyes no alcanzará ni de lejos a compensar. Sale y bien podría arremeter contra quienes afirmaron que era quien no fue, tan sólo porque se le daba un aire, pero elige ser generoso y entender que la víctima necesita reconocer a alguien, y que quizá lo necesite todavía más frente a ese al que la policía ya ha detenido y que le invitan a pensar que es quien lo hizo, ofertándole en el paquete el desquite de despacharlo a pudrirse en una celda durante años.

Sale este hombre que es nuestro error, y que nos recuerda, para cuando lo olvidemos, por qué la inocencia se presume.

Fábula del fontanero (y el de IKEA)

El acontecimiento tiene lugar en un juzgado de instrucción y resulta de todo punto imprevisto: un juez exhorta a un testigo, o investigado, o lo que demonios termine siendo, a explicar la presencia en un altillo de su dormitorio de un millón de euros. El hombre dice ignorar cómo llegó el dinero ahí y, en lugar de responder a la pregunta del juez, le inflige, o nos inflige, una metáfora: en su dormitorio entra mucha gente, porque tiene el baño dentro; por allí han pasado, asegura, desde el fontanero hasta el montador de IKEA. No vemos la cara del juez, pero nos la figuramos, cuando se pregunta si la persona a la que interroga está tratando de sugerir que pudieran ser el fontanero o el montador los que ocultaran en su dormitorio un millón de euros.

Cedamos por un momento a la lógica de esta respuesta tan admirablemente absurda. Imaginemos al fontanero que, en un paréntesis de su tarea con la cisterna del baño, busca en la habitación el lugar adecuado para esconder el millón de euros que trae en la caja de herramientas; da con el altillo y lo deposita allí, con el cálculo de que la cisterna volverá a estropearse (quizá haya puesto en ella una pieza defectuosa, a tal efecto), volverán a llamarle y entonces podrá recuperarlo, para buscar otro altillo en el dormitorio de otro cliente donde guardar su millón.

O imaginemos al de IKEA, que después de armar las mesillas, la cómoda y el cabecero, duda por un momento si esconder en este la pasta que trae en la bolsa con las quinientas llaves Allen necesarias para perpetrar sus montajes. Al final se decide por el altillo, porque le da pereza tener que deshacer y rehacer lo hecho. En cuanto a la excusa con que regresará un día a recuperar su tesoro enterrado en predio ajeno, no resulta fácil concebirla; habría de recurrir al puro y simple allanamiento.

Tomar la declaración en su literalidad resulta tan demencial que es forzoso que su señoría, y con él cualquier otro intérprete, se incline por la exégesis metafórica. El interrogado es el suegro de un exgobernante investigado por organizar, presuntamente, una red para extraer succulentas mordidas de contratos públicos. Un artista que, siempre según los investigadores, se las había ingeniado para drenar fondos incluso de ayuntamientos que no tenían recursos, desvalijándoles el

futuro mediante contratos de suministro energético a largo plazo. Un figura que se las arregló para amontonar en Suiza millones de cuyo lícito origen no pudo dar razón, mientras salía en televisión mostrando, impertérrito, su desprecio y desdén por quienes recibían sobres.

Así, en términos de metáfora, es verdad: el millón negro del altillo de su suegro proviene de fontaneros y montadores de IKEA, pero no porque éstos, conforme al malévolo lugar común, hayan juntado ese pastizal mediante la conocida técnica de cobrar sin factura. La cantidad de inodoros y de estanterías Billy que hay que manipular para sacarse tal capital, aun defraudando a Hacienda, es tan ingente que habrían necesitado varias vidas para conseguirlo. El millón negro de marras, si los investigadores están en lo cierto y los indicios se convierten al final en prueba, viene de lo que pagan los fontaneros, los montadores de IKEA y el resto de los incautos que trabajan de sol a sol y asumen su gravamen por IVA, IRPF, cotizaciones y todos los peajes que se les impone por producir y vivir, para que otros se forren y se ahorren, vía Suiza o el altillo del suegro, el sinsabor de contribuir como el resto a las arcas públicas.

Es posible que esta metáfora, como tantas otras, sea involuntaria. No cabe descartar, después de todo, que el suegro ignorase que su avieso yerno le había forrado de billetes de quinientos el altillo del armario; por la voz parece un hombre mayor y a lo mejor ya no tiene condiciones ni ganas de subirse a una silla o una escalera para buscar nada a tanta distancia del suelo.

Con todo, la desfachatez de la imagen así perpetrada es maravillosa. Deslumbrante.

El arte de la renuncia

El punto de partida es que has perdido. A los triunfadores nadie los somete a esta prueba: la victoria y sus vítores los llevan en volandas a la cima de la montaña y desde allí proclaman la necesidad insoslayable de que se haga su voluntad. Y como han ganado, he aquí que su voluntad se hace. De nada, sin embargo, te va a servir envidiarlos, ni reclamar para ti sus derechos, que no forman parte del bagaje de tu derrotada condición.

Así como hay varias formas de ganar, pero todas se resumen en el hecho de que puedes decidir sin encomendarte a otros, existen varias formas de perder, y todas ellas coinciden en que no puedes decidir y sólo te queda tratar de juntar tus fuerzas con las de otros para hacer algo que quizá sea lo que nadie quería, que decepcionará a muchos, incluidos los tuyos, pero se convierte en la única jugada a la que puedes apostar.

A esos efectos, tanto da tener 123 o 90 diputados, o 40 o 69. Con esas cifras, y más cuando la cuenta se hace sobre 350, uno ha perdido y está al albur de lo que los demás quieran; una forma de servidumbre que por definición no recae sobre quien puede genuinamente arrogarse el título de ganador. La pretensión de alguno de los perdedores de serlo menos que el resto, por ser el que más escaños juntó, el que menos perdió respecto de otra convocatoria o el que más creció desde

la nada, no pasa de ser un recurso dialéctico del que no conviene abusar, so pena de acabar convirtiéndolo en argumento de comicidad involuntaria (que, como es bien sabido, es la peor de las comicidades).

Más vale, en todos los órdenes de la vida, aceptar cuanto antes lo que uno es, y programar su desempeño con arreglo a la naturaleza cierta, y no pretendida, hipotética o edulcorada, de la propia condición. Cuando uno se aviene a reconocerse en quien no ha ganado, y toma ejemplo de aquellos que en coyunturas de derrota acertaron a acatar la evidencia y, a partir de ahí, construir alguna cosa, descubre de inmediato que le toca adquirir a toda velocidad la destreza en un arte endemoniado, al que nadie está predispuesto de entrada, y que sin embargo es la única vía que se le ofrece de subsistir, con decoro y alguna esperanza, a quien ha pasado a formar parte del club de los perdedores.

Ese arte, queridos derrotados, no es otro que el de la renuncia: el de entender que no te queda más remedio que ceder, abdicar, postergar, apartar, desdecirte, rectificar y aun faltar a las promesas hechas en el fragor de algún mitin; y acertar a consumir esa enmienda de ti mismo de manera que pueda armonizarse con las renunciaciones a sí mismos de otros perdedores. Acatar esta dinámica no es, ni mucho menos, garantía de éxito o supervivencia; entre otras cosas porque dependes de lo que los otros que perdieron como tú decidan hacer para sacar partido de su posición. Ahora bien, ignorarla, y dejar que la mente ofuscada quede suspendida en esa euforia bobalicona de un triunfo ilusorio, presente o futuro, no sólo no suma ni aporta al conjunto, sino que mueve a quien te sigue a perderte el respeto y a revisar, antes o después, su compromiso contigo. Muy seguro hay que estar del propio poder de encantamiento para arriesgarse, en tal circunstancia, a aspirar a tener eso que no se ganó y que sólo podría venir de la inverosímil sumisión de los demás.

Tenemos dos derrotados que en mayor o menor medida han hecho el ejercicio de renunciar, para definir un posible tablero de juego en el que sacar adelante una partida que no es la que ninguno de los dos plantearía, pero sí podría, tal vez, jugarse en el escenario de una mesa común. Y tenemos otros dos derrotados que se aferran a sus objetivos iniciales, que pretenden encarnar una mayoría que de hecho no existe ni mucho menos posee ninguno de ellos, o la pureza y la valentía que le niegan al resto. Al final, acabarán renunciando. O se acabarán, sin más.

Viva Samantha

Ocurre la misma semana en que en la cámara donde reside la soberanía nacional (o eso se supone) coinciden, entre otros personajes estupefacientes y pasados de rosca, una especie de monologuista jubilado, un tipo que se jacta con voz fúnebre de renegar de sus orígenes y un justiciero besucón,

ante el pasmo y la impotencia de un presidente novato que no atina a dar cauce ordenado a tanto, tan florido y tan variopinto disparate.

Es esa misma semana, los mismos días en que los telediarios repiten las esperpénticas imágenes de un debate que a ratos parece escrito por Groucho Marx y a ratos por un Valle bajo los efectos de una sensacional fumada de kif, cuando una mujer que se llama Samantha, vestida de riguroso negro y en su calidad de presidenta de un tribunal de Palma de Mallorca, se echa a la espalda, ella solita, la misión de demostrarle a la población que existe algo serio, fiable y funcional tras esa entelequia denominada Estado. Mientras sus señorías de la Carrera de San Jerónimo se comportan ora como pensionistas resabiados, ora como adolescentes desfasados que desparraman a escondidas de los profes en la última noche del viaje de fin de curso, su señoría Samantha nos recuerda cómo afrontan sus responsabilidades los adultos que aún sienten el deber de despachar con solvencia los asuntos que sus conciudadanos les encomiendan.

Junto a sus dos compañeras ya ha tenido que demostrarlo semanas atrás, ante la situación creada por una defensa que pretende que la hacienda pública es una suerte de particular, y que halla en tal interpretación el exótico respaldo del Ministerio Fiscal y de la Abogacía del Estado. Ambos, a los que se supone defensores de la ley y del bien común, osan sostener que eso de que «Hacienda somos todos» no es más que publicidad.

No le tiembla entonces el pulso a Samantha para hacer valer lo que el sentido común y la decencia postulan, esto es, que quienes dejan de hacer frente a sus obligaciones fiscales, y lo hacen a gran escala, están delinquiendo contra todos, y en especial contra todos los contribuyentes que habrán de allegar a las arcas públicas lo que el defraudador se ahorra. Y no le tiembla aunque en ese contexto proclamar tan incontestable verdad conduzca, nada menos, a sentar en el banquillo a la hermana del jefe del Estado y sexta en la línea sucesoria al trono.

Gracias a ello, la infanta se enfrenta a unas cuantas jornadas incómodas en el asiento del que su defensa y sus aliados sorprendentes aspiraban a exonerarla. Lo que no es en sí mismo un motivo de alegría, salvo para aquellos que caigan en el feo vicio de celebrar el mal ajeno, pero ofrece al personal la esperanza de no tener, después de todo, una ley tan desastrosa ni un sistema tan fallido como a veces parece. De hecho, la decisión de Samantha y sus compañeras nos eleva a la categoría de ejemplo para el continente, donde siempre se ha encontrado la manera de permitir que los *royals* pillados en renuncio se escabullan de sus responsabilidades y esquiven la acción de la justicia.

Y es justamente esta semana cuando llega el momento, tan esperado, y por algunos con morboso interés, de ver testificar a la infanta. Además de su defensa, sólo la acusación popular se atreve a interrogarla. Samantha, seria y exquisita, preserva el derecho de quien acusa y el derecho de la acusada: permite que la abogada acusadora interroge, aunque la infanta, acogida a su derecho a no responder, mantenga un férreo silencio; y allí donde la acusadora trata de buscar espectáculo, o algo que no tiene que ver con los dos delitos fiscales por los que la declarante está imputada, desecha la pregunta como improcedente.

El abogado de la infanta protesta, pero sabe que el trato que recibe su defendida es consistente, impecable. No la condenarán arbitrariamente. Y si al final resulta ser lo más justo, bien podrá salir absuelta.

Pulcritud, solidez, pundonor. Viva Samantha, que debajo de su toga nos salva del ridículo. Ojalá algunos la imitaran.

Del Nobel al fango

Han pasado poco más de tres años. Allí estaban todos, o casi todos, tan ufanos con el galardón, estirando el cuello para que los captaran los fotógrafos y dando a entender con ese gesto que también era a ellos a quienes había ido a parar el Premio Nobel de la Paz del año 2012. Todos los dirigentes europeos, congregados en Oslo para llevarse su pellizco de gloria, su trozo de certificado de Benefactores de la Humanidad, aunque alguno apenas acabara de llegar al cargo y en no pocos casos escasa o nula ejecutoria personal pudieran alegar para merecerlo. Es tan reconfortante reunirse con tal motivo, dejarse inmortalizar en tan propicio cuadro, compartir la euforia, la placidez, el deleite supremo de comparecer ante el mundo como quienes de forma tan distinguida y benemérita contribuyen a su mejora y a que la causa de la paz y los derechos humanos prevalezca sobre la de las tinieblas y sobre la abyección de cualquier índole...

Qué cómica, qué trágica queda hoy la foto.

Hoy, tres años y unos meses después, decenas de niños y bebés chapotean en el fango de Idomeni, un pueblecito en la frontera de Grecia con Macedonia. O lo que viene a ser lo mismo, un trozo de esa Unión Europea que se cuelga en la pechera la medalla de servir como ejemplo de humanitarismo a los demás. Duermen sobre el fango los bebés y los niños de Idomeni porque esa Europa benéfica no encuentra una manera de dispensarles la protección que sí ofrece a los niños que nacieron provistos del pasaporte correcto, y en lugar de movilizar sus ingentes medios y recursos para evitarlo, así sea sólo para evitar la fotografía y el oprobio, para maquillar la apariencia, se enreda en debates de suma enjundia. A saber: cómo ha de repartirse o repelerse al contingente de parias que los reflujos maléficos de la Historia arrojan a sus costas y permanecen varados en sus caminos, y cómo ha de separarse el grano de los verdaderos refugiados, esos que pueden exhibir credenciales indiscutibles de correr riesgo inminente de ser asesinados en sus lugares de origen, de la paja de los otros, los migrantes que no estando en tan manifiesto riesgo de que los supriman, padecen condiciones de vida tan míseras como para aceptar la posibilidad de morir en las invernales aguas del Egeo antes que quedarse allí donde nacieron.

Alega Europa que ni es culpable de los conflictos y las penurias que empujan a esas gentes, ni puede hacerse cargo de ellas. Alguien malintencionado podría recordarle a Europa, y sobre todo a uno de sus países con más reticencia a dejar que los fugitivos alcancen sus costas, el Reino Unido

de la Gran Bretaña, que el mapa de ese Oriente Medio del que huyen los parias lo dibujaron cien años atrás unos señores llamados Sykes y Picot, inglés el uno y francés el otro; que el primero, antes de morir de gripe poco después, reparó en el semillero de discordias que aquellas fronteras artificiales e impuestas representaban e intentó que lo acordado no se llevara a efecto, sin que nadie le hiciera caso; o que cuando finalmente se consumó el reparto del pastel, en septiembre de 1919, allí estaba el consejero delegado de la Anglo-Persian Oil Company, cuidando del inmenso negocio del que a fin de cuentas se trataba, y que no enriqueció precisamente a quienes vivían junto a los pozos petrolíferos.

Historias, responden los líderes europeos, y alzan las manos en señal de impotencia para resolver todos los problemas del mundo, acoger a todos los que viven en la pobreza y, en fin, deshacer el entuerto, en un siglo en que Europa declina y son otros los que marcan el paso y hacen y deshacen los países, las paces y las guerras. Europa, vienen a decir, no da más de sí.

Y puede que así sea, pero Europa sí que podría salvar a esos niños de Idomeni del fango que hoy es su seña de identidad y que, si no lo tuviera ya, jamás le dejaría ganar ese Nobel.

Salah y la duda

Según el guion que le escribieron, Salah Abdeslam tenía que haberse inmolado con la esperanza de alcanzar el paraíso. Un camino que muchos otros siguieron antes que él, y con el que se cerraba el círculo de su entrega a la causa de la fe. Disponía de su cinturón-bomba, una forma instantánea y devastadora de quitarse de la circulación que probó su hermano Brahim con éxito parcial: logró autosuprimirse, pero no llevarse por delante a las víctimas que se le suponía capaz de causar entre los infieles. Sin embargo, he aquí que Salah, en lugar de pulsar el detonador, decidió en el último momento despojarse del cinto explosivo, abandonarlo y tratar de seguir viviendo, pese a las dificultades de toda índole que en ese empeño ha de plantearle el estar acusado de ser el cerebro de un grave ataque terrorista en territorio francés. Una acción que los franceses no van a olvidar y que sus connacionales belgas no podrán impedir que le reporte feas consecuencias penales, a manos de los ofendidos.

La vida de Salah ha sido, desde hace ya unos cuantos años, cualquier cosa menos ejemplar. Hijo de un trabajador inmigrante, nacido con el pasaporte de la Unión Europea, y disponiendo de un empleo decente en la empresa para la que trabajó su progenitor, tenía fama de ligón y de vago y prefirió dedicarse al trapicheo de droga, que le permitía obtener ganancia sin necesidad de madrugar o dar el callo como se le exigía en aquel empleo del que acabaron echándole. Descubiertos sus manejos por la policía, a Salah le cayó una condena de esas no muy abultadas, pero que sirven para conocer el ambiente penitenciario, y en su caso sirvió para que los radicales islamistas allí encerrados lo captaran para su causa. De este modo, y bajo los favorables

auspicios del gobierno belga, el porrero mujeriego que entró en prisión salió convertido en muyahidín, dispuesto a unirse a los grandes explotadores de la marca yihad, quienes, a la vista está, no dejaron pasar la oportunidad que representaba un musulmán con pasaporte europeo, resentido contra su gobierno y contra los demás de la Unión Europea por el conjunto de políticas que, so capa de una pretendida integración, en la práctica consolidan y perpetúan la postergación social de Salah y de los suyos.

Por no hablar de las acciones de guerra que contra sus hermanos musulmanes de Oriente Medio lleva desarrollando Europa, casi día por día, a lo largo de lo que va transcurrido de siglo.

Tan convencido estaba, que se unió a la marca última y más contundente del islamismo radical: el Estado Islámico, conocido indistintamente como ISIS, Daesh o EI. De los excelentes instructores que lo guiaron en su radicalización, procedentes de los bien formados cuadros del antiguo ejército de Saddam Hussein, aprendió cómo hacer daño de veras al enemigo, ya fuera con explosivos adosados al cuerpo o con armas de guerra, como el siempre socorrido y letal AK-47, con el que sus compañeros causaron en París una desproporcionada mortandad.

Quizá fue ahí cuando comenzó a agrietarse su fe: cuando se vio en medio de aquella carnicería, y hubo de preguntarse si realmente le aguardaba alguna recompensa después de ganarse el odio de tanta gente. Duda que se hizo insoportable cuando le tocó volarse a sí mismo, y entonces se desvaneció el muyahidín y volvió el crío que creció en Europa y acabó siendo un *bon vivant* alérgico al trabajo. Tanto, que prefería traficar con esa droga que terminaría llevándole a dar con sus huesos en la cárcel.

Así que nada de matarse: permanece con vida y trata de salvar los muebles, sean éstos los que sean. Y así, escondido en su antiguo barrio belga hasta que la policía lo atrapa, Salah prueba que no todo está perdido; que después de todo y de sus excesos, es europeo: no ha perdido la costumbre de dudar.

Hermanos de metralla

Se llamaban Ibrahim y Khalid (pronúnciese «Jalid»). Eran hermanos, belgas de pasaporte e hijos de emigrantes de origen marroquí. Crecieron en el mismo barrio, Laeken, en el noroeste de Bruselas, y desde el principio llevaron vidas paralelas. Los dos acabaron en la cárcel por atracadores: Khalid por el robo de una sucursal del banco AXA en 2009 e Ibrahim por el asalto a una oficina de la Western Union en 2010. En ambos casos se sirvieron de un kaláshnikov para persuadir a los empleados de la entidad financiera desvalijada. Ibrahim llegó incluso a utilizarlo contra la policía, hiriendo en una pierna a un agente.

Fue en la cárcel donde ambos entraron en contacto con reclusos fundamentalistas que los convirtieron a una variante del islam que seguramente no tenía mucho que ver con la que

practicaban sus padres, el rito malikí predominante en Marruecos. Los dos, pese a sus antecedentes como delincuentes extremadamente violentos, acreditados por el uso de armas de guerra en sus atracos, se beneficiaron de la generosa benignidad de las leyes belgas, que permiten a los presos acceder a la libertad condicional teniendo cumplido tan sólo un tercio de la condena. Ninguno reaccionó con especial gratitud a ese beneficio.

Aunque tenía prohibido salir del país, como condición de la libertad anticipada de la que disfrutaba, Ibrahim fue a Turquía, donde las autoridades lo cazaron in fraganti tratando de cruzar a Siria para unirse, presumiblemente, al Estado Islámico. Y ambos se integraron en el aparato terrorista de la organización en Bélgica, desde donde tuvieron, con gran probabilidad, alguna relación con los atentados de París. Cuando uno de los supervivientes de éstos, Salah Abdeslam, fue detenido por la policía, los hermanos Ibrahim y Khalid vieron llegada la hora de pasar a la categoría de mártires, según la torticera acepción del término acuñada por el integrismo: no el que muere por su fe a manos de otros, sino quien por su propia mano se autoelimina como medio para eliminar de paso a personas inocentes. Ibrahim llegó a dejar una nota de última voluntad en la que expresaba su temor de acabar en una celda como Abdeslam, lo que le movía a seguir la senda nihilista del portador de cinturón-bomba.

Cumplieron con su designio. Ibrahim se voló poco antes de las ocho de la mañana del 22 de marzo de 2016 en el aeropuerto de Zaventem. Khalid, pasadas las nueve en la estación de metro de Maalbeek. Entre los dos se llevaron más de treinta vidas y dejaron un par de centenares de heridos. Ninguno de los dos había cumplido los treinta años. Culminaban así su paso por este mundo sirviendo como carne de cañón a quienes desde las orillas del Éufrates predicaban un aberrante califato donde a los niños se les enseña a asesinar y a las mujeres se las hace pasar por la fuerza de mano en mano de guerreros de los que pronto quedan viudas, ya que su táctica militar se basa en el suicidio.

El itinerario de los hermanos Ibrahim y Khalid no es precisamente el de dos devotos, ni siquiera parece plausible que la fe haya jugado en su conversión en bombas humanas un papel demasiado relevante. Simplemente eran tipos que desde el principio renunciaron a tener un lugar normal en la sociedad en la que vivían, algo que con su cara y apellido tenían más difícil que otros, es cierto, pero no imposible, en un país que incluso les mostró su gracia cuando delinquieron contra sus leyes y sus gentes. Con esa actitud, y la escuela inmejorable de la cárcel, ese caldo de cultivo del que salió incluso Al Bagdadi, el califa del Estado Islámico, su destino era llegar al tope de la gama de la anomalía, al más apoteósico de los actos de inadaptación, que no es otro que matar sin ton ni son a tus conciudadanos.

No era difícil verlos venir. No son los primeros, ni serán los últimos. Los belgas les darán menos cancha a los próximos.

Hagamos una lista negra

En Palmira hay una plaza y en ella una fuente. Sobre ella el Estado Islámico plantó su insignia. En ese lugar los barbudos decapitaron a un octogenario cuyo delito era ser de los otros, de los infieles, de los impuros. Se había atrevido a dedicar su vida a preservar, como arqueólogo, los monumentos idólatras que los seguidores del autoproclamado califa consideran intolerables. Se llamaba Khalid Asaad y por esa razón estaba incluido en la lista negra que los integristas hicieron efectiva tan pronto como sus armas les permitieron apoderarse de la ciudad milenaria.

Y es que la vocación de una lista negra no es otra que la eliminación de quienes en ella constan. La eliminación física y la vejación póstuma, en el caso del malogrado arqueólogo de Palmira. La eliminación moral, social y simbólica en el caso de otras listas negras, las que al amparo de idearios excluyentes, con vocación de ingeniería comunitaria y de absorción de la realidad por una representación mítica, preferente y superior, distinguen entre quienes satisfacen los requerimientos de la ortodoxia y quienes, como réprobos irreversibles, deben ser expulsados de la comunidad y negados como miembros de pleno derecho.

Mientras los soldados sirios e iraníes liberan, es un decir, las ruinas de Palmira, limpian sus calles de las minas sembradas por los del Estado Islámico y descubren las fosas comunes de sus víctimas junto a otros rastros del horror, a varios miles de kilómetros de allí, en una comunidad pacífica y relativamente próspera, sobre todo si se la compara con la catástrofe siria, se da a conocer el «trabajo» de unos estudiosos que rastreando en la historia y el presente de la gente allí nacida, se han impuesto como tarea dilucidar quiénes de los oriundos de aquella tierra son malos hijos de ella y enemigos de sus naturales.

Como es natural, el ejercicio, viciado desde su raíz, no se puede atener sino a una metodología caprichosa y estafalaria, que los redactores de la lista negra confiesan a través del arsenal léxico con el que caracterizan a los renegados: colaboracionistas, fascistas, franquistas, antidemócratas, colonialistas, despreciables... O la palabra que desde hace tres siglos, en la lengua del lugar y para la sensibilidad de la que los censores se postulan como portavoces, designa a quien no se aviene a encarnar y suscribir la adhesión inquebrantable a la causa: *botiflers*.

Cuando trasciende la lista negra, los que se sienten próximos o afines a los incluidos, y por tanto han de razonar que si no están en ella no es por otro motivo que su falta de notoriedad pública, ponen el grito en el cielo. Los que comparten visión y aspiraciones con los redactores, pero no desean ser asimilados a ellos y a una práctica que remite a toda clase de abominaciones históricas y presentes (de las que la siria sólo es una muestra), toman distancia: son iluminados en quienes la causa se desvía de sus justos términos para caer en excesos por los que no cabe repudiar sino a aquellos que los cometen y los difunden.

Y es reconfortante y tranquilizador que haya, entre quienes comparten sus afanes y objetivos, gente que señale como dislate el alarde de quienes se guían por el rencor, la sinrazón y la saña. Sin embargo, la experiencia dice que así es como suelen hacerse las listas negras que un mal día, tras una concatenación desdichada de circunstancias, alguien acaba utilizando para cometer una barbaridad. Siempre sucede igual: siempre las elaboran unos fanáticos, demasiado vehementes, a

quienes en ese momento se trata de quitar importancia. Pero cuando llega la coyuntura infausta, la lista aparece y no faltan fanáticos como ellos, u otros que simplemente sienten que parecer tibios será contraproducente y la usan sin templanza ni escrúpulo.

Ay de quien deja pasar la lista negra como travesura vana. Si no termina siendo su víctima, abre vía a los verdugos.

El cazajubilados

Lo que sigue es una novela negra, y como el género exige en ella hay crímenes y criminales. Nuestro protagonista, entre otras funciones, tiene la obligación de perseguirlos. En la novela también hay alguna muerte, aunque no es, propiamente, una historia de asesinatos. Estos criminales no se dedican a matar, en principio. Nuestro protagonista, acláremoslo, tampoco.

Para advertirlo todo, es una novela en la que nadie queda demasiado bien. Los criminales, ya se sabe, hacen cosas reprobables, y es por eso por lo que el Código Penal prevé tratamiento poco grato para sus fechorías. Nuestro protagonista no carece de méritos; por ejemplo, la manera firme en que defendió en tiempos aciagos la solvencia y la seriedad de su país, frente a los malévolos y los especuladores que la cuestionaban para hundirlo. No se le regateó ni se le regatea por ello el reconocimiento. Sucede sin embargo que en el asunto que lo es de esta novela, la manera en que procuró que se allegaran los recursos necesarios para mantener dicha solvencia, su desempeño no es tan convincente. Y el punto en el que falla es, justamente, el que toca a los delincuentes a los que era responsable de mantener a raya.

No es que nuestro protagonista no excitara el celo de los funcionarios bajo su dirección para que buscaran dineros que se estuvieran escatimando al erario público, como es el deber de un ministro de Hacienda que se precie. Por descontado que lo hizo. La cuestión es dónde les animó a rastrear esa deuda oculta, y dónde, en cambio, les vedó exigirla con todas las consecuencias que la ley impone al defraudador. Así, los sabuesos del fisco se dedicaron a atornillar al máximo a los contribuyentes más fácilmente controlables: asalariados, autónomos y jubilados. Personas que obtienen rentas de ardua ocultación, y cuyos datos han entregado normalmente a los ordenadores de Hacienda. La tarea era muy sencilla: cruzar y destripar esos datos para encontrar errores, desgravaciones cuestionables, incompatibilidades entre pensiones y rentas, etcétera. Y una vez hallado el desliz, real o forzado por una rigurosa interpretación inspectora, desencadenar sobre él una catarata de cuotas, recargos e intereses.

Rara vez lo así hallado suponía delito fiscal; en la inmensa mayoría de los casos eran simples infracciones administrativas, donde la Administración califica, sanciona y luego ejecuta la sanción por sí y ante sí, abocando al administrado disconforme a emprender un calvario de recursos administrativos y contencioso-administrativos, del que la mayoría desiste. La excepción fueron

algunos jubilados, a los que por obtener rentas ínfimas, de poco más del salario mínimo, se les practicaron liquidaciones que los arruinaban. Uno de ellos, ya octogenario, y por un prurito de justicia, recurrió y acabó ganando, no antes de que su mujer se quitara la vida por verse en el final del camino arrojada a la miseria como consecuencia del zarpazo del Leviatán.

Pero he aquí que, simultáneamente a este acoso a los más débiles de los contribuyentes, nuestro cazajubilados impulsaba una generosa amnistía fiscal que ofrecía impunidad a las grandes fortunas responsables de defraudaciones delictivas, que podían convalidar pagando un módico peaje. Años después, unos papeles panameños mostraron hasta qué punto esa escapatoria fue aprovechada por los más aparatosos criminales contra la Hacienda del lugar, que triangulaban con sociedades opacas domiciliadas en el país centroamericano sus patrimonios ocultos en paraísos fiscales. Leña al pequeño y bálsamo al grande.

En su momento, nuestro protagonista justificaba la amnistía como una manera de aflorar un dinero que no iba a detectarse de otro modo. El tiempo lo ha puesto en un desairado lugar: ahora sabemos que con mucho menos de lo que en la operación perdió el contribuyente, en impuestos, recargos y multas no percibidos (contando con que se les aplicara a esos grandes defraudadores el mismo encarnizamiento liquidador y sancionador que a los pequeños) podría haberse pagado una investigación como la que acabó, a instancias de unos pocos periodistas, destapando el pastel de aquellas sociedades panameñas, y habrían quedado muchos millones para pupitres y camas de hospital. Y todo ello sin que los inspectores dejaran de multar por errores, discutir tiques a los autónomos y machacar a jubilados por dar talleres o publicar libros, que es empeño muy necesario y harto conveniente para la prosperidad del país.

Caer con estilo

2016-2017

Para Núria, cuyo estilo no conoce tregua

La interpretación de la vida depende del estilo.

J. M. CABALLERO BONALD, *Examen de ingenios*

El inspector inspeccionado

Él no podrá, como otros, alegar ignorancia o que le engañó un pérfido asesor. Él es inspector de Finanzas del Estado, y el que lo sea en excedencia desde hace unos años no le provee de una excusa. Se le supone con el criterio y el conocimiento suficientes como para interpretar las leyes fiscales, y como para poder aquilatar cuáles son las obligaciones que le imponen. No necesita asesores que le iluminen, y menos aún, como pretendió algún ídolo del balompié, puede cargarle el muerto a un familiar. La responsabilidad que toca por haber allegado a las arcas públicas menos de lo que podía y debía le corresponde por entero.

Y todo por un libro. Un libro bien pagado, que se suma a sus otros muchos emolumentos y que tiene la mala fortuna de publicar en un momento en el que sus compañeros de partido, a la sazón en el gobierno, han decidido imponer un recargo sobre el IRPF que lo eleva hasta niveles cuasiconfiscatorios, por encima del 50 por ciento de tipo impositivo. Seguramente le pareció demasiado, y por eso decidió articular el cobro de los derechos de autor a través de una sociedad instrumental, sometida a una imposición más baja: la mitad, para ser más exactos. El truco, que no es precisamente de su invención, es dejar ahí remansados los beneficios, sin distribuirlos, y con ellos hacer frente a gastos que de otro modo habría que afrontar con una renta mermada en más del 50 por ciento. La pega es que el libro lo firma quien lo firma, una persona física, y que en buena ley debería facturarse a esa sociedad el servicio prestado por dicha persona física, lo que haría recaer sobre uno el zarpazo fiscal que se trata de evitar, y que esos gastos que se cargan a la sociedad deberían ser los necesarios para su actividad, que, como no tiene, son en realidad cero. En fin, lo malo de los trucos.

Otra pega, de índole ética, habría sido considerar que en su caso se encontraban otros que tenían en la escritura de libros su actividad principal, no un complemento como él, y que, mientras él buscaba vericuetos para librarse, se ofrecían a cuerpo limpio al impuesto confiscatorio. Otros que, para más inri, además de la pérdida de ingresos derivada de la presión fiscal incrementada por sus compañeros de partido, debían hacer frente a la producida como consecuencia de una piratería rampante que su partido no sólo no contuvo jamás, sino con la que alguna vez simpatizó, hasta el extremo de alentarla para desgastar a los rivales políticos entonces en tareas de gobierno. Pero bueno, ya se sabe que la empatía es la mercancía que menos circula, en estos días.

Para su mal, un compañero inspector se encontró con el pastel y no pudo pasarlo por alto. Habría sido una iniquidad, en tiempos en que todas estas artimañas se perseguían justamente (y algún político emergente, igualmente ingenioso, hubo de dar por periclitada por culpa de ellas su carrera) y en los que se estrechaba el cerco sobre autónomos, jubilados y trabajadores para

sancionar fieramente cualquier irregularidad fiscal. Descontento con el hecho de ser tratado como todo el mundo, el inspector excedente pidió ver al ministro. Y he aquí que el ministro le recibió. Sobre la entrevista, sólo ellos saben, y el ministro alega que únicamente se habló de política. Quizá, para hablar de política con un inspeccionado, el ministro de Hacienda habría tenido mejores momentos y lugares que el de la inspección y el ministerio.

La guinda del pastel la pone la circunstancia de que nuestro protagonista fuera durante años presidente del gobierno, y haya cobrado durante la mayor parte de su vida de ese erario público al que al final trató de escatimarle su contribución. Como gobernante, fue controvertido, pero mostró coherencia y una determinación singular. Es una lástima que dudara cuando le llegó el momento de hacer frente a una ingrata, pero indeclinable, obligación personal para con sus conciudadanos. Una verdadera lástima.

Y de pronto, el texto

Durante un buen rato, la media hora larga que transcurre antes de que él suba a la tribuna, no puedes dejar de preguntarte qué es lo que estás haciendo allí. Es la primera vez que entras en el hemiciclo de la carrera de San Jerónimo y te sientas en uno de los escaños; uno de la última fila, supones que quien de ordinario lo ocupa será algún diputado del Grupo Mixto o, peor aún, algún réprobo repudiado por los suyos. El escenario tiene su aquél, aunque sólo sea por los hechos históricos que ha acogido, no pocos de ellos televisados, pero hasta ese instante no te da la sensación de que el acontecimiento en el que compares como invitado vaya a ingresar en semejante categoría.

No es que la organización del acto haya sido negligente. Hay una pequeña orquesta que interpreta piezas de época, un grupo musical y dramático que ofrece ingeniosas *performances* alusivas al personaje cuya memoria se celebra, un actor que lo encarna sentado en la presidencia de la cámara, otros que van subiendo a la tribuna para leer pasajes de su libro más conocido. Incluso hay un excelente cantaor que se marca una briosa exhibición de cante jondo tomando como base algunos de sus escritos.

Y, sin embargo, se van sucediendo los números y no dejas de sentir que ahí falta algo; justamente lo que acredita al difunto que lleva ya cuatro siglos bajo tierra como el español más influyente y relevante de todos los tiempos. Miguel de Cervantes no era músico, tampoco actor, y menos aún cantaor de flamenco. Lo que legó a la posteridad tiene poco que ver con el espectáculo ligero que se desarrolla ante tus ojos, y no es que consideres la ligereza o el espectáculo censurables, en absoluto; tan sólo sucede que tus expectativas tenían más que ver con la huella que la literatura deja en quien la lee, y que por ahora brilla por su ausencia.

Hasta que, de pronto, ese hombre alto y barbado se acerca a la tribuna con el texto en la mano y

comienza a leerlo como un texto tal quiere ser leído. No es que los que le precedieron lo hicieran incorrectamente; son profesionales acostumbrados a usar su voz y distan de hacerlo de manera torpe o descuidada. Lo que sucede es que en ellos el texto sonaba como algo que hubieran tomado prestado, mientras que este hombre se sitúa en otra dimensión: ha hecho suyo lo que va a leer y se entrega por entero a darle aliento. En su voz, el texto cobra vida por sí mismo, suena genuino y vibrante como en la mente del lector. En su voz, es don Quijote quien habla a Sancho, aconsejándole sobre cómo proceder para ser digno y leal gobernante de su ínsula, y no uno de tantos advenedizos sin oficio que calientan poltrona.

Resuena el vozarrón del hombre barbado, que es a la vez cálido y delicado con las palabras que lee, llevándolas con pulso y gracia hasta el último de sus pliegues, sin que se pierdan por el camino los sonidos que las constituyen y colman. Recobra así, cabal y verdadero, lo que el escritor puso en el papel, esa aérea y a la vez recia edificación de la que sólo es capaz el lenguaje, y que sólo los escritores plenos son capaces de alzar y exponer sin merma a la embestida del tiempo, el olvido y la ignorancia.

Habla don Quijote a Sancho y sus razones pulverizan los cuatro siglos medianeros para interpelar a quienes no saben merecer la confianza de aquellos a quienes gobiernan o aspiran a gobernar, porque infringen o jamás aprendieron los principios de la recta llevanza de los asuntos comunes: comprometer en ellos lo mejor que uno tiene y no buscar en el ejercicio del cargo otra ganancia que la conciencia de haber cumplido con el deber y haber sido justo con los afines y con los que no lo eran.

Es en ese momento, en que su texto se erige en el centro y el todo del acto, cuando sientes en el hemiciclo la presencia del hombre al que se conmemora, agradeces haber podido vivirlo y comprendes que sí, que estás asistiendo a un hecho histórico.

Las lágrimas de Montserrat

Es la autora convicta y confesa de uno de los asesinatos más espectaculares cometidos en España en lo que va de siglo. Uno de los pocos que han tenido como víctima a un gobernante en el ejercicio del cargo. En un país donde hay miles de escoltas para proteger a quienes ostentan responsabilidades públicas, fue ella, un ama de casa, quien se atrevió a concebir y logró ejecutar nada menos que la muerte de la presidenta de una Diputación, la máxima autoridad de su provincia, buscando la circunstancia que le permitiera sorprenderla desprevenida y aprovechándola con una sangre fría propia del más consumado criminal.

Desde el mismo momento de su detención ha admitido sin el más mínimo rebozo ser la responsable del crimen, por el que ha mostrado, ante la policía y los jueces, nulo arrepentimiento. Ha soportado la prisión, el largo juicio, los interrogatorios y la lectura de su condena por un

jurado popular sin pestañear y sin protestar ni quejarse en ningún instante por su suerte; una suerte buscada y plenamente asumida, desde que decidió que la vida de aquella mujer era el estorbo que debía remover para que su hija volviera a encontrar la paz. Así lo ha declarado una y otra vez, sin esperar para su razonamiento la comprensión de nadie ni el perdón de la justicia; atrincherándose en su propia convicción de que era el deber que le incumbía cumplir.

El rostro impertérrito de Montserrat, la asesina convicta y confesa de la presidenta de la Diputación de su provincia, ha provocado el estupor de quienes asistían al juicio, quienes lo veían por la televisión y quienes habían de emitir veredicto sobre ella. A nadie le ha dado la oportunidad de compadecerla o de considerarla una mujer que perdió el control de sus actos: la quería eliminar y se aplicó en cuerpo y alma a conseguirlo.

Hasta hoy. La ejecutora gélida y resuelta, la imputada impasible, la condenada orgullosa del reproche penal para su acción, ha dejado paso a la madre que en la vista sobre el mantenimiento de su prisión preventiva, en tanto se resuelve el recurso presentado contra la sentencia que la ha condenado, se derrumba y entre lágrimas implora que a su hija la dejen salir de la prisión en la que ambas se encuentran encarceladas. La mujer que no ha mostrado la menor contrición y que no espera ni pidió jamás clemencia para sí, se doblega y suplica que no se le haga pagar a aquella por quien aceptó ser una asesina.

Es, después de dos años largos de aturdimiento, la hora en que fragua en su mente la amarga conciencia de su fracaso. Lo ha apostado todo y lo ha perdido. De nada le sirve haberse cobrado la pieza de caza mayor que puso en su punto de mira. En vano han sido la determinación, la paciencia, la astucia, la crueldad y hasta el ensañamiento de rematar a su víctima. Sin provecho se ha echado a la espalda toda la culpa y ha tratado una y otra vez de exonerar de ella a la sangre de su sangre. Se da de bruces con la suerte infausta que toca a quien no mide sus fuerzas ni las de la lenta pero implacable maquinaria de la justicia antes de exponerse a la dureza de su castigo.

Se pretendió la justiciera que se atrevía a hacer pagar a la mujer poderosa por los desafueros que los demás soportaban en silencio y sin osar jamás enfrentársele. En nombre de su hija y en el suyo propio, pero también en el de todos los demás agraviados, quiso sentir que por su mano y su revólver se enmendaba todo lo que ella había torcido. Pero la triste realidad es que hay una mujer muerta y, salvo que un milagro lo remedie, otras dos despojadas de su libertad para los próximos veinte años.

Es el momento de preguntarse si para su hija saber que su enemiga estaba viva era peor de lo que va a ser pasarse siete mil días presa. Acorralada por esa pregunta, Montserrat sucumbe. Y sus lágrimas le devuelven, al fin, la humanidad perdida.

Sadiq y la espalda

Se llama Sadiq. Es hijo de un conductor de autobús. Es musulmán. Se crió en viviendas sociales. Compartía litera y cuarto con sus hermanos. Es, desde hoy, alcalde de Londres: una de las ciudades con más cantidad de ricos empadronados de todo el planeta, la vieja capital del Imperio británico y, al fin y al cabo, uno de los centros históricos de la cristiandad.

Comparece ante los medios y ante sus convecinos con el acompañamiento, según prescribe la tradición, de los restantes candidatos a la alcaldía, a quienes acaba de batir. Forman un arco detrás de él, observándolo atentamente mientras habla. Hay, sin embargo, uno que no le mira. Aparatosamente vuelto de espaldas, le ofrece su nuca ahí donde los demás ponen el rostro. Es su forma de protestar por el hecho, para él intolerable, de que un seguidor de la religión de Mahoma, alguien que en sus años como abogado litigó una y otra vez contra la policía en defensa de musulmanes que alegaban haber sido objeto de abuso, vaya a convertirse en el máximo responsable de la ciudad y también de sus fuerzas del orden. Como representante de un pequeño partido xenófobo, su gesto no tiene peso político, pero sí, y sin duda lo sabe y por eso lo hace, un claro valor simbólico.

Sadiq y esos rostros serios, y la espalda que lo acompaña en la foto, forman un cuadro en el que se expresan y condensan las esperanzas e inquietudes de este convulso comienzo de siglo. Y es que muchas de ellas, nos guste o no, pasan, de un lado, por esa religión que ya es la de una quinta parte de la población mundial y la de decenas de millones de personas en Europa; y de otro, por quienes han decidido que el islam y sus fieles sólo pueden ser repudiados, como residuos de un esclerotizado designio medieval que anacrónicamente pretende pervivir hoy.

Que Sadiq, pese a llamarse así, ser hijo de quien lo es, y haber nacido y vivido donde lo hizo, sea a partir de hoy la primera autoridad de una de las ciudades más importantes del mundo occidental es un mensaje que contrarresta el que a diario reciben miles de Mustafás, Mohameds o Ahmeds, a quienes ni su preparación, ni su disposición a contribuir como cualquiera a las sociedades europeas en las que nacieron y se criaron, los salva de que al ver su cara morena y su nombre quienes procesan sus currículos los despachen sin más trámite a la papelera. Puede que sólo sea un símbolo, y alguno dirá que no es más que un hábil lavado de cara de una de esas formaciones políticas, en este caso el Partido Laborista británico, que en el fondo, y como engranaje del orden político más tradicional, no abriga intenciones sinceras y plenas de dar a los hijos de los musulmanes las mismas oportunidades que tienen los del resto. Pero ahí está, para despertar aunque sea una sombra de duda en el próximo chaval al que se le acerque un barbudo a hablarle del desdén que por los suyos tienen los occidentales y convertirlo al nihilismo que empuja a sacrificar la vida por la ensoñación de un paraíso.

Y ahí está también esa espalda, que quiere ser, quizá, un recordatorio de que las buenas intenciones y la generosidad no bastan para atajar los problemas; al menos ése es el discurso que justifica en quien la exhibe una respuesta hostil, basada en la sospecha sistemática hacia la población de la que Sadiq procede. Sin embargo, se queda en eso, en una espalda que decide ignorar una realidad, no se sabe si con la vana pretensión de que el desconocerla sirva para

hacerla desaparecer, o si en cumplimiento de alguna agenda oculta que lo fia todo a la estrategia de contenerla y en último extremo a la opción de neutralizarla o aniquilarla por la fuerza.

Sadiq se ha enfrentado a los dictados del islam literal, en cuanto chocaban con libertades que la ley británica ampara. Aunque asombre a alguno, ésa es, también, una muy antigua lectura del islam. La que necesitamos. La que esa espalda no verá nunca.

Nube tóxica

Es ésta una historia típicamente hispánica. Una de esas metáforas demoleadoras que con frecuencia nos complacemos en perpetrar, para dejar testimonio de nuestra alma destartada y de ese empeño autodestructivo que, como ya reconociera un tipo poco dado a atestiguar méritos ajenos, el canciller Bismarck, es una de las principales pruebas de nuestra fortaleza, en tanto que superamos una y otra vez esas zancadillas fenomenales que tenemos por costumbre ponernos a nosotros mismos.

Miles de neumáticos usados. No unos pocos miles; si los españoles nos ponemos a hacer algo, nos ponemos de veras. Cien mil toneladas de neumáticos: en números redondos, unos diez millones de neumáticos, acumulados en un vertedero ilegal y convertidos en un riesgo descomunal para el medio ambiente, la salud de las personas y demás damnificados habituales. Ya es llamativo que se pueda juntar tamaño montón de ruedas sin que llame la atención de alguna de las múltiples autoridades incompetentes que habrían podido preguntarle al dueño qué demonios estaba haciendo en la parcela de marras. Y es que, para apilar semejante inmundicia, han tenido que hacer el viaje hasta el lugar del crimen unos cuantos miles de camiones.

Al final, cuando el pastel ya es de proporciones babélicas, alguna de esas autoridades se despereza, se inicia un proceso judicial y acaba dictándose una condena contra el responsable del desafuero: tres meses de cárcel que no habrá cumplido. Una invitación en toda regla para el próximo que quiera ganar dinero amontonando ilegalmente millones de neumáticos, sea cual sea el modo en que esa tropelía resulta retribuida, que lo será, porque, si no, a buen seguro que las ruedas no habrían ido a parar allí.

¿Problema solucionado? Ni mucho menos, queridos niños, estamos en España, el paraíso de la burocracia inoperante, de los trámites absurdos, de los sabotajes y pugnas entre quienes no son casi nunca capaces de resolver los embolados que les caen sobre la mesa pero sí de impedir, con sus conflictos de competencias, su falta de respuesta sistemática y su descoordinación entusiasta, que pueda ponerles remedio algún despistado con ganas de hacerlo.

Para qué entrar en el detalle. Para empezar, las ruedas siguen llegando hasta dos años después de que el vertedero haya sido declarado ilegal. Y cuando por fin se logra interrumpir el tráfico ilícito, viene la hora de meterle mano a lo acumulado. Con la diligencia habitual: adjudicaciones

sospechosas e ineficaces, contratos rescindidos, convenios interadministrativos que no terminan de salir adelante... Por no mencionar los laberintos legales para habilitar a las administraciones que han de limpiar el marrón que se toleró que un tipo sin escrúpulos nos cargara a todos. Entre unas cosas y otras, pasan siete años sin que se haya puesto, ni siquiera acordado, una solución.

Al final, y después de muchos tiras y aflojas, las autoridades implicadas acaban cerrando un acuerdo para atacar el asunto. Sólo cuatro días después, el vertedero empieza a arder. El fuego, dicho sea esto de paso, se inicia en uno de los extremos del recinto. No hace falta ser Sherlock Holmes para intuir que alguien ha decidido meterle candela al problema, ahora que parecía que al fin podría dársele una salida que por lo que sea no le conviene.

El resultado: un megaincendio de varios días y una nube tóxica que obliga a evacuar el núcleo habitado más cercano y a poner en alerta a otros. Más miles de euros de dinero público para hacer frente al desastre. Arde la porquería neumática amontonada y ese humo negro es el fiscal que acusa, a quienes habrían debido impedirlo, de la desidia de tantos años.

No es la única nube tóxica que flota en el aire en estos días. A quien apila tanto desecho, se le quema antes o después.

Guardarse la opinión

La pregunta es una trampa. El que la recibe, en una rueda de prensa multitudinaria, como lo son todas las del fútbol (otro gallo cantarí si se presentara una nueva traducción de Kant), es un chaval oriundo de Albacete que juega en el equipo que hace ya un tiempo decidió convertirse en el mascarón de proa de un barco cuya enseña, la estelada, tiene como afán inspirador separarse y diferenciarse, entre otros, de los oriundos de Albacete. También de otros nacidos bastante más cerca y que no se sienten ajenos a los oriundos de Albacete, pero ésa es otra historia.

La pregunta va sobre la prohibición de la exhibición de esa bandera segregadora en una final que va a celebrarse en Madrid, la capital del país al que indiscutidamente reconocen como suyo los albaceteños, por una delegada gubernamental que vio en esa posibilidad una ofensa que procedía evitar. También sobre la decisión de un juez que, entendiendo que la ley permite expresar todas las ideas que no incurran en delito, incluida la de no querer ser lo mismo que los nacidos en Albacete, debía revocarse la prohibición de la delegada, por más que a alguno en el campo pudiera irritarle el gesto, al ver en él desplante o desdén.

El destinatario de la incómoda cuestión es, y lo ha demostrado tanto en el equipo cuyos colores defiende como en la selección del país al que pertenece Albacete, un digno profesional. Es, también, un hombre prudente y que conoce el terreno que pisa, después de unos cuantos años expuesto a los focos y a los periodistas. Sopesa durante un instante lo que acaban de someterle y

por su boca, en lugar de la respuesta que el interrogador buscaba, sale esta reservada, precavida y más que elocuente declaración:

—Prefiero guardarme mi opinión, porque no quiero que la malinterpreten los de aquí ni tampoco los de allí.

No es tan cauto, por ejemplo, el entrenador con el que comparte la rueda de prensa, oriundo de Asturias, tierra seminal del país al que la estelada se opone, y por tanto otro de esos con los que sus portadores no quieren ser confundidos. A la pregunta sobre el espinoso asunto, responde con contundencia:

—Se ha impuesto la lógica aplastante.

Sea lo que sea lo aplastado por la lógica que profesa el entrenador (los benévolos pensarán en la pretensión de la delegada de cercenar un derecho fundamental como la libertad de expresión, los malévolos a lo mejor piensan en otra cosa), llama la atención el contraste entre uno y otro. Y, sobre todo, porque lo no desvelado es lo que nos llama, y muchas veces lo que más nos importa, el que escucha ambas respuestas se queda intrigado acerca de cuál puede ser esa opinión que al futbolista le sale más a cuenta guardarse para sí. No es que por lo general el fútbol sea fuente de conceptos enjundiosos y trascendentes, pero se vislumbra en este caso la posibilidad de algo que bien pudiera serlo.

Es una lástima que una opinión así, del cariz que se le intuye a la del jugador de Albacete que renuncia a su libertad de expresión, quede silenciada mientras se arrojan alegremente al aire las de otros que, por el contrario, dan en usar de su derecho a expresarse con largueza y hasta en demasía. Se los ha venido oyendo durante toda la semana, lanzando estridencias desde una y otra trinchera: desde los que imputan al país de Albacete un totalitarismo que la sentencia judicial refuta hasta los que proponen combatir el sentimiento disidente del que la estelada es símbolo por el simple expediente de proscribirla. Son opiniones que más traslucen ignorancia que consciencia, que nada van a construir ni remediar, seguramente tampoco es lo que buscan, y que sin embargo encuentran cauce y altavoz.

No estaría mal que alguna vez ese hombre de Albacete que vive donde la estelada opinara. Quizá, y quizá no cabe pedirle otra cosa, se decida a hacerlo cuando cuelgue las botas.

Esta vez tampoco

Quizá recuerdes, hijo, la carta de hace dos años. No sé si terminó de gustarte, pero me consta que la leíste y diría que algo te movió a pensar, en ese momento de euforia que te trajo, como madridista, la consecución de la Décima después de noquear al oponente con un gol en el minuto 93 y otros dos en la prórroga. Esa euforia que quien hizo el tercer tanto rubricó sacándose la camiseta y luciendo el torso desnudo en señal de triunfo.

Te invitaba en aquella carta a hacer lo mismo que hago hoy, cuando la historia se repite casi al pie de la letra; hay matices, como el orden de los goles, o la victoria en los penaltis en lugar de la prórroga, pero quien entonces marcó ha vuelto a hacerlo y se ha reiterado, con la misma firma, el ritual del golpe de gracia. En aquel momento en que te sentías flotar te pedía que te fijaras en quien perdía y en cómo lo hacía, y vuelvo a hacerlo porque el que se echa a la espalda la derrota, como ya hizo dos años atrás, vuelve a dar una lección con su actitud y sus palabras.

No regatea el derecho al triunfo del rival, tu equipo, ni se permite rehusarle la enhorabuena; pese a haberle arrebatado la posesión del balón, pese a haberlo tenido acorralado durante buena parte del partido, pese a caberle la duda de si no se le ha perdonado un fuera de juego en el gol. De nada de eso echa mano: el partido se ha decidido en los penaltis y ahí, dice, tu equipo ha sido superior y ha merecido su Undécima. Hay que tener mucha solidez interior para rebajar los propios méritos y poner el foco ahí donde tu contrincante supo aventajarte.

No se engaña sobre lo que esta segunda noche infausta ha cosechado: nadie se acuerda del segundo, afirma, y serlo por dos veces es un fracaso rotundo que le pertenece y no piensa ni por un momento en discutir. Incluso va más allá: lo sucedido, por mucho que le elogien, por digno que sea su desempeño y por honrosa que pueda considerarse su forma de caer, le condena a reflexionar, y a no prejuzgar el resultado de esa reflexión.

Ésta es la lección de esta noche: a veces, el tropiezo sigue al tropiezo, y cuando uno merece o cree merecer resarcirse de todos los reveses lo que toca es asumir un revés más amargo aún. Y así es como se hace: sin ponerse paños calientes, sin compadecerse, diciéndose la cruda verdad y abriendo de par en par el alma para mirar dentro y ver qué hay. Este hombre lo ha hecho, y nadie sabe si de aquí saldrá la fuerza que le permita sacarse algún día la doble espina, entre otras cosas porque jamás nada depende enteramente de uno mismo. Lo que nadie podrá negarle es que supo llegar, supo estar ahí y también supo perder.

Alguna duda me cabe, y aunque él no lo diga yo no puedo dejar de decírtelo, sobre si alguno supo hacer lo que le tocaba, en este caso ganar. Si me permites un consejo, cuando la vida te haga el regalo de alcanzar un triunfo, en especial si es por poco y de forma dolorosa para alguien, no te quites ninguna camiseta. Y cuando te pregunten al respecto, olvídate de lo que tú hayas aportado a ese desenlace, destierra por un rato la palabra «yo» de tu vocabulario y recuerda antes lo que debes de tu suerte a otros. Lo grande que en la vida seas, deja que lo ponderen los demás: sólo los inseguros se apresuran a levantar acta de sus méritos.

Como hace dos años, he de darte la enhorabuena. Para ser tan aficionado al fútbol, has tenido hasta aquí mucha fortuna. Has vivido dos Champions de tu equipo, dos Eurocopas y un Mundial de tu selección; son ya unas cuantas las noches que te has ido pletórico a dormir, y ninguna en la que hayas debido llevar, para apoyarlo en la almohada, el fardo de desaliento que da ver escaparse un gran trofeo. Esta vez tampoco pudo ser: ni para el Atleti vencer, ni para ti hacer ese necesario aprendizaje.

Te llegará. Entonces, recuerda el ejemplo de esta gente. Lo que la vida les niega no los

empequeñece. Todo lo contrario.

La doctrina Messi

Esta vez no hay vítores ni aplausos a la entrada de la sede judicial, como ocurriera tiempo atrás frente al juzgado de Gavà. El imputado sube la escalinata de la audiencia bajo un aluvión de improperios y denuos, que le hacen ver que ha perdido el aura que le permitía confiar en la impunidad de sus acciones. Si estuviera dispuesto a ello, que no parece muy probable, se daría cuenta de que el país en el que vive, trabaja y no pagó los impuestos que debía en tiempo y forma, así como la gente que lo habita, han cambiado un poco entre el día, no tan lejano, en que fue llamado a declarar por primera vez y esta mañana en la que acude para comparecer en el juicio que contra él se sigue por su presunta evasión fiscal. Han aparecido listas panameñas y se ha abierto la veda contra los afortunados que creyeron ser de mejor condición impositiva que el resto de sus conciudadanos.

Se ha preparado lo mejor posible para afrontar el reto, que acaso no sea del todo ajeno a la bajada perceptible en su rendimiento deportivo en los últimos meses. Saber que al final de la temporada, trofeos aparte, te aguarda el trago de sentarte en el banquillo, aunque sólo sea durante una sesión del juicio, la de tu interrogatorio, no debe de ser plato de gusto en la mente de nadie. Al final, y pese a la devoción cuasirreligiosa que le profesan sus incondicionales, va a resultar que es humano.

Se ha preparado, sí, y acude con una defensa letrada de postín: nada menos que un exmagistrado del Tribunal Supremo, alguien que ha firmado sentencias que sentaban jurisprudencia, y que con su ciencia y su buen hacer, y seguramente motivado por una succulenta minuta, se dispone a exponer ante la sala los argumentos que cimenten la deseada resolución absolutoria, lo que ha de ser en adelante la doctrina Messi del delito fiscal.

El deponente viene bien aleccionado para cumplir con su parte. Cuando le interrogan, alega que de todo el papeleo y los asuntos económicos se ocupaba papá (nótese el toque levemente pueril, algo alarmante en quien ya se acerca a la treintena, pero bien medido para propiciar el efecto de subrayar la total inconsciencia en que en materia administrativa y financiera se mueve el interesado). Que él tan sólo se preocupa de jugar al fútbol, y que daba por sentado que estaba bien lo que papá hacía, convenientemente respaldado por costosos e ingeniosos asesores. A esa misma argumentación se aferrará papá, que descarga todo el mal sobre los perversos y oscuros especialistas que le indujeron a realizar montajes societarios transnacionales que les permitían soportar una carga fiscal muy inferior al resto de los residentes en Cataluña, donde es público y notorio que personas muchísimo menos acaudaladas que los Messi venían palmando el 56 por

ciento de sus emolumentos. Pero Messi hijo estaba demasiado absorto en el balón, y Messi padre demasiado aturdido por los desviados consejos de los torvos asesores, para poder reparar en ello.

No hay pues ni conciencia del mal, así que es más difícil aún que exista la intención de cometerlo. El fiscal compra la doctrina Messi, pero sólo en la parte infantil, considerando por el contrario que el padre no puede escurrir el bulto. Para preservar la vergüenza del fisco, y el respeto hacia todos los ciudadanos que abonaron más de la mitad de lo que tenían, teniendo menos que los Messi, el abogado que representa al Estado rechaza el lote completo.

Ahora la pelota está en el alero del tribunal, que decidirá con arreglo a derecho y cuya sentencia habrá que acatar, sin perjuicio del recurso que contra ella cabe. Si la doctrina Messi es bendecida por entero, el delito fiscal pasará a ser en adelante un delito que sólo pueden cometer asesores fiscales. Y si se valida la parte del vástago, no lo podrá cometer nadie a quien le viva un padre dispuesto a comerse el marrón. Porque no puede ser, no, nunca, jamás de los jamases, que la ley sea diferente por el hecho de llamarse Messi.

El tamaño de la cola

La costumbre de andar con la oreja puesta, a la que debes en buena medida tu oficio, que no es el de fisgón, pero a veces se le parece, te ha llevado a advertir que es la circunstancia que más se mira y pondera a tu alrededor. El tamaño de la cola.

A esto se reduce, para algunos, la feria del Libro.

Vamos a adoptar por un momento el criterio que tan amplio respaldo obtiene y paseemos la vista por la feria. El resultado de un simple recorrido por la línea de casetas que se extiende por el paseo de Coches del Retiro no puede resultar más desconcertante, al menos para quienes hayan hecho de la lectura, y de lo que los libros pueden contener cuando están escritos con hondura y talento, uno de los mimbres principales de su existencia.

Avistas a un gran poeta, quizá uno de los más señeros con que a la sazón cuenta tu lengua, en apacible conversación con su editor. Distrae así la espera en una caseta ante la que no se apiña nadie. Que tenga entre las manos un libro extraordinario, una nueva traducción de un clásico de primera fila, primorosamente ilustrado, un prodigio de edición en el que a la belleza de la palabra se aúna la belleza de la imagen, no invita a nadie a acudir. Es posible que pocos hayan tenido noticia de ella.

Más allá te tropiezas con un formidable novelista, uno de los más perspicaces y sensibles que has leído, y desde luego uno de los más perspicaces y sensibles que siguen poniendo su nombre en volúmenes encuadernados. En esta ocasión no tiene a mano a su editor, por lo que observa la tarde con expresión melancólica, castigado ante el vacío que se abre frente a él. Lo que en ese momento

no puedes evitar pensar es que los castigados son todos aquellos que, pudiendo estar frente a uno de sus libros, eligen estar frente a algún simulacro de novela.

En otro rincón descubres a otro novelista, en este caso de prestigio internacional. No es tu favorito, pero no puedes regatearle la originalidad ni el pulso, que no hace tantos años ponían a muchos en fila para pedirle una dedicatoria. Ahora está solo, y no se te ocurre otra razón que el paso del tiempo en un tiempo sin memoria; en una era en que todo ha pasado a estar colgado del *trending topic* que este hombre, por lo que sea, no ha acertado a ser. Ése es su delito, que purga con el ostracismo.

Más allá descubres a una novelista extranjera. No sólo tienen calidad sus libros, sino también garra. Alguno de ellos ha sido un acontecimiento internacional. De hecho, tiene uno, recién aparecido, que ha sido saludado como un reflejo implacable de la descomposición del continente. No está sola, en este momento le firma un libro a una joven muy tatuada que se le acerca, pero, cuando ésta se marcha, se va a la parte trasera a echarse un cigarrillo. No hay cola ante su caseta; tampoco parecen ser muchos los que tienen noticia de su existencia.

Obtenido este panorama desolador, es el momento de levantar acta de las colas multitudinarias. La mayor parte de ellas, alguna de hasta un centenar de personas, corresponde a postadolescentes que promocionan un artefacto impreso, sí, pero ostentan como mayor mérito el dominio de esas redes sociales en las que el veterano novelista de antes es analfabeto funcional. Hay alguna otra nutrida ante autores o autoras de libros clonados en serie, con diferencias a veces mínimas en los títulos: por lo que has comprobado alguna vez, los textos interiores (aquí hay letras, no como en otros) son variaciones de lo mismo que dan al lector la oportunidad de no salirse de una única nota. Otras colas se forman ante famosos televisivos, que convierten en libro algún aspecto, cualquiera, del programa en que aparecen. De todos ellos, desde luego, se tiene noticia puntual y extensa.

No eres un moralista, ni un esteta excluyente, ni dejas de comprender la necesidad que tienen las empresas editoras y los libreros de pagar las nóminas, los impuestos, las licencias municipales (todo eso que no pagan, por cierto, sus cibercompetidores desleales por la patilla). Lo que no puedes dejar de preguntarte es si esto es, si esto debe ser, si puede dejarse que al cabo de los años sea esto a lo que quede reducida la feria del Libro.

El ejército invisible

Es uno de los ejércitos más grandes del mundo. Muy pocos de los existentes lo superan en número de efectivos armados. Hablamos de un millón y medio de personas provistas de fusil de asalto, un arma que permite desarrollar una potencia de fuego de utilidad estrictamente militar, capaz de causar víctimas por decenas, si uno se las encuentra desarmadas y posee el entrenamiento

suficiente. Y no diremos que todos, pero sí parece que una parte significativa de ese millón y medio de soldados ha aprendido a usar su herramienta de manera eficaz. Para eso disponen de galerías de tiro, campos de entrenamiento y hasta cursillos asequibles para adquirir la capacitación necesaria.

Son los dueños del millón y medio de fusiles AR-15 que se han vendido en Estados Unidos de América. Gracias a su cacharro, que cuesta menos que un iPhone, como la prensa se ha encargado de resaltar (la comparación es interesante: se toma como referencia el coste del artillugio que para muchas personas encierra buena parte de su existencia, para ponderar el del que sirve para aprear de esa misma existencia a quien se desee), están en condiciones de desencadenar el infierno donde por la razón que sea lo juzguen oportuno. El precio es enfrentar luego la sanción penal del acto (que si pueden alegar alguna eximente legal, por ejemplo, el allanamiento de su domicilio en muchos estados, será ninguna) o más probablemente caer abatidos por las unidades especiales del cuerpo policial de la localidad donde resuelvan atacar. Un precio disuasorio para muchos de ellos, pero que a otros, demasiados, no les importa asumir. Por si alguien aún no se había enterado, el nihilismo, bajo los más diversos ropajes (yihadismo, narcomafia, xenofobia, etcétera), es la escuela filosófica que gana más adeptos en este oscuro siglo XXI.

La última vez que este ejército ha actuado, despachando a un comando especialmente entusiasta y mortífero, ha sido en Orlando, Florida, esta misma semana. Sus razones son lo de menos: homofobia de un gay reprimido, odio a Occidente de un musulmán acogido en su seno, o la simple borrachera de oír los disparos y ver cómo los proyectiles van derribando como peles a quienes resultan alcanzados por ellos. Qué más da. La gran baza táctica del ejército invisible es que nunca faltará un tarado con motivos para escoger objetivo y la insensatez necesaria para llevar el ataque a término. Los hay en todos los negociados, en todas las cofradías, en todos los estratos del entramado social. Y se activan con los pretextos más peregrinos y en la coyuntura más insospechada, a la que nunca será posible anticiparse.

El ejército invisible ha logrado llevar al extremo el ideal del arte de la guerra que dejara enunciado el chino Sun Tzu (o Sunzi) hace la friolera de veinticinco siglos: no tener forma. Lo que no tiene forma no puede ser enfrentado, fijado ni mucho menos cercado para proceder a su neutralización o exterminio. Las anteriores tentativas de llevar a cabo ese modelo, en particular las diversas modalidades de guerra irregular o asimétrica practicadas en los últimos dos siglos, desde la guerrilla española contra los franceses hasta los talibanes afganos que siguen imponiendo su ley en buena parte de su abrupto país, son chapuzas al lado de esta versión depurada y extrema. Siempre puede hallarse en ellas un factor, desde el carácter, la ideología o la religión que les sirve de aglutinante, que permite señalarlas y atacarlas.

Con el ejército invisible nada de eso vale. Sólo cabe esperar a su próximo zarpazo y procurar eliminar al combatiente de turno antes de que cause un destrozo excesivo. Y luego, contar los muertos y hacerles el funeral. Es curioso que la primera potencia militar del mundo haya acabado

fabricando y armando, en el seno de su propia población, al peor enemigo al que se ha enfrentado en sus doscientos cuarenta años de historia.

El funambulista temerario

Toca inspirar hondo y salir a la puerta de la que dentro de muy poco dejará de ser tu residencia. Quizá desees que esos meses que restan hasta que pueda consumarse el relevo en tu puesto transcurran de golpe, condensados en un segundo, para poder retirarte a esconder tus heridas, tu ridículo, tu fracaso. Jugaste a ser el funambulista de las consultas populares y la primera te salió bien, lo que quizá te infundió una temeridad que ha terminado siendo contraproducente, porque en esta segunda te has caído con todo el equipo. Y aquí estás, mustio y descalabrado: ya ves qué rápido se puede carbonizar un carisma.

Hay países del mundo donde podrías aspirar a que el mazazo no te apeara del pedestal. Para empezar, hay países donde no hace falta someter nada a la decisión de las urnas, y otros donde lo que las urnas dicen no es necesariamente un mandato, ni se exige al que gobierna que asuma sus tropiezos y responda de ellos con su cargo, que puede seguir ejerciendo desde un plasma tan ricamente. Pero a ti te ha tocado ser el primer ministro del Reino Unido de la Gran Bretaña, un país con muchos defectos, como todos, y alguno ha aflorado en la votación, pero que tiene la virtud de exigirle al que la pifia que obre en consecuencia.

Total, que te toca deponer las armas, agachar la cabeza, largarte. A ti, que tenías todo a favor, una mayoría arrolladora, una seguridad en ti mismo a prueba de bombas y de funestas anécdotas juveniles con cerdito, que los tabloides ilustraron con esa foto desdichada que te hicieras abrazado a una cría porcina. Sorteaste ese escollo como tantos otros, las pullas en esa Cámara de los Comunes donde no hay piedad con el adversario y donde tienes que dar la espalda a los tuyos aun sabiendo que entre ellos hay puñales que sólo sueñan con clavarse en tu lomo.

Pero esto no puedes sortearlo. Eras el timonel del *Titanic*, lo habías puesto a toda máquina y he aquí que apareció lo que no querías que apareciera: el iceberg. Y te lo has comido, enterito. La diferencia con el malogrado barco es que este iceberg no sólo era previsible, sino que en el colmo de la insensatez fuiste tú mismo quien ayudaste a proporcionarle masa y densidad. En los libros de Historia se estudiará cómo alguien que supuestamente no quería que sucediera algo coqueteó hasta la saciedad con los argumentos que lo propiciaban, dio pie a que se impusieran convocando un referéndum, y todo lo que hizo para tratar de evitar que de él saliera lo que no buscaba fue imponer cuatro apaños en Bruselas y confiar en que su magnetismo disuadiera a la gente de aquello que él mismo, y buena parte de su partido, le habían inducido a creer y desear. Nadie sobrevivió jamás a tal coqueteo con el abismo, y tú, David, no ibas a ser diferente.

La Historia contará también, tal vez, como un tal David Cameron, que creía demasiado en su

buena estrella, precipitó la descomposición del Reino Unido, desgajando de él dos naciones europeas y europeístas y reduciéndolo a un país paleta y ensimismado en el que los miedos de los viejos asfixiaron los sueños de los jóvenes, condenándolos a todos a la contemplación melancólica del fantasma de un imperio perdido e irrecuperable. Si es que al cabo de los años, cuando esos viejos se extingan y esos jóvenes predominen, no se impone la necesidad de bajar el pistón, doblar la cerviz y volver a llamar a la puerta de esa Europa a la que en este referéndum desdeñaron con un orgullo y una autosuficiencia de los que por una vez no tendrán más remedio que abdicar.

Todo esto, sin embargo, está aún lejos. Ahora toca salir y exponerse a las cámaras para ser el hazmerreír del mundo. Más allá de las consecuencias para el país, tienes que salir ahí a decir que has cometido la mayor memez que puede cometer un gobernante democrático: convocar un referéndum para perderlo. Y es que el funambulismo, David, mejor dejarlo para el circo.

El ciervo y el cazador

Sucede así, de repente, un sábado. Te enteras por una red social de que un hombre ha muerto. Uno de tantos que somos, y algún día dejaremos de ser. Un hombre de setenta y siete años, una edad en la que se empieza a llevar algunas papeletas para no apagar las velas de la próxima tarta. No le conocías, de hecho reparas, viendo la foto que ilustra la noticia, en que ni siquiera sabías demasiado bien cómo era. En esa imagen, más o menos reciente, se ve a un hombre menudo, frágil, de cabellos teñidos y rostro levemente desfigurado por la cirugía estética.

Se llamaba Michael Cimino y hace un montón de años, cuando apenas eras un adolescente, o ni siquiera, rodó una película hermosa y terrible titulada *El cazador*. La viste entonces un par de veces; luego, ya con treinta, te hiciste con ella en vídeo; diez años después en DVD y hace nada acabas de volver a verla, esta vez en Blu-ray. Debe de ser una de las películas por las que has pagado más veces, te dices, y, aunque vives en el país donde la piratería casi se eleva a la categoría de heroicidad cívica, no te sientes imbécil por haberle destinado una y otra vez ese dinero que jamás te sobró, ni te sobraré, empeñado como andas en vivir de tu trabajo y no de astucias o ventajas de otra índole.

En aquella película salía Robert de Niro, joven y sonriente; una Meryl Streep también joven y hasta guapa; y un Christopher Walken que quedaría marcado para siempre con el sello de actor propicio para encarnar lunáticos y enajenados. Lo que la cinta contaba, en resumen, era cómo unos chavales jóvenes de una ciudad industrial de Estados Unidos, alistados en la guerra de Vietnam, volvían hechos unos zorros de su servicio a la patria. O, en algún caso, ni siquiera volvían. Eran inmaduros, irreflexivos, a ratos incluso algo gilipollas. Tenían la afición de salir a cazar ciervos, una destreza que se supone que proporciona cierta ventaja en las guerras. Pero no eran malos

chicos, no merecían que los enviaran a un lugar sin piedad y un combate sin cuartel que habían de alterarlos y desbaratarlos de por vida.

El protagonista principal era Robert de Niro. El más diestro cazador de todos, y también el que logra volver menos destruido del grupo. Uno de sus compañeros resulta mutilado, y el que peor parado queda es el personaje interpretado por Walken, al que las salvajadas que vive le sueltan completamente la pinza. No has visto en el cine manera más bella de contar la amistad que cuando De Niro regresa a una Saigón ya enloquecida por el fin de la guerra y la retirada norteamericana para tratar de encontrar a su amigo. Si acaso, otra escena que tiene a De Niro como protagonista: cuando el antiguo mafioso Noodles se niega a reconocer en el ministro Bailey al amigo que veinte años atrás lo traicionó, al final de *Érase una vez en América*, de Leone.

Como en las grandes historias, muchas cosas salen mal en *El cazador*, y ésta, la búsqueda del amigo, es una de ellas. Y no porque no lo encuentre, sino por todo lo contrario. Cómo sucede, y por qué es tan amargo y funesto el encuentro, quede para que pueda descubrirlo quien todavía no haya visto la película.

Después de ver cómo la guerra destroza a sus amigos, el cazador vuelve al bosque y tras una ardua persecución acaba fijando un ciervo en la mira de su fusil. Años atrás, ese ciervo habría estado sentenciado. Pero en esta ocasión el cazador levanta el fusil y deja escapar a la presa. Ha visto tanta muerte y tanta destrucción que ha perdido el instinto de matar. Ha aprendido que cualquiera puede quitar o quitarse la vida, que la hazaña, el milagro, es preservarla, permitir que acontezca.

Ese ciervo, ese cazador, te dieron una lección que el paso de los años no ha borrado. El hombre que los soñó acaba de irse. Esta noche has perdido algo, lo que quiere decir que lo tenías. Que lo tienes. Mientras el cazador sea compasivo y levante el fusil.

Pegando tiros

La Historia lo reclama y nuestro exministro no es de los que rehúyen esa clase de emplazamientos. Comparece, pues, ante los medios y manifiesta solemnemente lo que cree que sólo a él le compete, la verdad rotunda e inapelable de la que es depositario y de la que ha de convertirse en predicador: España no fue a la guerra en Irak; los nuestros no pegaron ni un solo tiro.

Al escucharlo o leerlo, muchas personas se paran un momento a pensar si el exministro ha dicho exactamente lo que ha dicho o si ha podido querer decir otra cosa. Pero su tono es tajante; su voluntad, inequívoca: al negar que el país interviniera en guerra alguna, subrayándolo con esa frase coloquial, es obvio que trata de exonerar a su gobierno de cualquier responsabilidad sobre esos hechos desagradables que suelen acontecer en un escenario bélico, en forma de proyectiles

que disparados por unos seres humanos acaban alcanzando a otros y comprometiendo seriamente su salud, su integridad o, en fin, sus opciones de continuar vivo. Nada de eso tuvo nunca lugar.

Es muy posible que la declaración llegue a los oídos del soldado T., que una mala noche de abril de 2004 estaba en la garita junto a los helicópteros en la base de Diwaniya y hubo de repeler en solitario el ataque de un pelotón de asaltantes que llegaron en tres furgonetas, provistos de armas automáticas, lanzacohetes y morteros. Pegó tiros, vaya si los pegó: tantos que mientras esperaba a que lo socorrieran tuvo que contar los que restaban en los cargadores de su dotación individual. De ser capaz de dosificarlos dependió esa noche su vida, que salvó milagrosamente, así como los helicópteros que los atacantes pretendían destruir. Quizá nadie les había informado de que el exministro y los suyos habían decidido que aquello no era una guerra.

También puede haber oído al exministro el cabo L. En la mañana del 4 de abril de 2004, en la base Al Ándalus de Nayaf, era el tirador de uno de los dos blindados de caballería con que contaba el acuartelamiento para su defensa, emplazado en la puerta principal frente a las milicias chiíes que intentaron ese día irrumpir en fuerza en el recinto. Al principio, él y sus compañeros no lo tuvieron del todo claro. Cuando una granada propulsada por cohete pasó rozándolos, se disiparon todas sus dudas; a lo largo del día, el cabo L. pegó cientos de tiros con su cañón Bushmaster de 25 milímetros. Uno de ellos le dio a una furgoneta que venía cargada de enemigos y que quedó convertida en el acto en una bola de fuego. Sus difuntos ocupantes tampoco debían de estar al tanto de que aquello no era una guerra.

Y puede haberle oído, en fin, A., que ese mismo día de abril, y unos cuantos después, estuvo apostado en una azotea de la base con su fusil de francotirador Barrett, de 12,7 milímetros. Algún tiro pegó también con él: entre otras tareas, le tocó en suerte neutralizar a través de una pared (el Barrett proporciona esa posibilidad) al francotirador que ya le había acertado a un oficial americano y amenazaba con causar más bajas entre sus compañeros; o atajar con un disparo que hizo blanco a un kilómetro de distancia la vía por la que los milicianos acarreaban la munición para mantener el ataque a la base.

Son sólo tres ejemplos, de muchos que podrían ponerse, de gente a la que no puede sino escandalizar que se diga que los militares españoles no pegaron un solo tiro en Irak. Es posible que el exministro recurra a una restricción mental: considerar que la guerra acabó con la caída de Sadam, previa a la operación *Iraqi Freedom* en la que participaron T., L. y A., y que antes de ésta sólo se envió una misión de ayuda humanitaria, la llamada *Sierra Juliet*. Ni aun así dejará de irritar a alguien: pregúntese a los infantes de Marina de esa primera misión que hubieron de echar mano de sus armas en Umm Qasr.

Ánimo libidinoso

Quizá sólo hay una manera de juzgar esta historia: imagina que le sucede a tu hijo menor de edad. Habrá quien diga que es demagogia, pero si hemos aceptado que los menores de edad son personas que no tienen capacidad plena, que no pueden por ello asumir plena responsabilidad y que también por ello han de ser protegidos frente a los abusos de quienes sí tienen esa capacidad y esa responsabilidad de forma cumplida, no debe repugnar que el debate se plantee en esos términos, que no dejan resquicio a la indiferencia, o lo que es lo mismo, vedan la frivolidad.

Los hechos están atestiguados y probados en una sentencia. El hombre, que se dedicaba a la docencia y en esa actividad tenía la confianza de los padres para instruir a sus hijos, se aprovechó de esa posición y condición de docente, que ostentaba entre otros respecto de adolescentes de trece años, para llevar a cabo acciones tales como golpearles en los genitales por encima del pantalón y tirarles de ellos, o deslizarles la mano por debajo de la ropa para arrancarles muestras de vello púbico.

Vamos a detenernos un momento. Conviene representarse la escena: un hombre hecho y derecho lanzándoles viajes a la entrepierna a chavales a los que prácticamente cuadruplica la edad. Actos estupefacientes que en el juicio trata de justificar con argumentos de supuesta camaradería viril entre profesor y alumnos, o de presunta utilidad disciplinaria. En pleno siglo XXI. Resulta que hemos desterrado el tirón de orejas y el capón para sustituirlos por el tirón testicular y el manotazo ahí mismo. La sentencia, menos mal, se detiene a razonar que la conducta del profesor es ciertamente inadecuada e injustificable, pero lo que se les somete a sus señorías no es una cuestión de etiqueta académica, sino de eventual responsabilidad penal.

Y aquí es donde comienzan las curvas; dialécticas, jurídicas y sicalípticas. A efectos de exculpar al docente del delito de abusos sexuales (y nadie dice que haya una pretensión torticera o prevaricadora de hacerlo, tan sólo se señala el *iter* razonador), los dos magistrados que forman la mayoría de la sala aducen que no puede probarse que en las conductas descritas hubiera un ánimo libidinoso, que sería el exigido, de acuerdo con la ley, para imponerle el reproche penal. La magistrada que junto a ellos compone la sala juzgadora discrepa de tal apreciación, por lo que formula un voto particular en el que se declara partidaria de considerar los tocamientos animados por una intención sexual y, por tanto, delictivos y merecedores de recibir una condena.

Vuelve al principio: piensa por un momento que esos chavales a los que el profesor disciplinaba o fomentaba la virilidad son tus hijos, y con ese pensamiento en mente, imagínate asistiendo al debate de sus señorías, que concluye despojando a la magistrada de la condición de ponente para que sea uno de los dos magistrados el que redacte la sentencia absolutoria. Las resoluciones judiciales han de acatarse, sin perjuicio del recurso que cabe contra ellas, y no dudas de que los magistrados crean estar resolviendo con arreglo a derecho. Pero también esa magistrada cree pronunciarse con arreglo a derecho en el voto particular que formula, y puestos a elegir, ¿qué padre se podría inclinar por secundar a quienes quitan relevancia penal a lo ocurrido? Por decirlo de una manera indirecta: ¿qué ánimo alternativo al libidinoso podría empujar a un tío con toda la barba a tocar por encima y por debajo de la ropa a niños de trece años?

Quizá sucede que a los que somos padres, y pensamos en la posibilidad de que los destinatarios de la acción pedagógica de este tipo fueran nuestros hijos, nos falla la imaginación. Quizá sea que quienes asumen la responsabilidad de absolverlo ven más allá de lo que ven nuestras obtusas mentes. Por si acaso, mejor que se sepa dónde va a dar clase en el futuro este buen señor.

Soy alemán

Lo que sabemos carece aún del poso suficiente para extraer todas las conclusiones. Es probable que aun con más poso, y lo que el tiempo confirme o desmienta, siga siendo difícil hacerlo, salvo para aquellos a los que con los cadáveres aún calientes no les tiembla el pulso para emitir su veredicto: días atrás, con lo de Niza, aquellos que se negaban a ver que arrollar a decenas de personas con un tráiler, la noche de la fiesta nacional, no podía bajo ningún concepto ser una improvisación; ahora, con los nueve muertos de Múnich, esos que se tiran a la piscina de cargárselos al yihadismo antes de comprobarse mínimamente la identidad del único atacante del que se tienen imágenes, y que en uno de esos vídeos, nótese el detalle, proclama a grito pelado su condición de alemán.

«Soy alemán», vocifera desde una azotea David Sonboly, el joven de dieciocho años que con trescientos cartuchos y una pistola de 9 milímetros siembra el pánico en un centro comercial de la capital bávara al que antes invita a acudir a través de un perfil falso de Facebook cuya fotografía no es la suya, sino la de una joven atractiva. Ante un restaurante de comida rápida ha disparado contra todo lo que le salía al paso, de lo que resultan esas nueve víctimas mortales y varios heridos, más de la mitad menores de edad. Luego se sube a la azotea, y es desde allí, mientras lo graba un teléfono móvil (siempre hay un teléfono móvil grabando, ahora), cuando lanza al aire esas palabras que son una declaración nada banal para el hijo de dos emigrantes iraníes, llegados años atrás a Alemania, donde David ha recibido una educación que le invita a considerarse un alemán como cualquier otro. Incluso se le llega a escapar un «turcos de mierda», con el que demuestra sentirse en posición de superioridad frente a la inmigración musulmana que mayor presencia mantiene en Alemania.

David, según parece, termina suicidándose con su propia pistola. Y es con el hallazgo del cadáver y la investigación policial subsiguiente cuando se empiezan a levantar las alfombras que ocultaban quién era, es decir, quién tuvo la fugaz oportunidad de ser durante su breve vida. Así ocurre, en nuestros días, con todos los que se ven envueltos en un hecho violento, como víctimas o autores. Y todos, al final, somos desprevenidos y dejamos más rastros de los que nos conviene. Salen a la luz sus problemas psiquiátricos, su tratamiento por depresión y, antes de eso, sus denuncias contra sus compañeros por acoso escolar. Aparece, también, su afición a los

videojuegos, especialmente los violentos, y su interés por otras dos grandes masacres, la de Utoya del noruego Anders Breivik y la cometida en Winnenden por un adolescente alemán, sobre las que había reunido material.

Es aún demasiado pronto, y podrían aparecer otros indicios que abonaran otras tesis, pero con esas piezas comienza a dibujarse una historia en la que adquieren un peso nada desdeñable algunas preguntas. ¿Cómo alguien así logró hacerse con un arma y con tan ingente cantidad de munición? ¿Era ese acoso escolar una invención de una mente calenturienta o fueron sus problemas psiquiátricos provocados o agravados por un acoso real? Y si llegó a existir acoso, ¿en qué se basaba, a qué argumentos recurría? Es sabido que la crueldad infantil se ceba en los diferentes, ¿pudo ser en el caso de David el pretexto su origen extranjero, su condición de refugiado y por tanto de alemán no lo bastante genuino?

En este punto, todo esto no son más que especulaciones, y el comportamiento del protagonista, propio de un trastornado, invita a no darles demasiada importancia: la locura tiene su ley y sus vericuetos particulares, que se bastan y sobran. Pero ese grito desde la azotea, ese «soy alemán» del hijo de iraníes criado en Baviera, estremece porque insinúa de un modo perturbador la enfermedad de nuestro mundo; donde ser de aquí o de allá marca la diferencia entre ser o no ser, entre contar o no contar.

Piénsalo

Está ahí, a tu disposición, por unos pocos euros. Euros que te sobran o harás que te sobren; si no, no la estarías mirando. Ella está ahí, detrás de una barra, al lado de una rotonda, en una silla de plástico buscando la sombra junto a un arcén. Está ahí y no encierra ninguna incertidumbre, no despierta en ti el más mínimo temor de ser rechazado. Los euros están en tu bolsillo: bastará sacarlos y todo lo que de ella esperas será tuyo. La acción que te planteas (apoderarte de la intimidad ajena para utilizarla en desahogo propio) la describió un filósofo del siglo pasado como una herida roja de vergüenza en el cuerpo de la sociedad; el dinero, según ese mismo filósofo, es lo que segrega esa herida para curarse, la cicatriz metálica que cierra la grieta ominosa abierta al tratar a una persona como mercancía.

Amén del mecanismo de cicatrización social, que el dinero cumple no sólo en éste, sino en tantos otros contextos, te armas de un rosario de excusas complementarias: si están ahí es al fin y al cabo porque quieren, siempre ha habido mujeres a las que les va la marcha, más penoso sería para ellas trabajar de cajeras en un supermercado y ganar en una semana lo que dándose bien se levantan en una jornada, o en menos. Tu necesidad del servicio, y tu posibilidad de adquirirlo, te invitarían a encontrar otras justificaciones si éstas no se hallaran disponibles.

Por eso te diriges tranquilo y con paso firme hacia ella; por eso y porque la experiencia te dice

además que para tratar con ella, para que funcione mejor ese teatro inconvincente según el cual ella está deseando irse contigo y tú le dejarás caer el dinero por magnanimidad, y no porque te haga falta soltarlo, es mejor darse un aire de solvencia, de costumbre, de rutina. Cuanto más casual y más desganada parece, menos incomoda la falsedad de todo.

Lo tienes todo resuelto, sí, y sin embargo quizá, si te paras a pensarlo, resulta que no tienes lo que necesitarías para poder cerrar el trato y consumir el intercambio sin reparos, a no ser que te las hayas arreglado para carecer de escrúpulos. Si lo piensas, tendrás que empezar a hacerte preguntas. Y no van a venirte con facilidad las respuestas. Por ejemplo, si ella es demasiado joven, o simplemente si tiene la cara aniñada, tendrás que preguntarte si realmente estás tratando con una persona adulta capaz de consentir la venta de su cuerpo, concediendo que esa capacidad esté tan extendida como necesitas y prefieres presumir. Tendrás que preguntártelo porque, según las estadísticas, un buen porcentaje de las mujeres que sufren trata y son objeto de explotación sexual, un porcentaje de dos dígitos, son menores de edad o, si quieres llamarlas por su nombre: niñas.

Por ejemplo, si ella es extranjera, y su acento o su color te dice que viene de Europa del Este, o de África, o de Latinoamérica, tendrás que recordar que muchas de esas mujeres que se dedican a la prostitución, posiblemente la mayoría, acuden a España engañadas por mafias que les retienen el pasaporte, les cobran cantidades exorbitantes por traerlas y en no pocos casos las amenazan con daños a sus familias en sus países de origen si no se avienen a pagar esa «deuda» que el traficante fija por sí y ante sí. Por no contar los casos, no uno ni dos, en que para rentabilizarlas mejor y tenerlas aún más sometidas recurren a vejaciones, palizas o violaciones más o menos sistemáticas.

Pero incluso si la ves crecida, si su acento nada forastero te sugiere ni su físico te evoca otro continente, la pregunta seguirá estando ahí: ¿en verdad ese ser humano, con tu misma naturaleza, tus mismos derechos y tu misma dignidad, está libre y conscientemente renunciando a una y a otros para convertirse en un objeto que tú vas a poder adquirir, usar y olvidar sin más requisito que aflojar unos billetes que lo convalidan todo?

Piénsalo. Es la sola esperanza que se ofrece a las esclavas.

La tumba de Humayun

Para quienes hayan estado en Delhi (India) y hayan tenido un buen asesor local o se hayan servido de una guía fiable, la tumba de Humayun es el hermoso edificio erigido en la segunda mitad del siglo XVI para acoger los restos del emperador mogol de ese nombre, y que dicen inspiró el famoso Taj Mahal. Si éste fue levantado por un monarca para su amada, el de Humayun tuvo el impulso de una viuda que quiso honrar así a su esposo. No es tan espectacular el edificio de Delhi como el de Agra, pero resulta bastante más elegante, por fuera y sobre todo por dentro. Si entrar

en el Taj Mahal produce una impresión más bien banal, hallarse en el interior del mausoleo de Humayun, uno de los espacios más estilizados y mejor iluminados que jamás haya construido el hombre, sobrecoge el espíritu. Y además se puede aún visitar en relativa soledad, sensación que en el Taj Mahal, mucho más atractivo para el turista, resulta inconcebible.

Para Khizr y Ghazala Khan, ciudadanos norteamericanos residentes en Charlottesville (Virginia), las palabras «la tumba de Humayun» remiten a algo muy diferente. No se encuentra en Delhi, ni siquiera en Pakistán, de donde ambos llegaron en su día como inmigrantes. Está allí mismo, en Virginia, y más en concreto en el cementerio militar de Arlington. Sobre la lápida, una media luna indica que allí yace un musulmán. El ocupante de la tumba es Humayun Khan, su hijo, capitán del Ejército de Estados Unidos, muerto en la base de Camp Warhorse, en la provincia de Diyala (Irak), el 8 de junio de 2004, cuando trataba de detener a dos suicidas que se aproximaban a la instalación militar en un taxi de color blanco y naranja. Dicen los testigos que el grito del capitán Khan, pidiendo a cuantos allí estaban que se arrojaran a tierra, fue providencial para salvarlos.

El precio que pagó el capitán fue su propia vida, segada por la explosión que, al verse descubiertos, provocaron los suicidas. Tenía Khan una novia en Alemania, donde había estado destinado, con la que discutía porque ella estaba en contra de la guerra de Irak y él, sin entrar a juzgar la bondad de la decisión de su gobierno, acataba el deber de acudir allí donde le enviaran para defender al que consideraba su país, hasta el extremo de arrostrar, si así lo demandaba servirle, el riesgo máximo. Contaba tan sólo veintisiete años cuando ese riesgo se concretó en él.

La tumba de Humayun (la de Arlington, no la de Delhi) es, también, el lugar al que han regresado Khizr y Ghazala Khan en estos días, para alejarse del revuelo organizado a su alrededor tras verse catapultados al primer plano de la campaña electoral estadounidense. La culpa la tuvo la intervención de Khizr en la convención demócrata, afeándole al candidato republicano, el histriónico Donald Trump, que se permitiera despreciar a los estadounidenses musulmanes y jactarse de patriotismo cuando él no había sacrificado nada ni a nadie por la patria. Que se permitiera ningunearlos a él o a su esposa, que habían perdido a un hijo al que su fe musulmana no le hizo titubear ni un instante antes de vestir el uniforme y acudir a donde podía acabar sucediéndole lo que le sucedió. La respuesta de Trump, en su línea de cordura y sutileza, fue criticar que Ghazala (sumida en una depresión profunda desde la muerte de su hijo) estuviera callada mientras su marido hablaba, como si ella no tuviera voz.

Luego Ghazala (diplomada en lengua y literatura persas en la Universidad de Punjab) aclara que prefiere que su silencio exprese su dolor, y sale a la luz el expediente militar que prueba que el joven Trump, activo deportista universitario, se libró de Vietnam por un problema en los pies. Pasada la tormenta mediática, los ancianos padres contemplan la lápida con el nombre de su hijo. La tumba de Humayun deja en evidencia a otro halcón más que, cuando le tocó demostrar su coraje, eligió ser gallina.

Un trágico publlirreportaje

Alepo (Siria), febrero de 2016. Un carro de combate ruso de última generación T-90 bate posiciones enemigas parapetado tras una construcción. Lo operan militares del ejército sirio al servicio del dictador Bashar al-Ássad, que se enfrentan a guerrilleros de la brigada Halcones de la Montaña, del autodenominado Ejército Libre Sirio, opuesto al régimen. Para remover la amenaza, los guerrilleros recurren a la joya de su arsenal: un misil anticarro norteamericano TOW, suministrado por Arabia Saudí o directamente por los servicios secretos estadounidenses. Un miliciano avezado en su manejo lo dispara, y el proyectil guiado busca su camino hasta impactar contra el blindado. Se produce una gran explosión, pero cuando el humo se disipa se advierte que el carro no arde, el misil no ha conseguido perforarlo y, por tanto, los daños son sólo superficiales. Uno de los tripulantes se escurre sin problemas por la escotilla de la torreta. Los guerrilleros lo venden en YouTube como un triunfo, pero quien sabe se da cuenta de lo que ha sucedido. Y quien gana es en realidad otro.

La guerra que ha devastado Siria y empuja a huir a una buena parte de su población, y que en este verano de 2016 ha dejado a Alepo sin hospitales, todos ellos reducidos a cenizas para doblegar su resistencia, es al mismo tiempo un excelente escaparate. Como tantas veces en la vida y en la Historia, sobre el campo de batalla se desarrollan dos historias paralelas: una, la aparente, la que se resume en el enfrentamiento de unos hombres contra otros, cuesta vidas y siembra destrucción, no es necesariamente la que manda; la otra, la oculta, la que es preciso ir más allá de las imágenes para desentrañar, tiene un potencial superior de determinar los acontecimientos, porque es en ella en la que están los actores de más peso del drama.

Para entenderla, es necesario recurrir a lo que no se ve en pantalla, a esa información escondida que tantas veces proporciona las claves de los hechos y las conductas. El primer dato es de índole tecnológica: el carro T-90 viene equipado con un nuevo sistema de defensa activa contra misiles anticarro, denominado Arena, capaz de detectar por radar proyectiles en aproximación y neutralizarlos impidiendo que penetren en el blindaje. Las imágenes del ataque, oportunamente grabadas en vídeo, son una demostración en el campo de batalla de su efectividad.

El segundo dato son unas frías cifras. No son exactas, se trata de cuestiones de las que sólo se puede hablar por aproximación, pero provienen de expertos en la materia con la mejor información disponible. Según los cálculos, Rusia ha podido gastar unos 500 millones de dólares en su despliegue militar en Siria desde septiembre de 2015. Desde esa fecha, los contratos de venta de armas cerrados por Moscú ascienden a siete mil millones de dólares. En Siria no sólo se han demostrado las capacidades del T-90, sino también de los cazas Su-35, los helicópteros de combate Mi-28 o los sistemas de defensa antiaérea S-400. Todos ellos han despertado el interés de los compradores, desde Argelia hasta Pakistán, pasando por el que hoy por hoy es el más

suculento mercado de armas del mundo, Oriente Próximo: dieciocho mil millones previstos para 2016, de un total mundial de setenta mil.

En Alepo (Siria) unos hombres se matan de manera inmisericorde desde hace meses, provistos de juguetería bélica de última generación. Han destruido su ciudad, hundido su país, acabado con la vida de mujeres, ancianos y niños. Seguramente creen hacerlo por razones superiores, que derivan de su fe, sus ideas o el odio que se tienen desde más allá de donde llega la memoria. Creen obtener victorias, sufrir reveses, escribir páginas gloriosas en combate.

Al final, sin darse cuenta, no son otra cosa que los actores de un trágico publlirreportaje. Servidores de los intereses de aquellos que siempre ganan, con el dolor de otros.

Un país de maqueta

Una maqueta es una sugestión de la realidad. Lo es en el sentido de que sugiere, a escala reducida, una realidad posible o hipotética de tamaño natural. Lo puede ser, por otra parte, en la medida en que llega a suplantar lo que la realidad es, ofrece y exige.

En un vestuario de Castellón aparece una maqueta olvidada y abandonada. Propone un edificio fastuoso, impactante, por qué no decirlo: presuntuoso. Es la marca de la casa del arquitecto que lo concibe, que se hace presente además en el muy poco práctico color blanco y las formas caprichosas que requerirán costosos materiales y un oneroso e impredecible mantenimiento. También ésa es la marca de la casa, con un historial en el que abundan los antecedentes de proyectos que generan problemas imprevistos, tanto funcionales como de seguridad y estabilidad de los elementos incorporados al siempre osado conjunto.

Había de ser un palacio de algo. Había de ser emblemático, memorable, icónico. A nada que uno se descuidara, la imagen que representaría a la ciudad ante el mundo, aplastando a esos efectos cualquier otro signo distintivo, toda su historia anterior. Pero no fue nada. Quedó en esa maqueta arrumbada en una dependencia subalterna, en ese trasto ahora inútil y cómicamente arrogante en su insignificancia y su esterilidad. Podría pensarse que nos hallamos ante el monumento a un esfuerzo carente de todo sentido. Quien así piense, se equivoca. Por el proyecto que jamás llegó a ejecutarse, el arquitecto facturó 2,7 millones de euros. El equivalente a 450 millones de las antiguas pesetas. El precio de una mansión de lujo, de 54 coches de lujo y mejor no seguimos calculando equivalencias, para no sumir al lector en la depresión a cuenta del rédito que dio esa maqueta, y que es quebranto para él en su condición de contribuyente.

Esta maqueta de 2,7 millones de euros no es, ni mucho menos, un caso único. Días antes de su aparición, alguien logra seguirles el rastro a otras que consumieron más de quince millones de euros para proyectos faraónicos nunca llevados a efecto. En total, casi dieciocho millones de euros, es decir, casi tres mil millones de las antiguas pesetas (omitiremos esta vez calcular otras

equivalencias hirientes) dilapidados en miniaturas de madera y cartón que prometían una realidad ilusoria para quien las costeó, pero reportaron real beneficio a quienes las auspiciaron, urdieron y ejecutaron. Símbolos dolorosos de un país donde los verdaderos constructores de futuro fueron reemplazados por maquetistas que se gastaban, bien retribuidos, los recursos del caudal común en hacer modelos reducidos del porvenir.

Quizá la historia secreta de los países, amén de una pista acerca de su verdadero carácter, se encuentre justamente ahí, en las maquetas de lo que jamás llegó a ser. En las ensoñaciones (o alucinaciones) elevadas a la condición de miniatura a escala para dejar constancia de que hubo alguna vez alguien que llegó a coquetear con el disparate hasta el extremo de poner dinero para sostener el discurso de que un día habría de ser realidad. Alguien debió de inaugurar esa maqueta que ahora acumula polvo en el vestuario, o en cualquier otro escondrijo que encubra el oprobio de haber anunciado lo que nunca llegó. Seguro que hubo fotografías, alocuciones pomposas, bebidas y canapés. Todo es ahora una fantasmagoría lejana, cuyos actores cayeron pasto del olvido que inexorable ha de devorarnos a todos.

Recordarlo hoy produce una inevitable melancolía. Tal vez, para ahorrarnos el trago, alguien debería haber hecho desaparecer las pruebas, provocar un incendio en ese vestuario, o arrojar sin más la maqueta a un contenedor. Ojos que no ven, memoria que se eclipsa. Nadie podría escribir este relato, nos ahorraríamos la vergüenza.

Hay, sin embargo, algo peor. Los proyectos que, llevados a cabo, atestiguan, a escala 1:1, lo necios que llegamos a ser.

Defina corrupción

José, Pepe para los amigos, asiste con cierto estupor a la polémica de la semana. Resulta que anda negociándose un pacto de gobierno (para un gobierno que no va a salir, porque no tiene los votos que hacen falta, pero ésas son las peculiaridades de la política española) y que uno de los escollos de la negociación es la definición del concepto de corrupción política. La cosa tiene su importancia, porque uno de los ejes del pacto es la regeneración de la vida pública, lo que implica mano dura con los corruptos, pero he aquí que no hay consenso sobre quiénes lo son.

En el fragor de la negociación empiezan a surgir aquí y allá excepciones, casos que aunque popularmente pudieran considerarse como de corrupción se situarían en un escalón inferior de gravedad a efectos de la exigencia de responsabilidades. Por ejemplo, con vistas a apartar a un político de un partido, exigirle la dimisión del cargo que ocupa o impedirle figurar en las listas electorales. Así, alguien razona que no siempre la prevaricación es corrupción, como tampoco lo sería la malversación o el delito fiscal. Surge de esta forma un interesante concepto de delitos de administración desleal de los bienes y de los poderes públicos: aquellos que no vendrían dictados

por un ánimo corrupto sino por otro indefinido; tal vez afán de impresionar, tal vez atracción por el abismo, tal vez ganas de salirse de la monotonía.

En lo más vivo de la discusión, acorralado por un periodista en una emisión de radio en directo, uno de los implicados en el pacto dice que corrupción es meter la mano en la caja de todos para llevárselo crudo al propio bolsillo. Momento en el que Pepe no puede reprimir un pensamiento irónico: «Y ya puestos, que haya una cámara filmando cómo se abre la caja en cuestión y la mano metiendo en el maletín los billetes de quinientos».

La ironía de Pepe, por lo demás más amarga que festiva, tiene que ver con lo que hace para ganarse la vida y el derecho a seguir portando la placa que lleva y a enfundarse, muy de vez en cuando, el uniforme que distingue a los de su profesión.

Justamente se dedica, encuadrado en una unidad de policía judicial, a perseguir corruptos, y está por ello familiarizado no sólo con la variada casuística de los crímenes contra el patrimonio de todos y contra la confianza que la ciudadanía pone en sus representantes, sino también con la manera y la medida en que esos comportamientos delictivos han resultado devastadores para tal o cual municipio, tal o cual comunidad autónoma o, en definitiva, el conjunto del país. Conoce, y de qué modo, los muchos casos en que nadie extrajo dinero de ninguna caja ni metió un euro en su cuenta: simplemente desvió auténticas fortunas sacadas de las costillas del contribuyente y las destinó a finalidades que sólo una retorcida voluntad y un beneficio espurio, directo o indirecto, pueden llegar a explicar.

Lo que no conoce es una sola prevaricación, una sola malversación ni un solo delito fiscal de un político en ejercicio que se sustraigan a la sospecha, si no la prueba cumplida, de ser consecuencia de maniobras de aprovechamiento ilegítimo del poder que al prevaricador, malversador o defraudador en cuestión le depositaron en las manos los ciudadanos que lo apoyaron con sus votos.

El concepto restrictivo de corrupción le recuerda a Pepe una vida anterior, en la que le tocaba lidiar con otra clase de delincuentes, y otro concepto restrictivo, el de terrorismo, que alguno quiso circunscribir al que empuñaba la pistola o ponía la bomba. Pepe sabe, lo vivió, que fue persiguiendo con la ley en la mano a todos los que hacían terrorismo con otras artes más sutiles como pudo dejarse a aquellos terroristas sin aire y cerrarles la tienda.

Esto es otra cosa, pero en cierto modo es igual. O se tapa todo resquicio, o se seguirán colando hasta la cocina. Pepe, mucho se teme, tendrá que detener a más alcaldes recién reelegidos.

Diario de sesiones

Todo lo que se dice queda registrado. Incluso lo que no se dice: los carraspeos, los abucheos, las voces simultáneas que acaban formando un rumor ininteligible. Ésa es la función del diario de

sesiones, recoger para el futuro lo que resuena en la sala que hemos convenido en aceptar que acoge la expresión de la soberanía popular, aunque en los últimos tiempos ésta no acierte a traducirse en la voluntad de formar un gobierno.

No es el diario de sesiones el único testigo de cuanto acontece (o no acontece) en ese hemicycleo. Hay cámaras que graban, ujieres que llevan y traen vasos de agua a los oradores. Una muda y eficiente organización que siempre está ahí, asiste a cuanto sucede y guarda una memoria variada y diversa de los aciertos y desatinos de sus señorías. Sin embargo, el diario de sesiones es el único destinado a convertirse en un texto, en palabras escritas en negro sobre blanco (o cualquier otra combinación estipulada en años venideros por la costumbre) que alguien podrá un día encontrar y descifrar en el silencio de su mente, y que arrojará, desnuda de toda escenografía y gesticulación, la esencia de lo que se dijo y lo que se dejó de decir, el pensamiento que hubo (o no hubo) detrás de las actuaciones de cada cual.

Alguien podrá recuperar, cuando sean polvo quienes las pronunciaron, las palabras que sirvieron para justificar, razonar y narrar a la ciudadanía la parálisis de estos momentos que son a la vez ásperos e irresolutos, pretenciosos y escasos, cruciales y abúlicos. Alguien intentará entender cómo pudo ser que millones de personas estuvieran durante semanas y semanas sin rumbo, sin objetivos, sin ambición, sin que nadie fuera capaz de poner en pie un edificio, esto es, un gobierno, desde donde afrontar lo que incumbía a todos, dificultaba la vida de muchos y angustiaba a no pocos.

Examinará el diario y encontrará las razones que aquí se cruzaron e ignoraron, se sostuvieron y rebatieron. Leerá cómo el candidato que venía a solicitar la confianza de la cámara dedicó el grueso de su intervención a recriminar, leyendo de un papel, a quien nada venía a pedir, en lugar de alegar los motivos que conferirían solidez a su candidatura. Cómo el así interpelado se sacó de encima el reproche sin papeles, y sin enunciar más que crípticamente su disposición a encontrar una alternativa al proyecto que esa tarde fracasaba. Cómo el tercero en discordia, tras levantar acta de una evidencia, que su presencia en la tribuna certificaba la imposibilidad de seguir como hasta entonces, sólo puso encima de la mesa un puzzle de piezas que no encajaban y que soslayaba un trozo demasiado grande del dibujo. Y cómo el cuarto, artífice a regañadientes de un pacto a punto de caducar, dejaba claro que lo había concertado sin fe ni esperanza.

Ese lector del futuro, si tiene paciencia, encontrará otras razones, más minoritarias que las anteriores, pero que no debe desdeñar. Las más significativas: un alegato hecho de preguntas retóricas e insultantes (insultantes por el tono, pero también por lo ominoso de los hechos ciertos utilizados para construirlo) y una descripción de la oferta del candidato como un sapo que nadie quiere tragar. Y para cerrar el debate, el representante del partido del candidato, que ante el bloqueo y el atasco, en un alarde pendenciero, se ocupó de dinamitar todo consenso.

Al final, el diario también lo recoge, hubo una votación y unos aplausos, y la constatación de que nada había salido, una vez más, de la cámara gripada y embarrada. El futuro lector del diario de sesiones se hará preguntas, y a todas ellas, con la distancia del tiempo transcurrido y el

desapasionamiento de quien no milita en ningún bando ni siente nada personal hacia esos oradores casi olvidados, tan sólo obtendrá una respuesta: el país se había encomendado, en definitiva, a quienes no tenían la determinación, la inteligencia o el decoro de ofrecerle una solución factible.

La cara coherencia

Advierte Montaigne, con su sabiduría pertinaz, que nadie está libre de proferir estupideces, pero siempre puede ahorrarse el mal de hacerlo pomposamente. De la misma forma, nadie está libre de cometer errores, incluso errores graves; lo que no resulta inexorable, sino opcional, es reaccionar ante el error consumado de una manera incoherente, como tantos a menudo escogen.

Nuestra mujer, que ostenta la vicepresidencia de una comunidad autónoma y por ello es autora de numerosas declaraciones públicas rastreables en las hemerotecas, no parece, tras una somera prospección en ese implacable yacimiento delator, alguien proclive a decir tonterías. No es mérito menor, tratándose de una persona dedicada a la política que hace campañas y precampañas y que ha de vender la acción de un gobierno día a día. No son pocos los que, puestos en esa tesitura, han dado en alumbrar majaderías descomunales, impropias de una inteligencia mediana y hasta de la que asiste a cada cual.

Sin embargo, he aquí que nuestra mujer ha cometido un error. Un error verdaderamente serio y contraproducente para su carrera, su integridad física y la de personas inocentes que pasaban por allí. La señal de alarma la da el camionero al que, durante un adelantamiento algo más que mal medido en la autovía, golpea con el lateral de su vehículo, obligándole a hacer una maniobra evasiva que, para una mole de tantas toneladas, y a la velocidad a la que va, supone un riesgo cierto de pérdida de control y le expone que se vayan al traste la carga, el camión y su vida. Repuesto del sobresalto comprensible tras un episodio tal, y considerando como buen ciudadano que una conductora como aquélla puede seguir poniendo en peligro otras vidas, el camionero se echa a la espalda la obligación de denunciarla a la Guardia Civil, que monta un control un poco más adelante y la intercepta sin que nadie más resulte perjudicado por ella.

Compelida a soplar el alcoholímetro, aflora ante los agentes de la autoridad (algo que ella misma es, pero que en ese trance dista tanto de representar) la índole de su equivocación. Una tasa de alcohol en sangre que triplica la legalmente permitida, y se sitúa, de hecho, más allá de los límites contemplados en el Código Penal para imputar a quien la presenta al volante un delito contra la seguridad vial. No estamos hablando, con todo, de una impregnación ética desafortunada; cierto es que la ley penal española es exigente, y que no es necesario estar borracho como una cuba, basta con descontrolar un poco la ingesta que forma parte del uso social, para situarse en la conducta delictiva. Pero el límite, alto o bajo, es el que es, y ella, alguien cuyo cargo le otorga

facultades para exigir e imponer a otros el cumplimiento de las leyes, lo que presupone su sometimiento pleno a ellas.

Es nuestra mujer una política emergente, alguien que de hecho se ha distinguido por su valor y por romper la sumisión (a veces perruna) con que en sus propias filas se convalidan los desaciertos y hasta las conductas impropias de sus líderes. Es alguien, en fin, que tiene un futuro que perder, en un momento en que su formación se enfrenta al plato amargo de una mayoría parlamentaria evaporada y la búsqueda de un gobierno imposible. Tiene ambiciones y expectativas legítimas, como cualquier persona que se ha dedicado con ahínco a la cosa pública.

Y, sin embargo, no lo duda: cometido el error, no va ahora a perpetrar la incoherencia de minimizarlo. Convoca a los medios y anuncia su dimisión irrevocable. Hay quien le afea que dé una explicación poco plausible para su tasa alcohólica (dos cañas y un ansiolítico), pero al bajar del pedestal ya no es más que una imputada que tiene derecho a no declarar contra sí misma. Lo que cuenta, por encima de todo, es que hace como dijo y les exigió a otros. La gran paradoja, que celebrarán su caída quienes tienen menos fuste que ella.

Polvos de quince euros

Quizá el periodismo sea eso y poco más. Quizá, ampliando un poco el foco, el oficio de contar historias sea eso y el resto, elementos accesorios. Dar con un lugar, un personaje, un momento, unas palabras (a veces un gesto, ilustrándolas o no). Todo pequeño, todo concreto, impremeditado, concluyente. Todo plegado sobre sí mismo, sin intentar ir más allá. Porque una buena historia se cierra sobre su propio ser e invita al lector a trascenderla. Cómo se trascienda (se interprete), ya es, el buen contador de historias y el buen periodista así lo acatan, cuestión de cada cual.

No cabe duda de que la reportera esta vez lo ha encontrado. Lo muestra al principio de su crónica, que más adelante podría considerarse más cuestionable; por ejemplo, cuando a lo largo del texto hace afirmaciones de carácter general que incorpora al titular, a fin de aventurar conclusiones sobre un colectivo, ejercicio siempre un tanto peliagudo. Sin embargo, el arranque es tan inapelable como desasosegante. Consiste en el diálogo con dos jóvenes universitarios que reconocen su afición a acercarse a la colonia Marconi de Madrid para contratar los servicios de alguna prostituta, cuando no tienen nada mejor que hacer. Ahí es donde en un momento dado salta la chispa y aparece la perla:

—Hemos echado polvos de película por sólo quince euros.

Toda perla necesita un bivalvo donde criarse y adquirir todo su brillo, y el chaval que acaba de pronunciar la frase no tarda en mostrárselo a la periodista, cuando le dice que le parecen mal las redes que trafican con personas para su explotación sexual, que él está contra eso y a favor, en cambio, de procurarse los servicios de quienes se ofrecen libre y voluntariamente.

No hace falta más, pero tal vez, para ponderar el alcance de este pequeño fragmento de realidad que la reportera acaba de aislar, no esté de más anotar que en la colonia Marconi, entre otras, se prostituyen mujeres procedentes de África y Europa del Este, dos orígenes geográficos que para el ciudadano informado, y nos hallamos ante universitarios, equivalen a una muy alta probabilidad de explotación mafiosa. Decenas de redes desmanteladas, y las campañas de concienciación promovidas por varias instituciones y los cuerpos policiales que luchan contra este tráfico ilícito y degradante, así lo advierten a cualquiera que preste atención a lo que pasa a su alrededor.

Concedamos, siendo indulgentes, que nuestro universitario no ha leído ninguna de esas noticias, ni se ha tropezado con ninguna de esas campañas de concienciación. Pese a ello, sigue provisto de una cabeza que contiene un cerebro con millones de neuronas, sobre el que presuntamente se ha efectuado durante años una labor de adiestramiento y formación, que es la que le ha permitido acceder a la enseñanza superior. Y lo que asombra, sacude e invita a una reflexión sombría es que ese cerebro llegue con tal donaire a la certeza de que las mujeres que se le ofrecen por quince euros lo hacen en uso de su libre albedrío.

Quizá sea demasiado invitarle a hacerse la clásica pregunta filosófica sobre el concepto de libertad; quizá sea más efectivo proponerle que se suba a los tacones de esa mujer a la que compra y se pregunte sobre cuál sería su propia disposición a ofrecerse en la calle para servirle como objeto de disfrute a un desconocido por lo que cuestan dos o tres cubatas. Sobre cómo y por qué podría él mismo consentir someterse y someter su cuerpo a las consecuencias de esa transacción todas las veces que alguien se la plantease, día tras día.

La publicación del reportaje desata la polémica habitual en estos casos: críticos con sus generalizaciones, partidarios de la criminalización del cliente, de la completa legalización, etcétera. Muchos lectores muestran su alarma por la inmoralidad de las nuevas generaciones, si ese chaval las representa. Quizá debiera alarmar más la aparatosa ineptitud de su razonamiento.

Mi infancia en la calle Millán Astray

A veces, siempre excepcionalmente, el contador de historias no sólo puede, sino que se ve obligado a incurrir en el vicio de la autobiografía. Es imposible asistir a la polémica acerca de la retirada de la placa de la calle dedicada durante muchos años en Madrid al general Millán Astray y no recordar que por esa calle abajo, por esa calle arriba (para quien no lo sepa, en uno de sus tramos tiene una notoria pendiente), pasaste casi a diario durante nueve años, camino del colegio donde no te enseñaron tus primeras letras pero sí lo primero de casi todo lo demás.

No vivías en ella, sino en una perpendicular, la dedicada a otro general hoy en trance de perder su placa, apellidado Saliquet, pero más de un compañero de estudios tenía su domicilio en alguno

de sus portales, en los que entraste a menudo. Dicen, ya sabes, que la patria es la infancia y que uno es de donde hizo el bachillerato, y en ambos periodos la placa de Millán Astray era parte de tu paisaje cotidiano, como las farolas o los bancos donde a partir de cierta edad remoloneaste con los amigos.

Al principio, cuando sólo eras un niño, el nombre de esa larga calle que cada día te veía pasar no era más que un par de palabras, algo rimbombantes, por ese «general» que las precedía, y redondeadas por esa «y» final que les otorgaba cierta extrañeza. No tenías ni la más remota idea de quién podía haber sido aquel militar, ni recuerdas ahora cuándo fue la primera vez que le preguntaste a tu padre, militar también, y él, con cara de circunstancias, porque era un militar muy poco afín a lo que ese general representaba, te dio alguna vaga referencia que te hizo pensar que no se trataba necesariamente de un personaje admirable.

Luego empezaste a leer libros, algunos de historia, donde aparecían aquel hombre y sus hazañas. Supiste de sus varias mutilaciones, de su idea de fundar el Tercio de Extranjeros, de su papel (no principal, pero tampoco irrelevante) en la sublevación militar de 1936, del famoso y triste incidente con el rector Unamuno en la Universidad de Salamanca. Andando el tiempo, hasta te echaste a los ojos alguna que otra biografía, donde supiste de las peculiaridades de su carácter y su trayectoria, lo que te dio una imagen algo más compleja, y con más matices, del hombre en cuestión. De todos los detalles de su vida, en la que más de una vez se condujo de forma estrambótica e histriónica, te llamó la atención que insistiera en conocer uno a uno a todos los desheredados que se alistaban a la fuerza de choque que fundó. O que cuando su segundo jefe, un comandante de apellido Franco, se excedía en la crueldad de sus castigos a los legionarios díscolos, lo llamara al orden y le recordara que aquellos hombres que se ofrecían para una muerte casi segura no dejaban, por ello, de merecer alguna consideración humana.

Desde ahí, llevando irremediablemente dentro a aquel niño y a aquel lector, sopesas los argumentos y diatribas de unos y otros acerca de la justicia o injusticia de privarle de esa calle que nunca se llamó de otro modo. Y viene a pasarte lo que tantas otras veces. No puedes negarle todo mérito, como hacen unos, aunque sólo fuera porque su invento, la Legión, junto a no pocas páginas oscuras (y de alguna te ocupaste en detalle), sirvió para salvar vidas de reclutas hasta entonces condenados a perecer masacrados por los rifeños y ha prestado y presta servicios valiosos bajo una Constitución que supedita a la ley y a la voluntad democrática la acción de las fuerzas armadas.

Tampoco puedes, sin embargo, condonar el paso que en su día dio, y que fue el que a fin de cuentas le hizo acreedor a esa calle, no en vano adyacente a la de otros generales golpistas. Recuerdas a todos los militares que cumplieron con su deber de obedecer al gobierno legítimo y nunca tuvieron, ni aún hoy tienen, una calle. Y aunque no esperas que nadie, en tu país sectario y olvidadizo, vaya a acordarse de ellos y del sacrificio que hicieron (su carrera y muchos su propia vida), asumes que esa calle de tu infancia, como desagravio a ellos, debe dejar de llevar el nombre de quien en cambio volvió las armas contra el pueblo que se las había dado. En la vida

hay decisiones que nos marcan y, en una de éstas, Millán Astray fue por donde no era, por donde no podía esperar homenaje salvo en tanto que los suyos siguieran sojuzgando a quienes no pensaban como ellos.

Lo que, quieres creer, ya no es ni puede ser el caso.

No lo bastante Nadie

Todas las historias tienen un ángulo desde el que resultan más interesantes. La de la descomposición, putrefacción e implosión final del PSOE invita a contemplarla desde dos ángulos bien opuestos: el de quienes el 1 de octubre de 2016 vieron salir con enorme alivio por la rampa del garaje de Ferraz a ese obtuso secretario general que no quiso entender para qué le habían dado la chapa de falso *sheriff*; y el de quienes vieron en ese coche escaparse muchas posibilidades de seguir contemplando que el puño y la rosa sean el logotipo impreso en su papeleta electoral.

Los primeros, no es necesario ponerles nombre y apellidos porque ellos mismos se encargaron de delatarse y pasarse lista en los días previos y en la jornada de autos, han asistido con enfado creciente a los pronunciamientos de un líder que llegó a creerse que lo era, y que quiso jugar sus cartas como si la mesa estuviera limpia y la pizarra vacía. Hay quien dice que sólo fue un soberbio y un insensato, pero esa otra era la sensación que daba o quiso dar y acabó dando a muchos, posiblemente los que impidieron que el 20-D y el 26-J se consumara la anunciada humillación del partido de Pablo Iglesias, el sindicalista, a manos del partido de Pablo Iglesias, el fan de *Juego de tronos*.

A estos que finalmente lo han derribado en medio de la riña tumultuaria más denigrante que recuerda la historia reciente del socialismo español, no se sabe muy bien qué les mueve, entre otras cosas porque no han enunciado un programa, aunque junto a argumentos legítimos y puede que hasta generosos (hay que sacrificarse por el país, etcétera) se adivinan motivaciones más oscuras, que algo tienen que ver con las razones por las que un partido que llegó a sumar 202 diputados se ve hoy con 85; razones de cuyo desarrollo y hondura sólo un mono loco responsabilizaría a un secretario general que ha cabalgado el tigre, y de aquella manera, durante dos años escasos; razones que hace esos dos años les llevaron a poner al timón a alguien a quien se consideraba Nadie, y que ha resultado no ser lo bastante Nadie para sus necesidades.

La solución a ese error de cálculo ha sido colocar un paquete de C-4 de alta potencia en cada esquina del partido, volarlo de forma descontrolada ante el alborozo silente de sus enemigos (uno se pregunta si en los colmados de las inmediaciones de la calle Génova queda una sola botella de cava) y reemplazar al Nadie que salió rana por un puñado de Nadies de los que se espera, esta vez sí, que sepan tener la nula iniciativa que se les supone y la obediencia a los poderes

emboscados que justifica su inclusión en esa lista manuscrita que acaso la Historia, que tiene esas cosas, recuerde como un certificado de defunción.

Y éste es el instante de situarse en ese otro ángulo: el de quien, con todo lo llovido, con esas imágenes nauseabundas de los beneficiarios del saqueo de los ERE riéndose de la justicia mientras los conducían esposados, o el cuadro del exministro socialista citándose en gasolineras con empresarios que acababan levantando después de la intercesión ministerial lucrativos mamotretos (contra el fundado parecer de los técnicos municipales competentes) y con todo lo demás que podría enumerarse, se decidió a votar al PSOE porque a su frente había un tipo que, con todos sus defectos, no tenía nada de eso en su currículum, no estaba dispuesto a contemporizar con quien lo tuviera (y lo demostraba) y le prometía no apoyar nunca a quien llevaba en su deber haber encabezado, durante años, un partido que financiaba sus campañas (lo supiera él o no) con mordidas y dinero B.

Este votante podrá reprocharle a ese hombre que abandona cabizbajo y derrotado la sede de Ferraz no pocas torpezas, una mala gestión de alianzas y del debate interno, y todas las meteduras de pata que desde que se levanta el sol hasta que se pone, y aun después, e incluso antes, protagoniza un bípedo implume medio. Lo que no podrá reprocharle es haberse apartado de una palabra dada que ha mantenido hasta su linchamiento a manos de aquellos que ahora recogen los despojos del partido.

Este votante es el que va a decidir, ahora, la suerte de lo que queda del PSOE. Sobre si hay muchos como él, o pocos, y cuándo y cómo aflorarán, se admiten cábalas y pronósticos.

Fiesta nacional

Nueve de octubre. Faltan tres días para la fiesta nacional de una nación en la que en los últimos años ha dejado de creer un número alarmante de aquellos a quienes reclama como hijos. Unos, porque se sienten hijos de otras naciones, que la excluyen. Otros, porque cada día que pasa, con el espectáculo que les ofrece, se sienten poco o nada inclinados a considerarse parte de una nación representada por quienes la engañan, la desvalijan y malbaratan a cada paso lo que algún día pudo haber sido.

Nueve de octubre, y tú que aún no quieres desertar, que sin entusiasmo febril por banderas, himnos y demás signos visibles, querías sin embargo poder seguir creyendo que hay algo útil y valioso en una idea de comunidad asentada en una historia y unos valores no siempre ejemplares, pero no más despreciables que los de otros, y una lengua que es una de las más grandes de las que el hombre ha creado, porque en ella se escribieron el Quijote y los poemas de Garcilaso o Lorca o Gil de Biedma, tú que no puedes experimentar el arrebató de quienes se lanzan a destruir lo

construido por tantos, buscas un ejemplo, un pie, un referente al que recurrir para postular y sostener una nación en la que quepan más y quepan mejor que en esta de ahora.

Y he aquí que lo encuentras donde menos parecía posible hallarlo, en las memorias de un hombre que entre otras cosas narra dónde estaba el nueve de octubre de hace ochenta y dos años: prisionero en el castillo de Montjuïc, pendiente del consejo de guerra sumarísimo en el que esperaba ser condenado a muerte, por haber defendido con las armas, a las órdenes del *president* Companys, y frente a las tropas enviadas por el gobierno central, la proclamación del estado catalán el 6 de octubre de 1934. Un hombre que se llamaba Frederic Escofet i Alsina.

Era Escofet segundo jefe del cuerpo de Mossos d'Esquadra, y en tal condición había asumido primero la defensa del Palau de la Generalitat y luego, por encargo directo de Companys, la Comisaría General de Orden Público, cuyo titular flaqueó ante la acometida de los militares dirigidos por el general Batet. Allí aguantó a pie firme frente a un ejército que emplazó cañones, momento en que el *conseller* del ramo, el *senyor* Dencàs, dio en huir por las alcantarillas hasta la Barceloneta para después ponerse a salvo en Francia. Escofet no: se quedó al frente de sus hombres para asumir toda la responsabilidad de la resistencia cuando se hizo evidente que ya no podía prolongarse más. No en vano era capitán de caballería y veterano de la guerra de Marruecos, donde lo hirieron tres veces al frente de sus tropas.

El consejo de guerra que Escofet aguardaba ese 9 de octubre de 1934 junto a sus compañeros, los restantes oficiales de los Mossos y del cuerpo de Seguridad que habían obedecido las órdenes de la autoridad a la que estaban legalmente sometidos, se celebró finalmente el día de la actual fiesta nacional, el 12 de octubre de 1934. Pronto quedó meridianamente claro que no aguardaba a aquellos oficiales otra suerte que la pena capital. En su turno de última palabra, esto fue lo que dijo Frederic Escofet:

—No he querido rehuir la responsabilidad contraída y por esto comparezco aquí como culpable; sé que seré juzgado severamente y sólo pido de vuestra benevolencia que al quitarme el uniforme y con él las ilusiones, dispongáis, al tiempo, de mi propia vida. Sólo así seréis justos con quien, como yo, he creído sacrificarme siempre por mis tres grandes amores: nuestra España republicana, mi querida Cataluña y mi propia dignidad.

Insiste una y otra vez Escofet en sus memorias en que él jamás quiso ni creyó enfrentarse a España, sino a quienes querían acabar, desde el gobierno, con la república que los españoles, entre ellos los catalanes, se habían dado. La pena de muerte le fue al final conmutada por intercesión del presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora. Tras otras muchas vivencias azarosas que no son del caso y que lo llevaron a un largo exilio en Bélgica, acabó al final de su vida regresando a su Cataluña y a Cadaqués, de donde era su familia, tras la muerte de Franco y la reinstauración de la democracia en España. Atravesando ocho décadas, sus palabras resuenan y golpean y suscitan una pregunta que alguien debería intentar responder: ¿qué ha sucedido que invalide el discurso de este catalán que llevó su amor a Cataluña hasta el extremo de exponer y casi perder su vida para defenderla (extremo al que habría que ver cuántos llegarían, y cuántos,

como Dencàs, cambiarían gustosos por la huida a través de una alcantarilla) y que no por ello dejó jamás de sentirse español? No puede ser la historia anterior, que tantas veces se invoca: Escofet la tenía bien presente y no le impedía su sentimiento. ¿Son causa suficiente una financiación mejorable, una sentencia del Constitucional, un par de gobiernos torpes?

Relees la frase final de Escofet y te detienes en cada uno de esos tres amores, sobre todo en el último. Quizá en ellos, o mejor dicho en su pérdida, y en su trueque por intereses y tinglados de cariz tan opuesto, radica una buena parte del problema.

Gracias por el aporte

Podrías haberte buscado otro trabajo. Ya puestos, podrías haberte buscado un trabajo de verdad, uno en el que produjeras realmente algo que ofrecer a los demás, y haber encontrado la manera de convencer a alguien de demandártelo. No te habría sido fácil, tal y como están las cosas, en realidad nunca lo es, pero así y todo hay millones de personas intentándolo, y en muchas ocasiones lográndolo, cada mañana y hasta que llega cada noche.

Sin embargo, padeciste la desgracia de nacer en un lugar que te ofrecía y hasta te invitaba a aprovechar una oportunidad diferente, y la desgracia suplementaria de no aprender a sustraerte a esa invitación. Naciste en un país en el que cada mañana te desayunas con el testimonio de un golfo que prosperó medrando a costa de los demás, traicionando la confianza depositada en él y sirviéndose de los enormes agujeros del sistema: ya sea impagando los impuestos que una Agencia Tributaria que apenas revisa minucias burocráticas y se ve obligada a aplicar sucesivas amnistías fiscales es incapaz de exigirle; ya malversando los fondos públicos o cobrando mordidas que unos ineficaces organismos de control del gasto tardarán demasiados años en detectar, si es que lo hacen, para que un juez, tras un procedimiento penal penoso y repleto de obstáculos en pro del delincuente, no pueda sino declarar la prescripción del delito.

Un país en el que la propiedad y los privilegios de unos están hiperprotegidos, merced a toda clase de barreras y provisiones legales exorbitantes, pero donde los derechos de otros están por entero a la intemperie, expuestos a cualquiera que desee o al que le interese ignorarlos, avasallarlos y convertirlos en papel mojado. Por ejemplo, los derechos de aquellos que son tan imbéciles como para dedicarse a la invención, a crear para los demás algo nuevo y a la vez valioso, en ese lugar donde la rapiña es consuetudinaria.

Encontraste una manera sencilla, rápida y lucrativa de adaptarte al terreno. Hacer tuyo, para explotarlo en tu exclusivo beneficio, el acervo de quienes escriben o editan libros, aprovechando su patente desprotección y al amparo de la conciencia colectiva que le niega cualquier valor (vestigio en el ADN de un país secularmente analfabeto y que en otro tiempo hasta prohibía y quemaba lo que no figuraba en el catecismo). No era una labor demasiado costosa. Bastaba con

hacerse con los textos digitalizados y subirlos a un ciberespacio de intercambio y distribución de mercancía ajena; uno de esos mercadillos que en la calle han de esconderse de la policía pero que en la red se anuncian sin tapujos, convenientemente favorecidos por los buscadores que, en su hambre irrefrenable de tráfico y de datos, allí dirigen en primer lugar al preguntarles por un libro. Cosa del algoritmo, dicen, que favorece lo más buscado. Una pescadilla que se muerde la cola (más se busca lo que menos cuesta) y que os ayudaba, en perfecta simbiosis, a forraros al neutro buscador y también a ti.

El trabajo, además, era grato. Cada vez que subías un libro, alguno de esos lectores que no sienten hacia quienes escriben la mínima gratitud como para remunerarles su trabajo, te reconocía con la fórmula usual, «gracias por el aporte», el esfuerzo sobrehumano, descomunal, de fusilar un fichero y expedirlo a un sitio web. Amén del dinerillo que, por las varias vías indirectas que incentivan tu actividad, iba fluyendo gozosamente a tu cuenta corriente.

Hoy, inesperadamente, ha entrado la policía en tu casa, te ha requisado el ordenador y el móvil y se ha hecho con todos los extractos bancarios que prueban cómo te ganabas la vida. Parece que cambiaron una ley, que empezaron a tomarse en serio lo que individuos como tú estaban haciendo con el afán, las ilusiones y los derechos legítimos de gente que sí producía. Y se atenía a las reglas. Y pagaba sus impuestos. Y hasta las cotizaciones a la Seguridad Social.

Ya es tarde para mí. Hace ya dos años que cerró la empresa en la que trabajaba, ocho o doce horas para dar de comer a mi familia. Te dejo adivinar si era una imprenta, una librería, una editorial, o si era yo mismo, un autónomo de tantos acosado por las deudas, los impagados y las obligaciones tributarias y administrativas: maquetador, corrector, traductor, o uno de esos imbéciles que pierden su tiempo armando novelas o libros de cualquier saber para los demás. Ahora me he buscado otro trabajo, porque a mí, al revés que a ti o a esos que te daban de comer, porque no querían andar hasta la biblioteca pública que salvo rara excepción tenían a mano, me enseñaron a no poner el pan en la boca de mis hijos, o en la mía, quitándolo de otra.

Los tiempos han cambiado, parece, no quiero creérmelo del todo. También para alguno de esos a los que antes no les pasaba nada y que se ven en el banquillo, o en la trena, por no pagar lo que debían al fisco o meter la mano en la caja de todos. Doy las gracias por el aporte a los policías y a los jueces que lo hacen posible. Y a ti te pido que medites esto: si era que tú mangabas porque otros lo hacían, o si esos otros lo hacían porque se sabían entre mangantes.

El crimen más imperfecto

Para ejecutar el crimen perfecto es necesario reunir, en las dosis suficientes, una mezcla de inteligencia, destreza, frialdad y suerte. Puede escasear alguno de esos ingredientes, pero será necesario compensarlo con una dosis extraordinaria de algún otro. La falta de inteligencia puede

suplirla una suerte loca, la poca destreza una inteligencia superior, la falta de frialdad una destreza sobrenatural, y así el resto de combinaciones.

Patrick, aparte de cierta frialdad, no pudo ponerle al siniestro guiso de su cuádruple crimen casi nada de lo que era necesario para no acabar respondiendo de él. De inteligencia no anduvo sobrado, si alguna vez calculó que los investigadores no rastrearían los movimientos de alguien que había convivido con las cuatro víctimas y que abandonó el país tan sólo dos días después de que aparecieran los cadáveres. Por lo que toca a su destreza a la hora de perpetrar el crimen y, sobre todo, borrar los rastros, fue manifiestamente mejorable: dejó huellas dactilares, dejó rastros de ADN, hasta dejó la pista de sus movimientos gracias a un abono de transportes y a la localización del teléfono móvil que no tuvo la precaución de apagar. Para convertirse en asesino indetectable, en estos tiempos, es necesario tener alguna formación más allá de haber visto por encima algún capítulo de CSI mientras uno chatea o curiosear vídeos en el móvil.

Sin embargo, y con toda su incompetencia criminal, Patrick se procuró un resguardo casi indestructible: como ciudadano brasileño, estaba amparado por la Constitución de su país, que veda de manera categórica la posibilidad de extradición de sus nacionales. A los investigadores que se habían tomado la molestia de reconstruir su acción homicida y de vincularlo a ella, les parecía de pronto que toda su tarea iba a resultar baldía.

La frustración tenía las proporciones, inmensas, del acto delictivo que les había tocado esclarecer. El homicidio de dos adultos y el asesinato de dos niños de corta edad. Todos degollados con un cuchillo, muy posiblemente a traición, y en el caso de los niños con la superioridad aplastante que sobre ellos tenía un adulto de complexión fuerte. Un acto que mostraba como pocos el desprecio del homicida hacia la vida y la dignidad de sus víctimas, la inhumanidad llevada hasta el último extremo.

Y, sin embargo, no dieron la batalla por perdida. La vía para resolver lo insoluble la intuyeron en la hermana del que según sus investigaciones era el autor de las muertes. Una abogada que vino desde Brasil para coordinar su defensa y a la que le mostraron, en primer lugar, las pruebas abrumadoras que se habían ocupado de obtener y que colocaban la presunción de inocencia de Patrick, subsistente hasta que alguien sentenciara en contra, en riesgo casi cierto de destrucción. También la invitaron a reflexionar sobre el peligro de convivir con quien no había tenido reparo en despachar de esa guisa a cuatro personas de su familia, incluidas las más indefensas. Y finalmente, aunque a ella ya le constaba por su oficio, le recordaron que a un presunto asesino de niños, así fuera sólo presunto, en el supuesto de que a algún juez brasileño se le ocurriera proceder contra él y encarcelarlo en su país, le aguardaba una existencia singularmente breve.

Así fue como pocos días después, por consejo de su propia hermana abogada y con el pasaje pagado por ella, Patrick se subió a un avión para acudir a entregarse a las autoridades del país que lo reclamaba, sin necesidad alguna de extradición. Y así fue como confesó su crimen, y aunque pese a ello, quede claro, sigue siendo presunto hasta que se le juzgue, su horizonte vital inmediato es la prisión permanente revisable del reformado Código Penal.

Y es que el crimen imperfecto lo es más cuando se investiga con destreza y el resultado se gestiona con inteligencia. Con la suerte, desde el lado de la justicia, más vale no contar jamás.

Noticias del teatrillo

A la tribuna del teatrillo sube un tipo vestido de oscuro y con síntomas de hallarse en curso de una pesada digestión. Tiene cinco minutos, que administra de manera monótona, con una retahíla de presuntos testimonios reales que resultan hirientes para una porción de quienes lo escuchan. Por si no se dieran por aludidos, intercala con idéntica monotonía denuestos que les van inequívocamente enderezados, alusiones denigrantes en las que, a pesar de encubrirlas con nombres comunes, no es nada difícil desentrañar el nombre propio al que se refieren.

Los así zaheridos empiezan enseguida a removerse en los asientos. Alguno eleva la voz para protestar, momento en que la presidenta de la sesión los conmina a guardar silencio. Gusten o no el comediante y su enojosa función, tiene derecho a estar ahí y a soltar por la boca lo que tenga por conveniente, o por más inconveniente, que parece ser, desde que subió por primera vez a aquellas tablas, su norma de conducta. La cosa acaba con la presidenta retirándole la palabra al provocador, pero no por el contenido ominoso de su parlamento, sino porque ignora la reiterada advertencia que se le hace de que ha superado sus cinco minutos y le toca ir acabando. Despojado del micrófono, el comediante hace mohínes sugerentes de una supuesta privación de derechos que dista de ser tal: le han dejado largar a tumba abierta, como no le dejarían en casi ningún otro sitio. Como es más que dudoso que él dejara largar, si tuviera el mazo.

La comedia, o quizá sería más adecuado decir tragicomedia, tiene dos epílogos. Uno, en las redes sociales, con las que cada vez está más interconectado el teatrillo, hasta tal punto que a veces pareciera que es a su veredicto (no menos cómico, o tragicómico) al que se fía la valoración principal de los actores y de la función. Un compañero del orador cuelga en Twitter los venablos que éste, por falta de tiempo (quizá otra vez no debería recrearse tanto en sus silencios desafiantes), no ha podido disparar. Unos lo jalean y otros lo desuellan. Lo habitual en ese patio.

El segundo epílogo ocurre en la misma sala del hemicíclo, cuando el portavoz de los insultados pide la palabra para exigir que se retiren las infamias arrojadas sobre ellos. Momento en el que aquel que los vejó se regocija negándose a retirar nada, llevándose el botín suplementario de la ovación en pie que en su contra desatan, como un solo hombre, aquellos a quienes tildó entre otras cosas de traidores y los que se van a beneficiar del voto de los primeros. Ya tiene la foto que buscaba, y que para su público va a confirmar su tesis: son la misma cosa, una sola conjura contra la que él, como representante de los puros, se alza sin miedo, con la cruda verdad por delante. Ha cosechado además el aplauso y la solidaridad de otros que se pretenden puros, y que también han

exhibido sus dotes interpretativas, sólo que con menos repercusión, porque su artillería era más ligera.

Y uno, que lo ve todo, se pregunta cuándo un foro que debiera serlo de debate y reflexión para afrontar los problemas de todos se convirtió en ese burdo teatrillo en el que especuladores de diverso signo y variado talante trafican con libretos en apariencia antitéticos, pero igualmente superficiales y ocultadores, en mayor o menor medida, de sus respectivas verdades. En esa triste pérdida de tiempo y de energías que es el teatro, por lo demás un muy noble arte, cuando nada significa, nada contiene, nada en fin remueve de la sustancia genuina de la vida.

Apaga uno el televisor y mira a otra parte. Ahí, fuera del teatrillo, hay niños que no hacen los deberes porque les han cortado la luz. Niñas inteligentes que no estudiarán porque su familia no tiene recursos. Ahí, donde jamás van a llegar los que bien pagados peroran entre el exabrupto y el aspaviento, están los nuestros, solos como siempre, como siempre desvalidos.

Escribía cartas

Escribía cartas. Como aquel tipo de la canción de Cecilia que cada nueve de noviembre le mandaba sin tarjeta a su propia y malquerida esposa un ramito de violetas. Las cartas tenían como destinatario al gobierno francés, en busca de una salida que aparentara ser airosa a medio siglo trágico y fallido de lucha armada. Al empeño fuera de la Historia y de la razón de «liberar» a tiros y amonal, en el corazón de la Europa democrática, a un pueblo tan duramente sojuzgado que cada cuatro años elegía a su gobierno, recaudaba y gastaba sus impuestos y gozaba de un bienestar que pocos otros pueblos disfrutaban en el mundo.

Escribía cartas porque el sinsentido y la inhumanidad del proyecto del que era legatario (y que durante años, por miedo a los pistoleros o aturdimiento ante sus desmanes, algunos prefirieron pasar por alto, o enmascararon echando mano de la cosmética del lenguaje bajo eufemismos como «conflicto») quedaron de tal modo en evidencia, y fueron de tal manera atajados por la reacción vigorosa de la sociedad a la que se quiso lacerar y torcerle la voluntad, que ya nada más podía hacer. Sin pistoleros en activo, sin la posibilidad siquiera de poner en manos de alguien las pistolas que todavía guardaba enterradas por ahí, la organización que dirigía y encabezaba, a falta de otro que pudiera o quisiera hacerlo, sólo era ya una empresa funeraria, con el único objeto de celebrar de la manera menos vergonzante posible sus propias exequias. Algo le decía que, puestos a escoger tanatorio, mejor al norte de los Pirineos, donde tal vez se mostraran más receptivos a su epitafio amañado, olvidadizo y consolador.

Escribía cartas que mantuvieran prendida la llama ilusoria, legendaria, falaz, de un pueblo en armas contra un enemigo que vendría a ser él mismo, es decir, la mayoría que no secundó jamás su proyecto de redención; de un pueblo imaginario que en un alarde de generosidad inventada se

avenía a cerrar con un armisticio honorable la confrontación que por razones superiores se había visto obligado a desencadenar. En la soledad de su encierro, pudo llegar a creer que era un general que se dirigía al general enemigo para llegar a un acuerdo mutuamente satisfactorio que condujera a retirar sus respectivos ejércitos del campo de batalla donde aún se medían las fuerzas. Alguien debería haberle dicho que sólo era el cabo en jefe de una mesnada vencida y prisionera, fantaseando sobre lo que podían asustar los cuatro fantasmas mal contados que habían logrado huir de la debacle y vagaban alucinados por los bosques.

Escribía cartas confiando en un último golpe de efecto, una maniobra taumatúrgica que le permitiera, y les permitiera a los cantores de su gesta (nunca falta alguno), proclamar que fue la grandeza de ánimo de los suyos la que trajo la paz. Una entrega a la desesperada de las pocas armas que todavía conservaban y tenían localizadas, así fuera limitándose a señalar las coordenadas del lugar donde estaban escondidas para que fueran a por ellas.

Pero le quitaron las armas antes de que pudiera anotarse ese último tanto, y ahora han dado con la madriguera donde se refugiaba y lo han sacado como salieron todos sus antecesores, esposado y camino del calabozo que es antesala de la cárcel. Se preguntará, mientras cuenta sus largas horas de encierro, dónde estuvo el fallo, cómo se delató y quedó atrapado en la red de esos tipos de verde que dieron con él como dieron en su día con todos los anteriores. Se preguntará y es posible que nunca lo averigüe, salvo que se avenga a considerar la amarga verdad: quienes con la razón y el derecho de su parte son más y mejores no pueden sino evitar que los dobleguen quienes son y valen menos y no esgrimen más que el odio y la barbarie.

Algunos se quejan, dolidos, de que quienes supieron encontrarle no le dejaron seguir escribiendo cartas. Ya no recibirán de él, tras esta mañana lluviosa de noviembre, ningún ramito de violetas.

La elegancia inmortal

No hizo, hasta el final, otra cosa que darnos pruebas de su infinita e infalible elegancia. Fue elegante en la última entrevista que concedió, y en la que se declaraba preparado para morir. Fue elegante en su última gran canción, *You Want It Darker*, que dio título a su último disco, presentado tan sólo unas pocas semanas antes de que su vida se apagara, y en el que, como corresponde al hombre sabio que era y al poeta que llevaba dentro y le sobrevive, elevaba una plegaria a todo lo superior a él. Ya lo advertía Raymond Chandler, un tipo con el que pudo coincidir, y con el que seguro que se habría entendido: ignoran la poesía los hombres pequeños, que son los que olvidaron cómo rezar.

Una de las penúltimas muestras de su elegancia está contenida en uno de sus discos postreros, donde se incluye una interpretación en directo de una de sus canciones más celebradas, *Tower Of*

Song, en la que antes de comenzar a cantar expone una divertida teoría acerca de las diversas fases que atraviesan los hombres, en relación con la atracción que ejercen sobre el sexo opuesto. Una materia en la que era una autoridad más que acreditada, con su abultado historial de feo seductor.

Según explica, con gracia difícil de reproducir, los hombres, en su juventud, comienzan siendo irresistibles. Luego pasan a ser resistibles, para más adelante volverse transparentes; no exactamente invisibles, sino como si se pudiera ver a su través como se ve a través de un plástico viejo. Tras eso, viene al fin la invisibilidad, a la que sucede una transformación que considera la más extraordinaria de todas: el momento en el que te haces repulsivo. Pero ése, advierte, no es el final del camino. Tras esa fase viene otra: de pronto, te vuelves mono. «Y ahí —sentencia ante la carcajada del auditorio— es donde estoy yo ahora.»

El 7 de noviembre de 2016, Leonard Norman Cohen pasó al estadio siguiente, un estadio al que acceden pocos elegidos, y en el que él permanecerá indefinidamente, para los muchos que hicieron más anchas y hondas sus vidas gracias a sus canciones: el de la elegancia inmortal, apoteosis de la seducción que supo ejercer con la intensidad de su voz y la fuerza de su poesía.

Se fue, sigilosamente, horas antes de que el mundo, a remolque de la que es hoy su primera potencia, se precipitara a una era de zafiedad y simpleza, bajo la batuta de un hombre de cuya boca jamás brotó ni brotará un poema y en cuya cabeza no hay mucho más que el beneficio después de impuestos, siendo éstos algo que preferiblemente han de pagar por uno los demás. Un hombre cuyo discurso está hecho de odios y desdenes, de superioridades y desplantes, de oscuridad, miedo y frío.

Nunca sabremos si Leonard Cohen quiso irse para no estar en un mundo tan sumido en la fealdad; una fealdad que, a fin de cuentas, no habría sido radicalmente distinta si hubiera triunfado una mujer a la que apoyaban tantos tiburones bursátiles y tantos feroces halcones de oscuras potencias. Quizá sea mejor interpretar que el poeta despejó su sitio y marchó a unirse a ese misterioso Dios que le excedía para dejarnos, convertidas en legado imperecedero, sus canciones y su voz, que nos arrojan frente al hielo de la codicia, la ignorancia y la inhumanidad.

Tenía tal capacidad de enaltecer y hacer bella la condición de este mono confuso y arrogante que somos que se las arregló, cuando en un país de segunda fila de Europa le dieron un merecido premio como poeta, para improvisar un discurso en el que se contienen algunas de las más hermosas razones jamás expuestas para que los habitantes de ese país, tan dados secularmente a la flagelación y el autodesprecio, sientan el inopinado y asombroso orgullo de haber nacido donde nacieron. Lo hizo con gratitud y humildad, con esa invariable elegancia suya, apelando al suelo y al alma (*soil and soul*) de una tierra ingrata y maltratada.

Nos atrincheraremos en tus canciones, Leonard, para poder resistir, y después para derrotar a quienes quieren reducirnos a lo que no queremos ser. Primero, tomaremos Manhattan.

Y después, tomaremos Berlín.

Zucker contra Berg

El gran visionario, el admirado y envidiado joven presidente ejecutivo, el hombre que levantó desde la nada una empresa que ahora vale más de trescientos mil millones de dólares, se las ve de pronto con algo que lo pone perceptiblemente nervioso.

Según varios análisis, que parecen ser objetivos y fiables, el algoritmo que decide la inserción de noticias en su influyente red social habría priorizado informaciones falsas, generadas de manera intencional con afán de desinformar a los usuarios, sobre otras verdaderas y debidamente contrastadas. Todo ello, en las fechas previas a una trascendental elección política, la más importante de todas las que se celebran en el mundo: la que decide quién ocupará durante cuatro años la Casa Blanca. Y en un sentido inequívoco: mientras que las noticias falsas que se vieron potenciadas favorecían una candidatura en detrimento de la otra, las verdaderas que resultaron preteridas operaban en sentido inverso, lo que habría desvirtuado los comicios.

Esto último ya es, claro está, una interpretación, contra la que el magnate de las redes sociales protesta con energía. Insiste en que su empresa no es un medio de comunicación, sino una compañía tecnológica que ofrece una herramienta neutral, sin otra finalidad que favorecer que las personas compartan sus ideas e inquietudes. Que, si al final se impuso tal candidato, fue porque supo ganarse mejor que su rival las simpatías de un electorado que vota en función de su experiencia vital, no de las noticias que lee a través de las redes sociales, y que de ningún modo pueden considerarse tan influyentes. Que las noticias falsas que se cuelan en el algoritmo son pocas, y que ya hacen lo posible por depurarlas, aunque no es sencillo, entre otras cosas porque a veces «resulta difícil saber dónde está la verdad».

Sin embargo, he aquí que se filtran las declaraciones de algunos empleados de la compañía, en el sentido de que el problema de la sobreponderación de noticias falsas ya había sido detectado hacía meses, sin que se hubiera reaccionado contra él con la contundencia y agilidad necesarias, lo que plantea la sospecha de una negligencia que los más malévolos se apresuran a denunciar como posible connivencia con uno de los candidatos, ya que el sesgo de las falsedades iba con carácter general en su favor. En definitiva, la red social sería así víctima de su propia potencia: las noticias que producen mayor emoción en los usuarios, incluso siendo falsas, por estar en mayor sintonía con sus prejuicios, más firmes y vehementes entre los votantes de ideología más conservadora, reciben más clics y más valoraciones positivas, que determinan su mayor peso en el algoritmo.

Zuckerberg, creador, rostro visible y alma del gran invento, acaba de colisionar contra sí mismo, y ante las denuncias de los medios tradicionales, que le tienen ganas, reacciona negando las acusaciones de parcialidad, aunque enseguida se da cuenta de que algo ha de hacer, y anuncia que la red penalizará a las webs que se pruebe que difunden noticias falsas excluyéndolas de su

inmenso negocio publicitario. Lo que en cierto modo viene a ser un reconocimiento de que la diligencia previa, para evitar sus perniciosos efectos, no fue toda la que habría debido ser.

Son los problemas de hacerse demasiado grande, y de tener una presencia tan destacada en la existencia de tantos millones de personas: es innegable que el voto se decide sobre todo en función de la experiencia vital, pero cuando la experiencia vital de las personas sucede cada vez más en el espacio virtual, y cada vez son más las que interactúan con él a través de tu herramienta, empieza a surgir legítimamente una espinosa pregunta: en qué medida tu negocio y tu empresa han podido terminar convirtiéndose en un instrumento de intervención política, y, si es así, al servicio de quién.

Zucker contra Berg. Y por lo que se ve, sin árbitro.

Noche oscura de la alcaldesa

Acababa de recibir una amenaza de muerte. No era por otra parte la primera. A quienes se dedican al macabro pasatiempo de asustar al prójimo con mensajes tales alguien debería decirles que de muerte estamos amenazados todos, por lo que su acción, si no tiene aparejado el cumplimiento puntual de la amenaza, no pasa de ser una redundancia estúpida. Todos estamos rodeados de asesinos: lo mismo puede matarnos la melancolía que el conductor borracho que en cualquier momento puede cruzarse en nuestra senda. Si uno no tiene lo que hace falta para matar, más vale abstenerse de anunciarlo, porque antes o después llegará el momento en que los acontecimientos lo dejen en ridículo.

Esta vez, fue más temprano que tarde. A una edad que no era juvenil, pero tampoco tanta como para empujarla de manera perentoria al otro lado. Algunos dieron en llamarla la alcaldesa de España, y en cierto modo lo acabó siendo, para lo bueno y para lo peor. Para lo bueno, porque disfrutó durante largos y plácidos años del ejercicio del poder, y aprovechó la oportunidad para dejar su huella en la ciudad que regía (si con acierto o sin él, es cuestión abierta a la discrepancia, como todas las obras humanas). Para lo peor, porque la cacería desatada contra ella vino a convertirse en la represalia popular y mediática contra décadas de excesos municipales, cometidos a lo largo y ancho del país. Si en algo prevaricó, se aprovechó indebidamente o perjudicó a su ciudad y a sus conciudadanos, no fue desde luego la única, ni con seguridad la más alevosa o desvergonzada.

Ha muerto sola, con su hermana tendida al lado en una ancha cama de hotel, que no es un hogar. Un hotel bueno, pero más modesto que los que en tiempos, investida y protegida y acaso embriagada con el aura del poder, solía reservarse con cargo al contribuyente. Un hecho que puede leerse con malicia o en su favor: si bien es cierto que ya no disponía de una cuenta de gasto ilimitada, no lo es menos que como senadora habría podido seguir dándose ciertos lujos con cargo

al erario público. Que optara por cierta austeridad indica que la crítica a sus anteriores dispendios le había hecho mella y que sus pecados, perseguidos y escarnecidos, fueron en algo enmendados.

La víspera de su muerte, en esa cama de hotel, junto a su hermana que no supo ver venir a la de la guadaña, cenó tan sólo una tortilla de patata y una copa de whisky JB. Quien tanto fue, tuvo y dispuso, reducida a una frugalidad casi estremecedora. Los mismos que han cometido la indiscreción de dar estos detalles nos permiten saber que, además de contentarse con un whisky del montón, ni siquiera tocó el minibar. Con sólo eso apuró la tristeza, en su noche más oscura, la alcaldesa condenada a expiar, además de las suyas, las faltas de tantos, y de muchos que no comparecerán jamás ante tribunal alguno.

Que todos estamos solos, que todos nos la jugamos solos y pagamos solos la cuenta correspondiente a nuestra existencia es un conocimiento que todos tratamos de esquivar en mayor o menor medida y que a todos nos alcanza antes o después. A la alcaldesa de España literalmente la arrolló, y lo peor no fueron seguramente las amenazas (podía intuir que eran el desahogo de un cobarde), ni las mofas a cuenta de las debilidades que mostró en su declive, y que todos los que en alguna ocasión las hicieron, aun dentro de la legítima crítica de la acción pública, no pueden, si tienen corazón, dejar de lamentar ante el hecho trágico de su muerte.

Lo peor es que aquellos a los que considerabas los tuyos te repudien, te estigmaticen o incluso te tomen como pretexto para exhibir un acendrado concepto de la moralidad, por la vía de arrojarte a los leones que, dándoseles mal las cosas, igual habrían podido disputarse sus despojos. Fue la lección más cruel, y la alcaldesa no tuvo tiempo ni fuerzas para asimilarla.

Los verdaderos ricos

Siempre ha habido gente que se pretende rica sin serlo en realidad. Se trata de pobres advenedizos que por haber juntado más dinero del que se creían capaces de reunir, o del que alguna vez creyeron que era probable que acumularan, sucumben a la ilusión de haber alcanzado cierta opulencia. Son personajes por lo común compadecidos, cuando no desdeñados, por esos que sí son verdaderamente ricos, y que asisten con una sonrisa sardónica a los esfuerzos de los gilitos de pega por aparentar y dar la sensación de que han salido de la gris medianía.

Siempre han existido criterios para que los ricos de verdad sepan que lo son, y descartar como congéneres a quienes tratan de colarse en el club al que no pertenecen. Un auténtico rico, por ejemplo, no sabe a ciencia cierta cuánto dinero tiene, ni se le ve demasiado preocupado por echar la cuenta, a diferencia del que quiere y no puede, que está siempre mirando el saldo. Otra forma generalmente admitida de saber si uno es rico de veras es la relación que mantiene con el trabajo: si en lugar de un pasatiempo libremente asumido, y despachado como una especie de juego, se

trata de una carga inexorable, fijada y gobernada por otros a quienes ha de tenerse en cuenta, y que por añadidura no se disfruta sino rara vez, más vale no hacerse ilusiones y aceptar que uno, mal que le pese, sigue siendo un pobre diablo. Cueste lo que cueste el coche que tiene aparcado en la puerta.

Hay maneras más sofisticadas de tomar conciencia de la verdadera riqueza y, por contraste, de su engañoso simulacro. Quizá la más clara e inequívoca sea el tener que soportar, o no, las estupideces y las impertinencias del prójimo. Si uno se ve encajando una y otra vez sandeces o desaires, sin poder levantarse y dejar olímpicamente con la palabra en la boca al necio o al grosero, ya puede llevar la ropa hecha a medida en el mejor sastre de Londres, que sigue siendo un destripaterrones.

Las expuestas hasta aquí son pruebas de riqueza tradicionales que, con las variaciones que cada momento histórico impone, han acreditado su validez desde la Antigüedad. Ahora bien, los tiempos en que vivimos, plenos de prodigios y avances nunca vistos, han traído también sus propios modos de certificar la riqueza, y uno de ellos se va perfilando como el infalible. El test en cuestión se vincula a eso que ha dado en llamarse la imposición sobre la renta: un invento de los estados que en teoría viene dictado por criterios de justicia y que, en consecuencia, vendría a gravar con mayor intensidad a quienes más ingresos perciben, lo que lleva a algunos despistados, víctimas de altos tipos impositivos, a creer que por ello han pasado a formar parte de la capa más acaudalada de la población. Según los lugares y épocas, ese tipo impositivo bien puede rebasar el 50 por ciento, lo que aflige pero a la vez hace sentirse en lo más alto a los incautos que han llegado a creerse el cuento de la justicia tributaria.

La realidad, sin embargo, es mucho más cruda. Grandes corporaciones multinacionales, con cientos de millones de clientes y miles de millones de euros de beneficios, satisfacen tipos irrisorios, que pueden bajar hasta el 1 por ciento efectivo, sobre la suma de sus ganancias, convenientemente embalsadas en paraísos fiscales. Hay gigantes tecnológicos que a la hora de pagar a Hacienda son apenas gnomos, y autónomos precarios que cotizan por lo que no ganan. Por si todo eso fuera poco, nos cuentan que hay deportistas millonarios que pueden llegar a reducir el impacto del fisco a un 4 por ciento de sus rentas. Doce veces menos que contribuyentes que ni sueñan con sus retribuciones.

Cuando tantas señales apuntan en una misma dirección, la evidencia se impone. Los verdaderos ricos, en el mundo 2.0, no pagan impuestos. Tú, que aún pagas los suficientes como para que te duela, desengáñate: eres el pardillo que aligera su factura.

Muerte en el Cayenne

No hay nada peor para un contador de historias: sabes que la historia está ahí, que es buena, que

significa algo, peor aún, que significa mucho, pero no sabes lo que ha pasado, ni lo que significa, ni hasta dónde llega su poder de significación.

Las piezas están sobre la mesa. Una mujer acaudalada, o mejor dicho, muy acaudalada, aparece muerta de dos balazos en el aparcamiento de uno de los concesionarios de coches de alta gama que posee su familia. Por decirlo todo, aparece dentro de un coche, pero no uno cualquiera: un Porsche Cayenne, un vehículo cuya potencia varía entre los 262 y los 570 CV, según versiones, por un precio entre 80.000 y 195.000 euros. Un coche que se ha convertido en uno de los más distintivos emblemas del lujo y el poderío, y no debe extrañar que así sea. Quién se puede permitir conducir un vehículo que cuesta más que la casa de muchas familias, y cuya potencia equivale a la de un blindado militar de 17 toneladas, tipo RG-31, en su versión básica, y la duplica de sobra en la que representa el tope de la gama. Con la nada desdeñable diferencia de que pesa seis veces menos.

Pero hay más: resulta que además la fallecida, de setenta y dos años, es la viuda del que fuera presidente de una de esas cajas de ahorro que se vinieron a pique merced a su connivencia con los muy arriesgados proyectos urbanísticos que engrasaron la economía y la política levantinas, y en particular de Alicante, hasta su final implosión y la cascada de escándalos, procesamientos, dimisiones in extremis, agujeros contables rellenos con dinero público y participaciones preferentes vendidas a los incautos con marchamo de activos financieros estrella y depreciadas luego al valor de los cromos repetidos. Que nadie dice (no hay pruebas, es demasiado pronto) que tenga que ver. Pero ahí está.

Los periódicos dicen que los dos disparos se efectuaron «a quemarropa», en la sien izquierda. Como en la sien no se suele llevar ropa alguna, quizá sería mejor decir «a bocajarro». O quizá, lo que sería más impactante, las informaciones no lo especifican, alguno de ellos haya ido un grado más allá, lo que se llama «a cañón tocante»: la marca de quien quiere asegurar el trabajo.

En apenas veinticuatro horas se disparan las especulaciones. Algunas sostienen que la sustracción del bolso ni del costoso vehículo (marcado, no se olvide, con las huellas de tan cruento asesinato) invitan a descartar el robo como móvil. Ya cabía descartarlo, en un país donde los ladrones por lo común no matan a sus víctimas: ni suelen necesitarlo, ni tienen el más mínimo interés en ser objeto de la atención policial preferente de la que saben que gozan los homicidios, frente a la reacción más bien protocolaria que reciben los delitos contra la propiedad. Se dice que el móvil ha de ser económico, aunque, con tan pocas pistas, no deja de ser una suposición en el vacío. Y enseguida afloran las supuestas desavenencias a raíz de la sucesión del marido de la víctima, tanto en lo que toca a la herencia como a la gestión del patrimonio y los negocios familiares. De nuevo, y en fase tan prematura, un simple ejercicio de imaginación.

Lo que la escena cuenta con claridad es que se trata de un crimen cometido con fría determinación de matar. Dos disparos en el cráneo, apuntando a la sien, son garantía de que su receptora no va a poder contarle, además de un indicio de economía en la acción homicida. Podría presumirse que se trata de un profesional, de un encargo y de alguien que no tenía con la

víctima vínculo afectivo alguno. Los precedentes, sin embargo, enseñan que esa frialdad puede llegar a tenerla un ama de casa a la hora de asesinar, con tiro de gracia, a la mujer a la que odia porque cree que le ha hundido la vida a su hija.

Así, que sintiéndolo mucho por los impacientes, toca esperar. A que vayan emergiendo, lo harán, las partes ocultas del iceberg.

Cuatrocientos sopapos

Una buena historia, de esas que merece la pena contar, es como un sopapo. Impacta en el lector (o en quien la escucha, o en quien la presencia o la sueña) de la misma forma en que sacude el golpe de la mano abierta sobre la mejilla desprevenida. Sucede así, especialmente, con las historias verdaderas, las que de pronto desmontan alguna de las ficciones, trampantojos, espejismos y maquillajes con los que laboriosamente nos vamos escondiendo la realidad y la vida, porque a estas alturas de nuestra evolución parece claro que el mono erguido padece un problema de incompatibilidad con lo que existe, que le impele a urdir, para evitarlo, toda suerte de biombos y pantallas.

Hace años te propusiste prestar atención a esa clase de historias, que contra lo que suele pensarse abundan y asoman con cierta regularidad a las páginas de los diarios, no necesariamente a las primeras páginas, donde en ocasiones, por lo demás, lo que prevalecen son historias de cariz opuesto: entre ellas, no pocas de las simulaciones y supercherías con que se nos intenta hacer creer que es lo que no es o somos lo que no somos. Se trataba de buscar momentos de revelación, condensaciones del sentido de las cosas o las existencias, porque no hay una sino infinitas maneras de estar en este mundo, como también hay muchas de negarlo, combatirlo y al final abandonarlo.

Nunca se está seguro de lo que se emprende, sobre todo cuando no depende enteramente de uno (pero incluso entonces, porque nadie se conoce lo suficiente para estar seguro de sí), y en algún momento temiste que, o bien la actualidad, o bien sus mediadores, no acertaran a ponerte encima de la mesa material para nutrir tu proyecto, concebido con periodicidad semanal. Al mirar ahora en retrospectiva aquel temor, lo encuentras ingenuo.

Como quien no quiere la cosa, han pasado cuatrocientas semanas, y en todas ellas has tenido material de sobra y, alguna vez, verdaderos problemas para elegir qué ibas a contar. Siempre has tenido una limitación, la urgencia, porque te impusiste elegir historias que estuvieran vivas y recientes en el momento de escribirlas, y eso a veces imponía un conocimiento parcial y precario, en la noche del sábado o la mañana del domingo en que te sentabas invariablemente ante el ordenador para tratar de darle forma. Por el contrario, tenías una baza: no se trataba de escribir un reportaje, sino de hacer literatura a partir de esas historias, esto es, convertirlas en ficciones.

Puede parecer una paradoja: echar mano de la ficción para contar hechos y sucesos que desmontan nuestra manía de fingir y de fingirnos. Y, sin embargo, enseña la experiencia que no hay mejor modo de representarlos.

En esta que es la semana número 400, no falta en absoluto el material. Si en lugar de esta historia acerca de intentar contar historias durante siete años y medio hubiera que elegir otra, bien podría ser la de esa niña que con sólo nueve años se hace explotar en una comisaría de Damasco porque un canalla para quien no hay adjetivos en ningún diccionario, ni en la suma de todos, le ha enseñado cómo y dónde apretar el detonador. O la del hombre al que le ofrecen quinientos millones de euros por cinco años de trabajo, un trabajo que no es más que mostrar habilidad en un juego, mientras que a quienes trabajan en salvar vidas se les ofrecen pagas de miseria o directamente se les muestra la puerta. O la de ese policía que optó por guardar su arma para no hacer daño irreparable a un delincuente y se ve tuerto, sin trabajo y con una pensión del 55 por ciento, mientras que a su agresor se le reconoce, el mismo día y por el mismo organismo, una incapacidad del ciento por ciento. O la de ese *youtuber* que deja de serlo (es decir, se ve expulsado de la ficción banal y lucrativa en que ha convertido su vida) porque da con un tipo que no le aguanta su gracia, consistente en insultar a los desconocidos a los que graba, y le arrea un sopapo.

El sopapo de la verdad. No hay más historia que valga.

El más odioso de los hombres

Como cada año, la Navidad levanta un censo de ausencias. A las que vienen desde más atrás, se suman las producidas en los doce meses transcurridos desde la Navidad anterior. Todas son dolorosas para quienes las han de enfrentar, pero quizá las que más duelan sean esas ausencias prematuras e indebidas: las que provocó no un funesto accidente o la enfermedad, sino la desviada mano del hombre. Y entre éstas, ninguna es probablemente tan amarga como la de quien falta a la mesa familiar porque fue alguien que habría debido proteger su vida quien quiso arrebatársela.

Las ausencias así son por desgracia muchas, demasiadas. Por alguna oscura razón, ni ésta ni ninguna otra sociedad logra erradicar la plaga que convierte el espacio íntimo, ese que debiera ser de seguridad y confianza, en un campo de batalla en el que se ignoran todas las leyes de la guerra. Un espacio inmisericorde en el que no se toman prisioneros, ni se muestra compasión por el enemigo desarmado. Podrían ponerse ejemplos de casi cualquier barbaridad. Sin embargo, pocas historias tan terribles como la que lleva a que esta Navidad de 2016 la doctora Beltrán no vaya a poder cenar con los suyos.

Los hechos conocidos y no cuestionados son que cinco días antes de Nochebuena la doctora murió a manos de su marido, que le disparó con una escopeta y que después la volvió contra sí

para acabar con su propia existencia, dejando antes una nota en la que, para justificar su acción, alegaba que ella quería abandonarle. Sin embargo, la separación se había producido ya tiempo atrás, y la razón por la que la pareja volvía a convivir era que el hombre había sufrido una reciente operación de corazón y la mujer, compadecida de su soledad y su postración, había vuelto con él para que no estuviera desamparado.

En los días siguientes al crimen se conocen múltiples testimonios que confirman el perfil tiránico y maltratador del asesino. Un hombre que no parecía dejar buena impresión en ninguna parte, a juzgar por la unanimidad con que respaldan esa imagen quienes lo recuerdan de las diversas empresas en las que desarrolló su actividad como periodista. Un hombre que, en particular, era conocido por su misoginia y el trato desabrido e inapropiado que dispensaba a todas las mujeres de su entorno laboral. La fotografía que ilustra la mayoría de esas crónicas no es precisamente un argumento en contra: en ella se le ve con una mirada entre torva y alucinada y un gesto de resentimiento. Es, resulta casi inevitable pensarlo, la viva imagen del odio.

Es cosa peligrosa y devastadora el odio. Quien lo acoge en su ánimo adquiere un potencial destructivo que no conoce más límite que el que le impongan los medios que se encuentren a su disposición. Y dentro de quienes odian, nadie es más temible que quien participa del odio primordial, ese que alcanza a todo, porque parte de la raíz más profunda: el odio a uno mismo.

Cuánto hay que llegar a odiarse para aceptar convertirse en el asesino de la persona que sacrifica su voluntad y sus deseos para cuidarle a uno. En qué abismo de rencor hacia uno mismo hay que haber caído para aceptar fríamente apretar el gatillo contra esa persona mientras está desprevenida, para redactar una nota que no deje lugar a dudas de la autoría de los hechos y para sólo entonces consumir el acto de autosupresión que, de no haber ido precedido de esas dos acciones, habrían podido acoger con indulgencia, incluso con alguna lástima, todos aquellos que guardaran memoria del suicida.

Cinco días antes de Nochebuena, un hombre llegó a odiarse tanto y tan hondamente a sí mismo que ideó la forma más abominable de quitarse de en medio. Tal y como lo tramó, lo ejecutó. Y una mujer inocente pagó el precio de su narcisismo. Quiso y logró ser el más odioso de los hombres. Imposible imaginar una hazaña más triste.

El peligro de las ocurrencias

La imagen pudo verse en el Consejo Europeo de febrero de 2016. Hace poco más de diez meses. Un ufano David Cameron, que venía de obtener una victoria electoral arrolladora, se acercaba a un mustio Mariano Rajoy, que acababa de cosechar un varapalo sensacional en las urnas, con la pérdida de un tercio de los escaños y de la mayoría absoluta que hasta entonces le había permitido gobernar sin rendir cuentas. Lo peor era que tenía enfrente tres fuerzas que pedían su cabeza y que

sumaban escaños más que sobrados para cercenarla. Tras haber renunciado a presentar su candidatura a la presidencia del gobierno ante la cámara, Rajoy tenía que desayunarse cada día con los rumores, o algo más que rumores, de operaciones en el seno de su propio partido, y en los sectores sociales tradicionalmente afines, para quitarlo de en medio y buscar un candidato más pujante.

El pletórico líder británico le preguntó al marchito presidente en funciones español cómo veía el futuro. Y éste, sin mucho afán, le dijo que esperaba que la maniobra que en ese momento había en su contra, la investidura de Pedro Sánchez, no saldría adelante y volvería a haber elecciones en junio. El gesto del primer ministro Cameron fue de sincera piedad. A diferencia de él, que disfrutaba de una holgada mayoría parlamentaria, el pobre presidente español se encontraba a merced de sus enemigos. Lo que en política muy rara vez tiene un buen pronóstico.

Fuimos muchos, y el que no, que levante la mano, los que en esa conversación vimos a un líder emergente y seguro de sí mismo pasarle la mano por el hombro a un viejo político rancio y amortizado. Dicen que una imagen vale más que mil palabras: ninguna como esta prueba la inexactitud del aserto. Más vale no dejar que lo visible te lleve a ignorar lo que no puede verse.

Y es que, sólo diez meses después, el campeón de las urnas británico es un despojo político carbonizado por su propia arrogancia, que le llevó a plantear a su pueblo una pregunta que ni podía ni debía hacerse, porque bandadas de buitres más listos que él estaban dispuestos a aprovechar la ocasión para convertir en carroña no sólo su carisma, sino toda una serie de valores y principios que les estorbaban. Y por el contrario, el moribundo prócer español, tras merendarse sin mover un músculo a los tres tenores que lo acorralaban, afronta cómodamente arrellanado en el sillón presidencial una legislatura que osa pronosticar larga, porque a quienes tiene enfrente les entran sudores tan sólo de imaginar la posibilidad de que disuelva las cámaras y los lleve ante las urnas a rendir cuentas de sus errores, que son todos los que pueden cometerse desde la oposición y alguno más.

Igual que Cameron pasará a la Historia como un modelo de necesidad política, como un ejemplo insigne de qué no hacer con el poder cuando uno lo alcanza, Rajoy acumula méritos para ser recordado como una de las criaturas de más fino instinto para retenerlo, un maestro en la administración de las propias fuerzas y el aprovechamiento de las ajenas, para desesperación no sólo de sus coyunturales e insolventes rivales, sino también de aquellos de sus partidarios que, como siempre sucede en cualquier fuerza política, se complacerían en verlo sucumbir.

A veces, la inteligencia no está tanto en lo que se hace como en lo que se deja de hacer. Rajoy, a diferencia de Cameron, no es un hombre proclive a dejarse llevar por ocurrencias, que son el peligro que acecha a cualquier gobernante en esta era loca de la posverdad, en la que la información y el conocimiento han sido sustituidos por un algoritmo alimentado por el delirio de una horda de monos histéricos armados con esa herramienta del diablo que todo lo confunde y que llaman *smartphone*.

Vencido 2016, en 2017 le espera la gran prueba: el choque contra el iceberg catalán. ¿Alguien

apuesta por el iceberg?

Arrimarse a la muerte

Las dos historias suceden en la víspera de Reyes. Ambas acaban con una muerte. Una muerte absurda, sin provecho ni sentido alguno, si es que alguna vez puede creerse que matar a alguien reporta una utilidad. Una muerte a la que, de uno u otro modo, se arrimaron quienes acabaron siendo víctimas.

La primera ocurre en un bar del distrito de Ciutat Vella de Barcelona, poco después de que termine la cabalgata de Reyes. Dos indigentes, bastante bebidos ambos, empiezan a discutir por una nimiedad. Algo relacionado con el fútbol, sin duda la nadería más aparatosa de la sociedad española del siglo XXI. De ahí pasan a discutir por la independencia de Cataluña, de la que al parecer uno es partidario, mientras que el otro está por la unidad indisoluble de España. Tanto lo uno como lo otro son tomas de postura respecto de una entelequia: no otra cosa viene a ser cualquier nación, ya sea la española que uno de los indigentes defiende o la catalana por la que se manifiesta el otro. Lo único efectivo es el estado que reciba el reconocimiento de los demás estados: el reino de España, hoy por hoy; y ya se verá si algún día llega a serlo la república catalana desgajada de él que algunos pretenden. En cualquier caso, no es una cuestión que vaya a dirimirse entre dos borrachos en una pelea de bar.

Uno de ellos saca una navaja y reta al otro a continuar la discusión en la calle. El arma no disuade a su contrincante, que se muestra de acuerdo en salir a resolver el litigio a la puerta del local. La reyerta que sigue se salda, como era previsible, con el apuñalamiento de quien estaba desarmado, que muere sobre la acera. El homicida huye en un primer momento, pero acaba entregándose a la policía, de la que es viejo conocido. Lo más estrafalario de esta historia es que ninguno de los que esta aciaga noche de Reyes han contendido a muerte por la independencia de Cataluña es catalán de origen. Uno procede de Cádiz y el otro de Madrid. Un final trágico para una confrontación grotesca.

La segunda historia tiene lugar en Villa las Rosas, en la provincia de Salta (Argentina). Una joven madre va a visitar al padre de su hijo de corta edad a la cárcel. Lleva consigo al niño, para que lo vea el progenitor. Las autoridades de la prisión le han autorizado a la pareja un encuentro íntimo, para el que los conducen a una celda en la que quedan solos con la criatura de ambos. Antes de que termine el tiempo estipulado para la visita, el hombre, de treinta y nueve años, sale con el bebé en brazos e informa al vigilante de que ha matado a la madre, de tan sólo dieciocho años. Lo terrible del caso es que no es la primera vez que el recluso se deshace de su mujer. De hecho, cumple condena por asesinar a la anterior que tuvo; y lo más estremecedor del caso es que

justamente mató a aquella otra mujer en circunstancias idénticas: durante un encuentro íntimo en un centro penitenciario.

Alguien tendrá que explicar cómo se le dio a un individuo con semejantes antecedentes la oportunidad de repetir la macabra jugada, pero cuesta comprender que alguien se exponga del modo en que lo hizo la muchacha, que aceptó ser pareja de quien exhibía tan pavoroso currículum, concebir a su hijo y quedarse a solas con él para que pudiera matarla a placer. Como cuesta entender que alguien acepte salir a pelear con las manos desnudas contra quien esgrime una navaja, con todas las papeletas, salvo que uno sea un experto en artes marciales y se encuentre en plenitud de reflejos, para acabar apuñalado.

Un indigente español, una muchacha argentina. Ninguno de los dos verá amanecer el día de Reyes. Ninguno de los dos habría debido morir, de forma tan gratuita y predecible. Algo oscuro los atrajo, y ellos acudieron, porque los seres humanos obedecen a veces a misteriosas y extrañas motivaciones.

Ahora, alguien tendrá que criar a ese niño. Y contárselo.

El desparpajo del amnistiado

Era sólo cuestión de tiempo. Cuando se adopta una medida tan anómala, no hay más que esperar para que produzca efectos escandalosos, para que quede expuesta a la más cruda luz la arbitrariedad, para que se desmorone la fe en la justicia, la igualdad, la cabal y recta llevanza de los asuntos públicos.

Cuentan que a uno de los mayores gánsteres de todos los tiempos, Al Capone, a quien habían tratado por todos los medios de encarcelar por sus múltiples crímenes, que incluían extorsiones y asesinatos, sólo hubo una manera de meterle mano: como suele suceder con los detentadores de grandes sumas de dinero de oscura procedencia, no había sido capaz de cumplir con sus deberes con el fisco. Que fuera justamente un delito fiscal el que diera con los huesos de semejante espécimen en la cárcel da la medida de lo importante que es ese tipo penal para el cierre del sistema, para que sean llevados a la justicia delincuentes especialmente hábiles, o especialmente crueles y carentes de escrúpulos, como era el caso de Capone; los que tienen, en fin, recursos para que sus otros desmanes no les sean probados.

Sin embargo, esa higiénica e importante función deja de cumplirse cuando alguien toma la siempre cuestionable y dudosamente moral decisión de decretar una amnistía fiscal. Sobre todo, si la amnistía fiscal es barata y ventajosa para el delincuente tributario, tanto que propicia un masivo aprovechamiento de sus beneficios. Los amnistiadores fiscales suelen justificarse diciendo que el perdón sólo alcanza al delito fiscal propiamente dicho, y que otros delitos previos, subsiguientes

o subyacentes podrán seguir siendo perseguidos, como si eso paliara el agravio. Habría que decirles que serán perseguidos siempre y cuando puedan probarse, y ahí está el quid del asunto.

Cuando a este infractor fiscal confeso, si bien amnistiado, de nombre Oleguer, el fiscal y las acusaciones le aprietan, en los interrogatorios previos a su posible entrada en prisión, y le preguntan por las sumas de dinero por las que no ha tributado, apenas se inmuta: reconoce con absoluto desparpajo que cobraba comisiones en negro y que dejó de ingresar en la hacienda de su país miles y miles de euros; pero alega que todo ello ha pasado puntualmente por la lavadora que en buena hora (para sus intereses, que no los del común) puso a su disposición el gobierno de España, así que más vale que dejen de perder el tiempo y de importunarle con la cuestión.

Cualquiera, en las horas previas a una vistilla en la que se decidirá su posible ingreso en prisión, estaría como mínimo nervioso y quizá turbado y encogido. Oleguer, no. Tiene un buen abogado y, aquí le toca escoger al lector, una de dos: o lo único que hizo fue impagar sus impuestos, o si hizo otra cosa, como creen la fiscalía y buena parte de la población, pero ha de romperse al respecto su presunción de inocencia, tiene la convicción de que en el sumario no hay pruebas concluyentes al respecto y de que al juez le temblará la mano antes de decretarle prisión incondicional. Existe otra teoría, más imaginativa, según la cual al juez le pesará la amenaza de su padre de tirar de una ancha e indefinida manta, pero no es ese argumento que suele afectar a las decisiones de los jueces de instrucción, por lo que nos permitiremos omitirla a efectos de este breve y humilde cuento.

El caso es que el pronóstico de Oleguer se cumple, y el juez tan sólo se atreve a quitarle el pasaporte. La instrucción todavía durará meses, quizá años más. El golpe está parado, y el tiempo suele ir en contra de que prosperen las acciones penales.

Cuando conocen la noticia, todos los españoles de pocos recursos que pagaron los impuestos que debían, todos los presos por delitos que no han sido amnistiados, se acuerdan, sin poder evitarlo, de un nombre y un apellido. Adivine el lector cuál.

Caer con estilo

Núria tiene cuatro años recién cumplidos y nunca ha aguantado una película larga del tirón. Ha hecho sus mejores esfuerzos en varias ocasiones, en casa y un par de veces en el cine, pero su padre ha sido consciente de que, incluso cuando no se levantó de la butaca, su atención se dispersaba y era incapaz de mantenerla en la proyección. Teniendo en cuenta que desde bien pequeña, y al igual que otros niños de su edad, Núria ha tenido contacto con la programación televisiva y, sobre todo, con la moderna cultura del videoclip, con su sentido minimalista del tiempo encapsulado en paquetes de cinco minutos o poco más, su padre se teme que esté desarrollando una escasa capacidad de concentración, o lo que es peor, que se haya hecho a estar

dispersa y no fijarse en nada, por culpa de la facilidad de la pantalla táctil de la tableta o el *smartphone*, que ya maneja con soltura.

Sin embargo, y como pasa a menudo con los padres, el de Núria se equivoca por completo en su apreciación. Lo que a su hija le pasa es que no se ha sentado, jamás, ante algo por lo que mereciera la pena permanecer inmóvil y atento durante noventa minutos. Las películas que la ha llevado a ver al cine, títulos infantiles de actualidad que omitiremos piadosamente, no eran más que guiones endebles puestos en efectos digitales por una legión de programadores excelentes al servicio de la nada.

La revelación ocurre en el sofá de casa, cuando la niña, de pronto, le pide que le ponga el DVD que le han traído los Reyes, y que, entre unas cosas y otras (la vida confusa y amontonada de este siglo XXI), no ha habido ocasión de ver todavía. Se trata de una película de animación digital. Pero no de una película de animación cualquiera, sino de *Toy Story*. Frente a ella, acontece al fin el milagro: la niña no despega la mirada de la pantalla.

Hace muchos años, allá cuando la estrenaron, más de dos décadas atrás, que el padre vio la película por primera vez. Ha vuelto a verla varias veces, como lo justifica el monumento del cine y el ejemplo para contadores de historias que es. Nunca le ha cabido la menor duda del talento inmenso que atesora, pero al redescubrirla con su hija comprende como nunca por qué es una obra maestra. La pista se la da la atención devota con que esa mente aguzada y limpia se rinde ante la historia, pero también la proyección universal que tiene, mucho más allá de su tiempo y su lugar, y que se concreta, sin remedio, en este momento que el propio padre vive; no el de la juventud y los optimistas años noventa, cuando la descubrió, sino el de su madurez y esta era absurda en la que ya manda un tal Trump.

Tiene la película muchos momentos gloriosos, pero hay tres que esta vez se le quedan grabados. Cuando el *sheriff* Woody, comido por los celos y el rencor, desencadena el desastre, al tratar de asegurar que Andy, el niño al que pertenece, se lo lleve a él de paseo en vez de tomar al advenedizo, el guardián espacial Buzz Lightyear. O cuando están ambos en el fondo de una máquina de esas con un gancho para pescar peluches, y por culpa de los extraterrestres obnubilados que la habitan (y a los que Woody pateo en vano, llamándolos fanáticos) resultan atrapados por el gancho y caen en manos de su peor enemigo. O cuando, en fin, tras soltarse del cohete al que los ha amarrado ese enemigo, Buzz Lightyear logra planear con sus alas de plástico y Woody, al que lleva sujeto, le dice que está volando. A lo que Buzz, con sensatez, responde: «Esto no es volar, es caer con estilo».

Cuando la película termina, el padre siente una maraña de emociones. La que produce el arte cuando alcanza la excelencia. La que siente al percibir la inteligencia de su hija. La que le embarga al comprender, iluminado por ese relato magistral, que en estos tiempos de desastres, provocados por el fanatismo y el resentimiento, hay una forma de salvarse: caer con estilo.

Saber ganar, perder, estar

Aunque cada día parezca más difícil, incluso más extravagante, queda gente para la que no son especialmente relevantes los grandes acontecimientos deportivos. Gente que puede elegir, con toda tranquilidad, irse al cine a la misma hora a la que comienza la gran final de un Mundial de fútbol, o aprovechar la noche de la final de la Champions para salir a cenar. Entre otras cosas, tiene la ventaja de que te ahorras colas y puedes reservar casi en cualquier parte y disfrutar de las calles desiertas.

No vibrarán jamás, estos ciudadanos estafalarios, con lo que mueve a cientos o a miles de millones de sus congéneres. Ni la *Super Bowl*, ni el Gran Premio en el que se decide el campeonato de Fórmula 1 o de motos, ni los *play-offs* de la NBA, ni las finales de los campeonatos de tenis del Gran Slam. Les da igual, a estos efectos, que los protagonistas sean deportistas extranjeros o que se trate de los grandes referentes del deporte patrio, proclamados una y otra vez como embajadores supremos y representantes máximos de la marca del país, además de encarnar otras varias que les contratan su imagen a cambio de cheques millonarios, para luego ponerla en miles, o millones, de carteles, anuncios, inserciones en revistas y páginas webs.

Tal vez carezca, esta gente, del gen que lleva al resto a cifrar en esas competiciones tantas esperanzas, ilusiones y emoción como para darles lugar preeminente (y en algunos casos, central) en sus vidas. Un gen que está ahí desde hace siglos, y que es el mismo que llevaba a los romanos a sentir malsana pasión por los combates de gladiadores (unos tipos cuya popularidad, en algunos casos, no era inferior) y antes, en la Grecia clásica, al mismísimo Píndaro a celebrar, con lírica tan encendida como memorable, las hazañas de los vencedores en las carreras de carros.

Aparte de su nula inclinación a sentirse concernidos por las justas deportivas ajenas, ayuda a estos escépticos, sin duda, la frecuencia con que en las competiciones, o en torno a ellas, se producen actitudes poco recomendables, que van desde el menosprecio al rival hasta la violencia en cualquiera de sus formas: desde el insulto hasta la paliza mortal, pasando por las faltas inelegantes y toda la gama intermedia de injurias y de agresiones físicas. Por no mencionar las reacciones, también a menudo carentes de estilo, con que los contendientes celebran el triunfo o dejan fluir su contrariedad frente a la derrota.

Para estos remotos y nada predispuestos espectadores, no es la final que este domingo de 2017 se celebra en Melbourne entre dos leyendas del tenis, el suizo Roger Federer y el español Rafa Nadal, lo que los cursis llaman una «cita ineludible». Desde luego que pueden eludirla, y dedicar la jornada de descanso a las muchas y placenteras ocupaciones alternativas que para disfrutarla cabe elegir. De hecho, nadie espere que se pasen ante el televisor los cinco sets y las varias horas que se prolonga el duelo (por lo demás, eso nadie puede negarlo, objetivamente emocionante). Así

y todo, tendrán ocasión, basta con que pongan el telediario, de ver las imágenes del partido y escuchar los discursos del vencedor y del que no consiguió el trofeo.

En esta ocasión, gana Federer y pierde Nadal. Y da igual si uno es suizo o español, porque no se trata, quede claro, de gentes proclives a dejarse arrebatar con estas cosas, o a cifrar en ellas la valía de un país, ya sea el propio o uno extraño. Lo que no puede dejar de llamar la atención, incluso de estos reacios espectadores, es la infrecuente distinción con la que quien esta vez obtiene el premio lo alza y quien lo ve alzarlo acata la fortuna que le deparó el juego.

Si todos los deportes y todos los deportistas fueran así, no podría nadie, tal vez, resistirse a su hechizo. Esa lección sobre saber perder, saber ganar y, en suma, saber estar en la vida, sí es un ejemplo, que bien podría darle, si viviera, una oda al viejo Píndaro.

El juez y el tuitero

Al tuitero, además de las claves de la cuenta de su aplicación favorita, le han puesto en las manos las claves nucleares y la pluma de firmar decretos presidenciales. Viendo su manejo de la red social, a muchos alarma que se amplíe de esa manera su capacidad de interactuar con el mundo físico. En el virtual su presencia resultaba a menudo deprimente y fastidiosa, pero sólo moderadamente nociva. Lo que ahora tiene en las manos aumenta de modo considerable su capacidad de devastar.

Es lo que hay, en cualquier caso: lo llaman democracia y se basa en que la mayoría decide, incluso si no es exactamente la mayoría, sino el número de votos suficiente, y repartido del modo adecuado, para determinar la mayoría en un cuerpo electoral intermedio. El sistema lleva funcionando más de dos siglos y, si no se ha impugnado en ocasiones anteriores, habrá que pasar también en esta de ahora por el resultado que arroja, nos guste o no.

Lo que ocurre, y quizá el tuitero no era hasta ahora muy consciente, es que dentro del paquete viene algo más. Existe una Constitución, que sólo es la primera y principal de toda una serie de reglas del juego a las que han de someterse todos: incluso quienes cosechan en ese colegio electoral intermedio más votos a favor que en contra. Existe, además, una serie de agentes sociales y funcionarios públicos que no le deben obediencia, sino que, antes bien, tienen el deber de examinar críticamente sus acciones; entre otras cosas, para determinar si convienen al país y a sus habitantes (cuestión siempre subjetiva, pero debatible, en una democracia) y si se ajustan o no a las reglas que todos han asumido y que el hecho de ganar unas elecciones no faculta para cambiar (cuestión subjetiva también, pero menos, porque hay una referencia concreta, las normas, para dilucidarla).

Así las cosas, y en cuanto tiene ocasión, el tuitero empieza a convertir sus tuits en decretos. Había quien decía que no se atrevería. Hay quien dice que le honra ser un político que no se

olvida de lo que prometió en campaña en cuanto se sienta en el despacho oficial. En todo caso, en la vida real, y legal, no sucede como en la tuitesfera, donde lo más que uno cosecha son *likes* y desahogos de *trolls*. En la vida real te aguarda la gente a la que golpean tus decretos, y también los jueces a los que esta gente, es su derecho, puede acudir para que dejen de arrearle.

Y eso es, ni más ni menos, lo que sucede. El asunto llega a un juez federal de Seattle, estado de Washington. El lugar le pillra muy lejos al tuitero, que tiene su sede en la costa opuesta; pero he aquí que su decreto pretendía desplegar efectos allí, y eso le aboca a la ingrata coyuntura de que pueda ser enjuiciado por quien allí vela por la vigencia y el respeto de las reglas del juego. Y al final, siempre hay un ser humano. Éste se llama James Robart, peina las canas correspondientes a sus siete décadas de existencia y, como la mayoría de los jueces federales norteamericanos, es un hombre con la carrera y la vida hechas que ya no espera favores del poder, ni teme especialmente desairarlo. Lo puso ahí hace años un presidente que ni siquiera es el último, y no tiene que hacer méritos ni caerle bien a nadie.

Ni siquiera al tuitero.

El juez federal Robart, de Washington, hace uso de la pluma que tiene en la mano y firma una decisión judicial que convierte el tuit elevado a decreto presidencial en algo tan inerte e inoperante como un tuit común. El tuitero monta en cólera, y contesta a su resolución como mejor sabe: con varios tuits que entre otras cosas ponen en cuestión que el juez sea un juez de verdad. Es lo bueno que tiene Twitter: puedes desahogarte contra todo en 140 caracteres. Incluso contra la realidad.

La decisión judicial es apelable, como todas. Le guste o no, ése es el camino que tiene el tuitero. Y quienes resuelvan la apelación, de nuevo, no lo harán en Twitter, sino con una resolución judicial frente a la que al tuitero, si le displace, no tendrá más remedio (tuitee lo que tuitee, que cabe presumir que tuiteará) que seguir el procedimiento legalmente establecido al efecto.

Alivia saber que hay vida, y derecho, más allá del trino azul.

Los amigos estupendos

Lo primero que se nota es que hay mucha más pasta. Basta echarle un vistazo a la escenografía, a los rótulos, a la iluminación, a la infraestructura en todos sus detalles y aspectos. Más lustre, más diseño, mejora de materiales. Es lo que tiene haber dejado de vivir en la calle, de la calle, para pasar a mojar, y no poco ni de cualquier manera, en la rica y copiosa salsa del presupuesto. Ser la tercera fuerza política, a muy poca distancia de la segunda, permite a los amigos estupendos, y al partido que hasta hoy dirigían más o menos juntos, acceder a las mieles de una financiación que se queda corta para las elefantiásicas necesidades de los paquidermos del bipartidismo (de ahí los

Gürteles, Eres, Formaciones y demás pringue extrapresupuestaria), pero cunde de lo lindo para quienes hace nada se alimentaban con los bocatas baratos de la cafetería de la facultad.

Los amigos estupendos han alcanzado metas que parecían impensables. Y si el valor de las personas se juzga por sus resultados (que según cómo, dónde y para qué, podría ser) han demostrado ser tipos valiosos, dotados y capaces de aprovechar su oportunidad: la de acceder a la representatividad que los grandes y viejos partidos decidieron perder, cuando hicieron apuestas como echarse en brazos de los bancos y otras compañías mercantiles que les abren a sus próceres las dulces puertas giratorias, o garantizarse su supervivencia y las de sus afines, allegados y apesebrados varios, a costa de la pobre gente que se quedaba sin trabajo, sin renta, sin casa, sin esperanza.

Era una oportunidad, pero, como todas, hay que saber verla y saber jugarla, y en este caso, además, articular el discurso y dar con el tono que sedujera e ilusionara a quienes habían visto antes defraudadas todas sus expectativas. Y lo hicieron.

Quizá no calcularon bien ciertos extremos. Quizá se olvidaron de esas otras pasiones humanas que anidan en tantos corazones y se enseñorean de ellos: el interés, el miedo, la zozobra. Es posible que no se dieran cuenta de que había quien sí tenía que perder, quien prefería sacrificar ciertos valores o quien, simplemente, nunca podría confiar en ellos por múltiples razones: desde el recelo hacia la novedad hasta la convicción de que para que todo funcione razonablemente hay que prestarles a quienes mandan cierto grado de sometimiento. La Historia enseña que quien desaira al poderoso se enfrenta a su ira, y que no siempre los que incomodaron al poder disponían de la fuerza, el temple o el aguante para encajar sus duras represalias.

Actitudes estas que merecerán el juicio que merezcan, pero que no privan a quienes las sustentan del derecho a introducir en la urna la papeleta que tengan por más conveniente.

En resumen, por dos veces el asalto al cielo (con el que soñaban, que casi rozaban, que creían merecer) se quedó colgado en el aire, y la segunda vez más cerca del suelo que de las nubes. El triunfo empuja y cohesionan, pero el fracaso hace temblar los cimientos de cualquier forma de solidaridad humana, porque genera la necesidad de atribuirlo y alejarlo de sí, y es entonces cuando afloran las diferencias que se soslayaron para asumir un empeño común. Es entonces cuando los amigos estupendos, que además son inteligentes, que además son ambiciosos, que además tienen la vocación y el afán de prevalecer, dejan de ser tan estupendos amigos, y en un tiempo récord acaban por convertirse en rivales enfrentados en la cúpula del trueno. Ese lugar en el que entran dos, pero del que tan sólo puede salir uno.

Puede que importe quién logra llevarse el gato al agua. Lo que se juega es la ilusión recobrada a duras penas de millones de personas que la habían perdido, y de cuya gestión ninguno de los examigos estupendos puede estar orgulloso. Con todo, así es la vida, algo se ha apagado para siempre, sin remedio.

Setecientas páginas

No puede dejar de pensarlo, al terminar el último repaso de la sentencia. Seguro que en algún momento, al contemplar ante sí esas setecientas páginas por las que se despacha una pena máxima de ocho años, tiene un recuerdo, aunque sea fugaz, hacia las personas a las que impuso penas mucho mayores con sentencias muchísimo más breves, en las que invirtió muchísimas menos horas de su vida. Es verdad que hay crímenes más simples y también instrucciones más sucintas, aunque el código les asigne más pena. Es verdad que las tramas de delincuencia económica como ésta, por su propia naturaleza, y por el afán de los delincuentes de enmascarar, ocultar y eludir, tienden a resultar más prolijas y arduas de dilucidar que otras actividades delictivas. Con todo, costará disuadir al profano de que, al menos en este aspecto, no todos somos exactamente iguales ante la ley.

No puede tampoco dejar de releer varias veces, y volver a sopesar una y otra vez, los términos en los que va a decidir, junto a sus compañeras, la exoneración de responsabilidad penal, a título de imputada, de la persona que motiva toda la atención que recibe el asunto, e indirectamente su necesidad de escribir una sentencia del tamaño de *Los pilares de la Tierra*. Ciertamente es que la va a condenar como partícipe lucrativa de los delitos de su marido, y que le va a dar el soberano disgusto de dictar para él una pena de prisión de las que te llevan a chupar celda. Pero sabe que el graderío pide sangre azul y, como no es una extraterrestre, como también a ella le han bajado el sueldo, y seguro que tiene una familia y en ella alguno de los casos que tenemos todos, no dejará de entender que el vulgo ande sediento del escarmiento de los privilegiados, de aquellos que se ven exentos de los peajes que se les impone al resto, tan duros estos años.

Y más cuando, como es el caso, a los privilegios se sumó la picardía para aumentarlos con dinero obtenido por la cara y a costa del contribuyente, que al final venimos a ser todos.

Sabe, no puede no saberlo, que las van a despellejar vivas. Que las llamarán vendidas, cagadas, esbirras y las cosas peores que con suma facilidad vomitan cada mañana las redes, con tal profusión que tratar de perseguirlas o responder a ellas sería como intentar arar el mar. Y aun así, relee y asiente para sí. Eso que ahí dice es lo que cree que tiene que pronunciar, mandar y firmar, con la autoridad que le han dado para ello, y de la que responde ante su conciencia y sus conciudadanos. Sabe, o debe saber, que podría condenarla, si viera base para ello; ítem más, que debería condenarla, como a todos los demás que pasan por sus manos y a los que, hallándolos culpables, da en empadronar durante años en un centro penitenciario.

Hay quien piensa que no es independiente, que no siente la necesidad de estar a bien con su conciencia, que sus conciudadanos le importan un pito y que su preocupación es quedar bien con el poder. Uno, que es un hermeneuta acaso un poco menos ligero, recuerda que junto a sus compañeras de sala decidió exponer a la imputada a uno de los interrogatorios judiciales más desagradables que se recuerdan, y concede a quien tiene el valor de aplicar en ese caso a la

sangre azul la misma vara que a la sangre roja el beneficio de la duda para lo demás. Aunque no acabe de ver por qué la falta fiscal es tan difícil de apreciar en una infanta, con la bendición de la Agencia Tributaria, y al autónomo del común le cae la del pulpo si se desgrava un tique de aparcamiento sin hacer una memoria justificativa.

A veces, ya que el de juzgar es el deporte nacional, del que no escapa el juzgador, ni esta juzgadora que ahora firma la sentencia que todos van a criticar, conviene mirar por el retrovisor. Cuándo, en la vida y en la historia de aquí, alguien tuvo arrestos para ponerle el chándal carcelario al cuñado del rey. Algo es algo.

Cuestión para el amigo

Que el derecho no es una ciencia exacta es algo que ya descubrieron quienes lo desarrollaron como nadie antes y nos legaron el grueso de la ciencia jurídica que todavía hoy sirve a jurisperitos, juristas y leguleyos varios para argumentar pleitos, dictar sentencias y redactar tratados académicos. Ya sabían, sí, los romanos, que el arte de aplicar las normas y leyes, el arte de lo bueno y de lo justo, como vagamente lo definió Celso y lo recogió luego el famoso jurisconsulto Ulpiano, llamado el Lapidario, no conduce a resultados automáticos e invariables; pero fue un jurista medieval, Bártolo de Sassoferrato, el que mejor supo definir esa inexactitud del derecho, con una fórmula feliz que recoge el gran Michel de Montaigne en sus *Ensayos*.

Cuenta Montaigne que cuando Bártolo se encontraba con una cuestión jurídica dudosa, un punto en el que la solución no era inequívoca, sino que dependía de la interpretación y en suma de la voluntad o la predisposición del hermeneuta, anotaba al margen: «Cuestión para el amigo». O lo que es lo mismo, que ante un problema de esa índole era lícito abandonarse a la conveniencia de resolver el asunto de manera favorable a los intereses con los que más simpatizara el intérprete, de la persona a quien se sintiera más cercano, del modo que más le apeteciera, en suma, sin temor a estar incurriendo en la fea prevaricación.

Es esta de Bártolo una forma humana e ingeniosa de describir cómo, en más de una ocasión, el jurista no es una simple máquina de aplicar reglas de resultado unívoco e inexorable. Lo que el concepto exige, en contrapartida, es que estos casos dudosos y oscuros que se resuelven con arreglo a la preferencia personal del que interpreta o juzga, estas confortables y gratificantes «cuestiones para el amigo», sean una excepción.

La duda surge cuando aquí y allá menudea la sensación de que los juzgadores se dejan llevar una y otra vez por la regla hermenéutica de la cuestión para el amigo. El derecho no es una ciencia exacta, pero tampoco tolera una incertidumbre ilimitada, porque entonces pierde su carácter normativo para entrar en el terreno de materia sujeta a los caprichos e intereses humanos y, si bien ésa es una tesis que sostiene algún filósofo extremo, recogiendo por cierto una vieja sentencia

romana que dice que la ley es lo que al príncipe le place (reformulada en el siglo XX por un jurista checo llamado Franz Kafka, en una narración que presenta a las leyes como mero artilugio de la aristocracia gobernante), todos podemos estar de acuerdo en que, en una democracia que además pretenda considerarse un Estado de derecho, hay que procurar que no se produzca esa sensación.

Y he aquí que en cierta democracia y Estado de derecho del sur de Europa empiezan a suceder cosas que llevan a más de uno a sospechar una indeseada extensión de la interpretación amistosa de las normas jurídicas. Por ejemplo, puede que esté fundada la decisión de no tomar ninguna medida contra un condenado a seis años de cárcel que reside en el extranjero, más allá de facilitarle una cómoda comparecencia en el juzgado de la ciudad, perteneciente a un país extracomunitario, en la que vive (y es de suponer que si decidiera cambiar de residencia, en un juzgado del país que tuviera a bien elegir). Pero llama algo la atención que al condenado junto a él, que no tiene vínculo familiar con el jefe del Estado, se le retire el pasaporte.

Y puede que los relevos en la Fiscalía que se producen simultáneamente no tengan otra razón que la competencia técnica de los juristas designados para el cargo, pero también llama la atención que sea apartado uno que se fajaba contra la corrupción del partido en el gobierno y elegido el que no vio delito alguno en el saqueo con tarjetas de crédito de una caja de ahorros, asunto por el que unos jueces acaban de imponer decenas de años de cárcel.

El tiempo dirá si en el país en cuestión impera la ley de la cuestión para el amigo, o si son estos hechos, extraños y aislados, interpretados con malevolencia por los más suspicaces.

La necesidad de negar a otro

Has nacido en un mundo ancho, en un país que mejor o peor, y sin otras limitaciones que las que impone la convivencia, te permite ser quien desees ser, hacer lo que desees hacer, imaginar lo que desees imaginar. Y entre todas las posibilidades a tu alcance, decides que la que te defina sea negar las posibilidades de ser, hacer e imaginar de otro. De otro a quien no conoces, a quien no entiendes, que nunca te pidió nada ni te ofendió.

Comprenderás que me pregunte por qué, para qué; qué hay o qué puso alguien en ti para que tu camino consista, precisa y prioritariamente, en tratar de cortarle el camino a otro. En decirle no sólo que no puede o no debe, sino algo más, lo más extremo de todo lo que un ser humano puede echarle a la cara a otro: que no es.

Comprenderás que me lo pregunte, o no, porque comprender es un acto de la voluntad y la tuya parece tener premisas que van antes que la inteligencia de las inquietudes y los sentimientos ajenos. En cualquier caso, lo comprendas o no lo comprendas, lo admitas o no lo admitas, te guste o no te guste y lo quieras o no: soy.

Ésa es la cuestión principal, de la que dependen no sólo mi voluntad y mi derecho de ser, que

no se imponen a tu existencia ni la limitan en modo alguno. De ella se sigue que seré, y que tu cruzada para impedirlo es estéril, además de grosera, ofensiva y anacrónica. Sería un excelente ejercicio probar a examinar las razones que te asisten para afirmar que no soy, o que soy un capricho, una enfermedad, una desviación o una anomalía que debe corregirse y desaparecer; desde antiguo, muchos de los que se empeñan en expedir certificados de aberración al prójimo acaban mostrando, en cuanto se rasca un poco bajo su cáscara, que tienen algo descompuesto dentro de sí, algo de lo que hay que huir tratando de descomponer a otro.

Te pido que reúnas tus argumentos de verdad, los que se derivan del uso de la razón que alguien o algo (Dios, la evolución de las especies, elige a tu conveniencia) te dio para que la usaras y te sirvieras de ella en tus comportamientos. Deja a un lado tu fe, espontánea o adquirida, que es personal e intransferible y tan sólo sirve para amueblar tu casa; no pretendas que ella te da la prerrogativa de ordenar el espacio íntimo de otro. Y entre los argumentos, hazte el favor (o muéstrate el respeto a ti mismo) de no limitarte a aquellos que se quedan en la superficie y la simpleza de las cosas. A tu disposición está el conocimiento elaborado durante siglos por los que te precedieron, la información ilimitada e instantánea que otros pusieron a tu alcance. Contrasta con ellos tus intuiciones apresuradas, tus prejuicios ramplones.

Ahonda y sabrás que yo, como tú, soy algo más que unos accidentes anatómicos externos, unos cromosomas o unas hormonas. Haz el esfuerzo de considerar todas las dimensiones de mi ser, que es el esfuerzo de considerar todas las del tuyo: ambos hemos sido bendecidos con un cerebro complejo, que no sólo construye lo que somos, sino lo que podemos o debemos ser. Acepto que a ti te otorgue una identidad predeterminada, unívoca en todas sus facetas, convencional, dogmática. No voy a discutirle a nadie el derecho a ser así, que es natural y que te proporciona una felicidad que tienes pleno derecho a perseguir.

El asunto, querido militante contra la diversidad, querido censor de todo lo que no es como tú, es que mi identidad, extraña al molde, contradictoria, minoritaria y dialéctica, no es menos natural, ni está escrito (más bien está escrito lo contrario, en la ley que a ambos nos vincula) que mi derecho a perseguir la felicidad a través de ella sea menor o de peor condición que el tuyo.

Piensa lo que quieras, sé lo que quieras, no me aceptes, ni me apruebes, ni me apoyes, si no lo deseas o repugna a tu fe o a cualquier otra cosa que sea importante para ti. Pero abstente de aparcar autobuses que mienten sobre mí a la puerta de los colegios.

Todos mienten

La cosa es más o menos como sigue: al principio hubo un hombre que osó lanzar la acusación en público, en una coyuntura que no era muy propicia para ello; el hombre en cuestión presidía un

gobierno débil que no podía permitirse según qué alardes. Al hombre le conminaron a retirarla y, por la cuenta que le traía, lo hizo.

Pasaron los años, y hubo otros hombres y mujeres, desde distintas posiciones y con contundencia variable, que fueron atreviéndose a decir lo que ya había dicho aquel hombre. Se les tildó de calumniadores, esbirros de poderes oscuros, etcétera. Los señalados por aquella acusación, además del poder en sus distintas formas, desde la institucional y oficial hasta ese poder de facto que dan la influencia y los dineros, contaban para repelerla con una especie de comodín o botón nuclear que lo volatilizaba todo: su condición de adalides de una patria perseguida e irredenta que los designaba sus defensores con la fuerza de un clamor que emergía de las profundidades de los siglos.

Pasaron más años, y algunos policías, algunos guardias civiles, algunos *mossos d'esquadra*, empezaron a trabajar sobre denuncias, indicios, cosas raras que aparecían aquí y allá. Los *mossos* no acabaron llegando muy lejos, vaya usted a saber por qué, pero los policías y los guardias civiles siguieron trabajando, con el respaldo de algunos fiscales anticorrupción y de algún juez de instrucción; en particular, se distinguió por su celo y coraje en la tarea un juez de pueblo, de una localidad de Tarragona en cuya jurisdicción dio en emerger algún retazo del asunto. Un juez cuyos apellidos impedían considerarle un *foraster* o sicario de esos poderes oscuros que conspiran sin tregua para asfixiar y aniquilar a esa patria centenaria y sojuzgada.

Los policías, y los guardias civiles, y los fiscales, y los jueces, empezaron a encontrar dineros, papeles, grabaron conversaciones, obtuvieron testimonios, ataron cabos, fechas, toda esa laboriosa quincalla de la investigación criminal que una vez puesta en negro sobre blanco, y convenientemente ensamblada, permite imputar, incluso dictar autos de procesamiento.

Ahora estamos en la fase siguiente. Comparecen ante los tribunales correspondientes los imputados, los testigos, gente de todo pelaje y condición. Algunos, cierto es, con la amenaza de la prisión sobre sus cabezas; otros, que simplemente pasaban por allí y que vieron y oyeron, según dicen, y se lo cuentan a los jueces.

Y todos ellos, y con ellos, es importante recalcarlo, los papeles, y las conversaciones grabadas, y los dineros que pasaban la frontera en maletero o en helicóptero y aparecían luego en Andorra, en Suiza, en Liechtenstein o donde fuere, o ante la hacienda pública aprovechando oportunas amnistías fiscales, y para los que sólo se ofrecen explicaciones precarias o estafalarias, apuntan en la misma dirección: a que efectivamente pudiera ser cierto aquello que aquel hombre dijo, y que las circunstancias del momento le obligaron a retirar.

Sin embargo, no hay por qué ponerse nervioso. Por el momento, también es verdad, todo es presunto: falta que empiecen a caer las sentencias, debidamente confirmadas por todas las instancias jurisdiccionales ante las que cabe recurrirlas, para que pueda afirmarse de manera taxativa lo que las personas que acuden a declarar y los múltiples elementos de prueba sugieren. Conocida la celeridad impar de la justicia española, para cuando eso suceda, todos calvos, Cataluña independiente o el mundo destruido por Donald Trump.

Así que no hay más que comparecer ante las cámaras, con la solemnidad del adalid, con ese empaque que le proporciona a uno ser el depositario de las esencias del pueblo y de la patria, el paladín de una causa telúrica e incontrovertible, y decir:

—Todos mienten.

Los tuyos lo compran, los enemigos no. Qué más da.

Donald contra Trump

Hay gestos y momentos que lo cuentan todo. En especial, si se trata de un gesto y de un momento que dejan tan a las claras ver la premeditación. Ocurre cuando la mujer que coincide que es la canciller alemana le ofrece al hombre que coincide que es el presidente de Estados Unidos estrecharse las manos delante de los fotógrafos, en el despacho del segundo, y éste la ignora olímpicamente. Muchos significados, demasiados, en un solo segundo.

No puede no haber calculado, quien así obra, que está escenificando, en la persona de su primera representante, un desplante a todo un pueblo, con pretensiones de hacerlo en nombre del pueblo que a él le ha elegido, aunque diste de contar con su respaldo unánime. No sólo es un gesto contrario a cualquier forma de diplomacia, sino un acto casi ofensivo, si se tiene en cuenta que el pueblo desairado ha apoyado al suyo en guerras recientes, y ha enviado a ellas a jóvenes saludables que volvieron inertes en ataúdes. Se trata de un nuevo estilo de relaciones internacionales, basado en el escupitajo al aliado, que antes o después ha de tener sus consecuencias, y lo más inquietante es que parece que éstas se buscan a conciencia y de propósito, en aras de un mayor ensimismamiento del propio país.

Tampoco puede haber dejado de calcular, quien la mano rehúsa, con ese gesto de niño cabreado que borda como nadie su imitador Alec Baldwin, la lectura que propiciará en términos de género, ese invento de los liberales antiamericanos contra los que tan bien vive y tanto ha prosperado. El ninguneo lo sufre una mujer, lo que lanza a sus cofrades y partidarios un mensaje subliminal muy esclarecedor: el macho alfa alfa plus menosprecia en público a la fémina que ha pretendido y conseguido ocupar un papel que no le corresponde, el de lideresa de una nación, en el que puede sufrir desplantes de ese calibre sin poder replicar a ellos con la virilidad vindicativa que es automática en un varón agraviado por otro varón. Sólo le cabe dibujar una sonrisa embarazosa, en lugar de levantarse y plantarle al ofensor un «ahí te quedas, imbécil, vas a chulearle a tu padre».

Podrían hacerse más lecturas aún, como la que tiene que ver con la hospitalidad y la cortesía de anfitrión, que parecen ser las últimas de las virtudes que adornan al actual ocupante del Despacho Oval, pero sin duda la más interesante, sugerente y perturbadora tiene que ver con el hecho de que el país al que ha elegido vejar, en la persona de su jefa de gobierno, es el mismo del

que hace no tantos años vino, para establecerse en Estados Unidos, el Trump (o Drumpf, o cualquiera de sus variantes, a gusto del consumidor) del que desciende el presidente.

Mirado desde este ángulo, el gesto puede hacer las delicias de cualquier aficionado al psicoanálisis. Quizá Merkel, después de todo, no deba darse en exceso por aludida. Quizá lo que hay detrás no es tanto una desconsideración hacia su persona, hacia su país como tal o hacia su condición femenina, aunque algo de eso haya también. Quizá lo principal es que el constructor de muros, el negador del otro, el propiciador del embeleso en la propia mismidad, padece en la raíz de su personalidad una aflicción profunda por saberse insuficientemente él mismo, por estar impregnado en lo más recóndito de sus cromosomas de esa otredad inconveniente contra la que ha erigido su discurso y su éxito. No es una otredad tan engorrosa como la de los morenitos bajitos del sur del Río Grande, como la de los morenos sarracenos de más allá del levante o como la de los amarillos situados al otro lado del poniente. Pero no deja de estar ahí, insidiosa, molesta, proclamándole más sajón que anglo, como se adivina que sería secretamente su deseo, para mejor afirmarse.

Quizá sea, en definitiva, un gesto de Donald contra Trump.

Aquí empieza todo (o nada)

Podría ser el comienzo de algo histórico: por primera vez en la Historia de España, una mujer, que no es hija ni esposa de ningún rey, se postula para dirigir sus destinos, con alguna posibilidad de acabar consiguiéndolo. El escenario y la compañía refuerzan tanto como resulta posible esa sensación de acontecimiento colosal y memorable. Diez mil seguidores entusiastas, traídos de donde fuera menester, se encargan de respaldar a la lideresa que por fin, después de largos meses de especulación con peones interpuestos, se decide a exponerse a los focos como candidata a ser la número uno, la que manda. Ha llegado el momento de la verdad y el alarde organizativo trata de arropar y reconfortar al máximo a quien tanto se ha pensado presentarse ante los suyos y ante el país como promesa de futuro.

Corren malos tiempos para el futuro, que no sólo ya no es lo que era, sino que a veces, cuando uno lo escudriña, dan ganas de taparse los ojos y de entregarse a la lectura melancólica de los clásicos, esos que todo lo vieron y lo dijeron, y compensan de tanto ciego y tanto estólido puesto a cortar el bacalao. Quizá por eso le ha costado tanto a la lideresa decidirse a dar el salto mortal que la aleja de su cómoda red presente para asomarla a un inminente y áspero precipicio. Quizá por eso, también, hay algo de sobreactuación, de impostura poco convincente, en el entusiasmo que de manera tan unánime se despliega a su alrededor, y que de vez en cuando, ahí están los malvados fotógrafos al acecho, se deshilacha en un gesto de ausencia o tedio incluso en las facciones de los puestos en primera fila para jalearla.

Lo de menos, parece desprenderse de la aparatosa representación, es el mensaje o la propuesta programática de la candidata. Sus principales méritos son que ha ganado elecciones y que es una buena socialista, una socialista de verdad, una socialista por los cuatro costados: como si en un cónclave para la elección de papa se esgrimiera como argumento decisorio a favor de un cardenal el hecho de haber recibido el bautismo.

La cuestión, más allá de la escenografía, la clac de expresidentes, exministros y exsecretarios generales, y la multitud de militantes expedidos a Madrid en autobuses desde los cuatro puntos cardinales (y en especial, desde el meridional), es que para que la inmensa promesa se realice primero hay que derrotar al candidato rival, que cuenta con el apoyo de algún militante que otro y con la baza de haber sido víctima de un holocausto, que es algo que siempre otorga cierto relumbre. Luego hay que comparecer ante ese público aún más exigente y menos amigo, el escaldado y estragado pueblo español, que bracea como puede entre recortes y recuerdos antipáticos de cómo algunos creían que lo de todos era lo suyo, y no siente excesiva simpatía hacia quienes percibe como responsables de sus quebrantos. De sus manos hay que recoger los votos que sirvan para imponerse, a la vez, a aquellos que se pretenden el azote de pasados desafueros y a quien ha demostrado, impertérrito, su capacidad de sobrevivir a cualquier catástrofe y de carbonizar a cualquiera que se atreva a disputarle el sillón que ya ha amoldado a su liderazgo.

Sí, es posible que aquí comience todo, pero es igualmente posible, y habrá quien diga que es aún más posible, que aquí no empiece nada, y sí termine una forma de ser y estar en política que viene de demasiado atrás como para aspirar a continuar ahí delante. No conviene subestimar el valor de la experiencia, la tradición, la historia, los logros pasados. Pero cuando ese bagaje se ha despeñado no hace mucho por el barranco, arrastrando las ilusiones de muchos, tampoco conviene estimarlo de más.

El paso ya está dado, y la apuesta sobre la mesa. Se acabó el amago, el cálculo. Ahora sólo queda una: vencer o morir.

Historia de un error

El error comienza en una ciberredada lanzada por motivos que no son del todo infundados: con la generalización de las redes sociales, también han empezado a proliferar los perfiles desde los que se realizan manifestaciones que en un ámbito de publicidad, como lo son las redes, pueden reunir los rasgos de actos injuriosos o calumniosos, y por tanto delictivos. Las injurias y las calumnias se persiguen a instancia de parte, normalmente, pero hay injurias y calumnias que por la especial naturaleza de sus víctimas tienen el carácter de delitos perseguibles de oficio, y para eso están

fiscales y policías. Nada que objetar, en principio, a la legalidad e incluso la legitimidad de la actuación.

Podríamos preguntarnos si la redada busca por igual entre todos los injuriadores y calumniadores y propagadores de odio que en las redes son, o si apunta de manera preferente en ciertas direcciones; y los resultados que la operación arroja no dejan de suscitar algunas dudas. Podríamos preguntarnos, también, si en la acción ejemplarizante no se ha tupido demasiado el cedazo, de manera que además de peces de suficiente tamaño se sacan de las aguas cibernéticas pezqueñines a los que, como decía aquel anuncio, más valdría dejarlos crecer: aunque formalmente se los pueda perseguir por tener la mayoría de edad penal. Y a la vista de lo que a la vuelta de los meses nos encontramos, parece que sí, que más de uno de éstos se ha colado en la pesca.

El tamaño del pez venenoso tuitero viene dado por tres medidas principales de calibre: su audiencia, su madurez y el grosor en odio de sus exabruptos. Lo ideal, atendido el clásico principio de intervención mínima del derecho penal, es que a efectos de procesamiento se procure que concurren los tres, o al menos dos. Parece bajo ese criterio más que justificada la acción contra el tipo, ya de una edad y muy conocido en su entorno, que festeja pública y muy notoriamente la muerte reciente de la tripulación de un helicóptero militar. Parece algo más cuestionable que se proceda contra una chica postadolescente que hizo un chiste tonto (o más bien versionó un chiste tonto viejo) a propósito de un magnicidio ya un tanto remoto, para disfrute del número exiguo de seguidores con que cuenta su perfil.

El caso es que la operación sigue adelante, y llega a la mesa del fiscal, que acusa. De ahí a la del instructor, que procesa. Y de ahí a la del tribunal sentenciador, que condena. Una condena pequeña de prisión, un año, que una chica sin antecedentes, en condiciones normales, no cumplirá. Más una larga inhabilitación, que restringe sus posibilidades de empleo durante toda su edad juvenil, y una multa que tiene poca solvencia para atender. No es poco castigo para unos tuits, y la publicación de la sentencia desencadena una reacción en contra que pronto deriva en un cuestionamiento de la legislación vigente, lo que ya es un mal para una sociedad, y en la elevación poco menos que a la categoría de heroína cívica de una persona cuyo único mérito es reírse de la muerte ajena, en un rincón cibernético de baja visibilidad que gracias a la sentencia se vuelve viral y genera miles de imitadores y de reproducciones que desafían a la autoridad.

El problema era otro, y otra la solución. El problema es la ignorancia moral de muchos, que les impide comprender lo que el dolor ajeno representa, y les permite anteponerle cualquier ideología. El problema es que esa chica no sepa que reírse del dolor es algo que forma parte de las bajezas que una persona educada no exhibe, sino que se guarda para su espacio privado. Ya sea el dolor de la familia de Carrero o el de la familia de un etarra preso que tiene que cruzar España para visitarlo.

Para eso no está el Código Penal. Y si está, por obra de su letra actual, en este caso dista mucho de haber funcionado.

Tomahawk

La ventaja de ser presidente de Estados Unidos es que puedes estar fracasando en todas y cada una de las medidas que llevabas en tu programa electoral y, de pronto, alguien te da el menor pretexto y lanzas 59 tomahawks contra algo y lo reduces a cenizas y te consolidas como el superlíder de la manada.

El acto es tan contundente, tan impactante, y te beneficias hasta tal punto de la incapacidad de tus adversarios políticos para objetarlo, que de la noche a la mañana quedas certificado como gobernante, estadista y comandante en jefe, sin que nadie, más allá de las protestas de rigor de quienes resultan perjudicados por el ataque, se atreva a cuestionarte. A ver quién le tose de más a quien acaricia el botón capaz de desencadenar el infierno donde quiera y cuando quiera. Incluso quienes se hallan en la diana de los misiles reducen sus quejas al mínimo de oficio, y queda la sensación de que han recibido el mensaje, de que no lo volverán a hacer, de que, en fin, te reconocen como el padre que les hace pagar las travesuras con un pescozón.

Tantos siglos de cultura, tanta diplomacia y tanto teórico del derecho internacional para que al final todo quede reducido a la capacidad de achicharrar al díscolo con esos misiles que llevan el nombre del hacha de los indios, la herramienta que le arrojaban a la cabeza al que se negaba a estar y pasar por sus requerimientos o al que daba en disputarles caza o pastos. En el Despacho Oval se ha instalado desde hace unos días el regusto satisfecho del poder, y no ha sido merced a ninguna mayoría arduamente forjada en el Capitolio, ninguna brillante maniobra política, ninguna propuesta legislativa providencial. Ha bastado con hacer lo que desde que los primates son primates acredita al que goza del derecho a conducir y mangonear al resto.

Esa misma semana, muy lejos de Washington, otro aspirante a primate dominante aprovecha un acto burdo e irrisorio para reclamar su derecho a dictarles a los demás lo que deben hacer. El gesto tendría ribetes cómicos, si no se produjera sobre una tragedia previa. Los restos de los restos de un seudoejército cuya *guerra* se reducía a extorsionar y disparar a traición, y que, también es casualidad, usaba un hacha como emblema, se han avenido a decir dónde guardaban las pocas armas que no les habían quitado, y que ya ni siquiera tenían capacidad de usar. Para darle al asunto todo el empaque posible, se recurre a lo de siempre, torcer el lenguaje, y se habla de «desarme», de «entrega a la sociedad civil», de «artesanos de la paz». Consumado el paripé, con el suministro de unas coordenadas para que la policía se haga con el arsenal, el individuo que se pretende su primer beneficiario exige en público que se cumplan sus condiciones, entre las que incluye la retirada de quienes han reducido a la inoperancia la amenaza en la que quiso apoyarse la causa que defiende.

Es curioso que quien fracasa trate de imponer su discurso, y quizá no existe un adjetivo para calificar a quien tras vivir del hacha aspira a convertirse en gestor privilegiado del tiempo en que ya no hay hacha ni mano que pueda blandirla. La audacia del empeño invita al desdén, pero no

conviene subestimar a los temerarios, y más vale salirles al paso antes de que se crezcan. Quien tanto pretende algo espera, algo cree que se le debe, algo supone que puede ganarse por la vía de la desfachatez.

Sólo hay una manera de devolver a alguien así a su sitio: recordarle que la fuerza está donde está, y también la justicia; hacerle ver que indio sin hacha no exige nada, y que aquel que echó mano de ella para quedarse a medias y verse desarmado no tiene más futuro que reconocer el error y el daño, y arrostrar sus consecuencias. Que la indulgencia es potestad del que supo vencer, y no derecho del que muerde el polvo. Que gobernar a los demás con el tomahawk lo hace quien puede, y no quien quiere.

Maldito selfi

2017-2018

Para Laura, que eligió, sensata, dibujar el mundo

¿Qué es lo que os ha pasado, ilustrísimos persas, para que pretendáis con tanto afán esta perdición?

PROCOPIO DE CESAREA, *Guerras*, VIII, 12, 4

El dinero de todos

Tienes la suerte de pagar impuestos, y no pocos. Te obligas a pensarlo así, acordándote de los muchos que no pueden pagar lo que tú ingresas en las arcas públicas, porque carecen de renta y de capacidad para hacerlo. A veces te entra la duda, cuando te vienen a la memoria los muchos que ganando mucho, o incluso muchísimo más que tú, se las arreglan para no pagar nada, pero ahuyentas la tentación de creerlos más afortunados echando mano del viejo Spinoza y de su sabia advertencia sobre el obrar debido, que tiene en sí mismo la justificación y la recompensa. La ventaja que se atribuyen los astutos y los defraudadores no parece tanta cuando quedan expuestos, y en este mundo ya sin secretos nada queda bajo llave: basta leer los correos obscenos de ese mago de las finanzas públicas imputado por blanqueo en los que se duele con un compinche de cómo le ha salido mal el reparto de la tarta que otrora pinchaba y cortaba a placer.

Sí, a veces es duro ver cómo se parte y asigna ese dinero de todos que sale de los impuestos que tantos pagan, cumpliendo en muchos casos con sacrificio con su deber, mientras que otros, con más recursos, escurren el bulto. Para muestra un botón: hora, mediodía del miércoles; lugar, área de servicio de Alfajarín, a pocos kilómetros de Zaragoza. Paras a comer en un alto de tu viaje de Barcelona a Madrid y ves el aparcamiento infestado de vehículos policiales. Decenas de agentes, de la Policía y de la Guardia Civil, completamente pertrechados y camino de un servicio que no tardas en adivinar. Esta tarde hay partido de Champions en Madrid, y a la protección intensiva y costosa de ese muy rentable negocio particular se destinan estos agentes que, salta a la vista, se están detrayendo de otro lugar donde, te consta, la cobertura de las plantillas policiales no será óptima: no lo es en ningún lugar de España después de ocho años de no reponer las bajas producidas por jubilación y otras causas.

Alguien dirá que los policías se destinan a la protección frente a la amenaza yihadista, o frente a los riesgos que la propia sociedad genera y de los que el fútbol profesional, esa excelsa y angélica actividad que merece el amparo, el mimo y la inversión de los poderes públicos que ninguna otra recibe, es una inocente víctima. Pero el hecho cierto es que los policías en cuestión sólo acaban sirviendo para contener a esa masa de energúmenos vinculados al propio fútbol que convierten la competición en una especie de tour terrorista por el continente prácticamente impune, costado y soportado con resignación por quienes reciben su visita.

La malicia te lleva a calcular lo que habrá costado ese despliegue policial extraordinario: no sólo los sueldos de los agentes y el combustible de sus vehículos, sino las dietas por desplazamiento y estancia, por no contar el coste intangible asumido al desproteger a otros ciudadanos. El orden de magnitudes debe de andar por los cientos de miles de euros. Dinero de

todos inyectado en vena a una industria privada que se los ahorra y los convierte en margen que bien puede acabar en la cuenta situada en un paraíso fiscal de alguno de sus dirigentes, astros o intermediarios, y esto no es una suposición: basta con ir a la hemeroteca y ver dónde se les ha pillado el dinero, más de una vez, a personajes pertenecientes a esas tres categorías.

Dos días después, te cuentan que a un hombre que fue a jugarse la vida por todos a Afganistán, y que tuvo la desdicha de sufrir un accidente que lo incapacitó para el servicio, le ha quedado una pensión de miseria. Sólo con lo malgastado en apacentar *hooligans* se le podría haber garantizado un futuro digno, pero alguien ha decidido que ha de escatimársele a él ese dinero de todos. Y tú, que pagas y seguirás pagando impuestos, sientes la necesidad de levantar acta del hecho, para que alguien se avergüence.

Los amigos desesperados

(Guía de lectura de este cuento: antepóngase el adjetivo «presunto», o mejor aún, «supuesto», a cualquier sustantivo o acción cuando legalmente proceda; ante la duda sobre si procede, antepóngase.)

La historia podría contarse de una manera muy simple: un grupo de gente con posibilidad de hacerlo, y con una voracidad desatada, se concierta para saquear el dinero del contribuyente con destino a la financiación irregular de su partido. Ya que el Pisuega pasa por Valladolid, apartan un buen pico para su propio enriquecimiento personal. Los así concertados no tienen ningún escrúpulo, tienen el alma más negra que el hollín y se ríen a carcajadas de los incautos que con su sudor les sufragan los gastos electorales más allá de lo que la ley permite, y los placeres y ambiciones personales mucho más de lo que la templanza, la prudencia y la decencia aconsejan.

La tentación de zanjar así el relato es poderosa, y a que tenga buena recepción contribuyen la indignación, el hartazgo y hasta la náusea aturdida en que vive la ciudadanía ante tanto fango y tanta cloaca como viene aflorando bajo el andamiaje del poder. Sin embargo, la experiencia enseña que la vida rara vez procede de manera tan esquemática. Le gustan los pliegues, los recovecos, los meandros y, como ya advirtiera el viejo Heráclito, «le place ocultarse»: velar unas cosas con otras, tender pantallas, amortiguar bajezas y remordimientos. Así que lo verosímil es que sucediera algo diferente, sobre lo que, en ausencia de confesión de los implicados, no nos queda otra que practicar la especulación. Un ejercicio que resulta siempre arriesgado, pero en el que puede y debe esquivarse la frívola fantasía.

Situados pues en esa conjetura, y teniendo en cuenta la reacción de los interesados, antes y después de su detención, da la sensación de que todo comenzó como comienzan estos asuntos: con

alguien que tenía un problema e identificó una oportunidad. El problema era que las campañas para captar el voto de la ciudadanía, tal y como se deseaban y se creían necesitar, costaban mucho más de lo que la financiación de los partidos políticos con arreglo a la ley permitía procurarse. La oportunidad: la existencia de partidas de gasto público del suficiente volumen y opacidad bastante para permitir inflarlas con conceptos ficticios y derivar el excedente, mediante la triangulación de la operación con el proveedor de las obras o servicios correspondientes, hacia las arcas ocultas (por ilícitas) del partido.

La cuestión es que las arcas ocultas, por su propia naturaleza, han de gestionarse de manera sigilosa y subrepticia, y acaban quedando a merced de unos pocos que están en el secreto y que carecen de la supervisión que es habitual, aunque diste de ser óptima, en las finanzas regulares. Entre estos pocos, siempre hay alguien que se da cuenta de que no cuesta nada detraer del caudal clandestino algo para proveer a su propia economía; y quizá, razona, para indemnizar sus merecimientos, como servidor público mal pagado que invierte su tiempo, sus desvelos y su talento en mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos. Todo el mundo tiene un alto concepto de su propia gestión: nada más natural que aspirar a ser remunerado por ella, y nada más común, en ciertos círculos, que aspirar a que esa remuneración alcance la suma necesaria para vivir muy por encima del promedio de los mortales, en zonas e inmuebles exclusivos, entre los que no menudean, precisamente, ni los chollos ni las ofertas.

Así es como se empieza por los cientos de miles y se acaba en los millones de euros, lo que complica las necesarias operaciones de blanqueo. Y entonces alguno va y mete una pata, y la pata asoma, en mala hora, y a partir de ahí cunde el pánico. Alguien lo ha descrito con expresión certera: los amigos (de lo ajeno) se convierten entonces en hombres desesperados. Porque resulta que lo que en su cómodo debate moral consigo mismos era correcto y lícito, ya no puede ser sostenido como tal ante un ceñudo juez instructor. Así llegamos en fin al aquelarre: a la delación, a la prisión, a las lágrimas.

Y es que, esto no lo olvidemos nunca, el ser humano es, de largo, el animal que más, y mejor, se engaña a sí mismo.

Lo siento mucho

Es el autor de unas cuantas frases para la Historia. Alguna airada, unas cuantas irónicas, alguna otra de críptico aviso. Es alguien que sabe demasiado, porque su poder duró demasiado, lo ejerció en demasiadas pistas de demasiados circos y se creyó demasiado ungido de él. Es uno de esos que se llenan la boca con la palabra «patria», aunque él la llamaba *nació*. Lo advirtió hace muchos años Robert Musil, un austriaco al que no ha leído casi nadie, y desde luego, casi nadie entre nosotros: son éstos, los que están todo el rato blasonando de la vinculación de sus desvelos a

grandes cosas e inmensos conceptos, los que con diferencia tienen más peligro, de entre todos los embaucadores y flautistas de Hamelín que en el mundo son. Hace ya un tiempo que acorralado por sus propios malos pasos hizo una primera confesión, increíble y precaria. Pero ha sido en este abril cuando la tienda ha empezado a desplomársele al fin sobre la cabeza.

Con su primogénito privado de libertad y farfullando ante el juez excusas delirantes («teníamos que ocultar nuestro dinero y evadir impuestos porque había riesgo de golpe de estado»), los equipos policiales registrando todas las casas de la familia, su esposa señalada por documentos difícilmente refutables como vértice de una trama de ocultación y blanqueo de dineros de desconocida procedencia, y sin calor de nadie y sin consuelo, el antaño *Molt Honorable* al que ya no resta ni un microgramo de honra se vio de pronto compelido a decir algo. No pudo casi pensarlo, no tuvo margen para la ironía, la ira o la malicia que antaño exhibiera; como un niño sorprendido por el maestro en alguna falta sin excusa, se limitó a murmurar, desorientado: «Lo siento mucho».

Es un primer paso para la expiación, incluso podría decirse para la redención, si sus faltas no fueran tantas y tan enormes, su tiempo tan escaso y la coyuntura tan adversa, con la tempestad que en buena medida contribuyó a sembrar zarandeando la nave de su *nació* y empujándola hacia un puerto o una escollera, el tiempo dirá, donde en ningún caso será bienvenido. Apenas cuenta a estas alturas con la simpatía de nadie, y los recién llegados a su sueño identitario, desde más abajo de Despeñaperros, se permiten ya meterlo sin tapujos en el mismo saco que a los peores enemigos de esa patria prometida que tanto le debe, por otra parte, a su alambicado designio.

Y, sin embargo, en esa frase rendida y desmoralizada, con su talento innato de precursor, muestra a tantas ovejas descarriadas de la ambición política y económica el único camino que les queda para aspirar a insertarse de nuevo, con una mínima dignidad, en la sociedad de los seres humanos: pedir disculpas, arrepentirse de su soberbia, de su codicia, de su falacia, de su insensatez que ha arrimado la suerte de sus conciudadanos a un precipicio no sólo moral; dolerse de la ignorancia que los llevó a creerse autorizados para disponer de lo que no era suyo, a tomar por idiotas a los millones de padres y madres de familia que cada mañana madrugan y cada noche caen rendidos en la cama en el afán de ganarse el pan de sus hijos, sin dejar de cumplir la obligación de pagar impuestos que merman sus ahorros.

Han tenido mala suerte, él y los demás. Esos que ahora están en la cárcel porque no pueden negar que sabían, porque los oídos del pueblo los escucharon y los grabaron mofándose de él y conspirando contra su futuro. Esos otros que dicen y repiten que nada supieron, y a los que, aunque nos cueste creerlos, hemos de aceptar, en tanto no afloren pruebas de lo contrario, que ningún juez les pida cuentas del daño que por su mediación nos vino infligido. Han tenido todos ellos mala suerte porque este pueblo dolido al que expoliaron no estaba indefenso, y les da ahora lo suyo.

Más vale que tomen ejemplo cuanto antes del gran patriarca reducido a la nada. Dejen ya de negar como malhechores de telefilme, confiesen lo que saben; digan, al menos, que lo sienten mucho.

El dilema francés

Y, de pronto, llega el momento en el que hay que escoger de la peor manera posible: entre quien representa un modelo fallido y quien se propone dinamitarlo todo. Pongámonos en la piel de quien así siente la disyuntiva de la segunda vuelta de las elecciones francesas. Esto es, la mayoría, exceptuando a aquellos a quienes beneficia la agravación de la desigualdad, porque habitan en la parte ancha del embudo —súmeles a los que estando en la estrecha piensan que ha de favorecerse a los de la ancha para que les den mejores oportunidades—, y a esos otros que tienen el estómago o la rabia suficientes para creer que la solución para los desheredados es buscar a otros infelices a los que odiar, ungiendo como líder a quien nunca padeció la desgracia que explota en beneficio de su ambición de poder.

El votante que no pertenece a ninguno de estos dos grupos puede responder a una variedad de ideologías, de la extrema izquierda al centro o incluso a un centroderecha que no se haya olvidado de que el expediente de sacrificar sistemáticamente al débil a los intereses del más fuerte acaba royendo los cimientos del edificio social. Habría preferido disponer de algún candidato que reflejara, mejor o peor, su orientación y sus aspiraciones. Pero el hecho es que no lo hay. Puede tratar de abandonarse a lo que los anglosajones llaman *wishful thinking*: pensar que uno u otro de los candidatos indeseados, más allá de sus mensajes y programas, terminará siendo algo distinto de lo que parece, más aceptable, menos incómodo, menos perturbador. Sin embargo, no es así como funcionan las cosas: cuando la rana acepta echarse al lomo a un escorpión, ya sabe lo que le sucederá antes de que termine de vadear el río. Nadie deja de ser lo que es, ni de pretender lo que pretende, porque otro lo desee o lo necesite.

Llegados a este punto, existe la tentación de colocarse de perfil, dejar pasar el cáliz, traspasar a los demás la decisión. Lo más simple, cuando dos opciones nos disgustan, es equipararlas y revolverlas en un mismo desdén. La mente es perezosa y gusta de tomar estos atajos. Hay quienes incluso estimulan esa pereza, entre los candidatos que no llegaron a la ronda final. Podría ser por despecho, pero también podría obedecer a algo peor: hay quien cuando no se sale con la suya maneja como plan B el propiciar el máximo deterioro posible. Y existe una posibilidad aún más inquietante: que quien dice servir a una causa sirva en realidad a la contraria, haciendo de su revolución siempre pendiente e irrealizada un confortable modo de vida.

Porque lo único de lo que podemos estar seguros es que nunca da igual A que B, lo uno que lo otro. Siempre hay algo que es más inaceptable que su alternativa o, si se quiere poner a la inversa, algo que devastará menos las posibilidades futuras. Existiendo el derecho a abstenerse, también existe la responsabilidad de hacerlo cuando uno se juega lo que no puede perder; la de dejar por frivolidad o por malicia que suceda aquello que con toda certeza no habrá luego más remedio que lamentar.

No es lo mismo quien va a jugar a lo que no compartimos, con un mínimo respeto del contrario

y de las reglas del juego, que quien se declara dispuesto a romper en pedazos el tablero y pasarle por encima a quien estorbe sus planes. No podemos ser tan necios ni tan ruines como para igualarlos. A ese votante que no puede meter en la urna su papeleta, que no ve su opción compitiendo por la victoria, le toca preguntarse por qué, y exigirles a quienes han gestionado tan pésimamente sus expectativas que espabilen, se reciclen o se hagan el harakiri; pero cualquiera de esas diligencias va a llevarles un tiempo, la votación es aquí y ahora y mañana ya habrá ocurrido todo.

El dilema francés es no querer votar y saber que hay que hacerlo. Así funciona la enrarecida democracia del siglo XXI.

Herminio y las pirámides

Se llama Herminio, es carpintero, está jubilado y en vez de perder su bien ganado tiempo libre lo ha empleado en ingeniar un sistema que pudiera haber servido a los egipcios, con los medios entonces disponibles, para izar las pesadas piedras con las que se construyeron las pirámides. No sólo lo ha ingeniado, sino que ha fabricado modelos a escala con los que demuestra de manera sencilla y eficaz su teoría. El sistema combina la palanca y el plano inclinado, a los que une unas levas, en forma de dientes de sierra, que encajan el plano en el que se apoya la piedra sobre otro inferior y permiten que el peso no se deslice hacia abajo una vez que ha sido elevado. Es simple, sólido y a la vez hermoso. La maqueta de madera de Herminio tiene el pulcro acabado que saben darles a sus productos quienes aprendieron no sólo a desempeñar, sino también a amar un oficio.

Ya no es necesario recurrir a teorías esotéricas que imputan el prodigio a la intervención de extraterrestres con tecnología portentosa, para los crédulos que gustan de tomar esos atajos. Tampoco es necesario aceptar la costosísima solución de adosar a la pirámide enormes rampas de poca inclinación para arrastrar sobre ellas las piedras, y que, como razona Herminio con su llaneza admirable, habría exigido alzar y retirar un mamotreto más grande que la propia pirámide. Que los egipcios dispusieran de esclavos para tales menesteres no quiere decir que dilapidaran ese recurso, si podían resolver el asunto de forma más eficiente.

La máquina de Herminio funciona y no requiere nada más que madera, herramientas para trabajarla y artesanos capaces de hacer que las piezas encajen. Una vez construida, la fuerza de un solo hombre puede elevar trescientos kilos; con veinte a la palanca, hasta seis toneladas subirían por el plano de 53 grados de inclinación.

El carpintero jubilado da una lección a todos los eruditos que especularon con soluciones inverosímiles, por carecer de la inteligencia práctica que él ha desarrollado hasta el punto de la excelencia. Herminio es el paradigma del hombre que ve soluciones allí donde los demás sólo ven problemas, o nada. Pero es también ejemplo luminoso e inspirador del hombre que no sólo

ingenia, sino que es capaz de ejecutar la solución y de hacerlo con la destreza y la perfección de quien no afloja ni se rinde ante la dificultad que siempre entraña transformar la materia.

También pone en su sitio a todos aquellos que se dicen profesionales de algo y no son capaces de aportar a su profesión la inventiva y la fiabilidad que ésta les demanda: todos aquellos que tan sólo imitan a otros o incurren una y otra vez en la chapuza, más pendientes del estipendio que de la dignidad del trabajo bien hecho, que es la del trabajador que lo completó. Y a aquellos que desdeñan la profesionalidad como un valor rampón que debe rendir pleitesía a la ocurrencia bohemia, el chispazo deslumbrante o cualquiera de esas formas de exceso con que los que no son capaces de esfuerzos sostenidos tratan de imponer al resto la admiración a la que se sienten acreedores.

Pero, sobre todo, Herminio pone en su sitio, su sórdido y mugriento y despreciable sitio, a todos aquellos que sin resolver jamás nada, ni saber cómo hacerlo, ni pretenderlo, despliegan su ingenio en el solo arte de embaucar a sus semejantes, tomar con ventaja para sí la riqueza que no les pertenece y conseguir, de paso, que los demás pierdan el fruto legítimo de sus afanes, el digno disfrute de aquello a lo que tendrían derecho y de paso las lícitas expectativas de alcanzar un futuro mejor para sí y los suyos.

No hay quizá mejor manera de entender lo feo, inicuo y nocivo que resulta algo que observar y considerar lo bello, justo y benéfico que resulta su contrario. Herminio y su ingenio muestran lo que podría, debería ser, la sociedad que otros, con sus astucias siniestras, expolían, defraudan y, a la postre, incapacitan.

Las playas de Asia

Paseando por Praga, a la luz del atardecer, te enteras de la noticia: todos los datos indican que el ganador de las primarias del PSOE, y nuevo secretario general, es el mismo al que meses atrás una conjura impulsada por el aparato del partido defenestró y forzó a presentar la dimisión. Ha vencido en contra de ese aparato, representado sin apenas disimulo por una comisión gestora diseñada a la medida de la candidata oficial. Ha vencido pese a que su primera rival contaba con más avales de partida que él, pese a que la apoyaban todos los líderes históricos del partido, pese a que casi todos los medios, cómo no los conservadores, pero también algún otro que presume de izquierdista, lo presentaban a él como la calamidad que no podía suceder.

Lo primero que piensas es que el futuro nunca está escrito para los hombres que como Lawrence de Arabia, tal y como se lo retrata en la película imperecedera de David Lean, se niegan a aceptar que lo esté. Lo segundo, que las maniobras alevosas no suelen tener premio, cuando se permite su enjuiciamiento por una instancia que no está controlada por quienes las llevaron a cabo. Lo tercero, que algo muy sustancial se ha venido abajo, cuando los que se

consideraban poco menos que los titulares e intérpretes auténticos de la esencia del partido resultan barridos de tal manera por quien después de ser arrojado del palacio del poder acampó a la intemperie y desde allí preparó y lanzó el asalto vencedor.

No se lo tomaron en serio. Pese a todos los indicios, pese a todas las señales de alarma, empezando por el retroceso galopante de su apoyo electoral —que prefirieron achacarle al nuevo, como si él fuera responsable de todos los reveses, cuando bastante tenía con contener como podía la hemorragia heredada—, siguieron creyendo que las siglas eran suyas, que el futuro era suyo y que, una vez desalojado expeditivamente por la ventana el inoportuno advenedizo que no se había percatado de lo que había, todo volvería a su lugar en manos de la chica hacendosa, respetuosa de sus mayores y de las formas y fondos debidos, a la que con todos los pronunciamientos favorables habían nominado para usufructuar el liderazgo.

Tan relajados estaban que esperaron a cuatro días de las primarias para presentar el programa, que sólo sirvió para dejar patente lo poco que significaba para ellos. Un programa que, entre otros insignes patinazos, cifraba en las paradisíacas playas de Asia la promesa del resurgir cultural en España, de la mano de los turistas asiáticos que acudirían a ella a buscar lo que su continente, sobrado de costas atractivas para el viajero, no les ofrecía. Si como argumento era un desastre, como metáfora resultaba aún más desafortunada: para qué espabilarnos, si las playas de Asia ya jugaban a favor de la cultura española, tan sólo había que esperar a que cayera el fruto.

Pero los frutos ni en la vida, ni en la cultura, ni en la política suelen caer del árbol. Los frutos, esta noche, se los ha llevado el que supo perseguirlos, por más que lo desahuciaran. Ahora llega la hecatombe, según algunos. La entrega al populismo. El pacto servil y contra natura con el separatismo. Razonar así equivale a ignorar la energía y la autoridad que adquiere quien triunfa. La energía y la autoridad de la que el por segunda vez elegido como secretario general carecía la primera vez, cuando era tributario de aquellos a quienes hoy ha vencido. Lo sabían los suyos, lo sabían los de enfrente, y vaya si lo aprovecharon. Lo que ahora unos y otros saben es que esto es lo que hay, y que al chico ya no puede perdonársele la vida como se hacía hasta ahora.

¿Hecatombe? Depende. En primer lugar, de si el que tiene ahora toda la capacidad de maniobra la utiliza o no con cabeza: planteando estrategias que puedan sumar a muchos, o dejándose llevar por la tentación de ponerse estupendo y tomar caminos que acaben restando. Si está bien aconsejado, hará lo primero, y quienes tanto lo menospreciaron puede que sientan un escalofrío recorrer su nuca. Y, en segundo lugar, el resultado final dependerá de la lealtad de los hoy derrotados: si aprenden del descalabro, si apuestan por su partido, y no por ellos y por un modelo fracasado y caduco, todavía pueden ser de utilidad. Si no, naufragarán en las playas de Asia, y con ellos, ese partido al que tanto decían amar.

Aerolitos humanos

No es muy probable que un ser humano resulte alcanzado por alguno de los muchos aerolitos que cada día se precipitan sobre el planeta, y que en su mayoría se desintegran por entero al atravesar la atmósfera. No es tan improbable, por el contrario, sufrir el impacto de uno de los aerolitos humanos que habitan entre nosotros y que se desplazan con una trayectoria errática que a partir de cierto momento se convierte en rumbo casi cierto de colisión. Siempre los hubo, pero últimamente parecen más abundantes y, lo que es más perturbador, parece que abundan cada vez más las coyunturas y recovecos que los generan.

Uno de ellos se manifestó en Manchester al término de un concierto al que habían acudido miles de niños y adolescentes para escuchar a una cantante, ídolo del público juvenil. No lo hizo de cualquier manera: eligió el momento en que la seguridad estaba más relajada, al final de una actuación que se había desarrollado sin incidentes. En el vestíbulo del local, donde se mezclaban quienes con su entrada habían accedido al recinto y quienes sin ella acudían a buscarlos, aprovechó para colarse entre el gentío y situarse en una zona de especial aglomeración, donde activó el detonador que desataba la fuerza destructiva del explosivo que llevaba adosado a su cuerpo.

El resultado, veintidós vidas truncadas, incluida la suya propia, que no verá ya su vigésima tercera primavera, y un centenar de heridos. Los motivos, o lo que borrosamente podemos entrever de ellos: su ascendencia familiar vinculada a un grupo islamista libio opuesto a Gadafi, su exilio británico sin llegar nunca a una excesiva integración en el país de acogida y, en los últimos tiempos, su radicalización tras una peregrinación a La Meca. Una radicalización alentada, según algunos testimonios, por las imágenes de niños musulmanes muertos en el curso de alguna de las ofensivas de la coalición internacional contra los bastiones del Estado Islámico, donde se interpone a los civiles como escudo humano para después utilizar sus cadáveres como propaganda. No lleva demasiado trabajo, en suma, hacer de un ser humano una bola de fuego y convertirlo en motor de una catástrofe.

Otro aerolito humano impactó letalmente, pocos días después, contra el cráneo de un octogenario en Torrejón de Ardoz, Madrid. El detonante, la recriminación del anciano, que blandiendo el bastón que necesitaba para andar le afeó a un joven de apenas diecinueve años la velocidad excesiva con que circulaba en su vehículo por una zona urbana. El resultado: la inmediata salida del conductor y un puñetazo en la cabeza en el que toda la fuerza del chaval, de cerca de cien kilos de peso, se convirtió en una pedrada a la que el anciano no tuvo opción de sobrevivir.

Por supuesto, y si lo analizamos bien, hizo falta algo más que la regañina del difunto para desencadenar el desastre; hizo falta, por ejemplo, que nadie le hubiera enseñado a la criatura homicida a controlar sus impulsos y su fuerza física, a tener alguna consideración hacia los más débiles y comprender que nada tiene de reivindicación de uno mismo aplastarlos, a poder transigir desde la razón con la irritación provocada por sus propios excesos. En suma, nadie se tomó el

tiempo o la molestia de procurar que alcanzara una noción mínima de lo que significa convivir con los demás.

Hay una visión fatalista que nos condena a vivir expuestos a la colisión con estos aerolitos humanos, en términos de probabilidad creciente. Una visión que se asienta en la presunta imposibilidad de hacer con los musulmanes otra cosa que despanzurrarlos con misiles Tomahawk, o en la supuestamente inexorable tendencia a ser unos antisociales que padecen quienes nacen en entornos de pobreza, ignorancia o exclusión. Una visión en la que muchos se complacen, pero que sólo nos deja una salida: resignarnos a sufrir a estos aerolitos humanos, el objeto más peligroso que viaja por el cosmos.

El perímetro

Llevas ya años trabajando en esto. Sabes bien cómo se las gastan tus clientes, has invertido una buena parte de esos años en aprender sus muchos trucos, sortear sus variadas añagazas, levantar sus muy diversas pantallas. Las hay sofisticadas, que delatan la inteligencia y la laboriosidad de su usuario, y también simples como un cubo, en línea con la negligencia y la estulticia —o quizá sea desfachatez— de quien recurre a ellas. Aunque algunos hoy prefieran creer otra cosa, has aprendido a ser cauto, a no dar nada por hecho, a tentarte la ropa una y otra vez. Tú no tienes la suerte de actuar para un público aturdido, como tantos prestidigitadores del presente: lo que pones en tus informes lo van a juzgar ojos inmisericordes y se expondrá fatalmente a las armas de destrucción de un motivado abogado defensor.

Ésa es otra que tienen, tus clientes: si la cosa rueda mal para ellos y los imputan —perdón, investigan—, casi todos disponen de la posibilidad de incentivar con un buen cheque a un buen abogado, de esos que no se encontró el que por birlar unas pocas decenas de euros con una tarjeta acabó pisando trullo. Las reglas los favorecen, y no son gente de desaprovechar una sola ventaja. Por eso has aprendido, también, a trabajar despacio, a releer muchas veces lo que escribes, como hace tu jefe cuando se lo presentas, y el jefe de tu jefe cuando se lo elevan, antes de darle curso camino de la fiscalía o del juzgado.

En los últimos tiempos, por cierto, han aplaudido muchas veces tus actuaciones. No todo el mundo, claro, ni todos los que aplaudían lo hacían con sinceridad o con entusiasmo. Tu trabajo, y el de otros como tú, ha convertido a unos cuantos excelentísimos en «ese señor del que usted me habla» y ha arrojado del Olimpo al arroyo a más de uno que se creía a salvo de cualquier mal.

Por momentos, llegaste a creer que el tejido putrefacto se podía regenerar, que incluso aquellos que llegaron en su día a convivir con el ilícito juego de ventaja a costa del erario, desde la inconsciencia activa o la connivencia más o menos negligente, habían entendido que así no se podía seguir, y que una de las medidas que aconsejaba la inteligencia era no estorbar el trabajo de

quienes como tú trataban de ponerle coto. Vale para ti, y para los tuyos, pero vale también para unos fiscales a los que se les permitía ser implacables con los defraudadores de la confianza pública; a quienes incluso se los exhortaba a emplearse a fondo sin ninguna servidumbre hacia el poder. Hasta se presumía de vuestra falta de miramientos y vuestra neutralidad a la hora de actuar.

Algo, sin embargo, ha cambiado. Aquellos fiscales que no se casaban con nadie han dejado de convenir, y se ha acuñado para ellos una batería de epítetos que trata de adscribirlos a unas siglas que, o poco los conoces, o poco tienen que ver con la muy variada posición ideológica que existe entre ellos. Y como es en tus informes donde empieza todo, la madre del cordero que dejó de quitar el pecado del mundo para encarnar el pecado mismo, te toca también recibir tu ración. Ahora eres un frívolo, aunque no hayas hecho nunca nada a la ligera; un antisistema, aunque has jurado servir a tu país —cosa que otros nunca hicieron— y tratas de atenerte a tus juramentos; un podemita, aunque ésa sea la última papeleta que jamás hayas contemplado meter en el sobre. Incluso lees a una adalid de los poderosos agraviados por tus desmanes sugerir que debe demandársete para exigirte una responsabilidad pecuniaria contra tus mil y pico euros de sueldo; eso que ellos sisaban con la *black* en copas en un día.

Imaginación tienes, cómo no, e imaginas. Llegó el momento en que tu diligencia llegó donde no debía: empezaste a roer el perímetro de su zona de seguridad. Por eso buscan intimidarte. No conocen tu lema: sereno en el peligro. Y, sobre todo, no han entendido que pasó ya el tiempo en que esas maniobras podían salirles bien.

El sacrificio de Ignacio

El odio es una mercancía. Tiene su oferta y tiene su demanda. Son muchos los capaces de consumirla: potencialmente, todos y cada uno de nosotros. Y no son pocos los deseosos de suministrarla. También hay quien especula con ella, como hay quien apuesta sobre el precio del oro o de la hulla. El odio otorga poder, el odio amasa fortunas, y no sólo en la península arábiga y sus alrededores, no sólo entre aquellos que llevan chilaba, no sólo entre quienes se prosternan, sinceramente o no, para elevar a Alá sus plegarias volviendo el rostro hacia La Meca.

El odio ha sido sembrado, regado, nutrido, inflamado, por obra de muchas manos interesadas en que circule y en sacarle su tajada. Por momentos podría parecer una conspiración, si no fuera porque entre quienes han creado las condiciones óptimas para que estalle hay gentes que no podrían permanecer juntas ni un segundo en la misma habitación. Es posible que se hayan coordinado por pura inconsciencia, por puro aturdimiento, y no cabe descartar que alguno de ellos, incluso, creyera en algún momento obrar movido por intenciones nobles y hasta santas. Lo que parece, también, es que entre los proveedores del odio hay seres sin alma ni amor a la

existencia y a cuanto la hace humana y digna de ser vivida. Seres sin entrañas, sin luz en la mente ni el corazón, ansiosos de extender sus tinieblas.

El odio camina esta noche por las calles de Londres, encarnado en tres sujetos con puñales amarrados a la muñeca que tienen la firme determinación de eliminar a cuantos desconocidos puedan entre los transeúntes con los que se cruzan. Lo que hay en sus cerebros enajenados es difícil de imaginar: creen, tal vez, estar devolviendo con derecho el golpe sufrido por sus hermanos del califato que a esa hora se agazapan entre las ruinas de Mosul o Raqqa para sustraerse a las bombas y los disparos de una coalición en la que participa el Reino Unido, el país al que supuestamente atacan en las personas de esos ciudadanos desprevenidos e indefensos a quienes asestan sus cuchilladas. El país que también es el suyo, o lo era, antes de que los convencieran de que aquella decisión de su primer ministro escenificada en las Azores los relevaba de cualquier apego por él.

Lo de menos, en esta noche cruel y perentoria de Londres, es juzgar si esa convicción tiene base o proceder al reparto de culpas entre los diversos causantes del gran desaguado: el odio está suelto y los tres suicidas que lo personifican ya no van a atender a razones ni impugnaciones de su yihad terminal. Cada viandante que se encuentran es una víctima en potencia, y están dispuestos a aprovechar su tiempo antes de que aparezcan los policías armados que indefectiblemente los abatirán. Están en plena faena cuando de repente algo se sale del guion. Un ciudadano cualquiera, armado con un simple monopatín, se interpone entre ellos y su objetivo. Uno de los corderos se convierte en resuelto guardián del rebaño y arremete contra ellos. La irrupción los descoloca, por imprevista: son unos segundos preciosos que permiten a muchos ponerse a salvo, y a ellos hay que sumar los segundos que tardan los liquidadores en deshacerse de quien ha osado plantarles cara; de quien así se expone al odio para evitar que el odio se lleve por delante a otros seres inocentes.

Se llamaba Ignacio, y frente al sacrificio estéril y sórdido de quienes se dan a la muerte para privar a otros de la vida, él se sacrificó y se dio para que otros vivieran. Frente a los abyectos que trafican y se lucran con el odio, él decidió apostar todo, y perderlo, para reducirlo y neutralizar sus efectos. Ni siquiera había nacido en ese país al que los asesinos habían aprendido a odiar y a atacar con saña de fieras, y lo defendió en lo más frágil, la humanidad inerme de sus gentes. El Reino Unido no tiene una medalla que corresponda a su hazaña. Nadie la tiene.

Los «payasos» de Oñate

Una payasada es una cosa muy seria. Antes de atreverse a hacerla es necesario haber desarrollado un arte exigente, arduo, inaccesible a la mayoría de nosotros. Un payaso que merezca ese nombre ha averiguado de manera profunda la tragedia de nuestra existencia, y ha encontrado una manera

profunda y universal de reírse de ella con toda la sutileza, toda la elegancia y toda la ternura que semejante empresa requiere para no quedar en el aparatoso alarde de un necio destinado a otros necios.

Los «payasos» que acuden al cuartel de Oñate a escenificar una grotesca entrega de armas disfrazados de guardias civiles, y que pretenden hacer de su esperpento una tradición ante la que, dicho sea de paso, los representantes de la localidad y de las demás administraciones próximas (diputación, gobierno vasco) guardan un prudente y elocuente silencio, no han comprendido absolutamente nada del arte que pretenden practicar. Diríase que no han entendido absolutamente nada, en general.

Para empezar, los destinatarios de la performance, los que pueden apreciar en ella alguna gracia, son única y exclusivamente aquellos que tengan amueblada la azotea con el mismo material de derribo que se cobija bajo el falso tricornio del actuante. Es necesario tener la mente atestada con la suma de rencores, renunciadas a la realidad y tragicómicos sentimientos de exclusividad y superioridad que llevan a alguien a considerar que son repudiables las armas que se empuñan con el respaldo de la ley democrática, y de cuyo uso esta misma pide cuentas, despojando del uniforme y del derecho a portarlas a quienes se prueba que no honraron esa responsabilidad, mientras añora en secreto —o en abierto— aquellas otras que no hace mucho esgrimía una partida de matones de pocos principios y menos escrúpulos.

Para continuar, poco y mal puede reírse de otro quien no ha aprendido a reírse de sí mismo, quien aparece investido de la solemnidad más espesa y rituarial cada vez que se refiere a sí y a los suyos, transido de emoción cuasirreligiosa —o tachemos el «cuasi»—. Pocas lecciones de humor puede dar quien por su genealogía ideológica y la (más bien magra) tradición cultural que de ella se deriva (no confundir con la cultura de su tierra o su lengua) ha acreditado su incompetencia para la verdadera comicidad, quedándose una y otra vez en el nivel subterráneo del tipo chiste de leperos —esto es, la seudogracieta acuñada y despachada a costa de quien no es jamás uno mismo— o en la comicidad involuntaria de presentar como verdades reveladas las regurgitaciones incontinentes de una pesada digestión.

Por otro lado, mal que les pese, aquellos de quienes se mofan, o lo intentan, tienen a su favor el ser representantes de una cultura no sólo mucho más rica y fecunda, sino que tiene una larga tradición de escarnecerse y objetarse a sí misma, y que, a despecho de las recientes tentativas de algún despistado por restringir esa muy saludable actividad intelectual, ha alcanzado el grado de madurez suficiente como para legalizar la ironía y hasta el sarcasmo sobre sus propios mitos y símbolos, comportamiento vedado en el entorno enrarecido de los seudopayasos. Es justamente ese derecho, conquistado y reconocido y amparado por los atacados, no por ellos, lo que les permite montar su mascarada sin miedo alguno a sufrir represalias.

Lo peor de todo, sin embargo, es el impulso ridículo del que se alimenta la actuación, acaso el más ridículo que puede mover a un ser humano: empeñarse en invertir la realidad de las cosas. Los ufanos auspiciadores de la payasada frustrada tratan de presentarse a sí mismos como

vencedores de un conflicto en el que los pistoleros a quienes durante años consintieron en plegarse y someterse y reconocer como paladines han cosechado la más estrepitosa y humillante de las derrotas. Su numerito no puede tapar que esos a los que escrachan son más, fueron mejores, tienen lo que ellos no.

Déjeseles por tanto repetir año a año, durante décadas si en ello se empeñan, su afanosa y torpe tradición de nuevo cuño. Con cada nueva edición darán nueva prueba de su siniestro fracaso.

El país que no amaba a sus poetas

Los poetas son gente rara. Pudiendo dedicarse a acopiar cualquiera de las pertenencias que es posible disfrutar a solas y legar en exclusiva a los hijos, para que éstos a su vez las leguen a los suyos y así hasta el fin de los tiempos, invierten la energía y hasta la vida que no tienen en crear algo que pasa, desde el momento de su difusión, a pertenecerle a cualquiera.

La ley les reconoce, cierto es, un derecho de autor que en teoría puede sobrevivir unas décadas a su muerte. Pero todos sabemos que ese derecho es papel mojado a la hora de que cualquiera copie lo que el poeta escribió, o incluso lo rentabilice, sin darle parte, a través de los recursos que la revolución tecnológica ha puesto a disposición de los más astutos para monetizar en su provecho particular el talento y el sudor ajenos. Y aunque muchos no lo saben, desde el momento en que se publica el poema puede usarse lícitamente para una variada gama de propósitos, desde la cita hasta la enseñanza. Es el poeta uno de los muy pocos, entre nosotros, que crean una riqueza no regida por la lógica de las heladas aguas del cálculo egoísta (Marx *dixit*), sino por la lógica contraria de entregarla al uso y disfrute común.

Hay lugares del mundo donde esa aportación al acervo de todos, tan infrecuente, goza de reconocimiento y consideración social, que llega incluso a traducirse en medidas legislativas de fomento de una labor que redunde en provecho de la comunidad. Se reconocen beneficios fiscales a quienes promueven actividades culturales, se apoya a los creadores desfavorecidos, se les facilita a todos que prolonguen su actividad hasta donde les alcancen las fuerzas y el talento. Incluso hay lugares del mundo donde los derechos derivados de la creación no son meramente nominales, y se les dispensa una protección que llega al extremo, para nosotros fabuloso, de sancionar a quienes se permiten burlarlos o ignorarlos.

Por el contrario, en el país que no amaba (ni ama) a sus poetas, donde la codicia de cualquiera está muy por encima de la protección de sus derechos de autor —y ya nadie espera que sea nunca de otro modo—, a lo que se les conmina, reiteradamente, es a que cierren el pico de una vez y dejen de incordiar. A las dificultades que encuentra una subsistencia sin apenas fuentes de ingresos, ni paliativo o mecenazgo que lo remedie, se añade, al final de la vida del poeta, un

mensaje contundente: perderá la mitad de la magra pensión de jubilación que habrá logrado devengar si es que desea, inexplicablemente, seguir regalando sus versos a los demás. La paradoja en cuya virtud quien conserva capacidad y voluntad de aumentar el caudal cultural de su país ha de ser castigado, reconociéndole la mitad de los derechos de quienes, no habiendo cotizado más, o no saben o no pueden o no desean generar ese patrimonio común, nadie ha sido capaz de explicarla de forma satisfactoria. Sin embargo, cuando se lleva a votación en el Parlamento la propuesta de enmendar esta encarnizada y extraña represalia, desconocida en los países de nuestro entorno más próximo, vuelve a toparse con el rechazo de la mayoría.

No hace mucho que murió el último gran poeta sumido en la indigencia. Su obra, pulcra, honda y excelente, quedará para siempre a disposición de quien quiera asomarse a través de ella a un festín de sabiduría y sensibilidad. A cambio, no se le habrá otorgado nada más que algún desganado y tardío reconocimiento oficial, con el que cabe dudar si resultó más distinguido el galardonado o quien tuvo la oportunidad de entregarle el galardón. Otros muchos fueron quedando por el camino: olvidados, ignorados, despreciados, triturados al mínimo desliz por una administración tributaria insensible a sus versos. Alguno, incluso, fusilado.

Entretanto, el país que no amaba a sus poetas se afanaba para dar el trato más benigno posible a millonarios defraudadores, por los que sí sentía ese arrobo que los poetas jamás le inspiraron.

Madrid-Mosul

Agoniza junio en Madrid. Tras una ola de calor asfixiante, una masa de aire septentrional trae, en los comienzos del verano astronómico, una inopinada y benigna primavera que acoge y agasaja a los cientos de miles de personas que acuden en estos días a la capital de España para celebrar y reivindicar su singularidad y su diferencia, que a la postre son las de todos; incluso las de quienes no son ni piensan como ellos. Llenan las calles, copan las páginas de los diarios, los minutos de radio y televisión. El arcoíris en todas sus formas toma las fachadas, los logos, las camisetas.

Agoniza junio en Mosul, y con él la batalla por la ciudad y la ciudad misma. Aquí no hay viento del norte que valga: cada mediodía los termómetros trepan hasta los 45 o los 47 °C, para calcinar aún más, si cabe, los escombros de una urbe arrasada por las bombas, desde el aire y desde tierra. Un dron sobrevuela el centro histórico, que se ve del color gris de la ceniza, con el hueco dejado por lo que un día fue la gran mezquita de Al Nuri, demolida por quienes en ella se atrincheraban cuando se sintieron incapaces de seguir defendiéndola. El gris que desdibuja e iguala todo es el color del odio fanático, de la destrucción de todo vestigio humano en el combate entre los intereses sin escrúpulos y las creencias sin alma, para el que el destino y el infortunio escogieron a Irak como tablero hace años ya.

Madrid, Mosul. Entre esos dos polos opuestos gira el mundo y se arrastra la Historia en este

año 17 del vigésimo primer siglo de nuestro cómputo, que a veces olvidamos que no es el de todos los seres humanos. Los hay que cuentan desde otros puntos de partida, y los hay también que, contando desde el mismo, han llegado a puntos distintos en la evolución de su pensamiento, sus costumbres, sus logros. No siempre más atrás, no necesariamente más adelante: a otro punto, en esto que no es una línea, sino un espacio de múltiples dimensiones en las que se acumulan los aciertos y los errores, la generosidad y la avaricia, la iluminación y la sombra bajo formas infinitas y dispares.

Parecen muy lejanos, Mosul y Madrid, en estos días últimos de junio, pero hay corrientes subterráneas que los conectan, y alguna de ellas es, además de invisible, estremecedora. Por las calles de Madrid, por los túneles de su metro, por los lugares más concurridos y emblemáticos, patrulla y merodea un hombre que se llama Rachid. Tiene treinta y dos años y nació en Marruecos. El tiempo que no invierte en reconocer la ciudad lo pasa en un locutorio, descargándose y examinando material del califato al que las fuerzas iraquíes han desalojado a tan alto precio de Mosul. Tutoriales para hacer bombas o completar exitosamente decapitaciones y toda suerte de mutilaciones y daños a otros seres humanos. Entre vídeo y vídeo, va a rezar a una mezquita de Lavapiés, donde se entera de lo que se entera, y garrapatea en un árabe defectuoso versículos mal citados del Corán. Entre otras cosas, quiere decir, pero no dice exactamente: «La yihad de hoy es el Paraíso de mañana».

Huela la sangre seguirle los pasos pensando que en esos días van a juntarse en Madrid millones de personas para proclamar su orgullo por algo que Rachid, como su acaso desaparecido califa — informes no contrastados dan cuenta de su muerte en un bombardeo ruso en Raqqa a finales de mayo—, aborrece y desea destruir. Huela la sangre, pero alguien ha de hacerlo y lo está haciendo, aunque no lo sepan quienes en ese momento festejan el arcoíris en las calles, aunque no lo sepamos ni a menudo lo pensemos los demás.

Días antes del gran desfile del orgullo gay en Madrid, en la casa de Rachid se presentan unos policías para llevárselo junto con dos presuntos cómplices del desastre que todo parece indicar que ya se bosquejaba en sus embotadas cabezas. No deberíamos olvidar qué, quiénes nos permiten ser felizmente diferentes.

Eso de la igualdad

Cuando los guionistas de la serie «House of Cards» hicieron que el presidente Frank Underwood practicara el nepotismo extremo, nombrando de golpe y porrazo a su mujer secretaria de Estado, quizá no imaginaban que estaban prediciendo con un leve margen de error el futuro. Es de suponer que se inspiraban en el caso de los Clinton, una pareja en la que a la presidencia de uno se sumó el desempeño por la otra de la misma magistratura a la que Claire Underwood accede en la

ficción. La diferencia notable es que el par Clinton & Clinton no ejerció sus cargos de forma simultánea, sino ella después de que su marido cesara en el suyo y tras haber competido por la presidencia haciendo valer en solitario sus propios méritos ante la ciudadanía.

Ese tándem coetáneo Underwood & Underwood lo hemos acabado viendo en la realidad, con ligerísimos matices, encarnado por el tándem Trump & Trump. En vez de la esposa, con la que mantiene un vínculo inescrutable, Trump elige a su hija, y está el detalle técnico de reservar la secretaría de Estado formal a una tercera persona; pero que Ivanka Trump se acabe sentando a la mesa con Merkel, Xi Jinping y el resto de la *troupe*, y que incluso llegue a tomar la palabra para representar en el G-20 a Estados Unidos, es prácticamente lo mismo que acontece en una ficción que, en ese y otros momentos, nos hizo a más de uno alzar las cejas y murmurar: «Se han pasado».

Pero no, no se han pasado. Dice Trump que Ivanka, que no en vano lleva sus genes, es una lideresa superdotada e innata y que por ser hija suya lo tiene más difícil que el resto. Bien está que se rían de ti en tu cara, pero la propensión de Trump a llevar el asunto hasta el extremo del recochineo lo convierte en un vicio que invita a reflexionar sobre el desajuste del mundo.

Más o menos la misma clamorosa igualdad de condiciones en las que Ivanka Trump compete con las demás treintañeras del globo por el privilegio de sentarse a la mesa de los líderes mundiales es la que se ha acabado demostrando que padece otro treintañero, en esta ocasión elevado a los altares de la idolatría contemporánea, el deporte profesional hipermercantilizado, frente al resto del colectivo al que por un tonto percance pertenece: el de los delincuentes condenados a pena de prisión por sentencia firme. Llamemos a las cosas por su nombre, ya que es todo el consuelo que nos queda en estos tiempos de componendas y eufemismos.

Sentenciado a veintidós meses de prisión, como autor de un delito que supone un grave menoscabo del bien común y una burla de sus obligaciones como ciudadano, con la circunstancia agravante de que la inflige quien tiene recursos sobrados para afrontarlas, el millonario astro del balón eludirá la pena abonando al Estado una limosna que le supone renunciar a sólo tres días de sueldo —y si contáramos las horas efectivamente trabajadas en su oficio, el cálculo arrojaría un resultado aún más irrisorio—. Es verdad que para condenas inferiores a veinticuatro meses, y en ausencia de antecedentes previos, el cumplimiento de la pena queda a disposición del tribunal; pero no es menos cierto que han entrado en prisión personas con penas inferiores, cuyos delitos no parecen —ni por la condena ni por su cariz— más nocivos que éste. Y ponerle tan barato a alguien sustraerse al poder coercitivo del Estado, tras haberlo excitado en grado máximo —eso es lo que implica la comisión de un delito—, no puede sino provocar en aquellos que con menos medios lo sufren, de manera en ocasiones destructiva para con sus vidas y haciendas, una impresión de injusticia y tiranía.

Al final, eso de la igualdad queda bien en las constituciones y las declaraciones universales de derechos, en los discursos navideños y demás formas protocolarias de papel mojado. La cruda verdad, niños y niñas, es que, como en aquella granja, unos son más iguales que otros, y se ha decidido dejar de disimularlo.

La soledad de Naiara

Naiara tenía ocho años y ya nunca va a cumplir más. Los servicios sanitarios certificaron su muerte tras ser requeridos por su tío, o tíastró, que les dijo que se había caído por una escalera. Al principio le creyeron, pero luego, una vez que pudieron examinar con más detenimiento sus lesiones —traumatismos en la cabeza, heridas en las rodillas, huellas de ligaduras—, llegaron los médicos a otra conclusión, que llevó a la policía a hacerse cargo del hombre que había dado el aviso, y a quien se le han imputado los presuntos malos tratos que acabaron con la vida de la niña.

Lo que comienza como un episodio más en las emergencias sanitarias conduce a una historia muy diferente. Se levanta la cortina de la familia y se descubre entonces que la madre de la niña trabajaba a cien kilómetros y que, imposibilitada para atenderla, la dejó a cargo de una abuelastra que tampoco, salta a la vista por lo ocurrido, estaba sobrada de recursos para cuidarla. Otra versión nos dice que fue el padrastro de la criatura el que la envió con su madre, como castigo por no estudiar. Allí coincidió con dos primastras adolescentes, también puestas a cargo de la abuela, y el tío de treinta y tres años, criado, se dice, en un entorno de maltrato habitual, que convirtió en un verdadero castigo su existencia.

El hombre confiesa a la policía ser el culpable de lo ocurrido. Ratifica así lo revelado por sus sobrinas, que dicen que no tragaba a la niña, que la sometía a castigos brutales de forma habitual y que el episodio que terminó con su vida fue el fruto de una tortura infligida durante horas. Imagine el lector esas horas en que una niña de ocho años está sometida a las vejaciones y la crueldad sin medida de un hombre de treinta y tres. Siempre presuntamente: aún no hay una sentencia que así lo establezca con fuerza jurídica. Pero el horror no entiende de esos tecnicismos.

Cuentan que Naiara era el fruto de la relación entablada por internet entre un chileno y una argentina. Una de esas historias de ahora mismo, que como tantas otras no acabó bien. Tras separarse de su padre, la madre se vino a vivir a España con la niña y encontró otra pareja. Hay quien dice que la maltrataba, de nuevo habrá que anotar presuntamente y sin que cursara denuncia, aunque el comportamiento de su hermano y el ambiente que parecía reinar en su casa invitan a contemplar la verosimilitud del dato. Sea como fuere, Naiara acabó viviendo a cien kilómetros de su madre y a miles de kilómetros de su padre, en compañía de unos extraños entre los que, por lo que se desprende de lo acontecido, no era precisamente bienvenida.

Pensamos a veces en los niños que suben a las pateras, en los que huyen de Siria, en los que escapan como pueden de las ruinas de Mosul. Pero aquí mismo, al lado, en un pueblecito del Pirineo aragonés, había una niña expuesta a la misma soledad terrible, al peligro ilimitado que para una criatura supone la maldad de los adultos que han perdido la humanidad y la compasión.

Se pregunta uno por los servicios sociales, por los maestros que veían a la niña, y ante los que no sabemos si disimulaba o no, o si lo hacía de manera convincente, el infierno por el que, presuntamente, estaba pasando. No se trata aquí de buscar al desenlace otro culpable que quien

propinó los golpes, sino de ponerse en la situación, en la piel de esa niña desasistida, sola ante su verdugo, sin más esperanza que aguardar a que el tiempo la liberara de la condena que había caído sobre ella. Da que pensar acerca de frases que se oyen a veces, que los niños tienen que educarse en casa, que esa tarea les incumbe a sus padres, que el aula está para otra cosa. ¿Y los niños que no tienen una casa ni unos padres que allí los esperen para ampararlos?

Naiara vivió sola y murió sola, y eso no es presunto, sino una realidad certificada por una tumba. Le fallaron los suyos, le falló la vida, le fallamos todos los que sólo ahora reparamos en ella.

Los banqueros suicidas

La de los banqueros suicidas es la última y tal vez la más poderosa metáfora de la España contemporánea. Su imagen completa y redondea el relato de unas décadas portentosas que condujeron al esperpento, de una oportunidad inmensa e irreplicable que se fue en salvas de vanidad, irresponsabilidad y prepotencia. La autoinmolación banqueril culmina en cierto modo la penosa ejecución de un proyecto que lo prometía todo para acabar arrojando un saldo de autovías sin tráfico, trenes de alta velocidad de necesidad dudosa, pisos vacíos, turismo botellonero, agrafia rampante y un endeudamiento pavoroso del que nos olvidamos con la ración semanal de balompié administrado por pícaros —ese otro descubrimiento de la semana, para quien no lo viera venir— y otras fruslerías aturdidoras.

El hombre que conduce de madrugada hasta la finca en la que en otro tiempo fue feliz abatiendo piezas de caza mayor, resuelto a descargarse al alba un escopetazo en el pecho junto al capó de su coche, condensa y resume buena parte de nuestras faltas. De las que unos cometieron desenfadadamente y el resto ignoramos, toleramos o en mayor o menor medida incluso llegamos a consentir, como el peaje correspondiente a la fulgurante prosperidad de cartón piedra que quisimos creer labrada en granito macizo. Hasta que vino el primer vendaval serio que se la llevó por delante como el soplido del lobo a la casita del cerdito ingenuo e imprevisor.

Los cientos de euros en helados o en vaciado nocturno de cajeros automáticos. Los millones dilapidados en el agasajo de los cómplices que no veían ni oían nada mientras sus tarjetas opacas pagaban mariscadas o masajes. Los préstamos incobrables a amigos, conmlitones o socios de aventuras diversas. Las inversiones ilusorias en activos extranjeros sobrevalorados a la medida de los aires de grandeza de quien las impulsaba. La traca final del papel sin valor emitido para tapar los agujeros que esas y otras tropelías iban haciéndole al balance del banco; un papel que para mayor escarnio se les colocó a inversores cándidos a cambio de sus ahorros de toda la vida, forzándolos a litigar luego durante años para recuperarlos, post mórtem en más de un caso y siempre con la quita de los honorarios abogaciles.

Todo esto es lo que detonó al amanecer en esa remota finca a la que se llegaba por caminos sin asfaltar, ese único lugar a resguardo del odio que el banquero suicida escogió para cobrar su última pieza, con un arma adecuada para la ocasión, un Winchester de cañón corto. Apuntándose directo al centro del tórax, que es la manera más segura de matar y la que menos estropea el trofeo de caza.

Puede pensarse que ese hombre repudiado por todos, que no podía salir a la calle sin que lo increparan, que había sido abandonado por las influyentes amistades que lo encumbraron, acabó tomando la decisión letal por no poder soportar más ese desdén, o por la perspectiva, que al parecer acababa de explorar con sus abogados, de que una próxima decisión judicial lo despachara, al borde de los setenta años, a pasar una larga temporada en prisión. Habría querido así ahorrarse el tramo final del oprobio, la vejación del encarcelamiento y demás miserias de la vida penitenciaria, sustituyéndolas por una muerte prematura a cielo abierto, mirando el horizonte de su dicha pasada.

Puede pensarse, también, que al final del camino, después de tanto empeñarse en creer que su lucro personal desmedido y a corto plazo era un servicio a la sociedad, la luz se abrió paso en su mente para mostrarlo fatalmente ante sí mismo como un depredador que en connivencia con otros depredadores precipitó el desastre, y no pudo soportar la culpa y resolvió aplicarse el castigo.

Es esta última una interpretación tan conveniente como, en el fondo, peligrosa. Invita a absolverse a los muchos que, siendo tan partícipes como el difunto de ese aquelarre en el que ardieron tantas esperanzas, siguen a esta fecha sin necesitar pegarse un tiro.

Una niña camina sola

Es de noche, sus padres están tomando algo en una terraza junto a la estación, ella está jugando por los alrededores. Llega un momento en que la niña, no se sabe por qué, se encamina hacia el andén sin que nadie la vea. Es un andén antiguo, bajo, tanto que al final desciende en rampa hasta las vías. La niña lo sigue hasta llegar a ese punto, hasta ponerse al nivel del camino de hierro por el que pasan los convoyes. No a esta hora, en que queda interrumpido el servicio, pero sí durante el día. A la niña la atrae, tal vez, el reflejo de las luces sobre los pulidos rieles de acero que se pierden, paralelos y hermosos, en la oscuridad de la noche de julio. La luna está poco crecida. La niña se deja llevar por el reclamo y echa a andar, sin más, sobre el balasto. Es difícil de comprender, porque tan sólo tiene tres años, pero así sucede, o al menos ésa es la hipótesis que formularán después los investigadores. Sus zapatos gastados la respaldarán.

La niña busca algo, nunca sabremos qué. Quizá al principio el misterio donde terminan los dos raíles metálicos. Quizá luego el camino de regreso junto a sus padres, que ya la buscan desesperadamente. Pero es demasiado pequeña y no logra orientarse como lo haría un adulto. Se

limita a seguir caminando, en la dirección que le marcan las vías. Y así recorre uno, dos, casi tres kilómetros. Cuando la encuentren, muchos no creerán que haya sido capaz, ella sola, de culminar tamaña proeza. La teoría que sostendrán los investigadores es que por difícil que pueda parecer debió de hacerlo y, al cabo de semejante caminata, agotada por el esfuerzo, se derrumbó y se quedó dormida junto a la vía, hasta la hora en que sí pasaban los convoyes. El primero que vino se la llevó por delante: su cabeza y con ella su vida. Esa noche el horror estaba de guardia e hizo una de las suyas.

Qué más da, al lado de esta historia, todo lo demás. Quién puede prestarle atención, por ejemplo, a un bocazas que tras acceder al cargo de portavoz del hombre más poderoso del orbe hace exhibición de toda la zafiedad que atesora, y que marca el nuevo estilo con que su jefe piensa hablarle al mundo. Qué importa que un gladiador descontento, entre otras cosas porque no le dejaron impagar impunemente los impuestos que debía, vaya a dejar el club cuyo escudo besaba hasta anteayer y que en la jugada alguien vaya a poner encima de la mesa más de doscientos millones de euros —como si lo que alguien pueda hacer con las piernas valiera semejante suma, que tanta injusticia, tanta hambre y tanto dolor podría reparar—. Qué importa, en fin, que unos malos lectores de Kafka empeñados en burlar las leyes que les molestan acudan con sofocos y plañidos de doncella ofendida ante la justicia, para pedir que proceda contra quienes cumpliendo con su deber les piden información sobre sus ilegalidades.

Todas esas nimiedades absurdas, que ocupan las primeras páginas, las portadas y la cháchara de los tertulianos, son nada, fuego fatuo que el vendaval del tiempo se llevará sin dejar rastro, relegando en el mejor de los casos a un olvido piadoso a quienes las protagonizan. Lo que queda grabado a fuego, ahí, sobre el balasto de una vía del sur, es el espanto de una niña que caminó sola durante horas, sin encontrar la ayuda que buscaba, que merecía, que la vida y el mundo y sus mayores le deberíamos haber podido dar, para acabar exhausta y a merced de la bestia que iba a arrollarla. Es eso lo que interpela a nuestra memoria, no sólo la de sus padres, aunque nuestra jerarquía torpe de las cosas la haya relegado a las páginas interiores, a la parte baja de la pantalla, al cementerio de las noticias secundarias.

Una niña camina sola en la noche y ahí el mundo habría debido pararse, habría debido empezar a girar al revés para socorrerla. No está dicho para culpar a nadie más que a la maldita fatalidad; a esta vida distraída que llevamos, atontados por insignificancias.

El Daesh en Herat

Mezquita Jawadia, Herat, poco después de las ocho de la tarde del 1 de agosto de 2017. Entran dos hombres vestidos con unos chalecos aparatosos e interrumpen el rezo de la tarde con el fuego que vomitan los AK-47 que llevan para la ocasión. Después de vaciar los cargadores, avanzan

entre los muertos y los heridos hasta la primera fila de fieles y allí detonan el explosivo que llevan adosado a sus cuerpos. Probablemente jamás dispondremos de un recuento exacto de las víctimas: en un primer momento se contabilizan 32 muertos y 64 heridos graves, pero muchos de éstos, evacuados a donde buenamente se puede —una veintena de ellos, los más graves, incluso a Irán y la India—, acabarán engrosando el cómputo de cadáveres. Dieciséis años después de que llegaran los occidentales a pacificar Afganistán, casi cuarenta después de que lo hicieran los soviéticos, continúa la guerra en Herat, por donde ya pasaron en tiempos lejanos los guerreros de Alejandro Magno, ensanchando su imperio.

La mezquita Jawadia es la más importante de la comunidad chií de Herat, una ciudad en la que conviven en relativa armonía las dos grandes corrientes del islam. En un principio, por inercia, las sospechas apuntan a los talibanes, esos a quienes se trataba de desalojar del poder en 2001 y que siguen controlando, tras la prematura retirada occidental, buena parte del país. Sin embargo, sus portavoces se dan prisa en desvincularse del atentado.

Pronto llegan noticias desde Gozareh, una localidad cercana a Herat —y contigua al aeropuerto donde todavía sigue habiendo una base de la OTAN, aun con efectivos reducidos—. Apuntan a la reivindicación de la acción por parte de los elementos del Daesh que se encuentran en la provincia, y que según varias informaciones podrían tener su base en Seyushan, en las montañas cercanas a Herat. Incluso empieza a circular, por las redes sociales vinculadas al Estado Islámico, un par de fotografías que supuestamente corresponderían a los dos terroristas suicidas.

Acorralado en Siria e Irak, el Daesh busca una nueva zona de actuación. El castigado Afganistán, y en concreto su región occidental —donde se halla Herat, lejos de la capital, Kabul—, un territorio precariamente controlado por el gobierno afgano, se le presenta como el candidato ideal. Un país ahído de guerra y ya casi exhausto, a cuyas gentes les toca ahora pagar la ira y la venganza de los barbudos de la bandera negra, después de haber visto pasar durante décadas una ristra de ejércitos: los soviéticos, los muyahidines, los talibanes, los norteamericanos... Y también, por espacio de más de quince años, a los militares españoles.

Todos los esfuerzos de reconstrucción, todos los puentes que se intentaron tender durante ese tiempo, vienen a volarlos, con su entusiasmo destructor, los acólitos del califato. No es la primera acción del Daesh en la zona, ni será probablemente la última. El presidente de Afganistán viaja al día siguiente a la ciudad para ofrecer a la ya exasperada población de Herat las consabidas promesas de velar por su seguridad y combatir a los terroristas. Pero la gente, que ya no se cree ni espera nada de un estado tan indigente como impotente, grita en las calles que si desde Kabul no pueden protegerlos tendrán que organizarse ellos mismos para ejercer su autodefensa. Un nuevo episodio, en definitiva, de la eterna guerra civil que, superpuesta a las sucesivas invasiones extranjeras, resume la historia del Afganistán contemporáneo, acaso el país más desdichado de la Tierra.

Herat está hoy muy lejos, en el mapa y en el pensamiento, de la mayoría de quienes desde aquí leen las noticias. No del corazón de unos cuantos miles de españoles. Algunos leerán estas líneas,

seguro, con la amargura de quien dio lo mejor de sí, porque así se lo exigió el país al que juró servir, para ayudar a un pueblo que, una vez más, queda abandonado a su áspera suerte.

Bajo sospecha

Vamos a dar por bueno el relato que se ha filtrado, y que hasta el momento nadie se ha molestado en desmentir de forma categórica. Resulta que hace algún tiempo se produjo en un hospital la muerte de una paciente en extrañas circunstancias, que hicieron sospechar, tal vez entre otros, de una de las auxiliares de enfermería de la unidad donde tuvo lugar la defunción. No pudo probarse nada, pero hasta tal punto cundió la alarma que se abrió una investigación policial, paralizada luego porque la sospechosa estuvo de baja durante año y medio.

Resulta que cuando la auxiliar se reincorporó a su puesto de trabajo persistían las sospechas hasta el punto de que en la unidad en la que trabajaba, y tras obtener la oportuna autorización judicial, se había decidido instalar y se mantenía, sin advertir de ello al personal, una cámara de videovigilancia.

Resulta que apenas un par de meses después de que la auxiliar regresara al trabajo, fallece en su unidad, de manera sorpresiva, una paciente de ochenta y seis años a la que se le iba a dar el alta. Los médicos, escamados, hacen las pruebas pertinentes y descubren que la causa de la muerte es una burbuja de aire que llegó hasta su corazón, presuntamente después de que alguien se la inyectara aprovechando la vía que tenía abierta.

Resulta, en fin, que pocos días más tarde, la auxiliar de enfermería sobre la que recaían desde antaño sospechas, previa instrucción de diligencias por el juzgado, ingresa en prisión incondicional, acusada de la muerte de la anciana, mientras que las autoridades a cargo del hospital anuncian que se ha abierto una investigación para determinar si la detenida pudiera ser responsable de alguna otra muerte producida en los últimos años en la unidad en la que venía prestando sus servicios.

Hasta aquí, los hechos, en la misma secuencia en que se han desvelado y hasta donde es posible relatarlos, sin perjuicio de la presunción de inocencia, el secreto sumarial y restantes cautelas legales del caso. Y a partir de ellos, las preguntas.

La primera, la que no pueden no estarse haciendo los familiares de la segunda fallecida, a raíz de la información que ha trascendido sobre su muerte en el lugar al que había acudido para ejercer su derecho a la salud: ¿no había una posibilidad de averiguar la posible implicación de esa auxiliar en infames actos homicidas sin exponer a nuevos pacientes a sufrirlos?

La segunda, la que tras leer con detenimiento cuanto antecede se hará cualquier ciudadano lego en derecho y buena parte de los que no lo son: ¿no existía en nuestro ordenamiento ninguna provisión legal que permitiera enfrentar la situación creada —recordémoslo, y expongámoslo, con

crudeza si hace falta: que en el lugar al que los ciudadanos acudían a que los curaran había indicios para creer que alguien se dedicaba a asesinarlos— sin poner en riesgo cierto, tan cierto como prueba lo acaecido, la vida de terceras personas inocentes? ¿Hasta tal punto llega el garantismo de nuestro sistema que no hay otra vía para neutralizar e incriminar a un asesino que permitirle reincidir?

La tercera, suponiendo que legalmente se hizo cuanto se pudo: ¿nadie consideró en ningún momento la posibilidad de asegurar que en ese entorno en el que había sospechas fundadas de que operaba a sus anchas un matarife, la vigilancia policial, al menos mientras no se lograra establecer su identidad, se mantuviera durante las veinticuatro horas hasta localizar y desenmascarar al culpable? Si así se hizo y nada se obtuvo, ¿nadie pensó que la ausencia de la auxiliar era significativa ni se planteó restablecer esa vigilancia a su reincorporación? Y si no se hizo por falta de medios policiales, ¿eran acaso prioritarias las tareas a las que los medios disponibles se dedicaban?

Y la cuarta y última, y la más atroz: ¿qué es lo que mueve a un ser humano a aniquilar al semejante indefenso y a su cuidado?

Defender la patria

El primer problema que plantea el concepto de «patria» es que cada cual tiene el suyo (incluso hay quien no tiene ninguno). No sería un problema demasiado grave, de no ser por el segundo problema que tiende a suscitar: la propensión, constatable en muchas personas, a hacer pasar por su concepto a otros.

Si el punto de partida ya es escabroso, la cosa se complica cuando entra en escena otro concepto normalmente asociado al de patria, cual es el de su defensa. Imaginemos a un observador ingenuo que aquí y ahora trata de identificar conductas que se pretenden defensoras de una realidad patriótica, más o menos amplia, más o menos aceptada. Se encontrará con una panoplia tan diversa, y a ratos tan extravagante, que no le costará caer una y otra vez en la perplejidad, cuando no en el estupor.

Nuestro observador comprobará, por ejemplo, que para alguno defender la patria es elaborar un censo de poetas que la menoscabaron de una u otra forma, para proponer su eliminación del callejero en el que indebidamente se colaron. Caerá bajo su espada Machado, que soñaba caminos de la tarde, gracias a una cita mutilada y copiada de una fuente científica de primer orden llamada Viquipèdia. Caerá Garcilaso, que nació para que en él fuese probado, según confiesa, casi profético, en uno de sus sonetos, «cuánto corta una espada en un rendido». Caerá Bécquer, del rincón en su ángulo oscuro. Y así varios más.

Podrá constatar, también, que la patria de otros les demanda enrocarse en concepciones

cuasirreligiosas e innegociables de su unidad, decretadas desde unas alturas que a veces son las de la Historia —o una de sus lecturas—, pero otras diríase que son las de un Sinaí donde Alguien les hizo entrega de unas tablas labradas en piedra, que ningún humano puede intentar enmendar.

En el colmo, hay incluso quien abriga un concepto de patria, y de su defensa, que le autoriza la eliminación de personas inocentes que pasaban por ahí. Autoriza, incluso, llenar la cabeza de niños inmaduros con justificaciones para el homicidio aleatorio, urdir planes para que lo lleven a cabo y apoyarlos, municionarlos e impulsarlos en su desarrollo y ejecución. Para eso se trata, en este caso sin ningún lugar a duda, de una patria concebida y constituida por el Dios omnipotente a cuyo designio inescrutable sólo cabe plegarse con entusiasmo y plena determinación.

Aunque no faltarán quienes se lo nieguen, incluso con uso de la violencia física o verbal, es derecho del observador ingenuo, y a la vez provisto de razón, dudar de todas estas patrias, y dudar aún más de sus defensores. Y quizá sea una necesidad buscar una visión que lo salve del atolladero, de los reiterados callejones sin salida, y lo que es peor, de la condena a condonar infamias, que tales patriotismos suelen llevar fatalmente aparejadas.

Y he aquí que una tarde de verano el horror irrumpe, de la mano de unos patriotas de la tercera especie descrita, y arroja una ráfaga de luz dolorosa sobre el escenario. Esa luz permite ver de pronto los rotos y descosidos de muchos, que en la hora del sufrimiento porfían en defender y vender, cuando no imponer, como primera regla, la de su patriotismo contumaz y de suscripción obligatoria.

Pero venturosamente la luz expone también otra realidad. La de hombres y mujeres del común que dejan lo suyo para dar calor o ayuda de cualquier especie a los afligidos. La de unos trabajadores públicos que, prescindiendo de consignas de otra índole, se aplican a prestar servicio a sus conciudadanos con la entrega y el sacrificio que su función, sostenida con el esfuerzo de todos, desde la diversidad del patriotismo o su ausencia, exige.

Y aparecen, ahí, imágenes de otra patria, una que no puede repeler ni dejar perplejo a nadie: los taxistas que no cobran sus carreras, los ciudadanos que acogen a los forasteros aterrados, los profesionales sanitarios que vuelven de sus vacaciones para curar, los policías a los que se identifica con una patria que se vuelcan con los que se identifica con otra. El *mosso* que se baja de un coche en Cambrils arriesgando su vida para enfrentarse a cinco chavales enloquecidos, posiblemente cargados de explosivos y notoriamente armados con machetes, y asume, por todos y para todos, el recuerdo de por vida de haber tenido que abatirlos.

Más allá de la cháchara patriótica y de sus beneficiarios, ahí se palpa la patria, ahí se siente que alguien la defiende y la hace existir. Sobre ese suelo convendría alzar el resto. Quizá.

El conde en Barcelona

Guste o no, este hombre, maduro pero todavía no viejo, alto y con barba más blanca que de otro color, es el actual conde de Barcelona por derecho dinástico. Habrá quien alegue que en esa sucesión dinástica fue determinante, allá por el siglo XVIII, una guerra que ganó su antepasado igual que podía haberla ganado el otro pretendiente; por el que, dicho sea de paso, apostó en esa ocasión la ciudad con sus autoridades a la cabeza. El hecho es cierto y su significado el que cada cual quiera darle, pero nadie piense que los primeros condes de Barcelona accedieron al título por oposición o previo reconocimiento de sus méritos por alguna institución pacifista noruega; de hecho, por aquel entonces los noruegos de pacifistas tenían muy poco, y también entre ellos, como aquí, los condes se acreditaban a sangre y fuego.

El detalle tiene en esta tarde de agosto su envidia, porque quien acude a ponerse a la cabeza de la manifestación contra el ataque terrorista sufrido una semana atrás por los barceloneses no es otro que el titular del condado a cuya historia no sólo se vincula la de la ciudad, sino también las pretensiones de que Cataluña pueda constituir una nación separada de la española. En el momento presente esas pretensiones han cristalizado en un movimiento al que respaldan millones de catalanes, con la mayoría de su Parlamento y su gobierno al frente, aunque sean también muchos —según las encuestas, siempre discutibles, siempre alegadas a favor y cuestionadas en contra, más de los que apoyan la independencia— los que se oponen a él.

Hay una discusión de fondo sobre el sentido de la manifestación que el conde se dispone a compartir con los barceloneses. Hay quien dice que en ella hay que dejar de lado cualquier otra reivindicación para condenar el terrorismo y reivindicar sólo la memoria de las víctimas. Hay quien por el contrario alega que una manifestación en el espacio público es un momento para la libre expresión por la ciudadanía de cuantas ideas, cuantos sentimientos o incluso cuantos improperios tenga por conveniente. La discusión, en todo caso, es vana; todos saben, el conde sabe, que la ocasión será aprovechada para traer a colación otras cosas, y muy posiblemente, casi con toda certeza, para hacerlo del modo que más pueda herirle y ponerle en entredicho.

Los pronósticos se cumplen. La manifestación se llena de banderas que lo niegan, al conde, porque son las de una república, la catalana, donde los condes no tienen sentido, por muy de Barcelona que sean, y menos aún si a ese título suman, como es el caso, el de rey de una España que con ello dejaría de ser. No faltan tampoco las pancartas ofensivas, manifiestamente producidas en serie, que llegan al extremo de vincular al conde con conductas criminales, incluso insinúan que es culpable de que una decena de jóvenes criados en Cataluña y manipulados por el imán de una mezquita de Ripoll hayan decidido volverse como fieras homicidas contra sus vecinos. Las pancartas, el movimiento está bien organizado, se sitúan cerca del conde, de manera que se le pueda fotografiar con ellas de fondo. No puede no darse cuenta de la celada, pero mantiene el gesto impasible, mientras a su alrededor arrecian los abucheos y los gritos que le invitan a irse, a renunciar a ser alguien en su condado.

No deja de ser un momento cargado de intensidad, política e histórica, que cada uno interpretará a su antojo y en función de su interés. Para muchos, será como la expulsión simbólica

de la ciudad de la figura y de lo que representa. Para conjurar esa lectura, hubo entre quienes le apoyan voces que le desaconsejaron ofrecerse al desaire. Otros, en cambio, ven en la dignidad con que el conde afronta el vituperio (vitoreado, por decirlo todo, por algunas voces minoritarias) la prueba de su derecho.

Será, en fin, lo que el tiempo diga que fue. Lo del ataque terrorista queda en segundo plano. Nadie condena mucho más que la presencia del conde y lo que representa, como si al agravio que explica que se congregue la muchedumbre no fuera el reciente que aún llena de heridos los hospitales, sino aquel otro, remoto, que el conde encarna. El lema de la manifestación es «*no tinc por*», o lo que es lo mismo, «no tengo miedo». Entre abucheo y abucheo al conde, estalla henchido de emoción. Es conmovedor, pero quienes no tienen miedo a esta manifestación, que muestra a una sociedad partida y peleada consigo misma, son quienes planean ya, nadie lo dude, la manera de volver a golpearla.

Turull quiere un tanque

El señor Turull es un hombre de gesto inexpresivo y verbo rotundo, de esos que en cada frase necesitan convencer a quien los escucha de que tienen una misión. El señor Turull, erigido en portavoz del movimiento, se planta ante la Historia y profiere la frase que parece llevar semanas, meses, años, esperando:

—Si nos mandan el tanque, habremos ganado.

El tanque. Si lo dijera alguien menos literal, con más recovecos mentales, podríamos creer que se trata únicamente de una metáfora. Que bajo esa expresión alude al uso de la fuerza por parte del Estado al que ha desafiado su movimiento, para impedir que lleve a cabo el acto, en forma de referéndum, con el que pretende consumarse e imponer, así sea por la mínima, a trompicones y sin garantías, su punto de no retorno. Es lo que suelen tener los movimientos: la supremacía de los fines permite dejar hechos unos zorros a los medios y de paso también a cuantos se pongan por delante. Sin embargo, cuando uno trata de buscarle la mirada descubre que no, que de metáfora nada: lo que Turull espera, desea, sueña incluso es ese monstruo con cadenas, a ser posible de más de sesenta toneladas —diríase que contempla el modelo exacto, un Leopard 2E, de 62.500 kilos en orden de combate, el más grande y potente con que cuenta el Estado al que desafía—, ante el que poder plantarse como nuevo héroe de Tiananmén, en la Diagonal o en la plaza de Cataluña.

O quizá cuenta con que el que se plante sea otro, algún anónimo ciudadano no compensado por sus desvelos patrióticos y revolucionarios con el suculento sueldo público que el señor Turull percibe. No es esto una afirmación, ni siquiera una suspicacia; es una simple conjetura. Por lo demás, cuando uno escucha al portavoz, lo creería capaz de todo, incluso de la propia inmolación.

La cuestión es si el señor Turull tiene enfrente, como desea, a alguien capaz de incurrir en

semejante desatino. Que los que a la sazón dirigen el Estado desafiado son capaces de errar, grave y nocivamente para ese Estado y para sus ciudadanos, es algo acreditado. Que sean capaces de llevar el error al extremo que ansía el portavoz ya es algo más dudoso. Entre otras cosas, y alguien debería contárselo al soñador de tanques para que volviera a la realidad, porque resulta completamente innecesario.

Ningún Estado democrático y de derecho tiene los tanques (que en rigor no se llaman así, sino carros de combate, matiz terminológico que bien puede escapársele al profano) para enviarlos contra su población, que es lo que el señor Turull anhela, para hacer triunfar su causa. Ni siquiera contra aquellos que se saltan las leyes y, llegando a incurrir en conductas tipificadas en el Código Penal, como la malversación, la sedición y el intento de secuestro de sus conciudadanos, desafían a las bravas su ordenamiento. En tal caso, lo que un Estado democrático y de derecho pone en marcha es su administración de justicia, formada por funcionarios que no pueden, respecto de las leyes, hacer el alegre ejercicio de acatamiento selectivo, y mucho menos aún el de suplantación, que les está permitido a los salvapatrias.

La discusión sobre si esas leyes son legítimas, o lo son más o menos que las que en secreto y a la medida se hace el movimiento, es anterior y reside en otro foro, del que los insurgentes se marginan por el acto de la insurrección. Los funcionarios simplemente aplican las leyes y éstas ponen en marcha sus mecanismos: autos judiciales que, en caso de desobediencia, acarrean nuevas responsabilidades, y que en supuestos extremos pueden contar con el respaldo de la fuerza pública, dentro de los cauces legales, para ser llevados a efecto. Nada de eso requiere tanques.

A no ser que lo que el señor Turull tenga en mente sea que los agentes exaltados del movimiento realicen actos de violencia contra la fuerza pública. Si es así, está situándose ya en otra película.

Trapos de colores

No eres capaz de temblar ante un trapo de colores. Te lo has dicho antes y vuelves a decírtelo ahora, en la noche de septiembre que se vuelve cada vez más fresca, conforme avanzan las horas y el aire infiltra en el verano un anuncio de otoño. No hay banderas que el viento haga ondear en este teatro romano de Mérida, un milenario espacio de civilización y de belleza en el que esta noche hay un concierto que no te podías perder. Es la poesía, esa energía invisible que nos sostiene, la que inopinadamente las evoca. Sobre el escenario, un hombre flaco de ropas holgadas, pasados como tú los cincuenta, acompañado por una banda de jóvenes virtuosos, le saca acordes a su guitarra mientras canta: «Yo a mi manera, / alejado, a su lado, / de todas las reglas. / Que en este tejado / la única bandera / son sus bragas negras».

Lo escuchas y sientes que ninguno como él, como este Robe Iniesta que antes era Extremoduro

y ahora vuela solo, apoyándose en esos muchachos que dominan los instrumentos como diablos, le pone música y letra a la vida en el tiempo y el lugar que no por tu elección —o quizá sí, porque ya tienes edad para haber podido elegir otra cosa— han terminado siendo los tuyos. Tú no vives, como dice la canción, alejado de todas las reglas: para aguantarte y aguantar la existencia acabaste acatando algunas. No son leyes que tú hayas escrito, ni siquiera que te convenzan siempre; pero el tiempo y sus avatares te han persuadido de que alguien debe hacerlas cumplir, y de que el hecho de que esas leyes existan, y velen por ellas personas honradas, protege a la gente frente a peores arreglos y más viles guardianes.

No, no vives alejado de todas las reglas, pero la voz de Robe y sus canciones, y el aire que sopla y las luces que bailan al son de la música, tiñendo de rojo y verde y azul las viejas columnas del teatro romano, te erizan la piel como no consigue erizarla ninguna tela de colores. Ni siquiera la bandera de España, el país de tus antepasados. Aunque tuviste que jurarla, aunque la aceptas porque la aceptan la mayoría de los tuyos, no olvidas que es bandera de reyes, y los reyes no gozan de tu fervor.

Entiendes más, qué le vas a hacer, y más de cerca, esa metáfora de la amada que Robe, con su verso sin aspavientos, enarbola para defender su derecho de individuo; su sagrada soledad de amante y de poeta. Acuden retazos de tu propio camino; voces y rostros y nombres agazapados en tu memoria, que te convocan a sentir por ellos la emoción que no logra infundirte una patria.

Sin embargo, desde tu emoción, y desde el interminable e incierto aprendizaje de la vida, procuras respetar las banderas que los demás sienten como tuyas. Por eso, cuando evocas la imagen vista días atrás de una mujer atrabiliaria de pelo blanco, arrancando con desprecio la monárquica bandera de tu país y dejando otra —también de regio abolengo, pero más querida para ella—, no puedes evitar que algo se te remueva dentro. Es la estampa del odio, de la desconsideración; el ruin espectáculo del creyente que enceguedo por su credo avasalla el de sus semejantes.

No, no tiembles ante trapos de colores, no eres un adalid ni te sientes llamado a ejercer de enaltecedor o propagandista de patria alguna. Pero esta semana viste aflorar el desdén y la soberbia, el rencor y la burda tiranía, y sólo puedes estar en la trinchera contraria de quienes los exhiben y asientan sobre ellos su programa y una dudosa promesa de justicia y redención.

No puedes creer en ellos. Crees antes, crees mejor, crees con más gana y más certidumbre en las leyes que amparan a la gente como Robe; a aquellos que viven sin una bandera y que, sin meterse con la que sienten o dejan de sentir los demás, y sin que nadie les imponga el patriotismo que no les anima, bien pueden, si así lo quieren, izar sobre su tejado unas bragas negras.

En la hora de la *rauxa*

Todo resulta en apariencia muy pacífico: rostros sonrientes, gentes de todas las edades e incluso familias al completo movilizadas como para un día de campo, flores ofrecidas a los guardias que acuden a cumplir ingratas órdenes judiciales, medios de comunicación interpuestos astutamente para poder decir que la defensa de las leyes es persecución de la libertad de expresión. Aunque a alguno se lo parezca, no resulta extraño que ésa sea la faz que muestra a la cámara un movimiento que busca imponer su programa por la vía de los hechos consumados y sin la menor consideración hacia el disidente. ¿Acaso alguien puede recordar un solo cartel de propaganda de un movimiento tal en el que se viera un semblante hosco o amenazante? No: invariablemente se muestra a gente arrobada por la Causa, la Idea, el Pueblo.

Sin embargo, cuando uno se detiene a rascar debajo, y busca los pliegues del discurso, aparece a borbotones eso que desde siempre los catalanes llaman *rauxa*, y que viene a ser la cruz de la moneda en cuya cara está el *seny*: esa sensatez proverbial y ancestral de un pueblo de comerciantes, agricultores y navegantes en esas aguas difíciles que eran hace siglos las del Mediterráneo. Para mostrar lo que no se ve en las manifestaciones ni en los vídeos cuidadosamente escenificados —incluso, o sobre todo, frente a los registros policiales— está la trastienda dialéctica que asoma sin rubor en los discursos de los dirigentes, las diatribas de las plumas afectas o el vertedero de las redes sociales, esa patita de lobo que antes no existía y que ahora se agita frenética.

Hay ganas de hacer saltar todo por los aires, de ese cuanto peor mejor que ya afloró en otras ocasiones históricas, y que un 6 de septiembre convirtió el Parlament de Cataluña en simple caja de resonancia de un movimiento sin contemplaciones hacia las minorías, reventando por ese expediente el principio esencial que una democracia que quiera serlo debe preservar.

La mejor noticia que pueden tener quienes se entregan a ese impulso, al oscuro placer de la demolición, es encontrarse enfrente a quienes reaccionen de manera equivalente. Saben que los hay, porque sus voces asoman también en ciertos discursos, en ciertas tribunas de opinión y en esas redes sociales donde las patitas de lobo abundan en todas las formas y colores. Quizá sea, éste, a la postre, el mayor servicio que las redes nos hacen: desvelar la inmundicia que sin ellas continuaría acaso encubierta. En cualquier caso, lo que la *rauxa* busca es tener otra *rauxa* con la que medirse, y crecer, y desbordarse, y liarlo todo.

No es fácil enfrentarla, y menos lo es cuando quienes tienen que dirigir la respuesta han sembrado con alguno de sus vientos de conveniencia una parte de las tempestades que en esta hora se desatan. Y, sin embargo, no queda otra, porque quienes han lanzado el órdago han pulsado adrede la palanca de la ley y, si la ley no reacciona ante un desafío semejante, deja de serlo.

Para ello, quizá sea buena guía fijarse en quienes hubieron de hacer frente a otros estallidos de *rauxa* anteriores. Allá por el año 1934, unos exaltados arrastraron al *president* Companys a hacer un movimiento que acabaría lamentando. Enfrente tuvo a un hombre templado, el general Domingo Batet, a quien el jefe de Estado Mayor de entonces, un tal Francisco Franco, exhortó a reprimir la rebelión de la Generalitat a sangre y fuego. Batet, que conocía a Franco de Marruecos, y estimaba

en poco su criterio y sus virtudes militares, fue prudente y respondió de modo que pudo controlar el asunto con mínima efusión de sangre. El más exaltado entre los exaltados, un tal Josep Dencàs, huyó por una alcantarilla; Companys se entregó y gracias a este gesto, y a la contención de Batet, pudo volver a presidir una Generalitat restaurada por la República tan sólo año y medio más tarde.

Lecciones de esa historia que todos olvidan, pero que es de esperar que en estos días quienes han de tomar decisiones, y quienes han de ejecutarlas, tengan presentes. Con la serenidad que otorga la razón, porque otra cosa equivale a perderla.

(Nota: a Domingo Batet lo fusiló Franco, por volver a defender la República, esta vez contra el golpe militar de 1936. Lo que no empequeña, sino antes bien engrandece su ejemplo.)

Maldito selfi

Hasta hoy, lo has estado escribiendo obstinadamente en su grafía inglesa, para marcar que es una palabra ajena, una forma perezosa y antiestética de decir en castellano lo que siempre se llamó autorretrato y ahora, para marcar el hecho de que ya casi nadie pinta y todos tienen cámara, podría llamarse autofoto. Sin embargo, la fuerza de los acontecimientos y la pujanza pertinaz del palabro te empujan a capitular: selfi dice todo el mundo y, lo que es peor, como lo que se dice acaba ahorrando lo que se piensa, ése es el concepto, la idea, que campa por doquier.

Selfi es la actividad diaria de muchos de tus congéneres. Selfi es el producto hacia el que puede orientarse tu existencia, como no estés atento y vigilante de ti mismo para impedir que la exposición recorte el terreno a la observación y la reflexión. No has apuntado nunca tu cámara contra ti mismo, salvo para alguna foto familiar o en alguna coyuntura muy excepcional, y casi nunca has dejado que esos contados selfis salgan de la memoria de tu teléfono. Pero hay otra clase de selfis, no necesariamente en forma de imagen: discursos que más que versar sobre algún asunto son una manera, consciente o inconsciente, de mostrarse uno mismo al mundo: exhibición más que afirmación o pensamiento.

Ya te gustaría poder declararte inocente de ese delito. Nadie que hoy viva y esté medianamente conectado y comunicado ha dejado de cometerlo alguna vez. Cultivas, pese a todo, el recelo hacia ese vicio: la firme voluntad de no incurrir en él en la medida de lo posible. No esperas que hacerte selfis, gráficos o verbales, sea la forma de ganar en el aprecio ajeno y en el tuyo propio. Como mucho, se trata de un acto dudoso que sólo puede aceptarse bajo circunstancias particulares y con finalidades igualmente singulares y extraordinarias, y aun éstas conviene someterlas a una implacable crítica.

Para entenderlo mejor, basta con echar una ojeada a un par de casos recientes. Te ha sobrecogido el suicidio, por ahorcamiento, de una chica de veintisiete años, con toda la vida por

delante. Era lo que ahora llaman una *influencer*, alguien que había llevado el arte del selfi al extremo de asentar en él su sustento y su existencia entera. Le pagaban quinientos euros por alguna de sus autofotos (perdón, selfis), que podía preparar durante horas y que colgaba con fruición en su red social favorita para trasladar a sus jóvenes seguidoras, la mayoría menores de edad, la percepción de una vida ideal. Una vida que todas esas chicas se morían por poder imitar y que la *influencer* se moría, y murió, por no poder abandonar. La obsesión en salir perfecta en esos píxeles que ahora la atestiguan de forma inquietante no le dejó tiempo para hallar algo a lo que mirar, fuera de sí misma, que la salvara del pozo negro que la reclamaba. Como nos reclama a todos, salvo que acertemos a construir un suelo vital en otra parte.

Un selfi más aparatoso es el que varios miles de personas se hicieron y continúan haciéndose en estos días en las calles de Barcelona. Su versión más impactante utilizó como atrezo unos vehículos de la Guardia Civil: acaso imprudentemente dejados ahí por sus usuarios, acaso protegidos de manera negligente por quienes tenían las competencias de orden público; acaso, en fin, arrojados a los leones con poco y mal cálculo por aquellos que, teniendo la responsabilidad de gestionar los complejos asuntos públicos, han decidido simplificarlos hasta la temeridad.

Sobre el techo de los coches patrulla, abollados y cubiertos de cartelera y pintadas, danzaron, entre otros, algunos reporteros que yendo supuestamente a contar sucumbieron a la tentación de ser lo contado. Selfi. Y, vista en perspectiva, toda la escenografía del acto tendía a la autoexhibición de una masa viralizable y retransmitible, orientada a un solo propósito: hacer innecesarias las garantías para todos los que no salían en la foto en un proyectado seudorreferéndum de independencia. Ese selfi es el pueblo. Y no hay ya más.

El abuso del selfi individual, ya lo hemos comprobado, puede conducir al abismo. A donde llevará la práctica del selfi colectivo, lo irán mostrando las jornadas que tenemos por delante.

Hinchar un perro

La anécdota es bien conocida, al menos para aquellos que conservan el hábito de leer libros y lo han ejercitado con el más sustancioso de los escritos en castellano. La cuenta Cervantes en el prólogo a la segunda parte del *Quijote*, atribuyéndola a un loco que había en Sevilla, y que tuvo la ocurrencia de aplicarle a cuanto perro sorprendía desprevenido un canuto «en la parte en que soplándole, le ponía redondo como una pelota». Cuando lo tenía de esa manera, le daba dos palmaditas en la barriga y lo soltaba, diciendo a quienes lo observaban: «¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?».

Crear un Estado, con todo lo que conlleva, desde el pacto entre quienes han de habitarlo —preferiblemente sin aborrecerse ni arrojarse a diario los trastos a la cabeza— hasta las reglas que ordenan en todos los aspectos la convivencia y las instituciones necesarias para hacerlas

medianamente efectivas y aceptables, es una tarea para no tomarla a la ligera. Cuando se somete a escrutinio algún Estado de los que ya existen, resulta fácil subrayar sus defectos, señalar sus carencias y, a nada que quien lo enjuicia ande provisto de autoestima, creerse capaz de hacerlo mucho mejor que los que perpetraron la obra en cuestión.

La realidad, en cambio, es bien diferente. Para eso está la Historia, que nos atestigua las dificultades, ímprobos e incluso sangrientas, que comportaron el surgimiento y la consolidación de los no demasiados estados soberanos —y reconocidos por el resto— que en el mundo son. Apenas un par de centenares, en un planeta en el que a esta fecha viven varios miles de millones de seres humanos que se comunican en varios miles de lenguas. En los casos más destacados, que el Estado haya llegado a existir es fruto del esfuerzo sostenido de muchas generaciones, con el impulso y la inspiración de una gavilla de hombres y mujeres rigurosamente excepcionales, que supieron elaborar, defender y cuajar una idea cuyo arraigo las circunstancias no suelen nunca favorecer.

No, no es poco trabajo hinchar un perro, pero hay quien al ver uno, mirando por encima del hombro a quien lo hizo, se cree capaz de hacer otro sin despeinarse, incluso sin tener dotes para ello y sin tomarse la molestia de buscarse el canuto adecuado al objetivo que se está echando a la espalda. En estos días vemos empeñado en una proeza semejante a un variopinto y abigarrado grupo de presuntos líderes, de aptitudes y liderazgo confusos y dudosos: en la televisión sale uno todo el tiempo como si fuera el *primus inter pares*, pero a las reuniones espinosas acude otro al que en su día no le dejaron ocupar esa oficina, luego hay otros dos que mueven las masas, otras dos que las agitan y enardecen, y aun un sexto que se ocupa de la fontanería crucial del movimiento.

Todos ellos juntos, y cada uno desde su apostadero, aspiran a hinchar el perro de un nuevo Estado de Europa por el camino más corto, a través de un pretendido referéndum, impracticable e increíble, en el que cada día que pasa serán necesarios menos participantes, en persona o por improbable comparecencia electrónica. Junten lo que junten, dada la excepcionalidad de su sagrado e irrenunciable proyecto, procederán y, alehop, mostrarán acto seguido al mundo el perro felizmente convertido en globo.

Para la ratificación de su alarde parecen contar, sobre todo, con que haya en las calles muchedumbres incontrolables, que a voces o con pancartas o con lo que sea lancen la buena nueva. Y con que la principal fuerza que se les opone, ese Estado que ya existe y que tiene como deber amparar a todos los que en su misma tierra no piensan como ellos, ni se sienten convocados ni respetados por su forma de proceder, cometa en la respuesta el error que les permita exponerlo como ejemplo de tiranía.

Es un envite endiablado, porque no es poco trabajo hinchar un perro, pero cualquiera puede, si se pone, sacarle el aire.

El ardor, Ada y los demás

Lo que más se hace notar, una vez que unos cruzan la línea roja y otros toman la decisión de acometer, es el ardor. Cunde por igual en las dos líneas de trincheras: tanto en la de quienes lanzaron el desafío que sabían que los de enfrente no tolerarían como en la de quienes se arrojaron al asalto. Los primeros se enardecen ahora con la imagen del ataque sufrido; los segundos, con la ofensa que resulta de sumar, al desplante inicial, la acusación de iniciar las hostilidades y las represalias que siguen al choque. Es la hora de los más ofuscados y virulentos de ambas partes: unos llaman fascistas y asesinos a los otros —incluso si no murió nadie— y se sienten con derecho a escracharlos y arrinconarlos, echando por tierra todos sus aspavientos pacifistas; los otros se revuelven y deciden que la mendacidad y la pulsión totalitaria del adversario no dejan otra salida que la mano dura, aunque la partida termine en una escabechina caótica, que parece también el escenario deseado por los ardorosos de signo opuesto.

La inquina se desata de forma especial con aquellos que dentro de las propias filas tratan de calmar los ánimos, impedir la deriva irreversible de los acontecimientos. Entre los que se han alzado contra el estado de cosas existente, los tibios son despachados de la forma más inmisericorde: tildados de ratas traidoras, se equiparan al mismísimo enemigo. Entre los que se enfrentan a la insurrección, se acusa a estos componedores de ser débiles, tontos útiles de los insurgentes o cosas peores. Allí donde el ardor impera, es regla inflexible reprimir con brutalidad a quien pueda de cualquier modo contribuir a enfriarlo.

En medio de la refriega acampa una hueste extraña que, si bien se empeña en no identificarse con ninguna de las dos posiciones en conflicto, realiza acciones difíciles de interpretar bajo esa premisa. Discute el procedimiento y cuestiona la impaciencia de los insurgentes, pero se deja querer por ellos y fomenta las maniobras más emblemáticas de la insurrección. Reconoce que esta se sitúa extramuros de la ley, pero lo hace en tono suave y cordial, y no se priva por el contrario de secundar ruidosamente los improperios que se dirigen contra quienes se envió, con razón o no, con astucia o más bien sin ella, a tratar de impedirlos. Su portavoz más caracterizado se llama Ada y propugna con voz conmovida una tercera vía que no se vislumbra de dónde sale ni adónde lleva, y que por momentos parece más un cálculo para no dejar de obtener ganancia sea cual sea el desenlace.

No parece, por la enseñanza de las situaciones semejantes que nos ofrece la Historia, que sea en el ardor o en la ambigua Ada donde pueda hallarse la brújula providencial que señale un norte distinto del enfrentamiento y el destrozo mutuo. Es en los demás, en quienes a un lado y a otro constatan con amargura que el asunto se ha ido de las manos y resbala a toda velocidad hacia el precipicio, donde puede acaso surgir una alternativa a la sinrazón y el desprecio; a la cadena fatídica de errores que dé a la bola de nieve una masa imposible de detener. Hace falta que alguien que quiere lo uno y alguien que quiere lo otro razonen que el coste de alcanzarlo por la

fuerza es desproporcionado y lo pagará tanto quien resulte más débil, y pierda, como quien sea al final más fuerte y se imponga. Hace falta que alguien a cada lado de la zanja comprenda que ya no va a poder ofrecer a los suyos el trofeo que les había prometido y tendrá que pasar en todo caso el trago de decepcionarlos. Lo que en esta encrucijada se ventila no es más que la dimensión, catastrófica o soportable, de la decepción con la que unos y otros tendrán que vivir.

El ardor se opone, feroz, a la posibilidad de encontrar un arreglo. Para lograrlo, alguien tiene que renunciar y permitir así que renuncie el otro, pero nadie quiere retratarse antes. De estas tozudas y necias precedencias está hecha la historia del sufrimiento humano.

Últimas tardes en Raqqa

Desde el principio sabían que no podían ganar. Quizá no supieran de la forma exacta de su derrota, quizá no previeran quiénes acabarían coaligándose contra ellos y arrinconando a sus últimos supervivientes en un confin de la escombrera a la que ha quedado reducida la ciudad de la que hicieron su capital y santuario. Son muchos y heterogéneos los que han sumado sus fuerzas para echarles abajo la ensoñación: entre ellos los hay que rezan a su mismo Dios, combatientes de todas las edades y orígenes y condiciones; incluso mujeres, que ven arder con especial delectación sus últimas posiciones alcanzadas por los cohetes o por los misiles de aviones lejanos e invisibles.

Quizá los que los veíamos desde fuera perseguir su quimera indeseable nunca hemos acertado a entenderlos. Nos hemos empeñado en juzgarlos con arreglo a nuestras categorías, esas que determinan, por ejemplo, que en la consecución de un fin han de emplearse medios proporcionados a la ganancia que se pretende, y nunca aquellos que se llevan por delante todas las expectativas. También hemos cometido la ligereza de arrojarles reproches basados en nuestras convicciones acerca de lo que es moral e inmoral, ligereza doble si se piensa con detenimiento: no sólo porque ellos, si alguna vez fueron adoctrinados en esas prescripciones, se las han sacudido alegremente de encima para abrazar una ética nihilista y alternativa; sino también por el hecho, amargo pero probado, de que nuestra sujeción a esos mandatos éticos no deja de ser negociable, dependiendo de quién se encuentre a qué lado de la cuchara o la bocacha del fusil. Y no se trata de igualar a quien infringe a veces con quien desprecia siempre, sino de que el inmoral suele echar mano, para mejor justificarse en sus desmanes, de la ominosa doblez del moralista infractor.

Hay otra cosa que no hemos entendido, y es la dimensión exacta de su victoria anhelada. Nos cuesta, en definitiva, porque nace de la inversión de todos nuestros valores y conceptos. Para ellos, que han renunciado a la conquista y a prevalecer, durante la larga noche en que los ha instalado su conciencia de pueblo castigado, no se trata de clavar la bandera en lo alto de la

colina ni recoger por la empuñadura el sable que tiende, asiéndolo por la hoja, el general vencido. No buscaban nada más que acertar a añadirle una nueva estancia al palacio del agravio, un nuevo hito y un nuevo mito que poder invocar en las madrugadas sin luna. Una nueva bandera que poner en las manos de los guerreros de ese mañana remoto, acaso perdido en las nieblas de la eternidad, que vendrán para vengarlos a todos, armados de una cólera tan inmensa como la montaña de los sacrificios que los precedieron. Con eso les basta, y con haber disfrutado del trance en espera del descalabro que ahora, al fin, se cierne sobre ellos.

Por eso, en estos atardeceres últimos de Raqqa, mientras siguen luchando a su modo infame y vergonzante para nosotros, arrojando suicidas o interponiendo mujeres y niños entre ellos y quienes vienen a limpiarlos como la plaga que fueron, se deben de confortar con el recuerdo de su breve interludio de poder; cuando bajo los efectos de la ketamina y de otras sustancias distorsionadoras de la realidad grababan sus vídeos horribles para humillar al enemigo, se pavoneaban como potentados por las calles de la ciudad prisionera o acumulaban esclavas.

Ahora todo lo que les espera es ya la muerte o la muerte, la derrota o la derrota, el oprobio o el oprobio. Ni siquiera aspiran, estos últimos de los últimos, a probar suerte disfrazándose de civiles para tratar de escapar de la ratonera: quienes los cercan se conocen esos trucos, y quienes han sobrevivido al infierno que crearon los denunciarán sin piedad. No les importa, porque un día rompieron con lo que tenían de humano y pactaron con el Absoluto. Ese demonio del que se alimentan todos los desastres, y al que sus vencedores, si no quieren malinterpretar su triunfo ni arruinar su futuro, harán bien en seguir temiendo, porque late ahí, en los cadáveres y las cenizas de la ciudad calcinada.

La retórica del agravio

Por una vez, la imagen lo transmite todo. Dos hombres de edad avanzada. Uno de aspecto humilde, tocado con boina y embargado por un sollozo mudo e incontenible. El otro, impecablemente trajeado, lo abraza por el cuello y lo observa con un gesto compungido y entregado, queriendo con toda su alma ofrecerle un consuelo del que se sabe incapaz. Son, respectivamente, un damnificado por un devastador incendio que ha destruido todo lo que tenía y el presidente de su país. Sin embargo, y contra lo que suele suceder, la disparidad de circunstancias sociales es en este caso irrelevante. Son un hombre que sufre y otro que quiere y no sabe confortarlo. Al fondo se ve a otras tres personas que contemplan la escena. En sus miradas, aunque a una de ellas se le han quedado inoportunamente cruzados los brazos, se deja ver la envarada impotencia que impone el espectáculo del dolor irremediable y verdadero. Ninguna de las tres necesita (ni puede) pronunciar palabra, articular un discurso que pondere la magnitud notoria del acontecimiento del que son testigos.

El fuego de un otoño anómalo ha devorado implacable vidas y hectáreas, en el país de los dos hombres ancianos y en el país vecino. Es éste un buen momento para recordar, ante la fuerza de la naturaleza azuzada por la mano del hombre, que tenemos que hablar de dos países porque en algún momento de la Historia alguien tuvo el capricho de trazar una raya, aprovechando el cauce de un río que es el mismo en ambos márgenes o cualquier otro pretexto igualmente inconsistente. Porque a ambos lados del río, o del pretexto de turno, está la misma gente y hasta se habla la misma lengua, u otra muy semejante. A ambos lados se pelea por salir adelante contra el mismo sol y el mismo viento, y en ambos hay incendiarios dispuestos a amargar la vida a los demás.

Pero volvamos al fuego y al hombre que llora y al que sabe que no puede pero intenta consolarlo. Su abrazo desesperado es la viva imagen de la calamidad y del agravio. Y como todas las imágenes cargadas de verdad tiene la virtud de iluminar otras verdades, que el transcurrir ordinario de los días, el afán de los que no gustan de lo verdadero y el de los que gustan de prenderle fuego a cuanto pueda inflamarse llegan a veces a ensombrecer.

Quedan en evidencia al ver ahí a estos dos hombres, enfrentados a su catástrofe tan cierta como inapelable, las maniobras de aquellos otros que se dedican a traficar con agravios imaginarios, a hinchar hasta el despropósito los percances que sufren y a jugar a provocar, por placer y sin motivo, incendios y desastres que han de padecer quienes no quisieron ni contribuyeron nunca a desatarlos.

Queda en evidencia su retórica hipertrófica, su maquinaria de propaganda y desfiguración de los acontecimientos, su tesón para invertir el significado de las palabras, para vaciarlas, para llenarlas luego de lo que no son ni han sido jamás. Su voluntad permanente de propiciar la coyuntura en la que la racionalidad deje paso al torrente de las pasiones ciegas y desbordadas y a la llamarada de los rencores, con el cálculo de levantar sobre el fango y las cenizas que queden no se sabe muy bien qué.

Están en todas partes y en todas latitudes, se envuelven en toda clase de banderas y se agazapan a ambos lados de cualquier conflicto o controversia. Son hiperactivos, entusiastas, contumaces, insensatos. Son los que ven llegada su hora estelar cuando la negligencia, el desacierto o el desistimiento de los que deberían contenerlos les dejan campo libre. Ellos son los que una y otra vez desencadenan los más destructivos incendios, establecen las divisorias que separan a las personas y reparten el sufrimiento de forma innecesaria y absurda, escudándose en las ofensas inventadas que los constituyen.

No hay mejor manera de desmontar su retórica del agravio que contemplar al hombre que sin palabras grita la verdad de su dolor. Que nos invita a no infligirnos el que no sea indispensable.

Los hombres que engañaban a los niños

Quienes lo alentaron no sólo eran hombres, y quizá no lo fueran por entero, dejando aparte cuestiones de género, en todo lo que a un hombre se le supone de coherencia y valor para asumir la responsabilidad. Los que se sumaron no sólo eran niños, y quizá no lo fueran, dejando a un lado la fecha de nacimiento, en todo lo que un niño puede alegar de ingenuidad y desconocimiento para declararse irresponsable. Hay momentos en que cabe dudar, incluso, del engaño: de si realmente alguien extendió ante alguien un espejismo lo bastante persuasivo como para ocultar la realidad y alterar su percepción. Si no fue, en suma, un grupo de gente jugando a creer lo que quería creerse, mientras no entrara un adulto en la habitación para terminar con la zapatiesta e imponer el regreso a los antipáticos deberes.

Contar este cuento, para hacerle justicia, para evitar caer en el brochazo de la revancha, de la simplificación o de la pretensión —tan necia y fuera de lugar— de ganar una confrontación que sólo trae quebrantos a los que participan en ella, exige aclarar antes de seguir que ninguna creencia y ninguna aspiración son en sí mismas y para quien las tiene dentro un engaño: querer lo que uno quiere de corazón es un ejercicio de verdad, incuestionable y digno de respeto. Y salvo que implique la negación de derechos y libertades reconocidos a otros, una forma legítima de estar en sociedad y de expresarse en ella, aunque pueda haber a quien le incomode o no lo desee.

Puesto en claro: los hombres aún no engañaban a nadie cuando expresaban el deseo o la convicción de ser lo que aún no eran de cara al exterior, ni los niños se dejaban engatusar por el hecho de suscribir esa voluntad, que no deberían menospreciar los que no la sienten. El embuste empezó cuando alguien propuso —y no se le atajó— que la fruta codiciada estaba al alcance de la mano, al margen del árbol que ha de darla, y que no es otro que el que hunde su raíz en la tierra.

La historia del engaño es la historia de la humanidad. La historia del autoengaño es, en mayor o menor medida, la historia de cada hombre y de cada mujer. Sin embargo, en esta era del filtro burbuja, repleta de usuarios de una interfaz digitalizada para interactuar con la realidad que se ajusta como un guante a sus inclinaciones y reduce al mínimo —o a la intrascendencia— la presencia de mensajes disonantes con ellas, el engaño de los que saben aprovechar las utilidades y prestaciones de ese filtro puede llegar a ser potentísimo. Y el autoengaño de los encerrados en la burbuja de sus pulsiones previas, si dan en renunciar a la sensatez, puede alcanzar a convertirse en una pantalla sensacional. Costará admitir la inocencia de aquellos que se sirvieron de las inmensas posibilidades del filtro para hacer creíble eso que ahora, con el dinosaurio y el soñador al fin despiertos, se revela tan impracticable como inconsistente; costará justificar, a quien se dejó prender por la ensoñación de poner en pie una república como quien hincha una pompa de jabón, que le dieron verdaderos motivos para abdicar de esa manera del modesto sentido común.

Se ha gastado el cuento de tanto usarlo, y sobre los restos de su naufragio se sienta ahora un señor que hizo del pragmatismo y no amontonarse, ni ante la realidad adversa ni ante la quimera inquietante, su regla de conducta. Si es inteligente, como parece, no dará por finiquitada aquí la partida: no se ensañará con los hombres ni humillará a los niños, porque de engañar o engañarse en algún momento de la vida nadie está libre, y no apedrea quien sabe que dándose mal alguna

revuelta del camino puede acabar siendo aquel al que sea lícito apedrear. De entrada los ha invitado a todos a regresar a la mesa común, abrir los cuadernos y proponer ejercicios que puedan hacerse. Sirva ello de decepción para los más airados, tanto entre los hombres como entre los niños, que albergaban la secreta o no tan secreta esperanza de que se pusiera a desollar nalgas a reglazos.

Empieza otro cuento. Si puede ser, que sea más verdadero.

El arrojito

El arrojito, qué duda cabe, puede ser una virtud. Basta para atestiguarlo esta historia acaecida un día de agosto de 1970, en Miranda de Ebro. Dos niños de tres y once años, llevados por la corriente, corren el riesgo de perecer ahogados. Desde la orilla, varios adultos observan impotentes y encogidos la situación. De pronto, Juan Carlos, un chaval de sólo doce años, se lanza al agua y, sin pensárselo, nada con energía hasta llegar a los dos chavales. Con riesgo de su vida, logra arrancarlos al abrazo poderoso del río que da nombre a la península y los devuelve salvos a la orilla, ante el estupor de los hombres que no osaron lo que él.

Por esa acción fue premiado y reconocido, pero su acto de heroísmo juvenil, o infantil, no fue por cierto el preludio de una vida ejemplar. El arrojito que llevaba en las venas lo condujo por una senda bien diferente. Juan Carlos, el celebrado niño-héroe de Miranda, dejó paso a el Rife, un delincuente compulsivo y multirreincidente que empezó a acumular fechorías y condenas de prisión, cada vez más abultadas. Diecinueve años después de su gesta en el Ebro, aquel arrojito suyo le llevó a intentar una fuga del penal del Dueso, que le salió mal. La suerte que le había acompañado en su hazaña benefactora le rehuía en su carrera delictiva; aunque cabe preguntarse si existe un delincuente que no termine por romperse la suerte, al menos entre aquellos que no toman la precaución de delinquir desde el poder y teniendo bien sujetos los resortes de la ley que debe enjuiciarlos.

En 2011, cuando ya era un hombre maduro, llamado en circunstancias normales a sentar cabeza, Juan Carlos atracó un centro sanitario, retuvo a sus trabajadores, consiguió el botín. Su arrojito criminal parecía haberle dado al fin recompensa; pero poco tiempo después fue detenido y despachado de nuevo a prisión.

Otro día aciago, de octubre de 2017, Juan Carlos decidió atracar con un socio una sucursal bancaria. Una vez más, como no es infrecuente en ramo delictivo tan peligroso, las cosas rodaron mal: se presentó la Guardia Civil y Juan Carlos acabó solo y atrincherado en la oficina que había querido desvalijar. Permitted que se marcharan los rehenes que había tomado y se puso a hablar con su pistola. A sus casi sesenta años, sin nada en lo que sujetarse, arrojado por su arrojito a un vacío tras el que se abría otra temporada de encierro, resolvió la conversación pegándose un tiro.

Acabó con su vida sin pensárselo mucho, con la misma soltura con que cuarenta y siete años atrás salvó otras dos; y uno se pregunta qué sintieron al enterarse de su tránsito a la nada esas dos personas que le deben seguir existiendo.

El arrojó, ya se ve, puede ser bueno y malo. Es una pena que la biografía de Juan Carlos no ordenara los hechos al revés: primero sus crímenes, y al final la gesta redentora, a la manera de aquel malhechor al que clavaron a una cruz junto al nazareno. Con todo, si existe algún tribunal superior ante el que deba rendir cuentas, podrá alegar la luz que despidió aquel día de agosto, cuando supo atreverse a lo que nadie se atrevía.

Esa misma semana, trasciende que un hombre que tuvo en sus manos salvaguardar la institución que presidía, y evitar la debacle para los suyos, cambió a última hora de opinión porque un tuitero hiperactivo, enterado de la decisión que pensaba tomar para contener la calamidad, le tuiteó que era un traidor, con alusión a Judas y sus monedas de plata. Para contarle todo, a ese tuit siguieron otros, con el arsenal de lindezas propio de quienes obcecados por una pasión no saben ver que a veces el valor está en desandar la senda recorrida. Acogotado por tan virtual contrariedad, el líder se asustó, reculó y dejó que la nave que comandaba se estrellara contra los arrecifes. Y mientras los suyos se iban al agua, se llevó el único bote salvavidas.

El arrojó puede ser malo, pero su falta es, casi siempre, nefasta.

Atropellos consentidos

Por alguna extraña razón, hay personas que necesitan atropellar los derechos o la dignidad de otras. Podrían haber encontrado otra manera de darle sentido a su existencia, pero es esa sensación de pasarle por encima a alguien la que colma sus deseos y sacia sus apetitos; siempre transitoriamente, lo que las aboca una y otra vez a reincidir en la conducta abusiva. Frente a ellas, las sociedades humanas establecen empalizadas, más o menos disuasorias: códigos penales, de la circulación, de conducta, reglamentos, normas de etiqueta. Todas con su arsenal de sanciones, leves o severas. Desde el primer repertorio legal conocido, el código de Urukagina, esas prescripciones han sido ignoradas a menudo por individuos que necesitan saltárselas más de lo que temen el castigo que ello pueda acarrearles.

Con desdichada frecuencia sucede que la avasallada es esa mitad del género humano que suele encontrarse en desventaja en lo que a la fuerza física se refiere. Y con frecuencia no menos desdichada los avasalladores se reclutan entre los miembros de la mitad opuesta. Esa tendencia estadística ha conducido, a lo largo de la Historia, a que ciertos abusos formaran a pasar parte de los usos y costumbres de no pocas sociedades, y por tanto adquirieran el rango de conductas legítimas y permitidas. Aún hoy, en no pocos lugares del mundo, niñas y mujeres se ven en la coyuntura de tener que admitir como normales y corrientes toda clase de vejaciones. Allí donde se

aspira a mantener en pie alguna forma de civilización, sin embargo, esos hábitos bárbaros han quedado abolidos y se ha impuesto su proscripción.

Ello no quiere decir, en modo alguno, que el impulso de los seres humanos que tienen que servirse de alguien para poder gratificarse haya desaparecido. Ni siquiera que haya dejado de encontrar un cauce habitual para expresarse y satisfacerse. La clave que los habilita para continuar dándose lo que su naturaleza les reclama no es otra que el presunto consentimiento de la víctima. Si aquella que ostenta en principio el derecho a no ser pisoteada renuncia a él, todo vale y puede llevarse a cabo.

Así es como se establece una variada gama de relaciones. La de ese sujeto que engatusa a una chica dándole la píldora durante un tiempo y cuando siente que la tiene rendida a sus pies empieza a exigirle que se comporte como si fuera parte de su patrimonio. La de ese tipo que una vez por semana, o más, se deja caer por uno de esos lugares señalados por neones donde un grupo de mujeres aguardan a que elija entre ellas para desahogarse por un puñado de euros. La de esos compadres que van de caza a una aglomeración o un festejo donde esperan dar con jóvenes achispadas y con las defensas bajas. Nada de esto, de entrada, representa infracción alguna. Incluso se trata de comportamientos normalizados, de los que según dónde y cómo hasta cabe presumir. Puede que pese sobre ellos algún reproche social, pero es lo bastante liviano como para que se reproduzcan una y otra vez, con escasos o inexistentes impedimentos.

Las curvas vienen cuando el atropello consentido, esa forma tan conveniente de desahogo del individuo abusivo, resulta ser lo contrario. Cuando la novia sumisa deja de serlo y lo abandona; cuando la chica solícita del local de los neones es, en realidad, una esclava a la que ha comprado un proxeneta con el cálculo de sacarle unos miles de euros antes de deshacerse de ella; o cuando la joven que parecía estar dispuesta a dejarse hacer de todo declara que en realidad nunca fue ésa su voluntad.

Ahí irrumpe la tragedia, entran en juego los códigos y es el turno de esa gente con toga que tiene que juzgar los estropicios humanos, casi siempre cuando ya es demasiado tarde y el mal es irreparable. Y surge la pregunta: ¿no se les pudo enseñar a los imputados que nadie suele querer que lo atropellen?

Por dinero

Nadie está ahí por dinero. Ahí donde muchas veces nadie más quiere estar: ese lugar al que nadie va, o del que ya todos se fueron, o tardarán lo menos posible en irse. Por poner algún ejemplo: la noche con dientes de lobo en la que toca recoger la humanidad hecha trizas; el picacho helado al que los manuales de seguridad prohíben arrimar las aspas del helicóptero; las aguas encrespadas del Estrecho con mal viento de Levante; la carretera bloqueada por la nieve; el extremo menos

prometedor del cañón de la pistola que empuña un loco o un desalmado; la valla que asaltan cada noche los parias del mundo; el lado malo del tumulto sin control que denota el fracaso del Estado.

Nadie va a ese lugar por dinero, y si alguno comete el craso error de hacerlo, tan pronto como llega y comprueba lo que hay, se pone a ingeniar la forma de estar en otra parte, lo que casi siempre resulta factible y, a nada que uno espabile, está mejor retribuido. Hay, claro está, excepciones: sin ir más lejos, la que representan aquellos que ignorando sin escrúpulos la función que tienen encomendada se ponen a trabajar, sin devolver la placa, para quienes se ofrecen a remunerarlos generosamente por dejar correr el delito en lugar de impedirlo. Estos impostores son siempre más de los deseables; pero no son demasiados, ni los que son merecen considerarse parte de esta historia. Aquí sólo se trata de quienes aceptaron un día, siendo por lo común muy jóvenes, ponerse un uniforme de policía o guardia civil y salir ahí, a la calle, a tratar de llevarlo con alguna dignidad.

En tiempos pretéritos se los utilizó de la forma más funesta. Los pusieron a taponar injusticias, a vigilar a los discrepantes, a sostener por la porra o el fusil lo que ni la razón ni la decencia ni la Historia aguantaban. Son páginas oscuras que les incumben a ellos como nos incumben a todos los que formamos parte del país y administramos, con mayor o menor entusiasmo, el legado de los que nos precedieron. Eran tiempos en los que no sólo ellos veían su labor cotidiana desviada a garantizar y defender lo que no era legítimo ni defendible. Lo mismo podía decirse, puestos a recordarlo todo, de jueces, maestros, recaudadores, ujieres, redactores de diarios.

Ahora somos lo que somos y estamos donde estamos. Cada día, alguien que se ve en apuros comprueba que puede marcar el número de unos y de otros, y que al hacerlo acude alguien comprometido por lo común con la defensa de sus libertades y sus derechos y con la protección de su seguridad y su integridad. Por eso recurren a ellos ciudadanos de toda condición y cualquier ideario; lo hacen, incluso, aquellos que los critican o alguna vez vocearon contra ellos eslóganes insultantes. Y, como debe ser, no se ven por ello discriminados en el servicio que sus apuros demandan.

No sólo los ciudadanos recurren a ellos. En los últimos tiempos se ha hecho necesaria una y otra vez su intervención, a requerimiento de los poderes del Estado, para paliar los efectos de las disfunciones provocadas por quienes los gestionan. Desde dismantelar siguiendo órdenes de los jueces tramas corruptas extendidas por las más diversas administraciones hasta desenmascarar y desactivar grupos organizados para dirigir la acción pública en exclusivo beneficio de sus ideas y sus correligionarios y en flagrante violación de la legalidad que ampara a todos. En más de una ocasión, su condición de dique último del poder del Estado los ha forzado a asumir, por negligencia previa de los que lo gestionan, por omisiones y aun por maniobras dolosas de otros, el feo papel de plantarse, con el encargo de hacer cumplir la ley, ante una multitud enfervorizada en su contra. Una tarea que nunca sale a pedir de boca, que muy rara vez tiene premio y que casi siempre lleva aparejados sinsabores y reproches.

No lo hacen por dinero. Por eso mismo, quien los usa y los mal paga está en doble deuda con el

decoro y la justicia.

Dejarlos solos, quedarnos solos

La etimología de la palabra «sufi» es controvertida. Según una teoría extendida se los denomina así en razón de la pureza (*safâ'*) de su ser más íntimo. Según otra versión, los sufíes son ante Dios los de primer rango, una suerte de élite (*safwa*) entre los creyentes. Para otros, el nombre viene del banco (*suffa*) que estaba junto a la casa de Mahoma, y en el que se quedaban dormidos los más místicos de los compañeros del Profeta. Una cuarta hipótesis hace derivar el nombre del hábito de lana (*suf*) que los primeros sufíes portaban como signo de pobreza y humildad. A estas cuatro posibilidades, vinculadas como se ve a su estado interior y a su apariencia externa, se suman otras dos teorías, no menos sugerentes, que recoge, como las anteriores, el poeta y pensador tunecino Abdelwahab Meddeb en su delicioso y más que recomendable *Instants soufis*, uno de tantos libros que no hallan ya quien los traduzca al español, para mal de quienes sólo leen en esa lengua.

La primera teoría la propone un polígrafo del siglo XI, Al-Bîrûnî, que emparenta la palabra «sufi» con la *sophia* o sabiduría griega. La segunda, debida a un sufí marroquí del siglo XIII, Ibn 'Ajîba, alude a la *soufa*, la cabellera que cubre la nuca y de la que Dios tira a aquel al que ama, para arrebatarlo y llevarlo hacia sí.

Que las huestes residuales de carniceros del Daesh que campan por la península del Sinaí hayan decidido atacar una mezquita sufí, causando cientos de muertos, entre ellos decenas de niños, es un acto plenamente congruente con el talante del sufismo, la más espiritual, tolerante y comprensiva versión del islam; y con la propia idiosincrasia de los asesinos, cultores del más zafio, resentido y obtuso subproducto espiritual elaborado a partir de la civilización musulmana. Es una masacre que nos concierne y alcanza, también, a aquellos que no seguimos las enseñanzas de Mahoma, y que, sin embargo, no podemos no vernos interpelados por el mensaje universal, esperanzador y a la vez refinadamente poético, que representa el legado sufí.

Para muestra, unos botones. Como el que nos ofrece, por ejemplo, el iraquí Hasan al-Basrî, del lejano siglo VIII, cuando, renunciando a toda distinción o privilegio por la cofradía a la que cada cual se liga, escribe: «¡Hijo de Adán! Mueres solo, entras en la tumba solo, resucitas solo, se te juzga solo». O la famosa sufí Râbi'a al-'Adawiyya, también iraquí y del mismo siglo, de quien cuentan que iba por la calle con un cubo lleno de agua en una mano y un brasero encendido en la otra, y que cuando alguien le preguntó por qué lo hacía, respondió: «Con el cubo apagaré el fuego del infierno, y con el brasero reduciré a cenizas el paraíso» (dicho de otro modo: para que los hombres no obraran por temor al castigo o en pos de un premio, sino por amor al bien y a Dios, anticipando en unos cuantos siglos la ética de Spinoza). O el maestro afgano Ansarî, de Herat, que

expresó la identificación del sufi con la divinidad con hondura y sencillez memorables: «La lágrima en la que me veo a mí mismo, eso eres Tú».

Los están matando porque saben que con ellos el mundo, incluso este occidente envanecido y reacio a aceptar lecciones de nadie más que de sí mismo, puede tender un día puentes que superen la dialéctica destructiva que para los burdos apóstoles de la muerte es el único norte, el objetivo primordial en que se resume todo su programa. Dejar a los sufies solos ante la barbarie de la ignorancia homicida es también quedarnos un poco más solos nosotros mismos, apagar un poco más la luz que necesitamos para frenar la acometida de la oscuridad. No podemos verlos morir por la televisión como si no fuera nuestra guerra. Ellos, aunque recen a Alá, son los nuestros, también somos nosotros.

Quien cree en la dignidad humana es hermano de todos los que la defienden. Sostenía la maestra sufi Nûna Fâtima bint ibn al-Mutannâ que uno tiene que estar ahí donde está por entero, sin dejar nada atrás. También era de los nuestros. De Sevilla, para más señas.

La cruda realidad

Nada es más contraproducente para el éxito de una ficción que la irrupción de la cruda realidad. Y viceversa: nada como el exceso de ficción subraya la ferocidad inapelable de lo real.

En algún lugar de Bélgica, ese país que según los malévolos tiene como primer y único ciudadano a su monarca, alguien se aplica con denuedo a dar un mitin virtual, retransmitido por pantallas al cuerpo electoral destinatario de sus mensajes. En su parlamento se despliega la retahíla habitual de verdades a medias, invenciones laboriosas, exégesis torticeras, toscas mixtificaciones y groseras patrañas con las que el actor principal del mitin se ha pertrechado para enmascarar su inapelable fracaso histórico. No sólo no ha conquistado ninguno de sus objetivos, sino que a ello ha sumado el mérito de descomponer sus propias fuerzas, que ya sólo en parte le secundan, y ha cuajado la faena con el acto más infame en que puede incurrir cualquier capitán de barco hundido o general derrotado: ponerse a salvo el primero, dejando de lado cualquier posible gallardía y arrojando a la adversidad a todos los que se arriesgaron bajo sus órdenes.

Mientras esto sucede en ese no-lugar belga convertido en etérea señal televisiva, en el lugar real donde se va a producir la votación, donde vive la gente a la que el fugitivo le reclama su voto para seguir tomándole el pelo, acontece algo que tiene un cariz radicalmente opuesto. En este hecho todo es tan de verdad que resulta casi insoportable, para el paladar adormecido por las falacias, las paparruchas y las continuas sobreactuaciones que de un tiempo a esta parte se han convertido en el pan nuestro de cada día. Es de verdad el escenario, el protagonista, lo que pasa y la razón por la que pasa, que nos reconecta con eso que es al final la vida en toda circunstancia: afán de ser y prevalecer.

Ocurre en Viladecans, una ciudad del Baix Llobregat, de antigüedad milenaria en su fundación pero hecha en el grueso de lo que ahora es a partir del aluvión de la emigración interior — andaluza y extremeña sobre todo— y exterior —principalmente rifeña— que han dado fisonomía y carácter a sus barrios; un rostro mestizo que no suelen invocar como modelo ni referente quienes siguen las prédicas del escapista de Bélgica, pero que ahí está, mal que les pese, y que les devuelve la poca consideración recibida con cifras irrisorias de votos en las sucesivas convocatorias electorales.

El protagonista tiene nombre y apellidos, como cualquiera, pero por su currículum y personalidad se ha ganado el derecho a ser conocido simplemente como el Gordo. A sus cuarenta y cinco años, junta una pila de antecedentes policiales y penales con la que pocos pueden competir. Entre otras hazañas, se le atribuyen atentados con explosivos contra un macroburdel en La Jonquera —otro trocito de ese país real que no sale en las pastoriles recreaciones soberanistas —, robos y agresiones a narcotraficantes y la tentativa de secuestro de un presunto capo de la ‘Ndrangheta, la atroz mafia calabresa, con la que no se bromea y a la que hace falta tener poco apego al propio pellejo para atreverse a desafiar.

El hecho es fulminante y contundente: cuando el Gordo va a revisar los bajos de su coche, precaución obligada en su ramo de actividad, un artefacto adosado no por casualidad en el lado del conductor hace explosión y lo deja hecho unos zorros. Para ser más exactos, muerto en el acto, con el pasado y el presente y el futuro zanjados de un solo zambombazo, preciso y demoledor.

Y el hecho, en su crudeza definitiva, invita a pensar en el curso cierto e inexorable de las cosas, por debajo de la algarabía ininteligible de soberanías en colisión, patrias problemáticas y memoriales de agravios hinchados o fidedignos. Sigue corriendo la droga, se sigue traficando con mujeres, y en los entresijos de esas industrias ilícitas, y a la vez tan reales, de vez en cuando explotan coches, muere gente, el mensaje queda recibido.

El dedo de Sykes

Hace apenas tres años un grupo bien organizado, con la moral alta y sobradamente aguerrido, se propuso borrar tu obra. Se lo propuso sin ambages, y hasta llegó a grabar un vídeo, con un curioso locutor chileno, que se titulaba justamente *El fin del Sykes-Picot*. Era un vídeo muy bien producido, de veras impactante, como todos los salidos de su potente factoría audiovisual. En él se veía a un puñado de guardias de frontera iraquíes a los que habían hecho prisioneros, los flamantes vehículos de fabricación norteamericana que utilizaban y que habían sido requisados por los barbudos y, finalmente, como guinda apoteósica de la pieza, la demolición con explosivo del puesto fronterizo. Con esa acción simbólica declaraban borrado tu legado, ese que le dejaste a

la humanidad contra tu voluntad, una vez que te diste cuenta del error cometido, y que se tradujo en la actual frontera sirio-iraquí.

La frontera que tú dibujaste sobre un mapa en un despacho de Londres, hace ahora ciento un años, cuando quienes entonces mandaban te pidieron una referencia para el reparto de Oriente Medio y tú, con la audacia que da la imprudencia, trazaste con el dedo una línea recta desde Acre hasta Kirkuk. La línea que, con alguna leve rectificación posterior, sirvió para el acuerdo que negociaste con el francés Picot, encantado de recibir tan jugoso e inesperado regalo, y que tomó el nombre de ambos. La divisoria que desde entonces, con el añadido de la declaración Balfour, por la que se les otorgaba a los judíos el derecho a un hogar en Palestina, alentó una guerra vasta e interminable, que antes de tu muerte viste venir y que te empujó a una retractación de la que ya nadie hizo caso.

No sabías bien, cuando se te llamó a asesorar en condición de presunto experto al gobierno británico, lo que tu dedo partía. Igual dio, porque a veces es así como se escribe la Historia.

Y como los hechos acreditan, este origen casi aleatorio no la despoja de vigor. Porque he aquí que ahora, cuando agoniza este 2017, las tropas iraquíes han vuelto a alcanzar la raya que trazó tu dedo, para restaurar la frontera con Siria, aventando como moscas importunas a los pocos barbudos que quedaban para tratar de sostener su supresión. Volverán a alzar los puestos fronterizos volados, izarán de nuevo la bandera iraquí en los mástiles y no tardarán en colocarse al otro lado sus homólogos sirios para hacer otro tanto y defender con su vigilia la herencia que les dejó un británico del que es posible que ninguno de ellos sepa, y si sabe quizá no recuerde, mucho más que el nombre.

Tu dedo, Sykes, conserva el poder que quizá nunca contaste con alcanzar, que seguramente nunca ostentaste en ningún otro asunto de tu vida, que tal vez jamás habrías querido tener. Es la envidia de aquellos que quieren dibujar otras fronteras, incluso en estos días de globalización, y que pese a montar zafarranchos inverosímiles no consiguen salirse con la suya. A ti te bastó ese gesto resuelto, ese segundo memorable en que sin detenerte a pensar deslizaste el dedo sobre la superficie de un mapa, para alterar la historia y la geografía de tantos seres humanos.

Dondequiera que estés, sabrás que no es mérito tuyo. Que sólo fuiste el instrumento de un poder ajeno, un poder férreo que todavía hoy se despliega y medra, pese a la pintoresca y más bien episódica resistencia de quienes, como los de la bandera negra, tan sólo sirven al final para que ese poder sea más pétreo e indiscutible.

Quizá no sea casualidad que, coincidiendo con la liquidación de quienes osaron poner en cuestión tu frontera, el histriónico individuo que ejerce la facultad de firmar decretos en la Casa Blanca haya decidido dar por definitivamente israelizada la ciudad de Jerusalén. Con ello ratifica el designio del que fuiste inconsciente ejecutor, ese que condena a las tierras de Oriente a ser repartidas al margen del carácter y los deseos de quienes las habitan. A seguir siendo el polvorín donde arde el mundo.

No quisieron andar otro camino

Corría la primavera de 1844. A aquel hombre, que tenía tras de sí una vida escarmentada — represaliado por Fernando VII por demasiado liberal, exiliado luego en Gibraltar por contrariar los ardores de sus compañeros liberales más exaltados—, le habían encargado poner en pie un cuerpo de seguridad moderno en un país donde hasta entonces operaba la llamada Milicia Nacional, una hueste de ocasión a las órdenes de los caciques que en cada lugar la levantaban. Se trataba, también, de crear una institución que llevara la presencia del Estado a todo el territorio, al que por aquellos días poco y mal llegaba su acción.

Supo aquel hombre que debía intentar sustraer el nuevo cuerpo a los vaivenes partidistas, incompatibles con la función de guardar y hacer guardar la ley. Y para ello, sólo valía contar con los mejores. Exigió que los candidatos a formarla fueran hombres «de honor, valor y limpia conciencia», hoja de servicios sin tacha, y supieran leer y escribir con corrección. En un país envilecido y en el que tres de cada cuatro habitantes seguían sumidos en el analfabetismo.

Si ese hombre, Francisco Javier Girón Ezpeleta, segundo duque de Ahumada, muerto en 1869, pudiera ver a los hombres y mujeres que forman, 173 años y algunos meses después, en el patio de la Academia de Guardias y Suboficiales de la Guardia Civil de Baeza para prestar juramento a la bandera, cabe creer que no se sentiría del todo insatisfecho. Son 1.625, y de ellos 570 tienen estudios universitarios (143 de máster, e incluso hay tres que han completado el doctorado). Tanto ellos como los que tienen titulación inferior son gente escogida tras una dura y competida oposición, y vienen a reponer una parte de las casi diez mil vacantes no cubiertas que han dejado los años durante los que la crisis no permitió compensar las bajas vegetativas.

Hace frío en esta mañana de diciembre y, después de besar esa bandera en la que hoy tantos no creen, otros vilipendian y alguno hasta considera pretexto suficiente para agredir a quien la exhibe, a los flamantes guardias civiles les toca escuchar los discursos de rigor. Es una ocasión en la que suelen despacharse fórmulas acartonadas, pero esta mañana las dos alocuciones, tanto la del coronel director como la del ministro, escapan al molde consabido. Hay una amarga razón para ello: la reciente muerte en acto de servicio de dos guardias civiles, a manos de un exmilitar serbobosnio que no les dio opción a verlo venir.

La emoción del duelo impregna y eleva las palabras de ambos oradores. Habla el ministro del dolor que da ver a quien se expuso por los demás a morir de forma injusta y cruel, y no poder consolar a los suyos. El director alude al patriotismo anónimo, entendido no como alarde o exhibición, sino como «sacrificio oculto». Del patriotismo que no niega al individuo, ni lo disuelve ni lo somete, sino que ampara su libertad y su creatividad.

Y quien lo escucha y ha hecho de su vida y su oficio el uso de esa libertad y esa creatividad se felicita de que ése sea el mensaje que reciben quienes se postulan para correr, en pro de sus conciudadanos, el riesgo que para dos de sus compañeros se ha traducido en la entrega mayor. Se

felicita de que su país, tan disfuncional y mejorable en tantos aspectos —como todos—, disponga de servidores como los que allí se forman para defender lo que es de todos y lo que es de cada uno, mucho más allá de lo puramente material o patrimonial. Y comprende por qué a los que lo subestiman y menosprecian, y acaban encontrándose con esos hombres y esas mujeres de verde, se les acaba complicando el empeño hasta el extremo de fracasar, como no hace tanto les pasó a unos que asustaban al prójimo con una serpiente y un hacha.

Al final del acto, se recuerda a los muertos. «No quisieron andar otro camino», proclama la oración protocolaria. Que hoy suena llena de sentido, de historia y también de futuro.

(Nota: una de las consideraciones que hizo Ahumada fue que a esos «hombres escogidos», por su valor y servicio, debía remunerárseles mejor que al resto de los uniformados. Lección olvidada por aquellos que, desde hace décadas, los mantienen como los policías peor retribuidos en todo el conjunto del Estado.)

Nochebuena en Estremera

El interno lo explicaba en una intervención radiofónica clandestina, grabada hace unos días: si se dispone a pasar la Nochebuena en prisión es por ser consecuente con sus «actos, decisiones, pensamientos, sentimientos y voluntad». No es una enumeración cualquiera, ni hecha al tuntún. Se advierte la capacidad retórica, expresiva, incluso poética del recluso. Lo que hizo, lo que decidió, lo que piensa, lo que siente, y la voluntad que le mueve, quedan atestiguados con la prueba, nada banal, de aceptar a cambio la privación de libertad. Para contarle todo, dijo algo más: «Yo no me escondo». Alusión nada velada a otros que tal vez no hicieran —ni decidieran, ni pensarán, ni sintieran— con tanta convicción ni anduvieran animados por una voluntad tan poderosa y honda como la que él ha sabido acreditar.

El interno, se compartan o no su creer y su sentir, se ha ganado con su comportamiento, y con su forma de asumir las consecuencias de sus acciones, el respeto de cuantos valoran en un hombre —o una mujer— los principios que se demuestran más allá de lo que se declaran. A fin de cuentas, declararse algo es una conducta liviana, al alcance de cualquier descreído y de cualquier oportunista, y que a estas alturas de la civilización y del desarrollo del arte publicitario no puede impresionar a nadie con algo de juicio. Dejarse procesar, encerrar, reducir a la vida menoscabada del entorno penitenciario, y perder así, junto a la libertad, la capacidad de maniobra, la voz y el contacto con los tuyos, es un sacrificio cierto, al que pocos están dispuestos en esta era de la hipercomunicación continua y fútil, el hedonismo perpetuo y la hipersensibilidad aguda a cualquier contrariedad vital.

El mundo, ingrato, no ha respondido a ese sacrificio con la generosidad que merecía. Otros que

pusieron menos carne en el asador han sido mejor retribuidos por los electores, y al pesar que no puede no producirle al interno la lejanía de su familia, en estas fechas tan proverbialmente familiares, se debe de unir la amargura por haber visto cómo quienes probaban menos su compromiso con la causa salían fortalecidos. Esta adversidad, que lo es sin duda a corto plazo, tal vez no lo sea a la vuelta del tiempo, que es como se construye la memoria, y cuando cada uno queda en el lugar en el que le depositan el peso o la levedad de sus actos. Si respeto merecía ya por arrostrar la penitencia, el que ello sea sin recompensa la vuelve aún más valiosa.

Nadie con entrañas ni inteligencia debería celebrar que este hombre vaya a pasar la Nochebuena en Estremera, separado de sus hijos, por algo en lo que manifiestamente cree. Puede que con arreglo a un Código Penal vigente y legítimo haya delinquido; eso ya se dirimirá al término de un proceso judicial y quedará sometido, en última instancia, a la decisión de un tribunal independiente con sede en Estrasburgo, porque no en vano todo esto sucede en un Estado de derecho y no en las mazmorras de una satrapía. Puede que esté recibiendo un trato penitenciario digno, incluida una cena especial, aunque humilde, dejando aparte a quienes polemizan sobre si habría debido o no desvelarse el menú. Nada de eso resta valor y contenido político a su comportamiento, ni aumenta la conveniencia de anticiparle la pena a quien obró por influjo de unas ideas que no van a verse así erradicadas.

Los jueces han decidido, con arreglo a su interpretación de las leyes vigentes. Este cuento no pretende entrometerse en la controversia jurídica, en la que hay argumentos en contra y a favor de lo acordado; se limita a retratar al hombre y su vicisitud, a su fuste moral y su repercusión política. Y hay razones para desear que las cosas fueran de otro modo, para acompañar de corazón y aun desde la discrepancia al hombre en su infortunio, para pensar que infligírselo no es un acierto del Estado.

El 4 de enero se revisa su prisión provisional. Tal vez sea lo justo, y lo sensato, dejarle celebrar los Reyes con sus hijos.

Anna y la dignidad

Ellos no lo saben, y es posible que jamás lo descubran, pero Anna los ha puesto en su lugar, a todos. Y lo ha hecho ella sola, sin pedir ayuda a nadie, bastándose y sobrándose para decidir frente a todos los que creen tener el poder y la sartén por el mango; ignorándolos y arrojándoles así a la cara lo que son y lo que no podrán ser, lo que les falta y nunca van a alcanzar.

Se suponía que ella debía plegarse a las condiciones que ellos habían decidido imponerle. Que debía aceptar restricciones que no pesaban sobre sus compañeros varones; limitaciones que ella no deseaba acatar y que sentía como una humillación tener que admitir. No podía, por ejemplo, vestir como ella tuviera por conveniente, dentro de la discreción que cualquiera entiende que

ciertas ocasiones llevan implícita, sino que debía someterse a una costumbre ajena que la situaba en un plano claramente subalterno e inferior. Y lo que se esperaba era que se guardara sus imaginables y comprensibles objeciones y pasara por el aro. Para ello contaban con lo que se hallaba en juego, aquello que Anna podía ganar si se dejaba manejar y perdería si rehusaba comportarse con la mansedumbre que se le reclamaba. Ni más ni menos que el campeonato del mundo de ajedrez, del que es la actual titular, con todo a su favor para poder revalidarlo.

Todo, salvo ese pequeño detalle de tener que dejarse tratar como una ciudadana de segunda, como una menor de edad sin criterio propio para poder decidir qué es lo que debe ponerse o no.

Aquí es donde procede recordar que para alguien como Anna, capaz de acreditarse como la mejor del mundo en una disciplina, esa disciplina lo es prácticamente todo. Desde que se levanta hasta que se acuesta, Anna, como cualquier virtuoso en algo, no tiene más remedio que pensar en el ajedrez. Por él pasa lo que es y lo que la satisface, lo que ha conquistado en la vida y su lugar en el mundo y dentro de su propio pellejo. No estamos hablando de algo a lo que se renuncia como quien abandona algo que se encontró sin más en la calle. Estamos hablando de algo a lo que sólo puede renunciarse dejándose en el acto un pedazo de sí.

Y, sin embargo, Anna medita, sopesa y se niega. Antes que campeona del mundo de ajedrez es una mujer y un ser humano que quiere mirarse al espejo y sostenerse la mirada. Alguien que sabe que la sinrazón y la injusticia no son precio de nada que merezca la pena poseer. Alguien que no tiene dentro las grietas y los túneles tenebrosos de quienes se avinieron a exigirle como condición para competir que abdicara de su dignidad. Por ella, por su dignidad, Anna les cede, para que hagan con él lo que les plazca, un campeonato que queda devaluado y degradado en ese mismo momento; una corona que no es de reina, sino de sierva.

Es, posiblemente, uno de los gestos más hermosos, heroicos y necesarios de un año, el que termina, que no estuvo sobrado ni de belleza ni de heroísmo. No sólo la reivindica a ella, a todas las mujeres del mundo. También proclama, con la nitidez y la persuasión que implica el sacrificio, un mensaje que antes o después todos los hombres, sea cual sea su ideología o su credo, tendrán que entender: no hay futuro para quienes se obstinan en negar a la mitad de la humanidad el sitio que le corresponde. El campeonato y sus organizadores, maniatados por el miedo y la codicia, han perdido a la mejor ajedrecista del mundo. Los que persisten en mantener un orden social donde unos hacen lo que les place y otras sólo lo que les mandan se condenan a vivir en sociedades hoscas y demediadas, que nunca podrán competir con las sociedades plenas, en ningún orden de la vida.

Anna no ha perdido ningún título: ha conquistado un lugar en la Historia y se ha convertido en un ejemplo que acaso algún día, no lejano, termine de arruinar los manejos de los hombres sin coraje que transigen con lo que nadie debería tolerar.

Tuiteros como ellos

En algún lugar de una célebre y emblemática mansión de Washington, un hombre tuitea furiosamente. Es un hábito que en su caso ha adquirido perfiles de adicción, de compulsión y de desahogo incontenible. A través de la conocida red social del pajarito azul ha injuriado, despreciado y ridiculizado a cuantos interpreta que se cruzan en su camino; se ha jactado de éxitos y logros dudosos, cuando no imaginarios; incluso ha llegado a alardear del tamaño del botón nuclear que puede apretar para desatar sobre el planeta un nivel de destrucción jamás causado por el hombre, en competencia con otro usuario de interruptores atómicos de cuya cordura apenas se dispone de indicios.

Lo que ahora le enardece y le empuja a volver a disparar sus venablos en forma de tuit es la aparición de un libro alimentado con las confidencias —o infidencias— de decenas de excolaboradores, recopiladas por un periodista de historial controvertido, pero que esta vez pisa fuerte y goza de la predisposición del público a creerle. Es posible que algunas revelaciones no sean más que chismes, como jura y perjura el tuitero; y que su antiguo hombre de confianza, y suministrador de las perlas más jugosas, haya perdido la razón al tiempo que perdió su empleo como asesor, como alega el traicionado para defenderse. Nadie está a salvo de experimentar un trastorno mental; y aun si no fuera este el caso, suele suceder que aquel que pierde una posición no guarda un recuerdo cordial de quien lo apeó de su prebenda, lo que bien puede conducirle al vicio de exagerar sus defectos.

Sin embargo, el cuadro general que se desprende de todas las maldades que ha recogido el periodista es verosímil y coherente con lo que el propio tuitero deja entrever en sus trinos digitales y en las pocas entrevistas que ha tenido a bien conceder. Se le pinta como un hombre somero, impulsivo, que ni siquiera lee los informes que le preparan y que afronta la ardua labor de dirigir la primera potencia mundial sin apenas más herramientas que su instinto, demasiado a menudo sobre una percepción errónea y una noción mínima de los asuntos que ha de resolver.

A través de la red social que ya ha convertido en su medio de interacción principal con el mundo se instruye, en píldoras comprimidas y fatídicamente tamizadas por su filtro burbuja, acerca de lo que acontece ahí fuera; y sobre esa sola base produce y emite, a través del mismo mecanismo, tan sumario como parcial, sus dictámenes casi siempre furibundos y morrocotudos.

No sería preocupante si no se tratara de alguien que tiene en su mano influir en la vida de millones de personas, y si su modelo no hubiera creado escuela, al verse reproducido en el proceder de otros personajes que también están en situación de desencadenar graves percances sobre sus conciudadanos.

Sin ir más lejos, ese otro tuitero que desde un lugar nunca precisado con exactitud de Bélgica —ora mencionan Bruselas, ora una habitación de hotel en Lovaina—, e igualmente desconectado de la sociedad que aspira a gobernar, a excepción de las señales que le van llegando a través de su máquina de filtrado, lanza por ese mismo conducto toda suerte de proclamas, soflamas, admoniciones y hasta algún que otro ultimátum, apremiando a quienes no le deben obediencia para que se inclinen ante lo que dice ser y representar. Como al tuitero de Washington, hay que

reconocer al tuitero belga una innegable capacidad de seducir y convencer a un número nada desdeñable de personas; eso dice algo de sus dotes y afán, pero también de la potencia del artilingio que convierte sus piadas en señal planetaria. Los dos, aun sin vencer en votos, han ganado en la práctica una reñida contienda electoral. De ese triunfo, en ambos casos inesperado, extraen la determinación para seguir tuiteando sus rayos y centellas.

¿Hasta cuándo podrán sostenerse, ambos, en el andamiaje de esa realidad digital y customizada? Se admiten apuestas.

El mercado, amigo

El desafío arrugaría a cualquiera. Para empezar, toca explicar cómo un país se dio un batacazo histórico, dejándose un chorro de puntos de PIB y millones de puestos de trabajo. Y para completar la faena, cómo un banco de trescientos años se deshizo como un azucarillo, corroído por un agujero de decenas de miles de millones de euros que a la postre tuvo que tapar el contribuyente; es decir, todos los trabajadores que no se habían quedado en la calle, pero también aquellos que habían ido al paro, donde seguían pagando el IVA por lo que podían consumir, amén de otras exacciones, mientras que recibían unos servicios públicos que fueron disminuyendo en calidad y cantidad. Ya se sabe que ni en las crisis ni en las bonanzas, ni aquí ni en Pekín, el capital asume el sostenimiento de las finanzas públicas.

El llamado a dar ambas explicaciones es la misma persona. El mago de las finanzas que supo crear una apariencia de prosperidad nacional, hinchando hasta la demencia una febril burbuja cuyo estallido posterior dejaría el solar patrio hecho una escombrera; el prestidigitador bursátil, inventor de una nueva marca bancaria que devino tras la explosión de aquella burbuja en paradigma de la insolvencia, un zombi financiero al que no hubo otra que reanimar con la respiración asistida estatal, con la que a fecha de hoy aún se mantiene. Interpelado en sede parlamentaria para que dé cuenta de ambas proezas, el interesado, de cuya autoestima no queda ya una sombra de duda, se agarra los machos, inspira hondo y suelta esta frase lapidaria:

—Es el mercado, amigo.

El mercado, esa fórmula mágica que exime a los personajes como el que nos ocupa de rendir cuentas de sus estrategias, de justificar sus acciones y explicar sus omisiones, incluso cuando se revelan catastróficas. El mercado, ese juez ciego, ese árbitro supremo emanado de las entrañas mismas de la naturaleza que da y quita con arreglo a una ley férrea: la de una supuesta libre competencia que premia siempre al fuerte, cuyas negligencias absuelve donosamente, y apisona a los débiles, a los que exige una diligencia infinita y les impone, una y otra vez, el abono de la factura de los platos rotos. Esa deidad implacable y oscura no podría tener mejor apóstol que quien hoy la invoca.

Hay otra lectura de la crisis y la devastación económica que el exministro y exbanquero irresponsable achaca, sin más, a ese mecanismo de autodepuración del mercado. Un mecanismo, no está de más reseñarlo, que en este caso se traduce en la pérdida del valor de las inversiones de los incautos, el endoso directo del desastre a los bancos centrales y al aumento de la deuda pública y el salvamento de los jugadores de ventaja mediante el refugio en vehículos inversores opacos o, sin más, la emigración de su capital a paraísos fiscales. Desde allí, convenientemente a salvo de cualquier jurisdicción tributaria que aspire a hacerles arrimar el hombro en la solución del estropicio, recaudan en forma de intereses el rendimiento que la sociedad en su conjunto —es decir, la suma de todos los trabajadores— ha de destinar a pagar ese endeudamiento.

Esta lectura la expone el profesor Maurizio Lazzarato en un libro perturbador, titulado *Gobernar a través de la deuda*. Según él, ese capital apátrida y anónimo y ventajista que gobierna el mundo, superadas ya las posibilidades del aparato de captura de riqueza que representan los salarios —la herramienta que sirve para extraer el valor al trabajo— y los instrumentos financieros —que extraen, vía rentabilidad, el valor al emprendimiento empresarial—, ha adoptado, a través de la deuda —retribuida con fondos públicos, a costa de los servicios que éstos antes financiaban y que se recortan sin fin—, un nuevo aparato de captura: los impuestos que pagamos el resto, con los que se extrae, en resumidas cuentas, el conjunto del valor de toda la sociedad.

Es una tesis discutible, como todas. Pero sobrecoge pensar que pueda ser cierta. En ese mercado que, de amigo, nada tiene.

La vida en 2D

Era su mejor amiga y decidió immortalizarse con ella en un selfi. Ahora resulta inevitable fijarse en la cara de una y de la otra y ver confirmadas en ambas su futura condición. Es la trampa del examen retrospectivo. Quien toma la fotografía adquiere así una expresión tortuosa, inquietante; la chica que se deja fotografiar con ella aparece como un ser desprevenido y expuesto. Miramos ahora ese selfi y no podemos dejar de ver en esas dos mujeres jóvenes a la asesina y a su víctima. Y hay algo más: la hebilla que luce la primera, y que servirá a la postre para incriminarla. Esa hebilla peculiar en la que los investigadores reconocerán la del cinturón encontrado junto al cuerpo y utilizado como arma homicida; la pista inequívoca que antes de matar dejó la autora del crimen para que le fuera imputado y adjudicado.

Uno suele apresar los instantes de su vida en una foto o un vídeo con la pretensión de que queden ahí, recogidos más allá del tiempo y el lugar en el que suceden. Fotografiarse o grabarse es remitirse a un momento futuro, o a un sitio distinto. En otra época era una acción excepcional, singular, repleta de significado; y en ella iba implícita una renuncia, justificada por esa misma

excepcionalidad: la renuncia a recordar o vivir el instante como es, para sustituir su recuerdo y su vivencia por ese plano degradado que se genera al sustraerle a la imagen una dimensión.

Produce escalofríos imaginar cuál era el recuerdo, la forma de reencuentro en la que pensaba la futura asesina al hacerse ese selfi: cómo previó que regresaría a través de él a ese instante ido que había compartido con su amiga y luego víctima. Su mala fortuna, nacida de su torpeza, le ha jugado la mala pasada de convertirlo en la prueba de cargo decisiva; en la imagen que la fustigarán durante los años de reclusión que ahora la aguardan.

Cada día, a cada momento, millones de personas sustituyen sus instantes y sus experiencias por el acto de registrarse a sí mismos en dos dimensiones, para enviarse a donde no están o a ese incierto mañana en el que prevén que acudirán a su propio encuentro. Extienden ante sí un palo selfi, o se afanan en estirar el brazo todo lo que les da de sí, o colocan una cámara en un trípode ante el que se plantan y se ofrecen al mundo. Cuelgan luego la foto en una red social, o utilizan esta para retransmitirse en directo, reducidos a ese ancho y largo sin profundidad, a la condición de estampas planas, quietas o en movimiento. Se arrebatan su propio ser para despacharse al espectador indeterminado que bien pueden terminar siendo ellos mismos. Que, y esto resulta sobrecogedor constatarlo, a menudo son, más que nadie, ellos mismos, atrapados en un monólogo visual con una sombra de lo que son o lo que fueron que termina reemplazándolos.

Si es una forma de matar el aburrimiento, no es más nociva ni perturbadora que cualquier otra. La mente humana necesita estímulos y cuando uno se ve encerrado en una circunstancia en la que carece de ellos resulta lícito cualquier paliativo que no produzca perjuicio a tercero. Lo pavoroso es cuando el selfi, animado o estático, se convierte en forma primordial de vida e interacción; y existe una variante todavía más terrorífica: la que producen los que aspiran a proyectar su propia imagen bidimensional como una inspiración válida para determinar la vida de otros.

Alguien debería acercarse a esta gente y decirle que sigue ahí, a su disposición, un mundo en tres dimensiones en el que se ventila cuanto importa y es. Alguien debería invitar a estas personas a correr todos sus riesgos, de donde nacen sus alicientes; incluidos, por qué no, el de llegar a olvidar lo vivido, el de no ir más allá, el de no exponerse a nadie o no ejercer influencia sobre nadie. O el de enfrentarnos a cuerpo limpio con nuestros propios errores, sin dejar que sea una imagen plana la que nos condene o, por el contrario, nos ofrezca la triste protección de ser inexistentes.

La hora de los rábulas

La palabra, esdrújula y certera, que hunde sus raíces en la noche del castellano —o, lo que es lo mismo, en el latín—, brota de labios de un químico entrevistado en un programa de radio. Y quien le escucha se pregunta cuántos de los que sintonizan la emisora, licenciados en Derecho incluidos,

conocen su significado. Unos cuantos rábulas —dice el químico, pero también exministro de varios ramos y exvicepresidente del Gobierno— son los que en los últimos tiempos se han apoderado del debate político, institucional e incluso social para reducirlo a un batiburrillo de disquisiciones jurídicas o seudojurídicas de ínfimos vuelos. Para que toda la energía se nos vaya en desmenuzar menudencias reglamentarias, especular sobre estrategias procesales y marear a la ciudadanía con la hojarasca y la letra de las leyes, olvidando la esencia y la médula de lo que las leyes representan.

Sabe el químico, y con él pocos más usuarios del castellano, que un rábula es un abogado indocto, charlatán y vocinglero. Un leguleyo inepto para calar en las honduras de la ciencia jurídica, pero experto en tomar por las hojas el rábano legislativo y ejercer como infatigable torcedor de su intención genuina; un togado de poco cimiento y menos escrúpulo pero ruidoso y enredador. Y sabe y clama, por si alguien quiere escucharlo, que dejar que semejante calaña marque el paso de una comunidad es abonar a ésta al precipicio de lo vano, lo insustancial y lo superfluo.

Las cosas son lo que son y puede discutirse si son justas, si son legítimas o si no podrían ser mejores de otra manera; por discutir, puede hasta discutirse si es justa la ley de la gravedad, o que todos los humanos estemos condenados a enmudecer y a ver cómo todo enmudece, antes o después, para alivio de los que no nos soportan y aliviarnos, a nuestra vez, de aquello que no soportamos.

Lo que resulta insufrible es estar expuesto al zumbido de un enjambre de doctores de baja doctrina resueltos a demostrar que las leyes amparan justamente aquello que menos podrían amparar: su burla, menosprecio y contravención. Que es de mejor derecho el que las infringe, elude y desafía que quienes se someten a sus cauces y tratan de atenerse a su mandato. Si al menos tuvieran el valor de ignorar la ley hasta las últimas consecuencias —situarse de una vez al margen de ella, no reconocerle autoridad y arrostrar el precio—, merecerían el respeto que se ganan, ya sea desde la conformidad o la discrepancia, los proscritos que saben ser coherentes con su condición.

Pero no. El truco está en seguir embarullando, en seguir ensartando hasta el infinito argucias, fintas, celadas, camuflajes, trampantojos, distracciones, paradojas, insignificancias.

Lo que es no sólo es sino que está ahí, reclamando cada vez con mayor insistencia sus derechos, que nunca un rábula —o cien rábulas, o mil rábulas—, logró otra cosa que estorbar, postergar o entorpecer. Lo que es dicta que no puede prevalecer lo que no tiene futuro, que no puede coronarse de laurel quien se despeñó por la pendiente de su propia incompetencia, que no se convierten en triunfos los fracasos, ni siquiera los empates. Lo que es determina que no haya lugar para el deseo mal perseguido, para las Ítacas imaginarias, para pretender rediseñar el pasado a la medida de la propia conveniencia hasta convertirlo en un azar incomprensible, incongruente y cada vez más impredecible.

Lo que es cae por su peso y algún día mostrará a la peor luz, la de las ocasiones perdidas, esta

exaltación permanente e interminable de la nada y de tantos nadie, mientras todo se iba descomponiendo. Esta mala hora de los rúbulas que tiene que pasar ya, sin más tardar y sin infligirnos más quebrantos.

Sólo entonces volverá al centro del debate lo sustancial; y cada cual, desde su idea y su afán, podrá trabajar para acercar lo que es, tanto como sepa y la realidad lo admita, a lo que anhela que sea.

Trenes de cercanías

Son pequeñas historias que se anudan para formar una historia mayor. Mayor que ellas, pero también mayor que tantas otras a las que prestamos una atención que no merecen. Una trabajadora llega tarde una y otra vez a su puesto de trabajo, donde cada día que pasa el jefe la mira un poco peor. Una universitaria vuelve a llegar tarde a un examen, que tendrá que recuperar penosamente. Una desempleada a la que la entrevista de trabajo le está saliendo medianamente bien encuentra su primer escollo cuando el entrevistador le pregunta dónde vive y cómo acudiría a trabajar y se ve obligada a contarle que vive donde vive, no tiene coche y tomará el tren de cercanías.

Quien quiera puede cambiar el sexo de los tres personajes. Las tres historias equivalentes se dan también en masculino, y todas ellas tienen la misma razón: desde hace un tiempo, en varias líneas de las cercanías de Madrid se están produciendo averías y retrasos descontrolados, que desbaratan la mañana a sus usuarios. Las razones no están del todo claras, la empresa y los sindicatos dan informaciones contradictorias, pero todo invita a pensar que las inversiones que serían necesarias para el mantenimiento óptimo de la red no se están haciendo, y el tiempo pasa sobre el material fijo y rodante y empieza a causar los estragos que tiene por costumbre, cuando no se le planta cara ni se le opone ninguna diligencia.

Uno siempre tiene la sensación de que en quienes toman, o no, las decisiones que acaban afectando a la eficiencia del transporte público concurre la desafortunada circunstancia de que no lo utilizan jamás. Por eso no se hacen cargo de la importancia que tiene en la vida de las personas que dependen de él, y por eso hay que tratar de llevar a sus mentes otra clase de consideraciones, a las que son algo más sensibles. Una de ellas podría ser el hecho de que la red de cercanías de Madrid —es decir, la red de cercanías de cualquier gran área metropolitana— viene a ser el sistema nervioso de la comunidad. Un activo estratégico por el que pasa no sólo el confort de los ciudadanos, sino todo el potencial, social y económico, de la conurbación madrileña. Es posible que ellos no terminen de verlo, pero podrían tomar nota del valor que le dieron otros, en marzo de 2004, cuando lo eligieron como blanco con el afán de colapsarla, convirtiendo a los trenes de cercanías en símbolo trágico de Madrid; de su dolor y también de su voluntad de vivir y sobreponerse al golpe.

Hay otra consideración que quizá les cueste algo más entender y valorar, sobre todo a algunos, pero que también convendría que se les pasara alguna vez por la cabeza: además de motor de prosperidad, los trenes de cercanías son vehículo de civilidad y de justicia. Gracias a ellos, pueden tener a la vez acceso al trabajo y a una vivienda digna quienes por el efecto combinado de un urbanismo especulador y rapaz y de las sucesivas reformas laborales perciben sueldos que no bastan, ni de lejos, para procurarse un techo en las proximidades del lugar donde trabajan. En esos convoyes pintados de rojo y blanco transita la decencia de un Estado que quiera hacer honor a esa declaración formal por la que se define como social y democrático de derecho; y en cierto modo deja de transitar, cuando no se garantiza su buen funcionamiento.

Que los trenes de cercanías son algo capital lo saben, por ejemplo, en Tokio, una ciudad casi sin coches, y gracias a ello tan silenciosa y respirable, donde funcionan como un reloj y son tan seguros que puede verse en sus vagones a niños de corta edad, solos, yendo al colegio de un municipio a otro dentro de su área metropolitana. Allí nadie que tuviera responsabilidad sobre los trenes de cercanías se permitiría desatender las quejas de los usuarios. Y menos aún se sacudiría el problema de encima alegando que no es de su competencia. Una salida poco prudente también en Madrid, cuyos ciudadanos, en más de una ocasión lo demostraron, toleran mal las injusticias.

Puta Lega

No sucedía desde el año 2004. Ése fue el último en el que coincidieron en segunda división el Getafe C. F. y el Leganés C. F. Fue entonces la última vez que se vieron en las paredes de la ciudad, en las inmediaciones del estadio, pintadas ofensivas para la ciudad vecina y sus habitantes. Hubo una que dejaba poco lugar a dudas: «Pepineros, os vamos a matar». Ese año el Getafe subió a primera y el Leganés bajó a segunda B, lo que eliminó de un plumazo las ocasiones para que aflorase la rivalidad directa entre ambas aficiones. En el año 2016 los dos equipos volvieron a cruzarse, pero de forma que les impedía de nuevo coincidir: el Leganés subió a primera y el Getafe bajó a segunda. Es en esta liga 2017-2018, gracias al ascenso del Getafe, cuando vuelven a jugar en la misma competición. Y vuelven las pintadas.

El lugar es una rotonda de El Bercial, el barrio de Getafe limítrofe con Leganés. En alguna de sus calles, es getafense una acera y leganense la de enfrente. Se trata de dos ciudades no sólo colindantes, sino similares, casi gemelas. Sobre el muro liso que le sirve de tapia a un local comercial en desuso se lee en grandes letras: «PUTA LEGA». La destinataria de la injuria se encuentra a apenas unos pocos cientos de metros de la pintada. Ha regresado el fútbol, y con él ha regresado el odio que estuvo felizmente ausente de las paredes durante catorce largos y apacibles años.

El síntoma parece elocuente, pero no faltan discursos que aventuran otras interpretaciones: la

violencia y el rencor están en la sociedad, el fútbol no es sino una víctima inocente de ese resentimiento ambiental que encuentra en el angélico e inofensivo deporte, con sus aglomeraciones, su competitividad, su proyección social y demás, una válvula de escape en la que futbolistas, aficiones y próceres del tinglado —cada vez más poderoso y lucrativo, dicho sea de paso— no tienen ni la más mínima responsabilidad.

Hay otro argumento socorrido y recurrente: quienes se dan a la expansión violenta, ya sea en sus modalidades más extremas, con resultado de heridos o muertos, o en las de baja intensidad, como esa pintada despectiva hacia la afición vecina, son una minoría radical que no representa en modo alguno el sentimiento de los aficionados; una suerte de alienígenas que viajaban a bordo de un asteroide que por una fatalidad, y sin que nadie le diera pie, cayó sobre el club en cuestión. Son pocos, no tienen que ver con el espíritu de deportividad y *fair play* que una y otra vez se predica desde los medios, y del que la gran mayoría de los forofos del fútbol están sinceramente impregnados.

Pero el hecho, tozudo, está ahí: el pretexto para fomentar el odio entre los habitantes de dos ciudades vecinas, llegue hasta donde llegue y alcance a quien alcance, vuelve a ser, tras catorce años de calma, el rodar caprichoso de un balón. Y la cosa va aún más allá: pocos días atrás las desdeñosas declaraciones de un célebre astro del asunto, refiriéndose a un club vecino, lograron agudizar la fractura social y política existente dentro de una misma ciudad, dividiéndola entre su arriba y su abajo, su centro y sus afueras, hasta tal punto que el club así menospreciado llegó a pagar una página en los periódicos para repeler lo que sintió como una vejación.

Habrà quien lo siga considerando una anécdota sin mayor trascendencia. Sin embargo, quizá no estaría de más preguntarse si estas actitudes de nula empatía y olímpico desprecio del otro, que florecen una y otra vez en torno a un deporte que se ha convertido en el eje central de la actualidad y la vida social, no ejercen alguna influencia, por ejemplo, en fenómenos como la creciente violencia entre los más jóvenes, incluidos los menores de edad; o en la crispación furibunda con que se viven las diferencias ideológicas y su vitriólica expresión en redes sociales. Si no se estará produciendo, en definitiva, una «fútbolización» de la sociedad, que fomenta no los valores positivos de ese deporte, sino la irracionalidad hostil de lo peor de su hinchada.

Dobles raseros

Las vidas humanas siempre contienen páginas que no son como para enorgullecerse. Momentos de error, de ofuscación, de ruindad, de inhumanidad incluso. Las vidas humanas en el límite propenden aún más a ofrecer esos momentos. Las vidas humanas en el límite y en sus primeros años —cuando la experiencia, la memoria y los escarmientos aún no han afinado la máquina de

ser y hacer— tienen una tendencia escalofriante a procurar a su usuario ocasiones para el arrepentimiento futuro.

Tomemos dos vidas en cierto modo paralelas. La primera es la de alguien que crece en un entorno en el que se le inculca la necesidad de alzarse contra un estado de cosas que oprime a su patria milenaria y a los suyos. En ese entorno ha arraigado una visión del mundo que postula que los de la tierra son los únicos puros e incontaminados, los llamados a poseerla, mientras que los advenedizos, llegados del sur para calmar el hambre de sus lugares de origen, son una infección que debe ser controlada y reducida, para supeditarla a la prioritaria construcción de la patria inmanente e inexorable. Sorprende que a esas alturas de la Historia, finales del siglo xx, exista aún quien venda y quien compre esa mercancía, pero tristemente así es y nuestro joven número 1 recibe tal oferta de ella que no puede, o no quiere, sino adquirirla y llevarla a sus últimos extremos.

Llamemos a esos extremos por su nombre: el joven número 1 termina uniéndose a una organización armada que estipula que el mejor medio para la construcción nacional y la persuasión de los que se oponen a ella es asesinar a traición a quienes se identifica como enemigos; eventualmente, asesinar al azar a quien pase por el lugar donde se decide dar un escarmiento con arreglo a lo así prescrito. El joven número 1, que es entusiasta y además diligente, se aplica a la tarea y logra quitar de la circulación a una decena de seres humanos, incluidos adultos, niños, adultos en presencia de sus hijos y también algún hijo y niño delante del adulto que le dio el ser.

La segunda vida paralela es la del joven número 2, al que el destino le hace crecer en el lado opuesto, entre quienes son una y otra vez asesinados por la organización del joven número 1. Al principio por formar parte de las fuerzas represoras al servicio de una dictadura; luego, a pesar de obedecer a un Estado democrático y de derecho al que sirven en defensa de las libertades y los derechos de los ciudadanos. El ambiente que el joven 2 masca desde su infancia es el de una masacre —no hay licencia poética ni hipérbole, léase el diccionario— que azota a los suyos y parece imposible de detener. Eso le lleva a alistarse en la lucha contra la organización armada, hasta situarse en primera línea de ese empeño, donde un día se le da la oportunidad de cometer una falta y la lleva hasta sus últimos extremos.

Llamemos, una vez más, a esos extremos por su nombre: el joven número 2, tras detener a un terrorista al que cree autor de atentados y poseedor de información que puede contribuir a evitar otros, lo somete a un trato antijurídico y degradante, que le provoca lesiones que tardan un par de semanas en curar y terminan siendo tipificadas como delito de tortura y castigadas por los tribunales con la pena que a esa conducta corresponde. De ese delito resulta indultado por el gobierno poco después y desarrolla veinticinco años de servicio sin que se le vuelva a demostrar una infracción semejante.

Muchos años más tarde, las conductas de uno y de otro son objeto de análisis retrospectivo por parte de un representante parlamentario. Al primero, condenado a decenas de años de cárcel por

aplicación de una doctrina jurisprudencial rigurosa, lo considera plenamente reinsertable en la sociedad, en virtud de una interpretación que hace un cálculo más benigno de su pena y que acaba prevaleciendo. Al segundo, en cambio, lo considera inhabilitado para seguir prestando a la sociedad el servicio que ha prestado durante décadas.

La paradoja invita a su interpretación. ¿Será, acaso, que quien aplica ese doble rasero nunca sintió amenazada su vida ni vio comprometidos sus derechos ni sus libertades por el joven número 1? ¿Será, tal vez, que la patria eterna que justificaba sus desafueros era la misma que siente como válida quien pasa página sobre sus asesinatos, mientras pide memoria eterna e irreparable para unas lesiones? ¿Será, acaso, cualquiera de estas dos actitudes, la que puede conducir a una verdadera reconciliación?

Presos políticos

Las ideas no delinquen, y no pueden ni deben delinquir, cuando no son más que ideas. Lo dicho vale para las ideas políticas, para las ideas religiosas, para las ideas artísticas. Vale, incluso, para las ideas delirantes, las ideas deplorables, las ideas repulsivas. Si una sociedad olvida eso, deja de ser un espacio de libertad y democracia para convertirse en un tedioso rebaño en el que sólo están autorizadas las ideas del pastor. Y las de sus perros.

En esta sociedad suceden de un tiempo a esta parte cosas que resultan desconcertantes. Quienes tienen la responsabilidad sobre sus instituciones —que obedecen a colores políticos diversos, y no sobra recordar que están ahí porque sacaron más votos que otros— se han olvidado de que respetar la libertad de las ideas, su expresión y su circulación, incluso —o sobre todo— cuando las expresa quien no coincide con el que manda o le resulta a éste odioso o repelente, es la piedra angular de toda sociedad que se quiera democrática. Ceden así, esos responsables, a la tentación de establecer mecanismos para dificultar unas ideas, las enojosas, y favorecer otras, las convenientes. Y así tiran, por ejemplo, de Código Penal o de leyes represivas para que la cárcel o las sanciones disuadan la ideación indeseada. O se esmeran en hacer notar, mediante la hábil administración de premios y ostracismos, qué ideas tienen gracia y qué otras sobran.

También suceden, para qué negarlo, cosas desconcertantes entre la ciudadanía y quienes se erigen en sus intermediarios y portavoces de sus aspiraciones. Hay personas que creen que a los varones que no piensan como ellas los pueden despellejar, amenazar y vejar sin tasa; y a las mujeres que no sustentan su ideario cabe desearles una violación en grupo o alguna lindeza similar, de la que luego se retractan porque las pillan y porque se las tilda de machistas, pero no porque desear la humillación de otro les parezca intrínsecamente malo.

Hay, en fin, personas que, envueltas en unas ideas, a las que reputan dotadas de legitimidad superior a otras, se arrojan la potestad de pasar con orgullo olímpico por encima de todas las

leyes, tan laboriosamente consensuadas en una sociedad democrática, para trazar un atajo luminoso hacia una Arcadia inobjetable, según su soberano criterio. Puestos en esa senda, no dudan en destinar el dinero público a fines a los que según las normas que rigen su administración no debería servir —distrayéndolo, forzosamente, de alguna de las muchas necesidades públicas para las que falta—, en alterar en su provecho las reglas del juego y de expresión de la voluntad popular, e incluso en acogotar e intimidar a los servidores de la ley cuando acuden, debidamente habilitados, a tratar de hacerla valer.

Quien injuria a otro de manera nauseabunda, gratuita y dañina, y se encuentra con alguna forma de sanción, no puede presentarse como un paladín de la libre expresión de ideas y como una víctima de su persecución o censura. Quien ignora en su beneficio o en el de los suyos la ley que protege a todos, y sin derecho dispone del erario público, y sin razón ni título sabotea la acción de quienes se limitan a tratar de hacer cumplir la ley por todos convenida, no puede, cuando se da con la respuesta estipulada en dicha ley —que no es negociable para sus intérpretes—, quejarse de sufrir represión política.

La alarma salta cuando parece que la respuesta la dicta el encono hacia las ideas que andan tras las conductas punibles, más allá de la respuesta proporcional que éstas merecen. Que los disparates repugnantes que quedaron en eso, sin acción ni daño real sobre sus destinatarios, lleven a alguien a la cárcel, desacredita el rigor de la respuesta penal. Que a las conductas delictivas se les busque, trayéndola por los pelos, la tipificación más apabullante, no ayuda a corregirlas. Ante la duda, sólo favorecer la libertad del otro defiende la nuestra. Por mucho que nos ofenda, y por más que yerre ese otro al usarla.

Alcanzados por su pasado

No importa cuánto corras, tampoco lo bien que hayas aprendido a esconderte: el pasado, ese depredador contumaz, imprevisible y vertiginoso, siempre acaba alcanzándote y llamando a la puerta de tu escondrijo. Lo han aprendido a lo largo de la Historia héroes y villanos, monarcas y mendigos, ingenuos y astutos. No lo notamos, pero el pasado, mientras lo acumulamos, se carga de razones y de munición para abatirnos, esperando sin prisa el momento en el que nos tendrá a tiro y nos hará sentir su poder letal.

Hubo quienes en un tiempo sin responsabilidades, en el que su quehacer se limitaba a segarles gozosamente a otros la hierba bajo los pies, hicieron bandera de mantener el poder adquisitivo de las pensiones públicas. Lo convirtieron en promesa electoral, lo repitieron en cada mitin, llegaron a adoptarlo como el tinte de superioridad moral que los distinguía de sus adversarios. Frente a la decisión perentoria de congelar la nómina de los pensionistas para cuadrar las cuentas públicas, adoptada en su día por un gobierno regido por un optimista incorregible —que es la mejor manera

de arrimarse al precipicio—, ellos prometieron una gestión responsable, madura y realista que ahorraría a los ancianos y ancianas tales sinsabores.

Y la vida, que no conoce mejor modo de aniquilarnos que concedernos lo que le pedimos, los premió con ese gobierno al que se postulaban, tras hacer trizas a los maltrechos herederos del optimista incorregible, que tuvo el olfato de retirarse, con el futuro bien cubierto, a presenciar cómodamente la catástrofe desde la barrera de una de esas envidiables jubilaciones de oro —y diamantes— de las que sus conciudadanos no tienen esperanza de disfrutar jamás.

Llegó entonces el momento de la verdad y de dar trigo, y llegó con el granero vacío y los buitres sobrevolando la casa; aun así, a la desesperada y sacando de donde no había, se hizo todo lo posible por conservar los votos recibidos al calor de aquella promesa: se recortó de todas partes, se redujo el importe de muchas partidas presupuestarias —en un tercio, a la mitad, incluso a cero—, pero se garantizó que las pensiones no sólo no bajarían, sino que subirían como mínimo un 0,25 por ciento, mientras que los salarios de los que no habían ido al paro, o salían a duras penas de él, se desplomaban. Un mínimo que a la postre y en la práctica se iba a convertir en máximo, pero que mucho era ya en una economía deprimida por la caída del poder adquisitivo de la mayoría, en la que no había inflación o ésta conocía incluso valores negativos. Para sostenerlo hubo que vaciar la hucha creada en tiempos de bonanza por el optimista incorregible, única manera de satisfacer las pagas extras de los pensionistas sin descuadrar las cuentas públicas. No importó: había que hacerlo, se hizo.

Han pasado los años y ha llegado la recuperación económica: una recuperación económica diseñada a la medida de los que más tienen, que han aumentado su caudal, y a costa de los que tienen menos, que lo han visto caer. Ha vuelto la inflación, aunque moderada, y la promesa de mantener las pensiones, hecha en un momento propicio, hay que cumplirla con todo en contra. Y es que las pensiones son más altas que los salarios degradados que han de sostenerlas: otra de las típicas bromas pesadas que nos gasta el pasado, consistente en hacer que lo que nos ayuda en un momento —esa rebaja salarial sirvió para la devaluación interna que suplió la imposibilidad de practicar la devaluación monetaria— nos machaque más adelante.

A falta de cotizaciones, no queda otra, para sostener el sistema de pensiones públicas, que subir los impuestos; unos impuestos que por decisión de los que ilusionaron a los pensionistas, y en beneficio de quienes concentran la riqueza, recaen de manera principal, casi exclusiva, sobre la masa de trabajadores empobrecidos, que ya no puede encajar más exacciones.

El pasado los agarra así por el cuello y los enfrenta al dilema: o los pensionistas o el resto. Y bajando en todas las encuestas.

Despilfarro, desbarajuste y parálisis

El hombre está solo, meditando, en su despacho del edificio del Parlament de Cataluña, situado en el corazón del barcelonés Parc de la Ciutadella. Le llegan los ecos del tumulto exterior y, como señal aún más inquietante, los rugidos de unos leones hambrientos. En la cabeza del hombre suenan voces; voces que le hablan de su pueblo y de las vicisitudes por las que atraviesa. El hombre las escucha y se afana por ponerlas en negro sobre blanco.

Una voz dice, por ejemplo, que hay que cuestionar los cálculos fríos del moderantismo. Otra le responde que la razón no es fría ni caliente, que eso queda para las entrañas, y que la moderación se basa en el conocimiento: éste, en una borrasca desatada, aconseja al piloto, en vez de emborracharse, poner a contribución su arte para salvar el navío. A lo que la primera voz responde que quien así habla se ve condenado a estar solo, entre el aborrecimiento de un bando y el abandono de otro. La otra le replica que si ha de quedarse en soledad, así sea; andando el tiempo, cuando el estrépito y el estrago sólo sean un vago recuerdo, se descubrirá que se ha dado un rodeo pavoroso para alcanzar lo que estaba al alcance de la mano, arruinando el país estúpidamente. Que ya sabe que moderarse le desacredita y le expone al silbido de los suyos, pero que todo el fruto de tanta exaltación se reduce a despilfarro, desbarajuste y parálisis.

Las voces hablan de Cataluña y de lo que sus gobernantes han conseguido aprobando normas contrarias a la ley: que ninguna sea efectiva y que un país rico, populoso, trabajador, con pujante poder industrial, esté como amortizado para la acción, mientras que otros se batan para salir adelante. Que al insubordinarse su gobierno, a éste se le insubordine cualquiera, y se organice incluso una reacción contra él entre gentes que antes se mostraban pacíficas.

Ocurre todo esto, expone la voz más moderada, por la absoluta falta de solidaridad nacional; porque cuando la casa empezó a arder por el tejado, los vecinos, en lugar de acudir todos a apagar el fuego, han intentado llevarse cada uno lo que podía. Un apetito rapaz, guarnecido a veces de la petulancia de creerse en posesión de mejores luces, de mayor pericia o de méritos hasta ahora desconocidos. En el fondo, añade, provincianismo fatuo, ignorancia, frivolidad, sin excluir en ciertos casos doblez, codicia, deslealtad, cobarde altanería, inconsciencia, traición. Cada cual ha transigido al final con su miedo, su ambición, su conveniencia.

Aquí se alza de nuevo la voz exaltada, y proclama que la masa puede y debe forjar la legitimidad futura, y más cuando luchan dos modos de entender la vida. Que nace una nueva civilización, salida del poder creador del pueblo. La voz de la moderación se subleva ante esa proclama: cómo va a forjar una nueva civilización quien no ha acertado a asimilar la actual. Eso, aquí y siempre, suena a vaciedad, como toda grandilocuencia.

El problema, alega, es mucho más sencillo: un problema de libertad, de razón, de dignidad humana, de acertar a tener un Estado más inteligente, más próximo al espíritu del tiempo, que aproveche mejor el valor de los hombres y, sobre todo, la independencia de juicio. «Veo —dice— a muchos jóvenes en general desprovistos de las primeras letras, lanzarse a oprimir el juicio ajeno, como si hubieran descubierto razones desconocidas por el Santo Oficio. No hemos sacudido los anatemas de Trento para respetar los de otro colegio por el estilo.» Al revés,

sostiene, la solución está en la zona templada del espíritu, allí donde no se aclimatan la mística ni el fanatismo políticos, donde el Estado no tiene por misión embargar el alma del ciudadano, sino justamente otra de signo opuesto: desembargarla y oponerse a todos los banderizos que quieren imponerle su traba.

Viendo la imposibilidad de ese hermoso proyecto, la voz de la moderación cae entonces en la melancolía. Constata que los naturales de su país destruyen con una mano lo que construyen con la otra, y para destruirlo se ayudan de los pies: patean, en fin, su propia obra, y el entusiasmo y el arrebató que suelen acompañar al destrozo nada dicen de su valía. «El violento amor a una cosa no prueba nada acerca de su mérito», sentencia.

Al final, dice, cuanto ocurre es ventajoso o satisfactorio para unos —y en igual medida desastroso y penoso para otros— pero nocivo para el espíritu nacional, eso que es y existe más allá de la monserga de las voces de la tierra —que puede ser bella, pero carece de una cualidad moral— y de los muertos, que no chistan y a nadie le han dicho nunca nada. Lo que resuena tras esas pretendidas voces es la erupción del sentimentalismo inepto, o la estratagema artera de un interés no siempre ilegítimo, pero particular. Y así es como la nación, pura y simplemente, deja en fin de existir: eliminando los perfiles indecisos —«ajenos a nuestra moral, nuestra política, nuestra estética», se duele la voz— y arrojando al disidente al suplicio y al destierro, al negarle la cualidad de nacional. «Nos empeñamos —concluye— en rehacer una nacionalidad a fuerza de unificación moral secesionista.»

El diálogo de estas voces en la cabeza del hombre se cierra con la más amarga constatación: lo peor del conflicto al que asiste es que es inútil. No ha resuelto, no resuelve, no resolverá nada.

(Nota: el hombre de esta historia es Manuel Azaña y Díaz, y lo narrado ocurre en mayo de 1937, mientras está sitiado en Barcelona por las milicias anarquistas y escucha incesantemente los rugidos de los leones del zoo del Parc de la Ciutadella, a los que nadie ha dado de comer desde hace días. En esa circunstancia pone a punto sus notas para lo que acabará siendo *La velada en Benicarló* [Reino de Cordelia, 2011] de donde están tomadas todas las reflexiones con las que se ha compuesto este texto.)

Mientras afuera el ruido

Hay un lugar en el que sucede lo que importa y demasiados lugares donde no sucede nada que valga la pena contar. En ese lugar donde sucede lo que importa están, cara a cara, un hombre y una mujer. Junto a ellos, unos pocos testigos: el abogado de la mujer, algún compañero del hombre. En los lugares donde no sucede nada que valga la pena contar hay una multitud: legiones de

opinadores a bote pronto, hordas de linchadores sin contemplaciones, miríadas de mirones desocupados. Son ellos, aunque lo que hacen y dicen no tenga ninguna relevancia, los que acaparan el relato de los acontecimientos. Son ellos los que llenan, hasta la saciedad, el vacío ingente de tantas horas de programación, tantos interminables minutos de ocio o tedio, el discurrir continuo de esos *timelines* estériles a los que poco a poco se va reduciendo la existencia de los humanos del siglo XXI.

Poco o ningún espacio queda para contar la verdadera historia, la que se desarrolla en esa habitación en la que una mujer se obstina en callar un crimen abominable y un hombre trata de persuadirla de que lo confiese. Mientras gentes que no pintan nada, que no sufren nada, que no conocen nada, bracean y pugnan grotescamente por erigirse en protagonistas postizos de la tragedia, rasgándose las vestiduras, afectando indignación y hasta arremetiendo las unas contra las otras, en esa habitación que nadie ve y nadie cuenta se ventila en todo su dramatismo el meollo del asunto. Es una escena sencilla, sin alharacas: el que busca y la que oculta; la mentira y el silencio contra la verdad que salva y a la vez condena. Dos seres humanos frente a frente, sin resquicio alguno para frivolidad: todo entre ellos es crucial, determinante. No hay margen para la intrascendencia.

Ha muerto un niño. Así de inapelable. Así de definitivo.

No ha sido fácil llegar hasta ahí. No lo ha sido para el hombre que hace las preguntas, ni tampoco para sus compañeros. No lo ha sido para quien se ve interpelada a responderlas. A uno le ha llevado horas y horas de pesquisas; a la otra, días enteros de representar un papel ficticio en el corazón mismo del dolor. Y mientras cada uno se aplicaba a su afán respectivo, tenía que convivir con lo otro, con el revoloteo ruidoso y perturbador del enjambre de quienes sin ser ni hacer nada en la historia se empeñaban en interferir con su presencia avasalladora y su cháchara incesante.

Pese a ello, cada uno siguió con lo suyo hasta que ella cometió el error que él esperaba, que de hecho la había forzado a cometer, y fue a recoger el cuerpo del delito del lugar donde lo había sepultado. En ese momento se vino abajo la comedia de la mujer y la investigación llegó al punto de inflexión. Trató ella burda e inútilmente de afectar sorpresa, cuando en el maletero de su coche apareció la prueba que la incriminaba. Y acaso trató el hombre de reprimir las lágrimas ante la evidencia del más oscuro de los desenlaces posibles. Los dos esfuerzos fueron baldíos: ni ella estaba ya en situación de seguir engañando a nadie ni él iba a poder, en ese momento o después, impedir que su alma llorara la pérdida de aquella vida frágil y pequeña que no había podido, que nunca había estado siquiera en condiciones de salvar.

Y ahora aquí están, dos días más tarde, ella porfiando aún en atrincherarse en un embuste sin futuro, y él apurando el tiempo que la ley le concede para lograr que la detenida confiese antes de ponerla a disposición del juez. Una confesión que no va a devolver la vida al niño, pero que es su deber tratar de obtener, para darles a los suyos la única reparación posible: la de tener la convicción de que se averiguó todo lo que debía averiguarse.

Mientras afuera el ruido continúa, en la habitación donde nadie mira se abre paso la verdad: la

mujer confiesa y el hombre demuestra lo que vale un profesional con pundonor, frente a la vana turbamulta de charlatanes, oportunistas y demagogos.

Los que se dan

Un hombre enloquecido por lo que le han hecho creer que es una religión retiene a unos ciudadanos en un supermercado. Está armado y es algo más que peligroso. Un hombre sereno, que sabe bien lo que se está jugando, se ofrece para intercambiarse por una de las mujeres a las que el hombre enloquecido tiene en su poder. Una vez que está en el supermercado, desarmado y a merced del peligro, deja su teléfono móvil encendido para que sus compañeros, que aguardan fuera, puedan oír lo que está ocurriendo dentro.

Un arroyo desbocado por la lluvia torrencial amenaza con llevarse por delante a unas personas. Un hombre que podría no hacerlo, que podría escudarse en la fuerza desatada de las aguas o en que a fin de cuentas ya ha pasado del medio siglo y dista de tenerlas todas consigo para meterse en la corriente, baja al torrente y se ofrece por entero a su furia para tratar de sacarlos.

Las dos historias terminan de la peor manera posible. El hombre enloquecido acaba usando su arma contra aquellos a los que retiene contra su voluntad, incluido el hombre sereno que se ofreció a ser su prisionero. De hecho, diríase que se asegura de usarla en primer lugar contra él, que acaba siendo una de las víctimas de la escaramuza que sigue. Durante largas horas se debate entre la vida y la muerte en una unidad de cuidados intensivos, hasta que finalmente la muerte, esa religión de la que el hombre enloquecido es apóstol ciego, gana la partida.

Al hombre que se mete en el torrente, después de sacar a quien estaba a su merced, le fallan las fuerzas y termina siendo él quien se ve arrastrado por la corriente enfurecida. Durante varios días sus compañeros lo buscan, con una esperanza cada vez más menguada de encontrarlo con vida. Al final, cuando baja el nivel de las aguas, lo que aparece, fatídicamente, es su cuerpo exánime.

Una nota al pie de este relato debería señalar que, mientras que el primero de estos dos hombres que se dan ocupa todas las portadas de los periódicos de su país, y mientras todos sus compatriotas conocen y repiten con admiración su nombre, Arnaud Beltrame, en el país del segundo apenas se habla de él y son muy pocos los que pueden decir que se llamaba Diego Díaz. Diferencias sustanciales entre la gratitud y la sensibilidad de unos y otros. O quizá el matiz que existe entre una comunidad con conciencia de serlo y de honrar a los suyos y otra que... no exactamente.

Quizá sea que ante el ejemplo de los hombres que se dan todos los demás quedamos reducidos a la condición, tan netamente inferior, de los que no se dieron. Quizá sea que hay quien quiere y sabe reconocer esa cualidad humana superior, ante la que cualquier virtud de orden menor

palidece, y quien prefiere, en cambio, especular con su propia mezquindad, su propia insignificancia.

No deja de ser llamativo que en algunos lugares del segundo país lleguen a pasar por héroes personas que escurren el bulto, mientras que sus compañeros tienen que enfrentarse por ellos, y en buena medida por culpa de su fuga, a las consecuencias de sus actos. No deja de ser llamativo, también, que entre los dirigentes del segundo país haya abundancia de personas bajo sospecha de deshonestidad, mendacidad o rapacidad que no sólo se aferran a sus cargos, sino que exigen, como una prerrogativa inalienable, permanecer en la poltrona hasta el momento en el que se acredite sin la menor sombra de duda, agotados todos los procedimientos y los recursos, que faltaron a la confianza que sus conciudadanos depositaron en ellos. Y que, en algún caso, elección tras elección, la siguen depositando aun cuando arrecian las sospechas de su deslealtad al bien común. Incluso los hay, ya en el colmo, que mienten y estafan y después huyen, y siguen conservando, a pesar de todo, adeptos entusiastas.

Sean en vano los aspavientos que hacen y provocan. No podrán estar nunca, esos que quitan, a la altura de los que se dan.

Carta a un juez alemán

Le toca decidir sobre la entrega de un hombre a la justicia de otro Estado miembro de la Unión Europea. Que dicho Estado haya sido admitido en ese exigente club no ha sido por azar o porque le hayan hecho un favor, sino porque ha asumido, para empezar, un acervo legislativo que preserva —siempre de forma mejorable, el sistema ideal no existe— la democracia y los derechos humanos. Van a contarle muchas cosas, pero hay otras que se van a cuidar de poner en su conocimiento. Éste es un modesto intento de poner sobre la mesa lo que le omitirán.

Le contarán que este hombre es un perseguido político, tras celebrar una consulta democrática legítima que fue reprimida con violencia por un Estado tributario de una dictadura que no se ha desembarazado de sus tics autoritarios. Es cierto que la transición que condujo de la autocracia a la democracia se hizo sin ruptura, que el actual jefe del Estado es el heredero del designado por el dictador y que en la desvinculación y condena sin fisuras de un régimen fundado sobre un golpe militar que practicó la persecución y el exterminio de sus adversarios queda aún algún que otro paso por dar. Todo lo demás es muy discutible.

Por empezar por algún lado: la legitimidad de una consulta orientada a la derogación del régimen constitucional, impuesta por una fracción del Parlamento que ni siquiera representa a la mayoría de los que votaron en las últimas elecciones y basada en leyes exprés de tramitación secreta, aprobadas en fraude de los derechos políticos de los partidos opositores y en flagrante contravención del marco constitucional y estatutario.

Por continuar por otro: la violencia de una represión que se saldó con sólo dos lesionados de cierta gravedad, un policía al que le destrozó la pierna un partidario airado de la opción independentista y un manifestante que resultó herido por el uso de material antidisturbios homologado, tras haber participado en actos de acoso y agresión a las fuerzas policiales enviadas a impedir la votación ilegal por orden judicial. Podrá discutirse si esa opción fue inteligente y acertada, seguramente no fue ninguna de las dos cosas, pero esos policías cumplían el mandato de un juez y someto a su sana crítica hasta qué punto le parecería oportuno que policías alemanes desobedecieran a los jueces o que hubieran de soportar sin defenderse el ataque de un gentío resuelto a impedir el cumplimiento de sus resoluciones.

Además de achacar toda la violencia a la policía, y para ello le enseñarán vídeos en los que observará algún comportamiento inadecuado, pero ninguno gravemente lesivo ni muy diferente de la praxis de otras policías europeas cuando se topan con manifestantes que desoyen sus advertencias y se les enfrentan, le van a intentar persuadir de que por parte del independentismo no hubo violencia alguna. No le van a contar, desde luego, que pocos días antes de la consulta ilegal una comisión judicial enviada a practicar un registro, con medios de autodefensa limitados, fue rodeada, secuestrada e intimidada durante horas por una turba de miles de manifestantes, previamente espoleada por dos organizaciones receptoras de copiosas subvenciones del gobierno presidido por el hombre cuya entrega se le reclama. No le van a contar que ese acto de sedición y de coacción a la autoridad legal y legítima fue posible merced a la inacción de la policía que se hallaba a las órdenes del imputado. No le van a invitar a pensar que ése era el presupuesto inmediato de la actuación policial el día de la consulta, no vaya a ser que entienda mejor por qué se recurrió a un despliegue extraordinario para cumplir la orden del juez y por qué se decidió intervenir con determinación.

Tampoco le van a contar que personas y organizaciones alineadas con el movimiento que dirige el imputado han cortado carreteras, tuiteado amenazas o acosado a jueces y oponentes políticos. No le van a mostrar los vídeos en los que algún seguidor del independentismo ataca con piedras o insulta y empuja a los agentes del orden. O en los que algún miembro de la policía autonómica, armado, trata de obstruir la actuación de los agentes enviados por orden judicial. Y si por casualidad llega a verlos, le dirán que son acciones individuales y aisladas de las que el imputado no es responsable. Lo que no le dirán es que no ha condenado ni una sola de ellas, ni tampoco que está acreditado su impulso por parte de organizaciones financiadas y auspiciadas por el movimiento y sujetas a sus consignas.

Piense qué juzgaría si algo de ese cariz se produjera en un *Land* alemán, por designio de un movimiento político instalado en su gobierno, gastando para ello dinero público e ignorando la Constitución federal y las leyes del propio *Land*. Que el instructor español funde en esos hechos una imputación de rebelión puede ser y es cuestionable, pero no es disparatado. Y en un juicio en el que se garantizará el derecho de defensa del imputado éste podrá combatirla, incluso en vía posterior de recurso ante un tribunal superior y en última instancia ante el Tribunal Europeo de

Derechos Humanos, que dicho sea de paso condena mucho menos que a otros al Estado al que se le solicita la entrega. Por darle una idea, el año pasado fueron sólo seis las condenas, por dieciséis de Alemania. No le piden, en resumidas cuentas, que entregue al imputado a una máquina de triturar opositores, sino a la justicia de uno de los países donde los jueces son más escrupulosos y garantistas. Ese escrúpulo judicial es el que explica que la insurrección —ya sea simplemente sediciosa o rebelde— llegara tan lejos antes de que se la atajara. O que el hombre sobre cuya suerte ha de decidir pudiera darse a la fuga, como nunca habría podido en países con menores garantías para los delincuentes presuntos.

Y ahora decida en conciencia y con arreglo a la ley. Ella es, en fin, la única que nos protege de los redentores entusiastas, ya vistan toga o se autoproclamen *president* legítimo e irrevocable.

Prosa desaseada

El antiguo estudiante de derecho recuerda el libro. Llevaba por título *El régimen político español* y le tocó estudiarlo en la asignatura de Derecho Político de segundo curso, lo que hoy vendría a ser Derecho Constitucional. En sus páginas se exponía, en efecto, el régimen de la Constitución Española de 1978. Corría el año 1985 y era una constitución aún muy reciente. No era un libro del todo malo, en lo que a su contenido respecta: el antiguo estudiante, que hace casi treinta años que obtuvo la licenciatura, sigue acordándose razonablemente del corpus de conocimiento que como manual debía transmitirle. Sin embargo, recuerda también que su prosa era más bien desaseada, y muy en particular la frecuencia, hartó fatigosa, con que recurría a un vocablo horrendo, *concretizar*, y a una derivación más horrenda aún, *concretización*, que llegaba a producirle dolor ocular.

No lo recuerda con rencor: cuando uno estudia una materia algo árida, como lo son muchas de las jurídicas y en alguno de sus entresijos el derecho constitucional español, nunca viene mal tener algo con lo que echarse unas risas. Uno de los chistes que solían hacerse en su círculo de estudiantes era que en su denodada huida de esas dos modestas y aseadas palabras del castellano (o español) que son *concretar* y *concreción*, el autor de aquel libro llegaría en algún momento a perpetrar neologismos sensacionales como *concretizacionar* o *concretizacionización*. En fin, no era más que una inocente manifestación del derecho del discente a lanzar una mirada cáustica sobre el docente cuyo mamotreto se ve compelido a deglutir y memorizar.

Más de tres décadas después he aquí que el autor de aquel libro reaparece y salta a la popularidad convertido en el catedrático puesto en cuestión como director de un máster en el que una importante personalidad política obtuvo la titulación sin acudir a clase, sin examinarse nunca con sus compañeros y tras defender un trabajo de fin de máster, que no aparece, ante un tribunal

formado por tres profesoras de las que dos niegan haber firmado el acta exhibida como prueba de su calificación.

Sin entrar a prejuzgar el asunto, que acabará sometiéndose por denuncia de la propia universidad a un procedimiento penal, se trata de una situación indudablemente desairada, fruto de un relato más bien destartado que recuerda al antiguo estudiante de Derecho aquella prosa deslucida del manual que estudió en su juventud. Y la cosa no queda aquí. Cuando se le confronta al catedrático con la fea circunstancia de que hay quien aparece en el acta como firmante y niega haberla suscrito, se descuelga con una confesión morrocotuda: ante la petición del rector de que ofreciera de inmediato una prueba documental de que el máster se había cursado y superado, ordenó a una de sus discípulas que «reconstruyera» sobre la marcha el acta de la defensa del trabajo de fin de máster. Y añade que esa acción no constituye una falsificación, y que si generara alguna responsabilidad, en cualquier caso no le alcanzaría a él, ya que su firma, alega, no aparece por ningún lado en el documento «reconstruido».

El antiguo estudiante no da crédito a lo que acaba de oír: un catedrático de Derecho que reconoce, tan ancho, que indujo a una subordinada a perpetrar la fabricación a posteriori de un documento oficial y que presenta el hecho con normalidad y se desentiende de las consecuencias legales que pueda acarrear lo hecho por aquella que estaba notoriamente sometida a sus designios.

Diríase, a juzgar por esta historia, que tras el desaliño verbal de quien no se expresa con nitidez se ocultan oscuridades de otra índole, que antes o después terminan por aflorar. Cuando alguien se ve en entredicho y su suerte acaba dependiendo de la deposición de uno de estos desaseados prosistas, no queda sino ponerse en lo peor, y temer el día en el que terminen de concretarse sus problemas.

Benjamin en Capri

2018-2019

Para Noemí, testigo de todos los cuentos

Sólo por mor de los desesperanzados nos ha sido dada la esperanza.

WALTER BENJAMIN,
«Las afinidades electivas» de Goethe

Muévete rápido, rompe cosas

La frase se debe al fundador y cabeza visible de la red social más populosa del planeta, o a alguno de sus asesores, que en esas alturas nunca se sabe: «Muévete rápido y rompe cosas; si no las rompes no estás moviéndote lo suficientemente rápido». Esta perla de la filosofía posmoderna parece haber anidado en muchas de las cabezas pensantes y no pensantes y operar, de hecho, como criterio rector de sus decisiones y arrebatos.

Tres ejemplos en una semana. Ejemplo primero: dos chicas ucranianas van borrachas en un coche a toda velocidad por una oscura carretera nocturna. Van grabando la escena con el teléfono móvil y la retransmiten en directo por una red social. Sus risotadas y sus gestos nos permiten ver que ya van bastante cocidas, pero para redondear la faena no dejan de largarle tragos a morro a una botella de alcohol de alta graduación. La galopada, cada vez más rápida, y difundida con la velocidad de la inmediatez a través de la herramienta que les proporciona la tecnología para hacer de su vida un espectáculo potencialmente planetario, acaba, como es más que previsible, rompiendo algunas cosas. En particular, el coche en el que viajan, el árbol contra el que se estrellan, sus dos cuerpos y de paso sus dos jóvenes vidas.

Lo que en efecto consiguen, al precio de sus muertes, es que ese vídeo que en directo apenas veían sus pocos seguidores sea visto en diferido desde Kiev hasta Sídney. Lo único de lo que cabe alegrarse es que no hayan roto la vida de nadie más.

Segundo ejemplo: tres altos mandatarios, apremiados a reaccionar de alguna forma ante las terribles imágenes de niños gaseados en Siria, toman la rápida decisión, no bendecida por ninguna organización internacional, ni avalada por ninguna investigación independiente —aunque ya hay una sobre el terreno y éste es un escenario confuso con múltiples actores sin escrúpulos—, de establecer como culpable de la agresión a una de las partes en liza y arrojar sobre sus bases una lluvia de misiles que, como es costumbre inveterada de tales artefactos, rompen cosas a tutiplén. Milagrosamente o no —algunas fuentes insinúan que se avisó antes a los interesados—, el ataque no provoca ninguna muerte. Incluso se apunta que bastantes de los misiles se rompieron ellos mismos, neutralizados por las defensas antimisiles de las potencias atacadas. La celeridad de esta respuesta alivia algunas conciencias, indigna a otras, pero a la postre no cambia nada decisivo en el inmenso matadero repleto de matarifes de todos los credos y banderas que es desde hace siete años el país más desdichado que existe sobre la Tierra.

Tercer ejemplo: lo viene a protagonizar el mismísimo autor de la frase, que comparece contrito y cariacontecido ante el Congreso estadounidense para responder de una sensacional pifia consecuencia de su peculiar filosofía personal y empresarial. Y es que, moviéndose rápido, su

empresa ha roto algunas cosas. Hay quien dice, incluso, que ha roto la mismísima democracia estadounidense, pero como ésa es cuestión mayor y opinable, limitémonos a otras roturas más concretas e indubitadas: como la que ha ocasionado en la intimidad de decenas, o cientos, o miles de millones de personas, cuyos datos personales confiados a la red han sido objeto de tráfico con fines espurios; o la que ha producido en la capitalización bursátil de la compañía la pérdida de confianza que semejante desastre ha provocado, y que se ha traducido en pérdidas de miles de millones de dólares.

Comparece el arrepentido prisillas rompedor ante los congresistas para pedirles, entre otras cosas, más regulación en internet: eso que hasta hoy siempre rechazó, para maximizar sus beneficios. Descubre así, al fin, por qué desde hace cuatro mil años los seres humanos se dan reglas que intentan cumplir. Si no se hubiera dejado cegar por el adanismo tecnológico, y no hubiera descuidado tanto su formación humanística, quizá habría tenido conocimiento de una vieja máxima, acuñada por los romanos, algo más sólida y profunda que la suya, y que le habría ahorrado los presentes sinsabores: *alterum non laedere*, o lo que es lo mismo, no dañar a otro. Un límite saludable, amén de sensato, para el afán de quienes gustan de ir por ahí rompiendo cosas.

El arte de la inacción

El artista de la inacción ha solventado gracias a ella no pocas papeletas desairadas. Su proverbial pasividad ha provocado, es cierto, alguna algarabía pasajera, incluso reproches persistentes, pero hasta aquí ha podido superar lo uno y lo otro y salirse siempre con la suya. Quizá sea esa experiencia la que le empuja a enfrentar con idéntica estrategia el nuevo marrón que de modo inesperado se ha depositado sobre su mesa: el futuro de una presidenta autonómica contra la que, después de destaparse su obtención de un título universitario por vías que la mayoría de la población reprueba, se ha presentado una moción de censura que cuenta con visos de salir adelante. El asunto, a un año de las elecciones autonómicas, es de los que incomodan y mucho. Sin embargo, puede que su inacción sea la mejor receta.

Si no hace nada, la pelota queda en el tejado de la fuerza política que tiene en sus manos y en sus votos hacer que salga adelante la moción de censura contra la presidenta cuestionada. Ninguna de las dos opciones que en ese caso se les presenta es buena: no lo es apoyar la moción, lo que será interpretado como alinearse, entre otras, con la izquierda antisistema que espanta a una parte de su electorado; ni lo es sostener en el gobierno a la mandataria censurada, lo que será aprovechado por sus rivales para desacreditar el discurso de regeneración de la vida pública con el que dicha fuerza política se precia de presentarse.

En todo caso, algo decidirán. Si es dejar que la presidenta siga, la inacción permite ganar tiempo; si es derribarla, al que no hace nada se le ofrece la salida fácil de cargar el fracaso al

debe de la sacrificada, y buscar sin amontonarse un recambio, en el tiempo que falta hasta los comicios y que desgastará a quienes accedan al gobierno y sobre todo a quienes los respalden.

El resultado final se verá dentro de un año. Podría ser una derrota electoral, qué duda cabe; pero quien nada hizo tiene de nuevo la salida airosa de imputar el descalabro a quien se dejó dar un título de una manera que no iba a poder defender. Podría ser una victoria o una derrota honrosa, y entonces se ganaría, una vez más, el marbete de fino estratega que hizo lo que había que hacer — nada— mientras todos perdían la compostura.

El problema de la inacción es que no en todos los frentes da tan providencial rendimiento. Y sucede que en los mismos días en que el artista que la domina como nadie la aplica al problema de la presidenta acorralada, se ven los efectos de su aplicación a otros desafíos donde ha dado mucho peor resultado. Verbigracia, en la facilidad con la que un grupo organizado para ningunear la voluntad de más de la mitad de sus conciudadanos, que ha recurrido a toda suerte de maniobras, encubiertas y flagrantes, sibilinas y coactivas, para lograr ese objetivo ilícito y contrario a los derechos humanos, se presenta como la víctima de un atropello totalitario ante una opinión pública europea que no tolera algo así en sus respectivos países pero le compra el discurso.

No debe sorprender: quienes sostienen semejante patraña, que cualquiera a pie de obra puede desenmascarar sin dificultad —lo hace, por ejemplo, más de un corresponsal extranjero que no ha perdido el decoro—, han sido hiperactivos; mientras la diplomacia española, inspirada por el artista de la inacción, ha optado por esa forma de suicidio comunicativo denominada «perfil bajo», o lo que es lo mismo, por no hacer ni decir prácticamente nada. Podría parecer que la comunicación al exterior no es tan importante, respecto de un problema interno; que tampoco hay que obsesionarse con lo que piensan los guiris. Hasta que mete en el potaje la cuchara un tribunal local de Schleswig-Holstein.

Y hay cosas peores: como que la prensa británica titule que ETA ha dicho respecto de su acción criminal de cinco décadas nada menos que «*we are truly sorry*», pésima traducción aquí de un apático «lo sentimos», adornado por un vacío y ortopédico «de veras», combinación que en español usual significa «mala pata, así son las cosas cuando se nos provoca». Y que cuele.

La tentación de decirle al artista de la inacción que en estos dos casos se ha equivocado y les ha servido en bandeja el triunfo a quienes quieren acabar con su país es poderosa. Sin embargo, forzoso es reconocer que la partida aún no ha concluido, y quien quiera sentenciarlo debe recordar esa frase milenaria de Lao Tsé que nuestro hombre parece haber nacido para encarnar: «Es por el no hacer como se gana el Universo: quien quiere hacer, no puede ganar el Universo». Y acordarse de David Cameron.

El concepto de responsabilidad

La diferencia entre su señoría y el resto de quienes se dan al ejercicio recreativo de ponderar lo que hacen los demás, que tan catártico resulta cuando nada más implica, es que lo que la mano de su señoría firme tiene el efecto de determinar la privación de libertad de una persona (o no) y la reparación legal de la ofensa sufrida por otra (o no). La diferencia entre el juicio de su señoría y el rumor de la masa enfervorecida, el alarde estupendo del tuitero o, ya puestos, la ingeniosa valoración del columnista, está, ni más ni menos, en el concepto de responsabilidad.

No es que la masa, el tuitero o el columnista carezcan de responsabilidad, ya que todos ellos, en tanto que humanos, y al margen de que se les exija o no (de que se la exijan a sí mismos o no), la tienen. Se trata de que en los tres casos nos hallamos ante una responsabilidad convenientemente diluida: la de quien escribe columnas, por su frecuente banalidad, que viene dada por la falta de efecto práctico y la inflación de opinadores; la del tuitero, por la galopante degradación intelectual y moral que se ha convertido en seña de identidad de un foro que más que a la conversación o a la interacción se destina al encontronazo; y la de la masa, por la forma en que permite a quienes la integran abdicar de cualquier rigor individual y abandonarse a cualquier atropello amparado por el número. No en vano nos advierte ya el Éxodo contra la fea pero poderosa tentación de seguir en el mal a la multitud.

La responsabilidad de su señoría, en cambio, viene a ser un concentrado en el que precipita todo el sistema de valores de una sociedad, representado por sus leyes; la necesidad de dictar justicia en nombre del pueblo, en un sistema democrático; la obligación, no menos perentoria, de preservar los derechos y las libertades de todos los individuos, en un Estado de derecho; y la formación personal y la trayectoria profesional de su señoría en cuestión, que son las que la habilitan para poder suscribir una sentencia que va a producir efectos dramáticos en la existencia de otra persona. Todo eso está ahí, condensado en la punta de su pluma o su bolígrafo, cuando firma el último folio del mazo en el que ha desarrollado su parecer jurídico, salvo que se trate de un insensato o de un desalmado que obra de mala fe, algo que con buen criterio el Código Civil declara que jamás se presume.

Nada de lo antedicho sustrae a su señoría a la crítica o la discrepancia, razonada o visceral: quien se postula para ese puesto ha de saber que el poder que entraña acarrea sus servidumbres, y la del escrutinio público es una de ellas. Otra es que sus decisiones se encuentren sometidas a revisión por una instancia superior, que puede al final desautorizarlas. Todo ello no es sino el refuerzo y la ratificación de su responsabilidad, que en el caso de una chica apenas mayor de edad, sola y borracha, a la que cinco adultos corpulentos sometieron y poseyeron en manada, no puede sino verse, y lo sabe, elevada a la máxima potencia.

Ahora que su señoría, con el voto concurrente de otra señoría y el discrepante de una tercera, ha condenado a esos adultos a nueve años de prisión —un buen trozo de vida, en un mal sitio, para quien nunca haya dormido en una celda sin perspectiva inmediata de salir—, el debate público, con más improperios que raciocinio, converge sobre su decisión, en una exigencia feroz y descarnada de responsabilidad. Y es legítimo que así sea, entre otras cosas por tratarse de

apreciar la concurrencia o no de un concepto general, el de intimidación, con el que hay argumentos para diferir de las consideraciones de su señoría. Sin embargo, se echa en falta el análisis de otras responsabilidades.

Por ejemplo, la responsabilidad de la comunidad respecto de los instrumentos legales que pone en manos de los jueces, y que sólo un voluntarismo a la postre nocivo admite que éstos puedan retorcer a conveniencia de la opinión pública en cada momento. Y el análisis principal: el que aquilate, a la vez sin paternalismo ni encarnizamiento indebidos, la responsabilidad de quienes se creen autorizados a someter a una cría a semejante episodio de degradación sin recibir para él más pasaporte que su silencio.

Quizá la responsabilidad de todos, esa que gustamos de eludir arremetiendo contra quienes estaban ahí para interpretar la ley de todos y aplicarla, esté en amueblar las muchas cabezas —ojalá fueran sólo las de esos cinco— que no han entendido que no se puede avasallar así a otro ser humano; en dejar bien escrito en algún sitio muy visible, antes de que las cosas pasen, que no consiente que la usen así quien no lo ha dicho alto y claro, y alto y claro lo sigue diciendo todo el tiempo que sea preciso. Para que el próximo que lo haga no pueda gimotear cuando lo crucjan.

Disuelta en el pueblo

Lo que queda de la partida de iluminados sanguinarios que se creyeron que su alucinación a propósito de una patria valía más que la sangre derramada de un niño —de hasta cinco niños en el atentado contra la casa cuartel de Vic del 29 de mayo de 1991, cinco niños a los que los terroristas vieron perfectamente antes de hacer deslizarse hacia ellos el coche bomba que había de desmembrarlos— escribe una carta de despedida repleta de eufemismos y sandeces que no merecen mayor atención. No hay que malgastar el tiempo con las palabras de quien ha perdido la capacidad de llamar a las cosas —y en especial a sus cosas— por su nombre ni tampoco con las de quien se pronuncia desde la ignorancia y la necesidad. Sin embargo, al final del texto hay un detalle que escapa al ínfimo nivel retórico y dialéctico del grueso del mensaje: nada más, y nada menos, que una metáfora.

La carta final de los terroristas —tan esperada por algunos, innecesaria, redundante o incluso grotesca para muchos— se suponía que era una carta para anunciar, en fin, la disolución de la organización a la que pertenecieron y desde la que negaron los más elementales derechos a sus conciudadanos, amén de sostener el empeño deliberado y declarado de hacer descarrilar la democracia que tanto había costado recuperar. Y he aquí que eso es lo que hacen, pero añadiendo una precisión escalofriante: la de que se disuelven en el pueblo del que, dicen, salieron.

Cierto es que Hitler salió del pueblo de Austria, el carnicero de Milwaukee de la población de esa ciudad del estado de Wisconsin y Pol Pot de entre los habitantes de Camboya. Que deba

cargarse a Austria, Milwaukee o Camboya la factura por haber tenido la inmensa desgracia de engendrar semejantes calamidades humanas ya resulta mucho más discutible. Que todos los que forman el pueblo vasco, en cualquiera de sus acepciones, ya sea la restringida del nacionalismo etnicista y supremacista, o la sociológica más amplia, deban suscribir o padecer el estigma de que entre ellos naciera una partida de gente dispuesta a inculcar al prójimo sus ideales amedrentándolo y llegado el caso matándolo a traición es igualmente intolerable, por más que los interesados quieran buscar esa cobertura para no soportar al raso el oprobio imperecedero de su tosca e inútil inhumanidad.

Lo escalofriante es pensar que la metáfora final de la carta pueda contener el germen de un proyecto: el de no desaparecer realmente, sino cambiar de forma, infiltrarse en el tejido contra el que atentaron y seguir emponzoñándolo pero de una forma más ventajosa y cobarde, una en la que la aventura no termine inexorablemente en un calabozo francés tras tener que sentir durante meses en el cogote el aliento de la Guardia Civil. Leída así, vendría a ser como la despedida de un envenenador que se comprometiera a no poner más estricnina en el plato de nadie, porque su estrategia es, en adelante, echarla en la red pública de suministro de agua. La lectura resulta plenamente coherente, por lo demás, con un adiós que no es voluntario, sino forzado por la imposibilidad de continuar con la táctica antes vigente, y que deja ver en sus disculpas mezquinas, demediadas y hasta escamoteadas que no parte de un arrepentimiento sincero.

A los vascos compete ahora, más que a nadie, estar atentos a lo que circula por las cañerías de su vida pública. Si después de haber vivido sojuzgados por una pandilla de matones de los que los han liberado, a un altísimo precio, los servidores del Estado de derecho español, van a volver a caer en sus redes tejidas ahora desde la disolución del tóxico en su agua y su aire. A ellos toca ser capaces de distinguir, como decía Machado, las voces de los ecos, a los patriotas que sienten el dolor de sus semejantes de quienes dicen serlo pero no les importa y aun les sirve de desahogo atizar al resto. Ahí, y en la memoria debida, se juegan su futuro.

El cuadrilátero

En una esquina del cuadrilátero, en Berlín, hay un hombre que no tiene más horizonte que eludir como sea una euroorden para responder de los delitos que se le imputan con arreglo a la ley del que, mal que le pese, sigue siendo a todos los efectos su país. En la esquina opuesta del cuadrilátero, en Madrid, hay un hombre que no tiene más horizonte que eludir como sea la hora de disolver un Parlamento en el que ya no puede apoyarse para gobernar ni legislar, dando paso a unas elecciones de las que es muy posible que salga una cámara que le permita hacer menos todavía, si es que no despacha a su partido a la oposición.

Ésos son los términos del combate, a los que podríamos añadir lo que uno y otro tienen detrás:

el de Berlín, a quienes lo pusieron ahí, bajo la presión de unos sumarios y de la ruina acelerada de lo que fuera durante décadas la fuerza hegemónica en Cataluña; el otro, un partido en descomposición libre y casi impredecible, con tendencia a la irrelevancia en las plazas donde desde siempre se jugó la gobernación de España, como la propia Cataluña o Madrid. El futuro y el pasado de ambos los colocan, en suma, en términos perfectamente desesperados, lo que viene a explicar lo que acontece ahora mismo sobre la lona.

Y lo que acontece es que en el centro del cuadrilátero baila un individuo estafalario, con ínfulas de superioridad intelectual, nacional y racial, que juguetea abiertamente con la perspectiva de sumir a la Cataluña para cuya presidencia vicaria se postula, con el beneplácito del púgil berlinés, en un enfrentamiento civil. Un choque que, esta vez sí, resulte irreversible y dramático, con aparatosa trascendencia exterior y pérdida definitiva de lo que el frustrado movimiento nacional de octubre de 2017 consiguió que se deteriorase y tambalease, sin terminar de malograrlo.

Frente a la exhibición del hombre-bala disparado por el de Berlín, el de Madrid produce refunfuños inaudibles, no vaya a ser que se le esfumen los cinco votos nacionalistas que en el Parlamento nacional sostienen su supervivencia agónica y lo ponen a resguardo del abismo presupuestario. Y mientras el combate de esta semana evoluciona inexorablemente hacia una victoria a los puntos del lanzador de órdagos berlinés, los que al final habrán de pagar todos los platos rotos, en Cataluña y en España, y no tienen la suerte de poder observar el combate desde la confortable afiliación a algún dogma salvífico, se preguntan dónde están, si es que existen, los líderes capaces de ahorrarnos este disparate tenebroso y deplorable que no parece tener fin.

Dónde están, por ejemplo, quienes pudieran galvanizar a los catalanes no en pos de la distopía de los medidores de cráneos o los tasadores de lenguas, sino en la empresa mucho más factible y fecunda de contribuir a crear, con lealtad y sin agendas ocultas ni dedos cruzados a la espalda, un espacio hispánico solidario, consciente de su diversidad y más pujante en el mundo a partir de ella. Dónde están, por otra parte, quienes pudieran ilusionar al conjunto de los españoles en la construcción de ese espacio común y, si no definitivo, ya que nada humano lo es, más estable y sólido que los parches intentados hasta aquí, tras los que se agazapan, satisfechos, los partidarios de no cambiar nada decisivamente y aun los de preservar esencias que expelen de forma irremediable a quienes no son de su cuerda.

Mientras no salten a la lona personas capaces de plantear esa alternativa, viviremos condenados a la pugna entre los dos polos desesperados que hoy nos dictan el programa. Un programa que un día nos ofrece un referéndum de pega respondido con unas desafortunadas cargas policiales, al otro un duelo de jueces de Madrid y de Schleswig-Holstein y ahora las baladronadas de un agitador xenófobo en la tribuna de un Parlamento que debería ser respetable. Y lo que todavía nos queda por ver y soportar.

La fuga de Samira

Cuentan de Samira que vino de Marruecos y que se instaló en Rubí, en la periferia barcelonesa, donde le tocó vivir, *mutatis mutandis*, esa segregación sutil (o no) que ya sufrieron antes de ella andaluces o extremeños, arrojados a las cuevas de Montjuïc primero y al atropellado urbanismo de extrarradio después, en tanto que la burguesía barcelonesa enriquecía con sus sudores —de los andaluces y extremeños— su bonita y atildada ciudad. Y no, esto no es una justificación, ni tampoco un reproche que se dirija a otros: es un hecho y un presupuesto de la historia, que cada uno valorará como mejor crea, quiera y entienda.

Cuentan de Samira que tuvo un hijo, que su matrimonio con un compatriota no terminó de salir bien, cosas que pasan a menudo entre gente que vive algo desubicada —y de nuevo no se alega como excusa de nada, sino como antecedente de lo que al fin iba a suceder—. En esa nueva situación, sola, sin muchos recursos y con menos esperanzas, Samira empezó, dicen, a matar el rato navegando por internet, donde acabó conectando con una comunidad más bien siniestra, pero que supo aparecersele a quien nada esperaba y en nadie confiaba como un espejismo de oportunidad. El mensaje era contundente, y sabían adornarlo además con aires de pujanza y modernidad. Eso que Samira sentía que no tenía su vida de inmigrante pobre y separada en un lugar donde todo le indicaba su condición subalterna.

Así fue como Samira acabó decidiendo llevar una vida de película. Al menos, se ha reflejado en una sobrecogedora ficción televisiva, la británica «The State», que entre otras historias cuenta la de Shakira Boothe, una madre soltera musulmana que decide abandonar el Reino Unido, donde trabaja como médico, para ponerse al servicio del Estado Islámico, en cuyos hospitales de campaña espera que le dejen poner en práctica sus conocimientos. Para ello viaja a Turquía con su hijo de corta edad y tras una azarosa peripecia consigue llegar a Raqqa, donde se percata, demasiado tarde, del horror al que ha elegido someterse.

A Samira, empero, no le dejaron rodar su película, lo que le ahorró conocer —y hacer conocer a su hijo— el espanto de los turbios decapitadores del califato, pero le regaló a cambio una forma diferente de sentir que su existencia se había ido por el sumidero. Tras algún tiempo de activa colaboración, en el que llegó a hacer de reclutadora para los yihadistas de otras mujeres fácilmente impresionables, decidió trasladarse a su tierra de promisión. Después de tomar todas las disposiciones previas, incluida la transferencia de sus magros ahorros, viajó a Turquía, donde la fortuna no la acompañó, o quizá no untó a quien debía —o no supo hacerlo debidamente—. En lugar de atravesar la frontera con Siria, quedó allí detenida, hasta que la devolvieron a España para responder por su intentona de incorporarse a una organización terrorista y, de paso, secuestrar a su propio hijo y entregarlo como futura carne de cañón a los matarifes.

Le quitaron al niño, la enviaron a prisión. Allí recapacitó, o se desesperó todavía más y no encontró otra salida a su oscuro laberinto que el arrepentimiento. Colaboró con las autoridades,

contó cómo y quiénes la habían radicalizado y convencido de emprender el camino de perdición que finalmente había tomado. Eso le valió alguna atenuación en la pena, pero no la sacó de su situación de privación de libertad. Ni siquiera se le concedió el traslado a una prisión donde pudiera estar más cerca de su hijo, y nadie pidió para ella esa merced, que para otros suele exigirse. Ya se sabe: con quienes no son nadie y no tienen quien les excuse, pondere o compadezca, la ley es implacable. *Lex dura sed lex*, que decían los romanos, donde tampoco lo era para todos por igual, porque, ya lo advierte Kafka, las leyes son un expediente aristocrático, que reprime y ampara de manera más bien selectiva.

Y una vez más, no se trata de recriminar a los hacedores e intérpretes de las leyes ni de exonerar a quien las infringe, pero el hecho es que Samira decidió el otro día hacer definitiva su fuga colgándose del pañuelo con el que cubría su cabeza. Semejante final pide alguna interpretación, que para el lector queda.

Derecho a no declarar

La cara del hombre, en el asiento trasero del coche policial, lo dice todo. Al final, ha llegado. *El infierno tan temido*, que decía Juan Carlos Onetti. Ese que quien se lo gana sabe que antes o después le acabará cayendo encima, aunque juegue con éxito, durante más o menos tiempo, a hacer como que nunca vendrá. La culpa, de lo mismo que lo desencadenó todo: el dinero. «Me tengo que hacer rico», le escucharon decir unos policías hace mucho tiempo, aunque logró hacérselo perdonar u olvidar. La frase no sólo encierra una filosofía de vida, un proyecto personal y una catadura ética. Es, en su simplicidad, todo un programa de autodestrucción que, después de devastar alguna otra cosa y de esquilmar a alguna otra gente, al fin se ha cumplido.

Cuentan que Eduardo, el tahúr más listo y más escurridizo a este lado del Misisipi —y también al otro—, cometió un error de los tontos; de esos que al final son los que cometen los astutos. Que apuntó unas cifras ominosas e incriminatorias en un papel, por si la memoria fallaba, y que las olvidó —qué paradoja— en un altillo del piso de lujo que luego le vendió a otro. Que ese otro hizo unas reformas, encontró el papel —manuscrito, es decir, pistola humeante y con huellas— y como tampoco era trigo muy limpio resolvió guardárselo por si en el futuro servía para algo. Debió de creer que sí, que podía servirle, porque el papel acabó en poder de la Guardia Civil, una gente singularmente atenta, por hábito y por necesidad, a los garabatos de papeles manuscritos que aparecen en el curso de una investigación, y con una maña endiablada para interpretarlos y acabar sacándoles petróleo.

La historia puede ser cierta o estar adobada con algunas pinceladas de fantasía por sus sucesivos intermediarios: a fin de cuentas emerge en los momentos inmediatos a la detención de Eduardo, cuando los periódicos necesitan desesperadamente material con el que llenar las páginas

a partir de diligencias que son todavía secretas. Lo que sí es público es la razón por la que Eduardo ha sido detenido y se le conduce a presencia de la jueza que instruye el caso: blanqueo de capitales conectado con delitos de cohecho cometidos cuando administraba el presupuesto de los ciudadanos; ese que algunos gustan de confundir con su propio peculio y trasvasan donosamente a cuentas extranjeras. Todo parece indicar que ha caído al intentar traer aquí, a donde puede disfrutarlo en forma de bonitos pisazos en bonitas calles de bonitos barrios, el fruto de sus pasadas malversaciones.

Presunto, todo, aún. Pero esa cara, ah, esa cara.

O lo que viene luego, ante la jueza, que es lo mismo que ya ha habido ante la Guardia Civil: el detenido, frente a las terribles acusaciones, que lo ponen como un parásito del erario, un vil saqueador de lo ajeno y una sabandija ansiosa de disfrutar de su botín, guarda silencio. Ni por un momento se le pasa por la cabeza mostrar ante su señoría la gallardía y la superioridad con que en sus declaraciones públicas se distanciaba de quienes «no habían estado a la altura», y con los que, si hemos de creerle, debería producirle escándalo y repugnancia ser confundido.

No, Eduardo calla. Simplemente sostiene que los guardias se equivocan y espera que la jueza lo suelte por la inconsistencia de la imputación. Pero en la fea hora de la verdad las cosas no van así: callar sólo le proporciona el viático a la prisión donde esperará a que la investigación concluya, para asegurar que no hace desaparecer ningún rastro ni trata de entorpecerla.

El derecho a no declarar es la deferencia que con Eduardo y con tantos otros que como él lo defraudaron —presuntamente— tiene el Estado social y democrático de derecho. Nada más, y nada menos. Derecho a no declarar tienen, pero no a prevalecer sobre quienes como esa jueza o esos guardias sí están al servicio de sus conciudadanos. Es la hora en la que quienes durante años se rieron de quienes confiaban en ellos no tienen ya dónde guarecerse, ni adónde escapar. La hora en la que quienes nada hicieron, nada pusieron, nada dieron, y sólo tomaron y se aprovecharon, han de rendir cuentas a un país que es mejor que ellos, que supo funcionar a pesar de ellos —aunque ellos, una y otra vez, se afanaran en ponerse las medallas— y que ha de salir adelante saldando cuentas con ellos y dejándolos atrás.

El hombre que no veía «Borgen»

Se lee en los *Ensayos* de Montaigne, y más en concreto en el titulado «De la fuerza de la imaginación»: «En el estudio que efectúo de nuestras costumbres y movimientos, los testimonios fabulosos, si son verosímiles, valen tanto como los verdaderos». No fue el autor de esta frase el primero en ponderar el valor de la imaginación como forma de conocimiento, pero quizá haya sido uno de los que más resueltamente nos han exhortado a no menospreciar las ficciones como forma de explorar el mundo.

En estos días hay un hombre que ha perdido todo lo que hace apenas una semana creía tener bien agarrado. Diríase que a estas alturas todavía se está preguntando por qué, cuando la explicación es relativamente sencilla. La despliega, con sutileza nórdica y riqueza de matices, una ficción televisiva danesa que cabe presumir que nuestro hombre no se tomó el tiempo de ver; un tiempo que, pudiéndole parecer perdido, habría sido el mejor empleado que hubiera podido concebir. En ella, una candidata a presidir el gobierno cuyo partido tiene muchos menos escaños que otros acaba llegando al despacho de primera ministra. El desarrollo de la trama no es mágico ni esotérico: no viene ningún duende maligno a encantar a sus rivales para favorecerla, todo sucede dentro de las claves de la estricta verosimilitud.

Lo que hay es, ni más ni menos, que la primera ministra así elegida acierta a no despertar la inquina que suscitan, en los demás actores políticos, los perfiles de sus adversarios con más cuota en el Parlamento. Sucede que se da cuenta de que tiene la oportunidad de ser apoyada no por la adhesión que promueve en otros, sino porque no genera el rechazo que en cambio tienen los que a priori parten con más posibilidades en la carrera. Juega así sus cartas y gana. Y gobierna. Y no sólo unos meses.

El hombre que no veía «Borgen», que tal es el título de la serie televisiva, no es un hombre por completo reacio a los vericuetos de la imaginación. Quien esto escribe debe dejar constancia, con gratitud personal, de su afición a leer novela negra española contemporánea, mostrando a sus autores una elegancia y una cordialidad que no son comunes entre los hombres con poder. Sin embargo, cabe suponer que en los últimos tiempos, y en lo que toca a su empeño principal, que no era otro que completar la legislatura, no ha estado asesorado por personas muy imaginativas.

Si las hubiera tenido, le habrían sentado delante de la tele para ver cómo y de dónde podía venirle el zarpazo. Es posible que no hubiera bastado para evitarlo, porque el estribo en que se ha apoyado quien iba a infligírselo estaba prácticamente escrito en la mastodóntica instrucción de una causa seguida contra los recaudadores de su partido en la Audiencia Nacional. Pero tal vez habría podido elaborar una estrategia para que el golpe no fuera tan doloroso, para que no se le viera tan perplejo.

Mucho se le ha criticado por la espantada que dio, cuando se hizo evidente que iba a triunfar la moción de censura presentada contra él. No fue un gesto airoso ni memorable, pero un valor hay que reconocerle a ese tiempo de apartamiento y soledad. Le valió para no caer en la tentación de perpetrar una dimisión táctica e ignominiosa, como le invitaban a hacer sus peores y más taimados enemigos, que nunca están enfrente sino en la propia bancada ideológica. Le sirvió, aunque fuera muy al final, para doblar la rodilla caballerosamente ante el vencedor, aceptando sin reservas la legitimidad democrática de los votos que lo alzaban, aunque no los compartiera y supiera que no se debían al fervor por el ungido, sino al desdén y aun la revancha contra él. Dejó que los espumarajos brotaran de otra boca, y fue así un buen escritor del que muy posiblemente sea su epílogo político.

A su sucesor no le vendría mal ver «Borgen», si no lo hizo. La primera ministra, habilidosa y

brillante, no logra ser reelegida.

El funámbulo

A veces, para ganar algo, es necesario perderlo antes todo. A veces, para acabar dando con el camino que lleva a la meta, hay que pasar antes por caminos que no llevan a ninguna parte. Quien hoy se sienta en la silla del vencedor es el hombre al que hicieron morder el polvo y despacharon al ostracismo y a la nada más ignominiosa. Quien ha encontrado la entrada del laberinto es el mismo que antes se estrelló contra sus recios muros.

Y puede que esas dos experiencias fallidas sean no sólo las que le han permitido alcanzar sus objetivos, ante el pasmo de propios y extraños —qué bien suena ese silencio atronador en los oídos de quien se habituó a verse reconvenido, amonestado y menospreciado casi por cualquiera que tenía un altavoz—, sino las que le han llevado a redondear unas cualidades que ahora cuesta no pensar que en cierto modo eran innatas. «Se reconoce a los ganadores en la línea de salida», le dice un viejo y desengañado Noodles a su amigo Fat Moe en cierta escena de la obra maestra de Sergio Leone, *Érase una vez en América*. Algo tenía desde el principio este hombre, y quienes tras señalarlo se las hubieron de ver una y otra vez con la incredulidad condescendiente que los sabihondos paladean el instante con incontenible placer.

No vale nada un crítico que reconoce el talento cuando se ha vuelto respetable, sino el que sabe verlo cuando asoma y no da prestigio apostar por él, escribió Raymond Chandler, y no son muchos los que en esta hora pueden presumir de perspicacia ante la aparición de un narrador que ha tenido la capacidad inaudita de provocar una refracción en el curso de los hechos; de sacar la obra del argumento pétreo y acartonado con que se desarrollaba desde hacía varias temporadas, entre ministros de austeridad plomiza y agitadores ruidosos e improductivos.

De pronto, los amos del calabozo, esos que denegaban con una sonrisita maquiavélica presupuestos y reformas, están con el tenderete puesto en la calle y buscando un nuevo lugar bajo el sol. Y quienes portaban la etiqueta de ingenuos sin esperanza se ven pisando la moqueta ministerial y tratando de decidir qué es lo que pueden hacer, de todo lo que soñaban, con el presupuesto que les dan ya hecho. No es demasiado, se dirá. Pero ese poco es infinitas veces la nada que antes administraban. Y es la puerta abierta a intentar algo más, a convencer a la ciudadanía que ya vivía acampada en el cinismo descreído o en la rabia airada de que es posible recorrer otro camino, por poco o mucho tiempo. La manera en que contienen la respiración y la lengua los que prosperaron capitalizando la indignación es acaso el primer y más significativo síntoma de que el cambio es sustancial.

Existe la tentación de achacar a la suerte la transformación radical del panorama. Existe, también, y en especial entre los perdedores de la partida, la inclinación a imputar la hecatombe

que han sufrido a alguna especie de conjura ominosa en la que el innmercido triunfador habría comprometido prestaciones sin cuento a cómplices nauseabundos. Ambas teorías pecan de la falta de imaginación de quienes no ven venir los giros que la vida les presenta, y están predestinados a sucumbir ante quienes, en cambio, saben atisbar por entre sus rendijas y tienen el arrojo de intentar hacer pasar su cuerpo y su alma por ellas, aun a riesgo de quedarse enganchados y dejarse algún jirón.

Lo que ahora viene, pasada la embriaguez del logro, va a ser difícil y peligroso para todos. En primer lugar, para el funámbulo que con mínimos apoyos trata de atravesar un cable de longitud variable, pero que no puede ser ni demasiado corto ni demasiado largo. Está a tal altura, el cable, que una caída no puede sino ser mortal de necesidad. Ahora bien, quienes sueñan con que se caiga harán bien en tener cuidado. El funámbulo tiene ahora un botón. Y sólo él va a decidir el momento en que lo apretará.

Todos los *Aquarius* del mundo

La fortuna es caprichosa y distingue a quien quiere cuando quiere. Si es que es fortuna encontrar un puerto seguro después de haber nacido en un lugar donde tus expectativas vitales eran desastrosas, haber tenido que cruzar un desierto pavoroso en condiciones infames, haber vivido jornadas interminables en un estado fallido y, encomendándote a una organización criminal, haberte echado a las aguas traicioneras del Mediterráneo con unas cuantas papeletas para acabar ahogándote en ellas.

Ésa es la fortuna que ha tocado a los recogidos del canal de Sicilia por el buque *Aquarius*, para ser luego rechazados por el nuevo gobierno italiano y distribuidos entre otros dos barcos, a fin de transportarlos a Valencia con la promesa de acogida por parte del nuevo gobierno español y del francés para aquellos que deseen trasladarse a su territorio. España y Francia, dos países que —no está de más recordarlo— intentan alcanzar a diario centenares de inmigrantes que hoy por hoy se tropiezan con las concertinas de Melilla y Ceuta o con la frontera cerrada que los lleva a amontonarse en la ciudad italiana de Ventimiglia.

Sin embargo, los que lograron subir al *Aquarius* van a ser recibidos poco menos que como héroes, por un contingente de ayuda que casi cada hora que pasaba multiplicaba por un poco más el número total de personas necesitadas de asistencia. Es lo que en nuestra sociedad de la comunicación y el *trending topic* suele llamarse un gesto, con un supuesto contenido significativo que puede servir para detonar conciencias y de paso la adopción de medidas gubernamentales —o supragubernamentales— más acordes con la escalofriante emergencia con la que nos hemos acostumbrado a convivir. Esa que divide el mundo entre quienes tienen algún derecho y quienes apenas tienen su sombra.

Los más escépticos del lugar recordarán la imagen de un niño yacente con el rostro enterrado en la arena húmeda de una playa. Y recordarán también la oleada de indignación y piedad que parecía incontenible y que apenas unas semanas de rutina devolvieron a su justo lugar: el dique de la propia conveniencia y las necesidades satisfechas que no pueden distraerse de manera demasiado prolongada con quienes necesitan algo que no reciben ni tienen la esperanza de recibir. Alimentar unos pocos días unos *hashtags*, hacer unos aspavientos, despotricar un rato contra la ceguera o contra la doble moral de los que mandan. Y a otra cosa.

Pero no seamos así. Queramos creer, sintamos que en la oferta del nuevo presidente del gobierno español, en el respaldo del presidente de la República Francesa, en la convocatoria por parte de la canciller alemana de una cumbre europea, palpita por fin una verdadera toma de consideración del asunto, que atienda a su seriedad y no quede en proclamas para la galería. Que de la foto de los desheredados del *Aquarius* llegando a Valencia, tras ser repelidos por una Italia exhausta y llena de rabia tras haber sido dejada a su suerte por sus socios —o si se prefiere, por la parte de Italia que ha elegido a quienes hoy la gobiernan—, puede salir el proceso de reflexión profunda y análisis riguroso que permita una política europea de inmigración digna de ese nombre.

Una política que, de entrada, actúe mucho antes de que un hombre, una mujer o un niño —en tantas ocasiones traficados y en demasiados casos destinados a ser pasto de explotación delictiva en suelo europeo, tras haber visto pisoteada su dignidad cien veces por el camino— viajen a la deriva en una embarcación con más posibilidades de hundirse que de seguir flotando.

Mientras vemos las imágenes de los que bajan al puerto de Valencia, sería bueno recordar a todos los *Aquarius* del mundo, que llegan sin cámaras ni recibimientos oficiales y que seguirán zarpando cada noche, por la fuerza persistente e irrefrenable que empuja a quienes están y malviven al otro lado de la grieta.

Quien rompe una infancia

Todas las ideas condenadas a perder la Historia tienen algo en común: su desdén hacia el sufrimiento de los niños. Si hemos de creer el relato del Nuevo Testamento, Herodes el Grande mandó matarlos para preservar su reino: el resultado fue que a su muerte los romanos lo trocearon entre sus hijos, para hacerlo débil y procurar su extinción. Luego los propios romanos dieron en perseguir, menores de edad incluidos, a quienes le rezaban al Dios encarnado en aquel niño del que Herodes pretendía deshacerse con su matanza: el fruto de sus desvelos fue que los cristianos se las apañaron para terminar derribando de sus pedestales a los dioses de Roma e imponiendo su creencia al Imperio.

Abundan los ejemplos más recientes: no hay imagen más contundente del carácter perdedor del nazismo que las de los niños judíos en los guetos y los campos, o las de los mismísimos niños

alemanes rubios con uniforme negro arrojados contra las cadenas de los carros soviéticos en Berlín, en un sacrificio tan cruel y demente como a la postre inútil para defenderlo. De igual manera atestigua la desesperación y la condena a la nada del Daesh su afán por convertir en verdugos a criaturas de diez años, que es tanto como hacerlos muertos vivientes para los restos.

El populismo rampante que se ha extendido por el mundo como una mancha de aceite, bajo ropajes diversos —todos ellos de baja estofa intelectual y moral, y por ello abocados a quedar en la memoria como jalón ominoso en la búsqueda de mejores ideas—, ha acabado, como no podía ser menos, tropezando en la misma piedra. El tipo acaso más orgulloso y arrogante que en el mundo existe, aupado a la primera magistratura de la primera potencia, se ha visto forzado a recular por una simple foto de una niña en pleno llanto, a la que lo confrontó una conocida revista.

Merece unos cuantos premios, plásticos y de narrativa, el talento del diseñador gráfico que urdió esa imagen demoledora: la de la niña llorando con la barbilla alzada, clamando al cielo, frente al hombre de aspecto opulento que desde su estatura y su envergadura observa hacia abajo. Y la guinda: un uniforme fondo rojo que otorga al duelo toda su atroz significación.

Antes de que esa imagen diera la vuelta al mundo, se había permitido el altivo mandatario ordenar sin despeinarse que a los niños se los separase de sus padres en la frontera, y se habían permitido quienes cumplieron la orden tratarlos, a menores y adultos, como si fueran delincuentes. Tras verse expuesto a la humanidad entera como ejecutor de la ignominia más repulsiva, y dando con ello fe de que conserva alguna conexión funcional en el cerebro, no ha tenido más remedio que reconocerse fuera de juego y dar marcha atrás, ante el único mensaje que podía contrarrestar, y de qué manera, la intención de voto que merced a la torpeza de décadas de sus adversarios políticos conserva entre el electorado estadounidense. No hay argumento que valga para sostener el maltrato a los más inocentes, una vez queda desvelado. No queda otra que desdecirse, desautorizarse.

El ejemplo trumpiano debería servir para tomar conciencia a los demás expendedores de ideas absolutas que no dudan en llevarse por delante, cuando el ideario se lo exige, los derechos de quienes no han alcanzado aún la edad adulta. A todos esos que no dudan en hacer pagar en la cabeza de los niños lo que a sus padres les reprochan, legítima o ilegítimamente. A aquellos que aún se siguen consintiendo pensar, con estupidez supina que aúnan a la maldad más oscura, que hay una patria, una bandera o una lengua que tienen preeminencia sobre lo que un niño o una niña necesite para crecer con paz y felicidad.

Quien rompe una infancia, ya lo dijo según sus apóstoles aquel a quien quiso matar Herodes, ofende a Dios. O para quien no crea en Dios: contraviene la vida. Y merece su fracaso.

Los tuits del presidenciable

Te acaban de llamar. Te dicen que te han propuesto para la presidencia de un ente público y que, si lo aceptas, el puesto muy probablemente será tuyo. Te lo piensas, haces el análisis de pros y contras, desde el cochazo con chófer hasta la pleitesía más o menos debida al dedo que te unge, y llegas para ti a la clara conclusión de que tu nombre, precedido por el vocablo «presidente», suena demasiado bien como para declinar la oferta. Y tras un momento o periodo de reflexión, o no, le haces saber a tu comunicante que siempre te motivó el servicio público.

Ábrese entonces un íterin en el que han de terminar de ajustarse las tuercas políticas y administrativas necesarias para acabar depositando tus posaderas sobre el suave cuero del asiento del vehículo oficial. Un íterin en el que aprovechas, por tu parte, para realizar la adaptación mental a la nueva situación, que incluye, entre otras cosas, pensar bien lo que vas a decirle a tu familia, a tus actuales jefes, en fin, a toda esa gente a la que de entrada no va a entusiasmar que tu vocación de sacrificarte por la comunidad lleve a que sus cosas se desatiendan.

Tu mente es una olla a presión, que procesa simultáneamente todos los discursos, todas las excusas más o menos solventes, todos los eufemismos oportunos que irás dejando aquí y allá para endosarles a unos y otros lo que no quieren oír. Te preguntas también si el paso que te dispones a dar, amén de una indudable realización personal, implica alguna suerte de incongruencia con tus actitudes y pronunciamientos de otrora. No has olvidado aquella canción definitiva de Pink Floyd, *Wish You Were Here*, con sus advertencias clarividentes: «*Did they get you to trade / your heroes for ghosts? (...) Did you exchange / a walk-on part in a war / for a lead role in a cage?*». O lo que es lo mismo: si no habrás dejado que tus héroes se conviertan a la postre en fantasmagorías, si con tu «sí» no cambias tu papel de figurante en el más noble combate por el de protagonista de una vida enjaulada.

De ninguna manera, te dices, con una contundencia que busca hacer que te lo creas, persuadirte antes que persuadir a los demás. Tú sigues fiel a tus esencias, llevas dentro la furia adolescente que te condujo a trazar un itinerario por el mundo, una ruta que has seguido con lealtad a tu ser durante todos estos años y de la que no te apartarás ni un ápice cuando ocupes el inmenso despacho oficial, cuando tengas dos secretarías solícitas, cuando almuerces en restaurantes de alta cocina pagando el contribuyente, porque todo eso no lo harás para tu propia complacencia, sino como parte del sacrificio que te dispones a aceptar.

Es entonces, cuando más tranquilo y relajado y contento está tu espíritu, mirando tu bonito iPhone X, cuando te acomete el pánico. La cuenta de Twitter, piensas, con súbita lucidez, y un sudor frío te corre por la nuca. Desbloqueas el móvil con tu jeta, buscas la *app* del pajarito en el menú y miras la cifra fatídica: el número de tuits que has publicado desde que un día de hace ya unos cuantos años, un día más bien tonto, según razones ahora, decidiste activar esa herramienta ideada para drenar, acumular y monetizar información personal de los bocachanclas que no saben callar prudentemente ante lo que acontece, en espera de tener alguna reflexión más o menos sólida al respecto. Al ver la cifra sientes un vahído. Son varias decenas de miles de piadas. O lo que es

lo mismo, varias decenas de miles de posibilidades de que alguien con tiempo y ganas precipite tu perdición.

Lo que sigue —con la ayuda de un experto informático que te suministra las aplicaciones que sirven para lo que la red social impide, el borrado en lote de gorjeos y graznidos— es una tarde febril de erradicación de las versiones más inconvenientes de tu yo anterior, ese que no sobreviviría de presidente. Quizá, al final, conseguiste tu papel protagonista de pajarillo enjaulado.

Absence is presence

Es tal vez la frase más memorable de la poderosa e inclasificable teleserie de Paolo Sorrentino, «El joven papa». La pronuncia el extravagante y atormentado pontífice al que da vida, acaso en su mejor interpretación hasta la fecha, el actor Jude Law, y con ella responde a las quejas de los cardenales que le hacen ver que los fieles, acostumbrados a la profusa exhibición papal desde Juan Pablo II, esperan que aparezca ante ellos, que les diga algo, en lugar de encerrarse en el silencio pétreo que apenas ha roto desde que el cónclave le eligiera como sucesor de Pedro.

Absence is presence, o lo que es lo mismo: la ausencia es la presencia más intensa, en este mundo hipercomunicado en el que todos sienten la necesidad perentoria de pronunciarse públicamente sobre cualquier cosa, ya sea una catástrofe, una victoria deportiva o el desliz de un personaje célebre (o no). Esa continua exposición al escrutinio ajeno, por la vía de escrutarlo todo y de verter a los ojos de todos nuestros juicios y opiniones sobre cuanto sucede, vuelve nuestras palabras y nuestras ideas, que vienen a ser la misma cosa, fugaces e irrelevantes. Y el papa, que siempre apuntó a santo y a sabio desde la aflicción radical del abandono paterno —una ausencia que para cualquiera no puede sino girar como primera realidad vital—, lo intuye con clarividencia y lo pone en práctica con un rigor que perturba a sus acólitos.

Uno nunca sabe quién ha visto qué, y menos en materia de teleseries, con la inflación actual del género que provoca que sea inabarcable por una sola persona la oferta disponible, pero no sería extraño que la ficticia frase papal estuviera en la mente de quien le ha prescrito al ocupante de la oficina presidencial en el complejo de la Moncloa que se abstenga por completo de atender a periodistas —excepción hecha de un encuentro convenientemente doméstico con la televisión pública— y de dirigir al pueblo al que gobierna el más mínimo mensaje durante el primer mes de su mandato. Que se ocupen los ministros de ser la cara del gobierno, y también las mejillas que reciban las bofetadas y los escupitajos que la acción gubernamental ha de provocar antes o después. El presidente sólo es una omnipresente ausencia, que se manifiesta con fotos de sus manos en una cuenta de Twitter —un error que nunca habría cometido el papa, ya enmendado— o con exlíderes mundiales como Barack Obama —otro error del tipo «necesito demostrar que soy lo

que soy», que tampoco se habría permitido quien sabe que no estar exige no quebrar el misterio con peticiones de importancia—. Fuera de eso, nada.

La técnica de construcción del aura presidencial, pese a los puntuales tropiezos, funciona. Por eso la han practicado en mayor o menor medida todos los predecesores en el cargo, alguno con maestría casi taoísta o bartlebiana, caso del inmediatamente anterior, antes de que la pérdida de la mayoría absoluta forzara su comparecencia en programas de compadreo con estrellas de sonrisa campechana y floja —y bien cabe temer que ése fuera el principio de su fin—. Cada día el supremo conductor es un poco más supremo y un poco más conductor, y quienes se postulan para desalojarlo, en cambio, quedan expuestos a peor luz.

La suerte, que también juega, ha querido que este mes de reclusión monclovita del nuevo líder coincida con las elecciones primarias del partido rival, en las que los candidatos no tienen otra que patearse el país repartiendo sonrisas, comiéndose casi cualquier cosa con casi cualquiera y hasta marcándose bailes de sonrojo, al tiempo que se señalan unos a otros las respectivas vergüenzas y quedan aún más al descubierto en las réplicas a las acusaciones de sus contendientes. Una película que se ha salido del guion, por cortesía del anterior presidente del partido y hoy gris registrador en una ciudad costera, que decidió distinguirse de otros renunciando al dedazo ungidor, lo que le honra como persona y ha de redundar en el saneamiento democrático de sus siglas, pero coloca en un compromiso a los aspirantes a sucederle y refuerza el peso de quien opta por desaparecer.

Y es que nada prestigia tanto el silencio propio como el vano y persistente cacareo ajeno. Como nos advierte Montaigne, nadie está exento de decir necedades, pero no todos están en la misma disposición de callárselas. El joven papa sabe lo que se hace.

Ábrase paso la verdad

Un oscuro funcionario ya jubilado —tan oscuro como para haberse hecho millonario mientras entraba y salía de la función pública, mediante actividades en las que la información a la que tenía acceso por razón de su cargo se convertía, según múltiples indicios, en mercancía facturable— acaba dando con sus huesos en prisión acusado de graves delitos. Desde el momento en que atraviesa la puerta de la cárcel se empieza a especular con cómo acabará utilizando, antes o después, los trapos sucios que se presume ha ido acumulando acerca de una multitud de personalidades influyentes, incluidas algunas que ocuparon las más altas magistraturas del Estado. Esas miserias y vergüenzas del poder, que habría manejado durante años el funcionario como su particular seguro de vida e impunidad, pasarían al hallarse entre rejas a convertirse en el instrumento de su represalia.

En los meses siguientes empiezan a trascender, a través de filtraciones a medios de

comunicación, detalles y fragmentos de conversaciones cada vez más comprometidas y escandalosas. De ser ciertos los testimonios contenidos en ellos, figuras del máximo relieve habrían practicado con un desembarazo colindante con la desfachatez una doble moral gravemente lesiva para el interés público, sin descartar la comisión de hechos delictivos.

Unos acusan al funcionario jubilado y preso de soltar las cargas de profundidad que atesora para persuadir al Estado de que es mejor hacer la vista gorda sobre sus actividades dudosas. Él se defiende atribuyendo las filtraciones a quienes, dentro de los propios cuerpos de seguridad a los que perteneció, tienen todo el interés en destruirle. Lo que parece, en todo caso, es que algo que se guardaba bajo llave ahora circula sin control, o bajo el control de alguien que busca hacer el mayor daño posible.

Se encienden las alarmas: muchos lo sienten como una desgracia de consecuencias impredecibles; otros lo saludan con júbilo difícil de disimular, por cómo y cuánto puede socavar un edificio que aspiran a demoler; hay quien se pregunta hasta qué punto puede ser cierto lo que se está filtrando y qué grado de verdad resulta soportable a la vista de lo que se insinúa.

Teniendo en cuenta el contexto y el compilador probable de la información que va aflorando, cabe tanto la posibilidad de que sea verídica como de que se trate de calumnias y acusaciones fabricadas. Cabe, también, que entre el material que se da a la luz se encuentren secretos de personas sin tacha penal alguna, y cuya divulgación puede ser en sí misma delictiva. En cualquiera de las hipótesis, las autoridades competentes, y en particular las judiciales, no tienen más que un itinerario: indagar la oprobiosa historia y discriminar qué tiene de cierto y de falso. En lo que de inveraz tenga, generará a su vez responsabilidades criminales para sus fraguadores y difusores; en lo que resultara ser cierto, la ley determina de igual manera cómo ha de procederse.

Frente al normal funcionamiento del Estado de derecho no debe ni puede tener aprensión ninguna de las instancias sujetas a él; y menos aún los ciudadanos, que sólo en él encuentran el amparo de sus derechos y sus libertades. Sean cuales sean las responsabilidades, y alcancen a quien alcancen, existe un cauce para establecerlas y ventilarlas. Y el sistema, pese a quienes gustan de denigrarlo a la ligera, es lo bastante robusto, si se lo hace funcionar, para atajar y absorber el mal sin que ello produzca conmociones irreparables. Personas antaño muy principales ocupan hoy una celda, y no hace tanto que como fruto de la aplicación de los rigores legales el mismísimo gobierno se desmoronó en cuestión de días, sin que ello supusiera desastre, sino, simplemente, la formación de un gabinete distinto.

Ábrase paso la verdad, y caiga lo que haya de caer. Mayor roto es preservar, por eludirla, lo que no puede sostenerse.

Duelo en PP Corral

Los pistoleros se miden sin misericordia, y sin misericordia se los mide a ellos. Es lo que tiene salir a la calle principal del pueblo para dirimir a tiros quién vale menos y quién más.

A un lado del combate sin cuartel, una exterminadora de abultado currículum, conocida por su frialdad y por no dejar que el pulso le tiemble. Al otro, un pipiolo con cara añorada, al que no hace mucho nadie imaginaba metido en semejante faena. La una ha acreditado su seguridad y puntería en cientos y cientos de escaramuzas parlamentarias, desde la oposición y desde el gobierno, fulminando a sus rivales con la mirada y el argumento. El otro, en cambio, ha tenido más de una actuación desatinada, como cuando le dio por hacer bromas con tragedias ajenas de abuelos y cunetas, desliz que ni siquiera pueden permitirse los que tuvieron, como es el caso, a un abuelo encarcelado. También carga en su debe un máster conseguido con pocos trabajos de pocos folios encuadernados en canutillo, por no mencionar una licenciatura exprés con baja comparecencia en el aula, frente a la dura oposición ganada a mordiscos por su contrincante.

Todo parece escrito para que uno acabe convertido en un colador sin otro destino que el basural de la política y para que la otra se lleve el trofeo que por derecho y valía le corresponde. Y sin embargo... Resulta que los duelos a tiros en la calle principal de este pueblo tienen truco, un truco antiguo y pesado que se alimenta de muchos sobreentendidos que no se hallan a la vista pero que condicionan lo que los contendientes pueden dar de sí. El truco vacía de pólvora los cartuchos de la diestra tiradora y multiplica el poder ofensivo de los proyectiles de su oponente. El truco desvía todos los disparos otrora certeros de ella y agrupa en torno al corazón de su adversaria cuantos efectúa él.

Hay un hombre que asiste mudo al espectáculo, porque así se lo ha impuesto y es hombre que reconoce el valor de algún que otro principio. Mientras se mesa la barba blanca, comprende que está a punto de cosechar una nueva derrota, sumada a la que lo ha traído hasta aquí, para ver quién de los que disputan la plaza que ha dejado vacante se alza con el poder. Parecía un buen año, parecía que se le iba a conceder un respiro por un par de años más, pero hace varias semanas que sólo sufre reveses y desastres. Puede que el anterior, el que lo descabalgó, no lo viera venir de ninguna manera. Pero éste no puede no saber de dónde viene y por qué le toca padecerlo. Su candidata, aunque se haya cuidado de designarla como tal, ha cargado con su desempeño demasiado plomo en las alas, y ahora le extienden la factura. Y el otro, que también lleva su peso muerto en el plumaje, tiene en cambio el favor de quienes han aprendido a odiarla a ella, más el de aquellos que esperan, mejor o peor, poder manipularle.

A veces no gana quien más bazas tiene en la mochila, sino quien carga menos piedras en ella; quien suma menos fobias a quien consigue reunir más filias. Que se lo pregunten a él.

El hombre de la barba blanca tenía ya cierta predisposición, pero los amargos hechos de su vida han acabado convirtiéndolo en un filósofo. Mientras ve al vencedor recibir los parabienes, y a la derrotada encajar con semblante de esfinge el descalabro, algo mayor de lo que se esperaba, es casi seguro que piensa en el tiempo y la transitoriedad de los júbilos y los afanes humanos. No puede no cavilar sobre lo que el futuro puede traerles a los suyos, bajo ese liderazgo recién

florecido y amenazado por los más negros nubarrones. A quien le han dado la buena noticia del día es al jefe de la facción rival, que por ahora no tendrá que batirse con la gélida pistolera, sino con uno que le ofrece más y mejor blanco. Desde esos pocos folios encuadernados en canutillo.

A veces, las victorias y las derrotas son pasajeras. Y a uno lo alzan en volandas al peñasco desde el que lo despeñarán.

Nada bien asesorada

La verdad entera de lo acaecido sólo la conocen quienes lo viven en primera persona. Al menos, durante un lapso fugaz: el que media entre el hecho y su conversión en recuerdo, operación en la que es común retorcer lo acontecido en la máxima medida posible para la propia conveniencia. Aunque también se conocen casos de quienes desfiguran y subrayan con el afán de lacerarse tanto como puedan, porque ésa es su personal inclinación.

Sólo esta mujer y este hombre, en tanto ocurrían los hechos que lo precipitaron todo, conocen hasta dónde se llegó o se dejó de llegar. Si en efecto hubo maltrato, vejación, violencia moral o física —que no dejó en todo caso secuelas que pudiera certificar un forense—. Convertido para ambos el incidente en memoria, que uno y otra gestionan con intereses contrapuestos, al mediar entre ellos la disputa por los derechos sobre una prole, a quienes vienen después y desde fuera sólo les queda atender a los indicios y tratar de interpretarlos. Una maniobra ardua y siempre insegura que para algunos es un pasatiempo —dichosos ellos— y para otros, pocos, una obligación profesional —que tiene aparejada la indeseable responsabilidad correspondiente—. Y no existe, salvo para los arrebatados por una convicción binaria, un modo simple de solventar la papeleta, una solución mágica que zanje el nudo gordiano sin que queden dudas o incomodidad.

Ni siquiera ante la existencia de una presunción legal cabe a quien juzga ignorarlo todo para dar la razón sistemática a quien denuncia: para tal función no sería necesario un juzgador de carne y hueso con cualificación profesional; bastaría un algoritmo sencillo y una máquina capaz de ejecutarlo —que tampoco necesitaría ser demasiado compleja— con la batería suficientemente cargada. Hay que examinar los antecedentes, el contexto, los datos que puedan parecer indubitados, y rellenar los huecos a partir de ahí. Todo sucede además dentro de un sistema que permite la revisión de esa decisión por personas ajenas a los prejuicios y las carencias que pueda tener quien la ha adoptado. No es un sistema perfecto, pero al cabo de milenios es el mejor que hemos ingeniado y la única alternativa conocida es el veredicto del que tiene el garrote más gordo y más fuerza para blandirlo.

En este caso, hay una complicación adicional: que sobre el asunto tiene jurisdicción otro país, cuyas decisiones judiciales están legalmente reconocidas en éste —y que a su vez reconoce las nuestras—. Ello no excluye que en ese país los jueces fallen o se equivoquen, cierto es, pero

también existen mecanismos para cuestionar sus resoluciones si eso llegara a producirse. De nuevo, es un sistema que puede resultar insatisfactorio, pero mucho más insatisfactoria sería la situación si todo se ventilara en un marco transfronterizo sin cooperación judicial internacional.

El hecho, también indubitado, es que el sistema no decide a satisfacción de una de las partes y esa parte, en lugar de utilizar las vías de recurso de que dispone como derecho fundamental, opta por llevar a cabo actos de retención por la fuerza de sus propios hijos, llega a hacerlos desaparecer e ignora las órdenes judiciales que la conminan a reconsiderar su actitud. Desde la desesperación que la embarga, convencida de su recuerdo y su verdad, esto puede comprenderse humanamente. Sin embargo, bendecirlo jurídicamente equivale a sentar el peligroso y nocivo precedente de que la justicia es disponible por aquel que crea tener causa para ello. Algo que ningún sistema jurídico y judicial que pretenda seguir funcionando puede jamás amparar.

Ahora la mujer se enfrenta a una condena de cinco años de cárcel y seis años sin la patria potestad de los menores a los que retuvo. Puede opinarse que la decisión es muy severa, pueden objetarse sus razonamientos y criticarse al juez. Lo que parece palmario es que la mujer no estuvo nada bien asesorada.

La venganza del cacique

Ocurrió hace muchos años, alrededor de un siglo. Era aquélla una España injusta y desigual, mucho más que la de ahora, y pobre, infinitamente más pobre. La pobreza era tanta que alcanzaba al Estado y a sus servidores, y se daba el caso de que en cierto pueblo los guardias civiles, ante la insuficiencia de las arcas públicas para facilitarles una casa cuartel, se hallaban alojados en un inmueble perteneciente a un rico propietario, que les permitía su uso sin título alguno. Contaba el cacique con que la dádiva que hacía a los guardias le granjearía un natural trato de favor, y con que éstos se mostrarían sumisos ante él.

Tan por descontado daba su sometimiento que, cuando a uno de sus hijos le llegó el momento de incorporarse a filas, éste hizo el alarde de ignorar la convocatoria, en la convicción de que los guardias civiles no acudirían a requerirle el cumplimiento de sus obligaciones castrenses. Erró sin embargo en el pronóstico: al recibir el aviso de la caja de recluta, el sargento responsable del puesto —o quizá fuera tan sólo un cabo— se presentó en la vivienda del propietario resuelto a llevar a rastras a su hijo a donde la ley lo reclamaba. Instó el potentado a que se hiciera la excepción a la que por sus favores y posición se creía acreedor. No hubo manera de convencer al sargento —o cabo—. Amenazó el cacique con lanzarlo junto al resto de los guardias de la casa que les había cedido. Tampoco eso surtió ningún efecto.

La amenaza no iba en vano. El cacique llevó a término su venganza: acabaron los guardias desahuciados. Pero el hijo del propietario tuvo que ir a donde no quería y afrontar sus deberes

militares —del modo menos sacrificado que entonces se ofrecía a los pudientes, pero afrontarlos en fin—. Y a quien lo engendró no se le ocurrió aconsejar a sus otros hijos que eludieran la ley.

Aprendió aquel cacique que esos hombres humildes a los que creía poder comprar resguardándolos de la intemperie no eran los dóciles lacayos por los que los había tomado. Ignoraba, acaso, que a todos ellos, con el uniforme y el tricornio, les habían entregado una modesta cartilla en la que, entre otras cosas, les decían que el guardia civil tenía que ser «político sin bajeza» y que en toda circunstancia prevalecía el cumplimiento del deber. Una cartilla escrita más de medio siglo atrás, y que antes de ellos habían memorizado decenas de miles de hombres, los que los habían precedido, y después de ellos se aprenderían muchas decenas de miles más, aquellos que iban a reemplazarlos.

Naturalmente —la condición humana es la que es— no todos los que se leyeron y aun aprendieron esa cartilla supieron ser coherentes con su mandato. Los hubo, antes y después, que se plegaron a caciques de toda laya, incluso hasta el punto de la obediencia servil. Los hubo, también, que se olvidaron de lo que debían hacer cuando les convino más hacer otra cosa. Pero siglo y medio largo después de ser escrita, la cartilla sigue ahí, y hay quien se la cree, y no son uno ni dos, sino muchos más.

Los antiguos caciques han mudado de piel y son variadas las ideologías y banderas en las que se envuelven. Los hay que se complacen, incluso, en cubrirse con enseñas que proclaman su no españolidad. Pero no han cambiado sus maneras, ni sus expectativas de servidumbre. Alguno, si tiene la ocasión o si está en disposición de exigirle a otro que lo haga por él, tampoco se priva de vengarse, como el de esta historia, de quien cumple con su deber de forma contraria a sus intereses y apetencias.

Así las cosas, es posible que de vez en cuando alguien que hizo lo que debía acabe desahuciado, con cualquier pretexto más o menos sólido, pero en última instancia por su afán de cumplir y hacer lo que le incumbe sin transigir con lo que los caciques, por serlo, esperaban. Da igual. Quedan otros que, llegado el caso en que deban, volverán a jugársela para decepcionarlos.

Muerte de dos ciclistas

Jay y Lauren se cansaron de su vida en Washington D.C., donde él trabajaba en el departamento de Vivienda del gobierno federal y ella en la Universidad de Georgetown. Estaban hartos de vivir confinados en una oficina, atendiendo puntualmente el correo electrónico, soportando resignados reuniones y esperando las breves vacaciones en las que ambos podían dar rienda suelta por unos días a su pasión por viajar. Decidieron por ello despedirse de sus respectivos empleos, nada malos para dos universitarios de veintinueve años, y salir a recorrer el mundo en bici. O lo que es

lo mismo, convertir su placer anual en placer diario. Por empezar por alguna parte, eligieron ir a Sudáfrica. Dieron sus quince días de preaviso y se lanzaron a la aventura.

Las cosas, una vez en la carretera —y por añadidura en una carretera africana suburbial, que fue su primer contacto con la ruta—, se demostraron menos idílicas de lo que Jay y Lauren se habían prometido. Conocieron sobre el sillín de la bicicleta las variadas penalidades que a uno puede depararle una pedalada de ese porte. La fatiga, el calor, el frío, las llagas, los extravíos, los encuentros imprevistos, la descomposición intestinal. Pero también, según iban dejando puntual testimonio en sus redes sociales, la grata y esperanzadora simpatía de los desconocidos. Desde los que los orientaban en los cruces de caminos del África subsahariana hasta quienes les ofrecían su casa en Marruecos. Con esas experiencias positivas iban confirmando su visión previa del mundo y del género humano: un lugar y una comunidad de seres en los que era posible encontrar el bien por doquier.

El camino acabó trayéndolos a España, donde Lauren había pasado unos meses como estudiante, y donde posaron para su Instagram en el mirador de Gaucín, cerca de Ronda, o con un cartel que reclamaba «*Llibertat presos polítics*». En las fotografías se ve a dos jóvenes de mirada franca, radiante, felizmente ajenos a cualquier clase de conflicto, ya fueran los lejanos en que las tierras rondeñas eran campo de batalla entre la pujante corona de Castilla y el agonizante reino de Granada o los de hoy mismo, menos cruentos pero no menos enconados, entre los que piden la libertad de esos presos y quienes los creen un peligro para la convivencia de todos y aprueban su encarcelamiento.

Prolongaron luego su viaje en dirección a Oriente. Se los pudo ver con las pirámides de Guiza al fondo o en la capital de Kazajstán. El 29 de julio andaban por un paso montañoso de Tayikistán, recorriendo una ruta panorámica en compañía de otros turistas. En cierto momento, un desvencijado Daewoo los adelantó para después dar bruscamente media vuelta y enfilar al grupo de ciclistas, arrollándolos y pasándoles por encima. En la colisión resultaron muertos, además de Jay y Lauren, un ciclista suizo y otro holandés. Poco después, los cuatro supuestos ocupantes del vehículo asesino se grabaron y difundieron por la red un vídeo, con un apacible lago azul de fondo, en el que reivindicaron la muerte de los infieles como una acción del Estado Islámico, al que proclamaban con esas imágenes su adhesión.

En aquel paso montañoso de Tayikistán, en el día 369 de su ruta, terminó para Jay Austin y Lauren Goeghan, ambos de veintinueve años, el recorrido por el mundo y por la bondad de sus gentes. Y lo hizo bruscamente, sin aviso ni piedad. Dos jóvenes idealistas de Washington, dos buenistas que dirían los muchos partidarios del hosco malismo imperante, se encontraron con el coletazo asesino de una larga historia. Una historia que viene de muy atrás, tan atrás que cuesta mucho buscarle la raíz —¿el acuerdo Sykes-Picot, las Cruzadas, Justiniano, las guerras médicas? — y que en algún momento reciente pasó por el mismo Washington, con las decisiones de armar muyahidines o desbaratar países. En todo caso, ellos no tenían la culpa. Ellos sólo montaban en bici.

Gala Placidia, vecina de Barcelona

Hay en Barcelona una plaza dedicada a Gala Placidia, entre los distritos de Gràcia y Sarrià-Sant Gervasi. Cabe preguntarse cuántos barceloneses de hoy tendrán idea de quién fue la mujer de carne y hueso, antigua vecina de la ciudad, a la que se hace semejante honor en su callejero. Desde luego, no puede decirse que fuera una cualquiera: hija del último emperador que reunió bajo su poder todos los dominios de Roma, Teodosio el Grande, a Elia Gala Placidia, que tal era su nombre completo, también se le otorgó el privilegio de ceñir la corona del primer —y, según se mire, último— reino que tuvo como capital a Barcelona.

Es un reino poco recordado, pese a su antigüedad, nada menos que mil seiscientos años. Quizá sea porque no sirve para reclamar lo que se supone que ha de reclamarse, esto es, una Cataluña desligada del resto de su marco geográfico natural. De hecho, el reino en cuestión, recibido del visigodo Alarico por su sucesor y marido de Gala Placidia, Ataúlfo, que la desposó mientras la hija del emperador era su rehén, se iba a extender pronto al todo único que para las gentes de entonces ya constituía la llamada Hispania, que con diversos vaivenes y perturbaciones —suevos, vándalos, ostrogodos, bizantinos— se mantuvo bajo el dominio de ese rudo pueblo germánico durante tres siglos, hasta que las fuerzas arabobereberes bajo las órdenes del caudillo yemení Musa Ibn Nusayr la conquistaron y la convirtieron en su Al-Ándalus.

Volviendo a Gala Placidia, su interludio como reina de la Hispania visigótica no iba a durar mucho: en el 415, y tras dar a Ataúlfo un heredero que no sobrevivió, quedó viuda por obra y gracia de una de esas conjuras y luchas intestinas a las que tan aficionados eran los godos, cuyos reyes rara vez morían en la cama. Y aunque de entrada lo que le tocó fue verse humillada por el sucesor de Ataúlfo, Sigerico, que la mandó azotar, el asesinato de éste, que no se hizo esperar mucho, dejó paso a Walia, quien además de limpiar Hispania de otros bárbaros enseguida llegó a un acuerdo con el hermanastro de Gala y emperador de Occidente, Honorio, para devolverla de Barcelona a Roma.

Allí Gala Placidia, después de padecer la vejación de ser rehén de los godos durante más de un lustro, se vio casada a la fuerza por su hermano con uno de sus generales, Flavio Constancio, que disfrutaría brevemente de la dignidad imperial gracias a ese matrimonio. La prematura muerte de Constancio, y luego la de Honorio, hicieron César al hijo de Gala, Valentiniano, que contaba sólo seis años, con ella como regente. Del 425 al 437, de facto, fue ella la emperatriz de Occidente. Nada menos.

No lo tuvo fácil. Vivió su regencia marcada por la ambición del general Flavio Aecio —el que después derrotaría a Atila en los Campos Cataláunicos, salvando por poco tiempo ya el prestigio del imperio—, y para asegurarle la corona imperial a su retoño hubo de deshacerse del usurpador Juan, a quien castigó haciendo que le cortaran una mano y que de esa guisa lo pasearan por el

hipódromo de Aquilea, a fin de someterlo el escarnio de la plebe antes de su ejecución pública. Un aviso a navegantes.

Cuenta Procopio de Cesarea que al final Gala Placidia, hija y madre de emperadores, exreina visigoda y mujer curtida por la desgracia y la humillación, alguna responsabilidad tuvo en la pérdida del Imperio romano de Occidente, por «haber criado a su hijo Valentiniano de manera completamente afeminada», lo que indujo en él una debilidad de carácter que lo volvería adicto a los hechiceros y a la vida libertina y disipada, y por tanto incompetente para defender un imperio que se desmoronaba, asediado por sus muchos enemigos. Con la perspectiva de milenio y medio el juicio se antoja injusto —y machista—. A Gala Placidia, brava vecina de Barcelona, nacida en Constantinopla, no cabe culparla de lo que mal dispuesto y mal resuelto deshiciera su hijo.

Un bello momento

El momento ha llegado, al fin, y a fe que es bello, al menos para quien lleva toda la vida esperándolo. Para muchos no lo es tanto, para otros es ridículo; habrá quien lo encuentre, incluso, un tanto repugnante. Pero ahí está él, gozándolo: de tal modo que, aun siendo nuestro hombre de natural poco expresivo, hasta se le ve algo azorado. Tanto se ha hecho de rogar, tanto ha tenido que ocurrir a su alrededor —tantos han tenido que morir—, que al ver cumplido lo que parecía que el destino se resistía a otorgarle le cuesta reprimir la exteriorización de sus sentimientos.

El día es el 19 de mayo de 1939. El Caudillo de España «por la gracia de Dios» — permítasenos creer que Este tendría mejores cosas en que ocuparse— y Generalísimo de todos los Ejércitos, Su Excelencia Francisco Franco Bahamonde —tanta mayúscula es indicio infalible de pequeñez—, recibe la gran cruz laureada de San Fernando de manos de un general distinguido por dos veces con esa medalla, máxima condecoración militar española, el también excelentísimo José Enrique Varela Iglesias. Para que ello sea posible se han cumplido todas las formalidades del caso, incluida la aprobación de la concesión por los miembros de la prestigiosa orden. Coincide que todos son vasallos sometidos al poder omnímodo del condecorado, pero esto es un detalle sin mayor importancia para impedir el disfrute de Su Excelencia, que ve así reparada la injusticia de la que se sentía víctima.

Y es que la cruz que hoy se prende al fin en su guerrera la ha pretendido tanto antes, y con tanto ahínco, que incluso ha llegado a ponerse en evidencia, reclamándola por acciones en las que el juicio contradictorio que exige la rigurosa reglamentación de la recompensa no apreció en absoluto que concurrieran los méritos exigibles. Aspirando a ella por escaramuzas en las que sólo podía alegar haber sufrido heridas incapacitantes para el combate y el mando, pérdida de hombres bajo su responsabilidad o ambas cosas a la vez, consiguió convertirse en objeto de burla para sus compañeros de armas, que llegarían a referirse a él con el despectivo mote de «comandantín», por

su baja estatura —y otros peores por su complexión regordeta y su voz atiplada—. Por si esto le resultara poco lacerante, hubo de contemplar cómo el premio que a él se le negaba se le concedía, en cambio, a un joven oficial legionario que había actuado a sus órdenes, Fermín Galán Rodríguez, por una acción heroica —ésta sí, a juicio del tribunal— y decisiva para salvar al resto de las tropas. De nada sirvió que en el juicio contradictorio él, haciendo a la vez gala de su carácter y de su despecho, testificara en contra de imponerle la laureada, a título póstumo, a su antiguo subordinado.

Ahora todo eso queda atrás. Ahora que puede, no sólo se ha hecho almirante de la Armada —su sueño infantil incumplido—, sino que ha procurado que sus inferiores juzguen preciso darle la medalla que se le resistía, reconociendo como mérito digno de galardón castrense haber conducido una guerra fratricida, hasta llegar al resultado de la expulsión y la aniquilación física o moral de una parte ingente de la población que habitaba el país.

Éste es, éste era —trasladémonos al siglo XXI desde el que se discute su legado— el hombre, el militar y el jefe al que se continúa alojando con todos los honores en un mausoleo que él mismo hizo construir a miles de trabajadores forzados para dejar testimonio de su victoria y apropiarse de la memoria y el reposo de sus propias víctimas, tanto de su bando como del contrario. Nadie ha osado deshacer ese acto de autoexaltación póstuma, como nadie le ha retirado la cruz que por tan dudosa hazaña se hizo adjudicar. Puede ser o no urgente, puede ser o no pacífico, pero la justicia, la decencia y hasta la estética estipulan que se deje a la historia seguir su curso inexorable, que no es otro que la extinción, por grotesca, de cualquier gloria autoconcedida.

Fotos con negritos para Instagram

«Con cuatro fotos con negritos para Instagram ya estarán contentos.» La escandalosa frase, recogida en una denuncia, ya va camino de formar parte de unas diligencias judiciales. Según un testigo, la habría pronunciado el supuesto cerebro de una supuesta trama —se ruega que el lector disculpe la redundancia y la fatiga, por la presunción de inocencia y demás— que, bajo la apariencia de una ONG destinada a organizar viajes para jóvenes interesados en colaborar en verano en proyectos de ayuda humanitaria en cierto país del África subsahariana, no tendría otra finalidad que hacer negocio a través del diferencial entre lo que pagaban los padres de los chavales y lo que de veras costaba el asunto.

De comprobarse éste y el resto de los extremos recogidos en la denuncia, un timo más, fruto de la secular picaresca hispana, que tampoco es tan distinta, en lo esencial, de la picaresca que a lo largo de los siglos ha proliferado por doquier. En cualquier lengua y bajo cualquier ropaje abundan quienes desde la falta de escrúpulos se ahorran ganarse el pan con el sudor de la frente por la vía de jugar con ventaja con la candidez del prójimo.

Lo llamativo y novedoso de esta historia es la fuente de la candidez en cuestión, según desvela sin tapujos, ya sea cierta o una calumnia, esa frase epifánica. Y para entenderla de forma cabal, quizá sea útil recuperar otra historia, de hace unos años, en una feria del libro cualquiera. Muy sonriente y acicalada tras el mostrador de una caseta, una modelo firma ejemplares de su libro. Es un libro de poco texto, que a lo mejor ni ha escrito ella. Tampoco el título es un alarde de imaginación. Lo principal de su contenido son las fotografías, suntuosamente reproducidas a todo color, en las que se ve a la modelo, siempre estupenda, en las más diversas situaciones. Tendida con bikini blanco ante una piscina idílica que confunde el azul de su agua con el del horizonte marino, paseando despreocupada por un mercadillo, desayunando copiosamente —«como de todo, incluso chocolate, etcétera»— o, y aquí llegamos al quid del asunto, ayudando en una aldea africana, toda risueña y rodeada de niños de tez de ébano y ojos negríssimos sobre un fondo de marfil resplandeciente.

Conectar la frase de nuestro supuesto timador y esa imagen de la bella triunfadora descendiendo a arrimarse, tan estéticamente exhibida, a la cotidianidad de los desheredados por la fortuna, sirve para desentrañar el equívoco morrocotudo, el espejismo descomunal sobre el que se asienta buena parte de los trabajos y de los días del *homo sapiens digitalis* —valga el cada día más ostensible oxímoron—. Las herramientas desarrolladas por los voraces ordeñadores de datos personales generan una y otra vez la confusión entre lo que de veras es nuestra vida y lo que a ellos les interesa que nos creamos que es para maximizar su beneficio convenientemente remansado en paraísos fiscales. Propician, por ejemplo, que en lugar de unos pocos sean muchos quienes sientan que se proyectan a través de la caridad fotografiada y puesta en escaparate. Que cada uno pueda creerse un modelo de belleza y de bondad, admirado por el mundo entero. Aunque la belleza y la bondad sean impostadas. Aunque —a diferencia de lo que ocurre con la célebre y vistosa *top model*— nadie mire, a nadie le importe, nadie te pida el autógrafo y tan sólo de los supuestos «amigos» quepa esperar un «me gusta» rutinario y falaz.

No podemos, para conservar alguna esperanza, dejarnos llevar por la visión cínica que la frase de marras encierra, y que al menos en este caso se revela desatinada: ahí está la denuncia, puesta por quienes seguramente buscaban algo más que colgar fotos compasivas en su Instagram. Pero tampoco debe desdeñarse la ciencia del estafador, que suele ser, por su propio afán de lucro, un fino analista del alma humana. Esto de parecer, y que se vea a cada rato lo que parecemos, está yendo demasiado lejos.

Víctimas, verdugos y supervivientes

Dos ancianos que combatieron en ejércitos enfrentados en una guerra civil lejana —pero no demasiado— comparten una conversación acerca de la reconciliación de su país. Los dos saben

de lo que hablan, como seguramente no lo sabe el grueso de una población que jamás ha sentido el frío del cañón de un máuser en las yemas de los dedos al amanecer o el golpe de su culata en el hombro y el efluvio de la pólvora al abrir fuego. A ninguno de los dos le mueve el afán de ganar una medalla que apenas les daría ya tiempo de lucir, ni pretenden apuntarse una victoria que la Historia despachó como despachó hace décadas, condenando a los derrotados, sobre todo, pero también a los que se creyeron los vencedores, a padecer sus consecuencias.

La conversación se graba en un vídeo que se difunde desde una cuenta gubernamental en redes sociales. Casi al instante se desata el aquelarre, que incluye el desprecio a uno de los dos ancianos, por parte de quienes se dicen de su lado, por prestarse a contemporizar con el otro, que no sería otra cosa que un vil fascista al que debe negarse el abrazo y hasta el saludo. Llueve sobre la baldosa mojada por quienes, desde la posición heredera del lado contrario, llevan semanas abominando de la decisión de dejar de rendir pleitesía funeraria y arquitectónica al firmante de un número ingente de sentencias de muerte de compatriotas ya vencidos y que no representaban amenaza alguna, entre los que se contaron no pocos honorables compañeros de armas.

Desde ángulos distintos, ambas corrientes de opinión, que cuentan, cada una de ellas, con el aliento entusiasta de una muchedumbre de habitantes del país concernido, certifican la confusión desoladora en la que ochenta años después aún siguen sumidas sus gentes, a cuenta de un acontecimiento que en ningún lugar es fácil de digerir, pero respecto del que por estos pagos ni siquiera se ha convenido, todavía, en fijar los conceptos más básicos. Atribuir al rencor retrospectivo la decisión de no prorrogar el homenaje a quien racionalmente no lo merece, para dejarlo descansar en paz de forma más discreta, o despoticar contra quien fue soldado en una batalla como si estuviera en la sala de mapas del Estado Mayor decidiendo las ofensivas, son formas especulares de una misma distorsión de la realidad.

En una guerra civil, más que héroes y villanos, categorías si acaso válidas para otra clase de confrontaciones, lo que suele darse es una mezcla de verdugos, víctimas y supervivientes. Más allá de casos extraordinarios de sacrificio individual dictado por la conciencia, cuyos protagonistas no pueden nunca contarlos, o de conductas que arriesgan la propia seguridad para reducir el mal, faltan personajes que puedan servirnos de ejemplo. Lo que los hechos de los conflictos civiles determinan con crudeza es que hay gente que cae en ellos —las víctimas—, otra gente que en palabras iluminadoras de Francisco Ayala aprovecha para deshacerse de vecinos molestos —los verdugos—, y una multitud de gente que simplemente se las arregla para mantenerse con vida el día que el vencedor anuncia su victoria y, en el caso de la guerra civil que aquí nos ocupa, durante la larga represalia posterior.

Premisa mínima para dejar algún día de arrojarse esta clase de historias a la cabeza, o incluso atizar con ellas a quienes las vivieron, desde la inopia de quienes nacieron mucho después, sería aceptar que las víctimas merecen desagravio y compasión, fuera cual fuese la bandera de quienes las ejecutaron; que a los verdugos no se los puede enaltecer, fuera cual fuese la enseña en que se

envolvieran; y que con los supervivientes se continúa el camino, al margen de dónde los pusieran sus buenas o malas decisiones o el azar y la necesidad, que también juegan.

Nada de esto es incompatible con escoger el lado que cada cual crea correcto. No es requisito para ello la equidistancia.

Vivir con eso

Mírame. Seguramente no me recuerdas, seguramente no pasé de ser un número para ti, pero estuve ahí, en tu lista de alumnos. Soy ése, o ésa, a quien un día avergonzaste porque al pasarle el Turnitin a su trabajo detectaste que había hecho un corta y pega. Soy ése, o ésa, que otro día acudió a tu despacho para revisar un examen calificado con un 4,5 y se topó con tu actitud inflexible y salió de allí con el suspenso confirmado y la propina indeseada de algún comentario hiriente acerca de sus aptitudes, sus conocimientos o su habilidad argumentativa.

Soy ése, o ésa, que tuvo que ir todos los días a clase, y que mejor o peor hizo todos los trabajos y prácticas, individuales y en grupo, para poder contar en la nota final con la parte que el plan Bolonia reserva a esos conceptos. Soy también ése, o ésa, que para conseguirlo tuvo que compatibilizarlo con su trabajo, con sus obligaciones familiares, o tuvo que pedirles a sus padres que hicieran el esfuerzo económico de procurarle alojamiento y manutención en una ciudad que no era la suya. Que tuvo que pasarse horas en el tren, en el metro, en el autobús, para ir y venir a las clases, o malcomer por culpa de un horario que no siempre tenía en cuenta la suma de las asignaturas en las que se había matriculado, a fin de poder cumplir el plan del grado o para recuperar alguna no superada en un curso anterior.

Soy ése, o ésa, que ahora te mira, estupefacto/a, perplejo/a, escandalizado/a, tras descubrir que al mismo tiempo, por esas mismas fechas —probablemente el mismo día en que a mí me exigías, me presionabas, me zaherías—, ronroneabas como un gatito para hacerles la vida más fácil y las convalidaciones gratis a otros que no eran un número como yo, otros que llevaban por delante un don o un doña, una señorita presente o futura.

Soy ése, o ésa, a quien no puedes esconder, porque todo ha salido a la luz de la forma más grosera, que reconocías, distinguías y hasta laureabas a esos discípulos VIP no por el tesón o la clarividencia que exhibían en sus trabajos, sino porque te convenía para los oscuros cálculos a los que elegiste darte, en lugar de aquello a lo que te debes: el saber, la investigación y la difusión y la transmisión de ambos de manera exitosa a quienes de buena fe acudíamos a que nos los comunicaras, y a quienes tenías la obligación legal y de servicio público de atender.

Soy ése, o ésa, que no está falto de luces del todo y por ello adivina que los cálculos que te movieron redundaban siempre en un lucro o medro personal, y muy rara vez, o nunca, en un bien para la institución universitaria. La simpatía de alguien al que interesaba contentar aquí, la

posibilidad de un atajo allá, unos fondos europeos o cualquier otra clase de subvención a repartir entre unos pocos afortunados acullá. Soy ése, o ésa, que trata de calar en el mecanismo psicológico que permite tales prácticas y se representa de pronto la pantalla de excusas que desplegaste, para comportamientos tan inmorales como permitir que tu filtro de cortapegas cazara pececillos y dejara pasar cachalotes.

No me hago grandes ilusiones al respecto. A veces te dirías que estabas procurándote del único modo posible los recursos que no llegaban de otra manera. Otras veces te conformarías con la idea de que nadie deja de vender al poderoso o al influyente su mercancía, la que tenga, para ganarse su favor, y que tener algún prurito para no hacerlo te posterga en la competición. No esperes que nada de eso me valga, a mí que padecí tus miserias, para disculparte o tenerte en esta hora la menor piedad.

Lo que me pregunto, una y otra vez, mientras veo desfilar a los copiones pillados y abochornados, mientras escucho tu silencio estruendoso ante el espectáculo, es cómo pudiste, cómo puedes aún, cómo vas a poder a partir de ahora vivir con eso, mi pese a todo añorada y querida, mi triste y servil universidad.

El depredador cazado

Todo depredador suele actuar con ventaja sobre su presa. O es más fino de vista y olfato, o es más fuerte, o es más rápido, o es más astuto que ella. O todo a la vez. Depredar exige, por otra parte, trabajo, dedicación y afán. Estar siempre alerta. Mantener continuamente viva el hambre de acechar, encontrar y cazar algo. Pero a la hora de la verdad, cuando el depredador se encuentra cara a cara con su víctima, en el mismo palmo de terreno, la historia ya está escrita de antemano y sólo se salda de una manera.

Hasta que el depredador, por un mal paso, cruza su camino con el de alguien que está preparado, pertrechado y dispuesto para cazarlo a él. En esa coyuntura, su hábito de ser superior lo expone de un modo clamoroso a acabar convertido en el trofeo de otro. Su costumbre de no adoptar otras precauciones que las necesarias para sorprender a un adversario inerme lo entrega a quien lo pone en su mira, y su historial repleto de victorias no conoce otro desenlace que la derrota más total y ominosa.

Nuestro depredador cumplía con todos los requisitos de su condición. Era hábil, era certero, le ponía ahínco. Gozaba sobre sus víctimas, siempre menores de edad, de la preeminencia que le conferían su mayor edad, su aguzada malicia o los estudios superiores que le habían abierto la puerta de la abogacía. Para que la operación resultara más fácil, y conociendo una debilidad común de los adolescentes, se parapetaba tras la imagen de una mujer muy atractiva, con la promesa de que ese bocado se les concedería a los jóvenes incautos a los que hacía objeto de sus

asechanzas. Sólo tenían que hacer una cosa, les decía, con la voz fingida de semejante belleza: acceder antes, como prueba, a tener relaciones con su novio. O lo que es lo mismo: con él. Una trampa simple, pero eficaz. Hecha a medida de la presa.

Alrededor de cuarenta víctimas cayeron, en mayor o menor medida, en la red así tejida y desplegada. Al menos cuatro, que se haya podido probar de forma fehaciente, lo hicieron hasta el final, esto es, hasta acceder a encontrarse con él y permitirle consumir un intercambio que no se privó de grabar. Cabe temer que el éxito lo hubiera embriagado hasta el punto de tener en perspectiva la consumación de nuevos abusos, sobre aquellos con los que estaba en proceso de seducción, y respecto de los que guardaba inoportuna constancia en sus ordenadores, en forma de conversaciones a través de redes sociales. Quizá fuera esa euforia, ese deleite en su depredación, lo que le impidió ver que la táctica tenía un fallo: su impunidad dependía de que la vergüenza atenazara a los burlados, de que no creyeran tener nadie con quien desahogarse. Y he aquí que uno lo tuvo, en sus padres, que averiguaron, o él les confió, el engaño del que había sido objeto. Y que hicieron lo natural: poner una denuncia.

A partir de ese momento, los pasos del depredador tuvieron el testigo que menos le convenía. Los de una guardia civil de la unidad encargada de la protección de menores, ducha en todos los atajos, vericuetos y trampantojos por los que el depredador desarrollaba sus cacerías. Alguien que supo interponerse en su trayectoria sin dejar que él se percatara. Alguien que, sin mucho tardar, acabó poniéndole la trampa que pisó, sometido ahora él a esa humillación de la desventaja que tanto se había complacido en infligirles a otros. El depredador cazado no sólo vio cómo, a partir de esa denuncia singular, le quedaban al descubierto por decenas sus fechorías, de las que ahora le toca responder. Para que todo resulte más cuesta arriba, para él y para su abogado, hay miles de registros informáticos, de texto y de imagen, cuyo contenido es incriminatorio para él en un grado aplastante.

El mal hecho no puede repararse, o sólo muy despacio, con tiempo y psicólogos. Con todo, que los depredadores sepan que pueden ser ellos la presa ya es algo. No todos son valientes.

Te cortarían la cabeza

Los ojos desencajados, las venas del cuello hinchadas y una expresión compacta de odio aderezan las palabras que le escupe al hombre que camina sin volverse ni responderle: «Te cortarían la cabeza ahora mismo». Una frase llamada a no pasar inadvertida, también elocuente, que condensa del modo más oscuro posible el significado de un momento. El modo verbal elegido: «cortarían», que denota una potencialidad que no se realiza por razones que cabe interpretar como puramente coyunturales. El daño físico con el que se amenaza: la decapitación, un acto necesariamente letal y en extremo humillante, no sólo para quien la padece, sino también para los suyos, aquellos que

dejaría para llorarlo. Y ese «ahora mismo» que redondea el aserto, y que pone de relieve la ausencia completa de dubitación por parte del hablante.

Ya estamos aquí, en la hora de la violencia sin restricción ni medida; esa que siempre acaba llegando al cabo de un tiempo lo bastante dilatado de siembra en las mentes menos amuebladas del desprecio y el rencor hacia un colectivo al que se identifica como enemigo. No es relevante que las diferencias entre quien se ve convocado a odiar y el objeto de su incentivada aversión sean ilusorias o en la práctica nulas. De hecho, es en estos casos en los que se consigue que la ponzoña resulte más virulenta, por la necesidad inconsciente que tiene el odiador de marcar una línea divisoria con algo que le resulta incómodamente próximo.

Lo que sigue a la amenaza confirma los peores pronósticos: jóvenes embozados agrediendo y pateando por la espalda a unos hombres que no les devuelven los golpes y que tratan de ponerse lejos de su alcance, hasta que llegan, en poco número y con algo de retraso, unos policías antidisturbios que se interponen y que hacen retroceder a porrazos a los agresores. Aunque algunos lo hayan olvidado, las leyes todavía vigentes proscriben acosar a golpes a quien nada te está haciendo, y los agentes siguen teniendo la encomienda de evitar el delito, con arreglo a esas leyes que amparan su actividad y condición y sin las que quedarían degradados a un simple pelotón de hombres con armas.

La respuesta de los exaltados no se hará esperar: los que han intervenido para impedir el espectáculo ominoso del conato de linchamiento se convierten con ello en traidores al pueblo, a la causa suprema que autoriza no sólo abdicar de la conciencia individual, sino ignorar la dignidad individual del prójimo. A los que se les ha llenado de hiel hirviente la cabeza no se les puede enfriar de la noche a la mañana, persuadirlos por medio racional alguno de que hay límites a los que no se puede llegar, líneas que no deben cruzarse. Se repliegan sólo para reagruparse y trazar itinerarios nuevos por los que dar cauce a su ira, más allá incluso de quienes han trabajado tenazmente para inoculársela; contra ellos si llegara a ser necesario, porque la violencia tiene auspiciadores, parteros y padrinos, pero una vez que estalla no reconoce padre ni madre ni Dios que la pueda contener.

Es tarde para impedir que nazca lo que ya ha nacido. Lo más que pueden los aprendices de brujo que cometieron el error de despertar a la bestia es abstenerse de alentarla. Ni aun en el caso, improbable, de que osaran reprobarla, tendría ya el más mínimo efecto en quienes, aunque fueron amamantados con su leche ideológica, andan ya por sus propios pasos. Y quienes no han perdido todavía el sentido de la responsabilidad, ni se han manchado excitando a sus semejantes a juzgar despreciables y por tanto decapitables a otros seres humanos, tienen el desafío de plantar cara al monstruo con firmeza e inteligencia, sin caer en la trampa de la tibieza ni en la debilidad del encarnizamiento gratuito, ese que riega aún más la planta de la barbarie.

No es la primera vez que la barcelonesa plaza de Cataluña ve a personas tratando de cazar a otras personas. Ojalá fuera la última.

A ti también

A ti también te ha llegado la hora. Es, muy posiblemente, lo último que imaginabas cuando en el pleno uso y disfrute de tu poder extendías las manos, y lo que no son las manos, hacia tu presa acorralada, encogida y muerta de miedo. Es lo que tiene el abuso de superioridad sobre otro: cuando se ejerce no es común considerar un horizonte temporal en el que esa asimetría, esa ventaja inapelable sobre el débil, deje de estar presente. Pero el tiempo pasa, las condiciones cambian, y en este siglo XXI en el que las mutaciones se producen de forma brusca y sin previo aviso —que les pregunten a los que solían viajar a Suiza a llevar billetes, a los que creían que las viviendas se revalorizaban sin límite, a los que se pensaron que Crimea era Ucrania—, puede suceder que las tornas se inviertan de un día para otro.

Es, sin ir más lejos, lo que te ha sucedido a ti, que antaño te regocijabas en tu impunidad, hecha a partes iguales de esa intimidación sin fisuras que podías proyectar sobre tus víctimas, la vergüenza que las embargaba después de haber pasado por tus manos y la inercia de un sistema poco amigo de molestar a gente tan influyente como tú por las denuncias y los gimoteos de alguna criatura histérica y de apariencia poco equilibrada. De la noche a la mañana, ya no intimidas nada, quien se avergonzaba se yergue impávida y el sistema está deseoso de prestarle oído. La presunción de inocencia reforzada con que te enfrentabas en otro tiempo a las acusaciones se ha visto reemplazada por su opuesto: una presunción de culpabilidad de la gente como tú, esa que tenía a decenas de seres vulnerables a su merced y que, como se ha visto, propendía a caer en la dulce tentación.

Han caído como moscas, tus congéneres. Productores de cine habituados al *casting* táctil, antes y después de la selección de la *starlette* de turno. Profesores cegados ante la facilidad que representaba tener a personitas a medio hacer, de los dos sexos, bajo su responsabilidad y autoridad docente. Sacerdotes que en el trato con la feligresía más joven vieron una oportunidad de oro para sacudirse los sinsabores y molestias del celibato. Hasta el mismísimo Bill Cosby, el gran y amable patriarca televisivo de toda una generación, ha desfilado con las pulseras de acero puestas camino del talego, por beneficiarse del ascendiente casi irresistible, y más cuando recurría a sustancias adormecedoras, que según la justicia utilizaba para dobligar la resistencia de las cervatillas que entraban, incautas, en su claro del bosque.

Quién se lo iba a decir, cuando se tomaba las medidas para la suntuosa camisa o el impecable traje con que acude a la vista que lo despacha a prisión, y cuya americana ya no porta en el momento ominoso de verse empujado sin miramientos, así se las gasta la policía del lugar, al interior del furgón policial. Sus ojos desorbitados, la mirada de pánico y estupor con que camina rumbo al averno retratan en la forma más acabada posible la desorientación espectacular, el sensacional vuelco que la vida ha dado para él y para ti y para tantos que no contaron con que el daño que uno pudo impedir y decidió en cambio hacer, el mal que habiendo podido no se abstuvo

uno de infligir a otro, tiene una enojosa tendencia a regresar a por uno, y la habilidad de hacerlo en el peor momento, cuando uno ya no es tan fuerte, cuando lo tiene todo en contra y ya nunca más a favor.

Todo en la vida, muchacho, hay que saber hacerlo, y los que toman el camino demasiado fácil acaban pagando antes o después las consecuencias. Mientras te enfrentas a tu calvario, puedes envidiar a quienes acertaron a tomar las precauciones debidas para no verse en la que tú te ves. Aprovecharse del débil para desahogarte se paga... salvo que aciertes a hacerte elegir presidente o a postularte como el juez vitalicio que el presidente necesita colocar para asegurar adecuadamente sus asuntos.

El Okupa

Dícese de aquel que se posesiona de un inmueble sin tener título legal (o legítimo) para ello. Tal podría ser una definición sencilla del concepto de «okupa», la palabra que se ha puesto de moda en ciertos círculos dirigirle, incluso escupirle, a nuestro personaje. El Okupa de la Moncloa. Así, con mayúscula incluso, para que quede claro que es el más okupa de todos los okupas concebibles, se despacha hoy a quien desempeña la presidencia del gobierno y por tanto ostenta, tras el jefe del Estado, la más alta representación de éste y, por extensión, de la nación.

Llamarle de esa despectiva manera en el día de la Fiesta Nacional, desluciendo así la solemnidad de todos sus actos y tratando de disputarle su derecho a participar en ellos, es la más reciente y áspera expresión del sentimiento y la idea que anidan tras la reiterada caracterización del presidente como usurpador inmobiliario. Una etiqueta que hace del edificio —el palacio en el que tiene su residencia oficial— el símbolo del propio gobierno y del Estado que, según aquellos que se la adjudican, el hombre al que se le impone no tendría autoridad moral para dirigir.

El sentimiento es comprensible: nunca es grato que a uno lo desalojen del poder, o que lo hagan con aquellos a quienes uno identifica como los suyos. Y menos si el desalojo se produce de forma brusca e inesperada, aunque hubiera señales sobradas para prever la eventualidad y para que ésta no resultara tan sorprendente. La idea, por el contrario, merece muy dudosamente alguna indulgencia. Si se atiende a la legalidad de la designación del presidente, que sería su título para alojarse en el palacio de marras, ésta es tan palmaria e impecable que nadie ha osado plantear acción alguna ante los tribunales para disputarla. Se produjo, para quien lo haya olvidado, con plena sujeción a un procedimiento constitucional, y previa obtención del respaldo de la mayoría absoluta de la cámara o, por decirlo de otra manera, de escaños representativos de muchos millones de españoles, bastantes más de los representados por los votos en contra.

Tal vez se quiere llevar el debate a ese otro concepto, menos formal y por tanto más difuso, de la legitimidad. Sobre ésta, al contrario de lo que ocurre con la legalidad, cada uno puede tener su

propia percepción. Con todo, aquel que aspira a objetarle a alguien la legitimidad debe construir un argumento racional. Lo más cerca de éste que han llegado los que llaman okupa a quien hoy duerme en la Moncloa es que para reunir la mayoría que lo situó ahí sumó los votos de separatistas y filoterroristas. Que sus escaños propios sean pocos, o menos que los de otra fuerza política, no alcanza ni de lejos la categoría de argumento, salvo para aquellos que quieran vivir en la ignorancia supina de cómo funciona un régimen parlamentario, donde las coaliciones y acuerdos, estables o no, son expediente ordinario y común.

Y quizá ahí, en esos escaños marcados de antiespañolidad, está la gran cuestión del momento, no sólo para dirimir si quienes llaman okupa al presidente son celosos patriotas o burdos calumniadores, sino para dilucidar por dónde podemos ir para intentar realizar algún día el ideal, que a priori parece deseable, de celebrar la Fiesta Nacional sin que ésta sirva de pretexto a unos españoles para arremeter contra otros o desdeñar al resto, como viene siendo triste costumbre en los últimos años. No cabe ofrecerles, a quienes desean romper una comunidad, la simpatía o la comprensión de quienes deben defenderla; y a quienes entre ellos dan pasos contra la ley, no puede sino aplicárseles ésta. Pero en tanto quienes desean separarse sigan formando parte de la comunidad, tienen derecho —constitucional y fundamental— a conformar su voluntad, lo que incluye elegir quién gobierna y por tanto quién vive en el inmueble destinado a alojarlo.

Y no se le saca llamándolo okupa, sino juntando más votos.

Niños tontos, políticos listos

Son mala cosa las campañas electorales. Y a veces son aún peores las precampañas. Compelidos a llamar la atención y a cubrir del máximo descrédito al rival, los políticos son capaces de meterse hasta la cintura en los charcos más fangosos. Véase el ejemplo, tan poco edificante, de una exministra que reclama méritos para los suyos y despacha baldón al adversario a cuenta de lo que saben o dejan de saber los niños de diez años.

Que donde gobierna su partido —y donde ella nació, dicho sea de paso— los niños van dos años por delante respecto de una comunidad donde gobiernan los otros —y que le pilla lejos de los días azules y el sol de su infancia—. Así, sin anestesia y sin despeinarse, y sin pensar ni por un momento en la cuota de corresponsabilidad que sobre el nivel de instrucción de todos los niños incumbe a quien ha estado durante unos cuantos años en el gobierno de la nación. Y es que hace falta ser muy listo para dar por sentado que lo que saben o dejan de saber los niños lo dice un par de informes que sólo analiza una muestra reducida de los escolares de cada sitio. Y más listo aún para concluir que la culpa de las eventuales diferencias es en exclusiva de quienes gestionan la competencia educativa, sin tomar en consideración el marco legal vigente, los recursos per cápita

en cada comunidad, el grado de diversidad o las condiciones socioeconómicas de partida de la población analizada, entre otras fruslerías.

Tampoco parece un asunto digno de ser tenido en cuenta la solidaridad interterritorial, que poco se fomenta a través de esta clase de comparaciones odiosas, ni la dignidad y la autoestima de los propios niños, que están en el mundo, les llegan las cosas y, aun en el caso de que fuera cierto lo que la ministra dice, no serían los responsables, sino las víctimas de la disfunción.

Quien ha recorrido bastantes aulas, en la tierra de los niños adelantados de ocho años, en la de los niños rezagados de diez y en muchas otras, y ha podido constatar la enorme disparidad de circunstancias, incluso dentro de la misma comunidad, no tiene más remedio que asistir con melancolía al peculiar despliegue de inteligencia emocional que los políticos aplican a la empresa de disputarles el voto a sus oponentes. Quien ha tenido una y otra vez la triste sensación de que no existe un sistema educativo propiamente dicho, porque a nadie parece haberle interesado consensuarlo —y menos que a nadie, al partido de la exministra, que abortó no hace mucho un pacto educativo ya cerrado—, no puede sino desear que los políticos fueran un poco menos listos para utilizar los resultados de los niños en un par de estudios, y algo más aplicados en la tarea de procurar una escuela sólida y solvente para todos, al margen de donde esté su domicilio.

Quizá a la exministra le viniera bien pasearse un poco por ahí, por la vasta pluralidad de centros escolares, para que vea de primera mano que en esa comunidad donde según ella los niños van con retraso puede encontrar proyectos educativos punteros, incluso en zonas de dificultad extrema, como pueblos en los que viven chavales de cincuenta o sesenta nacionalidades. Y cómo allí donde supuestamente son más despejados, si se da la mala coyuntura de que se junten un equipo docente desmotivado o sin arraigo y un panorama social complejo, baja mucho el nivel.

Alguien podría decirles a esos políticos tan listos que su función no es convertir a los niños en galgos de carreras para mejor apuntalar sus siglas y erosionar las del contrincante. Que lo que les toca es acordar de una vez que la educación de todos, y en especial la de quienes más difícil lo tienen, cuente con los recursos, la dignidad y la consistencia que garanticen que esas brechas se reduzcan a un nivel tolerable. La única esperanza es que entre esos niños hay más luces y más sentido común del que esos políticos les suponen. Quizá algún día los pongan en su sitio.

El ilusionista contrito

No sólo fue un ilusionista; fue, por llamarlo de algún modo, el Ilusionista Supremo. Llegó alto, tan alto como se lo reclamaba su ambición: ministro, presidente de banco, director de organismo internacional con rango de jefe de Estado. En todos esos puestos de máximo relieve y exposición acreditó sus dotes para la prestidigitación y la fascinación del auditorio. Probó que nadie había como él para generar en el público la ilusión de que por su mano acontecían enormes portentos.

La ilusión en el más amplio sentido de la palabra, porque lo que de veras había era algo muy diferente, incluso lo contrario de aquello que su labia, su aplomo y su desparpajo infalible hacían creer que estaba sucediendo.

Le faltaron, sin embargo, unas cuantas cosas. En primer lugar, la humildad que distingue a los ilusionistas de raza, esos que de veras han tomado conciencia de la naturaleza y el valor de su oficio. Esa humildad que personifica como nadie el mago que hace desaparecer jirafas en las termas de Caracalla, en esa escena memorable de *La gran belleza*, la inolvidable película del italiano Paolo Sorrentino. Asoma en la réplica que le da a Jep Gambardella, el protagonista, cuando ante su asombro por el prodigio que acaba de presenciar, le dice sin más: «Es sólo un truco». Es decir: una astucia, una manipulación, nada.

Le faltó, también, conocer a aquellos con los que se jugaba los cuartos, comenzando por su amigo de juventud y mentor, el que lo hizo vicepresidente del gobierno y superministro, el que quiso nombrarle su sucesor y al que desairó primero rechazando ese honor y luego contrariando su parecer en la más peliaguda, controvertible y controvertida decisión: la de poner al país en primera fila de una guerra haciendo como que no lo hacía. Con lo bien que le habría venido para eso la ayuda del ilusionista.

También subestimó, más allá de su círculo próximo y de las esferas del poder, a quienes iban a sufrir las consecuencias de sus trucos y a quienes tendrían encomendada la averiguación y escarmiento de sus destrozos. Tuvo en poco a los ciudadanos, a los humildes depositantes de los bancos, a los policías y los guardias civiles y los fiscales y los jueces que indagarían en su reguero de cadáveres económicos. Todos reaccionaron, empero, y de ahí las varias causas judiciales por las que se le pide cárcel, incluida la que en estos días, sentenciada en firme por el Tribunal Supremo, lo ha acabado poniendo al fin entre rejas. Podría añadirse que le faltó la suerte de algunos otros que no fueron mejores que él, pero la suerte también es algo que se labra uno.

A fin de cuentas, lo que nuestro ilusionista encadenó no fue cualquier cosa. Primero hizo pasar por milagro económico lo que no era más que el inflado suicida de una burbuja inmobiliaria y financiera que luego estalló dejando el país hecho unos zorros y consumando, por primera vez en muchos años, el desastre de ofrecerles a los hijos unas perspectivas de vida peores que las de sus padres. Luego cabalgó como si nada a lomos de las finanzas globales, sonriente y alentando el optimismo cuando se estaba gestando su mayor desplome desde el crac de 1929. Y al final sacó a Bolsa, como si fuera el buque insignia de la banca patria, lo que ya no era más que un Titanic en rumbo de colisión contra un iceberg sobradamente cartografiado, pesado y medido.

Demasiadas pifias, y demasiado gordas, como para que no acabara saliendo mal. Y mientras tanto, el ilusionista desvalijaba frenético cajeros automáticos con la tarjeta negra y ominosa que lo ha llevado a prisión. Antes de entrar en ella, en un raro acceso de modestia, después de tanta arrogancia como exhibió antaño, ha pedido perdón por lo que haya hecho mal, tanto a la sociedad como a las personas a las que haya podido decepcionar.

Genio y figura. Como corresponde al ilusionista que fue y le cuesta dejar de ser, la contrición

la hace en modo subjuntivo.

Restos mortales

Se lo espetó a uno de los médicos que le atendieron en sus últimos días, cuando el facultativo, antes de una reunión del Consejo de Ministros que presidió monitorizado, le advirtió del riesgo de muerte que estaba corriendo con ello: «¿Y qué importa si muero?». Durante los días que siguieron se comportó con una indiferencia semejante hacia su propio tránsito, hasta que los males que padecía forzaron su ingreso en la UCI de La Paz. Fue justo en ese momento cuando pronunció las que están documentadas como sus últimas palabras —posteriores a aquel «qué duro es esto» que se menciona a menudo y que dijo aún en El Pardo, después de que le extrajeran un coágulo que apenas le dejaba respirar—. Las musitó tomando de la mano a su médico de cabecera, el doctor Pozuelo, que lo atestiguaría luego, y fueron una expresión sencilla y natural de fragilidad humana: «No me deje».

Cuarenta y tres años después, los restos mortales que dejó aquel hombre para el que su defunción, según quiso manifestar, carecía de cualquier importancia, son objeto de disputa, decretos leyes aprobados ad hoc e incómodos malentendidos diplomáticos entre el gobierno de su país y la Santa Sede. A la vista de los movimientos, rigurosamente excepcionales, que a propósito de la ubicación final de sus despojos se producen en estas fechas del siglo XXI, tan lejanas de la de su muerte, resulta evidente que no sólo ésta, sino las subsiguientes diligencias funerarias, tienen una trascendencia fuera de lo común, y no sólo para sus deudos y sus declarados enemigos, sino para toda la ciudadanía.

Por eso mismo, el problema no hallará solución hasta que no se vea exento de todas las actitudes contraproducentes que contribuyen a adensarlo y enquistarlo. No ayuda, desde luego, que quien tiene que tomar las decisiones, desde el ejecutivo, dé la sensación de ir improvisando cada paso, con la vista puesta en ganar una baza política a cuenta de la disposición final del cadáver. Pero tampoco la obstinación de una familia empeñada en imponer a una sociedad que mayoritariamente la rechaza una exaltación fúnebre para su antepasado, de espantosa memoria para muchos millones de compatriotas. Tampoco, en fin, ayudan a entregar al pasado y a la Historia el peso de esa muerte, sea el que sea, los que, pasando junto a ellos o por ellos el embolado, optan por dar el perfil y desentenderse donosamente, como si bien estuviera cualquier cosa y nada les concerniera lo que al fin resulte.

Esos restos mortales, guste o no, contienen un mensaje. Como lo contienen, por poner un ejemplo análogo, aunque de cariz bien distinto, los de ese hombre que entró a renovar unos papeles en un consulado y no salió jamás, tras perder dentro de él la vida como ha reconocido ya el Estado al que representa esa legación diplomática. Se cuenta que después de estrangularlo lo

despedazaron, desfiguraron e hicieron desaparecer. Y pese a ello, dondequiera que esté, ese cadáver interpela a quienes sabemos del hecho, y seguirá haciéndolo hasta conseguir una respuesta, aunque los intereses, la distracción o la desmemoria de muchos conspiren para que deje de ser noticia de primera plana.

Hace muchos miles de años ya que el ser humano comenzó a honrar a sus muertos. Hay quien dice que es ese impulso uno de los factores que sirven para afirmar la existencia de la propia condición humana. Lo que los siglos de civilización nos trajeron es la complejidad a la hora de gestionar ese recuerdo, cuando el muerto es singular, o lo son las circunstancias de su partida. La clave está, en esos casos, en encontrar el punto justo de respeto para lo que queda de la persona después de que se extinga su vida. Al final, como pidió aquel moribundo a la puerta de la UCI, nadie quiere que se olviden de él. Lo injusto es que a algunos muertos se los deje tan solos, mientras para otros, en cambio, el homenaje venga impuesto incluso a quienes no desean rendírselo.

El WhatsApp del francotirador

Quedan muy atrás los tiempos de Lee Harvey Oswald, ese exmarine sigiloso que se dice que interrumpió el 22 de noviembre de 1963 en Dallas el romance con la Historia del carismático JFK, quizá sólo un poco antes de que la magia desapareciera sustituida por el resquemor en que tantas veces acaban parando las grandes pasiones. Lejos, también, los de Georges Watin, que meses antes quiso hacer lo propio con el general De Gaulle. Oswald logró su objetivo — simplificando y dejando a un lado las diversas teorías sobre si tuvo o no ayuda de otros tiradores —; a Watin lo descubrieron y le frustraron el plan, pero le dio tiempo a poner tierra de por medio y murió apaciblemente en Paraguay en 1994.

Medio siglo después, en estos años aturdidos del siglo XXI, los francotiradores con planes de magnicidio los comparten en WhatsApp y buscan en redes sociales la información de agenda del objetivo que les da pereza o son incapaces de hallar por otros medios. Como consecuencia de semejante indiscreción, no sólo no logran llevar a efecto sus planes criminales, sino que tampoco les da tiempo a huir. Antes de que puedan planteárselo siquiera, la policía irrumpe en su domicilio, les incauta el arsenal y los despacha a la celda donde esperarán a enfrentarse a un juicio para el que tienen tiempo de pensar toda suerte de estafalarias y poco persuasivas atenuantes. Que si en realidad todo era un vacile sin mayor trascendencia. Que si se trataba sólo de impresionar a una chica que no comulga ideológicamente con el mandatario cuya ejecución sumaria alardeaba de querer llevar a cabo.

No cabe duda de que en la era del postureo, antes llamado aparentar, son muchos los que se dan a ir de lo que no son y es por tanto verosímil, a priori, que alguien se jacte de estar presto a

consumar algo a lo que ni siquiera sabría por dónde empezar a hincarle el diente. También es cierto que el exceso de soledad y de aburrimiento han generado nuevas y cada vez más tortuosas formas de ligar, y que en medio de la desesperación no faltan los que se aplican a retorcer dichos procedimientos hasta extremos antes impensables. Sin embargo, cuando tanto tus antecedentes como tus manifestaciones públicas abonan la sinceridad de esa intención homicida, y cuando en tu casa hay ferretería para armar a un regimiento, incluidas armas largas aptas para el tiro de precisión, a tu abogado le complicas la defensa de tu inocencia —o en su defecto, de tu simple estupidez— bastante más allá de lo que podría convenirte, y la probabilidad de que te acabe cayendo una condena apabullante se incrementa de manera exponencial.

No deja de ser interesante analizar el cúmulo de factores que conducen a semejante estropicio cognitivo. Por un lado, la pérdida galopante de conciencia de la gravedad de las propias acciones —verbigracia, llenar tu casa de armamento—; por otro, la inconsciencia a la hora de decir ciertas cosas de manera que lleguen a oídos de quien no sea de tu absoluta confianza —y que se extiende a la soltura para entregar a no sabemos quién datos que pueden llegar a comprometernos fatalmente—; y por otro, en fin, esa necesidad de exhibirnos y pavonearnos más allá de lo que el sentido común aconseja, que es lo mínimo posible y, si uno es capaz, nada en absoluto. A ello, súmese la temeridad con que personas con capacidad de repercusión pública despachan juicios y afirmaciones de cuya falsedad tienen plena constancia, como, por ejemplo, que ese hombre al que supuestamente quería matar el ahora recluso francotirador es un caballo de Troya del secesionismo, cuando no hace mucho respaldaba con sus votos la desposesión fulminante de todos sus cargos de los líderes de ese movimiento y la intervención de la autonomía de la comunidad afectada.

Es lo que pasa cuando se trafica demasiado a la ligera y con demasiada fruición con lo que no es o lo que sólo parece. Que hay quien se hace un lío, y luego encima va y lo guasapea.

De rey a cocinero

En el pliegue más recóndito de cada alma humana late un impulso de vanidad. Incluso dentro de aquellos espíritus que han tomado conciencia de lo contraproducente de hacerse notar más de lo estrictamente imprescindible, aprendizaje inseparable de cualquier forma de sabiduría, alienta un enano pretencioso que levanta los talones del suelo para decir «aquí estoy yo». Lo prueban a diario personas de la más diversa condición y de los más altos méritos y las más viles ejecutorias. Filántropos sin mácula que diríase que van para santos y que de pronto caen en la mezquindad de jactarse de sus buenas obras; malhechores y réprobos que suspiran por protagonizar una película que cuente al ciudadano común, ese que pastueño acata a diario la ley, todas las hazañas que llevaron a cabo en su pulsión por infringirla.

A veces la vida nos pone en la situación de pagar de la peor manera posible ese error. Tal es el caso de este autoproclamado rey al que le fue bien en la hostelería, por su empuje o sus atajos, relatos hay siempre para todos los gustos, y que dio en hacerse con ello una corona que publicitó con éxito y le permitió alcanzar una visibilidad excepcional para alguien de su ramo. Desde los fogones donde perpetraba lo que para unos es un manjar y para otros una barbaridad, ese estallido calórico llamado cachopo, se las arregló para tener una proyección social inusitada. A la fama acompañó el dinero, incluso los reconocimientos y premios. En poco tiempo, había fotos de él con todo tipo de gente de lustre y notoriedad, con las que certificaba que había llegado a la cima de lo suyo. Gente que ahora mira esas fotos con horror por la compañía con la que inadvertidamente se dejaron inmortalizar.

Éste es el momento de puntualizar que nuestro monarca del filetazo empanado goza en este momento de la presunción de inocencia, por lo que no sólo no es presunto autor de lo que se le imputa por parte de la justicia, como suele decirse, sino que sólo existe la conjetura más o menos fundada de que pudiera serlo, y que esa conjetura hay que probarla para destruir la presunción que hoy por hoy todavía le ampara. Con todas esas salvedades debe consignarse el hecho de que su novia, con la que se le vio pelear en público, apareciera muerta, sin brazos y sin piernas, en un inmueble de su propiedad, y que la policía trabaje hoy con la hipótesis preferente de que él fue quien lo hizo o lo ordenó, lo que ha llevado a detenerle, aunque él, que según su abogado se muestra tranquilo y colaborador, proclama su inocencia.

El hecho cierto y constatable es que coincidiendo con la muerte de la mujer, a finales del verano, el rey desapareció y se procuró una nueva identidad, una nueva apariencia y un trabajo discreto en una ciudad a cientos de kilómetros de la que le vio ascender y ejercer su reinado. Que abdicando de su trono, que tanto le costó conquistar, prefirió degradarse a la condición de simple cocinero asalariado de otros, perdió kilos, se rapó el pelo, se dejó lengua barba y esperó pasar inadvertido no se sabe si el resto de su vida o el tiempo suficiente para que la investigación se enfriara y pasara a engrosar las carpetas de los casos viejos, esas que sólo se desempolvan en los grupos de homicidios si no hay un muerto caliente que apriete a los investigadores.

Quizá si no hubiera sido antes rey lo habría conseguido. O quizá no: los caminos de la justicia son inescrutables y aún no está escrita toda la historia. El caso es que su evaporación atrajo el interés mediático que no habría despertado la de un cocinador sin corona, indujo a legiones de periodistas a sacar una y otra vez alguna de las muchas fotos que se hizo, y en una de ellas lo reconoció, para denunciarlo enseguida a la Policía, la dueña del restaurante en el que se había empleado. Nunca sabes dónde Murphy va a ponerte un buen fisonomista, pero lo que sí puedes intuir es que acabará colocándolo allí donde menos pueda convenirte.

Serrín y estiércol

De un lado del ring, agitando aparatosamente los guantes en el aire, alguien cuyo pensamiento político —y aun podría prescindirse del adjetivo— cabe con holgura en un tuit de los de antes, esto es, los de sólo 140 caracteres. Al otro lado, retado por el manoteo del rival, alguien cuya formación técnica, económica y humanística le permite desarrollar ideas complejas y fundadas en parámetros y conceptos científicos en muy diversos campos, como ya ha demostrado en más de un volumen publicado.

De un lado del ring, alguien cuyo nacionalismo catalán, de recurso permanente al aspaviento y la cuchufleta, hiperventilado y faltón, despide para el observador que no se haya sacudido del todo el escepticismo un aroma de postizo y de oportunista. Del otro, señalado como traidor y mal catalán, alguien que vio la luz en el corazón de Cataluña y aprendió a nombrar las cosas en su lengua y que desde siempre, en la grafía de su nombre de pila, en su acento y en su talante, ha dado prueba y testimonio, con orgullo y naturalidad, de su origen y de la herencia recibida.

De un lado del ring, arrogándose una autoridad moral casi jupiterina, despachando juicios sumarísimos e inapelables con la pretensión de descalificar y hundir en el fango al oponente, un tribuno cuyo currículum previo a la consecución del escaño de parlamentario tiene el grosor de una lámina de grafeno. Al otro, perplejo ante tamaña desfachatez, alguien que acumula méritos académicos y profesionales, incluido el ejercicio de altas y muy exigentes magistraturas nacionales e internacionales.

En resumen, qué puede salir mal. Fiado a las perspectivas halagüeñas que la asimetría descrita le abre, el púgil que arde en deseos de entrar en combate suelta en andanada todos los golpes, bajos y más bajos aún, que almacena en su repertorio. No se priva de deslizarse el epíteto *hooligan* ni de usar el comodín supremo: ubicar al rival en la extrema derecha —léase *fatxa*—. El así agredido encaja impertérrito el chaparrón y cuando se le concede la palabra se limita a describir, con términos que sin ser técnicos no pueden ser más precisos, la índole de lo esparcido en el hemiciclo por su atrabiliario atacante: serrín y estiércol.

Lo gráfico, lo descriptivo y lo cabal de ambos sustantivos operan en el matón de tribuna como lo que son: golpes de K.O. técnico, al que sólo puede oponer más ruido y gesticulación.

Tras ello, se arma el escándalo, la presidenta de la cámara tiene que intervenir, y el sainete acaba con la expulsión de quien sólo sabe vomitar odio y desprecio al contrincante político y el escupitajo, no probado fehacientemente, que éste denunciará haber recibido de uno de sus compañeros. Más el bochorno de la ciudadanía ante el espectáculo, tan grosero e inmaduro.

Pero quizá lo pasmoso de este acontecimiento sea que se permita que la voz de la opción política a la que representa el así expulsado sea justamente él. Máxime si se tiene en cuenta que el líder de dicha opción, reducido a prisión provisional discutida y discutible, es un hombre de carácter, talante y bagaje muy diferentes, incluso opuestos. Alguien a quien nunca se le ha visto faltar a la consideración a nadie, ni siquiera alzar la voz. Alguien que ha afrontado con coherencia su suerte judicial, con lo que se ha ganado el liderazgo moral del independentismo que en

conciencia y legítimamente profesa, pese a las tretas ventajistas del saltimbanqui prófugo —y también tuitero, qué coincidencia— que se lo disputa en competencia tan febril como desleal.

Fascina el silencio desde el que ese líder tolera que la voz de su causa se exprese en el nivel de serrín y estiércol que es el único asequible a su portavoz parlamentario. Intriga lo que hay en esa estrategia. Se hace muy larga ya la espera del día en que sea otra la interlocución, otra la confrontación, otras las razones puestas sobre la mesa, para salir al fin de tan vano y estéril lodazal.

Deseo de ser mártir

La humanidad se divide entre quienes se postulan para mártires y quienes les toca serlo sin haberlo pedido. Así ha sido desde el principio de los tiempos, por razones insondables que tienen que ver con el funcionamiento profundo del cerebro, ese misterio que sólo a medias hemos logrado esclarecer. También es misterioso que los mártires más celebrados y jaleados sean justamente aquellos que buscaron serlo: no acaba de estar del todo claro que tenga más mérito quien pasa una penalidad que hizo por procurarse y que se apresura a vender en el mercado de la compasión y la admiración del público afín, comparado con quien se come un marrón que no quiso ni hizo por merecer, sin ventanas a la calle y sin esperar ni recibir jamás recompensa alguna.

Los periódicos ofrecen cada día un buen muestrario de mártires involuntarios. Mujeres que se ven empujadas a cruzar el desierto a pie, sufriendo violaciones sin cuento por el camino, para acabar explotadas y vendidas como carne fresca y barata en los polígonos a los que se acercan a saciar su insatisfacción los deprimidos y los desairados de la sociedad opulenta. Gente a la que van a desahuciar por no pagar la renta, por segunda o tercera vez, y que no puede aguantar la vergüenza y salta en vuelo libre desde un quinto piso hacia una muerte segura. Niños o madres o ancianos que perecen en una ambulancia o una lista de espera porque alguien ha decidido que es preferible ahorrar en salvar la vida de los que la tienen en peligro —recortando plantillas, eliminando turnos o cerrando hospitales— que hacerlo en fastos, burocracias clientelares, confort y privilegios de los tribunos o epopeyas en marcha de afirmación patriótica.

Cualquiera de estos mártires podría ser con toda justicia beneficiario de los caudales de piedad disponibles, y objeto de la atención de quienes por vocación u oficio se sienten convocados a reducir el sufrimiento humano. Sin embargo, sus martirios caen una y otra vez bajo un manto de silencio y, más allá del breve que si acaso levanta acta de ellos, resbalan enseguida hacia un olvido pétreo e irrevocable. Mientras tanto, los que provocan y publicitan su padecimiento, aun infinitamente menor que el de estos anónimos suplicados, encuentran un eco desmedido y se benefician de recordatorio constante, que en el límite, de eso se trata, puede

acabar materializándose en una página en los libros de Historia escritos a la medida de su pulsión y su ideario.

Así es como llega a suceder, por ejemplo, que la noticia de la huelga por desesperación de los médicos de atención primaria de un sistema de salud abandonado desde hace años a su suerte queda sepultada por el anuncio —ni siquiera el hecho, aún— de una huelga de hambre de dos reclusos que hasta anteayer eran parte de la élite dirigente que decidía la asignación de recursos públicos en detrimento del gasto sanitario. Dos reclusos que no han sido juzgados aún, lo que siempre impone alguna reserva a la privación de libertad, pero que están ahí después de porfiar en llevar a cabo actos de cuya grave ilicitud se les advirtió una y otra vez, y que reciben el trato penitenciario benigno de un país donde no existen las mazmorras inhabitables que son el pan de cada día de la inmensa mayoría de los presos del planeta.

Quizá porque esas condiciones de encierro no son bastantes para convertirlos en los mártires que anhelan ser, quizá porque saben que el resto sabe que cualquier agravio del que puedan ser eventualmente víctimas será en última instancia dilucidado, sentenciado y reparado por un tribunal independiente y humanitario con sede en Estrasburgo —ya quisieran los que se ven en otros sistemas carcelarios contar con semejante garantía—, necesitan darle una vuelta de tuerca a su propia situación. Una vuelta de tuerca que tiene la ventaja de estar en su mano. La suerte que no tienen los mártires que forman la legión de los que no desean serlo.

Un hombre solo

«Un hombre solo, una mujer, así tomados de uno en uno, son como polvo, no son nada.» Lo escribió el poeta y son miles los contextos en que sus palabras —como sucede con la poesía que de veras merece recibir ese nombre— encierran y proclaman una verdad abrumadora. Pero no siempre es el verso la verdad, o la verdad el mismo verso. Hay coyunturas en las que un hombre solo, una mujer —sí, también una mujer, aunque no se crea— se convierte en palanca que actúa y que, lejos de ser nada, lo cambia todo. Que le pregunten a este otro hombre, esta otra mujer que se sentían casi propietarios del despacho que ocupaban y que hoy se ven preguntándose cuántas cajas necesitarán para vaciarlo de sus objetos personales, o borrando archivos comprometedores de los ordenadores, o sacando papeles para quemarlos.

Era la fiesta de la democracia, decían sus líderes, y he aquí que se ha acabado convirtiendo en el funeral de sus expectativas y, según los más pesimistas, en las exequias de la democracia misma. Y todo porque en las nuevas sumas y restas han entrado a jugar quienes no estaban ni se les esperaba, aquellos que con todo desparpajo sostienen que los inmigrantes sobran, aunque haya una pirámide de población que se ensancha por arriba mientras tiende a apoyarse sobre un vértice menguante. Que el feminismo no es más que un comedero para aprovechadas que oprime al varón,

aunque cada año mueran cincuenta mujeres que se contabilizan y unas cuantas más que pasan inadvertidas a manos de varones que las desprecian. O que descentralizar el poder no aporta nada a los gobernados y sólo alimenta y da alas a los carroñeros del presupuesto y la unidad patria, aunque con todos sus fallos los servicios públicos sean mucho mejores que los que facilitaba antaño el Estado unitario y dictatorial.

Es incomprensible, intolerable, desolador, proclaman los gurús y analistas de toda especie. Pero es, y lo que es interpela, a quien observa y no ha perdido la costumbre de pensar, con una fuerza que no tiene lo que debería o parece que debería ser. Para este hombre, esta mujer que ahora hacen cajas, borran archivos, queman papeles, de nada van a servir quejidos y aspavientos. Necesitarán entender por qué se ven en la puerta de la calle, en lugar de seguir rebañando el rendimiento del asunto. Y quizá por ahí hay que empezar a desentrañar el cataclismo. Décadas de menosprecio del factor moral, de lo bien hecho y de lo que bien parece, han suministrado a quienes querían derribar el edificio su munición primordial. El hombre solo, la mujer que vieron en su día cómo la crisis los barría mientras otros seguían a salvo en su ventaja, incluso ilegítima, no lo olvidan cuando también solos escogen la papeleta que meterán en el sobre que echarán a la urna.

Como no olvidan las colas en el ambulatorio saturado por falta de inversiones, y en las que sin cesar escuchan lenguas que no son la suya y no ven nunca a quienes deciden y pontifican sobre tierras de acogida. Como no olvidan, aquellos a los que les tocó, el atropello impune del que fueron objeto, ellos mismos o alguien cercano, por parte de quien supo aprovechar sin estar indefensa las leyes hechas para proteger a quien sí lo está. Como no olvidan, en fin, la desenvoltura con que alguno confundió el autogobierno con la insolidaridad y con el supremacismo, y no dudó en tomar atajos ilegales ni en faltarle gravemente al respeto al hombre, la mujer que votan en un pueblo o en una ciudad del sur.

Había un consenso que lo sostenía todo. Era precario, tenía zurcidos y costurones de imperfecta factura. Con sus defectos, funcionaba. Hubo quien empezó a creerse por encima de él. De sus límites, de la palabra dada. Ahora el pacto ya no tiene el valor que tenía, y menos para quienes menos tienen. Para quienes sienten que no cuentan, que ni siquiera tienen derecho a quejarse. Les han dado una forma de gritar. Y han empezado a utilizarla.

Lo hacen aunque nada arregle, aunque se sume a los esfuerzos que antes hicieron otros para agravar todos los problemas y alejar todas las soluciones. Un hombre solo, una mujer, ante la urna y el voto secreto que le dejan como única forma de protesta, hace lo que le da la gana. Y los despachos cambian de inquilino y el futuro se tiñe, una vez más, del color de la incertidumbre.

Chérif, Jakelin, Mohamed

Podría llamárselos de otra manera: un magrebí, una latina, otro magrebí. Es posible que así queden en la frágil memoria de la gente de su tiempo, de todos modos, aunque durante unos pocos días tengan derecho a ser algo más. Sin embargo, importa aquí que queden sus nombres, que los identifiquen para bien y para mal como individuos únicos: Chérif, Jakelin, Mohamed.

Los tres se convierten en noticia en estas postrimerías de 2018. El primero, Chérif, en calidad de villano, al irrumpir en un mercadillo de Estrasburgo a tiro limpio, llevándose por delante la vida de cuatro personas y dejando a varias más malheridas. La historia de Chérif se parece demasiado a otras muchas: un joven de origen argelino que un mal día se desliza por los vericuetos de la delincuencia, otro día lo detienen y acaba yendo a parar a la cárcel, donde algún barbudo en busca de muyahidines baratos utiliza las largas horas de encierro para inocularle una teoría sencilla acerca del resentimiento que lo invade y la manera de desahogarlo. Chérif la compra, tampoco le han ofrecido material alternativo y, aunque esto no lo justifica ni excusa, confirma con ello las expectativas que hizo concebir a quien lo radicalizó.

La facilidad con que prende la chispa del odio integrista en chavales como Chérif quizá debería invitar a alguien a pensar al respecto; alguien entre quienes gestionan la integración de gente como él en los barrios donde viven, y no por casualidad, sino porque hasta 1962 Argelia fue una provincia de Francia; alguien entre quienes se ocupan de suministrar a quienes van a parar a la cárcel argumentos para pasar los días. Pero se hace lo que se hace y el resultado es un terrorismo acéfalo y aleatorio, que por su propia naturaleza no puede desarticularse, sólo cabe esperar el momento en el que inexorablemente volverá a golpear.

Jakelin tenía siete años, venía de un lugar inhóspito del país más violento del mundo, Guatemala, y junto a sus padres trataba de acceder al mítico paraíso estadounidense. Su familia se vio interceptada en la frontera y ella separada de sus padres. Y mientras estaba en ésas, a cargo de personas extrañas —y no muy atentas, por lo que se deduce del desenlace—, el agotamiento y la desnutrición la hicieron enfermar. Cuando a alguien se le ocurrió que necesitaba asistencia médica y la llevó al hospital ya era demasiado tarde. Jakelin perdió sin más la vida en la raya del paraíso, con gran escándalo mediático. La alarma y el espaviento, como tantas veces sucede, llegaron con retraso, cuando el mal estaba hecho, y no cuando todavía podía evitarse.

Mohamed paseaba por la calle en Zaragoza cuando oyó que una mujer gritaba desde la ventana de un piso de un edificio cercano. Su pareja la estaba agrediendo y la mujer parecía tan desesperada como para arrojar al vacío. Casi sin pensárselo, Mohamed dejó sus pertenencias al pie de la fachada y trepó por ella aprovechando el cableado y el enrejado de las ventanas. Su intervención contuvo al agresor hasta que llegó la policía y con toda probabilidad salvó la vida de la mujer. Cuando al fin pudo Mohamed bajar a recoger sus cosas, vio que le habían robado la cartera. El arrojo no siempre encuentra premio en esta vida.

Tres inmigrantes, Chérif, Jakelin y Mohamed. Un asesino, una inocente, un héroe injustamente retribuido. Repasar sus historias compone un mosaico significativo y elocuente de una realidad humana compleja, como lo son todas, salvo cuando la mirada que sobre ellas se dirige es la de un

fundamentalista al que sólo le han enseñado a salirse por la tangente o buscar atajos. Con esa complejidad nos toca lidiar en el mundo que otros han construido y nosotros hemos heredado, y que a nuestra vez hemos de dejar un día a quienes vienen detrás. La culpa es de la globalización, la desigualdad, la vejez excesiva de unas sociedades o la juventud incontenible de otras. Qué más da, al final. Es lo que hay.

Demasiadas caperucitas

La primera caperucita, y la más notoria a juzgar por el eco de su caso en todos los medios, se llamaba Laura, tenía veintiséis años y daba clases en un instituto de Huelva. Ocupaba una plaza interina, vivía en una casita de alquiler, tenía a su familia y a su pareja lejos. Quiso la mala fortuna que sobre ella posara la vista alguien que andaba por allí y que según parece —hay secreto de sumario aún, y cuanto se escribe son filtraciones indebidas y por tanto dudosas— afirma que «se encaprichó de ella». Bien podía haber desahogado su capricho de otro modo, escribiéndole un poema o algo, pero su inclinación y sus aptitudes lo llevaban por otros derroteros. Al final, y siempre según parece, acabó acorralándola en un callejón, echándola a un coche y llevándosela a su casa, donde tras acciones en las que no es necesario detenerse le quitó la vida para arrojarla más tarde en un paraje de difícil acceso, en el que días después la encontraron. Mientras lo conducían a prisión, de la que había salido poco antes, el presunto asesino pidió perdón y gritó que iba a pagarlo. A pagar qué, con qué.

Las segundas caperucitas, algo menos comentadas, tal vez porque tenían otra nacionalidad y se perdieron en un bosque más lejano en el espacio, se llamaban Louisa y Maren, de veinticuatro y veintiocho años de edad, respectivamente. A esta danesa y esta noruega se les ocurrió subir juntas a lo alto del Tubkal, una cima de más de cuatro mil metros, la más alta de Marruecos y el Atlas y segunda del continente africano. Se trata de una subida asequible, no hace falta ser un experto alpinista. Lo que ninguna imaginaba era que se encontrarían con un grupo de yihadistas sometidos a la inspiración de esa multinacional espectral del espanto llamada Estado Islámico. Lo que les hicieron, de nuevo, no es preciso referirlo en detalle; ya se han ocupado por extenso los adictos a la truculencia, empezando por los propios yihadistas, que al parecer utilizaron el teléfono móvil de las infortunadas para rastrear sus contactos y enviarle imágenes a la madre de una de ellas. Por sí a alguien podían quedarle aún dudas de su afición malsana al horror.

De la tercera caperucita, la más lejana en el tiempo, sólo nos han llegado sus iniciales, M. C. F. M. El tiempo, en esta era de urgencia y desmemoria, resulta ser una barrera más insalvable que cualquier otra. A la desventurada M. C., que por aquel entonces tenía veinticinco años, la mataron de un tiro en 1981. Luego la enterraron en un terreno de Sant Salvador de Guardiola, en Barcelona, junto con la criatura en el quinto mes de gestación que llevaba en el

vientre. Un adquirente posterior del terreno encontró sus huesos al remover su tierra para plantar un olivo. El hallazgo lo comunicó a la Guardia Civil, que tuvo abierto el caso durante más de treinta años, hasta que en 2017 una mujer acudió a denunciar la desaparición de su hermana décadas atrás, y el ADN de ambas hizo el resto. Gracias a su testimonio se pudo vincular a la difunta con un hombre mayor que ella, casado, con el que había tenido una relación, y que estaba en la lista de anteriores propietarios del terreno. Treinta y siete años después, a los setenta y tres del individuo en cuestión, la Guardia Civil se personó en su domicilio de Castellón para detenerlo y enfrentarlo a la lejana vileza que se le imputa.

Demasiadas caperucitas, demasiados casos para cargarlos todos a la mala suerte, a su imprudencia —no salgas a correr sola, no subas montañas, no te lées con casados—. Que una y otra vez haya que contar cómo se pierden es cosa de los lobos, pero no del animal de ese nombre —que mata por instinto y por necesidad— ni tampoco del conjunto de los hombres resumidos en él como metáfora. Son los lobo-hombres de cada cuento, con su bagaje mental y su falta de él. Un bagaje de ideas nocivas, groseras o miserables; la carencia de las nociones necesarias para comprender el valor precioso de una vida humana. La mente tullida del lobo-hombre, acaso el agujero más negro de la galaxia.

La caída de Don Teflón

Según su propia decisión y todas las previsiones, en 2019 los británicos abandonarán Europa, donde desde siempre tienen múltiples intereses pero jamás tuvieron el corazón. Sin embargo, habrá uno que se quedará: en una prisión francesa, para ser más exactos, y en principio hasta 2040, salvo que a la pena de veintidós años que le impusieron para terminar el año le resulte aplicable alguna reducción o se revise por vía de recurso. Como todo el mundo, tiene un nombre y un apellido, pero se le conoce por el apodo de *Teflon Don* o Don Teflón, que diríamos aquí, por su carácter esencialmente escurridizo. En el punto de mira de la policía de varios países, incluido el suyo, desde hace ya unos cuantos años, no había manera de vincularlo con los numerosos hechos delictivos tras los que se atisbaba su mano maestra.

También Don Teflón, siempre según los informes policiales, tenía múltiples intereses en Europa pero el corazón lo guardaba a buen recaudo fuera de ella. Los especialistas de la NCA, siglas de National Crime Agency, la institución encargada del crimen organizado en el Reino Unido, lo responsabilizan del tráfico de droga a gran escala en Europa, con una estructura que ofrecía soluciones logísticas de alto nivel para el tránsito de cocaína desde América hasta el Viejo Continente. Sus servicios, según esta agencia de seguridad, respaldada entre otras por las fuerzas policiales de Francia, Holanda o España, los utilizaban por igual los narcotraficantes colombianos, en calidad de productores, y las grandes organizaciones criminales italianas, en su

faceta de distribuidores; a ambos ofrecía puntos de descarga seguros en una amplia panoplia de puertos y aeropuertos europeos.

Esta teoría policial, apoyada en indicios variados y de todo tipo, comenzando por el alto nivel de vida del interesado, difícil de explicar por la poca rentabilidad de sus negocios legales, carecía sin embargo de pruebas concluyentes. Entre otras cosas, porque Don Teflón, radicado en la española Costa del Sol, nunca estaba cerca de las operaciones y sólo se comunicaba con su gente y sus presuntos clientes a través de carísimos teléfonos móviles encriptados que no había posibilidad de intervenir.

¿Qué ha sucedido para que el antaño intocable traficante presunto se convierta en condenado bajo las severísimas leyes francesas, que como se ve no se andan con paños calientes con los que las pruebas señalan como dirigentes de una organización criminal? Sucedió que allá por septiembre de 2013, la policía francesa, con información de la NCA, interceptó en el aeropuerto Charles de Gaulle 1.332 kilos de cocaína que llegaron a bordo de un vuelo comercial desde Caracas, despachados por una mafia venezolana con implicación de gerifaltes corruptos del régimen bolivariano y con destino a la 'Ndrangheta. En la operación se detuvo a tres miembros de la mafia calabresa y a tres presuntos asociados de Don Teflón, pero ninguno lo vinculó con el alijo, oculto en maletas facturadas fraudulentamente en Caracas.

La prueba determinante se obtuvo tiempo después, en un hotel de Madrid. Don Teflón se había citado allí para persuadir a unos clientes colombianos. Hizo ante ellos un despliegue de poder: todos los puertos y aeropuertos europeos por los que podía introducir la mercancía. Salvo París, que se le había quemado el año anterior en una operación frustrada. Lo que no sabía Don Teflón es que todo lo que estaba diciendo, en un ambiente que le daba absoluta confianza, lo estaba escuchando y registrando un equipo de guardias civiles. Los mismos que se presentaron en su casa con una orden judicial el 12 de noviembre de 2015.

Los jueces franceses son los que han acabado con la vida de impunidad de Don Teflón. La fiscalía francesa destaca el valor crucial de la prueba conseguida por los agentes españoles. Aquí, apenas se ha dado la noticia. Preferimos, siempre, flagelarnos.

Deseo de ser Rey Mago

No faltarán quienes desearían ostentar la condición de rey, en su más terrena y convencional acepción. Disponer de servicio para cualquier necesidad, llevar un tren de vida confortable en residencias de lujo y disfrutar de la prerrogativa de marcharse de largas vacaciones a lugares secretos, entre otros privilegios, son alicientes capaces de despertar la envidia y la codicia de quienes cifren su felicidad en recibir mucho de la vida. Hay sin embargo quienes prefieren buscar la gratificación de sus días en todo lo contrario: acertar a darle a la vida tanto como sea posible.

Desear ser rey tiene, en el fondo, algo de vulgar, además de tratarse de una pulsión sujeta a controversia. A no ser que uno aspire a representar el papel de los únicos monarcas que gozan incluso de la simpatía de los republicanos: esos Reyes mágicos a los que los niños piden con la esperanza de que sus peticiones sean atendidas; esos que nunca defraudan y que otorgando lo que otros anhelan dan sentido a la vez al existir y al querer. Quizá no haya, si se piensa, deseo más alto y admirable que el deseo de ser Rey Mago: uno que no busca ni espera ni necesita la pleitesía de nadie y tiene por única misión aventar la tristeza ajena.

Ay de quien nunca haya sentido ese deseo; ay de quien no haya hecho alguna vez lo imposible por realizarlo para alguien. Pero hay un grupo de personas que se han echado a la espalda el deber de ser reyes magos para otras personas a las que apenas les queda tiempo para poder ver cumplido lo que desean. No son tres, como los de la tradición cristiana, sino cuatro. Vienen de Oriente, pero no del que está más allá de Palestina, sino del que ocupa ese extremo, por la parte de abajo, de la península Ibérica. Por la parte de Murcia, para ser más exactos. Se llaman Manuel, Carolina, Laura y José y trabajan como sanitarios. No tienen artes ni poderes mágicos, pero tienen la voluntad, el afán y una hermosa idea: que quienes ya no pueden esperar que la vida les ofrezca mucho más tiempo sí pueden alcanzar lo que más desean, si hay quien se esfuerza en hacerlo suceder.

Ya lo han conseguido con un buen número de personas. A unas las reúnen con alguien con quien no contaban poder ver ya jamás. A otras les permiten tener una experiencia que daban por imposible. Los cuatro reyes magos de Murcia demuestran una y otra vez que los deseos que parecían irrealizables sólo lo eran en tanto que no había intervenido alguien como ellos, con la firme resolución de propiciar su cumplimiento. Así es como lograron, por ejemplo, que Iñaki, aquejado de alzhéimer, cáncer y una grave lesión medular que le impedía moverse, viera cumplida su ilusión de volver a contemplar el Cantábrico desde la playa de Vizcaya a la que solía ir en su infancia. Una excursión sencilla para cualquiera en pleno uso de sus fuerzas, pero que para Iñaki se había convertido ya en una aventura inasequible.

Existe una fotografía del momento. El hombre recostado en una camilla frente al mar de su infancia y, a su lado, una mujer mayor como él, con la que ha compartido su vida, sosteniéndole por las mejillas y dándole un beso. Una imagen rebosante de amor y de belleza: la de dos seres humanos que contra la vejez, la enfermedad y el infortunio alzan aún con vigor el estandarte del sentimiento que los une, bajo un cielo radiante y ante la azul inmensidad del mar que vuelve rotundo y eterno su gesto.

Quien la ve, y no puede sustraerse a su poder, comprende entonces que estos reyes magos no sólo han realizado el deseo de ese hombre. Nos han traído a todos el regalo de probar que nuestra condición no se queda en las mezquindades y querellas, ínfimas y absurdas, que llenan las páginas de los periódicos o la grillera febril de las redes que amenazan con reemplazarlos. Que somos también esto, que es tan limpio, tan grande y, en fin, tan luminoso. Quién supiera ser rey mago como ellos saben.

Cuando un editor se va

Una buena semblanza de lo que es un editor se puede leer en el clásico de L. D. Reynolds y N. G. Wilson, esa joya titulada *Copistas y filólogos*, publicada, como tantos otros libros excelsos, por la editorial Gredos. Se refiere a Ático, el editor de Cicerón, y dice así: «Ático le revisaría cuidadosamente la obra, criticaría cuestiones de estilo o de contenido, discutiría la conveniencia de la publicación o lo aconsejable del título, organizaría lecturas privadas del nuevo libro, enviaría ejemplares de compromiso, organizaría su distribución. Su nivel de ejecución fue el más alto, y su nombre una garantía de calidad». Pulcra y exhaustiva es esta descripción de un oficio tan bello como incomprendido.

Se ha ido un editor. La muerte vino a buscarle un viernes en su pequeño despacho de un edificio de Barcelona. Estaba allí, seguramente, trabajando en la mejor manera de dar a conocer al mundo y a los lectores el trabajo y el talento de otra persona. De un escritor, una escritora, o quizá de varios a la vez. Por su tarea recibía un salario, faltaría más, pero el esfuerzo de poner todo lo que uno tiene dentro para que sea otro el que brille, para que un libro en el que irá un nombre ajeno y no el propio se convierta en un acontecimiento, tiene unas dimensiones que no existen ni se sostienen mediante la mera contraprestación económica.

Es un lugar común criticar a los editores —como colectivo y sin discernir— por su falta de visión, por su oportunismo, por su avaricia, incluso por su rapacidad. Quienes hemos sido alguna vez autores inéditos, más o menos imbuidos de nuestro propio talento —aunque no hay nadie sensato que, mirándose al espejo, no concluya que vale menos de lo que el mundo exterior haya podido llegar a creer—, conocemos esa percepción y hasta ese sentimiento negativo hacia quienes teniendo la posibilidad de decidir publicar nuestro trabajo deciden en cambio publicar la obra de otros. Y quien lo niegue, lisa y llanamente miente.

Para superar ese burdo espejismo consolatorio, y hacerlo de forma completa y cabal, quizá haga falta algo más que conseguir que te publiquen, esto es, que empezar a tratar con editores que apuestan por tu obra e incluso se juegan todo su crédito y/o su puesto de trabajo por ella. Quienes hemos tenido esa experiencia aprendemos, desde luego, a reconocer lo que ayuda tener un valedor, con coraje, determinación y capacidad, en la siempre penosa y ardua empresa de venderse a uno mismo en la plaza pública; porque los libros son trozos del alma de quienes los escriben, y por muy cínico o esquivo que uno quiera parecer, esto es así y no puede ser de otra manera. Estoy escribiendo estas líneas sabiendo que un periódico las va a publicar porque un editor, una editora se echaron hace años a la espalda la obligación de apostar por un desconocido que escribía lo que según otros no debía escribirse, o cuando menos publicarse, sin grave riesgo editorial.

Pero quizá no sea todo esto, con ser mucho, suficiente para entender lo que es y hace un editor: uno que lo sea de verdad, uno como el que está un viernes en su despacho cuando viene a buscarle

esa que nadie quiere que toque a su puerta. Para entenderlo del todo, hay que tener la experiencia de editar la obra de otros. Hay que sentir lo que se siente cuando un libro en el que has creído cosecha la estima o la pasión de los lectores. O cuando no tiene ni lo uno ni lo otro, y lo ves deslizarse en silencio hacia el olvido, mientras tú sigues sintiendo que merecía mejor suerte. No hay alegría ni tristeza más puras, porque todo editor que de veras lo sea quiere serlo de libros originales y excelentes, y se duele de que los que así son para él no se vean justamente reconocidos.

El editor que se fue el viernes nunca lo fue mío. Apenas lo saludé aquí y allá alguna vez. Pero lo fue de amigos varios, y sé lo que hizo, y cómo, para que se viera y apreciara lo que valen. Algo se muere en el libro, cuando un editor así se va.

Benjamin en Capri

Durante la primavera y el verano de 1924, Walter Benjamin se retiró a la isla italiana de Capri, para trabajar en su estudio sobre los orígenes del *Trauerspiel*, con el que pretendía alcanzar su habilitación como profesor en la Universidad de Frankfurt. Fueron meses interesantes y llenos de acontecimientos. El 1 de abril, sin ir más lejos, Adolf Hitler fue condenado a cinco años de reclusión en el castillo de Landsberg por su golpe en Múnich el año anterior; una condena especialmente benévola de la que sólo iba a cumplir nueve meses, en condiciones tan laxas y ventajosas como para poder escribir *Mein Kampf*, el rotundo bestseller que le haría rico años después. El 3 de junio, en Klosterneuburg, cerca de Viena, moría con tan sólo cuarenta años Franz Kafka, la otra gran mente judía alemana de su tiempo, que junto a Benjamin conformaría en buena medida nuestra perspectiva de la modernidad.

Así lo reconocería el propio Benjamin tan sólo diez años después, en un estudio sobre el escritor de Praga que sigue siendo de lo más lúcido escrito en torno a su obra, a pesar de los miles de títulos que hoy integran la bibliografía kafiiana. Sin embargo, en junio de 1924, mientras Kafka agonizaba en una habitación del sanatorio Kierling, Benjamin apenas había tenido aún oportunidad de leer de su obra lo poco que el autor de *La metamorfosis* había conseguido dar a la imprenta. Tampoco estaba entregado a la redacción de su trabajo académico: según sus cartas, lo que sobre todo le ocupaba era el cortejo de la bella y turbadora dramaturga letona Asja Lacis, con la que mantendría una apasionada relación extraconyugal en los años siguientes.

De la mano de Lacis, ferviente comunista, y de otros de los intelectuales simpatizantes del bolchevismo que se dejaban caer en aquellos días por la fastuosa Capri, Benjamin se acercó a las posiciones políticas que encarnaba la revolución soviética, aunque nunca se dejó abducir por ellas y siempre mantuvo su independencia de pensamiento. Pero quizá lo más interesante de aquella estancia, en términos políticos, fue la visión que tuvo, en primera fila, del fascismo

emergente en Europa, gracias a la visita a la isla de Benito Mussolini, en septiembre de ese mismo año. La imagen de aquel hombre causó en Benjamin gran impacto, que describió con estas duras palabras: «No se parece nada a ese seductor que se ve en las postales: corrupto, indolente y tan arrogante como si lo hubieran untado generosamente con aceite rancio. Su cuerpo es rechoncho y fofo como el puño de un tendero gordo».

Poco después, Benjamin escribió en «Panorama imperial», una pieza recogida en el libro *Calle de sentido único*: «Quien no quiera negarse a percibir la decadencia, se apresurará a procurarse una justificación especial para su propia presencia continuada, su actividad y su implicación en este caos. Una ciega resolución de salvar el prestigio de la existencia personal se impone casi por doquier, en tanto que todos se entregan a las ilusiones ópticas de su aislado punto de vista». El horror absoluto estaba ahí, a la vuelta de la esquina, y apenas encontraba otra respuesta que la aislada resistencia individual a dejarse arrastrar por su dictado.

Lo que vino luego es de sobra conocido. No tanto la peripecia del propio Benjamin. Aunque finalmente consiguió terminar su tesis para la habilitación académica, se encontró con que el profesor que iba a respaldarle en Frankfurt, Franz Schultz, se desentendía de él y le remitía a la Facultad de Filosofía, donde se le sugirió que la retirara para no humillarle rechazándola. Así la Universidad de Frankfurt, como bien señalan los biógrafos de Benjamin, Howard Eiland y Michael W. Jennings (*Walter Benjamin, A Critical Life*, Harvard University Press, 2014), se adjudicó el honor imperecedero de descalificar una tesis que hoy es considerada como una de las obras maestras de la crítica literaria del siglo XX. No sobra anotar que Schultz participaría en la quema de libros realizada en la plaza principal de Frankfurt en 1933, mientras Benjamin, para entonces ya considerado el crítico judío más importante de Alemania, emprendía el camino del exilio que siempre se había negado a tomar, porque se sentía vinculado a la tradición alemana más que a ninguna otra.

Tan sólo siete años más tarde, Benjamin, acosado por la Gestapo, se suicidaba en una habitación de hotel de Portbou, frente al mismo mar que había admirado en Capri y por el que había visto llegar la efigie grotesca del fascismo. Su insumisión intelectual y personal a esa fuerza siniestra no logró detenerla: era demasiado el impulso que traía y fueron demasiados los que se dejaron sugestionar y arrastrar por él. Su mirada y su exhortación a no ser parte del monstruo perviven y nos siguen interpelando.

Un niño, un pozo, unos hombres

Un niño cae en un pozo. Un pozo se traga a un niño. De las dos maneras puede decirse y cualquiera de las dos tiene las más atroces connotaciones. No criamos a nuestros hijos para que se caigan en un pozo, ni pronto ni tarde en el camino de sus vidas. No hacemos pozos, no deberíamos

hacerlos, para que se traguen el futuro y la sonrisa y las ilusiones de un niño. Pero sucede y éste es el punto de partida de la historia, su fracción inamovible y dolorosamente definitiva que no podemos ya cambiar.

Entonces, en el principio, no lo sabemos, aunque quizá nos habría aliviado dentro de la desgracia haberlo sabido: el niño, tras caer más de setenta metros por un hoyo en el que a duras penas cabe su cuerpo, y quedar enterrado por las piedras que arrastra en su caída y que le producen traumatismos graves, no sobrevive mucho tiempo al accidente. Sin embargo, durante las casi dos semanas que se va a tardar en extraerle de la sima en la que ha quedado atrapado, se especulará, cada vez con menos fe, cada vez de forma más inverosímil, con la posibilidad de sacarlo con vida. Eso es lo que para algunos justifica darle a la montaña la batalla encarnizada que ésta les presenta a los hombres que intentan acceder a sus entrañas; o eso es lo que se dice para que se mantenga viva la llama de la esperanza y del espectáculo que enseguida se organiza en torno a la operación de rescate.

Un pozo, un niño. Y a su alrededor, una nube de hombres y de mujeres que tratan de ayudar, que se vuelcan en contarlo, que miran horrorizados, que afrontan o no su responsabilidad. Una nube que de una u otra forma nos incluye a todos, y cada uno, desde su lugar, procura estar a la altura de lo que le toca en la tragedia. Para muchos, la mayoría, ese lugar se reduce a aguantar la respiración, callar y rezar si se tiene la costumbre. No es ningún secreto que cuesta quedarse ahí, y que más de uno y más de una se precipitarán a hablar de más. Para otros, unos pocos, su lugar implica la más incómoda de las preguntas: qué pudieron hacer y no hicieron para que no sucediera lo que ha sucedido. Un pozo sin permisos, un terreno no urbanizable, un muy peligroso agujero que cuando el niño se acercó a él, por lo que fuera, estaba sin sellar. Hay también quien tendrá que mirar y exigir respuestas a esa pregunta con arreglo a la ley, aunque la ley ya vendrá después, con su lentitud pesada e inexorable.

Hay, en cambio, otros hombres y mujeres a los que el niño y el pozo interpelan de manera diferente, los que en nombre de todos, de nuestra especie, de nuestra decencia, de nuestros valores y de la comunidad a la que pertenecemos, se echan a la espalda la obligación de no dejar a la criatura, viva o no, en el vientre oscuro de la montaña y sostener a sus padres mientras tratan de rescatarla. Bomberos, ingenieros, psicólogos, agentes de las fuerzas de seguridad y protección civil, operarios, vecinos y voluntarios del lugar. Ellos —no quienes los filman, comentan o incluso cuestionan— son quienes construyen la parte del cuento que sí podemos escribir, y por la que se nos juzgará ante la catástrofe que ya no se puede evitar. Ellos, con sus desvelos por encontrar un camino, por conocer la montaña, por atacarla y finalmente doblegarla, son quienes pueden reclamar un papel en esta película de la que nadie con corazón querría ser actor.

Y al final, cuando se da con el camino, cuando sólo faltan unos metros, apenas son un puñado de hombres, agazapados en el exiguo espacio arrancado a la roca, los que llegan al niño. Son mineros asturianos y guardias civiles, y uno teme que en un país de negligente memoria y olvido denodado y selectivo no se capte el valor simbólico de su esfuerzo común para salvar una vida o,

más bien, para restituirle en la muerte a esa vida toda su dignidad y todo su valor. No hace ni un siglo que guardias civiles se defendían a tiros en Asturias de los mineros que rodeaban sus casas que a la vez eran cuarteles, y finalmente las asaltaban y acababan con sus vidas; o que otros guardias desataban sobre los mineros y sus familias furibunda represión. Mal que pese a quienes necesitan proclamar otra cosa para favorecer y mejor justificar sus particulares agendas, el sacrificio solidario de estos mineros y estos guardias, para devolverles a sus padres un niño que dejó de vivir, atestigua hasta qué punto el país al que unos y otros ejemplarmente representan no sólo es mejor de lo que se dice, sino mejor de lo que nunca fue antes. Y dentro de la peor de las malas noticias posibles, un niño cae a un pozo, un pozo se traga a un niño, de su entrega brota nuestro consuelo.

Tres errores y un exceso

Una vez más, te toca ir a hacer tu trabajo, al servicio de la ley, a un lugar en el que no eres bienvenido. Las razones por las que tu presencia no es deseada son diversas. De entrada, no es hacer efectiva la ley, con carácter general, algo que despierte muchas simpatías entre aquellos que se oponen a que se cumpla y prefieren contravenirla. Por otra parte, quienes te mandan no siempre han andado espabilados a la hora de decidir cuándo es necesario recurrir al despliegue de fuerza que tu tarea comporta. A eso súmalo que quienes te esperan a las puertas de esa prisión llevan décadas recibiendo un bombardeo propagandístico que te convierte en una especie de representante de Belcebú, y que ese bombardeo ha adquirido proporciones apocalípticas a lo largo del último año. Y por si quieres redondear la faena, los presos a los que esta vez te toca conducir lo son preventivos con arreglo a una aplicación de la figura de la prisión provisional que no deja de ser controvertida por su prolongación y por su rigor.

Con todo, tu misión sigue siendo la misma de siempre. La que ya fijaron para estos casos a tus antecesores allá por el año 1845: «Todo preso debe considerarse asegurado suficientemente y que será conducido sin falta alguna al destino que las leyes le hayan dado, así como ellos mismos deberán creerse justamente libres de insultos y de las tropelías que a veces suelen cometerse con ellos». Ni más, ni menos, y a eso te incumbe atenerte.

Sucede, sin embargo, que eres humano, y que mientras vas por una carretera flanqueada por manifestantes que te increpan y ondean banderas en tu contra, buscas una manera de darte ánimos y mantener la moral alta. Es lo que han hecho desde siempre los hombres en instantes de conflicto; lo que hacen los que te abuchean, te injurian y se enardecen con sus cánticos. Eliges poner una canción que alguien compuso contra ti, que se refiere a ti y los de tu condición con una palabra despectiva y se detiene a detallar todas vuestras supuestas vilezas y carencias. La canción tiene gracia por la puerilidad del retrato y la diatriba, porque entre otras cosas reputa iletrados y

cazorros a quienes, mal que pese al autor de la letra, lograron gracias a su tenacidad e inteligencia reducir a la nada a los gudarís en cuyas pistolas y bombas algunos, quizá también el letrista, confiaron para imponerles a sus conciudadanos una patria mítica e inapelable. La canta un hombre malcarado cuyo gesto sugiere alguna deuda impagable con la vida. Resulta, en definitiva, inmejorable como ejercicio de catarsis.

Hasta aquí, nada que reprochar. Quien vea mal que alguien convierta con humor los ataques a su persona y su colectivo en munición para su afán de cumplir con la que siente que es su misión, allá él con sus maneras de buscarse la vida y las ganas. El error viene cuando quien está cumpliendo un deber no exento de gravedad decide sacar un teléfono y grabar la escena. Otro error, ya que hay un teléfono captando el sonido, es dejar que se escapen unas risas, en un acto que al final consiste en llevar a un grupo de personas privadas de libertad. Y otro error, en fin, es que las imágenes grabadas lleguen a las redes sociales.

La respuesta a esos tres errores, a diferencia de la que se da a los errores cometidos por otros, es fulminante: se te suspende de funciones. El agitador en jefe de los que intentaban obstruir tu labor, aposentado en un sillón oficial por cuenta del Estado, para más escarnio, reclama tu inmediata expulsión. Las reglas que establecen garantías para cualquier ciudadano —también para los que llevan uniforme y para los que cometen errores— saltan en tu caso por los aires, mientras hay agentes del orden que graban vídeos a cara descubierta incitando a la comisión de delitos y que siguen en el plácido disfrute de su destino.

No te queda otra que tomarlo con paciencia, la que tantas veces han necesitado y demostrado los tuyos, y confiar en que la justicia lo ponga todo al final en su sitio. Hay deslices que merecen una amonestación y poco más. Mal están, y mucho mejor sería que no sucedieran, pero permitir que blanqueadores de asesinatos y alentadores del secuestro de la voluntad y los derechos de sus conciudadanos se deshagan en aspavientos y exijan y obtengan para ellos un castigo desproporcionado es atropellar la equidad y, lo que es aún peor, cualquier atisbo de sentido común.

Siete jueces

Siete jueces acuden este febrero a su cita con la Historia. Sean o no creyentes, no pueden no conocer la frase evangélica: van a juzgar y por ello serán juzgados. Sus actos se escrutarán al milímetro a través de la retransmisión en directo de la vista; las palabras que den en escribir en su sentencia —y en su caso, en los votos particulares con que puedan acompañarla— serán pesadas y medidas como nunca lo habrán sido las de otros de sus pronunciamientos. Si son justos, y todo juez que se precie procura serlo, no contentarán a nadie y se harán acreedores a la crítica de todos; acaso a la inquina y el odio de algunos.

El papel de periódico lo aguanta casi todo, y más desde que ya casi no es papel y cada vez más es un enlace incrustado en un tuit. Los tuits aguantan todavía más, hasta llegar al delirio, el sofisma o el puro dislate. Y lo que ya aguanta cualquier discurso, por inverosímil, inconsistente o aberrante que sea, es el atril del mitin en el que algunos llevan instalados desde hace años. El papel membretado de la administración de justicia es otra cosa; como también es diferente del debate político acostumbrado la confrontación argumental que se produce en el plenario de un juicio. Olvídense las cómodas mistificaciones para uso de los adeptos más crédulos, los malabarismos con los conceptos más abstractos y las lecturas a medida de ese magma siempre vivo e incierto que es la memoria histórica. En un juicio penal lo que se ventila es la aplicación de unos tipos delictivos, con arreglo a la ley y su interpretación jurisprudencial razonada y consolidada, a partir de los hechos concretos que resulten acreditados por los medios que la propia ley fija como válidos y aceptables.

En resumen: un territorio de lo más ingrato para quienes viven de torcer las palabras, y más ingrato aún para los que buscan sistemáticamente la manera de eludir las realidades que representan y no llamar a las cosas por su nombre. Un campo de maniobra limitado para aquellos que deciden, para estos siete jueces, seis hombres y una mujer, que tienen la responsabilidad de calificar unas conductas y aplicarles los efectos legales que procedan, pero no pueden —ni deben— resolver el inmenso problema de fondo, el desajuste excepcional que llevó a quienes ostentaban la representación del Estado a conjurarse, según unos indicios que se confirmarán o no en el juicio, para minarlo y disolverlo.

Comenzará con mucha emoción, por la gravedad de lo que se despacha, pero terminará siendo muy aburrido. Las partes se aplicarán a lo que a cada una le corresponde: las acusaciones a buscar en el sumario, y confirmar en la vista, hechos y pruebas que sustenten sus peticiones de pena; las defensas, a tratar de desmontar esos hechos y pruebas y alegar circunstancias que excluyan la responsabilidad criminal. De vez en cuando saldrán detalles llamativos, que quizá pongan en un apuro a quienes se vean interpelados por ellos; alguno podrá responder a lo que se le pregunte de forma airada o pintoresca, también cabe que a alguno de los profesionales que tomen la palabra le dé por tratar de aprovechar su minuto de gloria. Todo ello quedará reducido a anécdota una vez que cristalice en la sentencia ya dictada.

Saben, estos siete jueces, que no la escribirán sólo para sus destinatarios, sólo para la ciudadanía del país sacudido por los sucesos que se juzgan. Saben que la escriben para el mundo y para la posteridad, y en última instancia para su control por un tribunal internacional cuya jurisprudencia, por la cuenta que les trae, conocen y se esmerarán en tener presente. Saben que su papel, y la manera en que serán recordados, que es algo que a los efímeros seres humanos importa por razones misteriosas, no dependerá del júbilo o la rabia que provoquen en aquellos a quienes más directamente afecte su pronunciamiento, sino de si su decisión pasa esa prueba última e ineludible. Situado en esos términos, a partir de un ordenamiento jurídico imperfecto, como todos, pero bastante más sólido y sofisticado de lo que quieren sus refutadores de ocasión, el cometido

de sus señorías queda saludablemente confinado en un espacio de razón y equidad. Eso que tanto les ha faltado a los redentores vocingleros, a los conspiradores sibilinos o a los feroces guardianes de las esencias que hasta aquí han monopolizado el escenario. Los mismos que volverán a ocuparlo, si nada lo remedia, después de dictarse una sentencia que sólo decide lo que decide: sobre un trozo triste y desmañado del pasado, que nunca debería haber ocurrido.

Delincuencia menor

Es una de esas noticias que dicen poco al lector, una de esas que se parapetan tras una estadística, que viene a ser la más eficaz manera de enmascarar y descafeinar la realidad: en Cataluña, los delitos han aumentado el año pasado el 11 por ciento. Es, dicho sea de paso, la comunidad que ostenta el récord de subida de la delincuencia en el conjunto de España, y la magnitud del repunte —dos dígitos—, lo bastante significativa como para que en cualquier lugar del mundo desarrollado saltaran todas las alarmas y hasta rodara alguna cabeza. Sin embargo, y como es sabido, en Cataluña y en España estamos a otras cosas.

Y ese estamos, de una u otra forma, nos incluye a todos. Si has de serte sincero, también a ti la noticia te habría pasado más bien inadvertida, en circunstancias normales. Sobre todo, porque viene acompañada de una explicación apaciguadora: los delitos graves, homicidios y similares, siguen siendo en tierras catalanas tan escasos como en el resto del territorio nacional. El aumento que señalan las estadísticas se registra sobre todo en el ámbito de la llamada delincuencia menor: robos y hurtos.

La razón por la que se convierte para ti en la noticia de la semana (de una semana en la que el medio gobierno autonómico que no tomó las de Villadiego en 2017 se sienta en el banquillo del Tribunal Supremo, el Congreso tumba el proyecto de Ley de Presupuestos y el presidente del gobierno anuncia elecciones) es a la vez desdichada e insoslayable. Tienes vínculos familiares con Cataluña, y a causa de ellos, entre otras cosas, la bisabuela de tu hija vive allí, en una ciudad de la periferia barcelonesa. Es una mujer de noventa y dos años, que sacó adelante a ocho hijos y que se ha pasado toda la vida trabajando. Que de hecho sigue activa, y que hace unos días iba con su carro al supermercado a hacer la compra, como tantas otras veces, cuando un desalmado se le acercó por detrás, le dio un empujón por la espalda y la arrojó al suelo para quitarle el bolso y poder robarle los treinta o cuarenta euros que llevaba. Una vez que tuvo su botín, la dejó allí tirada y subió a un coche que lo esperaba para darse a la fuga.

Un delito menor, tipificado como robo con violencia. Si no fuera porque, de resultas de la caída, la bisabuela se hizo una brecha en la cabeza que ha necesitado quince puntos de sutura y lleva ya más de una semana en el hospital. Sólo la fortaleza de su naturaleza curtida en el esfuerzo y la adversidad le permitió sobrevivir a lo que a una mujer de su edad le habría costado

normalmente la vida. Y lo peor es cuando preguntas, y te dicen que desde hace muchos meses esa clase de robos son el pan de cada día en el barrio. Que los que los ejecutan se ceban con los ancianos, cuanto más ancianos mejor; para quien no lo sepa, abundan en nuestro tiempo seres sin conciencia ni escrúpulos, que no vacilan en ponérselo fácil a sí mismos cuando de dañar al prójimo se trata. Y la indignación te sube por el cuerpo cuando te dicen, además, que por el barrio nunca se ve un policía, y que nadie hace nada por impedir que siga sucediendo lo que sucede.

No puedes evitar, y el que quiera que te llame demagogo, pensar en el propagandista que firma sus cartas como *El 131è President de la Generalitat de Catalunya*, último responsable de la seguridad en sus calles —también, por si se le ha olvidado, de las ciudades periféricas—. El hombre que, rodeado de escoltas, por descontado, se ha pasado toda la semana y todos los meses que lleva en el cargo dando mítines para vender la única idea que le mueve, la de una nación legendaria que no está ni se la defiende, salta a la vista, en las calles del barrio de la bisabuela. Y te dices que en toda circunstancia, bajo cualquier bandera y sea cual sea la retórica que exhiba, quien tiene el poder no se aplica a otra cosa que a defraudar, día por día, a la gente común que lo sostiene con su sudor y vive su vida a la intemperie.

El hazmerreír

Lleva una semana siendo el hazmerreír de sus enemigos. En el origen, un libro. En el origen del origen, una mala cita de memoria, que atribuye de manera inexacta unas palabras a quien no las pronunció: en vez de fray Luis de León, se coló san Juan de la Cruz, que nada tenía que ver con la ironía de marras, a propósito de recuperar el tiempo perdido. A partir de ahí, se afilaron los lápices rojos y se empezó a rastrear sin descanso entre las páginas el pasaje que más pudiera desacreditar a quien firmaba el volumen: anécdotas banales, observaciones someras, ideas débiles, desfallecimientos de vanidad. No hay libro que esté exento de descender alguna vez a esas torpezas, y quien busca con ganas y con motivación siempre acaba encontrando.

Sobre esa base, batallones de zapadores del prestigio ajeno se ponen a hacer su trabajo. Los humoristas idean chistes —la anécdota del colchón que se convierte en la primera decisión de gobierno es para ellos un yacimiento petrolífero—, los tuiteros elaboran memes, los columnistas lanzan andanadas de epítetos corrosivos, los adversarios políticos trufan de deslices del libro, probados o supuestos, las interpelaciones parlamentarias y sus comparecencias públicas. En tiempo de precampaña electoral, y con arreglo a la costumbre establecida en la democracia digital del siglo XXI, que vive día a día y ya prescinde de exigir alguna propuesta a medio o largo plazo, nada resulta más apetecible que tener un arsenal de argumentos que permitan ridiculizar, despreciar o reducir a la total ignominia al contrincante.

Lo de menos es si el libro merece la pena o no, cuestión siempre subjetiva y expuesta en último

término al azaroso oficio de la crítica literaria, nunca bien retribuido y nunca libre de las filias y fobias del criticador de turno. Tampoco importa mucho en este caso que la pluma que ha compuesto las páginas no sea la del líder que las firma ni que la verdadera escritora, quien se aplicó a darle forma al texto y convertirlo en un archivo editable, aunque lo hiciera a partir de las palabras e ideas del firmante, sea otra persona con nombre y apellido. Es loable la transparencia con que este hecho se hace constar desde el primer momento de la campaña promocional del libro, pero sin duda habría sido mucho más elegante dejar que su nombre fuera en la cubierta, o que se la invitara a estar en la mesa de las presentaciones, en lugar de relegarla al patio de butacas. Nadie presta, sin embargo, atención a este detalle, tan sensible para quienes escriben.

La cuestión es derribar a quien se ha ofrecido como blanco en forma de libro, mientras ocupa la presidencia del gobierno y en vísperas de una oleada de citas electorales. El argumento, una vez más, y ya van unas cuantas, vuelve a ser menospreciar del modo más feroz posible al hombre que tiene la flaqueza de poner su rostro y su testimonio en ese volumen encuadernado. Ya se hizo antes, y como en esas otras ocasiones, las carencias, los errores y los tropiezos del interesado están a la vista, pero también lo están las de aquellos que aspiran a desplazarle.

Salió airoso antes, cuando todos lo daban por desahuciado, cuando los editoriales de los periódicos de referencia lo tildaban de aficionado, de inconsistente, de peligro público. Ahí está, sin embargo, y la tentación de imputar a la suerte su supervivencia es tan poderosa como poco seria. Algo hace o algo tiene que lo mantiene a flote; o algo hacen o algo tienen los demás, ésa es la otra posibilidad, que le permite prevalecer sobre ellos. En estos días vertiginosos y confusos, hay quien pelea por no hundirse bajo el peso de sus desatinos pasados y quien va con el cuchillo entre los dientes haciendo alarde de ser más español —o menos español— que nadie. En el espacio intermedio, templando y sin conceder que un país capaz de incluir a todos carezca de valor, sólo le dejan a él. Al hazmerreír, que igual acaba riendo.

El tiempo de los himnos

Es una de las secuencias más sobrecogedoras de *Frantz*, la película de François Ozon que muestra de manera emocionante el vacío y el dolor que dejan tras de sí las guerras. Un grupo de parroquianos canta en un café *La Marsellesa*, ante la joven viuda alemana que protagoniza la historia. La mujer percibe, y con ella el espectador, el odio visceral y virulento hacia los suyos que se enreda, como una sustancia viscosa, en el cantar de los hombres y mujeres que llenan el local. Junto a ella vivimos el horror, el pavor, la desolación de sentir a la criatura humana como lo que también sabe ser: una máquina de aborrecer al semejante.

No todos los himnos están escritos desde el odio ni le sirven de vehículo, pero son muchos los que transportan esa mercancía en sus estrofas y se dispensan, antes o después, con el afán de

señalar, repudiar y preparar el castigo o la represalia contra el otro. Frente a esa eventualidad, casi cabe felicitar de que haya himnos, como el español, a los que se tuvo la sana precaución de no ponerles jamás letra. Es *La Marsellesa* —«que una sangre impura empape nuestros surcos»— un ejemplo insigne de himno inspirado por y para la confrontación con el otro, pero no es el único, ni el único que espanta escuchar cuando uno siente que es ese «otro» al que está destinada su feroz advertencia.

Vuelve a ser tiempo de himnos, cantados cada vez con más ardor, cada vez con más frecuencia, en contextos cada vez más impropios para exhibir el sentimiento que contienen cuando lo que exaltan, como suelen, es el impulso de atacar al prójimo arma en mano. El penúltimo episodio es el de decenas de profesionales sanitarios, enfundados en sus batas blancas, cantando en estado de trance —así lo registraron las cámaras de los teléfonos móviles siempre dispuestas ya en estas ocasiones— en el salón de actos de un gran hospital barcelonés —de la sanidad pública, la de todos, para mayor escarnio— ese himno tan inspirado por el amor y la piedad que tiene como estrofa la invocación al golpe de hoz para defender la tierra. Para defender la tierra de lo único de lo que la tierra puede defenderse, que es de otros seres humanos: en este caso, y entre otros, de cientos de miles que han nacido en ella, la habitan y acuden a diario a tratarse en ese mismo hospital.

Lo de la tierra como sujeto mítico cuya defensa y homenaje exige el sacrificio humano —si no de vidas, a lo que por fortuna parece haberse renunciado, aunque alguno de quienes agitan la ola en primera línea lo probó en otro tiempo, sí de los derechos de quienes no comulgan con la causa — es una argumentación tan primitiva que eriza la piel verla sostenida por ciudadanos del siglo XXI que han podido acceder a una formación científica. Lo que cabe preguntarse es si alguno de ellos se pregunta alguna vez cómo se sienten quienes están llamados a recibir el golpe de hoz — ahora metafórico, pero igualmente lesivo para ellos en el orden moral— y pagan sus sueldos con sus impuestos.

Es un ejemplo de cómo el auge de himnos tales, canciones que la Historia produjo en tiempos oscuros, perturba y enturbia unos días en los que parecíamos haber encontrado el cauce para civilizar las discrepancias y, sobre todo, para no señalar al que difiere de nosotros como enemigo a abatir. Y lo peor es que al odio que diseminan lo que le responde es más odio, envasado en himnos de signo opuesto. Como el canto del *Cara al sol* evoca circunstancias demasiado ominosas, ahora algunos recurren a *El novio de la muerte*, vieja canción para enardecer a las tropas de choque en una lejana guerra colonial, y que acaso tenga sentido para los soldados que lo conservan como patrimonio histórico de su unidad y todavía hoy van a guerras, pero que horroriza oír a ciudadanos que no hicieron ni harán la mili para desafiar a sus adversarios políticos, que son al cabo sus compatriotas.

El tiempo de los himnos, el sueño de la razón.

Microfeminismos

Advierte Robert Musil contra el peligro de las grandes cosas, las grandes causas, la grandilocuencia en general. A menudo, viene a decir, sirven de cobertura a las mezquindades usuales de los humanos, cuando no a algo peor. Eso previene a no pocos frente a las grandes manifestaciones, prevención tanto más comprensible cuando se plantean como casi preceptivas y en ellas participa el poder, léase gente con sillón ministerial —o de una *conselleria*, o de un consejo de administración—. Hay, sin embargo, causas que son demasiado justas y necesarias como para jugar a su descrédito general, incluso si en su defensa se mezclaran intereses turbios. Hacerlo en víspera de elecciones equivale, muy posiblemente, a pegarse un tiro en cada pie.

Con el eco de una gran manifestación feminista resonando aún, ante el rictus crispado de quienes de forma suicida tratan de restarle valor, quizá sea el momento de recordar que de lo que se trata es de procurar la igualdad entre hombres y mujeres que todavía nos falta, y quizá esa necesidad se perciba mejor en las muchas pequeñas historias que así lo atestiguan. Vayan tres como muestra que puede aportar este testigo entre tantos.

La última vez fue en Guadarrama, Madrid, una de las mañanas soleadas que nos trajo el último febrero. Pero hubo muchas antes, en otros muchos lugares de España: en Lleida, en Almería, en Zaragoza. Conversación con un centenar de alumnos de secundaria sobre literatura. Al final del acto, se acerca un grupo de alumnas de origen marroquí. Algunas con pañuelo a la cabeza, otras sin él. Todas inteligentes, todas buenas lectoras, claramente por encima del promedio de su grupo. Se diría que saben valorar la oportunidad que representa el acceso a una educación pública de calidad mejor que sus compañeros. Saben que ésa es su oportunidad de ser más, de crecer como personas y ciudadanas. Y ahora viene el jarro de agua fría: la mayoría de ellas no irá a la universidad, algunas ni harán el bachillerato. Su situación económica y familiar no lo favorece y no hay políticas públicas que propicien que estas mujeres que tanto podrían aportar a la sociedad española, entre otras cosas como puente natural con la comunidad de la que proceden, desarrollen todo su potencial. Así es como un país dilapida sus recursos.

Segunda historia: conversación con una mujer dedicada a la investigación criminal dentro de un cuerpo de seguridad. No tarda mucho en salir la cuestión. Si ella puede seguir aún ahí es porque no tiene hijos, porque tiene a mano a la suegra, porque su marido, excepcionalmente, trabaja en casa. Lo normal es que las investigadoras, al ser madres, abandonen las unidades de más cualificación —léase policía judicial, o antiterroristas—. Lo que quiere decir que lo dejan cuando más valiosas son, frustración a la que no están expuestos sus compañeros varones. De nuevo, nadie ha considerado necesario pensar algo para impedir esta pérdida de capital humano al servicio de la justicia. Es más, muchas de estas mujeres se encuentran con que ya durante el embarazo, en el que son perfectamente válidas para procesar la información, aunque no deban reducir a un detenido violento o manejar reactivos tóxicos, pierden el plus de productividad.

Tercera y última. Permisos de paternidad. Alguien tiene que decirlo: que un padre se tome unas semanas para estar con su hijo recién nacido no sólo es bueno para la integración laboral de la mujer, sino para el niño o niña y para el mismísimo padre. Quien lo probó lo sabe: una excedencia de paternidad permitió a quien esto cuenta repensar y reorientar su vida y produjo efectos benéficos que aún duran en la relación con su hijo. No todo el mundo puede permitírselo, pero quien pueda y se atreva debería hacerse ese regalo. Lo que no hace falta es anunciar el regreso de uno al tajo como una epifanía. Ésa ya es otra historia, que tiene que ver con lo de la grandilocuencia que decía Musil.

Nadie, la película

El hombre que se levanta esta mañana de marzo en su casa de Christchurch, Nueva Zelanda, no ha logrado en sus varias décadas de vida ser nadie. Cuando se acueste por la noche, en un calabozo, seguirá siendo nadie, pero por el camino le habrá quitado la vida a medio centenar de personas y habrá dejado malheridas a otras tantas, lo que en su mente obtusa equivaldrá a haber alcanzado al fin el estatus de personaje insigne.

Lo peor del asunto es que no será sólo la suya: en miles de mentes obtusas se abrirá paso la idea de que este sujeto, cuyo nombre en este cuento ni importa ni será escrito, es ya todo un referente, alguien que con su acción estúpida y violenta, que ni siquiera exige grandes dotes — disparar de cerca contra una multitud con un fusil AR-15, y filmarlo todo con una GoPro puesta en la cabeza medio hueca—, inicia un camino de gloria por el que seguirán otros, en la confianza de llegar a ser alguien para otros descerebrados que querrán imitarlos a su vez.

El gobierno neozelandés abre a renglón seguido un debate sobre la conveniencia de permitir que a cualquier ciudadano se le expenda un arma de guerra capaz de causar una mortandad en cuestión de minutos. Una reflexión pertinente, aunque tardía ya para las personas que quedaron tendidas e inertes en dos mezquitas de Christchurch, o las que se debaten entre la vida y la muerte en la cama de una unidad de cuidados intensivos. Que a estas alturas de la historia criminal y del desarrollo de las sociedades más avanzadas alguien albergue la más mínima duda sobre la necesidad de circunscribir el uso de tales artefactos a las fuerzas de seguridad y miembros del ejército, en situaciones de extrema amenaza o de guerra, pasma tanto como horroriza y hace dudar de aquella afirmación de Descartes, según la cual, la inteligencia está mejor repartida de lo que solemos pensar.

Hay, sin embargo, un aspecto que apenas se debate, y que se da por poco menos que inevitable. El asesino no sólo grabó la matanza, sino que la retransmitió en directo a través de una red social, además de difundir por ese mismo medio un manifiesto demente en el que su razón demediada trata de suministrar una excusa para el exterminio indiscriminado de hombres, mujeres y niños.

Alegan los gestores de estas redes que es imposible evitar que tales cosas sucedan, como tampoco han podido impedir que otros cabezahuecas de signo opuesto, los que alientan la idea de que el islam sólo puede prosperar mediante el asesinato, hallen en ellas el medio óptimo para difundir sus dislates e inocularlos en mentes desavisadas a las que acaban convirtiendo en ariete de su siniestro propósito. Mentos cuyos usuarios también creen ser algo por consagrar sus energías al arte del homicidio.

Y quizá haya llegado el momento de preguntarse si se puede aceptar sin más esa excusa de imposibilidad de compañías cuya capitalización se mide en centenares de miles de millones, y cuyos beneficios, en buena medida opacos, son lisa y llanamente incalculables. ¿Aceptaríamos que una compañía eléctrica nos pidiera que conviviéramos con la eventualidad permanente de sufrir descargas que achicharraran a decenas de transeúntes? ¿De verdad no tienen ninguna responsabilidad sobre ese riesgo que extienden, si es que no contribuyen de manera principal a generarlo, ofreciendo una visibilidad funesta a quienes no tienen otra forma de señalarse que atentando contra el prójimo?

Y lo que es más: ¿podemos tragarnos que esos gigantes que ya lo saben todo de todos, que disponen de una tecnología capaz de procesar al instante cantidades ingentes de información, no están en condiciones de desarrollar herramientas para anular e impedir la distribución y el eco de estas películas infames, cuya repercusión es el principal estímulo que lleva a unos tipos que son y serán nadie a producirlas? Una más, para la colección de preguntas incómodas con que toca convivir en nuestro siglo.

Elogio del (y la) cabo

Aquel que no conoce al enemigo ni se conoce a sí mismo es derrotado en todas las ocasiones, nos dice el maestro Sunzi (o Sun Tzu). El hombre que se hace llamar Toni no lo ha leído, o si lo ha leído no le aprovechó, porque decide lo que decide y con ello, como no podía ser de otra manera, se verá expuesto ante un tribunal. El hombre que se hace llamar Toni ocupa un cargo público y desde él, siguiendo instrucciones de la organización a la que pertenece, se dispone a utilizar los recursos del erario para fines ilegales. Como no se conoce a sí mismo, intenta proceder como un avezado delincuente, mediante un teléfono prepago desde el que da las instrucciones. Como no conoce al enemigo, e incluso lo desprecia, deja pistas tales como su DNI o la conexión reiterada a la red de telefonía desde su domicilio. El resultado es el que cabía vaticinar: lo descubren y queda en ridículo.

El enemigo del que debía cuidarse resultó ser un cabo de la Guardia Civil, el que recibió el encargo de averiguar quién era el tal Toni al que se referían algunos testigos. Sus diligencias las cuenta en el juicio en el que muchos meses después se dirimen las responsabilidades derivadas de

aquella ilegalidad. Todos los detalles los recuerda con orden y exactitud, y en su relato, a preguntas del fiscal y de los abogados de los imputados, quedan patentes la pulcritud y el pundonor con que hizo su trabajo, frente a la chapuza temeraria de aquellos a quienes debía llevar ante la justicia. Mientras depone, en las redes sociales y en los medios de comunicación afines, sufragados por el contribuyente para mayor ignominia, los partidarios de la organización encausada se mofan de él y de su condición. Guardia civil y cabo, poca cosa para sus estándares y prejuicios clasistas; alguno llega a aventurar, jocosamente, que no habrá leído un libro en su vida.

Quien los oye y no desea que prevalezcan respira aliviado: se empeñan en no hacer caso al maestro Sunzi, en desconocerse y desconocer a su adversario; en salir derrotados siempre.

Ese cabo representa todo lo que los frívolos aventureros que enfrentan ahora el amargo final de su escapada nunca acertaron ni acertarán a ser. El sentido del deber, el sacrificio, el proceder meticuloso que no fía nada a la fortuna y sabe que los logros son fruto del sudor, la rectitud y el compromiso. «Cabo» procede de *caput*, o lo que es lo mismo, cabeza, y una de las claves del éxito de la institución a la que ese humilde servidor público pertenece es haber logrado imbuir, incluso a quienes desempeñan sus más modestos escalones de mando, la responsabilidad y el criterio para ejercerla. Quien cuenta ahora su cuento no puede omitir una historia que le incumbe, dedicada a todos los iluminados obtusos que presumen iletrados a los cabos: fue un cabo de la Guardia Civil quien le recomendó a Jonathan Franzen cuando apenas se lo leía en España, y quien le prestó la primera novela que leyó de Ian Rankin. En inglés, un idioma en el que habría que ver cuántos de esos que se ríen de las luces de los cabos de la Guardia Civil serían capaces de leerse un libro gordo.

Pero podría alegar muchas más historias. Fue un cabo de la Guardia Civil, por ejemplo, quien se convirtió en la némesis de un comando de ETA que había acudido a Madrid a hacer de las suyas, cuando adivinó que podían haber ido a la plaza Mayor, imprudencia que permitió localizarlos y supuso su perdición. También los miembros de ese comando, y quienes los jaleaban y fiaban a sus pistolas la realización de su ensoñación patriótica, se permitieron el lujo de despreciar a esos hombres y mujeres que sin darse nunca aires de nada trabajaban día y noche para borrarlos de la pizarra. El precio que pagaron lo conocemos: ETA fue a parar al vertedero de la Historia y ya nada pinta hoy.

Que sigan, pues, riéndose de esos cabos. Es el mejor regalo que pueden hacerle a la legalidad democrática española.

Toallitas húmedas

Todo el mundo miente, todo el mundo se relaja y se distrae, todo el mundo deja, conscientemente, de cumplir con su deber. La frase vale para todos, tomados a bulto, aunque haya gente sincera —

pero no siempre—, puntillosa —salvo alguna vez— y que siente la necesidad de hacer lo debido —a no ser que se vea en algún trance excepcional—. Siempre lo habíamos sospechado, pero nuestro tiempo nos ofrece pruebas irrefutables. Una de ellas es la que nos proporciona el ingente *big data* que a través de nuestra interacción con las redes —la interacción de cientos o de miles de millones de personas cada día— desmiente una y otra vez lo que respondemos en las encuestas. Todo el mundo quiere pasar por cinéfilo y declara querer ver películas de John Ford; cuando llega la hora de escoger con el mando a distancia en la soledad de casa, lo que prevalecen son las comedias bobas de Julia Roberts o la adrenalina estólida de *Fast & Furious*.

Así lo comprobó la pionera de las plataformas de *streaming*, la norteamericana Netflix, según cuenta en su libro sobre estas mentiras digitalmente desveladas, *Everybody Lies* —que en la lengua de Cervantes se ha titulado *Todo el mundo miente*—, Seth Stephens-Davidowitz. Conviene de nuevo puntualizar: no es que no haya devotos genuinos de John Ford; es que, cuando nos reunimos en proporciones de masa humana, esos devotos que lo son de veras tienden a ser una fracción marginal, mucho más de lo que sería si no mintiéramos, si no nos relajáramos, si no se nos olvidara lo que creemos nuestro deber. Como gran rebaño de mamíferos somos, en definitiva, peores de lo que pretendemos ser como individuos; de lo que a lo mejor hasta nos creemos que somos, de tanto como nos bombardean y nos bombardeamos con lo que está bien y lo que en cambio debería evitarse.

Nuestra interacción en el espacio digital nos desenmascara, pero hete aquí que también lo hace el mundo analógico, con esa contundencia bárbara que lo caracteriza. La última vez ha sido en Valencia, donde los servicios municipales ya han extraído cinco mil toneladas de toallitas húmedas del tapón gigantesco que se había formado en su colector norte, responsable de la evacuación del 60 por ciento de las aguas residuales de la ciudad. Un tapón de casi dos kilómetros de largo, en un tubo de cinco metros de ancho por dos y medio de alto. Ocho millones de euros ha costado sacar la hedionda acumulación de toallitas que nunca debieron arrojarse al inodoro, y que sólo pueden haber alcanzado esa ciclópea proporción mediante el incumplimiento masivo por parte de los valencianos de sus deberes cívicos.

No se interprete esto en desdoro o menoscabo particular de los valencianos. Antes de Valencia, ya ha sucedido en algunas otras grandes ciudades, y aquellas en las que no ha aflorado el problema puede que sólo se salven porque sus colectores sean más grandes o estén más distribuidos, y que antes o después se vean en las mismas. Seguro que muchos de quienes lean esto no han arrojado jamás una toallita al inodoro. Tampoco lo ha hecho quien lo escribe, que ve el acto con horror. Pero en alguna parte hay no uno, sino cientos de miles o millones de conciudadanos que sí lo hacen, con profusión inmisericorde. Si no, no saldrían los números. Y seguro que si les pasamos una encuesta nos aparece una cifra irrisoria. Seguro que las toallitas dichas, en principio concebidas para acciones higiénicas puntuales, se ven utilizadas por muchos, si no por todos, para menesteres que van más allá, sólo por desidia, negligencia, comodidad insolidaria en fin.

Mientras nos llenamos la boca de grandes palabras y los mejores propósitos, somos también, en cierto modo, esas miles de toneladas de toallitas húmedas que infartan los colectores de nuestras cloacas. El asunto tiene poca épica, pero ilustra sobre la dualidad eterna y recalcitrante de la humana condición.

La parte del lector

Durante diez años no has dejado de hacerlo ni un solo fin de semana. El sábado por la tarde, o al filo de la medianoche, o el domingo muy temprano. Buscar entre todo lo acontecido en las últimas horas o los últimos días una historia, encontrarle un sentido, tratar de armar un relato de un par de páginas que la contenga y la exponga en sus aspectos esenciales. A veces se da la posibilidad o el acierto de hacer sin más un cuento; otras, lo que narras te pide entreverar los hechos con su interpretación, o cometes, es otra forma de verlo, el error de opinar. En cualquier caso, esperas que cada lector tenga margen para imprimirle a lo leído su personal mirada, que tu esfuerzo y tu texto sirvan más para conducirlo a una pregunta no resuelta que a una respuesta taxativa sobre lo contado. Ni siquiera a la tuya, si es que sobre algo que de veras importe has llegado a alguna certidumbre.

Todo lo anterior, que es mucho para ti, que incluso cabría decir que representa un exceso de ambición —la de encontrar, todas las semanas, un hecho o un personaje o un momento en los que se condense el sentido más amplio de algo, y acertar a darle una forma literaria decente—, bien habría podido a pesar de todo acabar siendo nada. Porque lo que queda dicho es sólo la mitad del todo: la mitad pequeña, si se te permite la licencia aritmética, o la mitad insuficiente, otra forma de decirlo.

Falta la mitad grande, la que hace que lo escrito sea algo más que el alarde vano de quien se pone a soldar palabras. La parte del lector —y en este caso del león— que ponen quienes en algún momento de su día de descanso se conectan al periódico —tus cuentos semanales no aparecen en papel— y se detienen a destinarle cinco minutos a esa historia que buscaste y en la que trataste de hallar un ángulo desde el que avistar el mundo.

Han pasado diez años y estás aquí, dándole forma a esta enésima historia, que va sobre todas las demás, porque sucedió que el lector, los lectores, consintieron una y otra vez en poner su parte, con una generosidad con la que no podías contar; que ningún contador de historias merece de antemano, y que por momentos ha llegado a sorprenderte e incluso a desbordarte. No todas las veces ni todas las semanas, porque no siempre hubo una historia que lo justificara o tú no supiste verla o no supiste contarla o la malograste torpemente. Aunque Baudelaire nos lo impusiera como débito, nadie es sublime sin interrupción. Con todo y con eso, hubo relatos que no sólo te

traspasaron a ti mismo, sino que obraron el mismo efecto en otros, que tuvieron el gesto de reconocerlo y agradecerlo como nunca previste.

Te toca a ti agradecer ahora a quienes se emocionaron y te lo hicieron saber con las historias, hermosas o crueles, o crueles y hermosas al mismo tiempo —que las hubo— en las que diste con la tecla, al menos en su apreciación. A esos que lloraron con la suerte amarga de César, Naiara o cualquier otro de los niños que tropezaron en el bosque con la oscuridad que no debía estar ahí para disponer de ellos. O a los aficionados del Atleti que se acercaron a la Feria del Libro portando impreso en papel-pluma el cuento sobre la lección estoica de Simeone, una aciaga noche de Champions, y te pidieron la firma, conmoviéndote con ello aunque el fútbol ya no te produzca ninguna emoción. O en fin, a todos esos profesores y profesoras que pensaron que uno de tus bocetos narrativos semanales podía ser un buen ejercicio para enseñarles algo a sus alumnos, acaso la más grande y honrosa función que puede acabar cumpliendo una obra humana.

También toca agradecer, por su ayuda para no perder de vista el contexto en el que todos construimos nuestro cuento y le damos un sentido, a quienes mostraron su desagrado pidiendo que el director del periódico te despidiera, acusándote de andar buscando que alguien te nombrase para un cargo público y hasta de ser un plagiarlo. No importa que no estés en plantilla de ningún periódico, que hayas rechazado cargos que te ofrecieron, que en cuarenta años escribiendo y veinticinco publicando sólo una persona osara demandarte por plagio y perdiera el juicio. Es bueno comprobar que lo que uno dice no contenta a todo el mundo, saber que tampoco les vale, o que lo ven tan repudiable como para imputárselo a la pluma de alguien con motivaciones espurias. Es bueno no olvidar que la verdad, como dijo Antonio Machado, no se deja poseer, ni es, como escribió Robert Musil, un abalorio de cristal que uno pueda guardarse en el bolsillo, sino un fluido infinito en el que uno cae. Gracias pues a todos, a quienes lo disfrutaron y a quienes lo aborrecieron, porque con todos ellos se sostuvo el esfuerzo, todos ellos contribuyen a darle su significado, sea éste el que sea. Valió la pena hacerlo.

Y ahora, a por los próximos diez años.

Notas

1. Esto es una historia ciento por ciento real. Nadia resultó tener una trombosis en la pierna. La compañía aérea era Iberia L. A. E.

2. Este relato se inspiró en las primeras noticias aparecidas sobre la detención en México de la ciudadana francesa Florence Cassez, y que la presentaban como culpable de los cargos que en él se relatan. Para recoger todas las versiones, diremos que existen varios comités de apoyo a Florence, incluso en el propio México, que sostienen que su detención e imputación fue un montaje de policías corruptos en el marco de la guerra entre cárteles mexicanos de la droga.

Donde uno cae
Lorenzo Silva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: © Planeta Arte & Diseño
De la ilustración de la portada: © Lu Cong

© Lorenzo Silva, 2019
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-233-5660-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Lorenzo Silva

Donde uno cae



DESTINO